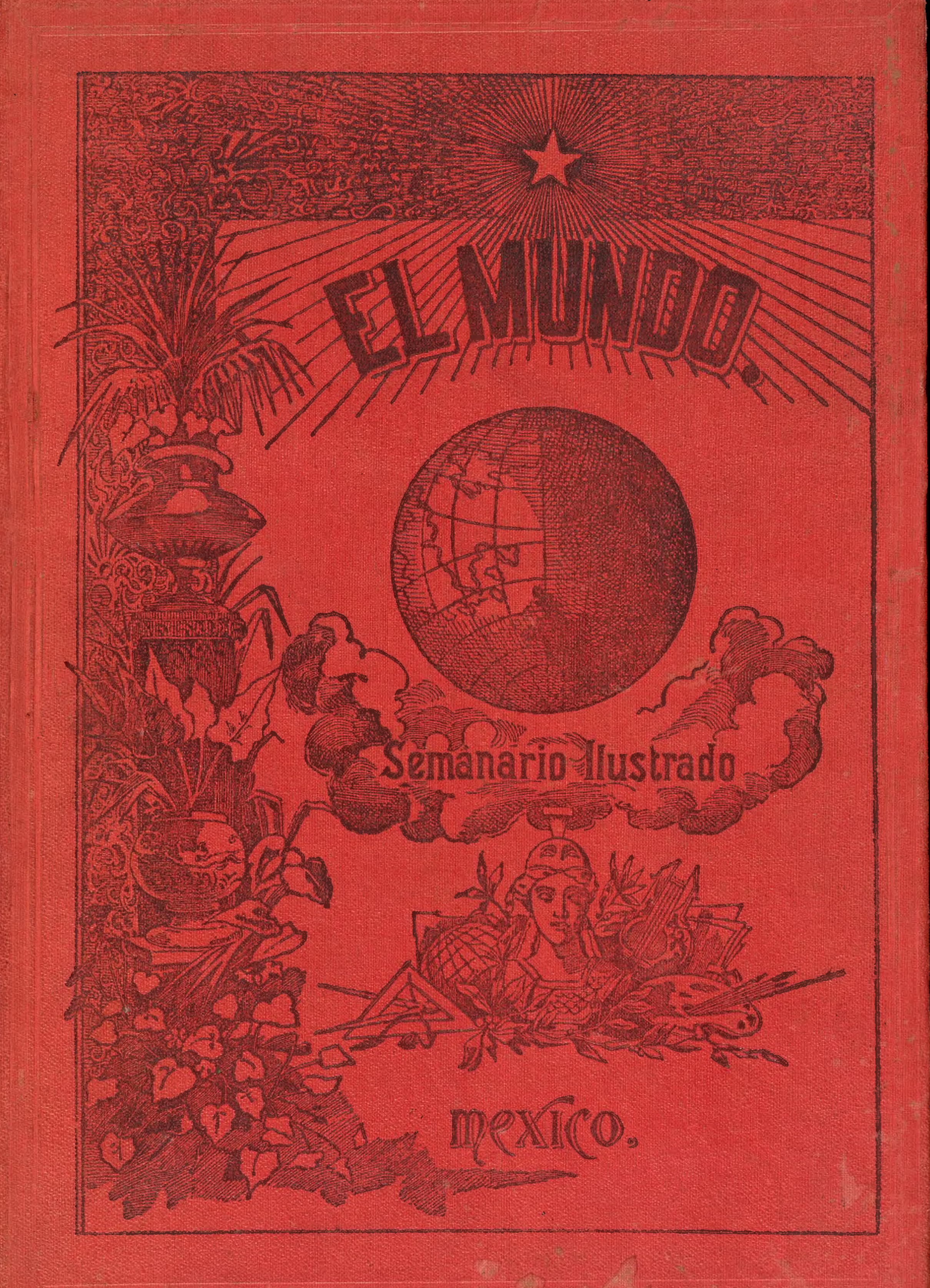

EL MUNDO.
Semanario Ilustrado
MEXICO.


Ex Libris. J. Baranda Mac Gregor.
Perfer. et. obdura.

El Mundo Ilustrado

AÑO X.--TOMO I.--NUM. 1

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

MEXICO, ENERO 4 DE 1903.

Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem. Idem. en la capital, $1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Sr. Dr. D. Carlos de Jesús Mejía,

ELECTO OBISPO DE TEHUANTEPEC.

Por el Año Nuevo....

UN año nuevo ha roto el capullo misterioso del futuro. Esta vez se llama 1903. Es el segundón del siglo XX, pero como el primogénito ha muerto, he ahí que el segundón hereda el mayorazgo de nuestras esperanzas y de nuestras ilusiones, que más tarde pasarán al terciogénito y......así sucesivamente!

Pero, por lo pronto, el 1903 ha llegado; apresurémonos á presentarle las armas, porque es merecedor de todo nuestro respeto: es un año nuevo.

¡Un año nuevo! ¡Qué palabra, qué concepto! Ciertamente, eso es sólo un convencionalismo, una cifra y nada más; sin embargo, ¡cuánta influencia tiene sobre el alma humana, que tanto suele nutrirse de fantasías!

¿El año nuevo?.........Ay!, como siempre, nos parecerá tardío para traernos el bien que ambicionamos, y nos parecerá el veloz Mercurio pedialado cuando nos imparta contrariedades; vendrá salpicado de la maldad de los hombres y de los cataclismos de la naturaleza; será lleno de tragedias y de lágrimas, como sus mil novecientos dos antecesores conocidos y sus incontables desconocidos......Esto lo sabemos bien, estamos bien seguros de ello: nos lo ha enseñado la dolorosa experiencia de muchos siglos y de muchas generaciones.........

Y no obstante—¡cuán cándidos y cuán eternamente niños somos los hombres!—no podemos menos de poner buena cara al año nuevo, al recién nacido que aún no ha abierto bien los ojos, y de cuya mirada esperamos la revelación de todos sus propósitos.

Parece (es una ilusión, pero parece) que cada año nuevo deba ser un poquillo mejor que los otros, que deba traer más sol y menos tempestades; parece que ha de traernos algún regalo, alguna agradable sorpresa que nuestra mente no acierta á adivinar, y en el despertar del 1º de Enero, quién sabe qué grata curiosidad nos invade.

Se aguarda, se desea, se espera.........pero ¿qué cosa?

Lo ignorado, ese ignorado que es la razón secreta de la humana vida, la explicación de tantas paciencias largas y penosas, de tantos espasmos morales soportados con resignación. Se aguarda, se desea, se espera lo ignorado, que está en el porvenir.

Esta ilusión es tonta sin duda alguna y hará sonreír á los espíritus fuertes, á esos que quieren que el hombre viva sólo de pan, á esos que desprecian á las rosas porque no son útiles, cual solía decir el divino Theo Gautier; pero los que «todavía» soñamos un poco, á pesar de las duras reprimendas de la vida, debemos amar, debemos adorar esa ilusión como tantas otras que con el frufrú de sus alas han rozado los ensueños de nuestra juventud; debemos adorarla, como á las flores que se destacan de la eterna verdura, como á la nota que la alondra abandona al aire inexpresivo, como á todo aquello que es sencillo, suave, sereno y fragante.

Sé, pues, bienvenido, oh misterioso 1903! (Recibámosle con cariño, que tal vez de esa suerte se anime á cumplirnos alguna de las viejas promesas á que faltaron sus predecesores, que tal vez así se apiade de nosotros y nos brinde con una de las realidades que por cada millón de ilusiones trae en su bagaje. Y si no queremos fingirle fe, digámosle á su nuncio que somos ya gente corrida, que ya no nos podrá sorprender pasándonos una gota de miel por los labios, pero siempre saludémosle con cariño, que, al fin y al cabo, es preciso querer á los tiempos en que se vive. Digámosle por ejemplo:

Salve, salve, viejo Enero,
que en tu alforja de embustero
traes juguetes á granel:
yo celebro tus engaños,
porque son para mis años
mariposas de papel.........
¿Para tristes añoranzas
traes risueñas esperanzas
y futuros de arrebol?.........
¿Y entretienes los dolores
con tus vidrios de colores
relucientes como el sol?
Bienvenidas sean tus mañas!
Pero.... viejo, no me engañas
con tus dichas de oropel,
y bien sé que tus promesas
son fingidas, como esas
mariposas de papel......

Esta es la manera de tratar á los viejos eternamente jóvenes. A veces, se les estimula el amor propio y suelen cumplir.)

Sé, pues, bien venido, oh misterioso 1903! ¿Qué nos traes, qué nos prometes? Ah, sí, dices que todo lo deseado, todo lo soñado, todo lo grande y todo lo bueno...Eso decían tus hermanos, y no cumplieron...

(Una vieja voz que mucho conocemos, pero que no sabemos en dónde la hemos escuchado, interrumpe nuestra salutación y dice: "¿Qué decís.... que no cumplieron? ¿Conocéis acaso todas las esperanzas que se realizaron, todos los anhelos que se cumplieron, todos los deseos que trocáronse en hechos, durante el reinado de los predecesores? ¿Estáis, acaso, en todos los corazones y en todas las conciencias?" —La voz calla, y nosotros nos vemos obligados á enmudecer y á pensar... Pero luego continúa nuestra salutación:)

Sin embargo, flamante año de 1903, debes confesar que no traes muy buena catadura; tus cifras suman trece, y ése es un número que, al decir de los Nigromantes (¡que no fueran Ignacio Ramírez, el de México!), está henchido siempre de malos augurios!...

(La voz interrumpe: ¿"Queréis que recorramos la historia de los hombres y que examinemos los bienes que trajeron los años que sumaron trece?" — Pero la pereza nos da valor, y no damos oídos á la interrupción.)

Sí, año de 1903, tienes razón, por doquiera se encuentra lo bueno y lo malo, y muchas veces las calamidades que los hombres achacan á los tiempos no son fruto de los tiempos, sino de los hombres. ¿Qué es lo que cambia, después de todo: los tiempos ó los hombres? He aquí un problema curioso que la lírica no ha sabido aún resolver, pues mientras Goethe decía: "El tiempo es uno; la humanidad, varia", Lenau, el delicioso húngaro-wurtembergués, pretendía que los hombres siempre han sido iguales y que no han hecho más que reflejar el transcurso de los tiempos. ¿Quién de los dos habrá tenido razón?...

Si eres tú filósofo, flamante 1903, tal vez puedas resolver el asunto. Pero no eres filósofo, eres industrial por excelencia, y un poquillo guerrero por atavismo; mejor dicho, eres un industrial-guerrero, una especie de Friederich Krupp...

¿Qué vas á traer y qué vas á llevarte? No esperamos de ti mucho de trascendencia. Bajo tu reinado no se derrumbará ningún sistema social ni surgirá ningún sistema salvador; los fermentos seguirán canturreando durante tus doce meses, como canturrea el agua hirviente en la barriga de la tetera; pero no serás tú el que entre espumas y humos hagas derramar el líquido......

¿O quién sabe?......

Sea lo que fuere. 1903, traigas lo que trajeres, puesto que hemos de vivir en ti (y esta esperanza sí creo que es universal!), te saludamos y nos saludamos los unos á los otros—los hombres deleznables y transitorios, —y empuñando la copa de champagne, nos decimos los unos á los otros, cual si fueras tú un haz de esperanzas:

—¡Por el año nuevo!......

OSCAR HERZ.



Palimpsestos.

Febea.

FEBEA es la pantera de Nerón. Suavemente doméstica, como un enorme gato real, se echa cerca del César neurótico, que la acaricia con su mano delicada y viciosa de andrógino corrompido.

Bosteza y muestra flexible y húmeda lengua, entre la doble fila de sus dientes finos y blancos. Come carne humana, y está acostumbrada á ver á cada instante en la mansión del siniestro semidiós de la Roma decadente, tres cosas rojas: la sangre, la púrpura y las rosas.

Un día lleva á su presencia Nerón á Leticia, rubia y joven virgen de una familia cristiana. Leticia tenía el más lindo rostro de quince años, las más adorables manos rosadas y pequeñas; ojos de una divina mirada azul; el cuerpo de un efebo que estuviese para transformarse en mujer, digno de un triunfante coro de exámetros, en una metamorfosis del poeta Ovidio.

Nerón tuvo un capricho por aquella mujer: deseó poseerla por medio de su arte, de su música y de su poesía. Muda inconmovible, serena en su casta blancura, la doncella escuchó el cantó de su formidable «imperátor,» que se acompañaba con la lira, y cuando él artista del trono, hubo concluído sus versos eróticos y bien rimados, según las reglas de su maestro Séneca, advirtió que su cautiva, la virgen de su deseo caprichoso, permanecía muda y cándida, como un lirio, como una púdica vestal de mármol.

Entonces el César, lleno de despecho, llamó á Febea y le señaló la víctima de su venganza. La fuerte y soberbia pantera llegó, esperezándose, mostrando las uñas brillantes y filosas, abriendo en un bostezo despacioso sus anchas fauces, moviendo la cola sedosa y rápida.

Y sucedió que dijo la bestia fiera:

—Oh Emperador admirable y potente! Tu voluntad es la de un inmortal; tu aspecto se asemeja al de Júpiter; tu frente está ceñida con el laurel glorioso; pero permite que hoy te haga saber dos cosas: que nunca mis zarpas se moverán contra una mujer que, como ésta, derrama sus resplandores de estrella, y que tus versos, dáctilos y pirriquios, te han resultado detestables.

El Arbol del Rey David.

UN día—apenas había el viento del cielo inflado en el mar infinito las velas de oro del bajel de la aurora—David, anciano, descendió por las gradas de su alcázar, entre leones de mármol, sonriente, augusto, apoyado en el hombro de rosa de la sunamita, la rubia Abisag, que, desde hacía tres noches, con su cándida y suprema virginidad calentaba el lecho real del soberano poeta.

Sedoc, el sacerdote que se dirigía al templo, se preguntó: ¿á dónde irá él amado señor?

Adonías, el ambicioso arrogante, de lejos, tras una arboleda, frunció el ceño al ver al rey y á la niña, al frescor de la mañana, encaminarse á un campo cercano donde abundaban los lirios y las azucenas.

Natán, profeta, que también los divisó, inclinóse profundamente y bendijo á Jehová extendiendo los brazos de manera sacerdotal.

Reihí, Semeí y Banáis, hijo de Joiada, se postraron y dijeron: ¡Luz y paz al sagrado pastor!

David y Abisag penetraron á un soto que hubiera podido ser un jardín, y en donde se oían arrullos de palomas bajo los boscajes.

***

Era la victoria de la primavera, y la tierra y el cielo se juntaban en una dulce y luminosa unión. Arriba, el sol espléndido y triunfal; abajo, el despertamiento del mundo, la melodiosa fronda, el perfume, los himnos del bosque, las algaradas jocundas de los pájaros, la diana universal, la gloriosa armonía de la naturaleza.

Abisag tenía la mirada fija en los ojos de su

señor. ¿Meditaba, quizá, en algún salmo el omnipotente príncipe del arpa?

Se detuvieron.

Luego, fuése David al fondo de una trémula gruta de verdores celegógicos, no lejana, y retornó con una rama en la diestra. Y poseído de temblor profético:

—Oh mi tierna sunamita! exclamó. Plantemos hoy, bajo la mirada del eterno Dios, el árbol del infinito bien, cuya flor será la rosa mística dol amor inmortal, al par que el lirio de la pureza vencedora y sublime. Nosotros le sembramos; tú, la inmaculada esposa del profeta viejo; yo, el que triunfé de Goliat con mi honda, de Saúl con mi melodía y de la muerte con tu juventud.

Abisag le escuchaba como en un ensueño, como en un éxtasis amorosamente místico; y el resplandor del día naciente confundía el oro de la cabellera de la virgen con la plata copiosa y luenga de la barba blanca.



SR. GRAL. JUAN VILLEGAS, Subsecretario de Guerra, interino.

Plantaron aquella rama, que había de ser un árbol frondoso y centenario.

***

Tiempos después, en días del Rey Herodes, el carpintero José, hijo de Jacob, hijo de Matán, hijo de Eleazar, hijo de Eliud, hijo de Akim, yendo un día al campo, cortó del árbol del santo rey lírico la vara que floreció en el templo, cuando los desposorios con María, la estrella, la perla de Dios, la madre de Jesús el Cristo.

RUBÉN DARÍO.

UN CANTAR PERSA.

Fuí de mañanita al monte
mi rebaño á apacentar,
y hallé en él una muchacha
como yo no vi jamás.

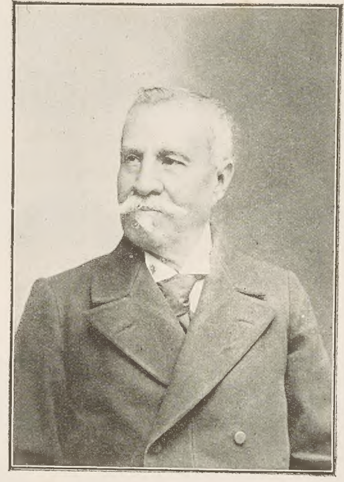
—Un beso dame, lucero,
la dije lleno de afán.
—Si con oro me lo pagas,
respondió, venle á buscar.
—El oro que tengo, niña,
guardado en mi alforja está:
mi alforja está en mi camello,
y mi camello en Kermán;
y ella replicó con risa,
mirándome faz á faz:

—En mis labios está el beso,
mis dientes están detrás,
la boca donde los guardo
cerrada con llave está:
tiene la llave mi madre,
y mi madre está en Kermán.

MANUEL DEL PALACIO.

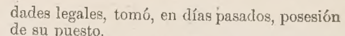
NOTA MILITAR.

A causa de la renuncia hecha por el señor General Bernardo Reyes, de la cartera de Guerra y Marina, se hizo cargo de esa Secretaría de Estado, con el carácter de Oficial Mayor interino, el señor General de Brigada don Juan Villegas, quien por algún



SR. LIC. FRANCISCO PEREZ, Procurador General del Ejército.

tiempo sirvió como Jefe del Departamento de Artillería del Ministerio mencionado. El señor General don Alejandro Pezo, que desempeñaba el empleo que hoy ocupa el señor Villegas, fué removido al de Presidente del Tribunal Superior Militar, y previas las formali-



dades legales, tomó, en días pasados, posesión de su puesto.

Además, el señor Licenciado don Francisco Pérez, que fungía como Magistrado del Tribunal Superior del Distrito, fué nombrado por el señor Presidente de la República, Procurador General del Ejército, en substitución del señor Licenciado don Eduardo Zárate, que pasa al referido Tribunal con el mismo carácter que en él tenía su substituto.

***

Por último, debemos hacer mención del ascenso del señor General de Brigada don Jesús Alonso Flores á General de División, ascenso que ha sido muy celebrado en los círculos militares.

La hoja de servicios del señor General Flores, está llena de notas brillantes por los buenos servicios que ha prestado á la República.

El ameritado jefe es oriundo de Guanajuato, donde comenzó su carrera militar como Subteniente de la Guardia Nacional de aquel Estado. Por orden riguroso obtuvo sus ascensos, distinguiéndose siempre por su inteligencia y valor á toda prueba.

Concurrió á innumerables batallas y en una de ellas fué hecho prisionero por el Ejército francés. Su bautizo de sangre lo obtuvo con una herida que recibió en el pie derecho.

El señor General Flores, por lo demás, ha desempeñado importantes cargos y recibido honrosas condecoraciones que le han sido otorgadas, tanto por el Gobierno Federal como por los de los Estados.



SR. GRAL. ALEJANDRO PEZO, Presidente del Tribunal Superior Militar.

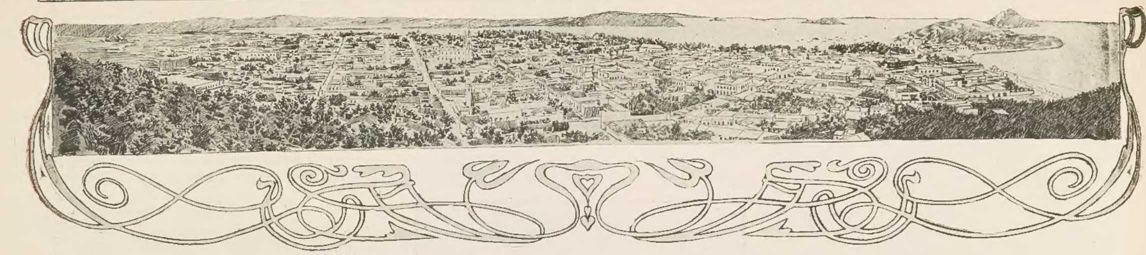


SR. GRAL. JESUS ALONSO FLORES.

Vida y Amor.

De un bardo la voz dorada
dulce y doliente sonó:
«¿qué vale la triste vida?
¿qué vale un sueño de amor?»
¡Ay! Así bajé al abismo
sin fondo del corazón,
llevando vivas mis ansias,
llevando muerto mi amor:
y sólo unos negros seres
mi pupila sorprendió,
escondidos en las grietas
de ese abismo de dolor.
Ni una gota de dulzura,
ni una estrella ni una flor,
sólo esos seres horribles
que cantaban á una voz:
"El amor, vana quimera;
el mundo, inmenso crisol;
¡qué poco vale la vida!
¡qué poco vale el amor!"

JULIA.



Peste Bubónica en Mazatlán.



Alarmantes en extremo son las noticias que con relación á la epidemia reinante en Mazatlán se han recibido en los últimos días: la existencia de la peste bubónica se confirmó ya oficialmente, y el pánico de los habitantes del puerto no tiene límites en las actuales circunstancias.

Por informes anteriores, se sabía que la enfermedad iba poco á poco cediendo y que la confianza del público era cada vez mayor; pero por desgracia, el recrudecimiento repentino de la epidemia y la declaración de los delegados del Consejo Superior de Salubridad sobre que en el caso se trata efectivamente, de la peste negra, vinieron después á echar por tierra aquella confianza y á hacer más aflictiva la situación de los moradores de Mazatlán.

Los médicos enviados por el Consejo hicieron su primera visita al lazareto el día 30, y del examen microscópico practicado por el Dr. Fabela, resultó comprobada en los atacados la presencia del bacilo de la peste. Parece, por lo mismo, fuera de toda duda, que la naturaleza de la enfermedad está ya definida y que nuestros temores no eran infundados, como algunos periódicos lo suponían.

Obrando con la eficacia que reclaman las necesidades del momento, el Consejo ordenó que se ampliara y mejorara el local en que los atacados por la peste son ahora atendidos, y que se construyeran en la isla de Belvedere, donde se encuentra hoy el lazareto, las barracas suficientes para aislar á las personas que hayan tenido contacto con los enfermos.



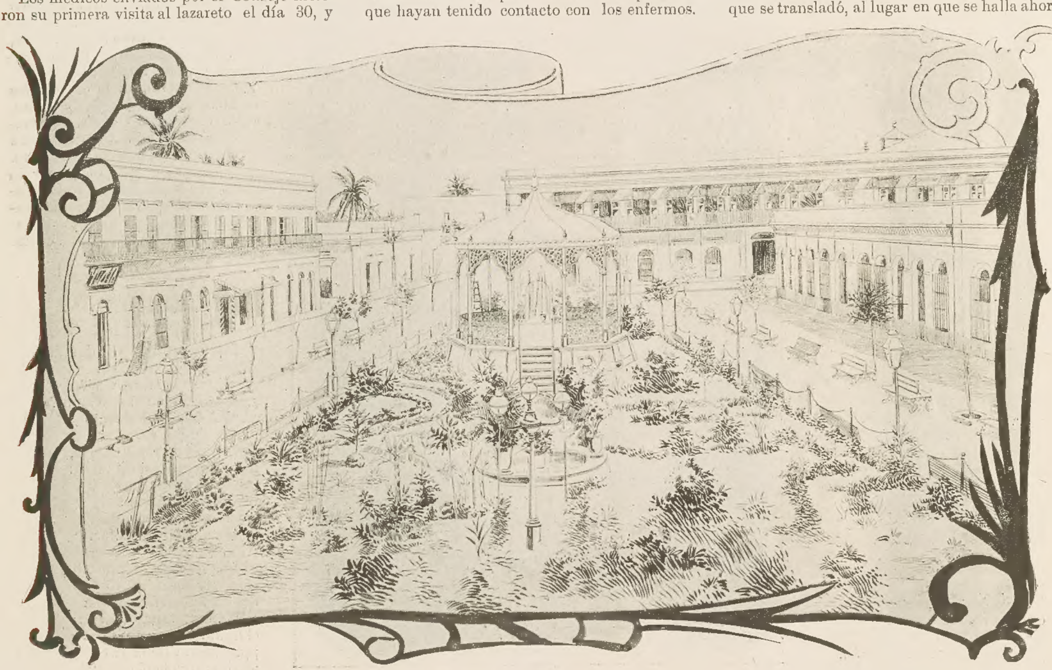
MAZATLAN.—Uno de los pabellones en que se encuentran aislados los enfermos.

Además, como las casas ocupadas por los atacados se están desinfectando ó destruyendo, según sus condiciones, para hacer que desaparezcan los focos de infección, el Gobierno ha comprado treinta grandes tiendas de campaña para dar abrigo á las personas que no tengan donde alojarse.

Por su parte, la Secretaría de Gobernación se dirigió á los Gobernadores de los Estados limítrofes de Sinaloa, encareciéndoles la necesidad de poner en juego todas aquellas medidas que directamente se encaminen á impedir la propagación del mal. El Consejo, y esto debe consignarse con encomio, anduvo, pues acertado al dictar, desde un principio disposiciones sanitarias contra la peste, por más que la existencia no haya estado entonces comprobada.

***

Por ser de oportunidad, damos en seguida algunos datos referentes al puerto infestado. Mazatlán («Tierra de Venados») fué fundado hace setenta años aproximadamente; época en que se transladó, al lugar en que se halla ahora



MAZATLAN.—La Plaza de Armas

la población, la aduana marítima establecida en Presidio. Sus construcciones son por lo mismo modernas, y cuenta con algunas notables, como el cuartel federal y el mercado «Romero Rubio». El cuartel está edificado sobre una eminencia que domina los fondeaderos y el camino ó única entrada que conduce por tierra á la ciudad. La iglesia parroquial es también notable, tanto por su belleza arquitectónica, como por su elegante decorado interior, y el teatro, que lleva el nombre de «Rubio», un edificio sólido y de hermoso aspecto.

En dos ocasiones distintas, Mazatlán ha sido bloqueado: en 1847 por los invasores norte americanos, y en 1864 por los franceses. Durante este último bloqueo, la fragata «Cordelière» fué batida desde tierra con una pequeña boca de fuego, cuyas punterías dirigió el oficial Gamboa. En este episodio, uno de los más salientes en la historia de Sinaloa, tomaron parte, en defensa de Mazatlán, Sánchez Ochoa y Marcial Benítez.

El desarrollo comercial de Mazatlán comenzó con el descubrimiento de los placeres auríferos de la California, época en que tenía comercio directo con China y el Japón. Actualmente, el comercio extranjero lo hace con San Francisco California.

El mundo es, en todas sus partes, una aritmética viviente en su desarrollo, y una geometría realizada en su reposo.

***

Tomarse trabajos y luchar contra las resistencias, es una necesidad para el hombre, como minar para el topo.

Nuevo Obispo de Tehuantepec.

PUBLICAMOS hoy el retrato del señor don Carlos de Jesús Mejía, actual Rector del Seminario Conciliar de Yucatán y electo Obispo de Tehuantepec.

El P. Mejía nació en la ciudad de Jalapa y hace veintiséis años que reside en Mérida, siendo Rector del Seminario de aquella ciudad, bajo cuya dirección este establecimiento ha progresado notablemente en los últimos años. El nuevo prelado goza de generales simpatías en el Estado de Yucatán, y su fama de hombre de talento y notable orador, es bien conocida en los círculos sociales.

La consagración del nuevo Obispo de Tehuantepec se efectuará en la Catedral de Mérida, el domingo 11 del corriente mes, con gran pompa y solemnidad, oficiando de Obispo consagrante el de Yucatán, Monseñor Trítschler, y de asistentes los obispos de Tabasco y de Belice.

A propósito de la consagración del P. Mejía, se refiere que cuando ocurrió el fallecimiento del virtuoso Obispo de Yucatán—en 1888—don Leandro Rodríguez de la Gala, al tiempo de ser inhumado su cadáver, su sucesor, el sabio prelado yucateco don Crescencio Carrillo y Ancona, quitó al cadáver el pectoral, y dirigiéndose al Rector Mejía, le dijo las siguientes frases:

«Conserva este pectoral de nuestro llorado prelado y guárdalo, porque no está lejano el día en que, elevado á la dignidad, podrás usarlo.»



MAZATLAN.—Una huerta en Belvedere.

INAUGURACION DE UN PUENTE

Cerca de Zinapécuaro, Michoacán, y en terrenos de San Joaquín Jaripeo, se acaba de construir un puente que es sin disputa uno de los más importantes de aquel Estado.

Está construído sobre una barranca profunda y tiene noventa y tres metros de longitud por treinta de profundidad. Con motivo de la conclusión del puente, se organizó una pequeña fiesta, apadrinando el acto el Sr. Aguado, Jefe Político de Zinapécuaro.

El costo total del puente, que es de mampostería y fierro, asciende á ocho mil pesos.



MAZATLAN.—El Desembarcadero en Belvedere.

El misantropo tiene todos los vicios de los hombres y ninguna de sus virtudes, y cuando se ve contrariado en sus negras deliberaciones, pone fin á su vida con el veneno ó el puñal, creyendo triunfar de los arcanos de Dios.

***

Para la mayor parte de las mujeres no es necesario más que lo superfluo, y lo positivo más que lo ideal.

***

El discernimiento vale más que el precepto, pues lo adivina y aplica oportunamente.

***

Para la ignorancia existe un remedio, que es la ciencia; para el fanatismo eso mismo será su muerte.



Puente de 93 metros de longitud construido en S. Joaquín Jaripeo.



Cuento de Amor

FUE en un pueblo pequeño de mi patria. Allí la naturaleza, fecunda y pródiga, derrama sus tesoros con esplendidez que se creería soñada. Allí he gozado de las más perfumadas y melancólicas noches de luna, de los más luminosos crepúsculos y de las más blancas y sonrosadas mañanas. Allí vi todo esto embellecido y envuelto en un ropaje de visión intensa, porque el amor, como un ave sin mancha, batía sus alas silenciosamente, dulcemente en mi corazón.

Cuando la conocí, tenía ella diez y seis años, traje de luto, un gran sueño en sus grandes ojos negros y era delicada como una azucena. También como las azucenas, tenía porte aristócrata y gentil. Su voz era suave é insinuante, como una serenata lejana, de un hermoso tiempo pasado, y la recuerdo con un estremecimiento de pasión muy doloroso.

Yo hubiera querido que su modo de ser fuera enteramente extraño á ciertas vulgaridades del mundo exterior. Mis lecturas de raros poetas ideólogos; mi amor á sueños y á meditaciones de un mundo encantador, de orden enteramente metafísico, y un estremecimiento de vaguísimas visiones, que acaso habían nacido con mi alma, puesto que recordaba que me poseían desde los más lejanos días de mi infancia, todo esto me había hecho cobrar desprecio profundo por las diarias preocupaciones humanas y me había creado una orgullosa risa interior, llena de escepticismo y que sólo respetaba á las cosas que traían ensueño.

Como después de la caída de mis primeros amores, al encontrarme por primera vez en la desolada aldea del Desencanto, no volviera á creer ya en la realidad de la amada soñada, cuando apareció ella en mi camino, hube de sostener tremenda lucha entre mi doloroso escepticismo arraigado en mi ser y la imagen blanca de ella, que me atraía con su encanto ultraterrestre. Algunas veces yo sufría infinitos desconsuelos: un gesto, una frase, una inflexión de su voz que desarmonizaran y empequeñecieran la idea que de mi novia me había formado, destruían en un momento todo el esfuerzo que hubiera hecho para creerla superior. Algunas veces comprendía ella que algo suyo me disgustaba, y bastaba entonces una mirada que me dirigiera húmeda de pena y de melancolía, para cambiar mis sentimientos y llenar mi corazón de paz conmovedora.

Pero el Amor, como una primavera, invadió pronto los campos de mi alma y llegaron los días felices, muchos días muy felices que no olvidaré jamás. Sólo una nube de poética nostalgia, doliente á veces, desde el primer día, acompañó siempre nuestros pasos por el luminoso camino.

Una tarde, á la hora de un bello crepúsculo que difundía rosadas claridades en la estancia, estábamos ella y yo, solos, en alto balcón, de cara al horizonte del poniente. Acabábamos de abandonar la lectura de una de las maravillosas historias de Edgard Allan Poe. Yo comprendía que el alma de ella, lo mismo que mi alma, agobiadas por el poder de ensueño de aquel misterioso poeta, se colmaban de las mismas tristezas; de ese melancólico bienestar del espíritu, atrayente y conmovedor, que deja, como hálito divino, como revelación de mundos más bellos, el alma de los poetas seculares. En nuestro interior glosábamos la historia extraordinaria de Edgard Allan. Y la hora, y la vaguedad del crepúsculo y la pasión contemplativa de nuestras almas, hacían de nuestros corazones una plegaria al Dios de los infinitos ideales.

Y así fué que esa tarde, á la hora de un bello crepúsculo, extendió ella la enigmática noche de sus ojos sobre el dilatado desierto de mi espíritu; porque cuando sus ojos se encontraron con los míos, ella vió el secreto de mi corazón y yo vi el secreto del corazón de ella, y el Amor tendió la música de sus alas sobre nuestras almas.

***

Una noche íbamos juntos, bajo los árboles de avenida solitaria, bajo la luz de la luna, y un perfume sutil se esparcía en nuestras almas, porque un ramo de rosas frescas estaba en el fondo de nuestros corazones.

Yo hablé el primero. Le dije estrechando su mano:

—Hermana, hermana, hermana, tengo celos de las estrellas que te quieren llevar. ¿Ves cómo parpadean allá lejos? Parecen ojos que te llaman........

Y un obscuro presentimiento me estremecía... .....!

Entonces ella, con ternura inolvidable (¡oh, esa noche cómo era doliente su ternura!), acarició mi frente con su mano y me habló de su alma, de mi alma visionaria, y de mis sueños, y de los sueños de ella, y de nuestras misteriosas voces interiores y del estupor de su espíritu cuando penetró toda su alma en los países encantados de mis jardines.

Yo, que nunca la había oído hablar así, fascinadoramente, que la veía aparecer por primera vez en los campos de mi alma, con la belleza encantadora de una heroína de Shakespeare, sentí estremecerse mi ser como si Dios lo poseyera, y una corriente de ensueño, la más poderosa que haya jamás llegado á mi corazón, me hizo llorar por vez primera en mi vida, besando los cabellos de ella, bajo los negros árboles, bajo la claridad misteriosa de la luna. Lloré interiormente, sin que ella viera mis lágrimas.........

Y seguimos en silencio por la vía florecida, con nuestro gran sueño en el corazón.

MANUEL DE LA PARRA.

Carreras de Caballos en Peralvillo.

CON asistencia del señor Presidente de la República, se efectuaron, el domingo en la tarde, en el Hipódromo de Peralvillo, las carreras de caballos organizadas por el Club Hípico Militar y en las cuales tomaron



Las tribunas del Hipódromo de Peralvillo.

parte, además de algunos miembros de la citada agrupación, los socios del Club Hípico Alemán y algunos cadetes del Colegio Militar.

La presidencia del Jurado fué integrada por los señores Generales Francisco M. Ramírez y Gregorio Ruiz, sirviendo como jueces de campo los señores Mayor Alfonso Pradillo, Capi-



Una carrera.

tán Abraham Plata, Teniente Nicolás Martínez y Subteniente Pablo Zayas Jarero; como jueces de salida y llegada, los señores Capitán Efrén Batis y Teniente Coronel Rafael Eguía Lis, respectivamente; y como totalizador, el señor Mayor Miguel Ruelas.

***

Las carreras efectuadas fueron cinco, y el resultado el siguiente:

La primera á 300 metros y plana, se jugó por los alumnos del Colegio Militar Roberto Albises, Manuel Amezcua, José Alessio, Miguel Barrios y Rodolfo Casillas, resultando premiados los tres primeros. La segunda carrera, á 500 metros, entre oficiales, fué ganada por el Capitán Luis G. Pradillo, á quien tocó el primer premio, y por el Capitán Santiago Aduna y el Teniente Alberto Salas, que recibieron el segundo y el tercero, respectivamente. La tercera, jugada por los miembros del Club Hípico Alemán, fué á 800 metros: la ganaron los señores A. Chatand, que llevaba traje de seda azul y blanco, y W. Tenss, que vestía de blanco y rojo. En cuanto á la cuarta carrera, á 800 metros también, fué plana y á paso libre, y tomaron parte en ella los militares que se disputaban los premios ofrecidos por el Club Alemán. El primer premio lo obtuvo el Capitán Gustavo A. Salas, el segundo el Mayor Luis Pérez Figueroa, y el tercero el Teniente Manuel García Lugo.

Pasada la última carrera, con obstáculos y en que vencieron los señores Raabe y Bóker, del Club Alemán, siguió un desfile al galope, por fracciones, ejecutado por gendarmes del Ejército y soldados del 3º, 4º y 7º Regimiento. El desfile fué con obstáculos de 2 metros de altura.

***

El señor General Díaz hizo la entrega de recompensas á los vencedores, que eran saludados por la concurrencia con aplausos. Más de cinco mil personas concurrieron á la simpática fiesta.

EXCURSION A PIE.

Los periódicos del Salvador dan la noticia de haber llegado á la capital de esa República el señor Enrique M. Crouffort, uno de los excursionistas catalanes que emprendieron, en agosto último, el viaje de México á Buenos Aires á pie.

El señor Crouffort es el único que ha llevado adelante la proyectada excursión, pues de sus compañeros, algunos se quedaron en Oaxaca, arrepentidos de la empresa, y otros en Tehuantepec, sin alientos para proseguir en su camino. El excursionista ha recogido una buena suma de datos importantes acerca de las regiones que ha visitado.



La Exposición Fabrés.

La Exposición Fabrés, tan ansiosamente esperada por los devotos de la Belleza, abrió ya sus salones al público.

Es ésta una nota que debemos saludar con aplauso. Las obras más celebradas del notable pintor, traído por nuestro Gobierno para que sirva como maestro en la Escuela Nacional de Bellas Artes, se encuentran ahora en las galerías de la vieja Academia de San Carlos, despertando el interés y la admiración de una multitud de visitantes.

Las salas en que Fabrés exhibe sus trabajos de eximio artista, son cuatro. En la primera se ve lo que pudiera llamarse su «obra menuda»: estudios y bocetos, dibujos á pluma y á lápiz, y acuarelas; en la segunda, una serie de cuadros en los que llaman poderosamente la atención «La Ladrona,» «Por Orden del Sultán,» «Bonita y Mala» y «La Cantadora,» obras primorosas que atraen y convencen.

La tercera sala encierra, como joyas de valor inestimable, «El Abanderado Flamenco,» «La Lectura del Quijote,» «Almuerzo en el Campo,» «Centinela muerto en la Nieve,» «Los Borrachos» y «El Regalo del Sultán». «Los Borrachos,» ó «Bacanal,» es una escena báquica en que se ven quince figuras de tamaño natural, admirablemente ejecutadas.

En cuanto á la cuarta sala, sólo se ve en ella «El Cristo en la Columna,» un solo cuadro, que acusa, en Fabrés, si no la más pura inspiración religiosa, sí las excepcionales facultades de artista que lo distinguen.

«El Mundo Ilustrado» da hoy á conocer dos bellísimas acuarelas del maestro: «Limpiando la Lámpara» y «Leyendo el Corán.» En nuestras ediciones próximas publicaremos algunas otras obras del señor Fabrés, que nuestros lectores, estamos seguros, verán con gusto.

El matrimonio es una enredadera que la esperanza embellece, que la dicha conserva y la desgracia fortifica.

***

Los hombres se parecen á los niños, que adoptan malas maneras en cuanto se les mima.



Sr Enrique M. Crouffort.



"Limpiando la lámpara." (Acuarela de Fabrés.)



"Leyendo el Corán." (Acuarela de Fabrés.)

Reliquias Históricas.

ENTRE las reliquias históricas que se hallan en poder de particulares, se encuentran las que en reproducciones fotográficas damos á conocer hoy á nuestros abonados.

La carta de Hidalgo es un documento importante por todos conceptos, pues vino á esclarecer un punto largamente debatido y comentado: ¿por qué motivo el inmortal Cura de Dolores, encontrándose á dos pasos de la metrópoli, y victorioso en el Monte de las Cruces, no tomó la ciudad dando fin de esta manera al gobierno de virreyes?

Según parece, la carta que publicamos fué una especie de circular enviada á distintas partes, con el fin de acallar los gritos de desconfianza que se levantaron á raíz de la retirada del señor Hidalgo, del Monte de las Cruces.

Esto explica por qué la carta no tiene dirección expresa, y por qué está escrita por Don Ignacio Rayón y firmada sólo por Hidalgo el 13 de noviembre de 1810, ó sea pocos días después de la retirada.

Al final de la carta, y fechada el día 5 de octubre de 1827, se encuentra una anotación del puño y letra de Rayón, en la que declara que la letra de la carta es de su puño, y la firma que aparece al calce, la que usó siempre el Cura Hidalgo.

***

En la inauguración de la Academia de Bellas Artes efectuada á fines del siglo XVIII, se repartieron como un recuerdo, entre los que concurrieron á la festividad, unos platitos de porcelana, primorosamente grabados, como puede verse por la fotografía que de uno de ellos—probablemente el único que existe—pudimos tomar, debido á la deferencia del señor Francisco Garay y Justiniani, su actual poseedor.

Sobre la fecha de la inauguración de la Academia, no están de acuerdo los cronistas. La idea de su fundación nació de Don Fernando José Mangino, Superintendente de la Real Casa de Moneda, quien presentó el proyecto al Virrey el 29 de agosto de 1781, abriéndose sus clases en la casa de Moneda el 4 de noviembre de 1781.

Más tarde, aprobada y dotada con trece mil pesos anuales por Carlos III, se abrió de un modo solemne el 4 de noviembre de 1785, y por último, en vista del aumento de alumnos, se transladó la Academia al local que ahora tiene, instalándose definitivamente en él en septiembre de 1791.

MADRIGAL

Rosa que mustia y ajada
miras á tierra, apenada,
vuélvete á alzar orgullosa,
pues no hay una flor, ¡oh rosa!,
que junto á ti valga nada.

Porque tú, que te has erguido
entre la mata de pelo
de mi dulce bien querido,
puedes decir que has tenido
un trono encima de un cielo.

Cielo incomparablemente
más hermoso y esplendente
que el de Dios, pues el de Dios
tiene un sol únicamente
y en el tuyo ¡brillan dos!

JOSÉ GONZÁLEZ GALÉ.

DIA DE MUDANZA.

EN mi casa, hace ya varios lustros, era para nosotros un gran día el «día de mudanza.» Ni había que pensar en la escuela—«amiga» se llamaba entonces,—ni en abluciones inútiles, ni en ninguna de esas zarandajas que amargaban nuestra cuotidiana vida de chiquillos.

¡Nada de eso! Ese día era de holgorio, de juerga, de libertad absoluta, pues los padres, tíos, nanas y demás tiranos del hogar, no podían repicar y andar en la procesión.

Tanto como nosotros gozábamos sufrían ellos. El natural trajín de una casa puesta repentinamente en movimiento; la torpeza de los mozos de cordel, que hacía menguar en no pocas piezas el menaje; la irreverencia de alguno de ellos, que cogía el nicho de la Virgen ó la capilla del Sagrado Corazón como si tomara una silla y un bastón, todo esto producía derrames biliosos en «la gente grande,» integrada por mis padres y dos tías.

La menuda la formaba yo en unión de dos primos, mayor uno y menor el otro; todos llevábamos el mismo nombre de pila, y como los regaños, amenazas de encierro y zafacocas ó zapatazo limpio, nos eran repartidos por partes iguales, llegamos á constituir una alianza tripartita, para cometer todo género de infantiles tropelías, dividiéndonos hermanablemente las consecuencias.

Las niñas, que eran tres, mayorcitas que nosotros y con humos ya de pollas, quedaban en «la casa vieja,» guardando la ropa en los baúles, empacando la loza y el cristal en sendos canastones, descolgando cuadros, retratos y repisas, procurando, escobeta en ristre, que las camas llevasen al nuevo hogar el menor número de incómodos vecinos; desarmando guardarropas, y, á plumerazo limpio, quitándoles las telarañas y no pocas arañas que, erguidas en sus múltiples patas, corrían á grandes pasos, azoradas de que así, sin previo aviso, se las pusiese en dispersión.

Pero los tres Manueles, la pilletería de la familia, ésos ¡á la casa nueva! á fisgonearla bien por arriba y por abajo, con el pretexto de «recibir los muebles.» ¡Buenos estábamos nosotros para recibir algo que no fueran palizas ó filípicas paternas!

Ya estábamos allí, desde muy de mañanita, vacío el estómago, pero el espíritu alegre como una esquila.

Por más que la fortuna, nunca abundante, de mi padre iba en mengua, y al cambiar de casa sufríamos un sensible descenso en comodidades y en condiciones higiénicas, nosotros, mocosillos de cinco á siete años, nos entusiasmábamos, nos atraía la novedad; el desorden que originaba la mudanza estaba de acuerdo con nuestro temperamento inquieto, bullicioso; gozábamos.

—¿Ya viste?—decía mi primo—la escalera es muy bonita; de palo.

—Y en el comedor hay una alacena que parece puerta.

—Yo ya fuí á la azotehuela, es muy grande y tiene dos...... uno para los criados, y otro para nosotros.

—¡Ahí están ya los cargadores!

Y bajábamos y subíamos escaleras á más y mejor; «ayudábamos» á los criados á poner los copetes á los guardarropas, á clavar alcayatas, para colgar de ellas, ya el retrato del abuelo, que parecía mirarnos con miedo y decirnos: «¡A ver si me matan!», ya un espejo poco se-

guro en su marco y menos en nuestras manos, ya la cazuela del mole, que era un cacharro como de una vara de diámetro.

Comíamos mal y de prisa al cuidado de las criadas, olvidando hasta los más nimios rudimentos de educación que nos habían enseñado. Y con el bocado en la boca, como vulgarmente se dice, volvíamos á la tarea; desempacábamos la vajilla, causando en ella considerables bajas; nos mecíamos, tirados boca arriba, en los «tambores» de las camas; subíamos á la azotea por una escalerilla de mano, provistos de un jarro lleno de agua ó del líquido que se pudiese sacar, y lo vaciábamos por las chimeneas de la cocina vecina; nos apersonábamos con el chico de la portera y le soltábamos algunas groserías de las finas, acompañadas, á veces, de algún soplamocos, para entablar amistad con él, hasta que, al anochecer, agobiados, rendidos, llenos de polvo, caíamos en postura de fusilados sobre el primer lecho, sillón ó silla con que tropezábamos, para esperar el malditísimo día siguiente, en cuyo rosado amanecer se esfumaba la grisácea figura del señor Argüelles, el maestro de escuela.

* * *

Pasó el tiempo; crecí, me hice ó me hicieron hombre, por mitad los años y las miserias de la vida; tuve hambre y aprendí á ganarme el pan; tuve anhelos de querer mucho y aprendí á leer de corrido en el libro del amor; me enamoró la vida aventurera y fuí y vine, cambiando á menudo de paisaje, despreciando hoy lo que envidiaba ayer, viendo muchas caras hermosas y muchas almas feas, gozando una hora para sufrir un día.

Al fin, el hastío, un hastío estúpido, vulgar, que no podía llevarme al suicidio ni al idiotismo, se apoderó de mí.

Un residuo de energía me alentó; quise combatir ese hastío y busqué en mi ayuda el tibio rescoldo de mi hogar. ¿Por qué no había de encontrar bajo el yugo de mi madre—lo único que me quedaba,—sometido á la esclavitud de la familia, lo que la libertad, la independencia, el «judaísmo errante» me negaban? Hay cadenas de hierro que se antojan guirnaldas de flores; hay manos rugosas que oprimen y que gustoso besa el oprimido.

Me resolví y volví á mi casa.

Era aquella misma donde mis primos y yo retozábamos alegres, ajenos á las miserias de la familia, á los conflictos pecuniarios del jefe de ella.

La hallé triste; ni una ventana abierta, ni un tiesto de flores en los balcones, ni un canario piando contento y saludando al sol.

Pregunté al portero; no me conocía y se concretó á decirme:

—¿Quiénes, los del seis? Se están mudando.

Efectivamente, en el patio se veían las parihuelas cargadas con muebles, para mí muy conocidos; los mozos de cordel, sudorosos, jadeantes, mal olientes, bajaban las escaleras cargados como bestias.



Plato conmemorativo de la inauguración de la Academia de San Carlos.

—¡Vaya!—exclamé. —¡Día de mudanza! Recordaré mis buenos tiempos. Y entré.

La casa olía mal: olía «á botica;» gentes extrañas salieron á recibirme. Daban órdenes, disponiendo de lo que era mío, de lo que era nuestro, como si sobre sus propiedades mandasen. Sólo una sobrinita mía, chiquilla de diez años, vino á mí con los brazos abiertos.

—¡Nené!...... ¿Y tu mamá, y tu tía?........ ¿dónde están?......

Calló, bajando la rubia cabecita.

—¿Y mi madre, tu abuelita?........

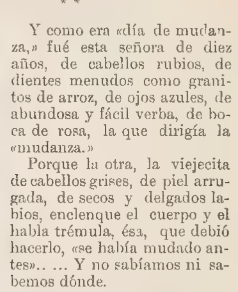
Entonces la niña, con esa perspicaz comprensión de los muchachos, tartajeando y sin alzar la vista, dijo:

—Tío: hoy es día de mudanza...... mi mamá y mi tía están en la casa nueva...... yo me he quedado aquí para ayudar en lo que pueda...... y la abuelita...... la abuelita se mudó hace ocho días...... no sé dónde!

¡Qué dulces sus palabras! ¡qué ternura en su voz! con qué delicadeza clavó en mi alma, suavemente, poco á poco, el puñal que me desgarró el alma!

Mi madre había muerto, como mueren las madres, todas, ¡para siempre!





Y como era «día de mudanza,» fué esta señora de diez años, de cabellos rubios, de dientes menudos como granitos de arroz, de ojos azules, de abundosa y fácil verba, de boca de rosa, la que dirigía la «mudanza.»

Porque la otra, la viejecita de cabellos grises, de piel arrugada, de secos y delgados labios, enclenque el cuerpo y el habla trémula, ésa, que debió hacerlo, «se había mudado antes».. ... Y no sabíamos ni sabemos dónde.

MANUEL M. PANES.



Hay en el abismo de la conciencia humana un deseo innato: la posesión de la felicidad. Este es el único pensamiento que subordina todas las voluntades.

* * *

La vejez es la edad de oro de las virtudes negativas.

* * *

La alegría íntima que nos enajena, va siempre mezclada de un deseo ardiente que nos atormenta.

VOTO.

Destaparé mis ánforas de esencia
Y prenderé mis candelabros de oro,
Cuando la diosa pálida que adoro
Llene mi soledad con su presencia.

En su pelo de blonda refulgencia
Y en su labio odorífico y sonoro
Hay el fulgor de un candelabro de oro
Y el perfume de un ánfora de esencia.

Vendrá con su ropaje de inocencia
Y hostigando mi amor con su decoro,
Pero al fin gozaré de su opulencia
En medio de mis ánforas de esencia
Y mis ardientes candelabros de oro.

EFRÉN REBOLLEDO.





LA INSTITUTRIZ.

NOVELA POR ESTER DE SUZE.--ILUSTRACIONES DE SIMONT.

TRADUCCION DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

Hay almas que son tal vez como las semillas de ciertas plantas, que no pueden germinar sino en determinado suelo. En los centros mundanos, en los cursos de educación á la moda, donde las muchachas llegaban cubiertas de sedas y encajes, empolvadas y perfumadas, acompañadas de una institutriz de adorno, allí mi alma no se encontraba en su medio vital.

Fué preciso que una ráfaga de viento arrebatase á los míos, á los que me proporcionaban el bienestar, para que yo fuese llevada, como una semilla, al terreno que me destinaba la Providencia. Entonces creí: mi alma se ensanchó y se ahondó; conoció los sufrimientos y se llenó de piedad.

Más aún: mi mano torpe, tomará la pluma para pedir socorro; no para mí—que, á Dios gracias, no lo necesito,—sino para las otras, para mis compañeras las maestras de escuela. Y escribiré este libro.

¿Cómo llegué á maestra de escuela?

Fuí la hija única de un doctor de Marsella, y de una mujer muy cuidadosa del bien parecer de la casa. Este bien parecer estaba asegurado por la fortuna que nos dejó mi abuelo. Pasaban los días en medio del lujo y la tranquilidad. Sabía yo que era rica; pero quería ignorar cuál es la magia de la dote. Era muy bien recibida en sociedad. Debía el éxito á mis ojazos azules, franjeados por la línea obscura de las pestañas; á mi talle redondo y fino; á la hermosa trenza castaña cobriza que me caía sobre la espalda. Era feliz; siempre alegre, siempre haciendo ruido en casa.

Mas, desde esa época, el fondo de mi carácter era más bien silencioso y lleno de sensaciones «obscuramente luminosas». Por ejemplo: me sentía vagamente turbada siempre que ante mi dicha se alzaba una miseria ajena. Papá y mamá parecían hacer de mi dicha todas las leyes del universo. Jamás medité acerca de mi egoísmo de amor; tocábame sólo dejarme amar, y así lo hacía.

Un día la desgracia cayó súbitamente sobre nosotros, como súbitamente se amontonan las nubes en el cielo y se desata la tempestad.

He dicho que éramos ricos; mas esto no bastaba á un buen padre que tenía locas ambiciones para mí y me quería rica entre las ricas. Oyó hablar de una empresa de minas, se alucinó y arriesgó algunos fondos, que no tardaron en desaparecer; y tras de éstos siguieron otros. Luego mi padre se vió poseído de una especie de fiebre: enloquecido, siguió arriesgando lo que le quedaba, y no tardó en arruinarse. Entonces se le declaró una enfermedad del corazón, antes anunciada vagamente. Le vi mortalmente enfermo y no supe la causa, porque él, por un supremo pudor, por lo que llamaba «su culpa», quiso que yo la ignorase. Cuando, al morir él, quedé como petrificada á la cabecera de su lecho, vi á mi madre que gritaba:

¡Ha muerto porque estamos arruinados!

No comprendí nada. ¿Qué significaba eso de «arruinados»? Sólo me laceraba las entrañas la muerte de aquel ser querido. ¿Era posible que hubiese muerto?....... Veía, como en un sueño, su hermoso rostro lívido y descompuesto, sus manos enclavijadas en el pecho, y un desfile de personas que acudían silenciosamente á la cámara mortuoria. ......

No volvió á ser la misma la querida y alegre casa. Por todas partes pendían grandes cortinajes. Mamá y yo, vestidas de luto, pasábamos

los días estrechamente juntas, como luchando con una fuerza que intentara apartarnos!......

Ay! Pero ni siquiera había de quedarme esta compañía que endulzaba los sufrimientos de mi corazón.

Quince días después salíamos de la iglesia de San Vicente y tratábamos de atravesar la calzada frecuentadísima que desemboca en la Avenida de Meilhán, por la que pasaban multitud de carruajes. Mi madre, no repuesta aún de la emoción durante la misa, y con los ojos nublados todavía por las lágrimas que corrían bajo su velo, tenía prisa de regresar á casa. Vi bajo el crespón el brillo de sus dientes que mordían los labios sollozantes. Llena de impaciencia, quería llevarme muy de prisa hacia el hogar abandonado, donde pudiéramos llorar sin descanso.

Se lanzó á la mitad de la calle y la seguí; pero al mismo tiempo me detuve y dejé escapar un grito. Un carruaje amenazaba pasar sobre ella: le ve, se aparta, pero se aparta demasiado y otro la derriba: una pesada carreta que parecía inofensiva, que caminaba paso á paso. En mi dolor no he tenido la satisfacción de decirme que si esto ó aquello no hubiera ocurrido, se hubiera evitado el irreparable accidente.

Madre adorada, tú sola te arrojaste á la muerte como llevada de tu firme voluntad! Y en el último momento, en medio de la convulsión postrera, tu mano tuvo un ademán que comprendí súbitamente. Me decía:

No avances! Yo muero...... tú vive!.........

Y quedé aturdida. Y no avancé. Y moriste sola. El timón te hirió en el pecho. Tengo en el corazón el grito sordo, ronco, arrancado de tu pecho sorprendido. El caballo, bajo la mano del carrero que quería detenerlo, se encabritó y dejó caer su casco sobre tu pobre cabeza, caída en tierra. Este golpe fué mortal. Se ha dicho que no habrías muerto del primero. La multitud gritaba y se aglomeraba. Me desvanecí.

II

Los periódicos refirieron el accidente mortal de mi madre, recordaron la muerte de mi padre y dedicaron algunas frases discretas á la hija que quedaba huérfana y sin fortuna. Porque no se había olvidado la historia de la ruina de mi pobre padre, y eso bastó para hacer el vacío desde luego en derredor de mi recuerdo.

Sólo dos amigos me quedaron: el Dr. Cairol y su esposa, que me llevaron á su casa desde el día de la desgracia. De nada me acuerdo, hasta un momento en que me encontré junto á los dos ancianos. Fué una mañana; estaba yo acostada en una recámara elegante; hasta mi lecho llegaban rayos de sol. Mis ojos distinguían aquello sin comprenderlo. Loca, ó medio muerta, murmuraba frases sin sentido. A cada palabra movía lentamente la cabeza en las almohadas. No tenía fiebre; pero sí algo como un aturdimiento, y parece que de ello llevaba ya algunos días.

A mi cabecera meditaba el Dr. Cairol. Era él quien había cuidado mis achaques de niña, para los que mi padre no se fiaba en su propia ciencia. Ahora no tengo padre; y el viejo amigo no ha abandonado su puesto. Mira con desesperación á la huérfana que no quiere consuelo. Ha intentado mil reactivos y su mujer me ha arrullado, como se hace con los pequeñitos que gimen; pero de mis labios secos no se aparta la queja. El doctor está perplejo....... intentará un último supremo medio? Consulta á su mujer y ella palidece al oírlo. Vacila por algún tiempo. Por fin, me pulsa, sacude la cabeza y se resuelve.

Pide á su mujer que le ayude, pero ella se aleja y se niega. .. ..

Después he recordado todos esos detalles. En aquel instante, casi extinto, nada comprendo: mi cabeza se mueve lentamente y mis labios repiten su gemido loco; el doctor desliza su brazo bajo esa pobre cabeza; habla:

-Escuche usted, hija mía, está usted enferma y consiento en cuidarla; pero ¿dónde ponerla? Esta es la recámara de mi hijo. Usted sabe, mi hijo Gastón, que acaba de casarse.

Las palabras me llegan como de muy lejos; las oigo mal; el doctor continúa:

Escuche usted, María Teresa, es necesario salir de esta recámara para dejársela á mi hijo. Ahora ya no tiene usted casa!

Murmuro:

—Por qué?

—Porque es usted pobre como los pobres de las calles. Su padre la arruinó antes de morir. La hemos recogido por compasión, pero resulta que nos molesta un poco, hija mía. Es necesario que lo comprenda usted y que tenga energía para que pueda trabajar.

—Basta! exclama suplicante la esposa del doctor, y nos dirige una mirada cuya angustia acaba de curarme.

—Porque mi pensamiento apenas flota ya; debo sanar. Sentada, con los ojos brillantes, con voz tranquila, interrogo:

—¿Nada tengo ya, nada? Sabía que estaba arruinada, pero no hacía caso de ello! Antes de la muerte de mamá nada había cambiado en la casa, aunque ya papá hubiese muerto...... ¿Por qué?

Por las sienes del médico corrían gotas de sudor.

—Porque los acreedores respetaron el luto de su mamá. Pero eso no tardó mucho, y la miseria vino inevitablemente......Sí, la miseria, María Teresa! La evitó su exquisita madre. Pero ahora usted vive, pobre amiga mía; sabe usted que no somos ricos...... su presencia aquí......

—Basta ya! repite la señora, torciéndose las manos.

—Déjele usted, señora! El doctor tiene razón. Es necesario que me levante, que tome algún partido. ¿Dónde están mis ropas, señora? No las veo. Sírvase usted dármelas. Sin duda ustedes no pueden tenerme siempre consigo. Estoy arruinada...... Es una dicha que mamá haya muerto.

Me desmayé por la segunda vez en mi vida.

Cuando volví en mí, el llanto surcaba las mejillas del doctor. Mi corazón estalla en sollozos bienhechores......Estoy salvada.

Ah! las súplicas del buen hombre! Las explicaciones de la señora. Ambos están junto á mi lecho, con el rostro radiante de ternura y confusión.........

--Era para curarla...... Es usted altiva...... Sólo eso podía sacarla de aquel estado. No nos vuelva usted á hablar de ello. Nosotros la queremos mucho, mucho!

Me abrazan, estrechan mis manos; son momentos indecibles de dolor y de afecto. Les devuelvo sus cariños, les consuelo...... Ahora soy yo la fuerte y ellos los que están abatidos, porque no desisto de mi propósito de partir.

—¿Dónde iría usted, después de todo? pregunta colérico el doctor.

—¿Dónde? Buscaré y encontraré...... Tengo dieciocho años, soy instruída; mi deber es trabajar. Concédame algunos días para reflexionar, para buscar mi ruta........

—Algunos días! Ingrata!

Están aturdidos y vacilantes. Por fin, el doctor inclina su blanca cabeza.

—Tiene usted razón, es el deber. Que nuestro cariño no la estorbe.........

Salen de la pieza. Me levanto, me baño el rostro en agua fresca, y cuando me veo al espejo, me asombro de la seriedad que habían tomado mis rasgos...... hay en ellos algo más de nobleza; se ha calmado el temblor de mis labios; mis ojos brillan con fulgor tranquilo. Nada de lo que busco se ha mostrado aún en mí; pero siento que estoy en la vía recta: el ambiente moral que respiro place á mi sano pensamiento, que las mas abruptas cimas del deber no espantan.

Me presento al comedor. Mis amigos me rodean de las mayores atenciones. No se habla una sílaba de lo que á todos nos preocupa. En la noche siguiente, con el codo apoyado en la almohada, paso las horas soñando despierta. Lo dije ya: soy instruída y quiero trabajar; pero ¿cómo? Soñaré en una casita modestísima donde viva sola, sin ser una carga para nadie. ¿Qué trabajo me permitirá lograrlo? Si me pongo á dar lecciones, ¿me bastarán para los gastos indispensables? Ignoro la totalidad de las exigencias de la vida, pero tengo el instinto de tantas necesidades, que me espantan.

En mi espíritu surge la visión de una institutriz que conozco. No puedo recordar su nombre; pero los detalles que se me agolpan, cubren á esta joven fisonomía de humildad y de tristeza que me oprimen el corazón. Seguramente que esa muchacha de veinte años, ha de tener alegría, ingenio, esperanzas! Pero nada asoma á su pálido rostro.

Es el reflejo vago de la señorita mayor de la casa, y á los ojos de la niña, su discípula, es un juguete de la señora de la casa. ¿Aceptaré una situación semejante? En la sombra de la noche mi frente se contrae..... No! no! Nunca!......

Mejor estar sola y libre! Construir una casita no sé dónde; reinar en ella. Dónde? Cómo? Jamás había oído hablar de la vida de la institutriz municipal; mas he aquí que la casita de mi imaginación se convierte en casa de escuela; hay una clase llena de niños; una recámara donde me retiro después de mi trabajo; por todas partes flores, ventanas de cortinas rústicas, que dan sobre un campo apacible......

Cosa extraña! A mí llegan los perfumes de esa campiña! Me duermo tranquilamente. Mi pensamiento ha resbalado de la inquietud á la resolución definitiva, como si una fuerza mágica acabase de llevarme á esa vía y afirmarme en la dicha de ella. Sin esta previa persuasión de la felicidad, habría fatalidades.

Seré maestra de escuela!

III

Al día siguiente doy cuenta de mi hallazgo. La señora de Cairol escucha; el doctor trata de disuadirme......He dado desde el principio mi resolución final; por fin, el doctor aprueba, á medida que desarrollo mis ideas de la víspera.

—Usted institutriz en mi familia? Vamos! ......Ha tenido usted razón......No era eso lo que se necesitaba......ni dar lecciones en la ciudad: esto es peligroso. Allá en mi lugarejo, es distinto: el campo, la verde hierba, el canto de los gallos, el balido de las ovejas.. .

La señora, lo mismo que yo, mira al buen hombre, que al fin no puede contenerse:

—Convenido, niña! Usted es muy instruída. No nos será difícil conseguirle empleo en una población corta. Falta el diploma...... Usted no tiene diploma; y, en verdad, á pesar de su ciencia, necesita Usted ese papelucho. Así es que permanecerá usted aquí. Sabe que Gastón no necesita de su recámara, pues hace el viaje de bodas, que durará meses. Por consecuencia, será usted nuestra hija, quiera ó no quiera, en tanto que consigue sus papeles. Magnífico!

Quedo estupefacta. El doctor se frota las manos. La señora, encantada, me besa. Pero es cierto lo que dicen: tengo que permanecer allí.

—Pero, amigos míos, ustedes no son ricos.

—Vamos, niña, basta por hoy!

Me inclino ante su decisión, llena el alma de gratitud. Desde el día siguiente entro en campaña. Quiero gastar lo menos posible á mis amigos; así es que no seguiré estudiando en mi antigua escuela, sino en una gratuita, puesto que soy pobre y aspiro á emplearme en una escuela así.



Me echo á buscar. Entro en la escuela que encuentro más cerca.

—Aquí—me dicen— no es más que una escuela primaria. Usted habla de diploma, y necesita dirigirse á una escuela superior, por ejemplo la de la calle de Bergers.........

Me dirijo allí, pero mi estoicismo se detiene ante esa resolución. Un fondo de orgullo en rebelión, una altivez de mala ley que me decidía á mezclarme lo menos posible con las niñas de la escuela. Fuí introducida al despacho de la directora. Jamás olvidaré ese instante. Mi voz vaciló:

-El diploma elemental, señora, y también el superior. Quisiera ambos en este acto. Podré alcanzarlos trabajando día y noche, si es necesario. Quiero saber solamente si este establecimiento está á la altura de tales estudios; si aquí se siguen todos los programas.

Que adivinó?...... Sus ojos grandes me miraron.

—Quiere absolutamente concluir este año? Por qué no, si está Usted resuelta á trabajar? Sí, la escuela está á la altura.... Dónde ha hecho antes usted sus estudios?

Sentí un impulso rebelde; no quería recordar nada de mi pasado. Iba, no obstante, á responder; pero la directora me interrumpió con su voz dulce.

—En fin, no es necesario saberlo. Voy á inscribir el nombre de usted, y le quedarán abiertas las puertas de la escuela.

Acercó un gran libro de registro; buscó una página; luego, con la pluma ya lista, alzó hacia mí su hermosa frente. Me atemorizaba tener que decirle mi nombre, que podía hacerle conocer mi historia. En ese momento llamaron á la puerta y entró una niña.

—Ah! mi pequeña Cecilia—dijo bondadosamente la directora,—faltó usted esta mañana; lo noté en la clase de aritmética..........Por qué?

Muy rubia, intimidada, no de mí, á quien ni siquiera había visto, sino probablemente de la directora, respondió la niña:

—Mi padre se hirió con una herramienta al estar trabajando, señora. Mamá, para cuidarlo, dejó la ropa que debía entregar y que no estaba acabada de lavar, y he tenido yo que terminarla.

—Es grave la herida de su papá, Cecilia?

No, señora. Un día de reposo, según parece. Lo principal era esa ropa.

—Bien, bien......Procure usted ahora ponerse al corriente con su clase.

—Lo haré, señora.

—Una palabra, Cecilia. Ruegue usted á la señorita Vernet que venga un momento.—Ya la mandé llamar con una niña que ha de haber olvidado el encargo.

Y, volviéndose á mí, iba á hablar, cuando llamaron de nuevo. Era la Señorita Vernet, que se disculpaba de haber tardado.

-El profesor de dibujo me retenía, señora..........

Bien, querida señorita. No es sino una palabra acerca de la clase de geografía. Habrá que arreglarse de manera que las niñas puedan estudiar de día ese libro. La mayoría de ellas tienen en casa muy poca luz, y los nombres de los mapas son tan finos, que sus ojos se fatigan pronto. Más tarde hablaremos del asunto; por ahora vea usted si es posible cambiar la hora de estudio.

Sonreía dulcemente para acompañar con su sonrisa la retirada de la joven profesora. Y luego, volviéndose á mí, me dijo resueltamente:

—Señorita.

Yo debo de haber estado muy pálida. Refugiada en un extremo de la pieza, había asistido á esas escenas. La colada de la niña Cecilia; esos hogares entrevistos, en los que la luz no bastaba para alumbrar las páginas del atlas; esa bondad de la directora; esa tranquilidad en el deber.........Qué era aquella pobreza cuya revelación, en lugar de ocasionarme disgusto, me causaba una emoción extraña, una emoción de asombro?

—Bien, señorita, es necesario decir su nombre; es un requisito.

Me agité para volver en mí.

María Teresa Romane—murmuré.

La hija del Dr. Romane, de quien han hablado los periódicos?

Sí -dije con brusquedad.

Ah!—exclamó dejando la pluma y viniendo hacia mí.—Pobre, pobrecilla! Cómo adiviné que sufría usted!

Me hizo sentar, y quedó de pie, mientras yo me ocultaba con las manos el rostro, inundado de lágrimas.........

—Llore usted.........Conozco su historia! un padre y una madre muertos ambos en tan poco tiempo.

Apoyó su mano en mi hombro.

—Y no es eso todo. Ha venido usted aquí tan pronto, porque no tiene nada ni á nadie, ¿no es verdad?

Quiere usted sus diplomas para hacerse un porvenir? ¿Qué porvenir?

—No tengo hogar, señora, y pediré un empleo al gobierno.

—Dónde, en una población corta?

—Sí, señora.

Después he recordado que, en aquellos momentos, sus ojos se pusieron sombríos, y su frente se contrajo al pronunciar las palabras siguientes:

·Por qué no mejor ser institutriz en una familia?

Y después de una corta vacilación:

—.........O empleada en un almacén, ó en un puesto cualquiera en el teléfono ó en el telégrafo!.........Por qué preferir la soledad de un lugarejo?

—Así lo quiero -insistí, sujeta aún á la magia de la palabra «soledad,» que acababa de pronunciar la maestra. Así lo quiero!

Retiró su mano de mi hombro. Ahora tengo la impresión de que desde ese instante quedó resuelto mi destino. Su ademán significaba «La compadezco, pero adelante......debe de estar escrito»......

El rostro expresivo de la directora, sus maneras delicadas, su bondad, las escenas que había yo presenciado, todo me conquistó..... Hice ante ella reflexiones, acerca de mi estado de ánimo, que no había hecho ante mis amigos los Cairol. La hablé de mi permanencia en casa del doctor, de la posibilidad que me brindaban para hacer mis estudios en donde quisiera; pero que yo había preferido ir á una escuela gratuita. Hasta me atreví á decir que bendecía esa resolución que me había llevado á ella.

—Es usted complaciente, señora. Los sufrimientos no la arredran; es que debe usted de haber visto tantos.

Me miró como preguntándome lo que yo había querido decir, y pareció haberlo comprendido luego.

—Sí, esa tarea de lavado, esa herida del padre de Cecilia, esa historia de las lámparas......todo eso asombra á usted señorita.........Lo comprendo: ha vivido usted siempre tan lejos de las miserias!.........si usted supiera qué poemas hay en estas miserias! ....

Su rostro se había transfigurado.

Después añadió, con sonrisa tranquila, en tanto que su voz vibraba aún por el entusiasmo con que pronunciaba las palabras:

—Este pueblo, señorita, es el hermoso pueblo de Francia. Usted merece pertenecer á él, puesto que ha venido á nosotros y quiere trabajar valerosamente.

Se puso en pie. Salí de allí deslumbrada por no sé qué visiones adivinadas. He leído en alguna parte que las almas, aun aquí en la tierra, antes de haber franqueado la muerte, que es una elevación, suben algunas veces un grado en la escala misteriosa del conocimiento.

Creo que yo acababa de subir un grado.

IV

Fueron horas únicas en mi vida. Ignoraba lo que es el pueblo: le conocí y le admiré. Todo el Marsella obrero, pero que piensa y que no se cree inferior por ser pobre, envía allí á sus hijos. Belleza, inteligencia, valor, deberes formidables y cumplidos con amor; trabajo admirablemente arreglado en la escuela y seguido con fiebre noble y sana; el porvenir meditado con calma y aceptado de antemano en todo lo que tendrá de riguroso: tal fué la impresión que me causaron las jóvenes de la escuela.

Aceptaban su situación en calma, aun con cierto gozo tranquilo que prendía en sus hermosos ojos fulgores de juventud y de fe. Por qué no haría yo lo mismo? Qué más era yo que ellas?

Oh! sus pesadas trenzas, sus talles esculturales de marsellesas, su tinte sonrosado, sus pupilas azules como el mar, ó negras, de un negro aterciopelado. Y su lenguaje, á la vez entusiasta y puro! Y su gusto por todo lo que es poesía, arte!......

Adorables criaturas, tan modestas y tan llenas de perfecciones, cuyos ensueños todos se resumían en ese diploma que debería haceros independientes de vuestras familias...... Sin duda que esa situación, tan soñada, se os aparecía con probabilidades de dicha...... Yo veía estremecerse la esperanza en la sonrisa de vuestros labios entreabiertos, cuando alguien relataba ante vosotras la historia de alumnas que os precedieron.

Armanda, la institutriz de los niños de una gran familia, en Rusia, y que se casó con el intendente del castillo. Luisa, la subprofesora de un internado importante, y que acababa de ser solicitada en matrimonio por el profesor de historia. Rosa, la bella é inteligente Rosa, á quien había yo conocido y que iba á casarse con el hermano de uno de sus discípulos. Seguían los detalles menudos: la casita de Rusia, que Armanda había descrito en una carta; la instalación de Luisa en una habitación modesta, que todos habían ido á visitar; por fin, y sobre todo, Rosa: había pedido un puesto de institutriz en un pueblo, y sólo esperaba su nombramiento, para casarse; después marcharía al pueblo con su marido: él abriría un taller; ella trabajaría en la escuela.

Y al fin sucedió.........

Lo supimos inmediatamente...... La carta pasó de mano en mano. Las jóvenes la leyeron conmovidas y soñadoras, y por sus frentes puras surcaron, como nubecillas, muchas esperanzas........ También ellas serían felices. ¿Por qué no?

—Te confieso que yo preferiría un profesor, un maestro de escuela como yo, decía una, cándida como si en su mano estuviese el porvenir.

—En efecto, decía otra, pero Gerónimo es un excelente obrero.

—No digo que no...... Y, además, se amaban mucho desde hace tiempo. Mas para nosotras, que no pensamos en nadie, sería mejor un profesor. Mira: la misma cultura de espíritu, las mismas ideas, las mismas ocupaciones, la misma casita de escuela.

Los hermosos ojos de todas aprobaban en silencio, con esa ligera dilatación de pupila en que parece que el alma, para entregarse al ensueño, abre la ventana y se pone de codos á ella. Y esos silencios adorables se prolongaban y hacían asomar el carmín á las mejillas juveniles.

(CONTINUARÁ.)

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO X.--TOMO I.--NUM. 2
Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

MEXICO, ENERO 11 DE 1903.

Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem. Idem. en la capital, $1.25
Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta,

Notable Político Español.

† EN MADRID EL 5 DEL CORRIENTE.

Los Santos Reyes.

MELCHOR, Gaspar, Baltasar.......... reyes sin corona heredada por generaciones nuevas, soberanos de quién sabe qué reinos cuyos faustos precisos no han pasado á las páginas de la historia, jefes de Estado anónimos y al propio tiempo eternos ...... ¿os disteis cuenta, al seguir los argentinos destellos de la legendaria estrella que os condujo á Bethlem, de que con esa peregrinación que efectuasteis por montes y por valles y por desiertos ibais á conquistaros la inmortalidad por los siglos de los siglos?......

La caravana avanzaba lentamente. La estrella, alumbrando la ruta con las fulguraciones de su cauda enorme, marcaba el rumbo de la verdad, hecha carne en los frágiles y tiernos miembrecillos de un infante que sonreía en la pobreza de un pesebre. Los más útiles y pacientes cuadrúpedos conducían á los reyes, á sus séquitos y á las ofrendas que llevaban para el divino recién nacido. El camello, plácido símbolo de la abstinencia, caminaba á paso tardo, dejando sobre las arenas del desierto la recia huella de su planta; el elefante, venerable en su burguesa contextura, avanzaba absorto en sus eternas y misteriosas meditaciones; el ágil potro númida, con su pezuña nerviosa, iba ganando gloria y renombre para su regio amo.....

Cuando la estrella se detuvo y sus fulgores bañaron el miserable portal bajo cuya techumbre había venido al mundo el esperado Mesías, los reyes detuvieron el paso de sus caravanas y alabaron á Dios. Luego descendieron del paciente camello, del elefante corpulento y del inquieto corcel, y se póstraron ante el pesebre en que yacía el rey de reyes....

No estaba solo. En torno suyo agrupábanse los humildes, los pobres pastores de la comarca que antes que nadie reconocieron el poderío del niño Jesús y que fueron los primeros en cantar sus alabanzas. Por eso Cristo, es ante todo, una deidad de los pobres y de los humildes; por eso Cristo, despojado de las pompas litúrgicas que los siglos han amontonado sobre su carne de redención, fué el primer hermano de los hombres y el primer proclamador del reinado de los humildes......

La mula y el buey calentaban con su vaho los delicados miembros del recién nacido, y para esta expresión de miseria que significaba en la tierra el nacimiento de Jesús, cuentan los sabios intérpretes de lo nunca visto, que en los cielos se efectuaba la gloria del Padre, y que innúmeras legiones de coros angélicos pregonaban en inefables cánticos la gloria del Hijo.

Entonces llegaron los reyes y, olvidando sus orgullos, sus pompas vanas, sus omnipotencias terrestres, con toda humildad se inclinaron ante el pesebre y reconocieron el dominio ilimitado del Hijo de Dios.

Después del homenaje de los humildes, fué el homenaje de los poderosos. Cristo está sobre los más grandes de la tierra, y el símbolo había menester tres reyes magos que, significando la grandeza de la tierra, se humillaron ante lo sublime del espíritu.

Los tres reyes ofrendaron sus presentes y luego, fortificados por sus santas intenciones, volvieron á sus reinos, al paso tardo de sus caravanas.

¿A qué reinos marcharon los reyes magos Melchor, Gaspar y Baltasar?....... A todos los reinos de la tierra; porque esos reyes fueron un símbolo y el símbolo es ubicuo y perenne por la fuerza de su gracia.

***

Tal dice la leyenda cristiana. Pero los hombres, que nunca están satisfechos de las sencilleces reveladas, han forjado otra leyenda en torno de los reyes magos. Esta leyenda es permanente; como un fenómeno físico, se efectúa cada año, por la fecha en que se conmemora el homenaje de los tres reyes magos, y consiste en que, al decir de quién sabe qué poetas desconocidos y populares, los tres reyes magos, que han seguido viviendo en espíritu y que en espíritu vivirán hasta la consumación de los siglos, no pueden olvidar los inefables gozos que experimentaron al agasajar al divino infante y, «eficazmente» secundados por todos los padres de familia de todas las generaciones, han resuelto agasajar anualmente á la infancia humana, para revivir constantemente aquel placer inolvidable que en Bethlem inundara sus almas.

¿Quién descubrió y dió á conocer á los mortales ese loable propósito de los tres reyes magos? No es fácil precisarlo; pero la costumbre es vieja y según parece se manifestó primero en Francia, tal vez porque atraídos los reyes magos por la infinita variedad de compañeros suyos que aquella tierra ha producido, quisieron en ella reanudar sus relaciones con la gente transitoria. Después, el aguinaldo de los reyes pasó á todas las comarcas cristianas, y á nuestra América ha venido algo tardíamente, como suelen venir tantas cosas á las regiones nuevas que aún no han tenido mucha oportunidad de vivir en la tradición y en el pasado. Mas, como la manifestación anual que de su existencia hacen los reyes magos es poética, es hermosa y se yergue sobre el indestructible zócalo del amor á los niños, es claro que perdurará y que se ampliará cada día más.

¿A qué niños protejen los reyes magos? A todos los niños buenos y que tengan zapatos. La primera condición suele dispensarse por influencias y perdones de los padres; la segunda no se dispensa casi nunca. Los reyes magos, para obsequiar á los niños, exigen que éstos pongan sus zapatitos en la chimenea ó en cualquiera otra parte. Pero si no hay zapatos, no hay juguetes........ á menos que la caridad intervenga y proporcione los zapatos y los juguetes.

Sin embargo, ningún evangelista afirma que el niño Jesús haya tenido sandalias.......

***

También los grandes han tomado como pretexto á los tres reyes magos, para regalarse. El regalo de los grandes es una torta que esconde una haba; á todos les corresponde un pedazo de torta, pero sólo á uno de cada grupo corresponde el haba. Pero el feliz conquistador del haba, por el hecho de conquistarla, adquiere determinadas obligaciones que forzosamente tendrá que cumplir. Por modo y manera, que también la torta de reyes es un símbolo: el símbolo de la lucha por la vida.

En la vida, es más ó menos fácil á todo el mundo adquirir una rebanada de torta. Es difícil morirse, más difícil de lo que generalmente se cree. Pero la torta no basta; es preciso conquistar el haba, pues sólo de esta suerte hay preponderancia sobre los demás y, dígase lo que se quiera, la esencia del triunfo es la preponderancia. En cambio, el que en la vida triunfa se echa á cuestas un fardo de obligaciones, como el que obtiene el haba de la torta se ve precisado á obsequiar á los otros. Por desgracia, no todos cumplen en la vida como suelen cumplir en la torta, porque siempre ha sido más fácil dar un baile que hacer un beneficio.

Hacer beneficios es arte eximio que no está al alcance de manos villanas. Ya hemos visto que hasta á los santos reyes magos se les puede reprochar algo en los beneficios que procuran: esa exigencia del zapato........ ¿Cómo no disculpar las imperfecciones de los simples mortales?

Cuando ha pasado la noche de reyes y la gente menuda se regocija de los juguetes que el cielo le ha enviado—(mandados fabricar á París ó á Berlín)—y la gente grande sueña ante las migajas de la torta, es fama que Melchor, Gaspar y Baltasar, arrellanados allá en sus tronos del empíreo, mandan alzar una esquina de la gran cortina azul de los cielos y asomándose á nuestra vida y mirando á la gente menuda y á la gente grande, se ríen, se ríen paternal y compasivamente......

¿Será cierto?

OSCAR HERZ.

Don Práxedes Mateo Sagasta.

SAGASTA, el viejo jefe del partido liberal español, ha pagado el ineludible tributo á la naturaleza. La muerte lo sorprendió cuando parecía alejarse á la vida privada, después de una lucha de cincuenta años que fué minando, poco á poco, sus energías.

Mucho podría escribirse acerca del notable estadista español; pero contrayéndonos á los datos más salientes de su carrera de hombre público, encontramos que desde 1842 estuvo afiliado al partido progresista de España. Al estallar en la península la guerra de 1854, en la cual tomó parte muy activa, fué nombrado Presidente de la Junta Revolucionaria, y poco después pasó á Madrid como Diputado por Zamora. Siendo Comandante de las milicias nacionales, cuando el Gral. O'Donell disolvió las Cortes á cañonazos, Sagasta dió una elocuente prueba de su valor y sangre fría, recogiendo un casco de granada que cayó á sus pies y que conservó para inspirarse y pronunciar un elocuente discurso sobre los acontecimientos de 1856, que aumentó su popularidad y su prestigio.

A raíz de estos sucesos emigró á Francia; pero no tardó en volver á su patria, y de acuerdo con sus partidarios, publicó un manifiesto á la Nación en 1863, anunciando su retraimiento en política. Dos años después se declaró en favor de la revolución; estuvo con el General Prim en Villarejo, y viéndose obligado nuevamente á salir del territorio español, se dirigió á Londres, para preparar, desde allá, la sublevación de las fuerzas de artillería, acuarteladas en San Gil. El infatigable luchador, con riesgo de su vida, volvió á Madrid, y en la madrugada del 22 de junio de 66, hizo que los cuerpos mencionados lanzaran el grito de insurrección. Sagasta fué perseguido y sentenciado á muerte; pero logró evadirse y marchar ocultamente á Francia, donde lo esperaba el General Prim.

La enumeración de los sucesos en que tomó parte el ilustre español, exigiría en nuestras columnas un espacio de que no disponemos. Baste decir, por lo mismo, que Sagasta contribuyó en gran manera á derribar á Isabel II, y que, establecido el nuevo orden de cosas, fué, sucesivamente, encargado del gobierno civil, diputado á Cortes, y ministro de Hacienda y Fomento. Formó, por último, el partido constitucionalista, llegando á la Presidencia del Ministerio; y á la sublevación de Martínez Campos, en Sagunto, que proclamaba á Alfonso XII, dejó el poder á Cánovas del Castillo. El señor Sagasta volvió á ser Presidente del Consejo de 1881 á 83, de 1885 á 90, 1892 á 96, y á la muerte de Cánovas empuñó de nuevo las riendas del gobierno. En diciembre último, una crisis lo obligó á retirarse del Gabinete.

NUPCIAL

EN el templo de Lourdes se efectuó el jueves último el enlace canónico de la señorita Dolores Flores con el señor Licenciado don Ignacio Michel y Parra, siendo padrinos de manos el señor Dr. Manuel Flores, padre de la desposada, y su esposa la señora Dolores Urrutia, y de velación el señor don Sinforiano Sisniega y la señora Josefa Parra viuda de Michel.

El mismo día, en Santa Brígida, celebraron su enlace el señor Licenciado don Francisco Fernández Castelló, hijo del señor Secretario de Justicia é Instrucción Pública, y la señorita Dolores Rubio y Obregón, sobrina del señor Gobernador de Guanajuato. Los señores Licenciados don Justino Fernández y don Joaquín Obregón González apadrinaron el matrimonio acompañados de la señorita Ana Rubio y de la señora Adela Fernández de Morphy.

Tanto en Lourdes como en Santa Brígida, la concurrencia fué de lo más distinguido, y los novios recibieron de sus numerosas amistades, entusiastas felicitaciones y valiosos obsequios.



Sra. Dolores Flores de Michel.



Sra. Dolores Rubio y Obregón de Fernández



La Peste Bubónica en Mazatlán



CADA vez son más desconsoladoras las noticias que se reciben de Mazatlán con respecto á la peste bubónica. Un telegrama fechado el día 5, nos da cuenta de que casi la mitad de la población ha emigrado, temerosa del terrible azote, rumbo á distintos puntos del Interior, y de que durante las setenta y dos horas anteriores, el recrudecimiento de la epidemia fué verdaderamente alarmante. Treinta y cuatro atacados por la peste murieron en ese período, y los que han ingresado al lazareto de Belvedere, últimamente, se encuentran en estado de suma gravedad.

Por todas partes, agrega el telegrama referido, hay cuarentenas establecidas.

Los $20,000 que envió el Gobierno Federal á la Junta de Sanidad para que atienda á las necesidades más urgentes del puerto, relacionadas con la asistencia de los atacados y la extinción de la epidemia, se emplearán en la construcción de barracas y lazaretos provisionales, y en la limpia de los caños del desagüe, que se considera de la mayor importancia. El Sr. Gobernador de Sinaloa, por su parte, ha ofrecido construir una barraca en Belvedere y otra en la calle de Benito Juárez, para aislar á las personas que hayan estado en contacto con los enfermos; poniendo, además, veinticinco policías y doce agentes especialmente encargados de redoblar la vigilancia que ejerce la Junta, para impedir la ocultación de los pestosos, en que tan empeñada está la gente pobre.

Como era de suponerse, la presencia de la peste en el puerto, ha traído consigo el alza de los artículos de primera necesidad, y la miseria de las clases desheredadas. Algunas familias pobres á quienes en beneficio de la mayoría, se les han quemado sus habitaciones, atraviesan en estos momentos por una situación dificilísima.

Afortunadamente, se ha constituído, convocada por los principales comerciantes, una Junta de Caridad, que se propone acudir en auxilio de los necesitados, arbitrándose recursos por subscripción popular, y traer del extranjero desinfectantes y suero antipestoso para distribuirlos gratis.

Por último, y para que nuestros lectores tengan una idea del pánico que reina en Mazatlán, diremos que en un solo día se presentaron á pedir certificado médico 526 personas ansiosas de abandonar la población. En el campo, al pie de un árbol, fué encontrado el cadáver de una joven atacada de la peste, que iba huyendo por temor de ser descubierta en su casa y aislada por orden de las autoridades.

***

Por informes posteriores se supo en México que en algunos ranchos poco distantes de Mazatlán se habían observado ya, casos de peste bubónica y que en la Ensenada de Todos Santos, había también aparecido la epidemia. En cuanto á lo primero, no está oficialmente confirmada la noticia, y por lo que hace á lo segundo, si bien se presentaron casos de la terrible enfermedad, en la Ensenada, el mal no llegó á propagarse ni á revestir el recrudecimiento que se suponía.

Como una medida encaminada á que no llegue la epidemia á invadir otros puertos, se ha ordenado que los buques que salgan de Mazatlán no toquen sino en puertos donde haya delegado sanitario y útiles para la desinfección. Esto, indudablemente, contribuirá á calmar el pánico que se ha despertado en diversos puntos de la costa del Pacífico y á que los esfuerzos que han desplegado las autoridades para contener el avance del mal sean más fructuosos.



Bahía de Mazatlán.



Barrio del Astillero, donde más estragos causa la Peste.

El orgullo de la ciencia es humilde, comparado con el de la ignorancia.—HERBERT SPENCER.

***

La risa no es á menudo en las mujeres sino el pudor de las lágrimas.—EDUARDO PAILLERON.



Otro barrio invadido por la Peste.



EXPOSICION FABRES.

VIOLETA.



DAMAS MEXICANAS.—Sritas. Josefina Armería, Clementina Arteaga, Emma Meana, María Refugio Azco, Angela Arteaga, María Azco. Carmen García y Delfina Azco.—De Aguascalientes. Fot. A. Chávez.

AMOR?

EL piano abierto, mudo y fatigado. Retrátanse en el fondo negro las flamas de las velas moribundas—ojos parpadeantes, prontos á dormirse.

Las sillas en desorden; en grupo unas, otras aisladas; hay una frente á otra, conversando con la mirada-pareja de enamorados. Sobre ellas mueren unas flores olvidadas que no tuvieron la fortuna de pertenecer á una hermosa; entonces algún galán las habría pedido para guardarlas.

Infortunadas flores; cuando la mano cruel las arrancó de su tallo, cuando el verdugo cortó despiadado sus venas, y, exangües, lanzando sus últimos dolorosos suspiros, las llevó á aquella fiesta, ellas abrigaron una última esperanza—la esperanza del que muere, de no sufrir en el último instante de vida—de morir en el pecho de alguna mujer que las acariciase en sus momentos postreros, que en un



beso recibiera el único resto de perfume que abrigara su corola, y......... ¡nada! morían solas, marchitas inútilmente, envejecidas prematuramente, caldeadas por una atmósfera viciada, asfixiadas entre el prosaico calor humano y el vulgar humo del tabaco.

Sobre un sillón, un pobre pequeño abanico de papel pintado duerme en la postura en que cayó, semiabierto, soñando con la declaración que á su través oyó la dueña, dueña ingrata que lo ha olvidado en pago á su discreción.

Por encima de unas rosas, en un hueco blanco del papel, hay trazadas femenilmente unas letras: «amor», y después un signo de interrogación.

Sobre las consolas y mesas hay copas olvidadas y un pañuelito manchado de vino.

En la alfombra, contrastan las flores tristes, pisoteadas, decoloradas, con las flores siempre completas á pesar de las pisadas, y de polen siempre dorado.

De trecho en trecho brillan algunas «horquillas» y alfileres desprendidos de los tocados.

En los candelabros las bujías lanzan los últimos suspiros de luz, y allá abajo, el gallo grita tenazmente su canción monorrítmica.

El sol se burla de los que velaron é ilumina groseramente las caras de los últimos bailadores que se alejan de prisa, abrigándose contra el frío para las carnes, y contra las risas para la cara descompuesta por el placer.

En la recámara contigua á la sala, el robusto gato blanco de ojos casi azules, ojos más de mujer que de gato, despertó, y tras el indispensable arqueo del ancho lomo, saltó fuera de la cama, en donde, por falta de su compañera, había dormido solo esa noche.

Salió á la sala y subió al sofá; retozó un momento con el tigre del almohadón de raso.

Luego descendió y fué á afilar las garras contra el taburete del piano. Se alejó; de paso hizo presa en un listón negro abandonado, y tras una silenciosa carrera fué á caer sobre el sillón, en el cual el abanico, semi-abierto, como había caído, mostraba por encima de unas rosas, en un hueco blanco del papel, unas letras trazadas femenilmente: «Amor,» y después el signo de interrogación.

Creyó oportuno hacer moscardones de aquellas letras, como antes había hecho ratón de la cinta negra, y empezó su fingido ataque en recuerdo de los verdaderos, en los cuales tanto gozaba criminalmente.

Se replegaba contra el brazo del sillón y acechaba, fija la vista en los plomizos caracteres; después daba en derredor de la presa, cautelosamente, algunos pasos cortos y sin ruido, y caía de un salto, como si viniera de muy lejos, sobre el abanico; todo para volver la espalda á los moscardones, ya harto maltratados, dejarlos caminar dificultosamente unos pasitos, y volver á hincarles la garra.

Se descolgaba del sillón; tendido en la alfombra, vuelto el vientre hacia arriba, dirigía manazos al asiento de bejuco; se levantaba; fingía que, olvidado ya de su pieza de caza, se alejaba, culebreando la cola, y repentinamente se volvía y recomenzaba el ataque.

El abanico sufría ajaduras nuevas á cada acometida.

Por fin le pareció fatigosa la caza de los plomizos moscardones, y se lanzó velozmenmente sobre ellos para darles el último zarpazo, el que hacía saltar del cuerpo de sus prisioneros roedores el aperitivo chorrillo de sangre.

Prendió con furia fingida las uñas al pobre abanico, y desgarró el papel en la parte mis-



ma en que los caracteres trazados femenilmente, decían «Amor,» con un signo de interrogación al final.

Algo apareció bajo el abanico, algo que llamó la atención del felino; entonces el cazador espió; era algo rojo, como la sangre que teñía apetitosamente los cuerpos de los roedoros cazados: ¿sería sangre?......

Era un clavel rojo que aplastaba á un pensamiento negro, sombrío, triste........Quiso el gato separar la mano de la ilusoria presa, y no pudo; había introducido por el agujero toda la mano y no podía sacarla; asustado realmente ó también en broma, echó á correr haciendo ruido sobre las consolas, hasta ir á caer sobre el piano. Al pasar rápidamente sobre el teclado, arrancó notas que hicieron una música extraña.

La joven, que daba la despedida á los últimos convidados, llegó corriendo y se echó á reír fuertemente, llamando: «Mamá, mamá, ven á ver el gato, y después: bichito, bichito, ven, ven.»

Y con cariño quitó de la mano del gato el abanico de papel pintado.

El felino, cuando se sintió libre del estorbo, se relamió la mano con satisfacción y estornudó.

La joven, que no cesaba de reír, revisaba el abanico, y por curiosidad recomponía la pa-

labra rota: «Amor,» al mismo tiempo que exclamaba por lo bajo: ¡Pobre Arturo!

Entonces reconstruyó en su memoria la escena de la noche pasada; él, sofocado, tierno é impaciente, le repitió en aquel día una vez más la palabra amor. Pero ¿no sabía ella lo que era? No. Y riendo le pidió un lápiz para apuntar la palabra y buscar al día siguiente su significado.

—¡Pobre Arturo! dijo, y un bostezo largo, le separó los labios rojos.

El gato jugaba con el pie breve de la joven,



mientras ella trataba, por mera curiosidad, de recomponer la palabra rota por el felino.

Al fin, dejó caer perezosamente el abanico; se inclinó para recoger al gato, y acariciándolo mientras sonreía á las travesuras del animalillo y repetía casi cantando: «Pobre Arturo, pobre Arturo,» entró en la alcoba para reparar las horas de la prolongada vigilia.

Acurrucó al gato ladino en la cama, y sonriendo y tarareando el último vals oído en aquella madrugada, de pie, ante el espejo, dejó caer en espesa lluvia negra sobre los redondos hombros los lustrosos hilos de la undosa cabellera.

GUY D'AUDIFFRED.

PORTADA.

[PARA MI LIBRO DE VERSOS «LUCIÉRNAGAS.»]

No busques en mis versos
las frescas rosas y las siemprevivas
con que orlan los poetas
sus melodiosas liras.
No has de hallar en sus redes
topacios ni amatistas,
ni los bellos colores
que lanzan las facetas de los prismas.
Preso, no está en sus mallas
lo que deslumbra y brilla.
No hallarás en su fondo
esas radiosas tintas
que inundan todo el cielo
en pleno mediodía......
Tú no puedes saber cómo es mi musa.
De muy lejos venida,
busca los tintes suaves,
ama las cosas idas,
lo que entre el polvo yace amortajado,
lo que se esconde en la pared derruída....
Tú no puedes saber cómo es mi Musa.
No arriesga su barquilla
por los altivos mares:
desde la playa mira
cómo al besar el cielo
á la extensión marina,
se forma en lontananza
una azulada línea,
y cómo van rodando
las olas al impulso de la brisa.
Ya lo ves, no conoces á mi Musa.
Jamás ha osado ni escalar la cima
de las altas montañas
para ver desde arriba
cuál á sus pies se extienden
el bosque espeso y la gentil campiña,
ni trepar por las rocas
que al abismo se inclinan,
para cazar el águila
que duerme entre las peñas escondida.
Nunca levanta el vuelo
en pos del sol que con su luz calcina;
jamás batió sus alas
desafiando, atrevida,
las torvas tempestades
que los troncos desgajan y derriban......
Tú no puedes saber cómo es mi Musa:
—crisálida muy tímida—
se asusta con el rayo;
los profundos abismos la intimidan,
las tormentas del cielo
le hacen plegar las alas conmovida,
la mucha luz la ciega,
y teme al grito de la mar bravía....
Sabe que no has de hallarla
revolando en alturas infinitas:
la verás en los campos,
absorta ante las suaves lejanías.
De los lagos tranquilos
estará en las orillas,
mirando en los cristales
movibles de la linfa,
cómo se desvanece
poco á poco tras la alta serranía,
el último destello
de la tarde que expira,
la última oleada de oro
con que el cielo se pinta
cuando el sol moribundo
se sumerge á lo lejos con el día....
En los bellos jardines
esmaltados de flores peregrinas,
no la busques: dirige
hacia el parque tu vista:
¿no la ves?.... anda errante
por aquellas sombrías
alamedas de sauces,
por aquellas oscuras avenidas
donde el viento solloza
sus tristes elegías....
allá va.... ¿qué la lleva?
¿qué busca entre la arena removida?
No preguntes, muy quedo
voy á decírtelo, mas.... no te rías....
anda cavando tumbas,
con mano compasiva,
para las hojas muertas,
para las tristes hojas amarillas
que los vientos de otoño
arrastran, despiadados, en sus iras....
Ya lo ves: ella busca
las opacas neblinas,
la sombra de las cosas,
ó las cosas sin vida....
Por eso aquí en mis versos
no has de hallar lo que brilla:
que mi Musa no ha osado
engarzar deslumbrantes pedrerías!
....

¡Oh poetas! ¡oh bardos
que al cruzar por la vida,
vais dejando una estela
de sonoras y gratas armonías,
¡dajad para mis cantos
las notas indecisas
que en el pedal del eco
se quedaron dormidas!
¡Dejadme lo incoloro,
lo que apenas se mira,
lo que se desvanece
y presto en lontananza se disipa. .
Dejad que aquí en mis cantos,
con ternura infinita,
yo les diga en voz baja
á las mariposillas
sin alas, que los vientos
azotan: «¡pobrecitas!
venid! que son mis versos
urna de todas las tristezas mías..
sabed que nunca en ellos
guardo yo mi alegría—
venid! que son el nido
en que tengo escondidas
muchas cosas ya muertas,
y otras ¡ay! que agonizan....!»
¡Oh poetas sublimes
que pulsáis vuestra lira
como divinos magos,
con sin igual maestría:
¡cortad frescas guirnaldas
de rosas, y laurel y siempreviva,
y después que con ellas
coronéis vuestras frentes pensativas,
y después que embriagados
recojáis su perfume con delicia
para vaciarlo luego
en la copa del verso, cristalina,
¡dejad que yo recoja
de la floral orgía,
los pétalos caídos
y las flores holladas y marchitas!......

MARIA ENRIQUETA.

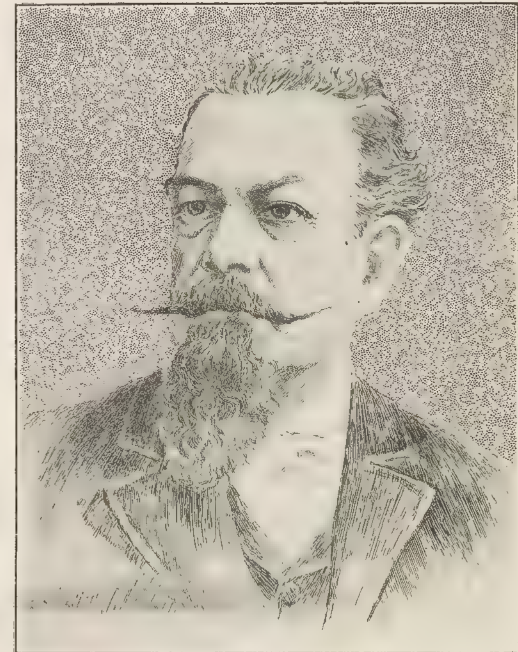
Nuevo Gobernador de Jalisco.

El primero de marzo próximo tomará posesión de su cargo, como Gobernador Constitucional de Jalisco, el Sr. Coronel D. Miguel Ahumada, jefe en la actualidad del Poder Ejecutivo de Chihuahua.

Las elecciones que lo han llamado á la Primera Magistratura de Jalisco, se verificaron el 28 de diciembre último, y el voto en favor del candidato fué unánime. El Sr. Ahumada estuvo en Lagos el día de la elección y fué objeto, durante su permanencia en esa ciudad, de entusiastas demostraciones de adhesión y de cariño. En Guadalajara, población que visitó después, sus amigos y partidarios organizaron, asimismo, algunas manifestaciones en honor del futuro gobernante.

Como Insaculados á la administración del Sr. Ahumada, figurarán los Sres. Lic. Manuel Gómez y Luna, Dr. Juan R. Zavala y Coronel Carlos Villegas, entre quienes, conforme á la Constitución particular del Estado, elegirá la Legislatura al que debe substituir al Gobernador en sus faltas absolutas ó temporales.

Tanto la elección del Sr. Coronel Ahumada como la de los Insaculados han sido recibidas con aplausos por los jalicienses.



SR. CORONEL MIGUEL AHUMADA.

La Muerte de la Muñeca

ERA una muñeca preciosa. ¡Como que se la había mandado á la futura marquesita de X, el día que tomó su primera comunión, su padrino el príncipe de***!...

Un príncipe ruso auténtico, quiero decir con dinero, á quien después de haber pasado en Biarritz su acostumbrada temporada veraniega, tan próspera por cierto en las lides del juego como en las de la galantería, se le ocurrió venir «á ver España» y se detuvo cerca de un año en la corte, donde bien pronto conquistó el campeonato de los salones por su figura arrogante y sus actos principescos, entre los cuales no fué el padrinazgo de la futura marquesita ni el menos ostentoso ni el menos comentado......



Cuando Rosita, que así se llamaba ésta, cumplió con el precepto pascual, apresuróse á manifestárselo á su padrino en cariñosa carta, cuyo sobre costóle á la pobre reclamar el auxilio de la institutriz, y hasta el de sus papás y el del capellán de la casa, para que le ayudasen á distribuir todas las «kas» y las «efes» correspondientes á un príncipe ruso; y aun así y todo, resultó equivocado.

Lo cual no fué obstáculo para que llegase á su destino y recibiese como contestación la pequeña comunicante una muñeca digna de la esplendidez y de la categoría del mandatario.

Era, según aseguraba la tapa del estuche, un modelo de los premiados en la última Exposición de París; un prodigio de juguetería mecánica que cerraba los ojos, que lloraba, y que reía, y decía «papá» y «mamá» y otra porción de cosas; que tenía, en fin, hasta un resorte para andar sola, llevándola de la mano; una verdadera niña á la que no le faltaba más que el alma......

Casi tan alta como Rosita, de pelo rubio y de ojos azules como ella, hasta en las facciones tenía cierta semejanza, por lo cual más parecía su hermana que su muñeca.

En el palacio de la marquesa de X vino á llenar el vacío de «Mimi», la hermanita de Rosa, muerta recientemente, cuyo nombre y vestidos heredó, lo mismo que la cunita en que aquélla volara al cielo, y su asiento en la mesa y en el carruaje, y la atención de todos, incluso de los criados, algunos de los cuales renegaban de ella por «lo que daba que hacer», y hasta le tenían tirria.

Entre éstos figuraba, en primer término, el lacayo, quien siempre que la subía al carruaje, tenía la mala suerte de oprimirla el resorte del llanto, lo cual le costaba sendos regaños, pues el llanto mecánico de la muñeca recordaba á los marqueses el de «su Mimi», que lloraba también, indefectiblemente, en tales ocasiones.

—Pero Juan, le decía la marquesa, ¡cuidado que es usted brusco con las criaturas!

Y el buen Juan subía al pescante y se consolaba con el cochero, á quien tampoco era muy simpático el juguete.

—¡Mira qué llamar criatura á ese trastajo! murmuraba Juan. El mejor día le estrello contra las piedras.

—Ten cuidado, le contestaba el cochero, porque bien puede ser que los tribunales de justicia le consideren como tal, y vas á presidio por «infanticidia».

—¿A prisidio por una muñeca?

—Por matar á otras muñecas con la cabeza y el corazón tan huecos como los de ésa, hay muchos hombres perdidos para toda su vida.

Y Juan cerraba colérico los puños, miraba con el rabillo del ojo hacia adentro y murmuraba: «¡Tú morirás á mis manos!»

Pero lo que más acrecentaba el odio de Juan hacia la muñeca, era el ridículo que por ella corría en todos los paseos.

Apenas se apeaban los señores en el Retiro ó en la Castellana, le hacían llevarla de la mano como llevaba á la pobre «Mimi», que tampoco le era muy simpática por lo rabiosa y antojadiza, y los chiquillos y las niñeras, y hasta las graves amas de cría, tan pronto se apercibían del engaño, comenzaban á hacerle burla y á decirle chirigotas ultrajantes para su dignidad de lacayo de casa grande.

Ya era célebre en el Retiro, donde le esperaban para divertirse como á los gigantones de su tierra, y esto le ponía fuera de tino.

¡Cuántas veces apretaba frenético de ira la mano de la muñeca, pretendiendo pulverizarla los huesos! Y como en ellas tenía, precisamente, el resorte del llanto, comenzaba á llorar con tal perfección, que el mismo Juan se gozaba de su martirio creyéndole verdadero.

—Juan, no seas bruto, le decía Rosita, que la haces daño.

Y la marquesa, por una extraña adaptación psicológica, también se ponía hecha una furia y lanzaba sobre él todo el poderío de su señorial estirpe. ¡Maldita muñeca! ¡Va á ser mi perdición! murmuraba Juan para su librea.

***

Aquel día se celebraba el santo de «Mimi,» y como es natural, era la reina de la fiesta la muñeca.

Los marqueses, buscando en esta mecánica suplantación un consuelo, derramaban sobre ella todas las gracias de su paternal cariño, hasta el punto de excitar la envidia de Rosita, que ya participaba un poco de la mala voluntad que el juguete causaba á la servidumbre.

Porque la primera doncella estaba harta de



rizarle los bucles, y el ayuda de cámara de lustrarle los zapatitos, y la segunda doncella de repasarle los calcetines, que los rompía en fuerza de andar como una persona, y especialmente el del pie izquierdo, y el mozo de comedor estaba harto de sentarla á la mesa y de hacer que la servía, siempre que á Rosita ó á los marqueses se les antojaba, porque también se les antojaba á los marqueses, sobre todo de aquellos platos que más gustaban á la pobre «Mimi»; y al ama que crió á ésta se la llevaban los demonios, porque veía en la suplantación de la muñeca una profanación intolerable.

Y acaso estaba en lo cierto.

Ello es que se celebraba banquete familiar en honor de la muñeca, y que los marqueses llevaron su ridículo consuelo hasta vestirla de primera comunión, porque aquel día la hubiese tomado «Mimi» si viviera, y á comprarle la cama grande que á ésta le habían prometido para dicha fecha, lo cual ya llegó á colmar la envidia de Rosita, que hizo poco menos que cuestión de confianza, después de comer, la de acostarse en ella.

Tal se puso, que la propia marquesa la acompañó á la alcoba de la muñeca, ó sea la que «Mimi» ocupara en vida, y la dejó en la cama nueva y reluciente, dándole un par de besos y prometiendo comprarle otra igual para acabar de contentarla.

Cuando la doncella subió para «acostar á los niños,» frase con que se presentaba todas las noches, la marquesa la ordenó que se retirara porque ya estaban en la cama.

***

Ya era media noche, y todavía duraba abajo, en la cocina, la reunión de los criados, á quienes había llegado parte del familiar banquete.

Juan había bebido un poco más de lo mucho que acostumbraba y estaba delicioso.

—Esta noche mato á la muñeca - exclamó blandiendo el hacha de la cocina, con que se partía la leña.

La idea fué recibida con una salva de aplausos, prueba inequívoca de las pocas simpatías con que contaba el juguete.

En aquel momento ofrecía la cocina de los marqueses de X el pintoresco cuadro de la «Conjura» de «Hugonotes».

Hasta el ama de cría de «Mimi» blandía su cuchillo, pidiendo venganza...

—¡Buen estreno de cama va á tener! —rugió Juan, desapareciendo con el hacha de la cocina.

Los demás criados se quedaron mudos é inmóviles, como deben de quedarse los cómplices de un crimen mientras éste se perpetra.

Al poco rato regresaba Juan, tambaleándose y con el semblante inundado de estúpida alegría.

— Bebamos, compañeros — balbuceó llenando su vaso. — Le he metido un hachazo en la cabeza, que de fijo le he hecho añicos todos los resortes.

—Sangre! Sangre!—exclamó el cochero fijándose en el hacha.

Todos se sobrecogieron espantados.

—No hagáis caso— replicó Juan apurando su copa.— Hasta sangre tenía dentro? Lo que inventan estos «franchutes!»

***

A la mañana siguiente, una pareja de la guardia civil se llevaba á Juan á la cárcel.

—Ya decía yo que la muñeca iba á ser mi perdición!— gemía el lacayo con los ojos arrasados en lágrimas.

—Cuando yo te aseguraba— repuso el cochero— que hay muchos hombres en presidio por matar á una muñeca!

El Sastre del Campillo.



EXPOSICION FABRES

LADRONA.

Concurso para Edificios Escolares.



Escuela de niñas.

En septiembre del año de 1901, la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas invitó á ocho arquitectos mexicanos á entrar á un concurso para la composición de edificios destinados á escuelas primarias, sujetándose á un conjunto de bases pedagógicas y arquitectónicas estudiadas previamente por una comisión técnica nombrada por el Supremo Gobierno, á fin de tener edificios modelos de todas las condiciones apetecibles en la presente época, para la enseñanza de la juventud, de los que se carecía en absoluto, pues las escuelas se han establecido en casas de alquiler en las que se hacinaban niños en las peores condiciones higiénicas.

A cada arquitecto se encomendó la composición de cuatro edificios, y se procuró que los terrenos en los que se debía proyectar, fuesen también es-



Escuela de niñas.

tudiados por otros concurrentes, y así obtener varios proyectos de distintos autores para cada localidad.

En enero se reunió el jurado calificador para examinar los proyectos presentados, y fué compuesto por los señores arquitectos Don Antonio Rivas Mercado, Don Ramón Ibarrola y Don Guillermo de Heredia, el señor Ingeniero Don Isidro Díaz Lombardo como representante de la Secretaría de Hacienda, y el señor Dr. Don Luis E. Ruiz como director general, entonces, de la instrucción primaria.

Después de un laborioso estudio, acordó por unanimidad se premiase en primer término los cuatro proyectos del señor arquitecto Don Nicolás Mariscal.

Los proyectos premiados pasaron á la Secretaría de Justicia é Instrucción pública, la que á su vez los aprobó, indicando á su autor algunas ligeras modificaciones de detalle.

Ambas Secretarías comisionaron al señor arquitecto Mariscal para que procediera á hacer los dibujos de ejecución. El señor Mariscal los ha terminado, y próximamente comenzará á dirigir la construcción de los edificios mencionados.

Damos en esta plana las fotografías de los cuatro proyectos á que antes nos referimos.

MINIATURAS

Para teñir de rojo los huesos de un animal vivo no se necesita arrancárselos violentamente; basta alimentar al animal con ciertas sustancias coloradas, como la rubia. Para elevar un aerostato, no es preciso echarlo hacia arriba por medio de un cable; basta llenarlo de hidrógeno. Para hacer que tal persona ejecute tal acto, es suficiente hacerle concebir tal opinión.

—La recompensa de haber hecho un bien, es el deseo de hacer más.—Demogeot.

La civilización no ha de consistir en conocer las leyes de la naturaleza y violar las de la justicia. Esteban Lamy.

*

La virtud, como el cuervo, anida gustosa en las ruinas.—Anatolio France.



Escuela de niños.



RONDEL

Tu esplendorosa veste de jacinto
puso en el bosque su temblor de aurora,
y fuistes, oh mi virgen soñadora!,
¡Sacerdotisa del misterio extinto!.....
Fuimos por el boscoso laberinto
unidos por los labios, á la hora
del amor, y tu veste de jacinto
nos envolvió con su temblor de aurora.
¡Y llegastes á mí como una aurora!
¡Sacerdotisa del misterio extinto!...
¡Del infinito amor era la hora!....
¡Y tu espléndida veste de jacinto
Nos envolvió con su temblor de aurora!..

R. M. Rubio.

DE COLORES.

Ilusión color de cielo
Que de mi alma á la puerta
Has detenido tu vuelo,
Entra, para ti está abierta,
Ilusión color de cielo.

Esperanza blanca, blanca,
Que desde tan lejos vienes,
Pasa, la entrada está franca.
¿Por qué, por qué te detienes
Esperanza blanca, blanca?

Ensueño color de rosa
Que mil besos has dejado
Sobre mi frente ardorosa,
No te apartes de mi lado,
Ensueño color de rosa.

Amor—crepúsculo rojo
De mis tardes estivales—
Mi alma descorrió el cerrojo;
Dale de tu luz raudales,
Amor crepúsculo rojo.

Nube negra, nube negra
Que anuncias la tempestad,
Si mi corazón se alegra,
No tiendas tu obscuridad
En mi cielo, nube negra.

Iris de vivos colores
Que presagias la bonanza,
Luce siempre en mis amores,
En mi sueño y mi esperanza,
Iris de vivos colores.

María. C. de Kattengell.



Escuela de niños.

"GUADALUPE."

El domingo pasado fué puesto en escena por la compañía del Teatro Hidalgo el drama escrito por el joven autor jalisciense Marcelino Dávalos con el nombre de «Guadalupe.»

La obra ha sido objeto de elogios y censuras, pues mientras unos ven en ella un trabajo defectuoso en la forma y en el fondo, otros la consideran como una producción digna de aplauso y abundante en pasajes y galas que le dan importancia y la embellecen.



Sr. Lic. Marcelino Dávalos.

El señor Dávalos, que ya en otra ocasión dió pruebas de talento ofreciendo al público, como primicias, su drama «El Ultimo Cuadro,» fué ovacionado durante la representación y recibió algunas felicitaciones.

PALIMPSESTOS.

La muerte de Salomé

La historia á veces no está en lo cierto. La leyenda, en ocasiones, es verdadera, y las hadas mismas confiesan, en sus intimidades con algunos poetas, que mucho hay falseado en todo lo que se refiere á Mab, á Titania, á Broceliandа, á las sobrenaturales y avasalladoras beldades. En cuanto á las cosas y sucesos de antiguos tiempos, acontece que dos ó más cronistas contemporáneos estén en contradicción. Digo esto, porque quizá habrá quien juzgue falsa la narración que se leerá en seguida, la cual tradujo un sabio sacerdote, mi amigo, de un pergamino hallado en Palestina, y en el que el caso estaba escrito en caracteres de la lengua de Caldea.

***

Salomé, la perla del palacio de Herodes, después de un paso lascivo, en el festín famoso donde bailó una danza al modo romano, con música de harpas y crótalos, llenó de entusiasmo, de regocijo, de locura, al gran rey y á la soberbia concurrencia. Un mancebo principal arrojó á los pies de la serpentina y fascinadora mujer una guirnalda de rosas frescas. Cayo Menipo, magistrado obeso, borracho y glotón, alzó su copa dorada y cincelada, llena de vino, y la apuró de un solo sorbo. Era una explosión de asombro y de alegría. Entonces fué cuando el monarca concedió á Salomé, en premio de su triunfo, y á su ruego, la cabeza de Juan el Bautista. Y Jehová soltó un relámpago de su cólera divina.

Una tradición asegura que la muerte de Salomé acaeció en un lago helado, donde los hielos le cortaron el cuello.

No fué así, fué de esta manera:

***

Después que hubo pasado el festín, sintió cansancio la princesa encantadora y cruel. Dirigióse á su alcoba donde estaba su lecho, un gran lecho de marfil, que sostenían sobre sus lomos cuatro leones de plata. Dos negras de Etiopía, jóvenes y risueñas, le desciñeron su ropaje, y, toda desnuda, saltó Salomé al lugar del reposo y quedó, blanca y mágicamente esplendorosa, sobre una tela de púrpura, que hacía resaltar la cándida y rosada armonía de sus formas.

Sonriente, y mientras sentía un blando soplo de flabeles, contemplaba, no lejos de ella, la cabeza pálida de Juan, que en un plato áureo estaba colocada sobre un trípode. De pronto, sufriendo extraña sofocación, ordenó que se le quitaran las ajorcas y brazaletes de los tobillos y de los brazos. Fué obedecida. Llevaba al cuello, á guisa de collar, una serpiente de oro, símbolo del tiempo, y cuyos ojos eran dos rubíes sangrientos y brillantes. Era su joya favorita, regalo de un pretor, que la había adquirido de un artífice romano.

Al querérsela arrancar, experimentó Salomé un súbito terror; la víbora se agitaba, como si estuviera viva, sobre la piel, y, á cada instante apretaba más y más su fino anillo construído de escamas de metal. Las esclavas, espantadas, inmóviles, semejaban estatuas de piedra. Repentinamente lanzaron un grito: la cabeza trágica de Salomé, la regia danzarina, rodó del lecho hasta los pies del trípode, donde estaba, triste y lívida, la del precursor de Jesús; y al lado del cuerpo, desnudo, en el lecho de marfil, sobre la púrpura, quedó enroscada la serpiente de oro.

Rubén Darío.

EL ARTE CRISTIANO EN MEXICO.—Altar mayor del templo de Taxco (Gue.)

Obsesión.

Y Benjamín, el escultor, me dijo:
«No, no tocaré más estos cinceles,
Porque una idea, un pensamiento fijo,
Persiguiéndome va con dudas crueles.»

«He visto á mi adorada en el instante
De abandonar el baño presurosa,
Luciendo la blancura deslumbrante
Del frágil cuerpo en desnudez gloriosa;»

«Y desde entonces ¡ay! en honda cuita
Se pregunta mi mente obsesionada,
Si la carne es un mármol que palpita,
O si el mármol es carne congelada!»

Plañidero.

No sé qué bella melancolía
Tiene la tarde con sus nublados;
Menuda lluvia por los tejados
Baja entonando triste alegría.

El viento silba y entre los prados
Gotitas cuelga la lluvia fría....,
No sé qué bella melancolía
Tiene la tarde con sus nublados.

Besan mi rostro soplos helados,
Y contemplando morir el día,
Recuerdo dichas, goces pasados,
Y siente mi alma con los nublados
No sé qué bella melancolía.

Luis Castillo.



Cogida de "Segurita" en la Plaza México.
Fot. Inst. de "El Imparcial."

La Música.

Dulce como la voz de la Serpiente,
Se eleva entre el follaje rumoroso
De la Gama, y el beso voluptuoso
Despierta y la acaricia delincuente.

Los restirados nervios, suavemente
Excita con su ritmovagaroso,
Y gime femenil como el lloroso
Oboe cristalino de la fuente.

Arrulla en las cadencias sugestivas
El reclamo sensual de las lascivas
Tórtolas de cabezas tornasoles,

Y escucha sus murmullos el oído,
Vagos y misteriosos, como el ruido
Del mar en los rosados caracoles.

Efren Rebolledo.



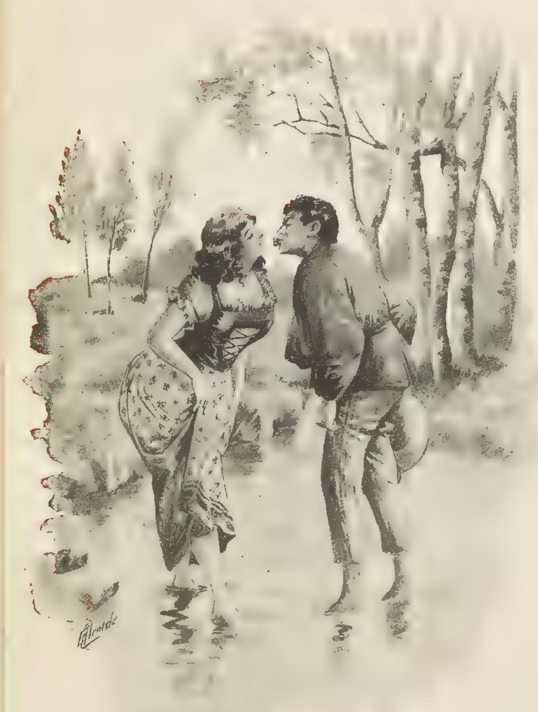
HAN vuelto ya, con la primavera, las hermosas fresas rojas; aparecían primero tímidamente en los pequeños tiestos, recostadas sobre las verdes hojas; pero hoy llegan, apretadas las unas contra las otras; en las canastillas de los vendedores nos aguardan, á nosotros los rimadores, más ricos de alejandrinos que de monedas de oro, á aquellos que prefieren las sonrisas de las mujeres á todos los billetes del Banco de Francia.

....

Yo iba á cumplir los dieciocho años; mas como había crecido de manera tan rápida, fuí enviado al campo, á la casa de mi tía Micaela, que contaba pocos años más que yo. Hermosa y mucho era mi tía, y de ello me di cuenta en el momento; mas como se encontrara casada con un hermano de mi madre, no osaba yo ni siquiera mirarla de frente, y me hubiera dejado hacer añicos antes que confesar la delicia que experimentaba al contemplar sus pequeños dientes blancos, su sonrisa, que profundizaba los hoyuelos de sus mejillas; sus ojos obscuros y aterciopelados, y, sobre todo, sus labios, labios apetitosos, rojos, incitantes como las fresas que bordaban las extensas avenidas.



Cuando digo que los labios de mi tía Micaela eran rojos como las fresas de su jardín, no hago más que servirme de una metáfora, pues que apenas las fresas asomaban á flor de tierra, pálidas y friolentas aún, cuando nosotros íbamos, sin faltar un solo día, á tomar nota de su desarrollo, sin que hubiese habido todavía manera de cortar una sola. Sin embargo, Dios sabe cuánto deseaba yo ofrecer una á mi tía Micaela.



Huía el invierno; la primavera asomaba ya, exhalando su amoroso aliento, haciendo asomar los retoños en los árboles, cubiertos aún de ese moho que precede á la verdura, y los caracoles, también ellos, tomaban parte en los preparativos, dejando grandes surcos de plata en las avenidas, húmedas todavía del hielo y de las lloviznas.

***

Una mañana una radiosa mañana, había yo abandonado el lecho desde el alba; el sol era ardiente como en el mes de junio; en el polvo luminoso, los dorados insectos revoloteaban zumbando incesantemente; en los troncos estallaban los renuevos; el ambiente hallábase impregnado del perfume de la tierra, próxima á dar á luz sus maravillosas concepciones; el cielo, de un azul pálido, dejaba ver, á través de los árboles, ligeras brumas que semejaban los pliegues de un velo de desposada.

Mi corazón palpitaba fuertemente, cual si hubiera hallado ocasión de contemplar un raro espectáculo, y permanecía yo inmóvil, absorto en una deliciosa contemplación.

De pronto, mis ojos se abrieron cuan grandes eran, y apenas pude contener un grito de alegría: acababa de descubrir en medio de los sembrados una gran fresa completamente madura, que resplandecía como un rubí entre el follaje.

—Qué felicidad! —exclamé,— y cuán ale-gre se va á poner mi tía Micaela!

En aquel momento escuché, no lejos de mí, una voz que cantaba una vieja canción de amor; la voz era límpida y brillante, y al sitio de donde partía encaminéme al punto.

En aquel sitio un riachuelo deslizábase tranquilamente; el sol fingía mil ondas de plata sobre sus cristales; á la orilla un sauce humedecía sus ramas adormecidas, y bajo él, mi tía Micaela cantaba, sumergiendo los pies desnudos en el arroyuelo.

Sus medias y sus pequeñas zapatillas descansaban sobre la yerba húmeda; estaba vestida con un peinador verde pálido, y cantaba distraída, siguiendo el movimiento del agua, que semejaba pugnar por llevarse consigo aquellos maravillosos pies blancos.

—Tía!—exclamé lleno de gozo,—tía, una fresa madura!

—Muy bien; ven á dármela—contestó ella riendo.

Y como yo permaneciera indeciso, añadió:

—Cógela con los dientes, bobo, y levántate el pantalón.

Seguí el consejo, atravesé el arroyuelo, llegué cerca de ella, y adelantando mis labios, la ofrecí el fruto recién cortado.

Ella reía aún, mirándome con sus hermosos ojos color de avellana; yo veía aquellas largas pestañas, aquellos rizos obscuros esparcidos sobre su frente, sus mejillas tersas, y, sobre todo, sus dos labios rojos, entre los cuales brillaban los dientes como húmedas perlas.

Tomó delicadamente la fresa de mi boca, con el delicioso gesto de una cabra que ramonea en el prado, y entonces nuestros labios se encontraron, permaneciendo unidos no sé cuánto tiempo.........

Algunos gritos de llamada resonaron no lejos de nosotros; era el marido de Micaela, el mismo hermano de mi madre, que llamaba á su esposa.

Como nos hallábamos ocultos por una revuelta del camino, me dijo ella en voz baja, rápidamente.

—Calla; es preciso que no nos encuentre.

Me precipité en pos de mi tía, que había corrido á ponerse las medias rápidamente; pero como lo hizo con demasiado apresuramiento, una de las medias desgarróse; entonces, impaciente, calzada á medias y siempre seguida por su sobrino, que había perdido la cabeza, huyó hacia una barraca destinada á encerrar los útiles de jardinería.

Empujó la puerta y penetró, volviéndose hacía mí y dejándome ver sus mejillas encendidas y sus ojos, en los que brillaba un fulgor extraño. Tan bella y provocativa estaba, que me detuve en el dintel, tendiendo á ella mis brazos.

—Cierra en seguida—díjome en voz baja; aquí nadie podrá encontrarnos.

Pero, de pronto, pasó por mi cabeza y por mi corazón una cosa extraña: oía yo á lo lejos una amable voz que pronunciaba mi nombre; un sentimiento de horror conmovió todo mi ser, y, como un buen muchacho que era yo, huí sin volver el rostro y fuí á encerrarme en mi cuarto, en donde me puse á llorar copiosamente.

....

He aquí por qué, hoy que he envejecido, la llegada de las fresas hace palpitar aceleradamente mi corazón; he aquí por qué las amo cuando aparecen en las plantaciones, recostadas sobre el verde follaje, y, más tarde, en las canastillas de los vendedores. Y las compro cuando llegan hasta mí, yo, un rimador más rico de alejandrinos que de monedas de oro, y que prefiere la sonrisa de una mujer á todos los billetes del Banco de Francia.

Juana Thilda.

Millonarios Chinos en México.

Hace algunos días se encuentran de paso en la Capital dos acaudalados capitalistas chinos que, como jefes de una Compañía domiciliada en Hongkong, se proponen establecer un servicio directo de vapores entre el puerto referido y las costas mexicanas del Pacífico.

Eng Hok Tong, Presidente de la Empresa, y Leung Kam Ming, Vicepresidente, han recogido á este respecto importantes datos relativos al comercio y la industria del país, y pronto establecerán el servicio de navegación mencionado. Según parece, los capitalistas tratan, también, de organizar una compañía para la inmigración.

Es muy probable que el puerto escogido como terminal del servicio de vapores, sea el de Manzanillo, pues aparte de que las obras que actualmente se llevan á cabo en él, favorecerán grandemente el tráfico, no está remoto el día en que su comunicación con los mercados del interior sea un hecho, debido á la rapidez con que el Central mexicano prolonga sus líneas rumbo á la costa

ESPADA HISTÓRICA.

Publicamos hoy un grabado que representa la espada que como un obsequio del primer Ministro de Inglaterra en México, Mr. Richard, recibió D. Guadalupe Victoria, Primer Presidente de la República.

La espada, que conserva en su poder el Sr. Francisco de Garay y Justiniani, es una primorosa obra de arte.

LAS ENAMORADAS DEL SOL.

UN rayo de sol deslizóse como una culebra de luz entre las verdes frondas del parque y fué á acariciar la corola de una Azucena, en cuyos blancos pétalos brillaba aún la pedrería del rocío.

—Buenos días, hermosa— dijo el rayo, intentando depositar un áureo beso en el seno inmaculado de la flor.

—No sea usted loco— exclamó ésta, haciéndose vivamente á un lado y tratando de esquivar el beso, con ayuda del Cefirillo, que está siempre alerta y dispuesto á volar en defensa de las virtudes atropelladas.

-Loco porque te amo?

—Porque así no se dan los buenos días á las flores honradas, y ya debe usted saber que á mí me han tomado por símbolo de la pureza.

—Perdona, hija; no pude resistir á los impulsos del amor que me abrasa.

- Pues está muy mal hecho...oh! vaya! muy mal hecho! Que besara usted así á esas locas de Campanillas azules, que se dejan cortejar por cuanto bicho viviente anda por esos trigos de Dios, santo y bueno; pero atreverse á una flor delicada y pura como yo!...... Ah! por qué no habré nacido rosa?



Leung Kam Ming.—Eng Hok Tong.

—Rosa?

—Sí; porque mis pétalos de nieve no pueden encenderse jamás á los besos del Sol, como las rosas; y una flor que recibe tales caricias sin ruborizarse, da una idea muy mala de su pudor é inocencia.

—Crees que hago también el amor á las rosas?

—Vaya! y á cuantas flores ve usted; yo creo que todas nacen blancas, pero usted es quien pone á la mayor parte de ellas...... de mil colores.

—Celosilla!

—Celosa yo?

Entonces no me amas.

-Que no le amo á usted? Ingrato! Para qué habré pedido á la Aurora que me trajera esta mañana las más hermosas perlas de Oriente, sino para engalanarme y aparecer más bella á los ojos de usted? Para qué habré pedido á la lluvia de anoche que llenara ese hoyito de líquido cristal, sino para ver en tal espejillo si mi hermosura era digna del amor del Sol?

—Y para qué pides al Céfiro que aparte constantemente tu brillante corola de mis labios, sino para probarme que es falso tu cariño?

—Todas las cosas creadas le aman á usted, oh Sol!

—Pero una más que todas.....

—Cuál?

La Nieve.

—La Nieve enamorada del sol? Ella, que es la misma frialdad!

—Sí, la Nieve, que es la primera en «derretirse» por mí.

CASIMIRO PRIETO.

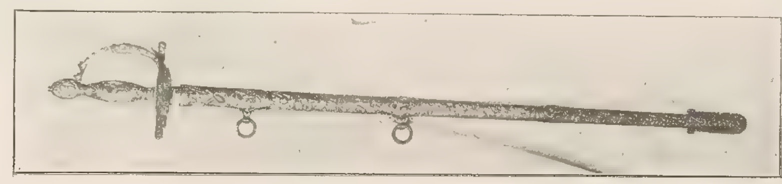
El poeta oye los susurros de la semilla que trabaja debajo de la tierra; el filósofo oye los de la germinación de las ideas en el pueblo.— A. GREARD.

***

La gratitud es como aquel licor de Oriente que sólo se conserva en jarros de oro; perfuma las almas grandes y se agria en las pequeñas. — JULIO SANDEAU.

***

La desgracia puede debilitar la confianza, pero no debe quebrantar la convicción. CARLOS DE REMUSAT.



Espada de D. Guadalupe Victoria.



PUERTOS MEXICANOS.—Bahía y muelles de Progreso.



LA INSTITUTRIZ.

Novela por Ester de Suze.—Ilustración de Simont.
Traducción de "El Mundo Ilustrado"

(Continúa.)

V

Llegó la época de los exámenes, y después mis compañeras empezaron á marcharse una tras otra, á medida que llegaban sus nombramientos. Sólo el mío tardaba, á pesar de los esfuerzos del Sr. Cairol.

Entonces los días me parecían larguísimos. El dolor causado por la muerte de mis padres, había acabado por calmarse un poco; y de ya no llorar ni desear—porque nada deseaba!—mi corazón se cansaba de vivir. Habría yo deseado morir, como por instinto cierra uno los ojos cuando está en medio de las tinieblas.

Este deseo me asaltaba por las noches, sin lágrimas, sin sufrimientos. Mi cerebro pensaba, pensaba como antes del sueño; después, en lugar de sueño me venía un entorpecimiento extraño......... A él me abandonaba, y habría deseado morir... ..

Sin embargo, durante el día estaba yo tranquila y recobraba mi actividad, siguiendo dócilmente los consejos de la señora Cairol, que me iniciaba en los secretos de la vida doméstica y me enseñaba algo de cocina, de costura, y me daba consejos útiles para mil y mil casos. Era yo bastante hábil, excepto en costura. Un día, la señora Cairol me dijo:

—Bah! Usted es mujer ya, y el arte de la costura le vendrá por sí solo.

Estas palabras me hicieron estremecer, como si hubiesen sido un resplandor de vida que viniera á disipar mis enfermizas tristezas de antes. Era yo mujer! Es decir, capaz de llegar á ser esposa, madre; aguardar algo, por fin...... Ah! un hogar, un hijo, un esposo...... toda una vida que surgiera de mí, rodeándome de amor, á mí que me creía ligada sólo á dos sepulcros...... Ah! el momento en que eso sucediera, en que un ser humilde, pero noble, viniese á tomarme de la mano y á decirme: «Heme aquí. Yo soy el que te estaba destinado!»... ......¿Aceptaría yo? ¿La huérfana de la víspera se atrevería á despojarse del luto, para lanzarse entre gasas blancas y flores, hacia el porvenir? ¿O tendría yo el valor de rehusar? ¿Acaso la vida no es tan imperiosa como la muerte? No se puede resistir á la muerte cuando llama; ¿se podría resistir á la corriente, cuando pasa el torbellino de la vida?

Y esa corriente, ese deslizamiento en el río de la vida, debe de ser inefablemente bueno, puesto que en la naturaleza nada hay detestable. Y sonreía, inundada de ensueños y de lágrimas dulces, al abrazar por última vez las tumbas de mis amados padres......... al fin había llegado mi nombramiento. Iba yo á partir y estaba bien armada de valor; bendecía á mis muertos queridos, les pedía perdón por mis vacilaciones de la víspera......... Sí, por fin aceptaba la vida, y ahora estaba convencida de que la vida me sería buena.

En ese momento, el crepúsculo caía suavemente sobre las tumbas erizadas de cruces. Me pareció que papá y mamá me tomaban de la mano y me impulsaban suavemente, y me levanté, como siguiendo sus sombras, que murmuraron á mi oído:

—Ve, amada nuestra; no ha llegado la hora de que vengas á quedar entre estas tumbas. Ve, juiciosa y confiada, y vive...... Has acertado: la vida es tan imperiosa como la muerte!......

Y salí de allí. Y en los momentos de la partida, tuve más energía que mis buenos amigos, que parecían agobiados. Cuando me arrodillé para bendecirlos en el dintel de su hospitalaria casa, vinieron á levantarme y me miraron al fondo de los ojos. Mi rostro debe de haber estado radiante.

—Tiene usted algo, María Teresa. ¿Es una tristeza? ¿Es una esperanza? ¿Qué es, niña?

Era el deseo de vivir una vida juiciosa y sencilla, pero «plena»... Era la confianza de que esa plenitud, siendo una deuda para conmigo, me sería otorgada.

VI

El cielo densamente nublado; copos de nieve caían sin prisa, seguros de seguir cayendo durante muchos días aún, sobre esa región inclemente. A la derecha, saliendo de la estación, la ciudad, que se adivinaba pequeña, y sin embargo, amplia, silenciosa como una catedral, en esa hora de bruma y de nieve. A la izquierda, un camino que se diría muy corto, limitado por la masa de las abruptas monta-

ñas que le cerraran el paso; y que, no obstante, corre y se prolonga como un laberinto entre esas montañas: tal se me presentó Embrún, la antigua ciudad de los arzobispos.

Era una tarde de los comienzos de enero; apenas habían dado las seis, y ya era de noche. Mi nombramiento era para Chavoux, que está á media hora de la ciudad. Habría podido llegar hasta allí en ferrocarril; pero, por equivocación me bajé del tren una estación antes. No había que pensar en aguardar por cinco ó seis horas la llegada de otro tren; tampoco había coche ú ómnibus en que hacer el camino.

—¿Ve usted este camino? me dijo el jefe de estación. Pues no hay más que seguirlo: va á Chavoux; pero está largo, sobre todo en este tiempo...... A menos que encuentre usted una carreta que la lleve...... En fin, no sé qué consejo darla.

En efecto, el buen hombre parecía estar perplejo.

Los empleados que pasaban, alzaban su linterna para verme el rostro, sin miramiento alguno.

—La nueva institutriz de Chavoux? Respondí afirmativamente, y todos me mostraron cierto respeto vulgar. Por fin, alguien me dijo:

—Trate usted de comenzar el camino. Quizá encuentre usted una carreta.

No vacilé ya. Mi corazón estaba oprimido ante tamaña indiferencia. Salí de la estación, para estar sola, para sentir la brisa......... Oh! ese camino! no sé cómo devoré una parte de él. No me detuve hasta llegar á un pequeño puente bajo el cual dormía un riachuelo congelado. Y me puse de codos sobre el pasamano y me eché á llorar.. ....

Me sentía mal; mis piernas se negaban á sostenerme. Con los últimos copos de nieve, escasos ya, se había desatado un frío seco, sin ruido, sin la palpitación de ninguna ráfaga; un frío hecho de silencio y de espacio vacío como mi alma. Lloré. Oh mis locas esperanzas de una hora de locura! Qué sola, qué abandonada estaba! ¿A dónde iba yo? ¿Qué habría al término del camino? ¿Quién me recibiría allí? ¿Qué país era ése, de hielo y de tinieblas, que no tenía ni una sola dulzura para la pobre institutriz venida de tan lejos para traer á las niñas su cerebro y su corazón?

¡Qué soledad! En la estación nadie había tenido para mí una sonrisa; nadie se había ofrecido á buscarme una carreta que me llevase á mi destino! Se me había dejado sin compasión marchar por ese camino frío y negro, entre las espantosas escabrosidades de las montañas.........

Y, salida de esa preocupación, pensé de nuevo en seguir mi marcha y alcé el rostro para mirar esas montañas que me causaban miedo...... Y quedé maravillada y hube de retroceder algunos pasos, para abarcar todo el panorama que aparecía ante mis ojos..... Era el paisaje feérico de los Alpes, cubiertos de nieve, en una noche estrellada. En el cielo, casi enteramente despejado, brillaban millares, millones de astros. Me sentía encantada por la limpidez de la nieve á la luz sideral; por la majestad de las montañas bajo el prodigio de esa nieve, en la que las aristas bruscas, desnudas por el escurrimiento de la nieve, resaltaban de trecho en trecho. No eran montañas; eran reyes de armiño, silenciosos, contemplando sus dominios, que se extendían á sus pies.

A mis pies se extendía la campiña, como la gigantesca página de un libro, hecha de blancuras apacibles y de negruras rebeldes. Se erguían en ella las ramas sin hojas, todo el ejército de un bosque en lucha con las tempestades recientes; las ramas torcidas y tan secas, tan rígidas, que no habían conservado un solo copo de nieve.

La tempestad había pasado y, entre la nieve, las ramas permanecían inmóviles. Aquello era hermosísimo. Mi aliento, al salir de mis labios, se convertía en un vapor visible y tenue, como el humillo de un pebetero. Mi corazón se tranquilizó. La luna acababa de salir y ascendía lentamente al infinito, encima de un campanario prendido entre la nieve. Y mi alma se elevó también á las alturas.

Continué mi camino, como sostenida por nuevos impulsos. No habían dado las once, cuando llegué á la hostería de la aldea, que reposaba.

VII

Al día siguiente muy temprano, bajé de mi recámara hasta la puerta de la hostería.

Una calle larga, limitada por casuchas bajas, como acurrucadas bajo los tejados; mugidos de vacas; puertas chaparras, entrecubiertas, de donde salían emanaciones de estercolero; el piar de las aves de corral, que caminaban á saltitos entre los surcos de nieve; en los puentes, uno que otro campesino, con traje grueso, me miraba con curiosidad. Así se me presentó la aldea, dulce como una imagen—como un medio para alcanzar la dicha, y no como un fin—incapaz de responder con un solo latido á la simpatía que yo pudiese mostrarle.

Una chicuela abría una barrera, llamaba á las gallinas y les arrojaba puñados de grano. Poco más lejos, saltaba un chorro de la boca de un dragón á una fuente tosca de piedra, en torno de la cual, un grupo de muchachos murmuraban y me veían de reojo.

En el fondo, las montañas que la víspera me habían maravillado, me cautivaban aún, blancas de nieve, coronadas de nubes, en actitud de guardias colosos, protectores del nido, que era la aldea.

Aquí era donde iba yo á vivir. ¿Por qué no había de ser dichosa? ¿Qué era lo que me faltaba, que mis ojos buscaban en los ojos de los muchachos, en el hueco de las puertas que se entreabrían, ó entre los pliegues de las montañas?...... Todo lo que me rodeaba era hermoso, y bueno, y tranquilo y puro. Así pensaba yo; pero habría querido algo más que pensarlo: decirlo! A quién? Esos muchachos, aun cuando llegasen á serme familiares, me comprenderían? Los amaría si ellos sabían conseguirlo; pero ¿acaso habría unión posible entre mi alma y la de ellos?

Pasó un hombre ebrio, y unas mujeres le dirigieron bromas de un lado á otro de la calle. Yo le miré. Llegó junto á mí, se detuvo, me miró con los ojos soñolientos, se puso la mano en el corazón y me contó, con voz pastosa, que era yo hermosa y que me amaba. Después siguió su camino, tropezando á cada paso. Yo también estuve á punto de caer, desconcertada por la vergüenza. El ebrio se alejó...... pero las mujeres rieron y pensé que reían de mí, y esto me causó pena. Impresionable, como se es siempre en situaciones difíciles, exageré la intención de aquella risa, como la víspera había exagerado la indiferencia de los empleados de la estación.

En ese momento sentí odio para todo el mundo, y deseé estar sola cuanto antes en la casita que debía ocupar...... Pasó una mujer.

—Señora, sírvase usted decirme: ¿dónde vive el alcalde?

—El señor Raibert?

Con el extremo de su bordón, la vieja me señaló una calle estrecha que subía.

—Allá, en una casa nueva. Voy allá á dar un encargo á Phracia, la sirvienta; si usted quiere, la acompañaré.

—Es usted muy amable, señora!

La mujer era morena, de rostro pequeño, con ojos feroces de vieja que ha visto mucho. Creí oportuno trabar conversación con ella.

—Usted es de aquí, ¿verdad, señora? Yo soy la nueva institutriz y voy á presentármele al alcalde. No tiene usted alguna hijilla que vaya á ser mi discípula?

—No! —respondió secamente—Yo no tengo hija; pero tendrá usted muchos discípulos. Por cierto que las mamás no saben que hacer desde hace cinco ó seis días que se cerró la escuela, á causa de la muerte de la otra. Ah! aquélla era una buena mujer! Era casi tan vieja como yo; pero ésas son siempre mejores que las jóvenes.........

—Y al decir esto, la mujer parecía gruñir. Casi me dió miedo mirarla con su aspecto de encina derribada y sus pasos bruscos. Siguió hablando:

—Vea usted: las institutrices debían servir de ejemplo á las demás muchachas. Pero son demasiado jóvenes y están muy solas; no saben lo que hacen...... Decirme que era usted institutriz.........Qué bien!.........Yo lo había adivinado cuando la vi tan joven y tan bonita......... Todas son iguales, la de San Andrés, la de Greoux, la de Frênes.........

Y me mostraba entre los montes las aldeas que se destacaban de entre la bruma.

—Vea usted! Hay otras como usted allá, y más allá y más lejos......... Todas son dignas de lástima.

Dijo esto con firmeza; luego se detuvo desafiándome como para ver si la contradecía...... No me habría atrevido á ello. Esa mujer me parecía loca ó inocente; pero me atemorizaba. Murmuré:

—Yo, señora, no deseo más que hacer lo mejor que pueda. En verdad, no seré digna de lástima.

La vieja se calmó; me miró lentamente de pies á cabeza y comprendí que en ese examen sus miradas habían encontrado mi mano muy blanca, mi busto exuberante, y mis ojos de un azul sombrío en que parecían fundidas todas las languideces del ensueño.

Sin ser de belleza notable, al menos era yo joven, es decir, llena de encanto. Era la flor, inevitablemente abierta á mis veinte años, y que aguardaba al elegido que debía cortarla......Si no se presentaba ese elegido, ¿bajo qué ráfaga de decepciones se deshojaría la flor? ¿A qué abismo me arrastraría el soplo implacable de la soledad?

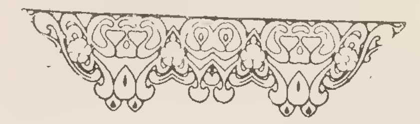
Leí en la frente plegada de la vieja esos pensamientos; pero creí que no habría llegado á expresarlo. Permanecí serena bajo sus miradas. Se calmó más y más. ¿Qué fuentes de pureza encontró en el torrente tumultuoso que temía hallar en mí, como había hallado en las otras?

Sus miradas se llenaron de piedad que me pareció grandiosa. Se me adelantó y fué á buscar en sus cabañas á las niñas á quienes había casi maldecido momentos antes, cuando su mano levantada parecía querer descorrer el velo de bruma que cubría los puntos que me nombraba.

Murmuró al fin:

—Es seguro que usted tratará de hacer lo mejor que pueda, pobre señorita. Las otras también querían lo mismo...... No toda es culpa vuestra, no toda......

(CONTINUARÁ.)





CARRUAJES



NIÑOS.

Rockers y Sillas de mimbre

Carruajes, asientos y toda clase de novedades de tejido de Mimbre

MANUFACTURADOS POR

THE PIEL BROS. Mfg. Co.

INDIANAPOLIS IND.

Unicos agentes para la República Mexicana

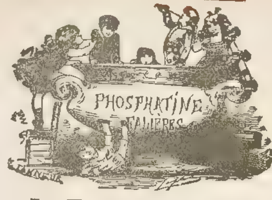
Chas North.

Calle de Colón N° 1011.



ELEGANTEMENTE AMUEBLADO Y EQUIPADO

Los padres de familia que deseen poner á sus hijos é hijas en un colegio absolutamente completo y bajo los estudios americanos más refinados, deben escribir pidiendo un hermoso prospecto que contiene detalles completos, dirigiéndose al Director: C. H. Clark. San Antonio Texas. U. S. A.



La Fosfatina Falières

es el alimento más agradable y el mas recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses sobre todo en el momento del destete y durante el periodo del crecimiento. *Facilita la denticion, asegura la buena formacion de los huesos.*

PARIS, 6, Avenue Victoria, y en todas las farmácias.

AVISO IMPORTANTE

El fosfato de cal que entra en la composición de la Fosfatina "Falières," está preparado por un procedimiento especial con aparato á propósito, y no se encuentra en el comercio.

Desconfíen de las imitaciones y falsificaciones.

Píldoras del Dr. Huchard,

DE PARIS.

DE VENTA
EN TODAS LAS
DROGUERÍAS.



MAGGI

PARA SAZONAR

Sopa, Caldo y Salsa
En frascos.

TÓNICO — RECONSTITUYENTE
FEBRÍFUGO



EL MISMO **FERRUGINOSO:**	**SIETE MEDALLAS de ORO**	EL MISMO **FOSFATADO:**
Anemia, Clorosis, Convalecencias, etc.	PARÍS 20, Rue des Fossés-St-Jacques y en las Farmacias	Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc

846

SAINT-RAPHAEL,

Vino fortificante, digestivo, tónico, reconstituyente, de sabor excelente, más eficaz para las personas debilitadas que los ferruginosos y las quinas. Conservado por el método de M. Pasteur. Prescríbese en las molestias del estómago, la clorosis, la anemia y las convalecencias; este vino se recomienda á las personas de edad, á las mujeres, jóvenes y á los niños.

AVISO MUY IMPORTANTE.

El único VINO auténtico de S. RAPHAEL el solo que tiene el derecho de llamarse asi, el solo que es legítimo y de que se hace mención en el furmulario del Profesor BOUCHARDAT, es el de Mrs. CLEMENT y Cía., de Valence (Drome, Francia).—Cada Botella lleva la marca de la Unión de los Fabricantes y en el pescuezo un medallón anunciando el "CLETEAS." Los demás son groseras y peligrosas falsificaciones.

ELIXIR ESTOMACAL DE SAIZ DE CARLOS

Cura el 98 por 100 de los enfermos del

ESTOMAGO E INTESTINOS

Por crónicas y rebeldes que sean sus dolencias.

TODOS LOS QUE LO HAN TOMADO CONFIRMAN ESTA VERDAD

De venta en Droguerías y Boticas

TEHUACAN IRONBREW

REGENERADOR VITAL [illegible]HOLICO.

De la Receta de una celebridad médica de Carlsbad.

EL IRONBREW es una combinación de tónicos vegetales y esencias deliciosas que enriquecen y fortifican la sangre músculos y cerebro regulariza el estomago y sistema nervioso, aliviando la Jaqueca Náusea Dispepsia Insomnio y Debilidad general y a consecuencia de sus propiedades vitales reconstituyentes, lo hacen el Tónico mas apreciado y la bebida más deliciosa que jamas se haya ofrecido al público.

NEGOCIACION
DE
AGUAS MINERALES DE TEHUACAN.

"CRUZ ROJA."



Teh. Pue. Méx.

-Banco - Central - Mexicano.-

CAPITAL EXHIBIDO $7.000,000.

"Hace descuentos y préstamos con ó sin prenda. Negocios en cuenta corriente, giros y cobros sobre todas las Plazas de la República y del Extranjero, y en general, toda clase de operaciones Bancarias con Bancos. Comerciantes, Industriales, Propietarios y Agricultores.

EMITE BONOS DE CAJA, DE $ 100.00, $ 500.00 y $ 1,000,

sin cupón, pagaderos á seis meses y pagaderos á doce, dieciocho y veinticuatro meses, con cupones semestrales, ganando todos un interés de cuatro por ciento al año.

CORRESPONSALES.—Todos los Bancos de los Estados Mexicanos, Deutsche Bank-Berlín y sus Sucursales enLondres, Hamburgo, Bremen, Munich. Frankfurt y Dresden, Bleichroeder-Berlín, Comptoir National D'Escompte-Paris, National Park Bank-New York, J. P. Morgan y Co.—New York, De Neuflize y Cía.,París, Miller Schell y Cía.—New York, National City Bank-New York, London and Westminter Bank. ltd. Lothbury. Londres, First National Bank-Chicago, Guillermo Vogel y Cía., Madrid.

PETROL

DEL DR. TORREL, DE PARÍS.

Unica preparación que evita la caída prematura del pelo, lo aumenta, suaviza y hermosea, á la vez que le comunica un aroma agradable.

EL USO DEL PETROL DEL DR. TORREL, DE PARIS.

evita la calvicie prematura, que tanto afea y comunica al hombre el repulsivo aspecto de un joven viejo y gastado.

El Mundo Ilustrado

AÑO X.--TOMO I.--NUM. 3

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

MEXICO, ENERO 18 DE 1903.

Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem. Idem. en la capital, $1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



LA CANTADORA.

CUADRO DE FABRÉS.

Fantasias de Invierno.

El frío metropolitano.

EL enojo del cielo no quiere pasar. Ceñudo y malhumorado amanece día con día, y su capote gris envuelve los rayos del sol que, bienhechores, pretenden llegar hasta nosotros para traernos una poca de tibieza, que desentuma nuestros pobres miembros ateridos por el frío.

El frío es intenso, y como en México hemos creído muy al pie de la letra la hermosa fábula de nuestra «primavera eterna,» no nos hallamos muy bien provistos de armas contra el frío y por eso éste se da aires de sorprendernos cada año, fingiéndose siempre más severo y despiadado que otras veces. En cada invierno solemos decirnos: nunca hubo frío tan duro como en este año!...... Y no es eso: es que el frío, como el dolor, siempre aparece más intenso en su manifestación actual, y con facilidad lo olvidamos en la tregua que nos concede el cambio de estación ó la época de felicidad......

Si diésemos fe absoluta á las indicaciones del termómetro, para juzgar nuestro invierno metropolitano, lo encontraríamos dulce en exceso, parangonado con el de otras regiones. Nunca tendremos aquí el extremo descenso «bajo cero» que se observa en Berlín, Londres ó París; y, sin embargo, el frío de México es cruel, se hace sentir con una intensidad torturante, molesta y entume los miembros y las energías. Es un frío seco, un frío desnudo, que ni siquiera se trae la envoltura consoladora de una sábana de nieve, que no trae diversiones de invierno, que hiere sin piedad y no permite que las aguas se congelen para que sobre la tersura del hielo tracen los patines sus caprichosas parábolas.

No tenemos ni diversiones invernales ni defensas contra el frío, porque nuestras habitaciones están hechas para la legendaria primavera perpetua y no tenemos el recurso de acercarnos á la chimenea y escuchar, al amor de la lumbre, los cuentos fantásticos de la abuela ó los murmullos inefables de una canción de amor.........

En México hace frío, pero no hay invierno... Porque el invierno no significa sólo el descenso de la temperatura, no es solamente la sensación de hielo que flota en la atmósfera; el invierno es la nieve que cae, la leña que crepita, el vaho que diseña fantasías sobre las vidrieras. Eso es el invierno; no estos días grises que, como enormes capelos, vienen á posarse sobre nuestra Mesa Central y entristecen la vida de la metrópoli.

***

Sin embargo, el frío es eminentemente voluptuoso. No en sí mismo tal vez, sino en las sensaciones que la defensa procura.

Cuando transitamos por las calles, envueltos en abrigos y paletós, y sentimos sobre el rostro las mil aguzadas agujas del cierzo, nos invade una egoísta satisfacción al considerarnos defendidos contra esos embates.

Sobre las baldosas heladas los tacones producen un ruido más seco y más sonoro que en otros tiempos, y es un deleite marchar por calles y por plazas, bien abrigados contra las burlas del frío.

Las mujeres en invierno tienen mil recursos para aumentar sus encantos y su misterio. El frío les permite enmascararse á medias con esos mil inventos de la moda que, confeccionados de telas, de pieles ó de plumas, arropan cariñosamente los cuerpos friolentos y esfuman las características de las siluetas conocidas y encubren coquetamente los rostros banales á fuerza de vistos, para sólo dejar adivinar una cabecita fina que se asoma entre las fantasías del abrigo.

La mujer metropolitana, fina y nerviosa, es adorable cuando se atavía de invierno; tan adorable, que fuera merecedora de fríos más intensos y más largos. ¡Pobrecilla! Es lástima que no lleguen á nosotros los placeres invernales, porque ellos ofrecerían á la metropolitana un campo vasto para lucir sus gracias.

Esos pequeños pies, cuya fisonomía (véase el texto del Dr. Flores) va haciéndose cada día más sonriente, merced al cuidado nimio que las mujeres de México van poniendo en su calzado, piden á gritos trotar las emociones del «patinage»; y al verlos trotar sobre el asfalto, se experimenta un deseo loco de que, por un arte de maravilla, se congelase el romántico lago de Chapultepec, para que aquellos piececitos pudiesen lucir su agilidad y su finura, armados de minúsculos patines, y conduciendo á sus poseedoras como en una fuga de ensueño y de placer.

Decididamente, ya que el frío es tan intenso, tenemos derecho para pedir que el invierno sea completo, y que no se limite á cubrirnos con ese capelo gris que entristece nuestra vida.

***

En México no se conocen los verdaderos placeres del invierno. La poesía invernal nos es incomprensible y por eso, al recorrer las literaturas del Norte, muchas veces nos encontramos con símbolos inexplicables y con sensimientos que se escapan á nuestro análisis. Ibsen, Sudermann, Dickens, están llenos de la gloria invernal; Goethe ha cantado los placeres del hielo con un entusiasmo que á nosotros podría parecer......pueril. Y sin embargo, todos los genios del Norte han hecho bien en glorificar el invierno, porque en los países del Norte el invierno es la estación de la poesía nacional.

En la calle y en la casa, el invierno ofrece maravillas. El deleite de sentarse cabe el fuego, la familia toda, grandes y chicos, debatiendo los asuntos más tiernos, rememorando añoranzas en los viejos y sembrando imperecederos recuerdos en los jóvenes; cuando el frío de afuera, franco y completo, parece que aprieta á los miembros de la familia unos contra otros, obligándolos á la unión y congregándolos—sin símbolo—en torno del hogar; ese deleite es algo que á nosotros nos falta, algo que con nada podríamos sustituir, y que es engendrador de ternuras, de anhelos y de saudades especiales.

Por eso hemos dicho que nuestro invierno es malévolo; porque nos ofrece las crudezas del frío, sin compensaciones ni encantos; porque no permite que encendamos fuego en las estancias ni tolera que discurramos bajo el cielo estrellado. Nuestro invierno es hipócrita, indeciso, falso y despiadado. Mata de frío y no ofrenda las delicias de la chimenea. Es como un traidor que ataca sin dar lugar á la defensa. Es un monstruo.

Porque si nuestra prensa de información rara vez da cuenta con fallecimientos por congelación, no es porque nuestro invierno no mate, sino porque es un asesino «cerebral,» cauto, precavido, que no se atreve á dar un golpe de una vez, sino que atormenta lentamente á su víctima, la envenena paulatinamente, debilita sus pulmones, infiltra en ellos el germen de la tuberculosis....... .

Y luego, cuando llega la primavera y la estadística de la mortalidad arroja cifras enormes, la gente llama asesina á la primavera. ¡Pero cuántas de las víctimas son hostias rezagadas del invierno!

STRINDBERG.

MICROPOEMA

I

Una cuna rosada que la luna
tras de un cristal con níveo rayo armiña,
y en el mullido fondo de la cuna
un ángel........ una niña!

II

Unos ojos ardientes, unos ojos
en que el azul del cielo es más sereno;
tersa piel, blancos dientes, labios rojos
y un volcán de purísimos antojos
bajo la curva trémula de un seno!

III

Una noche muy fría. Llueve.... llueve:
el trágico fantasma de la tisis
pasa sobre la nieve!
Es la salida del teatro. Hueca
resuena entre el tumulto
ruidoso, una tos seca!

IV

Unos ojos abiertos, exaltados
como los de una liebre
y algunos rizos luengos y dorados
por el sudor pegados
á una sien escavada por la fiebre!

V

Pisadas silenciosas!
Relampaguear de cirios!
Olor de frescas rosas,
de azucenas y lirios....

JULIO FLORES.

Nuevo Ministro de Gobernación.

Cambios en el Gabinete.

EL viernes á las doce del día, prestó la protesta de ley ante el señor Presidente de la República, el señor don Ramón Corral, nombrado últimamente por el Ejecutivo Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación. El señor General don Manuel González Cosío, que desempeñaba ese alto puesto, pasó á encargarse de la cartera de Fomento, en substitución del señor Ingeniero don Leandro Fernández, que se hizo cargo de la de Comunicaciones y Obras Públicas. Para Secretario de Guerra y Marina, fué designado, por último, el señor General don Francisco Z. Mena.

Tanto el nuevo Ministro de la Guerra, como los señores Ingeniero Fernández y General González Cosío, rindieron también la protesta el viernes pasado.

***

El señor Corral, que por primera vez forma parte del Gabinete, nació en Alamos, Sonora, el 10 de enero de 1854, dándose á conocer primeramente como periodista en «El Fantasma» y «La Voz de Alamos,» publicaciones de combate que fundó y sostuvo.

El año de 1875 tomó las armas contra el jefe revolucionario Gral. Pesqueiro, y muerto éste, desde las columnas de la «Revista Histórica del Estado» hizo un estudio desapasionado y justiciero de aquel jefe, reconociendo los importantes servicios que prestó á la Reforma.

Después, y sucesivamente, fué electo Diputado á la Legislatura de Sonora; desempeñó por algún tiempo el cargo de Secretario de Gobierno; tomó parte en la formación de algunas leyes, hoy vigentes, relacionadas con el Ramo de Hacienda, y colaboró con el actual Magistrado á la Suprema Corte, Don Eduardo Castañeda, en la revisión del Código Penal del Distrito, para su adopción en Sonora.

El Sr. Corral ha sido también Diputado al Congreso de la Unión, y Gobernador de su Estado natal en dos ocasiones. Durante su administración se llevaron á cabo en Sonora mejoras de mucha importancia.

Por último, estuvo al frente del Gobierno del Distrito desde el 18 de Diciembre de 1900, captándose en el desempeño de su cargo, los elogios de la prensa y de la gente sensata.

***

En cuanto á las demás personalidades que integran el Gabinete del Sr. Gral. Díaz, hemos dado ya á conocer en nuestro semanario sus datos biográficos. Sus servicios como colaboradores del Sr. Presidente, los hacen, sin duda, dignos de la confianza que en ellos deposita el Primer Magistrado.



SR. D. RAMON CORRAL, Secretario de Gobernación.



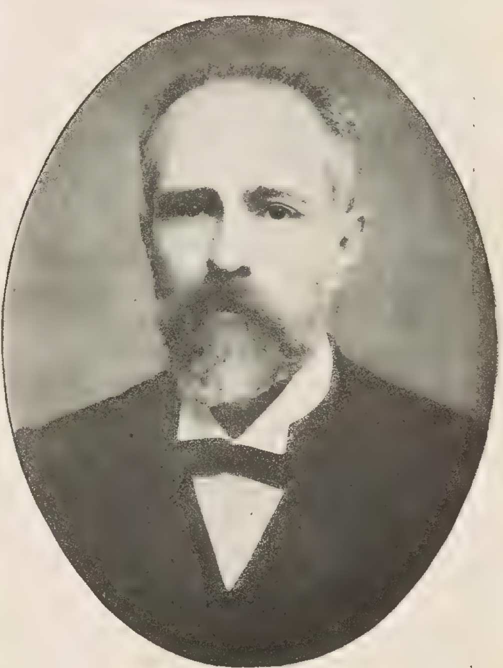
SR. GRAL. D. FRANCISCO Z. MENA, Secretario de Guerra.
(Fot. Valleto.)



SR. GRAL. D. MANUEL GONZALEZ COSIO,
Secretario de Fomento.



(Fot. Valleto.)



SR. ING. D. LEANDRO FERNANDEZ, Secretario
de Comunicaciones. (Fot. Schlattman.)



SITIOS PINTORESCOS.—La Venta de Cuajimalpa.

CINEGÉTICA.

Duerme la loba.
Cual colérica ceja
está encorvado el arco de caoba.
El dardo va, como una enorme abeja
zumbando al viento,
y del ijar á las nerviosas patas
cae un chorro sangriento
cual racimos de abejas escarlatas.

Alza un nemrod coloso
el gran bronce del busto entre las ramas.
Crispa un soplo febril su vello de oro,
su tímida nariz resuella flamas.

Brillan de bélico deseo
sus pupilas de halcón en la espesura
y hay heroicas barbaries de trofeo
en la furia triunfal de su escultura.

Es un ocaso:
incendiado del sol el bosque arde,
y un águila gigante va de paso
reinando en los azures de la tarde!

LEOPOLDO LUGONES.

Si después de haber vestido al desnudo, le echas en cara tu favor, es lo mismo que si lo desnudaras de nuevo.—FILEMÓN.

NOCTURNO.

Al llegar á su alcoba,
obscura y solitaria,
la engañosa careta
á pedazos arranca,
y queda al descubierto
aquella faz tan pálida
que entre los muertos mismos
honda impresión causara.

Vibra al principio trémula
en sus manos el arpa,
con un preludio lento
de notas apagadas;
después surge el "motivo",
y es su armonía extraña
inaudito concierto
de risas y de lágrimas.

Elévanse en tumulto
aquellas notas raras
que las nocturnas aves
escuchan espantadas.
Y crecen, siempre crecen...
Hasta que al fin el arpa
prorrumpiendo en un grito
de odio y amor, estalla!

FABIO FIALLO



El pensamiento es un poder; y el talento, una libertad.—VICTOR HUGO.

***

Los insolentes en la prosperidad, son siempre viles en la desgracia.—ANÓNIMO.



Un Filósofo.—(Cuadro de Fabrés.)



Los "Lithuani."

¿Eran de Lithuania?

¿Quién sabe?

El mayor de los aplaudidos acróbatas, el director de la familia de «los caballeros acrobáticos», decía que eran franceses, y así lo repetían el hermano siguiente, más fuerte, más brusco, más hombre en apariencia (y más borracho) que Félix, y así lo aseguraban los dos



niños que completaban la familia de «Los Lithuani», como se anunciaban ante aquel público. ¿Quién sabía cuál era su apellido en verdad, y de dónde eran verdaderamente nativos? ¿Acaso no lo habían olvidado ellos mismos?

Su patria era el circo, dondequiera que estuviese: en el circo vivían: vivían por el circo, y por tanto alentaban para el circo.

Nada les importaba ese mundo que se agitaba allá afuera de aquel recinto, y que venía á aplaudirlos alegremente cada noche.

Lo que á ellos importaba era estar seguros en los ejercicios que presentaban: «saltar siempre con limpieza, no errar los saltos sobre los hombros, no necesitar la repetición de las suertes que parecían más difíciles al público; en caso necesario repetir contentos la suerte fracasada; y sobre todo, sonreir, sonreir siempre, aun cuando hubiesen sufrido una torcedura», era el semidecálogo que Félix repetía á sus hermanos.

Y ¿serían en verdad sus hermanos?

Raramente y desgraciadamente eran en verdad hermanos los que formaban la familia de los acróbatas que habían llegado á ser los artistas preferidos del público en aquel circo que daba «función todas las noches, jueves tarde y noche, y domingo y días festivos, mañana, tarde y noche».

En efecto, había entre ellos un parecido aceptable, como el parecido de familia; todos cuatro eran rubios, de frentes amplias, de ojos verdes, de cuerpos bajos y robustos; hasta llevaban todos, para completar el parecido, anchas huellas de viruelas en el rostro.

Era el de «Los Lithuani» uno de los actos que á mí, como á la mayoría del público, más agradaba, y que esperábamos con ansia.

Siempre era el acto

7º Acróbatas................ «Los Lithuani»

y después seguía:

«Intermedio.—10 minutos.»

A cada suerte, á cada trabajo, el público rompía la monótona pieza musical americana, con salvas de aplausos, y aún con gritos entusiastas.

Era de verse «la limpieza y precisión» con que ejecutaban sus trabajos y el cariño que se demostraban los artistas, como se ha dado en llamar á todos los trabajadores de circo, á semejanza, y acaso con la misma razón que á muchos trabajadores en mármol ó en «terracotta» y á muchos majaderos en palabras ó en notas musicales.

Antes de comenzar una nueva suerte, cuando se embreaban pies y manos los acróbatas, siempre el director acariciaba la carilla pálida de la niña que iba rápidamente, por el desarrollo de piernas y brazos, camino de la pubertad, la besaba en la frente y la empujaba con suavidad al centro de la pista, y así también acariciaba la cabellera rizada del muchacho que siempre serio y casi mal humorado, cumplía cronométricamente con sus ejercicios, y sólo plegaba al público la boca grande, de labios prominentes, en un gesto más de amargura y odio, que de satisfacción y gratitud cuando daba las gracias por los aplausos que le regalaban después de sus trabajos

Ese día:

Ya los programas lo gritaban en letras muy grandes y muy rojas, como buenas norteamericanas: «Beneficio de «Los Lithuani».—Actos nuevos.—Gran sensación.—La escalera de «Los Caballeros Acrobáticos.»

Y todavía el acto no resultaba bien; todavía el chiquillo de boca plegada por gesto extraño, no podía sostenerse con seguridad, de cabeza sobre la cabeza fraternal.

Félix se adaptaba á la redonda y dura cabeza, cabeza que dijérase escapada de un boliche, cabeza de acróbata, la ruedecilla acolchonada que sujetaba un barboquejo, y colocaba encima, cabeza sobre cabeza, al pequeño Luis provisto de la mandolina, la vieja por supuesto, que la vistosa que tenía incrustaciones de concha, era sólo para la función, para lucirla, y cuando no tuviera gran peligro, porque ya la suerte resultara.

Entonces al compás de la música del niño, bocabajeado, empezaba Félix á ascender la escalera oblicua que conducía al pedestalillo, para descender después por la otra igual escalera, siempre Félix con la vista clavada en su carga, y balanceando cabeza y brazos para conservar el equilibrio. «Mignón»—así llamaba el redactor de programas á la pequeña acróbata de piernas y brazos gruesos y cortos y carilla pálida—seguía por abajo la marcha del grupo, pronta á prestar su ayuda al muchacho, si caía de la cabeza fraternal.

Félix, sudoroso, chasqueaba el pulgar contra el medio, mientras el niño rubio, todo en temores, rasgueaba el instrumento, y encogía ó alargaba las piernas para buscar el salvador equilibrio.

Los labios prominentes de su boca ancha iban resecos y los ojos fijos siempre, con la mirada tendida hacia su frente, tomaban de cuando en cuando nublazones lacrimosas.

Llegaban hasta el peldaño sexto ó séptimo de la escalera azul, tendida oblicuamente, y el niño vacilaba.... .... y caía, salvando siempre en la izquierda la mandolina, mientras con la derecha desesperadamente abierta buscaba el apoyo que siempre le ofrecía oportunamente la «Mignon».



Entonces era cuando al propio tiempo que se arrancaba el barboquejo y la ruedecilla acolchonada, prorrumpía Félix en sus denuestos y en sus amenazas que iban invariablemente perseguidos por los estrujones que imprimía al chico para adaptarlo nuevamente á la cabeza.

Y el niño protestaba primero.

—¡Oh! yo no puedo; no es tan fácil; tenga paciencia.

(Aquí seguía la injuria: imbécil, estúpido .... podía irse á robar; el trabajo no era para él.)

—Vamos otra vez; cuidado, mucho cuidado.

....

Subió el acróbata que ante el público acariciaba antes de cada suerte la carilla pálida de la niña y pasaba la manota sobre la cabellera rizada del niño.

Sólo se oía en el circo, á la 1–30 de la tarde, el sonido de las cuerdas de la mandolina.

El gran circo estaba ya vacío; sólo en el centro de la pista ensayaban ellos, «los beneficiados.»

Ya los acomodadores habían acabado de arreglar por numeración las lunetas que los concurrentes desarreglaran la noche anterior, en su salida presurosa que no respetaba el alineamiento de los pasillos, y ya habían dejado los mismos azules acomodadores limpios de programas ajados el suelo y de polvo negruzco las barandillas de los palcos.

Ya los maquinistas habían preparado en el foro la casa pobre para «Los Reyes del patín» y habían corrido á medias el telón de anuncios.

Sólo se oía el sonido de las cuerdas de la mandolina, la respiración agitada de Luisillo, y á intervalos irregulares el paso golpeado de Félix sobre las tablas de la escalera, y aquel chasquido del pulgar contra el medio, ruido con el cual el director de la familia de «caballeros acrobáticos» quería mantener provechosa la atención del muchacho, á fin de que no rodara nuevamente al suelo.

No se oían los pasos de «Mignón», porque pisaba sobre el serrín, y porque calzaba las alpargatas de ensayo.

Llegaron los hermanos hasta la plataforma que separaba las escaleras opuestas oblicuamente.

Félix respiró con fuerza, y dejó salir un «vaya» de descanso; pero al empezar el descenso por la otra escalera, el niño perdió el equilibrio y cayó hasta el suelo de la pista.

Apenas pudo «Mignón» detenerlo para que el golpe no fuese muy fuerte, y por encima de los brazos de ella salieron las manos de él: la derecha abierta buscando el punto de apoyo, y cerrada la izquierda apretando el brazo de la mandolina.

De un salto cayó Félix al lado de los niños que, conocedores de su suerte, ya temblaban.

Efectivamente: el director de la «familia de acróbatas» rugió tres injurias, y descargó con fuerza sobre la carilla pálida del niño, la manota ennegrecida y llena de cicatrices.

(No deben ustedes asombrarse: aquello en el ensayo era siempre igual, á diario, porque á diario ensayaban. Sólo en las funciones, ¡qué fraternal y qué hermoso era el cariño que demostraba á los hermanos Félix el director; acariciaba la carilla pálida de la niña, la besaba en la frente, y pasaba la mano por sobre la caballera rizada del muchacho que, siempre serio, mal humorado, cumplía cronométricamente con sus ejercicios; solamente plegaba al público los labios en un gesto más de amargura y de odio que de satisfacción y agradecimiento cuando le aplaudían sus trabajos. Desde las primeras suertes que el muchacho había ensayado, recibía como castigo la bofetada, y como premio un jadeante: ya está bueno.)

La sangre saltó de la boca y la nariz de aquella carilla acrobática, y «Mignón» sacó de entre la banda del vestido viejo—el vestido de ensayo que en algunas partes dejaba asomar la rosada carne—un pañuelo grande y floreado.

Félix, gruñendo otra injuria para la criatura, se fué hacia la puerta para gritar á la cantina que le mandaran una cerveza, y volver á trabajar.

Luis le repitió cuando ya estaba lejos, como siempre:

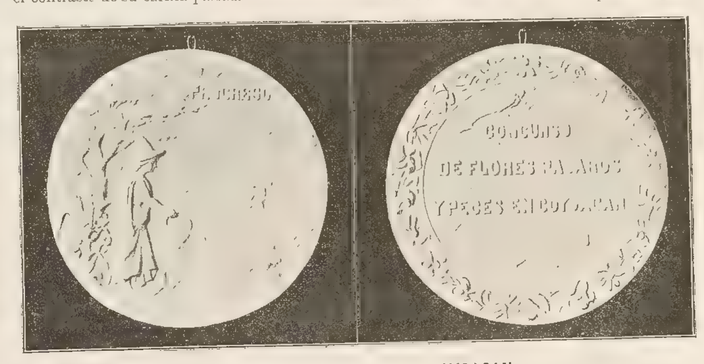
—Cuando yo sea grande, me largaré.

Félix volvió la cara, y rió con provocativa burla:

–Bien, bien: lo veremos......

Sentado sobre el redondel, apoyando los codos sobre las rodillas y la cabeza en las palmas de las manos, quedó cubierto por la penumbra del circo, Luis, que sollozaba fuertemente y agitadamente. Se le mezclaban en la cara sudorosa, las lágrimas y la sangre tibias.

Entretanto «Mignón», apoyándole sobre la espalda una mano, con la otra le ofrecía silenciosamente el pañuelo, sin acertar á consolarlo con palabras, y acercaba á la cara sangrienta el contraste de su carilla pálida.



EXPOSICION DE FLORES EN COYOACAN.
Anverso y reverso de las medallas que se otorgarán á los vencedores.

El muchacho, de pronto arrebató el pañuelo y rugió más y dijo:

—Me largaré cuando sea hombre, sí; me largaré ó lo mato!

«Mignón» casi lloró:

—No digas eso.......

(Yo, que era empleado de la empresa, desde mi escondite, tras la cortina roja que en la última grada servía para disimular en unas noches la ausencia del público que algunas veces llegaba á demostrar su hastío por la monotonía del espectáculo, comprendí por qué motivo la misma empresa nos prohibía la entrada á los ensayos.)

Y por la noche, cuando ante el público se presentaran los «caballeros acrobáticos», lujosos, sonrientes, y Félix acariciara y besara á los niños, ¡cómo estaría gustoso el público, cuánto simpatizaría con los artistas y hasta qué ruido los aplaudiría!......

***

En un periódico de una ciudad de la República, he leído que en cierto restaurant, mientras comían varios artistas de la compañía de circo que acababa de llegar, un joven se arrojó sobre otro hombre, y con el tenedor que usaba en la mesa, lo hirió varias veces ferozmente. Se agregaba que el heridor y el herido eran hermanos, y que éste estaba muy grave. «Parece que antes, durante un ensayo, el mayor de los dos golpeó con crueldad al otro.»

.........Y yo he pensado en «Los Lithuani» y en el público que tanto simpatizaba con aquel cariñoso hermano que siempre suavizaba caricias sobre la carilla pálida de «Mignón», y por sobre la cabellera rizada de Luis ..

A pesar de todo, ¿se acuerdan ustedes de la cara mal humorada, y del gesto más de amargura que de satisfacción y gratitud que plegaba aquella boca grande de labios prominentes?.........

FRANCISCO ZÁRATE RUIZ.



Exposición en Coyoacán.

Como es sabido, anualmente se celebra en la pintoresca población de Coyoacán, un certamen de pájaros, peces y flores de ornato. Lucidísimos son estos concursos y á su mayor realce contribuye la presencia de damas distinguidas de nuestra sociedad, quienes se encargan de repartir los premios, alentando con ello á los expositores.

Dentro de poco se efectuará el certamen correspondiente al año actual, y con ese motivo publicamos el anverso y reverso de las medallas que se otorgarán como premios. Por los grabados se puede ver que dichas medallas serán verdaderamente artísticas, pues los bajos-relieves están trabajados con exquisito gusto.

La Junta Directiva de la Exposición publicará en estos días las convocatorias para el certamen mencionado.

Director de la Escuela de Bellas Artes.

Para cubrir la vacante que como Director de la Escuela Nacional de Bellas Artes dejó el Sr. D. Román S. de Lascurain, por renuncia que hizo de su puesto, fué designado por la Secretaría de Justicia é Instrucción Pública el Sr. D. Antonio Rivas Mercado, notable arquitecto que cuenta en su abono con facultades muy poco comunes.

La personalidad del nuevo Director de Bellas Artes es suficientemente conocida y, por lo mismo, nos limitaremos á consignar aquí sus rasgos más salientes. El Sr. Rivas Mercado hizo sus estudios en París, donde recibió el título de arquitectico y obtuvo seis medallas de oro como premio á sus obras. Al venir



Sr. Arquitecto D. Antonio Rivas Mercado.

á México, y cumpliendo con la ley de la materia, sustentó examen en la Academia de San Carlos, siendo aprobado en él por unanimidad. A partir de aquella época, comenzó á tomar parte en distintos concursos artísticos y á dirigir la ejecución de importantes obras arquitectónicas, figurando entre éstas, como unas de las principales, el teatro Juárez de Guanajuato, y la Aduana de Santiago. El primero de estos edificios, sobre todo, le ha valido muchos elogios.

En la actualidad, el Sr. Rivas Mercado tiene á su cargo la construcción del monumento á la Independencia que se levantará en la cuarta glorieta de la calzada de la Reforma.

Reformas al edificio de la Secretaría de Relaciones.—Fachada principal.

LA SACUDIDA.

Es dolor ó placer, golpe ó halago;
en los dulces espíritus, consuelo,
lluvia reparadora que, del cielo,
devuelve en gotas el vapor del lago.

Es en el pecho miserable, estrago
contra toda virtud, maldad y duelo.
Sacuden á la vez, celos á Otelo,
á Desdémona amor, envidia á Yago.

Va acompañando á cada sacudida
un germen propulsor de muerte ó vida.
Es delito en la mente depravada.
nuevo ser en el seno fecundado,
redención en el pueblo subyugado,
y crimen en la tumba despeñada!

Manuel S. Pichardo.



El Edificio de la Secretaría de Relaciones

Por encargo de la Secretaría de Relaciones, el Sr. Arquitecto D. Nicolás Mariscal, ha proyectado algunas reformas al edificio que en la calle de Patoni ocupa la Secretaría mencionada.

Las reformas á que nos referimos tienden principalmente á dar á la construcción, que ahora se confunde por su estilo y proporciones con las casas particulares, una apariencia más adecuada al objeto á que se destina, y á corregir, en la parte interior algunos inconvenientes que presenta en la distribución de los salones, escaleras, etc., etc.

Las dos casas que tienen vista á la 3ª calle de Colón, serán derribadas, según el proyecto, para substituirlas por una serie de salas que ocuparán las secciones, en la planta alta, y el archivo en la baja. La fachada principal se elevará convenientemente, construyéndose otro piso rematado por un ático de hermoso aspecto.

Como puede verse en los grabados que ofrecemos en esta plana, el Sr. Mariscal se ha ajustado en la formación de su proyecto, al estilo arquitectónico del actual edificio.

Mejor es que venga la virtud acompañada con la pobreza, que la riqueza con la violencia; la frugalidad con la salud, que la glotonería con las enfermedades.



Reformas al edificio de la Secretaría de Relaciones.—Fachada posterior.

DÍAS DE ROMA

EN LA SIXTINA

«Michel più che terreno, angel divino», como dijo el Ariosto, era, ya se sabe, el emperador sin herederos de la escultura cincocentista. Así lo creía Julio II cuando le encargó su sepulcro; ya estaba listo el ángel para desbastar los dos mil quintales de mármol que en bloques formidables había hecho arrancar á las canteras de Carrara, cuando el Papa varió de idea y quiso hacer del escultor un pintor. Furioso de horror y de ira, Miguel Angel se evadió del pontífice, que no cesó de reclamarlo á la señoría de Florencia; hasta que por influjo de los jefes de la República, del gran bonachón Soderini, sobre todo, el artista tornó á ponerse en contacto con su iracundo Mecenas: el Papa acababa de aplastar á la republiquilla de Bolonia y á sus jefes ó tiranos que pretendían emanciparla del yugo romano. El escultor levantó al guerrero triunfante más bien que al Papa, un monumento coronado por la estatua pontifical, digna de un emperador de los tiempos altos (de esa estatua derribada por los boloñeses en un día de exaltación republicana, no queda un solo fragmento). Y luego, ya sereno y resignado á ser pintor, volvió á Roma, subió al departamento del Vaticano en que estaba la vasta sala cuyos muros laterales estaban decorados por frescos de Sandro Botticelli, de Pinturrichio, de Ghirlandaio, de Signorelli, curiosos, interesantes, bellos, apagados hoy por los destellos del estupendo reflector encendido en la bóveda; vió, levantó su enorme andamio, hizo venir de Florencia unos cuantos artífices que le enseñasen los secretos de la pintura al fresco, se acostó en su antro oculto junto al techo y pintó, pintó, pintó cuatro años largos. Ya su barba y su vientre se habían unido por un bosio deforme, su rostro estaba sin cesar maculado y convertido en mosaico por el gotear de los pinceles y aquel hombre no se sentía pintor, «ne io pittore». Bajó un día, quitó sus andamios y vió todo lo que había hecho. Tenía razón; aquello era una escultura ó una pintura esculpida. Roma entera desfiló bajo la bóveda, desconcertada, estupefacta, atónita; la admiración vino al fin, dura todavía, durará cuando la cuarteada bóveda y los frescos gigantescos hayan muerto.

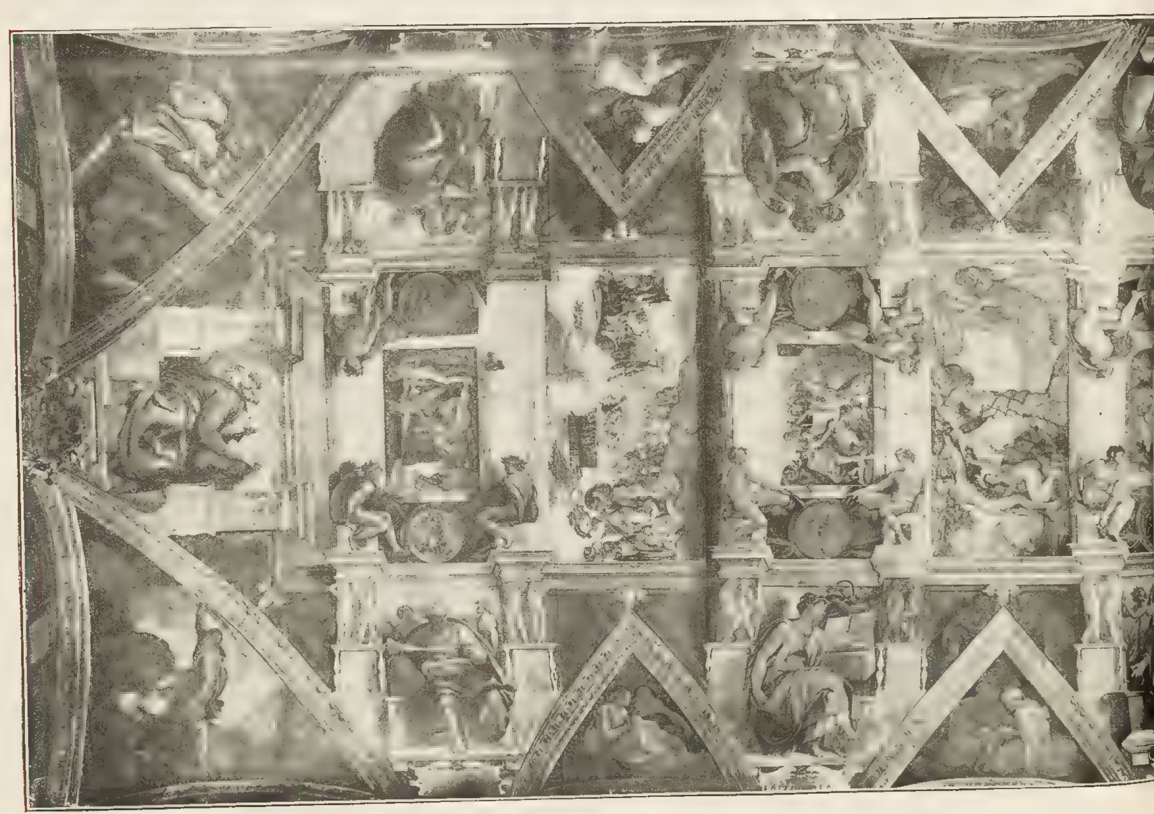
Y allí fuí un día, después de visitar largamente la basílica pontificia; pasé cuatro horas, sentí una fatiga infinita, una trepidación psicológica inexpresable, un deseo inmenso de dar un grito que resonara como un trueno durante un siglo, un deseo inmenso de callarme para siempre. Dormí diez ó doce horas seguidas, si no me habría muerto.

***

¿Qué hay, pues, allí? No sé. Es como si un Himalaya ó un Ande le pusiera á uno la mano sobre la cabeza. Es ésta una de esas obras humanas que son, para nuestro limitado espíritu, superiores á las obras de la naturaleza; éstas producen una sensación envuelta en el misterio, que es una emoción; las obras del genio complican la sensación y la emoción con un mundo nuevo: el pensamiento. La bóveda de la Sixtina piensa.

Es un poema plástico ¿hay otro igual? ¡Y qué mal prevenido iba yo! Varias personas me habían dicho en México, en París, en Madrid: ¡la Sixtina es una disilusión, es un «camelo»! El Juicio final, una capa bituminosa en donde se amontonan hércules de feria en convulsión; la bóveda, una placa de cuadros apagados entre un laberinto de figuras desnudas y figurones vestidos; los desnudos, obscenos no por desnudos, sino por fuertes.

Entré, arreglé mis anteojos y vi durante una hora «el Juicio final»; luego tomé uno de esos espejillos muy bien plateados que alquilan los guardianes de la capilla al entrar y fuí viniendo paso á paso desde el lado contrario al «Juicio», que fué por donde comenzó Miguel Angel; luego rehice en sentido contrario



mi paseo, luego me detuve; cuando me cansaba de ver en el espejo, enarbolaba mis «gemelos» y veía furiosamente hasta que el torticoli me rendía y tornaba á mi espejo y así hice las tres veces que estuve allí, pues aunque estuve cuatro, la última no la cuento, porque solo vi al Papa.

***

Sí, señores, permítanme ustedes ante todo rezar por los que ven un «camelo» en la Sixtina. «Perdónalos, Señor, no saben lo que dicen. Y si lo saben, Señor, por qué no has permitido que yo fuese en su lugar, cuantas veces han ido ellos? Rebazles, Señor, la mollera y líbranos de mal. Amén.».

—Lo que sucede, me decía uno de esos amigos míos, es que ibas «sugestionado» por todo cuanto has leído, desde Winckelman, desde Goethe, desde Michelet, (no, esto no lo decía él, lo digo yo) y Montegut, y Taine, y Burckardt, y Klaczko, y Castelar (y la mar) y naturalmente no es uno hombre de talento, si no le gusta la Sixtina y tú quieres pasar á todo trance por hombre de talento, sobre todo á tus propios ojos.

—¿De modo que no me ha causado una impresión inmensa la Sixtina? ¿De suerte que es pura «pose» la mía?

—Lo juro.

Yo os juro, lectores, que ésta es una calumnia infame. Os juro...... Pero en fin, vayan ustedes á ver...... ¡Y llévenme!

***

Ojos, anteojos y espejo me mostraron esto sucintamente; una ilustración de la Biblia, una Biblia plástica ¿lo he dicho ya? Pues lo repito: un poema plástico, austero, titánico, hecho con puro material humano que á fuerza de sencillez y de idea se vuelve divino. Con puro material humano; allí no hay más que piedra y músculo vestido ó desnudo; más bien desnudo. Todo es pintado, piedra y músculo: el limpio cañón de la bóveda se volvió una arquitectura: entablamentos, tímpanos, pilastras, ménsulas, cariátides, cornisas suben del muro al centro, en donde, entre fuertes marcos arquitectónicos, se desarrollan en trípticos conjugados cuatro grandes cuadros (iba á decir tapicerías) y cinco pequeños que representan los primeros momentos del Génesis: una teogonía, una cosmogonía: un surgimiento de la divinidad, un surgimiento del universo, un surgimiento del hombre, un surgimiento de la humanidad. Dios naciendo del caos; Dios distribuyendo el cosmos, es decir creándolo; Dios recorriendo su imperio («El «Pneuma» de Iahvé era llevado sobre las aguas»); Dios comunicando al hombre la centella psíquica, «animándolo».

Luego el drama humano: el idilio preliminar: Eva; el primer acto de la tragedia: la necesidad de conocer, la Ciencia y su satánica epifanía en el Edén; la expulsión del Paraíso á este valle de lágrimas. (La mirada de Eva es un mundo de dolor. de espanto y de esperanza. Parece decir: ya sé lo que es la desventura; no importa! Me llevo unos momentos de paraíso conmigo, me llevó el amor). Después, ó poco después, aparece la humanidad en el Diluvio (siniestro, sublime cuadro en su horror y en su color) en fin, los hijos de Noé, las razas, el insulto al Padre, el origen de la raza maldita........ La redención por el agua que se llamó el Diluvio no había bastado; reaparecía el pecado al otro día del castigo, era precisa la redención por la sangre...... Y comenzó la preparación: eso es lo que anuncian esos profetas, esas sibilas, todos pensando, todos meditando, todos escudriñando la ciencia humana para vislumbrar la verdad divina: héla aquí: el Mesías vendrá. Ved estas familias pobres, sin historia ó con la misma monótona historia de labor y esperanza infinitas, estos grupos de los tímpanos: pues allí se elabora la buena nueva, de esas entrañas sociales nacerá el Cristo. ¿Y será vencido el pecado? ¡Oh! no, el mal es eterno, el mal renacerá perpetuamente.... Y entonces habrá que extinguir la humanidad, habrá que reincorporar á Dios los buenos y al mal los malos. ¿Y cuál será entonces el objeto de la lucha? Misterio, abismo. Eso cuenta «el Juicio final».

***

Y no hay más, como pensamiento; no hay más en la bóveda de la Sixtina, á pesar de que no ha habido visionario, soñador, filósofo ó teólogo que no haya leído estas páginas maravillosas como los intérpretes las pictografías, descifrando símbolos y desatando enigmas. No, la interpretación vuelve estos episodios á su genuino sentido y de esta version plástica del libro santo, sólo puede extraerse lo que allí puso el arcángel-poeta del pincel y del cincel: el libro santo.

Sí, pero si Miguel Angel no puso allí una metafísica esotérica, de esas que solo pueden comprender los iniciados, sí puso una alma, su alma, su alma inmensa. Esa alma, ya se ha copiosamente dicho, y no podía menos, y es cierto, era la de un discípulo de Dante y del dominico quemado por orden de Alejandro VI, de Savonarola. Estos dos profetas, ardientes, batalladores de la verdad y del bien, descomponían la luz del mundo en un espectro de tristeza, de dolor y de ira santa. Era el de ellos un pesimismo que no resultaba de esa especie de fe en la nada como el de Schopenhauer y el de Leopardi (que es en la poesía un Miguel Angel sin antorcha), sino el que resulta de la confrontación perenne de la realidad con el Ideal; confrontación dolorosa, más amarga que la muerte. De este pesimismo estaba impregnado Miguel Angel. No hay una sola sonrisa en aquel inmenso edificio en que el material supremo y único casi es la figura humana; hasta en las más dulces de estas figuras, la del padre Adán en su «animación», la de Eva brotando de Adán dormido, la de la Sibila délfica, que es una maravilla de pensa-



miento y de forma, la de esa divina mujer que se vislumbra más que se ve en el tímpano colocado entre Daniel y la Líbica, os dirán el mismo sentimiento; en ninguna encontraréis ni un solo anuncio de alegría; al contrario, mientras más dulces, más tristes.

Así es como aquel hombre que sufría físicamente por la postura en que pintó cuatro años (él lo dice á maravilla en su famoso soneto á Juan de Pistoia) izado en su tablado altísimo; que sufría moralmente con las desgracias de su patria; que sufría intelectualmente por su inconformidad con lo existente que le parecía todo orientado hacia el mal; así es como aquel hombre feo (la fealdad singular hace á los hombres ó misántropos ó bufos ó ambas cosas) á quien un compañero de taller, cansado de sus sarcasmos, había aplastado las narices de una puñada; aquel hombre casto que nunca se vió «nel diletto della carne involto,» que nunca tuvo más que una gran pasión de espíritu, la de la pura y luminosa é inefable Victoria Colonna; así fué como con su alma, más que con su pincel, pintó ó esculpió, porque todo allí, lo repito, es escultura, la bóveda de la Sixtina: por eso la impresión total es supremamente melancólica. ¡Cómo! Hasta Dios es triste? Oh! maestro, si Dios fuera capaz de tristeza se resumiría el Universo en una lágrima!

Pero esa alma era una complicación, no una simplificación; cada alma es un agregado de almas; por eso la psicología, con perdón del maestro Ezequiel Chávez, es todavía una especie de alquimia; para llegar en estas almas compuestas al elemento irreductible y simple, á la «faculté maitresse» de Taine, ¡qué trabajo! y cuán vano, casi siempre!

El alma de Miguel Angel se distingue por el don formidable y doloroso de concebir la forma, pero no la forma escueta, macerada y nimia de los primitivos ó de los místicos, sino plena, rotunda, enorme, lujuriante como solían concebirla los paganos, como la concibieron el autor del Hércules Farnesio ó el autor del Laocoonte; solo un pagano podía entender así la plástica, sólo un pagano, sólo uno de esos artistas que podían decir: la forma es todo, en la forma está el alma, era capaz de pintar el Cristo Heraklés del Juicio final y el cejijunto Júpiter olímpico del fresco de la Creación de la Sixtina (todas las figuras de Jehovah pintadas en la bóveda, llevan en la frente el pliegue clásico del rostro famoso del Júpiter de Otricoli) son hechuras paganas y lo son infinitamente esos pares de mancebos maravillosos que decoran en posturas que constituyen un reto á todas las leyes de la estática, los ángulos de los frescos superiores, los «ignudi». Plásticamente esas figuras son divinas; pero la divinidad les viene de que son soberanamente humanas; es la misma explicación del antropomorfismo helénico; á fuerza de embeber de serenidad, de belleza, de pensamiento, una figura humana, la daban una expresión, un verbo divino.

Pero además de ser pagano, era este hombre, lo repito, profundo, intensamente cristiano en su obra. ¿Cómo esta antítesis? Pues sí, y tan profunda que puede inferirse de ella, al existencia de otra alma. Veía como un pagano, sentía como cristiano, ambas cosas hondísimamente. Porque veía como un pagano, la divinidad adquiría bajo sus pinceles el aspecto colosal; los super-hombres de Nietzche, no son más que dioses paganos, en el sentido intelectual; así los comprendían los paganos en su aspecto físico; los dioses en comparación de los hombres eran titanes; Miguel Angel siempre pintó ó esculpió titánicamente á la divinidad. Sentía como un cristiano: nunca fué de la secta orgullosa y selecta encarnada en aquel gran Farinata de gli Uberti, que, según el Dante, veía con tan soberbio desdén al infierno (como que no creía en él); fué un cristiano de corazón; el ideal del cristiano, según el maestro que acabo de citar, es tener el corazón religioso, eso basta. Dios no exije más. (Convito.)

Pero, en honor de la verdad, Miguel Angel era un verdadero discípulo de Savonarola, que había dejado imborrable impresión en su ánimo juvenil; quién sabe si pertenecía al grupo de discípulos del ardiente dominico, al grupo que celebraba en secreto su culto y adoraba sus reliquias: el fierro en que había sido ahorcado, el cilicio que el fuego no había consumido, el vino que había bendecido antes de morir, sus cenizas quizás... ..... Así como el fraile temerario que, sintiéndose un Elías ó un Jeremías, había gritado á la faz de la iniquidad del mundo: «el Papa Alejandro VI no cree en Dios», así Miguel Angel empapaba su pincel en las iras, en las negras venganzas que relampaguean sin cesar en la sombra trágica del antiguo testamento. El ceño de Dios contraído desde que el primer hombre aparece, sigue así al través de toda la preparación del cristianismo durante la ley mosaica. ¡La Biblia tiene sin embargo sonrisas y escampados de Idilio! Esto lo ignora Miguel Angel, lo ignoró Savonarola; su cielo fué relampagueante y negro; sólo el cielo del Paraíso tiene el color del zafiro líquido que el profeta veía en los frescos del Beato Angélico en las celdas de San Marcos; pero era este un cielo ideal, el de ultra-tumba.........

***

Treinta años, según creo, después de concluída la bóveda en cuyos ángulos, como soportes de su obra, Miguel Angel resumió la moral del viejo testamento en castigos terribles (el de la plaga de las serpientes, sobre todo, que es un prodigio de pintura cruel), treinta años después, digo, acabó de pintar su Juicio final. El es el mismo, es la misma interpretación trágica y negra ¿Que es el cielo, Dios mío, con un amo tan fuerte, tan terrible, tan poco capaz de sonrisa y de misericordia? El «pauci rerum sum electi» es la regla sin excepción, allí, en el Juicio final; puede haber premiados por sus méritos, porque conformaron su vida á un ideal de austera virtud, porque vivieron como Fra Girolamo quería que los florentinos viviesen cuando fundó la república de Cristo; pero no hay perdonados, no hay pecadores, solo hay justos; pecadores sí hay, llenan el cuadro de lágrimas, de lamentos, de actitudes pavorosas, de contorsiones frenéticamente exasperadas, pero todos caen hacia el infierno como caen los objetos hacia el centro de la tierra en virtud de la gravedad.

Todo ello no era más que la traducción de la vida por un alma dolorosísimamente inconforme con la vida, por un alma que había sido espiritualmente bautizada por Savonarola, é iluminada con luz sobrenatural por el Dante. Los que se creen inamados, los que se juzgan por algún defecto físico capital incapaces de inspirar amor (amor de mujer, se entiende, que es el amor), los artistas que se sienten antiestéticos, ó retan á Dios ó retan al mundo; la obra entera de Miguel Angel, el inmenso poeta de la nariz aplastada, es un desafío, es un anatema al mundo.

Pero es un himno perenne á la naturaleza que para él es la fuerza, ya que no la gracia; ¡oh! á la gracia llega tan pocas veces! Cuando representa al ser humano en la plenitud de la vida, llega á algo que llamaríamos la gracia de la fuerza, la luz del poder, como en esa divina figura de Jonás, que anima el Juicio final desde la bóveda. No me cansaba de verla ¡fué un efecto pasmoso el que me causó; reducciones suyas son todos los mancebos desnudos que decoran los trípticos del plafón. Ese Jonás, es, en su escultural belleza, la vida inmortal, la juventud eterna; es la eterna juventud de la obra de Miguel Angel sintetizada en la más real, en la más ideal de las representaciones viriles del arte humano. No, ni el Apolo del Belvedere, ni el «Apoxiomenos» de Lisipo (que están por allí á diez minutos de distancia de la Sixtina) me hicieron el efecto de esta estatua de Jonás, que es una pintura.

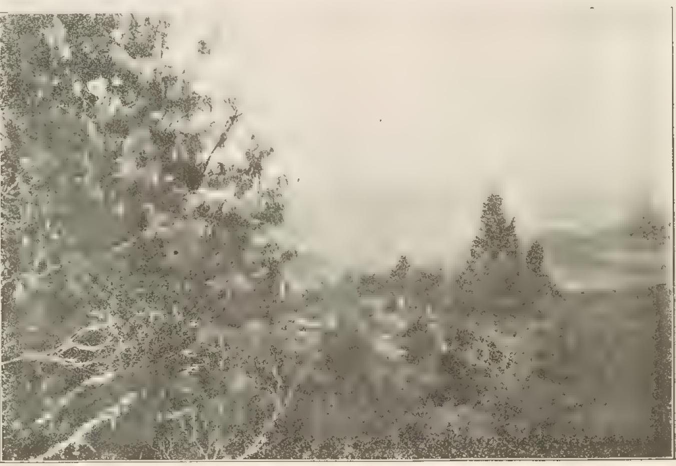
***

Pero todo esto es repensado, es hecho luego, es el análisis, pluma en mano, de un bloque de sensación, de sentimiento, de emoción, todo junto. Por consiguiente «no es.» La real importancia de la crítica para crear se infiere clara de estos desmenuzamientos del ser. El crítico explica y cuando ha explicado una personalidad humana hasta en sus elementos irreductibles, pretende rehacerla, se empeña en la síntesis y no resulta la vida, cuando más resulta un «homunculus.» Quien crea es el poeta, no es el crítico; es Miguel Angel, no Taine. Nadie ha llevado el análisis de un alma humana más allá de lo que lleva Taine el de Napoleón, y al rehacerlo le resulta un precipitado psicológico en el fondo de su retorta dialéctica, un Napoleón de laboratorio.

Yo salí de mis visitas á la capilla arcangélica con la sensación de que pesaba sobre mi cerebro una humanidad entera, materia prima y última de la bóveda. Era una Babel de cuerpos humanos que sentía yo pesar materialmente sobre el alma (¿puede decirse esto?), derrumbarse en ella como aquella gente que llovía del cielo al infierno de Alighieri. Mas hay un modo de serenarse, de aligerar la carga de pena que todos aquellos dioses y hombres tristes y aquellas mujeres dolorosas dejan en el espíritu: tornar á ver la cabeza de Jonás divinamente escorzada en la misteriosa sombra, ó ver reflejarse en la tersa superficie del espejo á Jahvé, el Dios animador, comunicando al primer padre la electricidad vital que le circula por las venas y lo hace pensar ya y lo prepara á amar. Una gran onda de paz y de serena resignación á la existencia viene de la sublime figura y circunda el alma nuestra, isla sin nombre, con el océano sin horizonte del alma del artista.

¡Pero qué fatiga, Dios de todos los cielos! Volvimos al hotel sin ver á la Roma de hoy, bulliciosa y regocijada, que nos hace señas para arrastrarnos al fondo de su fosa de historia, de pasado, de sepulcro; se encierra uno en su cuarto y cae sobre el lecho, «come corpo morto cade.»

Justo Sierra.



SITIOS PINTORESCOS.— Coamilco.

LA INSTITUTRIZ.

NOVELA POR ESTER DE SUZE.--ILUSTRACIONES DE SIMONT.

TRADUCCION DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

(CONTINÚA.)

Y yo escuchaba á la anciana, subyugada por sus palabras, cuyo más hondo sentido trataba de comprender, cuando de súbito apareció ante mis ojos una especie de castillo, de fachada blanca, techo de tejas y á los lados unas torrecillas elegantes en figura de palomar.

—Allí es—dijo la anciana.

—¿La casa del alcalde?—pregunté—¡qué bonita es!......

La mujer exclamó con rudeza:

—¡Vaya usted! ¡Corra! ¡Es bonita! ¡Usted también es bonita! ¡El alcalde la espera! La escuela no está lejos: allí abajo, junto á esa esquina...... y él pasará por esa esquina! ¡por allí pasará!......

Y se alejó rápidamente, no obstante que tenía algún encargo para la casa. ¿Qué la sucedió? ¿Era realmente una loca? Se alejó golpeando el suelo con su bordón. Me causaba interés su figura encorvada, su cabeza envuelta en un pañuelo, que le daba aspecto de bruja. Creí estremecerme de espanto; de mí salió una simpatía que fué tras aquella mujer.

VIII

Llamé á la reja de la casa. La sirvienta vino á abrir, me hizo atravesar el jardín y me introdujo al despacho del alcalde. Muebles elegantes, una revista sobre una mesa, libros en un estante, cuyos títulos, vistos de una ojeada, me asombraron...... Me aturdí un poco. Este conjunto y las palabras de la vieja, me turbaron. ¿Qué clase de persona sería este alcalde, en quien yo creía encontrar un rudo campesino?

Phrasia, la sirviente, regresó luego. Sus ojuelos bondadosos expresaban una satisfacción que yo no me explicaba.

—Es muy molesto para la señorita; pero el señor alcalde no está en casa. Creo que salió sin que yo le viese. ¿No querrá usted regresar cuando esté él aquí?

—Vengo, buena señora, á hacer una visita al señor alcalde; pero, sobre todo, á recojer las llaves de la escuela—dije sin contener mi impaciencia.—¿A dónde quiere usted que vaya mientras?...... Soy la institutriz.

—Lo sé, lo sé. Tanto que el señor esperaba ayer á usted. En cuanto á las llaves, yo creo que las necesita usted...... Si yo pudiera encontrar á monsieur Durand, el ayudante.

Se asomó á la ventana entreabierta, y llamó á alguien que pasaba:

—Eh, Victorina, mira si el tío Durand está en su campo.

Me acerqué á la ventana, y vi que la llamada Victorina era precisamente la vieja que me había acompañado. Así lo dije á Phrasia.

—¿Entonces notaría usted que está un poco chiflada?

—Así lo creería yo; pero no es mala, ¿verdad?

—Eso, según...... hay aquí gentes buenas que la temen.

La vieja regresó diciendo que allí estaba el señor Durand, y Phrasia la envió nuevamente á decirle que viniese para un asunto del alcalde. Minutos después, un excelente campesino se presentó á saludarme con cortedad. Le presenté mis papeles de identidad, mi nombramiento, etc.; él los examinó cuidadosamente, y luego, atendiendo á lo que le explicaba la sirviente, ofreció ir á la oficina á buscar las llaves. Quedé sola con Phrasia, que cerró la ventana, corrió las cortinas para que entrara el sol, y atizó la chimenea.

—No tiene usted más que sentarse y aguardar. El tío Durand no tardará mucho. Pronto estará usted en la escuela, que desde aquí se ve.

Me mostró, á través de los vidrios, una construcción cuadrangular, amplia, rodeada de un jardín. Me pareció que aquella casita, soñada tanto, estaba bien aislada, no obstante su cercanía á la del alcalde. No podía apartar de ella mis ojos. Figurábame ya que había de sentarme en «aquella» ventana, que desde allí divisaba; que me pasearía en «aquel» jardín, que tendría sólo, como vecino, al alcalde y su sirvienta.

—¿Está usted triste, señorita?

—¡Oh! no, Phrasia. Estoy mirando mi futura casa.

La pobre mujer se ruborizó de placer al oír que la llamaba por su nombre.

—Victorina habrá dicho á usted mi nombre de seguro...... Por mi parte, me parece usted muy amable. Pero la señora no gusta de que se haga nada en su ausencia, y, por esto, le había dicho á usted que regresara.

—Bien comprendí que tendría usted alguna razón para ello, Phrasia. ¿Es casado el señor Raibert?

Dije esto con indiferencia. La buena mujer parecía tener gran afecto á sus señores; el poquísimo interes que yo daba á mis preguntas pareció excusar su indiscreción. Comenzó á hablar:

—¡Por supuesto que son casados! No se podría decir lo contrario. Desde luego, yo respeto tanto al señor como á la señora, y jamás diré mal de ninguno. Pero la señora es mucho mayor que él. Y luego, él es de un carácter tan distinto al de la señora que, á fe mía, es muy cierto que el pobre hombre sufre. Pero es culpa de él. ¿Por qué se casó con ella? Era ella una pobre vieja, la «tía» Zoard, como yo ó como Victorina, vea usted! Tenía muchos parientes ricos, que no la daban ni una sola migaja, porque estaba reñida con todos. Un día, no sé cómo se las arreglaron, pero ello es que los parientes murieron uno tras otro, y quedó ella como única heredera. Entonces le dijeron riendo: «Ahora que es usted rica, señora Zoard, debería usted casarse. Tal vez haya galanes que la cortejen, el señor Pierce, por ejemplo.» Como á los dos meses la señora Zoard se casaba con el señor Raibert.

—Pero—le pregunté—¿quién lo obligó á casarse?

—Eh! Fueron los dineros de la señora Zoard, buena señorita! En los días de ahora, todo se hace por dinero; véalo usted.

Y se echó á reír.

—Creo que hasta usted misma, si hubiera encontrado facilidad de esos dineros........

—Oh! Phrasia.......

Su rostro candoroso pareció turbarse porque yo hubiera encontrado algo malo en sus palabras.

Por otro parte, yo no estaba dispuesta á seguir oyendo esa charla. La historia del Sr. Raibert acababa de provocar todo mi desdén y con él toda mi indiferencia.

Allí viene el Sr. Durand—dije, poniéndome en pie, porque adiviné su llegada al oír el ruido de la llave.

Y volviéndome á la mujer, que había quedado confundida:

—Si usted viniese con nosotros, señora Phrasia?

Le encantó la proposición.

—Seguro que sí! Y vaya que la pobre difunta era mi amiga, y yo conozco la casa mejor que nadie.

IX

Partimos en pequeña caravana.

El sol, brillante ya, fundía la nieve á orillas del sendero, y bañaba de luz montañas deslumbrantes. Impaciente y conmovida marchaba á toda prisa, devorando con la mirada «mi» sendero, la empalizada de «mi» jardín, la fachada de «mi» casa.

—Ve usted que no está lejos la casa—dijo Phrasia en el momento en que el Sr. Durand abría la reja.

En seguida el pobre hombre, muy mortificado, con voz balbuciente; pero ayudado de Phrasia, me explicó cómo funcionaba cada una de las cerraduras y me hizo visitar escrupulosamente cada uno de los departamentos de la casa.

Una hora después llegaba al salón de clases: una pieza con dos grandes ventanas, seguida de una salita de desahogo; con sus gises y sus lienzos sobre una plancha; sus banquillos, un mapa-mundi en un ángulo; escobas, gamuzas, todos los útiles de aseo.

En el lado opuesto un corredor, una pieza estrecha, con las paredes y el piso muy bien cuidados: amueblada con un diván, algunas sillas y en el centro una mesa de caoba cubierta con una carpeta verde.

—Esta es para las recepciones, como si dijéramos el salón,—me dijo Phrasia. Cuando el inspector, ó el alcalde ó el señor cura vengan á ver á usted, aquí será donde los reciba......

Subió por la escalera interior: abrió las alacenas, me mostró todos los rincones.

—Allí pondrá usted sus provisiones; allá su ropa; por aquí las cosas viejas. Tiene usted una cocina pequeña, pero cómoda. Junto hay una piececita; la pobre señorita Bellot no la empleaba para nada; usted verá en qué la utiliza. Por último, aquí está la recámara. Vea usted, todo está muy bien, la cama, los muebles: nada falta.

No permanecía un momento quieta: todo lo registraba, mostrándome los útiles de loza.

El bueno del ayudante la dejaba hablar, y también pronunciaba alguna que otra frase, completando las de Phrasia. Abajo estaba la carbonera, en el fondo del corredor. Y estaba bien provista, lo mismo que el bote del petróleo. Yo debería gastarlo á medida que lo necesitara, por supuesto, sin despilfarro.



Por último, me llevaron á recorrer el jardín, rodeado de una empalizada, y con un rincón retirado y circuido por un alambrado.

—En estío esto se cubre de verdura. Ya lo verá usted. Las alumnas no deben entrar aquí: esto es sólo para usted.

Todavía me llevaron á un pasadizo chaparro, cubierto por un cobertizo, y en cuyo fondo una puerta daba acceso á algo que debe haber sido en otro tiempo una caballeriza; pero que ahora estaba atestado de muebles viejos, libros no menos deteriorados, una ó dos cubas, una escalera de mano...... qué sé yo cuántas cosas más.

—Esto no es de usted, señorita,—me dijo el ayudante—por más que usted guarde la llave. Todo esto pertenece á la oficina municipal: son cosas viejas que no hay donde guardar ¡y que no es posible echar á la basura.

Al hablar así me mostraba aquel montón de muebles viejos y apolillados.

Salimos.

—Ahora,—me dijo Phrasia—ya conoce usted su casa. ¿Quiere usted que en algo la ayude hoy?—

(Continuará.)

INAUGURACION DE LA JOYERÍA "LA PERLA"

NOTABLES PROGRESOS

Prueba muy clara de lo que significan en la época de paz que atravesamos, el espíritu de empresa prudentemente dirigido y la perseverancia en el trabajo, fué la inauguración del nuevo edificio de la Joyería «La Perla,» efectuada el sábado 10 del corriente, y de la cual han dado cuenta las principales publicaciones periódicas.

El auge, verdaderamente notable, adquirido en los últimos años por la importante negociación mercantil á que nos referimos, demandaba ya la construcción de un local apropósito para su objeto, provisto de amplios y vistosos escaparates, de bien arreglados departamentos para atender al público, y, en suma, de todas aquellas dependencias que hacen de los establecimientos de este género, casas dignas de ser visitadas y favorecidas por los consumidores más exigentes y de más refinado gusto artístico.



El edificio, según el proyecto.



Los Srs. Diener, propietarios de "La Perla."



Exterior de "La Perla" el día de la inauguración.

Los Sres. Diener Hermanos, laboriosos y emprendedores propietarios de «La Perla» han comprendido esto, y en su afán de corresponder á su clientela la decidida protección que les dispensa, mandaron construir en la esquina oriental de la Profesa y callejón de Santa Clara, el hermoso edificio que acaba de inaugurarse y que en nuestro «boulevard» figura como una de las más preciadas joyas de ornato. La suntuosa finca tiene 35 metros de frente por 16 de fondo, y en su fachada se encuentran doce esbeltos aparadores que rematan en óvalo. Su entrada principal, de correctas proporciones y vistoso aspecto, cae á la calle de la Profesa y está destinada al público que visite el establecimiento. La otra, que ve al callejón de Santa Clara, se destina al servicio del escritorio, de los empleados y de las habitaciones.

Los trabajos arquitectónicos son obra de los Sres. Ingenieros Dorner y Bacmeister.

La puerta principal da acceso á un salón oval y tapizado con mosaicos de granito, en cuyas paredes descansan lujosos aparadores. En estos puede verse, admirablemente dispuesto, todo lo que en materia de joyería y relojería puede exigir el gusto más delicado. Hay allí, también, multitud de objetos indispensables á toda clase de personas y puestos al alcance de todas las fortunas; pues desde la joya de más alto precio que sólo puede adquirir el capitalista, hasta el reloj que, sin sacrificio alguno, es dado obtener al obrero, se encuentran en los aparadores colocados de tal manera, con tal arte, que llaman desde luego la atención. Todo lo que allí se exhibe, es de lo mejor que se conoce y de calidad reconocida.

En el interior, al lado derecho, se ve una serie de primorosas vitrinas de cristal, donde se expone á la vista de los visitantes, una variedad de objetos de arte verdaderamente digna de ser admirada: collares de perlas y brillantes, braceletes, anillos, etc., etc., entre los cuales se encuentran joyas que valen $25,000 y aun $ 30,000. Amplios pasillos, convenientemente dispuestos, sirven para recorrer esta parte del edificio, notable por mil títulos.

A la izquierda, se ve una multitud de estatuas de alabastro, de bronce, de oro, de plata, que forman un conjunto deslumbrador. La variedad de formas y de clases, y el primor con que están trabajadas, son para dejar, y con mucho, campo abierto á todos los gustos.

***

Por último, haremos mención del departa-



La entrada á la Joyería.



Un detalle de la planta baja



Los empleados de "La Perla."

Centro de mesa.—Reproducción de uno existente en el Palacio de Versalles.

mento central. En él se halla la más completa colección de bastones y relojes de pared, de bolsillo, de escritorio y de pie.

Entre los de pie, se distinguen los llamados «Boule,» que son especialidad de la casa. En el segundo piso hay más salones que se destinarán á la exhibición de novedades y á los que se tendrá acceso por una hermosa escalera que se está acabando de construir.

***

Dada esta incompleta idea de la distribución del nuevo edificio de «La Perla,» y de las valiosas exhibiciones que tanto han admirado sus visitantes, agregaremos algunas palabras relativas á la inauguración. Más de 2,000 invitaciones repartieron los señores Diener entre las familias de la alta sociedad mexicana, el Cuerpo Diplomático, la Banca, el Comercio, la Prensa, etc. A las diez de la mañana, los invitados comenzaron á recorrer el edificio, siendo galantemente obsequiados por los dueños de la casa con finas carteras, calendarios artísticos, y un «lunch champagne.» Entre los concurrentes se repartió el vals «La Perla,» compuesto expresamente para la inauguración por el señor Lerdo de Tejada, director de la orquesta que amenizó el acto.

Entre las familias y caballeros que visitaron la joyería, vimos al señor Ministro alemán y su Secretario, y á los de Bélgica, Italia y Austria; al señor General Rincón Gallardo y su esposa; y á las familias Fernández Castelló, Icaza, Barrón, Escandón, Algara, Iturbe y otras. La señora esposa del señor Presidente de la República, que concurrió también á la fiesta, fué obsequiada con una primorosa bombonera por los señores Diener, quienes enviaron al señor Presidente de la República, una rica cartera.



Un bronce artístico.

Durante todo el día, en suma, la casa Diener se vió concurridísima. Los visitantes, de sospresa en sorpresa, recorrían los amplios departamentos admirando, hasta en los más insignificantes detalles, el derroche de gusto artístico desplegado por los propietarios de la rica joyería, en la exhibición de los distintos objetos que allí se encuentran y que forman sin duda, el surtido más bien dispuesto que pueda hallarse en la metrópoli. Los escaparates estaban arreglados de tal manera y con tal conocimiento del «efecto», que á primera vista despertaban la curiosidad del público, que elogió y con justicia, su magnífica disposición.

El triunfo obtenido en esta vez por los honrados y laboriosos joyeros, no puede ser ni más completo ni más significativo; pues, por una parte, la impresión que causó en la culta sociedad mexicana, fué muy grata, y por otra, pone de manifiesto lo que pueden la constancia en la empresa y la honradez.

La fiesta se prolongó hasta las primeras horas de la noche. El hermoso edificio de «La Perla« estaba iluminado con verdadero arte.

***

En el presente número publicamos fotografías del exterior del edificio de «La Perla» y de algunos de sus departamentos, así como los retratos de los señores Diener. La sola vista de esas fotografías basta para que nuestros lectores se formen una idea de la importancia del establecimiento mercantil inaugurado y de la suntuosidad que se observa en todos sus departamentos.



Visitando los salones.





Grupo de objetos de arte.

El Cristal Negro.

I

En la época ya lejana, en que el cristal de roca, más negro que la más negra noche, tenía la opacidad del carbón......

Una lectora impaciente no me ha dejado seguir adelante, y juró que no podría tolerar tan enorme osadía. ¿Cómo esta transparencia luminosa del cristal ha podido ser antes una cosa oscura, resistente á la luz?

Aunque no lo creáis, lectora impaciente, no hay nada más verdadero. Dejo para otro día el cuento que iba á narrar, y relataré cómo el cristal ó cómo el carbón se volvió blanco como el diamante.

II

La hija del Rey de Ormuz, que era la más bella Princesa de la tierra en el tiempo en que todas las princesas eran lindísimas, se paseaba una tarde de estío por la campiña seguida de un pajecillo que le sujetaba le cola del vestido.

El paje condenado á ver siempre de cerca aquella singularísima belleza, estaba enamorado de su señora perdidamente y suspiraba con tan gran ternura, que hasta las rosas se entristecían de oirle.

La princesa no se ocupaba del paje que le seguía. Por el momento cuatro Soberanos la pretendían: el Rey de Mataquía, protegido de las hadas; el Emperador de Trebissonda, que hacía levantar para ella un palacio en que cada columna estaría hecha de un rubí, y cada ventana de una sola perla; el Príncipe de Bagdad, que tenía en sus jardines, en lugar de rosas y jacintos, estrellas que todas las noches cogían los genios en el cielo; y el Bajá de Visapur, cuyo trono colosal estaba colocado sobre cuatro elefantes blancos.

Pero la princesa desdeñaba á estas testas coronadas, y pensaba casarse con un comerciante que poseía una máquina maravillosa, que en una hora, sin ingrediente alguno, fabricaba catorce mil alhajas de oro purísimo y ricas piedras.

II

Soberbia ella, é inspirado el paje, llegaron á un lago tan azul, que parecía que el cielo diáfano había bajado á recostarse en la tierra.

Estaba la princesa sudorosa y cansada, á consecuencia del largo paseo y del sol, y ante el lago diáfano sintió deseos de bañarse los pies sonrosados y diminutos.

Puesto que el lago parecía el cielo mismo, bien podía humedecer en sus ondas aquellos piececitos que valían más que dos estrellas. Pero la presencia del paje la detuvo.

No podía enviarlo á Palacio, porque al verle llegar solo, toda la corte se hubiera estremecido.

Un poco lejos divisó un gran bloque negro muy brillante, y entonces dijo al paje:

Voy á bañarme en estas ondas, que son las más bellas del mundo. Escondeos detrás de aquel pedrusco negro y cuidad si viene alguien.

—Se hará vuestro deseo—exclamó el paje retirándose.

IV

¡Oh qué horrible desesperación la del muchacho detrás de aquel muro tenebroso!

Llegaba hasta sus oídos el ruido del agua agitada por aquellos pies que el pobre amaba tanto; aquellos pies que podían ver los pájaros y las mariposas que pasaran volando.

¡Oh qué tentación de sacar la cabeza fuera del pedrusco! Pero era un honrado servidor y se contentaba con lanzar gemidos tristísimos y lastimeras palabras, hasta que lleno de dolor comenzó á llorar con lágrimas de infinita amargura.

El gran bloque negro llegó á conmoverse. Su color intenso se tornó en gris de penumbra, y luego abriendo la roca sus entrañas á la luz, quedó más trasparente que un brillante y más diáfano que el lago mismo.

El paje, temiendo que la noche con sus sombras borrara de sus retinas la imagen preciosa de aquellos dos pies desnudos, cerró los ojos y quedó muerto.

V

Fué por misericordia de una honda pena amorosa por lo que el cristal de roca, negro y opaco que era, se volvió blanco y transparente.

Y si se me obligara á deducir una moraleja de este cuento, os la dedicaría á vosotras, lectoras jóvenes, aconsejándoos que debéis desconfiar de la piedad de las cosas, porque hasta las piedras serán más blandas ante el amor que llora, que vuestros corazones femeninos.

CATULLE MENDES.



LA "FOSFATINA FALIERES" es el alimento más grande y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses, y particularmente en el momento del destete y durante el período del crecimiento. Facilita mucho la dentición; asegura la buena formación de los huesos; previene y neutraliza los defectos que suelen presentarse al crecer, é impide la diarrea, que es tan frecuente en los niños. —PARIS, 6 AVENUE VICTORIA, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.



SAINT-RAPHAEL,

Vino fortificante, digestivo, tónico, reconstituyente, de sabor excelente, más eficaz para las personas debilitadas que los ferruginosos y las quinas. Conservado por el método de M. Pasteur. Prescríbese en las molestias del estómago, la clorosis, la anemia y las convalecencias; este vino se recomienda á las personas de edad, á las mujeres, jóvenes y á los niños.

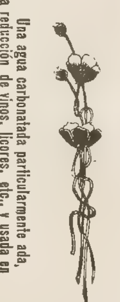
AVISO MUY IMPORTANTE.

El único VINO auténtico de S. RAPHAEL el solo que tiene el derecho de llamarse así, el solo que es legítimo y de que se hace mención en el formulario del Profesor BOUCHARDAT, es el de Mrs. CLEMENT y Cía., de Valence (Drome, Francia).—Cada Botella lleva la marca de la Unión de los Fabricantes y en el pescuezo un medallón anunciando el "CLETEAS." Los demás son groseras y peligrosas falsificaciones.

Estas Aguas Minerales son embotelladas inmediatamente después de tomadas en el manantial. Esta botella debe mantenerse siempre acostada y en un lugar fresco



Una agua carbonatada particularmente adaptada á la reducción de vinos, licores, etc., y usada en Hoteles, y familias. Se vende SOLO EN BOTELLAS.

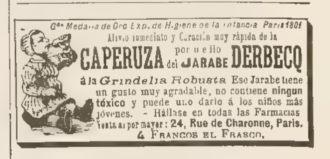


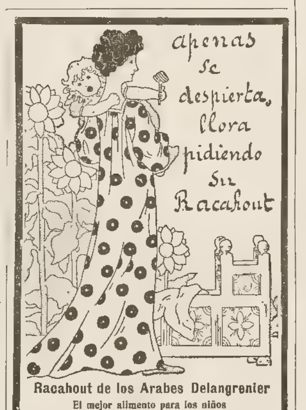
A. Peralta Requena.
TEHUACAN. PUEB. MEX.



ELEGANTEMENTE AMUEBLADO Y EQUIPADO

Los padres de familia que deseen poner á sus hijos é hijas en un colegio absolutamente completo y bajo los estudios americanos más refinados, deben escribir pidiendo un hermoso prospecto que contiene detalles completos, dirigiéndose al Director. C. H. Clark. San Antonio Texas U. S. A.





ASMA
OPRESION
CATARRO

CURACION pronta y asegurada con los polvos antiasmaticos y los CIGARROS **GAMBIER**

COQUELUCHE

Tratamiento racional, é infalible por fumigaciones con los **POLVOS FUMIGATORIOS GAMBIER**

PARIS — 208 bis, Fg St-Denis
México: J. LABADIE, Sucᵉˢ y Cíᵃ; — J. BIHLEIN.

¡CUIDADO, SEÑORA!

Vd. empieza á engrosar, y engrosar es envejecer. Tome pues, todas las mañanas en ayunas dos grajeas de **THYROÏDINA BOUTY** *y su talle se conservará esbelto ó volverá á serlo.*— El frasco de 50 grajeas 10ᶠ.
PARIS, Laboratorio, 1, Rue de Châteaudun.
MEDICAMENTO CIERTO É INOFENSIVO EN ABSOLUTO.
Tengase cuidado de exigir: *Thyroïdina Bouty.*



A la Gran Mueblería

Ricardo Padilla y Salcido

1ª Calle de San Juan de Letrán Nº 11.

Gran surtido de carruajes para niños, sillas, roperos, camas, tocadores, escritorios y toda clase de muebles para oficinas.
Nuestros precios son baratos.

PETROL

DEL DR. TORREL, DE PARÍS.

Unica preparación que evita la caída prematura del pelo, lo aumenta, suaviza y hermosea, á la vez que le comunica un aroma agradable.

EL USO DEL PETROL DEL DR. TORREL, DE PARIS.

evita la calvicie prematura, que tanto afea y comunica al hombre el repulsivo aspecto de un joven viejo y gastado.

El Mundo Ilustrado

AÑO X.--TOMO I.--NUM. 4

MEXICO, ENERO 25 DE 1903.

Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem. Idem. en la capital, $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Templo de Santo Domingo, en Oaxaca.--Interior.

ANTE EL PELIGRO.

SE ha dicho que la sangre latina, corriendo siempre con precipitación extraordinaria, tiene los ardimientos de la lava y se presta á todas las exageraciones y á todas las explosiones, sin que nunca pueda guardar esa temperatura próxima á 0 grados Réaumur, que se conceptúa indispensable para obrar con precaución y seguridad. Ciertamente, no somos los latinos bichos de sangre fría; el líquido que por nuestras venas corre es muy rojo y muy caliente, y es exacto también que con sobrada frecuencia nos impele á adelantarnos á los acontecimientos y á tergiversar el mundo. Pero debe tenerse en cuenta que esa «precipitación» latina ha precipitado también la conquista de muchos derechos y de muchas emancipaciones, y siquiera sea por esto, los hombres fríos deben perdonarnos el calor de nuestra sangre.

Y asevérase que la sangre fría es indispensable en las grandes empresas y en los momentos de grandes pruebas, porque el cerebro humano es como el vino de Champagne: mejor, mientras más helado se sirve. Un cerebro «frappé» vale más, dicen, que dos cerebros «al tiempo»; pero es menester acordarse de que el propio vino de Champagne, abandonado indefinidamente á las caricias del hielo, tórnase á la postre en una mezcla de cristalizaciones y de alcohol, que hace daño al estómago, señaladamente si se consume en países en que el clima es cálido y el sol no encuentra brumas que detengan su enardecido y fecundo beso de amor á la tierra. En consecuencia, hay que graduar el enfriamiento de la sangre según los tiempos y según los climas, tanto más cuanto que, á las veces, la calumniada sangre caliente es más sabia y más prudente que la decantada sangre fría.

La sangre latina conserva mucho de su calor, aun cuando el terror y el pánico pugnen por helarla. Los pueblos latinos han tenido siempre una sonrisa en los labios aun ante los peligros más inminentes; y el chiste,—esa flor de fuego de los trópicos, que nada tiene que ver con el «humour», que es flor alpina,—ha tenido siempre, entre los latinos, maravillosos florecimientos delante de la boca de un cañón y enfrente de las amenazas de una epidemia.........

¿Es ligereza? ¿Es falta de previsión? ¿Es «étourderie»?............ Yo no lo creo; creánlo así, si les place, los deturpadores sistemáticos del alma latina; pero aquellos que saben que el peligro no se detiene con miedos, sino con decisiones, hallarán fuerte la inexpugnable alegría latina. Hay que defenderse, es cierto; pero las lágrimas no defienden. Empúñese la espada, y una vez empuñada, ¿qué más da que en los labios brote una sonrisa?...

***

En cambio, la alegría es y ha sido siempre una fuerza; no la alegría artificial, producida por agentes externos y que se desbarata como una pompa de jabón; no la alegría que se manifiesta en carcajadas sin motivo y en estrofas sin música y sin ritmo; ésa no es alegría, es embriaguez; embriaguez de vino, de aire, de sol, de amor, de tortura......... pero embriaguez al fin, que muy á menudo hace presa en los hombres de sangre fría. En último resultado, es ésa una alegría patológica; y la alegría fuerte, la que defiende y ampara, es la alegría fisiológica, la normal, la permanente, la que no ha menester explosiones ruidosas, porque está en la carne y corre mansamente por las venas como un arroyo inacabable.

Se ha dicho hasta el cansancio que el pueblo mexicano es un pueblo triste. Debe decirse, empero, que «parece» un pueblo triste. No ríe con grandes carcajadas, porque sonríe siempre. No pasa bruscamente de una carcajada á una lágrima, cual sucede en otros pueblos de sangre muy fría. A las veces, los fenómenos y las manifestaciones aparecen grandes sólo por la fuerza del contraste. Esas son grandezas negativas. Pero la alegría del pueblo mexicano es sincera, es sólida, es permanente; el rictus sombrío que pueda ostentar en su rostro es la máscara heredada de la raza de bronce que—dígase lo que se quiera,—no es ya el pueblo mexicano; pero en la amalgama producida por el bronce indiano y la carne ibera, aquél fijó la apariencia del metal nuevo, y ésta fijó su ley. Una ley sonriente, plácidamente sonriente, que es la alegría inexpugnable, la que no la deja abatirse, la que le defiende del dolor y del pánico.

Así, cuando el peligro le amenaza, el pueblo se da cuenta del peligro y se deja guiar de buena gana por los paternales consejos de sus autoridades; pero encuentra siempre, en el arroyo inacabable de su alegría, la fuerza indispensable para no abatirse, y esta entereza que nutre en su sangre caliente, le da aires de indiferente ó de fatalista. Pero no es ni una cosa ni otra: es alegre, plácida y permanentemente alegre......

Hasta para defenderse del peligro, necesita que la sonrisa —su eterna sonrisa —esté con él. Sabe que la defensa contra la peste ha menester de mucho dinero, y desembolsa desde luego la mitad de lo que puede dar para auxiliar á sus hermanos; más la otra mitad la reserva ..... para darla también, pero mediante una corrida de toros, un concierto, una función teatral, mediante algo, en fin, que tenga una base de alegría. Y en la corrida de toros, en el concierto, en la función teatral, su gozo no se desborda, su carcajada no estalla, su rostro no pierde su fingido rictus doloroso; pero su alegría fisiológica corre, corre como un riachuelo inacabable...........

***

Por eso en los actuales momentos en que estamos amenazados por la peste, aunque la preocupación existe en todas las clases sociales y aunque todos nos damos cuenta exacta del peligro y enérgicamente nos esforzamos por conjurarlo, el pánico está muy lejos de manifestarse en el público.

Eso es una fuerza y una enorme fuerza. A pesar de nuestra sangre caliente y de nuestras exageraciones ya legendarias, los mexicanos estamos manifestando ya una cordura digna de envidia, mayor cordura que la que manifestó la sangre fría de los californianos al ocultar la existencia de la peste, poniendo así en peligro á todo un continente.......

La caridad, ese ángel blanco cuyas enormes y purísimas alas siempre han amado las diafanidades de nuestro cielo, ha venido ya, como siempre suele, trayendo ráfagas de consuelo y auras de esperanza. Ante el peligro todas las clases sociales de toda la República han aprontado sus auxilios; y si la existencia diaria no se ha modificado, si las apariencias de nuestra vida son las mismas, no debe significar que el peligro no nos alarme. Nos alarma, mas no nos abate. He aquí un estado de cosas que debemos conservar; es preciso cerrar las puertas al pánico. A ello nos ayudará poderosamente la idiosincracia de nuestro pueblo, y á ello deben tender los esfuerzos de las clases dirigentes.

¿Serán vanas las precauciones de la ciencia? ¿Vendrá siempre la peste negra á devastar nuestras florecientes ciudades, como lo ha hecho ya con Mazatlán?.... ¡Quién sabe!....

Esperemos, sea lo que fuere; esperemos serenamente; aprestémonos á la defensa, pero sin que nuestra sangre latina abandone sus vigores ni deje su alegría inacabable, que es fuerza de prevención, de resistencia y—si el caso llega,—de reconstitución!

OSCAR HERZ.



NO ES ALLÁ!......

Allá, me dijeron, más allá de la torcida carretera, más allá del pueblo, en lo alto de la colina silenciosa, bajo la sombra de aquel grupo de árboles mustios que se inclinan tristemente sobre la tierra, ¡allá está!

¿Allá? No, no era posible, no era ése el risueño rinconcito de verdura que me pintabas en tus cartas, el pedazo de la huerta murciana, lleno de sol, lleno de flores, lleno de pájaros que gorjeando la alegría de vivir en tu ventana, parecía que te llamaban para que bajases al jardín á coger rosas. Y no eran de allí las rosas que impregnadas de besos me mandabas para que besos y rosas te llevara cuando fuera por ti.

No, no era ése el frondoso huertecito, refugio de tus últimas ternuras, donde tú me esperabas, no era ése. Te habías ido; te habías ido para siempre del huerto, te habías ido por aquel camino tan triste, aquella lívida tarde de otoño tan hosca, aquella tarde tan fría; te habías ido y estabas allá sola sin follaje, sin luz, sin pájaros, sin rosas, más allá de la polvorienta carretera, más allá del pueblo, en la colina silenciosa, bajo los árboles aquellos de mustias desmayadas cabelleras.

Y allá subí á buscarte, allá. El cielo estaba gris, el día también estaba negro, la campiña estaba triste. Yo subí desesperado y loco; subí dando tumbos, deseando caerme por el barranco abajo. Subí yo no sé cómo por el camino horrible, por el camino lóbrego, siniestro, espantoso camino que recorriste tú la víspera balanceándote entre flores, balanceándote en los brazos de la muerte.

Subí y caí anonadado de rodillas para llorarte mejor; de rodillas para darte tus rosas y tus besos mezclados con los míos, con todos los besos que yo pude darte, con todos los que yo debía darte cuando fuera al huerto por ti.

Ya ves! fuí á buscarte y te he traído; y aquí estoy solo contigo, solo con tu recuerdo, solo con tu imagen, con tu memoria intacta y pura en el fondo de mi alma. En el único sitio hermoso que hay en ella he levantado yo tu verdadero sepulcro.

Ya no volverán á decirme: ¡allá, más allá del pueblo, en lo alto de la colina silenciosa, bajo la sombra de los árboles de mustias desmayadas cabelleras......allá está!

¿Allá? No: no me lo volverán á decir; porque no es allá donde tú estás.........!

MIGUEL EDUARDO PARDO.

LA VIDA.

Leo en mi libro. Es ya la media noche.
El pelo de mi amada
es un chorro de libras esterlinas.
Y surge su cabeza de las blancas
coberturas del lecho
como el dibujo de un pintor de hadas.
Me dicen: «es un perro» ó bien: «te adora».
Hoy nos hemos reído á carcajadas.
Los amigos me envidian
mi casita, mi ocio, la muchacha,
mi juventud y la sonrisa eterna......
Mi sonrisa es mi fuerza y es mi máscara.
Yo soy feliz. Y bien! Esto es horrible.
Suspiro por mis noches angustiadas,
por mi vida haraposa de bohemio,
por mis noches sin cama,
por mi cruel desolación de huérfano,
por mi vida de huérfano y de paria.
A qué vencí? Por qué librar las rudas,
las tremendas batallas,
por la vida, el éxito y el nombre?
Para qué la ascensión de las montañas?
Si esta noche, de súbito,
á mí viniera una hada
y me dijese:
—Escúchame, poeta:
traigo para tus sienes esta rama
de florido laurel; traigo esta púrpura
para cubrir de púrpura tu espalda;
para tu bolsa un vellocino de oro,
y esta rubia gentil para tu cama,—
al hada bienhechora
le daría las gracias,
y á trueque de esos dones
la pediría:
—Hada,
ponme en el brazo músculos,
y ambición en el alma.

R. BLANCO FOMBONA.

Ministro de Colombia en México.

El Gobierno de la República de Colombia ha designado al señor General don Rafael Reyes para que, con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, represente á aquel país cerca del Gobierno mexicano.



SR. GRAL. RAFAEL REYES, Ministro de Colombia.

El señor General Reyes vino á México como Delegado á la Segunda Conferencia Pan-Americana, á la cual prestó importantes servicios, y reside aquí desde entonces.

La designación hecha en su favor, ha sido recibida con aplauso, pues en el corto tiempo que el señor General lleva de vivir entre nosotros, se ha captado francas y numerosas simpatías.

El nuevo ministro fué recibido solemnemente por el Primer Magistrado el martes de la semana pasada.

Los cambios en el Gabinete

En nuestra edición anterior publicamos los retratos de los nuevos Secretarios de Gobernación, Fomento, Guerra y Comunicaciones, que integran el Gabinete del Sr. Gral. Díaz.

Para completar nuestra nota referente á este importante asunto, damos hoy á conocer unas fotografías que representan el aspecto de los corredores de Palacio, antes de la ceremonia, y la salida de los Jefes y Oficiales que concurrieron al acto.

El Aguila y la Paloma.

Un águila muy joven acababa de remontar su vuelo lanzándose con su presa hacia las regiones del aire. La flecha del cazador la hiere y la corta en el ala derecha. Cae en un bosque de mirtos. Durante tres días eternos devora su dolor; durante tres largas noches sufre la tremenda herida, hasta que por fin el bálsamo de la naturaleza la cura. Entonces se arrastra hacia afuera del bosque, agita el ala..... pero ¡ay! el nervio estaba cortado, apenas puede levantarla para coger una presa indigna de su rango. Se posa tristemente sobre una roca á la orilla de un arroyo, contempla la copa de las encinas y la bóveda del cielo, y una lágrima se desprende de sus ojos.

En este momento llegan por entre las ramas de los mirtos un par de palomas que revolotean, y ruedan sobre la arena de oro las ondas del arroyo; corriendo de un lado á otro, ven á la pobre enferma, una de ellas se acerca y, mirándola con dulzura, la dice:

—Estás triste, vuelve á tu alegría...... ¿No tienes aquí todo lo necesario para disfrutar de una apacible dicha? ¿No te regocija ver esas verdes ramas que te protegen contra el ardor del sol? ¿No te gusta respirar por la tarde, sobre el floreciente musgo y junto al agua? Aquí hallarás el fresco rocío de las flores; las zarzas de las selvas te darán alimento delicado y este brillante manantial mitigará tu sed. ¡Oh amiga mía! La verdadera dicha consiste en saber contentarse con poco, y ese poco se encuentra en todas partes.

¡Oh sabia filosofía, dijo el águila bajando la cabeza. ¡Oh sabia filosofía! ¡Hablas como una paloma!

GOETHE.

—Cuando el infortunio se generaliza en un país, se hace universal el egoísmo.



DESPUES DE LA PROTESTA.—Salida de los jefes y oficiales del Ejército



Los corredores de Palacio, antes de rendir la protesta los nuevos Secretarios de Estado.

FRAGMENTO.

No hablaré de mi amor en las orillas
donde el agua, al pasar, flores arranque
azules ó amarillas.
Yo hablara de mi amor junto al estanque,
allí, donde la onda sosegada
no se estremece nunca, ni despierta
de su sueño—pupila siempre abierta
de larga y melancólica mirada.—
Allí, bajo la cúpula sombría
que le forman los chopos enlazados,
donde tienen cerrada celosía
los pájaros callados.........
y donde por las tardes, dulcemente
va á morir un reflejo del poniente ....

Mis frases de ternura volarían
hacia los tristes y temblantes chopos
cubiertos ya con los primeros copos
de la nieve; y mis lágrimas... caerían...
caerían al estanque, se hundirían
en el silencio de las verdes ondas
que al golpe de mis lágrimas, despiertas,
temblaran cual las frondas
y quedaran después por siempre muertas...

MARÍA ENRIQUETA.



Toda pasión sincera es egoísta, lo mismo la intelectual que otra cualquiera.—PAUL BOURGET.

***

El extremo dolor tiene su misterio de publicidad como el extremo amor.—ALFONSO DE LAMARTINE.

LA PESTE BUBONICA EN MAZATLAN

EL SERVICIO SANITARIO

LOS terribles estragos que causa la peste bubónica en el más próspero de nuestros puertos occidentales, y el pánico que como consecuencia de la marcha que sigue la enfermedad, se ha desarrollado no sólo en las poblaciones de la costa del Pacífico, sino también en algunas del interior de la República, nos obligan á dar á conocer á nuestros lectores algunas fotografías relativas al servicio sanitario en dos de los más importantes puertos mencionados: Mazatlán y Acapulco.

En otros números hemos publicado ya vistas de la población primeramente citada que es, por hoy, la única invadida por la epidemia, así como los datos referentes al recrudecimiento de la peste y á las medidas que las autoridades han puesto en práctica para contener sus avances y librar al resto del país de los horrores que traería consigo el contagio.

Sin embargo, nos parece oportuno ampliar nuestra información en este sentido, dada la importancia que para todos los habitantes del país reviste el asunto. Las medidas aprobadas últimamente por el Ejecutivo, á propuesta del Consejo Superior de Salubridad, han quedado en vigor, y en tal virtud, todas aquellas personas que salgan de Mazatlán, serán cuidadosamente examinadas por una junta de médicos, extendiéndoseles, caso de que se encuentren sanas, el certificado correspondiente para que puedan seguir su camino. Los equipajes serán antes desinfectados y registrados para evitar que en ellos se encuentren ratas ó ratones, y que, de esta manera, llegue á propagarse la enfermedad á otros lugares.

Las estaciones sanitarias que se han establecido en todos los caminos harán más difícil, todavía, que los emigrantes lleven la infección á los puntos á donde se dirijan, pues en la primera estación que toquen serán detenidos y aislados tanto los enfermos como los sospechosos, y así en todas las demás. Debe, pues, desecharse la opinión de que la salida de los habitantes de Mazatlán, en las circunstancias actuales, constituye una amenaza para la República entera. A mayor abundamiento, el Gobierno de Jalisco ha mandado establecer, según noticias publicadas por «El Imparcial,» estaciones sanitarias en Ameca, San Marcos, Tuxpan y Zapotlán, que son los puntos terminales del ferrocarril, y en donde, necesariamente, tendrían que presentarse los emigrantes para continuar su marcha rumbo al Interior, ya sea que desembarcaran en Manzanillo ó que siguieran por San Blas ó Tepic.



MAZATLAN.—Estufa de desinfección.

Digno de consignarse con elogio, porque demuestra el tino y actividad que en esta vez ha desplegado el Consejo, es el hecho de que, hasta ahora, no se ha observado un solo caso de peste en los demás puertos del Pacífico, á pesar de que el tráfico no se ha interrumpido. Conforme á las disposiciones de aquella Corporación, consignadas en el Reglamento de Sanidad Marítima, hace tres años, cuando se habló del peligro en que estaban nuestras costas de verse invadidas por la peste, tanto los buques procedentes de San Francisco California—puerto de los Estados Unidos donde hace tres años reina la epidemia—como los que salgan de Mazatlán, ó de la Ensenada, deben pasar á Guaymas, San Blas, Manzanillo ó Acapulco, para que sean inspeccionados y desinfectados y permanecer determinados días en cuarentena. En el caso de que á bordo de los buques se encuentren enfermos de la peste, éstos serán desde luego enviados á Acapulco, á fin de que en el lazareto que allí existe, y cuya vista damos á conocer, sean atendidos.



Local en que está instalada la estufa.

Por demás está decir que el Consejo se propone de una manera muy especial, hacer que el servicio en los puertos esté encomendado á médicos de reconocida competencia y que no falte en los lazaretos nada que pueda ser indispensable para que llenen cumplidamente su objeto. A Guaymas se ha enviado ya una estufa de desinfección, y, por lo que hace á Acapulco y Mazatlán, se cuenta con los elementos indispensables para atender á las necesidades del caso.

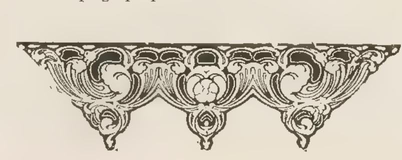
***

Lo que anteriormente hemos expuesto con referencia á las disposiciones sanitarias puestas en vigor, hace suponer que la epidemia no traspasará los límites de la ciudad que ha invadido y que, por lo tanto, el riesgo que corren las demás ciudades de la República, de ser diezmadas por la peste, es muy remoto.

Urge, sí, en las circunstancias actuales, que los vecinos de Mazatlán ayuden á la policía sanitaria en sus trabajos, á fin de que pronto se vean libres de la plaga que pesa sobre ellos.



Falúa de la Delegación Sanitaria.



El Cerro de los Espantos

Hacía un frío horrible. No obstante mi grueso abrigo de lana que me cubría de la cabeza á los pies, sentía que me helaba.

La caminata había sido larga, y llegué á pensar que una vez en la posada, el cansancio cerraría mis ojos y podría reponerme con una buena noche, de las fatigas de la expedición. Por desgracia el sueño se me ahuyentó por completo, y viendo que luchaba inútilmente con el insomnio y la fatiga, decidí atemperar el frío que me hostigaba, haciendo compañía al mayordomo del rancho y á su familia, sentados en el mero suelo, al rededor de una hoguera cuyas llamas crepitantes subían y bajaban en fantástica danza.

La ranchería entera se entregaba al descanso, y en las chozas esparcidas en el llano, sólo se percibía la lumbre continuamente alimentada de las hogueras, al calor de las cuales dormían los buenos campesinos el sueño plácido del hombre honrado.

Debía ser ya bastante tarde, porque, al decir del mayordomo, «el carro estaba ya muy cargado» y los gallos habían lanzado al viento su tercer canto.

Arrellanado en un pequeño banco y fijos los ojos en el fuego que bailaba su interminable danza, me puse á escuchar la conversación del viejo mayordomo que decía á mi mozo, sentado también al amor de la lumbre:

—¿El cerro grande, decía «Usté?.» Pues le dicen el Cerro de los Espantos.

—¿Pues qué espantan allí?

—¡Ah, sí, señor, desde hace mucho tiempo...... «Naiden» pasa de noche por esos lugares, porque «segurito» que le dan su susto!

—¿Y no más de noche hay espantos?

—No más de noche, porque de día eso es muy transitado y los espantos sólo salen cuando no hay un alma.

—¿Y usted cree en eso? no pude menos de preguntar al ver la seriedad con que el campesino trataba el asunto.

—Cómo no, señor, si esto es muy cierto; por esta cruz que es cierto.

—¿Pero ha visto Ud. los espantos alguna vez?

—Sí, señor, con estos «mesmos» ojos, una vez que me anocheció en el «Ranchito» y tuve que pasar por el pie del cerro ya «escurecido.» Por cierto que ya no me pasará otra en mi vida.

—¿Y cómo fué eso? pregunté yo movido por la curiosidad; cuénteme cómo estuvo eso.

—Pues le contaré el caso por darle gusto, «mi amo;» aunque «Usté» no me lo crea, como otros señores á quienes se lo he contado.

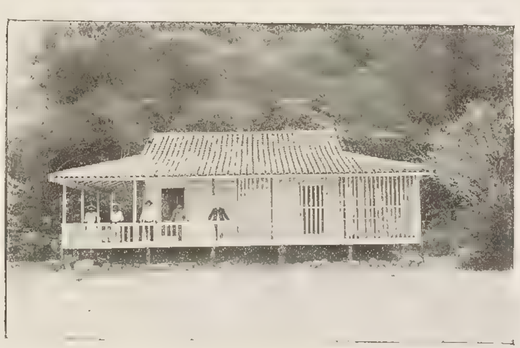
Hizo el aldeano una leve pausa para remover los tizones de la hoguera que languidecía, y luego continuó:

—Pues verá «Usté» que, como le dije, tuve que ir al «Ranchito» á un «encargue del patrón». Salí de aquí poquito después de medio día para estar de vuelta temprano; pero como ahí tengo algunas amistades, por aquí un trago, por allá otro, se me fué pasando el tiempo, hasta que cuando menos pensé, ya estaba casi «pardeando.» Luego me acordé de los espantos: tomé mis providencias para venirme, y después de acompañar á mis amigos la última copa, salí de priesa, pensando pasar el cerro antes de que anocheciera. Pero por más que anduve no pude llegar á tiempo; porque apenas había llegado á «Las Vaquitas,» un punto que está como á media legua del callejón del cerro, cuando ya estaba «de á tiro» anochecido. Me vino entonces á la cabeza quedarme allí á pasar la noche; pero recordé que otro día tenía que coger un toro retinto que bajaba al aguaje «muy de madrugadita» con el ganado, y no quise detenerme más que para tomar una ó dos copitas de mezcal que me «brindó» tío Roque. ¡Y mire «Usté,» señor, lo que es la mala suerte!: Don Roque me decía que me quedara, que qué iba á hacer tan tarde hasta mi casa; pero el maldito toro «se me metió en la cabeza», y ya estaban los ojitos de Santa Lucía como por allí [y señalaba un punto del cielo], cuando salí del rancho. Caminé recio, con «el pendiente» de pasar de priesa por donde salían los espantos, y pronto estuve á la entrada del callejón.



ACAPULCO.—El Lazareto.

—¿Ve «Usté» aquel cerro que está allá, con la figura de una campana? pues entre ese cerro y el de los Espantos está el callejón que tenía que atravesar y que le dicen el Cañón del Diablo. ¡Y del diablo es, señor, para pasarlo de noche! Figúrese nomás: un cerro aquí y otro acá, y por el medio el cañón...... No hay más que una veredita por donde andar, porque por un lado y otro son unos relices, ¡que válgame el Padre Eterno! Si hasta de día da horror pasar por allí, «contimás» de noche......



Departamento de desinfección.

—Bueno ¿y pasó Ud. siempre?

—Pues, sí, señor, por mi mala suerte....... Yo nunca he tenido miedo, pero quién sabe por qué aquella noche me entró un miedo muy grande. Veía delante de mí aquel cañón «escuro,» como la boca del infierno. Me «persiné» tres veces, me saqué el rosario fuera de la camisa, y sin quererlo pensar más, entré al callejón. ¿Ah, señor, qué fué aquello!

Apenas había andado unos cuantos pasos, cuando empecé á oír unos como gritos lejanos que hacían: ululululú. Al principio creí que eran perros; pero después pensé que no, porque las casas estaban muy lejanas y los aullidos eran muy extraños, así como de una cosa del otro mundo. Para crear valor me eché un trago de una «media» de mezcal que me había dado el tío Roque. Seguí andando y oí otro ululululú, ya más cerca, como si viniera á «incontrarme.» Ya casi me devolvía; pero temí que me fuesen á burlar por eso, y haciendo, como dice el dicho, de tripas corazón, seguí adelante. Unos cuantos pasos había dado, cuando otro ululululú; á este grito respondió otro, y se oía así como un «responso» de voces; luego se oyeron tres voces que contestaban, y en seguida, cuatro, cinco, un millón de gritos; pero ya no delante de mí, sino á mis espaldas, por donde yo había pasado. Por lo recio que se oían los aullidos, conocí que se acercaban, ganándome terreno; entonces emprendí una carrera con todas mis fuerzas, como un loco, por aquella veredita que no se acababa nunca.

Pero de seguro que los espíritus maliciaron que yo corría, y corrieron también, ganándome siempre distancia; porque llegaron más claros á mis oídos los gritos de ululululú. Corrí un trecho largo, pero al fin no pude más; me estaba ahogando; me faltaba el «resuello;» ya casi me tiraba en el suelo para que los demonios hicieran de mí lo que quisieran. Desesperado, echo entonces manos á la «media» y me la empino toda; apenas podía yo sostenerme..... Y aquellos gritos ululululú, cerca, más cerca; ya los oía á la distancia de unos cuantos pasos......

De pronto siento un «rozón» en este brazo y veo un bulto que pasa como una flecha. Doy entonces un grito horrible; pero como si ese grito fuera una señal, en el momento me «rodearon un montón de bultos negros,» que brotaban de los árboles, de las piedras, de cada rama, de todo......; y en un instante se llenó aquel campo de puros espíritus, señor, de puros espíritus; gritando todos, haciendo gestos horribles, bailando y dándome aquellos golpes ¡qué válgame Cristo-Padre!—Me pareció que me volvía loco; que todo el mundo se movía así, como por todos lados; quise correr, y sentí que mis pies habían echado raíces; entonces dí gritos espantosos pidiendo auxilio; las «corvas» se me doblaron, y caí al suelo sin saber más de mí.........

Los ojos del aldeano brillaban á la luz de la lumbre, como los de un gato; el espanto se pintaba de tal modo en su semblante, que más de una vez, durante el relato, sentí que un escalofrío sacudía mi cuerpo y que mis pelos se ponían de punta. Ante la verdad del sentimiento de aquel campesino, yo, hombre de mundo y con mis ribetes de filósofo, llegué á fingirme la realidad de aquellos hechos tan pintorescamente narrados, y temblé, como temblaba el labriego á la vista de los espíritus agresores.

—¿Y qué más pasó?—me decidí á preguntar viendo que el campesino suspendía su narración.

—Nada, señor, ya no pasó nada; es decir, ya no supe nada; quién sabe qué harían conmigo los «malinos.» Otro día, ya amaneciendo, me «incontraron» unos lecheros que iban «pá la ciudá;» me dijeron que estaba tirado como «á la mitá» del cañón, con muchos golpes en todo el cuerpo y «rasguños» hechos así, como por uñas de diablo......... Un mes «enterito» estuve en cama entre la vida y la muerte; porque, á consecuencia del susto y de los golpes, me entró «un fiebre» que por poco me lleva al otro mundo.

***

El fuego empezaba á languidecer; los tres hijos del mayordomo se habían quedado dormidos al amor de la lumbre, y siendo ya bastante tarde, nos retiramos á descansar. En toda la noche, sin embargo, no pude coger el

sueño: me sentía molesto y como sobresaltado; delante de mi vista se levantaba el Cerro de los Espantos, como una inmensa mancha negra; y como saliendo del Cañón del Diablo, mis oídos creían percibir, lejano, muy lejano, aquel ululú lanzado por los fantasmas desde el fondo de sus guaridas.

FRANCISCO VERDUGO FALQUEZ.

Mazatlán.

El Arte Cristiano
en México.

Templo de Santo Domingo de Oaxaca.

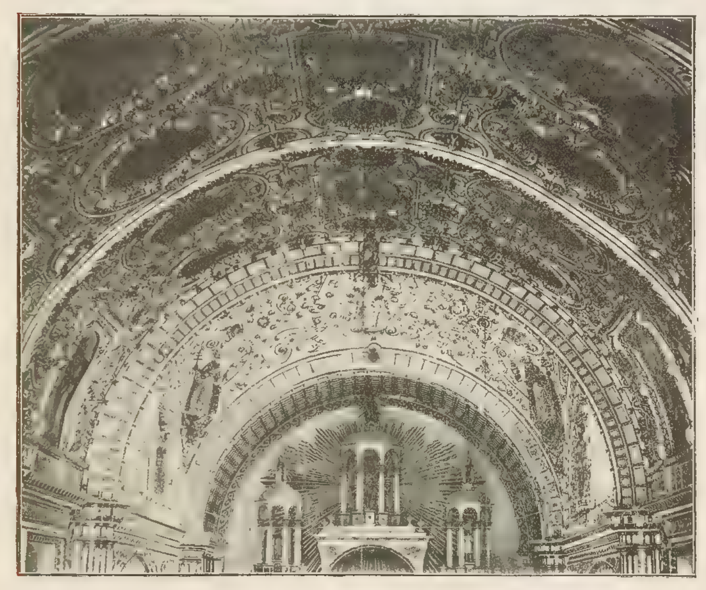
PUBLICAMOS hoy en nuestro semanario algunas fotografías del templo de Santo Domingo, de Oaxaca, reputado como uno de los primeros del país.

Acerca de la construcción de este edificio, verdaderamente notable, creemos oportuno dar á conocer los siguientes datos. La obra, llevada á cabo por los frailes dominicos, se comenzó el año de 1570, aprovechándose para ello un solar que cedió el ayuntamiento. Los religiosos, al poner manos á la obra, contaban únicamente con veinte reales; el rey les dió más tarde, como ayuda, setecientos pesos, y con éstos y el producto de las limosnas que lograron reunir, compraron otros solares para agregarlos al que ya tenían, obteniendo del Cabildo la merced de otras fajas de terreno y del agua suficiente para la edificación de la iglesia y del convento respectivo. Púsoles el Cabildo á los frailes como condición precisa para gozar de aquella merced, la de que en un plazo de veinte años quedara terminado el edificio; pero como esto no se logró por las dificultades con que tropezaron los religiosos, el ayuntamiento quiso más tarde recobrar los terrenos que les había donado, arrastrándolos á un pleito que vino al fin á resolverse de manera pacífica entre ambas partes. Se señaló á los frailes nuevamente la cantidad de agua que podían tomar para la obra, á cambio de su ayuda pecuniaria para la introducción del líquido á la ciudad; y les fueron cedidos los solares en disputa, bajo promesa de que la mayor parte del convento quedaría terminada, á más tardar, dentro de treinta años.



Fachada del templo.

Los dominicos cumplieron las obligaciones que se habían impuesto y estuvieron en posesión del edificio hasta 1633, en que se mandaron reconocer y revisar los títulos. Estos se encontraron legítimos y en debida forma, y no volvió á removerse la cuestión.



Las bóvedas del templo de Sto. Domingo.

***

«El convento, dice el P. Gay, en su «Historia de Oaxaca», fué destruído tres veces por terremotos y reconstruído con ventaja hasta quedar en su estado actual. Es un vasto edificio cuyo costo total, incluso el templo, pasó de dos millones.» Las torres del templo, miden desde el suelo á las cruces, ciento treinta varas.

Hablando del interior del edificio, el cronista citado, dice que era un verdadero relicario para la religión y las artes: los muros y las bóvedas estaban cuajados de primorosos adornos de oro; á uno y otro lado había riquísimas capillas de las que, la destinada á la virgen del Rosario, podía considerarse como un templo en toda forma; y un árbol, el que representa uno de nuestros grabados precisamente, extendía por todas partes sus ramas y sus hojas doradas, entre las cuales sobresalían, en bajo relieve, bustos de santos que á proporción de la altura disminuían en tamaño para formar un conjunto verdaderamente artístico. Las pinturas eran obra de Concha.

En cuanto al convento, el P. Gay, agrega que sus inmensos dormitorios, sus galerías, sus jardines, etc., etc., eran orgullo de los frailes y admiración de los viajeros, y que su construcción era tan sólida, que «la artillería, funcionando sobre sus bóvedas y á veces disparando contra ellas», ninguna mella les hizo. La construcción ha resistido á los más fuertes terremotos, y para que esto ni remotamente parezca exagerado, agregaremos que las paredes de piedra son tan gruesas, que según afir-

ma Gage, las carretas cargadas con materiales de construcción, pasaban por encima de ellas.

Durante la época de la independencia estuvieron acantonadas en el convento las tropas de Morelos (1812) y después las del general D. Antonio León, cuando derrotó en Etla á las últimas tropas realistas. Allí estuvo preso el héroe suriano D. Vicente Guerrero, víctima de la infame traición de Picaluya, y por último, en la capilla del Rosario fueron sepultados sus restos. Exclaustrados los religiosos, el edificio se convirtió en cuartel, y el templo quedó abandonado. El actual arzobispo de Oaxaca, Sr. Gillow, gestionó la devolución de la iglesia al clero y la obtuvo en Abril de 1895, dando comienzo á su reparación sin demora alguna.

Terminadas las obras respectivas, el templo quedó abierto al culto nuevamente en los primeros días de noviembre último.

REPOSO

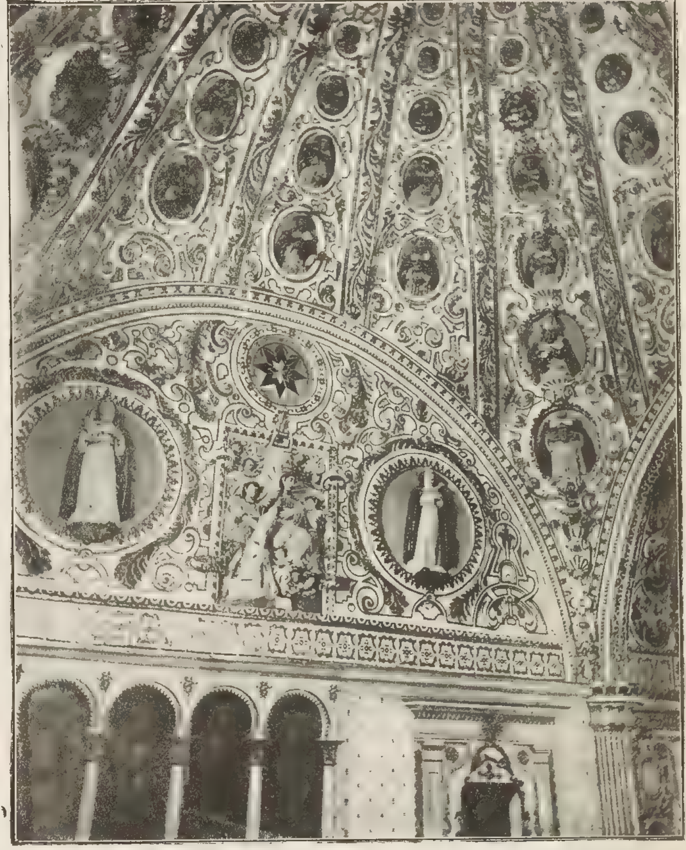
Como errante viajera fatigada,
quiero olvidar del tiempo en que he vivido
la punzadora espina que me ha herido
y la copa de néctar rebosada.

Ni aun siento abandonar la bien amada
tierra hermosa del sol en que he nacido;
¡tanto mi corazón ha padecido
de su triste existencia en la jornada!

Quédense aquí la gloria, los amores,
los diamantes, los pájaros, las flores,
cuanto á gozar y sonreír convida;

mi único anhelo es verme sepultada
en el seno del «Todo» ó de la «Nada,»
y no tornar á conocerte, ¡oh vida!

MERCEDES MATAMOROS.



Bóveda del coro alto.

ESCUELA DE FARMACIA

Al emprenderse la construcción del Hospital General que se lleva á cabo en la Indianilla, se pensó en la conveniencia de formar, para el mejor servicio del ramo de botica, un personal apto é instruído, especialmente encargado de auxiliar á los profesores en el despacho de fórmulas y en las distintas preparaciones farmacéuticas.

A esto se debe la creación de una escuela teórico-práctica de farmacia, tomándose por modelo la Botica del Hospital Militar, en donde, bajo la dirección del capitán primero Francisco Jiménez Learte, ha estado cursando las materias principales, un grupo de señoritas.

Actualmente asisten á las clases dieciocho alumnas que reciben una lección práctica de ocho á doce de la mañana, que es la hora del despacho del hospital, y otra teórica de doce á una de la tarde.

A semejanza de las enfermeras que se emplearán en el hospital, las farmacéuticas usarán un uniforme consistente en falda y blusa de holanda cruda con rulós blancos, delantales de bramante blanco y cofias del mismo color; además, llevarán distintivo en el brazo izquierdo con la cruz roja y las iniciales del Hospital referido.

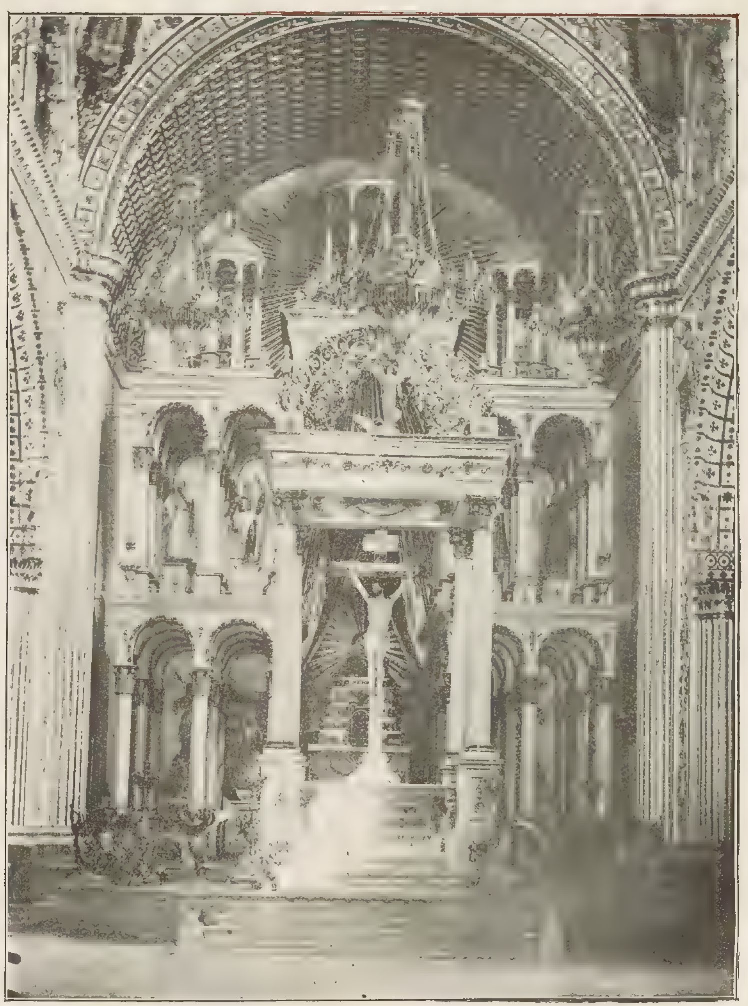


Grupo de alumnas de la Escuela de Farmacia.

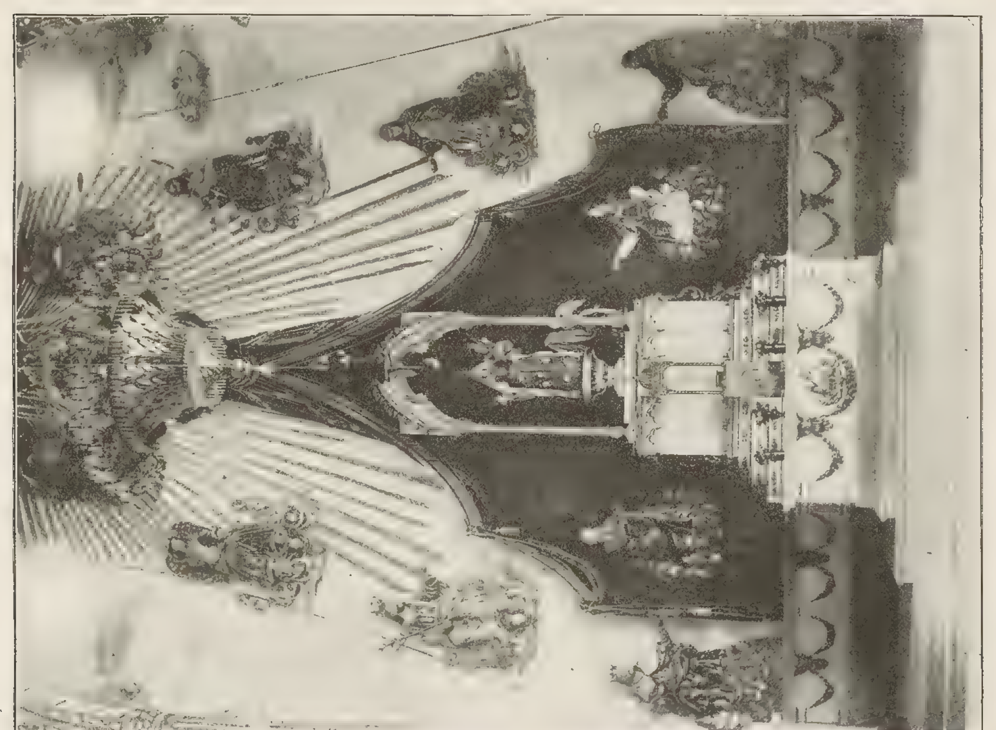
TEMPLO DE SANTO DOMINGO DE OAXACA.



CAPILLAS LATERALES.

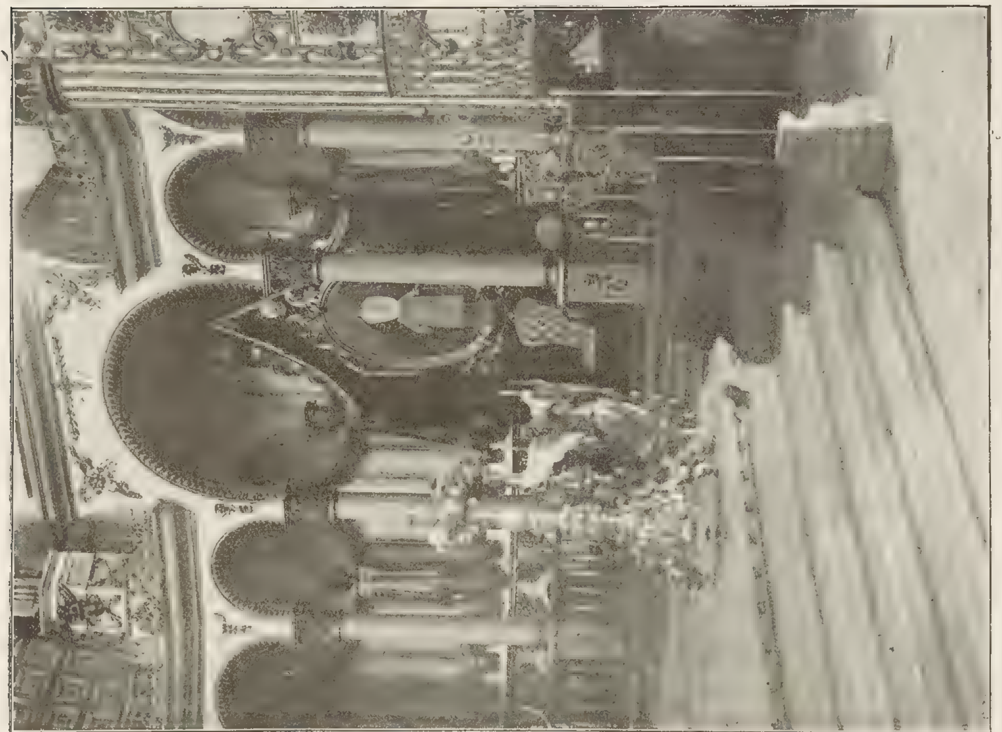


EL ALTAR MAYOR.





LA CAPILLA DEL ROSARIO.



EL CRUCERO DERECHO.

DE LA PAMPA

Del vientre de la sierra descendieron,
y con ramas de robles y de encina
sus músculos ciñeron.

Mugieron como toros atrevidos,
como yeguas otearon la colina,
y como el mar lanzaron sus rugidos.

Agitaron sus zarpas de colosos,
y sus crines hirsutas
sacudieron altivos y furiosos.

El rayo sus puñales le clavaba
al dorso de las grutas,
y á sutestruendo el ganado se agrupaba.

....

Huyó la tempestad; la noche entera
se deleitó en la orgía
donde agotó sus fuerzas de pantera.

Y cuando el sol con fecundantes rayos
sobre inmensos cadáveres hervía,
el gaucho persiguiendo los caballos,
del pajonal surgía......

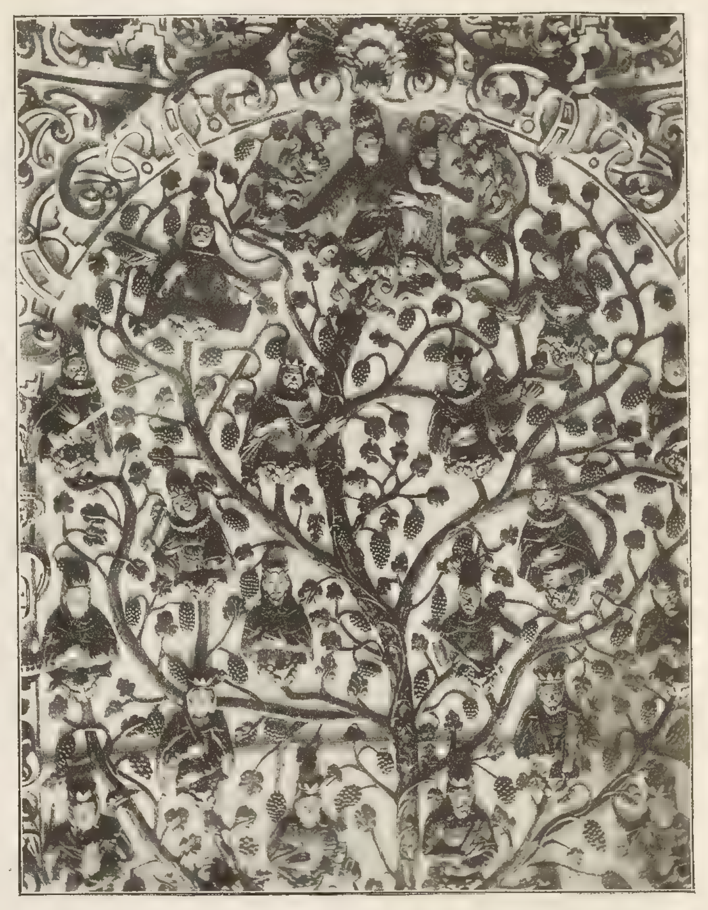
Justo Pastor Ríos.

El Sr. Canónigo D. Angel A. Vasconcelos

Damos á conocer á nuestros lectores el retrato del señor Canónigo don Angel A. Vasconcelos, de la Catedral de Oaxaca, á cuya actividad se debe, en gran parte, la reparación del magnífico templo de Santo Domingo, á que hemos hecho referencia en las páginas anteriores.



El señor Canónigo Vasconcelos es uno de los sacerdotes más estimados de la sociedad oaxaqueña, no sólo por su talento, sino también por las virtudes evangélicas que lo adornan.



Bóveda del Coro Bajo del Templo de Santo Domingo.

MINIATURAS

No permitas que el sol ardiente seque una lágrima de dolor antes que tú mismo la hayas enjugado.

***

No hay enemigos más encubiertos que un lisonjero, un ambicioso y un envidioso.

El sabio practica el bien como respira: constituye su vida.

***

La experiencia no es más que una mezcla de hechos y de interpretaciones. La ciencia deja de merecer este nombre, desde el momento en que se limita á coleccionar y á mencionar hechos puros.

***

El trabajo, en una palabra, no es otra cosa que el restablecimiento parcial de equilibrio, y toda fuente de trabajo se agotará el día en que el equilibrio universal se alcance. Entonces la inmovilidad reinará en el mundo silenciosa y triste.

***

La educación puede considerarse como una segunda existencia dada al hombre.

***

Las cualidades vienen de la naturaleza, pero las virtudes son el fruto de nuestra educación.

***

Aquel que no ha comido su pan con lágrimas, y que no ha pasado noches de dolor llorando en su lecho, no conoce aún una fuerza divina.

PAISAJE

El viejo sol; Osiris,
que las arenas del desierto dora,
después que enciende con la luz del iris
las transparentes gasas de la aurora,
esplende en el zenit.
Su roja hoguera,
que finge el brillo de purpúreas clámides,
los átomos inflama, y reverbera
al pie de las pirámides.
Mudas las aguas del sagrado Nilo,
sueñan con inundar pueblos remotos;
y moviendo las ondas con sigilo,
sobre azulados cálices de lotos
asoma la cabeza un cocodrilo.
Entre el follaje verde,
que la ribera esmalta,
pareja de ibis jugueteando salta,
y otra en el seno del marjal se pierde.
El viejo sol: Osiris,
que colorea con la luz del iris
las gasas de la aurora y de la tarde,
en lo más alto de los cielos arde;
y á través del desierto solitario,
se divisa á lo lejos del camino,
la silueta borrosa del beduino
en la giba dorsal de un dromedario.

Andrés A. Mata.



Un "Nacimiento" Notable.

Como un recuerdo de las fiestas de Navidad celebradas entre nosotros, publicamos fotografías del «nacimiento» que la familia Pérez Gallardo puso en su casa habitación de las calles del Pino, y que, á no dudarlo, fué uno de los más notables.

Las figuras, de cera primorosamente trabajada, fueron hechas por la señora María Villaseñor de Pérez Gallardo, quien, desde hace tiempo, venía modelándolas.

El conjunto del «nacimiento» á que nos referimos era del mejor efecto: los grupos estaban repartidos con arte, y hasta en los más pequeños detalles se echaba de ver el primor y la paciencia con que había sido arreglada la composición.

IN PACE.

A la nave del tiempo indiferente,
no he de seguir la estela que ha dejado:
que grandes son los duelos del presente
para sufrir con el dolor pasado.

No ambiciono la gloria
de recordar las cosas fenecidas,
si viene la memoria
á dejar más abiertas mis heridas.

El recuerdo de sombras se reviste
y en sorda pena al corazón envuelve,
el que triste pasó, porque fué triste,
y el del tiempo feliz, porque no vuelve!

¡Dejadme descansar! Nunca á mi oído
venga de ayer un eco ya lejano
á atormentarme con su ingrato ruido;
porque prefiero entre el tumulto vano

del festín en que pierdo
á cada nuevo sol un bien querido,
á la vida punzante del recuerdo,
la muerte generosa del olvido! .....

MANUEL S. PICHARDO.

***

Se comprende mil veces mejor lo infinito por el corazón que por la inteligencia.

***

Para poder es preciso creer que se puede, y esta fe debe traducirse inmediatamente por los actos.



La "Adoración."



Los Reyes magos.

DE VIAJE

Ave de paso,
Fugaz viajera desconocida:
Fué sólo un sueño, sólo un capricho, sólo un acaso;
Duró un instante, pero un instante de los que llenan toda una vida.

No era la gloria del paganismo,
No era el encanto de la hermosura plástica y recia:
Era algo vago, nube de incienso, luz de idealismo....
No era la Grecia,
Era la Roma del Cristianismo.

Al rededor de sus dos ojos—¡oh qué ojos esos!—
Que las facciones de su semblante desvanecidas
Fingían trazos de un pincel tenue, mojado en besos,
Reviviendo sueños pasados y glorias idas....

Ida es la gloria de sus encantos;
Pasado el sueño de su sonrisa,
Yo lentamente sigo la ruta de mis quebrantos;
Ella.... ha jugado como un perfume sobre una brisa!

Quizás ya nunca nos encontrarémos;
Quizás ya nunca veré á mi errante desconocida;
Quizás la misma barca de amores empujaremos,
El uno á un lado y el otro al otro, como dos remos,
Toda la vida bogando juntos y separados toda la vida.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.



Un grupo de pastores.



LA INSTITUTRIZ.

NOVELA POR ESTER DE SUZE.--ILUSTRACIONES DE SIMONT.

TRADUCCION DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

(Continúa.)

Acepté, y me ayudó á instalarme; á poner en orden las cosas de uso corriente. Cuando se retiró, tomé mi desayuno en un rincón de la sala del tapiz verde. Las ventanas daban á la llanura silenciosa y blanca, sembrada de arbustos cuyas ramas tenues y sin hojas se destacaban airosamente sobre la limpidez del cielo.

Nada se movía en torno mío; el espacio no me enviaba el más leve soplo.

Pensé que se había realizado mi sueño de otros días, cuando ansiaba encontrarme lejos del mundo.

Ahora iba yo á estarlo.

Sólo me acompañarían los pequeñuelos y el campo cubierto de nieve. Pues bien: si Dios se dignaba permitir que esto bastara para llenar mi corazón, ¿por qué habría de quejarme?

X

—¿La señorita Romane, no es esto? Tengo mucho gusto en saludarla, señorita. ¿Cree usted que va á estar contenta en nuestra aldea?

Alto; llevando con soltura un elegante vestido de tela parda; descubierta la frente amplia, coronada de cabellos grises; el conjunto del rostro excesivamente distinguido y en él una expresión de tristeza que conmovía no obstante la plácida sonrisa que acompañaba á esas palabras: tal era el hombre, en apariencia muy bien educado, que me saludaba á la mañana siguiente en el dintel de la iglesia, al salir de la misa dominical.

Alcé la vista, y él pareció sorprenderse de mis miradas. Se inclinó, como si hasta ese momento me hubiese visto.

—Soy el Sr. Raibert, señorita; el alcalde á quien se sirvió usted hacer una visita ayer. ¡Cuánto siento no haber estado en casa! ¿Ha encontrado usted todo conforme á sus deseos?

—Absolutamente, señor, muchas gracias. Phrasia y el Sr. Durand no podían haberlo hecho mejor para mí.

—Tanto mejor, señorita. Les felicitaré de nuevo por ello. Un alcalde necesita ser algo como el padre de todos sus administrados...... Y si encuentra usted algo que la desagrade, y está en mis manos el remedio.........

Le di nuevamente las gracias, asegurándole que nada tenía que desear, si no era á mis pequeñas discípulas, entre quienes ansiaba mucho encontrarme.

—¿No necesitaría usted un día de reposo?

—No, señor, no! Llegué ayer, y el día de hoy, con ser domingo, me ha caído muy bien para descansar; con esto creo que me basta y aún me sobra.

—Bien veo que es usted animosa! Nuestra anterior profesora era muy amada aquí; pero más bien venerada. Usted, señorita, esté segura de conquistarse todas las simpatías.........

Al pronunciar estas palabras, habló más quedo. Mi rostro debe haberse nublado hasta el punto de hacer que mi interlocutor se arrepintiera de su última frase. Vi que se turbó. Trató de explicarme que se refería á mi juventud, la cual consideraba como una garantía de éxito para con las alumnas.

Luego, como en derredor de nosotros se formaban grupos de personas que salían de misa, el alcalde se dirigió á uno de esos grupos; con cierta graciosa altivez se acercó á las muchachas que lo formaban y á ellas y á mí nos invitó á trabar conocimiento. El cura salía de la iglesia en esos momentos: también le llamó y me le trajo.

—La nueva pastora de este rebaño, señor cura.

—Ah! Ah! Bien, muy bien! Somos pastores de almas, señorita! Yo he visto á usted durante la misa. Por cierto que mostraba usted mucho recogimiento! Ya lo quisieran para sí muchos de mis feligreses!

Se volvió á mirar á las jóvenes, encantadoras, inteligentes, aunque campesinas (en el más agreste sentido de esta expresión), de franco reir, de robusto talle, de rostro fresco, encuadrado en la cofia ribeteada de encajes.........

—La piedad, querida hija, es la primera garantía!

—¿Garantía de qué, señor cura?—preguntó una muchacha risueña.

—Vea usted! Vea usted!—dijo el buen cura, desconcertado.—Delfina, mucho cuidado! Usted ríe de todo. ¿Qué pensará de usted esta señorita? Ella parece muy seria, y así debe de ser. Le prohibiré á usted que la mire, si no ha de ser usted juiciosa.

La muchacha no dió importancia á la reprimenda. Siguió riendo, y luego entabló con sus compañeras una charla en «patois» que no pude yo entender.

Esa alegría y ese lenguaje que no comprendí, me entristecieron. El cura me hizo algunas preguntas acerca de mis antecedentes, de mi origen, etc.

—Volveré á verla, hija mía. Vaya ahora entre esa juventud...... no es indigna de usted.........

—Oh! ciertamente, señor cura. ¿Por qué había de serlo?

Murmuré esto con temblorosa voz, que contrastaba con la firmeza de mis palabras. Las muchachas nada entendieron. Se agolpaban cerca de nosotros, mujeres y niñas, mis futuras discípulas, que no se cansaban de mirarme. Los chicuelos, menos interesados en verme, se dispersaron al momento, correteando y arrojándose bolas de nieve. El alcalde había desaparecido; pero entre el grupo de hombres, no se por qué me llamó la atención el rostro de un joven como de veinte años, á quien miré como si fuese un antiguo conocido, y que se ruborizó cuando nuestras miradas se encontraron.

Toda la gente de la aldea se encontraba á la salida de misa. A poco andar se dispersó en familias que tomaron cada cual el camino de su casa, y pronto me encontré sola, en lo alto de la vereda que conducía á la escuela.

¡Sola! Un suspiro de alivio escapó de mis labios, y me causó alarma. ¡Oh! Quién sabe si iría yo á estar siempre descontenta aquí. Durante toda la misa, mi alma se había reconcentrado en una súplica que reunía mis resoluciones y mis deseos de poder soportar la vida fácilmente; es decir, con amor, puesto que el amor es el secreto de la posibilidad de vivir.

¡Dios mío!—murmuraba permitid que les ame. Refeíame á todos los habitantes de la aldea...... El señor Raibert surgió ante mí, en la misma vereda, que era también la de su casa. ¿Aparecía ante mí como un alivio, como un contrapeso que me permitiese soportar la vulgaridad y lo insípido que acababa de arrancarme un suspiro tan doloroso?...... ¡Lo ignoro!

Ese hombre me había saludado con exquisita corrección. Olvidé el poquillo desprecio que me causara su historia. Y luego, la emanación moral debe tener una forma que se distingue entre manifestaciones del mismo grado...... Elegante y fina—¡de alma, por supuesto!—acababa de reconocer los mismos matices en el alcalde. Hubo algo de dulzura en el saludo que dirigí á esa alma gemela de la mía!

XI

En esa misma tarde hice una visita al señor cura. Se mostró bondadoso, aunque un tanto solemne, no dejando de prevenirme contra ciertos peligros que, según él, debían abundar en mi soledad.

—Será tan penoso vivir sola á la edad de usted; sin que una esperanza legítima venga á sostenerla!

Y bajaba la cabeza, sin mirarme ya, pensando sin duda en otras jóvenes solas y abandonadas como yo, á quienes había visto perderse en yo no sé qué rutas! También yo guardaba silencio, dejando á mi pensamiento hacia esos caminos que adivinaba, con terror, bordeados de tristezas..... El cura había hablado de «esperanzas legítimas.» Luego las hay ilegítimas, en el horizonte de una institutriz! ¡Ah! Que yo siga apartada de ellas....... Y, como á la vieja de la víspera, murmuré:

—Quiero guardarme de todo. Quiero no hacer siempre sino el bien. ¿Cómo lograrlo, señor cura?

El murmuró, vacilante, como si hubiese expresado un medio imposible:

—Permanecer sin ningún deseo, pobre hija mía! Encontrarse feliz en su soledad, no poblarla con ningún deseo...... Ninguna esperanza.........

Esta última palabra me turbó. ¿Qué ciencia del corazón poseía ese hombre que á cada momento insistía sin piedad, en prohibir las esperanzas que llenan por sí solas la vida de una joven?...... Y me miraba, ansioso de oír mi respuesta.

Un día, á una palabra de mi antigua protectora, y otra vez entre las tumbas, me había yo sentido subyugada por las inefables promesas que un impulso de mi sangre joven había llevado hasta mi corazón. Pero, si para la realización de esas promesas era preciso desviarse un milímetro de la vía inflexible...... ¡Ah! ¡Cuán poco me conocía el señor cura, si dudaba de mí!...... Me puse en pie, para dar fin á la visita, con la frente erguida, y los labios sonrientes en su tácito voto de austeridad.

—¿Jamás desear otra cosa que la soledad, señor cura? ¡Me será muy fácil, yo lo aseguro!

Sacudí la cabeza, levemente, sin darme cuenta del peso que para ella alguna vez sería mi soledad. Repetí:

—¡Será fácil, muy fácil!

XII

Así lo fué. Me agradaron mis discípulas; instalé mi pequeño hogar, y me apasioné pronto por el estudio y por el cuidado de mi casita. Así el tiempo me parecía breve. Ya era el arreglo de mi recámara, que me disgustaba y que cambiaba yo al momento; ya era un sistema de revisión de las lecciones, que me parecía preferible y en cuyo desarrollo me ocupaba en las horas libres. El cuidado de mis útiles también me ocupaba mucho, porque era yo muy torpe.

También mi cocinita me había ocupado; pero me agradaba muy poco. No habría yo encontrado placer en condimentar cuidadosamente un platillo que después comiera yo sola. Día tras día, tomaba mis alimentos de prisa, casi siempre de pie, al lado de la estufa que humeaba aún.

Lo extraño es que en aquella época, en que nada deseaba yo, me embargaba la tristeza á la hora de la comida. Comía, siempre poseída de vaga ansiedad, como si algo me faltase. Creo que habría yo querido una mesita con su mantel deslumbrante de blancura; una flor en un vaso; alguien...... una anciana madre, un chiquillo, alguno, en fin, para quien hubiese preparado platillos. Me imaginaba la mesita en la pieza inmediata á la cocina; á mí, con un delantal, inclinada ansiosamente ante la estufa, y después llevando la torta humeante, apetitosa, con una sonrisa de orgullo...... Esa visión se borraba con el último bocado...... Si era de noche, me retiraba rápidamente á mi cuarto, donde me esperaban los cuadernos de mis discípulas.........

(CONTINUARÁ.)



Vista del exterior con parte de los carros para guardar las mieles

Exterior del ingenio azucarero "Eldorado."—En construcción.

La industria en Sinaloa.

EL INGENIO AZUCARERO DE "ELDORADO."

Los señores Joaquín Redo y sus hijos Joaquín, Diego y Alejandro han establecido en el Distrito de Culiacán, en las márgenes del río de San Lorenzo, un ingenio azucarero en su hacienda «Eldorado.» En este Ingenio se hará la primera zafra en los primeros días del mes de Febrero próximo. La maquinaria de esta fábrica de azúcar es la más grande de la República; con facilidad pueden molerse 600 toneladas de caña en 22 horas, produciendo más ó menos 4,000 arrobas de azúcar. Toda la maquinaria es de lo más moderno que se conoce; el motor es de 500 caballos y cada uno de los seis rodillos del doble molino pesa 20 toneladas.

La fábrica producirá azúcar granulada de superior calidad y de aspecto llamativo.

Cuando llegue á ser posible la exportación de azúcar de México para los Estados Unidos, ningún otro ingenio del país podrá efectuarlo más ventajosamente que el de los señores Redo y Cía., porque el Ingenio está situado á 12 kilómetros del embarcadero.

En este Ingenio se hará el acarreo de la caña con locomotora de vapor; la vía férrea tiene, en sus diferentes direcciones, 7 millas.

Las calderas son del sistema más moderno conocido y tienen 1,500 caballos de vapor.

***

El Estado de Sinaloa, se ha considerado como el que reúne condiciones más favorables para el cultivo de la caña, porque pueden hacerse y se hacen hasta cinco cortes de un plantío, siempre remunerativo, y porque son sanos los lugares en donde se produce la caña. Contra todas esas ventajas hay un inconveniente de grandísima importancia: falta de brazos para la agricultura, porque el Estado de por sí mismo es despoblado y se trabajan en él numerosas minas, negocios que pueden reportar jornales mucho más altos que la agricultura.

No cabe duda de que entre nuestra producción agrícola susceptible de producir artículos de exportación, después del tabaco, vendrá el azúcar.

El señor Don Joaquín Redo fué el primero en explotar la industria azucarera en Sinaloa, Estado que produce hoy más de 600,000 arrobas de azúcar y que probablemente dentro de algunos años producirá más del doble.

Una buena parte de su producción se vende ya en Chihuahua y Durango.

***

Indudablemente el ingenio á que aludimos está llamado á ser, para la Industria en Sinaloa, un impulso tanto más palusible cuanto que permitirá á innumerables operarios encontrar en él ocupación y ganarse la subsistencia.

Acarreo de uno de los rodillos del molino de caña.



Jacal que ha servido de habitación á los ingenieros que construyen el ingenic.

Almacén para el azúcar del Ingenio.

FÁBRICA DE JORGE UNNA Y CIA.

San Luis Potosí.

Desafiando el alto cambio, no se han aumentado los precios de nuestros productos.



Catorce años de práctica y de constante perfeccionamiento en nuestras manufacturas.

Certificado del Sr. Secretario de Justicia é Instrucción Pública

México, á 29 de Noviembre de 1902

Señores Jorge Unna y Co.

San Luis Potosí.

Muy Señores míos y amigos:

Están recibidos á mi entera satisfacción los muebles y el decorado Luis XIV que les había pedido á Vds. para el salón de recepciones de la Secretaría de mi cargo.

Tanto el excelente gusto como la perfecta ejecución de sus manufacturas, no dejan nada que desear, igualándose enteramente á las mejores obras extranjeras.

Soy de Vds. afectísimo amigo y S. S.

Justino Fernández, (firmado.)

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO X.--TOMO I.--NUM. 5

MEXICO, FEBRERO 1º DE 1903.

Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem. Idem. en la capital, $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Señor General Don Francisco Cañedo,
Gobernador del Estado de Sinaloa.

La Mujer y la Super-hembra

Jules Claretie, el aplaudido director del Teatro Francés, tiene un pensamiento cuya lectura arrastra á interesantes reflexiones: «El hombre y la mujer, en el arte como en el amor, efectúan un cambio de sus sentimientos respectivos, y siempre hay una mujer en la obra de un hombre, como hay siempre un hombre en la obra de una mujer.»

El pensamiento es sugestivo y es hermoso; ¿será igualmente cierto?...... Porque si la verdad es un factor poderosísimo de la belleza, no puede decirse que le sea un factor indispensable. El apotegma de Boileau es hermoso, pero no es cierto. «Rien n'est beau que le vrai, le vrai seul est aimable»........ y hay muchas quimeras, muchos ensueños, muchas mentiras que son un portento de belleza.

Tal vez, bien visto, el pensamiento de Claretie sea un hermoso ensueño. Para acercarlo á la verdad convendría, quizá, hacerle algunas modificaciones, tales, verbigracia, como la de suprimir los artículos indeterminados, á fin de obtener en la idea una representación «abstracta» de esa reprocidad de los sexos que se supone. Es verdad que Claretie sólo la supone en el amor y en el arte; pero el amor y el arte son fuerzas tan poderosas y tan ubicuas, que están y gobiernan en la vida toda. Reconocido esto, ¿será cierto el pensamiento?

Conviene examinarlo por partes. Creemos que la divinización de la mujer es un sentimiento que palpita en el corazón de la vieja humanidad y constituye una potente palanca para nuestras ambiciones, para nuestros ensueños, para todos nuestros ardimientos. Tal parece que Carlyle, al escribir su libro «Los héroes,» que tanto se lee y tanto se medita, quiso fortalecer nuestro pensamiento en un fuerte baño de individualismo. Pero...... ¿quién escribirá «Las heroínas»?..... Debe hacerse; debe cantarse el triunfo de la juventud, de la belleza, de la gracia, el triunfo todo de la idealidad femenina, alentadora del pecho humano, engendradora en él de grandes y fecundas rebeliones, pobladora incansable de la mente que crea y sostén perenne de la voluntad que triunfa! Vemos al héroe, ya sea santo, apóstol, guerrero, legislador ó poeta, y olvidamos á la heroína que vive, palpita y piensa dentro de él. Podrá decirse que la Beatriz del Dante y la Laura del Petrarca pudieron no haber existido, sin que por ello dejasen de crear el uno su «Divina Comedia» y el otro sus lánguidos y deliciosos sonetos; pero Beatriz y Laura son símbolos del «eterno femenino» que Goethe, más filósofo y menos exclusivista, supo proclamar ante los hombres como una verdad innegable. La Venus Inspiradora es siempre abstracta, aún cuando á las veces aparezca encarnada en creatura mortal y transitoria; la mujer, como musa inspiradora, es eterna y abstracta, por virtud de la divinización femenina que palpita en el alma de la vieja humanidad.

Tiene razón Claretie en una parte de su pensamiento. Es cierto que la mujer—no una mujer—está siempre en la obra del hombre. La mujer ejerce sobre el hombre, de modo constante y con fuerza ineludible, una virtud dinámica y graduadora que no sólo proviene de su profundidad sentimental, sino también del mayor equilibrio de la naturaleza femenina, que es esencialmente altruista, así en el orden moral como en las manifestaciones materiales de la vida. Y el ejercicio de esa virtud sobre el hombre, es la misión genuina de la mujer, es el único concorde con sus aptitudes, es el que sólo puede proporcionarle su verdadera felicidad. Es cierto: siempre se encontrará á la mujer en la obra del hombre.

***

La segunda parte del pensamiento de Claretie es falsa, en nuestro sentir. En la rara obra femenina que alcanza á ser concreta é individual, no se advierte ni á un hombre ni al hombre; allí se pierde la noción del sexo y surge poderosamente el sentimiento de la especie; el amor se transforma en caridad, alcanza su manifestación más sublime, se despoja de su envoltura de egoísmo, que está tejida con hilos de placer en el pretexto de la procreación, y sin titubeos ni zozobras alcanza el pináculo del sacrificio y del renunciamiento. Las heroínas—en la acción y en el arte,—las llamadas varonas, porque la creación perdurable ha sido eminentemente varonil, siempre se han distinguido por esas virtudes; para la idealización completa de Juana de Arco, la leyenda creyó indispensable conservarla pucela, mientras á un Pelayo jamás se le ha exigido la mancebía; la lira erótica pocas veces ha sido tañida por mano de mujer (pues las cortesanas se escapan ya á la clasificación del sexo, como Safo no cupo en la estrechez del gineceo) y cuando lo ha sido, su melodía no ha acertado á alcanzar peculiaridad de sexo y se ha antojado una imitación de querella masculina. El heroísmo de la mujer, el heroísmo propiamente femenino, ha estado siempre dentro del sacrificio; y en este sacrificio no ha habido casi nunca el impulso de un hombre, y siempre se podría encontrar el impulso de la Humanidad.

Hemos hablado de la mujer, tal cual es, tal cual debe ser siempre; no del tipo hembra creado mentalmente por la compacta humareda del feminismo propiamente dicho, porque «esa» ya no es una mujer, cual Zarathustra ya no es un hombre. Y nos referimos al feminismo, porque nos parece que la reciprocidad exacta que supone el pensamiento de Claretie, conque iniciamos esta charla, sólo se finge admisible dentro de las teorías feministas, que no son las de conceder á la mujer el carácter de un «valor» en la vida económica y de mejorar su condición social de acuerdo con sus aptitudes fisiológicas y psicológicas, sino la de equipararla al hombre en todos los órdenes de actividad y de vida. Este ideal de la mujer «recíproca» del hombre, idéntica al hombre, de esta «new style woman,» surgió de la precipitación del feminismo, tan perfecto (?) pero tan imposible, como el ideal de Zarathustra del cerebro de Nietgsche. El «super-hombre» y la «super-hembra» habrían menester una «super-atmósfera,» que no existe, para ser viables.

Pero hemos dicho que sólo «se finge» admisible la reciprocidad exacta de los sexos en la obra, porque la «super-hembra» para igualar al hombre, para ejercer idéntica actividad que éste y para «vencerlo,» una vez igualado, siquiera por la fuerza numérica del sexo femenino «new style,» tendría que ir identificándose con el hombre en lo que más puede estar á su alcance, esto es, en lo moral é intelectual, y entonces perdería sus cualidades femeninas tan seguramente, cuanto la adopción del talón oro en un sistema monetario supone restricciones de acuñación y hasta demonetización de la plata; y una vez idénticos espiritualmente el hombre y la mujer, la atracción de los sexos vendría á descansar sobre bases por demás groseras para que pudiera seguir existiendo influencia moral alguna de un sexo sobre el otro. La «super-hembra» pierde, pues, la virtud dinámica de la mujer sobre el hombre, con el hecho de haberse igualado á él, pues ya dijimos que aquella virtud proviene de cualidades esencialmente femeninas y ahora agregaremos que no son agenas á ella las condiciones actuales de la vida de la mujer, que la preservan del incesante gasto de energía nerviosa. Y perdida esa virtud femenina, la «super-hembra» no se encontrará ya en la obra del hombre; y, además, también por gasto de aquella virtud femenina, en la obra de la «super-hembra» se debilitará el sentimiento de la especie, y la obra femenina irá perdiendo su peculiaridad más preciosa.

***

El hermoso pensamiento de Claretie, resulta, pues, falso en una de sus partes, ya se le analice fuera ó dentro de los ideales del feminismo oficial.

Más preciso y verdadero quedará en esta forma:

«El hombre y la mujer, en el amor como en el arte, se complementan; pero mientras en la obra de un hombre está siempre la mujer, en la obra de una mujer está siempre la Especie.»

Se desprendería entonces de esta fórmula el hecho de que la mujer es moralmente superior al hombre. Pero...... ¿quién ha intentado negar eso en buen terreno?

Sí, la mujer es siempre moralmente superior al hombre; la «super-hembra,» nunca; ésta, es lo que el italiano Ferrari llamó donosamente «el tercer sexo.»

JUAN SÁNCHEZ-AZCONA.

El Señor Gobernador de Sinaloa.

En lugar preferente publicamos el retrato del Sr. Gobernador de Sinaloa, General D. Francisco Cañedo, á quien debe Mazatlán en las aflictivas circunstancias por que atraviesa, muchos y muy importantes servicios.

La solicitud con que el referido funcionario acudió en auxilio del puerto al iniciarse la epidemia, y sus gestiones en bien del vecindario amenazado, son dignas de elogio, pues en su empeño de ayudar á las autoridades sanitarias al mejor éxito de sus trabajos y de impartir á los habitantes de la ciudad infestada, toda la protección de que era capaz, ha permanecido allí, aun á riesgo del contagio, para vigilar más de cerca el cumplimiento de las medidas encaminadas á la extinción del mal, y para promover, en favor de la clase menesterosa, cuanto ha estado de su parte. La Legislatura de Sinaloa acordó llamarlo á Culiacán, alegando que su presencia en aquel punto se creía indispensable, en los momentos en que el número de inmigrantes y la miseria de la gente del pueblo podía originar graves trastornos, y el Sr. Gral. Cañedo, comprendiendo que su estancia en Mazatlán era más importante todavía, se excusó de cumplir tal disposición, rogando á la Cámara la revocara en vista de que no podía apartarse del puerto sin grave peligro del orden y de la salubridad pública. Esta actitud del Sr. Gobernador le ha conquistado muchas simpatías.

Nosotros, al publicar el retrato del distinguido gobernante, no hacemos más que honrar á quien honor merece.

MARIO

Esclavo de insaciables ambiciones
que lo lanzaron contra el orbe en guerra,
de su hogar y su patria se destierra
el fiero vencedor de los teutones.

Superando asechanzas y aquilones,
toca su nave en la africana tierra,
y el gran proscrito pensativo yerra
á solas por las líbicas regiones.

Rudo lictor, en que piedad no existe,
partir le ordena con hostil amago;
y el héroe, alzando la mirada triste,

«¡Anda, le dice al mensajero aciago,
y dile á tu señor que á Mario viste
sentado entre las ruinas de Cartago!»

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO.

Más seguro es conducirse bien en la vida, cuando se comprenden racionalmente las consecuencias buenas y malas de las acciones, que cuando sólo se creen según autoridad ajena.

***

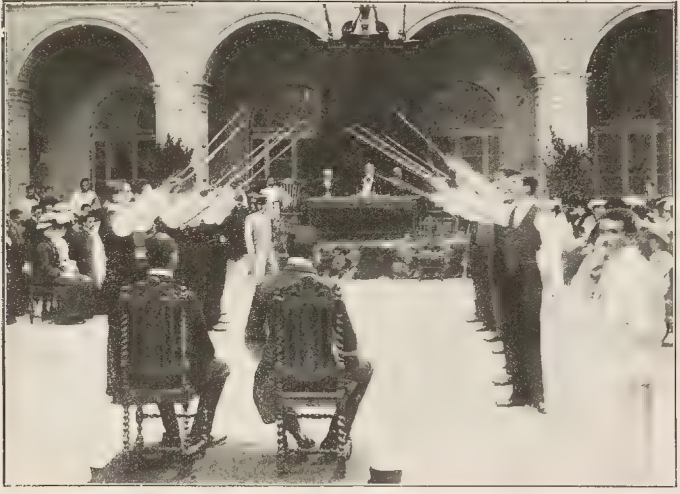
La simpatía es la llave de oro que abre todos los corazones.

***

En el gran teatro del mundo el apuntador es el amor propio.

Asaltos de Esgrima.

El domingo anterior, por la mañana, se verificaron en la Escuela Nacional Preparatoria los asaltos de florete, sable y box organizados por los señores Profesores Rafael David, Manuel B. Carrillo y Rómulo Timperi, con el laudable propósito de allegar fondos para las víctimas de la epidemia reinante en Mazatlán.



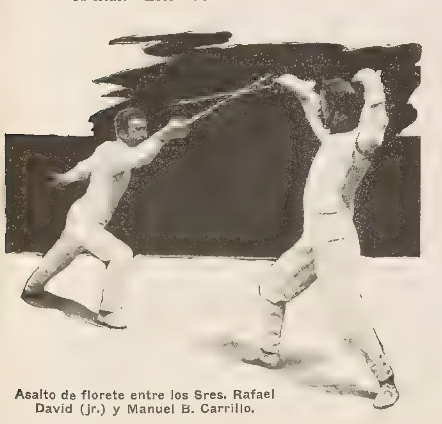
LA "MURALLA."

La fiesta, que fué presidida por el señor Subsecretario de Instrucción Pública, se verificó en el patio de «pasantes» convenientemente arreglado para ello, y resultó en extremo interesante. En el centro del patio se levantó la plataforma en que debían darse los asaltos, colocándose á un lado, bajo un dosel de peluche rojo, la mesa destinada á la presidencia.

El acto dió principio con la «muralla,» saludo correctamente hecho por los alumnos de segundo año, y con un asalto de florete que ejecutaron, con notable destreza, los jóvenes César Pedrazi y Juan Ruiz Esparza. Los alumnos del Colegio Militar José Alesir y Francisco Montaño ocuparon después la plataforma entablando un asalto á sable que llamó mucho la atención de la concurrencia. A éste, siguieron otros asaltos en que demostraron sus habilidades, en el manejo del florete, los señores Francisco Montaño y Mauricio Cazessús, y en el del sable, los jóvenes Eduardo Prieto y Souza y Gustavo Garmendia, alumnos del Colegio Militar. Este fué uno de los números más aplaudidos, entre los que formaban la primera parte del programa.

En cuanto á la segunda parte, fué cubierta con algunos otros asaltos, en que se distinguieron mucho los señores Rómulo Timperi, Angel Escudero, Rafael David (jr.), Manuel Carrillo, Felipe Lazo y Mauricio Cazessús. Para terminar, los señores Fernando Colín y Silverio Santa María sostuvieron un reñido asalto de box.

En el intermedio de la primera á la segunda parte del programa, las niñas David y Landgrave hicieron una colecta de fondos entre los concurrentes á la fiesta, reuniendo más de cien pesos que entregaron al señor Subsecretario de Instrucción Púolica y que se destinan á las víctimas de la peste negra.



Asalto de florete entre los Sres. Rafael David (jr.) y Manuel B. Carrillo.

Mientras Llorabas

Me recuerdas sin resabios
que en horas bien intranquilas
lloraron, ¡sí! tus pupilas
nuestros íntimos agravios.

Qué profeta, ni qué sabios!
llorosas entonces vilas
que hablaban como sibilas
lo que callaban tus labios......

Blanca estrella que irradiara
su imágen en fuente clara,
tal en ellos tu alma vi;

Mas, como un cisne travieso,
quiso mi alma darle un beso
y tus lágrimas bebí!

CESAR J. MUÑOZ LLOSA.

PARA UN ÁLBUM

Cuando pasa, la tierra resplandece,
Esparce claridad su blanca gasa:
Todo se alumbra en torno; y me parece
Que pasara la luz cuando ella pasa.

Cuando entra, un fragante cinamomo
Parece que en la estancia floreciera:
Todo se alegra y se perfuma, como
Si acabase de entrar la primavera.

Todo el azul del cielo está en sus ojos,
En sus trenzas, el oro de Tholumes
Y entre sus labios húmedos y rojos
Toda la miel y todos los perfumes.

ALEJANDRO PARRA M.

EL CERTAMEN ARTÍSTICO QUERETANO.

En los primeros días del mes pasado, se verificó en Querétaro la distribución de premios á los vencedores en el Concurso Artístico abierto últimamente en aquella ciudad, á iniciativa del Sr. José Germán Patiño, Director de la Academia de Pintura.

La exhibición de las distintas obras de arte, duró del 21 de Diciembre al 1º de Enero, calculándose en más de 5,000 el número de visitantes que en ese período, relativamente corto, recorrieron los salones de la Exposición.

Entre las obras que entraron al concurso, había, convenientemente clasificados, trabajos al óleo, acuarelas, esculturas y dibujos, que fueron muy elogiados. En el ramo de composición original (al óleo) obtuvo el primer premio el Sr. José F. Frías, que presentó el cuadro titulado «La Vocación de San Juan y Santiago;» en el de Paisaje, la señorita Aurora Guevara, y en el de «Acuarela» la señorita Ofelia Montes de Oca. De estos premios, el primero fué ofrecido por el Sr. Gobernador, el segundo por el Sr. Obispo, y el tercero por el Ayuntamiento de Querétaro.

En cuanto al ramo de escultura, se otorgaron recompensas á los Sres. Diego Almaraz Guillén, por un cristo en marfil; y Manuel Muñoz Fuentes, por una «Dolorosa» en blanco; y menciones honoríficas á los Sres. Federico Mosqueda y Braulio Rodríguez.

Además de las personas mencionadas, obtuvieron menciones honoríficas y «accesits» las señoritas Ana y Guadalupe Balvanera, Sofía Alvarez, Aurora y Consuelo Guevara, Herminia Héfferan, Dolores Martínez, Dolores Ruíz y María Gutiérrez, y algunos otros artistas y aficionados.



Asalto entre los jóvenes César Pedrazi y Juan Ruiz Esparza.

La fiesta de distribución de premios se vió concurrida por lo más granado de la sociedad queretana.

En el presente número damos á conocer algunas de las obras presentadas al concurso; prometiendo á nuestros lectores publicar, en las próximas ediciones de «El Mundo Ilustrado» las fotografías de otros de los principales trabajos artísticos.



El Loco de Cristal

—Deténgase, señor, deténgase; ¿no ve que me quiebra? gritó á mi lado una voz angustiosa.

Me volví apresuradamente y me encontré con un hombre, alto, fornido, de mirada inteligente, que se deshacía en ceremoniosas cortesías. Pensé que no era un loco como los demás que acababa de visitar, y le tendí la mano, que él estrechó afectuosamente. Yo, á mi vez, estreché la suya; pero al sentir la presión de mis dedos, mi hombre gritó con el espanto pintado en el semblante:

-No tan fuerte, señor, no tan fuerte, ¿no ve Vd.?; y al mismo tiempo me mostraba una tablilla que llevaba suspendida al cuello, en donde sólo se leía esta palabra: «Fragile.»

—¿Qué significa eso? pregunté en inglés al guardián que me acompañaba.

—Nada, me contestó, que este pobre loco cree ser de vidrio, y ve en cualquiera que se le acerca un peligro para su integridad.

Me simpatizó aquel hombre, y deseando trabar conversación con él, formulé algunas excusas, y le interrogué sobre la manera como se había operado aquella extraña transformación de cuerpo humano en cuerpo de cristal.

-Eso, respondió mi entrevistado, es la cosa más sencilla del mundo, y si Vd. tiene la paciencia necesaria para oirme, se la contaré punto por punto.

Acepté con gusto, y él continuó:

—Vd. quizá no sepa que yo soy un abogado con bufete establecido en la Villa de Ramos...... Pues bien, allí viví con mi familia, tranquilo y feliz, hasta que comenzó á entrarme esta enfermedad. ¿Cómo fué eso, me pregunta Vd.? Pues de la manera más extraña. Un día estaba en mi despacho, abrumado de trabajo, porque aunque trabajaba de la mañana á la noche, nunca conseguí estar descansado, cuando empezaron á venirme unos pensamientos, así, así...... como oscuros...... como los que vienen en el sueño...... Que me iba á convertir en mono de cristal; que ese cambio se iba á operar esa misma tarde; que en aquellos momentos empezaba la transformación... Me vino clara la idea de que allí, á la extremidad del dedo meñique de la mano izquierda, el fenómeno había aparecido ya, y apenas tuve valor para mirar á donde mi conciencia me indicaba.... ¿y qué cree Vd., señor, que encontré? ¡Pues una gota cristalina! La sacudí con espanto; y la gota no cayó; quise arrancarla, y me apercibí con terror inmenso que aquella gota estaba incrustada en mi carne. Creí volverme loco; corrí al lado de mi esposa y mis hijos, manifestándoles mi desgracia, y no me dieron crédito; insistí, les mostré el dedo en que temblaba aquella gota blanca, y me dijeron que nada veían. Me creyeron atacado de enagenación mental, y á pesar de mis protestas de que estaba cuerdo, perfectamente cuerdo, me obligaron á encerrarme en mi cuarto........

* * *

Allí noté la segunda gota de vidrio; era gruesa, como hueso de avellana, y estaba implantada en la precisa base del talón. Ya sabía yo que allí la hallaría: la voz que hablaba dentro de mí me lo había dicho. Llamé á mi familia para mostrarle esta nueva prueba de que no estaba engañado, y sucedió lo que la vez primera: nadie vió aquel cristal que yo tenía delante de mis ojos. Todas las personas que me rodeaban me mi-





ALREDEDORES DE TLALPAM.—Chimalcoyoc.



Chimalcoyoc.

raban de cierto modo, como se mira á un desequilibrado.

Pasaron algunos días sin novedad; pero la noche del último tuve un sueño espantoso.... Soñé que aquellas gotas de cristal se extendían por todo mi cuerpo, creciendo, creciendo......; que invadían mis carnes, que transformaban mi naturaleza, que me convertían, al fin, en un mono de cristal....... Era de seguro la voz de mi conciencia la que hablaba así, esa voz que de todo me advertía y todo adivinaba...... Y adivinó en esto, como en lo demás, porque al día siguiente el sueño había empezado á realizarse: las gotas de cristal crecieron, crecieron.........; y primero las manos y los pies, y luego los brazos y las piernas, y después todo el cuerpo, se hicieron cristalinos; si se puede leer con ellos, como con unos lentes.........

Ahora ya siento el frío del vidrio aquí, cerca del corazón........ Y nadie quiere creerme, señor, nadie; todos me dicen que son preocupaciones. Al médico de Villa de Ramos fué al primero que se le ocurrió ese diagnóstico y después lo han seguido todos los demás....... ¡Los médicos! ¡qué saben los médicos de mi enfermedad! Han llegado á decir que estoy loco y me han traído á esta casa y entre personas extrañas para que cure.

—¿Y sufre Vd. mucho? pregunté compadecido de aquel hombre.

—¡Ah, lo indecible! me contestó. ¡No puede Vd. imaginárselo! Eso de tener siempre que andar cuidando esta caja de cristal........ Que aquí un mal paso; que allá un golpecito cualquiera; que acullá un descuido de algún transeunte...... Por esto último me he puesto esta tablilla....... Y á pesar de tantas precauciones no siempre salgo bien librado: ¿ve Vd. esta oreja sin su lóbulo? Pues fué un moscardón, señor, un simple moscardón: pasó volando tan de recio y tan cerca de mí, que no pude evitarlo: el animal chocó contra mi oreja y se llevó el lóbulo; como todo es puro cristal.........

No pude menos de sonreírme de las ideas de aquel hombre, y por decirle algo, le pregunté:

—¿Y no se alivia Vd.? ¿no tiene Vd. esperanzas de curar?

—¿Aliviarme? ¿Con qué? Los médicos me recetan bromuros, ejercicios, baños........ ¡tonterías! ¡algo han de hacer! ¿Curarme? Ya no creo en mi curación. Poco á poco me voy haciendo enteramente de vidrio y eso no tiene remedio. Mis manos, mis brazos, mis hombros, toda la cabeza, los pies, las piernas, los muslos... ¿qué queda? Apenas el tronco, el pedacito donde está el corazón; ese rinconcito querido es lo único que está todavía sano; pero la ola de cristal avanza y pronto no quedará nada; hasta esa islita de carne que todavía hay en mi pecho desaparecerá, y entonces.... entonces seré cadáver.

Sonó en aquellos momentos la campanilla llamando á los enajenados al refectorio, y el buen hombre se despidió, diciéndome con triste sonrisa:

—Nos llaman; hasta que llegue la hora, es necesario alimentarse. Con permiso de Vd....

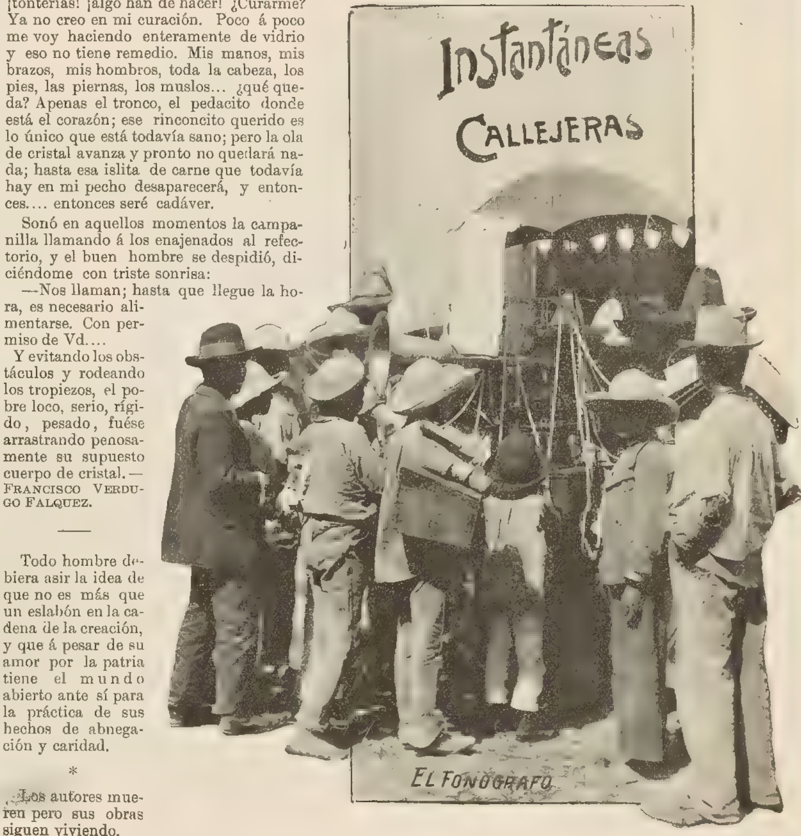
Y evitando los obstáculos y rodeando los tropiezos, el pobre loco, serio, rígido, pesado, fuése arrastrando penosamente su supuesto cuerpo de cristal.—FRANCISCO VERDUGO FALQUEZ.

———

Todo hombre debiera asir la idea de que no es más que un eslabón en la cadena de la creación, y que á pesar de su amor por la patria tiene el mundo abierto ante sí para la práctica de sus hechos de abnegación y caridad.

*

Los autores mueren pero sus obras siguen viviendo.



El cumpleaños de Guillermo II.

BRILLANTES FIESTAS.

La Colonia alemana residente en México, celebró el martes último el cumpleaños del Emperador Guillermo II, con diversos juegos de sport que se efectuaron en el Hipódromo de Peralvillo, por la mañana, y con un suntuoso baile dado la noche de ese mismo día en los salones del Círculo alemán.

«El Imparcial» publicó la crónica pormenorizada, tanto del baile como de los juegos, y, por lo mismo, sólo nos limitamos á consignar en nuestras columnas las notas más salientes de las fiestas.



Desfile de los miembros del Orfeón Alemán, frente á las tribunas.

Lo que más llamó la atención de la escogida concurrencia que llenaba las tribunas de Peralvillo, fué, á no dudarlo, la serie de ejercicios gimnásticos hechos por los miembros del orfeón alemán, y los partidos de pelota, á mano limpia y con cuerda, en los cuales tomaron parte caballeros pertenecientes al Club de gimnasia, dividido en dos grupos: «blancos» y «negros.» El primer torneo tardó cuarenta minutos y el segundo veinte, resultando vencedores en uno y otro los «blancos.» Estos juegos, que por primera vez se ven en México, excitaron vivamente la curiosidad del público, que aplaudió entusiasmado aquel derroche de agilidad.

Los juegos cíclicos consistieron en vistosos ejercicios á paso lento y en una carrera á 1,600 metros, que resultó muy interesante. La de automóviles fué á tres millas inglesas, y la de caballos á 500 y 1,200 metros. De las dos últimas, la primera fué ganada por lós caballos «Toxca,» «Ponciano» y «Perker» y la segunda por el «Rayo,» el «Emigrant,» el «Sol» y «Old Boy.»

La señora baronesa de Flœcker, esposa del señor Secretario de la Legación de Alemania, distribuyó las recompensas otorgadas á los vencedores, de la manera siguiente: Al señor Schmidt medalla de oro, como director de las evoluciones en bicicleta.—Al Club Atlético, una estatua de bisquit, por los juegos de pelota.—A los que ganaron la carrera en bicicleta, un busto en bronce de Guillermo II, y una purera.—Al vencedor en la de automóviles, una garrafa de plata y un bastón.—Finalmente, los corredores á caballo fueron premiados con un estuche para viaje, una licorera, una ponchera y unos gemelos de oro.

A la una y media de la tarde terminó la simpática fiesta, dejando entre los concurrentes los más gratos recuerdos.

***

El Casino alemán, donde debía celebrarse el baile, estaba primorosamente



La concurrencia en Peralvillo.



Evoluciones en bicicleta.

adornado con flores, banderas y ricas colgaduras. En uno de los muros, se destacaba el busto del Emperador, y en el opuesto, un buen retrato del señor General Díaz.

El señor Presidente de la República se presentó en el Casino á las diez de la noche, hora en que comenzó el baile, y en que los salones estaban ya ocupados por una concurrencia tan numerosa como distinguida. Damas y caballeros de todas las colonias extranjeras y de la mejor sociedad mexicana, se dieron cita en el aristocrático Casino.

Durante el baile, que se prolongó hasta el amanecer, la animación y la cordialidad no decayeron un solo momento. A la media noche se sirvió á los convidados una cena, pronunciando el señor barón Von Heyking un entusiasta brindis, lleno de cariñosas frases para el señor General Díaz. El Primer Magistrado correspondió á ellas con la galantería y la sinceridad que son en él características, y terminó su alocución proponiendo un brindis por Guillermo II, por la Colonia alemana y por las damas allí reunidas.

Los organizadores de los festejos á que nos referimos, deben estar satisfechos del brillante resultado obtenido.



Ejercicios gimnásticos.



La carrera de automóviles.

—La limosna no hace más que tapar la boca á la miseria; el trabajo y la economía la extirpan de todo el pueblo.

ELLA

¿Pero existe? Quizás. En ocasiones
me parece que sí, y en mi deseo
toma formas humanas, y la veo
con todas sus hermosas tentaciones.

¡Ensueño, así!en mi espíritu te impones!
Y al llevarme á la orilla del Leteo,
callas de mi razón el clamoreo
y miro palpitar mis ilusiones!

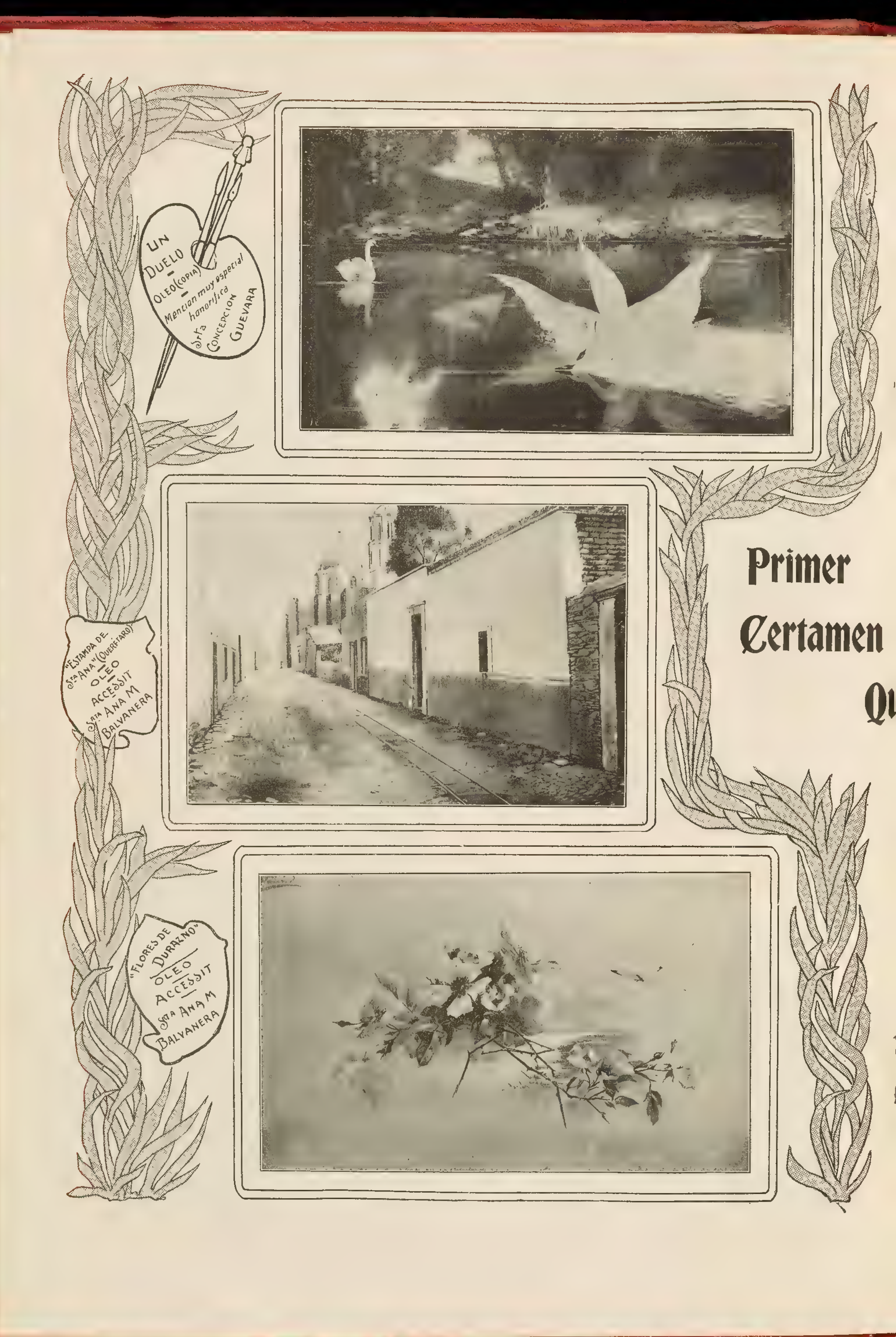
¡Ficción ó realidad, qué importa! ¡Es ella!
La que á mi cuerpo miserable envía
algún vigor para el combate diario;

la que me inunda en luz como una estrella,
y me hará bendecir en mi agonía
al Cristo del perdón y del calvario!

FRANCISCO CHACÓN.



Los automóviles.


Un
Duelo
Oleo (copia)
Mencion muy especial honorifica
Srta Concepcion Guevara
"Estampa de Sta Ana" (Queretaro)
Oleo
Accessit
Srta Ana M Balvanera
"Flores de Durazno"
Oleo
Accessit
Srta Ana M Balvanera
Primer
Certamen


Artístico
ueretano.
VOCACION DE SAN JUAN Y SANTIAGO PREMIO Sr. JOSE FRIAS Y FRIAS
VISTA DE Sn ISIDRO ACCESSIT Srta ANA M BALVANERA
VIOLETAS ACCESSIT Srta ANA M BALVANERA



Mazatlán, en 1840.

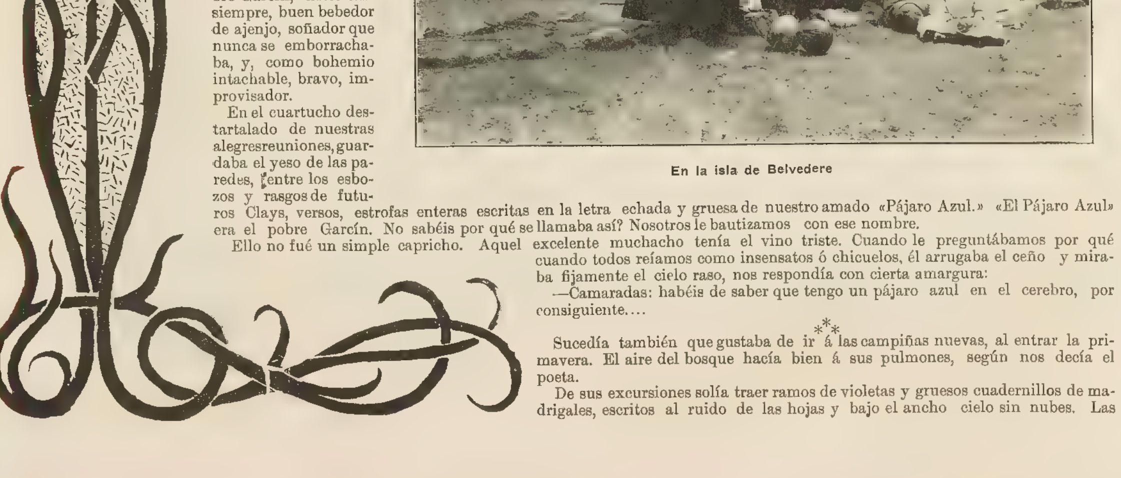
MAZATLAN MODERNO.

En el presente número damos á conocer un grabado que representa lo que era Mazatlán hace medio siglo: un grupo de jacales, y otros en que puede apreciarse su rápido progreso y su desarrollo. Actualmente hay en el puerto multitud de edificios particulares que lo hermosean, buenos templos, y dos plazas de toros; un mercado—el «Romero Rubio»—que satisface ampliamente las necesidades de la población, y una plaza recientemente inaugurada que ocupa el sitio más céntrico.

Entre sus paseos principales, se cuentan el de las «Olas Altas» y el del jardín «Machado», que son los preferidos. Las fiestas del Carnaval, que se celebran allí hace muchos años y que ahora, por la epidemia, se han suspendido, son muy notables: á ellas concurren familias de Culiacán, el Rosario, Tepic y otras poblaciones del occidente del país.



Las "Olas Altas".



El Pájaro Azul

París es un teatro divertido y terrible. Entre los concurrentes al café Plombier, buenos y decididos muchachos pintores, escultores, escritores, poetas–sí, todos buscando el viejo laurel verde ¡ninguno más querido que aquel pobre Garcín, triste casi siempre, buen bebedor de ajenjo, soñador que nunca se emborrachaba, y, como bohemio intachable, bravo, improvisador.

En el cuartucho destartalado de nuestras alegres reuniones, guardaba el yeso de las paredes, entre los esbozos y rasgos de futuros Clays, versos, estrofas enteras escritas en la letra echada y gruesa de nuestro amado «Pájaro Azul.» «El Pájaro Azul» era el pobre Garcín. No sabéis por qué se llamaba así? Nosotros le bautizamos con ese nombre.



En la isla de Belvedere

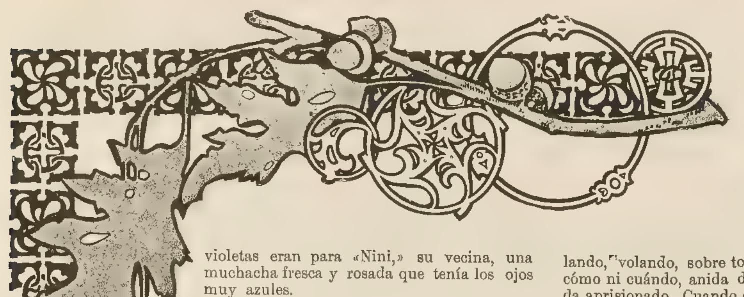
Ello no fué un simple capricho. Aquel excelente muchacho tenía el vino triste. Cuando le preguntábamos por qué cuando todos reíamos como insensatos ó chicuelos, él arrugaba el ceño y miraba fijamente el cielo raso, nos respondía con cierta amargura:

—Camaradas: habéis de saber que tengo un pájaro azul en el cerebro, por consiguiente....

* * *

Sucedía también que gustaba de ir á las campiñas nuevas, al entrar la primavera. El aire del bosque hacía bien á sus pulmones, según nos decía el poeta.

De sus excursiones solía traer ramos de violetas y gruesos cuadernillos de madrigales, escritos al ruido de las hojas y bajo el ancho cielo sin nubes. Las



violetas eran para «Nini,» su vecina, una muchacha fresca y rosada que tenía los ojos muy azules.

Los versos eran para nosotros. Nosotros los leíamos y aplaudíamos. Todos teníamos una alabanza para Garcín. Era un ingenio que debía brillar. El tiempo vendría. Oh, el pájaro azul volaría muy alto· Bravo ¡bien! Eh, mozo, más ajenjo!

***

Principios de Garcín:

De las flores, las lindas campánulas.

Entre las piedras preciosas, el zafiro. De las inmensidades, el cielo y el amor, es decir, las pupilas de Nini.

Y repetía el poeta: creo que siempre es preferible la neurosis á la imbecilidad.

A veces Garcín estaba más triste que de costumbre.

Andaba por los boulevares, veía pasar indiferente los lujosos carruajes, los elegantes, las hermosas mujeres. Frente al escaparate de un joyero sonreía: pero cuando pasaba cerca de un almacén de libros, se llegaba á las vidrieras, husmeaba, y al ver las lujosas ediciones, se declaraba decididamente envidioso, arrugaba la frente, para desahogarse volvía el rostro hacia el cielo y suspiraba. Corría al café en busca de nosotros, conmovido, exaltado, casi llorando, pedía un vaso de ajenjo y nos decía: —Sí, dentro de la jaula de mi cerebro está preso un pájaro azul, quiere su libertad.........

***

Hubo algunos que llegaron á creer en un descalabro de razón.

Un alienista á quien se le dió noticia de lo que pasaba, calificó el caso como una monomanía especial. Sus estudios patológicos no dejaban lugar á duda. Decididamente, el desgraciado Garcín estaba loco.

Un día recibió de su padre, un viejo provinciano de Normandía, comerciante en trapos, una carta que decía lo siguiente, poco más ó menos:

«Sé tus locuras en París.—Mientras permanezcas de ese modo, no tendrás de mí un solo SOU. Ven á llevar los libros de mi almacén, y cuando hayas quemado, gandul, tus manuscristos de tonterías, tendrás mi dinero.»

Esta carta se leyó en el café Plombier.

—Y te irás?

—No te irás?

—Aceptas?

—Desdeñas?

Bravo Garcín! Rompió la carta y soltando el trapo á la vena, improvisó unas cuantas estrofas, que acababan si mal no recuerdo:

sí, seré siempre un gandul,
lo cual aplaudo y celebro,
mientras sea mi cerebro
jaula del pájaro azul!

Desde entonces Garcín cambió de carácter. Se volvió charlador, se dió un baño de alegría, compró levita nueva, y comenzó un poema en tercetos titulado, pues es claro: «El Pájaro Azul.»

Cada noche se leía en nuestra tertulia algo nuevo en la obra. Aquello era excelente, disparatado, sublime.

Allí había un cielo muy hermoso, una campiña muy fresca, países brotados como por la magia del pincel de Corot, rostros de niños asomados entre las flores; los ojos de Nini, húmedos y grandes; y por añadidura, el buen Dios que envía volando, volando, sobre todo aquello, un pájaro azul que sin saber cómo ni cuándo, anida dentro del cerebro del poeta, en donde queda aprisionado. Cuando el pájaro canta, se hacen versos alegres y rosados. Cuando el pájaro quiere volar y abre las alas y se da contra las paredes del cráneo, se alzan los ojos al cielo, se arruga la frente y se bebe ajenjo con poca agua, fumando además por remate un cigarro de papel.

He aquí el poema.

Una noche llegó Garcín riendo mucho y sin embargo muy triste.

***

La bella vecina había sido conducida al cementerio.

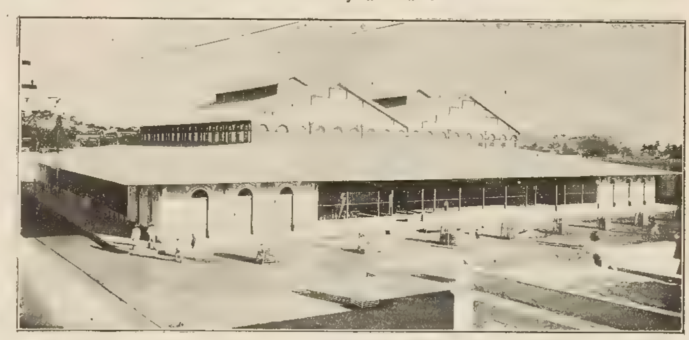
—Una noticia! una noticia! Canto último de mi poema. Nini ha muerto. Viene la primavera y Nini se va. Ahorro de violetas para la campiña. Ahora falta el epílogo del poema. Los editores no se dignan siquiera leer mis versos. Vosotros muy pronto tendréis que dispersaros. Ley del tiempo. El epílogo, debe titularse así: «De cómo el pájaro azul alza el vuelo al cielo azul.»

***

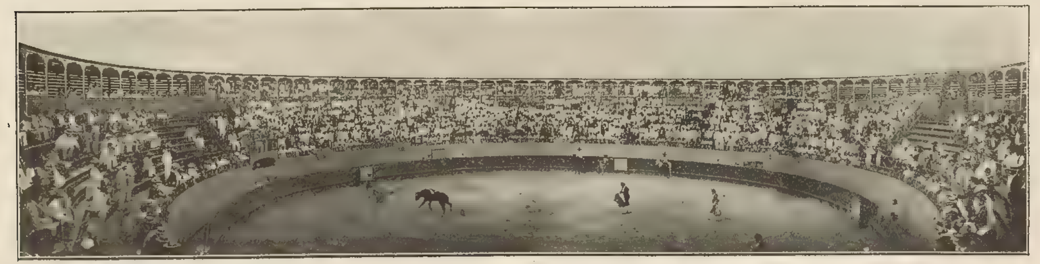
Plena primavera! Los árboles florecidos, las nubes rosadas en el alba y pálidas por la tarde: el aire suave que mueve las hojas y hace



El muelle y la Aduana.



MAZATLAN.—El Mercado "Romero Rubio."



Una corrida de toros en Mazatlán.

aletear las cintas de los sombreros de paja, con especial ruido! Garcín no ha ido al campo.

Hele aquí, viene con traje nuevo, á nuestro afamado café Plombier, pálido, con una risita triste.

—Amigos míos, un abrazo! Abrazadme todos, así, fuerte: decidme adiós, con todo el corazón, con toda el alma...... El pájaro azul vuela.........

Y el pobre Garcín lloró, nos estrechó, nos apretó las manos con todas sus fuerzas y se fué.

Todos dijimos: Garcín, el hijo pródigo, busca á su padre, el viejo normando.—Musas, adiós; adiós, gracias. Nuestro poeta se decide á medir trapos! ¡Eh! Una copa por Garcín!

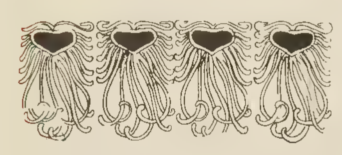
***

Pálidos, asustados, entristecidos, al día siguiente todos los parroquianos del café Plombier, que metíamos tanta bulla en aquel cuartucho destartalado, nos hallamos en la habitación de Garcín. El estaba en su lecho, sobre las sábanas ensangrentadas, con el cráneo todo roto de un balazo. Sobre la almohada había fracmentado de masa cerebral. Qué horrible!

Cuando repuestos de la primera impresión, pudimos llorar ante el cadáver de nuestro amigo, encontramos que tenía consigo el famoso poema. En la última página, había escritas estas palabras: Hoy, en plena primavera, dejo abierta la puerta de la jaula al pobre pájaro azul.

Ay Garcín, cuántos llevan en el cerebro tu misma enfermedad!

RUBEN DARIO.



ROSAS

El alma de las niñas que se mueren
de amar sin esperanza,
es el aroma delicado y puro
que esconde el cáliz de las rosas blancas.

De la mujer ardiente, apasionada,
que mata el desengaño,
habita el alma rosas encendidas,
su embriagadora esencia derramando.

Y cuando yo me muera, sé de cierto
que la pobre alma mía
á perfumar irá de entre las flores
la más roja de toda la campiña.

JULIA.

Oficiales Mexicanos en el Ejército Alemán

Con autorización de la Secretaría de Guerra y Marina, salieron rumbo á Europa los Sres. Capitán Gustavo A. Salas y Teniente Nicolás Martínez, oficiales del Ejército que, por una señalada distinción del Emperador de Alemania para el Gobierno mexicano, van á incor-



Capitán Gustavo A. Salas.

porarse á uno de los regimientos del Imperio.

Los oficiales á que hacemos referencia son demasiado conocidos en los círculos militares como inteligentes y estudiosos, y es seguro que durante su permanencia en Alemania realiza-



Fots. Valleto.

Tte. Nicolás Martínez.

rán grandes y positivos progresos en el ramo á que se dedican.

En cuanto á la deferencia con que el Kaiser honra, una vez más, á México, habla muy alto en pro de las buenas relaciones que existen entre los dos países.

GUITARRISTA

Entre el silencio, y la quietud, y el frío
De la vieja ciudad, como un fantasma,
Bajo el ojo doliente de la luna,
Algunas madrugadas
El músico bohemio, el que tocando
En sucio bodegón la vida gana,
Cruza las calles cabizbajo, solo,
Llevando entre las manos su guitarra.

*

Del viejo y melancólico instrumento
Maquinalmente arranca,
A veces notas ágiles y limpias,
A veces notas lúgubres y largas:
Salpican el silencio aquellas notas
Que por entre sus dedos se desgranan:
Unas ascienden por el éter húmedo ,
Otras ruedan al suelo como lágrimas,
Y otras van á esconderse temblorosas
Como en una caverna entre la caja.

*

La guitarra es su amante. Aquel bohemio
Por ella diera el alma,
Por ella vive, y morirá con ella
Entre las yertas manos agarrada.
En esas horas quietas
Que preceden al alba,
Cuando con dulce mano cariñosa
Acaricia sus formas torneadas,
Y contra el pecho aprieta el alto y duro
Pecho de la guitarra,
Como presa de extraño calofrío
«Ella,» febril, convulsa, apasionada,
Tiembla bajo la mano del artista,
Vibran sus carnes y sus nervios saltan,
Los bordones azotan el silencio,
El cobre grita y el acero canta.

*

Por los trastes, que fingen
Una tendida escala,
Los arpegios sonoros y las notas
Circulan, suben, bajan....
Se agitan, se columpian,
Corren, giran, se paran,
Y como inquieta tropa de funámbulos
Alegres ríen y en las cuerdas bailan.

*

Y las clavijas—postes telegráficos—
Por la corriente eléctrica agitadas,
Sienten que por los trémulos alambres
Circulan amorosos telegramas
Escritos en la clave misteriosa
En que los dos enamorados hablan.

*

Testigos de la escena:
La luna triste, las estrellas blancas,
Los perros que en las calles merodean
Y los serenos que la villa guardan.

*

Por fin, cuando la aurora se presenta,
Y los astros se apagan,
Y se despierta la ciudad, y asoman
Las gentes por las calles solitarias,
Con el cansancio aquel que sigue siempre
Al éxtasis de amor, ya fatigadas
Las manos y la mente, suelta el músico
A su fiel compañera, que se agarra
De su cuello y solloza, y se estremece
Con un furor de loca enamorada....

*

Así concluye el misterioso idilio,
Y aquella fugitiva serenata
Es el epitalamio de las bodas
Del músico bohemio y su guitarra!

CLIMACO SOTO BORDA.



Mazatlán en Semana Santa.



MAZATLAN.—Plaza de la República.

PROPINA.

En la pared de mi alcoba duerme un reloj viejo comprado por diez céntimos, un día de nieve á una pobre hembra demacrada que cruzó por mi calle llevando en los brazos el fruto de un amor desleal.

Hace mucho su negro minutero señala eternamente una hora, una hora misma, y es á mi antojo como una mano desconocida que mostrase allá lejos algo cabalístico y cruel.

El minutero señala eternamente las nueve, y esa hora maligna parece haber sido en mi existencia la destinada á mirar sucederse la cadena de mis infortunios.

Eran las nueve de la mañana cuando dejé mis lares patrios por ir tras los besos crueles que matan muy dulcemente.

Eran las nueve de la noche cuando Beatriz me abandonó, en tanto que yo, con unos buenos camaradas que hacían versos tristes y cantaban cantinelas alegres, hablaba de la fidelidad de las mujeres en una de las puertas del «boulevard.»

Eran las nueve de la mañana cuando un viejo enemigo me trató de burgués.

Y eran las nueve de la noche cuando cerré los ojos moribundos á la casera que los días de fiesta me daba pechera limpia y cuellos nuevos.

Ahora, no os extrañe, hermosa niña, que cada vez que cruza por mi calle una pobre hembra demacrada llevando en los brazos el fruto de un amor desleal, deposite cuidadosamente en su mano huesosa una moneda de diez céntimos, sea ó no día de nieve.

Anoche, no os extrañe, hermosa niña, vendí mi gabán único, que tanto he amado, por tener diez céntimos que depositar cuidadosamente en la mano huesosa de una pobre hembra demacrada que cruzó por mi calle llevando en los brazos el fruto de un amor desleal.

CHARLES BAUDELAIRE.

Lo que el hombre sabe es nada en comparación de lo que ignora.

***

La educación es el aprendizaje de la virtud; la instrucción es el aprendizaje de la ciencia.

***

La liberalidad no consiste en dar mucho, sino dar en ocasión oportuna.



MERCADOS DE LA CAPITAL.—La Merced.



MI BARQUILLA.

I

Tiene en la mano un arpa laureada
y cíngulo de estrellas en la frente;
vaga en el éter, y su huella ardiente
fija inmortales formas en la nada.

Tiende el «velo de Maya» y hechizada
la realidad transfigurar se siente;
Hebe del alma, un vino fervescente
le escancia que sus penas anonada.

¡Ah! Vuelve á mí tus ojos, Poesía,
y el jugo suave de la flor del loto
vierte en el cáliz que me diste un día,

ahora de acíbar rebosante y roto.
¡Sirena, ven! Y la barquilla mía
lleva cantando á su ancladero ignoto.

II

Serenamente la barquilla mía
surca en el mar su fijo derrotero.
Boga al ocaso el lánguido remero
y ya le alumbra Véspero la vía.

Siento acercarse, tenebrosa y fría,
la noche sin mañana y sin lucero.
¡Oh, tú, la maga de mi amor primero,
baja á mi barca para ser su guía!

Adiós, cielos sin sol, campos sin rosas,
y al cabo, adiós infieles compañeras,
Razón y Fe, lumbreras engañosas!

¡Barquera, ven! Tus notas plañideras
me lleven por escalas melodiosas
al concierto de amor de las esferas.

1903.

RICARDO DEL MONTE.



LA TEMPORADA EN ORRIN.—Miss Dounie, notable ecuestre.

LA INSTITUTRIZ.

NOVELA POR ESTER DE SUZE.--ILUSTRACIONES DE SIMONT.

TRADUCCION DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

(CONTINÚA.)

A medio día, antes de reanudar el trabajo, si hacía mal tiempo, ayudaba á las discípulas en la clase misma, y sentía placer en dejarme rodear de su dulce simpatía, en permitir cierta familiaridad sana y agradable entre su inteligencia y la mía.........

O bien, si hacía buen tiempo, salía invitada por el sol espléndido de esas regiones. Era para mí una fiesta!

Montones de nieve, en las colinas y en los campos, sin un pliegue, sin una arruga, me llenaban de encanto. Arrebujada en mi chaquetilla negra, con las manos hundidas en el manguito, los ojos llorando de frío, andaba con garbo, pisando fuerte para entrar en calor, caminaba como envuelta en la ligereza de la atmósfera.

Mis ojos no se saciaban de tanta blanqueza y tanta calma. Sonreía al espacio, á las bandadas de cuervos que pasaban muy alto, en un cielo tan limpio como la nieve del campo...... Sonreía á los pocos campesinos que encontraba y que me interpelaban irónicamente á propósito de la rubicundez de mi nariz.

—Ah! Ah! Señorita! Se diría que está V. probando nuestro clima!

—Sí, amigos míos; estoy probándolo! Y me gusta mucho este clima; muchísimo!

Con el aliento apresurado á causa de la rapidez de mis pasos, contestaba con esas solas palabras, sonriendo y saludando con una inclinación de cabeza. Y seguía adelante, con las mejillas encendidas, la sangre hirviente, el rostro deliciosamente azotado por el cierzo.

XIII

Algunas veces encontraba yo á la vieja Victorina. Trataba de saludarla con afecto, pero ella me respondía, encogiéndose de hombros, alguna frase profunda que me dejaba pensativa.

—Siga, siga V. su camino, señorita! Yo le responderé más tarde, cuando haya visto lo que V. vale!

Un día, quise hacerla hablar más. La detuve.

—Le ruego, Victorina, que me explique el significado de sus palabras.

Ella insistió en su frase, siguió su marcha y me dejó plantada, en el camino, llena de presentimientos vagos......

Jamás veía ni encontraba yo á otra persona. Habría podido decir los nombres de todos los que me saludaban al pasar. El Sr. Raibert también se me presentaba; pero raras veces: algunos domingos cuando él asistía á misa—lo cual, por otra parte, era muy raro—ó bien en nuestro camino, sembrado de arbustos, que sólo á nosotros pertenecía, puesto que iba de un lado á la casa del alcalde, y por el otro á la escuela. El se descubría rápidamente; yo le saludaba con deferencia, puesto que era el alcalde: eso era todo.

La idea más remota de que yo pudiese interesarle en lo más mínimo, me habría dejado estupefacta. Jamás, desde el día siguiente de mi llegada, me había dirigido la palabra.

En cuanto á la señora de Raibert, pregunté al señor cura si debería hacerla una visita; pero él me indicó desde luego que ella no gustaba de trabar relación con nadie, que no sabría apreciar mi cortesía; en fin, que valía más desistir de la visita. Yo consentí fácilmente en ello.

Sucedía también que al salir de misa, alguna mamá se me acercaba para pedirme noticias de su hija. Más tímida que ésta, la mujer hablaba poco, y ruborizándose me decía que de buena gana me invitaría á ir el jueves á su quinta; pero que «su hombre» era tan rudo, que ella no se atrevía á invitarme. Muchas se encontraban en este caso; otras vivían demasiado lejos.

—El próximo verano había que venir á nuestra casa, señorita. Nos daría mucho gusto verla allí.

Yo daba las gracias á unas y otras sin desdén, pero sin el menor deseo de trabar amistad con nadie.

XIV

Sin embargo, se había formado una verdadera amistad entre el señor y la señora Albert, los profesores de Pinet, y yo. Estaban casados: él atendía la escuela de varones del lugar, y ella la de niñas; ese matrimonio joven no permanecía encerrado en su aldea, á pesar del invierno, sino que hacía frecuentes expediciones en un trineo alquilado, que guiaba el esposo, haciendo sonar ruidosamente el látigo.

Un jueves los sorprendió una tempestad y se detuvieron en mi casa, pidiéndome un vaso de vino caliente, por humanidad y por compañerismo. Inteligentes, alegres, llenos de vida y de gracia, me agradaron los dos jóvenes. Ella era de Gardamira, cerca de Marsella; él de los Bajos Alpes.

La primera vez su visita fué corta; pero algunos jueves más tarde, volvieron á visitarme; trayéndome ella un pastel que había confeccionado. Ella se hizo de confianza mientras el esposo iba á recorrer el jardín y la bodega; ella me refirió su noviazgo, el empleo de ambos en Pinet, donde vivían de amor y de trabajo, y me pintó la casita nueva de la escuela, que amaban tanto como si fuese de ellos.

Regresó el joven trayendo un haz de ramas secas.

—He encontrado esto por allí, señorita. ¿Lo quiere usted para su fogón?

—Lo que es la costumbre—exclamó la joven riendo. —Como es él quien se ocupa de esto en nuestra casa, cree que aquí también será lo mismo.

Me eché á reír con ellos, y recibí las ramas secas, diciendo, extrañamente impresionada:

—¡Deje usted! Es un verdadero servicio...... ¡Cuántas veces me falta un poco de leña!

El quedó contento, y me preguntó si en algo más podía serme útil. Y cuando su esposa me decía:

—¿Entonces no la veremos á usted por allá hasta el próximo verano, María Teresa?

El, sin saber el mal que podía hacerme, le dijo:

—¡Eh, hija! La señorita no tiene á nadie que la ponga como á ti en el trineo y la lleve por dondequiera. ¿O quieres que vaya á pie de Chavoux á Pinet?

—Es verdad. ¡Usted está sola, querida señorita!

La joven se puso en pie, me estrechó las manos al despedirme y me acarició con una mirada compasiva. Sentí vago rencor hacia aquel que me había hecho recordar mi soledad absoluta.

El joven instaló á su mujercita en el trineo, la cubrió con un abrigo, me dijo adiós é hizo chasquear su fuete. Partió el trineo, dejando tras sí una nube de polvillo de nieve.

***

Regresé á mi saloncito, que me pareció muy vacío; pero esto duró poco. Mi soledad no me pesaba aún; más bien me agradaba, ó quizá ya no la sentía.

El cura, que me estrechaba la mano todos los domingos, y hundía sus ojos de confesor hasta el fondo de los míos, podía aún sondearme con su mirada terrible.

Amaba yo mi apacible habitación, sin desear nada fuera de ella. Mis amigos de Pinet no regresaron; sólo me escribieron dos ó tres veces, diciéndome que aguardaban mi visita al llegar la primavera. Era todo. Estaba yo absolutamente sola!

Solo Phrasia me veía con frecuencia. La buena mujer parecía tenerme gran cariño. Desde mi arribo, había ella tomado la costumbre de hacerme mis compras cuando hacía las suyas. Se detenía al pie de la ventana de la clase y llamaba. Abría yo; le daba mi pequeña lista y el dinero.

Si las niñas, ocupadas en un trabajo ya señalado, me daban tiempo, Phrasia por fuera y yo por dentro, teníamos una corta charla en voz baja.

Las golondrinas, en otros años habían anidado bajo el techo de la escuela. Phrasia me daba consejos sobre lo que debía hacer para que en la primavera próxima regresasen allí mismo las golondrinas.

Ella me hablaba todavía de la criada de M. Broadel—el cura—su rival en felicidad, á los ojos de la población: la una, declarando que estaba mejor en casa del señor cura que en la del señor alcalde, y la otra sosteniendo lo contrario.

—Y sin embargo, no hay comparación! me decía Phrasia con cómica importancia. —En casa de un cura se fastidia una mortalmente.—Después...... debe una recibir á gentes de poco más ó menos á quienes aloja el santo varón. Sé algo de eso, yo, que durante largo tiempo estuve colocada en casa del Abate Chavard, de San Román. Ah! Aquello acabó por cargarme, se lo aseguro! No me hablaba dos palabras semanales. Siempre correteando por los caminos, cuando no modelando figurillas de barro. No digo yo que el trabajo sea feo: al contrario! Si hasta ha ganado medallas de oro en una exposición de Grenoble; y yo, á fuer de ignorante, me quedaba pasmada de que pudiese hacer tan bellas vírgenes y tan bellos Jesuses....... Pero ¡diablo! prefiero la casa del señor Raibert. La señora tiene mal carácter, no hay para qué ocultarlo, pero, con todo, es agradable. Y el señor lo mismo. Y se come bien. Y á veces reímos durante las veladas del invierno, Mión, la otra criada y yo. La charlatana no hubiera acabado nunca.



A veces me ocurría interrumpirla, interesada por algún detalle que me llamaba la atención.

—¿Modela, pues, figuras en barro el Abate Chavard? Se podrán ver?

—¿Por qué? Yo la llevaré, si Ud. quiere. Le dará mucho gusto al pobre Abate. ¡Parece fastidiarse tanto el pobre, allá arriba!

Ella quería contarme la soledad del Abate....... Pero mis niñas se agitaban en la clase.

—La dejo, mi buena Phrasia, veo que ellas han acabado su ejercicio.

Cerré la ventana. Dedicada á mis niñas, se me olvidaron las golondrinas, los yesos del Abate Chavard, las historias de tantas institutrices de los alrededores, que Phrasia comenzaba siempre, sin llegar jamás á concluirlas.

—Sus cuadernos de dictado, señoritas!

Las dulces caritas de líneas curvas, las buenas mejillas frescas, se inclinaban estudiosamente sobre los cuadernos abiertos.

Yo dictaba lentamente.

Las plumas rasgueaban. Daba el sol contra los vidrios. A veces en el fondo de mi jardín, precisamente en el momento en que hacia él dirigía mis miradas, los espesores de la nieve se fundían á los rayos del sol.

Yo amaba el prodigio que realizaba la luz, fundiendo los lechos inmaculados.

Mi corazón, á fuerza de paz, me parecía fundirse también como aquella nieve, bajo la acción de un suave calor.

En tanto que las niñas repasaban su trabajo, mi cerebro se oaupaba de combinar el orden de las ocupaciones que venían después: «cómo hacer el almuerzo; dar una puntada al crespón de mi corpiño, que estaba descosido; las muestras que pondría en hermosa letra inglesa, en los cuadernos de las niñas, para la lección del día siguiente; una carta al señor y á la señora de Cairol; y esto, y aquello......... tenía yo tiempo para todo?

Mi frente se erguía, orgullosa de tanto trabajo.

—Ya repasamos, señorita.

—Comience Ud., pues, Rosalinda. A ver la primera frase.

La pequeña obedecía. Su voz infantil, vacilante, me encantaba.

Los días demasiado cortos me dejaban desconsolada por no haber tenido tiempo suficiente. Vivía en una especie de plenitud ó de inconsciencia infinitamente agradable.

Un día, me pareció que despertaba......... Lo noté un domingo, al atardecer.........

(CONTINUARÁ.)



LA "FOSFATINA FALIERES" es el alimento más grande y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses, y particularmente en el momento del destete y durante el período del crecimiento. Facilita mucho la dentición; asegura la buena formación de los huesos; previene y neutraliza los defectos que suelen presentarse al crecer, é impide la diarrea, que es tan frecuente en los niños. —PARIS, 6 AVENUE VICTORIA, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.



Racahout de los Arabes Delangrenier

El mejor alimento para los niños

ASMA
OPRESION
CATARRO

CURACION pronta y asegurada con los polvos antiasmaticos y los CIGARROS GAMBIER

COQUELUCHE

Tratamiento racional é infalible por Fumigaciones con los

POLVOS FUMIGATORIOS GAMBIER

PARIS — 208 bis, Fg St-Denis

México: J. LABADIE, Sucs y Cía; — J. NIHLEIN.

El cabello espeso y lustroso pertenece á la juventud, el cabello claro y ajado á la vejez. ***El Vigor del Cabello del Dr. Ayer*** devuelve el color juvenil y pondrá el cabello de usted, suave, lustroso, rico y abundante. Mantendrá el cuero cabelludo limpio de caspa é impedirá que su cabello caiga.

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer da al cabello aquella apariencia sedosa y lustrosa tan natural en la primera edad. Para la mujer es el adorno de la hermosura juvenil.

En ningún caso deja de restaurar el color natural del cabello.

Preparado por el DR. J. C. AYER & CO., Lowell, Mass., E. U. A.

Lo venden las farmacias y los tratantes en perfumería ó artículos del tocador.



ASMA y CATARRO



Curados por los CIGARRILLOS ó el *POLVO* **ESPIC.**

Opresiones. Tos, Reumas, Neuralgias

En todas las buenas Farmacias.

Por mayor: 20, rue St Lazare, Paris.

Exigir esta Firma sobre cada Cigarrillo

HIERRO QUEVENNE

Aprobado por la ACAD. de MEDICINA de PARIS

El más activo y económico, el único Hierro inalterable en los paises cálidos

Cura: **Anemia, Clorosis, Debilidad**

Exigir el *Sello* de la "*Union des Fabricants*"

14, Rue des Beaux-Arts, PARIS



Se obtiene un

HERMOSO PECHO

por medio de las **Pilules Orientales** que en 2 meses **desarrollan y endurecen** á los **senos**, hacen desaparecer las salidas huesosas de los hombros y dan al Busto una graciosa lozanía. Aprobadas por las eminencias médicas, *son benéficas para la salud* y convienen á los más delicados temperamentos. — Tratamiento fácil. Resultado duradero. — El frasco con noticia fr. 6.35 J. RATIÉ, Phtco, 5, Pass. Verdeau, Paris, 9e.

En *Mexico*: J. LABADIE Sucres y Ce.



A la Gran Mueblería

Ricardo Padilla y Salcido

1a Calle de San Juan de Letrán Nº 11.

Gran surtido de carruajes para niños, sillas, roperos, camas, tocadores, escritorios y toda clase de muebles para oficinas.

Nuestros precios son baratos.

SAINT-RAPHAEL,

Vino fortificante, digestivo, tónico, reconstituyente, de sabor excelente, más eficaz para las personas debilitadas que los ferruginosos y las quinas. Conservado por el método de M. Pasteur. Prescríbese en las molestias del estómago, la clorosis, la anemia y las convalecencias; este vino se recomienda á las personas de edad, á las mujeres, jóvenes y á los niños.

AVISO MUY IMPORTANTE.

El único VINO auténtico de S. RAPHAEL el solo que tiene el derecho de llamarse así, el solo que es legítimo y de que se hace mención en el formulario del Profesor BOUCHARDAT, es el de Mrs. CLEMENT y Cía., de Valence (Drome, Francia).—Cada Botella lleva la marca de la Unión de los Frabricantes y en el pescuezo un medallón anunciando el "CLETEAS." Los demás son groseras y peligrosas falsificaciones.

TÓNICO — RECONSTITUYENTE
FEBRÍFUGO

QUINA-LAROCHE

ELIXIR VINOSO — EXTRACTO COMPLETO de las 3 QUINAS

EL MISMO **FERRUGINOSO:** Anemia, Clorosis, Convalecencias, etc.

SIETE MEDALLAS de ORO — PARIS — 20, Rue des Fossés-St-Jacques *y en las Farmacias.*

EL MISMO **FOSFATADO:** Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

846

POR UNA PARTE

la acción antiséptica de las soluciones alcalinas de las **Aguas de "Cruz Roja" Tehuacán,** y por otra la acción purgante de las mismas Aguas, mantienen al intestino en un estado poco á propósito para la formación de cálculos.

Solicitamos Agentes activos en todas las poblaciones de importancia del país.

Negociación de Aguas Minerales de "Cruz Roja." Apartado 123--Tehuacán, Puebla.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO X.--TOMO I.--NUM. 6

MEXICO, FEBRERO 8 DE 1903.

Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem. Idem. en la capital, $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Leyendo el Quijote.

Cuadro de Fabrés.

Las Delicias del Domingo

Es domingo. En las casas de familias burguesas y cristianas, que son las más en esta Metrópoli, reina un traqueteo inusitado en los demás días de la semana, pero que se repite durante la mañana de cada domingo con una precisión que puede llamarse matemática.

El jefe de la familia, que es el padre «generalmente», no va á su empleo ó á sus negocios, y utiliza la mañana del domingo para proceder á la expoliación capilar de su rostro, porque tiene para él que los barberos de oficio le hacen daño á su epidermis, á más de no satisfacer sus personales aspiraciones estéticas. Luego de rasurado, pasa los botones dorados á la albeante camisa del día, endosa la levita de honor, enciende un cigarro, y cómodamente instalado en una mecedora, se entrega á la lectura del «Imparcial» doble, dedicando igual atención al acontecimiento internacional del momento que al último crimen de barrio. Entretanto, la familia se arregla para salir.

Para la mamá, la mañana del domingo es atrozmente pesada. Ha mandado á misa á la criada y tal parece que ésta tiene graves pecados que purgar y que se echa tres misas en vez de una, á juzgar por el tiempo que emplea en su «salida.» Está, pues, sola la mamá; y como desde su señor esposo hasta el postrero y más chiquitín de sus retoños han menester de su benévola ayuda, la pobre señora no acierta «á darse abasto» para nada.

Los muchachos, libres hoy de la escuela, tienen tiempo y obligación de dedicarse á una «toilette» más minuciosa que de ordinario y se inmolan, quieran ó no, al zacate, al jabón y al peine; y van y vienen de un cuarto á otro, arrastrando las toallas y pidiendo á gritos el abrochador para cerrarse los zapatos. La mamá atiende á éste y á aquél, y no pocas veces se ve constreñida á echar mano á una oreja diminuta, en vez de hacerlo á un bracito torpe é inquieto. El varoncito mayor, el señorito de la casa, que ya acaba de entrar á la Preparatoria y á quien empiezan á apuntar ya el bozo y la presunción, se hace malas lenguas del trabajo que la planchadora ha ejecutado en el alto cuello «Chicago, 35,» y lo declara una «porquería.» La resignada mamá ofrece cambiar de planchadora.

En cuanto á las muchachas de la casa, casaderas ya y exigentes en el atavío, hace un buen rato que se encuentran delante del espejo, arreglándose los rizos, empolvándose las mejillas, estrechándose las cintas del corsé con fraternal reciprocidad; y luego de bien vistas y revistas, endosan el vestido de seda, embarran los guantes gris perla sobre sus manecitas liliales, dan un toque postrero á las plumas del sombrero y, como en éstas y en las otras han dado ya casi las once, declaran á la mamá que se afane y se apresure, porque ya «han llamado» dos veces y no van á alcanzar la misa.

Pero la mamá, ¡pobre señora! aún está desvestida y todavía tiene que despachar los siguientes chismes: una planchadita á su falda negra, una recosidita á la espiguilla de la misma, los polvos de ruibarbo para el papá, el «alpiste» para los canarios, etc., etc.......... ¡y todo eso tiene que hacerlo rodeada de las travesuras de sus imprudentes hijos y hostigada por las impaciencias de sus núbiles niñas! ¡Maldito día para ella, el domingo!

La criada ha regresado de la eterna misa; pero olvidó el jamón para el puchero y quién sabe qué otras cosas, y tiene que salir de nuevo.........

Por fin, el padre ha leído hasta la última noticia del «Imparcial»; mira el reloj, toma el sombrero de seda y con su grueso bastón de cerezo da un fuerte golpe—su llamada de atención—sobre el pavimento.

—Ea!......¿estamos listos?

Esta voz del padre produce indescriptible regocijo en los muchachos y pone de humor mohino á las niñas; pues esta voz quiere decir que el jefe de la familia tiene el propósito de acompañar á la prole, y si ello sirve á los muchachos, porque siempre logran mayores beneficios para sus compras dominicales de la relativa esplendidez del padre que de la juiciosa economía de la madre, en cambio disgusta á las niñas, porque «Papá» no se hace el disimulado y no tolera que, durante el paseo, se acerque á saludarlas Rodolfo N., el pollo más elegante de la Metrópoli.

El padre se impacienta y empieza á bajar las escaleras; la prole le sigue; pero uno de los chicos vuelve á subir la escalera porque ha olvidado el pañuelo, y una de las niñas hace lo propio, porque dice que se le ha «soltado» una liga, pero en realidad para darse otro vistazo en el espejo.

Finalmente, faltando un cuarto para las doce, la familia desfila por la banqueta, con rumbo al «centro,» marchando por parejas como una patrulla. Todas, exceptuando un poco, quizá, á la mamá, van compuestos, lucientes y posesionados de la excepcional índole del día domingo, de esa índole que se trasluce por un rictus singular en el rostro, que va pregonando la conciencia de los trapos de cristianar.

Al llegar al templo, el padre se retira á «flanear» un rato por dos ó tres calles, si es «libre pensador,» ó penetra con la prole en las naves olientes á incienso, si es «observante.» La misa da principio, y se escucha ese peculiar susurro de mil labios que rezan mecánicamente, produciendo el zumbido de una gigantesca colmena, interrumpido sólo por accesos de tos en todos los tonos,—tos contagiosa hasta para el oficiante,—por los gritos de tal ó cual parroquiano de pocos meses, por el argentino tintineo de la campanilla del monago y, á las veces, no muy raras por cierto, por las desapacibles quejas de algún can que es víctima de pisotones y de golpes.

La mamá, en la premura de la marcha, olvidó el libro de oraciones y como no está segura de acordarse de memoria de toda la misa, recita, una tras otra, innumerables avemarías, sembradas de tal ó cual padrenuestro; los chicos preguntan á cada momento si la misa está ya para terminar, y uno de ellos insiste en pedir explicaciones acerca de si las voces del órgano «salen» por las bocas de los ángeles pintados sobre el frontispicio de aquél, mientras otro se entretiene en dar golpecitos con la sombrilla de Mamá sobre las suelas de un caballero arrodillado delante de él; las niñas, en cambio, aparentan leer con toda devoción en sus libros de marfil, pero con toda maestría desparraman ojeadas por las naves, para ver y ser vistas.. ...

La misa ha concluído. La familia se pone en marcha y «alcanza» todavía dos ó tres piezas en la Alameda, previa compra de pasteles y otras golosinas en alguna dulcería del tránsito. Los muchachos quieren globos; las niñas sillas en la calzada principal; y satisfechos unos y otras, escuchan la danza postrera y tornan al hogar, encontrándose con que la criada ha olvido comprar el pulque antes de las doce, por ignorar la última disposición gubernativa, y la familia toma el pan de cada día.....domingo—esto es, aumentado con un plato—y lo rocía con agua pura y cristalina.

Por la tarde, según los gustos, Chapultepec ó teatro en palcos segundos. Y en la noche, consumación de la comida de la mañana y plática acerca de las impresiones del día y de los propósitos para el domingo próximo.

Tales son las delicias dominicales de una familia burguesa y honrada de esta Metrópoli. El fiel cronista no puede afirmar de una manera positiva si esas delicias son inefables ó no; eso lo juzgará el lector benévolo. Pero sí puede asegurar que, «mutatis mutandis,» lo mismo pasa en todas las ciudades de alguna categoría.

La afluencia de familias como la anterior, en los sitios públicos, presta á la Metrópoli un aspecto especial en los domingos. En este día, casi todos ascienden, en apariencia, un escalón en la enorme escalera social: la hija de la costurera parece la esposa de un oficial 1º; la esposa del oficial 1º parece una aristócrata de muchos capitales; y la aristócrata de veras.... .... ésa, es la única que se pierde, en día domingo, entre la multitud ataviada de lujo, porque ésa es enteramente igual en todos los días de la semana.

Para muchos [para este humilde cronista, entre otros] el domingo es un día insoportable, y el mejor partido que en él puede tomarse, es el de no asomar las narices por sitio concurrido; para muchos más, empero, el domingo es el gran día, y las delicias del domingo embalsaman y matizan el aburrimiento de los otros seis días de la semana. Por eso hay que ceder á éstos el domingo, en propiedad absoluta y exclusiva.

SARDÍN.

EL DANZÓN

¿Quieres, bardo genial, que te describa
el baile hermoso que en mi patria priva?

Si tu paleta mágica tuviera,
qué digno el cuadro de tus ojos fuera!

Pero, aunque débil mi pincel, lo pinta
y escoge para tí su mejor tinta.

Es, poeta, el danzón, ritmo cubano
con aires de andaluz y de africano.

Tiene las indolencias tropicales
con el cimbrar de los cañaverales.

Es al extraño disonante ruido
y canto delicioso á nuestro oído;

Música emocional que, cuando vibra,
es tósigo y estímulo en la fibra.

Esguinces tiene de elegante rango
y sacudidas gráficas de tango;

De tiple y de bandurria suavidades,
y de congo tambor, sonoridades.

Fué el danzón tolerado esparcimiento
en años de dolor y de tormento;

Reproche, al par, de intransigencia airada
contra una sociedad atribulada

Que en él buscaba elíxir embriagante,
como alivio á su pena torturante,

Y que, indolente y dócil cuando esclava,
para ser libre fué rebelde y brava!

Es el danzón, para hombres y mujeres,
el más fascinador de los placeres;

Va unido á nuestra suerte y existencia,
con él celebra el rico su opulencia,

Y en él buscando goces á la vida,
mi pobre pueblo su miseria olvida!....

Ese es el baile que el cubano sabe,
como en México el clásico jarabe,

La mazurka en Polonia, en Alemania
el vals, y las cuadrillas en Rumania;

Como la jota en tierra aragonesa
y el bullidor can-can en la francesa.

Cual ésos tiene en la expresión artística,
su originalidad característica.

Hay que escucharlo en la criolla orquesta
y entre el tumulto de mestiza fiesta.

Da la señal el jefe del jolgorio
con un largo bastón de Directorio.

La bailadora típica, que enlaza
en tez, sangre y pasión, la doble raza,

Imprime á la tensión de su cadera
un rítmico temblor de bayadera.

Irguiendo el busto, digno de un Tanagra,
á Terpsícore entera se consagra,

Y haciendo de su cuerpo sierpe y lazo,
se ciñe al compañero en un abrazo.

Lleva desnuda la morena espalda,
ceñido el cinturón, corta la falda,

Una cinta en el pelo envedijado,
una flor, en que el múrice ha tocado,

Del dombo seno en el macizo lecho,
y un lazo, como grímpola, en el pecho.

Los labios muestra por el centro hendidos
al desgaste de besos repetidos,
Y tras el belfo, en vívido resalte,
brilla el oriente de perlado esmalte.
Más que ventanas, al placer abiertas,
de la nariz las palpitantes puertas.
Arrebola su faz transfigurada
de sus ojos la intensa llamarada;
La exhalación de su mirar acrece
entre el negro capuz que lo guarnece,
Y es su vista cual luz en la penumbra,
cuando está más obscura, más alumbra!
El compás con la lengua paladea
y con el pie en el piso lo rasguea.
Entregada al danzón, menos á él sorda,
con pespuntes de suela el piso borda,
Y si pintar pudiera el zapateado,
luciera el suelo original dechado.
El timbal la conduce en raudo giro,
ó se aduerme, ondulante, al son del güiro;
Del metal á los ecos serpentea,
ó al rumor de la cuerda se marea;
Sin sentir, aunque finge que á él se lanza,
el deleite sensual, sí el de la danza.
Retiembla en su cadera curvilínea
la morbidez elástica virgínea,
Y hay en su contorsión y paroxismo,
cual en la nota, etiópico atavismo.
Quita á su compañero el jipijapa
y la zalea de sus rizos tapa,
Poniendo nueva nota á su desgarro,
al clavar en los dientes el cigarro.
A su alrededor, con zumbo de arboleda,
la desgajada muchedumbre rueda;
Baña el sudor los rostros agitados,
por la eléctrica luz abrillantados;
Cien olores, en mezcla sofocante,
un perfume combinan excitante,
Y del salón se esparce en la onda tibia,
como un vaho enervante de lascivia....
Ese es el baile que el cubano sabe,
como en México el clásico jarabe.
Va unido á nuestra suerte y existencia,
con él celebra el rico su opulencia,
Y en él buscando goces á la vida,
mi pobre pueblo su miseria olvida!....

Manuel S. Pichardo.

La anterior composición, que publicó "El Fígaro" de la Habana, está dedicada al poeta veracruzano D. Salvador Díaz Mirón.

BOEROS EN MÉXICO.

«El Imparcial» ha dado cuenta de la llegada á México del General Benjamín Viljoen, y de un grupo de sus compañeros de armas en la porfiada lucha que contra Inglaterra sostuvo la República del Transvaal.

Viljoen es una de las figuras salientes de aquel cuadro que asombró al mundo y que constituye una de las páginas más notables de la historia contemporánea.

Su primer ataque sobre las posiciones británicas, lo dió el 16 de julio de 1900 en Olitantsfontein, siendo asc endido entonces á general. Antes había sido oficial de policía, periodista y Diputado, sucesivamente.

***

El lunes último, ante un público numeroso y escogido, el General dió en el Teatro Arbeu su primera conferencia, con el objeto de reunir fondos para las viudas y huérfanos de sus compatriotas que murieron en la campaña. El Sr. Lic. D. Justo Sierra presentó á la concurrencia al jefe bóero, pronunciando, con este motivo, una bellísima alocución en que puso de relieve los rasgos más salientes de la vida de Viljoen. A continuación, éste pronunció su discurso en inglés haciendo la reseña histórica del Transvaal y de la última guerra.

La narración, traducida al castellano por el Sr. Lic. D. Rafael Pardo, interesó vivamente á la concurrencia. Después se exhibieron, con linterna mágica, algunos pasajes de la guerra Sud-africana.

Los jefes bóeros que acompañan al General Viljoen son el Capitán M. O'bonell y los Comandantes M. Touche, G. Joubert, P. Kritzinger y M. Walan.



El Gral. bóero Benjamín Viljoen, en traje militar.



LOS JEFES BOEROS.
M. Touche. G. Joubert. — P. Kritzinger. B. J. Viljoen. — M. O'Bonell. M. Walam.

EL BARRANCO.

No era el inmenso barranco sino una de tantas resquebrajaduras de la sierra que alargaba sus picos audaces hacia el espacio regado de sangre luminosa, como si estallara la suave ondulación de las crestas ó se desesperara la curva imperturbable de la montaña en aquellas rocas altas y duras, fecundas de vegetación y de rumores, en aquellos peñascos empinados al cielo como torres de espontánea arquitectura.

En lo alto del abrupto cantil asomaban las piedras de la cumbre sus cabezas enormes de monstruo, y las matas floridas y trémulas sus verdes flecos ó sus penachos triunfales; la exuberancia de la primavera surgía de entre los agrietados paredones, de las cuevas—bostezos del abismo—de los senos abiertos de las rocas, entrañas de cuarzo, geológicos desgarramientos; el musgo tendía sus ricos tapices de seda, y árboles corpulentos nacidos en la peña infecunda afianzaban la roca con sus raíces gruesas y fuertes como nervios robustos.

El río era cabellera trenzada en grueso manojo, preso en sus ondas de líquida plata el nenúfar desfallecido ó suelta y libre, derramándose por encima de la arena como bucle de mujer sobre senos blandos, y por encima de la roca bruñida por el sol como las melenas desordenadas sobre las frentes invadidas por el ensueño; ó bien cristal prodigioso que se quebraba en las aristas del cauce ó reflejaba las palmas abriendo sobre el crepúsculo su abanico de púas.

Entre el mezclado rumor del agua y de la fronda bajaba la torada innumerable, segura la doble pezuña que chapotea el río, colgante la papada grasosa, fatigado el pecho, el anca estrecha, la mirada tranquila—casi mirada de optimista filósofo,—alto el testuz, rectos los pitones, y del hocico que siempre rumia, pendiente el belfo en busca de la linfa fresca y clara. La agradable emanación dilata la nariz y llena de salvaje felicidad el ancho rostro que las bestias introducen en el agua y levantan después goteante y satisfecho......

Y la tarde que declina va prendiendo en cada filo del monte un jirón de su regio estandarte, el río..solloza, y el viento, entre las ramas que brotan de los troncos como las cuerdas de la lira, solloza también.

Eduardo Colín.

La verdad es una y en la naturaleza todo se corresponde.

***

Creer todo descubierto es un error profundo, es tomar el horizonte por el fin del mundo.

***

El rayo es la electricidad en estado salvaje; el sonido es la música en su estado natural.



La Fiesta de los Reporters en el Hidalgo



CON el propósito de allegar fondos para las víctimas de la epidemia reinante en Mazatlán, los repórters de los principales periódicos organizaron una agradable velada que se efectuó en el teatro de la calle de Corchero el 31 del pasado, ante una concurrencia tan numerosa como distinguida.

El empeño de los promotores de la fiesta de caridad á que nos referimos, por una parte, y, por otra, la solicitud con que la sociedad mexicana acude siempre al llamado de la filantropía, hicieron que el éxito del festival superara, y con mucho, al que era de esperarse. El teatro estaba primorosamente adornado y lleno, como suele decirse, de bote en bote.

Tres partes comprendía el programa. La primera, se cubrió con escogidas piezas ejecutadas por la orquesta del Conservatorio, con números de canto y piano, y con una poesía, que reproducimos, escrita expresamente por el Sr. Luis G. Urbina. La señorita Carmen Rangel, en el «Solo de piano» que ejecutó con verdadero amor; la señora María Vega de Cuevas, con el «Raconto» de «Andrea Chenier,» cantado con dulce sentimiento, y el Sr. Roberto F. Marín, en la «Romanza» que cubría el VII número del programa, se conquistaron muchos y muy merecidos aplausos. Urbina supo conmover á la concurrencia con su exquisita obra de poeta, y fué también aplaudido con entusiasmo.

La segunda parte consistió en la representación de la hermosa ópera «El Maestro de Capilla,» cuidadosamente ensayada bajo la dirección del maestro Aragón. Tomaron parte en el desempeño la señorita Beatriz Franco, que hizo la Gertrudis; el Sr. José Ruiz B., que caracterizó el Benetto, y el Sr. Rafael López R., que cantó el Barnaba. La representación fué del agrado del público, y constituye, tanto para el maestro Director como para la Srita. Franco y los Sres. López y Ruiz, un triunfo.

Sra. MARIA VEGA DE CUEVAS

Por último, se puso en escena «Los Martes de las de Gómez,» sainete en cuyo desempeño tomaron parte los repórters y los artistas de la Compañía Fábregas.

La concurrencia, como antes dijimos, era de lo más selecto. El Sr. Presidente de la República, acompañado de su distinguida esposa, y de su hija la Sra. Amada Díaz de la Torre, asistió á la fiesta permaneciendo en el teatro hasta que terminó el último número del programa.



Srita. CARMEN RANGEL

Los repórters, indudablemente, deben estar satisfechos del brillante éxito que obtuvieron.

En este número publicamos los retratos de los aficionados que tomaron parte en el festival. Los de los profesionistas, los hemos dado ya á conocer en otras ocasiones.

DOLOR-AMOR

En medio de la noche cerrada, iba el viajero,
solo, callado, triste. La sombra en el sendero,
la sombra que era negra, la lluvia que era helada,
el viento que gemía con voz desesperada,
ésos eran los guías del caminante. A veces
abríase en el fondo de aquellas lobregueces,
al fin del horizonte, tras la brumosa cumbre,
rojiza y deslumbrante una grieta de lumbre.
Brillaba entonces en la fatídica figura
que en las tinieblas era cual otra mancha obscura,
la cruz de una tizona, la pluma de un sombrero...
y en medio de la noche cerrada, iba el viajero.
Por la fangosa ruta que se tuerce y se empina,
como una mancha que anda, camina que camina,
iba callado y triste; y sombra, y lluvia y viento
seguíanle como un formidable acompañamiento.
Pero la sombra tiene un alma, y se reviste,
de fantásticas formas que amedrentan al triste;
la lluvia tiene brazos que arma, con furia y dolo,
de sutiles puñales para matar al solo;
el viento tiene bocas que claman: desgraciado
del que cruza la noche solitario y callado.
He aquí que de pronto el espacio se puebla
de fantasmas con largos ropajes de tiniebla;
de extravagantes monstruos que en muda caravana
corren hasta perderse por la extensión lejana:

de gigantes airados que en combate bravío,
luchan, y se deslíen en el aire sombrío;
de enormes barcas aéreas en un fúnebre piélago;
de aquelarres diabólicos y de alas de murciélago.
Y en la noche cerrada que cruza el peregrino,
solo, triste y callado, por el agrio camino
pasa, impalpable y hosca, la caravana nubia,
blandiendo los sutiles puñales de la lluvia.
Las mil bocas del viento gritan y clamorean;
son voces inauditas, voces que silabean
palabras misteriosas de un lenguaje profundo
que se queja con todos los dolores del mundo:
árboles que hirió el rayo, rocas que se descuajan,
hojarascas que suben y torrentes que bajan;
y entre aquellos rumores espantosos, de cuando
en cuando se oye, tierno, dulce, indeciso y blando
el gemido angustioso de las frágiles cosas:
los nidos arrancados, las deshojadas rosas
se duelen del Destino y en amantes querellas
unen sus ayes á los ayes de las estrellas,
que hasta los astros de oro que por el cielo vagan
se quejan de las sombras que sus luces apagan.
Y todas esas voces juntábanse en un coro
magnífico y doliente, y terrible y sonoro.
Y decían: Viajero que caminas perdido
en la noche cerrada, solitario y rendido,
no hallarás lo que ahora tu cansancio apetece,
pan, lumbre, lecho, nada; eres hombre; padece.
No hallarás lo que buscas: pan,lumbre, lecho, nada,
camina sin descanso por la noche cerrada.
Somos tus guías, ¿sabes? Y nosotros sufrimos
y es fuerza que tú sufras, y nosotros sentimos
el implacable estigma de un gran dolor profundo
que llena los espacios y es el alma del mundo.
¿Y quién eres tú para evadirte al castigo?
Toma tu parte, sufre, llora, sé nuestro amigo,
recibe tus dolores, y funde tu tristeza
en la tristeza augusta de la Naturaleza.
Y así por el fangoso y empinado sendero,
en medio de la noche cerrada iba el viajero,
y en tanto, entre la sombra, la caravana nubia
blandía los sutiles puñales de la lluvia.
De pronto, bruscamente, algo informe y obscuro
cortó la ruta; entonces palpó el viajero un muro,
buscó la puerta; al rudo golpe pesado y seco
del aldabón, y cuyo rumor repitió el eco,
una voz dulce y santa, una voz adorable,
una voz exquisita, una voz inefable,
preguntó:—¿Dí quién eres, qué buscas?—Un viajero
que ha perdido la ruta, contestó el caballero.
—¿Y no encontraste albergue?—¡Ay,no! Lo busqué en vano,
vengo triste y rendido; soy el Dolor humano.
La voz, música angélica.—¡Oh caminante!, pasa
—gritó,—vive, consuélate, alienta; ésta es tu casa.
Y el Dolor, que en la senda que se tuerce y se empina
era una mancha que anda, camina que camina,
al cruzar la imprevista radiosa puerta franca,
miró una imagen blanca, muy blanca, toda blanca.
Y oyó la voz angélica:—Ven,entra, eres mi hermano:
esperándote estaba; soy el Amor humano.
Recobrarás las fuerzas, sentirás la alegría,
reposa, peregrino, mientras que vuelve el día.
Y la frente inclinada de la fatiga al peso,
se irguió al sentir el tibio soplo de amor de un beso.

Afuera, entre la sombra, la caravana nubia
blandía los sutiles puñales de la lluvia.

***

Este es el viejo cuento, la fábula tontuna,
con que nos arrullaron al borde de la cuna,
llenos de cristalinas cadencias celestiales,
esos Perraults divinos, los labios maternales.
¿Quién volviera á escucharos, cristalinas cadencias
de las «Mil y Una Noches» de nuestras inocencias!
Las madres son poetas; cuentan mejor, es claro,
que nosotros, que hacemos del artificio raro,
un oropel que oculte nuestras faltas seguras
de emociones sinceras y sencillas ternuras.
Yo aquí lo simbolizo, le pongo algunas gemas
retóricas, y adorno con mis estratagemas
de rimas y metáforas, cual si bordara el viento,
la trama simple y pura del primoroso cuento.
Vosotros, los felices, ¿habéis adivinado
la intención? Un viajero á la puerta ha tocado;
viene triste y rendido y lo siguen veloces,
su cortejo de sombras y su coro de voces.
Tiene mucha fatiga, tiene mucha tristeza,
y lo hiere implacable la cruel Naturaleza.
Vosotros, los felices, heraldos de concordia,
abrid las áureas puertas de la Misericordia.
Abrid,que ese viajero que implora es vuestro hermano;
lo esperabais, ¿no es cierto? Es el Dolor humano.
¡Oh felices y buenos! ¡Oh almas generosas!
Endulzad como abejas, reventad como rosas,
y sed como ellas siempre, que dan en abundancia
las unas sus panales, las otras su fragancia.
Sed pródigos, felices, de amor y de consuelo;
amar es como una santa misión del cielo,
y consolar es bella forma de amor sublime;
nos salva porque eleva; lo que eleva redime.
Allá lejos un grupo de hombres, por fatal suerte,
desesperado lucha con la sombra y la muerte.
Tocan, abrid, felices, tendedles vuestras manos,
que están tristes, y sufren, y son nuestros hermanos.
¡Abrid; entra, viajero; la negra caravana
se perderá por siempre tras la extensión lejana;
te volverán, en breve, la fuerza y la alegría,
descansa, peregrino, mientras que viene el día.
No temas; venceremos, recobra la confianza,
que al calor del consuelo reviva tu esperanza,
porque el amor es grande, porque el amor es fuerte
y triunfa de la Sombra, del Mal y de la Muerte.

LUIS G. URBINA.



SR. RAFAEL LOPEZ



SR. ROBERTO F. MARIN



SR. JOSE RUIZ B.

OFELIA.

CUANTAS veces surge ante mí la visión de Ofelia en las lejanías del recuerdo, llueven en mi pensamiento flores para ella: la digo palabras que la reina madre de Hamlet la decía deshojando rosas sobre su féretro; suavidades para la suave; y siento que el ambiente ideal de la meditación trasciende, cuando ella se acerca, á azahares en botón y á las violetas que, colmando el voto de Laertes, han crecido sobre la tumba de la blanca novia infortunada.

***

Ofelia, como todos los personajes de Shakespeare, respira naturalidad; pero entre todas las creaciones del poderoso vate, ella, que es la más ideal, representa el candor, la inocencia, tal cual se presenta en la vida. Apellidarla virtuosa es desconocerla. La virtud, justo medio entre la pasión y el deber, excluye la inocencia, que es privilegio virginal, frágil y delicioso equilibrio de santas ignorancias y de divinas curiosidades. La naturaleza, la apasionada por excelencia, gran romántica, ha puesto lo más puro, lo más cálido, lo más misterioso de su romanticismo, no en la juventud, que es su obra maestra, sino en la virginidad, su creación predilecta, antesala del amor y de la primavera del ser. Las vírgenes no son virtuosas, sino puras: novias cándidas que presienten el altar é ignoran el tálamo, mientras juegan con sus rizos y hacen temblar sus velos, tibias auras acariciadoras que les traen ecos de canciones de nidos y citéreos rumores.

En Ofelia no hay artificio. Ama á Hamlet, y confiesa ciertamente que ama porque «á sus juramentos iban unidos cuantos votos pueden dirigirse al cielo.»

A ella es á quien Hamlet, al advertirla, dice tan quedo que ella misma no lo oiga: «¡Oh! virgen, que mis faltas no sean olvidadas en tus piadosas oraciones!» Al borde de su fosa es donde él acepta el reto de Laertes y clama: «¡Yo la amaba! La ternura sumada de mil hermanos no iguala á mi amor.» Su fe en Ofelia perdura y sobrenada en el deshecho temporal en que naufragan su fe en la humanidad y el amor á la madre que le dió el ser.

***

En un teatro todo lleno de crudezas, Ofelia aparece purísima, guardada por el amor y el respeto que sólo la inocencia ó la alta virtud inspiran. Loca, vestida de blanco, en desorden la rubia cabellera, coronada de flores, «el infierno mismo y su horror cambian de naturaleza expresados por ella, y se transforman en encanto y gracia.» Cuando «mantenida sobre las ondas como una náyade, cantando fragmentos de antiguas baladas» las aguas se entreabren para sepultarla, la muerte «deja su melodiosa canción interrumpida......» y, más que un ser humano, lo que desaparece es un almo ritmo de amor, una santa ilusión que se nos arranca del alma, una amada nuestra que se va, sueño de ventura del que se nos despierta bruscamente......

En la eterna lucha de Atenas con Jerusalén, del Parnaso con Sión, de que nos habla Heine, esa vaporosa beldad que vive no más que un día soñando amor, cáliz intocado que el dolor rompe en la cerrazón de la locura, es santa en el cielo de la idea, igual que el más sagrado mármol de la Grecia. Habla y conmueve: anda, y la nube angélica, la nube de las celestes ascensiones se forma á su paso y se condensa bajo sus plantas: sonríe, y el limbo apunta en torno á sus sienes «¡gratia plena!»

Y es eterna porque toda mujer es, un instante al menos en su vida, Ofelia, y ese instante es el más humano, el más intenso y el más puro de su existencia: penumbra de aurora, crisálida de amor, de donde surge, al reclamo imperioso de Eros, roja ó blanca, la mariposa ideal, María, la de Efraím, ó Julieta ó Margarita.

CÉSAR ZUMETA.

CERTAMEN ARTISTICO QUERETANO



"MAÍZ DE TEXAS." PREMIO Srta Guadalupe Balvanera



"UNA CALLE DE MADRID" PREMIO Srta Ofelia Montes de Oca





"DOLOROSA" ACCESSIT Sr Manuel Muñoz Fuentes.



"MERCURIO" PREMIO Sr. Braulio Rodriguez Granada.



"PORTAL DE VALDERRAMOS" (Qro.) Srita AURORA GUEVARA
PREMIO



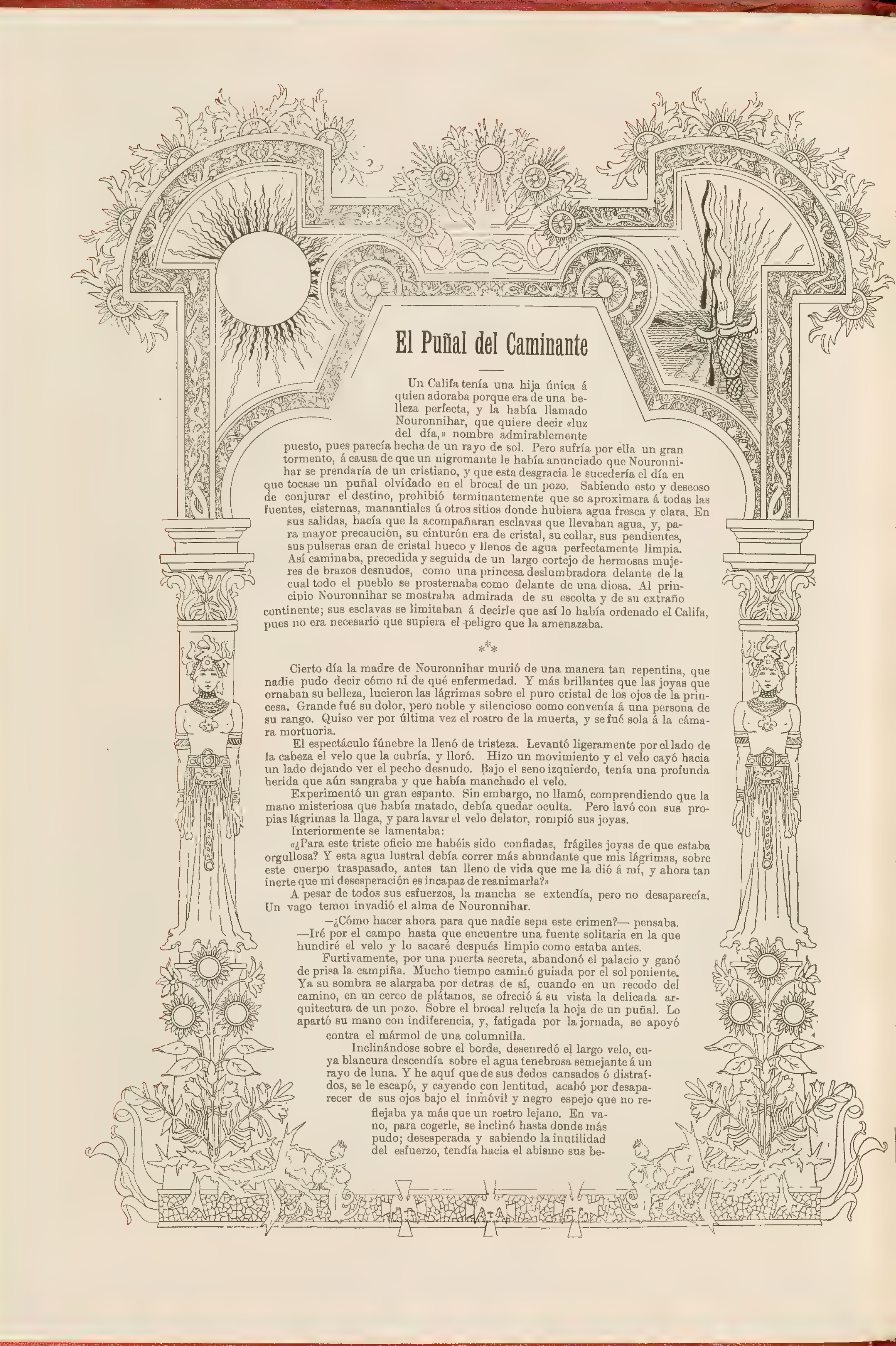
"MAS ALLÁ DEL SEPULCRO ESTÁ LA GLORIA."
PREMIO Sr FEDERICO MOSQUEDA.



ESCULTURA EN MARFIL
PREMIO Sr DIEGO ALMARAZ Y GUILLEN



"CALLE DE LA FLOR BAJA". (Qro) Srita AURORA GUEVARA.
PREMIO.



El Puñal del Caminante

Un Califa tenía una hija única á quien adoraba porque era de una belleza perfecta, y la había llamado Nouronnihar, que quiere decir «luz del día,» nombre admirablemente puesto, pues parecía hecha de un rayo de sol. Pero sufría por ella un gran tormento, á causa de que un nigromante le había anunciado que Nouronnihar se prendaría de un cristiano, y que esta desgracia le sucedería el día en que tocase un puñal olvidado en el brocal de un pozo. Sabiendo esto y deseoso de conjurar el destino, prohibió terminantemente que se aproximara á todas las fuentes, cisternas, manantiales ú otros sitios donde hubiera agua fresca y clara. En sus salidas, hacía que la acompañaran esclavas que llevaban agua, y, para mayor precaución, su cinturón era de cristal, su collar, sus pendientes, sus pulseras eran de cristal hueco y llenos de agua perfectamente limpia. Así caminaba, precedida y seguida de un largo cortejo de hermosas mujeres de brazos desnudos, como una princesa deslumbradora delante de la cual todo el pueblo se prosternaba como delante de una diosa. Al principio Nouronnihar se mostraba admirada de su escolta y de su extraño continente; sus esclavas se limitaban á decirle que así lo había ordenado el Califa, pues no era necesario que supiera el peligro que la amenazaba.

***

Cierto día la madre de Nouronnihar murió de una manera tan repentina, que nadie pudo decir cómo ni de qué enfermedad. Y más brillantes que las joyas que ornaban su belleza, lucieron las lágrimas sobre el puro cristal de los ojos de la princesa. Grande fué su dolor, pero noble y silencioso como convenía á una persona de su rango. Quiso ver por última vez el rostro de la muerta, y se fué sola á la cámara mortuoria.

El espectáculo fúnebre la llenó de tristeza. Levantó ligeramente por el lado de la cabeza el velo que la cubría, y lloró. Hizo un movimiento y el velo cayó hacia un lado dejando ver el pecho desnudo. Bajo el seno izquierdo, tenía una profunda herida que aún sangraba y que había manchado el velo.

Experimentó un gran espanto. Sin embargo, no llamó, comprendiendo que la mano misteriosa que había matado, debía quedar oculta. Pero lavó con sus propias lágrimas la llaga, y para lavar el velo delator, rompió sus joyas.

Interiormente se lamentaba:

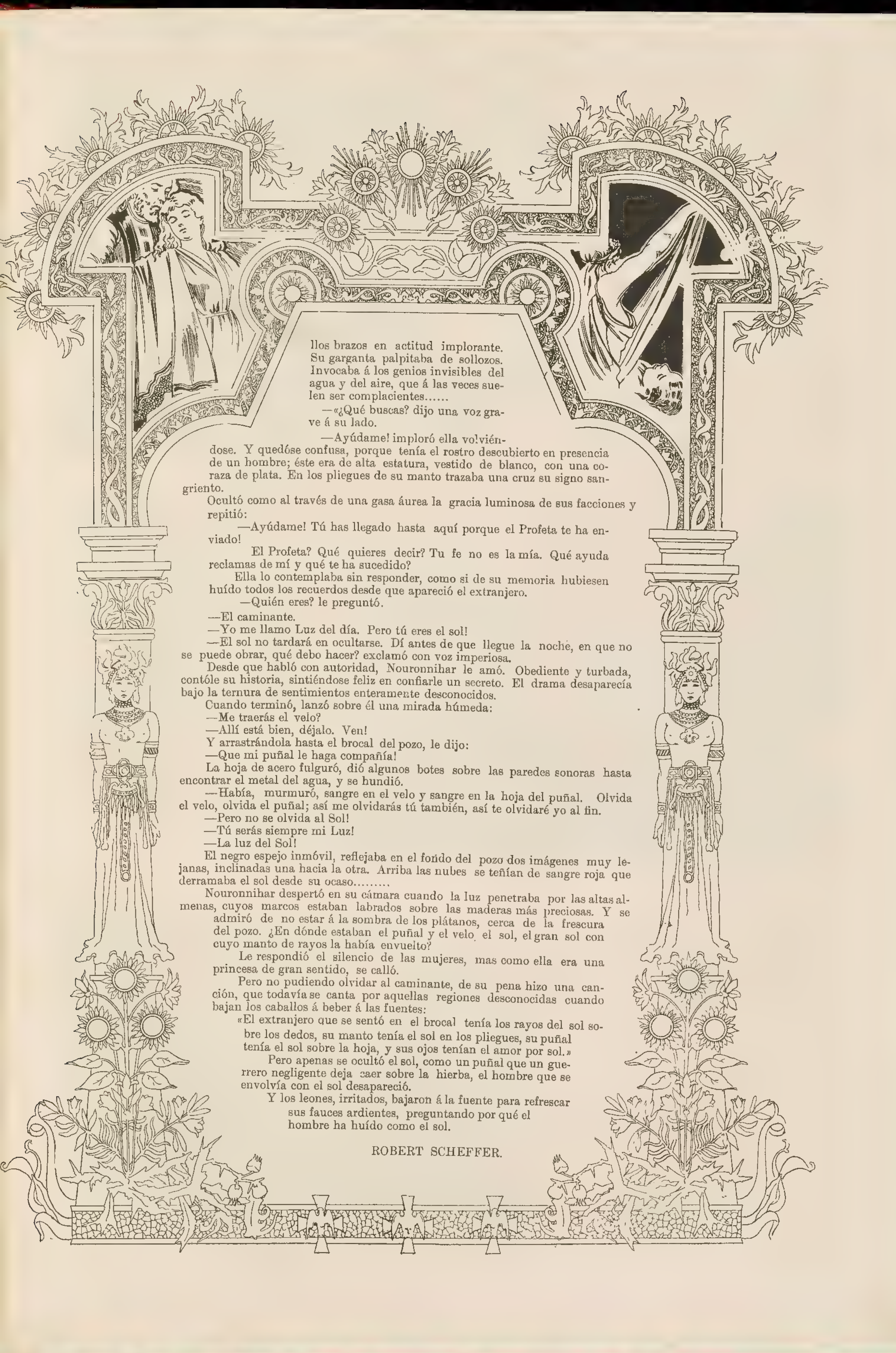
«¿Para este triste oficio me habéis sido confiadas, frágiles joyas de que estaba orgullosa? Y esta agua lustral debía correr más abundante que mis lágrimas, sobre este cuerpo traspasado, antes tan lleno de vida que me la dió á mí, y ahora tan inerte que mi desesperación es incapaz de reanimarla?»

A pesar de todos sus esfuerzos, la mancha se extendía, pero no desaparecía. Un vago temor invadió el alma de Nouronnihar.

—¿Cómo hacer ahora para que nadie sepa este crimen?— pensaba. —Iré por el campo hasta que encuentre una fuente solitaria en la que hundiré el velo y lo sacaré después limpio como estaba antes.

Furtivamente, por una puerta secreta, abandonó el palacio y ganó de prisa la campiña. Mucho tiempo caminó guiada por el sol poniente. Ya su sombra se alargaba por detras de sí, cuando en un recodo del camino, en un cerco de plátanos, se ofreció á su vista la delicada arquitectura de un pozo. Sobre el brocal relucía la hoja de un puñal. Lo apartó su mano con indiferencia, y, fatigada por la jornada, se apoyó contra el mármol de una columnilla.

Inclinándose sobre el borde, desenredó el largo velo, cuya blancura descendía sobre el agua tenebrosa semejante á un rayo de luna. Y he aquí que de sus dedos cansados ó distraídos, se le escapó, y cayendo con lentitud, acabó por desaparecer de sus ojos bajo el inmóvil y negro espejo que no reflejaba ya más que un rostro lejano. En vano, para cogerle, se inclinó hasta donde más pudo; desesperada y sabiendo la inutilidad del esfuerzo, tendía hacia el abismo sus be-



llos brazos en actitud implorante. Su garganta palpitaba de sollozos. Invocaba á los genios invisibles del agua y del aire, que á las veces suelen ser complacientes......

—«¿Qué buscas? dijo una voz grave á su lado.

—Ayúdame! imploró ella volviéndose. Y quedóse confusa, porque tenía el rostro descubierto en presencia de un hombre; éste era de alta estatura, vestido de blanco, con una coraza de plata. En los pliegues de su manto trazaba una cruz su signo sangriento.

Ocultó como al través de una gasa áurea la gracia luminosa de sus facciones y repitió:

—Ayúdame! Tú has llegado hasta aquí porque el Profeta te ha enviado!

El Profeta? Qué quieres decir? Tu fe no es la mía. Qué ayuda reclamas de mí y qué te ha sucedido?

Ella lo contemplaba sin responder, como si de su memoria hubiesen huído todos los recuerdos desde que apareció el extranjero.

—Quién eres? le preguntó.

—El caminante.

—Yo me llamo Luz del día. Pero tú eres el sol!

—El sol no tardará en ocultarse. Dí antes de que llegue la noche, en que no se puede obrar, qué debo hacer? exclamó con voz imperiosa.

Desde que habló con autoridad, Nouronnihar le amó. Obediente y turbada, contóle su historia, sintiéndose feliz en confiarle un secreto. El drama desaparecía bajo la ternura de sentimientos enteramente desconocidos.

Cuando terminó, lanzó sobre él una mirada húmeda:

—Me traerás el velo?

—Allí está bien, déjalo. Ven!

Y arrastrándola hasta el brocal del pozo, le dijo:

—Que mi puñal le haga compañía!

La hoja de acero fulguró, dió algunos botes sobre las paredes sonoras hasta encontrar el metal del agua, y se hundió.

—Había, murmuró, sangre en el velo y sangre en la hoja del puñal. Olvida el velo, olvida el puñal; así me olvidarás tú también, así te olvidaré yo al fin.

—Pero no se olvida al Sol!

—Tú serás siempre mi Luz!

—La luz del Sol!

El negro espejo inmóvil, reflejaba en el fondo del pozo dos imágenes muy lejanas, inclinadas una hacia la otra. Arriba las nubes se teñían de sangre roja que derramaba el sol desde su ocaso.........

Nouronnihar despertó en su cámara cuando la luz penetraba por las altas almenas, cuyos marcos estaban labrados sobre las maderas más preciosas. Y se admiró de no estar á la sombra de los plátanos, cerca de la frescura del pozo. ¿En dónde estaban el puñal y el velo, el sol, el gran sol con cuyo manto de rayos la había envuelto?

Le respondió el silencio de las mujeres, mas como ella era una princesa de gran sentido, se calló.

Pero no pudiendo olvidar al caminante, de su pena hizo una canción, que todavía se canta por aquellas regiones desconocidas cuando bajan los caballos á beber á las fuentes:

«El extranjero que se sentó en el brocal tenía los rayos del sol sobre los dedos, su manto tenía el sol en los pliegues, su puñal tenía el sol sobre la hoja, y sus ojos tenían el amor por sol.»

Pero apenas se ocultó el sol, como un puñal que un guerrero negligente deja caer sobre la hierba, el hombre que se envolvía con el sol desapareció.

Y los leones, irritados, bajaron á la fuente para refrescar sus fauces ardientes, preguntando por qué el hombre ha huído como el sol.

ROBERT SCHEFFER.

Residencias Diplomáticas.

La Legación de Italia.

RECIENTEMENTE establecida la Legación de Italia en la calle del Eliseo, por el señor conde de Vinci, Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de Su Majestad Víctor Manuel, cerca del Gobierno mexicano, nos apresuramos á dar á conocer á nuestros lectores algunas fotografías de esa elegante residencia diplomática.

La casa que ocupa la Legación es pequeña; pero tanto las habitaciones como las oficinas, están artísticamente amuebladas y decoradas con el mejor gusto.

A la entrada hay un corredor en el cual se ven muebles austriacos y cuadros italianos antiguos, y que sirve de sala de espera. Al lado izquierdo, está el departamento en que despacha el señor Ministro; es un gabinete decorado con cuadros de mérito, y provisto de sofás, estilo árabe, y aparadores romanos. En él se encuentran fotografías de los reyes de Italia y de algunos hombres ilustres.

Sigue después la sala de recepción, en la que se hallan una hermosa chimenea de metal y madera con lunas venecianas en su parte superior é inferior; un centro de mesa con flores; y aparadores y rinconeras de estilo antiguo, muy valiosos. Tanto en esta sala como en el despacho, las cortinas son de seda, café claro, y muy elegantes.

Atravesando por un amplio patio se pasa al corredor, pequeño como todas las dependencias de la Legación, pero arreglado con exquisito gusto. Sus rinconeras, aparadores, etc., etc., son artísticos y constituyen un bonito conjunto.

En la parte alta, como hemos dicho, están las oficinas de la Legación y las recámaras del señor Ministro; las primeras no están aún definitivamente instaladas.

En una de las fotografías que publicamos, aparece el señor conde de Vinci en su mesa de acuerdos, y en otra, acompañado del Cónsul, señor J. Pollano, que hace algún tiempo reside en México.

El señor Ministro de Italia es muy estimado en los círculos diplomáticos y cuenta, en la mejor sociedad mexicana, con innumerables simpatías.





LEGACION DE ITALIA.—Sala de recepción.



LEGACION DE ITALIA.—El Sr. Ministro en su Despacho.



El Sr Ministro y el Cónsul de Italia.

Mi Primera Comunión

—¡Beto! ¡Beto!

—Tía......?

—¡Arriba! Son las cinco y media; todos están ya en pie. Lávate nada más las manos y los ojos. ¡Mucho cuidado con tragar agua! Y violentito, que ya es la hora!

—Voy, tía, voy.

Resuelto, salté de la cama. Era el día de mi primera comunión. Mis padres se habían visto precisados á transferirlo repetidas veces, no por falta de espíritu religioso, que en ellos nunca escaseó, sino porque su triste situación pecuniaria les prohibía distraer lo necesario para los gastos que la fiesta originaba: el trajecito y los zapatos nuevos, el almuerzo familiar después de recibido el sacramento, todas esas minucias con que ellos soñaban y que en un solo momento, echaría por tierra ese castillo de naipes que se llama «presupuesto» en la casa de un pobre.

Ahora, una circunstancia casual les permitía ver realizados sus deseos. Mi primo, otro chiquillo, dos años menor que yo, iba á celebrar su primera comunión, y sabedora mi tía de las poderosas causas por las cuales yo no lo había hecho, ofrecióse á sufragar parte de los gastos, que no montaban, ni con mucho, á grandes sumas, ni podían dejar la más ligera huella en el bien saneado capital de mi buena pariente.

Abiertas las puertas y bien bañado de luz el cuartucho que de alcoba me servía, ¡qué inmensa alegría, alegría de niño pobre, arrancada palmo á palmo al infortunio, hizo latir mi corazón!

Ahí, sobre la silla, la camisa albeante, colgando las mangas perezosamente; la corbata blanca, prueba patente de las habilidosas manos de una de mis hermanitas; y pendiente del respaldo, el trajecillo negro.... no muy negro, pues procedía de cierto casacón que mi padre vistiera en mejores tiempos, y que, sometido al suplicio de las tijeras, la aguja y la plancha, manejado todo ello por mi madre con la destreza de un Coblentz (era el sastre de moda entonces) había sufrido una completa metamorfosis.

Abajo, juntitos, como dos gemelos, los zapatos, de punta achatada, acorazada con puntera de metal, y relucientes como si por arte de birlibirloque se hubiese convertido en charol finísimo la tosca piel de que estaban fabricados, gracias al entusiasmo con que mi padre los limpiara la noche anterior.

Sonaron las seis de la mañana; la campana de la parroquia dió precipitadamente la última llamada; atronaron el aire los silbatos de las máquinas, de las fábricas, de los talleres. Se oían charlas de mujeres que picoteaban en el mercado vecino; cloquear de aves de corral, que, en manojos, colgando las cabezas congestionadas, presagiaban el sacrificio. El cojo de los periódicos, repicando secamente con su pata de palo sobre las baldosas del embanquetado, voceaba la prensa del día; las vacas de la ordeña, mugiendo como si les doliese algo, atravesaban la bocacalle; el jaletinero, á fuerza de pregonarla, realizaba su mercancía, una substancia gelatinosa, roja, amarilla ó blanca, encerrada en vasos de cristal, opacado por el roce de millares de bocas, y á lo lejos, rompiendo á intervalos la algarabía de la calle, una murga wagneriana anunciaba al vecindario la apertura de un nuevo «Expendio de carnes,» con los acordes de un paso doble obligado á tambora.

LEGACION DE ITALIA.—El comedor.

***

Había concluído de vestirme y abierto el balcón, para que la gloria radiante de aquel día de mayo me bañara de pies á cabeza.

Estaba alegre, pero con una alegría nerviosa, punzante, como debe de ser la alegría del que, siendo un infeliz, se saca la lotería y comprende que cada moneda que dilapida, lo acerca nuevamente á su antigua miseria.

Llamaban de nuevo á misa cuando entró á mi cuarto toda la familia. Mi padre, siempre cariñoso, pero siempre serio y parco en sus demostraciones de afecto; mis hermanas, la una con un lazo blanco, perifollo que arrancó á alguno de sus vestidos y prendió en mi brazo izquierdo, la otra con una vela de cera «escamada;» mi tía, con una novedad, su regalo particular: unos guantes diminutos que me pusieron en graves aprietos y un devocionario.

Se oyó el rodar de un coche que se detuvo en la puerta.

—¡Ya están ahí!—dijo alguien.

Era un calesón enorme, de fuertes sopandas, forrado de paño color crema, con un pescante semejante al de una diligencia y tirado por dos mulas obesas, de anchas y humeantes fosas nasales y orejas gigantescas.

En su interior, que podía dar cómoda cabida hasta á ocho personas, venían únicamente mi tía y mi primo. Al verlos, mi sana, mi buena, mi humilde alegría, sufrió el primer golpe.

¡Oh! Qué contraste entre mi trajecillo verdinegro, mal pespunteado, confesando aquí y allá, con sus irremediables zurcidos su primer origen, y el de mi primo, de «satín» fino, admirablemente planchado, sin una mota y oliendo á esencia, que mareaba, no á bencina, como el mío. ¿Y la corbata de crespón transparente? ¿y las mancuernillas de oro? ¿y los zapatos de un charol suavísimo? ¿y el reloj, el reloj cuyo tic-tac precipitado marcaba el compás á los latidos de mi pecho?......

Cerré los ojos, y á la orden de «¡Sube!» dictada por mi tía, subí al coche acompañado de no recuerdo quién, y partimos.

La ceremonia debía efectuarse en una de las capillas laterales de la parroquia, con asistencia únicamente de las personas invitadas. El sacristán, dispendiosamente remunerado por mi tía que, en tratándose de cosas de iglesia, abría hasta reventarlos los cordones de la bolsa, había hecho alarde en «panneaux,» guirnaldas, cruces y estrellas florales, de su buen gusto artístico; las luces de los cirios de todos tamaños, repartidos en candelabros y candeleros, arrancaban chispas á los filamentos dorados de las cornisas, del tabernáculo, de las columnas que sostenían la cúpula, en cuyo interior se divisaba la imagen de una virgen pequeñita.

Junto al presbiterio, en el centro de la única nave, estaban colocados dos reclinatorios. Ahí nos arrodillamos, mi primo en el de la derecha; yo en el de la izquierda.

El piano, herido por las no muy diestras manos de una de mis hermanas, dejó oír una «preghiera» antidiluviana, apareció el sacerdote y comenzó la misa.

Previamente, mi tía se me había acercado y con esa voz misteriosa con que se habla en los templos, me preguntó si quería reconciliarme. ¿Reconciliarme?.... ¿Por qué? ¿para qué....? ¿Qué pecado, ¡infeliz de mí!, podría yo haber cometido en las últimas catorce ó dieciséis horas?..... Y ahora, repasando sin leerlas las hojas del nuevo devocionario, deslumbrado por el fulgor de los cirios, aprisionado en el traje nuevo, sintiendo que el contraorte de un zapato me lastimaba el calcañal y que los guantes oprimían impíamente mis manos, experimentaba un desasosiego, una molestia irritantes.

Sí, yo tenía «algo» adentro, «algo» que me subía hasta la garganta provocándome ganas de salivar, cosa que se me había prohibido; y ese «algo» crecía, crecía mucho cuando, abriendo involuntariamente las ventanas de la nariz, aspiraba por ellas el perfume penetrante que injuriosamente se desprendía de las ropas, de las manos, del aliento de mi primo. Y cuando quería engolfarme, para no pensar más en ello, en las oraciones del devocionario ó adivinar el significado de los latinajos que el sacerdote trituraba entre sus labios, sólo oía el tic tac, tic-tac implacable de aquel su reloj que aun no conocía.

¿Sería envidia, tristeza del bien ageno, como diría mi confesor......? ¡Qué horror, Dios mío, envidia....! Y ese «algo» inexplicable estuvo á punto de asfixiarme.

Concluyó la misa. El sacerdote, despojado de la casulla, abrió el tabernáculo, hizo varias genuflexiones, y ante nuestros ojos maravillados apareció un copón de oro luciendo un doble cíngulo de piedras preciosas.

Manos solícitas encendieron nuestras velas; voces cariñosas y trémulas por la emoción murmuraron á nuestro oído no sé qué consejos. Alcé los ojos, angustiado, y vi ante mí, la figura del sacerdote, blanca, gigantesca, enorme, en la izquierda mano el copón que parecía un haz de llamas y en la derecha, inmaculada, trasnparente, diminuta, la hostia que apenas sus dedos parecían tocar.

....

Hoy que mi espíritu ha rodado despeñado y dando tumbos por los abismos del desengaño; hoy que de mi fe sólo quedan recuerdos empapados en lágrimas, como sólo quedan del buque tablones podridos, después del naufragio....... hoy comprendo que me es imposible dar una idea del estremecimiento mezcla de alegría y de pavor, de placer y de miedo, de supremo, infinito anhelo y de irresistible pánico que recorrió todo mi ser cuando la hostia blanca quedó temblando entre mis labios.

***

—¡Cierra la boca! dijo mi madre. Obedecí y media hora después subíamos al coche que debería conducirnos á la casa de mi tía.

En el patio, festonado coquetamente, dos músicas de cuerda alegraban con sus sones; una alfombra de pétalos de amapola cubría el trayecto por escaleras y corredores; los chicos de la servidumbre, desde la azotea lanzaban al aire cohetes y «palomitas;» una lluvia de «agasajo» arrojado por manos invisibles, nos cubrió de pies á cabeza. Todo era gritos, voces de mando, ruido de cacerolas y de vajilla, risas, palmadas. ¡La sana alegría de la gente buena desbordándose por todas partes!

Yo estaba triste. Quería reír, y al verme en los espejos me aterrorizaba la mueca horrorosa que como un zig-zag, plegaba mi rostro.

Las felicitaciones, los abrazos, los besos, los estrujones que hacen daño, todo era para mi primo. Gracias si allá, de rato en rato, alguien que yo no conocía se acercaba á mí y me decía:

—También tú, no? ¡Muy bien! Así debes ser, siempre bueno.

Pasamos al comedor. ¡Era una maravilla! Las paredes desaparecían bajo cuadrilongos de tela artísticamente plegada, salpicados de flores; del techo pendía un enorme canastón, de musgo y flores, del que se desprendían guías de heno fresco á las que se entrelazaban otras de rosas, margaritas, claveles, violetas, gardenias, toda la lujuriosa flora de la estación. El «chemin de table» era una obra de arte, así como la colocación de la cristalería, de la loza, de las servilletas y de los cubiertos de plata que se sostenían como armas en pabellones, por un prodigio de equilibrio.

Me sentaron, junto á mi primo, en la cabecera de la mesa, y después de un «¡A almorzar!» dicho en tono de mando por el jefe de la casa, los cubiertos pasaron á las manos y cuatro criados se presentaron aprontando en sendos garrafones la bebida clásica: los huevos espirituales.

Nadie quedaba por ser servido, y, sin embargo, noté que nadie comenzaba, y sí que todos los ojos estaban fijos en mi primo. Este, ageno á la curiosidad de que era objeto, llevó la mano al vaso, alzólo y un grito de alegría al que siguieron los ¡vivas! y los ¡bravos! de todos los concurrentes, se escapó de su garganta: en el plato, bajo el vaso que acaba de levantar, brillaba como un ojo de fuego, una moneda de oro.

Instintivamente, sin reflexionar, levanté tambien mi vaso: en el plato, débil, tímidamente, relucía una monedita de plata, pequeñita, muy pequeñita.

Alcé la vista y mis ojos tropezaron con los de mi padre. En ellos, irisada por un rayo de sol, brillaba una lágrima.

Salté de la silla, me abracé á mi padre y recogí en mis labios, con ansias de sediento, esa lágrima bendita, esa lágrima que era el poema de todas nuestras pobrezas, esa lágrima que yo no habría cambiado por todas las monedas de oro del universo.

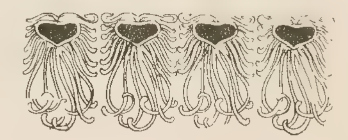
MANUEL M. PANES.

El mundo es una coqueta que no exige más que homenajes tan pasajeros como sus encantos, y pretende al mismo tiempo que se le guarde fidelidad á su perfidia.

La incertidumbre de la felicidad es más cruel que la certeza de la desgracia.

Hay cosas muy á la vista que los sagaces no ven.

La voz de lo que duerme, el verbo de los muertos ilustres, nos empuja al sacrificio por la felicidad del género humano.





BONITA Y MALA.—Cuadro de Fabrés.

CANCIÓN DEL CAMINO.

SOBRE la cima descarnada de los montes que el cieno y la ráfaga han hecho ásperos é inaccesibles, pasea la obscura niebla matinal, al través de rígidos cipreses, sus cendales de manchado ópalo.

Un sol muerto parece burlar mi frialdad de cripta; sus rayos sin fuerza, como implacables espadas de escarcha, taladran los matorrales que me bordan, y en los brazos secos de las que fueron ramas de julio, penden como lacias cabelleras fibrosas los abandonados nidos, sin plumas ni cantos.

Y bajo un tapiz de retamas y juncos descoloridos, trazo, caprichosamente, mi surco de plata que recorren tiritando, los glotones lobos de pelo gris y ojos como lámparas.....

En la inclinación de las colinas, al pie de los olivos espectrales, á lo largo de los muros que el huracán agrieta y el granizo desmorona, bajo el emparrado que la tormenta deshace rudamente, entre las risas burlonas del cierzo y las grietas satánicas del vendaval.

Sigo mi camino, elevando la blanca y fina bruma—velo de luz maldecida desgarrándose á través de los cielos para espanto de vencejos que alocados huyen.....

Y atravieso las salvajes cercas donde en las radiantes mañanas de mayo filtraba el sol inclinado sobre las ramas, haciendo temblar sobre claros corpiños la sombra de las cabelleras destrenzadas... ..

Y extiendo mi congelada cinta á la orilla del hoy lóbrego sendero, donde ayer sangraban, cerca de los lirios, las amapolas, próximo al árbol donde reía, de pie sobre el columpio, la más linda de las desposadas......;

Donde el sol, como un broquel de oro se extendía dulcemente perezoso; donde, sobre las parejas enlazadas por el baile, la tela de una saya ciñéndose al cuerpo, dibujaba un terso perfecto como el de una ninfa......;

En donde salían, de la yerba polvorienta y cálida, gritos estridentes y acres perfumes, mientras un lagarto, flexible esmeralda, huye á perderse en la obscuridad tibia de los surcos......

Hoy, desciendo, triste y solitario, hasta la muerte, la llanura desesperadamente blanca; costeo cerradas casucas donde desencantado

por los años y la nieve, el viejo abuelo fuma, rumiando recuerdos de cementerio.....

Y contra el seco barranco cuyos fantasmáticos cedros semejan inquietantes sudarios extendidos, me pierdo y desaparezco, cargado de insultos del cielo aterido y maldiciones de la tierra congelada. ....

CONDE KOSTIA.

1903.

TU CABELLERA.

RONDEL.

Lo que más de tí fascina,
y lo que más de tí adoro,
son los cabellos de oro
de tu melena leonina.

De tu carne alabastrina
el más preciado tesoro,
es la cascada de oro
de tu melena leonina.

Cuando la muerte asesina
me hiera como lo imploro,
con crueldad y con inquina,
dame la mortaja de oro
de tu melena leonina.

México.

JUAN B. DELGADO.

BESO DE ESCLAVA.

La blanca virgen que al tribuno adora,
La bella Eunice de Petronio esclava,
Absorta queda, contemplando inmóvil,
Del dueño amado la marmórea estatua.

La sangre ardiente, palpitante el seno,
Alta la faz, en actitud gallarda,
Eunice piensa que mirando al mármol
La estatua adquiere sentimiento y alma!

Se acerca á ella y con afán que tienta
Un banco acerca y con amor la abraza,
Y loca de pasión estampa un beso
En la boca de mármol de la estatua!

México, 1903.

SEVERO CAMPERO.



NUESTRO PAIS.—Una calle de San Cristóbal Las Casas.

MINIATURAS.

ALBA.

Cuando esparce su melancólica luz la luna, llega á mi alma el recuerdo de esa palidez ideal, con que el amor iluminó tu faz!

Y llega también después á mi alma, triste, doliente, la negra remembranza de tus manos yertas que yo aprisionaba con ardor entre las mías, mustios lirios inmóviles entre la blancura de sus velos de desposada muerta!

¡Oh, mi adorada!

Cuando la luna esparce su melancólica luz, pienso en ti, porque así era esa palidez ideal con que el amor borró las rosas de tus labios, porque así eran los últimos lívidos destellos con que el ocaso tiñó por siempre tu virginal blancura.........

FLOR DE TUMBA.

Tanto daño le había hecho el perfume de esa alma casta de mujer, era tan fuerte el escudo de virtud que se oponía á sus golpes malignos, que el vil hombre, no pudiendo mancillarla, la hundió un puñal en mitad del corazón!

Así, pensó, quedaba ya destruído por siempre el polen de ese lirio de carne santa, blancura luminosa que sus ojos no podían resistir.

Pero después.........

Y cuando fué al cementerio, sorprendido vió cómo de la tumba que contenían sus despojos, brotaban rosas blancas, albas rosas cuya fragancia esparcían las mariposas en su vuelo.........

CÓLERA DIVINA.

¿Que no es sublime la cólera? ¿Que no es santa la ira que agita la roja flama del infierno? ¿Renegáis del poema que es revolución y exterminio?

Pues nada más hermoso ni gigantesco que el océano embravecido rompiendo su cárcel de rocas, convirtiendo su rizada linfa en alborotada melena de espumas, haciendo de su murmullo como himno atronador y escupiendo, terrible en su delirio, con el azul de sus olas el azul del firmamento!

RAFAEL ANGEL TROYO.



ALREDEDORES DE TLALPAM.—Chimalcoyoc.

LA INSTITUTRIZ.

NOVELA POR ESTER DE SUZE.
ILUSTRACIONES DE SIMONT.

TRADUCCION DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

(CONTINÚA.)



Habían transcurrido tres meses desde mi llegada á Chavoux. Hasta entonces no había yo asistido jamás á las vísperas: lo incierto del tiempo al obscurecer y mis ocupaciones, me lo habían impedido.

Aquel domingo comprendí que me fastidiaría en casa, no teniendo nada que resolver en las habitaciones ni trabajo alguno que preparar para el día siguiente. Me dirigí, pues, á la parroquia.

Hacía un tiempo encantador.

Transcurría abril con sus deshielos, con sus murmuradores arroyuelos cuya última capa de nieve se había roto al impulso de la estación primaveral. Hinchada ahora, la corriente saltaba cantando multitud de promesas, se derramaba en el canal, cubriéndose de copos de espuma, formando cascadas llenas de murmurios; se mezclaba á las ondas de otros mil arroyuelos igualmente crecidos, que convergían de todos lados del campo. Era el agua viviente, el agua reina, de la cual surgiría todo el verdor de la campiña.

Ya en los lugares en que la nieve se había fundido más pronto, se descubría la tierra morena, potente, pero mostrando apenas una que otra hierba raquítica, de lejos en lejos—á los bordes del arroyo, la hierba se acumulaba abundante, tomando la coqueta apariencia de un listón verde.

Listones primaverales cortados á cada paso, á lo largo de las corrientes, por pequeños montones de nieve retenida aquí y allá en los huecos de los peñascos, en las salientes del terreno. Listones que el invierno hubiese sacado de algún estuche primoroso, como de una canastilla, y los hubiera dejado esparcidos como deja un ladrón en desorden el botín, al ser sorprendido y emprender la fuga. Me creía estar soñando, al contemplar esas hierbas y esa agua, al mismo tiempo que aquellas montañas siempre inmutablemente blancas, y ciertos espacios cubiertos de nieve, endurecida aún á lo largo de las salientes que la abrigaban de los rayos del sol.

De ese conjunto surgían misteriosas dulzuras, una embriaguez inexplicable. Algunas muchachas que, como yo, se dirigían á la iglesia, se me aparecían de pronto en lugares imprevistos. Recodos que sin duda les eran familiares. Las muchachas correteaban y reían, y sus pies ágiles saltaban hábilmente por las quebradas del terreno.

Al llegar al camino, me saludaban tímidamente, se replegaban con sus compañeras, se erguían en el aire infinitamente puro, por el cual pasaban poderosas ráfagas de vida.

Yo, menos lista para aventurarme en las cuestas empinadas, no me mezclaba á las demás jóvenes; pero también me sentía embriagada, piadosamente embelesada. En la iglesia, hice remontar hacia Dios la emoción de que me había sobrecogido, en presencia de los primeros impulsos de la primavera. Sin embargo, tras de ese desbordamiento, esa abundancia de agua que acababa yo de ver, me pareció que el lago de mi alma, antes tan tranquilo, se hinchaba poco á poco, lenta y poderosamente, como los riachuelos de los campos. También parecieron sacudirme los grandes estremecimientos de vida que habían surcado el espacio, como si yo hubiese sido algún hermoso manojo de flores, adormecido hasta entonces, pero cuyos perfumes iban á esparcirse al soplo de esa brisa.

Arrodillada, con la cabeza entre las manos, escuchaba las voces vibrantes de los muchachos que salmodiaban, con impaciencias y languideces, la harmonía de las vísperas.

En esas voces parecía estallar un gozo nuevo, el de los pájaros que saludan la llegada del buen tiempo. Alcé la frente, turbada de que las demás jóvenes pareciesen experimentar lo mismo que yo: una espera de dicha inexplicable.........

A través de las vitrinas, el sol llegaba hasta mí, derramando fulgores azulosos sobre mis manos. Yo las levanté, como si esa luz azul fuese tangible......... y cuando la vi desvanecerse, sentí que algo me faltaba.........

Al mismo tiempo, sentí que la divina paz de mi alma se había fundido como la nieve. .. ...

* * *

—¿Un acceso de piedad, señorita Romana?

El cura me había visto en las vísperas y me dirigió la palabra en la plazoleta, haciendo alusión á lo que había yo dicho un día respecto á mis fervores de piedad...... que me venían por accesos.

—Para ser franca, señor cura, le confesaré que más bien es un acceso de fastidio. No habría sabido qué hacer esta tarde en casa......

El buen cura tosió, como si le hubiese subido un golpe de sangre á la garganta; irguió su talle, movió rápidamente el entrecejo, y me miró con escrutadora é inquieta mirada.

—¿Qué hacía usted en los domingos anteriores?

—Me instalaba, señor cura. Me familiarizaba con mis ocupaciones. Además, hacía demasiado frío para aventurarse afuera, después de puesto el sol...... Mientras que ahora......

Aspiré ávidamente la brisa.... Mis impresiones se desbordaron.

—......Ahora, señor cura......, llega la primavera; la nieve se ha fundido, entre el ramaje se estremecen los retoños.

Mi rostro ha de haberse encendido, mis pies impacientes holla-

ban el suelo y, con miradas llenas de luz veía el espacio, adorándole. Luego, recogida, pensando en otros renuevos que presentía:

—Ansío ver que acabe de llegar la primavera á estas regiones alpinas. Será muy hermosa, ¿verdad, señor cura?

El sacerdote salió de su abstracción, como si viniese de muy lejos, del fondo de mi alma, donde se había hundido:

—¿Eh?..... ¡Ah, sí! ¡Muy hermoso!

Y siguió su camino, andando pesadamente.

Llegada á casa, me entristecí al entrar sola: hubiera querido que conmigo entrara toda la primavera.

XVI

La primavera no me siguió; pero me invitó á seguirla. Fueron estratagemas, llamadas; una fuerza cada vez más poderosa, contra la cual luchaba con heroísmo. Me llamaba con las manos, en el rayo de sol que me hacía señas á través de la ventana. Asomaba en el extremo de las ramas verdes excitando en su misterio á la hoja encarcelada, como esos cartuchos de sorpresa que hacen palpitar de emoción á los niños que con ellos juegan. Me sonreía en el extremo de las ramas: «Mira: no apartes los ojos; verás el lindo secreto que surja cuando alce yo estos millares de puntas verdes.»

Sobre los tranquilos montes, armaba descomunal desorden; pasaba su escoba de rayos, que hacían fundirse la nieve, inundando con ella la hierba. Chorros de esta nieve quedábase, de trecho en trecho, en los agujeros, desde la cima hasta la base de la montaña, en largas y delgadas hileras ondulantes, parecidas á trenzas brillantes sobre los hombros de alguna joven.

La primavera me decía:

«Espera: voy á deshacer esas trenzas; voy á esparcirlas en musgosas fuentes, en ocultos arroyuelos, en minúsculos torrentes, que habrán de admirarte. No vuelvas los ojos; vas á ver!»

Yo esperaba, palpitante, con los ojos divagados, durante el trabajo de las niñas, con el alma fatigada por la inquietud de esta expectación.

Vino abril, después mayo. Se hicieron vacíos en los bancos de mi clase.

—Bertita, María y Catalina ya no vendrán, pues. ¿Verdad, Rosalinda?

—No, señorita, hasta el invierno. No hay suficientes criados en su casa para los trabajos que comienzan. Es preciso que ellas ayuden.

Otras siguieron el ejemplo de las primeras. Por las abiertas ventanas, entraba el aire y flotaba, después, sobre los vacíos bancos.

A veces, cual si se les comunicase el turbulento trabajo de la naturaleza, las chiquillas se agitaban, charlaban, iban y venían, sin motivo y á pesar de mis esfuerzos para contenerlas.

Otras veces, amodorradas, con el brazo izquierdo bien redondeado, la mano sobre la página y la otra mano con un portaplumas que escribía las letras con lentitud cuidadosa, permanecían petrificadas largas medias horas.

—¡Vamos, hijas mías, sacudámonos! ¿Ya se concluyó la página?

Un ruido semejante al de una colmena que se conmoviese de repente...... y luego, otra vez el dulce y cálido silencio.

Yo me quedaba entonces divagando.

Me asaltaban escrúpulos que me impedían perturbar el éxtasis obscuro de aquellas niñas. Hasta las permitía que se durmiesen.

Sonaban las once.

¡Oh! El alegre movimiento de las niñas que lo guardaban todo para poderse marchar pronto! Era una resurrección. Y yo también despachaba mi almuerzo á toda prisa.

***

Afuera, no marchaba yo tan de prisa como en invierno. La nieve había desaparecido completamente de los caminos. La sombra de las menudas hojas oscilaba bajo mis pies como flotante encaje, impalpable alfombra preparada para plantas de hada.

Mis pasos eran lentos en medio de esta sombra.

Yo no soñaba, pero mi corazón estaba henchido de la misma savia que desbordaba en aquellos juveniles pechos.

La hora de la próxima clase me obligaba á regresar pronto; pero ¿qué fiesta y qué sufrimiento cuando en la tarde volvía á comenzar mi carrera á través del campo!

Porque yo sufría. Hubiera querido hablar, correr, jugar un poco ó inclinarme sobre un lago; contar cosas profundas y pueriles, que me lastimaban el alma.

¡Yo no sabía qué!

Mis pasos se hacían, sin motivo, más lentos. Hubiera querido no regresar nunca, caminar así, durante imposibles horas.

Porque al menos por aquellos caminos y en aquel espacio, me era más llevadero el dolor sin nombre que me agobiaba. Mi pensamiento fijo, mas sin objeto, encontraba en qué distraerse, con las fruslerías que me cautivaban.

Así, por ejemplo, gustábame permanecer inclinada sobre la tierra, buscando pequeñas flores embalsamadas, con las cuales adornaba mi corpiño y mi cabellera. Cuando á lo lejos oía la sonaja de una cabrilla, quedábame suspensa, sin ver el animal, escuchando con toda mi atención el tintineo del cascabel. Ese sonido, suave y desigual, me parecía expresar el llamado hecho por voz extraña, á lo íntimo de mi ser! Un día en que la cabrilla se me presentó de súbito, destacándose en una altura, me impresionó vivamente...... Oh! Lanzar al espacio la tortura inexplicable de mi alma! Mis ojos ardían; mas no hubiesen podido llorar. Eh! De qué, Dios mío?......Se podía acaso, libre de toda congoja, errar por sitios más bellos?

Ay! Era necesario regresar tan pronto! Las montañas, sonrosadas, después azules, después violadas, se desvanecían en la noche, llena de tonos opacos. Apresuraba el paso, temerosa de los reptiles que á esa hora se deslizan entre la hierba.

En cuanto llegaba á casa, me metía en el lecho, cuyas ropas se impregnaban del aroma de los tomillos y los bálsamos que traía en la cabellera y en las manos.

Tal vez por esto, mi sueño era tan pesado.

XVII

Phrasia había convenido en venir á buscarme el jueves por la mañana, para llevarme á Saint Romain, á ver los trabajos del Abate Chavard.

—Al mismo tiempo nos detendremos en casa de la profesora. Es tan bella; la verá Vd.! Es amable como Vd. y también está sola. Será bueno que se hagan amigas.

La buena mujer se había puesto su más lindo delantal acabado de planchar, y su vestido pardo, de los días de fiesta.

—No es porque el señor Abate haga caso de mi vestido. Mira siempre quién sabe á dónde, que es como si no viese nada. Pero es por respeto. En cuanto á Vd.........

Miró mi vestido negro y mi sombrerito, del que pendía el velo.

—Vd. con esas «máquinas» [se refería á mis guantes] y su sombrilla tan ligera, y sus cabellos como un encaje, no hay qué decir: está Vd. muy bien.

(Continuará.)

LA PRELLE SHOE CO., ST. LOUIS, MO., U. S. A.

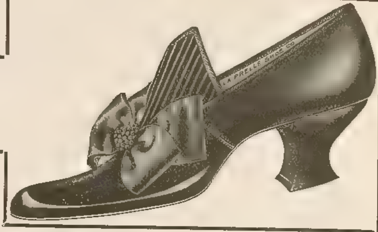
"REMATADORES DE FAMA DEL MUNDO"



Hemos vendido más zapatos para el tiempo que hace que estamos en negocio, que cualquiera otra Fábrica del mundo.



"Camine al paso del Progreso" y escriba pidiendo Catálogo ó vendedor



Surtido Núm. 5.027. Elegante calzado de señora 'Vici" volteado á mano | Anchos D. y E. Tamaño 1½ á 7. Precio, $ 1.87½, Oro.

Los pedidos se despachan el dia que se reciben.

Surtido Núm. 5001. Chinela de Charol Kid, Cuarto Vici, volteado á mano. | Ancho Medidas 1½ á 7. Precio, $ 1.35, Oro.

Las Píldoras del Dr. Ayer son para curar pronta y permanentemente toda clase de ataques biliosos como fiebre biliosa, exceso de bilis, ictericia y vómitos biliosos.

Dolores de cabeza por la mañana, jaquecas, dolores de cabeza ocasionados por la dispepsia y casi todos los demás dolores de cabeza pueden aliviarse con prontitud tomando todas las noches dos ó tres Píldoras del Dr. Ayer. Hacen algo más que curar el estreñimiento, por producir un marcado efecto tónico en todo el aparato digestivo, dando lugar á que la secreción de todos los fluidos digestivos sea más perfecta.

No hay otras píldoras tan buenas como las Píldoras del Dr. Ayer.

Preparadas por el DR. J. C. AYER & CO., Lowell, Mass., E. U. A.

Banco Central Mexicano.

CAPITAL EXHIBIDO $7.000,000.

"Hace descuentos y préstamos con ó sin prenda. Negocios en cuenta corriente, giros y cobros sobre todas las Plazas de la República y del Extranjero, y en general, toda clase de operaciones Bancarias con Bancos Comerciantes, Industriales, Propietarios y Agricultores.

EMITE BONOS DE CAJA, DE $ 100.00, $ 500.00 y $ 1,000,

sin cupón, pagaderos á seis meses y pagaderos á doce, dieciocho y veinticuatro meses, con cupones semestrales, ganando todos un interés de cuatro por ciento al año.

CORRESPONSALES.—Todos los Bancos de los Estados Mexicanos, Deutsche Bank-Berlín y sus Sucursales en Londres, Hamburgo, Bremen, Munich. Frankfurt y Dresden, Bleichroeder-Berlín, Comptoir National D'Escompte-París, National Park Bank-New York, J. P. Morgan y Co.—New York, De Neuflize y Cía., París, Miller Schell y Cía.—New York, National City Bank-New York, London and Westminter Bank. ltd. Lothbury. Londres, First National Bank-Chicago, Guillermo Vogel y Cía., Madrid





Cura el 98 por 100 de los enfermos del

ESTOMAGO E INTESTINOS

Por crónicas y rebeldes que sean sus dolencias

TODOS LOS QUE LO HAN TOMADO CONFIRMAN ESTA VERDAD

SAINT-RAPHAEL,

Vino fortificante, digestivo, tónico, reconstituyente, de sabor excelente, más eficaz para las personas debilitadas que los ferruginosos y las quinas. Conservado por el método de M. Pasteur. Prescríbese en las molestias del estómago, la clorosis, la anemia y las convalecencias; este vino se recomienda á las personas de edad, á las mujeres, jóvenes y á los niños.

AVISO MUY IMPORTANTE.

El único VINO auténtico de S. RAPHAEL el solo que tiene el derecho de llamarse así, el solo que es legítimo y de que se hace mención en el furmulario del Profesor BOUCHARDAT, es el de Mrs. CLEMENT y Cía., de Valence (Drome, Francia).—Cada Botella lleva la marca de la Unión de los Fabricantes y en el pescuezo un medallón anunciando el "CLETEAS." Los demás son groseras y peligrosas falsificaciones.





TOMEN PÍLDORAS HUCHARD.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO X.--TOMO I.--NUM. 7 — MEXICO, FEBRERO 15 DE 1903. — Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem. Idem. en la capital, $1,25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. — Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



El Abanderado Flamenco.

CUADRO DE FABRES.

Las dos Ciudades

Un buen teutón amigo me ha dicho con frecuencia:

Para mí, México no es una ciudad: son dos ciudades que por azar y por las exigencias de su desarrollo han llegado á tocarse, á besarse, como dos hermanas diferentes en edad y en educación, moralmente alejadas la una de la otra, pero que ante el mundo aparecen unidas y se acarician sólo por el respeto al apellido que las une.........

Y tiene razón el teutón. Sobre la superficie de la tierra, con sobrada frecuencia se ha dado el caso de que dos villorrios, fundados en tiempos primitivos no muy lejos el uno del otro, para las distancias actuales, pero sí bastante separados por las distancias de entonces, al crecer, desarrollarse y convertirse en ciudades populosas y extensas, agotan sus antiguos campos circunstantes, los «urbanizan» poco á poco, hasta que llega el momento en que las dos ciudades se funden entre sí y forman una enorme metrópoli. A las veces, puede haber habido diferencias de abolengo entre las dos fundaciones primitivas, y suele suceder que al través del tiempo se traigan una huella característica de su origen, como los hombres conservan, con frecuencia, tal ó cual rasgo fisionómico de la quinta generación ascendente; y entonces, cuando las dos ciudades se unen, muestran entre sí algunos rasgos de diferenciación que el tiempo va borrando paulatinamente. Tal ha sucedido, por ejemplo, con las dos ciudades magyares, Buda y Pesth, antes de que del consorcio de ambas surgiera espléndida y llena de vida la actual metrópoli y residencia real de Hungría, que al fundir límites fundió nombres y llamóse Budapesth.

Todavía, empero, por seguir la tradición y conservar esa cohorte de derechos honoríficos que son tan caros á todas las instituciones del viejo cuño; existe hoy una demarcación de límites «morales» entre Buda y Pesth, y cada ciudad, cada cuartel diríamos hoy, tiene su concejo municipal separado, por modo que el viajero advierte muy á las claras que se encuentra en un sitio formado de dos sitios, como dice Lichtenberger.

Pero en México, ¿qué motivo hay para descubrir dos ciudades?...... Son muy distintos, por cierto, esos motivos que los que Budapesth alega.

Aquí no ha habido fusión de dos ciudades: aquí ha habido una reproducción natural, una maternidad de la vieja ciudad colonial que, fecundada por el tiempo y por el progreso—(en este orden de ideas está permitida la poligamía, sin pecado)—ha dado á luz una hija, que todavía no se separa de sus faldas. Y como esta hija pertenece á otra generación, se atavía de modo distinto que la madre, tiene costumbres nuevas, ofrece aspecto muy distinto y sólo ha conservado de aquella la regularidad de las facciones—el trazo rectilíneo de las calles—que ya en la madre fué señal distinguida de belleza, con que cautivó á muchos de sus enamorados y trovadores, entre ellos al dos veces noble Barón Alejandro de Humboldt.

La antigua ciudad colonial, la antigua Metrópoli de la Nueva España, suntuosa como convino á los fijosdalgo que la habitaron y rica cual se lo permitían sus opulentas minas de plata—metal no depreciado entonces,—se ha conservado aún, señaladamente en los cuarteles de oriente de la actual México; las pesadas y resistentes construcciones que fueron moradas palaciegas de condes y marqueses, dan todavía albergue á linajudas familias, y de trecho en trecho se alzan los edificios levantados con esas piedras rojas que para sus construcciones usó la Inquisición, cual si quisiera acostumbrar á sus severos prosélitos y dignatarios á la vista de la sangre.

Pero en el poniente de la ciudad, en ese poniente que, por misteriosa virtud es el lado fecundo de todas las ciudades modernas, ha brotado la ciudad nueva, la coqueta, la elegante, la cosmopolita; la que no ostenta caracteres genuinos, la de calles asfaltadas y bordadas de villas, que aquí y acullá recuerda un rinconcito de París, ó de Viena, ó de Berlín, ó de cualquier sitio, porque la parte nueva de las ciudades va asemejándose cada día más, como si los hombres quisieran fraternizar en el aspecto de sus residencias, ya que, por desgracia, no han podido hacerlo en la índole de sus sentimientos y de sus aspiraciones.

Pero no sólo es diferente el aspecto exterior de las dos ciudades que hay en México; las costumbres que en ellas se observan son tan distintas las de la una de las de la otra, que pasando de un barrio á otro creyérase pasar á población situada en otro clima, en otra latitud, en otro hemisferio, y poblada con gente que, con la otra, no tiene un solo punto de contacto.

Si el Barón de Humboldt reviviese y diérase á visitar nuevamente su amada ciudad de los palacios, habría que conducirle de la mano para que reconociese sus antiguos sitios predilectos y para que no creyese que aquellos edificios que pudiera reconocer, no fueran sino una reproducción caprichosa de los que mirara un día en la capital de la Nueva España, incrustados hoy en una ciudad desconocida.

En México tenemos barrios que á la mirada de cualquier viajero experto parecerían trasuntos de rincones argelinos; y, á diez minutos de tramway, nos encontramos con explanadas y bulevares que—toute proportion gardeé—pueden darnos la ilusión de vagar «bajo los tilos» espléndidos de Berlín ó por las avenidas maravillosas que el Arco de Triunfo envía á todos los vientos, como los rayos grises de un sol de piedra.

Hay muchos metropolitanos viejos que sienten un odio inextinguible para la ciudad nueva, porque dicen que en ella falta todo lo que constituía la prez y el orgullo genuino y vetusto

Cuando por azar los conduce algún negocio á las nuevas colonias de la nueva ciudad, les parece hallarse en terreno extranjero. Y tienen razón; de una ciudad á otra, hay un abismo de por medio. Son otras calles, otras casas, otras gentes, otros ruidos, otros silencios, otros olores y otros colores.

Ahora bien, ¿gana ó pierde la Metrópoli con el auge admirable de la ciudad nueva? Los «hijos del siglo» decimos que gana. ¿Qué importa que se pierdan tipos viejos que no sirven para nada? ¿Qué importa que «se cosmopolitice» nuestra Metrópoli, si nosotros también hemos «cosmopolizádonos?»

¿Qué importa (sic!) que gane la higiene y la estética con la ciudad nueva?...... Para recuerdos nos basta con esos edificios perdurables que son la Catedral, el Palacio de Minería, la Biblioteca Nacional; por lo demás, no hay que cifrar el orgullo nacional en la conservación del tipo genuino del lépero, como no hay que cifrarlo en la conservación...... de la inmutabilidad urbana. Para conservaciones, la mejor es la de la salud, y á ella contribuye mucho nuestra ciudad nueva.

SARDIN.

MAGDALENA.

No son para narradas aquí las atrocidades que aquel año originó la guerra, una de las mil y tantas guerras que por luengos años formaron la característica de nuestro bien amado país. La que hace á mi propósito, fué la dispersión total de los estudiantes del Seminario. Cada quisque tomó para su casa ó para donde pudo, y el palafoxiano quedó como me figuro al Bolsón de Mapimí.

Entre esos emigrantes se contaba Fernando Morales, cursante ya de cuarto año de Teología y que, siempre reconociendo como cuartel general la casa de sus padres, fuése y corrió tierras. En esas correrías y en un villorrio del rico Estado de Michoacán, le sorprendió el amor con una de sus obligadas consecuencias. Así, como de paso, mientras desempeñaba algún empleillo de los que se dan al primero que se presenta, arrulló en sus brazos y besó con indecible ternura á su hijita María, cierta cosa á manera de querubín con que le obsequió una joven parecida al pan por buena, con menos experiencia que un pájaro que se cae del nido y cándida como las palomas. A este entuerto, ya malo de suyo, dió el malvado de Fernando carácter de inícua felonía, engañando á la víctima hasta con su nombre. Quiso apellidarse «Valverde» ante aquella exigua sociedad y María, siguiendo la costumbre, heredó el falso apellido.

Esta posición de aventurero debía ser, y fué en efecto, más fugaz que todas las posiciones: porque Valverde, digo, Morales, aburrido de estarse quieto, una fresca madrugada ensilló un rocinantillo cualquiera y tomó soleta en busca de.... de lo que topara. Y en idas y vueltas, hastiado de no ver ni el esbozo de un porvenir halagüeño, y en tanto que la imagen de su abandonada hijita iba borrándose en el horizonte del tiempo, se halló de repente con los treinta en el cuerpo. Una oleada de juicio y reflexión le hizo pensar que aquella no era vida de hombre útil; y, obedeciendo á viejas inclinaciones que de súbito se alzaron imperiosas, estuvo en el hogar de sus mayores á saludarlos é ingresó nuevamente al Seminario. A los pocos meses era sacerdote.

***

Diez y ocho años hacía ya que el señor cura Morales, con beneplácito de sus feligreses y visible provecho para las almas, llenaba derechamente su ministerio.

En el fondo de una pieza amplia de la casa cural, á medias entibiada por una raya del sol poniente que se atrevía por las cortinas de la vidriera, encuentra mi narración al párroco y al doctor, visita diaria, platicando mano á mano.

Sentados junto á la mesa escritorio en que se despachan los asuntos eclesiásticos, saborean un chocolate de chuparse los labios, á lo que creo, tras del que van, á guisa de epílogo, dos ó tres cigarros coleados y una conversación plenamente fraternal. Eran los dos lo que llamamos contemporáneos, frisando con los cuarenta y ocho y cincuenta, de sobra edad competente para filosofar acerca de la muerte, del consabido «más allá» y otras amenidades por ese tenor. Cuando habían hecho eso, daban pábulo á sus aficiones literarias turnándose en la lectura de tal cual trozo de clásicos españoles ó espigando en la literatura francesa, de que el presbítero tenía un más que regular acopio. Y luego corría el palique de la política local á la nacional y aun á la internacional, hasta que, agotados esos recursos, tomaban los periódicos del día.

El señor cura pasó uno de tantos al doctor.

—A ver si usted encuentra algo notable, dijo.

El médico revisó de alto á bajo las columnas, deteniéndose aquí, pasando acullá. Al fin hizo observar:

—Pues, quitando esto del escándalo....

—Sí, lo leí....; Y ¿conoce usted á alguien de los que allí figuran?

—Unicamente y de vista, á la dama que motivó la reyerta, mujer hermosísima, positivamente hermosa. Cuando se la vé, con el aire de suprema distinción que guarda; aunque afiliada en esa desdichada clase, se yerguen en la imaginación aquellos tipos de limpia y serena belleza que sugieren ciertos pasajes de la Escritura: se antoja ver á Rebeca, á Judith, Esther.... ¿qué sé yo? Sin duda por esas reminiscencias la llaman «Magdalena,» descartando el arrepentimiento.

—¡Qué lástima! murmuró el párroco. ¡Cuánta felicidad truncada, cuánto bien perdido!

—Ya ve usted: una mujer que parece de familia decente y educada en un medio propicio.... Estos casos así, hacen dudar á uno de la virtud. Tal pienso, que esa es una palabreja que....

—Palabreja, no! replicó violentamente el cura. -Ante todo, es del momento recordar que hay mala lógica en inferir una proposición general de una particular. Estaría usted perdido intelectualmente si, porque yo uso espejuelos, vá contando por ahí que no hay clérigo sin ellos. Tengamos el entendimiento en su lugar, mi querido doctor, y oiga usted dos palabras.

El presbítero se removió en su silla, cruzó la pierna, arreglóse el solideo y continuó así:

—No voy á hojear la Vida de los Santos ni á merodear por la Historia profana, entresacando la variedad de ejemplos que podría, por no fatigar á usted y porque no lo necesito. Para persuadirse de que hay virtud, «vis, vir,» la fuerza para obrar el bien, y de sus frutos en el tiempo y en el espacio, basta abrir los ojos y ver en derredor.

Primeramente, fijemos un hecho, y es que la humanidad respira aun, existe, y voy á demostrar que existe por la virtud. Desde que el animal racional pisó el haz de la tierra, se le disputan á porfía dos elementos poderosos, el bien y el mal. ¿Cuál es más fuerte? Los millares de años de nuestra peregrinación patentizan por modo evidente dos cosas: que la contienda entre ambos principios ha sido y persiste desatada, cruel; pero que el primero, el bien, gana terreno; despacio, pero lo gana. Si ello no fuera, si en esta brega diaria y secular hubiera el mal triunfado en mayoría, siglos hace que, presa de una degeneración monstruosa, inconcebible, nos habríamos desgarrado unos á otros, como las fieras se desgarran en la selva, y las ondas del viento llevarían en su seno el rugido de los leones, el rebramar del océano ó el canto de las



Fachada del Mercado del "2 de Abril."

aves, sin llevar ya voz humana; y la soledad de la tierra, que yo imagino más pavorosa faltando el hombre, que si faltan los demás animales que la pueblan, habría reemplazado al ruido y movimiento que hoy la animan.

Por la noción del bien, llovida al espíritu como benéfico rocío, la especie pudo valer algo: sin ella, sin la luminosa orientación á la virtud, seríamos semovientes feroces y nada más; porque nuestro intelecto, con ser una excelencia, haría lo que la llama del incendio, destruir excelentemente. Y si este fuego no destruye; si en vez de ser aniquilador levanta; si en lugar de abatirnos, vemos al cielo; si, á cambio de que el mundo sea egoísmo y maldad solos, hay sacrificios, desnudez vestida, llanto enjugado, perdón, pueblos redimidos, heroísmo, libertad, todo lo que estremece las entrañas y aviva el entusiasmo y nos enciende la sangre, lo debemos á aquella noción. Alienta y se desenvuelve, segura y tranquila, al amparo de nuestros dos más altos y nobles sentimientos, el estético y el afectivo, que son como los puntos diacríticos del alma. Miremos.

Por tendencia irresistible vamos en pos de la belleza, para anegarnos en las dulzuras de su contemplación; y, ni la naturaleza física, pródiga, exuberante de formas bellas, ni la energía creadora del entendimiento y de la fantasía, han ostentado jamás nada que de lejos se acerque á la inefable, soberana belleza espiritual del orden moral. Que no se venga á decirme que es más avasalladora, intensa ó grata la emoción que despiertan el grandioso espectáculo del mar ó el grupo de Niobe, que la que nos hace llorar cuando vemos que Vicente de Paúl riega con lágrimas, calientes de caridad, las escuálidas mejillas de un niño desvalido!

Nuestras facultades afectivas, errabundas en la penumbra del paganismo, sin faro ni ruta, consumiéndose en el orgiástico vivir á que incitaban las menguadas divinidades mitológicas, vieron su rumbo cuando, al conjuro de aquellas mágicas palabras que resonaron en Judea:

«Amaos los unos á los otros,»

se abrieron las tinieblas, cual se abrieron las aguas á Israel, poniéndonos en franquía hacia los grandes ideales. Y el corazón de los hombres palpitó con el verdadero, el casto y santo amor y ellos sintieron más virtud é hicieron más bien......

¡No puedo adivinar, ni lo adivina ninguno, cuáles serán las definitivas conquistas de la cultura universal; pero todo hace confiar en que su eficacia educativa, reforzada minuto á minuto, concluya nivelándose por la bondad. A ese fin, «laboremus,» sembremos por el consejo y el ejemplo, que no de otro modo se dignificará este frágil barro, crisol depurador de las ideas, y no por eso menos miserable. Trabajemos, que el trabajo en la virtud justificará que somos el «rey de la creación.» La realeza con que nos pavoneamos en la cima de la escala zoológica, se asienta en el poder de obrar deliberadamente el bien; y ó ser buenos ó abdicar...... ¡Ah!—exclamó el párroco poniéndose en pie y con el brillo de la inspiración en los ojos. -que la humanidad entera sea virtuosa y el planeta, hoy opaco, irradiará luz propia! .....

Y el señor cura calló.

Todo será muy bueno, como salido de usted, dijo el galeno aprovechando el silencio; — pero nada hemos concluído del caso concreto que nos ocupa.

—Es lo de menos: una caída como hay muchas, que sin duda tiene sencilla explicación. Falta de moralidad, de educación, acaso el abandono de los padres, la orfandad....

El presbítero tomó de repente un aire triste y pensativo. Luego, agregó:

—Tantas causas pueden originar esos desastres!.... Y, habré de repetirlo: no una, ni veinte golondrinas hacen verano: hechos aislados, nada significan contra mi tesis.

Meneó el doctor la cabeza como quien aprueba, sacó cigarros y fumando y en comentarios de poco más ó menos acabó el día y se despidieron.

***

Al otro, volvió el médico á la hora de costumbre.

—¿Qué tenemos de nuevo? preguntó el sacerdote.

-¡Pst! nada que lo valga.

La conversación revoloteó en torno de los temas habituales. Llegó el turno á los periódicos; y el doctor, que registraba uno de la tarde, dijo de improviso:

—Mire usted: aquí está otra vez la «Magdalena.» —Anoche, en un café céntrico, una mala mujer dió muerte á la conocida por el nombre que encabeza este suelto y de quien hablamos ayer á los lectores. Nuestro repórter pudo saber por alguien que acompañaba á la víctima, que era de H., Estado de Michoacán y que se llamaba María Valverde.»

***

Cuando en la mañana siguiente se revestía el señor cura para decir su misa de siete, el sacristán se fijó en que tenía los párpados encendidos, muy encendidos.

P. TEJEDA GUZMÁN.

El Mercado de "el 2 de Abril."

El 5 del corriente por la mañana, quedó abierto al público en la plazuela de Juan Carbonero, el edificio del mercado del «2 de Abril,» reconstruído por cuenta del Ayuntamiento, bajo la dirección del Regidor de Obras Públicas, Ingeniero Miguel A. de Quevedo.

Tal como ahora se encuentra, el mercado satisface ampliamente las necesidades de aquel rumbo de la Capital; pues su distribución fué objeto de un detenido estudio, lográndose hasta donde las dimensiones del terreno lo permitían, dar á los departamentos la amplitud necesaria, y la luz y ventilación suficientes. Cada uno de esos departamentos, está destinado á determinada clase de mercancías y dispuesto de manera que pueda asearse fácilmente sin deterioro de los materiales usados en la construcción.

Publicamos en este número una vista del exterior del nuevo mercado.



LA TRILLA.

[CUADRO AGRÍCOLA.]

En el círculo espacioso de la era
está en parvas abundosas acervado,
una parte del tesoro que ha volcado
en las trojes la fecunda sementera.

Y en el círculo emprendiendo la carrera
potros brutos en tropel desenfrenado,
dan al aire su relincho destemplado
sacudiendo la gran crin como bandera.



DE LA COSTA.—A la siesta.

Va en su pos bruno rapaz marchando al trote,
azotándolos cruel con el chicote,
—larga víbora de crótalo sonoro;—

y al fulgor ignirrojizo de la tarde,
la era finge circo rústico que arde
envolviendo todo el campo en humo de oro.

JUAN B. DELGADO.

México, 1903.





La Lucha

UNO y otro habían salido de un mismo seno maternal: eran hermanos.

Juan, pálido, lánguido, meditabundo, soñador, no pedía á la naturaleza y á la vida sino luz, espectáculos bellos ó sublimes, paz..., y tiempo ilimitado para prolongar indefinidamente la contemplación y el placer.

Pedro era sombrío, inquieto, rudo y tenaz, y el ceño de su frente revelaba que, debajo de la alborotada cabellera roja, bullían pensamientos de ambición y odio.

Vivían el uno al lado del otro, en dos campos limítrofes, exactamente iguales, que poseían por herencia.

De la choza de Pedro, al nacer el alba, salía el hombre, armado de sus instrumentos de labor; y el sol, desde que surgía tras el monte hasta que rodaba tras el mar, no cesaba de quemar la faz del trabajador hercúleo. Así lucía su campo, como taza florida rebosante de riqueza.

Juan abría su choza, alzado el día, y abríala para que entrasen á hacer fiesta la alegre luz del cielo y el aire fresco de los bosques, las mariposas y los pájaros, los perfumes silvestres y esos rumores indistintos, largos y solemnes, que son el concierto inimitable de la naturaleza en calma. Recostado á la sombra, entre libros, vivía con el espíritu en mundos ideales, ya fuese á desentrañarlos de las abstrusas profundidades de la historia, resucitando lo que fué; ya los crease de un golpe y los lanzase á voltear, extrañamente luminosos, por las regiones de la fantasía. Y cuando su materia clamaba por sustento, salía á recoger el dón espontáneo de su abandonada tierra, ó de no hallarlo, cruzaba el linde y tomaba del bien de su hermano lo preciso.

Cuando Pedro vió que de cada pulgada de su campo surgía al fin un tallo que le alargaba un fruto; cuando con mirada atónita y complacida hubo apreciado el valor del rico manto de verdura que vestía su heredad, empuñó el arado una mañana, atravesó tranquilamente la línea divisoria y se puso á labrar la tierra de su hermano.

Juan nada advirtió, ó de haber advertido, selló los labios. Y mientras leía ó soñaba, todo en torno suyo iba como por prodigio transformándose: los zarzales se desvanecían en el viento, vueltos humo; el endurecido suelo abríase y se ablandaba al paso de la reja del arado; los surcos amanecían cuajados de brotes verdes, que crecían y se extendían y enlazaban, alfombrando el piso para los nobles huéspedes que acababan de llegar—el Trabajo y la Riqueza. Pues ya en aquel rincón era esplendor y opulencia lo que antes fué aspereza y esterilidad.

Una tarde vino Pedro y llamó á Juan, delante de su puerta.

—Juan, le dijo: necesito arrasar tu choza y sembrar su espacio de plantas que me den su fruto. Vete.

—Pedro, no me voy: ésta es mi casa.

—Tú nada tienes, Juan; todo es mío, todo lo he conquistado yo, que soy el fuerte.

—Pues emplea tu fuerza para echarme.

Sea.

Y se traba la lucha abominable, fratricida; esa lucha cien veces secular que parece condición de vida en la naturaleza y á la cual aporta el hombre una fuerza terrible por inteligente—la maldad. Pedro pone sobre los hombros del hermano las manos vigorosas, y empuja. Juan extiende las crispadas suyas contra el enemigo, enarca el torso, clava el pie en tierra, y resiste. Nuevos empujes, cada vez más violentos; rómpense ante una resistencia inesperada. Pedro frunce el entrecejo, repliégase, acomete, y la embestida es formidable, irresistible; cual tronco desarraigado, Juan vacila, cede, da un paso atrás, da dos...... ¿Está perdido? No: con brusco quiebro esquívase y cambia el modo de combate. Ya en lugar de asirse, los hermanos se abrazan...... ¡abrazo horrendo, abrazo del odio, más apretado, más ardiente que nunca fuera el del amor!

Los pechos oprimidos jadean, y sus soplos quemantes se confunden al escaparse de las resecas bocas. Forcejean los músculos indómitos, y mientras las aceradas piernas se enredan y pugnan furiosamente por mantenerse firmes ó arrollar, los hermanos se miran, se miran con esa mirada de suprema avidez que el amor no tuvo nunca..... Juan flaquea al cabo, mas pide nuevo brío á la desesperación; retrocede, pero brega. Siente que lo expulsan, que lo arrastran, paso á paso, á través del disputado patrimonio, hacia el hondo barranco



UN MILLONARIO.— (Cuadro de Fabrés.)



PASTORES ITALIANOS.— (Cuadro de Fabrés.)

que por aquel lado lo limita. Y cuanto más se abrasa en ira ante la consumación del vil despojo, tanto menos encuentra vigor para evitarla. Y en el llano desierto y á la luz del sol que cae, giran, giran larga y confusamente, entre remolinos de polvo, aquellos cuerpos enlazados, que la fatiga rinde, mas el rencor sostiene, estallando en el silencio de la hora, con pavorosa resonancia, el ronco estertor de los alientos anhelantes y el golpe seco de las pisadas furibundas. Un esfuerzo más, y el grupo infernal alcanza el borde del abismo.



CHAPULTEPEC.

Pedro soltó á su hermano y con voz sorda y lenta le dijo:

—Juan, sigue la orilla del barranco, toma el camino de la ciudad y aléjate.

—No por mis pasos, Pedro; te lo he dicho. Echame.

—Pues lo quieres, vete al diablo.

Y de un empellón fué Juan lanzado al precipicio.

Pedro se irguió con toda la majestad del triunfo; y mientras la dulce forma de su hermano se estiraba en el fondo de la sima y quedaba inanimada para siempre, él, arriba, emprendía la vuelta á sus dominios, tranquilo y satisfecho; los campos verdes le sonreían, henchidos de promesas; el aire le llenaba de besos frescos el fatigado rostro, y hasta el sol, antes de hundirse, le encendió la roja cabellera, pareciendo como que le ceñía la codiciosa frente con corona de oro.

DIEGO VICENTE TEJERA.

Enero de 1903.

En todo el universo no hay fuerza exterior que no encuentre su equilibrio en fuerzas interiores: si la luz hace que la sombra huya, la sombra hace que la luz se turbe.

***

Siempre que la razón se nubla y la mala pasión despierta, la verdad se esconde, el sentimiento de la justicia huye, las virtudes lloran, y todos los sentimientos nobles quedan dormidos.

***

El mérito no está en conquistar, sino en mantener lo conquistado.

***

No hay rencor más profundo que el de los humildes y tímidos.

La Serenata de don Juan.

- Princesa angelical de ojos rasgados
Y garganta de pétalos y aromas,
A ti vuelan mis versos, arrullados
Por las torcaces cálidas palomas.

De mis versos el límpido torrente
Refleja en su cristal tus formas bellas,
Como el Guadalquivir en su corriente
Retrata al ígneo sol y á las estrellas.

¡Seductora beldad, no seas esquiva
Con este corazón que por ti late,
Y que enlaza á las rosas de tu ojiva
Los épicos laureles del combate.

Mis cantos, melancólica sirena,
Estamparán sus ósculos de mieles
En tu faz donde brilla la azucena,
Y en tu labio en que sangran los claveles.

Mis cantos rozarán con su plumaje
Tu frente y tu mejilla de escarlata,
Y labrarán su nido en el encaje
Que orla tu seno de marfil y plata.

Ondulan en mis cantos, precursores
De mi eterna ilusión fascinadora,
Los rojos estandartes triunfadores
De robusta pasión abrasadora.

Mis cantos ciñen fúlgida cimera,
Que orna florida rústica guirnalda,
Y lucen regio arnés, do reverbera
El rayo de tus ojos de esmeralda.

Son mis cantos, en fin, bajel ligero
Que llena Amor de músicas y risas,
Y boga en mar de rutilante acero
Al blando soplo de aromadas brisas.

«Princesa angelical de ojos rasgados
Y garganta de pétalos y aromas,
A ti vuelan mis versos, arrullados
Por las torcaces cálidas palomas.»

Mas ¡ay! si tu hermosura y tus amores
Me quisieran robar locos rivales,
Mis cantos, melodiosos ruiseñores,
¡Se cambiarán en tigres y chacales!

MANUEL REINA.

Mazatlán.

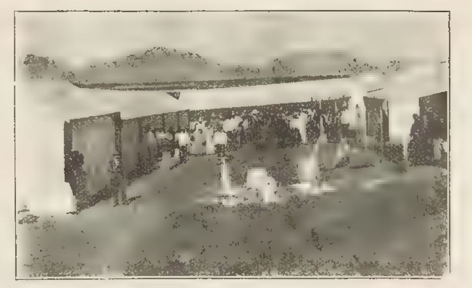
○

Las Barracas.

○

Destrucción de las casas infestadas.

○



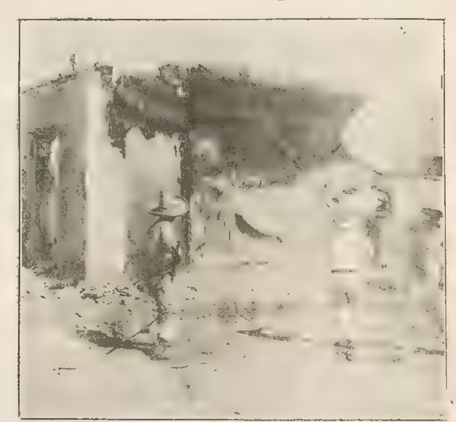
MAZATLAN.—Las barracas vistas por el lado Poniente.



Oficinas de desinfección en Mazatlán. Los miembros de la Junta.

Con el propósito de no dejar incompleta nuestra información relativa á la epidemia reinante en Mazatlán, ofrecemos á los lectores de «El Mundo Ilustrado» fotografías de las barracas en que se hallan aisladas actualmente las personas sospechosas de haber contraído la enfermedad, y de algunas casas que, para evitar el contagio, fueron quemadas por orden de las autoridades.

Las rigurosas disposiciones que dictó el Consejo Superior de Salubridad para contener el avance de la peste, están plenamente justificadas, y, por lo mismo, la publicación que ahora hacemos, no es más que una prueba de que se han puesto en práctica, en las actuales circunstancias, cuantos medios se han creído indispensables para salvar á la población de los estragos que causa la epidemia.



MAZATLAN.—Derrumbando una casa quemada.

INDÍGENA.

(LEYENDA).

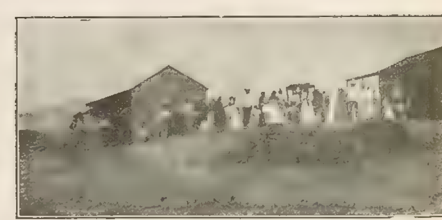
I

Allá en las pampas que el Janeiro baña,
Aun hay chozas indígenes, que fueron
Refugio de los indios que murieron
Con estoico valor en la campaña.

Cual Taped Amaruc, en lid extraña
El Cacique murió; los que pudieron
Del enemigo emanciparse, huyeron
En busca de quietud á una montaña.

Sobre la huaca del Cacique, inclinan
Los mangles su dosel, y la iluminan
Los astros como trémulos ciriales.

Y cuando el cielo sus crespones viste,
Entona el «urutí» su canción triste
Oculto en los frondosos saucedales.



MAZATLAN.—Grupo de los aislados en las barracas.

II

La heroína Diamora; la que fuera
De las comarcas índicas orgullo,
Murió también, efímero capullo
Que no llegó á entreabrir la primavera.

Y cuando en su agonía, la guerrera
Tribu, escuchó su postrimer arrullo,
Juró antes que su honor, vengar el suyo,
Besando su carcaj y su bandera.

Cuando á los rayos de la luna inciertos,
Perfuman el recinto de los muertos
El cactus y la oliente zarzamora;

Evocando las sombras de los Incas,
Gajos de floripondios y pervincas
Lleva un indio á la tumba de Diamora.

JUAN DUZÁN.



MAZATLAN.—Una casa infestada y quemada.

POEMAS EN PROSA

AMOR?

Ella era bella; adorablemente bella. Yo no la amaba, pero no podía dejar de verla una noche, una sola noche. Por qué? Pero sobre todo, lo que más admiraba en ella eran sus ojos, sus grandísimos ojos, negros, rasgados, profundos....

Una noche le dije, al azar, casi inconscientemente:

—En forma de cuál de estas cosas aladas—una golondrina, una paloma ó una águila, desearía usted tener el alma?

—En forma de una águila — me contestó.

—¿Y para qué?

—Para saber cómo he de cazarla.

Pero yo no deseaba su alma. ¿Por qué? No lo sabía.





MAZATLAN.— Bombas improvisadas para la desinfección



MAZATLAN.—Ruinas de algunas casas destruídas por el fuego.



MAZATLAN.—Vista general de las barracas.



Calle de Duranguito, en Mazatlán.—Quemando una casa.

Otra noche mirando sus negras pupilas profundas le dije:

—Al través de tus pupilas veo yo muchas cosas....

—¿Y qué ve usted?— me respondió.

—Yo veo—le dije— los balaústres de oro de las maravillosas puertas del jardín del Paraíso. Las calles del jardín están empedradas de zafiros y rubíes. Una floresta de blancos lirios gigantescos se balancea á lo lejos. La luz que lo alumbra todo es color de perla. Será la luna? Sí. No puede ser sino la luz de la luna lo que lo envuelve todo con su red de plata. Se escucha la lírica, sollozante quejumbre de mil cítaras invisibles. Qué música tan deliciosa! ¿Qué uñas de marfil tan finas, pellizcarán tan sabiamente las cuerdas vibradoras? Sin duda son los serafines, porque al compás de esa música, miro que van desfilando, cada una con un lirio en la mano, las once mil vírgenes. Pero ya las vírgenes pasaron.... Ya no las veo.... Ahora vienen los apóstoles con sus enormes barbas blancas....

—Como buen poeta es usted muy galante me interrumpió riéndose— pero hoy no le agradezco su galantería. No me halaga que usted vea el cielo en el fondo de mis pupilas. Me han recomendado tan mal el cielo! Me han asegurado que es la patria de los pobres de espíritu.

Miré de nuevo sus pupilas. En el fondo de sus profundos ojos negros brillaba una luz diabólica. Algo se estremeció en el fondo de mi corazón, y en aquel momento conprendí que la amaba, que la amaba, que estaba atado á ella para siempre con cadenas formidables.....

A. Fernandez Garcia.

PENSAMIENTOS.

El amor propio es el móvil más ó menos oculto de nuestras acciones; es el viento que infla las velas sin el cual el buque no caminaría.

*

El ejemplo heroico de los triunfos pasados es la principal fuente del valor de cada generación: los hombres marchan con calma hacia las empresas más peligrosas, impelidos hacia adelante por las sombras de los bravos que ya no existen.

*

La ciencia es una pirámide en la cual todas las hiladas reposan sobre la observación.

*

No maldigamos el dolor; él sabe esculpir nuestras almas, dándoles su forma más ideal, su más perfecta hermosura.

*

El amor, como el sol se levanta sin diferencia sobre todas las cosas, calentando á la naturaleza entera.

*

Hay en cada nación la misma balanza del bien y del mal; el desconocimiento de este equilibrio explica las preocupaciones de la mitad del mundo contra la otra mitad.

*

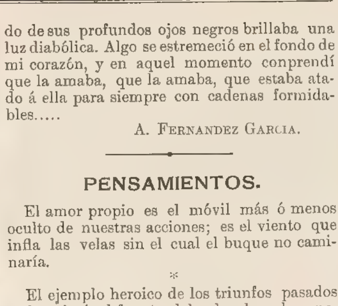
Hay dos cosas que en este mundo no encuentra el hombre las más veces fuera de su casa: la buena sopa y el amor desinteresado.

*

Todo nuestro conocimiento humano puede ser representado simbólicamente por una pequeña isla, muy breve, rodeada por un océano sin límites.

*

El hombre siempre descontento de lo presente, atribuye á lo pasado una perfección falsa que no es más que la máscara de su tristeza. Elogia á los muertos en odio de los vivos, y golpea á los hijos con los huesos de los padres.





EL FI

DURANTE muchos años, el señor Bellarmín, instalado en Venecia, en una casita de la Vía-Sancta, ejerció la honrosa y delicada carrera de la medicina; pero, á pesar de las maravillosas curas que llevó á cabo, el buen doctor había sufrido, vegetado y renegado de su profesión, hasta el día en que resolvió convertirse en nigromante.

Fué entonces cuando la fama y la fortuna se llegaron á él con la misma presteza con que lo habían abandonado. Sus arcas se llenaban de oro, su casa de muebles preciosos, sus escaparates de valiosas vajillas de plata repujada.

Bellarmín llegó á ser el hombre más feliz de la ciudad. A su lado, veía crecer á su hija, á su adorable Julieta, cuya hermosura hacía olvidar la de la amante de Romeo. Sabía que,



llegado el caso, cuando Julieta cumpliese los veinte años, podría dotarla como á una princesa; esto sin contar con que el brillo de su nombre, reflejándose sobre su hija, daba á ésta el derecho de esperar una de las más nobles alianzas de Italia.

Era feliz porque, á pesar de todo lo nigromante que fuese, sentía su conciencia tranquila y limpia su alma, cosa rara por aquellos tiempos en Venecia, donde la política enredaba diariamente á muchos hombres en las marañas de tenebrosas empresas.

Esto no impidió que la venganza, el odio, la ambición, llamasen á menudo á la puerta del señor Bellarmín; pero él los recibía con ese gesto imperioso, con esa mirada dura, ante los cuales el Mal se inclina, retrocede y huye.

En cambio, esa misma puerta se abría ampliamente á los amantes tristes, decepcionados, locos. Sus filtros amorosos, elogiados, recomendados de un extremo al otro de la península, se compraban á peso de oro y no podía darse abasto para fabricar la cantidad que se le pedía; ya el brebaje que hace complaciente á la más cruel amante, ya el que vuelve al redil al esposo infiel, ó el que reanima la ternura adormecida en el corazón de la esposa, ó el que torna en desinteresada á la más avara cortesana: en una palabra, todos los bálsamos que había descubierto para curar las más espantosas llagas que en el corazón humano causaba el señor Cupido con las envenenadas flechas de su carcaj divino.

Ayudábale un aprendiz en la incesante faena, no porque el doctor Bellarmín le hubiese confiado el secreto de su arte ni la fórmula de sus filtros, sino porque le encomendaba el trabajo lento y monótono de los alambiques, el gotear desesperante de las clarificaciones.

Era el aprendiz ahijado de Bellarmín, un guapo muchacho de veinte años, al que había recogido huérfano hacía algún tiempo. Dedicado como un hijo, discreto como un mudo, paciente como un ángel, deseoso de ser útil en todo, Bellarmín comprendía que, sin temor ninguno, podría confiar á su ahijado las más delicadas labores.

Nunca—aunque esto habría sido muy natural en un joven de su edad—abandonaba Giuseppe la casa á la puesta del sol, para concurrir á alguna francachela ó á alguna cita misteriosa; nunca, en los días de carnaval, se mezclaba entre la ruidosa multitud de las mascaradas; ni tenía, siquiera, en su pupitre, esquelas perfumadas para escribir un billete amoroso.

Sólo se encontraba á gusto en la casa de su patrón, por el día, en el laboratorio, entre vasijas y retortas; por la noche, después de la comida, charlando sentado á la mesa, en compañía de Bellarmín y de Julieta.

Y el buen Bellarmín, que adivinaba en los ojos de un enfermo la más pequeña huella de fiebre, no tenía ni la más remota sospecha del fuego devorador que ardía en el pecho de Giuseppe. ¡Cuán cierto es que las cosas más sencillas, las más naturales, las que tenemos á la vista, escapan á nuestra observación, á medida que somos más perspicaces ó que creemos serlo.

Giuseppe amaba á Julieta, la amaba por la bondad de su corazón, por la música deleitosa de su voz, por la ternura de su mirada, por la suavidad aterciopelada de sus manos. Había crecido cerca de ella, amándola inconscientemente desde el primer momento, definiendo, poco á poco, ese sentimiento que experimentaba, hasta llegar á comprender que la única alegría de su vida sería hacerla su esposa y pasar á su lado las horas todas de su existencia.

Por la noche, soñaba con ella, la envolvía en la gasas de su pensamiento, no existía más que por ella y para ella, sin atreverse á decirlo á nadie, más convencido á cada momento de que ella era su único ideal.

Julieta era mujer. Había adivinado, sentido, comprendido esa ternura, muy diferente de aquella con que su padre la rodeaba, y esto, que en un principio la agradó, la lisonjeó, la hizo, más tarde, sentirse orgullosa, y, finalmente, feliz.

Ignoraba á dónde iría á parar por ese camino, y, sin embargo, lo seguía confiadamente, entregada á la dulce languidez, al éxtasis delicioso de un hermoso sueño.

***

Giuseppe, viendo caer gota á gota en el largo cuello de las redomitas el «elíxir del amor,» áureo y oloroso, soñaba. A través del cristal, adivinaba—¿qué digo?—veía, veía á Julieta, á su Julieta, concluyendo con sus lindas manecitas algún bordado fino y delicado.

Y sentía impulso de lanzarse hacia ella, de arrojarse á sus rodillas, de confesárselo todo y preguntarle—¡angustioso enigma!—si ella, á su vez, llegaría á amarle algún día.

¿Cómo formular su pregunta?..... ¿Qué le diría? Y su cerebro trabajaba rudamente, concibiendo brillantes discursos que á los pocos momentos olvidaba.

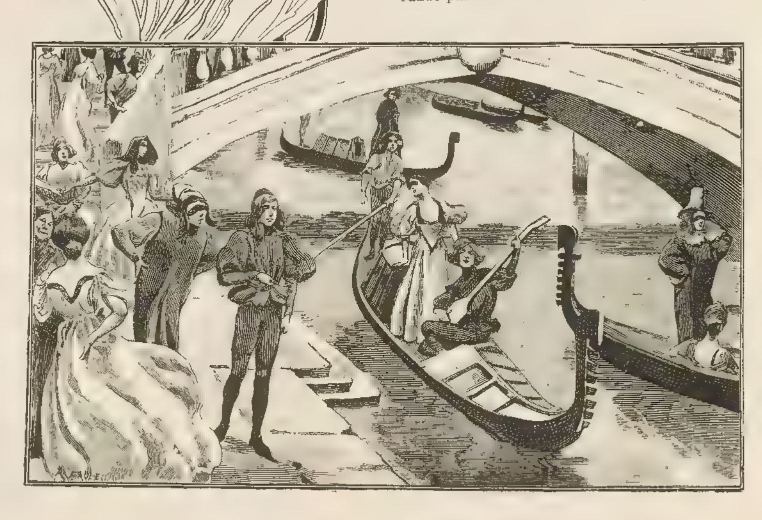
Y, luego... ¿qué contestaría ella?

Si, por desgracia, Julieta se ofendía, si por atreverse á tanto y pedir tanto, iba á perder irremediablemente ese dulce compañerismo con el que mitigaba un poco su sed de amor... ? Julieta era rica y él pobre; era tan linda que todos sus caprichos le estaban permitidos. Si se le ocurría desterrarlo para siempre de su lado, quejarse á su padre, hacer que lo despidiesen de la casa....

Y las lágrimas perlaban el borde de sus párpados, como las gotas del elíxir de amor el cuello brillante del alambique.

Una mañana despertó animado, envalentonado, resuelto.

¡Valiente bestia había sido hasta entonces! ¡Cómo! ¡Se pasaba el día cuan largo era preparando para otros el filtro amoroso, y no le ha-



...LTRO

bía pasado por las mientes que también á él podía servirle! Que Julieta bebiese unas gotas, sólo unas cuantas gotas de él, y ya no temería su cólera, ni sus desdenes, ni el destierro, ni aun su tibieza ó su indiferencia. También ella le amaba, escucharía de buen grado sus súplicas y juntos compartirían ese sueño de amor.

Había estado y estaba ante el Paraíso, tenía la llave de él y no había pensado en que podía entreabrir esa puerta abierta, diariamente, de par en par, para los otros.

¿Qué significaban algunas gotas de menos en la redoma? ¡Nadie lo notaría! Y para acallar escrúpulos de conciencia y dejar á salvo su honradez, resolvió invertir en la compra de un filtro todo el dinero que Bellarmín le había dado para sus diversiones y que él había guardado cuidadosamente, soñando en un regalo para Julieta. Pretextaría á su patrón, un día que éste se hallase ausente, la llegada de un desconocido.

Así lo hizo.

Poseedor, al fin, del brebaje tan soñado, no pensó más que en aprovechar la hora propicia para hacer uso de él; no sin preguntarse—¡el buen muchacho! -si no cometía mayor pecado al robarse un corazón, el más bello tesoro que en el mundo existe.

***

Hay un Diós para los enamorados, dice la leyenda, y este Dios quiso que Giuseppe no esperase mucho tiempo.

Una mañana—fué en los primeros días de la primavera—el Sr. Bellarmín avisó á su ahijado que se ausentaba, que regresaría hasta por la tarde y que lo dejaba al cuidado de la casa y de su hija, bajo la tutela de la anciana criada, única sirvienta que el mágico, modesto en sus gustos, tenía á su servicio.

Recomendó á Giuseppe que no permitiese á nadie la entrada á su gabinete, que cuidase de que no se apagase la llama del alambique, y se alejó después de besar tiernamente la frente de su hija.

Giuseppe quedó solo con Julieta; solo, porque la sirvienta, poco amiga de andar entre chirimbolas de magia, no salía de su cocina.

Llegada la hora del almuerzo, ambos se encontraron frente á frente en la mesa común, ella alegre, animada, como una chiquilla que juega á hacer de «señora grande;» é., turbado, vacilante, inquieto.

Tuvo, no obstante, el valor de ir á buscar el filtro preciosamente oculto, y ofreció á Julieta gustar de él como de una golosina inofensiva.

¿Lo creyó ella?.... Adivinó, con su intuición femenina, con su natural perspicacia, la tosca supercheria del pobre Giuseppe?... Nadie sabrá decirlo; pero extendió espontáneamente su vaso, que parecía un tulipán sobre su largo tallo, lo dejó llenar hasta su borde, y lo apuró.

—¿Tú no bebes, Giuseppe?

Giuseppe iba á contestar que no tenía necesidad de ello; pero, temeroso de sorprenderla, llenó también su vaso y lo vació de un trago.

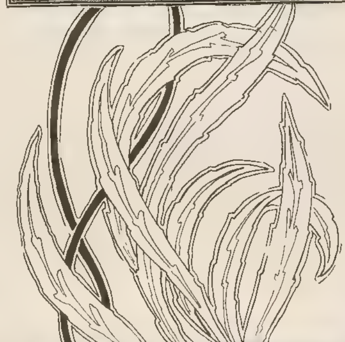
Por la abierta ventana el sol entraba claro y alegre, avanzando poquito á poco sobre el suelo; en sus rayos de oro, se agitaba una infinidad de polvillos luminosos: afuera, entre las ramas, los pájaros cantaban, y la brisa traía el hálito embalsamado de las nuevas flores y de los brotes nuevos.

Los dos, sentados uno al lado de otro, hablaban ahora á media voz, de los esplendores de ese día, de las dulzuras de esa hora, confesándose la dicha que sentían en esa casa tranquila y apacible en medio de la inquieta Venecia que se agita y ruge.

Operado el encanto dulcemente, sus voces volviéronse más y más tiernas, más y más escasas sus palabras; sus manos se habían unido y se estrechaban con ternura: sus ojos se hundían en sus ojos hasta llegar á sus almas, y.... cariñosa, zalameramente, Julieta, en éxtasis, dejó caer su cabecita sobre el hombro de Giuseppe.

Hablaron entonces de sus antiguas charlas, de los días pasados en lánguido silencio, de la vida común, como la de ellos, siempre en familia, dichosos y tranquilos.





Los labios de Giuseppe rozaron castamente, aunque llenos de amor, la frente de Julieta. Fué su beso de bodas.

Nada oían, nada sabían, en nada pensaban como no fuera en su amor.... Así, no pudieron ver que la cortina se levantaba suavemente, y que en la puerta aparecía, después de un momento, la figura sorprendida, pero sonriente del Sr. Bellarmín, que escuchaba, enternecido, su casta plática.

Repentinamente, Giuseppe se puso en pie.

Ha escuchado un frotamiento del terciopelo. Julieta murmura: «¿Por qué me despiertas?»

Giuseppe se arroja á los pies de su amo; ella, enmudecida, roja como una cereza, se oculta la cara entre las manos, no osando ni moverse.

—¡Señor! Os lo pido, os lo suplico! Golpeadme, despedazadme, matadme; pero no digáis una palabra á vuestra hija. Que toda la culpa caiga sobre mí! Os he robado un filtro, la he hecho beber de él: es inocente, lo juro, es inocente!

Bellarmín lo dejó hablar. Después, toma la mano trémula de Julieta y la pone sobre la de su ahijado.

—Os amáis, hijos; yo os amo también y os casaré. Tú, Giuseppe, llegarás á ser, por voluntad mía, mi sucesor. Ya es tiempo de que yo descanse y de que vosotros hagáis por mí lo que por vosotros he hecho yo. Te enseñaré el arte de mi sortilegio; pero, desde ahora, quiero confiarte uno de mis secretos.

Ese filtro de amor que ambos habéis bebido ¡glotones!—hasta la última gota, es un viejo vino de Chipre que he comprado, secretamente, en Messina.

De «elíxir de amor» no tiene nada: mas no lo digáis á nadie, que éste es el secreto de mi riqueza. Ofreciéndolo á aquel que me lo pide, es la confianza, la esperanza, la convicción, lo que le ofrezco; es el valor lo que le doy; es la fe, y con la fe, ya lo sabéis, se remueven las montañas.

Querer es poder, y yo doy al que me compra, la voluntad, la fuerza de querer, la ilusión sagrada, la ilusión bendita que ha hecho á los héroes.

El «elíxir de amor,» el único, el verdadero, el que vosotros habéis bebido, es la Primavera, mágica prodigiosa que lo elabora con la tibieza de su fiebre, con los olores de sus perfumes, con las gotas impalpables de su rocío.

Lo que tú me has robado, Giuseppe, no ha hecho más que darte la audacia que te faltaba.

Amaos, hijos míos, amaos, que yo también os amo y os bendigo.—JEROME DOUCET.

Traducción de "El Mundo Ilustrado."





LEGACION DE COLOMBIA.—Sala de recepción.

RESIDENCIAS DIPLOMATICAS.

LA LEGACIÓN DE COLOMBIA.

Toca hoy su turno en nuestra galería de residencias diplomáticas, á la Legación de Colombia establecida en la esquina de las calles de Viena y Fuentes Brotantes, por el señor General don Rafael Reyes, Ministro Plenipotenciario de aquel país en México.

Una elegante escalera, estilo americano, da acceso á los salones de la Legación y á los departamentos que en la misma casa ocupa la familia del señor Ministro. Al penetrar á la suntuosa finca, se ve desde luego el buen gusto con que está decorada; multitud de acuarelas de artistas mexicanos y colombianos, cuadros valiosos sobre diversos asuntos, retratos de hombres célebres, y grabados, dispuestos con verdadero arte, adornan las distintas dependencias formando el más hermoso conjunto.

La sala de recepción, contigua á la escalera, está amueblada con ajuares austriacos y estilo Luis XVI; las cortinas son de seda verde, recogidas con finos crespones, y el decorado general es del mejor efecto. Sigue una pequeña pieza de descanso, en la que se ven muebles estilo antiguo muy valiosos, estantes con libros y cuadros de hombres célebres. Los cojines, cubremesas, etc., lucen artísticos bordados y aplicaciones.

En cuanto al comedor, es uno de los departamentos más bien arreglados. Los aparadores son de maderas finas y están cubiertos con hermosos cristales; en los muros se destacan gobelinos muy vistosos y sobre unas mesas de artística hechura, se ve una vajilla de plata primorosamente trabajada. Otra de las dependencias dignas de mencionarse, es la sala de descanso de las señoritas Reyes: está dotada de estantes muy costosos, tocadores blancos con lunas de las mejores, y otros muebles de valor. Esta sala, que sirve también de estudio, está decorada con exquisito gusto.

El despacho del señor Ministro se encuentra en una pieza inmediata.

Tanto el señor General Reyes como su familia, cuentan entre la mejor sociedad mexicana con innumerables simpatías.



LEGACION DE COLOMBIA.— Biblioteca y Salón de desahogo.



Salón particular de la familia Reyes.

La Cárcel Municipal de León.

Publicamos un grabado que representa el exterior de la Cárcel Municipal de León, Guanajuato, inaugurada hace poco con toda solemnidad. El nuevo edificio se comenzó á construir en 1899 y se terminó hace tres meses. siendo Jefe Político del Distrito el señor Archibaldo Guedea. La planta general consta de los siguientes departamentos: prevención, alcaidía, archivo, salones para correccionales, sentenciados, y de arresto menor; cárcel militar, escuela para niños, dormitorio, y sala para juntas. Las bartolinas son 37.

En el mismo edificio se encuentran dos amplios locales para juzgados del Ramo Civil y dos para los de lo Criminal, con sus correspondientes dependencias para las secretarías. Los patios con que cuenta la cárcel son tres, y en ellos están distribuidos los baños y lava-



LEGACION DE COLOMBIA.— Comedor.

pasto á su rapiña, en donde cuelgan y ocultan sus nidos el azulejo y el turpial; y en la cabaña, el gallo que recogió su tribu bajo el alar de la enramada, anuncia con su monótono cantar, cómo lentamente van pasando las silenciosas horas nocturnales.

En la cabaña, duermen sobre la troje los chiquillos, sueño reparador é inocente, mientras la madre consume la velada, á los reflejos moribundos de una luz, que próxima á extinguirse, oscila ó parpadea.

Llora la pobre campesina el abandono cruel y la triste orfandad de sus chiquillos, y en la comarca desolada, se confunde el lamento de sus penas con el lánguido rumor de las quebradas; recoge sus congojas el soplo yerto de las ráfagas que pasan quebrantando los sembrados; y sólo tiene resonancia el graznido aterrador del buho hambriento, que desde la enhiesta copa de los árboles, tiende el vuelo en retorno á su guarida, y se pierde en las profundas soledades de la noche......

José Antonio Espinoza.



deros suficientes para el aseo personal de los presos.

El costo de la construcción fué de........... $45,363.16.

NUEVA CALLE.

En terrenos de la 1ª Comisaría, se inauguró el 5 del actual una calle que lleva el nombre de «Landa y Escandón.» El acto fué apadrinado por los señores Vidal Romero, José Vasavilvaso y Ramón Pérez Solis.

De las actas que se levantaron, una se colocó bajo la placa que indica el nombre de la calle, remitiéndose otras al Ayuntamiento y al Gobierno del Distrito.

NOCTURNO.

Profundas soledades de la noche......

Tienden las sombras su mortaja de tinieblas, sobre colinas y arboledas, valles y sembrados, mientras que lentamente van pasando las silenciosas horas nocturnales.

En medio como á quietud de los sepulcros, se alzan las tétricas visiones, al delinearse en el fondo de la densa obscuridad, el escueto contorno de los sauces, que á la vera de los caminos se yerguen alineados.

Baja de la montaña el lánguido rumor de las quebradas, como el triste rumor de una querella; el viento sopla yerto en la comarca, y vagan murmurios quejumbrosos, traídos por las ráfagas que á su paso abatieron inclementes los sembrados.



Fachada de la cárcel municipal de León.

Profundas soledades de la noche!......

Rápidas, cruzan y serpentean por instantes, las débiles fosforescencias del cocuyo; desde la enhiesta copa de los árboles dilata su graznido aterrador el buho hambriento, que busca

Geométricamente considerado el hombre, es un poliedro creado en el anchuroso espacio de la existencia, y forma parte muy íntima de un poliforme infinito: el destino.

RAYO DE LUNA.

Ella, á la reja asomada,
Y él en la calle, do un rayo de luna
Parece que viene del cielo á mirarlos,
Rasgando las brumas.

Y el aura,
El aura errabunda,
Se lleva suspiros, se lleva secretos,
De dos corazones calladas ternuras.....
....

Sus labios se acercan,
Sus manos se juntan,
Y entonces,
El rayo de luna
Tras nubes sombrías
Discreto se oculta.

Ismael Enrique Arciniegas.



Calle "Landa y Escandón."

LUZ DE LO ALTO.

Entre las tinieblas
De la obscura noche
Reluce muy lejos, en una majada,
La hoguera que encienden algunos pastores,
Que brilla en las lindes
Del negro horizonte,
Y á ratos vacila
Y á ratos se esconde.

Ranas y alacranes
Lanzan en las sombras su chirrido torpe,
Al que sólo la parda zumaya
Con su estúpido canto responde,
Perturbando la augusta armonía,
La calma, el silencio y quietud de la noche.

Las brillantes estrellas del Carro,
Las que marcan el rumbo del Norte,
Del cénit arrojan
Vivos resplandores,
Que al viandante nocturno conducen
Y en derecho camino le ponen.

....

***

Entre las tinieblas
De la obscura noche,
Con paso inseguro
Caminan los hombres,
Confiando en la luz de la hoguera,
Que lejos encienden algunos pastores,
Que brilla indecisa,
Y á ratos vacila y á ratos se esconde.

Por sendas y trochas,
Tropezando y cayendo, recorren
El campo anchuroso,
Y el silencio rompen
Tal vez con gemidos,
Tal vez con canciones
Que alacranes y ranas corean
Con chirrido torpe.

Tropezando y cayendo caminan,
La vista en los prietos y obscuros terrones,
Sin que un punto piensen
Sus mentes cerradas, rastreras y torpes
En alzar la cabeza hacia el cénit,
Donde lanzan sus vivos fulgores
Las siete brillantes estrellas del Carro,
Que marcan, seguras, el rumbo del Norte...

F. NAVARRO Y LEDESMA.

NUESTRO PAIS.—Un bosque michoacano.—Puente de Santa Teresa.



LA CAUTIVA.

No sé por qué soberbio é inexplicable pecado está cautiva la fría princesa en la sala de los muros de cobre; inmóvil y como enorgullecida por miradas de invisibles multitudes, sentada en un trono, entre dos quimeras de oro, ha languidecido y sin duda contempla en el espejo de las murallas su insolente belleza.

Sin embargo, se levanta, y con los ojos ardientes aún por los sueños que no ha borrado la vigilia, va hacia los muros metálicos. En su trayecto ve, como en una bruma densa, venir una forma vaga, una forma voluptuosa de mujer, con los cabellos sueltos; estremecida de amor sobrenatural, murmurando palabras de bienvenida, corre con los brazos abiertos hacia la real visión......... Pero reconoce su propio esplendor, percibe en la sala el único perfume: el de su carne......... Entonces, desfallecida y triste, desabrochado el traje de púrpura, viene á sentarse y á llorar en medio de las quimeras irónicas:

«Yo—dice—todavía yo!» y á su rededor la sala eleva sus implacables muros pulidos: ni flores amigas, ni viejas armas! dondequiera reflejada por los muros, tan sólo la cautiva adorna su prisión.

¡Cuántas horas se fastidia y sufre la fría princesa guardada por su imagen! Entretanto, ella se odia; querría cubrir con velos los grandes espejos que la convierten en su cárcelera eterna.

Una ventana se abre: si ella pudiera ver por esa ventana los vendimiadores errantes por las viñas ó las segadoras metiendo sus brazos en el toisón de los trigos, ó siquiera—y esto sería divino—los graves bueyes ahondando los surcos negros en las llanuras crepusculares! ¡Cómo se inclinaría locamente en su ventana y cómo mandaría á los campos en labor largos y fraternales besos!

Ah! el sendero que pasa allá, abajo, está para siempre desierto; no tiene principio ni fin, y los árboles negros que lo adornan tienen un susurro solemne de aguas que corren hacia el Océano. En su dolor la princesa desgarra sus vestidos; los collares arrancados desgranan sus gemas con un ruido de burla; bajo los jirones de su púrpura desgarrada, aparece todo en los espejos que exaltan la inútil gloria de su rica nubilidad.

Al fin, la puerta va á abrirse: ¡si fuera ésta la hora del perdón! ¡Si el bello vencedor, vestido de luz, fuera á entrar! ¡Si alguna voz armoniosa fuera á gritarle: «Vengo á librarte de ti!»

No. Es una esclava que ofrece en copa de esmeralda, frutas raras y preciosos vinos; y esta esclava lleva también traje de púrpura, deja también caer á tierra el pesado tesoro de sus cabellos, y, de cuerpo y faz, es— más que una hermana—semejante á la princesa; es además buena y dulce, y habla un rauco lenguaje de Oriente que hace



FIESTAS POPULARES.—Mazatlán en días de Carnaval.

parecer las palabras de amistad como arrullos de paloma. Pero en la belleza de la enviada, la cautiva no encuentra sino su propia belleza, y las palabras consoladoras sólo la hacen soñar en su propia voz; por eso la princesa dolorosa arroja coléricamente á la amante, á la bella esclava, más cruel que los espejos.

EPHRAIM MIKHAEL.

SOY CASTELLANO.........

Soy castellano. Vivo aislado en mi castillo,
entregado á los sueños y á las meditaciones.
Soy altanero y hosco, soy triste; ningún brillo
exterior me seduce. Maté mis ilusiones
la noche en que por siempre mandé alzar el rastrillo.
Amo pasar mi vida contemplando los cielos.
Desde el alto y obscuro torreón del homenaje,
he visto á las mañanas tender sus blancos velos
en los cielos; he visto enlutarse el paisaje
en las noches, las reinas de misteriosos duelos;
y en la gran lejanía, á la vaga ribera
de donde en una tarde doliente y sonrosada
zarpó la barca de oro de mi ilusión primera,
que se llevó á mi hermana, la dulce pasajera
que pobló de armonías mi alma enamorada.
Cómo recuerdo aquello!.........
.........Y mi hermana gemela
una tarde de otoño se fué muy triste y sola.........!
Sola, se fué muy lejos, lejos, lejos.........! La vela
de su barca era blanca, y como banderola
ondeaba en el mástil mi sueño que la vela.
Oh, la vigila siempre: la mira cuando huye
por las calladas sirtes; cuando pálida llora
buscando la esperanza que á su seno enamora;
cuando toda tremante á las sombras arguye
y dialoga con ellas su voz encantadora.
Paso las horas muertas contemplando el camino
desde el alto y obscuro torreón del homenaje.
Mi corazón la aguarda que vuelva de su viaje!
Esperando que vuelva de su viaje divino,
he cansado mis ojos contemplando el paisaje.

MANUEL DE LA PARRA.

1903.—México.



ALREDEDORES DE MEXICO.— Acueducto de los Leones.



LA INSTITUTRIZ.

NOVELA POR ESTER DE SUZE. ILUSTRACIONES DE SIMONT.

TRADUCCION DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

(CONTINÚA.)

La buena mujer estaba orgullosa de acompañarme.

La mañana estaba fresca. Ibamos de prisa: yo, soñando; Phrasia charlando. Me hablaba de todo, sin solución casi; algunos hechos me interesaban más, me iban rectos al corazón, como si á mí me hubiesen acontecido.

Interrumpía esas historias con preguntas balbucientes.

—Hacía mucho tiempo que vivía allí esa institutriz?

—Oh, sí! La pobrecilla era tan linda como una imagen; y tan inteligente...... Pero, quia! El le hacía la corte. En cuanto á casarse con ella, eso era distinto: ella tenía las manos demasiado blancas...... Vea Vd., señorita: las institutrices— dicho sea sin ofender á nadie — no están bien sino en la escuela.

—Acaso no soy yo quien arregla mi casa, Phrasia?

—Vaya! En cuanto á cocina, á juzgar por la compra que hago para Vd., debe estar hecho muy pronto el quehacer de la casa.

Rió, y no tuve valor para explicarle que eso era porque yo no encontraba placer alguno en cocinar para mí sola; mientras que si fuese para una familia...... Mas ¿para qué contarla esos detalles? ¿Me casaría yo alguna vez, por ventura?

—Entonces, esa pobre institutriz......

—Sí; llámela Vd. pobre. Ha faltado, pues. Y la gente de la aldea se le fué encima, y la apedreó. Unos dicen que fué á tener su hijo á Gap. Después no se ha vuelto á saber de ella.

Me detuve, sobrecogida.

—Desdichada! Desdichada!

Y en la obscuridad de lo que yo experimentaba, me atreví á arrojar mi piedra contra esa desdichada.

—¿Por qué faltó la infeliz?

Entonces Phrasia se plantó delante de mí.

—¿Por qué? Porque era como las demás! No hay que creer que porque son institutrices, han de ser ángeles también. Vd. es una excepción; Vd. está hecha así, no se fastidia jamás, siempre está alegre. Las otras, yo las he conocido bien, son como todo el mundo! Llega el día en que la vida hierve en ellas. Sólo que no les gustan los idiotas de los caminos; y los otros no las quieren porque son pobres y no saben hacer nada con sus manos. Entonces, si alguno ronda en torno de ellas, acaba eso siempre por una desgracia, como la de Greoux, que yo refería á Vd. Es necesario no condenarlas como lo hacen los imbéciles, señorita! Hay que comprenderlo todo! Yo me digo eso. Y si hubiese estado en Greoux, contra quienes había arrojado las piedras sería contra las gentes del lugar.........

En ademán soberbio, con el puño cerrado, Phrasia amenazaba...

Luego siguió su marcha. Llegó la primera al fin de la cuesta que seguíamos, y me tendió la mano en un momento en que me tropecé con unas piedras.

—Cuidado! Se necesitan pies firmes para andar por estos caminos!

Sonreía ligeramente. Pensaba en el otro camino, tan abrupto, de las jóvenes institutrices. Mi mano oprimió un poco la de Phrasia, de esa mujer tan buena, tan inteligente. Seguramente yo no era de su opinión, en cuanto á tamaña indulgencia, y, sin embargo, comprendía tantas cosas!........

XVIII

El abate me asombró. Un talle largo y esbelto, bajo la flotante sotana; manos de artista; una cabeza ideal, joven, circuida de rizos negros que parecían ir del círculo de la tonsura al cuello grácil. Vino á nuestro encuentro cuando salíamos de la iglesia, y Phrasia le saludó, pidió noticias de la criada y de algunas gentes á quienes yo no conocía. Luego, mirándome, dijo que iba yo con el fin de ver las obras de arte de su antiguo patrón. El abate saludó muy sencillamente. Parecía distraído, y, como me había dicho Phrasia, apenas me miró.

—Me complace mucho la visita de usted, señorita; pero Phrasia le ha dicho más de lo que es en verdad. Mis trabajillos son más bien una destrucción; pues es en representar á Dios, en lo que me ensayo. Sin embargo, si eso puede interesarla.........

Nos guió á través de una sala estrecha, en la cual había grandes tablones cubiertos á lo largo de las paredes. En medio una mesa, un escabel, algunos instrumentos enteramente primitivos, una vasija con agua, un montoncillo de barro amarillento en el suelo, al lado de la mesa.

—El taller, señor abate.

—Sí, si acaso. Es aquí donde trabajo. Estos son mis bocetos.

Alzó los lienzos que cubrían las paredes. Quedé sorprendida. «Ecce-homos» verdaderamente divinos, con la frente bañada en sangre, bajo la corona de espinas. Vírgenes de perfil extático y doloroso; cruces trabajadísimas, con lianas ó volutas que se entrelazaban, se asían al árbol cristiano, semejantes á almas que se elevan en plegarias supremas: sus cálices sedientos tendidos hacia la sombra mística del árbol.

Yo balbucía algunas palabras. Con un ademán imitaba la actitud de los tallos, seguía la línea suave de los perfiles, á medida que el abate me mostraba las figuras.

—Se diría que es usted conocedora, señorita.

—No conozco el arte, señor; pero sí lo hermoso....... y esto, qué hermoso es!.........

Sus ojos, velados por la indiferencia, parecieron abrirse. Me miró orgulloso por un instante. Luego se calmó, como si se arrepintiera de ello.

—¡No! Esto es cualquier cosa...... ocupación de soltero...... nada más.

Quiso acabar pronto. Le indiqué un último asunto que había quedado cubierto. Se turbó un poco.

—No está terminado —dijo.

Mas yo me había acercado, y él hubo de quitar rápidamente el lienzo. Era una Santa Ana, sentada, con un libro sobre las rodillas, y la Virgen, niña, de pie, leyendo en el libro. La Virgen niña, el briol, los detalles todos estaban aún informes, excepto la figura de Santa Ana. En cambio, esta me asombró por la expresión de vida que tenía. La frente pensativa, la nariz pura de los santos de alas móviles, como la de una joven que sueña; los labios suaves, sin nada de místico, el talle afinado como por un corset, bajo la draperia que no llegaba á figurar nada arcaico en derredor de esa figura encantadora.

—¡Qué extraña es esta santa!—exclamé.

—¿Por qué?—preguntó inquieto el abate.

—Quiero decir que expresa mucha vida. Generalmente los santos no son así.

—Es un error. ¿Por qué no expresar la vida, aun en la santidad? Resolví intentarlo en este trabajo. Tanto mejor si lo he logrado.

Volvió á cubrir el grupo. Phrasia nos había dejado solos. El abate me condujo á su humilde y estrecho comedor, y me ofreció una nada de marrasquino. Me habló de su arte, que le había venido sin maestro; me refirió cuán feliz era entre el buen Dios, los feligreses y el arte. Estaba sentado, y su mano, admirablemente destacada de la sotana, me parecía, con sus dedos finísimos, estar modelando alguna cosa.

—¿Entonces,—le pregunté—no se fastidia usted jamás?

Esta pregunta era atrevida. ¿Acaso un padre debe sentir fastidio? ¿Acaso yo misma me fastidiaba, puesto que hacía tal pregunta? Iba á disculparme, cuando él me contestó lealmente, que no conocía el fastidio.

—Los feligreses, el buen Dios, todo esto es el deber; como son el mío mis discípulas y también Dios; pero cuando se es artista como usted, me parece que podía desear tener algunos amigos íntimos, que le comprendiesen su alma.

Se echó hacia atrás un poco para reír, con ese timbre de voz blanco propio de los padres jóvenes, y que no es ni de mujer, ni de hombre, ni de adolescente.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué bien dice usted eso! ¡No soy su confesor, y sin embargo, acabo de oír su confesión! ¿Conque se fastidia usted en Chavoux?

—No; no, señor cura. Yo le pregunté si por aquí cerca no habría un castillo donde tuviera usted amigos que supieran estimarle. Es por usted por quien preguntaba. Yo no soy artista, ni tendría qué decir á mis amigos, caso que los tuviese.

—Bien, bien, la creo á usted.

Y como yo insistiese, neciamente, diciendo:

—Entonces, nadie, ¿ni siquiera un viejo castellano artista?

El palideció, se mordió los labios, movió los afilados dedos nerviosamente, como para hacerme callar, y respondió con sequedad:

—¡Nadie!

Phrasia vino á encontrarnos. Habló sin parar por algunos minutos; aceptó una gota de vino añejo; dió de Chavoux noticias que el abate no le pidió.

—No hemos acabado aún. Si queremos ver aún á la señorita María, debemos marcharnos pronto, señorita.

¿Por qué me pareció que el abate quedaba contrariado?

***

La vi. Era la Santa Ana, la deliciosa Santa Ana del abate, la de perfil purísimo y labios suaves.

Pero—cosa extraña—si la Santa me había parecido moderna, la joven me pareció antigua, como una de las vírgenes de la Parábola. Me recibió afablemente, sin grandes demostraciones; me dijo que yo hacía muy poco ruido en mi aldea; pero que, no obstante, ella había oído hablar de mí.

—Usted también, señorita,—dijo Phrasia—parece ser piadosa como un ángel y no hacer aquí ningún ruido.

Miré á la joven, con la curiosidad de sorprender algo en ella. Volvió á mí su apacible rostro.

—Creo, señorita, que también usted ha de ser piadosa. En nuestra situación, ¿qué sería de nosotras, si no tuviésemos al buen Dios?

—Ciertamente—murmuré.

No podíamos tardar mucho. Phrasia nos separó. La señorita María prometió ir á visitarme.

—Será necesario que también usted venga, señorita, y sin etiqueta, cuando usted quiera...... En estío los caminos son agradables y estamos tan cerca......

Nos acompañó hasta el camino, y me señaló Chavoux al fin de la pendiente, á la derecha.

—¿Vendrá usted?

—Sí —le dije algo indecisa.

Nos besamos. La joven parecía leal y pura; habría yo debido quererla mucho. Sin embargo, mi corazón quedó aprisionado por un sentimiento inexplicable.

XIX

Estábamos en junio. Los caminos, sembrados por los árboles y perfumados por las flores, me atraían con todos sus encantos. Los jueves, los domingos, en las tardes claras, después de las cuatro, me daba tiempo para dar paseos. La señorita María vino á verme; yo la visité también, yendo, para acortar el camino, por vericuetos que habían llegado á serme familiares.

Mis amigos de Paut me invitaron á su casa. Conocí su escuela, nueva, con techo rojo; el mismo edificio para niñas y niños, á quienes sólo separaba una barda que dividía el patio. Llena de niños de uno y otro sexo, patriarcal como un presbiterio inglés; más cómoda que la mía ó la de la señorita María, gracias al ingenio y habilidad del esposo, esa habitación me encantaba. Fuí á verles con frecuencia y llegué á ser la amiga íntima del matrimonio. Uno y la otra me confiaban sus ensueños y sus contrariedades: un encanto punzante me tenía suspensa de sus labios, sobre todo los del joven esposo.

—Cuando tengamos hijos—decía la esposa—los instalaremos aquí, en esta recamarita. Les educaremos con gran cuidado, y les adiestraremos en todo lo que se pueda. Luego les casaremos con profesores ó profesoras. Serán felices como nosotros.

Sonreía satisfecha...... pero él quedaba sombrío. Las palabras de éste, cuando hacía sus confidencias, me parecía que abrían brechas en muros impenetrables que descubriesen poco á poco luces implacables.

(Continuará.)

"SANTA FE," LA MEJOR RUTA

A Denver, Kansas City, St. Louis, Chicago, New York, San Francisco y Los Angeles

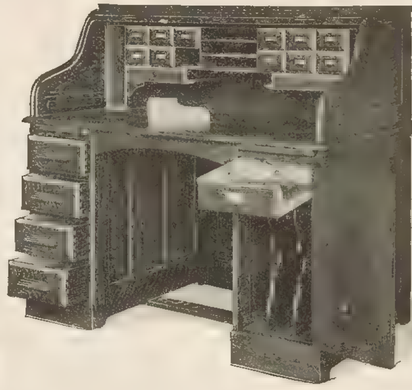


Se reservan camas en Carro Pullman para todos los puntos en los Estados Unidos. Los Restaurants y Carros Comedores de Harvey en la Línea de Santa Fe, son renombrados en el mundo entero. Para precios, itinerarios y otros informes, dirigirse á

W. S. FARNSWORTH.—Agente General.

1a. San Francisco, Núm. 8, México, D. F.

A LA GRAN MUEBLERIA.





Surtido completo de muebles para Oficinas. Precios baratos. Pida nuestro Catálogo.



Ricardo Padilla y Salcido.

1ª Calle de San Juan de Letrán, núm 11. México.

RECOLORACIÓN

DE LAS

BARBAS y del PELO

CON EL

EXTRAIT des SIRÈNES

de **GUESQUIN**, Químico en *Paris*

En *Mexico* : J. LABADIE Suc^es y C^ía.

DÉPOSÉ

Se obtiene un

HERMOSO PECHO

por medio de las **Pilules Orientales** que en 2 meses **desarrollan y endurecen á los senos**, hacen desaparecer las salidas huesosas de los hombros y dan al Busto una graciosa lozanía. Aprobadas por las eminencias médicas, *son benéficas para la salud* y convienen á los más delicados temperamentos. — Tratamiento fácil. Resultado duradero. — El frasco con noticia fr. 6.35. J. **RATIÉ**, Ph^ien, 5, Pass. Verdeau, **Paris**, 9^e.

En *Mexico* : J. LABADIE Suc^res y C^a.



ELEGANTEMENTE AMUEBLADO Y EQUIPADO

Los padres de familia que deseen poner á sus hijos é hijas en un colegio absolutamente completo y bajo los estudios americanos más refinados, deben escribir pidiendo un hermoso prospecto que contiene detalles completos, dirigiéndose al Director: C. H. Clark. San Antonio Texas. U. S. A.

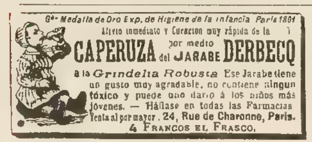


LA "FOSFATINA FALIERES" es el alimento más grande y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses, y particularmente en el momento del destete y durante el período del crecimiento. Facilita mucho la dentición; asegura la buena formación de los huesos; previene y neutraliza los defectos que suelen presentarse al crecer, é impide la diarrea, que es tan frecuente en los niños. —PARIS, 6 AVENUE VICTORIA, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.



Racahout de los Arabes Delangrenier

El mejor alimento para los niños



TOME UD.

PILDORAS HUCHARD.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO X.--TOMO I.--NUM. 8

MEXICO, FEBRERO 22 DE 1903.

Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem. Idem. en la capital, $1,25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA







UN AFILADOR

(CUADRO DE FABRES.)

Cómo me hice Poeta.

NO hay hombre que, al lado de las aptitudes mayores ó menores de que lo ha dotado la naturaleza y que, bien ó mal, acaban por ser su vaca lechera, no tenga una tendencia, una aspiración colateral, digamos así, divergente, que acaba por convertirse en sueño dorado, en «obsediosa» sugestión, en manía, en idea fija. Conozco un matemático cuyo anhelo es ser guitarrista; hay filósofos que no piensan más que en injertar tulipanes; Quevedo era, de toda preferencia, espadachín; Gladstone, leñador; Balzac aspiraba á las finanzas, á los grandes negocios; Nerón, á tenor de grande ópera.

Cito ejemplos de hombres eminentes; pero el hecho se comprueba hasta en los seres más humildes. Los jefes de sección son generalmente acuarelistas aficionados; los diplomáticos sueñan con sabrosas combinaciones culinarias y más á menudo «calzan» el gorro blanco que el casacón bordado; los escribientes administrativos son casi siempre poetas; los dependientes del ramo de abarrotes, músicos, y así por ese orden.

Por lo común, y salvo contadas excepciones, la aspiración dominante, es contraria á la capacidad preponderante. El que tiene voz prefiere, aunque cojo, el baile; el cegatón se inclina á la micrografía ó á la observación de los astros; el naturalista nato, pinta en seda ó modela en barro; la mujer estéril se siente fundadora de hogares y madre de familia; la prolífica toma el velo; en la Escuela de Sordomudos impera el amor á la oratoria, y nadie, como los ciegos, para aficionarse á los experimentos de visión á distancia, con intermedio de segunda vista.

¿Será que la privación causa apetito? No lo sé; pero no conozco tartamudo que no se consagre más ó menos á la oratoria ó á la declamación.

No podía yo escapar, y no he escapado, á esta ley general. Sin hacer mérito de las capacidades, bien modestas por cierto, de que la naturaleza ha podido dotarme, es el hecho que mi bello ideal, mi aspiración suprema, «mi no hay más allá,» ha sido ser poeta. ¡Cómo envidiaba en mi juventud, hoy los envidio menos y ya se verá por qué, á Justo Sierra, á Manuel Acuña, á Juan de Dios Peza, á Manuel M. Flores con cuyas vistosas plumas de pavo real un error de homonimia ha vestido en ocasiones á mi grajo! ¡Cuánto he envidiado después, en la edad madura, á Amado Nervo, á Luis Urbina, á José Juan Tablada, á Jesús Valenzuela, á Manuel J. Othón, á tantos otros, aspirando siempre á ser ellos y maniatado por una incapacidad absoluta y una impotencia radical!

Un poeta, en efecto, es un ser complejo; compuesto elementalmente de fondo y forma. Debe, desde luego, sentir, vibrar, aspirar, soñar; debe, simpático con las cosas y los hombres, saber llorar, como las propias, las lágrimas ajenas, desgranar en perlas la misma carcajada de regocijo, exhalar los mismos suspiros, prorrumpir en los mismos sollozos que el melancólico ó el desesperado; cantar todos los triunfos, sufrir todas las derrotas; amar con el amor de todos, odiar con el rencor de todos, sintetizar en forma de emociones intensas todos los goces como todos los dolores humanos y reflejar en sí mismo, agigantados y poderosos todos los espectáculos de la naturaleza y todos los panoramas del alma humana.

Debe, asimismo, y éste es el elemento «forma,» concebir y sentir todo ya acuñado, moldeado en formas precisas, simétricas, encuadrado en lineamientos regulares y prestablecidos. Debe soñar y sentir, sin duda; pero debe también medir y rimar. Ha de traducir un grito precisamente dentro de cierta combinación de acentos y cierta disposición de sílabas; ha de pintar la Naturaleza, el hombre, las pasiones y los sucesos procurando que de tiempo en tiempo y de dos en dos ó de tres en tres, las palabras rimen cadenciosamente, y, por último, las emociones que resiente, por desmesuradas que sean; la ideas que concibe, por nuevas y extrañas que parezcan, ha de expresarlas con palabras ya hechas, en un lenguaje cualquiera creado ya de antemano, usual y accesible á todos; lenguaje, en general, poco manejable, erizado de reglas de prosodia y de sintáxis, de principios de acentuación, de concordancia y de régimen, de nimiedades fonológicas, nada flotante, ni ondulante ni plegadizo como un manto, sino rígido, inflexible y estrecho como un ataúd.

En punto á sensibilidad y á concepción, me creía un poco poeta. La Naturaleza, el hombre, la vida, el arte, despertaban en mí emociones profundas, imágenes no desprovistas de brillo, vibraciones misteriosas y sensaciones exquisitas; pero á la hora de convertir todo aquello en un soneto, en una octava real, en una oda, en una letrilla......... imposible! El lenguaje me hacía un insufrible obstruccionismo y me estorbaba prodigiosamente. Las palabras que no me salían largas, me resultaban cortas; ahí donde el metro me exigía una palabra aguda, no encontraba más que una esdrújula; para las rimas en «on» no encontraba más que terminaciones en «ía», y una de dos: ó para conservar la integridad de mi idea tenía que escribirla en prosa, ó si me encaprichaba en aprensarla en el molde de la rima y encuadrarla en los confines naturales del metro, tenía que desfigurarla, que deformarla y que transformar y traicionar mi emoción y mi pensamiento.

La estructura y las condiciones del lenguaje hacían de mis ángeles monstruos, de mis joyas pepitoria; de mis construcciones ruinas; de mis jardines, basureros. Paloma vestida de armadura, mi poesía, lejos de volar, caía pesadamente en tierra, y en vez de bogar en el azul, se revolcaba en el polvo y en el fango.

Lo dejé por la paz; aquello era superior á mis fuerzas, y decepcionado, me retiré por muchos años á mis cuarteles de invierno. No salí de ellos sino para una corta y desastrosa expedición. Un día oí hablar del volapuk, la lengua nueva, la lengua universal, que á las dificultades de todas adunaba las facilidades de ninguna. Lengua maravillosa, creada, no al capricho de la inventiva de las másas, de las exigencias del uso, de las tradiciones de las academias, y de las contingencias de los éxodos, de las conquistas y de los cruzamientos de razas, sino hecha «ad hoc,» con la laudable mira de allanar obstáculos, de superar dificultades, de dar al hombre un instrumento nuevo y flamante, flexible y dúctil, ligero y manejable que le permitiera formular y propalar el mundo que lleva en su alma.

Ensayé el volapuk; me tentaba la idea de ser el Homero de la lengua nueva; pero el volapuk me resultó la carabina de Ambrosio.

No había podido evitarse en la lengua nueva, el someterla á reglas, el regirla por principios, y justamente eran las reglas y los principios lo que más me estorbaba y me cohibía. Oh! si hubiera podido encontrar una lengua sin gramática, sin analogía, sin sintaxis, sin prosodia y sin ortografía; lengua libre como el cóndor sobre la cordillera; lengua democrática, republicana, plebliscitaria, movediza como la onda, cambiadiza como el viento ó la nube, adaptable por sí misma y sin trabas, como la túnica de Cristo, á las tallas y proporciones sucesivas y simultáneas de la idea; maillot verbal siempre ceñido á las formas y amoldado á las actitudes; oh! si hubiera encontrado eso, ¡qué gran poeta hubiera sido! y si llegara á encontrarlo, ¡qué gran poeta podría llegar á ser!

Felizmente llegué á encontrarlo. El movimiento modernista, la revolución decadentista de la poesía vinieron á redimirme y á salvarme; limaron los barrotes de mi jaula, derribaron los muros de mi calabozo, hicieron saltar la tapa de mi ataúd, me quitaron los grillos y las esposas, me pusieron en vez de ellos un par de alas y el águila comenzó á volar y se cierne ya en las alturas.

La revolución modernista, en general, y la decadentista, en particular, no consisten en haber derribado las barreras que encerraban el pensamiento. La libertad de pensar en el arte data de más lejos y los más recientes episodios de esa campaña de emancipación remontan á la Revolución Francesa y al triunfo del romanticismo sobre el clasicismo. Pero el modernismo ha hecho más y mejor. La libertad de pensar en arte como en política, nada vale, ni nada significa sin su natural complemento, la libertad de expresar. El reinado de la ideología tradicional había concluído; pero subsistía el despotismo de la Academia y la primera conquista resultaba estéril sin la realización de la segunda.

Derribada en tierra la vieja ideología, y pulverizados la regla de las tres unidades y los rancios preceptos de la escuela, todavía, como los suizos ante el sombrero de Geissler, había que descubrirse y que pedir permiso á la gramática para llegar al ideal, pagando peaje, como en las antiguas garitas y dejando el poeta los vellones más blancos y sedosos de su inspiración en los zarzales de ese camino del Calvario.

El modernismo arrasó todo para construir de nuevo. Se alzó sobre las ruinas amontonadas del pasado, como sobre un pedestal y dijo al poeta: «Eres libre! Libre de pensar á tu guisa, de concebir á tu antojo!»

«En estética no hay nada extravagante, ni ridículo, ni monstruoso. Vierte todo en el papel; no filtres ni destiles tu inspiración; no afines el impuro metal, déjalo hervir y chispear. Reglas, no las observes; principios, no los acates; la poesía no es furgón sobre rieles, sino pluma en ciclón ó barca en vórtice! No te detenga en tu camino el escrúpulo gramatical, no tropieces, como no tropieza el elefante, en la piedrita de hormiguero de la sintaxis; no te encierres en el diccionario, ni te diseques, como pétalo, entre las páginas del léxico. Puesto que creas la idea, forja también el verbo. Da nombre á las cosas, ¡qué importa que no sea el que llevan! Inventa verbos si te place; crea construcciones y regímenes, poda las palabras si les sobran sílabas; injértales nuevas si les faltan! Conjuga nombres si te viene en mente, declina verbos si así cuadra á tu genio; puntúa á tu gusto. De tus rugidos de león haz cadencias y rimas y de tu canto de alondra interjecciones. No te detenga el metro, ni te estorbe la rima; si te importunan, cámbialos; en toda combinación de sílabas hay un verso. No catastres tu pensamiento ni cuadricules tu inspiración. ¿Por qué catorce versos el soneto y solo ocho la octava? Házlos tú de quince ó de siete ó de los que te parezca. No te encastilles en los viejos linderos; haz heptasílabos de cinco y endecasílabos de trece sílabas. ¡Acentos, cesuras, hiatus! Patrañas y supersticiones! Tú eres acento y tú eres cesura! hazlos y no sufras que nadie te los imponga. Sé libre! Eres rey y no tienes más que súbditos. Rompe trabas, atropella principios, derriba obstáculos, arranca máscaras, desgarra vestiduras, quítate grillos, pónte nuevas alas y así volarás más alto y más amplio como águila multialada! Y ante todo no olvides que la poesía y la lógica son inconciliables. Nada de enlace, ni de coherencia, ni, sobre todo, de unidad; de todo eso haz leña para tu fuego. El collar vale por las perlas y no por el hilo; busca las perlas y déjate de hilos.»

«Te doy consejos; si alguno te parece regla, no lo sigas. La verdadera libertad consiste en eso y la poesía no es más que libertad.»

* *

Al oir aquella voz redentora que me hablaba por las mil bocas de la juventud modernista, me sentí transfigurado y redimido. Rompí las ligaduras, me despojé del pesado casco y de la rígida coraza; desistí de canalizar la catarata interior de mi pensamiento, de alinear y de marcar el paso al turbulento oleaje de mi inspiración, de entubar el huracán de mis emociones desbordantes, de poner chimenea y ventiladores al volcán que ardía en mí, y desde entonces soy poeta!

No comprendido? calumniado? arrastrado en el fango por la crítica? inexplicable para el vulgo? excomulgado de las academias?

Tal vez; pero si nadie me comprende, me comprendo yo...... y basta; y no será la menor de las glorias de la escuela modernista el

haber llegado á crear esa poesía personal, refinada y sublime que, huyendo del contacto de las masas y de la promiscuidad con el vulgo, sólo hace gozar ó sentir á quien la crea y cuando más á un limitado cenáculo de correligionarios exquisitos y de adeptos íntimos y refinados.

Acaso pronto, sin embargo, dé á este semanario una joya de mi anaquel, una flor perfumada de mi prado, una estrella de mi firmamento.

Si así llegare á ser, pido no ser leído sino por modernistas «pur sang» y por decadentistas de la última hornada.

Estoy seguro de que mis lectores no se negarán á complacerme.

DR. M. FLORES.

Ministro de México en la Argentina.

En días pasados fué recibido en audiencia solemne por el Presidente de la República Argentina, el Sr. Lic. D. Francisco L. de la Barra, Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de México en las Repúblicas Sudamericanas del Atlántico.

Los discursos cambiados con este motivo entre el nuevo Ministro y el Jefe de la Nación Argentina —discursos que dió á conocer íntegros «El Mundo» revelan las buenas relaciones que existen entre los dos países y los deseos que los animan de fortalecerlas cada día más en beneficio de los intereses que les son comunes.

Como nuestro semanario dió ya á conocer en otra ocasión, los rasgos biográficos del Sr. Lic. de la Barra, nos limitamos ahora únicamente á publicar el retrato del distinguido diplomático.



SR. LIC. DON FRANCISCO L. DE LA BARRA,
Ministro de México en las Repúblicas Sud-americanas del Atlántico.

Historia de un Crimen.

En aquella época estaba de guarnición en Grenoble un escuadrón de dragones, en el que figuraba yo como un veterinario militar.

Vivía en tercer piso de la calle de Villars, desde donde disfrutaba de un panorama soberbio.

En el piso segundo moraba un guantero retirado, que poseía un loro verdaderamente antipático por su charla monótona y sempiterna. No había quien pudiera sufrirle en la vecindad. Como el animal estaba muy bien alimentado, padecía de gota y tenía las piernas hinchadas. Además, una enfermedad de la piel le había hecho perder gran parte de sus plumas.

¿Qué necesidad impulsa á los comerciantes retirados á proveerse de un loro?

¡Vayan ustedes á averiguar el misterio!

El corazón del hombre tiene abismos insondables.

El loro de mi vecino era mi pesadilla; sus chirridos me abrumaban de un modo horrible y me impedían consagrarme á un trabajo serio y formal.

Diariamente colocaba el guantero la jaula en el balcón situado debajo de mis ventanas, y resuelto yo á poner término á aquella situación, pensé en los medios de librarme para siempre del odioso animalucho.

A grandes males grandes remedios.

Compré arsénico, y desde mi ventana arrojé una dosis de dicho artículo sobre la comida del loro, repitiendo la operación varios días consecutivos.

Al levantarme, lo primero que hacía era correr á la ventana para ver el resultado de mi combinación. Pero el maldito loro no torcía nunca el pescuezo. No sólo estaba lleno de vida, sino que su salud mejoraba de un modo visible. Deshincháronse sus patas y la gota desapareció por completo.

¡En vez de matarle, le estaba yo curando!

Entonces comprendí que había cometido una insigne torpeza.

El arsénico, propinado en pequeñas dosis, es un tónico, y, por tanto, producía en el loro el efecto de una medicina bienhechora.

Aquel incidente hubiera debido desarmarme; pero era tal la repugnancia que el animal me inspiraba, que resolví aumentar la dosis.

Cogí el paquete de arsénico y vertí todo su contenido en la jaula.

Al cabo de un cuarto de hora llamaron á la puerta de mi habitación y corrí á abrir.

Una joven admirablemente hermosa entró jadeante y me dijo:

—¡Por Dios, caballero, baje usted en seguida! ¡El loro se está muriendo, y mamá va á volverse loca de pena!

Ante la desesperación de mi vecina sentí las primeras punzadas del remordimiento.

—¡Ya empieza el castigo!—dije yo para mis adentros.

Seguí presuroso á la joven, y encontré á la familia del guantero en un estado de desolación indescriptible.

Al verme me preguntaron á un tiempo varias voces:

¿Le salvará usted?

El loro estaba agonizando y no había medio humano de volverle á la vida.

Era ya demasiado tarde.

Traté de hacerle tomar un vomitivo, pero todo fué inútil, pues el animal murió á los pocos momentos.

Iba yo á retirarme cuando el guantero me llamó aparte y me dijo:

—¿Cuánto le debo á usted por su visita?

Confieso que me puse colorado. ¡No habría faltado más sino que me hubiese hecho pagar!

—No me debe usted nada —le contesté,—puesto que no ejerzo mi carrera.

Y abandoné precipitadamente la habitación.

El guantero, para darme las gracias, me hizo una visita, que yo le devolví al día siguiente.

Su hija tenía unos ojos negros que me fascinaban.

Al poco tiempo era íntimo amigo de mis vecinos, en compañía de los cuales pasaba todas las veladas.

Yo toco muy mal el violín, y Berta—así se llamaba la muchacha— toca medianamente el piano.

Unimos nuestros talentos y tocamos varios dúos, por cierto bastante mal interpretados.

Ocupado en contemplar á mi compañera, me olvidaba de mirar las notas y, naturalmente, el compás era la primera víctima de mis distracciones.

Una noche, como de costumbre, llegué con mi caja de violín bajo el brazo, y de pronto me detuve lleno de terror.

Sobre el piano se hallaba el loro de marras.

Retrocedí anonadado.

Ni el mismo Macbeth, al ver la sombra de Banco, pudo experimentar mayor espanto.

—Hemos hecho disecar al animalito—me dijo el guantero—para regalárselo á usted.

Y no tuve más remedio que aceptarlo.

Ya habrán comprendido mis lectores que mi aventura terminó con un matrimonio.

Berta es una criatura admirable por su belleza y por su bondad, y yo soy el más feliz de los maridos.

El loro, desde lo alto de su escaparate, contempla inmóvil nuestra dicha.

Un día, entre dos besos, me dijo Berta:

—¿No es verdad que era muy hermoso?

—¿A quién se lo cuentas?

—No se cómo se puede morir de la gota.

—Pues es muy sencillo—le contesté, —llega al corazón y mata irremisiblemente.

¡Y luego dirán que el crimen recibe siempre el castigo que le corresponde!

¡No estoy conforme con semejante teoría!

E. FOURRIER.





AVENIDA DEL 5 DE MAYO.— Las calles recién abiertas.

LA AVENIDA DEL 5 DE MAYO.

Han quedado abiertas en toda su extensión las nuevas calles del Cinco de Mayo, llevándose por fin á la práctica uno de los proyectos cuya realización no puede menos que ser beneficiosa. El aumento constante del tráfico en nuestras principales avenidas y la necesidad, más imperiosa cada vez, de facílitarlo hasta donde sea posible, reclamaban esa gran mejora de que la metrópoli debe, por todos conceptos, ufanarse.

Es indudable que el "Cinco de Mayo," con su prolongación hasta la plaza donde se levantará el Teatro Nacional, ha ganado mucho en hermosura, y que una vez terminados los edificios que ahora se construyen, será, si no la principal y más transitada, si una de las más bellas por su buena orientación, y por su amplitud.

En éste número publicamos una fotografía de la gran avenida, tomada desde Santa Isabel.

Terrible incendio en una Fundición.

El 13 del corriente, por la noche, se declaró un terrible incendio en la fundición que el señor Tomás Philipps tiene establecida en la calle de las Delicias. Las enormes columnas de fuego que se levantaban sobre el nivel de las azoteas vecinas, atrajo, al lugar del suceso, un gran número de curiosos que invadieron las calles promoviendo algunos desórdenes que la policía, gracias á su actividad, pudo reprimir oportunamente.

El departamento de moldes, cuyos útiles estimaba el señor Philipps en cien mil pesos, quedó completamente destruído: los techos de lámina se derrumbaron con estruendo espantoso, y momentos después no quedaba del vasto salón más que un montón de escombros que ardía como una inmensa hornaza.

Los bomberos, en la imposibilidad de extinguir el fuego, encaminaron todos sus esfuerzos á localizarlo y á apagar los «focos» que se habían formado en las demás dependencias y que amenazaban invadir todo el edificio. Diez minutos bastaron para esto, lográndose después, con gran trabajo, combatir las llamas que abrasaban otro de los departamentos. En esta faena, tres bomberos estuvieron á punto de perder la vida bajo los escombros de un cobertizo.

El incendio de la fundición de las Delicias ha sido uno de los más notables en los últimos meses.

CROQUIS.

Bajo el puente y al pie de la torcida
y angosta callejuela del suburbio,
como un reptil en busca de guarida,
pasa el arroyo turbio......
Mansamente
bajo el arco de recia contextura
que el tiempo afelpa de verdosa lama
sus ondas grises la corriente apura,
y en el borde los ásperos zarzales
prenden sus redes móviles
al canto de los yertos peñascales.

Al rayar de un crepúsculo, el mendigo,
que era un loco tal vez, quizá un poeta,
bajo el candil de amarillenta lumbre
que iluminaba su guarida escueta,
lloró mucho.........
Con honda pesadumbre
corrió al abismo, se lanzó del puente,
cruzó como un relámpago la altura,
y entre las piedras de la sima oscura
se rompió con estrépito la frente.
Era al amanecer. En el vacío
temblaba un astro de cabeza rubia,
y con la vieja ráfaga de hastío
que despierta á los hombres en sus lechos
vagaba un viento desolado y frío;
se crispaban los frágiles helechos
de tallos cimbradores; lluvia densa
azotaba los techos:
enmudecía la ciudad inmensa!
y me dije: quién sabe
si aquellas tenues gotas de rocío,
si aquella casta lluvia
son lágrimas que vienen del vacío,
desde los ojos de la estrella rubia!



INCENDIO DE LA FUNDICION DE LAS DELICIAS.—Departamento consumido por el fuego.

Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo,
fuiste su ninfa ausente?
eres su novia muerta,
á los albores de otra luz despierta?
Rubia estrella, testigo
de la muerte del pálido mendigo,
cuéntame á solas su pasión secreta:
fué él acaso tu férvido poeta?
¿en las noches doradas,
bajo el quieto follaje de algún tilo,
tus manos delicadas
le entornaron el párpado tranquilo,
mientras volaba por su faz, inquieta,
tu fértil cabellera de violeta?
Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo... ..

... .

Va cayendo la tarde. Soplo vago
de insólita pavura
mana del fondo de la sima oscura;
el cadáver, ya frío,
se ha llevado en sus ímpetus el río.

Entre la zarza un can enflaquecido
lame con gesto de avidez suprema
el sílex negro que manchó el caído
con el raudal de sus arterias rotas;
luego el áspero hocico relamido
frunce voraz, y con mirada aviesa,
temeroso que surja entre la gente
alguien que anhele compartir su presa,
clava los turbios ojos en el puente ...

GUILLERMO VALENCIA.

CRISANTEMOS.

¡Los crisántemos!...... Flores sin aroma, son la postrer corona del año; sus mórbidos colores se adaptan á la hora melancólica en que nacen; flores de cementerio, hechas para los sepulcros.

Exóticas, adoptadas y cultivadas por los horticultores como raras joyas, buriladas en «medusas» erizadas y ríspidas, estas extranjeras han asumido el imperio de la moda, y sus aficionados son tantos como los de las inquietantes orquídeas «de exterior sutil» que dijo Strindberg, á quien placía compararlas con mariposas funerarias.

Esta pasión por las flores singulares es un signo de los tiempos, suerte de abandono y de descrédito en el cual han caído las pobres flores sin rareza, las rosas y las dalias, que ahora son burguesas. Tales los poetas ingenuos, los ignorantes que «no saben sino su alma,» como Lamartine, comparados con los orfebres sabios y complicados de los versos nuevos.

Comprendo perfectamente el atractivo de precocidad de las orquídeas, de formas fantásticas, torturadas y curiosas, el encanto cuasi doloroso de los crisántemos, de tenue obscuro, de suave violeta. Esas flores que ahora triunfan, responden á particulares estados de alma. No es precisamente lo sencillo lo que hoy seduce. La rosa parece tan vulgar como la humilde violeta, y ya sólo las modistillas van á coger, por la primavera, lilas y viburnias.

Todo se sostiene en este mundo: las flores extrañas son contemporáneas de los epítetos raros. Pierre Dupont, á quien placía cantar, con la viña, las margaritas y los agavanzos, renunciaría hoy á celebrarlas, y sus estribillos dirían, en neo-versos, las melancolías de los crisántemos.

Por desdicha, las antiguas flores, las flores abolidas, las humildes flores—margaritas de los prados, á las cuales ya no se interroga si se es amado, campánulas y amapolas, con las que Ofelia hacía coronas para su blonda cabellera—están ha tiempo abandonadas; y olvidada ya la vieja canción, la canción del poeta inmortal:

Allez, allez, o jeunes filles
Cueillir des bleuets dans les blés!

JULES CLARETIE.

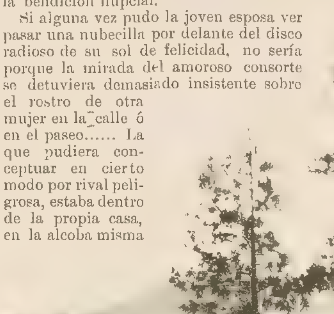
LA GUITARRA.

CUENTO BLANCO.

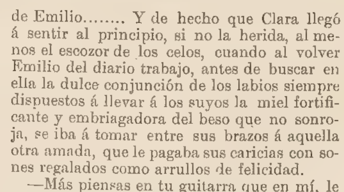
I

ERAN felices, porque tenían poca ambición, quizás ninguna; á lo menos, de esa ambición consciente que quita el sueño y no deja saborear los goces inocentes y fáciles de la vida, que son los mejores, solicitado el pensamiento á toda hora y á cada instante por aquellos que ó no suelen alcanzarse nunca, ó si se logran, es tan sólo como engendro de otros y otros más, prole funesta, matadora por lo común de quien le da abrigo poniéndole un amor que no merece.

Un modesto pasar y muchos hábitos de orden y economía de puertas adentro, y del umbral para fuera una corta, pero selecta suma de afectos sociales; la naturaleza que sonriente «mostraba en esperanza el fruto cierto» de una unión pura y digna, como promesa de mayores venturas en el hogar, santificado por la inocencia y el amor; la mutua confianza del uno para el otro en aquellos dos seres, la que, lejos de entibiarse alguna vez, parecía robustecerse, ó mejor, por fuerza tenía que avigorarse con las constantes prendas recíprocas de una fidelidad intachable; la edad y los atractivos físicos, la identidad de gustos, la ecuanimidad encantadora de ambos caracteres, formando otras tantas causas eficientes de sosegada dulzura en la vida doméstica: todo ello hacía de las cuatro paredes de Emilio y Clara algo más deleitable y hermoso, si cabe, que aquel sitio sin puertas ni muros, pero con plantas y aves, y fuentes y flores, en que plugo á Dios colocar á la primera pareja feliz que de El mismo recibió en la tierra la bendición nupcial.



Si alguna vez pudo la joven esposa ver pasar una nubecilla por delante del disco radioso de su sol de felicidad, no sería porque la mirada del amoroso consorte se detuviera demasiado insistente sobre el rostro de otra mujer en la calle ó en el paseo...... La que pudiera conceptuar en cierto modo por rival peligrosa, estaba dentro de la propia casa, en la alcoba misma



de Emilio........ Y de hecho que Clara llegó á sentir al principio, si no la herida, al menos el escozor de los celos, cuando al volver Emilio del diario trabajo, antes de buscar en ella la dulce conjunción de los labios siempre dispuestos á llevar á los suyos la miel fortificante y embriagadora del beso que no sonroja, se iba á tomar entre sus brazos á aquella otra amada, que le pagaba sus caricias con sones regalados como arrullos de felicidad.

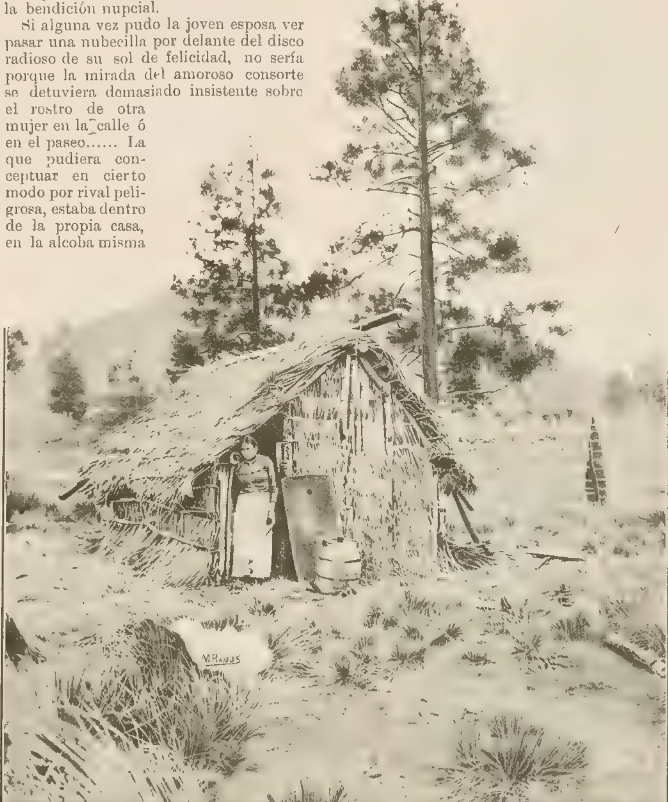
—Más piensas en tu guitarra que en mí, le dijo ella en cierta ocasión de ésas, con su poquillo de dejo de amargura en la voz.

—Anda, tonta, le contestó él. No tengas celos de la pobre, que su amor, con haber sido antes que el tuyo, no vive sino por el tuyo mismo. Créemelo: si tuviese la desgracia de perderte, la enlutaría para colgarla á la cabecera de mi cama y no volver á tocarla nunca; porque el alma que está dentro de ella es la tuya y contigo se iría al cielo, dejándome solo para siempre. Y si soy yo quien he de irme primero, desearía que tú......

No pudo expresarlo por completo: Clara le tapó la boca sin pronunciar palabra, con un beso todo amor, rociado con lágrimas de infinita ternura, y nunca más volvió á darle celos por aquella rival, con quien siguió viviendo en la más íntima armonía.

II

¿Por qué llegó el invierno y aterió el nido de la dicha? Porque hay por encima de toda previsión y de toda esperanza humana, una voluntad que crea y destruye sin darnos cuenta de sus designios ni dejarnos saber con certidumbre si el dolor es nuestro lote ó es el cri-



NUESTRO PAIS.— Fierro del Toro (Camino de Cuernavaca.)

sol con que pasamos á una felicidad más estable que cuantas podemos disfrutar en la tierra.

Un enfermo que, con sufrir mucho, sufre menos por sí que por los que le rodean: la escasez, precursora inmediata de la miseria, despojando poco á poco las cuatro paredes de todo cuanto hizo modestamente cómoda dentro de su recinto la existencia de dos seres felices; una esposa que vela y gime en silencioso sacrificio, fatigándose en la labor de día y noche, interrumpida apenas por los cuidados que prodiga al padre que se consume lentamente y al hijo que aún no puede medir la magnitud del infortunio, que se mueve y se agranda más y más al rededor de la cuna en que duerme el sueño tranquilo de la infancia: he allí la mutación de la escena, el paso común y vulgar de esta dicha terrena, tan efímera y tan codiciada sin embargo.



Pero la escasez no ha sido extrema aún. Al menos, Clara no quiere que la advierta el desgraciado esposo, y aquella prenda querida se ve muchas veces en los brazos del dueño, remudados los lazos de colores con que la rival antigua se complace ahora en ataviarla, creyendo que así engaña el sufrimiento de Emilio y su propia pena, porque él sonríe con fingida satisfacción de niño complacido en un capricho, y pulsa aquellas cuerdas arrancándoles extrañas melodías que acompañan su voz, debilitada por la enfermedad, sí, pero siempre dulce, siempre armoniosa y dócil á todas las modulaciones del sentimiento.

Y así, por una de esas grandes ironías de la vida, á los ayes que la dolencia física produce en el enfermo, suceden durante el pasajero alivio las armonías de la canción lánguida y voluptuosa de nuestros abuelos, el pintoresco y alegre corrido de los Llanos, el tango sensual de la Habana, los aires dulcemente tristes del bambuco de Colombia.

¿Cuándo es mayor el sufrimiento de la pobre Clara: en aquellos momentos en que la agudeza del dolor parece anunciar la proximidad de la hora suprema, ó en estos otros en que se diría que el alma de Emilio quiere confiar á la guitarra sus más íntimas dulzuras para que al despedirse ella de este mundo queden allí viviendo al lado de aquel ser que le ofrece con la sonrisa en los labios y la muerte en el pecho, todo el tesoro de su abnegación y de su amor?......

III

Meses después del entierro, Clara dejó una tarde al pequeñuelo confiado á una buena vecina, y voló al Monte de Piedad, provista de la tan guardada papeleta y del dinero necesario. reunido céntimo á céntimo y á fuerza de vigilias y privaciones.

Todo lo vendido, perdido podía quedarse: la cama de matrimonio, la cuna de Emilín, las mesitas......todo; pero aquella prenda empeñada no se podía dejar en la vorágine: rescatarla era salvar una memoria que valía más que la vida.

Y trayéndola luego á casa, en efecto, envuelta en un manto, le puso aquellas cintas negras que de paso había comprado, y la colgó en la pared, muy cerca de la cabecera del pobre catre que servía de lecho común á ella y á su hijo.

Cuando Emilín entró en la estancia, curioso como todo niño, viendo la enlutada guitarra, preguntó en la encantadora media lengua en que ya comenzaba á explicarse:

—Qué es eso, mamá? Qué tiene dentro?

Clara, mirándolo fijamente, como si quisiese grabarle con los ojos para siempre aquellas palabras que el chiquitín no había de entender, le contestó con ahogada voz:

—Allí dentro, Emilín, están el alma de tu padre y la mía!.........

Octavio Hernández.

AGONIAS DE LUZ.

I

¡El ocaso!...... ardiente lienzo
De sublimes tintas nácar,
Se despliega como un regio
Abanico tornasol.

Abanico portentoso
De encendidos varillajes,
Que se agitan en un fondo
De purpúreo resplandor.

Atardece...... de los velos
Sepulcrales del Oriente,
De la noche el ángel negro
Se levanta asolador.

Al ocaso llega pronto,
Y de envidia despedaza
El olímpico y glorioso
Abanico tornasol!

II

Sobre el Nilo como un baño
De champaña auridiscente,
Sus cascadas de topacio
Lentamente vuelca el sol.

Cabrillean los desiertos,
Y en la frente de la esfinge
El ocaso deja un beso
De ambarina radiación.

Sobre el seno misterioso
De las aguas, marcha un ibis
Hacia el linde donde el oro
De la tarde descendió.

Abre el pico...... y parece
Aquel pájaro sagrado,
Un bohemio que se bebe
Gota á gota el áureo sol!

Luis Rosado Vega.

POSTRIMERIAS.

¡Buscando voy la calma! Es el deseo
Ultimo de mi vida;
El solo bien que adoro y en que creo;
Luz en la sombra; bálsamo en la herida.

Quizá cuando los goces me embargaban
Potencias y sentidos,
En el estruendo de la lucha hallaban
Deliciosos acordes mis oídos;

Y pretendí del héroe la victoria,
Y el lauro del poeta,
Y en la mujer adiviné la gloria,
Siendo el amor mi inspiración secreta:

Pues todo, porvenir, dicha, fortuna,
Cuanto era mi embeleso,
Por un beso á los rayos de la luna
Lo troqué veces mil; por sólo un beso.

No lo habéis olvidado todavía,
Visiones seductoras
Que aún, á despecho de la edad impía,
Resucitáis para alegrar mis horas;

Y pasada la fiebre del combate,
Que yo tampoco olvido,
Algo conservo en mí que vibra y late
Y que matar los años no han podido.

Es el amor; pero el amor del alma,
Libre de ruin deseo;
El amor, compañero de la calma,
Unico bien que adoro y en que creo.

Manuel del Palacio.



Las industrias de la calle.

CUANDO se contemplan las pequeñas industrias «ambulantes,» especialmente peculiares á aquellos países en que la gran industria no ha podido adquirir aún un vasto grado de desarrollo, se piensa en los primeros esfuerzos industriales de los hombres y no falta quien declare que en la «pequeña industria» debe buscarse la solución del arduo problema del capital y del trabajo, que en vano ha agotado los cerebros de muchos pensadores y las energías de no pocos políticos. Esto es un error, á nuestro juicio, porque equivaldría á encerrar á la industria dentro de una órbita asfixiante por su pequeñez; pero, sin relacionarla mucho con los grandes problemas económicos, la pequeña industria aparece siempre interesante porque es la genuina reveladora, muchas veces, de las verdaderas tendencias y disposiciones naturales de un pueblo.

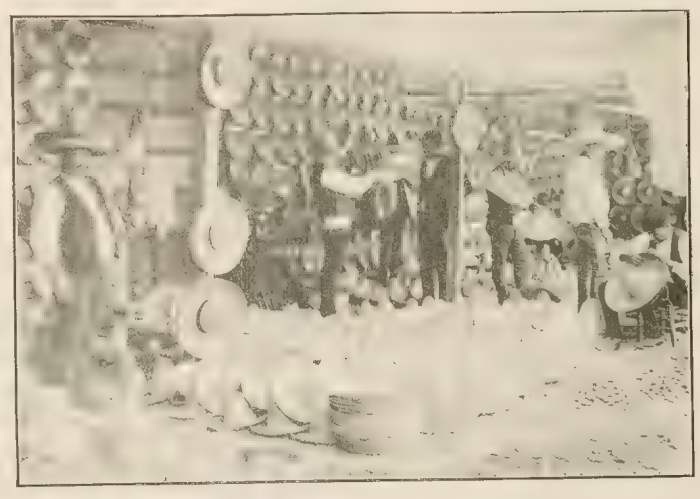
Cuando se acercan los cambios de año, los boulevares de París se pueblan de pequeñas barracas mercantiles, tal como entre nosotros acontece en fiestas análogas, y la mercancía de á dos sueldos se vende en cantidades maravillosas. La pequeña industria de París, la industria de la calle, es ante todo una revelación de ingenio y está constituída por una feliz combinación ó por un interesante invento; en cambio, la industria callejera de México revela más bien paciencia y suele engendrar profundas tristezas en quien sabe analizarla, pues la remuneración del trabajo resulta en ella verdaderamente insignificante. ¡Eso sí, los industriales de la calle no tienen amo ni patrones, son libres como la pluma en el aire (que no es libre, porque tiene que seguir la dirección del



viento que la sostiene), y prefieren su libre miseria á un bienestar obtenido á costa de la sujeción!

Las pequeñas industrias de los mexicanos demuestran á un tiempo mismo la destreza, la sobriedad y la paciencia que caracteriza á nuestro pueblo: destreza de manos, sobriedad de resignación y paciencia de indiferencia.

Los vendedores ambulantes de nuestras calles, que ofrecen el trabajo de muchas horas por un puñado de centavos, son hombres que sería muy difícil clasificar dentro de las tendencias demarcadas que animan á los grupos obreros de otros países. En otros países los



industriales de esa clase no pueden existir fácilmente; y cuando, como decíamos antes, en determinadas épocas del año expenden sus modestas manufacturas, ello significa un «surplus» en sus ganancias, pues por lo general son obreros de grandes fábricas que durante todo el año consagran sus escasos minutos de ocio á la manufactura de pequeños artefactos, para venderlos en los días de fiesta y subvenir así, con unos cuantos francos más, á las burdas exigencias de la pitanza, de la indumentaria, de la habitación, del fuego en invierno y........ del tabaco en todas las estaciones.

En México la pequeña industria no tiene esos móviles. Por lo general constituye ella la exclusiva ocupación de quienes la practican; ella sola alimenta á sus cultivadores; y como éstos no suelen tener exigencias considerables ni ambiciones mayores, les basta con los productos de sus manos para prolongar su miserable existencia.

En las industrias callejeras el capital requerido representa un monto mínimo; los «brazos» requeridos son dos únicamente; la máquina no figura en ella para nada y de esta suerte queda eliminado ese otro grave problema de la máquina y el obrero. Los industriales callejeros, son, pues, á un tiempo mismo capitalistas, obreros y circuladores en la manufactura de sus productos; es decir, van en pañales en lo que se refiere á evolución industrial.

A las veces no necesitan capital, por pequeño que éste fuera. Todos los habitantes de la capital conocen á un individuo que desde hace años se gana la vida por el arte de imitar «á boca cerrada,» como él dice, el canto del jilguero; recorre las calles y los sitios de reunión un rapaz vestido de harapos que, al encontrar clientes generosos, se despoja de su humildísima indumentaria y aparece ataviado de mallas funambulescas, para ejecutar saltos y contorsiones; por último, hace pocos días daba cuenta la prensa de información de cierto «domador de pulgas» que vivía de mostrar al público las habilidades de sus minúsculas y poco pulcras «pupilas,» y que fué consignado á la autoridad por denuncia de unos individuos á quienes había estafado dinero, so pretexto de enseñarles sus secretos de amaestramiento.

Pero ésas son las fases cómicas de la pequeña industria. Esta tiene mucho de serio porque revela disposiciones mal empleadas ó imperfectamente explotadas y que sólo obtienen una remuneración exigua.

Ya es el tejedor de sombreros de palma, ya el talabartero y artífice de acero ambulante, ya el manufacturero de tejidos de alambre que sirven para sostener fotografías: todos ellos trabajan por su cuenta, todos ellos ganan una miseria por su trabajo, pero á ninguno de ellos lo haréis cambiar de modo de lucrar (?), pues con el que cultivan son «hombres libres, de posesión independiente.»

A las veces, la pequeña industria tiene que tolerar, empero, la tutela de los acaparadores que reúnen «stocks» de determinados artefactos para venderlos al por mayor, y en tales casos las ganancias no son para los manufactureros, sino para los acaparadores. Siempre sufren los pequeños industriales callejeros....

De todos modos, forman un grupo simpático, que encontramos por calles y por plazas y que merece se le consagre una mención, siquiera porque, tarde ó temprano, está destinado á desaparecer.

SARDÍN.



La muerte del Maestro Altamirano.

DECIMO ANIVERSARIO.



El Liceo «Altamirano» conmemoró el 10º aniversario de la muerte del eminente tribuno y literato D. Ignacio Manuel Altamirano, con una brillante velada, que se celebró la noche del 13 del corriente en la Cámara de Diputados.

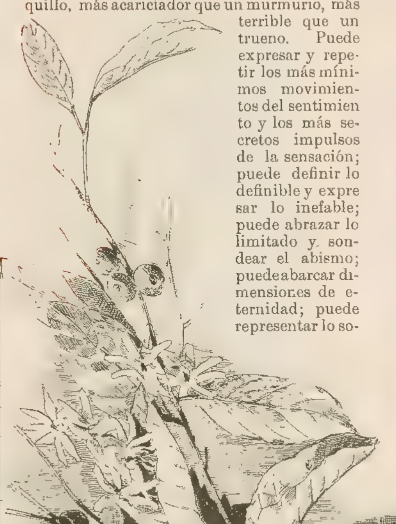
Nada más justo que ese homenaje á la memoria de un hombre que se ha hecho inolvidable en los fastos de la literatura nacional y á quien unánimemente se concedió el tratamiento de «Maestro.»

Altamirano murió en San Remo (Italia), el 13 de Febrero de 1893 y obedeciendo á un deseo por él manifestado se incineró su cadáver, siendo traído á México, en donde se le hicieron suntuosos funerales de carácter nacional.

Creemos proporcionar una satisfacción á los numerosos admiradores del maestro, reproduciendo en estas columnas las fotografías del túmulo levantado hace diez años en la Cámara de Diputados para sustentar la urna que contiene las cenizas; la de la «villa» en que el ilustre literato pasó sus últimos días en San Remo; y de la recámara de esa «villa,» en la cual murió.

EL VERSO.

El verso es todo. En la imitación de la Naturaleza, ningún instrumento de arte es más vivo, ágil, agudo, vario, multiforme, plástico, obediente, sensible, fiel. Más compacto que el mármol, más maleable que la cera, más sutil que un fluido, más vibrante que una cuerda, más luminoso que una gema, más fragante que una flor, más cortante que una espada, más flexible que un junquillo, más acariciador que un murmurio, más terrible que un trueno. Puede expresar y repetir los más mínimos movimientos del sentimiento y los más secretos impulsos de la sensación; puede definir lo definible y expresar lo inefable; puede abrazar lo limitado y sondear el abismo; puede abarcar dimensiones de eternidad; puede representar lo sobrehumano, lo sobrenatural y lo ultraadmirable; puede embriagar como el vino, arrobar como un éxtasis; puede á un mismo tiempo poseer nuestra inteligencia, nuestro espíritu, nuestro cuerpo; puede, en fin, llegar á lo absoluto.



Un verso perfecto y absoluto, inmutable, inmortal, tiene en sí las palabras con la cohesión de un diamante; encima el pensamiento, como en un círculo preciso que ninguna fuerza conseguirá jamás romper; se hace independiente de toda conexión y de toda sugestión, no pertenece ya al artífice, sino que es de todos y de nadie, como el espacio, como la luz, como las cosas inmanentes y perpetuas. Un pensamiento fielmente expresado en un verso perfecto, es un pensamiento que existía «reformado» en la obscura profundidad de la lengua. Extraído por el poeta, «continúa» existiendo en la conciencia de los hombres. El más grande poeta es, pues, aquel que sabe describir, desenvolver, extraer el mayor número de esas ideales preformaciones. Cuando el poeta está próximo á descubrir uno de esos versos eternos, es advertido por un divino torrente de alegría, que le invade todo su ser.

GABRIEL D'ANNUNZIO.

LA CAMPANA SORDA

Fue la primer campana de aquel pueblo: una campana sorda, mal construída, formada de metales ordinarios y granos de escoria por encima; una campana fea, que la gente vió con admiración, porque no había otra en aquel lugar que se prestara á establecer comparación precisa.



La "villa en que pasó sus últimos días el Maestro Altamirano, en San Remo (Italia.)



Recámara en que murió el Maestro Altamirano. (Fotografía tomada momentos después de retirado el cadáver.

Sonaba sin cesar, sonido hueco, monótono y profundo, que esparcía lo mismo en los placeres de aquel pueblo, como cuando anunciaba sus desdichas.

—¡Pobre de quien incauto se atreviera á ponerle defectos! Respondía en su favor el vecindario todo, y se le echaba en cara que era envidia.........

Se hizo de fama la campana sorda, á fuerza de alabanzas y de citas, y muchos que no oyeron su tañido la tomaron al fin por maravilla.

Tan pausada sonaba en ocasiones, tan grave, tan formal, que parecía que los elogios de la pobre gente los creyó merecidos ella misma.

Mucho tiempo después, otras campanas hicieron á la vieja compañía; unas campanas fuertes y vibrantes, graciosa forma, voces argentinas, que, á través de los campos, á gran trecho, el transeunte con placer oía.

Hubo comparaciones......... ¡todo en vano! Siempre triunfaba la campana antigua, porque fué la primera de aquel pueblo, la única en cien años; la que había impresionado tanto á los vecinos en muchos de sus goces y desdichas; y, sobre todo, porque, aunque era falsa la fama de valiosa que tenía, en este mundo es más, algunas veces, que la gloria real la que es ficticia, cuando el cariño ó la ignorancia insisten en que tiene esplendor lo que no brilla.

***

Así en las sociedades es frecuente encontrar individuos cuya vida va acompañada de falaz renombre, como el de la campana aquí descrita; hombres necios que pasan por lumbreras, á causa de una fama primitiva, que se formó en la obscuridad de un pueblo y que dura aún después de la conquista que de la luz brillante del progreso el mismo pueblo realizó; de arcilla, ídolos contrahechos y ordinarios, que la mayor presión no aguantarían, pero que no hay quien á tocarlos llegue, aunque venga ocasión que así lo exija, porque—toscos y llenos de miseria—son ídolos, al fin, que el vulgo admira; gentecampana que jamás quisiera estar de otra campana en compañía, que sonara mejor y que exhibiera aquella fama ruin como ficticia!

CARLOS A. IMENDIA.

Honduras

PENSAMIENTOS:

Los panoramas de la ciencia y de la erudición del hombre constituyen un espectáculo inmenso, en que se ve revelarse toda el alma de la humanidad, con sus aspiraciones y flaquezas, su incesante curiosidad y sus angustias, y su deseo supremo, nunca satisfecho, de conocer, de saber y de reinar.

*

La ciencia ha transformado el mundo, aunque sea raro que se le haga la justicia y se le rinda el agradecimiento que le son debidos.

*

Las causas que provienen de nosotros valen más que las que nacen de las cosas.

*

El amor de sí mismo no sólo no es contrario á la sociedad, sino que es su apoyo más firme.

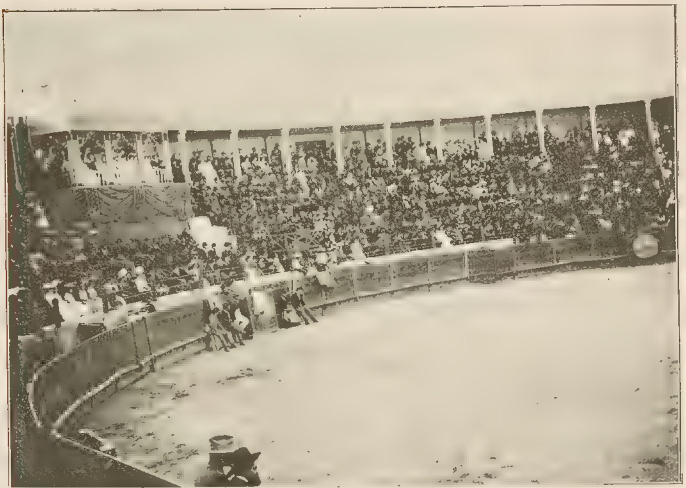
*

El que no está de acuerdo consigo mismo, no está de acuerdo con nadie.



ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE ALTAMIRANO.—Túmulo formado en la Cámara en 1893, para sustentar la urna funeraria.

MERCADOS DE LA CAPITAL.—Interior de "La Merced."



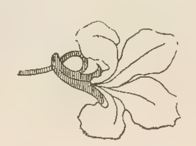
Corrida de aficionados en San Luis Potosí.—El tendido de sombra.

Nocturno.

¿No ves que obscuro está? Su opaco velo
tiende la sombra en la extensión vacía,
y desciende la noche desde el cielo
como una maldición áspera y fría.
El mar entre las rocas que lo oprimen
su secreto furor calla y refrena.
y en el cercano ancón las ondas gimen
y se tienden cansadas en la arena.
De la llanura solitaria el viento
ruge con voz que sobrecoge y pasma
y hace temblar á un árbol macilento
y crujir su silueta de fantasma.
La densa obscuridad mi mente ofusca......
¡es de mi ayer la triste remembranza!
¡Mi ser ansioso en tus pupilas busca
la salvadora luz de la esperanza!
Ven más cerca de mí. Tuya es la mano
que estrecho con pasión mientras suspiras.
No temas ni á las sombras ni al océano.
¡Se harán de luz si con amor me miras!
Aquí juntos los dos, donde no escucho
del humano festín el torpe ruido,
quiero decirte que te quiero mucho
y que me mata de pesar tu olvido.
Dime la frase que anhelante espero;
en la ansiedad mi espíritu se abisma.
¡Hablas, al fin!...... ¿qué dices?

—«¡Yo te quiero
más que á mi salvación, más que á mí misma!
Mi seno es como el mar: reposa en calma
mientras no soplan borrascosos vientos.....
¡tú coronas de espumas en mi alma
oleadas de agitados sentimientos!
Nuestro es el porvenir...... no desesperes;
verás cómo se alumbra el mar sombrío;
tuyo es el corazón que tanto quieres:
borra el pasado: ¡tu presente es mío!»
Es ese instante, del celeste coro
se escuchan inefables barcarolas,
ábrese el cielo, y como flechas de oro
van los rayos de luz sobre las olas.
Vuelan los geniecillos y querubes,
la bruma en los espacios se dilata,
y sonríe la luna entre las nubes
como una reina en su sitial de plata.

FERNANDO DE ZAYAS.



Para las víctimas de la peste.

Es verdaderamente plausible el entusiasmo con que en todo el país se organizan fiestas de caridad, con el objeto de reunir fondos destinados al auxilio de las víctimas de la Peste Negra.

En San Luis Potosí, el Centro Taurino arregló una corrida de aficionados, que alcanzó un brillante éxito, y que fué presidida por las señoritas Guadalupe del Hoyo, Guadalupe Villalba, Ana María y Josefina Facha, Lidia y Esther Robledo, Dolores Astegui, Refugio Ortega, Esther Agüero; Josefina Diiiz, Leonor Unna, Carmen y Matilde Landeta, Emilia Gómez, Dolores Llera, Victoria y Enriqueta Jurado, Carmen Velasco, Emilia Reyes y Socorro é Isabel Palau. Se lidiaron toros de las ganaderías principales y la función fué amenizada por las músicas de la Escuela Industrial y del 15 Batallón.

La cuadrilla estuvo formada por los siguientes aficionados: Alfredo Torroella, Elías L. de la Cerda y Manuel Fernández, matadores; Cutberto Zaragoza, Marcelino Ramírez, José Sánchez, y Diego Ramírez, picadores; Antonio García, Nicolás Romero, Manuel Esquivel, Alberto G. Igueravide y Luis Nieto, banderilleros.



Grupo de socios del Centro Taurino de San Luis Potosí.



NUESTRO PAIS.—Templo de Guadalupe de Zacatecas y Plaza Principal.

LA TEMPORADA EN ORRIN

MINIATURAS DE CIRCO



EL TIRSO Y LA CRUZ.

En el espeso bosque, á la luz del crepúsculo moribundo que incendiaba las altas copas de los árboles; en la senda anchurosa y bordada de flores olorosas, Cristo y Baco se encontraron.

El sol agonizaba semejando una inmensa forja y haciendo de la penumbra del Ocaso un abismo centelleante.

Dionisos, el hermoso mancebo de cabellos de oro y faz desbordante de alegría, entregaba al viento las armonías de su risa y descendía de la alta cumbre donde se celebraba fastuosamente el holocausto del astro del fuego.

El mancebo, curtido en pugnas amorosas y en la embriaguez lenta del vino que se fermenta en los lagares de Chipre, descendía, llevando en la diestra el tirso de flores, y coronado de hojas de higuera, entonaba con clamor bélico el ¡Evohé! de la carrera triunfadora.

Al llegar á la curva del camino, vió á un hombre que marchaba con paso incierto, llevando sobre el hombro la cruz del asesino y que subía hasta las cumbres del Ocaso.

El caminante era un hebreo de augusto semblante, envuelto en ancha túnica, y rendido al peso abrumador de la cruz, doblaba la frente, donde se adivinaba la aurora del martirio.

El dios heleno detuvo de súbito su cantar alborozado, sintiendo honda emoción al ver al Nazareno coronado de espinas y de lumbre.

¡Sublime azar! En la vereda campestre que serpentea entre rosas y laureles, se hallaron frente á frente la intensidad de la alegría y la tristeza eterna de las almas.

Claváronse ambos la mirada de sus ojos de anhelo y siguieron su camino lentamente: Dionisos sin su coro de bacantes, y Cristo sin su escolta de sayones.

....

Cuántas veces las almas se cruzan en la vereda obscura de la vida entre risas y dolores: Baco chorreando el embriagante vino, y Cristo empurpurado con la sangre de sus venas!

1903.

ALFONSO DUBLÁN.

CUÑO.

Era un perfil austero de líneas de medalla,
Gestos y porte duros, indómita cabeza,
Y en su cruel pupila reflejos de batalla,
Y en sus altivos labios blasones de grandeza.

Su acento era como una vibrante melodía,
Su cabellera un casco bruñido y luminoso,
La lumbre de sus ojos, qué ardiente mediodía,
Sus senos, qué suave cojín para el reposo.

Oh, juventud! y entonces sonaron tus esquilas,
Y entonces las estrofas de brillos estelares
Bogaron en mi sueño de láminas tranquilas
Como en las quietas fuentes los cisnes familiares.

Bramó mi sangre entonces como un turbión deshecho,
Corrió mi sangre hirviente como un alud que rueda,
Y golpeó la dura muralla de mi pecho
Como un tenaz martillo que bate una moneda.

En mi éxtasis inmóvil forjaba su sonido
Afanes de conquista y ardores de batalla,
Y el golpe de la sangre, fogoso y repetido,
Grabó en mi pecho el busto de líneas de medalla.

EFREN REBOLLEDO.

A los genios no se les compara, porque no hay unidad que sirva para medirlos.

***

El alma no se entrega á la desesperación sin haber agotado todas las ilusiones.

***

La melancolia es el placer de estar triste.

***

Nuestras quimeras son los objetos que más se nos parecen. Cada cual sueña lo desconocido y lo imposible con relación á su naturaleza.



LA INSTITUTRIZ.

NOVELA POR ESTER DE SUZE. ILUSTRACIONES DE SIMONT.

TRADUCCION DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

(CONTINÚA.)

¿Hijos? ¿Acaso habría para educarlos, con sueldos tan mezquinos?............ Me hacía las cuentas, indicaba sus ganancias, por una parte, y por otra los gastos indispensables ya, los que vendrían después, más imperiosos á cada nuevo hijo.

Y estallando de indignación, decía:

—Vamos, ¿concibe usted tal cosa, señorita? ¿Ochenta francos mensuales para un profesor......... es bastante? ¿Cómo quiere usted que se sea jefe de familia con tan poco? ¿No es en el hogar del preceptor donde debía florecer el niño con más abundancia? ¡Qué ciudadanos haríamos de ellos! Nosotros sabemos cuáles son nuestros ideales de honor, de moral, de patriotismo! Sería el ejemplo, el que nutriera á nuestros hijos, al mismo tiempo que á todos los de la comarca, á quienes derramamos nuestras almas....... Nuestro papel es precioso. Nosotros educamos á los hijos de Francia. El país no quiere entenderlo. Nos abandona sin una retribución honorable...... Si no fuese por la firme fe en la belleza de nuestra misión, que nos mantiene muy altos ¿hasta dónde caeríamos en la estima agena y en la propia por la falta de fondos, que en nuestro siglo constituye una tara?........

¡Oh! ¡Esta tara que trae consigo otras vergonzosas, indelebles!...

Me mostraba entre los montes, como en otro tiempo lo hiciera Victorina, aldeas que conocía yo ahora, y me nombraba á las preceptoras con quienes me habían hecho trabar relación.

—Ahí tiene usted: la señorita Chauchat, de Greoux, y la señorita Agnel, de Bramafan, y la señorita Perrin, de Frenes, todas, todas...,..... ¿No le parece á usted que son gentiles, inteligentes, sanas? ¿No serían dado caso, excelentes madres de familia, esposas modelo, esas niñas modestas é instruídas que adoran el bien y que no desean nada extraordinario? ¿Pero, quién las querrá por esposas, con esa instrucción, que es tan estorbosa para un hombre inferior, y con esta pobreza que es tan horrible para los que están un poco más alto? ¿El profesor? Este sería el ideal. Pero, ¿cómo podría casarse el profesor, siendo tan pobre como ella? ¿No ha notado usted que todos los profesores de las cercanías, y aún el de Chavoux, donde usted está, se han casado con mujeres relativamente ricas? ¿Pero las institutrices, entonces, para quién se quedan? ¿Quién se casará con esas criaturas desdichadas, condenadas á un solterismo perpetuo, es decir, á la desesperación, puesto que la soltería es forzada?

Al hablar así, agitó enérgicamente el brazo en el aire, y luego le dejó caer en la mesa. La joven esposa alzó los ojos y le miró llena de

temor. El sonrió y le habló con voz que me desgarró las entrañas.

—¿Y tú? ¿Y nosotros? Sí, querida......... Pero el nuestro es un caso excepcional, un heroísmo de nuestro amor: nosotros hemos aceptado de antemano todos los sufrimientos que presentíamos...... Aceptamos nuestra suerte, que para mí, ha sido buena porque te amo! ¡Pero para tí......... pobrecilla!

La joven se alarmó, por bondad, creyéndome celosa, y quiso con una broma, impedirle que continuara.

—¡Vaya si eres pretencioso! A ver, ven acá, señor indispensable, acompáñanos, vamos á cortar flores.

No me moví de mi asiento, seguía escuchando con los labios oprimidos. La joven volvió á sentarse cerca de nosotros. Su esposo prosiguió, ya calmado, pero más tristemente:

—¿Por qué no había yo de ser franco? Tú eres feliz, y la dicha hace á uno ignorante; pero la señorita María Teresa es más inteligente que muchas. Quizá no se ha quejado por sí misma de su soledad; pero seguramente ha adivinado la de sus compañeras, cuando ha ido á visitarlas á sus casas. Diga usted, señorita, ¿no ha pensado usted que la soledad de esas jóvenes está poblada de locuras que acabarán probablemente por una desgracia?

Pedía luces á mi clarividencia, y me nombraba á la señorita Chauchat, á quien un rico propietario de Greoux cortejaba escandalosamente, aunque decidido á no casarse nunca con ella; la señorita Perrin, en el mismo caso; la señorita Agnel, perseguida por un mozo de granja, que ella no aceptaría jamás como esposo, y del cual nadie podría defenderla. Agregó en voz alta el nombre de la señorita Pelisier, de Distroit, en quien ni siquiera podía yo pensar, porque su aldea estaba lejos de nuestro medio habitual.

—No es un criado de granja el que persigue á ésta; es ella misma, cuyo corazón lucha, según dicen, para rechazar las seducciones del joven Marcial de Breves, el muchacho guapo á quien usted conoce, porque viene con frecuencia á cazar por estos contornos. Ella está sola; él es atrevido; la considera como una pobrecilla flor ignorada; nadie se indignará si llega á cortarla. ¡Pues bien! Si sucumbe, si sucumben las demás, esas hijas de padres virtuosos, educadas en el honor, profesoras de moral, puras; si sucumben, no será dolorosísima la caída, cuando era tan sencillo, tan honrado, tan fructuoso evitar esas desdichas?

No respondí. En mi pensamiento aturdido, añadía á esas historias las que me había referido Phrasia: la antigua institutriz de Greoux, y mil otras, sabidas después con detalles tan penosos!......

En la casa de Pinet, á cada jueves en que los esposos me retenían á su lado, palidecía ante tales recuerdos, que me enloquecían. Y, como si no formasen sino una cadena temible, las desdichadas profesoras caídas en el abismo—¡felizmente raras!—se confundían para mí con las otras, las que no habían caído aún, y que se encontraban al borde del abismo! Las que estaban al principio del drama y las que habían llegado al epílogo. Pero quizá nadie había llorado á las primeras, y toda la ternura de mi alma iba hacia las segundas, al mismo tiempo que la elocuencia del joven maestro de escuela. ¡Oh! ¡Quién conoce el remedio que él proponía!......... Y preguntaba balbuciente, oprimida por una inmensa angustia:

—Diga usted, ¿cómo evitarlo, señor Albert?......... ¿Cree usted, realmente, que hay alguno?......

La joven esposa, entristecida por tantas cosas serias, no pensaba ya en distraernos...... y él, entonces detallaba su grande, hermoso y sencillo sueño: los profesores ampliamente retribuídos, siquiera como un juez de paz de cantón, y obligados á casarse con una profesora, antes de obtener su puesto.

—Obligados, sí. ¿Por qué no? ¿Por qué no se puede obligar al amor? Porque los profesores á quienes se quisiera impulsar hacia las profesoras, preferirían precisamente á las hijas de los comerciantes, á las obreras ó á las campesinas. ¡Vaya! El amor no es tan ciego, puesto que siempre va tras la dote...... Irá también tras de las profesoras, al menos casi siempre, cuando se diga á los jóvenes: «Bueno: ya sois hombres; por lo tanto, no es preciso manteneros; vosotros sabréis irla pasando......... Pero, á vuestro lado están las jóvenes á quienes enviamos á los campos y que se encuentran solas, abandonadas á su propia suerte, en tanto que vosotros sois los únicos maridos posibles para ellas...... ¡Ah! ¡No tendréis de qué quejaros si escucháis nuestros consejos! Tan inteligentes y tan cultas como vosotros, se identificarán con vuestro ser, como la pluma y el pensamiento se unifican en la página........... Y para tentaros, así como para ayudaros en la formación de ese hogar, á cada uno de vosotros que haya escogido esposa entre esas pobres muchachas, se os dará un sueldo digno de vuestro valor y de vuestro hogar»......... ¿Eh? ¿Diga usted, señorita, cuando hayan oído ese lenguaje, habrá muchos que resistan?

Me hablaba directamente, aguardando mi aprobación. Y yo sentía la frente más pesada. La joven, más alegre y menor que yo, interrumpió la solemnidad del discurso.

—Bah! hijo mío, tú predicas y predicas..... Pero no aumentarán el sueldo y te llevas el gran chasco: ya ves, ya tienes mujer.

Y enlazó con sus brazos el cuello del esposo, como si tratara de retenerlo. El la rechazó suavemente, pero con gravedad.

—Tú sabes muy bien que yo no predico por tí, sino por los demás... ..

Les sonreí, y con la voz un tanto temblorosa, murmuré:

—Deje usted predicar á su esposo, señora. Quizás el viento lleve sus sermones hasta la cámara, y se formule y apruebe una ley, y de repente todas las profesoras queden provistas de marido, inclusive yo.

Reí, aunque me sentía demasiado turbada. El joven hizo un ademán para significar que yo no quedaba incluída en la cuenta.

—Oh! señorita, usted es como la señorita Morin, de San Román.

La conversación cambió de pronto. Mi voz recobró su firmeza, y la del joven dejó de parecerme generosa y turbadora.

—Ve usted con frecuencia á la señorita Morin?

—Sí, algunas veces. Siempre tan dulce y tan piadosa!

—De seguro! Sí; es piadosa—dijo la señora de Albert, dejando perderse á lo lejos su mirada—Esa niña es un ángel!......

Y luego, dirigiéndose á su marido:

—Ya lo ves, señor, que la señorita Romaine no es una excepción tan rara! Allí está la señorita Morin que puede pasársela muy bien sin marido, y no caerá jamás, te lo juro!

El joven torcía un cigarrillo, dió algunos pasos hacia afuera, para mirar el sol poniente.

—Ah qué hermoso está el tiempo! Qué hermosos son, en verdad, nuestros Alpes!

Le seguimos en silencio por algunos momentos, admirando el horizonte limitado por las montañas. Del cielo parecía caer algo como una lluvia de paz, en ondas de imponderable púrpura y de oro fluido cuya corriente se apartaba de la llanura, subía lentamente á lo largo de los cotos, hasta llegar á las cimas, que resplandecían solas, en la gloria de esos últimos rayos de sol, en tanto que la sombra quedaba abajo, se extendía por los campos y ganaba las aldeas más altas.

En esas aldeas se extinguieron uno á uno los reflejos de luz que bañaban aún los campanarios ó se quebraban sobre las vidrieras, y se cambiaron en grises, como borrados del panorama, y disminuídos de tamaño.

(CONTINUARÁ.)

Industrias que Progresan.

"La Prueba"—Balsa Hnos.

Entre las industrias que durante los últimos años han llegado en el país á una era de prosperidad envidiable, ocupa lugar preferente la del tabaco, que tanto contribuye al desarrollo de nuestro comercio y que está reputada hoy por hoy como uno de los filones más preciados de la riqueza nacional.

Pocas, en efecto, son las que como esta industria, han realizado en un período de tiempo relativamente corto, adelantos tan notables; pues quien recuerde lo que era hace treinta años, no podrá menos de asombrarse al ver el incremento que cada día toma entre nosotros y el grado de prosperidad á que alcanza en esta época de paz tan fecunda en bienes para la República y tan propicia al establecimiento de las grandes empresas.

Factor muy importante de la industria á que nos referimos, es «La Prueba,» de los señores Balsa Hnos., tan conocida en el comercio y tan apreciada por la inmejorable calidad de sus productos. Esta casa, cuyos propietarios son dueños de las famosas plantaciones de tabaco de Valle Nacional (Estado de Oaxaca), fué establecida en Veracruz el año de 1869 por el Sr. D. José Balsa y Río, padre del actual Administrador Gerente, Sr. D. José Balsa.

La fábrica, situada en la esquina de las calles de Zamora é Hidalgo, en Veracruz, se extiende por la de Miguel Lerdo, y es una maciza construcción de dos pisos, que cubre una superficie de 275 por 125 pies. La planta baja está destinada para oficina, departamento de empaque y almacenes para el tabaco en rama. Estos últimos, son suficientes para contener cinco mil tercios de á 100 kilos, y comprenden desde la calle primeramente citada hasta la de Lerdo, flanqueando la de Hidalgo. En cuanto al segundo piso, que se destina á la elaboración, consta de dos grandes salones llamados «galeras,» donde trabajan 350 tabaqueros; un salón para el «rezagado,» otro para el «despalillado,» otro para el «fileteado» y por último, uno que sirve para la «escogida» de los puros.



SR. JOSE BALSA, Administrador gerente de "La Prueba".

Todos estos departamentos son amplios y están muy bien ventilados.

En los salones principales, se tuerce la magnífica hoja de Valle Nacional y en ellos encuentran ocupación más de 450 operarios de obra fina, que transforman la valiosa planta en una variedad de vitolas que abastece después los mercados acrecentando la fama de la importante negociación industrial por la irreprochable manufactura del producto.

Para que nuestros lectores tengan una idea de la importancia de la fabricación, diremos que «La Prueba» elabora diariamente sobre 60,000 puros. De éstos una buena parte se dedica con especialidad á la marca «Flor de Balsa,» que se exporta para los Estados Unidos, Europa, y, en suma, para las naciones principales del mundo.

Los Sres. Balsa Hnos. han puesto escrupulosa atención en el despacho de sus productos para el extranjero, logrando á fuerza de constancia y empeño, ganarse los mejores mercados. Para efectuar este despacho, se da á los puros un peso especial para los diferentes países en que así se requiere, como Inglaterra, donde en virtud de los crecidos impuestos, exigen los tabacos ligeros de peso y muy claros de color.

***

El brillante éxito obtenido en su empresa por los señores Balsa Hnos., les obligó á establecer en Puebla una sucursal, montada como la casa matriz de Veracruz, y que ofrece la ventaja de que, en la estación de verano, los operarios que temen la inclemencia del clima de Veracruz, puedan transladarse á ella, pues allí se da trabajo á los que lo solicitan.

***

Por lo que toca á las plantaciones de Valle



VALLE NACIONAL.— Hondura de Nanche.



VALLE NACIONAL.— Hondura de Nanche.



Edificio., de la Sucursal de "La Prueba," en Puebla.

Nacional, diremos que cubren una superficie de 500 hectáras de terreno, actualmente en cultivo, y que están consideradas como las que producen en la República, los tabacos más finos y más aromáticos. Prueba muy clara de esto es el hecho de que, durante la guerra Hispano americana, y cuando los fabricantes de los Estados Unidos estaban imposibilitados de adquirir tabaco en Cuba, enviaron sus representantes á México y compraron enormes cantidades que fueron empleadas en sus fábricas. El material mexicano fué labrado y vendido como manufactura habanera, sin que los consumidores se dieran cuenta de ello. Es claro que el éxito obtenido se debe exclusivamente á la buena calidad de la hoja empleada y que aquélla fué una buena ocasión para que los fumadores de los Estados Unidos se familiarizaran, sin pensarlo, quizá, con el uso del tabaco mejor que se cosecha en México.

Por otra parte, la superioridad de los productos de «La Prueba,» está plenamente demostrada con sus triunfos obtenidos en distintas exposiciones nacionales y extranjeras. En todas ellas, los Sres. Balsa Hnos. se han hecho acreedores á las más altas recompensas.

Las Exposiciones á que han concurrido, son las siguientes: World's Columbian Exposition, Chicago, 1893; International Exposition, Philadelphia, 1876; Exposición Nacional de México, 1876; Exposición Universal de París, 1889; Primera Exposición Veracruzana, 1881; Exposición Municipal de México, 1875; Cotton States International Exposition, Atlanta, 1895; Exposición Municipal de Puebla, 1880; Exposición Municipal de Tepic, 1883; Exposición Mexicana en París, 1889. En todos estos torneos de la actividad humana, «La Prueba» obtuvo honrosísimas recompensas.

«El favor que todos los fumadores inteligentes dispensan á los puros de «La Prueba» dice una importante publicación que tenemos á la vista—se debe á la uniformidad de su torcido y al sabor siempre idéntico que los ha caracterizado. Se puede asegurar que en el mundo entero no hay fumador de competencia reconocida, que no haya saboreado los puros de «La Prueba.»

«El Sr. D. José Balsa y Río, fundador de la firma Balsa y Hermano fué reputado como el más incansable adalid en el comercio de tabaco en rama y en el de su manufactura. Consagró su vida entera al progreso de la industria tabaquera, menospreciando trabajos y desembolsos, á fin de ponerla á la altura en que se encuentra, y es la más adelantada entre todas las de este país. Fué el descubridor de los famosos terrenos situados en Valle Nacional que son los más adaptables para la siembra del tabaco. Fué un hombre de energía, de empresa y de habilidad que supo conquistar su fama satisfaciendo con los puros de su marca «La Prueba» los gustos más refinados de todos los fumadores del mundo.»

***

En la sucursal de Puebla los Sres. Balsa Hnos. tienen 180 operarios; y con motivo de la creciente demanda de todos sus artículos, han abierto otra sucursal en Jalapa, donde por el momento tienen trabajando 160 tabaqueros.

Por una casualidad pudimos obtener de uno de sus amigos una fotografía del Sr. José Balsa, Administrador-gerente de la Negociación, la que con gusto reproducimos en nuestro periódico temerosos de que por su excesiva modestia, no le sea agradable su publicación.

Este joven, que así lo podemos llamar, pues solo cuenta 26 años, administra y dirige tan importante negociación con el acierto y prudencia que el hombre más experimentado en negocios tabaqueros. Caballeroso y serio en sus tratos, caritativo y liberal como pocos con sus numerosos empleados y obreros, ve con el mismo cariño y atención tanto al de más categoría como al más humilde.

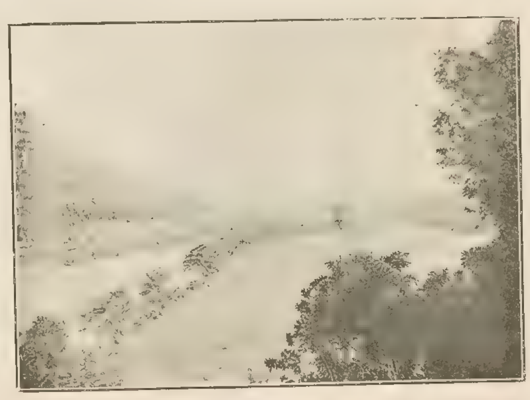
No sería justo terminar en este semanario la descripción ilustrada que hacemos de la importante Fábrica Mexicana de Tabacos «La Prueba,» sin hacer también mención digna y honrosa de los Sres. D. Román Maciá y D. Bernardo Casanueva, hermanos políticos del Sr. D. José Balsa, inteligentes financieros en asuntos tabacaleros, y cooperadores infatigables de la magna industria.



VALLE NACIONAL.—Vega de Cerro de Viento.



VALLE NACIONAL.—San Juan del Río.



VALLE NACIONAL.—San Juan del Río.

El Mundo Ilustrado

ANO X.--TOMO I.--NUM. 9

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

MEXICO, MARZO 1º DE 1903.

Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem. Idem. en la capital, $1,25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Carnaval.-Un Puesto en Mercaderes.

PÁGINAS DE VIAJE.

Un Entierro en Florencia.

(A PROPÓSITO DE LA PESTE BUBÓNICA.)

LA ciudad de los Médicis ardía en un incendio estival. Bajo las frondas del Giardino Boboli, agostadas por un sol implacable, con la pesadilla de la galería de retratos de los viejos señores de Florencia—papas, cardenales, guerreros, una cohorte de rostros osados, hipocondriacos, de grandes locos, de genios, de héroes, de malvados, caldeados por la misma sangre,—aspiraba con delicia el aire cálido que rizaba la obscura superficie del Arno, en un ansia de luz y de horizonte.

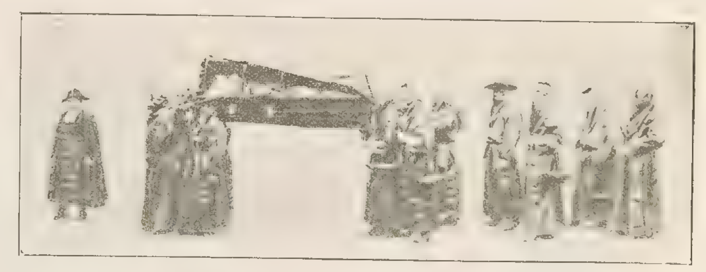
A lo lejos, del otro lado del río, las rígidas masas de los palacios florentinos. ¡De los palacios florentinos, de cuya «gloria triunfal»—¡oh imperdonable ignorancia!—había yo hablado, tres meses antes, en una crónica parisiense! Enfrente de mí, el Palacio Pitti, envuelto en un rojizo vaho de verano. Una muchacha pasó á mi lado canturreando no sé qué cosa. É inconscientemente me eché á andar detrás de ella, con esa curiosidad inquieta que ha llamado un humorista francés «la dicha de seguir,» que consiste en ir forjando historias disparatadas acerca de una persona, que á los veinte pasos desaparece y no volveréis á ver más en la vida.

Confieso que estaba yo en aquel momento más cerca de Bocaccio que del Dante. ¡Padre, perdón! Y heme aquí desandando el camino andado, y heme otra vez en las retorcidas callejas, camino de la Plaza de la Señoría, el salón al aire libre, en donde las multitudes se codean democráticamente con el arte. Unos pasos más y doy con el embaldosado lugar en que flameó la hoguera de Savonarola.

¡Y no llegué! De pronto, al volver una esquina, un espectáculo extraño hirió mi vista, dejándome por un momento absorto. Era aquella una mascarada macabra, de la que no pude darme, al principio, cuenta. Tras un hujier de enlutado tricornio y amplia capa negra, seguían como una docena de peregrinos, fantasmas, trasgos, de túnica de raso y semblantes enmascarados.

Cuatro de estos aparecidos llevaban en hombros un féretro entreabierto que dejaba ver el cuerpo reclinado de un muerto, cuyo rostro amarillo ponía una nota clara en la sombría mancha de aquel cortejo.

¿Soñaba? No; poco á poco, los ví avanzar y



ví arrodillarse á los transeuntes y persignarse á las mujeres, mientras la comitiva seguía lentamente su marcha, y al rato la vía tomaba su habitual aspecto, y la insubstancial vida florentina volvía á hacer sonar sus cascabeles, enmudecidos inesperadamente por un entierro.

Sí, un entierro, conservado á través de los tiempos con sus lúgubres perfiles, una aparición medieval de simbolismo terrorífico, que encuadraba bien en aquel marco que tenía por fondo los pesados muros de la Galería de los Oficios.

Era el siglo XIV y la peste flajelaba la capital Toscana. La muerte había detenido el alegre remolino del amor y de la lucha, como había detenido mi paso de incorregible «flaneur». En aquel sepulcro sólo se hicieron oír, como arrogante mofa, los frívolos acordes de un trovador libertino. A los dobles de Santa María de las Flores, hacían coro el tintineo de copas y el estallido de besos escapados de esa aventura de galantería que juega con la muerte y que se llama el «Decamerón.»

Caían como espigas tronchadas por una hoz invisible los miembros de las familias más nobles, y también caían los plebeyos, envueltos en sus capas obscuras. Faltaba tierra para sepultar tanto cadáver. Y faltaba también quiénes los enterrasen.

Se huía de la peste á rápida carrera y á gran prisa se depositaba á los moribundos en su fosa, algunos de ellos ni aun sin esperar que rindieran el postrer suspiro. Un día se enterró á los enterradores, y Florencia quedó entregada á los muertos.

Entonces, la caridad hizo un milagro: las familias más nobles—las nobles familias democráticas florentinas—se congregaron, acaso en alguna de aquellas amplias salas en donde hoy las viejas armaduras han caído faltas de cuerpos que sepan sostenerlas, y resolvieron reemplazar á los enterradores.

Hicieron más los nobles florentinos: sublimaron la caridad encubriéndola, velaron sus rostros, cubrieron sus cuerpos, y así la vida fué más poderosa que la muerte.

Las costumbres se han conservado y los hermanos de la Misericordia son los que hoy entierran á sus hermanos.

Y he aquí lo que vi en la ciudad de los Médicis en una mañana de incendio estival.

CARLOS DIAZ DUFOO.

EPINICIO DEL AMOR.

(CONFIDENCIAS POÉTICAS)

—Tú que lo sabes, oh poeta modernista, tú que por intuición divina presientes las extrañas congojas de los espíritus enfermos, tú me dirás lo que pasa en nuestras almas enamoradas y dolientes.

Yo caminaba errante por los breñales de un campo baldío, perdida la orientación de los senderos y anhelante por descubrir en el horizonte brumoso una estrella maga que enderezara mis pasos hacia la Bethelem de la Vida. Y mis interrogaciones al cielo, mis quejas perdidas entre el rumor tranquilo del arroyo y el misterioso silbar del viento entre las copas de los árboles, quedaban sin respuesta en aquel solitario páramo, testigo indiferente de mis ansias.

De pronto, un pajarillo verdinegro, chirriando y saltando ante mí, fué subiendo poco á poco de rama en rama, hasta la más alta cima de un pino gigantesco, y daba trazas del mayor contento al enseñorearse de aquel sitio donde la vista podía dilatarse por toda la extensión del boscaje.

¿Me interrogaba acaso, me enseñaba el camino? Así me lo persuadió mi deseo, y no emprendí tras él el vuelo porque no tengo alas; pero apreté el paso, corrí hacia la cumbre para abarcar con él mayor espacio, y subí, y subí, jadeante, fatigado, enfermo de fiebre intensa y enloquecedora que delirante me empujaba, me empujaba ayudando á mis destrozadas piernas y á mis debilitados pulmones para no caer desmayado en medio de la selva.

¿Cómo llegué? Lo ignoro. El hecho es que estuve en lo más alto; que el paisaje esplendente apareció á mi vista deslumbrante de majestad y de pompa; que mi atónita mirada prendió en mi corazón el espejismo seductor de una visión divina, convertida en realidad por no sé qué maravillosa virtud; que esa visión y realidad eran el alma angelical y el cuerpo albo y gentil de ella, de la mujerángel, toda espiritual y adorable, toda belleza y juventud, con su forma esbelta y gallarda, su mirada tierna y profunda, su expresión seductora de bondad infinita.

***

La emoción sentida al contemplarla era tan honda, que me embargó el uso de la palabra cuando yo hubiera querido balbucir, hablar, cantar, gritar el ardiente deseo de rendirle el homenaje de mi admiración y el culto que se había despertado en mi alma.

Y Ella compartió conmigo el mismo sentimiento; me lo decían sus divinos ojos, se adivinaba en su actitud ruborosa y expectante, se sentía en las palpitaciones de nuestros pechos henchidos con el fuego engendrado por cada latido de nuestros corazones amantes.

Entonces, en la plenitud de la vida y de la dicha, dueños absolutos de los encantos de la naturaleza que convirtióse en escenario magnífico y feérico de nuestra felicidad, nuestras almas se entendieron y se acercaron á la mesa nupcial del Amor para comulgar el pan eucarístico de nuestro cariño sin par.

Oh, poeta modernista que todo lo presientes, ¿por qué no morimos al gustar el goce supremo, por qué, cumplido el destino final del placer de amar, seguimos viviendo y padeciendo?

***

En aquellas horas solemnes de pasión vehemente, cuando el sol, la luz, el calor, la tierra, las plantas y las flores, cuando todo lo que vibra entona con nosotros sus himnos á la vida, el amor se inflama con el fuego sagrado de la naturaleza creadora y se expande en difusiones de fuerza germinativa que lleva polen á todos los cálices amantes.

Pero Ella, en cuyos labios he libado la ambrosía de su alma, Ella cuyos cabellos me embriagaron con el perfume que despiden, Ella, la adorable, la noble, la única mujer que ha conmovido mis sentidos y se ha enseñoreado de mi espíritu, me encuentra humano, me halla torpe y grosero porque no me despojo de la carne, porque soy hombre, en fin, terreno y deleznable, como que es de arcilla el vaso en que se deposita mi alma.

Poetas, filósofos, sabios: venid á mí, descifradme el secreto de mis torturas, decidme lo que debo hacer para ahogar los impulsos del corazón y hacer más luminosa é indeficiente la llama del espíritu puro.

***

Y una voz lejana dejó oír la respuesta del Filósofo:

El alma anima la materia, y á mayor elevación de espíritu corresponde igual pureza en los sentidos.

Y un canto delicioso como los salmos de David, alegró á la montaña con la canción del Poeta:

—El Amor es la génesis de la Vida: ama con todas tus potencias y sentidos porque el Amor es el alma de la Eternidad.

ANTONIO ENRÍQUEZ.

EL CARNAVAL.

Lo que era y lo que es.

¡También tú, oh Carnaval, alegre y bullicioso Carnaval, también perteneces definitivamente al heterogéneo y voluminoso lío de las cosas que se van! Nadie lo hubiera creído: eras ya muy viejo, parecía que habías entrado una vez por todas en las costumbres de esta pobre humanidad que, como la mariposa en pos de la luz, en pos va siempre de todas las ocasiones de reír, aun cuando á la postre queme sus alas en la risa y perezca sin galas ni ilusiones; parecía que tú, viejo y simbólico Carnaval, que ponías caretas sobre las máscaras y máscaras sobre las caretas, estabas destinado á sobrevivir á muchas otras cosas de antaño, porque tenías la fuerza de la alegría y te arrullaban los armoniosos desgranes de la música! Pero no, la humanidad, que se «cosmopolitiza,» está cansada de reír en las mismas fiestas y de bailar las mismas danzas; quiere reír todavía y quiere bailar más aún, pero con otras risas y con otras danzas. Tú, venerable Carnaval, ya no le bastas, tus bromas le parecieron por demás ingenuas, el sonido de tus cascabeles lastimó sus oídos, ávidos de nuevos sones, y has muerto, Carnaval, has muerto, porque el olvido y el desdén son muertes, cuando el olvido y el desdén empiezan á ser universales. Y hoy por hoy, hasta en los lugares en que con mayor imperio reinaste, en Venecia, en Roma, en Niza, sólo pasas como un recuerdo cada día menos intenso; París te celebra artificialmente y rápidamente; por lo demás, la Mi-careme y el Carnaval son dos cosas distintas........... La ceniza del miércoles luctuoso que abre el rosario de los cuarenta días de penitencia, ha caído sobre el Carnaval como cae la tierra sobre la tapa de un ataúd. ¡El Carnaval ha muerto; descanse en paz el Carnaval!

***

Cuéntanme que antaño, cuando eran jóvenes, y alegres y bulliciosos muchos viejecitos que hoy toman el sol y arrastran sus remembranzas por las calles de esta Metrópoli, el Carnaval de México era suntuoso. Los gomosos de la «crema» social organizaban comparsas y «jugaban la careta» con singular donaire; las casas más aristocráticas se abrían para recibir á los disfrazados, y en los tiempos del presidente Arista y de la serenísima dictadura de don Antonio López, hasta el presidencial palacio derramaba sus luces sobre las parejas que, ataviadas de mil disfraces, se entregaban al yocundo ejercicio del pecado ingenuo, antes de consagrarse á los cuarenta días de arrepentimiento oficial. Luego, en los elegantes salones del Teatro Nacional, que ya no existe, la sociedad mexicana contemplaba la ruidosa expansión de la juventud dorada, y el bastón de «Papá Servín»—(¡este eterno caballero ha sobrevivido al Teatro Nacional!)—resonaba sobre el pavimento con entusiasmos primaverales.. ....

Cuando, pasados los días ruidosos, la juventud que alegre danzara, recibía sobre la frente recordación crucial y negra de que el hombre es polvo y en polvo ha de convertirse, á pesar del recogimiento cuaresmal, á pesar de las severas exhortaciones de los sacerdotes, á pesar de las purificadoras expiaciones impuestas por el tribunal de la penitencia, los recuerdos del Carnaval quedaban ocupando las imaginaciones juveniles, y más de una honrada y fecunda pareja que hoy peina canas y acaricia biznietos, sintió por vez primera la recíproca atracción al cruzarse sus miradas por sobre el atrayente misterio de la careta......

Preguntad á los ancianos de esa época acerca de los contentamientos carnavalescos de antaño y escucharéis profundos suspiros...... Si son sensibles, tal vez hasta se desprenda una amarga lágrima de sus cansadas pupilas... Pero el tiempo corre y con el tiempo, como dijo alguien, «tout passe, tout lasse, tout casse»!

***

¿Qué ha quedado del Carnaval, en México?.........

La primera noticia que se tiene de la aproximación del Carnaval está constituída por la aparición de algunas feas máscaras de brillantes y escandalosos colores en las puertas de los estanquillos y en los improvisados «puestos» del portal...... He aquí la diferencia del Carnaval de antaño al Carnaval de hoy: la que existe entre la perfumada careta de raso y la mal oliente careta de cartón......

Hoy ya no «se juega la careta» como antaño se jugaba (tal vez porque hoy se lleva careta durante todo el año); hoy, los bailes de máscaras son orgías repugnantes; hoy ya no recorren la ciudad comparsas ni estudiantinas.

La reunión carnavalesca en el Paseo de la Reforma no se distingue gran cosa de la de otros días de fiesta; apenas si una que otra máscara vergonzante y provocadora de la burla popular, se atreve á recorrer la aristocrática calzada, ya en un coche de alquiler, ya en una bicicleta...... de alquiler igualmente. En la calle, quizá recuerden los restos de algún «cascarón,» roto por mano infantil, que estamos en tiempos de carnaval. Por lo demás, nada lo recuerda.

¡El Carnaval ha muerto: descanse en paz el Carnaval!

SARDIN.

El mar es la única belleza, la única fuerza natural que el hombre no ha podido deshonrar ni disminuir.





DE "MISA NEGRA"

LLAMADA.

Ven, soy joven aún y puedo darte
Mis savias confortantes y bravías
Que no sufren ni menguas ni atonías
Y podrán con sus bríos confortarte.

Nadie sentirá celos:—por el Arte
—Ese país de eternas gemonías,—
Voy cantando funestas elegías,
Y á mí, sin peligrar, puedes llegarte.

Dices que no soy joven, porque has visto
Mi espíritu senil y macilento
Como el cuerpo lumínico de Cristo?
¡Sí! soy joven aún; más entró en mi alma
Un amor desastroso, tigre hambriento,
Que devoró las dichas y la Calma.

TEMPLO.

¡Miremos nuestro templo! ¿Qué hermosura!
¡Qué inmensidad ostenta y qué grandeza!
Es templo universal Naturaleza,
Abierto á toda mundanal criatura.

Sus gramas son alfombras de verdura,
La luna lampadario de tristeza,
Y el mar es un nostálgico que reza
Bajo el inmenso domo de la altura.

Este es el templo. ¡Ríndete de hinojos,
Mientras vierten las aves sus cantares.....
Prende ya los fanales de tus ojos,
Desgrana de tus labios la sonrisa,
Y de Naturaleza en los altares
Celebremos ¡oh virgen! nuestra Misa.

JOSÉ M. SIERRA.

CUENTOS DEL MANICOMIO

LOS QUE NO LLEGAN Á S. HIPÓLITO

(«Ni son todos los que están ni están todos los que son.»)

[Súplica al lector: que se fije en que en todos estos artículos es casi el mismo asunto el tratado, en todos es casi el mismo personaje que se fotografía; pudiera creerse que el mismo autor de ellos estaba loco; sin embargo, como «no hay loco.........» no se atrevió á firmarlos, y me veo precisado, yo que puedo asegurar á ustedes que estoy en mi juicio, á poner la firma á esta colección que de entre muchos papeles revueltos he tenido que recomponer.]

I

«EL IDIOTA.»



QUEL día volvió más triste que de costumbre á su casa; había asistido á una velada durante la cual pudo observar, cuando leía sus versos, que se abrían bostezos tras de los abanicos y se fruncían sonrisas bajo las manos. Hasta sus oídos llegó esta frase: ¡Pobre soñador!

—¡Tienen razón! esto de vivir «entre las nubes» es tonto; estudiaré á la Humanidad.

Al día siguiente salió á la calle, y entró en el aprendizaje.

Cuando volvía de sus excursiones, llenaba unas veces dolorosamente muchas cuartillas y las guardaba; otras veces, creyente de que no debería «haber hecho» lo escrito, rompía con desdén, para la basura, muchas hojas emborronadas; otras noches, enrojecido de vergüenza, encendía en la vela, porque creía que la destrucción debía ser completa, los papeles manchados.

Una noche al llegar á su recámara harto de callejear, más que cansado físicamente, maltrecho moralmente, lo esperaba agazapado el insomnio ¡maldito! que se rió del muchacho cuando él entraba con la esperanza de un sueño consolador.

Apenas cerraba los ojos, y un grito, un quejido, una increpación, le provocaban el salto en la cama, y le hacían abrir desmesuradamente los ojos en medio de la obscuridad de su triste alcoba.

Volvía á plegar los párpados, y una mujer horriblemente empalidecida, gritaba: soy madre, que me lo devuelvan; es criminal, pero es mi hijo; y una señora muy seria le decía desde una silla alta y con brazos, como las sillas en que colocan á los niños para que alcancen á la mesa: «no; sería una injusticia.» Un hombre bien fuerte, pasaba «rezando» que necesitaba limosna para vivir. Una vieja arrebataba á un chiquillo, injuriándole: «marido.» Una niña blanca llevaba el vestido manchado con sangre. Un hombre que corría empalidecido y sudoroso, llevando en la mano sacos de dinero, era detenido por un guardián que le decía: señor, no se canse; yo llevaré los sacos. Un anciano rodaba muerto sobre el campo que araba en unión de dos bueyes, sus compañeros; y un borrico muy gordo que vestía muy seriamente, tomaba asiento en una amplia butaca hecha con pieles de hombres, ante los saludos ceremoniosos de un grupo de sombreros.

El sueño era tan horrible que abajo de la cama dos hombrecitos, «dos títeres,» descuartizaban una figura mezcla humana y divina, temblando por respeto á su amo muy grande que los azuzaba: ¡adelante, adelante!

Después ¡naturalmente! no dormía, y dejó la cama; fué al bufete, y buscó las cuartillas escritas. Las leyó con avidez.

Cuando concluyó, descomponía su rostro una mueca extraña.

Clavó la cabeza sobre las palmas de las manos, y dejó que se le cerraran los párpados.

Ante su vista pasaron muchas rojeces, y desfilaron muchas negruras; se miró profundamente malo! ¡En su corazón había las huellas de crimen!

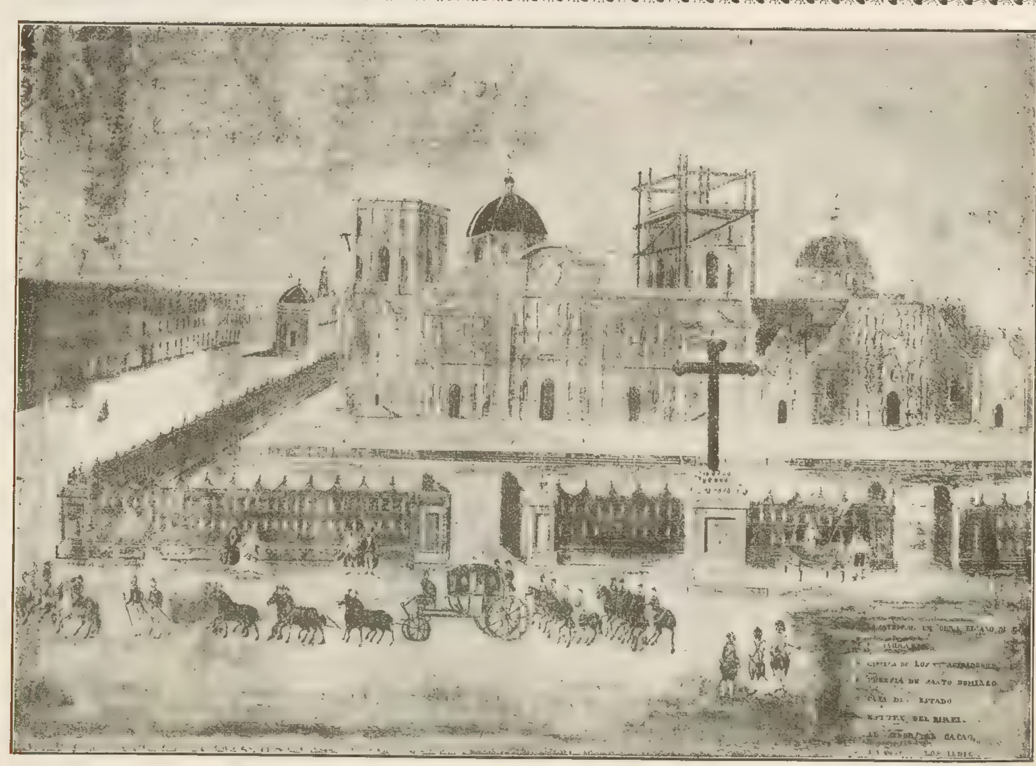
Y se largó con los borrones que estrujaba entre las manos.

—¡No; decididamente no; es una tontería; me voy á las nubes!

Llegó hasta el zaguán, y el portero, somnoliento, le salió al paso:

—¿Esperan á Vd. si lo buscan? ¿vuelve Vd. pronto?

—Vuelvo dentro de unos días, creo que bajaré pronto.



LA CATEDRAL DE MEXICO EN CONSTRUCCION (Copia de un cuadro existente en el Casino Nacional.)

Corrió hasta una tienda que abrían enfrente de la casa, y de donde salía la tos del mozo madrugador, y se escapaban los últimos bostezos de una lámparas de petróleo.

El dependiente le gruñó un feo: ¿«que va á tomar?»

—Dispense Vd., ¿conoce á la Humanidad? ¿A qué hora sale el tren para las nubes?

El dependiente le volvió las espaldas, bostezándole:

—¡Pobre idiota!.. . . .

Desde esa madrugada, vaga por las calles, sin rumbo, mirando á las nubes.

Unos lo miran con lástima, otros lo ven con burla; algunos le dan un centavo, y todos dicen:

¡Pobre idiota!

II

¡YO CURA!



UATRO enormes cirios me amarillaban el rostro pálido, como de muerto, y rasurado, como de clérigo.

Había mucho silencio en la habitación, y mucho luto en los cuerpos de los presentes.

Yo estaba muy serio cumpliendo con mi deber de muerto; estaba bien muerto, y como si vistiera luto por la muerte mía, estaba bien negramente ensotanado, porque yo había sido cura; todo lo que vestía yo era negro, desde los calcetines—no me habían puesto zapatos, porque pensaban que los muertos por más decentes que sean no necesitan llevar calzado, porque ¡al fin no andan!—hasta el listón que me ataba las manos, para procurarme, aun muerto, la actitud beatífica, pues creían que yo había sido cura bueno!

Todos sentían, según decían, que yo hubiera muerto; unos sollozaban, otros suspiraban.

Las campanas de la Parroquia, de la que había sido mi Parroquia, doblaban por mí. En la calle no se hablaba de otro suceso más que de mi muerte, y muchos me elogiaban entre copa y copa.

En muchas casas había ceras encendidas en mi honor, aunque yo no las necesitaba, porque «había sido tan bueno.».... ...

....

—¡Yo Cura, y yo bueno!

¡Cuánta mentira sueña uno! ¿verdad?

III

«EL LOCO PACIFICO.»



L «loco pacífico» estaba sentado sobre la barda del pozo; la familia se había acostumbrado ya á sus locuras inofensivas, y lo dejaba que anduviese por toda la casa, y se olvidaba de él.

¿Quién sabe si alguna vez llegarían á desearle que muriera para que dejase de sufrir, para que descansara?

Allá abajo las aguas retrataban las negruras de su espalda—el traje y la cabellera,—entre las cuales blanqueaban dos renglones que se llamaban cuello de la camisa, y en gradación descendente de color blanco, cuello del cuerpo.

Repitió: «tenían razón; yo estaba equivocado; se me ocurrió que la Humanidad estaba loca; pero, ¡Diablo! puesto que la Humanidad y yo no estamos de acuerdo, puesto que la numerosa Humanidad y yo tan solo no hemos podido ponernos á vivir juntos y á vivir bien, y la Humanidad sigue tan acompañada y yo sigo tan triste, yo soy el loco; tenían razón los parientes que lo murmuraban tan hipócritamente; tenían razón la Luna que me veía compasiva cuando yo la preguntaba tantas cosas; y las estrellas que se han guiñado el ojo cuando me han visto; tenían razón los hombres que, como todos los monos, imitando á los que están más alto, imitaban á las estrellas y con los ojos se reían de mí, cambiándose la idea de que estaba yo loco; lo estoy, y para no fastidiarlos más ó para no hacerlos reír más gratuitamente de mí, y por mi parte, para no exponerme á sus carcajadas, me voy.

¡Pobres ranas si llego todavía con palabras en la boca! ¡Pobres sapos si aún pueden como los hombres comprender que estoy loco, y fastidiarse con mis manifestaciones aliénicas!

Y el loco que hablaba ya en pie sobre la barda del pozo, gritó despidiéndose con el ademán:

—¡Adiós; que sean felices, cuerdos; yo, el loco, me voy. porque no puedo soportarlos!... y se arrojó tranquilamente al agua.

FRANCISCO ZÁRATE RUIZ.

LOS CONVALECIENTES DE LA PESTE.

Publicamos hoy una fotografía que representa el grupo de convalecientes de la peste bubónica aislados en la barraca «31 de Marzo,» en Mazatlán, conforme á las órdenes dictadas por el Consejo Superior de Salubridad, para impedir el contagio. Las personas que forman ese grupo, según una importante correspondencia que tenemos á la vista, son las únicas, que, del 18 de enero al 11 del pasado, escaparon á la muerte curándose en el lazareto.



Mazatlán.—Los convalecientes de la peste bubónica.

A título de información, damos también á conocer la fotografía de uno de los departamentos de que constan las barracas. La familia que aparece en esa vista y que se encuentra aislada, es la de don Santiago León, persona muy conocida en Mazatlán.



Mazatlán.—Una familia aislada en las barracas.

El mal que la inteligencia se complace en decir de las mujeres, es el desquite del bien que el corazón se obstina en esperar de ellas

G. M. VALTOUR.

Curioso Cuadro Histórico.

LA CATEDRAL DE MÉXICO EN CONSTRUCCIÓN.

En el Casino Nacional se conserva, como una reliquia de la época del Gobierno español en México, un cuadro que representa la construcción de las torres de Catedral, y que aparece fechado en 1794.

El cuadro referido contiene en una de las esquinas inferiores, la explicación, numerada, que indica los edificios principales vecinos, como el Sagrario, la Casa del Estado, la capilla de los Alabarderos, y el templo de Santo Domingo. Una gran balaustrada de mampostería limita el atrio de la Catedral y, fuera de él, se distingue, sobre una mesa, una imagen del «Señor del Cacao» y la cruz que se llamó «de los indios». Por último, y marcada con el número 6, aparece la «estufa» del virrey, tirada por seis caballos y escoltada.

Ofrecemos en este número una copia fotográfica de tan curioso cuadro.

LA ÚNICA Y FIEL.....

No eres mujer sino rosa,
rosarreina inmaculada,
y yo, de tu corte alada,
la única y fiel mariposa.

¿Qué mucho que siendo hermosa,
primaveral, delicada,
esté con tu corte alada
la única y fiel mariposa?

Mañana, mustia y rugosa,
aunque no estés rodeada
del enjambre que hoy te acosa,
tendrás de tu corte alada
la única y fiel mariposa.

JUAN B. DELGADO.

La primera escuela en el Territorio Quintana Roo.

Creado por el Congreso de la Unión el Territorio Federal de Quintana Roo, en la parte de la Península Yucateca que fué teatro de los rebeldes mayas, se ha establecido en el naciente puerto de «Xcalak» la primera escuela de instrucción primaria. El grabado que publicamos representa el humilde local que ocupa el plantel, y el grupo de niños que concurren á las clases.

El Sr. Presidente de la República, al saber que había quedado ya establecida esa escuela, dispuso se dotara con todo el material necesario para la enseñanza, y al recibir la fotografía que reproducimos, mandó se obsequiara con libros y juguetes á los alumnos como un premio á su constancia y á sus afanes. Los niños, instruídos en la lengua nacional lo suficiente para adquirir los primeros conocimientos científicos, sustentaron hace poco su primer examen.

LA CAMPAÑA CONTRA EL ALCOHOLISMO.

Existe en los Estados Unidos una respetable agrupación femenina que se dedica exclusivamente á combatir el alcoholismo y que ha formado, con este objeto, numerosos centros de propaganda en aquella República.

La acción de esa benéfica sociedad no se ha circunscrito á las ciudades del Norte en que la embriaguez causa incalculables males, sino que, salvando sus límites, se manifiesta ya en las más aventajadas naciones del globo, que han recibido sus trabajos con beneplácito.

A México ha sido enviada, para emprender la campaña antialcohólica, la Sra. Addie Nórtham Fields, una de las más entusiastas propagandistas de la temperancia.

La Sra. Fields ha tenido que aprender español, y para el poco tiempo que lleva en esta Capital, se puede decir que ya ha hecho mucho. Su buena obra ha empezado por dar conferencias á los presos de la Cárcel General y á los de la Penitenciaría, y por recorrer algunos Estados de la República donde se le ha recibido con todas las consideraciones que merece por su laudable empresa.

En esta Capital se fundó una sociedadde temperancia que es presidida por el Sr. Dr. Roque Macouzet, y cuyas sesiones semanarias se ven muy concurridas. La Sra. Fields va á dar conferencias en las escuelas Primarias y Superiores, así como en la Preparatoria, antes de partir de esta Capital.

La agrupación que ha formado creará nuevos centros antialcohólicos, á fin de que la campaña emprendida dé los resultados apetecidos.



La Escuela de Xcalak.



PENSAMIENTOS.

El arte debe ser un órgano moral de la vida humana.

*

El objeto de la educación femenina no ha de consistir en transformar á la mujer en un diccionario.

*

La intolerancia y la malicia son hijas legítimas de la falta de entendimiento.

*

Construcción y destrucción: todo el progreso de las sociedades modernas rueda sobre estos dos términos.

*

El reconocimiento es parecido á cierto licor de Oriente que no se guarda más que en vasos de oro: perfuma á las grandes almas y en las pequeñas se agria.

*

Nada es tan difícil de comprender como lo que se ignora; nada más sencillo que lo que se sabe.

*

El genio es una larga paciencia; el carácter es más todavía: el carácter es la voluntad sostenida, el esfuerzo de todos los momentos, en todas las situaciones.

*

Releer es descubrir un libro nuevo en un texto que ya se ha leído.

*

Los hombres más temibles son los prudentes.



Sra. Addie Northam Fields

EL ENTIERRO DE OFELIA.

I

Es la mañana. De los rosales
Brotan alegres, cual de un salterio,
Vibrantes cantos, himnos triunfales
Que alzan jilgueros y alondras reales,
¡Los trovadores del cementerio!

II

Al pie de un sauce verde y sombrío,
Junto á marmórea tumba labrada,
Hámlet, el príncipe pálido y frío,
Con otro joven, en desafío,
Cruza, bizarro, su recia espada.

III

Paran la lucha los dos rivales:
Que un blanco féretro busca su fosa
Por la ancha senda de los rosales,
Y en él, ceñida de albos cendales,
Descansa Ofelia, la virgen diosa.

IV

Aquella clara noche de estío
Junto á reciente tumba entreabierta,
Hámlet, el príncipe pálido y frío,
Derrama, presa del desvarío,
Llanto de sangre por su hada muerta.

V

Vierten los astros lumbres radiosas;
Entre cipreses níveos jazmines
Dan sus esencias más olorosas,
De los sepulcros se abren las losas,
Y suenan cítaras y bandolines.

Manuel Reina.

La muerte en la empeñada
Contienda contra el ser, está vencida.
¿Dónde existe el imperio de la Nada?
En cielo y tierra y mar, bulle la vida.

Felife Tejera.





1.—Orilla de una presa, en Guanajuato.—2. El Pico de Orizaba.—3. Una calle de Pátzcuaro.—4. Ruinas de San Francisco en Zacatecas.



Enseñanza de los Sordomudos

Notables Progresos.

Incalculables son los adelantos que en los últimos años ha alcanzado la enseñanza de los sordomudos. En Alemania se inició un movimiento sorprendente en ese sentido, y todas las naciones se apresuran á seguirlo. Hace veinte años parecía imposible, casi absurdo, que un mudo llegase á hablar; hoy los pobres niños desheredados de la naturaleza llegan á articular palabras y emitirlas con relativa claridad y precisión.

Creemos, por lo tanto, que será del agrado de nuestros lectores la información que publicamos en este número, con relación á la enseñanza que en la Escuela N. de Sordomudos se imparte á los educandos. Los procedimientos empleados para ello, se ajustan en todo á los más severos principios de una pedagogía especial.

Es un fenómeno meramente fisiológico, comprobado por la ciencia, que la atrofia de determinadas celdillas cerebrales trae como consecuencia la hipertrofia de otras. Vulgarizando la explicación, diremos lo que todo el mundo sabe: cuando los órganos de un sentido no funcionan, se activa sobremanera el funcionamiento de los demás órganos.

Aceptado este principio, agregaremos que casi todos los alumnos de la Escuela de Sordomudos, revelan desde luego una notable inteligencia. De ello quedamos convencidos al ver que los pequeños pensionados, en su mayor parte, tienen notabilísimas disposiciones



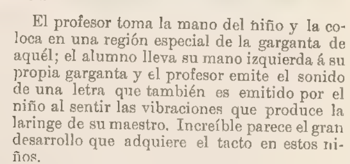
Ejercicio de "desmutización."



Leyendo "El Imparcial" en alta voz.

para el dibujo, especialmente la caricatura, así como para las labores manuales ó intelectuales que constituyen las artes de litografía, zincograbado, pintura al óleo y acuarelas, caligrafía, costura, bordado, etc. Los trabajos de los alumnos se exhiben en un salón especial.

En nuestra visita al plantel, presenciamos una clase de «Desmutización», en la que se prepara al sordomudo para la mecánica del lenguaje articulado. La preparación consiste en hacer que el discípulo se ejercite á respirar hablando, á emitir la voz y á adquirir una habilidad particular del tacto, de manera de hacerle distinguir suficientemente entre sí las vibraciones fuertes ó débiles, extensas ó localizadas que produce la voz. Presenciamos también un ejercicio de «palpeo de vibraciones» que se efectúa de la manera siguiente:



El profesor toma la mano del niño y la coloca en una región especial de la garganta de aquél; el alumno lleva su mano izquierda á su propia garganta y el profesor emite el sonido de una letra que también es emitido por el niño al sentir las vibraciones que produce la laringe de su maestro. Increíble parece el gran desarrollo que adquiere el tacto en estos niños.

Pasamos de esa prueba á los ejercicios de la producción de la voz. Para éstos se enseña al sordomudo, además de la emisión de la voz natural, las posiciones bucales sirviéndose de espejos apropiados en los que el alumno ve su propia boca y puede corregir la posición defectuosa de ésta. Estos ejercicios son personales, lo que viene á constituir una enseñanza individual. Vimos también los ejercicios de gimnástica de la vista, que tienden á desarrollar este órgano y á facilitar la adaptación de las posiciones internas de los órganos bucales. De tal manera es extraordinaria esta gimnástica, que los niños llegan á leer en los labios y á aparentar que oyen perfectamente lo que su interlocutor les comunica.

Por lo que respecta al establecimiento, está dotado de todos los aparatos modernos indispensables para su objeto.

El inteligente prof. don Luis Villa, á cuyo cargo está la enseñanza de los sordomudos nos



Ejercicios gimnásticos.



ESCUELA DE SORDOMUDOS.— Salón de actos y de exposición.

mostró todos los departamentos del edificio, y á la galantería de este señor debemos las fotografías y datos que ofrecemos á nuestros lectores.

El Puchero Roto.

I

SOBRE la acera, en un charquito de caldo poco grasiento, había esparcidos muchos garbanzos y patatas, un poco de tocino, dos tajadas de carne y un hueso, y entre todo esto, los pedazos desiguales de un puchero roto, continente, antes de la catástrofe, de la comida de un jornalero.

Separábanse al pasar para no ensuciarse los transeuntes, sin parar mientes la mayoría de ellos en la desgracia que representaba aquel pucherillo deshecho en medio de la calle.

Bien pronto dos perros olfatearon el inesperado festín y dieron cuenta de las esparcidas viandas, disputándose luego entre gruñidos el hueso que restaba, y que, como de costumbre, fué botín del más fuerte. La acera quedó limpia.

II

No lejos de allí, junto á la valla de una casa en construcción, un albañil, separado de sus compañeros que dormían la siesta tumbados en el suelo, paseaba impaciente sin separar la mirada de la calle por donde esperaba ver á su hija con la comida cotidiana.

Pero transcurría el tiempo y se acercaba ya la hora de reanudar el trabajo, y la muchacha no parecía, y el pobre Niceto, un hombrón de treinta años, inquietábase más y más con el estómago vacío y la cabeza llena de pensamientos intranquilizadores.

Qué le habría ocurrido á la chica? Qué habría pasado en su casa? Aquello no había sucedido nunca. Todos los días de trabajo, sin faltar uno, al sonar las doce en el próximo reloj de la Trinidad, bajaba el albañil del andamio y encontraba á su hjita, la chatilla Rosa, que á los nueve años de edad, aún no cumplidos, tenía el aire de una mujer formal, y que le aguardaba sentada en la acera, á la sombra en verano y al sol en invierno, con la blanca servilleta extendida á modo de mantel, y sobre ella, la libreta reciente, el hondo plato con el pan migado para la sopa y el puchero con el cocido humilde, pero bien condimentado, de garbanzos tiernos y amarillas patatas.

Algo muy grave había sucedido, no cabía duda.

Y en estas cavilaciones, imaginando desgracias posibles, el jornalero se separaba de la obra para llegar á la esquina de la otra calle y ver de lejos si venía la muchacha; fumaba un cigarrillo y otro para entretener el apetito, que ya iba pareciéndose al hambre.

Por fin sonó la hora de trabajo; los albañiles, desperezándose, abandonaron su lecho de piedras, subieron otra vez á los andamios y Niceto, después de vacilar un momento, unióse á ellos y subió también.

Aquella mañana había tenido con el capataz unas palabras sobre si esto ó si lo otro, cosas del oficio y de poca importancia; pero podía suponer el hombre que si Niceto se retiraba antes que los demás, lo hacía enojado por la disputa.

Resolvió, pues, no pedir permiso para marcharse, y continuar su trabajo; pero en aquellas cuatro horas que pasaron hasta las seis de la tarde, exponiéndose muchas veces á caer porque la debilidad le producía vahidos, no cesó de mirar á la calle con la esperanza siempre de que la niña aparecería por allí abajo. La muchacha no vino, y el jornalero se aferro entonces á la idea de que en su familia había ocurrido algo gravísimo.

Por eso al terminar el trabajo, echándose al hombro la chaqueta, emprendió con tal rapidez la marcha hacia su casa, con tanto anhelo como temor de llegar á ella.



ESCUELA DE SORDOMUDOS.—Otro ejercicio de "desmutización."

III

Vivía muy lejos, en el camino de Carabanchel, y dudó si llegar á la plaza Mayor para montar allí en el tranvía; pero éste se retrasaba muchas veces, y creyó preferible ir, como siempre, andando.

Por medio de la calle, para que no le estorbase la gente, iba casi corriendo, cuando al llegar á la plaza del Progreso, vió sentada en medio del jardinillo á la muchacha. La vislumbró desde muy lejos y dudó. Al persuadirse de que era ella, corrió en su busca.

Con su bracito apoyado en el respaldo del banco rústico y el otro caído á lo largo del cuerpo, cabizbaja, inmóvil, estaba la chatilla. Tenía junto á sí la cesta de la comida, y en ella los ojos muy abiertos y encendidos por el llanto.

—Rosa!—gritó Niceto.

La chica, al oir la voz de su padre, como quien



ESCUELA DE SORDOMUDOS.—Una clase para niñas.

despierta de un letargo, le miró espantada y sin moverse.

—Qué es esto? Qué haces aquí? Qué te ha pasao? Por qué no me has llevao la comida? Vamos, di, responde pronto. Por qué has llorao? Qué te han hecho?

Todas estas preguntas salieron de su boca á borbotones y dichas con la voz trémula de la inquietud y del temor, en un tono que tanto tenía de reconvención como de cariño.

—Ay, padre, padre! —exclamó por fin la muchacha rompiendo á llorar ruidosamente.— No me pegue usté.

—Pues qué has hecho para que te pegue? Cuándo te he pegado yo? Dilo, bribona.

—Nunca, nunca; pero hoy sí lo merezco.

—Habla pronto si no quieres que te zurre de veras; y basta de llanto, y no llames la atención de los que pasan. Qué te ha sucedido?

Entonces la niña le contó. Balbuciente y entre sollozos que no podía contener, dijo que al notar que dentro de la cesta iba poco seguro el puchero de la comida, quiso colocarlo mejor, y al sacarlo se le cayó al suelo y se hizo pedazos.

—Acabáramos! —exclamó al oirlo Niceto, respirando con libertad. —Y por qué demonios no fuiste á decírmelo?

—Porque temí que usté me pegara.... Como era una cosa tan gorda!

—Vamos, vamos á casa, que tu madre estará con la misma inquietud que yo he tenido.

—No, madre no me espera hasta el anochecer, porque me dijo que fuera á casa de la tía Isidra en cuanto comiéramos, y creerá que estoy allí.

En cuanto comiéramos! Esta frase hizo al padre caer en la cuenta de que también la muchacha había sido víctima de la rotura del puchero y que no habría comido tampoco. Levantó la tapa de la cesta que la niña llevaba colgada del brazo, y vió que la libreta estaba intacta.

—Oye tú, chiquilla, ¿y por qué no te has comido el pan?

—¡Estaría bueno!— exclamó Rosa.—¿Qué había yo de hacer eso sabiendo que usté no había comido?

Niceto se inclinó hacia la pequeña, y cogiendo entre las manos su cabecita rubia, se la comió á besos.

IV

Cuando ya tranquilos y alegres el padre y la hija se encaminaban á casa, se le ocurrió de pronto al albañil algo que le hizo fruncir el entrecejo y detenerse.

—¿Sabes lo que pienso, Rosita?

—¿Qué piensa usté, padre?

—Que en cuanto tu madre sepa lo que te ha pasao, arma el gran zipizape y nos da la noche. Ya sabes lo que es, una santa de Dios; pero con unos prontos, que sólo yo se los aguanto. Ni tú te libras de una azotina, ni yo de un disgusto, si procuro evitarla.

Rosita contestó con una mirada elocuentísima. Lo que su padre decía era indudable.

—No hay más remedio —añadió el albañil— que ocultarla lo que ha pasao, para lo cual es preciso comprar otro puchero.

—Eso es lo mejor, padre, eso es lo mejor—dijo la muchacha con la alegría de quien se ve libre de un gran peligro.

Entraron en una cacharrería y por treinta céntimos, que Niceto guardaba para tabaco, compraron un puchero, el que hallaron más parecido al otro en forma, en color y en tamaño.

Y cuando de nuevo emprendieron la caminata, pensaba el albañil para sus adentros:

—Mi hijita, teniendo hamhambre, no ha comido por que yo no comía, lo cual prueba que este comino tiene un alma muy grande.

Y la muchacha iba diciendo para sí:

—Mi padre se ha quedao sin una perra pa comprar este puchero y evitar así un berrinche á mi madre y á mí una cachetina, lo cual prueba que mi padre es un bendito.

Y así, orgullosos el uno del otro, cogidos de la mano, marchaban con tal gozo en el pecho, que compensaba la angustia del estómago....



ESCUELA DE SORDOMUDOS.— Haciendo una caricatura.



ESCUELA DE SORDOMUDOS.—Otros ejercicios gimnásticos.

ESCUELA DE SORDOMUDOS. Una lección de aritmética.

V

La señá Pepa, la esposa de Niceto, gruñía por todo y á todas horas. Si no precisamente una santa, como su marido aseguraba, era buena, muy buena; pero con un genio de todos los diablos.

Su hombre la temía más que á un pedrisco, y con éste tenía gran semejanza, porque sus iras pasaban pronto.

Cuando vió llegar aquella noche juntos al padre y la hija, los recibió diciendo á gritos:

—¡Vamos, ahora me explico la tardanza! El papá y la niña se habrán entretenido, como de costumbre, mirando los escaparates y diciendo: si yo fuese rico, te compraría esto y lo otro y lo de másallá. ¡Bonadas que entonces decía á la chica! Más valiera que hubierais venido de prisaá poco más; se me pega la cena.

Niceto y Rosa no se dieron por entendidos.

Poco era callar entonces, cuando para evitar un disgusto acababan de hacer mayores sacrificios.

La señá Pepa, gruñendo todavía, fué á desocupar la cesta de la comida, y al encontrarse con la libreta entera no pudo menos de exclamar con sorpresa:

—¿Qué es esto? ¿Habéis comido boy sin pan?

***

Niceto y la chatilla se quedaron atónitos: aquella imprevisión lo descubría todo; pero, como inspirado súbitamente, contestó riendo el albañil:

—¡Quia, mujer! Si es que traemos tanta gazuza que digo, dije: pues compro una libreta más. Y ahí la tienes pa zampárnosla luego.

La niña sonrió admirando el ingenio de su padre para tramar embustes; pero asustóse de nuevo al ver que su madre, sacando de la cesta el puchero y mirando á su fondo, decía con acento irónico:

—Si traéis tanta hambre no será por haber comido sin gana, porque el puchero está tan rebañao que paece nuevo.

Se agravaba el conflicto, y comprendiéndolo Niceto, arrebató el cacharro á su mujer y dijo mirándolo:

—Sí que es verdad: está limpio como una patena; pero basta de conversación —añadió poniéndolo en el fregadero entre unas cazuelas—y á cenar, que es muy tarde.

Como echándolo á broma, cogió él mismo la gran fuente en que humeaba el guisado dispuesto para la cena y la puso sobre el mantel.

Niceto y Rosa, con no disimulada voracidad, metieron á la vez la cuchara, sin esperar á que la madre se sentara á la mesa.

—¡Válgame Dios—exclamó la señá Pepa al verlos;—cualquiera diría que tenéis hambre atrasá. ¡Ni que no hubierais comido en tó el día!

—Ya te lo dije antes—contestó el albañil con la boca llena;— por eso traje la libreta pa los tre.

Echáronse á reir los tres, cruzóse entre el padre y la hija una maliciosa mirada de inteligencia, y siguieron cenando con más deleite que nunca, no sólo porque era mayor el apetito de ambos, sino porque el guisado aquella noche tenía para ellos una salsa muy sabrosa: la satisfacción que nunca experimentan los malos y que es el premio más grande de los buenos.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.



LA INSTITUTRIZ.

NOVELA POR ESTER DE SUZE. ILUSTRACIONES DE SIMONT.

TRADUCCION DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

(CONTINÚA.)

El paisaje era triste...... Mentalmente repasaba yo los nombres de los pueblecillos: Gréoux y San Román; Bramafan del otro lado. Por todas partes, cuánta paz! ¿Qué harían las profesoras de todos esos lugarejos, en esos momentos? Imaginaba verlas contemplar la sombra;adivinaba en aquellos corazones la misma tristeza que embargaba el mío...... Y mi alma desfalleció. Las palabras del preceptor se unieron en mi pensamiento á las de Victorina y á las del Sr. Broardel, el digno cura de Chavoux. Me pareció que todo formaba una cadena continua: la predicción de la buena mujer, la inquietud del ministro del Señor, la revindicación del joven profesor.

No! Quizá las pobres culpables no lo eran tanto, puesto que en su camino todo lo que estaba en pie las rechazaba y luego se golpeaba el pecho con remordimientos, cuando no se había evitado la caída al abismo. ¿Hay, pues, un abismo, que los demás conocen? Ah! Jóvenenes adorables de la calle Bergers, tan animosas y tan puras, y que soñabais una vida tan sana y tan feliz, caeríais también en el abismo? ¿Sucumbiríais también?

Y yo, María Teresa, la altiva, pero amasada del mismo barro que las otras, y cuyo corazón pesaba tanto, tanto, de estar vacío, podría librarme de la caída?

—Hola! El abate Chavard que baja por la cuesta...... A dónde irá?

El abate, hermosísimo en los pliegues severos de su sotana, caminaba lentamente, leyendo su breviario.

—He allí un excelente hombre—dijo la joven — La institutriz y él, son dos ángeles del Señor.

Esta semejanza, con el recuerdo de la hermosa escultura de Santa Ana, me causó cierta turbación. A mis ojos asomó la inquietud y por ellos pasó una muda pregunta..........

—Oh! Son dos ángeles!—me dijo la joven en voz baja, para no mezclar á su marido en estas explicaciones.

Le creí al momento. Pero entonces — qué cosa más extraña! — yo, que siempre había mirado con cariño á los esposos, sin envidiarlos jamás, héme aquí celosa, al pensar en la apacible dicha de la señorita Morín.

Celosa! Esto era lo que no me había explicado desde el primer día. Esa joven vivía amando, y sin que la maledicencia pudiese herirla. Ella vivía sola y relegada, como las otras, sin porvenir, sin esperanza; y sin embargo, su frente pura resplandecía de felicidad.... Vivía amando......... Y yo soñaba con igual bien........ ¿Por qué no habría de probar jamás ese bien divino, de que se alimentaba la joven profesora de San Román? De súbito, ante ese voto, mis celos se purificaron, se convirtieron en noble emulación.

En el camino, lleno de sombra, cuando mis amigos se separaron de mí, y cuando habían aparecido ya las estrellas cintilantes, mi alma se desprendió de su cuerpo y asomó á los labios, temblorosa como las estrellas en el firmamento.........

—Amarte también, Dios mío, amarte con locura!......

XX

Si hubiese sido un poco psicóloga, cuánto me habría turbado ese voto, ese afan de amor— aun del amor divino que había yo escogido! Pero nada de esto pensé. Iba hacia ese amor, como un labio sediento va hacia un manantial. Y al inundar mi alma de piedad, me parecía sentir verdaderamente la calma refrescante que da el agua, en tanto que realmente me bañaba en fuego......

Fueron momentos inefables. Todas las tardes entraba á la iglesita, con paso presuroso, con la mente absorta. Pasaba las horas arrodillada. Al exterior cantaba la primavera, los pajarillos rozaban con el ala las vitrinas cerradas, entraban por las aberturas de la bóveda, voltigeaban encima de los bancos de roble, se posaban por un momento en los ángulos del altar y después salían, dejándome en mi recogimiento y mi embriaguez......

Para mí el universo estaba encerrado en el altarcito de esa iglesia silenciosa. Mis visitas á mis amigos los Arbert eran menos frecuentes, así como á la señorita Pelisier, de Distroit, que en otro tiempo me había causado interés, por su lucha de amor, tan reñida, contra las insinuaciones del joven noble, enamorado de ella......Hablaba poco á Pherasia y la daba poca oportunidad de que me refiriera aquellas terribles historias respecto á las intitutrices de las cercanías.

En cambio, mis relaciones con la señorita Morín eran cada vez más estrechas. Mi nuevo estado de alma me colocaba claramente en la misma ruta, y la aproximación fué inevitable. La joven me daba consejos, sostenía mi fervor, me prestaba libros de santos y otros igualmente piadosos. En un solo punto no estábamos de acuerdo: ella se confesaba con frecuencia, y me invitaba á seguir su ejemplo.

—Nada es mejor—me decía, mirándome con sus ojazos á la vez ardientes y fríos, semejantes á los de la Santa Ana, que siendo de piedra, parecían poseídos de la fe más viva!......

—...Nada es mejor, señorita. Es un baño constante, que no deja la menor mancha en nuestra alma..... Y los consejos del confesor son como una flama en que sin cesar se caldea nuestro celo..... ¡Use usted de él! ¡Es tan bueno no ocultar nada de nuestros menores desfallecimientos, decirlo todo al padre, que representa á Dios!

Quise usar del mismo medio con igual entusiasmo; no lo pude por mucho tiempo. Pronto no tuve ya qué decir al padre Boardel, y éste mismo ya no sabía qué repetirme.

—Muy bien, querida niña; podrá usted comulgar el domingo, por ejemplo, y el viernes, que es el día del Sagrado Corazón, y es sábado, en honor de la Virgen...... Todo va así muy bein...... Tiene usted la absolución para todos esos días. Vamos! Ahora es bueno salir un poco, distraerse como antes...... Me gustan esos paseos sanos que hacía usted. Ha llegado usted á ser muy piadosa y eso es muy bueno; pero no hay que caer en exageraciones. El vino de Dios es un poco fuerte...... Será usted capaz de absorber siempre las mismas cantidades?

Yo inclinaba la frente, turbada por las palabras del buen cura, conmovida hasta en el fondo de mí misma.

Al día siguiente, ó en la misma tarde, se me presentaba la señorita Morín. Radiante, aureolada, hablando poco, pero refiriéndome sus recientes confesiones, me hacía ver su vida amplificada, surgida como una corriente lustral, de ese confesionario en donde unía su pensamiento de mística con el de aquel artista piadoso que era el abate.

Entonces me vinieron revelaciones. Seguramente que aquellos dos hijos de Dios eran puros como ángeles; pero qué bien hechos, qué adecuados estaban, la una para derramar su alma á los pies del otro, que recogía las emanaciones que exhalaba ese espíritu, y de ellas hacía estatuas de santos, destinadas á los altares sagrados......

—¿No ama usted mucho ese sacramento, señorita María Teresa?

La profesora me miraba sonriendo con indulgencia, pero asombrada de que no pudiese yo adorar lo que á ella la enloquecía.

—No es eso—dije con vacilación;—es quizá que el señor cura de Chavoux no se presta para ello...... Usted tiene más suerte que yo, el abate Chavard seguramente que puede comprenderla.

—Pues bien, venga usted á verle—me respondió la joven con toda sencillez.

La miré y me causó admiración. Y me sentí avergonzada del fondo que había descubierto detrás de mi devoción.

—¡No!—murmuré al fin—ni el abate Chavard ni ningún otro. ¡Ya no quiero tanta piedad! Creo que no está allí mi remedio......

Los ojos de la señorita Morín me interrogaron en vano. No respondí.........

...Me separé de ella, dejándola en la gloria del sol poniente y regresé paso á paso, mi santa sacudida de los días anteriores desvanecida como el humo de un incensario.........

XXI

Desde entonces noté que sufría un poco. Fué algo como una fiebre que no se manifestaba ni en el calor de mis manos ni en lo encendido de mis mejillas; pero que me consumía, no obstante. Y me parecía que á cada hora se llevaba algo de mi existencia. Había reanudado mis antiguos paseos. En las tibias tardes, me internaba allá lejos, por los campos en donde los trigales se desbordaban como una copa llena. Los puntos culminantes parecían atraerme. Subía á lo más alto de las cuestas, y me sentaba sobre el musgo; cerraba la sombrilla para no llamar la atención de los trabajadores, y permanecía así horas enteras, con el pecho oprimido, perdida entre las movedizas gramíneas, como una gran flor negra. Y me entregaba á mis ensueños.

No eran ya los deseos de antes que, por su vaguedad, me eran soportables. Era la conciencia de mi dolorosa soledad, que me desesperaba, que me perseguía con obstinación. Mis miradas vagaban por el campo y se fijaban en todo lo que me hablaba de uniones y confidencias, en los campesinos que trabajaban inclinados sobre la tierra.

—Estos —me decía yo—aman su tierra y trabajan para alimentar á sus pequeñuelos. Si están tristes, si se abaten, tienen parientes próximos que los consuelan y los animan...... ¡Yo estoy sola!

No pensaba en el matrimonio. Pero habría deseado que el señor cura Brardel estuviese más á la altura de mis exigencias intelectuales; ó que la señorita Morín, menos devota, me atendiese un poco más; ó que existiese siquiera mi antigua aya, para llevarla conmigo á aquel destierro.

Pero estaba sola, sola hasta la muerte.

XXII

Cual si hubiese sido una serpiente que mi paso despertara, el hombre desde que me vió, apartó rápidamente la maleza, y de un salto se me puso delante. No pude menos que gritar:

—¿Usted se ocultaba? ¿Me espiaba?

Se balanceó delante de mí, el guapo mozo borracho, con los ojos brillantes y los labios húmedos.

—Sí, me ocultaba, respondió con voz ronca. —Perdóneme usted eso, y el haberme embriagado. He bebido para poder hablar á usted... de otro modo, no habría podido.

No sé qué de sincero se exhalaba de ese hombre. ¿Dónde había yo visto esa mirada, llena de admiración?

—¿Acaso para hablarme es necesario beber? ¿Es usted de aquí?

—Sí, soy Silvio Moutet. Soy quien primero vió á usted, á su llegada, una hermosa mañana. Eso ha sido demasiado para mí......... Después, he ido á misa todos los domingos, y nunca había bebido, hasta ahora, y eso para hablar á usted...... Luego ya no volveré á beber, y si es todo en vano, no me queda sino arrojarme desde esa peña.........

Y me señaló una de las rocas más altas.

—Hable usted, Silvio Moutet.

—Vea usted, yo la amo con locura...... Está usted sola y triste, ¿quiere usted ser mi esposa? Usted dará su clase, yo cultivaré mi campo. No beberé nunca. Soy hombre honrado. Pregunte usted y así se lo dirán. ¡La adoro!......

Se exaltó, y torpemente se puso de rodillas.

—Vea usted: cuanto haya de más difícil, lo haré por usted. Seré su siervo, no su marido...... ¡Será usted mi reina!......

No parecía estar ebrio ya. Sus labios, secos por el fuego de su pasión, pronunciaban claramente esas palabras, de poesía viril y cándida. Mientras hablaba, me fijé en su hermosa cabeza, en sus rasgos puros, en su talle erguido. Y mil detalles olvidados me vinieron á la memoria, recordándome al campesino á quien encontraba siempre en mi camino á la iglesia y en cuyas miradas había leído lo que ahora me decían sus labios. El seguía de rodillas.

—¡Se tiene necesidad de ser amado!—prosiguió—¿por qué no aceptarme á mí, si no tiene usted compromiso? ¿Acaso porque soy campesino?

Se levantó, vacilante, pero ya tranquilo, tan resuelto, que le detuve, porque se encaminaba á la roca.

(Continuará.)

LA "CIGARRERA MEXICANA"

Negociación que Progresa.

Siguiendo nuestra costumbre de dar á conocer en este semanario los datos relativos á las industrias que alcanzan en el país, en la época de paz que atravesamos, el más alto grado de progreso, ofrecemos á nuestros lectores fotografías de una de las más importantes fábricas de tabacos establecidas actualmente en la capital: nos referimos á la "Cigarrera Mexicana," cuyo soberbio edificio ocupa en la gran avenida de Bucareli, el sitio donde por mucho tiempo se levantó la plaza de toros de Ponciano Díaz.

Al hablar de la "Cigarrera Mexicana," tan conocida y apreciada en el comercio por la excelente calidad de sus productos y por el capital que representa [$ 1.750,000], no hacemos más que rendir el debido tributo á la honradez y á la perseverancia en el trabajo, factores principalísimos de engrandecimiento para toda empresa que se propone adquirir la respetabilidad y el crédito necesarios para elevarse á la altura más envidiable.

Si alguna negociación ha logrado, en poco tiempo, ensanche y provecho, es, sin duda la que hemos citado. Cuatro de las más poderosas negociaciones cigarreras con que contaba la capital—Ampudia y Compañía, A. Muñúzuri y Compañía, Pesquera Sucesores y Noriega Sucesores—aportaron para constituirla, no sólo su capital, sino el crédito que sus marcas habían conquistado en los mercados, y de triunfo en triunfo, porque hay que advertir que la "Cigarrera" los ha obtenido en los principales torneos de la actividad humana, ha llegado á ser lo que muy pocas negociaciones alcanzan: un centro de trabajo para las clases obreras donde se estimula al operario honrado y se le remunera á conciencia, y un centro productor que apenas si basta para satisfacer las exigencias del consumo: tanta es la demanda que tienen en el público sus exquisitas manufacturas, sus variadas marcas.



Fachada principal del edificio de la "Cigarrera Mexicana," en Bucareli.

Recordamos que en Diciembre de 1901, los Delegados á la 2ª Conferencia Panamericana hicieron una visita á la notable fábrica: más de 1300 obreros sostenía entonces "La Cigarrera." La impresión causada en el ánimo de los Congresistas por aquella colmena humana, no pudo ser más grata: el orden, el aseo observado en todos los departamentos llamaban verdaderamente la atención; en las bodegas, los tercios de tabaco formando pirámide, tocaban la techumbre, y en el departamento de elaboración, una multitud de obreras rendían culto al trabajo. Las máquinas engargoladoras «Bonsack,» las «Comas» para la fabricación del cigarro torcido y cabeceado, y las «Wistone,» propias para el de pegamento, fueron justamente admiradas. En las demás dependencias de la «Cigarrera» se notó también el aseo y el orden más perfectos.

De entonces acá la Fábrica ha seguido alcanzando los más notables progresos, pues aparte de la fundación de nuevos talleres, para lo cual la Compañía adquirió en $ 105,000 el edificio del Frontón Jai-Alai, es digna de consignarse la perfección que ha logrado en punto á manufactura, y el aspecto de refinada elegancia que da siempre á sus productos con las artísticas envolturas que emplea y la variedad de clases de papel que entran en la fabricación de los cigarrillos.

Buena prueba, por lo demás, de que la «Cigarrera Mexicana» ha sabido conquistarse los mayores triunfos, es la recompensa que obtuvo en la última Exposición Panamericana de Búffalo, y el premio que le fué otorgado en la reciente Exposición Nacional del Estado de México. Uno de los grabados que publicamos, representa el Diploma conferido á la Compañía en el Certamen de Búffalo, y que consistió en medalla de oro.

Tan honrosa distinción, habla muy alto en favor de la importante negociación industrial. También publicamos una fotografía de la fachada de la fábrica, y otra del salón principal de elaboración.

El establecimiento de la «Cigarrera» data del mes de Noviembre de 1900 y, por lo mismo, es una empresa muy reciente. Si en el poco tiempo que tiene de establecida, se ha elevado tanto y está tan acreditada en el comercio, es indudable, de todo punto indudable que sus adelantos serán, dentro de poco, sorprendentes. Como Gerente de la Negociación ha figurado, desde su establecimiento, el Sr. D. Ricardo del Río, persona muy versada en los negocios de la Compañía y muy apreciada por su laboriosidad y honradez.

Hay que felicitar, pues, á la «Cigarrera,» con tanto mayor razón, cuanto que es, para nuestros obreros, una casa donde encuentran el pan y el amparo de sus familias.



Salón de elaboración de "La Cigarrera."



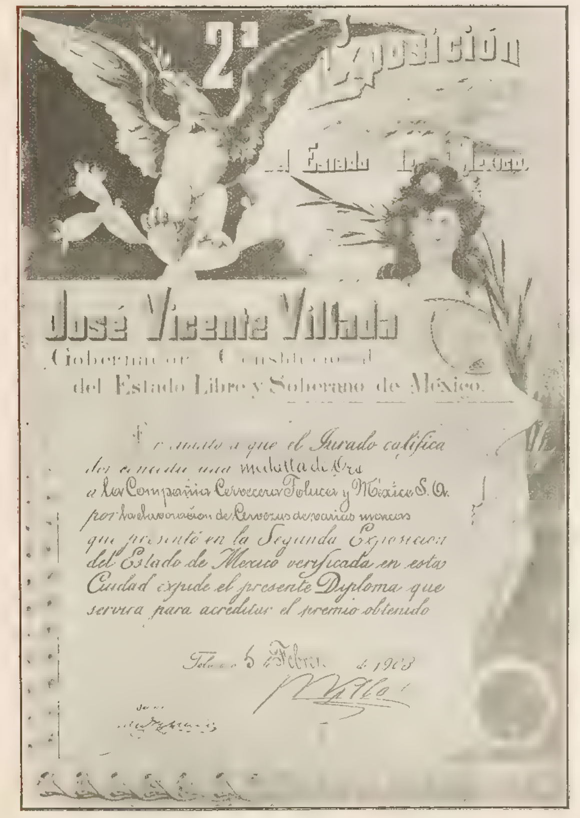
Diploma concedido á "La Cigarrera" en el certamen de Búffalo.



Vista exterior de la Cervecería de Toluca.

LA INDUSTRIA CERVECERA EN EL PAÍS.

NOTABLES ADELANTOS.



2ª Exposición

del Estado [illegible] México

José Vicente Villada

Gobernador Constitucional

del Estado Libre y Soberano de México.

[illegible] que el Jurado califica [illegible] una Medalla de Oro a la Compañía Cervecera Toluca y México S. A. por la elaboración de Cervezas de varias marcas que presentó en la Segunda Exposición del Estado de México verificada en esta Ciudad expide el presente Diploma que servirá para acreditar el premio obtenido

Toluca 5 de Febrero de 1903

[illegible]

Al verificarse la apertura de la Segunda Exposición del Estado de México, consagramos algunas líneas en nuestro semanario á describir la magnífica exhibición que de sus productos hizo la Compañía Cervecera Toluca y México, y á patentizar los adelantos verdaderamente notables que ha alcanzado en los últimos años.

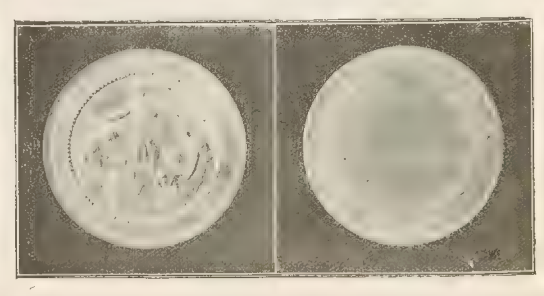
Esta importantísima negociación, en efecto, ha ido de progreso en progreso: fué la primera que implantó en el país la elaboración de la cerveza «Lager» conservada, de incomparable buen gusto y calidad suprema, y ha sido, igualmente, la primera en levantar una fábrica de botellas del más moderno estilo, abriendo así un nuevo campo á la actividad de la clase obrera.

Tanto la industria de la elaboración de cerveza, como la de fabricación de botellas, han merecido la recompensa más amplia y satisfactoria, no sólo en los diversos países donde han figurado sus productos en fraternal competencia, sino también en la segunda Exposición del Estado de México, que cerró sus puertas el 5 del pasado.

Testimonio muy elocuente de esta afirmación es el valioso grupo de medallas de todas clases que han sido concedidas á la Compañía, y entre las que sobresalen, tanto por su número como por su hermosura, las de oro, de primera clase: precioso galardón acordado al trabajo honrado é inteligente, á ese titán de músculos de acero que todo lo transforma y lo ennoblece.

Actualmente, según sabemos, esta importante negociación, que no descansa en su labor, coronada por tantos y tan merecidos triunfos, ultima el establecimiento de uña planta de fuerza motriz eléctrica, en sus fábricas, para substituir la de vapor que ha empleado.

Es digna del más alto elogio la Compañía Cervecera tanto por sus constantes esfuerzos en pro del adelanto de la industria nacional, como por su empeño de corresponder siempre á la decidida protección que el público le dispensa. Por lo demás, es de desearse que tenga muchas empresas imitadoras en sus afanes de engrandecimiento. Así, éstas contribuirán, como ella contribuye, al desorrollo de la riqueza nacional.



EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO X.--TOMO I.--NUM. 10

MEXICO, MARZO 8 DE 1903.

Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem. Idem. en la capital, $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Corbeta "Nautilus"

Grupo de Jefes, Oficiales y Guardias, tomado en la Legación de España.

Ejercicios Cuaresmales.

No voy á predicar: ni la sombría sotana ni la blanca sobrepelliz envuelven mi cuerpo pecador, y mi árida palabra no trae los místicos estremecimientos de una inspiración celeste y santa. Y creo, señora mía y amable lectora de estas profanas charlas, que vuestra diminuta oreja, sonrosada como un temprano y tierno pétalo primaveral, guarda celosamente las enseñanzas que durante esta primera semana de recogimiento cuaresmal ha escuchado de los elocuentes labios de vuestro predicador favorito, que, desde las alturas de la austera cátedra del Paráclito, ha vertido en vuestra conciencia la abundosa cascada de su sabiduría mística; y así, no fuera yo, pobre pecador, quien pudiera amenazaros con los fuegos sempiternos y crueles del Infierno, ni atraeros al camino del bien con las inefables y misteriosas promesas de la Gloria.........

En estos tiempos de cuaresma—que suelen coincidir con los hermosos tiempos de primavera, como si el recogimiento fuese mayormente necesario ante las explosiones de la juventud y de la savia nueva,—en estos tiempos de cuaresma, los profanos cronistas cedemos de buen grado nuestro puesto á los cronistas severos de la Religión, que durante cuarenta días pasan revista á vuestros pecados, como nosotros la pasamos á vuestros encantos durante los restantes trescientos veinte días del año. Mas no fuera tampoco muy discreto de nuestra parte el hablaros de amor y de placer cuando os preparáis á acercaros al tribunal de la penitencia, y haciendo un duro calce á nuestro natural pagano y adorador de la eterna Belleza viviente y palpitante, vémonos constreñidos á rozar con alas de mariposa las cosas herméticas del Espíritu, y en la tarea sólo puede consolarnos la vaga esperanza de sembrar las grises monotonías del asunto con algunos débiles toques de «policromía verbal»...... ¿Me entendéis, señora, ó acaso he caído ya en las, para vos incomprensibles sutilezas del modernismo andante?...... No temáis: habréis de entenderme; y luego vendrá la Pascua, y en la Pascua—hossana, palmas, resurrección, amor y vida—me entenderéis mucho mejor.

PULVIS ES........

Sois polvo y en polvo habréis de convertiros........ Señora mía: ¿habéis pensado alguna vez, muy en serio y con la intensidad de los pensamientos graves y torturantes, en toda la tristeza, en toda la desesperanza, que se encierra en el hecho de todos sabido, pero de todos olvidado, de que tras de la vida está la muerte? ....

La rosa, la opulenta rosa brillante de rocío, que se aduerme dulcemente sobre la suavidad de vuestro seno, será mañana un montón de hojarasca que, en alas del viento, se convertirá en polvo y no dejará ni un recuerdo de su aroma ni huella alguna de su belleza. Y sin embargo, la rosa ha vivido: ha sido casto botón, apretado dentro de su verde abrazamiento y temeroso de abrir su cáliz á la erótica avidez de las mariposas; ha sido flor tímida, apenas entreabierta á la fresca humedad de la mañana y recatada ante las indiscretas caricias del sol; ha sido encanto de los hombres, cuando, roto su broche, desparramó á los cuatro vientos la lozanía de sus pétalos; hubo el epinicio del beso y de la voluptuosidad cuando tocó vuestros labios y cuando se adurmió suavemente al arrullo de vuestros suspiros......

La rosa ha vivido y, no obstante, la rosa no es sino polvo, vivificado por la omnipotencia del Misterio, y fatalmente se tornará de nuevo en polvo, desaparecerá sin dejar huella de su aroma ni recuerdo de su belleza, y nacerán nuevas rosas, para morir al fin...... que siempre está la Muerte detrás de la Vida!

Así vos, dulce señora mía, así vos, como la rosa, sois polvo y en polvo habréis de convertiros. ¿No os atemoriza esta perspectiva? ¿No tembláis ante el triste destino que se os tiene reservado?...... Viviréis, amaréis, y luego...... la Muerte, siempre la Muerte, os convertirá en polvo, os volverá á la miseria de que fuisteis creada........ y nacerán nuevas mujeres, para morir también, porque detrás de la Vida viene siempre la Muerte!.........

—¡Qué estribillo tan insoportable! diréis. Así es el estribillo de la realidad: es insoportable. Martillea sobre la conciencia, como mi «policromía verbal» martillea sobre vuestros oídos. Lo mismo, siempre lo mismo; y «lo mismo» es la Muerte, la que ha de convertirnos en polvo, á vos, dulce lectora de estas charlas, y á mí, profano orador de estos ejercicios cuaresmales.



SR. GENERAL LUIS C. CURIEL, Subsecretario de Guerra y Marina.

La ceniza que, en cruz admirablemente dibujada, puso no ha mucho sobre vuestra frente la mano pálida—¿no era pálida?—del sacerdote, es el símbolo de la muerte, el símbolo de la nada, el símbolo del fin. Preparaos á esa muerte, á ese fin, á esa nada...... porque lo dijo no sé quién y lo comprueba la práctica:

«Pulvis es, et in......... reverteris!»

***

Mi discurso está triste, tétrico; tétrico como la oquedad de una tumba. Pero, ¿qué queréis? estamos en cuaresma y estoy obligado á serviros un discurso cuaresmal.

Como final de mi sermón, pasaré á la parábola. Es de buen tono concluir un sermón con una parábola. Así lo hacen los obispos modernistas, y así quiero hacerlo yo, que aliento bríos de obispo y de modernista.

«En aquellos tiempos de santidad en que sobre la tierra reinaba el bien, en que no había partidos políticos, ni monederos falsos, ni peste bubónica, ni nada de esos azotes que hoy nos torturan, un mozo abrazaba á una pucela bajo las frondas floridas de un viñedo. Acertó á pasar cierto apóstol que, en sus ensimismamientos místicos había adquirido el dón de la doble vista y cuyos ojos disponían de rayos más católicos y de mayores X X que los del Dr. Roentgen, y al mirar al enardecido garzón que á la pucela abrazaba, díjole con los tonos más severos de su voz: ¿Qué haces, cuitado, que con tus brazos abrazas á un montón de polvo?......» El garzón hubo de recapacitar antes de entender las palabras del apóstol; pero habiéndolas entendido, repuso: «Que polvo seremos, no lo dudo; pero entretanto.........» El resto de su respuesta perdióse entre los rumores de la tarde moribunda. Y el apóstol, al escuchar esas palabras, arrancó un racimo del viñedo y comió las uvas apresuradamente.»

Hasta aquí el piadoso evangelista de quien transcribo la parábola. Yo, señora mía, no puedo agregar nada á tan elocuente emblema, y concluyo, otorgándoos la más apostólica de mis bendiciones.

OSCAR HERZ.

NOTA MILITAR.

NUEVO SUBSECRETARIO DE GUERRA.

El señor Presidente de la República ha nombrado al señor General de Brigada Luis C. Curiel, Subsecretario de Guerra y Marina, en substitución del señor General don Juan Villegas, que interinamente servía ese puesto y que pasa á hacerse cargo de la Dirección del Colegio Militar.

Entre otros cargos de importancia, el señor General Curiel ha desempeñado los de Gobernador del Distrito, Diputado al Congreso de la Unión y Gobernador del Estado de Jalisco. El nombramiento hecho últimamente en su favor, ha sido muy bien recibido.

El miércoles por la mañana, ante el señor Secretario de Guerra, prestó la protesta de ley el nuevo Subsecretario, entrando desde luego en posesión de su alto empleo.

El Hijo de la Cantinera.

Un hijo tuvo la cantinera
Bello y alegre como el amor;
De ojos dorados, rizo cabello,
Faz de arrebol.

Bravo era el hijo como la madre:
Niño mimado del batallón,
Ya se abrigaba con la bandera,
Ya se dormía sobre el tambor.

En los furores de los combates,
Acompañada por el cañón,
Daba á los vientos alegres cantos
Su tierna voz.

Entre las balas, luchando intrépido,
Herido el pobre niño cayó.
Para que olvide pena y dolores,
Toca la música del batallón.

A los acordes, el pobre infante
Lanza sonrisas—rayos de sol;—
Mas ¡ay! sus ojos tienen de cirios
El resplandor.

La cantinera, la triste madre,
Siempre ocultando su corazón,
Atravesado por siete espadas,
Finge ante el hijo risueño humor.

Una mañana de primavera
El valeroso niño expiró,
Y con la madre lo lloran todos
Los nobles pechos del batallón.

M. R.

Para las Víctimas de la Peste.

Carreras en Peralvillo.

El domingo anterior por la mañana, se efectuaron en el Hipódromo de Peralvillo los juegos de sport que con el fin de allegar fondos para las víctimas de la peste bubónica, organizaron los alumnos de la Escuela de Agricultura y Veterinaria.

Los juegos, que resultaron bastante lucidos, consistieron en carreras en bicicleta y á caballo, estas últimas á campo raso y con obstáculos, y en la «caza de la Zorra», ejercicio muy en moda, en la actualidad, entre los aficionados á esta clase de sports.

Pasada la primera carrera en bicicleta, que ganó el señor Ramón Manzano, y los «juegos de cintas» en que tomó parte el «Club México,» se jugó una á caballo entre los alumnos de la Escuela, David Sosa y Pedro Somera. Esta fué á 4,000 metros, y en ella resultó vencedor el segundo de dichos alumnos. Como parte extraordinaria del programa, se organizó en seguida otra carrera, entre los señores J. Blum, en buggy, Carlos Morales y Ramiro Manzano, en bicicleta.

Los alumnos de la Escuela Welton, corrieron después caballos á 400 metros, distinguiéndose entre todos, el niño Salvador Pesquera, que montaba el «Sileno» y que ganó la carrera. Al presentarse el niño en el palco de las reinas que presidían la fiesta, á recibir su premio, fué muy aplaudido por la concurrencia.

Los miembros del Club Hípico Militar, tomaron también parte en los juegos, así como las señoritas Haittii Welton, Jenetta Blum y Lottii Lekeni, que se presentaron vistiendo lujosos trajes de seda. El señor Mayor Luis Pérez Figueroa, fué quien ganó la carrera á caballo jugada por el Club, y la señorita Blum la que obtuvo la primacía en competencia con sus compañeras.

Además, como últimos números del programa, se efectuaron otras carreras: una á 500 metros, por el Club Militar, que ganó el Capitán Santiago Aduna, y la de obstáculos, á 800 metros, en que resultaron vencedores los señores W. Richard y J. M. Gómez.

En cuanto á la «caza de la zorra», el grupo de cazadores se formó por los jinetes que habían tomado parte en las principales carreras. El Capitán Manuel Vidal llevó la «zorra,» montando el caballo «Venado,» y el que logró arrancarle la deseada pieza fué el Doctor Detwiler.



Sritas. Haittii Welton, Jenetta Blum y Lottii Lekeni.

Las reinas de la fiesta, que lucían primorosos trajes, fueron las señoritas Elena González, María y Amelia Rodríguez Miramón, Elena y Dolores Mävers y María Barreiro.



Carrera en buggy.

EL ESCULTOR.

La piedra fué la madre de la escultura,
el helado granito fué su profeta,
el blasonado bronce su gran poeta
y la arenosa arcilla su vestidura.

Mi cincel es de hierro, pero fulgura
como ante el sol pasando veloz saeta,
¡soy el dios de las Artes!; ¡soy el atleta,
cincelador soberbio de la hermosura!

El tiempo no destruye mis obras santas;
del Moisés gigantesco bajo las plantas,
el hombre se estremece, duda, palpita......

¡Yo soy el que, de bloques hecho pedazos,
hago surgir á fuerza de martillazos
las curvas impecables de la Afrodita!

René Lopez.

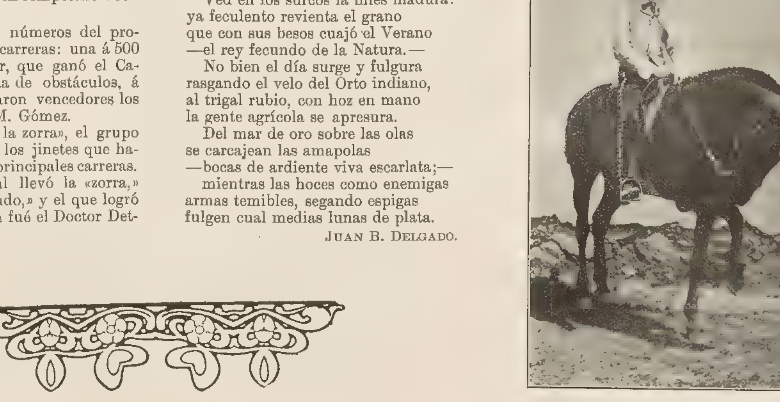
LA SIEGA.

De «Aires de la montaña.»

Ved en los surcos la mies madura:
ya feculento revienta el grano
que con sus besos cuajó el Verano
—el rey fecundo de la Natura.—
No bien el día surge y fulgura
rasgando el velo del Orto indiano,
al trigal rubio, con hoz en mano
la gente agrícola se apresura.
Del mar de oro sobre las olas
se carcajean las amapolas
—bocas de ardiente viva escarlata;—
mientras las hoces como enemigas
armas temibles, segando espigas
fulgen cual medias lunas de plata.

Juan B. Delgado.





Niño Salvador Pesquera.



TALIS VITA.....

CUANDO llegué jadeante, casi sin alientos, al caserón señorial que habitaba ella con diez criados......... no sé lo que sentí. Vila por de pronto tan postrada en la poltrona contigua al balcón donde la habían sentado envuelta en mantas y mantones que resbalaban de sus rodillas y de su éspalda á medida que todo su cuerpo iba inclinándose cada vez más hacia el costado izquierdo, que es decir, al de su pierna sana;...... la encontraba luego tan serena, escogiendo flores para su tocador Pompadour; me recibía tan risueña, tan ajena á toda idea de muerte; abría aún tanto, tanto, aquellos ojazos que le dieron fama de hermosa ...... devolvióme con tan apacible naturalidad el beso que yo me apresuré á imprimirle en la frente,...... que, para salir de mi perplejidad y mejor persuadirme de que sin duda habían exagerado mucho los que allí me habían llamado...... quise pulsarla. ¡Dios mío! Seguro estoy de que si me pinchan, no me brota siquiera una gota de sangre.

La muerte había helado ya su mano derecha, y el pulso de su ardiente izquierda se me escurría bajo la presión del dedo como gota de mercurio. Era que la vida se le estaba escapando no sé por dónde; iba reduciéndosele como llama de luz que se apaga. ¡Y la que por fin, seis meses atrás, había curado de la corrosiva hipocondría que la tuvo más de cuatro años en espantoso potro, sugiriéndole día y noche, minuto por minuto, el temor de que iba á morirse,........ ahora escogiendo flores! ¿Quién dijera que la que había vivido cincuenta años sin tocar la realidad ni en las jornadas de adversidad más cruel por que pasaron sus padres y marido; la romántica incurable que había consumido toda una existencia en pos de ideales falsos y volviendo siempre la espalda á las pocas venturas ciertas que la realidad pudo ofrecerle; la que estuvo temiendo la muerte cuando rebosaba salud por todos sus poros...... ahora, cuando tenía ya un pie en el sepulcro, ahora, precisamente, se entretendría escogiendo flores de trapo? ¿Y dónde? ¡Cabalmente junto á aquel balcón por donde el sol, que es vida, penetraba en oleadas de luz para invadir la lujosa estancia y aumentar la nota alegre de aquellos muebles y paredes tapizados de seda Pompadour, ni inventados á propósito para hacer notar más el contraste tristísimo de la situación, su efecto teatral, el lado más punzante del drama! ¡Qué ironía y qué caridad á un mismo tiempo!

Una amiga de la paciente y dos de sus camareras iban entretanto formando ramos con las flores escogidas y colocándolas en los jarrones que su dueña indicaba, preguntándome luego si sus indicaciones eran de mi gusto. Aún recuerdo la impresión dolorosísima que me produjo esta pregunta tan preñada de ilusiones y de frivolidad, formulada en un momento tan terrible. Y sin embargo, no eran pocas las sorpresas què aún me estaban reservadas. Sin hálito suficiente para hablar, porque la fatiga agónica iba creciendo acompañada de un gemido rítmico que no dejaba á la paciente articular las palabras de corrido, oíala dictar órdenes sin descanso; sin fuerzas siquiera para levantar bien la cabeza ni para sostener la esponja entre sus dedos, quiso lavarse la cara, y, bien ó mal, llegó á lavársela. Insinuó luego el deseo de peinarse, y bien contra nuestra voluntad hubimos de entregarle el peine y colocarle un espejo enfrente. Temíamos todos que, al verse en él tan ojerosa, tan abotagada y pálida, se nos muriese de espanto......... y nada de eso; poquito á poco y descansando á ratos, logró alisarse las trenzas que las camareras le desataron y que tenía ya empapadas de un sudor mortal.

—¡Basta, basta!—le decíamos nosotros, suavemente, con el fin de ahorrarle aquellos esfuerzos que nos llegaban al alma. Pero en vano; no paró hasta cambiarse el mantón por una elegante manteleta adornada con volantes de encaje; hasta tocarse la cabeza con una hermosa cofia de inglaterras, prendida por graciosas lazadas de cinta rosa, que la asemejaba á las damas del siglo XVIII.

Aquella amiga y yo no salíamos de nuestro doloroso asombro; no cesábamos de cambiar miradas de estupefacción en que se condensaban la compasión y la sorpresa que iba causándonos esa «toilette macabre.» Por fin, despidió á las muchachas, y aquella señora y yo nos sentamos enfrente de la enferma contemplándola largo rato con devotísimo silencio. En medio de éste, el tic-tac de la dorada péndola se hizo sentir mejor y me asusté. Parecióme que tomaba un tono lúgubre, inusitado; me temblaron las rodillas.

Mientras tanto, á la pobre enferma se le ponía lívida por momentos la faz, se le amorataban los labios y los pómulos, el brillo de los ojos iba apagándosele bajo la sombra de sus grandes párpados, cada vez más colgantes y marchitos; se le desplomaba todo el cuerpo hacia la izquierda de un modo evidentísimo. Temiendo que se nos moría, íbamos á levantarnos automáticamente y casi sin respirar, cuando notamos que abre otra vez los ojos, se rebulle, yergue un poco la frente, y con la mano «viva» me llama á mí. Con el corazón como un grano de anís acerquéme á ella, y vi que, indicándome la silla más próxima, me decía con voz aún bastante firme:

—Siéntate ahí. ¿No dirías tú...... con qué soñaba ahora? Con la despedida de Mario. ¡Qué tenor aquél!

El ahogo, aquel gemido rítmico, el estertor que iba pronunciándose, le obscurecían la voz, le desmenuzaban más y más las palabras.

—¡Ah, sí! Ya me contarás eso otro día. Procura ahora descansar un poco.

—No, «Chiquillo,» no (así me había apellidado siempre)......... Fué mag... magnífico... Li...ceo...nunca...es...tuvo...así.

—¡Figúrate!...... Veamos, veamos, hija, si logras dormir un poco—interpuso con suma dulzura la amiga.

Pero la enferma continuó en su empeño de

hablar para decirnos que aquel sueño podría, por asociación de ideas, provenir de la sensación que le producían ciertas lucecitas y chispazos que estaba viendo.

Esto aumentó nuestro pavor. ¿Lucecitas, chispazos, en medio del derroche de sol que inundaba aquella estancia? Tiempo le faltó á la amiga para levantarse y cerrar los postigos, que era como cerrar los ojos á la realidad: lo que se acostumbra hacer siempre que ésta amarga.

—¡Ma... ri... o.... estaba.... so...ber.... bio! El pú... bli... co... de pie... agi... tan... do... pa... ñuelos—iba aún ella diciendo. Pero aquí el resplandor de algún incendio interno tiñó su rostro, abriéronsele los ojos desmesuradamente, y allá en lo más hondo de sus negras pupilas, que en aquella obscuridad crepuscular veíamos aún relucir, vi brillar algo parecido al chisporroteo de un fósforo.

—Hija, por Dios, cállate; no te esfuerces más—exclamamos nosotros, cada vez más alarmados por los extraños síntomas que iban apareciendo. Su víctima, sin embargo, inerte ya á todas las sensaciones, nada debía sentir, cuando ni por eso ni por la dificultad progresiva de expresión callar quería.

—Todo eso lo recuerdo yo, hija mía—me resolví á decir, por si lograba así mejor mi objeto.

Ni por ésas. La enferma ladeó un poco la cabeza para mirarme, y con una sonrisilla algo desdeñosa, apenas dibujada en su labio superior, exclamó entonces con voz más entera:

—¿Tú? Si no habías nacido todavía.

Al oir estas palabras, que nos revelaban los grados de juicio y de memoria que aún conservaba la paciente, un rayo de esperanza penetró en nuestras almas. ¿Quién sabe si veníamos siendo víctimas de una falsa alarma? ¿Quién mejor que la enferma, de suyo tan aprensiva, podía ser la primera en asustarse de veras ante el peligro positivo de morirse?

Mas entonces un criado anunció la llegada del médico y del señorito. Era éste un sobrino, heredero probable de la enferma, y única persona, después de ella, de alguna autoridad allí. El médico examinó á la paciente, la animó mucho, y, una vez en el salón, nos dijo á nosotros «que sin pérdida de tiempo mandáramos por la extremaunción; que la gangrena gaseosa que la enferma padecía ganaba legua por hora; que el estado de la paciente se agravaba por segundos, y que, evitar la muerte era imposible.» Excuso decir cómo nos quedamos. Más muerto que vivo, volvíme al lado de la pobre enferma que, en aquellos momentos, iba cayendo en un soponcio tristísimo, sin por esto verse libre de aquel gemido rítmico que nos llegaba al alma.

De entonces acá fueron llegando, una tras otra, todas las primas y sobrinas de la enferma, á quienes se había mandado recado por la mañana. Y todas entraban, corrían á besar la mano de su desdichada parienta, que, como despertando cada vez de un sueño dulcísimo, abría un instante sus ojazos para contestar al saludo, las invitaba á mirar las flores que poco antes ella había escogido...... torcía otra vez la cabeza y... ¡ay!... ¡ay!... ¡ay! volvía á gemir.

Era de notar entonces lo aturdidas que quedaban las recién llegadas de la tranquilidad que mostraba aquella mujer antes tan aprensiva y agitada siempre. Una tras otra iban sentándose sin tino, y la que no abrumaba á preguntas susurradas al oído á su vecina, se entregaba á mil absurdas cavilaciones. Las más maliciosas llegaron á pensar si, con aquella tranquilidad sólo aparente, intentaría la enferma asustar la muerte. Otras, aun conociendo sobradamente los sentimientos católicos de su parienta, llegaban á ver en ello propósitos ocultos de una impenitencia que las espeluznaba todas. No sé si alguien más que yo tuvo, al contrario, por muy lógico, que quien nunca supo ver la realidad en pleno uso de sus facultades, menos pudiera verla en aquellos momentos de postración suprema.

Entró el sacerdote, aún sin revestir por consejo del sobrino, que temía como yo mismo el más leve movimiento de espanto en la enferma; y como á las dos palabras notara aquél la plenitud de potencias que todavía conservaba ésta, hízonos disimuladamente signo de despejar. Entonces todos abandonamos silenciosamente la estancia, tras nosotros cerróse la puerta, y uno á uno fuimos dispersándonos todos por las butacas y sillas del gran salón, que era inmenso y el mejor punto de aquel caserón señorial, para entregarse, en aquellos momentos de expectación reverente, quién al llanto, quién á la alegría, quién á la adoración de Dios, quién, en fin, á pensar en los misterios de la vida y en los falsos juicios que fácilmente hacemos de aquéllos cuando mejor queremos escrutarlos.

Salió el sacerdote guardando una actitud muy reservada y prudente á pedirnos en nombre de la enferma que entrásemos á verla su sobrino y yo. Nos llamaba para preguntarnos con un acento tan duro como inesperado en aquellos momentos, quién le había conducido allí aquel padre para confesarla. «¿No veíamos acaso que lo que ella tenía era tan sólo un sueño invencible, pero que se le pasaría dejándola dormir? ¿Quién podía dudar de que, mañana que se viera en peligro de muerte, ella sería la primera en pedir aquel santo sacramento? ¿Había por ventura quien pudiese creerla á ella capaz de confesarse sin el examen meticuloso de conciencia que de ordinario estaba acostumbrada á hacer previamente?»

Ante capítulo de cargos que no podíamos rebatir sin descubrir desapiadadamente la verdad á quien nos los dirigía, su sobrino y yo nos quedamos mirándonos con estupefacción y sin alcanzar á decir, más que muy tímidamente, que nosotros no éramos los culpables de lo que acaso hiciera aquel buen señor por un exceso de celo. «Sería el pobrete un ente asustadizo, acaso poco práctico aún en el ejercicio de su ministerio, poco experto en conducirse con los enfermos.» Y así nos salimos del apuro, casi temblando ante el compromiso que quedaba pendiente, y que, por terrible que fuese, nos pareció tanto más excusable, cuanto que ni uno ni otro de los dos teníamos en la casa autoridad ni prestigios suficientes para imponernos.

Rumiando estábamos aún estas disculpas, cuando otra sorpresa cuidó de llenarnos de sobresalto. La enferma había inclinado la cabeza de un modo horrible sobre su pecho. Procuramos levantársela, y vimos con espanto que no se le aguantaba. Ignoro quién de los dos llamó á los de afuera, quién se quedó allí. Todos penetramos como una oleada en la cámara; una mano abrió los postigos del balcón. La enferma tenía los brazos desplomados, los ojos vueltos en blanco. Todas las mujeres presentes cayeron de rodillas llorando copiosamente, el sacerdote ministró rápidamente la unción extrema...... La eterna soñadora había caído por fin, sin advertirlo, en el más invencible y duradero de los sueños.

NARCISO OLLER.

EL VOLCAN DE COLIMA.

A propósito de las erupciones del volcán de Colima observadas últimamente, damos á conocer á nuestros lectores una antigua vista que representa el mencionado volcán durante la terrible erupción del 16 de abril de 1872. Es-



El volcán de Colima en erupción.

ta vista fué tomada á las 10 y 30 de la mañana de ese día, desde el primer cuerpo de la iglesia parroquial de Tonila, Jalisco.

La gran nube que corona el cráter, y la multitud de piedras volcánicas que éste arroja, bastan para formarse idea de lo extraordinario del fenómeno.

Por lo que hace á las recientes erupciones, las noticias que, hasta el día 4, ha publicado «El Imparcial», nada tienen de graves tratándose de desgracias personales; pero sí demuestran que revistieron mayor importancia de la que se suponía.

***

El 21 del pasado, á las 12 p. m., una fortísima detonación se dejó oír en los pueblos cercanos á la montaña, y momentos después una espesa nube cubría el horizonte. El pánico que se apoderó de los habitantes de aquellas comarcas, fué indescriptible, y las autoridades tuvieron que desplegar toda clase de esfuerzos para restablecer la calma. Tres horas después sobrevino otra erupción, y, por último, á las cuatro de la tarde volvieron á oírse fuertes ruidos que anunciaban la repetición del fenómeno.

Las corrientes de lava que se derramaron del cráter, invadieron los montes vecinos produciendo la ignición, y las cenizas fueron á caer en forma de lluvia hasta poblaciones muy distantes del volcán. El día tres se observaron nuevas erupciones.

La Corbeta "Nautilus"

BRILLANTES FIESTAS

La Colonia Española residente en México, celebra con todo entusiasmo la llegada de la corbeta-escuela «Nautilus» á Veracruz, y la presencia, en nuestra capital, del comandante del barco y de un grupo de sus subordinados.



VERACRUZ.—La "Nautilus". en el momento de saludar al puerto.

Grandes fueron los preparativos que desde un principio se emprendieron para recibir dignamente á los marinos; y, si hemos de juzgar por los festejos que hasta la hora de poner en prensa este semanario, se han efectuado, diremos que pocas veces se había visto, de parte de la Colonia, desplegar mayor suma de esfuerzo en la organización de festivales que, como los que nos ocupan, hablan tan alto en pro del patriotismo ibero.



LOS MARINOS ESPANOLES.—La salida de la Legación para Palacio



VERACRUZ.—La "Nautilus," fondeando.

La corbeta arribó á Veracruz el 25 del pasado, siendo allí recibidos sus tripulantes con innumerables demostraciones de regocijo. En la quinta de Buenavista se les obsequió con un almuerzo familiar, por la Junta organizadora de las fiestas, dándose un baile en su honor, que se vió concurrido por lo más selecto de la sociedad veracruzana, en los salones del Casino, primorosamente adornado al efecto.

El lunes por la mañana, los marinos designados para venir á la Capital, dejaron el puerto para tomar pasaje á bordo del Ferrocarril de Veracruz. La belleza del camino los impresionó agradablemente, y en todo el trayecto fueron agasajados tanto por sus compatriotas de Orizaba, Córdoba y otros puntos, como por el pueblo, que no cesó de tributarles sus demostraciones de simpatía. A las siete de la noche entró el convoy en la estación de Buenavista, siendo saludado por la multitud que llenaba el andén con atronadores aplausos.

La Comisión encargada de recibir á los viajeros estaba compuesta por los Sres. Quintín Gutiérrez, José Sánchez Ramos, José de la Orga, Luis Pastor, Valentín Elcoro, José María Bermejillo y Marcial del Prado, y tan pronto como el tren se detuvo, subió á los carros para dar la bienvenida á los marinos, é invitarlos á tomar los carruajes que debían conducirlos al alojamiento que se les tenía preparado. La recepción en Buenavista fué de lo más entusiasta.

***

El personal de la «Nautilus» consta de un primer Comandante, un segundo; nueve oficiales, treinta y nueve guardias marinos y ciento noventa y siete tripulantes. Entre los guardias, que son alumnos de marina y que vienen á bordo, se encuentran algunos pertenecientes á familias distinguidas de España, y otros emparentados con españoles prominentes que residen en México. La lista completa de los que componen la parte del personal que ha venido á México, es la siguiente:



LOS MARINOS ESPANOLES.—Salida de Palacio.





EN EL COLEGIO MILITAR.—Grupos de cadetes y marinos.

Comandante don Tomás Azcárate, Teniente de Navío don Ignacio Cayetano, Alféreces Emigdio Iglesias, Manuel Mendivil y José Dordá, y Comisario Contador de Fragata don Felipe Franco.

Guardias marinos: Antonio Perea, Joaquín Bustamante, Félix Garcés de los Fayos, Cándido Montero, Carlos Regalado, Francisco Benavente, Luis López Nisulant, Pedro Pablo Hernández, José María Heras, Ramón Agasino, Juan Antonio del Rivero, José Iglesias M., Pastor Jorge y Alvaro Espinosa de los Monteros, Rafael Estrada, Juan Fernández y Manuel Vela.

En cuanto á la corbeta y á su Comandante, tenemos los siguientes datos: la «Nautilus» perteneció á la marina mercante de Inglaterra, fué construída en Glasgow y se destinaba al transporte de mercancías entre los puertos ingleses y China. El gobierno español adquirió el barco, para conducir un fuerte pedido de armamento y municiones que hizo á aquel país, y en 1885 mandó que en los Astilleros del Ferrol se reparara convenientemente para convertirla en una corbeta destinada á la instrucción de guardias marinas.

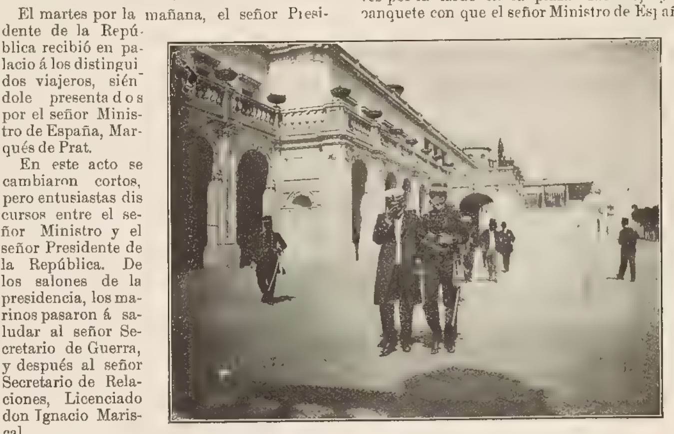
El Comandante Azcárate comenzó su carrera en 1864 en la Escuela Nacional que por aquel tiempo existía en San Fernando. Un año después ingresó como guardia al buque «Navas de Tolosa,» haciendo su práctica en la Escuadra del Pacífico hasta 1869, en que pasó á las aguas de América del Sur y Cuba, para servir allí cinco años. Al regresar á España, después de permanecer á bordo del barco «Pizarro,» durante algún tiempo, se le confirió el grado de oficial, destinándosele primero al buque «Fernando el Católico» y después al «Concordia». Terminada su carrera en la Escuela Superior de Marina, pasó á Filipinas como agregado á la Comisión Hidrográfica, y más tarde se le nombró profesor de las Escuelas de Torpedos y Naval de Aplicación. Fué también Director de esta última por espacio de doce años. Al frente de la «Nautilus» se encuentra desde agosto de 1901.

En su viaje de instrucción, la corbeta ha tocado Cádiz, Funchal, Gran Canaria, San Vicente, Cabo Verde, Isla de Guadalupe y la Guayra, puerto, este último, á donde arribó la «Nautilus» en los días en que el Presidente Castro ordenaba el arresto de los alemanes residentes en Caracas. De la Guayra siguió la corbeta rumbo á Puerto Limón y Jamaica, hasta llegar á Veracruz.

***

El martes por la mañana, el señor Presidente de la República recibió en palacio á los distinguidos viajeros, siéndole presentados por el señor Ministro de España, Marqués de Prat.

En este acto se cambiaron cortos, pero entusiastas discursos entre el señor Ministro y el señor Presidente de la República. De los salones de la presidencia, los marinos pasaron á saludar al señor Secretario de Guerra, y después al señor Secretario de Relaciones, Licenciado don Ignacio Mariscal.



El Comandante de la "Nautilus" y el Director del Colegio.

Como se anunció, al día siguiente se obsequió á los tripulantes de la «Nautilus» con un banquete en el Colegio Militar, efectuándose, antes, en el mismo establecimiento, algunas maniobras y ejercicios de gimnasia y esgrima en que tomaron parte los alumnos del plantel. Los distintos departamentos del Colegio, que recorrieron los marinos, llamaron altamente su atención por el perfecto orden y el aseo que en ellos se observa. Por la noche se dió una función especial en Orrin, á la que fueron convidados los jefes y oficiales de la corbeta.

***

En cuanto al jaripeo que se efectuó el jueves por la tarde en la plaza «México,» y al banquete con que el señor Ministro de España obsequió á los distinguidos huéspedes el mismo día por la noche, sólo diremos que la fiesta taurina resultó muy animada y que los elegantes salones de la Legación española, se vieron concurridos por miembros prominentes del Cuerpo Diplomático y de la Colonia ibera.



Visita á la clase de Física del Colegio.



En la torre del Observatorio de Chapultepec.

EN LA ESCUELA DE TIRO DE SAN LÁZARO.

NOTABLES PRUEBAS MILITARES



El Sr. Gral. Díaz y sus acompañantes, en el polígono de San Lázaro.

En presencia del Sr. General Díaz y del Sr. Ministro de la Guerra, se efectuaron el 28 del pasado, por la tarde, las pruebas prácticas de fabricación y empleo de explosivos organizadas por el Sr. Teniente Coronel Enrique Mondragón, Jefe en la actualidad, de la Escuela de Tiro de San Lázaro.

Después de un examen oral, en que los alumnos del establecimiento demostraron notables adelantos en lo concierte á fabricación de explosivos, pólvora sin humo, etc., etc., se dió la orden para que, en el polígono, se vevificara la primera prueba, consistente en ejercicios de tiro de precisión. Estos se ejecutaron con pistola, carabina y fusil, sucesivamente, obteniéndose en todos el mejor éxito. En seguida, se procedió á la destrucción de una línea telegráfica, construída exprofeso para la experiencia. y á la de una vía férrea improvisada también con ese fin.

La voladura de aquélla dió por resultado su completa destrucción: los postes, hechos pedazos, fueron lanzados por la «carga» á considerable distancia, y los alambres quedaron reducidos á pequeñísimos fragmentos.

Por lo que toca á la vía, compuesta de tramos de 10 metros de longitud, fué volada con seis cargas concentradas, de dos petardos cada una, y no quedaron sobre el terreno, después de la explosión, ni huellas de los materiales.

A esta voladura, siguió la de un muro ordinario, de tepetate, de noventa centímetros de espesor por diez metros de longitud, en la cual se emplearon nueve cargas, de cuatro petardos, que fueron bastantes áarrasarlo totalmente.

La parte sensacional, por decirlo así, de las pruebas, fué una notable experiencia ideada por el Sr. Brigadier Salamanca, Jefe del Departamento de Artillería de la Secretaría de Guerra, consistente en la destrucción de un almacén de pólvora. El aspecto que presentaba este almacén era el de un espaldón de 14 metros de largo, 4 de espesor y 6 de altura, con un cuadro negro en su cara anterior y un blanco en el centro de éste. Dentro del almacén había 230 kilos de pólvora negra y 11 de pólvora boratada, que debían hacerse conflagrar con dos kilos de ácido sulfúrico, contenidos en seis frascos de cristal.

Dos cañones Bange, de batalla, colocados á mil metros del blanco, eran los que con sus proyectiles, debían producir la explosión. Los tenientes Guillermo Martínez y Carlos Chávez apuntaron las piezas, lográndose la voladura á los diez tiros. Una enorme nube negra se levantó en el sitio donde se encontraba el almacén, dejándose oir una fortísima detonación. Las paredes quedaron reducidas á polvo.

Tanto el Sr. Presidente de la República como sus acompañantes se dirigieron después á presenciar otra prueba: la de la voladura de una fortificación por minas disparadas por medio de una corriente eléctrica. Terminada esta última experiencia, el Sr. Gral. Díaz recorrió el campo para inspeccionar los efectos causados por los explosivos.

El éxito alcanzado por el Sr. Teniente Coronel Mondragón, en las importantes experiencias á que nos referimos, fué en extremo satisfactorio. Ilustramos esta información con algunas instantáneas tomadas por nuestro fofógrafo.



Voladura de una fortificación

La historia es testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, señora de las costumbres y mensajera de la antigüedad.



Un disparo.

A S. M. la Reina de los Juegos Florales de Mérida.

[Premio de la Colonia Española.]

Tu mano de princesa fué tallada
para empuñar un cetro...... ¡Ya lo tienes!
¿Qué diadema más digna de tus sienes
que una estrofa en diamante cincelada?...

Cual de radioso Olimpo transportada,
con tu Corte de Amor al mundo vienes;
y el esfuerzo en la noble lid mantienes,
¡oh Reina, por el Arte coronada!

Feliz el justador que en la porfía
llega, el primero, al solio en que tu gloria
con dulce majestad nos embelesa;

y ungido por la sacra Poesía,
recibe el galardón de la victoria
de tus manos liliales de princesa!

José I. Novelo.





EN LA ESCUELA DE TIRO.
Voladura de un almacén de pólvora. Voladura de una vía férrea.

La Agonía de Don Quijote.

Cuando Alonso Quijano el Bueno, ex-Don Quijote de la Mancha, estaba agonizando en el tugurio de su aldea -en su delirio de febricitante,—oyó una música lejana de zampoñas pastoriles que pregonaban sus hazañas.

Ya él no era el caballero de la triste figura, ahora era un buen burgués que moría en su lecho de obrero rodeado de sus familiares que le consolaban y le pedían bendiciones.

La adarga larga, camarada de sus glorias, lloraba en un rincón polvoso la muerte del héroe andante. Rocinante, había huído á la campiña avergonzado de la terrible apostasía.

Alonso Quijano el Bueno seguía oyendo el quejido de las zampoñas.

De pronto, empezó á lanzar alaridos y blasfemias: había visto una cosa horrible que le hizo estremecer de miedo.

Por su cerebro de débil calenturiento, empezaron á desfilar todas las visiones de sus pasadas aventuras.

Ya Dulcinea no era la dama ideal, señora de su alma por su nobleza y su hermosura; ahora, era una muchacha vulgar y coloradota que cuidaba cerdos y que llamaban Aldonza Lorenzo.

Toda la historia heroica de la andante caballería, había sido una farsa de leyenda para engañar á los cándidos.

Amadís de Gaula había sido un fantasma, creación de un novelista medioeval.

Los gigantes no habían existido nunca......

Todo su añejo amor por la piedad y la justicia, todas sus fiebres de aventuras y combates, le avergonzaban en la hora suprema.

Ya él mismo se había reído y burlado de sus pasadas locuras de Quijote.



EN LA ESCUELA DE TIRO. Viendo el efecto de un disparo.

Pero lo que le hacía lanzar alaridos y blasfemias, era una cosa extraña que le estaba agigantando el vientre.

Empezaba á perder su larga delgadez de manchego esqueletoso.

Sus carnes pálidas se hinchaban y se hacían rojas.

Sus mejillas se inflamaban, lentamente se iba haciendo deforme.

Su vientre ya era obeso y bestial; una panza de aldeano le impedía verse las piernas que iban perdiendo su delgadez y su largura.

Las pantorrillas tomaban una forma extraña.

Empezó á retorcerse en el lecho, y vió hacia todas partes con una angustia de torturado.

Apretó los puños, y no sintió las manos largas y entecas de antes; sintió que tenía unas manos chatas, carnosas y pesadas.

Empezó á pensar en todas las cosas terribles que le sucedían.

Pensó: que era ahora un cuerdo sin lirismos y sin quimeras.

Que era un hombrecito ventrudo de carrillos rojos y redondos- sintió deseos de reírse con carcajadas estruendosas.

Y al iluminársele con un nuevo destello su razón de cuerdo, lanzó un grito de espanto como el de un náufrago agonizante pensando en una cosa siniestra: Pensó que era Sancho Panza.

JUAN D'SOLA.



EN LA ESCUELA DE TIRO. El Sr. Presidente y el Sr. Secretario de Guerra, reconociendo la fortificación

CHOPÍN.

Se para el corazón. Mi alma despierta
Y es que parece el piano
que lo toca la mano
de alguna novia inolvidable, muerta.....

En el negro ataúd de alma de acero
vibra el ritmo sonoro
como un pájaro de oro
que herido canta su cantar postrero.

Y es lánguido motivo en la sonata;
en la «berceuse» es llanto.
Mi propio desencanto
que no supo escribir mi pluma ingrata.

Al recordar el vals largo y sentido,
ó el scherzo adorable,
ó la mazurca amable,
vibra y sueña mi pecho entristecido.

Son pétalos de rosa ya marchita
las notas de la marcha,
que caen como una escarcha
en la tumba de mi alma sibarita.

¡Oh polacas, mazurcas y baladas
de triste movimiento,
que sois como el lamento
de mis eternas noches desoladas!

¡Oh los cantos dolientes nocturnales
huérfanos de alegría,
que habláis al alma mía
de las hondas venturas sepulcrales!

....

Se para el corazón. Mi alma despierta.
Y es que parece el piano
que le toca la mano
de alguna novia inolvidable, muerta.....

RAFAEL O. GALVAN.

El Ferrocarril de Tehuantepec

SALINA CRUZ.

En otras ocasiones nos hemos ocupado de las obras emprendidas en el puerto de Salina Cruz, y de los trabajos de reparación del Ferrocarril Nacional de Tehuantepec que lleva á cabo la Compañía Pearson & Son.

Puente sobre el río de Tehuantepec, inaugurado en Febrero último.

Los antiguos rieles de la vía férrea han sido substituídos por otros, de 80 libras por yarda, á fin de que el camino sea mucho más sólido, y los puentes, que eran en su mayoría de madera y se encontraban en pésimas condiciones para el tráfico, se han substituído también, construyendo en su lugar otros de concreto, mampostería y fierro. Los de los ríos de Tolosa, Saravia y Tehuantepec son notables. Este último está formado por tres tramos, sistema Pratt, de sesenta metros de claro.

Los edificios para estaciones de la línea han sido objeto de particular atención, y en algunos puntos, como en Salina Cruz, se han levantado hermosas construcciones de ladrillo. Por lo que toca á la vía, ha sido modificada en cuanto á su trazo en algunas partes, consiguiéndose de esta manera disminuir las fuertes curvas ó pendientes.

En cuanto á las obras de defensa del puerto, se trabaja con toda actividad en el rompeolas y en el dique seco, haciéndose uso de grandes bloques fabricados en Salina Cruz.

La instalación está movida por electricidad, y pronto, según sabemos, se transladarán los grandes talleres que la Compañía tiene establecidos en Coatzacoalcos, á Rincón Antonio.

A los anteriores datos, agregaremos que la nueva población de Salina Cruz ha realizado, últimamente, progresos muy notables. Sus fincas, de estilo enteramente moderno, satisfacen todas las exigencias de la higiene: son amplias, bien ventiladas y de hermoso aspecto, y forman calles enteramente rectas.

En el presente número publicamos algunas fotografías relacionadas con esta información.

—Los sacrificios dictados por la razón tienen esta ventaja: que el esfuerzo que han costado llega á ser siempre la recompensa

—El amigo verdadero te dice tus defectos, el falso te adula.

—Los aduladores son las avispas del mundo moral: tienen miel en los labios y ponzoña en el corazón.

—No basta confesar una falta, es menester repararla.

—La ignorancia se pone siempre delante para ser vista, la inteligencia se pone detrás para ver.

RUINAS.

Despojos tristes de crüel desolación!

Derribados de sus troncos y por tierra el ancha copa, yacen los árboles, donde se talaban los montes para los próximos conucos del invierno.

Zarzas y abrojos, rasando contra el suelo sus hojas polvorientas, se extienden en los surcos que abrió el arado á los granos fecundos de simiente; y secos los tallos y sin vida las raíces, ruedan de los collados, barridos por el viento, los tristes despojos del yucal.

Ni un gorjeo, ni un trino, ni aun siquiera de las vertientes se percibe el blando murmurar;......... y cuando el sol declina, y apaga sus fulgores en el misterioso recogimiento del crepúsculo, entonces, del fondo de la sabana, escápanse lentamente los lúgubres gemidos de la tórtola, así, cual del pecho que sucumbe, escápanse angustiosos los suspiros......... los últimos suspiros, que exhalan en la vida las almas que se van......... Y nada más turba la calma abrumadora del campo aniquilado.

Los pájaros volaron buscando otras regiones que les ofrezcan abrigo hospitalario; y con los tiernos cantores de la que fué floresta amena, volaron también para el campo abandonado, las riëntes horas de sus alegres días y las plácidas noches de argentada luna.

Despojos tristes de crüel desolación!

Leños carbonizados, en medio á un cuadro de cenizas, cubren el suelo, asiento de la tahona que relucía sobre la loma su techumbre; á trechos se miran restos desvencijados de la antigua empalizada del corral, donde por la noche, llevaban los muchachos al descanso los animales de labranza; y rendidas también á la inclemencia las plantas trepadoras, por manojos penden las guías que se encumbraron hasta las altas ramas de las acacias, que daban al patio abrigo generoso con su sombra; y por manojos caen de las acacias las guías trepadoras, sobre el montón lastimero de las rüinas, como caen, tributo de la muerte, sobre las tumbas queridas los crespones......

Una tarde de cielo brumoso y negros nubarrones, vióse en el camino que se abre paso por la garganta de los valles, un pobre viejecito, que á paso lento subía la cuesta, encorvado bajo el peso de un morral de guerra.

Cuando llegó á la cumbre, y buscó por la vereda que le guiara hasta la loma, donde estaba la tahona, apartado nidal de sus amores y legado bendito de sus tempranos días......; la noche había echado ya el negro capuz de sus tinieblas, sobre aquellos tristes despojos de crüel desolación......!

José Antonio Espinoza.

PAX.

Las dos hijas del rey, que eran rivales,
quisieron, por salir de su quebranto,
probar la fuerza de su mutuo encanto
en el cubil de los leones reales.

Gloria llegó. Trompetas y timbales
repitieron su nombre sacrosanto;
los leones del rey rugieron tanto
que á lo lejos temblaban los sauzales.

Sonrióse la gente cortesana
al presentarse la princesa hermana,
mas el asombro entró en los corazones,

Cuando afrontando la ironía aviesa,
atravesó la pálida princesa
entre un vasto silencio de leones!

Leopoldo Lugones.



SALINA CRUZ.—Rompe-olas del Oeste, en construcción.



SALINA CRUZ.—Aspecto general del rompe-olas del Oeste.

SUEÑO DE NOVIA.

Nada turba el silencio; nada roba
la quietud imperante de la alcoba
donde duerme la novia casta y pura;
y, arrebujada en sábanas de armiño,
su faz refleja la expresión de un niño
que sueña con un beso de ternura.

Entrecerrado el párpado sedeño
y en su boca de púrpura el risueño
dulce candor de virginal capullo,
tibio el aliento y perfumado exhala
cual el roce suavísimo de un ala,
cual la nota muriente de un arrullo.

En los hombros de mármol, destrenzada,
como un áureo jirón de la alborada,
su espesa blonda cabellera, esplende;
y apoyando una mano en la mejilla,
breve mano de rosa, donde brilla
el anillo nupcial, amor trasciende.

Belleza idealizada, en la postura
de su cuerpo gentil, la virgen pura
más semeja la estatua del ensueño
que un ser que duerme sobre lecho blando....
¡Es porque en ese instante está soñando
con sus ansias de novia y con su dueño!

Sueña que hacia el país de la quimera,
donde ríe la eterna primavera,
donde una eterna juventud se alcanza,
entre cojines de fragantes flores,
va con su amado bien cantando amores
en la góndola azul de la esperanza!

Y mientras ella sueña, de su boca,
ánfora diminuta, el beso invoca
la oculta llama que dos almas quema:
y es su sueño tan dulce, que en la estancia
parece que se rima en la fragancia
de sus nítidas curvas un poema!

L. Torres Abandero.



EL LLANTO DEL GRAN CAPITÁN.

Finge el ronco torrente himno guerrero;
La nacarada luna
Semeja casco de bruñido acero,
Y argentado pavés la azul laguna.

Bajo el claror de fúlgidas estrellas,
A la margen del lago,
Piensa el Gran Capitán en sus querellas
Y de la patria en el reciente estrago......

De castillos ciñendo áurea corona,
Y entre zarzas caída,
Ve el heroico adalid una matrona,
Deshecho el corazón por ancha herida.

Y en torno de la bella, desolados,
A nobles paladines
Rompiendo, sin combate derrotados,
Sus armas, sus broqueles y clarines.

Sangre simulan en la orilla amena
Las encendidas flores;
El aquilón desátase, y resuena
Como el tronar de bélicos tambores.

Y en céspedes de grana y amaranto
Vierte el Gran Capitán abrasadoras
Lágrimas de furor..... ¡ardiente llanto
Que ha de forjar espadas vengadoras!

Manuel Reina.





SALINA CRUZ.—Trabajos en el rompe-olas del Este.



FERROCARRIL DE TEHUANTEPEC.—Desviaciones en el canal de Malatengo.



FERROCARRIL DE TEHUANTEPEC.—Obras de desviación de la línea.



LA INSTITUTRIZ.

NOVELA POR ESTER DE SUZE. ILUSTRACIONES DE SIMONT.

TRADUCCION DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

(CONTINÚA.)

—¡Señor! ¡Señor!

—¿Qué? Me acerco allí, para que sea más pronto. Si es sólo porque soy campesino, no hay más remedio....... no hay más que saltar...... Respóndame usted: ¿será mi esposa?

—Pero usted bebe, Silvio.

—¿Y si no bebiera?.........

—¡Oh! ¡Veríamos, veríamos!

Huí, sollozante, agobiada por la emoción.

XXIII

El amor, aquello era realmente amor, había llegado por fin. De rodillas, en ademán de súplica, me había dicho sus palabras ideales: «Usted dará sus clases; yo cultivaré mis campos. Cuanto haya de más difícil en la vida, lo haré por usted. Sea usted mi esposa, está usted sola, está usted triste, y es necesario ser amada......»

¿Por qué negarme? ¿Porque era un campesino, como él había dicho? ¡Oh! ¡No, y mil veces no! Dejé de sollozar. Sonreí, en pensamiento, ante el hermoso idilio que habría podido anudarse entre la maestra de escuela, juiciosa y desbordante de poesía, y el campesino enamorado........ Sin familia á quien agradar; con una historia tan fuera de lo vulgar; sin preocupaciones que me detuvieran, me habría casado indudablemente con Silvio, no obstante ser campesino, si hubiese sido digno de mí. ¿Acaso no, en otro tiempo, había yo admirado á una amiga mía que se casó con un obrero? Pero aquel obrero era instruído, no tenía ningún vicio y se encontraba á la altura moral de mi amiga. Socialmente, un campesino y una maestra de escuela, así como un obrero, valen lo mismo. Son los mismos sus trabajos, no se ven, pasan inadvertidos; pero son de una grandiosa moralidad. Es, sin embargo, preciso que ambos sepan hasta dónde llega este valor moral de sus labores. La institutriz siempre lo sabe. El marido de mi amiga también lo sabe. Mil veces, altivo, aunque modesto, había afirmado su valer ante los demás. Mientras que Silvio, al persuadirse de que yo ne le quería por marido, había pensado en arrojarse de la roca. Y no era todo. Silvio bebía, me había mentido al decirme que en varios meses no lo había hecho. Mis recuerdos, en este momento bien claros, me mostraban al borracho perseguido por los pilluelos de la población.

Me estremecí al pensarlo.

Y después, en el silencio de la noche, estallé en una risa nerviosa que daba compasión.

¿Yo, mujer de Silvio? ¿Yo tan delicada, tan altiva, con una ilustración más grande aún que lo que marcaba mi pequeño título? Pero entonces, ¿qué hombre había que pudiera convenirme? ¿Quién tendría el valor suficiente?

Y buscaba nerviosamente entre las gentes del lugar; solamente veía al alcalde y al abate Chavard. A uno de ellos le conocía muy poco y sabía que era casado, aunque me lo imaginaba perfecto; el otro era un exquisito artista, pero muy lejos de interesarse por cualquiera otra muchacha de la población, excepto por la señorita Morín.

Luego ¿qué me quedaba? ¿No era en situaciones semejantes, como habían caído otras profesoras?......... «Se tiene necesidad de ser

amada», había dicho aquel hombre. Y estas voces que surgían ahora de mi pecho y de la naturaleza entera, hacían sangrar abundantemente mi corazón........ ¡Se siente la necesidad de ser amada, y á mí nadie me amaba!...... Él, el hermoso Silvio, encontraría alguna vez una campesina que no le rechazaría...... ¿Pero yo?......

Era la distribución de premios. El patio estaba lleno de mamás endomingadas, sumamente conmovidas; de niños adorables, vestidos de gala con trajes extravagantes de incultos campesinos. De la iglesia y de la prefectura me habían enviado gran número de sillas y una alfombra que se extendía al frente y en la cual se veían dos sillones: uno para el cura y el otro para el alcalde. Las niñas estaban al frente, en hileras, en los bancos de la clase.

A un lado estaba mi sillón. Allí me acomodé, detrás de un montón de libros de pasta roja y dorada. El traje negro dábame aspecto severo. Hacía año y medio que había quedado huérfana y ni un momento había abandonado el riguroso luto, sobre el cual, mis cabellos castaños lucían como una aureola.

¡Oh ironía! ¿Quién, de toda la concurrencia, podría apreciarme, si en realidad valgo? A todos les miraba con sus caras bonachonas, pero sin luz, é incapaces de comprenderme. Entristecida, busqué rostros amigos; la señorita Morín no pudo concurrir; otros han acudido á mi invitación: las señoritas Perrín, Chauchat, Agnel.

Los preparativos últimos, me impidieron ver si habían asistido los Albert. Mas después les distinguí juntos, platicando con otras personas que trataban con gran distinción.

Detrás de la señorita Perrín estaba Arnoux, el arrogante joven que la persigue, y que, aprovechando la circunstancia de ser primo de una de mis discípulas, vino á estar cerca de su pretensa. ¡Insolente! ¡Cobarde! ¿Si es rico, ¿por qué no se casa con la joven á quien persigue? ¡Quién sabe si ella, viéndose sola, acabe por ceder!...... Y miré á la joven, y su expresión de tristeza me conmovió hondamente.

De pronto, ví á la señorita Agnel, que estaba detrás, ruborizarse vivamente. Pensé en el mozo de granja que la perseguía, y que, sin duda, era quien la había turbado con su presencia. Entre aquel mar de cabezas, busqué la que pudiera ser del campesino enamorado, y me sentí turbada á mi vez, al tropezar mis ojos con la mirada brillante de Silvio, que me veía fijamente......... Enamorado y ebrio, ¿de qué no sería capaz ese hombre? ¿Y quién me defendería de sus asechanzas?

Volví á mirar vagamente en torno mío: los Albert—el matrimonio modelo—eran los únicos libres de todo mal. Pero aquellas otras jóvenes, aisladas y abandonadas como yo, ¿no estaban al borde del abismo?

Repentinamente se apoderó de mí un sentimiento de orgullo y de altivez. Cuando la voluntad es firme, ¿qué cosa puede hacer caer? ¿Si esas jóvenes no amaban á sus perseguidores, por qué incurrían en faltas?

Me entregué á mis habituales divagaciones, detrás del montón de libros, diplomas y coronas, oyendo el rumor del público y de los alumnos que, impacientes, aguardaban la llegada del alcalde y el cura, para que comenzara la ceremonia.

Mi pensamiento vuela hasta fijarse en la señorita Pelisier, de Destroi, á quien no invité á causa de la distancia. Sólo ella es digna de lástima, puesto que ama a su galanteador, al aristócrata irresistible...... ¡Cuán rudo debe ser luchar con el amor! Pensé en mí, que estaba libre, y ninguna fuerza, superior á mi conciencia, puede arrastrarme al mal, al que temo más que á la muerte.

¡No amar nunca! He allí la fuerza invencible, la salvación en la que no pensó el entusiasta profesor cuando se empeñaba en impedir las miserias inevitables...... ¡No amar nunca! ¡Qué medio más sencillo!

Las alumnas se pusieron en pie, y yo las imité. Acababan de entrar el alcalde y el señor cura.

El buen cura me envió, al pasar, una sonrisa, y, al llegar ante su sillón, permaneció de pie. Yo había vuelto á sentarme, al mismo tiempo que mis discípulas. El cura habló. ¿Su discurso fué corto ó largo, elocuente ó sencillo? De él no entendí más que la intención. El digno sacerdote me felicitaba públicamente por los progresos de los niños, por las corteses maneras que, según decía, á mí me debían; por mi conducta privada, toda humildad y sabiduría, y por lo cual pedía las bendiciones del cielo para esta hija que el buen Dios había querido enviarle.

Yo estaba profundamente turbada, y lo estuve más cuando, dejando al auditorio, pareció interpelarme directamente, en estos términos:

«Así, pues, no os pido, en nombre de la municipalidad que me ha cedido la palabra, y en el nombre de Dios á quien represento; no os pido más que continuar en la misma vía. Y si la declaración que os hago puede ser una recompensa para vos, oídla: Amáis nuestras montañas, amáis á nuestros niños: toda la población os ama también.»

Estallaron los aplausos. Era demasiado. Me había puesto en pie. De mis ojos brotaron dos lágrimas; los ¡bravos! aumentaron; fué casi un tumulto. El cura, que se había sentado después de su última palabra, y se agitaba en su sillón inquieto por la impresión que había causado, pareció dispuesto á levantarse, para suplicar que se calmasen los ánimos.

Entonces, en un instante rápido, pero fecundo, pensé cuán árida debe ser la vía de las institutrices, para que al seguirla sin desviación, suscitara la admiración de todos.

Quise mostrarme altiva y no pude. Ese pueblo que aclamaba mi firmeza, ¿sabía cuáles eran mis desfallecimientos? Pero en ese momento me avergoncé de mis debilidades y renegué de ellas; y como me invadió también la exaltación del medio, me juré que jamás había de hacerme indigna de tal muestra de estimación...... Pero quedé triste, agobiada, como si esos honores pesaran inmensamente sobre mis hombros.........

Cuando se calmó el ruido, dí las gracias, brevemente, al señor cura y á todos los presentes...... Las alumnas hicieron desfilar todas las recitaciones y los cantos que tenían preparados; luego leí el informe y el señor Raibert se puso en pie. Dijo en pocas palabras que se asociaba de todo corazón á las frases del señor cura. Agregó algunas palabras dirigidas á las alumnas. Así terminó la ceremonia.

En seguida las mamás vinieron á darme las gracias. Las niñas se dieron á juguetear y saltar en el patio, y los niños, que antes habían quedado fuera, entraron á tomar parte en los juegos. Los criados de la iglesia y de la prefectura comenzaron á llevarse las sillas. Poco á poco se retiraron todos, hasta las profesoras, que tardaron algo más, y mis amigos los Albert. El señor cura se había ido el primero, después de haberme estrechado la mano, seguido del señor Raibert, que me saludó al pasar.

—Por fin—me dijo desde el portón la señorita Albert,—¿no quiere usted venir á almorzar con nosotros?

—No, amigos míos; lo que apetezco en este momento es un poco de descanso.

Fueron los últimos en retirarse y me dejaron sola. Entonces surgió Victorina. ¿De dónde salía? ¿Había estado en la fiesta? Me miró fijamente; me examinó; su mirada penetró hasta lo más íntimo de mi alma.

—¿Qué desea usted?—la pregunté.

Su bordón se levantó lentamente y señaló al castillo del alcalde.

—¿No ha venido aún?—me dijo con voz hueca.

—No—contesté, comprendiendo el sentido de su pregunta.

—Pues bien, va á venir.

Bajó su bordón y se marchó; desapareció casi, como una bruja.

XXV

¿Vendría, como lo anunció la vieja? ¿Por qué pensaba yo en ello y qué significaba la insistencia de esa mujer para soñar á ese hombre, lo mismo ahora que el primer día de mi estancia en el pueblo?

En la tarde que siguió á la distribución de premios, meditaba yo, sentada en mi jardincillo, meciéndome en mi silla, con los pies apoyados en otra. Durante todo el día me había sentido impresionada por las palabras de Victorina; y, sin quererlo, había estado acechando el camino que conducía á la casa del señor Raibert. Nadie se había presentado, y al caer la noche, me encontraba nuevamente tranquila.

La noche era hermosa. Los rosales en flor se mecían á impulsos de la brisa cálida. Había concluído mi temporada de trabajo, y he aquí que, durante dos meses no iba á tener nada que hacer. ¿En qué emplearía mis silenciosos días? Mis amigos de Marsella acababan de perder á su hijo, y habían recibido en su casa á la nuera con los dos nietos. No era, pues, de aceptarse la invitación que hacían para ir á verles, y me encontraba reducida á seguir allí, sin alegrías y sin tristezas.

¡Sin tristezas ni alegrías! ¿Puede haber mayor desdicha para un ser humano? Mis ojos se fijaban con indiferencia en el cielo. Estaba cansada de mis días anteriores y de los que vendrían. ¿Cómo habrían de ser éstos, si no enteramente iguales á los anteriores, y esto durante años y años? ¿Y cómo habían de ser distintos?.........

Pensaba en mis muertos amados, en mis amigos heridos por la desgracia, en mis condiscípulas de la escuela de la calle Bergers, aquellas niñas cuya juventud se anunciaba tan triste. Una de ellas me acababa de escribir anunciándome la muerte de Mirella, una niña pobre y agradabilísima, á quien habían matado las privaciones y el trabajo.........

(CONTINUARÁ.)



"LA NUEVA INDUSTRIA"

UN TRIUNFO LEGÍTIMO.

Dado el interés con que las clases productoras del país vieron la celebración del Certamen industrial efectuado últimamente en Toluca, hemos creído oportuno ocuparnos en «El Mundo Ilustrado» de todas aquellas negociaciones que contribuyeron con su contingente á darle mayor importancia y significación.

Desde luego, citaremos como una de las principales, á la gran fábrica de camas de latón «La Nueva Industria», de los Sres. Anastasio Mestas y Compañía, ubicada en el número 8 de la calle de la Monterilla, en esta capital.

Basta ver el catálogo que los Sres. Mestas han distribuído profusamente, para cerciorarse de los adelantos sorprendentes que han alcanzado en la fabricación de los productos de su industria: allí, convenientemente clasificados, se encuentran desde el catre puesto al al-


2a Exposición
del Estado de México.
José Vicente Villada
Gobernador Constitucional
del Estado Libre y Soberano de México.
Por cuanto á que el Jurado calificador concedió una medalla de Oro á los Señores A. Mestas y Compañía por sus camas de latón que presentó en la Segunda Exposición del Estado de México verificada en esta Ciudad, expide el presente Diploma que servirá para acreditar el premio obtenido
Toluca, á 5 de Febrero de 1903.
J. Villada

Diploma expedido á los Sres Mestas.

cance de los más pobres, por su extremada baratura, hasta la soberbia cama de latón sin igual en el comercio, tanto por su artística hechura como por la riqueza de sus materiales, que sólo es dado adquirir á las personas de sobrados recursos.

Colchones, aguamaniles, almohadas, sobrecamas de los estilos más hermosos, todo se encuentra en los almacenes de «La Nueva Industria» considerados en la actualidad como los primeros del país por su magnífico surtido. Quien haya visto la exhibición que en su elegante almacén de la Monterilla y San Agustín, tienen constantemente abierta al público los honrados y laboriosos propietarios de la Fábrica, se convencerán de que no hay exageración de nuestra parte.

Las camas que produce la «Nueva Industria» son de estilos inglés y americano, reputados como los mejores en el mundo. En la fábrica funcionan cincuenta máquinas movidas unas por electricidad y otras con vapor, y el número de operarios que trabajan en los talleres pasan de trescientos entre hombres y mujeres.

Inteligentes empleados que por su conocimiento absoluto del ramo, poseen la confianza de los Sres. A. Mestas y Cía., vigilan personalmente los trabajos, para cerciorarse de la buena calidad de los obje-



Edificio de la esquina de la Monterilla y San Agustín, donde se exhiben los productos de "La Nueva Industria."

tos que salen al mercado, y á esto se debe, indudablemente, la bondad del artículo y su extraordinaria demanda.

Sin temor de equivocarnos, podemos decir que «La Nueva Industria» fabrica y vende mensualmente de mil trescientas á mil quinientas camas. Este dato prueba, hasta la evidencia, el crédito de que goza la casa y el ensanche, siempre creciente, de sus operaciones.

Es de consignarse, por lo demás, que «La Nueva Industria» es la única fábrica en su género, que sigue el sistema inglés, consistente en fundir las esquinas de hierro en las columnas de latón de las camas, dando á éstas inmejorables condiciones de durabilidad y solidez.

***

Por último, diremos que los Sres. Mestas obtuvieron en el Certamen de Toluca la más alta recompensa que se haya otorgado á los expositores: el primer premio, consistente en medalla de oro. Esta distinción debe ufanar á los incansables industriales, porque significa para ellos, un triunfo tan legítimo como merecido.



Medalla de 1a. Clase otorgada á losSrs. A. Mestas y Comp., en la Exposición de Toluca.

El Mundo Ilustrado

AÑO X.--TOMO I.--NUM. 11 | **MEXICO, MARZO 15 DE 1903.** | Subscripción mensual foránea, $1.50 Idem. Idem. en la capital, $1,25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. | Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



SRITA. JOSEFINA SOMELLERA.

Reina de la corrida de toros á beneficio de las víctimas de Mazatlán, efectuada en Guadalajara el 15 de befrero.

(Fot. Lupercio.)

Los altares se visten de luto.....

EL templo está triste, señora mía, muy triste. No es que yo pretenda inundar las sacras naves de una alegría ruidosa y desbordante, que sólo en muy contadas ocasiones puede compadecerse con la plegaria y con el amor de Dios; pero la iglesia normal, la de todos los días, tiene silenciosas é inefables alegrías: el oro de los altares, los rayos rutilantes de la custodia, la policromía de las flores, la dulce y plácida sonrisa de los santos, el beso de sol que se posa sobre las alburas de los manteles santos, son factores intensos y eficaces de esa tranquila y reposada alegría de los templos......

Ahora, en estos tiempos de cuaresma, esa dulce alegría ha huído del templo, arrojada de él por la austera rememoración de aquella enorme tragedia que, hace cerca de veinte siglos se desarrolló desde las calles floridas de Jerusalén hasta las ensangrentadas colinas del Calvario.

Los altares se visten de luto, señora mía, y el gran paño morado que cubre los reflejos aurinos del ara, cubre también, con su honda tristeza, el alma de los discípulos del Nazareno, que todavía lo veneran y lo siguen en el segundo milenario de su encarnación humana.

El luto de los altares es una sabia providencia de la liturgia eclesiástica; ninguno que en estos días atraviese las frescas naves de una catedral, dejará de sentir la impresión intensa de un luto profundo, pesado y poderoso con el peso y el poder de su universalidad.

La dulce figura del Nazareno, como él lo quiso, está en la sangre y en la carne de los hombres, y los morados paños no sólo cubren los retablos platerescos, sino también las emociones íntimas. Todos los altares se visten de luto......

* * *

Y se olvida el mundo, siquiera sea por unos días, por unas horas, por unos minutos, pues no á todo mortal es dado desprenderse por luengos plazos, de las cosas de la vida diaria y transitoria, pues éstas llaman á la brega con una tenacidad incesante é irresistible.

Pero á todo mortal es dado «flotar por un instante en la atmósfera diáfana del Ideal,» y durante ese instantáneo desprendimiento de «lo que es,» durante esa fugitiva contemplación de «lo que se quisiera que fuese,» el espíritu descansa del cruel acicate con que lo castiga la materia y se siente, por un día, por una hora, por un minuto, omnipotente como divinidad y libre como una nube que recorriese á su antojo todas las rutas azules del firmamento.

El luto morado de los altares es el mismo luto del espíritu; no es negro, es morado, discreto, suave y dulce. No es ese luto que incuba indignaciones y engendra protestas y desata llantos; es la «alegre melancolía» del poeta, que en las almas selectas vierte un óleo más bienhechor que el contentamiento más concreto y desenfrenado.

¿No es cierto, señora, que también vos celebráis de tiempo en tiempo las moradas cuaresmas de vuestro espíritu, y que vuestro espíritu se viste entonces del luto morado de los altares?

* * *

Pero esos lutos y esas melancolías no son eternas, no pueden serlo; tras de toda muerte hay una resurrección, como tras de toda lágrima hay una sonrisa. Ese es el eterno destino de la humanidad: fluctuar eternamente entre la risa y el llanto, entre la vida y la muerte. A las veces triunfa la una, á las veces la otra, y, como en todos los triunfos, hay siempre alguna víctima, algún humano botín que se unce al carro del vencedor...... pero la humanidad sobrevive, el vencido se rehace y nuevamente reanuda la lucha entre la lágrima y la carcajada, entre la muerte y la vida.

Hay más todavía: esas dos deidades que comparten entre sí el imperio sobre el todo, son deidades que, como las de todas las mitologías habidas, exigen cultos y sacrificios; su ira se aplaca cuando los mortales les ofrecen hostias en sus santuarios y la Vida quiere ser amada y temida la muerte, glorificado el Llanto, divinizado el Amor..........

Señora mía: no rehuséis enlutar por cuarenta días los altares de vuestra alma; imitad á la Catedral majestuosa que envuelve en austeros mantos sus dorados altares y sus tesoros; hacedlo de buen grado para que las misteriosas deidades no se irriten, y creed que, á la hora de la resurrección, los paños morados se rasgarán por sí solos y esplenderá con toda su pompa la gloria incomparable del amor.

SARDÍN.

¡EXCELSIOR!

(DE UN POEMA INÉDITO.)

Ascender! Ascender!
¿Qué á mí el picacho
cuyo vértice agudo rasga el vientre
de la nube que canta en las alturas
el himno de las roncas tempestades!
Más alta es la montaña del ensueño,
y yo subí á la cúspide imposible
sin que el ave del vértigo azotara
con sus alas mis sienes.
¿Qué amedrenta,
desde la cumbre que el ardor pregona
del águila caudal, ver el abismo,
el abismo insondable donde hierve
la negrura genésica del caos?
Como la mar de la ciudad maldita
es el abismo de la infamia: oculta
debajo de su negra superficie
vorágines y vórtices de cieno;
y yo, desde la altura luminosa
de mis aspiraciones ideales,
empujado á traición rodé hasta el fondo
sin que enlodara un átomo siquiera
el generoso esfuerzo de mi vida!
Ascender! Ascender!
Hasta la cumbre
donde la idea se transforma en astro,
y el astro radia sobre el fango infecto
su piedad infinita; su limosna
de compasiva luz.

I

Dejé el angosto
camino que á la cúspide conduce
y trepé, sudoroso y jadeante,
por el agrio cantil donde se estrella
la cólera del mar. ¡Nunca el peligro
amenazó tan cerca á la esperanza,
á la esperanza de vencer! Tampoco
mayor empeño comprobó la ingente
fuerza que el alma, cuanto más herida,
en sus dominios misteriosos crea!
Debajo la nerviosa crispatura
de mis débiles manos, cada roca
era un peldaño menos en la escala
de la ruda ascensión. Mi frente ardía
como la llama de implacable incendio;
mis pies sangraban purpurando el monte,
y con indócil, turbulento ritmo,
romper quería el corazón su cárcel,
mientras cobraba singular impulso
mi noble empeño en coronar la altura.

II

¡Feliz quien fortalece y dignifica
su combatido espíritu en la recia
batalla de la vida! ¡Venturoso
quien herido y cansado en el palenque,
su voluntad incorruptible exalta
con el vino del triunfo! La impoluta,
la de roble inmortal, ardua corona,
para quien firme en la pujante liza,
roto el escudo, se desnuda el pecho!

III

Con ósculos de paz, el aire puro
que se respira en la empinada cresta
dulcificó la fiebre de mis ansias
rebeldes al pesar.
Del sol muriente
sobre la espuma de la mar caían,
á manera de pétalos de oro,
sus lágrimas de fuego.—¡También sufre
el padre de la luz! ¡También solloza
como la pobre humanidad! ¿Acaso
no delatan las sombras la amargura
de su arcano dolor? Triste y medroso
arrópase en la túnica intangible
de su enfermera pálida, la tarde,
cuando presiente en la penumbra occidua
los informes fantasmas que la noche,
hermana del silencio y de la muerte,
en la siniestra soledad propaga.

IV

Sobre el negro canal, ancho y profundo,
por donde el mar á la ciudad penetra,
la postrimera claridad del día
parpadeaba al morir.
Era la hora
de las místicas nupcias del misterio
con la meditación. Era el instante
de la grave quietud del infinito,
donde se juntan como dos plegarias
el callado silencio de las tumbas
y la enorme tristeza de la vida!

V

Ruinoso dolmen, secular remate
del áspera eminencia, altar ó fosa,
en cuyas negras y profundas grietas
la sangre de remotos holocaustos
purpura la leyenda de los siglos,
benigno amparo prometió á mi angustia
y blando apoyo concedió á mi frente.
Pensé? Dormí? Soñé?
Cándida, intáctil,
piadosa y bella, fulgurante y noble,
envuelta en áureo, vaporoso peplo,
virgínea aparición con lento paso
hasta mí descendió, como desciende
por escala de lirios milagrosos
al antro de los negros infortunios,
coronada de estrellas, la esperanza.
Posó, ligera y suave, en mi cabeza
su mano luminosa cual un prisma,
y regaló mi oído con la dulce
cadencia de su voz:
-Poeta, duerme,
en tanto que la noche taciturna
mantiene suspendido en el espacio
su negro cortinaje; aquí la noche
sublima el sufrimiento de las almas
mordidas por el mal.
Duerme, poeta;
duerme y sueña á la vez hasta que brille
la aurora sobre el monte: aquí la aurora
ilumina la ruta del futuro
y despierta en el alma el sentimiento
del amor y del bien. Cuando reposes,
cantarás tu dolor: aquí en la cima
jamás el rayo desgarró la nube,
sin que la nube, al estallar el rayo,
se coronase con la luz del iris!
Contémplame!
Recuérdame!
Fuí tuya,
y tuya soy y lo seré! No importa
que ayer sufriera tu desdén: soy siempre
la amada que perdona tu desvío.
Mírame! Que tus ojos en mis ojos
jamás tropezarán con la perfidia:
bésame! Que tus labios en mis labios
jamás tropezarán con el perjurio;
y ámame! Y verás cómo en tu pecho,
al contacto del mío, el ave muda
de tu primer amor repite el himno
que celebró con cláusula himenea
la excelsa conjunción de nuestras almas!
Amémonos, poeta!
Soy la misma
que su corona de fragantes rosas
deshojó, como ofrenda, en el camino
de tu naciente juventud.
¿Te acuerdas?
Era un tapiz de pétalos tu ruta,
y yo, núbil ductriz, en el lejano
indistinto confín del horizonte,
señalaba á tu espíritu radiante
una ciudad incógnita, una patria
de sueños y de luz.... ¿Era, poeta,
la Ciudad de la Gloria?

VI

Alcé la frente
y clavé la mirada en el espacio.
Era el espacio transparente velo,
y la luna, surgiendo, parecía,
un nelumbio gigante que se abría
en la turquesa diáfana del cielo.

ANDRÉS A. MATA.



Embajador de Persia en México.

Celebrado entre nuestro Gobierno y el de Persia un tratado de amistad y de comercio, llegó á la Capital, días pasados, el señor General Isaac Khan, Ministro del Shah en los Estados Unidos y primer Embajador de este soberano en México.

El señor General Khan, aparte de la misión que viene á cumplir y que se relaciona con la ratificación del tratado referido, trajo el encargo de poner en manos del señor Presidente de la República y del señor Secretario de Relaciones, la condecoración que el Shah les ha conferido y que consiste en una cruz de oro esmaltado en cuyo centro se ve la figura de un león y un sol.

Como el señor General Khan es el primer Embajador persa en México, nos parece oportuno dar á conocer sus rasgos biográficos más salientes. Comenzó su carrera en el cuerpo militar, y terminados sus estudios en la Academia de Persia, fué nombrado ayudante del actual Shah, entonces príncipe heredero. En 1883 pasó como «attaché» militar á San Petersburgo, y al año siguiente se le designó para servir como Secretario de la Legación. Durante algún tiempo, fué Encargado de Negocios.

Más tarde, en 1893, se le confió un importante cargo en Egipto, y al regresar á su país, entró á formar parte de una misión diplomática en Bélgica. Por último, el señor General Khan ha sido Ayudante de Campo del Shah y Jefe de la Cancillería persa. Su nombramiento de Ministro en los Estados Unidos data del año de 1900.

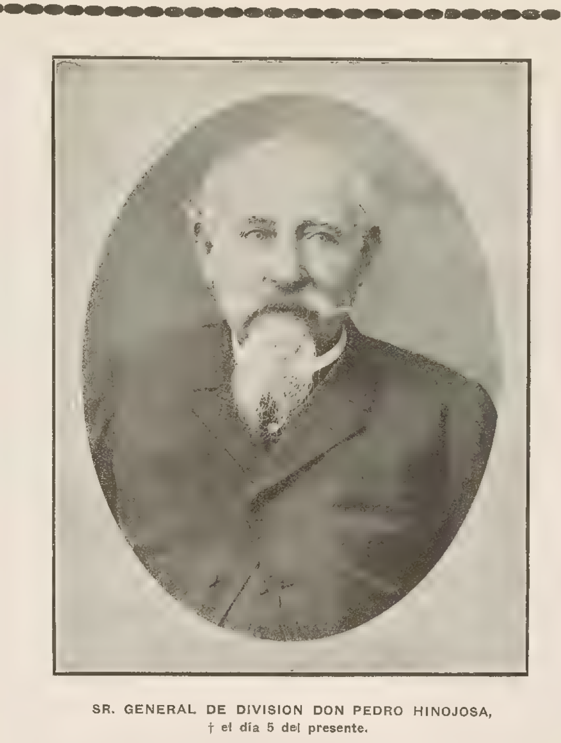
Cumplida la honrosa misión que lo ha traído á México, el nuevo Embajador regresará á Wáshington, nombrándose después al representante del Shah que deba establecer en nuestro país la correspondiente Legación.



SR. GENERAL ISAAC KHAN,
Embajador de Persia en México.

El distinguido diplomático fué recibido por el Señor Presidente de la República, con el ceremonial acostumbrado, el jueves último.

El castigo de un imprudente deseo es el de verlo realizado.



SR. GENERAL DE DIVISION DON PEDRO HINOJOSA,
† el día 5 del presente.

Muerte del General Don Pedro Hinojosa.

Ya para entrar en prensa nuestro número anterior, circuló en la Capital la noticia de que el jueves 5 del presente, en las primeras horas de la mañana, había dejado de existir el señor General de División Pedro Hinojosa, que fué Secretario de Guerra y Marina durante algún tiempo y uno de los soldados á quienes la República debe servicios eminentes.

La dolorosa nueva causó, como era de esperarse, profundo sentimiento en México y se divulgó por toda la ciudad con rapidez extraordinaria. Era el General Hinojosa uno de los jefes más antiguos del Ejército, nació el 31 de enero de 1820; empezó su carrera como soldado voluntario en una expedición exploradora á la margen del Río Bravo; y asistiendo después á las batallas de Corpus Christi, San Antoñito, Matamoros, Villas del Norte, Ciudad Guerrero y Camargo, contra la invasión norteamericana, obtuvo el grado de Comandante, que le fué conferido por el General don Juan José de la Garza.

Al estallar la tremenda lucha de la Reforma, Hinojosa puso su espada al servicio de la causa nacional, y entonces comenzó la etapa más notable de su vida. Concurrió á las acciones de Santa Clara, Monterrey y Ciudad Guerrero, á la toma de Zacatecas (1858) á la batalla de Ahualulco, y á la toma de Guadalajara, conquistándose en esa época, por su brillante comportamiento, el grado de General de Brigada. En 1860, tomó parte en las acciones de Venegas y el Pasaje, en el Nazas—en una de las cuales recibió una herida en la mano derecha—y en 1861 el Presidente Juárez le confió la cartera de Guerra. En 1862 se separó de su puesto, para militar á las órdenes de González Ortega, asistiendo al sitio de Puebla. Una de las notas más gloriosas de su carrera, que siempre recordaba enternecido el veterano, fué—dice una de sus biografías—la confianza que depositó en él el Presidente Juárez, confiándole la custodia de su familia, á quien pretendía plagiar el reaccionario Quiroga, para que la condujera de Monterrey á Matamoros. Cumplida esta misión, el General Hinojosa se encargó del Gobierno de Nuevo León. Su ascenso á Divisionario lo obtuvo en 1884, fecha en que entró á desempeñar nuevamente la Secretaría de Guerra, que dejó en 1895.

***

El cadáver del veterano fué transladado con todos los honores de ordenanza de la casa que habita su familia en las calles de la Mosqueta, al salón que en Palacio ocupa el departamento de infantería. Este quedó convertido en capilla ardiente, y fué incontable el número de personas que desfilaron frente al túmulo.

Los funerales, presididos por el señor General Díaz, se efectuaron el día 6 á las nueve de la mañana, dándose sepultura al cadáver en el panteón del Tepeyac.





FEMINA

(Para EL MUNDO ILUSTRADO.)

Derrochados que fueron en empeño inútil de seducción, las ovaciones estruendosas, los regalos costosísimos, las súplicas, las promesas y los juramentos, el noble mancebo hubo de rendirse á la tiranía de su pasión, y un día, como trompetazo de escándalo, resonaron en la corte los esponsales del joven marqués de Valle Alegre con Gilda la Domadora.

Y como su cuñado, el grave senador, pretendiera hacerle algunas reflexiones respecto al origen de la novia, contestóle así, al principio, con tono alegre el apasionado doncel:

—Sí, ya sé que la misma Gilda ignora quién fuera su progenitor; mas yo, que he estudiado el caso, por lo que me atañe, puedo afirmaros con orgullo que la estirpe de mi amada es muy superior á mi rancia estirpe.

—¿Os burláis?

—De ningún modo.

—¿Y en dónde podría yo beber el agua encantada de esa preciosa fuente de información?

—En el mismísimo museo del Louvre. Después, venid conmigo, y á poco de reparar en mi novia con ojos de artista observador, fuerza os será confesar que sólo una descendiente legítima de la Suprema Belleza ostentaría tan exquisita semejanza con la Venus de Milo.

—Cuidado, marqués, no sea esa peligrosa hermosura la única dote atávica que de Afrodita os aporte vuestra esposa.

— Basta, senador; que cualquiera que no fuerais vos, pagara bien caro la osadía del pronóstico.

Y se separaron, adusto el uno, torvo el ceño el otro.

Por alegre acuerdo dispusieron los dos enamorados que la boda se efectuara en la barraca. Y allí fué la brillante ocasión del arte decorativo para lucir talento y ganar dinero en el embellecimiento de aquel raro nido de amor. Mas, si la economía fué proscrita como ignominiosa pordiosera, en cambio, la discreción más absoluta fué exigida por el marqués como cláusula primordial de su contrato con los artistas.

En tanto, la anhelante curiosidad de las damas de la corte, irritada por el misterioso silencio que envolvía á la barraca, inventaba los despropósitos más absurdos. La una sabía, por información que no admitía posibilidad de error, que cada mañana el marqués, vestido de «clown», gastaba largas horas en hacer peligroso aprendizaje sobre un elevado trapecio; la otra hablaba cavernosamente de alquimia, hechicerías y nigromancia; y una tercera, bajo la fe de su juramento, afirmaba tener sobornado á alguien de «adentro» que la contaba cómo el noble amante luchaba pecho á pecho con el oso, tiraba de las orejas á la pantera y consentía que Azís recostara la cabeza en sus hombros y se durmiera; Azís, el león númida, el celoso favorito de Gilda.

Un día, por fin, repartiéronse las invitaciones para la boda. Excepción hecha del grave senador, todas las relaciones del marqués se apresuraron á concurrir á la ceremonia, con la evidente seguridad de que allí se les serviría plato muy sabroso en que saciar su voraz murmuración. Mas al entrar en la barraca, atónitas se quedaron, y la breve boca que traía un sarcástico mohín de interrogación en la punta de los labios, si desplegó su púrpura, fué para un acento circunflejo, en homenaje de admiración y sorpresa: la barraca era el poema realizado de una fantástica leyenda oriental, un cuento maravilloso de las mil y una noches, la gruta encantada del país de los Gnomos. Y la heroína de aquel poema, el hada de aquel cuento, la maga de aquella gruta era Gilda. De las orgullosas patricias que habían acudido allí como á un torneo para ostentarse, justar en la lid de coquetería, triunfar y sonreír, no hubo quien no empalideciera de rabia ó envidia ante la Domadora, que á todas eclipsaba, si por su hermosura, si por su arrogancia, si por la deslumbradora riqueza de su toilette.

La ceremonia terminó sin ningún otro incidente que el susto que causó en la remilgada concurrencia un poderoso rugido de Azís el favorito, quien, por empeño de su dueña, había alcanzado que su jaula fuera instalada en una pieza contigua á la alcoba nupcial. Y como no se halló otro motivo que sirviera de pasto á tanto diente menudo y blanco de miel, á tanta lengua afilada y roja, fué el extemporáneo rugido la comidilla de los comentarios.

—¡Qué ocurrencia de gitanilla, ponerle al novio, allí, como un ayuda de cámara, aquel espantoso león!

Por la mañana, al dejar su mitad de blando lecho, Gilda hizo resonar en la barraca su canción como un clarín de alegrías. Besó dos, tres, cuatro, muchas veces la hermosa cabeza que aún descansaba sobre la almohada, y en tanto que él volvía á dormirse, corrió á saludar á sus amados compañeros de bohemia y de gloria.

-Azís, mi buen Azís, ¿qué tienes? ¿por qué estás triste? ¿por qué estás bravo? Y le golpeaba el anca, y le peinaba la guedeja con sus dedos cargados de sortijas, y le abrazaba el cuello. Después, fué á los otros. Al verla, el mono hizo mil cabriolas, el oso gruñó dulcemente, la pantera le lamió las manos, y los pájaros rompieron en una orquesta que era como un concierto de alabanzas á su juventud y á su hermosura.

De súbito algo se escuchó que hizo estremecer de espanto á la Domadora. Fué como un pavoroso rugido que ahogara entre sus potentes vibraciones las notas tristísimas de un lamento.

En un salto llegó Gilda á su alcoba. ¡Horror!...... El pecho del adorado era una fuente de la cual corriera á borbotones toda la

sangre de sus venas. Y la gitana, que era ahora otra fiera, se abalanzó sobre Azís para estrangularlo, para pisotearlo, para pulverizarlo.

Ya los brazos extendidos como garras le habían asido por la melena; el león ni siquiera intentó defenderse; tan sólo alzó los ojos y los fijó en Gilda. ¡Qué mirada aquélla! Qué mirada tan llena de sumisión y dulzura; tan llena de algo muy raro, de algo nunca visto; algo que era luminoso como el amor, y más triste que la queja, más triste que el lamento, más triste que el sollozo, más triste, mucho más triste que el reproche.........

La Domadora alzó lentamente su cabeza hasta tocar con ella la frente del león, y así estuvieron confundidos un breve rato. Cuando Gilda alzó el rostro, dos lágrimas corríanle por las mejillas, mientras una fresca mancha de sangre lucía sobre la extraña sonrisa de su boca como una orgullosa enseña de amor.

Fabián Fiollo.

Habana, febrero 1903.

MAZATLÁN.

Ampliamos nuestra información gráfica relativa á Mazatlán con tres grabados que aparecen hoy en este semanario.

Uno de ellos representa los trabajos de desviación de las aguas que entraban al caño de la calle del Astillero, considerado como un foco de infección constante; otro, la esquina de una calle donde se han quemado algunas casas pertenecientes á los pestosos, y el último, al personal del departamento de desinfección, presenciando las experiencias comparativas que se efectuaron hace poco, con las bombas desinfectantes de que se había hecho uso, y las pulverizadoras que envió al puerto el Consejo Superior de Salubridad.



MAZATLAN.— Obras de desviación de las aguas en el Astillero.



MAZATLAN.—Casas infestadas destruídas por el fuego.

FLOR DEL CIELO.

Estaba muerta la niña. Tendida como un gran copo de nieve humana sobre su último lecho de raso, cruzadas las manecitas liliales sobre el seno impúber, sonreía con sonrisa extática y misteriosa al alto techo azul—azul como el espacio inmenso, incomensurable, infinito.

Todo era cándido, puro, virginal y lindo en aquella muerte: la muerta, inocente y graciosa como un querube; las velas blanquecinas que ardían lánguidamente erectas, como doncellas indolentes: el cuartito saturado por el aroma capitoso de las flores recién cortadas. Sólo se afligía el egoísmo de los seres humanos, contrastando con la alegría purísima é infantil de la gran alma universal, gozosa por la vuelta á su seno de aquella virgínea alma de niña inmaculada.

La brisa, entrando por la ventana entreabierta, besaba las guedejas rubias de la durmiente y las flores la perfumaban con su dulce aliento, y sonreían las paredes rosadas, y el cielo fuera, límpido y puro como los ojos de la muertecita.

—«¡Hossana!»—parecía cantar la Naturaleza—«¡hossana!» ¡Dichosa tú, oh niña, que conociste la Muerte sin haber conocido la vida! ¡dichoso tu corazoncito inocente que dejó de latir sin que hubiera apresurado nunca un segundo sus palpitaciones ninguna de las míseras pasiones de la tierra! ¡dichoso tú pensamiento que permaneció en su santa ignorancia sin penetrar los viles secretos de este mundo! ¡dichosos tus ojos que no vieron jamás lo feo y lo malo! ¡feliz tu ser todo, que ignoró siempre lo repugnante, y no tuvo tiempo de ser salpicado por la salpicadura atroz del cieno de la existencia...... «¡hossana!»

Sólo los hombres lloraban la ida del ángel. Las cosas, en cielo y tierra, se regocijaban, reían, exhalaban su ventura como el aroma capitoso de sus pétalos las flores recién cortadas.

......Y la hechicera muertecita, tendida como un gran copo de nieve humana sobre su último lecho, cruzadas las manecitas liliales sobre el pecho impúber, sonreía también con sonrisa extática y misteriosa al alto techo azul —azul como el espacio inmenso, incomensurable, infinito......

Luis Rodríguez-Embil.

Febrero, 1903.



MAZATLAN.— El personal de la Oficina de desinfección.



FERROCARRIL DE HEHUANTEPEC.— Una curva.

El Ferrocarril de Tehuantepec.

En la edición anterior de "El Mundo Ilustrado" dimos á conocer algunas fotografías referentes á las obras que se llevan á cabo en Salina Cruz, y á los trabajos de reparación del Ferrocarril de Tehuantepec. Completamos ahora nuestra información con un grabado que representa una de las curvas principales del camino, y con una vista del gran puente tendido sobre el río de Tehuantepec.

ESTELA.

Todo es frágil y vano!

Como la niebla pálida que se alza lentamente en las tardes azules, y viaja hacia el Infinito insondable, así pasan los sueños de felicidad, sueños confusos que dejan sólo un recuerdo adormecido, vago, que se esfuma luego en la noche profunda del olvido.

Verdes como la Primavera son las esperanzas vivas, y la miel de su savia es filtro de consuelo, de energía, de piedad; amarillas y mustias son las esperanzas muertas, y la esencia que despide el polvo marchito de sus hojas, es fruto de amargura, de tristeza, de hastío!......

Como las ondas de un manantial purísimo, huyen las ilusiones diáfanas y corren á perderse tumultuosas en el obscuro lago del Ensueño; las ilusiones iban como bandada perseguida de gaviotas, levantan el vuelo fugitivo en la brumosa tarde de la vida, cuando la canción que los álamos cantan: ya viene sobre el alma la noche del Dolor, noche sombría, que antecede á la aurora del sepulcro!

Las cenizas de las cartas amadas se disipan al soplo de los vientos, y vuelan como pétalos de flores negras, embriagando el ambiente con la magia seductora que guardan; y la magia se extingue también!.........

Hoy...... ¡después de que supe tu perjurio ...... he quemado las tuyas!......

Cuando iba á levantarse llama que habría de consumir todas las ternuras escritas que tu pluma liviana quiso trazar para mí, intenté extinguir la hoguera, y salvar mi tesoro maldito: pero...... mi mano culpable se abrasó en las llamas del incendio, como se habría abrasado mi corazón en el fuego de tu perfidia.

Como una tenue ala gris voló mucho tiempo en pedazo de papel quemado, que vino luego á caer supersticiosamente sobre la cartera que guarda tu retrato; en el fragmento de la ceniza mustia se veían grabadas con signos rojos, estas palabras turbadoras: «un beso de la que siempre será tuya.

—Estela.»

***

Todo llega y pasa!

Todo pasa y muere!

Después......... extraje del fondo del cofre donde ocultaba tus prendas queridas, las flores marchitas que iba á devolverte, aquellas flores fragantes que vivieron una tarde sobre tu pecho, como vivió un día mi cariño sobre tu alma ingrata; el polvo seco de los pétalos caía como una lluvia vaporosa de reminiscencias tristes: las hojas amarillas parecían quejarse de tu ingratitud!

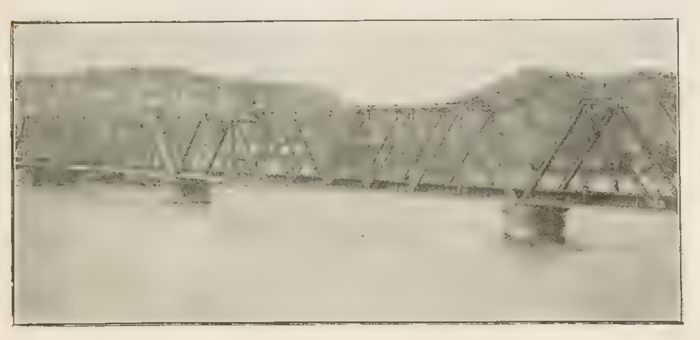
Sólo estaba encendida aquella rosa pálida que tú besaste emocionada cuando por primera vez confesaste que me amabas. El beso de tu traición la había tornado roja, muy roja! Y esa flor es la única que te envío: recíbela!

El remordimiento debe tener color de sangre!

Y la sangre de los poetas heridos por un amor cruel, se condensa en estrofas tristísimas, impregnadas de ajenjo, estrofas que caen dolorosamente sobre el alma de las mujeres perjuras, de las mujeres ingratas! Es una fuente inagotable de venganza, de tortura, de hiel!

El Dolor es inmortal!!

J. I. Vargas Vila.



Un puente en la línea del Ferrocarril de Tehuantepec.

MAÑANA DE MAYO.

I

Al sonreír del cielo
—Que sus purpurinas nubes se desgrana—
Recoge del Oriente el pardo velo
Con sus dedos de rosa la mañana.

Empiezan los rumores
Del aura leve que apresaba el frío,
Y exhíbense en sus cálices las flores
Coronadas de perlas de rocío.

Todo es hechizo y gala:
El árbol verde su ramaje inclina:
Sríd́eas ondas el raudal resbala,
Y de las selvas el olor se exhala
Del monte Gazirim en Palestina.

Da el buitre al aire su graznido ronco;
Del sol los rayos la laguna quiebra,
Y sobre el viejo tronco
Se sube á calentarse la culebra.

El pichonzuelo chilla
Mostrando el pico en su nidal de lama;
Con volteretas mil la astuta ardilla
El fruto busca de la endeble rama;
La abeja liba el jugo
Que el tierno ovario de la acacia vierte,
Y el águila, el verango
Del tardígrado inerte,
Rásgale el pecho con profunda herida,
Y comienza la lucha por la vida
Entre los brazos mismos de la muerte.

En tanto, con su diana
—Si de alegre expresión—salvaje y ruda,
El pájaro saluda
La aparición feliz de la mañana.

II

Bajo el ramaje de copado pino
Que se alza al pie de cultivada era,
Gallardo campesino
Con la pala en la mano está en espera.

Nadie viene.
A distancia, en la llanura,
Emerge el humo de la antigua choza;
A ordeñar la lechera se apresura;
La alegre cabra en el redil retoza;
Bala la oveja en el lejano cerro,
Y tras el toro que el maíz arrasa,
Mandado por el dueño de la casa,
Ladrando corre y jadeante el perro.

Por fin, un ruido suena:
Una extraña inquietud al mozo llena;
Y del ramaje que el favonio mece,
Bella, graciosa, espiritual, morena,
Una púdica virgen se aparece.
Y como en pos de miel la abeja toca
El rojo botoncillo del frambueso,
Al punto, de su amante va á la boca
Y estalla en gozo la explosión de un beso.....

Ella sigue tranquila su camino
En alas del placer y la esperanza;
Y con la pala al hombro, el campesino
También torna feliz á su labranza.

Emilio Constantino Guerrero.



CENTINELA.

CUADRO DE FABRÉS.

Fiestas de Caridad en Guadalajara.

POCAS seguramente son las ciudades de la República que, como Guadalajara, han acudido de manera tan espontánea al reclamo de la filantropía, en ocasión de socorrer á las víctimas de la epidemia reinante en Mazatlán.

La crónica de las fiestas de caridad efectuadas en aquella población así lo demuestra, y es de aplaudirse, por lo tanto, no sólo el empeño con que los organizadores las llevaron á cabo, sino también la buena voluntad con que los jaliscienses correspondieron á los afanes de la Junta.

Las simpatías que unen á los dos Estados —Sinaloa y Jalisco— son, sin duda, motivo muy poderoso para que todos, en la esfera de su posibilidad, contribuyan al laudable fin de auxiliar á las víctimas de la peste; pues, según nuestros informes, pasa ya de.... $22,000 la suma recaudada y remitida al puerto, y se tienen fundadas esperanzas de reunir aún fondos que hagan más cuantoso el contingente. Como un rasgo de desprendimiento, merecedor del más entusiasta elogio, citaremos el hecho de que el Sr. Arzobispo Ortiz envió á la Junta mil pesos, si mal no recordamos, como donativo particular, remitiendo, además, el producto de la colecta que por orden suya se hizo entre los fieles.

***

Volviendo á las fiestas de caridad efectuadas, es digna de mencionarse en primer término, la kermesse que se dió en Palacio y en la cual tomaron parte las familias más distinguidas.

El hermoso patio del edificio ofrecía un aspecto encantador: iluminado por multitud de focos incandescentes y de arco, con ese derroche que sólo se acostumbra en la capital de Jalisco, llamaba desde luego la atención por la elegancia de su adorno y el buen gusto desplegado en el arreglo de los puestos.

Imposible sería, para nosotros, dar la información gráfica, completa, del suntuoso festival; nos falta espacio para ello, y únicamente nos limitamos á publicar las fotografías que representan dos de los puestos más notables, y un grupo de «chinas poblanas»: dos señoritas y una niña de las que atendían á la concurrencia en el puesto de atole y tamales.

En los puestos de «Banca,» «Juegos de azar,» «Cerveza,» «Restaurant,» «Confetti y Flores,» etc., las más hermosas señoritas de Guadalajara desplegaban el encanto de su gracia, luciendo primorosos trajes, y en el «Teatro» y en el «Salón de Conciertos» una estudiantina y un grupo de artistas regalaban á los convidados con selectas audiciones.



"Chinas Poblanas".—Luz Cortina Virginia Gallardo y María Luisa Vidrio.

Lo más granado de la sociedad tapatía concurrió á la simpática fiesta, cuyo éxito se debe, en gran parte, á los Sres. Francisco Izábal, secretario de la Junta, que trabajó en su organización con verdadero empeño, y Luis de la Torre, artista encargado del adorno, que supo cumplir á maravilla su comisión.

***

Al día siguiente—15 de Febrero—se dió la corrida de toros dispuesta por la Junta y que presidieron las Sritas. Fany Cañedo (hija del Sr. Gobernador de Sinaloa), Josefina Somellera, Anita Bárcena, Concepción Corcuera y Elena G. de Quevedo, pertenecientes á la alta sociedad tapatía. Las «reinas» vestían primorosos trajes de «manolas» y en carruajes abiertos, acompañadas de sus chambelanes, hicieron su paseo por el redondel antes de ocupar el palco que se les tenía destinado. Este acto resultó muy lucido: al paso de los carruajes la concurrencia aplaudía entusiasmada, y las serpentinas y el confetti cubrieron la arena.

Jóvenes pertenecientes también á familias distinguidas, capitaneados por Lorenzo Villaseñor, formaron la cuadrilla de aficionados, conquistándose en las suertes del toreo muchos aplausos. Para el adorno de la Plaza, los Sres. Brizio y Gusmeri obsequiaron una estatua de la Caridad, hecha con ese objeto.

Los estudiantes del Liceo de Varones, organizaron por separado otra corrida: ésta se efectuó el día 8 y fué presidida por las Sritas. Leocadia Gallardo, Paz Orendain y Rosa Gudiño.

En este número encontrarán nuestros lectores instantáneas de las dos funciones taurinas.

Por último, es de consignarse la nota referente á la «velada de honor» arreglada por la prensa de Guadalajara y que se verificó en el Teatro Degollado. El adorno del edificio fué magnífico, y tanto los números de música, como la parte literaria y los cuadros plásticos que se presentaron, hicieron de aquella fiesta una de las más hermosas y mejor organizadas que se hayan visto en la Perla de Occidente. El éxito extraordinario de esta fiesta, se debe al empeño del inteligente periodista y antiguo compañero nuestro Lic. Luis Manuel Rojas, que fué quien la promovió.

***

Es de justicia, ya que la Junta de Caridad de Guadalajara ha demostrado tanta diligen-

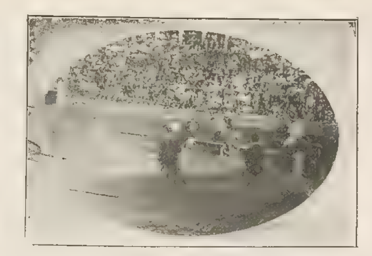


Puesto de ponches calientes.



Puesto de Nevería.







Instantáneas de la corrida organizada por los Estudiantes del Liceo de Varones.



Corrida organizada por la Junta de Caridad de Guadalajara. Llegada de las reinas.

AZUR.

(DE GRAF.)

¡Oh formidable Azur! Te miro y pienso:
Cual hoy y ayer, así serás mañana.
¿Qué siglos hace que á la estirpe humana
Cubres callado con tu dombo inmenso?

Cayeron, del olvido bajo el denso
Polvo, los dioses de la edad pagana,
Y aun los hombres, en triste caravana,
Te envían preces, cánticos é incienso.

Cuanto vive en el orbe, á una inmutable
Ley sometido está, ley implacable,
Y todo es fuerza que á esa ley sucumba.

Sólo, tú sólo, incólume, profundo,
Frío, inmortal, sigues cubriendo el mundo
Cual tapa enorme de anchurosa tumba.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.



La Caridad.

cia en cumplir con el deber que se ha impuesto, dar á conocer los nombres de los estimables caballeros que la forman: La Junta está constituída así: Presidente honorario, Sr. Dr. Juan R. Zavala; Presidente activo, Sr. Juan Somellera; Vicepresidente, Lic. Andrés Arroyo de Anda; Secretario, Sr. Francisco Izábal Iriarte; Tesorero, Sr. Eduardo Collignon; y Vocales, Sres. Manuel Cuesta Gallardo, Francisco Bianchi, Coronel Ignacio L. Montenegro y Lic. Jesús Bringas.

El Sr. Gobernador de Sinaloa ha dirigido al Sr. Izábal una expresiva carta, significándole su profundo agradecimiento por la actividad desplegada por la Junta en favor de las víctimas de la peste.

De buen grado quisiéramos dar á conocer todas las fotografías que hemos recibido con relación á las fiestas que nos ocupan, y que son obra del inteligente y hábil fotógrafo José María Lupercio; pero en la imposibilidad de hacerlo en este semanario, «El Imparcial,» aprovechando los elementos de que ahora dispone, se ha propuesto publicar las más notables y lo hará así próximamente.



La cuadrilla.

SOUVENIR.

Gala antaño de trianones,
El vejete currutaco
Vaga torvo, hipocondriaco,
Del castillo en los salones.

Rendidor de corazones,
En espasmo demoniaco
Rememora, enclenque y flaco,
Los minués y las canciones.

Hosco y triste, ve esfumados
Los mirajes encantados
De la dicha evanescente,

Y en su seca faz rugosa
Se desliza silenciosa
Una lágrima candente.........

JOSÉ B. VELASCO.

En el corazón humano hay dos medidas, una para el dolor y otra para el placer, que se vacían y se llenan alternativamente.



Don Tancredo.

Sucede con la felicidad lo que con el horizonte, siempre se halla á nuestra vista, pero nunca á nuestro alcance.

*

El error es una de las rarezas de la humanidad; viene rápidamente y se va lentamente.

*

Los grandes trabajos se ejecutan no por la fuerza, sino por la perseverancia.

*

Es necesario talento y habilidad para ser apóstol de una idea; con la fe solamente se es verdugo ó mártir.

*

El carácter es la fisonomía del alma.



Una vara.

HOY........

Ya no vive sino en el nostálgico país de los dolientes recuerdos......

Su nombre la envolvía como un manto formado por exhalaciones de su ser. Blanca, sencilla, como un lirio campesino rimador de aromas á la orilla de las dormidas lagunas; su voz, como los sones de un arpa antigua en cuyas cuerdas durmiesen las tradiciones ya imposibles de una edad caballeresca; dulcemente lánguida, tierna



SR. DR. JUAN R. ZAVALA, Presidente honorario de la Junta de Caridad de Guadalajara.

mente triste, como rosas que se abaten todavía jóvenes bajo los crepúsculos, llamábase Inocencia, y era pura, ingenua y leal.

Sr. Juan Somellera, Presidente activo.

***

Viajera en mis ensueños, murmuraba inspiraciones de rectitud, de sinceridad y de nobleza. Enamorada de su égida la Victoria, venía ésta á deponer sus laureles triunfales sobre las sienes del lidiador; hasta que un día, la falacia, el dolo, la ingratitud y la villanía, en concierto mendaz y vil, nutrieron sus huestes miserables con todos los conscriptos de la ruindad, asaltaron á la Inspiratriz sacrosanta, y celebraron apoteosis infame sobre el cadáver de la virgen, enseñando que en estos bajos fangales ya no pueden descogerse pétalos eucarísticos de lirios intactos....



Lic. Andrés Arroyo de Anda

***

Habría sido hermoso y noble que cuando ella hubiese señoreado las cimas de la Vida, sus hermanas, que también son hijas de un ensueño alguna vez en estos mundos entrevisto, hubiesen venido á poblar el duro país de Realidad; y á cubrir con rosas inmortales su aridez, y á ahuyentar con cantos de amor el silencio de su cielo!......

Robusta progenie, fiera de todas sus integridades, habría derivado de aquellas nupcias de la rectitud implacable y del candor sereno; y no vivirían, como de hoy para siempre jamás, en remoto exilio, el Honor y la Hidalguía, que han huído estupefactos de que ya, sobre el polvo de los lises difuntos, extintos los sones de las viejas trovas caballerescas, no pueden pronunciarse, sin rubor y sin peligros, las bellas palabras de orgullo, gloria y altivez, que son entre otras gentes blasón de la humana estirpe!

***

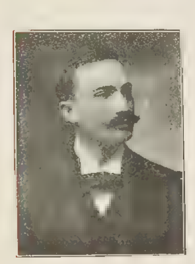
¡Viajera de mis ensueños, Egeria de mis luchas, mártir de un ideal ya imposible! puesto que hoy ya no vives sino en el país doliente de los recuerdos, en cuya portada sólo quedan las siluetas de cómo eras melancólica como los sones de un arpa cantora del amor antiguo, sencilla y blanca como un lis campesino, y dulcemente lánguida como rosas jóvenes caídas bajo la tristeza de los crepúsculos; puesto que también has muerto con este último año de agonías, y del escudo del gladiador, aún en pie, ha sido borrado tu nombre por el asalto de las vilezas en contubernio, es permitido escribir en su lugar—para rescatar tu vida—la divisa inmisericorde del Breno vengador:

¡Vœ victis!......

ELOY G. GONZALEZ.



SRITAS. ROSA GUDINO, LEOCADIA GALLARDO Y PAZ ORENDAIN. Reinas de la corrida organizada por los estudiantes de Guadalajara.



Sr. Francisco Izábal Iriarte.

Sr. Manuel Cuesta Gallardo.





Sr. Francisco Bianchi.



S. Eduardo Collignon.



Sr. Lic. Jesús Bringas.

DE "RIMAS"

Me he asomado por la verja
del viejo parque desierto:
todo parece sumido
en un nostálgico sueño.

Sobre la obscura arboleda,
en el transparente cielo
de la tarde, tiembla y brilla
un diamantino lucero.

Y del fondo de la umbría
llega acompasado el eco
de algún lago que se queja
al darle una gota un beso.

Mis ojos pierdo, soñando
en la bruma del sendero;
una flor que se moría
ya se ha quedado sin pétalos.

De una rama amarillenta,
al temblar el aire fresco,
una pálida hoja mustia
dando vueltas cae al suelo.

Ramas y hojas se han movido,
un algo turba el misterio;
de lo espeso de la umbría,
como una nube de incienso,
surge una virgen fantástica
cuyo suavísimo cuerpo
se adivina vagamente
tras blanco y flotante velo;
sus ojos clava en los míos
y entre las sombras huyendo,
se pierde callada y triste
en el fondo del sendero.

Desde el profundo boscaje
llega monótono el eco
de algún lago que suspira
al darle una gota un beso.

Y allá sobre las magnolias,
en el transparente cielo
de la tarde, tiembla y brilla
una lágrima-lucero.

El jardín vuelve á sumirse
en melancólico sueño,
y un ruiseñor dulcemente
gime en el hondo silencio.

JUAN R. JIMENEZ.

Ecos de las Fiestas Españolas.

Satisfechos en grado sumo, deben estar los organizadores de las fiestas con que la Colonia Española celebró, días pasados, la permanencia de los tripulantes de la «Nautilus» en la metrópoli, pues tanto los números del programa que alcanzamos á reseñar en nuestra edición anterior, como los que se efectuaron posteriormente, tuvieron un lucimiento extraordinario.

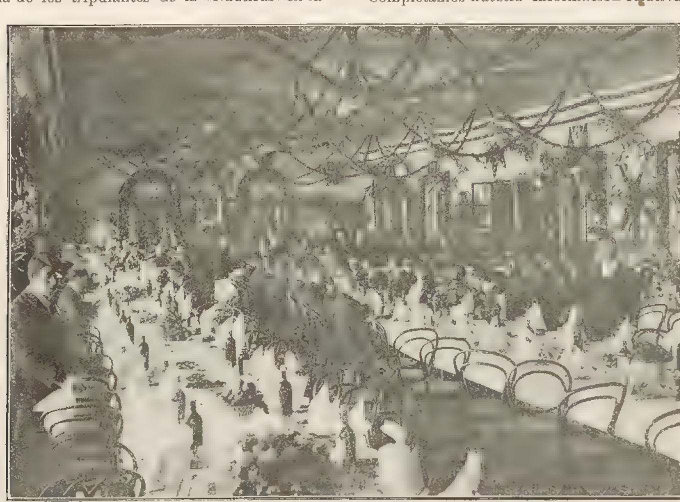
La recepción dada el viernes 6 por el señor Ministro de España en los elegantes salones de la calle de Sadí Carnot, en honor de los marinos, superó en brillantez á lo que era de esperarse, y lo mismo puede decirse con respecto al banquete y á la gran romería efectuados en el Elíseo. El local dispuesto para esta última, estaba primorosamente adornado y durante toda la tarde del sábado se vió concurrido por innumerables personas. En cuanto al banquete, se sirvió en el salón principal del Tívoli, que lucía un artístico adorno, sentándose á la mesa, entre otras personas distinguidas, los señores Ministro de España, Tomás de Azcárate (Comandante de la «Nautilus»), Lic. Justo Sierra, Lic. Pablo Macedo, José María Bermejillo, Valentín Elcoro, Gral. Lauro Carrillo, Lic. Indalecio Sánchez Gavito y Quintín Gutiérrez. A los postres, tomaron la palabra, primero el Sr. Marqués de Prat, y en seguida el Sr. Lic. D. Justo Sierra, que asistió en representación del Sr. Secretario de Relaciones. Hubo, además, otros brindis en que se puso de manifiesto la amistad existente entre los dos países: México y España.

El Sr. Presidente de la República visitó el Tívoli por la tarde, siendo recibido, tanto por los españoles allí congregados, como por los mexicanos, con marcadas muestras de simpatía. Al penetrar al salón el Primer Magistrado, el Sr. Ministro de España volvió á brindar para darle gracias por haber concurrido á aquella fiesta. En su contestación, el Sr. Presidente hizo votos por la prosperidad del Rey de España y por la de las damas reunidas en aquel sitio, y terminó aludiendo á la caballerosa conducta observada por el Conde de Reus para con México, al iniciarse la intervención extranjera.

Completamos nuestra información relativa á las fiestas que acaban de pasar, con un grupo que representa al Comandante y á los oficiales de la «Nautilus» y con fotografías del Tívoli.



D. TOMAS DE AZCARATE, Comandante de la "Nautilus."
(Fot. de Felipe Torres.)



EN EL TIVOLI.—El banquete á los marinos españoles.

LA CANCIÓN.

El viejo marino
con trémula voz,
cantaba á menudo
la breve canción:

«Al morir la primavera,
se juraron fiel amor
la garrida costanera
y el gallardo pescador.

Y al volver la primavera
habían puesto ya su amor,
él en otra costanera,
y ella en otro pescador.»

¡Cuántas veces perdiendo su encanto
la sencilla y alegre canción,
de los labios del viejo marino
como un hondo lamento salió!

—

Una madrugada,
sin querer, le oí
con distinta letra
la canción gemir:

«En la aurora de la vida,
prosternado junto á ti,
una noche ¡fementida!
adorarte prometí.

Y acabando ya la vida
que arrastré lejos de ti,
aun conservo ¡fementida!
el amor que prometí.»

Extinguióse la voz del marino
como un eco en lejano confín......
¡La canción que á menudo cantaba,
nunca más la volvimos á oír!

FRANCISCO DÍAZ SILVEIRA.

Febrero, 1903.



Grupo de Jefes y Oficiales de la corbeta "Nautilus."

La Lira Encantada

EN otro tiempo habitaban la Tracia animales salvajes y algunos hombres amedrentados.

Los animales eran muy hermosos: había leones rojos como el sol, tigres rayados como la tarde, y osos negros como la noche.

Los hombres, enanos y chatos, mal cubiertos de viejas pieles, armados de lanzas toscas y arcos groseros, se encerraban en las cavidades de las montañas tras monstruosos bloques que ellos rodaban trabajosamente. Pasaban la vida cazando y corría la sangre en los bosques.

Era tan lúgubre el país, que los dioses lo habían abandonado. Cuando salía Artemisa del Olimpo al clarear la mañana, jamás seguía camino que llevara al Norte. Las guerras de allí no inquietaban á Ares; la falta de flautas y de cítaras alejaba á Apolo, y solamente brillaba la tiple Hécate como una cara de Medusa sobre un paisaje petrificado.

Entonces fué á habitar allí un hombre de una raza más feliz, quien no vestía pieles como los salvajes de la montaña.

Usaba larga túnica blanca que le arrastraba un poco. Gustábale errar de noche á la luz de la luna por los mullidos claros de los bosques, llevando en la mano un pequeño carapacho de tortuga, en el que había clavados dos cuernos de oro, entre los que se tendían tres cuerdas de plata.

Cuando tocaba con sus dedos las cuerdas, música deliciosa las recorría, mucho más dulce que el murmurio de las fuentes, que las frases del viento entre los árboles ó que la modulación de las aves. La primera vez que tocó, despertaron tres tigres, tan prodigiosamente encantados, que lejos de causarle ningún mal, se le aproximaron lo más que les fué posible, y se retiraron cuando cesó. Fueron más los que acudieron al día siguiente, así como lobos, hienas y serpientes que se paraban sobre la cola.

Y tanto fué así, que muy poco después iban los animales mismos á suplicarle que les tocase, sucediéndole con frecuencia que un oso llegara solo junto á él, y con tres acordes maravillosos se marchara contento. En cambio de sus complacencias, las fieras le proporcionaban alimento y le protegían de los hombres.

Pero le fatigó su fastidiosa vida. Tan convencido llegó á estar de su genio y del placer que daba á las bestias, que ya no se esforzó en tocar bien, y las fieras, con tal que él lo hiciera, quedaban siempre satisfechas. No tardó en negarse aun á concederles este gusto, y dejó de tocar por indolencia. Toda la selva quedó triste, mas no por ello escasearon á la puerta del músico los trozos de carne ni las frutas sabrosas. Continuaron alimentándole y le amaron más, porque el corazón de los animales es así.

Un día, sin embargo, que apoyado en su puerta miraba cómo descendía el sol tras de los árboles inmóviles, pasó cerca una leona. Dió él muestras de entrar, cual si temiese molestas solicitudes; pero la leona, sin cuidarse de él, pasó tranquilamente.

Entonces le preguntó sorprendido:

—¿Por qué no me ruegas que toque?

Ella le contestó que no lo deseaba.

Díjole él:

—¿No me conoces?

Y ella le respondió:

—Tú eres Orfeo.

Agregó éste:

—¿Y no quieres oirme?

—No quiero—repuso ella.

—¡Oh—exclamó el músico—cuán digno soy de lástima! Tú eres por quien yo hubiera tocado. Eres mucho más bella que las demás y debes de comprender mejor. Porque me escuches una hora solamente, yo te daré cuanto soñares.

Ella le respondió:

—Te pido que robes las carnes frescas que tienen los hombres de la llanura. Te pido que asesines al primero que encuentres. Te pido que te apoderes de las víctimas ofrecidas á tus dioses y que todo lo deposites á mis pies.

El le agradeció que no pidiera más, é hizo lo que le había exigido.

Durante una hora tocó delante de ella; pero después rompió su lira y vivió como si estuviera muerto.

PIERRE LOUYS.

EL BESO.

Oh, juventud! Oh amor! Con qué embeleso
recuerdo de la suerte en los agravios,
la divina impresión del primer beso
que une dos almas, al juntar dos labios!

No hay, en la vida, ni en el mundo, nada
que grabe en nuestro ser más honda huella,
que el beso con que el alma enamorada
pactos de amor sobre los labios sella.

Al delicioso choque, estremecido
el corazón, la sangre bulle, quema;
y es música al sonar á nuestro oído,
himno triunfal de adoración suprema!

Y á la sola memoria de ese instante
en que todo en nosotros canta y vibra,
responde, voluptuosa, palpitante,
de llamas una onda en cada fibra.

Es un ardiente rayo que nos toca.
Y el alma y la materia al par enciende;
conjunción de la luz y de la roca,
el alma que del barro se desprende!

Oh juventud! Oh amor! Siempre os bendigo
aun de la edad entre las nieves preso,
que, con dulce tristeza, va conmigo
la divina impresión del primer beso!

HERACLIO M. DE LA GUARDIA.



En el Elíseo.—Bailando una jota.



LA INSTITUTRIZ.

NOVELA POR ESTER DE SUZE. ILUSTRACIONES DE SIMONT.

TRADUCCION DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

(CONTINÚA.)

¡Cuán desolador es el vivir! ¡Qué de suspiros parecen subir de la campiña! Y las estrellas, en la altura, ¿no parecen ser lágrimas en el rostro sombrío de la noche? Y por mi rostro, lentamente, también corren lágrimas. No sufro, y mi tristeza es infinita como el espacio. Mis manos queman. Si llegara á enfermar, ¿quién me cuidaría? Si llegara á morir, ¿quién me acompañaría en mis postreros instantes?

¿Morir?

Me invade un terror sagrado y mis dedos se crispan.

¡Oh! No; no. ¡Dios mío! ¡Todavía no! La muerte es lo profundo, lo remoto, lo negro....... Me aterra. ¡Y la vida es tan buena!

Mas ¿en qué es buena, por qué es buena?

¡No me lo explico, pero así lo siento!

Las lágrimas que acabo de derramar han aliviado mi corazón y relajado mis nervios. Mis ojos, habituados á la sombra de la noche, distinguen la hierba, que me parece sonreír al dormirse. Los pájaros, también adormecidos, murmuran entre las ramas. Uno de ellos lanza á plena garganta, un grito de belleza desgarradora. El es golpe de arco de un director de orquesta, que despierta todas las armonías que duermen en mi alma. Las siento, silenciosas, pero llenas de vigor, balancearse dentro de mí, arrastrarme fuera de este «yo», llenar todo el espacio de vibraciones angustiosas y suaves, como el canto de este ruiseñor sube, se desgrana y luego cae de nuevo en una lluvia de sonidos que cantan y lloran á la vez.

¿Estoy mal? ¿Estoy bien?

Ni una ni otra cosa: es un arranque de mi ser, una recrudescencia de vida, porque en la noche silenciosa y bajo la misteriosa cadencia de los astros, todas las voces de la naturaleza se alzan sin obstáculo y llevan consigo mi voz.

Y otra vez mis ojos acarician la sombra en la que se agitan simpatías. De pronto, cerca de mí, en lo más tupido del follaje, escucho un roce, el crujir de una rama bajo un pie.

¿He oído bien?

Tengo el valor de levantarme y acercarme al follaje. Detrás está Silvio, Silvio en persona, encogido, listo para saltar. Me ve y se endereza; sus ojos brillan.

Lanzo un grito terrible que le hace huir. Pero mi grito atrajo á otros pasos que se acercan, en tanto que los de Silvio se alejan.

Es el señor Raibert.

Ha tirado su puro, cuya luz roja he visto desgranarse en el suelo.

¿Dónde estaba?

Ha llegado hasta la verja de mi jardín y me pregunta con voz temblorosa, pero cuya distinción me asombra, me es dulce:

—¿Ha gritado usted, señorita Romane?

XXVI

Estoy nerviosa, irritada, trémula.

El hombre que respondió á mi llamada, es el alcalde del pueblo.

Todavía hay que temer de Silvio, y el alcalde me librará de cualquier ataque. Debe haber una ley, un medio cualquiera que permita á un alcalde evitar las tentativas criminales de un borracho.

Tales son mis ideas.

Estoy cerca del enverjado.

—Sí; yo he llamado: tengo miedo. Un hombre estaba en la espesura, en el otro extremo del jardín. ¡Ah! señor, yo se lo ruego, que ese hombre no vuelva. ¡No voy á poder vivir!

Mis ojos buscan al acaso, hacia el sitio donde pudiera encontrarse el señor Raibert. No hay luna.

—¿Es la primera vez—me pregunta—que ese hombre...... la espía...... de tal modo?

No sé lo que hago. El hombre que me habla así, no tiene ningún derecho á que yo le haga tales confidencias. Pero mi alma es demasiado cándida: todos los seres que tienen apariencia tan distinguida, me parecen hermanos míos, en lo que esa palabra expresa de intimidad purísima.

—¿La primera vez? No; ya un día, en el camino de San Roque, se me presentó, pidiéndome que fuera su esposa.

—¡Ah! ¿Y quién es?

—Silvio Moutet, uno del lugar.

—Sí, sí...... ¡Un muchacho encantador, en efecto! Bien, y ¿por qué no lo acepta usted por marido?

—¡Oh! Señor alcalde.........

Toda mi distinción, que parece inadvertida, todo mi deseo de una unión espiritual con alguien que fuese igual á mí, surgió de mis labios con ese solo grito, provocado por la pregunta del alcalde.

¡Yo! ¡Yo esposa de Silvio Moutet, el borracho! Y quien me dice eso tan tranquilamente, es ese hombre inteligente y fino, que debería comprender mejor que cualquiera otro cuán cruel es mi soledad moral de ahora!.........

¡En qué abandono estoy, Dios mío, para que nadie pueda comprenderme!

Y mis labios temblaron, intentando sonreír, para no contraerse en un sollozo.

—¡Oh! ¡Señor alcalde, oh!......

***

¿De dónde surge el destino del hombre, para caer sobre él en el momento preciso en que estaba escrito que cayese? ¿Cómo llegan cuando no hay para ellos, á lo que parezca, ningún camino preparado? Y, sobre todo, ¿cómo hay gentes que puedan predecir su advenimiento, como lo había hecho Victorina?

El señor Raibert posó su mano en la mía, que temblaba. Y sin transición, su voz acariciadora se llenó de ternura infinita, y murmuró:

—Perdón, perdón, perdón.......... ¿Usted esposa de Silvio, ó de otro, no importa quién, de los de aquí?...... Mil veces perdón por esa injuria......

«...Era una prueba!.... ....

«...Usted es mujer; él la ha confesado su amor; usted podía amarle...... Esto era lo que yo temía cuando supe que usted había llorado tanto en la tarde misma en que Silvio se le presentó en el camino....

«...¿Por qué ha llorado usted tanto, dígame? ¿Y tantas otras veces después? ¿Y esta noche, todavía, cuando soñaba usted, tan pálida, con el rostro hacia el firmamento......?

«...¿Por qué, María Teresa?»

Pensó, más bien que dijo, esa última palabra: mi nombre; pero mi cerebro le oyó, á fuerza de estar alucinado. Porque estaba yo fuera de mí. Toda esa ternura me ahogaba, no dejándome en pie sino una idea fija: la predicción de Victorina.

Por mucho tiempo mi garganta contraída no dejó pasar ningún sonido; por fin murmuré:

—Cuando usted me espiaba de este modo, Victorina le seguía, le espiaba también, ¿no es verdad? ¿Estaba en alguna parte? ¿La veía usted surgir á su paso? ¡Dígamelo usted, se lo suplico!......

Mi estado le alarmó.

—Pero no sé nada de eso, señorita. ¿Por qué?

Entonces volví en mí.

¿Qué me importaba fuera en verdad una hechicera ó que hubiese presentido el desenlace, á fuerza de inteligencia ó de espionaje?... El hecho estaba allí, irrecusable: el señor Raibert había venido y me hablaba de amor, y á la luz débil de la luna en creciente, vi su rostro turbarse súbitamente, sus ojos resplandecer de ternura y de respeto, en tanto que los de Silvio habían brillado como dos brazas.

¡Oh, sí; qué dulce sería la unión fraternal con ese hombre!

¡Qué simpáticamente resonaba en mi alma su voz!

¡El me amaba, puesto que sabía también mi vida, casi minuto á minuto! ¡Pero qué delicadeza, qué respeto en ese amor, puesto que yo no lo había sabido!

¿Y yo, le amaba?

¡No; sin duda, todavía; pero podía amarle! Sentía que en él había la ternura á que mi alma aspiraba. ¿Qué fuerza me impediría ir en busca de esa ternura......... prohibida, puesto que ese hombre era casado?

¡La prudencia! El valor de romper desde ahora con ese atractivo fatal que me obligaba á permanecer allí, de pie, junto á la barda, cuando debía haber huído ya.

Y valerosamente, di un paso brusco para cumplir mi resolución heroica; mis manos se desasieron de la barrera; mi voz era tan blanca como mis manos, bañadas por la luz de la luna, y como el rostro angustiado de Raibert. Todo era blanco; era de plata vaporosa que nos bañaba pálidamente, que recibía mi tristeza infinita y pura, blanca también, como todo en ese momento, en derredor de mis ojos, que se turbaban mientras yo hablaba.

—¡Conque usted me espiaba! ¡Y cuando Victorina casi me lo anunciaba, yo no podía comprenderla, ni creerla! ¡Oh! ¡Qué mal estaba eso, señor!

Mi voz seguía siendo dulce, á pesar de la ligera rudeza de mis palabras. Proseguí:

—¿Qué quiere usted de mí? ¿Por quién me toma? ¿Qué espera usted?

Murmuró:

—¡Nada; se lo juro!

—¡Pues bien—dije exaltándome,—déjeme usted, señor, entonces! ¿Qué viene usted á rondar, por la noche, en rededor de mi jardín, como Silvio el borracho? ¡Ah ironía! es usted quien ha ocurrido á librarme de él...... ¿Me ve usted sola, en el jardín? ¿Sabe usted que va á ser media noche? ¡Ah Dios mío! ¡Dios mío! ¿Es así como han comenzado á desviarse las otras?

Gritaba casi, exasperada, con las manos juntas, con las mejillas bañadas de lágrimas que no me ocupaba de enjugar.

Retirado á tres pasos de la verja, el señor Raibert murmuró, con la frente descubierta:

—Cálmese usted, señorita, se lo ruego. Cálmese usted; voy á retirarme. Pero antes, permítame una palabra, una sola, la última..... ¿Llora usted, no es verdad? Y hace una hora, también lloraba. ¿Cuáles lágrimas eran más amargas: las de ahora ó las otras? Reflexione. Es todo lo que pido. Me retiro.

Hizo una reverencia hasta barrer casi el suelo con su sombrero gris, y desapareció.

Quedé petrificada, con la última frase del alcalde clavada en pleno corazón, como un cuchillo.

XXVII

El alcalde tenía razón. Mi vida cambió; pude por fin el substraerme á la temida tentación. Primero permanecí varios días sin salir, meditando un plan de conducta. Fué una preocupación no libre de encanto; luego, cuando hube tomado la resolución de no cambiar en nada mi conducta, y solamente acorazarme contra mí misma, quedar digna ante el alcalde si llegaba á encontrarle, y, sobre todo, evitar encontrarle, entonces volví á hacer mis habituales salidas, con el paso más vivo, la mirada más alerta.

No se trataba ya de vagar al acaso y arrastrar un pensamiento sin objeto; sino escoger los caminos más cortos, más directos á mi casa, y pensar en evitar un encuentro con el señor Raibert. Así lo hice. Y debe haber ocurrido que esto me fuese sumamente agradable, porque desde entonces los días pasaban con una rapidez increíble.

Y como el alcalde no se presentaba jamás, y yo pensaba constantemente en él, para evitarle, sucedió que mis paseos fueron más bien excursiones en busca de ese hombre.

El día que pude convencerme de ello, me detuve, llena de confusión, con los ojos rasados en lágrimas de despecho... ¿Cuál es, pues, la complexidad de lo que se experimenta?... ¿Sentía yo despecho por no encontrar al señor Raibert, ó contra mí misma, por el descubrimiento que acababa de hacer? Esta última debía ser la verdad, porque me decía, al caminar despacio por la vereda sembrada de margaritas:

«¡Es así como han empezado las otras! ¡Es así, absolutamente! Porque ó yo soy la última de las últimas, puesto que siento que busco á ese hombre—y no lo creo, porque no pienso nada malo, puesto que es mi ser el que inconsciente, instintivamente va hacia él, como el labio sediento hacia el manantial—ó las otras han sido como yo, tan puras y tan instintivas, y entonces la vida es una abominación.»

Y me senté, agitada por un mundo de pensamientos.

¿Por qué la sociedad prohibe el amor, si la naturaleza ha querido que el amor exista?

¡Oh! ¡Esas piedras que me había referido Phrasia! ¡Esas piedras arrojadas á la profesora caída! ¡Esta no había matado á su hijo! ¡Se había ido, llevando en las entrañas el fruto sagrado, y se habían atrevido á lanzar piedras contra ese seno!

¿Qué había hecho esa infeliz joven, sino la obra augusta de perpetuar la vida?

Así pensé durante mucho tiempo, con la mano apoyada en la mejilla ardiente.

Cayó la tarde, violeta y rosa, semejante á un ramillete de violetas, cuyos racimos pendían sobre las cimas de los montes; racimos malva, salpicados de oro, justamente como la florecilla embalsamadora que los enamorados cortan en los bosques......... Y soñaba en todo esto: en los enamorados, en los prometidos, en los esposos......

¿Tales goces no me serían permitidos jamás?

¡Habían sido tan rápidas las frases de ternura oídas aquella noche!

¡Qué dulce fuera que, durante los días en que me creía sola, hubiese sabídome espiada por tal mirada de amor!

¿Dónde estaba hoy esa mirada?

¿Mi rigor la habría alejado para siempre?

¿No existía en alguna parte, en el misterio de las hojas, y no se me acercaría ya nunca, nunca?

Me incliné para buscarla. De pronto resonó la voz del señor Raibert, haciéndome latir tumultuosamente el corazón:

—¡María Teresa!

(CONTINUARÁ.)

El Buen Tono, S. A.

ADELANTOS NOTABLES.

Toca hoy su turno en la reseña que venimos haciendo, de las negociaciones industriales que más alta recompensa obtuvieron en la última Exposición del Estado de México, á la fábrica de cigarros «El Buen Tono» S. A., que tanto se distingue entre las de su género y que es, incuestionablemente, la primera y más acreditada del país.

Para convencerse de esta verdad, basta saber que, á pesar de la formidable competencia que en los últimos años se ha entablado entre los que se dedican á este ramo importantísimo de la industria, el auge de la negociación ha ido en aumento y sus productos son cada día más solicitados.

En efecto, no hay en la República, fábrica que elabore mayor cantidad de cigarros, que «El Buen Tono», ni establecimiento industrial en donde, como allí, se ejerza un cuidado tan escrupuloso en punto á la buena calidad del producto y á las mejores condiciones para su venta.

Una visita á la Fábrica es suficiente para comprobar estos hechos: el orden más perfecto y la más exquisita limpieza se observan en todos sus talleres, almacenes, etc., y sus máquinas llaman desde luego la atención, no sólo por su ingenioso mecanismo, sino por el perfecto acabado de los cigarrillos que en ellas se elaboran.

Con estos datos, á nadie parecerá extraño que «El Buen Tono» se encuentre á la altura en que se halla, ni, mucho menos, que sus triunfos sobre las demás fábricas hayan sido y sean tan completos tanto en las exposiciones extranjeras como en las del país, á las cuales ha enviado su contingente.

***

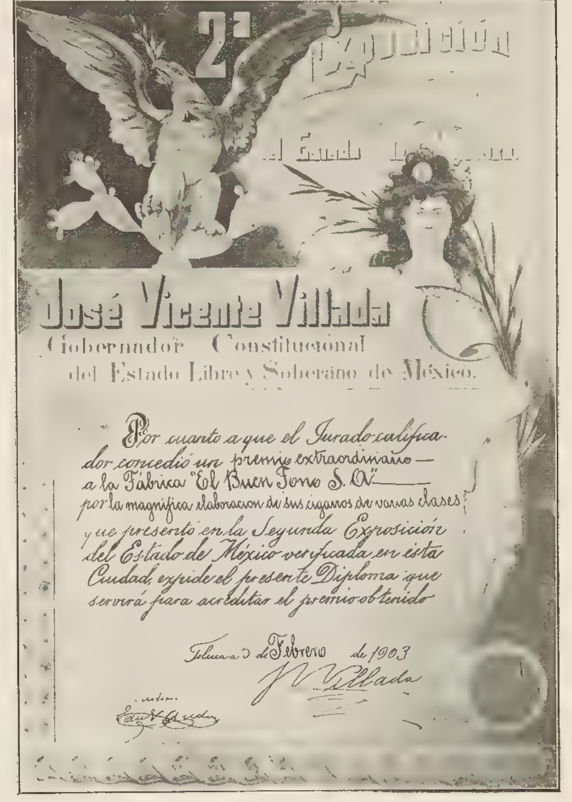
En el Certamen de Toluca, donde exhibió una colección de sus variadas marcas, obtuvo premio extraordinario por su rico y variado contingente. Esta honrosa distinción habla muy alto en favor de «El Buen Tono» y de su distinguido y hábil Director, Don Ernesto Pugibet, que no descansa en sus afanes de conquistar para la importante negociación, los mejores lauros.

En otra ocasión hemos dado á conocer datos interesantes, con respecto á la producción diaria, número de máquinas, etc., etc., de «El Buen Tono,» y creemos innecesario repetirlos; pero no cerraremos este artículo sin hacer antes referencia á la galantería de la Fábrica, que puso en circulación, con motivo de la llegada de los marinos españoles á México, elegantísimas cajetillas de cigarros, que dedicó al Comandante y tripulantes de la «Nautilus.» La envoltura, tirada á varias tintas, en la litografía de la Fábrica, es de lo más artístico y ha llamado mucho la atención.

En la kermesse de Santa María de la Rivera, efectuada en días pasados, «El Buen Tono» puso también en circulación magníficos cigarrillos en primorosas envolturas.

***

En este número encontrarán nuestros lectores, copias del diploma otorgado á la negociación en Toluca y de la medalla respectiva así como los grabados que representan las envolturas especiales de que hemos hecho mérito.









EL TESTAMENTO.

Del Ilmo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $ 125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mútua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna dl distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano, y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de seguro	14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro, á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO X.--TOMO I.--NUM. 12 MEXICO, MARZO 22 DE 1903. Subscripción mensual foránea, $1.50 Idem. Idem. en la capital, $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



ABSTRAÍDA.

(COLECCIÓN PELLANDINI.)

No engañéis á los Niños!

Hemos nacido para la verdad: toda educación que disturbe, retarde ó impida este objeto nobilísimo, es falsa, dañosa, reprobable. Cuando se dice educación, no debe entenderse sólo un arte determinado y estrecho que ejercitan los maestros, los pedagogos, los padres ilustrados, para con los niños. Tiende á educar á éstos, y tal vez más que lo otro, toda esa serie de acciones, de palabras, de objetos, que los rodean desde el momento en que sus tiernos cerebros empiezan á alumbrarse con los rayos nacientes de la razón. Las primeras ideas ó sensaciones que llegan al niño, dejan en su memoria ó en su fantasía huellas profundas, de las que indefectiblemente se valdrá más tarde para formarse y emitir juicios, para ejecutar acciones, para corregir ó alentar, seguir ó rechazar instintos buenos ó malos. Por eso es de suma importancia saber escoger las personas que deben rodear á los niños en sus primeros años, pues ellas, como dice el poeta, los acompañarán por toda la vida. Por desgracia muy pocas personas toman para sus hijos una precaución de tanta trascendencia, y muy á menudo los abandonan en manos de domésticos ó de parientes que, por ligereza ó por ignorancia engañan constantemente á las inteligencias infantiles, crean en ellas arraigados errores y prejuicios fatales, vician sus tiernas fantasías sembrando en ellas miedos y terrores, falsifican sus corazoncitos haciéndolos dobles para siempre, disimuladores, sospechosos.........

Esa bendita edad de la inocencia y de la sencillez, inexperta en todo y ávida de saberlo todo, fácilmente escucha los conceptos de los mayores y casi siempre les presta una fe ciega. Por eso sería obra abyecta y nociva el valerse de tal superioridad para cultivar lo falso; es cierto que con frecuencia se hace por broma y sólo con objeto de divertirse y de observar los efectos curiosos de la infantil credulidad; pero, de todos modos, ese proceder produce resultados lamentables. Por ejemplo, un adulto dice á una chicuela que del mismo modo como se siembran semillas para producir arbustos y flores, sembrando muñecas se obtendrán árboles, que á guisa de frutos, producirán abundantes muñecas. La niña lo creerá é irá á enterrar sus muñecas en el jardín, con la esperanza de hallarlas propagadas al día siguiente; entonces, ó bien se defraudan sus esperanzas y no vuelve á creer en nada de lo que en lo sucesivo le diga el adulto; ó si éste, para sostener la superchería, ha cuidado de colocar en el jardín nuevas muñecas, la chicuela creerá firmemente en la propagación de la materia inerte y esa creencia, aunque más tarde sea desechada por la razón, no habrá dejado de marcar su huella en la fantasía de la niña.

Recorriendo nuestros hermosos parques á la hora en que bajo sus opulentas arboledas se congrega la bulliciosa y pequeña muchedumbre que ha de ser la sociedad del mañana, con frecuencia pueden observarse los procedimientos viciosos que siguen las niñeras, ignorantes de la trascendencia de sus engaños. Un niño cae por tierra y la niñera, para consolar su llanto, le dice: «¡Pégale al suelo, él te tiró.» El niño azota el suelo hasta desahogar su ira, y de esa superchería aparentemente inocente, quedan dos huellas en su espíritu: la idea de que el suelo lo tiró, cuando sólo fué causa de la caída la falta de precaución al correr ó la debilidad de sus piernezuelas; el fomento del instinto de la venganza!

Podrá objetarse que no siempre es posible dejar de engañar á los niños y que muchas veces el torrente de sus «¿por qué?»..... pone en aprieto hasta á los más avisados, pues hay muchas preguntas que no pueden ni deben contestárseles, dada su índole delicada. Pero en tales casos es muy posible darles á entender que tales cuestiones no están al alcance de su comprensión, sin necesidad de engañarlos.

De muy especial trascendencia son los prejuicios acerca de lo sobrenatural y los miedos con que las niñeras se complacen en rellenar las imaginaciones de los niños, y que en no pocas ocasiones duran en ellas toda la vida sin que alcancen á arrancarlas ni los conocimientos ni las convicciones que después puedan adquirir. Hay personas ilustradas que de noche, cuando están solas y sin luz, sienten invencibles terrores de cosas sobrenaturales, de aparecidos, de muertos, no obstante que su razón y su ilustración les grita que esos terrores son absurdos. ¿Qué significa eso? ..... Que los miedos de la niñez, engendrados por los cuentos y las amenazas de las niñeras, prendieron tan fuertemente sus garras en las imaginaciones tiernas, que más tarde ha sido ya imposible arrancarlos.

Téngase en cuenta la influencia que esos malos principios ejercen en el carácter, en la moralidad y en la felicidad de los hombres, y repítase sin cesar á los padres de familia y á los educadores en general: ¡No engañéis á los niños!

SARDIN.

CUENTOS FUNAMBULESCOS.

EL BENEFICIO.

—¡Fuera abajo!

—¡Con permiso, señores; necesitamos quitar esas sillas.

—¡No se olviden esas macetas á la izquierda. Esa puerta del fondo!

Todos esos gritos se oían en el foro.

A la puerta del camarín de la beneficiada se arremolinaban todos los admiradores, y procuraban estar cerca de ella, para que los ruidos de los preparativos de la escena, no les impidieran conversar.

El camarín era muy pequeño y entre aquellas paredes de tablas mal unidas apenas cabían las canastillas y coronas obsequiadas esa noche por los amigos de la tiple.

—Mis felicitaciones muy sinceras por su triunfo.

—Lucrecia, voy á tener el gusto de presentar con Vd. á mi amigo Román, que está deseoso de estrechar su mano; es poeta distinguido.

—Señorita.........

—Amigo Gómez, recibí su hermoso ramo; estas flores que saco en este acto son de las de Vd.

—¡Ya puede tocarse la primera!

—¿Dónde están las ollas?—preguntaba una corista.

—¡Luz, mándame el sombrero hongo, pero acepíllalo antes—gritaba á su mujer el barítono.

—¡Que no se olvide el cambio de luz en la primera mutación—recomendaba el Director de escena.

Todas esas frases aisladas, unidas al ruido de los trastos que caían, al chirriar de los telones, arrastrar de muebles, etc., etc., formaban una enorme confusión.

Un vejete de luciente pechera y de monóculo—un imbécil—dijo á la beneficiada:

—Por supuesto que está Vd. invitada á cenar con nosotros; ya sabe Vd., unos cuantos, todos de confianza.

—Gracias, D. Paco, pero no puedo! acabo tan cansada! y me siento enferma; otro día será; me voy directamente á casa.

—¡Oh! y yo que había mandado preparar una cena compuesta de los platillos favoritos de Vd.

—No, Vd. no desairará á D. Paco; hará Vd. un sacrificio.

—Seguramente que Lucrecia no llevaría su crueldad hasta el punto de dejarnos sin cenar, porque sin ella claro está que no cenaríamos, ¿verdad?

—¡Cuánto lo siento! pero no puede ser.

—Es verdad—suspiró D. Paco;—como ya recibió Vd. otras tres invitaciones, quién sabe cuál será el preferido.

—Está Vd. muy bien enterado; es Vd. atroz, D. Paco, pero ninguna he admitido.

—Señorita Lucrecia, preparada. ¿Lleva Vd. ya la pandereta?

—Sí; aquí está.

—¡La tercera! Coro de mujeres á la escena.

—Entonces hasta el otro entreacto; al menos aceptará Vd. una copa de «champagne,» aquí está en su camarín.

—Con todo gusto.

—A los pies de Vd.

—Voy á seguir aplaudiéndola.

—Hasta luego.

—Señorita, tanto gusto......

—¡Por fin, se fueron; qué fastidio!—casi gimió la beneficiada, sacudiendo de su cabellera rubia—es decir, suya no, la suya, natural, era negra, muy negra,—de su cabellera de utilería, el confetti que se le había prendido, y dejándose caer sobre una silla.

La orquesta preludió el último acto.

Las mujeres con las ollas apoyadas en la cadera, se alinearon por voces.

—¡Fuera de escena! ¡Arriba!

Y el telón subió.

Desde el salón llegaron los ruidos de asientos que desplegaban, de los pasos de los retardados y de los «Shit» de los que protestaban por los ruidos.

La voz del coro se alzó uniforme y sonora.

Lucrecia seguía sentada indolentemente—¡ya sola!—junto al bastidor segundo de la derecha.

Enfrente, entre los bastidores opuestos apareció un hombre que llevaba cubierta la cabeza con una gorrilla azul. Bajo ella asomaba un mechón de pelo, brillaban dos ojos y se movía impacientemente un bigote hirsuto—negro el cabello, negros los ojos y negro el bigote.

Iba en pechos de camisa, una camisa azul cruzada por tirantes negros que sostenían el pantalón también azul, y á la cintura llevaba un martillo y una bolsa con clavos.

Fingió, apoyándose con una mano sobre el bastidor, revisar si estaba bien puesta la escena, y resbaló su mirada sobre Lucrecia.

Ella entonces levantó la mano blanqueada, y le chasqueó «Pst» con la boca, y le mandó «Ven» con la mirada.

Fué el hombrazo.

Ella resueltamente, sin decirle palabra, le tomó con la pequeña mano suave y firme la manota encallecida y temblona, y lo arrastró al centro del camarín.

Se le puso enfrente, se cruzó de brazos, le miró con fijeza, á lo hondo, y como con un gran convencimiento, le afirmó, no le preguntó:

—¡Tú me quieres mucho!

—¡Yo?.........

—No lo niegues, tonto, ¿por qué no me lo has dicho?

—Pero......

—Esta noche me invitas á cenar.

—Pues......—y se llevó la mano significativamente al lugar en que hubiera llevado los bolsillos si hubiese vestido chaleco.

—Yo te presto; tú me pagarás bien.

—¡.........!

—Shit.

El traspunte llegó con el libro abierto y el farolillo al brazo.

—Señorita Lucrecia, entra Vd.—y le sopló al oído la primera frase.

—Vete, tonto, y espérame en la esquina; envuélvete en tu capa.

—Pero.........

—Que te calles.

Salió la beneficiada: aplausos; después cien gemelos se levantaron, y todas las miradas fueron á prenderse al cuerpo de la mujer.

Algunos tosían por lo bajo, otros se movían en los asientos, buscando que viese ella hacia ellos.

Y el hombrazo, pálido, sudoroso, trémulo, con las manos á la espalda y la mirada al suelo, se preguntaba si estaría despierto como en las otras noches, ó si estaría soñando en aquella noche de beneficio.

FRANCISCO ZÁRATE RUIZ.

Laboratorio Bacteriológico.

IMPORTANTES EXPERIENCIAS.

Como una dependencia del Instituto Patológico ha quedado establecido en el número 12 de la 7ª calle de Carpio, un laboratorio bacteriológico provisto para el servicio de los útiles y aparatos más modernos.

El lunes de la semana pasada fué visitado oficialmente por el Sr. Subsecretario de Instrucción Don Justo Sierra y, con este motivo, se dispusieron para ese día algunas experiencias que resultaron muy importantes. En resumen, vamos á dar cuenta á nuestros lectores de los departamentos en que se divide el Laboratorio y de los ensayos efectuados.

El departamento que visitó primero el Sr. Sierra fué el de comprobación de bacterias

Allí, en varios microscopios, se le mostró el bacilo de la peste bubónica, dándosele á conocer en seguida una interesante serie de microfotografías de bacterias patógenas. En el departamento de preparación de medios de cultivo, que recorrió después el Sr. Subsecretario, se propagan los gérmenes para las vacunas de Haffkine y Bedreska y, en otro, se hace la selección de los animales (cullos, ratas, etc.,) que deben servir para la experimentación.

El laboratorio técnico especial consta de una sola pieza, escrupulosamente protegida contra la invasión ó salida de los insectos y roedores. Hay en él, un ingenioso aparato en el cual se hacen las inoculaciones, siembras de gérmenes y repartición de vacunas, dispuesto de manera que sea imposible todo peligro de contagio. Un mecanismo especial permite abrir y cerrar automáticamente el aparato, y, una vez terminadas las experiencias que en él se efectúan, se le desinfecta con vapores de formalina mediante un generador especial y con otros antisépticos.

En este laboratorio se inoculó una rata con virus, se hizo la autopsía de otra, muerta, y se sembraron medios de cultivo con los productos de ésta. Las experiencias estuvieron á cargo del Sr. Dr. Angel Gaviño, Jefe del Establecimiento, y del Dr. D. José Gayón.



El Sr. Subsecretario de Instrucción Pública y el personal del Laboratorio.

Hechas estas pruebas, se visitó el departamento de estufas, donde se hace el cultivo de los microbios y se preparan las vacunas. Las estufas se calientan unas por electricidad y otras con gasolina carburada, á fin de mantenerlas á una temperatura constante. La rata que había servido para la experiencia á que antes nos referimos, fué cremada reduciéndosela en pocos minutos á un carbón parecido á la antracita.

Actualmente se procede al arreglo de un local para los caballos que han de proporcionar el suero curativo, y que deben ser vacunados. Como una medida precautoria, se ha construído un estanque en el cual, llegado el caso, los animales que mueran por inoculación, podrán ser destruídos empleando para ello substancias químicas especiales.

Además del Sr. Subsecretario de Instrución visitaron el Laboratorio los Sres. Dres. Don Eduardo Licéaga, Toussaint, Altamirano y algunos otros. La visita duró más de dos horas.



Un ángulo de la sala de comprobación.



EL MUSEO DE METZ.

Michelet.

En el museo de Metz hay, obra de Couture, un retrato de Michelet. Extraña é ineludible figura, toda ella pensamiento y pasión! Encuadrado, de espesos y largos cabellos grises, aquel rostro parece todavía joven. Es seco, fino, vibrante. La nariz, un poco prolongada, se dilata en ventanillas palpitantes. La boca, grande, arqueada, roja, ha sido trazada de una sola pincelada. Respira como una mezcla de voluptuosidad y de ascetismo, de fe y de inquietud. Pero el rasgo más notable es el de los párpados oscuros que caen sobre la mirada límpida con una dulzura cuasi femenina... Y, sin embargo, aquí están estos hombres, los bárbaros azules, los wurtembergueses verdes, los negros prusianos, todos ellos igualmente mugrientos y altaneros, llenando los cafés, los puestos de guardia, las estaciones, las plazas públicas, las iglesias y los paseos, en los que flota la sombra perfumada de los viejos olmos loreneses!

Sí, ahí están, bajo el gesto severo de Ney, bajo la mirada pensativa de Flaubert, frente á la catedral inmensa y florecida como un invernadero, cerca de este Mosela trasparente y vivo como una alma!



Aparato donde se hacen las inyecciones.

En medio de esta invasión que fuma, grita, bebe, come y bulle, haciendo gala de una ignorancia absoluta de la justicia, cuando se sale del museo de Metz, se lleva la imagen del más ardiente francés, del poeta tierno, febril y pintoresco, cuyo corazón desbordaba de amor y de odio, pero que no amó sino el amor y no execró sino la iniquidad, y se interroga entonces con entera confianza aquella límpida mirada de vidente, aquellos ojos de párpados sombríos que parecen haber llorado.

EMILE HEUZIN.





Fachada de la Legación de España. Fot. Napoleón.

Residencias Diplomáticas.

La Legación de España.

Entre las residencias diplomáticas establecidas en la actualidad en la Metrópoli, ocupa lugar preferente, no sólo por la hermosura de su construcción, sino también por el buen gusto que domina en el decorado de sus salones, el edificio de la calle de Sadí Carnot en que se encuentra instalada la Legación de España.

La suntuosa residencia, que se levanta enmedio de un jardín, consta de varios departamentos. En la planta baja están las oficinas y el despacho del Sr. Ministro, y la sala de espera y la de recepción, á las cuales da acceso una bonita escalinata de cantera. Tanto una como otra están arregladas con verdadero arte: en la primera se ven algunos cuadros de mérito y muebles de estilo morisco, y en la segunda, un lujoso ajuar «Luis XVI» y otro del estilo dominante en la época de Isabel la Católica. Ricos cortinajes de seda, biombos, etc., etc., completan el decorado de la sala, y los colores azul y crema dominan en las obras de tapicería.

Frente á estos departamentos, se encuentra una pequeña pieza que sirve de antesala á las oficinas, comunicada con el jardín por una escalera de mampostería, cubierta en sus lados por enredaderas tropicales. En el descanso de esta escalera, se ve el Escudo Real de España.

El despacho del Sr. Ministro, es también muy elegante, sus muebles son de lo más artístico y está adornado con vistosos tiestos y piezas florales.

***

Pero lo que más llama la atención de los que visitan el edificio es la variedad de pinturas, grabados y fotografías que posee el Sr. Marqués de Prat y que constituye, sin duda, el mejor adorno de su residencia. Hay allí cuadros debidos á los maestros antiguos y modernos más célebres, distinguiéndose en la colección, como los más valiosos, un «San Pedro» y un «San Bartolomé,» del Españoleto; «Una escena en Madrid» y un retrato del infante Baltazar, de Velásquez; una «Santa Bárbara» de Zurbarán, y una «Adoración de los Magos» de Van der Weyden.

Entre las fotografías, cuenta el Sr. Ministro, los retratos de la Reina Alejandra y de la Czarina de Rusia, con los autógrafos de las Soberanas, y los de los miembros de la familia Real española. En su despacho, y encerrado por un elegante marco que remata una corona real, se ve el de S. M. Alfonso XIII, con esta dedicatoria puesta por él mismo: «Al Marqués de Prat de Nantuillet, Alfonso, 1902.» De D. Alfonso XII, conserva el Sr. Ministro varios retratos, entre los cuales hay uno con estas líneas que demuestran la estimación y confianza que le dispensaba aquel Rey: «A Perico Prat, Recuerdo de Alfonso, 1881.»



El Sr. Ministro en su Despacho. Fot. Napoleón.

SALA DE ESPERA. Fot. Napoleón.

Además, vimos en la Legación multitud de fotografías de otros de los principales soberanos de Europa, de hombres célebres y de artistas notables.

***

Para concluir, diremos que tanto el Sr. Marqués como su distinguida esposa, ha sabido captarse por su exquisito trato, las simpatías de nuestra buena sociedad.

La Sra. Marquesa pertenece á una de las principales familias de Grecia; fué dama de honor de la reina, y por su posición en la Corte, tuvo oportunidad de conocer allí á la actual Soberana de Inglaterra, de quien se hizo íntima amiga.



EL TELAR DE LA VIDA.

Yo le he visto, aunque en sueños, le he visto. Encorvado sobre la complicada máquina, tensos los múltiples hilos y con los husos en la mano, el viejo tejedor fabricaba su tela.

Era larga y era ancha: todo cabía en ella. Era fuerte por un extremo, por el otro se deshilachaba. Era también caprichosa: todos los colores se reunían allí. ¡Cuántos hilos!

—Viejo tejedor, ¿qué hilos son ésos?

Son los hilos de la existencia.

El telar era muy grande. Innúmeros eran los que trabajaban en él. Unos reían, otros lloraban al son acompasado de las lanzaderas; pero todos reunían los hilos preciosos que más tarde debían desunirse: todos tejían su propia tela.

—Viejo tejedor, ¿qué fabrica ese joven tan afanosamente?

—Ilusiones, sueños, esperanzas.....

-Viejo tejedor, ¿qué hilos son los que emplea aquel receloso?

Los de la envidia, la mentira y la calumnia.

—Viejo urdidor, ¿qué teje aquel anciano?

—Desengaños, infortunios, ingratitudes.

Unos reían, otros lloraban al son acompasado de las lanzaderas; pero todos reunían los hilos que más tarde debían desunirse: todos fabricaban su propia tela.

A veces la tela era un manto de púrpura; otras, pañoletas y vendas, y á veces era un sudario.

Mientras unos reían y otros lloraban al son acompasado de las lanzaderas, el viejo urdidor me dijo:

—¡Todos tejen su propia desgracia!

FRANCISCO COBOS.

APOLINEA

Yo quiero el verso fácil: que tenga, cual la seda
ó cual la piel de un niño, la suavidad que anima
la mano cuyo tacto lo delicado estima;
yo quiero el verso, tierno, cual ramo de reseda.

Que finja los contornos del iris que se enreda
sobre las verdes frondas ó sobre la alta cima;
que surja níveo y terso y expire en dulce rima,
como el dilecto cisne junto á los pies de Leda.

Yo quiero el verso dócil al labio y al oído,
con vibración que exprese la magia del sonido
y arranque de las almas esencias misteriosas:

el verso que se nutre de cosas ignoradas:
que emerge en los capullos al beso de las Hadas
lleva de áureo carro las riendas, victoriosas!

L. TORRES ABANDERO.



LAS FIESTAS DE CARIDAD DE GUADALAJARA. (Fot. Lupercio.)
Srita. Ana Bárcena, reina de una corrida de toros



LEGACION DE ESPANA.— Interior del Despacho. Fot. Napoleón.

ESTIGMA

Clava en mi pecho tu perfidia! Clava
sobre mi pecho tu puñal! Ahonda!
Hasta que el hierro sin piedad responda
á tu conciencia delincuente y prava.

Y no te ocultes! Como intensa lava
saldrá del pecho la sangrienta onda,
antes que presa de terror se esconda
tu mano un tiempo de mi mano esclava.

Horrendo estigma que al perdón resiste
será en tu vida miserable y triste
la marca impresa por mi sangre ardiente.

Y de extinguirla tratarás en vano,
porque al borrarse en tu rebelde mano
mucho más negra infamará tu frente!

ANDRÉS MATA.





"Cadena de rosas."

La Kermesse de Santa María

Como un recuerdo de la animada Kermesse que se efectuó en Santa María de la Ribera en días pasados, publicamos una fotografía que representa al grupo de señoritas que formaron la «Cadena de rosas», y otra en que pueden verse algunos puestos y parte de la numerosísima concurrencia que llenaba la Alameda.

La «Cadena» fué la encargada de recibir á los Sres. Secretarios de Gobernación y de Guerra, que presidieron la fiesta, así como á otros funcionarios, y á los miembros de la Junta Directiva de la Kermesse.

Los Sres. Corral y Gral. Mena recorrieron las distintas callecillas del parque, acompañados de aquel grupo de hermosas señoritas y, presos en un saloncito elegantemente decorado, donde otras señoritas hacían veces de autoridades, se les «obligó» á firmar una acta y pagar una multa, antes de retirarse de allí.

La «Cadena» estaba formada por las señoritas siguientes:

María del Carmen Margáin, Mercedes y Joaquina de la Portilla, Guadalupe Pérez, Luisa de la Mora, Clotilde Massieu, Ascensión Covarrúbias, Josefina Novoa, María Pradillo, Matilde Blázquez, Rosa Bonieur, María Luisa Massieu, Celina de la Mora, María Margáin, Victoria Ducloig, Concepción Sánchez Díaz, María, Matilde y Ernestina del Castillo, Ana María Novoa, Enriqueta Ducloig, Elisa Carrillo, Dolores, Amelia y Enriqueta Arroyo, Sofía de la Garza, María Escalante, Joaquina Alfaro, Ema Ponier, Angela Monasterio, Nina y María Cataño y Lolita Escalante.

***

La Kermesse, que se repitió el domingo último, resultó lucidísima.

EL LÁTIGO

¡Hermosa tarde aquella de día sábado! Había terminado temprano la faena en los bolsillos sonaban algunas monedas y la alegría reinaba en el rancho. Antonio, el honrado campesino, sonreía lejanamente, en silencio, mirando por la puerta las sementeras de alfalfa oleantes como un lago de aguas muy verdes, y los trigales olorosos que ya empezaban á labrar el oro de sus ricas espigas. ¡Oh, qué cosecha la de aquel año!

Juan, su hijo, un gallardo mozo de veinte años, de pie junto á la pared, concluía en ese instante de trenzar un lazo; y de vez en cuando levantaba la vista haciendo un gesto malicioso cada vez que «la niña» sorprendía sus dulces miradas furtivas. «La niña,» una pobre huérfana acogida en el hogar por el tío Antonio, era su novia, su hermosa prometida, y el buen muchacho sentía una honda complacencia al verla así descuidada, ingenua, los brazos casi el descubierto, preparando el refresco para el viejo labrador. Más lejos, en un rincón, la abuela, una anciana de cabello completamente blanco, escardaba lana, silenciosa, perdida entre las hebras de deshechos vellones.

—¿Concluiste? preguntó de pronto el huaso.

Juan, que por vigésima vez se había quedado embelesado mirando á «la niña,» se volvió bruscamente, rojo por el bochorno.

—¡Ah! ya luego......

Y se hundió de nuevo en la tarea interrumpida, con un tesón extraño, casi febril, sin quitar la vista de su obra. «La niña» sirvió el refresco á su tío. El guaso lió un cigarro, chispeó el yesquero, y una bocanada de humo ascendió en el aire.

—¿También á ti? preguntó á su primo «la niña».

—Como quieras.. ...



Grupo de concurrentes á la Kermesse

Ella le brindó un vaso de refresco.

—¡La mitad, no más que la mitad!—observó él, al recibirlo.

—¿Y la otra?

—Ya lo sabes......

El mozo bebió con ansia. Aquel día había sido de gran labor. Un sol rabioso les había escaldado las espaldas; y luego, el viento, un viento seco y revuelto que alborotaba el polvo......

«¡Ah, si no fuera por «eso»! pensaba Juan, mientras el líquido agridulce le refrescaba las fauces.

—Toma, el trato es trato......

Ella lo vació de un sorbo. Era un compromiso que habían celebrado desde que el viejo Antonio les dijera, aquella inolvidable tarde, al regreso del trabajo, por el camino asoleado: «Sí, yo les doy mi consentimiento. Se casarán ustedes después de la cosecha, con el favor de Dios.........» Y nunca habían faltado, nunca Juan bebió sin compartir con «la niña» la bebida.

Antonio seguía fumando tranquilamente, sonriendo siempre ante la encantadora perspectiva de los campos verdegueantes...... «Oh, las eras repletas, el resollar de las yeguas fatigadas, el trigo vendido en la ciudad, los compradores peleándose su alfalfa.... Y, por otra parte, la fruta que sazonaba en la arboleda!» La abuela seguía también escardando lana, siempre callada en su rincón. Un último rayito de sol se coló por una rendija y bañó el cuadro idílico con la alegría de su luz.

—¡Ya está! exclamó Juan con un suspiro, apretando el último nudo de su lazo «de á ocho.»

—¿A ver? dijo el padre.

Y se puso á examinar con mano y ojo de perito en la materia, la obra maestra de su hijo.

—¡No está malo! murmuró. Llegarás á ser un rico trenzador...... De tal palo... ..

Y á la verdad, el guaso Antonio era famoso en la comarca por su innegable destreza en la talabartería campesina. Ninguna mano como la suya para sobar un cuero ó improvisar una montura, para moldear una cabeza ó trenzar un lazo. En cuanto á peguales, cinchas, maneas ó muchachos, ¡bah! en un minuto se hacía una docena, y con dibujos!

Así, Juan escuchaba con íntima satisfacción los elogios del viejo, y las dulces fruiciones del estímulo acariciaban su ánimo. No acertó á dar gracias, turbado. Eso sí, mientras su padre manoseaba, doblaba y estiraba la elástica cuerda del lazo, dirigió sus ojos á «la niña» con la esperanza de ver en los de ella un aplauso mudo, un reflejo de su propia complacencia...... Pero «la niña» había bajado la vista, entristecida, turbada también, y trataba de disimular el temblor de sus labios.

El pobre muchacho se sorprendió súbitamente. Realmente, era cosa que no comprendía...... Y de la expresión de franca y candorosa alegría que animaba su semblante, fué pasando al gesto amargo de la decepción más cruel.

—¿Qué fué, querida? pudo decir al fin.

—Nada, ¿sabes? replicó ella.

—Pero algo tienes....

—Sí, sí... voy á contártelo. El otro día, ¿recuerdas? cuando fuí á acompañarte hasta el camino, me encontré con Marcos, que nos había aguaitado...

—Marcos..... siempre Marcos....., interrumpió el muchacho haciendo un áspero mohín de desprecio.

—Sí, pues...... Y me dijo: «tu novio, el babieca, no sabe más que hacer lazos..... Si yo le viera, le enseñaría á hacer rebenques.... ¡Qué lástima, «niña», que le tengas por novio!» Yo me reí de él, á carcajadas, y le dejé plantado en el medio del camino......

—¿Con que eso dijo el bellaco? ¡Ah bribón! Pero ¿por qué te habías callado?

Su fisonomía de ordinario apacible y risueña, tomó una expresión de ira que dió miedo á «la niña.»

—¡Que no sé hacer más que lazos! Ya le probaré que no......

Y con un ademán rápido, desenrolló de su cintura un grueso látigo.

—Mira, «niña», mira....... ¿Quién lo habrá hecho? Te aseguro que, si quisiera, de un solo golpe con esta penca le rompería la crisma!

Y en sus manos el flexible rebenque se doblaba y batía el suelo, como una culebra cuya cabeza fuera la enorme y pesada nuez de plomo.....

«La niña» guardó silencio. Juan volvió á enrollar el chicote á la cintura, y á encerrar en su corazón el odio hacia aquel Marcos que había sido su amigo y que, su rival ahora, se empeñaba en estorbarle el paso, y con quien había tenido ya sus encontrones en las trillas y los rodeos.

El huaso Antonio seguía examinando la obra recién concluída, y hablaba para sí mismo de vez en cuando: «¡Buena mano para los lazos!» «¡Salió á su padre este muchacho!» ó expresiones semejantes. La abuela, como una momia, sin dar más señales de vida que el movimiento de las manos al escardar, parecía también un vellón de lana con sus trapos deshechos y sus cabellos muy blancos.....

***

Y Juan, el novio, agriado ya su triunfo por el incidente, se empecinaba, volvía á la misma, murmurando sordamente:

—¡Qué no sé hacer más que lazos! Ya le probaré que también sé fabricar buenos rebenques para los bribones!

VÍCTOR DOMINGO SILVA.



LAS FIESTAS DE CARIDAD EN GUADALAJARA
Srita. Fany Cañedo, reina de una corrida de toros.



Nubes grises como fardos agrupábanse al acaso,
De la luna el haz entraba
Por la enorme claraboya de la iglesia, y semejaba
Ancha brecha de tremendo metrallazo.
De tu abrigo abrillantóse el terciopelo,
Tus mejillas sin carmines eran flores de alabastro
Y el ebúrneo crisantemo que tenías en el pelo
—Nube negra fulguraba como un astro.
Multiformes sombras de álamos copudos
De caléndulas y montes melenudos,
Parecían
Destrozadas
Pieles negras que clavadas
En el campo, de los aires al resuello se curtían.
Un saúz de secas hojas y caída
Greña indócil, antojábaseme una
Hosca y trémula tarántula dormitando suspendida
De los hilos invisibles de la luna.
Garza insomne recorría los azures tranparentes
Y su sombra se arrastraba en la llanura florecida;
Tal sin ligas aparentes
Nuestras almas iban solas por la Nubia de la vida.
Caminamos, y de pronto sombra espesa
De alto fresno te cubrió con sus crespones:
Mi cuchillo deslustró sus brillazones
En tu cuerpo; mi cuchillo como tiesa
Lengua aguda de lebrel, que insolaciones
Refrescara en las heridas de su presa.
Me engañaste y engañaste mis congojas
Yo no olvido el arma aquella que tiñóse de es-
(carlata!....
En los árboles la noche preludiaba su sonata!...
Luengos rayos de la luna se filtraban por las hojas
Como tubos cristalinos de un gran órgano de pla-
(ta!....

ABEL C. SALAZAR.



COLECCIÓN PELLANDINI.

Progresos de la Fotografía.

Maravillosos, ciertamente, son los adelantos que la fotografía ha alcanzado en los últimos años, é incontable el número de verdaderas obras de arte que producen en la actualidad los grandes talleres.

No es ya el retrato de parecido más ó menos perfecto, ni la «vista» de tal ó cual edificio ó paisaje, lo que más preocupa á la fotografía moderna. Perfeccionados los aparatos y los procedimientos, el fotógrafo de nuestra época encuentra á cada paso «motivos» que en otros tiempos sólo era dado aprovechar á los grandes artistas y así vemos que, poco á poco, la cámara obscura va ensanchando su dominio para abarcar un campo de acción cada vez más extenso y más rico en asuntos.

Antes, los «modelos» estaban exclusivamente destinados al «estudio» de los devotos del color ó del cincel. Ahora, invaden el taller fotográfico, y son tan bellas y tan varias las obras en que intervienen, que se les considera como uno de los más preciosos recursos.

En este número publicamos primorosos trabajos fotográficos, salidos de un taller parisiense, á reserva de dar á conocer á nuestros lectores, en las próximas ediciones de «El Mundo Ilustrado» otras fotografías tan bellas como ésas.

EL TRIUNFO

Alberto dejó la pluma sobre la mesa con el nervioso gesto del que logra romper el grillete que desgarra sus carnes, y por sus finos labios sombreados por varonil mostacho, aquellos labios denunciadores del ingenio astuto y falaz que entre sus amigos le diera fama de polemista invencible, vagó, contrayéndolos apenas, un bosquejo de sonrisa que denunciaba muy á las claras, por la prisa que se dió en desaparecer, la docilidad de unos músculos acostumbrados por la severa disciplina á reprimir toda manifestación exterior del pensamiento que se reserva sistemáticamente, con el maligno deseo de permanecer desconocido para todos.

—Ya está! —dijo— y de sus ojos adormilados de pensador, brotó una chispa de amoroso fuego, la tierna mirada que el escritor dirige al montón de garrapateadas cuartillas, más expresiva, más intensamente paternal por el afecto á las cosas que no viven ni sienten, afecto apasionado y sincero muy especial en él y que constituía una nueva y curiosa faz de su carácter.

Alargó el brazo para recoger las cuartillas; y arrastrado por el mismo sentimiento que impulsa al labrador á recontar y examinar con cuidadoso y tierno escrúpulo las frescas gavillas de la cosecha esperada por largo tiempo, dió lectura á la obra, deleitándose al escuchar su propia voz, marcando con exagerado énfasis los períodos culminantes, las frases pomposamente líricas que él sabía de efecto decisivo en la tribuna, haciendo pausas intencionales, como para esperar los aplausos que tenía seguros.

Aquello era, como todo lo que salía de sus manos, un derroche de artificios, hábilmente disimulados tras el brillo deslumbrador de las metáforas. El pesimismo de moda, el enfermo pesimismo elevado á la categoría de una cualidad del mejor tono que en ciertos hombres débiles pretenden encontrar el aire de filósofos, de sabios dueños de la verdad suprema que experimentan por los otros el más completo desdén, resaltaba en el discurso de un modo ostensible. Se hablaba allí del hombre en perpetua lucha con el medio, con la tierra ingrata, gastada ya por el paso de mil generaciones, empobrecida hasta el extremo, «esa madrastra chocha—decía—que sólo tiene fuerzas para abrir sus mandíbulas de bestia carnicera para devorar á los hombres, sin saciar nunca su apetito brutal.» No más fe en la ciencia; no más fe en el trabajo; á vivir el minuto presente, cerrando los ojos para el por-

venir fatal escrito ya en el «libro de los destinos.» Puesto que la tierra es avara y es preciso arrancarle á viva fuerza lo que en su seno lleva para el amor, para la felicidad, para la vida, castiguemos su ciega crueldad, arrojando sobre su inmovible faz de idiota el amargo esputo de nuestro odio infinito y justo; caigamos en el polvo que nos prodiga porque lo sabe cargado de elementos destructores, hiriendo con nuestra planta el henchido vientre que jamás da á luz para nuestro bien.

Alberto permaneció en éxtasis, dejando que la fresca brisa que venía del jardín, penetrando discretamente por la abierta ventana, llegara hasta él para refrescar su enardecida frente con la caricia de sus leves alas.

Acabó por doblar la cabeza lentamente, como arrullado por el rumor de los aplausos presentidos, cerrando los ojos para oirlos mejor; pero el augusto silencio que lo rodeaba, después, aquel vago estremecimiento de la vida dispersa por todas partes, aquel incesante trabajo del Universo entero en camino hacia la suma perfección que se iba haciendo cada vez más perceptible, barrió con su potente soplo el rabioso egoísmo del escritor para el que un triunfo literario es todo en la vida, y ya no pudo escuchar más que el canto infinito de la tierra, la buena madre que vela el sueño de sus hijos:

«Quiero tu amor por entero y sin reserva alguna; á cambio de él, yo te prodigaré los dones que mi seno guarda para los buenos. La Humanidad sufre por falta de fe; su amarga duda la debilita y no tiene ya fuerza para amar tanto como es preciso. El amor labra los destinos; el trabajo los fortalece; la fatalidad no existe. Yo niego todo al que me desprecia y me insulta. Ven á mis brazos, posa tus labios sobre mis labios y bebe en ellos la vida á torrentes.»

Alberto se levantó bruscamente como obedeciendo á una orden venida de muy lejos, y llorando lágrimas de vergüenza, de disgusto de sí mismo, hizo mil pedazos el monstruoso artículo oratorio, y los blancos papelitos, como bandada de mariposas, fueron volando en todas direcciones, cayendo sobre las hojas de los rosales en flor, en el vasto jardín en donde millares de botones estallaban bajo la caricia de un delicioso amanecer.

ENRIQUE VILLARREAL.

DE VERANO

Es la tarde. Los rayos del sol se alargan
y hacen llamear el oro de las espigas
y á los pies de los álamos verde obscuros
arrojan largas sombras que se deslizan
por la extensa llanura, suben y bajan,
se quiebran en las tapias, y retorcidas
culebrean, hundiéndose en las acequias
para correr de nuevo por la campiña.

A un vientecillo fresco del sur, las hojas
de los álamos verdes alegres brincan,
mientras un calofrío de luz recorre
la ondeante superficie del mar de espigas.

Fuertemente encorvados los rudos torsos,
los brazos á lo largo de las rodillas,
de frente al sol que se hunde, los segadores
semejan, á lo lejos, extraña fila
de adoradores indios que se prosternan
ante el sol, cuyo enorme disco rebrilla
como la faz gloriosa de un dios alegre,
de un buen dios muy alegre, cuya sonrisa
hace surgir océanos de rubio trigo,
hace nacer las flores de la campiña,
hace tejer los nidos entre las ramas,
y hace unirse los labios, cual rosas vivas
que confunden sus mieles .....

....El sol se ha ido.

Y por las alamedas semisombrías
se alejan lentamente los segadores
cantando zamacuecas y seguidillas....

M. MAGALLANES MOURE.



COLECCIÓN PELLANDINI.



Orquesta de la Escuela Nacional de Ciegos.

Tejidos de bejuco.

La Escuela de Ciegos

Hace pocos días hablábamos en este semario de la enseñanza de los sordomudos y del establecimiento con que para impartirla, cuenta nuestro país. Ahora, vamos á referirnos á la Escuela Nacional de Ciegos que es, sin duda, uno de los planteles educativos más dignos de ser visitados.



Una lección de piano.

La Escuela fué fundada por el Sr. D. Ignacio Trigueros, Presidente del Ayuntamiento de México en 1866, y como todas las instituciones que no cuentan para sostenerse con una ayuda constante y eficaz, estuvo sujeta en los primeros años de su establecimiento á un sinnúmero de dificultades que sólo la perseverancia de su fundador logró vencer.

En 1871, la Secretaría de Gobernación decretó un impuesto á las loterías públicas, y con el laudable propósito de contribuir al sostenimiento de la Escuela, destinó parte del producto á cubrir los gastos más urgentes que demandaba la institución.

Con este auxilio, el Sr. Trigueros pudo implantar ya algunas mejoras en el edificio, atender á la creación de una planta de empleados competentes y activar el ingreso de alumnos, haciendo de esta manera que en un período de tiempo relativamente corto, el plantel realizara grandes progresos.

Concretándonos á las condiciones en que actualmente se encuentra la Escuela, diremos que sus adelantos son muy notables y que el Gobierno ha puesto cuanto ha estado de su parte, tanto para mejorar los métodos de enseñanza, adaptándolos á las prescripciones de la pedagogía moderna, como para introducir en el edificio todas aquellas reformas que reclaman la comodidad de los educandos y el ornato. Los distintos departamentos han sido convenientemente reparados, y la fachada, que antes presentaba un aspecto conventual, ofrece ahora á la vista, una serie de amplias ventanas que la hermosean sobremanera.

* *

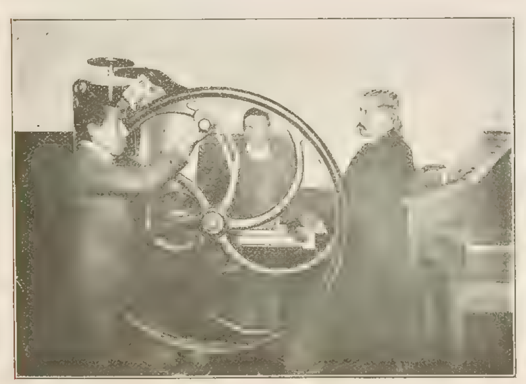
Por lo que toca al régimen escolar, la Escuela tiene establecidas clases de instrucción primaria y secundaria y clases de música, y el número suficiente de talleres para que los alumnos, una vez concluída la enseñanza elemental, puedan dedicarse al aprendizaje de un oficio que les proporcione los medios de ganarse honradamente la subsistencia al salir del Establecimiento.

Estos talleres están bajo la dirección de «maestros» competentes y muy familiarizados con la enseñanza de los ciegos. En el de imprenta, vimos ejecutar algunos trabajos con verdadera habilidad, así como en el de tejidos de bejuco y otros ramos. De la tipografía han salido casi todos los volúmenes que forman la biblioteca del Establecimiento. Los caracteres impresos son de relieve y la lectura se hace por los ciegos, por el tacto.

Pero no son únicamente los beneficios de la enseñanza los que los alumnos reciben; pues á fin de que terminada su carrera cuenten con un pequeño capital, se ha formado un «fondo» con el producto de los talleres y se lleva á cada uno de los educandos su «cuenta de alcances,» por decirlo así; cuenta que se compone de los premios que obtengan, de la parte que, deducido el costo de los materiales, quede de la suma en que se vendan los artefactos, y de los donativos que en numerario hagan los particulares á su favor, ya sea individual ó colectivamente.

* *

Las clases correspondientes á la instrucción primaria y secundaria, así como las de música, son objeto de parte del señor Director de



Taller de imprenta.



Clase de labores manuales.

la Escuela, de la más escrupulosa atención, y están dotadas con todos los materiales y útiles necesarios para la enseñanza. En la clase de Geografía, y en la de piano, pudimos observar el grado de instrucción á que alcanzan los alumnos, y la excelencia de los métodos empleados por los profesores: con el simple tacto, una alumna nos señaló en la esfera las principales naciones del globo, y un joven tocó al piano una de las más difíciles lecciones, con firmeza verdaderamente notable.



Clase de Geografía.

La orquesta formada por un grupo de alumnos, aunque poco numerosa, cuenta con un buen instrumental y se distingue por lo correcto de su ejecución.

Por último, diremos que en el Establecimiento se encuentra una exposición permanente de los trabajos que se ejecutan en los talleres y que se destinan á la venta. Labores manuales, como bordados, tejidos de gancho, pasamanerías, bolsas para viaje, cajas de cartón, cepillos, tejidos de bejuco, se encuentran en los aparadores, distinguiéndose por su magnífica hechura.

El amigo.

I

¡Qué día! Mis pobres hijos
faltos de pan y calor,
se agrupan junto á su madre
que agoniza de aflicción.

Y no hay en mi obscura choza
ni un solo rayo de sol,
ni el que baja hasta la tierra,
ni el que en la fe sube á Dios.

Loco, fiero y arma al brazo,
dispuesto al arroyo voy
á trocar mi blusa honrada
por el sayo del ladrón.

Rico albergue, su portada
abre á mi paso veloz,
cual portillo que brindase
al crimen la tentación.

Y allí penetro convulso
y ciego, con tal pavor,
que jamás delito humano
tuvo más dura expiación.

¡Pero me esperan con hambre
las tres vidas de mi amor!
¡y robo, y huyo y comienzo
mi carrera de pasión!

Mientras corría, la turba
tras mis pasos iba en pos,
y aún sus gritos me resuenan
á tempestad y á fragor!

¡Qué tortura! En mi carrera
un fiel amigo me vió,
más que un amigo, un hermano
en otro tiempo mejor!.....

II

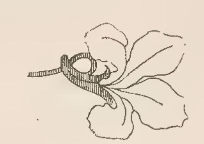
Evadirme pude al cabo
de aquella persecución,
y llevar á mis amores
pan, alegría y calor.....

Mas ¡ay! que á presidio fuí;
que un polizonte avizor
al preguntar á las gentes
por el nombre del ladrón,

A la turba, que es piadosa,
porque olvida al que pecó,
ninguno me conocía,
nadie levantó la voz;

¡Pero mi amigo, mi hermano
en otro tiempo mejor,
compadeciendo mi suerte,
afligido, me vendió!

MANUEL S. PICHARDO.





El manantial.

Penetrando del bosque en la espesura
donde á escondidas te da á luz la fuente,
me deleita escuchar el balbuciente
rumor primero de tu linfa pura.

Cuanto besas aquí, se transfigura:
la piedra se hace joya refulgente,
y hasta el lodo que baña tu corriente
se hermosea también, también fulgura.

Al verse en tu cristal, las mariposas
te toman por un cielo, y codiciosas
de lo inefable que en tu seno anida,

se lanzan á beber...... como alma al vuelo
que persigue, en las fuentes de la vida,
algo que sepa á manantial del cielo.

El río.

Dejaste el bosque allá, y echando afuera
tus alientos en brazos del destino,
al abrirte entre rocas un camino,
tu caudal se embravece á la carrera.

¡Ya eres fuerte! ¡A luchar! Tu afán espera
bañarse más allá de lo mezquino,
despreciando la rueda del molino
y el amor que florece en la ribera.

¡Te tiemblan como á un dios! Tu altivo em- [puje,
besando tala y fecundando ruge;
pero así que, endiosado en tu bravura,

llegas al mar y su amargor te toca,
te sepulta una onda de amargura......
y ya no encuentra más que hiel tu boca.

Purificación.

Al pálido lucir del firmamento
que indeciso alborea por Oriente,
cantan las olas la canción doliente
donde todo dolor encuentra acento.

Su amargura se expande en un lamento
tan hondo como el mar, que eternamente
persigue en vano ¡aquel dulzor de fuente!
cuya sola memoria es su tormento.

¡Pero ya brilla el sol! Rompe la espuma
sus cristales de hiel, y en tenue bruma
cada cresta espumante se revuelve......

la nube la recoge, toma vuelo,
la purifica en el azul del cielo,
y otra vez dulce al manantial la vuelve.

Pontons, Septiembre 1902.

M. MORERA Y GALICIA.

LA MILPA

De «Aires de la Montaña.»

Cuando tierna, es un mar verde cuyas aguas son las hojas
—cintas trémulas de raso finamente lanceoladas,—
que se agitan como crines ó se cruzan como espadas
defendiendo los «jilotes» de ambarinas crenchas flojas.

Ya en sazón, yergue sus frutos; el rumor de las panojas
crepitante, imita el ruido de las ondas encrespadas,
y famélicos la invaden negros tordos en bandadas
—militares orgullosos de ostentar presillas rojas.—

Y ya seca, por el fuego del buen sol de mediodía,
es la milpa haz de fusiles, batallón de infantería
que al redoble acompasado del marcial tambor sonoro,

vuelve intrépido y triunfante de los campos de la guerra
pregonando que los surcos—las matrices de la tierra—
dan por una sola gota de sudor mil granos de oro.

JUAN B. DELGADO.

México, 1903.





ESCUELA DE CIEGOS.—Un ángulo de la sala de Exposición.



LA INSTITUTRIZ.

NOVELA POR ESTER DE SUZE. ILUSTRACIONES DE SIMONT.

TRADUCCION DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

(CONTINÚA.)

-¡Oh! ¡Qué! ¡Qué' ¡Es usted! ¿Ha regresado? ¿Por qué, Dios mío, por qué?

Tendí mis manos hacia él, para rechazarle una vez más, en tanto que mi grito era un grito de derrota. ....

El me tomó de las manos.

Permanecía de pie y yo sentada, y para hablarme se inclinó á mi lado, hasta que me hizo sentir en el rostro la caricia de su aliento.

—Sí; yo soy; he obedecido á usted por mucho tiempo. ¿Hasta cuándo sería preciso?

—¡Siempre! ¡Siempre! No está bien...... Usted es casado......

Sus ojos se cubrieron de un velo de tristeza infinita, y sus dedos se crisparon entre los míos.

—Detesto ese matrimonio...... Sufro mucho...... ¡Si usted supiera! ¿Me dejará usted amarla, María Teresa?

—¿Y yo le amaría acaso?

Se puso rodilla en tierra, para acercarse á mí.

—Está usted sola, está usted triste... permítame que la ame. ¿Quién puede encontrar grato que usted desperdicie su vida? Oh! Su casa está vacía y obscura! Por sus sueños no hay imagen que cruce! Su porvenir no tiene desenlace! Oh! Si usted quisiera, María Teresa! Quién lo sabría? Yo sé ocultarme, sé aguardar las horas propicias. En mi corazón derramará usted todas las tristezas del suyo...... Y yo también verteré mis angustias en el suyo. En la noche, á la luz de las estrellas, iremos á embriagarnos con los perfumes del prado. Y en el invierno, usted me recibirá cerca de su hogar. Pondremos cerrojos en sus venjanas. Nadie verá proyectadas en el muro nuestras siluetas enlazadas. Será usted más que la esposa, será usted la amante! Es usted joven, hermosa y de alma ardiente...... Mi alma es igual á la suya. Qué pareja, María Teresa! Qué unión será la nuestra! Yo estoy solo; usted está igualmente sola, y nuestros seres se llaman uno á otro. Consienta usted, se lo imploro!

Ah! Mi pluma tiembla de vergüenza, ahora! Hasta qué grado de la escala moral había yo descendido, para que tales palabas me pudiesen haber sido dirigidas sin que yo me rebelase?.........

Estaba yo sin fuerzas, Raibert me retenía aún las manos y seguía arrodillado. Arrodillado, sí, como Silvio, pero en tanto que delante de Silvio había permanecido de pie, y firme y orgullosa, ahora estaba quieta, bajo la presión acariciadora de esas manos, y el abandono de mi actitud, me pareció ya una decadencia.

Silvio me había dicho:

«Sea usted mi esposa. Será mi Virgen Santa. Yo trabajaré mis campos mientras usted cuida su escuela.»

El otro me decía:

«Sea usted mi amante! Iremos á ocultarnos entre las sombras de la noche, y cerraremos herméticamente las ventanas de la casa.»

Y había yo rechazado al uno, porque era ebrio y porque socialmente estaba muy abajo de mí.

¿Tendría valor para rechazar al otro?

¿El vértigo que se apoderaba de mí, no era precusor del naufragio en que sucumbiría mi conciencia?

No estaba yo ciega! Sabía lo que hacía al dejar mis manos en contacto con aquellas que me quemaban, y sin embargo, las dejaba. Ante

mis ojos daban vueltas no sé qué fulgores. Cerca de mí no había flores, y sin embargo, me parecía que en alguna parte surgían puñados de rosas tan llenas de perfume, que por un momento me sentí desfallecer y que mi frente, al reclinarse sin fuerzas, tropezaba con un apoyo suave y tibio.

Y la voz, llena de amor, proseguía:

—Bien amada! Oh bien amada! Yo, que durante largos meses me he contentado con seguir la huella de sus pasos, la tengo ahora cerca de mi pecho...... Ah! Si usted supiera qué embriaguez causan sus rizos, sus párpados de seda, sus labios pálidos!......

Apoyó su boca en mis labios, como si quisiera aspirarlos....

Me aparté con un esfuerzo supremo.

—No!— murmuré— Yo no quiero faltar! Compadézcase usted de mí...... en nombre de su hermana, si la tiene usted!

Palideció y acercó su rostro al mío, que se apartaba.

No; yo no amo á usted! Amo al amor! Quisiera de él la flor, el ensueño nada más, se lo juro! Un corazón, una mano, un cerebro cultivado, todo esto en un ser de hombre ó de mujer, no importa! No quiero sino un ser amigo, porque estoy tristísimamente sola.... Aquí no hay nadie sino usted. Sea usted ese amigo, pero respéteme! Leeremos juntos, platicaremos, pensaremos el uno en el otro.....Será todo...... Júrelo usted!

Y esta vez era yo quien le suplicaba que me amara así! Y era tan sincero mi deseo de cándido amor, que Raibert se levantó impresionado y no me retuvo la mano sino para ayudarme á poner en pie.........

Cuando estuvimos de pie, el uno junto al otro, su actitud se cambió en respetuosa y sus ojos me envolvieron en una caricia de infinita piedad.

—Pobre! Pobre niña! Cuánto debe usted haber sufrido!

Evocaba mi soledad tan completa, mis silencios sin fin, mi pureza sin pasión y mi deseo de amor. El amor! La fusión de las almas una en otra, sin la necesidad de los sentidos, como en un paraíso en que se sueña.

Y esto debió parecerle muy hermoso, porque en sus ojos, que se llenaron de admiración, germinó el deseo fugaz de imitarme, de ascender conmigo á esa cúspide desde la cual le hablara de amor con una serenidad tan profunda.

Repitió:

—Pobre, pobre niña. Ni siquiera un hermano en el mundo! Y quisiera usted que ese hermano fuese yo! Pues bien, lo seré! Pero escúcheme, María Teresa.........

Poseído de una pasión súbita, volvió á atraerme hacia sí.

—Escuche usted bien...... seré su hermano.........Pero entonces, no me perfume usted con su presencia demasiado cerca; no me dé nunca la mano, cuando yo le tienda la mía, quítese de la nuca esos rizos que brillan como flamas......... Oh! María Teresa......... Y sus ojos.........¿Cómo velaría usted sus ojos lánguidos, sus ojos de amor?

Esta vez traté en vano de desasirme.

—Y sus labios, María Teresa: esos labios que he probado ya.....

Mas se calmó al fin. Golpeó el suelo con el pie, se apartó nerviosamente de mí, fogoso como un león que sacude su melena.

—No! No! Estoy loco. Quiero ser su hermano. Vuelva usted en sí, señorita Romane! Abra usted los ojos! Podría yo ser hasta su padre...... Qué teme usted de mí? Ha visto usted mis cabellos grises? Y mi mujer? Sabe usted que ella me espera en casa para dar un paseíto juntos? Tengo un libro que enviaré á usted......Vuelva usted en sí.... Yo huiré,......yo, que la causo miedo! Quiere usted que me vaya?....

Volví á la vida, poco á poco.

—Sí—murmuré con voz débil—váyase usted!.........

—No; no, mientras usted sufra........Compadézcase de mí. Acaso le pido algo ahora? Será tan dulce la amistad que usted ha deseado! Bien! Ya me voy. No tiene usted necesidad de mí para llegar á su casa. Vea usted que me arranco de aquí fácilmente. Los enamorados no tienen esta fuerza! Yo soy sólo amigo, nada más, ya lo verá usted.... y pronto le enviaré el libro.... ....

Estaba lejos ya, ligero como un fauno........ Esta semejanza me atravesó por la imaginación como una hoja de acero. Llevaba un vestido de lana color de ladrillo, como el de las hojas de otoño, y cuando corría por el sendero rocalloso, sus pasos resonaban, como las pezuñas de los semidioses griegos.......

Por la tarde Phrasia, al llegar como de costumbre, para que yo la enviase á buscar mis provisiones, sacó de su canasto un cuaderno de revista.

—Es el señor alcalde quien envía esto. Está allá el señor cura, y entre ambos lo eligieron para usted. Parece que esto la quitará el fastidio durante las vacaciones.

El alcalde no se ocultaba. Hasta mezclaba al cura en el asunto.

XXVIII

Qué debiera yo haber hecho?

No habría sido suficiente rechazar el libro.

¿Marcharme del pueblo; encontrar......ó no encontrar trabajo en otra parte; morir, si era preciso, pero ¿seguir tentando más á ese hombre y á mí misma?

Tales resoluciones son las salvadoras; pero no se las toma sino cuando ya todo está perdido.........

Recibí el libro.........Me encaminaba al abismo.........

Unos cuantos artículos serios y hermosos; un estudio acerca de los pintores de la época, el principio de una novela muy sencilla. Esa revista—el alcalde había escogido una de fecha atrasada, probablemente para que yo leyera toda la novela,—esa revista me interesó.

Al día siguiente se la entregué á Phrasia, que me trajo á continuación el cuaderno siguiente.

—Bien, señorita—me decía poco después el señor Raibert acercarse al jardín, en el momento preciso en que Phrasia me entregaba un cuaderno.—Está usted contenta con esa lectura? Quiere usted continuar en ella, ó desea leer otra cosa?

Tenía aspecto bonachón y sencillo, y se mostraba respetuoso sin exageración fingida. Me puse contenta, porque me ofrecía libros y los libros me encantan. Me dijo que tenía yo ya el último número de la revista y necesitaría esperar algún tiempo á que llegase el siguiente; pero si quería, estaban á mi disposición libros de Balzac, de Walter Scott, Daudet y otros......

—En fin—me dijo,—elija usted.

Me decidí por Balzac, pero no supe qué decir cuando él me pidió el título del libro que más me agradase.

—Elíjalo usted, señor alcalde.

—Oh! No, no, no—dijo con vehemencia.—Nunca!

Comprendí la razón de su negativa. Seguramente temía que si él escogía determinada obra del autor de la "Comedia Humana" y yo encontraba allí alguna semejanza de situaciones, podría sentirme lastimada. Había cambiádose en el verdadero amigo, en el buen hermano. Murmuré:

—No; elíjalo usted. Me agradará el que usted me envíe. Confío en usted.

Confíaba en él! Decía yo tal cosa sencillamente; pero lo pensaba con solemnidad, y él aceptó esto, como había aceptado el papel de hermano mío.

Me envió los libros, siempre por conducto de Phrasia. Nuestra intimidad no fué más adelante. Algunas veces, en el curso de mi lectura, tropezaba con algún pasaje marcado; pero podía haber sido señalado mucho tiempo antes, y no me fijaba en la señal sino para leer con mayor detenimiento esas líneas. No digo que mi pensamiento no fuese más lejos. Colocaba á Raibert en frente de esas líneas. Si se trataba de soledad, de unión desdichada, de vagas aspiraciones á un amor lejano, se me aparecía la imagen de ese hombre. Me enternecían sus cabellos prematuramente grises, su aspecto de tristeza continua. Me representaba su casa, coronada de torrecillas, donde vivía solo, entre Phrasia y su mujer vieja, enferma y malvada.......

Y me parecía adivinar en él una serie de desgracias parecidas á las que yo hube de sufrir; tan semejantes, que una tarde me pareció que las lágrimas que lloraba sobre mis recuerdos, las derramaba sobre nuestras cabezas juntas. Fué extraño. Lloraba de que el destino nos hubiese hecho tan semejantes y tan separados uno de otro. No sé qué me faltaba aún, á pesar de la amistad surgida en mi existencia. A veces me imaginaba verme en la casa de las torrecillas, yendo y viniendo en torno de Raibert, hecho mi esposo..... ¡Esto no sería nunca!... .. Y cuando salí de ese ensueño, me sentí llena de vergüenza.

No me daba cuenta de que caminaba á grandes pasos por el sendero del amor. En otro tiempo había podido decir á Raibert: «No amo á usted.» Ahora esto no habría sido verdad. Ese hombre tomaba posesión de mi vida. Pensaba en él por la noche, y en el día, al leer los libros, al hacer las faenas de mi casa, al tratar de no encontrarlo.

Un día encontré una cartita entre las páginas del libro que me envió. En ella me ampliaba el tema del libro, me hacía notar algunas de sus bellezas que, de otro modo, habrían pasado inadvertidas. Escribía bien. Me pareció elegante su manera de trasmitirme sus impresiones á propósito del libro, sin tratar de verme, y en un lenguaje que estaba lleno de ternura, aun cuando en todo el pliego no hubiese una frase dirigida á mí, directamente. También mi corazón se desbordaba y mi pluma estaba fácil, así es que respondí de la misma manera, y este juego continuó por algún tiempo. Pero sucedió que en una ocasión, Raibert firmó su carta: «Pedro.» Este nombre parecía allí estampado como un beso. Estando á solas, me ruboricé, y ese día no contesté. Aquella debía ser la última de nuestras comunicaciones á distancia: en esa misma noche, Raibert llamaba á mi puerta.

XXIX

Tan ajena me era la idea de que él pudiese ir á mi casa, que fuí á abrir cuando llamó. De un salto se coló hasta mi recámara.

—¿Por qué no respondió usted hoy, María Teresa?

Quise prohibirle pronunciar así mi nombre; reprocharle el suyo, el que se había atrevido á poner al pie de su página escrita; obligarle á salir como un ladrón contra quien se pide socorro; y todas estas ideas se confundieron en mí. Estaba enloquecida por su presencia. La firma de la carta, que había sido la causa de todo, me obcecó, me martilleó en el cerebro con una idea fija. Y esa idea, que quería despedir á ese hombre, gritar, explicar la indignación causada por tal sorpresa; esa idea estalló en un grito... el nombre de Raibert, el nombre de la firma:

—¡Pedro! ¡Pedro!

El creyó que era un grito de amor, y trató de atraerme á sí, cuando me vió vacilar desfallecida.

(CONTINUARÁ.)



Estudio fotográfico. (Felipe Torres).

FLOREAL.

Había gran alboroto entre las flores del jardín de la marquesita Elodia.

Durante la noche había venido su majestad el rey Momo, acompañado de sus consejeros Arlequín y Pierrot, las había despertado á todas y ordenádolas celebrar las Carnestolendas. Esto, después de bromear un rato, de piropearlas y de hacer picarescas alusiones á la linda marquesita, chanzas que aplaudían Pierrot y Arlequín soltando grandes risotadas y agitando endemoniadamente los cascabeles.

Todas hablaban á la vez. La rosa bachillera charlaba hasta por las espinas; la camelia ensartaba discurso tras discurso; el jazmín se reía á caquinos; el nardo hacía enrojecer á sus compañeras con sus bromas de color subido; la traviesa peonía se arrastraba cautelosamente y pellizcaba los tallos á las flores vecinas; el muy mentecato del narciso hablaba distraídamente, porque toda su atención la ponía en acicalarse con las gotas del rocío; las buenas tardes querían seguir durmiendo, pero los tunantes claveles, apenas las veían dormitando, las daban insolentes besos en los pétalos; el heliotropo hablaba al oído de una margarita no sé qué cosas, que la turbaban y hacían reír; la azucena recitaba oraciones matinales (¡á la muy tonta se le había metido entre hoja y hoja ser monja!); la violeta era la única que no hablaba ni se movía: soñaba en las frases de amor que, en voz baja, la venía murmurando, desde hacía tiempo, un apuesto galán de noche......... ¡Pobrecilla! ¡Ya no resistiría más y pronto cedería!.........

—¡Qué batahola!

—Celebremos el Carnaval con un fastuoso baile—propuso la coquetuela de la rosa.

—¡Bravo! ¡Bravo! gritaron las flores.

—¡Mejor sería una bacanal! —apuntó maliciosamente el nardo.

—¡Grosero! ¡Insolente! ¡Satírico! —apostrofó irritada una dalia marisabidilla.

—Sátiro, habréis querido decir, mi furiosa amiga—corrigió con sorna el nardo.

—¿Y qué es eso de bacanal?—preguntó una clemátide inocentona.

—Es..... lo que no puede decirse—contestó riéndose la rosa.

—Señoras y caballeros, propongo un simbólico baile de disfraces—dijo un lirio que la daba de poeta decadente;—disfracémonos, por ejemplo, de gente honrada.

—Perfectamente, señor mío, pero sepamos antes cómo es ese disfraz.

—No había caído en el inconveniente... Entonces de pícaros.

—Pues yo declaro que prefiero á todo eso pasar unas cuantas horas en el teatro prendida al «smóking» de un gallardo y aristocrático joven.

—Yo—dijo tímidamente la azucena—quisiera estar en el altar de la Virgen, iluminada por la luz de los cirios y envuelta por tibias y fragantes nubes de incienso.

—Sí, ¿eh?—dijo el incorregible nardo.—Yo no aspiro á delicias tan celestiales: me conformo con estar en un «bouquet» rodeado de mis amiguitas las rosas, bien apretado con ellas......

—¡Libidinoso! ¡Concupiscente! ¡Pillo!—interrumpieron éstas, pinchando al pícaro nardo con las espinas.

—¡Ay tiranas!... ¡Ay! ¡ay!... ¡Que os beso!...... ¡Ay!......

—¡Callaos, bachilleras del demonio!—exclamó un viejo cuervo desde un abeto próximo.—No me habéis dejado meditar en toda la noche con vuestra insulsa charla. Ya os quisiera ver á todas dentro de la panza de un buey. ¡Vaya con las charlatanas y con la disparidad de las opiniones! ¡Malhaya las Carnestolendas!

—Usted dispense, señor cuervo, que le hayamos turbados sus meditaciones; no le habíamos visto.... Tenga usted en cuenta que la alegría es patrimonio de la juventud y no de ancianos y sabios como usted.

—¡Ea! En suma, ¿lo que vosotros queréis es diversión? ¿No es verdad?—preguntó con maligna sonrisa.

—Sí, señor.

—¿Y queréis mucho á la marquesita, esa damisela tan frívola, tan charlatana y tan loca como vosotras, mala pécora?

—¡Oh! sí, señor; ella es buena; con frecuencia nos riega, nos cuida y nos acaricia con sus lindas manos.

—Perfectamente, pues ella os va á dar hoy diversión—dijo el cuervo con cachaza, y remontó el vuelo.

Las flores se pusieron contentísimas. Ya maliciaban de qué se trataba. Ese feo cuervo aludiría probablemente á la fiesta que la marquesita daba todos los años en Carnestolendas.

....Efectivamente, pocas horas después el jardinero, vestido de negro, arrancó todas las flores para adornar el ataúd de la marquesita, que había muerto esa noche, mientras su majestad el rey Momo, borracho como una cuba, decía chuscadas, que aplaudían sus consejeros Pierrot y Arlequín, soltando grandes risotadas y agitando endemoniadamente los cascabeles ....

Clemente Palma.

Lima.



Bellas Artes.



ENTRE LAS REDES.

El Mundo Ilustrado

AÑO X.--TOMO I.--NUM. 13 MEXICO, MARZO 29 DE 1903. Subscripción mensual foránea, $1.50 Idem. Idem. en la capital, $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



ARTE CLÁSICO. (COLECCIÓN PELLANDINI.)

DIAS DE ROMA.

CREPÚSCULO.

Un buen día de febrero en Roma es una ganga; hay que aprovecharla, es fuerza no perder un minuto; he aquí un programa: á las ocho de la mañana despertar á Manuel Mercado (jr.), despertarlo, obligarlo á vestirse, á desayunarse, á aceptar de buen humor el sacrificio, á bajar, á salir; conjugar esta obra titánica con la no menor de abreviar las largas etapas de la toilette del doctor Deffis, y, en fin, reunirnos todos, después de las nueve, en la puerta de nuestro magnífico hotel (Grand Hotel, plaza de las Termas, el mejor de Roma); subir en nuestros carruajes abiertos bajo un sol que hacía meritorios esfuerzos por calentarnos, y partir rumbo al Panthéon, al Gesú, á la Cancillería, á la Galería Doria; luego «lonchar» rápidamente en el café Colonna (buen servicio, excelente chianti, clientela «scelta» de oficiales, diputados y cocotas), y en seguida, reembarcarse, ir á Santa María del Pópolo, subir á la villa Borghese...... ¿Queréis que paremos aquí, lectores míos? Son las dos de la tarde, siento un poco de fatiga, el sol calienta ya, el cielo de un azul de raso de palio viejo se digna sonreír, la atmósfera dulcemente diáfana, permite ver y detallar las cosas, el alma se espereza y revolotea contenta en aquella jaula de oro vivo ¡y aquí nos paramos!

Voy á decir una especie de heregía psicológica probablemente, pero juro haberme dado cuenta en Italia algunas veces, de una sensación particular que me atrevo á llamar «sensación de la inmaterialidad del alma»; indefinible sensación, por supuesto, pero real, equivalente á la de algo sutil, luminoso, etéreo, ligero y puro. ¿Efecto de la atmósfera cargada por el sol en todas sus moléculas de electricidad vital; efecto de tanta reliquia del arte que satura el ambiente de átomos de juventud y poesía; efecto de los recuerdos que surgen en derredor nuestro y corean todos nuestros pensamientos con el canto sin notas de un pasado que nos parece divino, porque jamás volverá? No sé: pero creo que aquí en esta colina de los huertos (collis hortorum) fué donde compuso ese gran vividor fino, desencantado y noble que se llamó el emperador Hadriano, aquellos sus tenues versos:

«Anímula, vágula, blándula.....»

Las arboledas altas, escuetas, levemente vestidas de frondas verde pálido ú oro viejo, que hacía pocos días había cuajado de cristal la nieve; las esplanadas de felpa amarillenta bordadas de hojas caídas que iban y venían con las ráfagas del céfiro (si aquí en este paisaje clásico no se dice «céfiro» ¿para cuándo se guarda?), las fuentes grandes, colmadas de agua que también parecía un poco vieja, un poco verde y transparente, sin embargo, pero con una transparencia aquí y allá interrumpida por archipiélagos de hojas secas y de musgos negros, las imitaciones de templos egipcios, las estatuas, los vasos, todo tenía ese indefinible encanto de una tapicería de Gobelinos, blonda, clara, marchita, regia.....

***

Visitar el museo, es necesidad imperiosísima en aquel momento, hay allí estatuas y vasos antiguos de primer orden, hay allí estatuas modernas. Con deciros, lectores, que allí está la famosa Paulina Borghese de Canova! Desnuda, soberbia, serena con el impudor soberano de una hetaira imperial, parece sonrojar levemente la fría castidad del mármol. ¡Ah! Paulette, delicioso «bibelot» humano, tu papel de heroína en Santo Domingo, acompañando á tu primer marido á matar negros, era insostenible, era una «pose» y aquí veniste ya transformada en princesa, y fuiste una italiana (lo que eras) de la corte de los papas Borgias ó de los papas Médicis, cruel, impúdica, adorable; sí, lo que eras, así habías nacido, así te encontró Canova, así te inmortalizó en mármol que era el único modo de tornarte pura... Mientras tu hermano hacía una gran mancha obscura sobre el mundo con la sombra del águila, tú, Paulette Bonaparte, dabas vuelo á tu «anímula, vágula, blándula;» esa almita era un ave, era una paloma del carro de Venus...!

Mas no, no entraremos al Museo, lectores, la tarde avanza, sigamos nuestro programa, vamos al Pincio. Ya no se ven desde aquí los bellos panoramas que antaño no ocultaban las inexpresivas construcciones nuevas. Se ve bajo los grandes árboles, hoy fríos y medio desnudos, á la aristocracia romana ó á la rica y plácida burguesía, ó al «mundo» de los turistas más ó menos salpicado de rojo, discurrir en carruajes abiertos, lentamente, por las altas avenidas ó apiñarse en las grandes glorietas, donde las resonancias metálicas de la música militar, apoyan el cuchicheo de las conversaciones y el rumor de roces de sedas de las hojas caídas, voluptuosamente asendereadas por las ráfagas frías.

Ya iba á trasmontar el limpio sol de aquel día limpio, cuando nuestros cocheros, que nos querían conducir á la Escuela de Francia (Villa Médici, la antigua mansión de Lúculo) allí mismo situada, se vieron obligados por nuestra fiera energía, á dejar el Pincio. Bajamos al Corso, lo seguimos algunos minutos y salimos del corazón de la ciudad, por el puente Garibaldi, bajo el cual corría manso hoy el Tíber que hace unos días hizo serias fechorías por estos contornos, y cinco minutos después subíamos despacio la blanda pendiente del Gianicolo, el Ianículo, como decimos más en latín nosotros. Visitamos en «S. Pietro in Montorio» el «tempietto» del Bramante, con su cupulilla esférica, que luego quiso el artífice trasplantar agigantándola á San Pedro, vimos, allá abajo, el agujero en que fué sembrada la cruz donde sufrió el apóstol «de cabeza» su transverberación y continuamos de prisa nuestra ascensión; ya dejamos á nuestra espalda un gran panorama, el de Zolá, pero íbamos en pos de otro mejor. Pasamos frente á la fuente del «Acqua Paola,» hecha de mármoles y granitos arrancados á los monumentos imperiales y por cuyas tres altas bocas corre abundante, suntuoso y puro, un triple río que viene de un lago de las montañas vecinas; dejando para otro día (día que no llegó) nuestra visita á la Academia española, seguimos subiendo: estábamos en la «parseghiatta Marghetita.»

***

Garibaldi, es en Italia, lo que fué en la historia, un caballero andante, el caballero andante de la libertad de los pueblos; todavía después de muerto, su nombre anda mezclado en todas las empresas emancipadoras de nacionalidades en formación. A este andante caballero se le ve en todas las ciudades de Italia, poco á pie, mucho á caballo, con su birrete húngaro, su blusa, su «poncho» argentino y su gran cara simpática de apóstol armado. Un inmenso niño, un arcángel épico, crédulo, obstinadamente soñador y tenaz realizador de ensueños; la libertad era su Dulcinea y á fuerza de sangre y lágrimas y voluntad, la hizo venir de lo ideal á lo real y esta amada suya, muestra su efigie en todas partes, como un talismán colgado del cuello.

Aquí está y no sé si habrá algo mejor entre los monumentos garibaldinos, pero este de Gallori, pomposo y teatral como es, me pareció soberbio, aun rodeado de este panorama único, que parece como una decoración hecha de toda la historia humana en derredor de este sublime don Quijote de la Revolución. El pedestal altísimo, rodeado de colosales grupos guerreros y de alegorías suntuosas, sostiene la estatua ecuestre del General; el caballo tranquilo que plantado sobre sus cuatro patas, husmea el viento que viene de Roma, como pronto á relinchar y saltar á la primera caricia de la espuela, es bello de verdad y de vida; el jinete no mira á Roma, vuelve la vista grave y profunda hacia el Vaticano, cuyas ventanas relampaguean en este instante de reflejos de sol poniente; á quien primero ve el Papa, cuando se asoma á contemplar el cielo, es á Garibaldi; Pío IX lo tenía por un Lucifer, estamos seguros que León XIII no. Dirá: «Dios mío, perdónalo, porque era un gran sincero, porque creyó y amó.» Esto, al menos, diría yo si fuera el Papa.

La silueta del bronce en aquel cielo que empezaba á palidecer, pero infinitamente puro y diáfano, era de un efecto incomparable. Lentamente volvíamos la vista hacia Roma, la teníamos á nuestros pies.

***

Esperábamos más, esperábamos otro aspecto, otra emoción, otro grito de las cosas; Chicago, New-York, París, son panoramas urbanos gigantescos en comparación con éste; como pintorescos, Toledo, Granada, Méjico, dicen más. Era natural; el panorama de Roma en el tiempo es inmenso y nuestro espíritu tendía á apropiar el tiempo al espacio, lo subjetivo á lo objetivo, Roma en nuestra imaginación debió desbordar aquella línea apenas ondulada de montañas que la circuía y perderse en los límites del mundo antiguo; como jurídicamente fué una ciudad del tamaño del mundo, creíamos que debía la sensación materializar, digámoslo así, la noción; y no, la imagen que llevábamos en el alma y la que se reproducía en nuestra retina, no conjugaban, no coincidían, no podíamos afocar bien.

Teníamos delante una línea de alturas casi parda, compacta, obscura, sin ondas apenas, sin picos de gran relieve; el anteojo nos mostraba los pueblecillos que hacían manchas claras en aquella zona de penumbra, tras de la cual el sol iba á desaparecer en la invisible bruma que no lo imprecisaba, pero lo entibiaba y lo atenuaba como un cristal sin mancha interpuesto entre nuestros ojos y la inmensa patena de oro.

Más allá de las verduras deliciosas de la falda del Gianícolo en cuya meseta estábamos, las eses del Tíber blanquizco y más allá un apiñamiento indefinidamente multiplicado de casas vetustas, de tejados rojizos formando abiertos ángulos ó declives lentos sobre muros viejos clareados de ventanas que parecían desvencijadas, y aquellas horizontalidades y aquellas angulosidades se agrupaban ó se espaciaban en todas direcciones dispersando la vista y desuniendo el paisaje. Tratábamos de concretar con cierta angustia aquel hacinamiento manchado de árboles esféricos ó piramidales sobre cuyas cimas pasaban vibrantes los besos oblicuos, seguidos de sombras largas, lentas, del sol poniente.

Las torres redondas, cuadradas, las cúpulas ó solas y esbeltas ó pareadas, las puntas de los obeliscos, todo ello tocado, manchado de colores distintos por un pincel seguro, quitaban la monotonía á aquel montón de casas banales; banales á pesar de las sartas policromas de ropas y harapos puestos al sol en las callejas y vericuetos de junto al río.

Buscábamos puntos de «repère» [no me viene á la memoria, indigno académico que soy, la palabra española exacta; diremos «puntos de referencia,» no me satisface «de mira»] buscábamos el modo de distribuir en episodios topográficos ó monumentales, aquel cua-



Vista general de Roma.

dro inconexo. Este es el "Aventino", aquí, abajo, á la derecha, preciso, mezquino aún, pobre, negro; aquí estuvo á pique de nacer otra Roma, la Roma de la «plebe,» allá cuando esta Roma que no fundó Rómulo, sino que probablemente venció y sujetó, era una agrupación de aldehuelas sometidas á esa fortaleza que estaba allí frente por frente en el Palatino aliada y unimismada con la otra que estaba más allá en el Quirinal y señora de la colina sagrada del Capitolio ¿pero dónde están esas colinas? Apenas se notan en las ondulaciones de la masa urbana, por la altura de los edificios. Ya entonces empieza el enjambre de abejas de los recuerdos á zumbar en el espíritu; para el espíritu nada vive tanto como la muerte; esta muerte que se llama Roma está hecha de infinitas moléculas de vida; los trozos de muros altísimos del Palatino, la enhiesta torre cuadrada del Capitolio, el Coliseo más allá con su cráter roto, trágico, eterno como el Cristianismo, de cuyo nacimiento y grandeza es el sombrío testigo, y allá las siluetas formidables de las Termas de Caracalla, osamenta de una catedral del placer, dentro de la cual habría podido caber el domo de San Pedro. Y por todas partes las iglesias: ésas recuerdan los primeros siglos, son las vetustísimas basílicas reformadas; éstas la Edad Media, la época del continuo batallar y del constante rezar en que los papas eran santos ó bandidos, y en que los nobles romanos hacían de los monumentos sus guaridas de gerifaltes y neblíes, y de los templos, teatros de sus orgías pintorescas y feroces de codicia y de crimen; y el Renacimiento, fastuoso, severo, armonioso, grande, envuelto en su espléndida nube de paganismo artístico, sensual y grave; aquí está, andando unos pasos á la izquierda, casi detrás del Gianícolo, se le ve triunfar en la corona cupular de San Pedro. «Esa torre cuadrada, amarillenta que ve V. allí, me decía en la plazoleta de "S. Pietro in montorio" un fotógrafo, ésa es la torre en que Nerón cantó sobre el incendio de Roma.»

Es un cuento, la torre de Nerón es del siglo XII ó XIII no sé; pero lo que no debe de ser cuento es que Nerón cantó; y, por cierto, que no le veo nada de malo á esto; ¿por qué al ver aquella sima prodigiosa de humo y de fuego en que se calcinaba como Dido en la pira, la reina del mundo, no se le había de ocurrir expresar su horror como lo expresan los literatos en frases hechas, en versos, si los sabía, y en versos cantados, si era cantante?

Lo encuentro todo perfectamente natural y dicho se está que los literatos puros, tienen en vez de alma una ánfora de retórica y por sola pasión el anhelo del aplauso.

Y entonces el paisaje entero vivió á mis ojos, poblado de héroes, de mártires, de criminales, de multitudes ó sublimes ó viles, pero hermosamente decorativas y teatrales; aquellas piedras que habían temblado con todos los huracanes de la historia humana; aquellas arboledas negras que habían vibrado con todos los huracanes de las pasiones excelsas ó infernales; aquellos trozos de muros que habían azotado las procesiones interminables de los Césares, de los Emperadores bárbaros, de los pontífices de guerra y de sangre, ó de bendición y de lágrimas; de las soberbias cortesanas cuyos pies besaban el mundo y la iglesia; y allá junto á la estupenda tumba de Hadriano [Santángelo] la Roma nueva, la cuarta Roma, la de hoy, lujosa, grandiosa, vacía..... Por aquel fin de paisaje huye la Vía Appia, el camino de la otra Roma, de la subterránea, de las Catacumbas, de la muerte lentamente transformada en vida por la sangre mezclada al polvo de los circos, por las lágrimas que mojaban las cenizas de los mártires, por las esperanzas, por la fe que tomaba la forma incesantemente renovada entonces de la plegaria......

Un gran silencio subía de la ciudad, el silencio que sucede al tumulto en una asamblea cuando un orador esperado hondamente se pone de pie...... Apenas un poco de murmurio de frondas, ó de agua lejana que caía en la taza monumental del "Acqua Paola" subrayaban aquel silencio; ¿quién iba á hablar? ¿quién iba á pronunciar las palabras supremas? ¿quién á descifrar el enigma de la esfinge? ¿Este pontífice á caballo de la idea nueva de donde Italia ha nacido á la unidad ó aquel hombre blanco escondido detrás de los cristales del Vaticano, verbo encarnado de la historia de Roma la grande, la de los recuerdos, la que pasó?

No sé, un silencio subía de las cosas y ganaba como una gran sombra el alma; la luz que el sol, que había desaparecido y que yo había visto desaparecer, no sé en dónde ni cómo, la luz que el sol había dejado difundida en la atmósfera caía como polvo de oro sobre los perfiles de algunas cimas, sobre las aristas de algunos edificios, en las linternillas de algunas cúpulas...... Pero no, todo era sombra, Roma era un silencio, era una catacumba, sobre ella había otra Roma, vagamente percibida, allá arriba, en las brumas de la noche, en las lejanías adivinadas de lo ideal, la Roma de los latinos del porvenir.

Fantasías ¡qué! Roma era un silencio......

***

Me encuentro en una carta escrita veinte minutos después estas líneas: "Oh! Roma, Roma, poesía encantada del Pasado y de la Muerte, ciudad de sombras, de esqueletos vestidos, de grandezas pulverizadas, de tristezas sin fin, de melancolías de abismo! Sí, allá del otro lado del mundo, casi del otro lado de la vida, están la patria, el hogar, la amada, todo, el faro, la estrella: pero esta lámpara de santuario, pero esta antorcha volteada viuda de su flama y de su vida; pero este trozo de mármol de la tumba de los siglos, me atrae, me obliga á pegar á él mis labios, y el corazón se me exprime en añoranzas y en lágrimas y la nostalgia, la inmensa, la irremediable, la nostalgia de lo que no volverá á ser, me dicta un adiós desesperado. Adiós, pues, la de mis ensueños de tantos años, de tantos libros, de tantas almas; nobleza de nuestro pensamiento y de nuestra raza, adiós, Roma, tan grande, tan desigual, tan sucia, tan amarilla, tan aristocrática, tan destrozada, tan bella. ¡Dios mío, Dios mío, pues qué ya no sé hacer versos?

Justo Sierra.



Por el aire del cuarto, saturado
De un olor á vejeces peregrino,
Del crepúsculo el rayo vespertino
Va á desteñir los muebles de brocado.

El piano está del caballete al lado
Y de un busto del Dante el perfil fino
Del arabesco azul de un jarrón chino
Medio oculta el dibujo complicado.

Junto al rojizo orín de una armadura
Hay un viejo retablo, donde inquieta
Brilla la luz del marco en la moldura;

Y parecen clamar por un poeta
Que improvise del cuarto la pintura,
Las manchas de color de la paleta.

JOSÉ A. SILVA.

LOS ESPEJOS.

Testigos siempre mudos, en épocas remotas
Copiaron los virreyes y oidores de Castilla,
De rojizos jubones y de blanca golilla,
Y escucharon las frases de pasiones ignotas;

Más tarde, á los acordes de las rítmicas notas,
He visto por delante de su luna que brilla,
Cruzando las parejas del valse ó la cuadrilla
Cual trazan en el agua su vaivén las gaviotas;

Esa noche ellos dieron los alegres reflejos
De abanicos inquietos é irisados diamantes;
Y hace poco miraron los antiguos espejos

(En la hora solemne, majestuosa y tranquila)
Apagarse la llama de sus ojos brillantes
Y temblar de los cirios la llorosa pupila.

GUILLERMO POSADA.

EL REGRESO.

En el alma de Luis, de regreso á su pueblo natal, se operaba lento trabajo de meditación porque las viejas memorias de la infancia acudían á su encuentro á través de los años en cada paraje, en cada fronda, en cada vericueto del villorrio.

Era primero la escuela parroquial y el sucio dómine de luengas barbas, las carreras en pos de mariposas en los campos llenos de luz y la página blanca de su primera comunión nublada por el incienso; la muerte de su madre en la alcoba sombría, el cura con sus gruesas gafas, el médico llegando á caballo con su bufanda roja y entre doble hilera de cirios que dejaban en todas partes sus lágrimas de cera, un ataúd con las flores del lugar que se perdía en el horizonte; el abandono del huérfano después y la argumentación de los tíos: «el muchacho está grande, es preciso darle una carrera;» su partida con la maleta en el anca del rocín, tras la falda del monte desapareciendo el reguero de casas y la torre vieja y enhiesta, y, por último, su llegada á la gran ciudad, donde se desbordan, como los ríos en los mares, todas las quimeras de provincia. Después la vida de «barrio latino» y de corte en busca del saber, la gloria y el amor, y ahora el regreso......

***

Larga ausencia y notables transformaciones en su ser, no habían sido bastantes para que el pueblo dejara su vida siempre igual. Todos los años los botones reventaban como los corpiños de las vírgenes, y la primavera tendía por montes y sabanas sus verdes alfombras que salpicaba la aurora de rocío; todos los años, bajo sus múltiples cabecillas de oro y sus crines hechas con rayos de luz, se doblegaban los trigales y las ramazones de la huerta al peso de los frutos que destilaban miel; todos los años, diciembre preludiaba su canción monótona entre los árboles silenciosos y escuetos—legiones de osamentas con grandes brazos que imploran—y en el filo de la montaña deshilaba la bruma sus crespones que flotaban después como blancas cimeras.

¡Cuántos desengaños más, cuántas ilusiones menos en el alma de Luis, y el paisaje, que volvía á contemplar, envuelto siempre en su paz profunda y pintoresca! A lo lejos se destacaba la tapia del camposanto coronada de cruces, la carretera alargaba su mismo trazo ondulante, las mismas flores ensangrentadas bordaban los senderos que se perdían con incertidumbre de ilusión; los mismos cactus empolvados surgían de entre los tecorrales por donde asomaban al sol, inmóviles, las lagartijas; las mismas casucas de adobe con sus penachos de humo anunciaban la proximidad del poblado, y una vez en la aldea, la casa del ayuntamiento elevaba su misma construcción ruinosa, en la plaza los mismos arbolillos desmedrados, el mismo enmalezamiento de ocotales en los cercanos montes y en los distantes la misma transparencia azul. La casa lugareña—la casa señorial del pueblo con sus pesados portones monásticos—al fondo de la calle tortuosa, invadida de yerba, parecía dirigir al proscrito, con sus balcones abiertos, una paternal mirada de bienvenida; las cabezas de los viejos tíos, que vivían entre un rosario y un acceso de tos, brillaban á través de los enrejados más blancas que los rosales que trepaban los muros.

Adentro, en las amplias salas penetradas por el olor resinoso é iluminadas por el reflejo verde del jardín, los muebles, de tiempo inmemorial, en el sitio de costumbre, las piadosas imágenes domésticas, los enladrillados rojizos de los corredores donde pendía, en cuerdas, carne puesta á secar como racimos de ajusticiados; sobre el mantel de nieve los manjares de tradición, las parras lujuriosas, el chorro de la fuente, la fiel servidumbre y hasta el mulo uncido á su carreta y el viejo rocín refregando el hocico con la tranca, ¡todos saludaban al cruzado que volvía!

***

¡Oh costumbres de los pueblos escondidos en el terciopelo de los valles, cual floración de manchas verdes y tejados, en las costas de are-



"DIAS DE ROMA."—Il Popolo.



Srta. BLANCA GARCIA TERUEL

Señorita LUZ VIZCARRA Y GARCIA TERUEL

na cual petrificada espuma del mar, en el abismo de los barrancos como blancas ovejas que se han prendido á su feroz maraña, ó en los duros cantiles de cuarzo sobre la frente de la roca, como nidos salvajes! ¡Oh costumbres que os afianzáis como raíces al terruño, que seguís, como la corriente que besa los pies de las encinas, el mismo cauce! ¡Oh añejas costumbres sanas y religiosas! ¡Oh perfume de huerto y de selva, olor de viejos muebles y de manjares de la infancia, campana que llamáis á la grey hacia el humilde templo, ritmo del trabajo campestre que te elevas como una oración, canto regional que te pierdes en la montaña! ¡Oh inmovilidad de la vida, oh eterna quietud de las cosas y lo seres!......

Y en el alma de Luis se operaba lento trabajo de meditación.......

EDUARDO COLÍN.

EN UN ALBUM DE ARTISTA.

Alaben otros ¡oh poeta! la perfección de tus ánforas cinceladas. Yo prefiero decirte que tu poesía sabe hacer pensar y hacer sentir; que tu verso tiene un ala que se llama emoción y otra ala que se llama pensamiento.

Siendo igualmente justo, te habré dicho sin duda mucho más.

Los que en tiempos cercanos recorrieron la senda que va de las estatuas esbeltas y delicadas de Gautier á los grandes mármoles de Leconte amaron en el poeta el dón de una impasibilidad que resguardara á las líneas del cincel impecable del peligro de un estremecimiento.

Menos paganos, nosotros gustamos de recordarle nuevamente el mito del pelícano, porque sin dejar de tener la idolatría de la forma, necesitamos al mismo tiempo un arrullo para nuestro corazón y un bálsamo para nuestras tristezas.

Ellos le hablaban para decirle:

—Hazños, estatuario, una estatua. Que llore ó ría; que muestre el gesto del amor, ó de la meditación, ó del desprecio. Pero que sea perfecta y que sea pura.

Nosotros le decimos:

—Escúlpenos una elegía en mármol negro, y haz de modo que bajo los pliegues armoniosos de la túnica parezca latir un corazón.

Llenos de estremecimientos íntimos, al mismo tiempo que de sueños ambiciosos de arte, nosotros quisiéramos infiltrar las almas de los héroes de Shakespeare en el mármol de los dioses antiguos; quisiéramos cincelar, con el cincel de Heredia, la carne viva de Musset.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

El Volcán de Colima.

A nuestro corresponsal en Colima, debemos las fotografías que aparecen en esta plana y que representan una de las erupciones del volcán de aquel nombre, ocurridas últimamente. Las dos vistas fueron tomadas desde Tonila, una á las 5.10 p. m. del día 7, y otra cinco minutos después, por el fotógrafo don Francisco López, y juntamente con ellas, recibimos cenizas volcánicas recogidas, tanto en la plaza del pueblo mencionado, como en las cercanías de la montaña.

Las vistas á que hacemos referencia, pueden dar á nuestros lectores una idea, aunque sea aproximada, de la importancia del fenómeno.

¡Ha llegado la Primavera!

La primavera ha llegado. Dicen que el veintiuno de marzo, á las 12 de la noche, se desparrama en el ambiente la juvenil y eterna viajera y hace su entrada triunfal al mundo en que año por año aparece á cumplir sus oficios de «tejedora de guirnaldas de azahar.»

No debe creerse, empero, que la Maga cumpla los programas como los cumpliría un mecánico emperador teutón; la Primavera tiene, ciertamente, un día oficial para su aparición, pero se atrasa ó se adelanta según quelas regiones en que va á presentarse le placen ó le disgustan.

En México la Primavera suele presentarse desde el mes de febrero y, á las veces, ha sido vista de incógnito hacia fines de enero, escondida en un recodo del bosque de Chapultepec, en alguna mañana luminosa ó durante algún crepúsculo multicolor; y hay quien afirme que es tanto lo que ella adora á este pedacito de tierra, que de él no llega á alejarse durante todo el año, y en él se refugia cuando los helados cierzos ó las abrasantes canículas de otras comarcas la arrojan entristecida con su séquito de flores y de perfumes.

La verdad es que, aun cuando por determinadas y breves temporadas se aleja la Maga de entre nosotros, siempre deja «puesta la casa,» por si se le ocurre regresar repentinamente, como suele hacerlo; siempre quedan en algún rinconcito el lecho de flores que la sostiene y la enramada que la cobija; pero la Maga, por respeto siempre á la tradición y á los usos oficiales, sólo se atreve á ostentar toda su presencia y todo su esplendor y todo su imperio durante los meses en que su nombre figura en el calendario, con todos los honores de Reina por la gracia de Dios y por derecho propio. Y los hombres la saludan entonces y le rinden pleito homenaje, un poco entristecidos porque cada vuelta de la Primavera es una piedra miliaria que les anuncia el acercamiento de la tumba, y muy alegres, no obstante, porque la luz, los pájaros, las flores, las tibias brisas de la Maga, el germinar de la savia nueva, todo, en fin entona un canto de amor, y esta música, por ser eterna y perdurable, es la que más agrada á los oídos de los hombres transitorios.........

***

¿Habrá quién pueda sustraerse á los encantos de la primavera?

En el viejo poema indio se dice que los hombres malos huyen de la luz; que los hombres crueles son enemigos de las flores; que el vuelo de los pájaros asusta á las conciencias intranquilas...... ¿Será cierto? Si lo es, tal vez hay quien pueda sustraerse á los encantos de la Primavera: los malos, los crueles, los de conciencia intranquila.

Pero, en nuestros días, ante el complicado funcionamiento de los sentimientos, ante la cada día creciente esfumatura de lo que fué línea divisoria entre el bien y el mal, ante el misterio más profundo mientras más explorado del dinamo psíquico, ¿quiénes son los malos, quiénes son los crueles, quiénes son los de conciencia intranquila? Yo creo que, á punto fijo, ni la Primavera lo sabe; y cuenta que la Primavera es tan vieja como el mundo y que los viejos saben muchas cosas que ignoran los jóvenes; y cuenta que la Primavera es eternamente joven y que los jóvenes conocen muchas cosas que ya olvidaron los viejos!

Es difícil, muy difícil que alguien se sustraiga por completo á los encantos de la Primavera. El tiempo, ese domador implacable de impulsos y de impaciencias, ese demoledor constante de ilusiones y de anhelos, el que marchita la tersura de las frentes y de las mejillas y rocía escarchas sobre las cabelleras triunfantes, no alcanza á endurecer los corazones cuanto lo quisiera ni cuanto lo desearan muchos de los que albergan corazones. ¡No es cierto que haya corazones duros! La corteza acumula capas por años y cada capa y cada año traen un endurecimiento relativo; pero no hay corteza que resista á los golpes de un leñador experto y no conozco leñador más experto ni más recio que la Vida. Cuando la Vida se recoge y templa todos sus músculos para descargar el golpe, y cuando para ello se sirve de sus hachas más filosas, del amor, del dolor, de la miseria, de la belleza ó del odio, el corazón más duro sangra.

Y la Primavera, sin ser un pesado menester de tajo ni de fuerza, es uno de esos instrumentos sutiles y acerados que la Vida guarda para taladrar las resistencias postreras......

***

Porque la Primavera, sin ruidos ni asperezas, penetra hasta lo más recóndito de las almas y acelera el curso de la sangre, ese curso que, como el de los grandes ríos, puede ser fecundo ó funesto, es signo de pujanza ó de deshielo...... Con la Primavera hay una renovación de brotes en las frondas, una resurrección de ensueños ó de recuerdos aletargados en el alma. Los jóvenes aman y sueñan, los viejos rememoran, y unos y otros sonríen á la luz y á las flores.

¡Ha llegado la Primavera! Es preciso ir al campo, es preciso bañarse en la luz, es preciso tener fe, esperanza y caridad ante la magnificencia de la nueva savia que asciende.

STRINDBERG.



EL "COLIMA" EN ERUPCION.—7 de Marzo, á las 5.10 p. m.



OTRA VISTA DEL VOLCAN.—7 de Marzo, á las 5.15 p. m.

EL SOL Y EL VIENTO.

El sol y el viento discutían cuál de los dos era más fuerte.

La discusión fué larga, porque ninguno de los dos quería ceder.

Viendo que por el camino avanzaba un caballero, acordaron probar sus fuerzas desarrollándose contra él.

—Vas á ver—dijo el viento—cómo con sólo echarme sobre él, desgarro sus vestidos.

Y comenzó á soplar cuanto podía.

Pero cuantos más esfuerzos hacía el viento, más oprimía el hombre su abrigo, gruñendo contra aquél, mas caminando, caminando siempre.

El viento, encolerizado, descargó sobre el viajero lluvia y nieve; pero el hombre no se detuvo.

Comprendió el viento que no era cosa posible arrancarle el abrigo. Sonrió el sol, mostróse entre dos nubes, recalentó la tierra, y el pobre caballero, que se regocijaba con aquel dulce calor, quitóselo y se lo echó al hombro.

—Ya ves—dijo el sol al viento,—con el bien se obtiene más que con el mal.

LEON TOLSTOY.

PENSAMIENTOS.

El espíritu del hombre es tan particular, que con algo que ve, y á pesar de lo mismo que ve, se forja un motivo de pesar: nuestro cerebro hace recordar aquellos calabozos de la inquisición, en los que se amontonaban tantos y tan extraños instrumentos de suplicio y en tal confusión, que se hacía incomprensible su objeto y su forma. Con igual facilidad dice uno á su amada: «Todas las mujeres me engañan,» como le dice: «Me habéis engañado.»—A. DE MUSSET.

*

El amor generalmente nace de la espontaneidad, esto es, de la improvisación.

Mazatlán

Casas destruidas.---El servicio en el Lazareto. Los convalecientes.

Para los que observan con interés el curso que sigue la epidemia de peste bubónica en Mazatlán, y el valor y eficacia de los elementos que las autoridades han puesto en juego, no sólo para impedir la propagación de la enfermedad á otros puntos del país, sino también para atender á la asistencia y cuidado de los pestosos, son de importancia, á no dudarlo, las ilustraciones que publicamos en el presente número y que se relacionan en su mayor parte con el servicio sanitario del puerto.

Sabido es que gracias á la energía desplegada en esta ocasión por el Consejo Superior de Salubridad, se ha logrado localizar la epidemia hasta donde ha sido posible, y, lo que es más, hacer que mediante el concurso de médicos aptos é inteligentes, disminuya el número de defunciones causadas por la peste, al extremo de que en varios días, no se haya registrado ninguna. Esto bastaría, si no hubiera otras consideraciones igualmente dignas de tomarse en cuenta, para justificar el celo con que, tanto el Gobierno general, como el de Sinaloa, han procedido en las actuales circunstancias haciéndose acreedores al aplauso de la gente sensata.

***

Contrayéndonos á nuestra información gráfica, que demuestra hasta cierto punto, ese laudable celo, creemos necesario dar una ligera explicación de los grabados que la forman. Uno de ellos representa la serie de barracas provisionales instaladas en la playa sur, con el objeto de alojar á los que, por haber sido quemadas sus habitaciones, no tienen donde dormir; y otro, las ruinas de una manzana que fué destruída por encontrarse infestadas las casas. La calle de la Constitución, donde se observó mayor número de casos de peste, quedó reducida en un largo tramo, á montones de escombros por orden de las autoridades, y así aparece en la ilustración correspondiente. Por separado, verán nuestros lectores la fotografía de uno de los sitios habitados en Mazatlán por la gente pobre, y la de un grupo de convalecientes aislados en las barracas del 31 de Marzo.

En cuanto al Lazareto, publicamos seis grabados distintos que representan: la «Sala de graves y de pronósticos reservados», la «Sala de muy graves», el «Departamento de administración» y el de «convalecientes», el «personal del Lazareto» y dos de los pabellones en que se aloja á los pestosos. En uno de éstos, hacia el fondo, aparecen los practicantes de medicina A. Hernández Mexía (de México) y Jesús Ledesma (de Mazatlán) vendando los bubones á una enferma, después de haber sido operada; y en el otro, los señores Martínez López y J. de Avila, practicantes también, curando á un hombre atacado de


Barracas instaladas en la playa sur.


Ruinas de una manzana.


En la calle de la Constitución


Uno de los sitios habitados por la gente pobre.

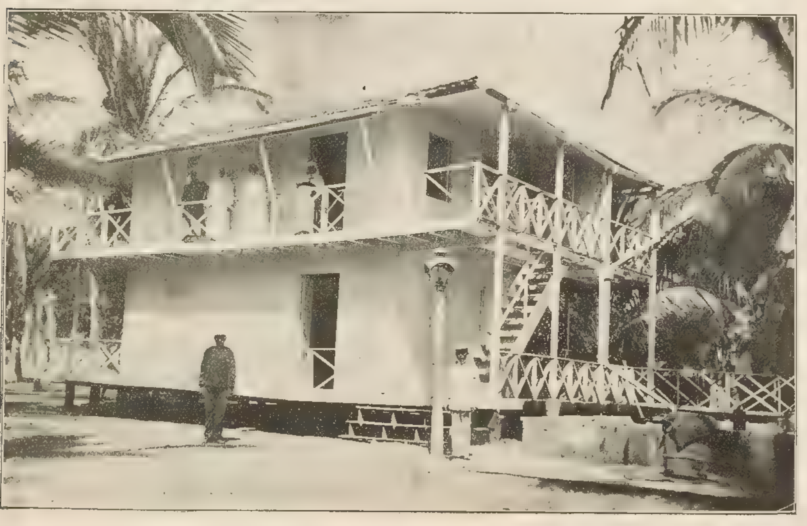

Los convalecientes de la peste.



Sala de "graves."



Sala de "muy graves."



Administración y departamento de convalecientes.







Personal del Lazareto.


Curando á una enferma.


Un pestoso en la mesa de operaciones.

peste. El personal del Lazareto, por el orden en que aparecen numeradas las figuras en la fotografía correspondiente, es como sigue: señores José Arroyo, Administrador; Juan Vázquez, Subadministrador; Modesto Alvarez, J. de Avila y Martínez López, practicantes; doctor Francisco Lavín, Director; presbítero Cornelio de Aspuro; A. Hernández Mexía, practicante; Rosendo Gómez, practicante; Jesús Ledesma, practicante, y señorita Refugio Castelo. Las mujeres que completan el grupo estuvieron atacadas de peste, y prestan hoy sus servicios como enfermeras. Es de justicia, por lo que toca á la señorita Castelo, hacer constar que con el noble y filantrópico objeto de acudir á la desgracia ajena, solicitó le fuera permitido atender á los pestosos, sin preocuparse del riesgo á que pudiera estar expuesta



La calle del Vigía, después de la lluvia.

Por último, figura entre nuestras ilustraciones, la fotografía de la señora Emilia Extensor, quien perdió á su madre y tres hijos, que murieron de la peste, antes de que se declarara la existencia de la enfermedad en el puerto, y que en compañía de una joven hija suya fué la primera que ingresó al Lazareto. Además, publicamos el retrato del señor Ingeniero Natividad González, jefe de la Oficina de desinfección, que ha cedido sus honorarios á la Junta de Caridad; unas vistas de las calles de Benito Juárez y el Vigía, inundadas á consecuencia de una fuerte lluvia, y otras de la instalación que en Siqueros sirve para abastecer de agua á Mazatlán. La inundación de las calles obedeció á que, con motivo de los trabajos de azolve del caño que servía para el desagüe y que estaba considerado como un foco constante de infección, las corrientes se derramaran invadiendo, en algunos puntos, hasta las habitaciones.



Dada la importancia que para el país tiene el conocimiento de todo lo que se relaciona con la epidemia, esperamos que nuestros lectores vean con interés la información que les ofrecemos.



La Sra. Emilia Extensor y su hija.



Nuevo Director General de Correos.

Para substituir al Sr. D. Manuel Zamacona é Inclán, que renunció el cargo de Director General de Correos, ha sido nombrado el Sr. Ingeniero Norberto Domínguez.

El nombramiento hecho á favor del Sr. Domínguez se considera muy acertado, en vista de los antecedentes que abonan su conducta como servidor laborioso y honrado del Gobierno. El nuevo Director pertenece á una de las familias principales de Hidalgo del Parral; comenzó sus estudios en Chihuahua para continuarlos en la Escuela Preparatoria, y obtuvo el título de Topógrafo é Hidrógrafo en esta capital, tras una serie de brillantes exámenes.

El Gobierno de Durango le confió, poco después de recibido, el cargo de interventor del Estado en la Casa de Moneda, y el de Profesor de algunas asignaturas en el Instituto Juárez. De allí pasó á Monterrey como Jefe de la Oficina de Ensaye y, por último, á Sinaloa, donde ha desempeñado la Dirección de la Casa de Moneda.



Sr. Ing. Norberto Domínguez.



SIQUEROS.—Instalación para surtir de agua á Mazatlán.

El Sr. Lic. Joaquín M. Escoto.

En la vecina población de Tacubaya murió el lunes último, á las 12.30 p. m., el Sr. Lic. D. Joaquín M. Escoto, Diputado al Congreso de la Unión por uno de los Distritos electorales de Guadalajara.

El Sr. Escoto era originario de Jalisco; comenzó su carrera en la ciudad referida, como alumno del seminario, y poco después de recibirse de abogado, vino á México, encargándose de la defensa del guerrillero Don Julio García, sentenciado á muerte por Maximiliano.

Obtenido el indulto del jefe liberal, Escoto se unió á las fuerzas republicanas y durante algún tiempo desempeñó los cargos de Coronel Auditor de Guerra del Ejército del Norte y de Secretario del Sr. General Mariano Escobedo. Al lado de este insigne patriota estuvo en San Jacinto y en Querétaro, población, esta última, donde sirvió como Asesor del Consejo de Guerra que condenó á muerte al Archiduque y á los generales Miramón y Mejía.

Más tarde fué nombrado Subsecretario de Gobernación, Juez 1º de lo Criminal y Fiscal de la Suprema Corte, sucesivamente.

Liberal por convicción y de talento, el Sr. Escoto prestó á la República buenos servicios y su muerte ha sido muy sentida.





Parece por fin que será un hecho la obra colosal de la apertura del Istmo Americano, que permita á las aguas del Pacífico confundirse con las del Atlántico, realizando así uno de los pensamientos más colosales de la edad contemporánea.

La idea de buscar esa comunicación, ha estado latente, por decirlo así, desde los días del descubrimiento de América.

Cristóbal Colón, que no podía imaginar la existencia del Nuevo Mundo, buscaba, al realizar el descubrimiento, no un vasto imperio que añadir á la corona de Castilla, sino un camino recto para ir de la Europa Occidental al Asia Oriental: su pensamiento era profundamente científico y verdadero; pero América surgió inopinadamente en ese camino, consumándose así uno de los acontecimientos más grandes y transcendentales de la Historia moderna.

Después de Colón, muchos descubridores, muchos exploradores, buscaban con empeño el canal que comunicase los dos Océanos, imaginando que éste debía existir por obra de la naturaleza.

Descubriólo al fin Hernando de Magallanes; pero tan al Sur, tan remoto, que su utilidad práctica vino á ser muy escasa.

Surgió más tarde el atrevido pensamiento de corregir la obra de la naturaleza; de abolir la barrera panameña, y de, ya que el canal no existe, abrirlo á fuerza de pico, de labor y de dinero.

Después del desastre de la Compañía francesa y de la abrogación del tratado Clayton-Bulwer, ha quedado á los americanos expedito el camino para romper el istmo. Arregladas las dificultades con Francia, con Inglaterra y con Colombia, todo parece indicar que, á vuelta de pocos años, nuestras costas meridionales, así como las costas de Centro y Sudamérica sobre el Pacífico, podrán comunicarse directamente con Europa, sin necesidad de transbordes, ni de dar la vuelta por el estrecho de Magallanes.

El grabado que publicamos encierra los principales detalles del grandioso proyecto.



Sr. Lic. Joaquín M. Escoto.
(De una litografía del año de 1867.)

El Cochero de Juárez.

Desempeñando un humilde empleo en la Escuela Normal de Profesores, vive el anciano Juan Idueta, cochero que por mucho tiempo estuvo al servicio del Benemérito D. Benito Juárez y que lo acompañó en su peregrinación á Paso del Norte.

Idueta recuerda todavía emocionado los episodios de que fué testigo durante la gloriosa retirada de Juárez, y conserva, hacia su ilustre amo, un cariño que raya en veneración.

En la actualidad, el leal sirviente padece una afección cardíaca que más de una vez lo ha puesto al borde del sepulcro. Hace poco sus males se exacerbaron al extremo de que se considerara inútil todo esfuerzo por salvarlo, y aunque entró después en un período de relativa mejoría, el peligro no ha desaparecido por completo.

El Sr. D. Benito Juárez, hijo del Benemérito, ha estado á visitar al enfermo, á quien distingue con su estimación, y el Director de la Escuela, Sr. Rébsamen, ha hecho cuanto ha estado de su parte para que el paciente no carezca de los auxilios y atenciones indispensables.



Sr. Juan Idueta.

ESTUDIO FOTOGRAFICO.—(COLECCIÓN PELLANDINI.)

¡VŒ VICTIS!

Ni Aníbal, ni Yugurta, ni Mitrídates
se pierden en la sombra del pasado,
ni manchan con la púrpura enconada
el cielo esplendoroso de sus fastos;
que Aníbal, que Yugurta y que Mitrídates
esculpen en los mármoles de Paros
el verbo de epopeyas imposibles
que guardan en sus almas burilado,
y aceptan el combate del perjurio,
y lanzan á los pérfidos el dardo,
y ruedan en la liza como buenos
y mueren en la arena como bravos!.......
¿Qué importa que después los Decenviros
los graben en las Tablas como bárbaros?
¡Al fin ha de surgir con la Justicia
el «Inri» merecido á los tiranos!



Las trombas del simoun en su inclemencia
podrán barrer los ídolos sagrados
y devastar las fértiles campiñas
con Ciros y Scipiones y Alejandros;
mas siempre habrá conciencias que repulsen
el hálito maldito de los amos,
Xenofontes que crucen los desiertos,
Púnicos que sucumban en Cartagos,
Pelópidas que hostiguen á traidores,
Numancias que deshonren Emilianos,
Daríos que perezcan en Arbelas,
Demóstenes que azoten á comprados......
y pueblos prepotentes que levanten
el «Inri» merecido á los tiranos.

1903. ADALBERTO CARRIEDO.



ASTRONOMÍA.

Catorce sabios de la vieja Europa
estudian con afán,
desde la lente que á los cielos mira,
un caso singular.

Son dos estrellas, negras, tan brillantes
como iguales no viéronse jamás.
¿Su proyección? Ignota: nadie supo
de dónde vienen ni hacia dónde van.

Con los últimos tintes de la tarde
en el espacio se las ve brotar,
y breve tiempo en el espacio radian
su intensa claridad.

Ese es el caso que catorce sabios
inquieren con espíritu tenaz,
desde la lente que á los cielos mira
con su ojo de cristal.

Oh! profesores de la vieja Europa,
cuánta pena me causa contemplar
vuestras blancas melenas agrupadas
sobre el largo instrumento con afán!

Mas, mi secreto descubrir no puedo;
y no sabréis jamás
de quién son las pupilas que en la noche
persigue vuestro lente de cristal.

FABIO FIALLO.

Marzo, 1903.



SIMBOLO.

Desaparecía el sol en occidente, arropado en su manto de oro con la regia pompa de gran monarca moribundo.

En la abrupta cumbre, una cruz levantada en alto, y en ella, enclavado y muerto, el Divino Redentor de los humanos.

María y Juan eran los testigos mudos de aquella trágica escena: velaban al pie del madero santo, como ángeles custodios del Mártir inocente.

Tras la agonía de la tarde, tendió la noche sus alas medrosas y sombrías; y el pueblo deicida —ebrio de vino y de impudor,—ovacionaba á Barrabás, cantando el himno macábrico de su infame abyección.

Roncos de vocear y extintos de fuerzas para continuar bullendo y cantando en la bacanal estúpida, unos caminaban dando traspiés, y otros quedaron tendidos por los suelos, como soldados muertos en sombrío campo de batalla.

Rasgó la luna las densas brumas que encapotaban el firmamento, y desde el zenit de la estrellada comba, radió —como hostia de luz, —bañando la pálida frente del Cordero.

La Madre y el discípulo amado, llenos de duelo infinito, velaban al pie de la cruz; y en medio de aquella escena de recogimiento, de aquel silencio augusto, santificado por la gracia de la oración, estalló frente á Jesús, turbando la triste, sagrada paz, una carcajada sacrílega.........

Cayó Juan de rodillas, como fulminado por el rayo; y la Madre mártir—que vió cruzar ante sus ojos, con la instantaneidad del relámpago, la silueta espantosamente horrible del insultador,—abrazó en el paroxismo de su dolor inmenso los pies ensangrentados de su Hijo muerto, bañándolos de lágrimas.....!

El que había reído era Judas.....!

Pero al tercero día de haber reído el sacrílegio, resonaron con maravilloso estruendo todas las músicas del Empíreo; y las legiones angélicas, agitando sus alas resplandecientes en la inmensidad etérea, cantaron, como hermosa salutación al cielo y á la tierra:

—¡Resurréxit!...... ¡Resurréxit!......

***

¡Y Satanás rugió de odio!......

Jesús había triunfado por el amor, y comenzaba el reinado de la Misericordia!

RAFAEL DE LOS RÍOS.



RAPSODIA.

Alzando airoso la blanca testa,
La frente blanca llena de arrugas,
Guía atrevido la gran orquesta
Que desarrolla temas y fugas.

Ora se escuchan himnos marciales,
Ya quejas hondas de los violines,
Golpes sonoros de los timbales
Y ecos vibrantes de los clarines.

Es un conjunto genial, soberbio,
Que alegra á veces y otras contrista,
Es un conjunto que mueve el nervio
De la batuta del gran artista.

...Se extingue el ritmo, la orquesta calla,
Mueren sonidos, mueren rumores,
Y el auditorio, súbito estalla
En mil aplausos atronadores.

De pie, sublime, se yergue el viejo,
Inclina un poco la cana testa,
Y en sus pupilas brilla un reflejo:
El de las lágrimas de su orquesta......!

1903. ENRIQUE TORRES TORIJA.

ESTUDIO FOTOGRAFICO.—(COLECCIÓN PELLANDINI.)



LA INSTITUTRIZ.

NOVELA POR ESTER DE SUZE. ILUSTRACIONES DE SIMONT.

TRADUCCION DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

(CONTINÚA.)

Y le vi llorar.

—Oh! María Teresa, cuánto hemos luchado, cuánto hemos sufrido! No es bastante aún?

Me suplicaba, y yo veía su rostro, hermosísimo, expresando angustia, por el cual corrían las lágrimas lentamente, como si se asombrasen de bañar esos carrillos viriles.

Y me dejé atraer hacia él; mi corazón se fundía. La sociedad, los principios recibidos, el honor, tal como se le entiende por regla general, y el cielo y el infierno...... todo se borró...... Estaba sola en el universo, al lado de Pedro! Mi espíritu se ensanchaba infinitamente. No sé qué misterios se me explicaron. Me sentí poseída de una inmensa indulgencia hacia mí y hacia todo lo que existe.

Era amada...... amaba......

Oh desfallecimiento adorable! La excesiva dulzura de ese ma-

lestar que me invadía el cerebro y el corazón, como una embriaguez, me quitaba la noción de las cosas habituales, tan estrechas, tan sofocantes, en tanto que otras infinitas, divinas, hechas de bondad y de abandono, me penetraban, me inundaban de luz y de ensueño.

Estaba en el paraíso, bogando en un mar de delicias silenciosas, con el corazón tan lleno con la realización de todo, que en él no quedaba un átomo de deseo..... Y lloraba, como Pedro, lágrimas dulces de satisfacción. El no decía una palabra, pero había pasado su brazo en derredor de mi cintura, y seguía atrayéndome hacia sí.

Por la ventana abierta, entraba la luz límpida del cielo, constelado de estrellas que brillaban con fulgor indeciso. Hubiera querido que ese instante no se acabara nunca. Pedro me estrechó más aún, hasta tocar mi mejilla con sus labios......

Al pie de la ventana, estalló una carcajada estridente......

Me desprendí de esos brazos, sofocada, con los cabellos sueltos, loca de terror, pero también de dicha, porque había salido intacta de la terrible prueba.

Me lancé á la ventana gritando como loca:

—No, Victorina, no! No lo crea usted......Se lo juro, Victorina. No ría usted así. Me va á matar......Y usted, miserable, salga, salga pronto, vaya á decir á esa mujer que no es verdad lo que supone!

Me volví hacia aquel hombre, que permanecía aturdido, trémulo.

—Pero salga usted pronto!—le grité, rechazándole rudamente.—Cobarde, cobarde, que vino á sorprenderme en medio de mi llanto... Salga, salga pronto!

Estaba loca, en verdad. Corrí tras él, por la escalera, rechazándole siempre. Llegando á la puerta de la calle, echó á correr. Salí para buscar á Victorina. La llamé llorando, sollozando dolorosamente. Eso era absurdo: los transeuntes podían oírme.

—Oírme, qué importa—decía yo.—Cuando les diga que no es cierto eso, me creerán......Victorina! Victorina!

Pero la mujer no respondió y volví á subir á mi cuarto, llorando siempre á gritos.

XXX.

Sí, Phrasia tuvo razón cuando me dijo, en los primeros días, que Victorina era temible! La malvada vieja parecía no vivir desde entonces, sino para aquello que había descubierto.

De un extremo al otro del pueblo, en los lugares cercanos, y de allí hasta la población en que residía el inspector, la vieja hizo circular la historieta en que mi nombre figuraba.

El cura me mandó llamar desde luego. Me recibió llorando. Me arrojé á sus pies. Le juré ante el Cristo que era inocente...... El movió la cabeza, en ademán desesperado.

—¡Ay, pobre niña, no basta ser inocente, es necesario parecerlo! Han visto salir al señor Raibert por la noche de la casa de usted. Se le ha visto, sin que sea posible dudar. Todo el mundo está de acuerdo en afirmar ese hecho que la deshonra á usted: Phrasia, que sabía que esa noche el señor Raibert estaba ausente; Silvio Moutet, que parece espiaba á usted á toda hora; por último, Victorina......

Me sentí desfallecer, palidecer mortalmente.

—Quisiera morir, señor cura......

Se apiadó de mí.

—Levántese usted. No tengo de qué absolverla, puesto que á los ojos de los ángeles nada malo ha cometido usted; pero hay que tener también en cuenta los ojos de los hombres. Usted no ha sido prudente; cuando menos, ha sido débil. Usted, tan inteligente, tan juiciosa........ ¡Ah señorita Romane, qué desgracia! Levántese usted, le digo. ¿Qué implora usted? ¿Qué puedo hacer yo, si no es lamentar también lo ocurrido?

Y se lamentaba, en efecto, como un niño, echado en un sillón, en tanto que yo me había puesto de pie y le miraba, más enloquecida por ese dolor, por ese reproche tan amargo, en su dulzura misma, en su mesura, en su verdad, que si algún castigo terrible me aguardara.

Entonces me puse á hablar de corrido, tumultuosamente, como si quisiera con mis palabras ahogar mi dolor......

—¡Si usted supiera, señor cura, qué cosa tan insignificante fué! El me prestaba libros; yo no le veía nunca; de repente se presentó en mi casa. ¡Un segundo nada más, un segundo señor cura! Era de noche, es cierto; no había lámpara en mi cuarto; pero entraba la luz de las estrellas...... Me pareció que no había mal...... ¡Fué tan rápido! Iba á despedirle, cuando rió Victorina. ¡Oh! ¡Esa risa, señor cura!... Esa mujer, yo la maldigo.........

Lloraba, y mi aspecto debía ser conmovedor. El cura me estrechó la mano.

—No maldiga usted á nadie...... Más bien Victorina salvó á usted. Era de noche, á la alcoba entraba el fulgor de las estrellas; usted no creía hacer mal...... ¿Qué habría sido de usted?

—Nada peor que lo sucedido, puesto que estoy deshonrada por la maledicencia.

—¡Ah! ¡Si hubiese un remedio! ¡Si ese desdichado no fuese casado!

Me atreví á murmurar:

—Phrasia me ha dicho que su mujer está muy enferma......

Era una esperanza loca, á la cual me había acogido, desde que me refirió Phrasia la enfermedad de la esposa.

—¡Ay!—dijo el cura.—¿Qué importa eso? Ella no le dejará sus bienes sino á condición de que no vuelva á casarse......... y él, por la herencia, aceptará la condición......

—¡Oh! ¡No; no, imposible!

—¡Así será, hija mía!

—Pero si me ama......

—¡Se consolará, créame usted!......

Y mirándome fijamente, el cura me preguntó:

—¿Y usted, le ama?

¡Si le amaba! ¡A ese hombre que me había estrechado contra su corazón! A ese hombre, el único que podría lavar mi oprobio, amándome aún, si la buena suerte hacía que su mujer se muriera..... ¡Ah! Sí le amaba.

Respondí con la mirada. La frente del cura pareció cubrirse con la sombra de una inquietud terrible.

—¡Cuánto debe usted haber sufrido!—murmuró.

Y apoyó en mi frente su mano, durante algún tiempo, como si quisiera hacer penetrar á mi cerebro alguna fuerza, para los momentos en que más habría de sufrir......

XXXI

¡Ay! Fué, en efecto, tan terrible...... Más aún que mi viaje á la ciudad, que se refirió únicamente á mi honor, cuando el inspector me llamó para que le refiriera mi historia. ¡Y debí referirla con mis altivos labios, con mis labios puros!

De pie, con el corazón rebosante de amargura, hablé; referí mi soledad sofocante; hablé de aquel señor que me prestaba libros, y que después, una noche, llegó hasta mi cuarto, sin que nada de mi parte le autorizara á hacerlo. ¿Qué debía yo hacer? ¿Cuál era mi falta?

Erguí orgullosamente la cabeza, y me atreví á ir más lejos.

¿Era yo acaso la única víctima de aquella soledad que hacía brotar almas rapaces en derredor de las jóvenes? Si la sociedad se preocupaba tan poco de sus misioneras—porque nosotras lo somos, y de las más venerables,—¿nos abandonaría, tan jóvenes y tan débiles, en medio de todos los peligros que amenazan á una mujer?

¿Si el hombre á quien se refería, asaltó mi alcoba, con el plausible pretexto de un libro, no habría yo sucumbido, una ú otra vez, y sin ningún pretexto, á la fuerza bruta de un ebrio, de Silvio Moutet, que también me perseguía? Porque, suponiendo, como parecía indicarlo el inspector, que hubiese yo cometido alguna coquetería respecto al seductor Raibert, ¿la habría cometido acaso, respecto del ebrio Silvio Moutet? ¿Y quién me habría defendido contra éste? ¿Quién protegía á todas las demás institutrices, en camino de perderse, y de las cuales él, lo mismo que yo, debía conocer la historia?

Nadie tenía que cuidar á la señora Albert, la esposa del profesor de Pinet, ¿no es verdad? ¡Pero las otras! Las otras pobres, de las que yo era una, ¿quién nos defendería?

El inspector, un tanto turbado, se alisaba el bigote, movía la cabeza, me miraba, ora con asombro, ora expresando, á pesar suyo, que mis razones le habían convencido. Por fin me interrumpió y me dijo sonriendo finamente:

—En suma, señorita, ¿es un marido lo que reclama usted?

Era brutal. Sufrí muchísimo durante un segundo, preguntándome si me atrevería á responder. Por fin me atreví:

—¡Pues bien, sí!

Y añadí, demasiado herida en mi pudor, para detenerme en lo dicho:

—¡No para mí, ya no sería tiempo! ¡Pero para las otras, para mis compañeras, de quienes sería la salvaguardia!

Debo haber estado convincente. El inspector tosió, me miró cada vez más asombrado, revolvió distraídamente los papeles que había sobre su escritorio, y murmuró:

—No digo que no. Sería, en efecto, la salvaguardia, como usted dice.

Y añadió, poniéndose en pie:

—En fin, querida señorita, no es tal la cuestión, por el momento. Veo que usted no es una persona vulgar, y ciertamente las cosas deben haber pasado como usted las refiere. Pero el hecho de la presencia del señor Raibert en la casa de usted, no ha dejado de causar escándalo. Mi deber sería suspender á usted temporalmente, ó por lo menos, amonestarla severamente. Haga usted cuenta que ya está hecho. Sea usted más reservada que nunca. Es evidente que la situación de las institutrices está llena de peligros, sobre todo cuando las jóvenes son tan perfectas, tan...... hermosas......

Vaciló para pronunciar esta palabra, que yo escuché sin pestañear. Me tendió la mano, y trató de tomarse cierta libertad, oprimiendo mis dedos más de lo debido.

—¡Qué solitaria ha de ser, en verdad, á la edad de usted, esa casita de la escuela! ¿Qué, en sus paseos, no llega usted nunca hasta aquí? El bosquecillo de los Bálsamos, que está en el camino, es encantador. Con frecuencia voy allá. No habría mal en encontrarse allí y platicar un poco......

Me retenía la mano, se acercaba á mí, y en sus ojos brillaban no sé qué fulgores......

Alcé los ojos, que debían arder como dos cirios.

—Señor—le dije con voz grave,—suponga usted que no me ha absuelto, reflexione en lo que acaba de decirme, y juzgue si las muchachas que están en mi caso no son muy dignas de lástima.

Soltó mi mano como si le hubiese quemado, palideció hondamente y murmuró:

—Perdón, perdón......

Salí, llevando la cabeza inclinada, en ademán de indulgencia, perdonándole, como él lo deseaba, en tanto que era yo quien había venido á que me perdonase........

(CONTINUARÁ.)

El Mundo Ilustrado

ANO X.--TOMO I.--NUM. 14

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

MEXICO, ABRIL 5 DE 1903.

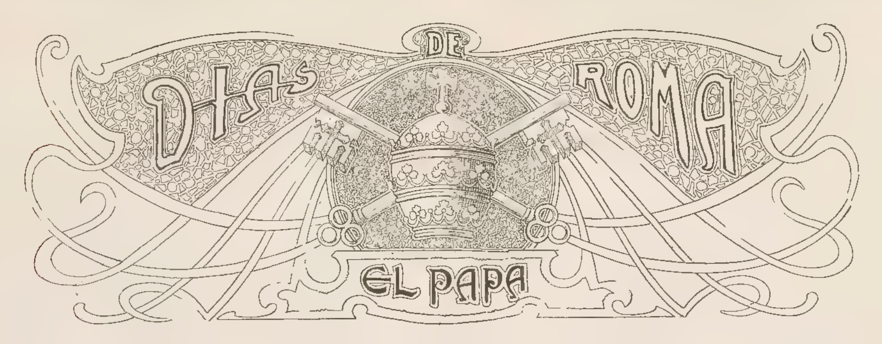
Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem. Idem. en la capital, $1,25

Gerente: LUIS REYES SPINDOL



CRISTO ATADO Á LA COLUMNA.

CUADRO DE FABRÉS.



EL 7 de febrero fuí á ver al Papa á la Sixtina. Hubiera querido verle á solas, hablar con él, pero estaba muy fatigado en esos días, las inmensas peregrinaciones del jubileo secular le habían dejado exánime; acaso dentro de un mes ¿pero á quién recibiría? ¿á un magistrado de la Suprema Corte federal mexicana, ó á don Justo Sierra, que es uno de tantos apreciables señores que escriben y que en Roma se cuentan por doce ó quince mil al año?.... Me fuí á verlo á la Sixtina.

¡Qué mañana! Llovía á mares; ráfagas de humedad glacial que mojaba los huesos á través de la carne, soplaban de continuo; la temperatura había caído de cabeza al fondo del pozo de los «bajo ceros». Y á las nueve de la mañana, de frac, corbata y guantes blancos, emprenderla desde las termas de Diocleciano al Circo de Nerón, digo, desde el Grand Hotel al Vaticano, una legua! Así lo hice; llegué, me empapé bien los pies al bajar del coche, tomé la escalera-rampa que conduce á la Capilla, en mitad de ella dejé abrigos y paraguas, sea por Dios, y fresco como un carámbano, llegué al vestíbulo, en donde ya se apiñaba la gente, presenté mi carta y entré; en la primera mitad de la Sixtina había dos tribunas, de dos cuerpos cada una, vestidas de sendos paños rojos; tomé lugar en la de la izquierda, en la de la derecha están las señoras en «toilette» rigorosa de recepción, seda negra y sin sombreros... Allí encontré, con gran placer, á Manuel y Alejandro Escandón, á Luis Tornel; nos agrupamos, era natural; un fraile, entre muchos otros, un frailazo carmelita, que me estorbaba por su volumen y me apabullaba el sombrero de copa, me iba á impedir ver; me hacía el efecto de una institución, de un gremio, de un partido, era el partido clerical; yo creo que al fin cedió á una muda sugestión mía y me abrió paso, y me prestó sus gemelos....... ¡Qué bueno! He aquí lo que vi:

En la mitad de la capilla contigua al altar, fueron colocándose los diplomáticos, de gran uniforme y de gran frío; los cardenales se sentaron en semicírculo, en derredor del altar; sus trajes, sus solideos rojos de sangre eran la nota caliente de aquel glacial conjunto: al ver los plastrones blancos de las camisas, yo tiritaba. Los suizos, maniquíes mofletudos que se movían y reían á compás, todos forrados de seda roja, amarilla y negra, con las garzotas blancas de los penachos cayendo en torno del casco negro, me divertían; estaba incomodísimo y divertidísimo. Rojo dosel de damasco cubría casi toda la parte inferior del «Juicio final» sólo se columbraba sobre él el cuerpo hercúleo del Yahvé del «dies irae» que Miguel Angel atribuyó al Cristo de las Bienaventuranzas, y racimos de condenados que «degringolaban» por los lados del altar. Bajo el dosel una «madonna» murillesca, bella mujer de mirada tiernamente maternal y aterciopelada. Se me pasaba decir que aquélla era una misa funeral en honor de Pío IX.

Cuando todos los individuos del cuerpo diplomático (sudamericanos, entre ellos mis respetables amigos los señores Calvo y Vélez, los ministros de Austria, Francia, Bélgica) ocuparon sus lugares y sus casacones obscuros bordados de oro y constelados de placas y cruces chispeantes, hicieron una mancha vívida en el hacinamiento humano, comenzó en torno del altar (una mesa con los paramentos rituales) el ir y venir de clérigos entre luces y tapices. Una puertecilla se abrió á la derecha del altar, toda la concurrencia se volvió mirada, se suspendieron los movimientos, las oraciones, las respiraciones. . Camareros vestidos de terciopelo negro y alamares de oro, el médico de Su Santidad también vestido á la antigua usanza, un golpe de frailes y clérigos, de roquetes albísimos, de pluviales, de infantiles trajes multicolores.... Surgió de entre ellos una forma blanca, vestida de blanco, mitrada de blanco, un triángulo de oro blanco, en el que había un esmalte blanco que se movía,


LEON XIII.—(Ultimo retrato.)

que venía.... Era el Papa; apoyaba los brazos en los de dos clérigos y resbaló con rapidez hasta su trono. Los rezos y los cantos de la misa comenzaron. Mis anteojos me acercaron al rostro exangüe de León XIII; una palidez que tuviera otras cien palideces detrás, la boca, un gran pliegue cóncavo á donde la sangre moría en una línea levemente rosada: eso era el hombre. Era una lámpara, la luz salía por los ojillos húmedos y destellantes de bondad, de inteligencia......

Unas voces decían en las tribunas altas, salmos y preces litúrgicas; aquellas voces de niños infinitamente puras, se elevaban y descendían por la escala de oro del pentágrama como una barca de cristal sube y baja en las olas; las palabras de la liturgia seguían claras, precisas aquel ritmo divino. Después de algunos compases, surgió una voz, una extrahumana voz, no del cielo, sino lentamente aspirada por el cielo, cada vez más fina, más alta, más ideal..... No una voz de mujer, no una voz de hombre, no una voz de ángel, algo así como un sollozo que se amplificara en himno y se detuviera apenas vibrante, apenas modulado, en la flor del éxtasis... No, no era un antiguo sopranista, no era un viejo eunuco quien cantaba así... era un alma, era el canto de un alma que tuviese por escala melódica la escala de Jacob....Las otras voces se yuxtaponían á la principal, afluían á ella, se confundían con ella en unísonos sorprendentes que decrecían por «morendos» de un «pianíssimo» inefablemente tenue; el silencio que bajaba hasta el fondo del abismo los asemejaba á un lamento que fuera un suspiro...... Esa música es para enfermar del corazón.

Oí muy buena música en Europa, infinitamente buena á veces; dos cosas no olvidaré jamás, porque me abolieron, me redujeron á la nada la inteligencia y la voluntad y me convirtieron en un simple objeto vibrante: el coro de la Sixtina y la marcha final del «Crepúsculo de los dioses» de Wágner.

El Papa rezaba, se oía el susurro del viejo río convertido en un hilo en el fondo de los años: noventa. León XIII nació con México, meses antes; nació en Febrero de 1810.

Con la garganta adolorida de sollozos comprimidos, veía tomar forma en torno de aquel anciano todo lo invisible que nos rodea y nos grita repentinamente nuestro nombre al oído ó pone de improviso la mano en nuestro corazón; sentía que «el otro» que llevamos dentro y que es viejísimo, que apareció con la humanidad, era dueño de mí, estaba en mi lugar. Llegó la elevación, la voz que cantaba se hizo lenta y baja y leve, como una espiración.... ¿Llegó á callar? ¿lo que yo oía, era el silencio que cantaba? El Papa se puso de pie entre los densos pliegues de su pluvial roja; su cabeza ligeramente nimbada de cabellos blancos se adelantó primero, luego todo el cuerpo arrastrando la capa con esfuerzo; anduvo dos pasos y cayó de rodillas como una gran ave blanca que se abate con las alas ensangrentadas; una pausa, en cuyo fondo no había ni vidas, ni alientos, hecha de emoción pura.... La hostia apareció en las manos del cardenal oficiante.

Y todo era para mí una sola ascensión, una sola cosa, la hostia blanca continuaba en dirección del cielo á aquel viejecito blanco también, también hostia. En aquellos instantes todos mis muertos estaban conmigo, era la comunión de los muertos, sentía mi alma centuplicada por otras almas antiguas, nuevas, por venir, eternas, apasionadas de fe y amor. Y gritaba yo en silencio, como en las horas de mayor emoción de mi vida. Cuánto desmoronamiento interior, cuántas fortalezas de pensamiento y de razón y de estudio se desvanecían en mí; cómo triunfaba el sentimiento sobre la inteligencia, sobre la lógica, cómo comprendía entonces, sin recordarla, por cierto, porque no me era dado analizar nada, la frase de Pascal: «el corazón tiene razones que la razón no alcanza.» Comprender la religión ¡imposible! Penetrar sus misterios ¡imposible! Y sin embargo, en aquel instante en que el afinamiento del espíritu triunfaba de la mate-

ria y me aproximaba al éxtasis, adiós filósofo y libre-pensador; y en el fondo del viejo arrodillado no quedaba más que el pobre muchacho creyente que se cogía del hábito blanco de la virgen de las Mercedes para pedirle que le devolviese al padre enfermo y á la madre ausente.

Pude rezar ¡por fin! tuve fe en la plegaria, creí que Dios la oía y entonces la esposa, los hijos, los amigos, la Patria, todo, todo venía como una espuma de infinitos llantos contenidos, de oleadas de amargura súbitamente saneadas y endulzadas por un rayo de sol, á mis labios, que no sé qué murmuraban, que no sé qué decían: decían una oración del tamaño de un mundo.

Cuando volví en mí, el Papa estaba en pie delante de su trono, leía en un gran libro abierto que sostenían dos sacerdotes ante él; alzaba y bajaba la cabeza con movimientos de pájaro herido; escuchábase un indefinible rumor, como de alguno que hablase en voz alta frecuentemente derrumbada en el silencio; era que cantaba las oraciones del «requiem». Algunas notas opacas, pero gruesas, que no parecían salir de aquella caña endeble, se esparcieron por el aire. Luego apoyado en sus acólitos se fué; nos fuimos todos.

Me alcé el cuello del frac, único resguardo posible contra la aspérrima atmósfera que nos mordía con sus dientes de hielo y salí corriendo. Quería guardar mi emoción entera como un perfume sutilísimo en un frasco herméticamente cerrado, para saturar con él la hoja de papel que, dirigida á la que más quiero, debía cruzar como una ave blanca todo el océano. En la escalera un grupo de damas y caballeros que hablaban español, como lo hablamos los mejicanos. Eran las señoras de la familia Esc........ En mi cordial y respetuoso saludo no sabían ellas todo lo que había de envidia profunda; esta emoción que había yo sentido, aquellas piadosas mujeres la habían sentido, pero no como un delirio, sino como una dulzura normal, que les dejaba entrever de lejos el Paraiso. Yo volvería de golpe á lo negro, á la protesta, á la lucha, á la razón, al análisis, al ¡quién sabe! al gran ¡tal vez! Ellas tenían la fe que no se pierde; la fe, ¿cual es el secreto para mantenerla viva? Ellas no son filósofos, pero sin saber el secreto, lo practican; son buenas, dan mucho, socorren muchas miserias, alivian sin ruido muchos dolores, enjugan muchas lágrimas; la caridad, el amor, ésa es la clave del misterio.

Cuando así pensaba, corría en mi cerrada «vettura» por las calles de Roma en medio del diluvio. Me divertía, y esto solía hacerlo desde que recorrí por vez primera «la ciudad eterna» compuesta de las ruinas de una serie de ciudades temporales, me divertía, digo, en verla los pies.

Es muy curioso: los pies indefiniblemente calzados, lodosos, encharcados de los peregrinos, los deformados y rotos zapatos de los obreros, los insignificantes y húmedos ó incoloros de los estudiantes de todos los colegios píos, vestidos de todos los colores que van y vienen en bandadas risueñas por todas las calles de Roma, las abarcas convencionales de los modelos en la plaza de España, uno que otro calzado fino de muchachos camaristas, dependientes de tiendas de lujo ¿qué sé yo? Y la serie de bases de iglesias, de templos, de palacios, de casas vetustas, raquíticas, leprosas ó plintos de columnas, zócalos de estatuas, bases de obeliscos, de fuentes inmensas, de tierra amontonada, de tapiales anónimos y vulgares, sobre los que asoman árboles desnudos sin frondas, sin pájaros, sin sol, grises como el cielo, como las cosas, como el alma.

***

Mi amigo Araluce me esperaba en el restaurant de Roma; yo tenía mucha hambre y poco apetito; cuando salimos á la calle, no llovía; una gran brocha pálidamente azul barría el cielo y para matar la nostalgia del golfo de oro en donde hace tres días nos balancéabamos entre el Vesubio y el Posilipo, nos fuimos á la iglesia de los Capuchinos, por un camino que nos era ya habitual y en donde nos servía de «repère» la negra y grandiosa fuente del Tritón de Bernini. Subimos á la iglesia por un lado de la doble escalinata que la levanta sobre la plaza; entramos, no vimos los frescos del Dominiquino (si en Roma tuviese uno obligación de verlo todo, quedaría lucido); sí admiramos con circunspección el célebre S. Miguel de Güido Reni y, precedidos de un monjecillo, bajamos á los subterráneos.

Hay unas cuantas capillas debajo de la iglesia á lo largo de un pasadizo que recibe luz de fuera. Esas seis ó siete capillas están fabricadas de muerte; piso, muros, bóvedas, altar, adornos, candelabros, todo es la muerte. Cadáveres medio momificados de frailes en sus ataúdes descubiertos, otros ya convertidos en esqueletos puros mal envueltos en los sayales grises, por todas partes una tapicería de huesos, de calaveras que lo llena todo; los lustros están hechos de tibias y peronés siniestramente combinados, los candelabros son brazos y fémures ¿qué sé yo? Todo regado, repultado á medias en una tierra que parece también hecha de polvo de esqueletos, que parece también muerta, la tierra de los Santos Lugares.

El primer movimiento no es de terror, es de horror: las ideas macábricas invaden en tropel el cerebro después y se figura uno las noches de aquellas capillas iluminadas con cirios amarillos, que parecen huesos con flama fosfórica, y los diálogos, los crujidos, los rechinidos, los lamentos y las carcajadas huecas de aquellos señores y sus danzas y rondas y farandolas. Acaba uno por sentirse divertido, el horror se va y queda á la vista lo ridículo y pueril de aquellos recursos para causar miedo y que provocan el epigrama y las reflexiones chuscas.

Nuestro guía observaba en nuestras caras lívidas como la suya, por la luz especial de aquelles antros teatralmente lúgubres, el efecto de aquellos horrores. Nos salimos estomacalmente mal impresionados, pero sin meditación, sin recogimiento, sin pavor, sin un solo calofrío de infinito, de eternidad.....

Ya en el «hall» del Gran Hotel entre palmas melancólicas, y divanes, almohadones y tapices ricos, tomando el té en un rinconcillo que por casualidad habían dejado libre las «ladys» inglesas ó las «misses» americanas, elegantísimas, bulliciosas, rodeadas de principillos y «monsignori,» ya en mi rincón fué cuando pude condensar todas mis impresiones del día en este solo pensamiento: no hay muertos.

JUSTO SIERRA.



EL SONETO.

Es un castillo de cristal. Levanta
sus catorce baluartes que colora
el sol del arte con su luz de aurora,
y asienta en alto farallón su planta.

Mansión augusta y señorial. La santa
princesa Poesía dentro mora;
hermosura que al vulgo no enamora
y al exquisito pensador encanta.

La noble castellana con su brillo
á un bardo soñador cautiva y ciega
que en pos de la beldad ronda el castillo.

Y cuando el trovador amante llega,
cala el puente y, abriéndole el rastrillo,
sumisa en brazos del doncel se entrega.

EDUARDO GÓMEZ HARO.

Puebla, marzo de 1903.



ROMA.—Castillo de San Angelo.

LAMPARA EUCARÍSTICA

I

En el templo silencioso, frío, inmenso del espacio
La enlutada noche reza su rosario de diamantes:
Por su manto de tienieblas, negro, lúgubre, viudal,
Se deslizan lentamente las estrellas tremulantes
Doloridas, vacilantes,
Como lágrimas piadosas por un paño funeral.

¡Oh las pálidas estrellas! ¿Son los ojos de los ángeles,
O las almas de los muertos que nos miran, tristes gentes
Desterrados en aqueste fosco valle del dolor?
¿Las aureolas de los santos, ó las lámparas ardientes
De las vírgenes prudentes
Aguardando soñolientas la venida del Señor?

II

En el templo majestuoso, claro, inmenso del espacio
La radiante noche teje su guirnalda de áureas flores
Que al altar del firmamento inefable aroma dan:
Y se entreabren dulcemente con suavísimos fulgores
Los luceros tembladores,
Y es un lirio blanco Sirio, una rosa Aldebarán.

¡Oh las pálidas estrellas! ¿Son las perlas de esos mares
Infinitos? ¿Son las joyas de la virgen esparcidas?
¿O las místicas antorchas del banquete celestial?
¿Son las luces de la Patria suspirada? ¿Las ya idas
Esperanzas tan queridas
Que murieron en las cruces donde esplende el ideal?

III

En la calma misteriosa de las noches estrelladas
La eternal magnificencia á la mente maravilla,
Al espíritu amedrenta con tremenda majestad.
Más que el brillo de los soles amo yo tu lucecilla,
Primorosa lamparilla
Que iluminas de la Hostia la profunda soledad.

Siempreviva del santuario, amorosa Sulamita
Que compartes las tristezas del Amado que te cela,
Y calientas con tus rayos su albo lecho virginal.
¿Cómo envidio tu ventura, vigilante centinela,
Tú que cuentas, siempre en vela,
Los latidos inefables de su pecho paternal!

IV

¡Oh Jesús! enamorado, tierno Esposo de mi alma,
No me basta ser el cirio que en las horas de alegría
Se consume en tus altares en ardiente adoración:
En tus horas de abandono quiero hacerte compañía,
Haz que tenga noche y día
Como lámpara eucarística encendido el corazón.

No me apartes, Jesús mío, de la estrella del sagrario:
Vayan otros poseídos de piadoso, noble anhelo,
La grandeza de tus obras en el orbe á contemplar,
Y á buscar para adorarte con ferviente, santo celo
El inmenso altar del cielo;
¡Tú me bastas, Amor mío, en el Cielo del altar!

CARLOS BORGES.





UN día, el Buen Tiempo dijo: Hágase la Primavera! Y la primavera fué hecha, repentinamente, sin una gradación, sin un compás de espera. Al salir, en la mañana, creí que se trataba de una "blague" del boulevard. ¡Había visto improvisarse tantos cuadros, que pensé por un momento: Esta es una Primavera falsificada! La han inventado los buenos parisienses "pour épater les bourgeois." Muchas gracias, Señor Prefecto del Sena, es usted muy amable.

Y me lancé, escéptico, por la Avenida de los Campos Elíseos. Al llegar al Rond-Point, estaba convencido que para ser de "guarda-ropía," no estaba tan mal aquella Primavera. Unas muchachas pasaron á mi lado y me arrojaron un puñado de lilas. Pesqué las flores al vuelo y me convencí que no había mistificación. Decididamente era una Primavera real, positiva, auténtica. Una noche había bastado para poner brotes en todos los árboles y miradas lucientes en todas las pupilas. Y arriba, un sol alegre y franco dejaba caer su lluvia de oro sobre la ciudad rejuvenecida.

Sobre los pradillos de césped se entreabrían discretamente las rosas, y un aliento de perfumes soplaba entre domos de verdura. Y sanamente, bulliciosamente resonaban las fanfarrias de tropeles humanos, ansiosos de saturarse de aquella renovación de vida, surgida de pronto, tras una tarde gris y opaca, una tarde de suave luz cenicienta, que habían envuelto los encajes de Nuestra Señora en un crepúsculo acariciador y suave.

Hacia el "Bois de Boulogne" iba la triunfal parvada á reclinarse en la húmeda yerba recién nacida, á llenarse los pulmones de aquel aire vivificante, dejando muy lejos el boulevard con el frufrú de las sedas, el tintineo de las copas y el grito del vendedor de la última extravagancia en boga: "Le dernier soupir d'un cochon!"

Se salía del infierno del hambre y del frío, para penetrar en una existencia nueva de salud y de amor. En el Invierno parisien se agitan todas las miserias; el vicio mismo es un antifaz del dolor. Sobre las aceras de los grandes boulevares pasan muchas tristezas con mirada provocativa. Parece que os piden un trozo de carne, una luz, un poco de fuego. ¡Hace tanto frío!

Pero llega la Primavera, y huyen esas sombras. Han florecido las lilas y renace el jardín de Cossette. ¿Os acordáis del buen viejo de la barba florida? Para él siempre tuvo flores cada Primavera, porque las aprisionaba con los hilos de oro de sus estrofas. Y la juventud, la juventud eterna, porque es el eterno amor, no olvida á su Poeta.

Para enfocar este espectáculo de luz y de frescura, hay que tomar un sitio en la imperial de un ómnibus, y dejarse acariciar por las ramas de las acacias. Desde la alto se abarca la población en masa, desparramándose por paseos y avenidas. Desfilan á vuestros pies las alegres comitivas: estudiantes, obreros, modistillas, grandes damas, personalidades, insignificantes. Todos llevan una flor y una sonrisa, una esperanza y una promesa.

Y el ómnibus sigue entre aéreos bosquecillos, á unos metros del suelo, por el que pasa cantando sus alegrías la multitud, ebria de placer, abandonada á la dicha de vivir, gozando de aquella hora, que acaso no vuelva más, y que por eso es necesario apurar deleitosamente, entregarse á ella, sin un puntito negro que la obscurezca, sin un solo pensamiento que la conturbe.

Tienen los hijos de París, como ningunos otros de capital del mundo, el secreto de este abandono á la sensación del momento. El "después" no existe en ese minuto, en esa hora, en esa mañana vívida. La existencia se forma de ininterrumpidos cuadros disímbolos; la dicha está en saborear por completo de ese instante. Es una sana y tónica filosofía que no solemos practicar los que llevamos las más de las veces nuestras amarguras y nuestros desencantos á todas partes.

Por eso, la Primavera parisiense es una fiesta que no anuncia el amargor de un despertar de hastío. Florecen los espírirus como las frondas, y sonríen los labios como se entreabren los capullos. La Naturaleza es la que manda y ordena:

Artículo primero. Germinarán las plantas y se buscarán los ojos.

Y ojos que se buscan, acaban por encontrarse. Y si no......

***

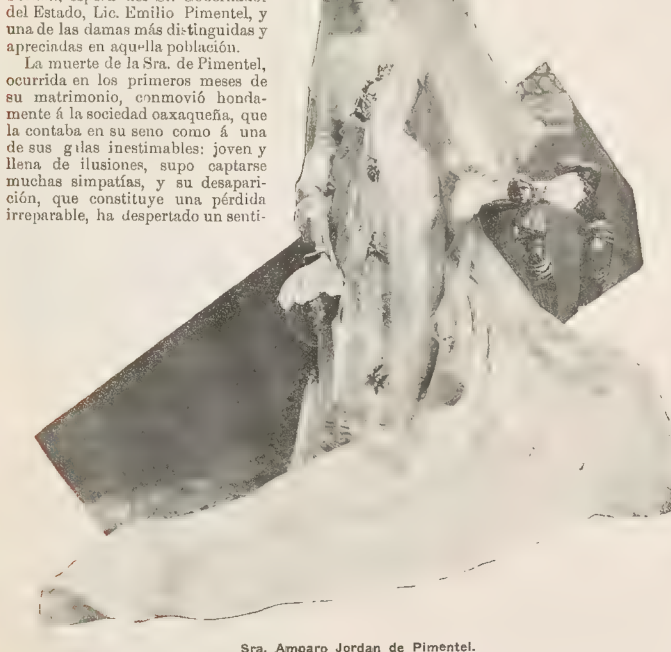
Aquella noche, al retirarme á mi cuarto de estudiante, del otro lado del río, en un barrio tranquilo y apartado, bajo un foco eléctrico al pie de una acacia, oí estallar el chasquido de un beso. Era una pareja feliz que saludaba la llegada de la Primavera.

Carlos Díaz Dufóo

La Sra. Amparo Jordan de Pimentel.

A consecuencia de una repentina enfermedad, murió en Oaxaca el 24 de marzo último, la Sra. Amparo Jordan, esposa del Sr. Gobernador del Estado, Lic. Emilio Pimentel, y una de las damas más distinguidas y aprecindas en aquella población.

La muerte de la Sra. de Pimentel, ocurrida en los primeros meses de su matrimonio, conmovió hondamente á la sociedad oaxaqueña, que la contaba en su seno como á una de sus galas inestimables: joven y llena de ilusiones, supo captarse muchas simpatías, y su desaparición, que constituye una pérdida irreparable, ha despertado un sentimiento de profundo pesar en todos los oaxaqueños, que veían en la joven esposa un modelo de virtudes.



Sra. Amparo Jordan de Pimentel.

Numerosas son las demostraciones de condolencia de que, por tan lamentable desgracia, ha sido objeto el Sr. Lic. Pimentel.

Nosotros nos unimos á ellas de todo corazón, enviándole nuestro muy sentido pésame.

No es la fe la que ha formado el corazón, sino el corazón el que ha dado vida á la fe.

*

Muy á menudo es la palabra á la verdad lo que la careta á la cara.

ESTACIONES.

I

PRIMAVERA

Abril con sus perfumes y sus colores
aroma y armoniza, brilla y esmalta,
de la montaña agreste, verdeada y alta
al huerto donde crecen pintadas flores.

El sol nos vivifica con sus calores
mientras el arroyuelo plateado salta,
los fuegos amenguando con que se exalta
la gran Naturaleza llena de ardores.

Traíllas que se escapan de la perrera
corriendo á las partidas de Primavera.
Y aprisa, pues la noche sus huellas toca,

Al ruido de los cuernos y los venablos
parecen una tropa de negros diablos
desatando sus furias contra la roca.

II

VERANO

Naturaleza hierve: la vida ensancha
el inmenso escenario de sus acciones;
los gérmenes realizan sus producciones,
y hay de larvas y orugas una avalancha.

En la vasta pradera, desierta y ancha
se oye el gozoso trino de los gorriones,
y en su cárcel de rocas y farallones
dibuja el oceano su enorme mancha.

Y allá entre la penumbra de un gabinete,
envuelta en su vestuario de tafilete,
siente una novia dulce las vaguedades

De un ambiente impregnado de amor y fuego,
y es la llama de Agosto, que infiltra, ciego,
su corazón de anhelos y de ansiedades......

III

OTOÑO

El verano ha pasado: la hermosa fiesta
que apagó mis nostalgias y mis desvelos,
pasó, como pasaron bajo los cielos
las nubes que surgieron tras de la cuesta.

La joya que Natura llevaba puesta
se ha perdido entre opacos, brumosos velos;
emigraron las aves en raudos vuelos
llevándose su alegre, mágica orquesta,

Las hojas, de los troncos donde germinan
ya vuelan, y en el aire se diseminan.
Y aparece de un monte tras de la falda

Un viejo de cabellos cual blanca nieve,
que á llevar, invencible y audaz, se atreve
la carga de diez meses sobre la espalda.

IV

INVIERNO

Pasaron las auroras primaverales
con sus campos alegres y matizados;
los cierzos de la selva que, perfumados,
rimaban sus rondeles y madrigales.

Pasaron los crepúsculos otoñales
con sus tristes murmullos entrecortados
que brotan de los árboles, azotados
por los recios brisotes septentrionales.

Ya no vibra en los bosques el ronco cuerno,
pues vino con sus fríos el viejo invierno
y pasa sacudiendo su nívea palma.

Después de haber dejado lánguidamente
un invisible pliegue sobre mi frente
Y un témpano de hielo dentro del alma....

RAMIRO HERNÁNDEZ PORTELA.





FUNERALES DE LA SRA. DE PIMENTEL EN OAXACA.—El cortejo y la carroza fúnebre.

Cristo=Dios y Cristo=Hombre

(A propósito de un Cristo de D. Antonio Fabrés)

Entre los numerosos cuadros que Don Antonio Fabrés acaba de exponer en la Escuela de Bellas Artes, para que el público mexicano pudiera fundar sus esperanzas relativas á las labores del maestro ante las obras del artista, sólo hubo uno de índole mística, y, francamente, no contribuyó poco esta circunstancia para fortalecer aquellas buenas esperanzas, pues el dominio místico de la pintura ha sido sobrada y casi exclusivamente recorrido en la mencionada escuela por varias generaciones de maestros y de alumnos, hasta el grado de que la monotonía esencial de los asuntos amenazaba ahogar todo impulso nuevo, sano y verdadero en la figura mexicana.

Pero el único cuadro de índole mística presentado por el maestro Fabrés no pertenece por modo alguno al montón de los de su clase; es algo personal y hermoso, algo muy humano que tiene el poder de transmitir una intensa emoción, de la que no es parte ese fetichismo religioso que muchas veces coloca sobre dorados altares á íconos artísticamente abominables.

El cuadro místico del maestro Fabrés es un Cristo atado á la columna. Colocáronle aparte, sólo en una estancia, cual convenía á la excepción que representaba en una colección de pinturas en que esplendían la vida y la realidad. Y, destacándose en rico anaquel sobre un fondo de tela morado, igual á la que cubre los altares durante la cuaresma, con la mirada dirigida al cielo, con la expresión de un sufrimiento supremo y virilmente soportado, hincado de una rodilla sobre el duro suelo y con las manos apretadas dentro de los nudos infamantes de la soga, con una musculatura de hombre cubierta por una epidermis de hombre, el Nazareno aparecía en medio de toda la magnificencia del martirio, pregonando la gloria del espíritu por sobre todas las miserias, todas las infamias, todas las trabas de la carne débil y todos los intentos de befa y de escarnio que la maldad y la soberbia de los hombres han tratado de clavar en las almas sublimes.........

En frente del cuadro los visitantes se detenían. Todas las manifestaciones de vida que se desprendían de los otros cuadros no alcanzaban á impresionar á nuestras mujeres como la exquisita verdad de la figura del Nazareno que llegaba á sus corazones y á sus cerebros filtrada á través de ese sentimiento religioso que las domina y que es más fuerte, mucho más fuerte que su sentimiento estético. De muchos labios hermosos escuché muchas exclamaciones entusiastas. El ambiente de adoración que rodea al Nazareno parecía alcanzar al cuadro. El cuadro gustó mucho y el artista quedaba reconocido y proclamado.

Los hombres contemplaban también los sufrimientos del mártir y externaban sus impresiones de diversos modos. Los artistas alababan y censuraban y más de una discusión, larga y nutrida, tuvo sus comienzos frente al cuadro; yo oí muchas impresiones; he aquí las mías:

Después de los pintores místicos del cuatrocientos, que se apartaron tanto de la vida y que desdeñaron la forma en aras de una pintura psicológica que murió de impotencia, cuando los divinos atletas del Renacimiento volvieron á inyectarde las vírgenes venas exhaustas de los santos y sangre de las y revistieron de carne sana y viviente los huesos de los apóstoles y de los profetas, la figura sublime del Nazareno atrajo frecuentemente sus simpatías artísticas, pero la atmósfera de religiosidad en que se movían, no pudo permitirles contemplar á Cristo como á un hombre ni interpretarlo como á un hombre. Era preciso que el tiempo corriese, y al correr el tiempo, apareció en la pintura el Cristo hombre. Falta mucho para que los asuntos cristianos se agoten para la pintura; mas, ahora, es preciso humanizarlos para que penetren en el alma de los hombres, que sólo se conmueven ya ante la verdad en el arte, y esa tendencia de humanización pictórica del Nuevo Testamento, es la única que da derecho de existencia, en la pintura contemporánea, á los asuntos místicos. Ningún maestro contemporáneo ha podido escapar á esa tendencia, ni Fabrés....

—Pero—me observa alguien—¿esa inscripción que Fabrés puso como «leitmotiv» de su cuadro?......... «Los hombres han podido manchar de sangre á Cristo-hombre, pero á Cristo-dios, jamás!» ¿No revela eso un alejamiento de esa «humanización» de Cristo en pintura?...

—Tal vez revele un propósito de alejamiento, pero es un propósito malogrado. El Cristo de Fabrés es un hombre; ese cuerpo es humano, completamente humano; un cuerpo que sufre, un hombre que gime...... y una alma que se asoma por los ojos, en esa mirada de bondad, de resignación, de fuerza intensa; pero una alma humana, esencialmente humana! A Fabrés puede haber sucedido, á la inversa, lo que á Renán aconteciera; propúsose éste humanizar á Cristo en un libro, y su veneración intensa y su maravillosa expresión, no hicieron más que deificarlo; quiso el otro subrayar en un cuadro la naturaleza divina de Cristo, y la realidad de su pincel y de su concepción gráfica no han hecho más que glorificar la naturaleza humana de Cristo. Es cierto que los hombres no pudieron manchar de sangre á ese Cristo, porque la sangre de un Cristo no mancha nunca. Creo que el eminente pintor se ha engañado á sí mismo, no en el cuadro, sino en la «expresión verbal del asunto.» Pero, también, ¿para qué obligar á un pincel á que trace palabras?

JUAN SÁNCHEZ AZCONA.





SANTA ANITA.

Cada vez que se renuevan las amapolas sobre las gayas chinampas y á lo largo del canal de la Viga, en el anhelo del pueblo surge como una ilusión irresistible la idea de ir á Santa Anita.

Y apenas recoge el obrero el importe de su raya, en compañía de su familia ó de su amada ó de sus amigos realiza su anhelo y fleta una canoa florida y coqueta, que al enérgico impulso de un remador bronceado, resbala sobre las turbias aguas del canal y llega á Santa Anita, ese pueblo pintoresco y miserable á la vez, cuyo único tesoro son las flores que cubren su suelo y que convierten en grandes manchas policromas á las chinampas que surgen de las aguas.

En el fondo, la excursión á Santa Anita es bella y constituye una de las costumbres más nacionales que aún nos quedan. El sol esplende con toda su fuerza y bruñe las aguas obscuras con reflejos luminosos, y la canoa, ancha y plana, avanza lentamente y lleva risas, cantos, desbordamientos de alegría y de amor á la vida.

Las mujeres ciñen coronas floridas en torno de sus crenchas de ébano, y la canción nacional—siempre triste y desgarradora y amorosa, como si el amor fuera un sufrimiento -alterna en los aires con el arrebatado ritmo del «jarabe,» que rasguean las guitarras y que acompaña el nutrido taconeo de los bailadores sobre la madera de la canoa.

Pero—siempre hay un pero en nuestras diversiones populares y ese pero es casi siempre el pulque—no toda la excursión conserva ese carácter de inocente diversión; en cuanto el «blanco» y el «curado» enardecen la sangre de los paseantes y se encienden las heredadas tendencias agresivas con la inquietante vecindad de la hembra, no pocas veces las coronas de amapolas truécanse en coronas de sangre, no pocas veces empieza el disgusto con filosas lenguas y acaba con filosos cuchillos, no pocas veces se encierra el epílogo de esos paseos entre las seis tablas de un ataúd y entre las cuatro paredes de una celda penitenciaria.

Si no fuera por los peligros del pulque, un paseo á Santa Anita sería delicioso; y aun con los peligros del pulque, lo es desde el punto de vista de lo pintoresco y genuinamente nacional, y por eso sin duda alternan constantemente en las canoas los tranquilos turistas con la gente de trueno.

Dicen los viejos que los paseos de hoy no son ni un pálido remedo de los paseos de antaño. Podrá ser así, pero aún conservan grandes atractivos, y las verbenas de Santa Anita tendrán todavía muchos años de vida.

TURISTA.


COSTUMBRES POPULARES


SANTA ANITA



ALMAS INFANTILES.

¡Oh! qué encanto, qué dulzura, qué inefable atractivo tienen para mí los campos cuando la vida errumpe por doquiera!

Las copas florecidas de los manzanos y almendros como chinescas mantillas que sobre escuetas ramazones orearan los céfiros; el ocaso como estadio tras juegos circences; los rayos del sol que, al hundirse tras la calva serranía, clavan sus venablos en las nubes-concreciones en la concha enorme de los cielos, todo, todo esto infiltra su juventud en mi ser, y su soplo saludable pone temblores en el lago adormilado de mi espíritu!

Desde el herrumbroso balcón de esta vieja hacienda hospitalaria, miro barcinar la paja; las eras donde acriban el trigo que va formando montones de inquietos gusanillos de oro; los bueyes acoyundados, con los ojos bondadosos bendiciendo la llanura; las gallinas aclocadas rascando hoyancos, rodeadas de polluelos que por pequeñines aún llevan sus felpudos abrigos invernales; el pozo con su glauco terciopelo de musgo, donde charlan las campesinas de ojos negros, cuellos fuertes que ensangrientan menudas sartas de corales y pies morenos de uñas lustrosas, como empapadas en rocío; el monte negro que en neblina envuelto parece humear, y el loco salpique de casas de tejavanes obscuros, entre largos órganos que se yerguen cual gigantescas espinas vertebrales.

En el lago que custodian esparrancados tepozanes cuyas hojas nievan céspedes, como un cruel desplume de palomas hecho por azores, paso las horas contemplando los reflejos de frondajes en el agua, en cuyo fondo fingen vegetaciones raras, y los de policromos celajes, semejantes los blancos á témpanos de hielo que se mueven, y los negros á reptiles que silenciosamente nadan.

Aquí las mulas, acolladaras aún, al medio día descansan breve rato, y el sol, que rompe frondas, riega en sus lomos las áureas onzas de su escarcela.

Pedrín me acompañaba siempre. No puedo olvidarlo; llevo su imagen en el alma como una cicatriz.

En las mañanas agrisadas aún, cuando las nieblas, arrastrándose, iban dejando en las ramas sus diamantes, llamaba á mi puerta.

Era pequeñín, aduendado, con ojos vagos que recordaban quizás un sueño, cejas negras y curvas, como las plumas caudales de una golondrina. No tenía padres. La hacienda lo acrianzó noblemente, y él tenía por ella una gratitud triste y enorme como una nube preñada de lágrimas.

Aun cuando el cielo achubascado le mostrara su amenaza, él bajaba á adestrarse en las ordeñas y en los trabajos de uncir yuntas y guarnecer caballos.

Su único amor era Leal, perrazo de color de lumbre, de párpados cacarañados y de pupilas amarillas como las almendras de los huesos de durazno, hocico dentado fieramente, y con ribetes de hule negro.

Dormía al pie de la cama de Pedrín, comía con él, jamás separábanse y juntos correteaban en los carriles arenosos, buscaban sombra bajo los agavanzos en flor, y se internaban entre los bejucos de agraceñas zarzamoras, á riesgo de empuyarse.

De sus correrías volvían, el perro acezando y el muchacho con los zapatos desuelados y su eterna melancolía en las pupilas. Cuando por un momento desparecía Leal, sus ojos eran, no como pájaros que entre rejas buscan salida, sino como pájaros que libres no encuentran donde posarse.

¿Qué platicaba el mocozuelo al perro aquel en los ratos que se acostaban en las quebrajas del terreno? ¿Qué panteísmo inconsciente hacía salir en frases el infortunio de aquella alma?

El quería los besos de amor y las caricias que son bendiciones, y encontraba besos y caricias compasivas. Se vió solo y clavó su afecto en su perro como un puñal en un árbol, que al ensanchar su tronco más le oprime. Labró la miel virgen de su cariño en él, como las abejas en las gavillas resecas.

¡Oh, las bellotas que pudieron ser encinas y abonaron la esterilidad de los cascajos ardidos por el sol! ¡Oh niños buenos, ávidos de caricias, sin regazo ni amor, morfos! ¡Sois las nébulas errantes que guardan los llantos de la vida!

Mi última excursión al bosque fué en agosto. Pedrín, endechador y alegre, marchaba ágilmente con su cantimplora de agua acidulada con naranjas que él mismo desjugó; brillaba al andar su pantalón bombacho de alpaca, y pringaban su sombrero, á guisa de adornos raros, flores de mimosas como gusanos velludos ó como trozos de redondos cepillos con los cuales limpiaba el cañón de su escopeta diminuta. Leal jadeaba escudriñando los agujeros de las peñas vestidas de timpánulas.

La mañana era rosada y fresca como los brazos recién lavados de una mozuela. En la selva había una solemna majestad, acrecentada por confidencias de frondas y trinos incompletos de pájaros. Las nubes de moscos flotaban en el aire como tules vaporosos, y dulcemente movían sus plumas verdes las palmas que crecen en las partes húmedas de las montañas. Súbitamente atravesó un cuervo crascitando y se detuvo en un ocote viejo y erizado.

Nuestro morral de malla albergaba algunas aves; ni una pieza grande.

Pedrín soplaba su balitadera tenazmente, y á ratos callaba creyendo oír los gañidos de las ciervas. ¡Nada!

Del barranco profundísimo subía un aliento perfumado y frío. Nos sentamos. Pedrín reunió hojarasca, hizo lumbre y colgaba pajarracos que plácidamente embroquetaba. Mientras se asaban se puso á jugar con Leal, que, escandecido, ladraba no pudiendo atrapar el pan que le ofrecían y retiraban.

Mi espíritu giraba en el hilo de un sueño, como una pajilla en la hebra de una araña.

Nos sacudió el ruido de una rama que al quebrarse imitó el bramar de un ciervo.

Leal de pronto puso las manos en Pedrín, que, descuidado, hizo un movimiento tan brusco para esconder el pan, que resbaló en las hojas de ocote y rápido descendió al fondo, como atraído por una mano invisible y fortísima. Leal corrió tras él y cuando á ellos llegué, el crascitar de un cuervo que pasaba muy bajo me bañó en escalofrío.

Pedrín, con los ojos agonizantes y apoyado en el brazo izquierdo, ¡quién sabe qué de inmensamente cariñoso y doloroso decía á su perro, que lúgubremente aullaba, mientras el fulgor de sus ojos se apagaba lentamente; y, haciendo un supremo esfuerzo, alzó su brazo y le tendió su pan!

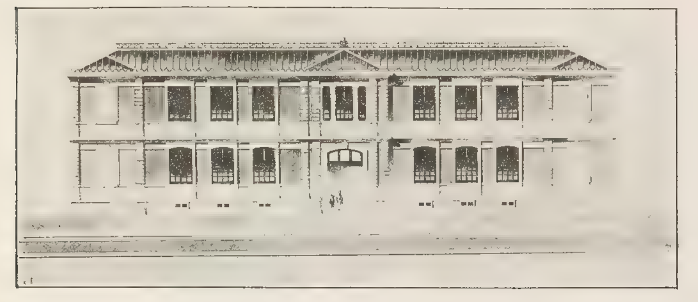
¡¡Oh, nunca, nunca he llorado como entonces!!

ABEL C. SALAZAR.



EDIFICIOS ESCOLARES.

En octubre de 1902, la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas determinó construir tres edificios para Escuelas Primarias con capacidad para alojar á 250 alumnos en cada uno, y situados: el primero, en la calle del Ciprés; el segundo en la de Necatitlán, y el tercero en la Plazuela del Carmen.



Proyecto para el edificio de la plazuela del Carmen.

Para elegir los proyectos que debieran ejecutarse, dicha Secretaría invitó á entrar en concurso á cuatro arquitectos, que aceptaron a invitación, presentando el 1º de enero del corriente año los dibujos y presupuestos correspondientes.



Proyecto para el edificio de la calle de Necatitlán.

Reunido el Jurado calificador, compuesto de los señores arquitectos Antonio Rivas Mercado, José Ramón de Ibarrola, Guillermo de Heredia, Ingeniero Isidro Díaz Lombardo y Dr. Luis E. Ruiz, dieron su aprobación, mediante algunas ligeras modificaciones, á los tres proyectos que presentó el Sr. Arquitecto Enrique Fernández Castelló, los cuales damos á conocer hoy á nuestros lectores.

La vuelta de Jesús á Nazaret.

Cuando Jesús quiso volver á Nazareth, Nazareth estaba tan cambiada que no la reconoció. La Nazareth donde él había vivido estaba llena de lamentaciones y de lágrimas, y aquella ciudad que ahora veía, llena estaba de gritos, de risas y de cantos. Y el Cristo, al entrar á la ciudad, vió unos esclavos cargados de flores, que iban diligentes hacia la escalera de mármol de una casa de mármol blanco. El Cristo entró á la casa y en el fondo de una sala de jaspe, acostado sobre un lecho de púrpura, vió á un hombre entre cuyos cabellos deshechos había mezcladas rosas rojas y cuyos labios estaban rojos de vino. El Cristo se aproximó á él, le tocó en el hombro y le dijo:

—Por qué llevas esta vida?

El hombre volvió el rostro, le reconoció y respondió:

—Yo era leproso; tú me curaste. Por qué he de llevar otra vida?

Salió el Cristo de aquella casa y en la calle vió á una mujer cuyo rostro y cuyos vestidos estaban pintados y cuyos pies estaban calzados de perlas, y detrás de ella marchaba un hombre cuyo traje era de dos colores y cuyos ojos estaban cargados de deseos.

Y el Cristo se aproximó al hombre, le tocó en el hombro y le dijo:

—Por qué sigues á esa mujer y por qué la miras así?

El hombre, volviéndose, le reconoció y respondió:

—Yo era ciego; tú me curaste. Qué otra cosa he de hacer de mi vista?

Y el Cristo se aproximó á la mujer:

—Este camino que sigues, le dijo, es el camino del pecado. Por qué seguirlo?

La mujer le reconoció y le dijo riendo:

—El camino que sigo es agradable y tú me has perdonado todos mis pecados.

Entonces el Cristo sintió su corazón lleno de tristeza y quiso abandonar aquella ciudad. Pero cuando salía de ella, vió, por fin, á un joven que estaba sentado al borde de los fosos y que lloraba. El Cristo se aproximó á él y tocándole los rizos de sus cabellos, le dijo:

—Amigo mío, por qué lloras?

El joven levantó los ojos, le reconoció y respondió:

—Yo había muerto y tú me resucitaste. Qué otra cosa puedo hacer de mi vida?

OSCAR WILDE.

SURSUM

Cuando mi duro corazón villano
al ver su pequeñez ¡ay! desespera
del piadoso perdón, y nada espera,
me acuerdo de Zaqueo el publicano.

Pasa Jesús por Jericó, y en vano
el pequeño hombrecillo ver quisiera
la color de su veste tan siquiera......
¡no alcanza!...... mas á un árbol trepa ufano,

y mientras ve á Jesús con la mirada
con que la miga tierna ve el mendigo,
alza el Señor hacia él su faz amada

y así le dice con la voz de amigo:
—«Baja presto, y camina á tu morada,
que hoy en tu mesa comeré contigo!»

MARÍA ENRIQUETA.

LOS TROFEOS.

En el ancho salón, yerto y desnudo
que de oro y de marfil cubrió un infante,
sobre el muro vetusto y vacilante,
en trofeo gentil se alza el escudo.
Aun se agita del noble linajudo
so el espaldar el torso palpitante
y aun protege la mano el férreo guante
del fiero justador, osado y rudo.
¡Decadencia fatal que el alma hiela!
¿Quién tocar osará las férreas mazas?
¿Quién esgrimir la espada con su mano?
Recordar solamente nos consuela
que hundióse el ideal de aquellas razas
sólo al gemir del pensamiento humano.

ANTONIO ZOZAYA.

Para establecer la unidad de opinión, es preciso establecer de antemano la certidumbre, asegurarse perfectamente de que los cuadros que pinta el espíritu sean idénticos á sus modelos y que reflejen los objetos correctamente y según son.



Proyecto de edificio escolar para la calle del Ciprés.



Cuadro de la vida araucana.

LAS cordilleras iban tornándose suavemente azules bajo el crepúsculo muriente. Sus cimas, á trechos veladas de bruma, huían hacia el cielo, agudas y erectas algunas, otras redondas y graciosas, semejando guirnaldas de rosas blancas.

A lo lejos, el azur se impregnaba de ligera sombra. Al pie de las vertientes, cuyos pliegues monstruosos aparecían erizados de follaje poderoso y silvestre, extendíase el campamento del cacique Sakamata.

El silencio gravitaba sobre la llanura, y los indios, en el umbral de sus toldos, esperaban con cierta extraña superstición mezclada de éxtasis la venida de la noche.

Las tiendas estaban diseminadas en la pradera envueltas en aromas sutiles y violentos. Más allá la pampa tomaba matices violáceos y su inmovilidad hacía pensar en la calma infinita de un lago.

Al oriente se erguía la tienda de Sakamata. Era la más rica y la más amplia. El cacique se hallaba sentado dentro de ella, grave y melancólico: inclinaba la frente levantada y ancha y sus ojos parecían explorar su propia alma, tan profundos y fijos estaban.

Muy cerca corría el arroyo de Tomen-Waoû, desgranando sus aguas á lo largo de las sinuosas orillas, á compás del canto indolente de la onda caprichosa. Arriba, las alas de un cóndor remaban lentamente por el tranquilo espacio.

Un largo relincho atravesó de pronto la soledad: era un "guanaco" que corría al viento de la tarde.

El cacique exhaló un sordo gemido; hizo un gesto, y recayó en su inmovilidad.

¿Qué amargos pensamientos llenaban su espíritu?

Antes había sido heroico y temible; infinitos trofeos habían exornado sus años juveniles y robustos; guerreros de nombre se habían arrodillado á su paso; en el fondo de la imaginación de las muchedumbres había quedado impresa su fisonomía, como una medalla inmortal y gloriosa. Había vencido pueblos y razas; había pillado, saqueado, matado, incendiado campos, aldeas, regiones enteras; había pasado, como un lampo infernal, por sobre las fértiles llanuras, á lo largo de los ríos lujuriosos de caudales, á lo largo de las montañas y por el dorso de sus pendientes.

Sakamata! Los índicos poemas lo celebraban. Sakamata! Su nombre rimaba canciones guerreras.

Las mujeres más bellas habían sido sus amores, y á menudo, en la alta noche, habían rondado su tienda.

¿Deploraba Sakamata la ausencia de aquellos tiempos de epopeya y de amor, en los que la gracia y el esplendor de las cabelleras de las indígenas beldades se habían confundido con los rápidos fulgores de los más sangrientos combates? Cuán triste debía parecerle la vejez, desolada y triste después de tanta gloria!

Levantó la cabeza.

Rouna, su carísima hija, la más pura de las vírgenes, estaba delante de él. Vestía una tela ligera y blanca, que portaba á la manera de las vestales. Era bella hasta el misterio; tenía chispeantes espejos en sus ojos, y cuando destrenzaba con sus dedos finos y ágiles su cabellera de cambiantes reflejos, pasaban por los aires estremecimientos brillantes y radiaciones de oro. No era el levante tan espléndido como los cabellos de Rouna. Cada mañana los enjugaba á la orilla del arroyo; y la onda amorosa y acariciadora reflejaba aquella maravilla, á la cual hacían cortejo todas las gracias del cielo matutino.

Todo su cuerpo era grácil y terso, tal un tallo de lis; y su alma era tan límpida como las fuentes de las Cordilleras.

La tribu la adoraba como á una diosa.

Rouna miraba al anciano con sus ojos perlados de estrellas.

—Padre, se dice que Djanaké estará de vuelta antes del crepúsculo.

—Djaneké! Djaneké! murmuró suavemente el cacique.

—Los araucanos alaban sus proezas que, gritan, atravesarán los siglos futuros.

El anciano se estremeció y no contestó.

—¿Qué dices, Padre? ¿Por qué estás triste?

—Invoco, oh Rouna, hija querida, la Divinidad de la tarde!

Rouna se alejó un poco. Se dirigió hacia un arbusto que abría espléndidas flores, y todos sus cálices parecieron tributarles su perfume á los encantos de la india.

Los contemplaba fijamente; luego les habló:

—Flores amadas, frágiles flores en las cuales he depositado mis ensueños de amor, pronto el amado estará entre nosotros. Le diréis, corolas llenas de las delicias de mi corazón, que noche y día he cantado cerca de vosotras su nombre: Djaneké! Djaneké!

Y como para responder á la tierna virgen, de pronto, á lo lejos, resonaron gritos de entusiasmo:

—Djaneké! Djaneké!

Aquel tumulto de fiesta crecía. Era un prodigioso clamor. Las tiendas se agitaron.

Rouna había palidecido de gozo. Corrió hacia el cacique.

—Padre, padre, helo aquí!

El anciano no se movió. Pasó un instante; el ruido se acentuaba; ya se oía distintamente el galope de los caballos.

El cacique se levantó y salió con una lanza sobre la cual se apoyó. Aquella arma estaba colorada con manchas de sangre: era la lanza de sus victorias.

—Yo también, exclamó muy bajo, fuí aclamado por las turbas delirantes; yo también he vuelto cubierto de heridas victoriosas. Y ahora......

"Djaneké con su gloria eclipsa la mía...... Los pueblos son ingratos!

"Ni una voz que cante mi nombre!

"Sakamata es el sol que se hunde. Djaneké es la resplandeciente aurora que se levanta."

Y un vahido nubló sus ojos.

Apareció un jinete. Rouna se abrazaba palpitante al arbusto hacia el cual había vuelto.

El cacique temblaba ligeramente.

Djaneké echó pie á tierra. Era grande; musculado como un tigre; salvaje y bello. Portaba un ancho cinturón de cuero; plumas de ñandú se agitaban en una especie de casco que le ceñía la frente como una diadema.

Vió á Rouna. Un instante se contemplaron. ¿Se besaron sus almas?

—Te saludo, divinidad de mi corazón, la dijo. Recibe en eterna oblación mi amor y mi culto.

Ella respondió:

—Te esperaba. Mi alma estaba desolada sin tus miradas. Estas flores te repetirán mi plegaria de amor.

Djaneké se volvió hacia el cacique:

—Oye, oh veneradísimo jefe. Tu hija Rouna acaba de pronunciar los votos de mi corazón. De la prueba que me impuiste he salido victorioso, más allá de toda esperanza. He destruído la tribu de los Mapuches; todos han sucumbido, mujeres, niños, todos; sus bestias mismas ya no existen. El aliento de mis guerreros ha dispersado hasta las cenizas de sus campamentos. No queda nada de ellos. Los

ríos se han enrojecido con la sangre de la tribu indómita....... Todo lo he hecho por amor á Rouna. Por ella, domaría y exterminaría á todos los pueblos. ¿Soy ahora digno de tu hija, oh Sakamata?

El cacique permaneció silencioso. Todos esperaban las palabras del anciano. Rouna se adelantó suplicante.

—Respóndeme, oh Sakamata.

—Responde, padre querido.

El cacique, adusto, dijo por fin:

—Djaneké, eres valeroso. Amo tus hazañas. Sin duda otros fueron más célebres. Recibe mi abrazo.

Y aquellos dos hombres se estrecharon solemnemente.

Los indios lanzaron exclamaciones de alegría.

—Rouna, continuó el cacique, honra mi vejez. "La quiero por mi esposa," me has dicho; pero ¿hallará ella la dicha bajo tu tienda? Los labios de mi hija y su corazón merecen más dura prueba.........

—Para conquistar á tu hija, oh Sakamata, iré por el mundo destruyendo todo á mi paso; si lo exiges, te traeré las lanzas de todos los jefes de las tribus vecinas. Ordénalo, oh jefe venerado.

—Toma á Rouna sobre tus espaldas, Djaneké, antes de que el sol se levante; y, en un solo aliento, trepa con ella á la cima de las Cordilleras. Si realizas esta hazaña, Rouna será tuya.

—Acepto.........

Y ni una emoción turbó la faz de Djaneké.

***

Los tenues vapores del alba no se habían desvanecido aún, cuando los indios, adornados con sus más bellos "wuaralkas" esperaban en silencio y angustiados al pie de las Cordilleras.

Aparecieron Djaneké y Rouna; sonreían melancólicamente. Una voz se levantó contra el cacique; el joven héroe hizo callar con una mirada al imprudente.

De todas partes gritaban:

Sé fuerte, Djaneké! Sé fuerte!

El cacique, que esperaba impasible ante la multitud, al ver á los dos jóvenes exclamó:

—Apresuraos! Va á salir el sol.

Luego, los abrazó.

Djaneké se volvió hacia los indios, hacia la pampa, hacia el horizonte. ¿Temía?

De pronto, tomó á Rouna, la levantó, la colocó sobre sus espaldas reteniendo con sus brazos nervudos el cuerpo de la muy amada, y emprendió la marcha hacia las Cordilleras, hacia el calvario!

Hubo un movimiento entre los indios, como un vaivén de oleaje.

Y nuevas voces se oyeron:

—Djaneké! Djaneké!

Después, reinó el silencio.........

Djaneké y Rouna, como soldados el uno á la otra, habían desaparecido detrás de una roca gigantesca semejante á una silueta de ictiosauro. Se les divisó entre los árboles inmóviles, por entre los cuales marchaba ya fatigado el mancebo. El sol, entre tanto, incendiaba las vertientes y las cimas. La tribu estaba deslumbrada: los indios, trémulos de agonía y de ansiedad, de admiración y de temor, veían la pareja que parecía ascender á un nuevo cielo de amor.

Djaneké subía.

Sus fuerzas parecían centuplicadas. ¿Su carga no era acaso una delicia, toda su vida?

Una grandiosa esperanza le sostenía.

Y dijo en alta voz:

—Rouna, te llevaría así hasta las nubes. No temas. Tu amante ha vencido tribus y tribus de los más temibles guerreros: también venceré la montaña.

—Descansa, Djaneké, no oigas á mi padre. Huyamos. Viviremos juntos, solitarios y en una paz infinita. Temo que sucumbas.

—No pronuncies tales palabras, Rouna. Yo no puedo ser perjuro. He jurado trepar las Cordilleras.

Volvió á callar.

De la pampa subía un ruido débil, débil. Diríase el murmullo de un arroyo.

La montaña se hacía áspera y negra. Cavernas por todas partes. A la derecha murallas de granito. Djaneké se iba hacia la izquierda. Cerca negreaba un precipicio. Retrocedía, volvía á intentar el paso, tomaba un sendero de bestias.

Hubo un momento en que sintió flaquear las piernas. Le palpitaba fuertemente el corazón. Sin embargo, á Rouna que le interrogaba ansiosa, contestaba:

—Mis fuerzas no me abandonan; pronto habrá concluído la prueba.

Ya no se oía nada de la pampa. Habría querido volverse á ver; debía estar muy alto. No osó, empero, levantar los ojos hacia las cumbres.

Subía, subía sin cesar con una energía brutal.

La garganta se le estrechaba. Oh! la sed! nueva tortura!

Ahora reinaba la absoluta soledad: el sol estaba, sin embargo, en todo su esplendor y el desdichado Djaneké no veía sino la noche. Sus dedos se crispaban en el cuerpo de Rouna. La sed le torturaba.

De pronto vaciló......iba á caer.

Un deseo inmenso de tenderse con su carga se apoderó de él....... Se detuvo....... pero una voz severa le gritó: perjuro! perjuro!

Y continuó su mortal ascensión.

Ya se arrastraba; la cima estaba próxima: empero ¿llegaría á ella? Las sienes le palpitaban. Ante sus ojos, mariposas rojas revolaban entre llamas ardientes, ya erectas, ya esparcidas en círculos infinitos. Sus pies, sus rodillas sangraban. Un copo de espuma salía de su boca.

¿Qué garras registraban su pecho? Ah!...... sus dedos, ó más bien, sus garras le buscaban el corazón? Las sentía rasgándole el seno, las fibras...... Quiso llamar......Rouna! Rouna!

Ella, horriblemente pálida, había comprendido que su amante se moría. Y pensó: "moriré también; nos unirá la muerte." Bruscamente, Djaneké sintió que se aproximaba su fin.

Cayó y permaneció con la frente contra la tierra.

Sin embargo, allí cerca resplandecía de nieve la cima!

Rouna tomó la cabeza del Amado. La volvió á abandonar inerte. Sus ojos permanecían inmensamente abiertos y tenían una dulzura infinita.........

Djaneké no existía ya!

Rouna exhaló un grito espantoso.

....

Ahora, la india, apretados los labios contra la boca helada de Djaneké, respiraba en ella la muerte.

Y sonreía con una bella serenidad.

La muerte era la unión suprema, indisoluble, en un más allá de amor infinito.

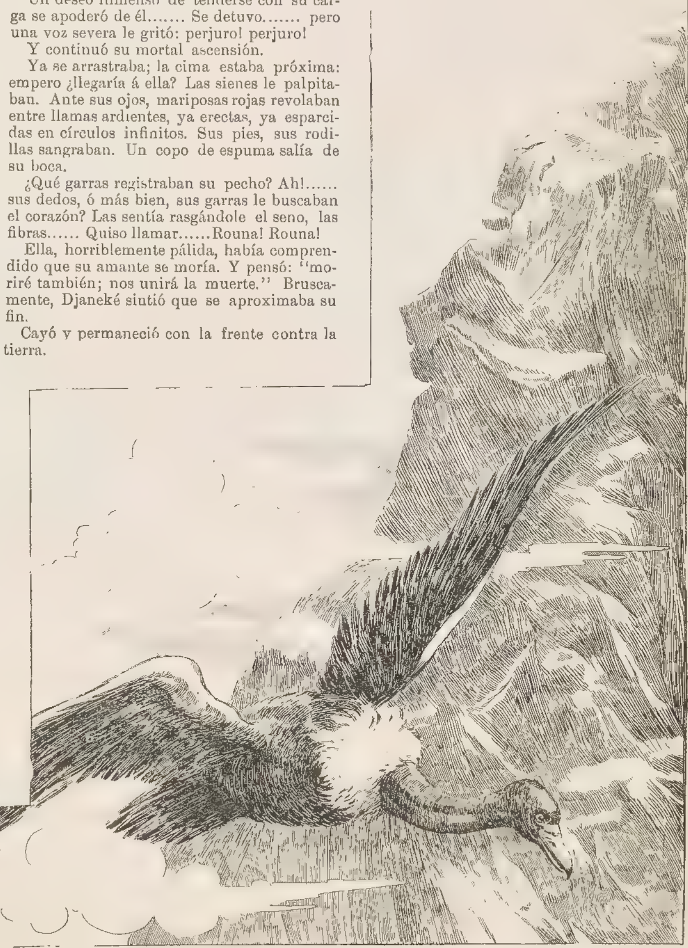
***

Y vino la muerte, y la joven india, la dulce virgen, Rouna, la más bella y la más pura de las desposadas, inclinó su cabeza doblegada por un peso mortal y la dejó caer sobre el cuerpo de Djaneké, el más noble y el más heroico de los amantes.

Entonces, al pie de las Cordilleras los indios oyeron súbitamente que en la montaña resonaba como una lamentación sobrehumana, que se prolongaba lúgubre por el espacio.

Y comprendieron por un misterioso presentimiento, que allá arriba Djaneké y Rouna habían muerto; y, como la montaña, también lloraron, mucho tiempo...... mucho tiempo.

HENRY DE LA VAULX.





LA INSTITUTRIZ.

NOVELA POR ESTER DE SUZE. ILUSTRACIONES DE SIMONT.

TRADUCCION DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

(CONTINÚA.)

XXXII

¡Ay! Como lo había dicho el inspector, quedaba en pie la presencia del señor Raibert, y con ella el escándalo en el pueblo. El día siguiente al de mi visita al inspector, y que fué domingo, se convirtió para mí en un martirio atroz.

Las muchachas hablaban en secreto al verme pasar cerca de ellas, con la frente inclinada, rumbo á la iglesia. Silvio me detuvo en el camino, para decirme que, «á pesar de todo» se casaría conmigo y aceptaría todo, aun el niño, en caso de que viniera. Una desgraciada muchacha, seducida, conocidísima en el pueblo, se atrevió á venir á mi lado, al salir de misa, mirándome con confianza, y me habló. Su actitud parecía decir á las demás: «No estoy sola ya. Insultadnos juntas, si queréis, á la institutriz y á mí...... Ya no soy la única.....»

Jesús, al subir el calvario, no pasó, seguramente, por tormento más terrible.

Yo había querido asistir al oficio divino, para tratar de dar un mentís á la opinión, para mostrar á todos mi frente pura......... ¡Ay!

¡La pureza no ha de transparentarse....... para todos estaba yo manchada ya!

Me parecía increíble. Caminaba primero lentamente, entre los grupos, dirigiendo á todas partes miradas de súplica, buscando en vano alguna mirada amiga: todos me volvían la espalda.

Lo peor era que la muchacha de que he hablado, no se apartaba de mí, y yo no me atrevía á despedirla, y su presencia y su tenacidad en perseguirme, eran como una mancha infamante que me señalaba á los ojos de quienes no hubiesen aún tenido noticias de lo acontecido...... Y seguía caminando, saludando á las conocidas á quienes encontraba:

—Señora Arnaud...... Señora Catherine...... Querida Rosalía....

Tímidamente ensayaba tender los brazos, como para suplicar que me escuchasen aquellas gentes, que se acercaran á mí.. ... Las madres oprimían á sus hijas como para resguardarlas. Los hombres reían ruidosamente. Las muchachas cuchicheaban y sonreían con malignidad. El cura, al salir de la iglesia, me divisó y pasó rápidamente de la puerta del templo á la de su habitación.

Aquello era demasiado. Ya ni siquiera me cuidé de contener mis sollozos. Eché á correr y los sollozos estallaron, desgarradores. La pobre muchacha que me seguía se detuvo, dominada sin duda, también ella, por la gran compasión que debió haberse apoderado de todos, y que yo advertí en el silencio que se produjo cuando me alejaba..... Después, no me di cuenta de nada...... Seguí corriendo. En mitad del camino, se me presentó Phrasia, sudorosa, corriendo en dirección al pueblo. La mujer no reparó en el estado en que me encontraba, y solamente me gritó al pasar:

—Voy en busca del señor cura..... La señora ha muerto.

¿Muerta la señora Raibert? ¡Oh! ¡Entonces, entonces!

Y sin reflexionar otra cosa, con el pecho aliviado por un rayo de esperanza, tomé el camino que conducía á la casa del alcalde. La reja estaba abierta: penetré. Penetré también á las habitaciones que apenas conocía. Me fuí directamente al gabinete del señor Raibert.

El alcalde estaba allí, sentado ante su bufete, meditabundo. Me dirigí á él. Mis ojos brillaban de alegría, de esperanza: todo un honor reconquistado.... y al mismo tiempo de horror: la muerte estaba allí, á dos pasos....

—Pedro—dije con voz ahogada.—Es Dios quien ha querido la muerte de esa pobre mujer; Dios, que sabe mi inocencia y mi desesperación. ¡Porque estoy deshonrada! Si la esposa de usted no hubiese muerto, regresaría yo á mi casa hoy, á escribir al inspector que mi situación no era sostenible aquí y que me marchaba........ ¡Y habría partido, créame usted, al acaso, falta de todo, á morir muy pronto!

Quería decir: soy yo, tan joven y tan bella, y á quien usted ha dicho amar tanto, y á quien sólo el amor, el nombre que va usted á ofrecerme, pueden salvar de la muerte y de la deshonra.

—Yo, Pedro....

Me ofrecía, conmovedora, con el pecho palpitante de tantas emociones y de tantos dolores.

El alcalde retiró un poco su silla, luego se levantó, se retiró más aún, densamente pálido, y murmuró:

—Vuelva usted en sí. Hay aquí una muerta: es mi mujer; esto no es conveniente... Vea usted, María Teresa... Veremos, más tarde, si es posible...... Sí; tengo que hablar á usted, á propósito de lo que dice; pero será después, después......

¿Qué no sería posible? ¿Nuestro matrimonio?

Bajó la cabeza, y me vinieron á la memoria las palabras del cura.

—¡Oh! ¡No es verdad! ¡No es verdad!—exclamé, como cuando me lo dijo el cura.—¡Pedro, será por la herencia por lo que me abandonará usted! ¡Ante Dios, soy la mujer de usted.... usted me ha hecho que le ame, Pedro!

Muero de vergüenza hoy, al pensar que hice lo que voy á referir; pero es preciso que mi relato se ajuste á la verdad. Me había arrodillado, y tendía hacia ese hombre las manos juntas... Yo, inocente y pura, le rogaba. ..

—¡Trabajaré para usted, Pedro! Entre mis horas de clase encontraré manera de que nada nos falte. ¿Dónde quiere usted que vaya? ¿Qué quiere usted que sea de mí, si no se casa conmigo?

Alzó los hombros, y luego, cuando me acerqué á él y le abracé las rodillas, me rechazó, diciendo:

—Es demasiado, es una locura, en este instante, cuando van á venir las gentes.

Caí por tierra. Me creyó desvanecida, tuvo miedo de verme sin sentido, en el momento en que iban á venir gentes, y se dulcificó, se inclinó hacia mí, trató de poner en orden mis cabellos. Mis ojos abiertos lo tranquilizaron.

—Cálmese usted—murmuró,—levántese usted. Sí; yo la amo; pero ¿acaso se puede hablar de amor en este momento?

—Pedro—murmuré,—no le hablo de amor; le hablo de honra.

Se hubiera dicho que mi aliento le embriagaba; me oprimió contra su pecho al ayudarme á ponerme en pie.

—Sí—me suspiró, anhelante;—yo sé que usted no me ama. Si me amara, no pensaría en otra cosa que en dejarme de amar. Usted lo ha dicho: la herencia me encadena. ¡Pues bien! Yo haré á usted más feliz sin el matrimonio. Abandonará su empleo; yo la cubriré de oro....

Prosiguió medio loco, como había estádolo en cierta ocasión, en la colina.

—¡Sí; la amo, la amo!... ¡Más de lo que usted puede comprender, oh niña, cuyas miradas me enloquecen!

Y su voz enronquecía más y más, á cada palabra, á cada sílaba.

—Pero la pobreza, María Teresa, los vestidos que se gastan, las deudas que se amontonan, las tardes de fiebre, en que se desearía morir, ó marcharse muy lejos, ó intentar otros medios, que son pesadillas. ¡Yo he conocido eso! He conocido ese mal, y por esto me casé con una mujer que ahora está sin vida, y que nunca fué nada para mí.

Se exaltaba. Y yo, que me había desprendido de sus manos, para huir, quedaba ahora clavada en el suelo, tan conmovida, que olvidaba lo vergonzoso de sus proposiciones.

—He aguardado pacientemente durante diez años. He perdido casi mi vida, por este momento, en que el oro de esa mujer me va á pertenecer por fin...... Y quisiera usted que renunciara á él? Ah! Por usted daría un mundo! Porque jamás he conocido el amor....... El amor de un espíritu virgen y que me ama!........ usted, María Teresa......! Ah!

Oprimía mis manos contra su pecho, como para ocultarme la tara de ese corazón de hombre que no había conocido nunca el amor, y sus cabellos grises me parecían más blancos.......... Luego me dijo bruscamente:

—Pero pobre, qué hará usted de mí.

Y de nuevo nos envolvió la sombra de esa pobreza tan temida que él había invocado antes......

—Mientras que siendo rico! —añadió abriendo los brazos, en un ademán amplio como si quisiera abarcar el mundo.—Siendo rico, María Teresa, la llevaré á usted lejos, la cubriré de flores y de ensueños. Venga usted! No quería decirle esto sino más tarde, poco á poco, para no turbarla...... Pero hoy su actitud me ha arrancado mi secreto. Recójale usted. No vacile. Le ofrezco una vida de amor, y esto no es posible sin un poco de oro...... Déjeme ese oro y acepte!

Se había arrodillado y se arrastraba, de rodillas para seguirme, porque yo retrocedía poco á poco. Retrocedía, trastornada, casi vencida, enmudecida por una sorpresa inefable: él me amaba!

Ah! ¿Por qué no le amé. á él ni á nadie, hasta el punto de que mi amor ahogara la voz de mi conciencia? Por qué no transigía, tenaz, valiente? ¿El oro? ¿El amor? ¿Una vida de reposo y de ensueño? ¿Qué era esto si no había de poder estar ya orgullosa de mí misma, al menos á mis propios ojos......Ah! sentía ese sufrimiento de no poder ser altiva á los ojos de los demás. Y murmuré mi última súplica, desesperada:

—No, no! Nada tengo qué reflexionar... ..... Es inútil? Pero usted, por última vez...... Oh! Es vergonzoso insistir ..... Pero, sufro tanto...... En el pueblo ya nadie quiere mirarme, todos me desprecian. Las muchachas se reían de mí esta mañana....... Cásese usted conmigo, Pedro! Le ofrezco una vida de sacrificio, de abnegación. Nos serán dulces los días, aun sin lujo......Casémonos, Pedro!

Movió la cabeza repetidas veces: no, no, no! Y como, á fuerza de retroceder yo y él de seguirme, nos encontramos ante una puerta entreabierta, vi de pronto que los ojos de Pedro se llenaban de sombra, y comprendí.

Se secaron mis lágrimas, y se apoderó de mí una exasperación increíble.

—Ah! El vivo no quería escucharme, y allí estaba la muerta. Pues bien! sería á la muerta á quien iría yo á decir mi desesperación: esta muerta, cuya mano de hierro, aun más allá de la tumba, estorbaba á mi vida. Abrí la puerta. Tendida en su lecho estaba la muerta, vestida de seda negra. Las ventanas estaban cerradas.

El Sr. Raibert se había puesto en pie, trastornado, tendiendo los brazos.

—Ahí vienen; María Teresa, se lo ruego, salga usted!

Venían, en efecto. Reconocí la voz del cura, la de Phrasia y la de otras mujeres.

María Teresa! articuló Raibert con desesperación.

—No!—grité, enloquecida por completo, en momentos en que la gente desembocaba del corredor y se detenía estupefacta al verme.—No! no saldré de aquí. Preguntaré á la muerta, con qué derecho si sabía que usted es cobarde, le legó en su testamento.

Llegué hasta el cuerpo, me incliné á ver el rostro flaco de la campesina muerta, con las narices fruncidas y la boca estirada, como en una mueca de supremo desafío.

—¿Con qué derecho, señora, con qué derecho?

Repetía, locamente, esa palabra. Y al inclinarme, mis cabellos, sostenidos por sólo una horquilla, acabaron de desprenderse y cayeron, como un latigazo, sobre el rostro de la muerta. Entonces retrocedí horrorizada y los presentes se indignaron.

—Salga usted, hija mía! me dijo el cura, tomándome del brazo.

—Salga! Salga!—dijeron los demás.

Todos me miraban indignados.

Algunas mujeres me amenazaban con el puño. Un hombre caído al mar, no queda envuelto por tamañas ondas de amargura, como yo en esos momentos. Vacilante, miré á todos, y luego á Raibert, que permanecía callado, en el fondo de la estancia, con los brazos cruzados.

Y comprendí que estaba perdida, que ese hombre no me haría su esposa nunca, que la muerta no me respondería, que el cura, que las mujeres, que todas esas gentes no me creían inocente, ni me perdonarían jamás.

(Concluirá.)

El Mundo Ilustrado

ANO X.--TOMO I.--NUM. 15 MEXICO, ABRIL 12 DE 1903. Subscripción mensual foránea $1.50. Idem. Idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA

ROMA.—CAPILLA SIXTINA.



EL JUICIO FINAL, por Miguel Angel.

PAGINAS DE VIAJE.

Semana Santa en Sevilla.

Todos los años aquel heroico valle reverdece y se asoma á las aguas del Guadalquivir. El río serpentea entre bosquecillos de naranjos en flor, y el sol tiende su franja escarlata sobre aquella tierra que comienza á agitarse en germinación fecunda.

En la ciudad, las calles estrechas se retuercen, culebrean, se pierden, en la alta noche, en la tiniebla, rasgada á trechos por la luz vacilante que recuerda una tradición ó un milagro. La guitarra vibra tristemente, y en la entreabierta ventana se adivina el suspiro, el alado suspiro del amor que vela.

Así aparece Sevilla, la ciudad que se asoma á las aguas del Guadalquivir.

Por encima del balconcillo y dominando el minarete, se alza la «Giralda,» elevando sus esbelteces de granito, avanzando en encaje de piedra, coloso que á poco andar desgastará el tiempo en trágico desmoronamiento. En la Catedral, estatuas de Reyes, sepulcros, crucifijos, banderas, estandartes, retablos, lienzos, la luz penetrando por las ojivas, y el «Monumento» cuajado de pedrería. Muchos siglos puestos al servicio de la Religión.

Las «procesiones» en Sevilla tienen algo del sombrío ceremonial de la Edad Media, pasando á través de la raza árabe. Cuando el paganismo se hizo católico, confundía la escultura de Venus con la imagen de María. Murillo, sevillano, ha dado á la religión el color azul de aquel cielo.

Por eso cuando una sombra viene á opacar la deslumbrante claridad del cuadro, hay la certeza de que la nube pasará en breve. Ved, si no: el «Nazareno,» oculto tras su birrete puntiagudo, de amplia túnica, los pies descalzos, semeja un personaje arrancado de un «Auto de Fe.» Pero detrás de él, el «paso,» inundado de luz, cubierto de flores, despidiendo destellos, hace olvidar al triste encapuchado.

La «saeta» gime una estrofa dolorosa, lenta, rítmica, punzante. La «saeta» es un pequeño poema místico que se encuentra en el corazón del pueblo y que saben modular todos los labios. Al acercarse el «paso,» en el silencio de un recogimiento supremo, una voz se alza, plañidera, triste, acompasada: es la «saeta.»

De los balcones se desprenden ramos de azahar y guirnaldas de jazmines, cada vez que el «paso» se aproxima. Cada casa tiene su imagen en veneración. La escultura ostenta la pedrería de las damas de la aristocracia. El pueblo deja hacer á sus próceres y se contenta con admirar, entona sus «saetas» y arroja un puñado de rosas á los pies de las imágenes.

Hace algunos años, aquel pueblo religioso, dudó. De la «saeta» pasó á la blasfemia el pueblo de Sevilla. Eran días de conmociones sociales, días en que la «bestia humana» rompe su envoltura de hombre: entonces se incendiaron iglesias y las imágenes fueron derribadas de los altares. La Catedral pudo resistir á los rayos del pueblo, pero no á los del cielo. Cuando la tormenta revolucionaria pasó, vino de lo alto el fuego hiriendo á la conversa torre, para purificarla, sin duda.

Pero la Religión no se desquicia en Sevilla, ni como la mole secular de la arquitectura árabe se abate á impulsos de los años. En la Semana Santa, no es la Catedral el único templo en donde la sublime tragedia se conmemora y solemniza: un centenar de iglesias irradia; la solemne, la amplia iglesia-madre no basta para aprisionar á los fieles. Las procesiones se suceden el Jueves y el Viernes Santo sin tregua, de hora en hora. Comienzan al amanecer y terminan entrada la noche.

Es un desfile santo; La Pasión se desarrolla en todas sus fases: el Cristo emprende este lento camino que hay desde el Monte de los Olivos al Monte Calvario. El «paso» lo hace avanzar, ora tierno, ya adolorido, pero siempre sereno, y en aquella evocación luminosa del celeste drama, los espíritus se alzan y las rodillas se postran.

Ya entonces el contumaz paganismo de la ciudad nazarita se desvanece; ya sus palpitaciones de tradición mundana se calman, y solo queda un grupo de almas que se eleva en oración al Cielo.

Y en la alta noche, á la hora en que la guitarra vibra, tristemente, y en la entreabierta ventana se adivina el suspiro alado del amor que vela, Sevilla olvida que es una bella desconocida «que ha dejado al pasar un beso y una flor,» para convertirse en una virgen cristiana que ciñe en su frente el nimbo del martirio.

Carlos Díaz Dufoo

SWEET HANDES.

¡Oh, las pálidas manos
hermosas! esas manos que son hechas
para tejer guirnaldas
y coronar la sien de los poetas;
esas manos suäves
que al posarse en las cuerdas,
les arrancan un canto que parece
más que un canto, una queja;
esas que en los floreros de la Virgen
ponen, por las mañanas, azucenas;
que piden á las blancas margaritas
una dulce respuesta,
que guardan en las hojas de los libros
otras hojas ya secas......
y que hunden sus dedos
en la ola de rubia cabellera......
¡oh! esas, esas manos
tan pálidas, tan bellas,
¡que se alcen hacia el cielo suplicantes,
cuando al fin yo me muera!
y así, juntas..... ¡que pidan para mi alma
la dicha que no tuve aquí en la tierra!......

MARÍA ENRIQUETA.

ENTRE FLORES.

I

—¿Vive aquí la señorita Delor?

—Sí, señorita; pase usted.

Juana Lenoir exclamó al entrar en la habitación.

—¡Qué hermoso es esto!

La sala, llena de flores, formaba un raro contraste con la estrecha y obscura escalera.

—Cuando se vive en un quinto piso—dijo Matilde Delor,—hay derecho á tener una luz espléndida.

—¡Cuántas flores!—repuso Juana.

—Es el trabajo de toda una semana. Mañana mismo tengo que llevarlas á la tienda.

—Pues he hecho bien en venir hoy. Una amiga mía me ha dado las señas de esta casa y me ha dicho que aquí encontraría muy barato lo que necesito para el día de mi boda.

Matilde Delor, que era una solterona entrada ya en años, contemplaba con envidia á la hermosa Juana.

—Siéntese usted—dijo Matilde,—y yo le iré enseñando lo mejor de mis trabajos.

Pero Juana no obedeció y se puso á recorrer la sala, examinando las flores que allí había, cuando de pronto vió bajo un globo de cristal una corona y un ramo, amarillentos, como cosa vieja é inservible.

—¿Fueron esos objetos para la boda de su madre?—preguntó Juana.

—No; para la mía. Pero no han servido nunca.

Juana interrogó con la mirada á la solterona.

II

—La historia es muy sencilla y no tiene nada de interesante. Usted es dichosa y tal vez no la comprendería.

Juana no se atrevió á insistir, lo cual no fué obstáculo para que Matilde prosiguiera en estos términos:

—No he sido nunca hermosa; sin embargo, tuve la audacia de creer que, como las demás mujeres, tenía yo derecho á la felicidad. Suponía, estúpida de mí, que á fuerza de abnegación y de cariño, podría hacerme amar por mis prendas morales.

En aquella época pensaba en el día en que podría ponerme la corona de desposada, y me atreví á confeccionarla, así como el correspondiente ramo de flores. Ahí tiene usted mi obra. Cuando murieron mis ilusiones, la guardé como el recuerdo de una muerta. Hubo, sin embargo, un momento en que creí que iba á ser dichosa.

Tenía yo por vecino un dependiente de comercio, al que encontraba con frecuencia en la escalera y con el que trabé franca y sincera amistad.

Creí que no me hallaba fea y que le merecía todo género de simpatías.

Mi vecino cayó enfermo y le cuidé noche y día, sin hacer caso de lo que pudieran decir de mí las gentes.

Hablábame de sus planes para el porvenir y me decía que estaba resuelto á casarse.

Concebí grandes esperanzas y sospeché que iba á ser su esposa.

Cuando mi vecino estuvo curado, vino á visitarme y me trajo su fotografía, colocada en un hermoso marco.

Al cabo de algunos días volvió á visitarme y al verme me dijo:

—Tengo que darle á usted una noticia muy importante.

El corazón me latía con extraordinaria violencia.

—No olvidaré jamás los cuidados y atenciones que usted me ha prodigado y la quiero á usted como se quiere á una hermana. Por consiguiente, deseo que sea usted la primera en conocer la dicha que me espera. Voy á casarme dentro de pocos días con una joven á la que amo desde hace mucho tiempo.

Me quedé helada de espanto y caí en tierra sin sentido.

III

Mi vecino no ha vuelto á verme, compadecido de mi desventura y comprendiendo que le amaba.

Al día siguiente se mudó de casa é ignoro lo que ha sido de él. Francamente, no sé por qué le cuento á usted esta historia, que nada tiene de particular. Es posible que se ría usted de mí.

—¿Reirme de usted? Al contrario, la compadezco á usted y comprendo lo mucho que habrá sufrido.

—Pero nos hemos desviado mucho del objeto que la ha traído á usted á esta casa—dijo Matilde.—¿Le gusta á usted esta corona?

—Sí, y ese ramo para la falda y ese otro para el pecho. Vamos á ver cuánto vale todo eso.

Juana sacó de su cartera una tarjeta y se puso á escribir las cifras referentes á los precios que le dictaba la florista.

De pronto, los ojos de Matilde se fijaron en la tarjeta, que la joven había dejado sobre una mesa. Y con temblorosos labios, la obrera leyó: «Juan Lenoir.»

—Es el nombre de mi padre—exclamó Juana, sin notar la turbación que se reflejaba en el rostro de Matilde.

IV

Juana cogió la caja donde habían sido colocadas las flores, y entregó á Matilde el importe de la mercancía.

—No, no; no quiero nada—contestó la otra rechazando el dinero.

—Pero, mujer.........

—Le regalo á usted esas flores como recuerdo de la historia que le he referido. ¡Quiera Dios que tengan mejor suerte que las que había yo destinado para mi boda!

—¡Pobre criatura!—pensó Juana honda-

mente conmovida. — Mi felicidad le hace daño......

Y no sabiendo cómo hacerse perdonar su ventura y cómo dar las gracias á la florista, exclamó en un arranque de entusiasmo:

—¡Déme usted un beso!

Y Matilde selló con sus labios aquel rostro radiante de amor y de alegría, sin que la joven sospechara lo que en aquel instante atormentaba el corazón de la infeliz obrera.

V

Cuando Matilde estuvo sola, sacó de un cajón una fotografía firmada por Juan Lenoir, y se echó á llorar como una niña.

MARÍA THIERY.

Muerte de un Liberal distinguido.

Publicamos en esta página el retrato del Sr. Eleazar Loaeza, honrado y laborioso servidor del Gobierno, que murió en la capital el 2 del corriente.



El Señor Loaeza era uno el de los inmaculados que acompañaron al Benemérito Juárez en su peregrinación á Paso del Norte, y se distinguió siempre como miembro del partido liberal mexicano, por la firmeza de su carácter y su amor á los principios democráticos.

Como empleado, prestó al país buenos servicios: comenzó su carrera desempeñando un humilde empleo en el ramo de Hacienda, y, merced á su constancia y á su conducta irreprochable, llegó á desempeñar más tarde cargos tan honrosos como los de Administrador de la Aduana de Ciudad Juárez y Director General del Timbre. Hace próximamente dos años fué nombrado Tesorero General de la Nación, y con tal carácter, estuvo al servicio de la Administración Pública hasta su muerte.

Los funerales del Sr. Loaeza se efectuaron el día 3 por la mañana en el Panteón Francés, concurriendo á ellos el Sr. Secretario de Hacienda, los empleados de la Tesorería General y de otras oficinas, y multitud de amigos del finado.

De todos nuestros sentimientos, la piedad es la que nos engaña menos.

*

La verdad es todo, porque á la verdad no se le puede quitar ni añadir nada.

*

La lucha de las almas se hace con luz; la de los hombres con sangre y con fuego.

*

Cuando el deseo está en el ánimo y el silencio en el espacio, el ruido está dentro de nosotros.

DE VICTOR HUGO.

I

Es cierto que trabaja, que labora,
Bebiendo, sí, desde que su ígneo broche
Abre en los cielos la radiante aurora
Hasta que el sueño llega con la noche.
Y es cierto que al beber va trabajando,
Pues bebiendo y cantando
Es como carpintero que se afana
Y sin cesar martilla,
Fabricando inconsciente la camilla
Que ha de llevarle al hospital mañana.

II

Lo infecundo es un tormento;
Cuando una vida es inútil
Se trueca en remordimiento.

III

Son mundos los corazones,
Y si, al perder ilusiones,
Un corazón se querella
Y es mundo que se derrumba,
Brota el recuerdo en su tumba
Y del recuerdo una estrella!

IV

A pesar del misterio y de los velos
Que circundan el trono en que se asienta,
La grandeza de Dios se transparenta
En el dosel gigante de los cielos.

V

El alma del que goza degradado
Viviendo vida obscena,
Se asemeja á un penado
Que disfruta arrastrando su cadena.

M. R. BLANCO-BELMONTE.

NOTA SOCIAL

El Viernes de Dolores, se efectuó en el oratorio particular del Sr. Dr. Manuel Ortega Reyes, la primera comunión de los niños José Ignacio y María de la Luz Pérez Gallardo, hijos del Sr. Lic. Rafael Pérez Gallardo y de la Sra. María Villaseñor de Pérez Gallardo.

Fueron padrinos del acto, el Sr. Dr. Manuel Ortega Reyes y la Srita. Trinidad Ortega Reyes, asistiendo á él las familias Núñez, Velasco, Velasco Russ, Rabaza, Romero, Murphy, y Martínez de Castro. Durante la misa, las Sritas. Martínez de Castro y Moguel tocaron al piano escogidas piezas, y terminada la ceremonia, los niños recibieron diversos obsequios de las numerosas amistades de su familia.

ESCLAVA.

Su traje era de tul, con rosas pálidas; y rosas pálidas sus labios. Y sus ojos, fríos, fríos y azules, como el agua que duerme en el fondo de los bosques... La mar tirrena, con languideces amigables mecía su vida espar cida en suaves pétalos.

Muy dulce, ella moría, con sus pequeños pies en cruz......Y, cuando cantaba, su voz de cristal hacía sangrar en su corazón sus heridas natales. En su puño delgado brillaba siempre un brazalete de hierro donde la blancura de su nombre estaba grabado: «Stephane,» y era como el anillo nupcial de su destierro amargo.

En un perfume diáfano de heliotropo ella moría, con los ojos fijos sobre el mar........ Y moría en el otoño, hacia el invierno......... Y moría como una música se muere.........

JUDAS.

Venció la ingratitud: la inicua fiera
de Ti, manso cordero, fué el azote;
y besando tu púrpura, vendióte
aquel monstruo de roja cabellera.
Quisiera tu Bondad, tu Amor quisiera
ver la planta de Judas sin un brote,
y que el germen del pérfido Iscariote
para siempre infecundo se perdiera.
Más no es así: tus duelos sacrosantos
los causan nuevos Judas, que te ofenden
y que olvidan tu cruz y tus quebrantos.
¡Cuántos viles traidores te sorprenden.....!
Y acercándose hipócritas, ¡ay cuántos
con un beso sacrílego te venden.....!

RAMON A. URBANO.

RONDEL

Como un hervor de perlas musicales, la risa,
cantó en la fina lira de tus labios de grana,
y un desmayo de aromas celebró la mañana
que ardió de las montañas tras la curva indecisa.

Y tus sueños de amores balanceó la brisa
como un beso de otoño sobre una flor temprana
cuando en la fina lira de tus labios de grana
puso su hervor de perlas musicales la risa.

Y así como un ensueño musical que desliza
su encanto, mis amores te dije en la mañana
que ardió de las montañas tras la curva indecisa;
y entonces..... en la lira de tus labios de grana
puso su hervor de perlas musicales la risa!.....

R. M. RUBIO.



NOTA SOCIAL.—Primera comunión de los niños José Ignacio y M. de la Luz Pérez Gallardo.



DOLOROSA.—Cuadro de Adolfo Echt er.



MARIA ANTE EL CADAVER DE JESUS. —(Según un cuadro de Max Klinger.)

LA VENGANZA.

La puerta de la alcoba giró silenciosamente y asomando por ella el licenciado González del Castillo, dijo:

—Hasta que quiso Dios. Son las once y cuarto: telefona á la litografía.

—¿Qué fué?

—Mujercita. Es preciosa.

—Entonces, María de la Esperanza, ¿no?

—Sí, sí; María de la Esperanza. Que hagan las esquelas de una vez y las distribuyan sin pérdida de tiempo. Cien ejemplares. Ya tienen ellos la lista para la distribución.

—¿Puedo ver á la niña?

—Dentro de un momento: ahora la va á bañar la partera. Yo te avisaré.

Volvióse el licenciado á la alcoba cerrando tras sí la puerta y, en un periquete, Rafael, plantado en la asistencia, que era donde estaba el teléfono, cumplió con las órdenes de su hermano. ¡Qué largo se le hizo el tiempo de espera: media hora cabal, pero él hubiera jurado que era media vida. Estaba impaciente por conocer al angelito á quien todos los de la familia habían aprendido á amar desde antes que bajara del cielo.

Esperando, se había aplicado Rafael á retener en la memoria las combinaciones de líneas que componían grecas en el cielo raso; á tener lápiz y papel á mano, las hubiera reproducido con maestría. Del techo pasó á examinar la pared, y en menos que canta un gallo, se aprendió de cuerito á cuerito la labor del tapiz: mangos dorados sobre fondo rosa y guirnaldas entrelazadas formando arcos. Ya empezaba el impaciente mozo á estudiar los arabescos de terciopelo negro aplicados en el cortinaje azul de felpa que escondía una puerta, cuando el cortinaje ondeó y abriéndose en dos gajos, dió paso á una señora de edad, bien plantada y bastante guapa.

—Rafaelito—dijo la dama,—ya puede usted pasar á ver á la niña. Es el retrato de su papá: los mismos ojos azules, el cabello como hebras de oro y la naricita larga. De Julia sólo tiene el color apiñonado.

—Conque remendada, ¿eh?

—Ya verá usted: güera y trigueñita.

Entraron en la alcoba Rafaelito y la abuela materna de la recién nacida, en tanto que el licenciado González del Castillo acompañaba al doctor Lavista para despedirlo en la escalera. A alguna pregunta del jurisconsulto, el facultativo respondió sonriendo:

—En cuanto á eso, no; confórmese usted con lo que Dios le ha dado y cuídelo como á las niñas de sus ojos. Las funciones maternales de Julia aquí empiezan y aquí acaban: la esposa de usted no es probable que vuelva á tener hijos, salvo un milagro.

—¿Corre algún peligro, doctor?

—Por ahora no. Está delicada, naturalmente, pero fuera de riesgo. Lo que sí creo indispensable es que á la niña se le ponga nodriza; Julia no puede criarla, porque sería en perjuicio de las dos. Y si la niña se nos muriese....

—¡Oh, no, no!

—Fuera terrible.

—Sí, sí, terrible—agregó el licenciado, sintiendo que le daba vuelcos el corazón.

La cuna, ornada de finísimos encajes, alboreaba como la concha cubierta de espuma en que Venus surgió del mar; pero la cuna ordinariamente estaba vacía mientras su dueña, estregándose los ojos con los puños de nácar apretados como capullos, pasábase las horas de regazo á regazo, impávida á los mimos é indiferente á los cumplimientos y adulaciones de que era objeto venerado.

Reina, princesa, pedacito de cielo...... Y la reina respondía con berridos desentonados y mohines indignos de persona bien mirada, que toda la familia, sin embargo, admiraba como gracias precoces.

A los pocos días vino la nodriza, una india prieta con cara de ídolo. Se llamaba Hipólita y era madre de una tarasca á la que el cura de San Sebastián había puesto por nombre de pila María Antonia, no encontrando en el santoral cristiano ningún otro sinónimo de changa ó monstruo que le viniera de perilla á la horrible criatura.

Luego que Hipólita encontró acomodo, puso á María Antonia en Atzcapotzalco con una comadre suya que ofreció cuidar del monstruo y lactarlo á expensas de una burra parda llena de mataduras. Como privilegio exclusivo obtuvo la nodriza, de sus amos, el permiso de recibir de visita á su hija dos veces al mes, sucediendo así con regularidad los dos años que María de la Esperanza tardó en aprender á comer de todo.

Al segundo invierno, la niña era un querubín por lo hermoso y por lo bueno, lo dulce y lo amable, un terrón de amores. Lo que en ella formaba el principal encanto era sin duda la humildad: respondía con sonrisas y á besos las reconvenciones de la mamá, lo mismo que á los regaños de la nodriza.

María de la Esperanza era para sus padres el colmo de la vanidad: se sentían orgullosos de haber dado la vida á una criatura tan bella y adorable. Tenía el rostro ovalado, los cabellos rizados y rubios, los ojos azules como los ópalos de Australia, la boquita sonrosada y la pequeña barba adornada de hoyuelos.

Para destetar á la «reina» se desveló la nodriza once noches; valióse de mil argucias para hacerla aborrecer el pecho, pero nada, ella se había aferrado en no soltarlo hasta que untado de hiel se lo pusieron en la boca, causándole la primera pesadumbre gorda de la vida. Cuando ya se dió á comer á gusto panecitos tostados y cántaros de leche, la separaron de Hipólita, pero bien pronto echaron de ver que la niña se ponía triste y había perdido los colores, así es que consultado el médico de cabecera, la nodriza fué llamada otra vez al lado de la niña. Hipólita amaba entrañablemente á María de la Esperanza, pero al mismo tiempo no quería vivir por más tiempo apartada de María Antonia, á quien amaba más, y para volver al destino, impuso condiciones y en ellas se mantuvo firme. El licenciado en persona aceptó que le pusieran las peras á cuarto, por el bien de María de la Esperanza, porque Hipólita fué inexorable.



—Vuelvo con la condición de que mi muchachita ha de vivir conmigo y de andar por donde yo ande.

Y volvió. No se paró á considerar en la rebaja del sueldo, la disminución de alimentos ni el descenso de categoría social; de nodriza á criada hay mucho que decir en una casa de ricos. Mientras que para Toña fué progreso pasar del jacal de Atzcapotzalco á la casa de veintitrés cuartos en la calle de Santo Domingo, para Hipólita fué gloria dejar la cama caliente en la elegante alcoba por el petate en el cuarto de la azotea al lado de su criatura. En vez de la «princesa» contra su pecho, la «tarasca» era como quien dice la alegría, la felicidad, el premio gordo.

Julia amaba á su hija con locura: pensando en su porvenir y haciendo mil jardines acerca del destino de la niña, entretenía la mayor parte de los días; y cosiendo primorosos vestidos y gorras muy monas, le daban las tantas de la noche sin acordarse de que existían en el mundo parientes y amigos á quienes visitar y que en los teatros se daban bonitos espectáculos.

Cuando María de la Esperanza, de la mano de su niñera francesa, causaba, en la Alameda, la admiración de las madres pobres y la envidia de las ricas, no se daba cuenta de ello: inconsciente, como las rosas que brotan de una planta injertada, ignoraba los afanes de su amorosa madre por prenderla y vestirla bien, igual que las efímeras flores los cuidados del jardinero.

Era nula, en el concepto de la niña, la distancia que media entre nodriza y madre: su mente infantil reproducía con fidelidad los rostros amigos, ya fuesen bellos ó monstruosos. Así, sin desfigurarlos, retrata el arroyuelo á la luna que lo platea, el árbol que le presta sombra y á la bestia que ensucia su raudal cristalino.

Quizá por lo que el amor tiene de egoísta, es más precoz que la conciencia. En María de la Esperanza tuvo una revelación prematura cuando la primavera trajo á las golondrinas á anidar en el techo del corredor. A ellas les platicaba todas las aventuras ocurridas á sus muñecas desde que cayeron en manos de Toña; les enseñaba las canciones que sabía, aprendidas de los cenzontles de las jaulas colgadas en el balcón, ó las que atesoraba en ese repertorio íntimo que traen en su corazón, desde el otro mundo, los artistas-genios.

Enredar de un hilo y repartir besos entre Hipólita, Toña y el gato, consumían la existencia de la niña. ¿Para qué era más?

El gato era el más querido, porque se dejaba morder la punta de la cola; la tarasca venía después é Hipólita ocupaba el tercero y último lugar en el corazón de María de la Esperanza; Julia, el licenciado, la parentela de ambos y la niñera francesa eran objetos secundarios que no componían mucho.

Desde que á la nodriza le fué permitido tener consigo á su tarasca, se limó mucho mostrándose más conforme con la civilización. Empleaba indistintamente el vocabulario aprendido de su ama, con las dos niñas: «hermosa, vida mía, mi gloria, mi estrella,» todo eso eran María de la Esperanza y Toña: dos almitas buenas, encarnada la una en un amorcillo de Wateau, y la otra en un ídolo azteca.

Si las dos niñas se besaban en presencia de Julia, sentía ella que los celos le mordían el corazón. Perdonaba al gato las caricias de la niña; á Toña la aborrecía de muerte. Verla constantemente al lado de su hija era un sacrificio de gladiador para la madre injusta y esclava de míseras pasiones. Sugirió á la niñera francesa el proyecto de apartar de la niña el afecto que sentía por la hermana de leche, entreteniéndola con cuentos que divagaran su imaginación.

—Quiero que pronto hable en francés—decía—y que ocupe el puesto que le corresponde, porque ella es la niña de la casa y esa negra horrorosa no es más que la muchacha de la criada. Cuando crezcan las dos un año más, es menester separarlas para siempre.

Pero el gran distribuidor de cetros de oro y de cetros de caña; el que, cuando le place, substituye las coronas de oro por otras de espinas, y viceversa, una mañanita de marzo, mandó que una ráfaga dorada llevara entre sus átomos uno ú un millón de microbios—que para el cuento es lo mismo—y les ordenó á los animalitos anidar en la sangre fértil, nueva y rica de la reina, de la estrella, del pedacito de cielo....

Al primer asomo del mal, Lavista acudió á ver á la enferma, no obstante ser de noche, sentirse él quebrantado y tener en casa huéspedes que atender, muy respetables. Para el facultativo María de la Esperanza no era una cliente, sino una espina que entraba hondo en su corazón á la vez que las epidemias periódicas que se ceban en los niños, aparecía por las garitas de México. Lavista era el viejo médico de las dos familias de la niña; había aplicado la vacuna al licenciado cuando estaba en pañales, y á Julia la primera azotaina en el mundo por haber llegado á él renegrida de asfixia. Así, la vida de María de la Esperanza no era cualquier cosa para el venerable facultativo.

Desde el primer instante, la catástrofe se presentó descarada y cruel; no lo ocultó el doctor y asestó la puñalada del diagnóstico á pecho descubierto para que el dolor de la herida lo curtiera é hiciera insensible al recibir el golpe de remate.

—Es un caso de escarlatina maligna con su difteria y todo—dijo algunos días después.—Con su difteria y «todo.»

«Todo» quería decir ataúd, flores y tumba.

—¿Tiene remedio, doctor?

—Veremos. Se hará lo que se pueda.

Lo que se pudo fué promover dos juntas de á cuatro diferentes lumbreras; unos señores enlutados muy tiesos y muy preguntones que á todas las respuestas hacían: ¡hum! ¡hum! Como quien magulla un zapote para probar su madurez, magullaron ellos el cuerpecito delicado; en la boquita, que parecía estuche de perlas, ajustaron un tosco tapón de corcho y se pusieron sucesivamente á espiar como en el lente del cosmorama. Para ver qué? Un hervidero de flemas inmundas que manaban de un telar de placas grises. Y hum! hum! hum! La madre, ahogada en lágrimas, no se atrevió á despegar los labios, de miedo de oír la respuesta.



No hay para qué decir que al angelito le echaron la botica encima: el abominable corcho funcionaba regularmente cada hora, haciendo añicos la boquita de rosa; pero los bodoques de hilas empapados en ácidos corrosivos no le hicie-

ron más efecto que el que les hacen á las estrellas los versos de los poetas. Lavista lo sabía bien: después de los menjurges de la botica, vendría «todo:» acostarla en el sepulcro dentro de cuatro ó cinco días.

Antes de ese plazo, muy de mañanita fué llamado el doctor á toda prisa. Encontró á la enfermita sentada, muy pálida; los ojos sin brillo parecían zafiros revolcados. Al rededor de la boca se le paseaba un tinte sombrío y mantenía el cuello tieso y erguido como las actrices que hacen en el teatro los papeles de reinas.

Lavista le dijo con dulzura:

—¿Cómo te sientes, chula, qué te duele?

—Quelo agua.

—Que te den agua. Vamos, á ver: bebe.

El doctor en persona le acercó el vaso á los labios; bebió con ansiedad un par de tragos, arrojando inmediatamente el agua por la nariz; hizo esfuerzos para dar un respiro gordo y de su garganta estrecha y reseca partió un chillido mitad aflautado y mitad ronco. Crispó los puños con desesperación, y arrebatando de manos del doctor el vaso del agua, lo arrojó con furia á la cara de la nodriza. Al mismo instante el gato brincó á la cama y María de la Esperanza, precipitándose sobre él, le mascó con rabia las orejas. El animalito huyó despavorido resoplando, más á poco volvió á rebujarse en la colcha á los pies de su verdugo.

González del Castillo nada dijo: los pliegues de su entrecejo y lo escaldado de sus ojos hablaron por él con la precisión del fonógrafo. Julia lloraba á mares.

—Los mismos toques, los mismos papeles y que le den gusto en todo. ¡Pobrecita!

Volveré al obscurecer.

El «gusto en todo» que formaba parte de la receta era más que el tiro de gracia: era el golpe en la nuca, del cachetero.

Pasada la fatiga del acceso ocasionado por el trago de agua, el angelito entró en descanso y se sentó de nuevo.

—Quelo que venga Toña.

—Toña se fué á la calle, mi vida; pero va á venir mañana— respondió la nodriza vivamente.

—Quelo Toña.

—Mira, mi reina, no quieres mejor al gatito? Anda, coge al gato chulo.

—No quelo gato, quelo Toña.

—Sí, alma mía, que traigan á Toña. ¿Por qué no te hemos de dar gusto. Hipólita, sube á tu muchachita.

—Ay niña! válgame Dios! y si se le pega el mal á mi criatura.

—Adiós! y por qué se le ha de pegar, tú? Más bien te puede castigar Dios con que se te enferme y se te muera si eres díscola.—Esta fué para Hipólita la razón contundente: para que Dios no la castigara, bajó al cuarto de la portera en busca de la niña.

Luego que el doctor diagnosticó escarlatina, la portera se ofreció de buena gana á hacerse cargo de Toña de todo en todo. Para que no corriera riesgo alguno, su madre renunció á verla durante la enfermedad, así es que cuando la portera vió entrar á la nodriza, sin reparar en que traía los ojos llorosos, la reprendió agriamente. Explicadas las circunstancias, las dos mujeres comentaron á su sabor la orden de la señora.

—Me ha echado una maldición doña Severita, dice que Dios me puede castigar por díscola. Ya verá usted.

Persignaron ambas á la criatura y llena de bendiciones y ave marías Hipólita, más muerta que viva, la presentó en la alcoba.

Con qué inefable alegría la recibió en sus brazos María de la Esperanza! Ambas se abrazaron y se besaron mucho sin que Julia sintiera en el corazón aquella rata que se llama celos.

Las dos boquitas se juntaron una vez más en un beso largo, largo, que interrumpió un acceso de tos tras el cual vino otro de asfixia. Cuando el dogal apretó mucho, la enfermita se cansó de Toña y la abofeteó sin piedad.

En la noche el doctor ordenó un vejigatorio en la garganta. La agitación iba en aumento, el malestar no tenía fin; pero después de levantado el cáustico, desapareció la sombra aquella y algo del tinte de la rosa coloreó las mejillas de la niña.

—Está muy aliviada, doctor, y tiene mucha hambre.

—Tiene mejor cara hoy. ¿Cómo te va, chula?

—Quelo pan, quelo lechita.

—Que te den pan y lechita, primorosa.

—¿No cree usted, doctor, que está mi hijita muy aliviada?

—Parece—respondió examinando el floreo de la colcha con ahinco de artista. Que le den gusto en todo—agregó levantándose para salir.

—Ah! doctor, se me olvidaba pedirle á usted un favor— suplicó Julia: —la muchachita de la criada ha caído mala y deseo que le recete usted. Dicen que ardió en calentura toda la noche.

—Malo. La veré.

—Voy á mandar que la traigan.

—No; si tiene calentura, que no la saquen. ¿Dónde está? Iré á verla donde esté.

—Pero cómo se va usted á molestar, doctor? El cuarto de la portera es tan feo y tan obscuro; y luego que no tiene ni sillas. Diré que la arropen bien....

—Un enfriamiento mata lo mismo que un puñal Julia, y no debemos esgrimir el uno ni ocasionar el otro.

—Cabal, doctor, pues á la salida hágame usted favor de entrar en el cuarto de la portera.

Al bajar Lavista, se encontró con que el licenciado y su mamá subían la escalera.

—A qué horas vuelve usted, doctor?—inquirió con ansiedad el licenciado.

—Para qué? — repuso el facultativo mirando las macetas que adornaban el rellano. — Yo no quiero ver eso.

—Para consuelo de Julia —añadió el jurisconsulto, tragando gordo.

—Estaré aquí al obscurecer.

A Hipólita, por orden de la señora, le habían ocultado la enfermedad de la tarasca. Apenas la vió el doctor pintada de erupción y horrorosa por lo hinchado de los ojos, se hizo cuenta del enemigo con que tenía que habérselas. Empezó el cuestionario de rigor.

Era el cuarto muy obscuro, de modo que el reconocimiento de la piel y la garganta de la enferma tuvo que hacerlo el doctor con ayuda de su caja de cerillos: aplicó el termómetro, y mientras éste desempeñaba su oficio, Lavista se puso á revisar la habitación cual si tratara ó de comprar la finca ó de rematar los muebles.



El cuarto era frío, además de lóbrego: con puerta al norte y techo no muy alto. Ocupaba uno de los ángulos el banco de cama, al cual un petate resguardaba del viento, colocado á guisa de biombo; mientras que otro le servía de colchón y sobre él estaba la tarasca arropada con enaguas viejas. Un baúl y tres ó cuatro trebejos de esos que no tienen nombre especial, por ser mitades ó terceras partes de algún mueble aplicadas á diferentes objetos muy ajenos al que debieron ser destinados cuando fueron muebles cabales, completaban el mobiliario. La temperatura, con ser tan fría, estaba templada y bastante, merced al brasero donde en ese instante mismo se cocían las tortillas.

El humo y el olor á cochambre no entraban en la terapéutica del doctor, pero no estando en su mano evitarlos, Lavista se aventuró á protestar haciendo ¡hum! que es la protesta de los doctores.

El termómetro no presentó un número desconsolador.

—¿Qué come esta niña, señora?

—Lo que Dios me da.

—Necesito saber qué le da á usted Dios.

—Pos, siñor, mole, frijoles, tortillas......

—¡Hum! Pues es menester que Dios le dé á usted por ahora leche pura y espesa, y que con ella alimente usted á esta niña, porque si come tortillas, frijoles y mole, se muere. Tiene escarlatina, pero no está de peligro. Aquí voy á recetar una friega para todo el cuerpo y cucharadas cada hora; que no le dé el aire ni se moje, y que el cuarto se conserve caliente.

Antes de que el doctor terminara la receta en una hoja de su propia cartera, Julia gritó angustiada desde el extremo de la escalera:

—Doctor, doctor, suba usted: la niña se muere.

Era el último acceso, el que iba á fijarle definitivamente, en la garganta, una flauta rota en la cual la muerte soplaría la nota final.

***

Con los ojos encarnizados de llorar, la garganta enronquecida de dar alaridos y la fe vacilante, hallaban los días y las noches á Julia sentada, hundida en una butaca junto al balcón de la alcoba de la niña; inmóvil á ratos, como estatua sedente, cuestionaba desde el fondo de su alma al cielo. Especulaba en esa filosofía brutal aparejada á los grandes dolores, que enciende la idea en el sabio y obscurece aun más el cerebro del bruto. Formulaba «in mente» los «porqués» aterradores cuya única solución es el perplejismo.

—Por qué se fué mi hijita, tan amable, tan inteligente, tan dulce; un querubín por lo hermosa, una promesa, una alegría. La hubiéramos educado tan bien, teniendo recursos de sobra para ello. ¡Qué dicha la de verla llegar á la juventud y ser amada; qué consuelo el de que ella hubiera cerrado nuestros ojos, estos ojos que ya no la verán jamás!

Un sollozo, y otro y mil más rompieron el soliloquio con que había terminado la meditación de la desolada madre. El mismo tema inspiraba sus razonamientos y bajaba á los labios exhaustos de tanto deprecar. La ola de llanto acudió engrosada por el dolor latente y corrió hasta agotar las fuentes de los ojos.

En el patio, bebiendo á pulmón lleno un magnífico haz de sol primaveral, saturado de olor á amapolas y chícharo silvestre, en un petate, echadas á la bartola, estaban la changa y la nodriza. Hipólita había puesto á su hija á calentarse fuera del cuarto, por la primera vez después de la enfermedad. Débil aún la pequeñuela, con poco aliento tendía sus manecitas flacas y despellejadas al gato fiel, al amigo cariñoso de María de la Esperanza, á la cual había acompañado hasta el fin. Hipólita era ese día el ser más feliz de la creación; pensaba en el riesgo pasado con la alegría victoriosa de los que escapan de los grandes peligros, mas en su obtuso entendimiento se deformaban los sucesos terribles que había presenciado, apareciendo aun más culpable Julia de lo que era realmente. La alegría de Hipólita era la del lobo que desgarra al tigre herido, el principio vital de bestia que activa el organismo humano.

Oyendo sollozar á la madre afligida, la nodriza comprendió su inmenso dolor; pero en vez de piedad, sintió deseos innobles de venganza, odio y todas las pasiones del infierno. Antes de pensar en lo que iba á hacer, luego que observó que Julia la miraba, estrechó á la tarasca una y muchas veces contra su corazón, diciéndole con dulzura:

—¿Quién es la reina, quién es la princesita, quién es el pedazo de cielo?

Julia cayó de bruces y con la cara hizo pedazos un tiesto de flores que había en el balcón. La cuenta estaba saldada.

LAURA MÉNDEZ DE CUENCA.



En Honor del Señor General Díaz.

Entusiasta Manifestación.



Un grupo de manifestantes en el Paseo de la Reforma.

«El Imparcial» dió cuenta pormenorizada á sus lectores de la solemne manifestación que en honor del señor Presidente de la República se efectuó el día 2 del que cursa, y en la cual tomaron parte, además del Círculo Nacional Porfirista, que la organizó, las escuelas primarias y las profesionales, los comerciantes, los agricultores, las diversas fábricas establecidas en el Distrito y las sociedades mutualitas radicadas en la Metrópoli.

La manifestación, dispuesta con motivo de celebrarse ese día el aniversario del asalto y toma de Puebla por el ilustre jefe del Ejército de Oriente, fué muy entusiasta. Desde antes de las nueve de la mañana comenzaron á reunirse en el Paseo de la Reforma los distintos grupos que debían integrar la comitiva, siendo incontable el número de personas que, deseosas de ver el desfile, ocupaban las aceras y los balcones de las calles comprendidas entre las de Patoni y Plateros.

Separados en secciones que indicaba una banderola especial, los manifestantes se dirigieron á Palacio, donde los esperaba el señor Presidente. A su paso por San Francisco y Plateros, el público aplaudió aquella demostración de cariño y respeto al Primer Magistrado y, al llegar al Zócalo, las campanas de Catedral se echaron á vuelo. Los edificios pertenecientes á las principales negociaciones mercantiles estaban vistosamente adornados con banderas, festones y escudos, así como las casas de algunas familias.



El desfile por Patoni.

Una vez frente á Palacio, se desprendió de la comitiva el grupo de oradores encargados de ofrecer al señor General Díaz la manifestación, penetrando al salón de embajadores, donde se encontraba el héroe del 2 de Abril.

El señor Coronel Antonio Tovar, Presidente del Círculo Nacional Porfirista, fué el primero que usó de la palabra. En términos breves y precisos felicitó por aquella gloriosa jornada al señor Presidente, y, en seguida, habló el señor don José de Landero y Cos, pronunciando una ligera alocución.

El Primer Magistrado correspondió á las expresivas frases de los Sres. Coronel Tovar y Landero y Cos, con las siguientes palabras—recogidas por taquígrafo—que escucharon todos con profundo interés y que no podemos menos que reproducir:

«Señores:

«El patriótico entusiasmo con que acabáis de honrarme al recordar el día 2 de abril de 1867, es muestra de vuestro ilustrado civismo y ofrenda que tributáis por mi conducto al bravo pueblo mexicano, cuya sangre señala en los anales de la patria aquella gloriosa fecha.



Llegada de los manifestantes á las calles de San Francisco.

«Yo la recojo para ese pueblo varonil á cuyas filas pertenezco; circunstancia que me permitió contemplarlo de cerca, cuando alevosamente sorprendido por una guerra sin previa declaración, se transformó de improviso en Ejército más ó menos defectuoso como todo lo que se improvisa; pero que fuerte en la conciencia de su deber y su derecho, y justamente indignado por agravio tan inmerecido, hizo entender al invasor en Puebla de Zaragoza, en Santa Gertrudis, en San Pedro de Rosales, en Querétaro, en la Carbonera, en Miahuatlán y Oaxaca y una vez más en Puebla, que no somos masas de salvajes á propósito para ensayar imperios sucursales, sino nación constituída; una República que respeta y sabe hacer respetar su autonomía, capaz de cumplir, como ha cumplido, sus compromisos y deberes internacionales, y de merecer, como ha merecido, la estimación y respeto del mundo civilizado, aun de aquellos que en mala hora intentaron suprimir su bandera en la heráldica de los pueblos libres.

«En fin, señores: el honor que me prodigáis al tributar por mi conducto á vuestros verda-

deros defensores el homenaje de vuestra gratitud, os asegura la mía para toda la vida.»

***

A continuación hicieron uso de la palabra los Sres. Dr. Gregorio Mendizábal, en nombre del grupo de profesionistas; el Sr. Adolfo Valles, representante de las Escuelas Profesionales y de la Preparatoria, y el Sr. Tiburcio Casco, delegado de las Sociedades Mutualistas.

El Sr. Gral. Díaz contestó á los oradores mencionados con otro discurso lleno de honrosas frases para el pueblo. Nutridos aplausos interrumpieron al Sr. Gral. Díaz, siendo objeto, al terminar, de una verdadera ovación.

Después, el Primer Magistrado salió al balcón central de Palacio, y en ese momento los manifestantes y los grupos de las distintas clases sociales que se hallaban reunidos frente al edificio, prorrumpieron en vivas y aplausos al Jefe del Ejecutivo. Acompañado de los Sres. Secretarios de Estado que habían concurrido al Salón de Embajadores, presenció desde allí el desfile, manifestando, visiblemente emocionado, á los que le rodeaban, cuán grata era para él y cuánto le enorgullecía aquella manifestación.

En este número encontrarán nuestros lectores fotografías del desfile de los manifestantes y del aspecto que presentaba la calle del frente del Palacio, durante la ceremonia.



LA MANIFESTACION DEL DIA 2.—Aspecto de las calles de San Francisco, al paso de la comitiva.

LA VEDA.

Ya empiezan á estremecerse los nidos, á palpitar los escondrijos de los surcos, á temblar los tallos delicados de la hierba.

Parece que un secreto terror se extiende por el monte, que un invencible espanto ha llenado de luto los ramajes, las madrigueras y las lagunas.

A lo lejos se escucha un estampido sordo; una nubecilla tenue se eleva y caen surcando el aire dos ligeras plumas.

La alegría se extingue en aquel dulce oasis, ayer tan animado por el trino del pájaro, el amoroso y acompasado canto del ave y el zumbido monótono del insecto.

La calma ya ha cesado; el dolor comienza.

Ha llegado el hombre.

A. Zozaya.



LA MANIFESTACION DEL DIA 2.—Los manifestantes frente á Palacio.

DOS SONETOS.

El mediodía en el Istmo.

Como placa bruñida por la ola
fulge la arena; el agua se retira;
miasma sutil la ciénaga respira:
y en ese hálito el sol pinta su aureola.

En la pizarra de la playa sola,
una tortuga aletargada expira;
y, al redor de un lagarto que se estira,
baten cien peces su encorvada cola......

El aire quieto está: ni una ave pasa;
sólo óyense en el mar, que el sol abrasa,
murmuraciones con temblor de rezo;

y en la reverberante lejanía,
en medio del sopor del mediodía,
se abre la inmensidad como un bostezo...

Los Conquistadores.

Es Pizarro: la barba encanecida.
Es Cortés: el cabello ensortijado.
Jinete en su corcel, pasa Alvarado;
Valvidia lleva al suyo de la brida.

¿Y ése? ¿Y aquél? En púrpura encendida
envueltos van, soldado tras soldado,
en marcha al Porvenir, desde el Pasado,
como conquistadores de la Vida.

Chispeante de oro, el puño del cuchillo;
la coraza, cubierta de fulgores;
pleno de sol, el reluciente casco:

pasando van con el temblor de un brillo,
cual si fuesen bordados en colores
sobre grandes tapices de Damasco......

José S. Chocano.

MINAS

En las fragosas cumbres, los metales
Tienen sus yacimientos; el mar cuaja
Promontorios de perlas y corales,
Y hundiéndose del mar en los cristales,
El buzo en pos de esos tesoros baja.

De ese tu noble corazón que adoro,
Ponderar las riquezas no sabría:
Junto á su efecto, nada vale el oro,
Porque tu corazón es un tesoro
Que permanece virgen todavía.

Juan Duzán.



EL PASEO DE LAS FLORES

LA SALIDA PARA SANTA ANITA.

EL JUEGO DEL VOLADOR



COMPRANDO FLORES



UNA "CALANDRIA" ADORNADA






LOS COLUMPIOS
LA CALZADA
CONTRATANDO UNA CANOA

Pena de Vida.

A las diez y seis horas de encapillado el reo, estaba que no podía con sus huesos. ¡Y vaya si tenía hígados el hombre! «¡Ya se vería si temblaba al subir las escaleras del patíbulo!» Charlaba por los codos y no cesaba de fumar. Cuando le sirvieron la cena, compuesta de platos que no había probado nunca, tuvo «felices »ocurrencias, que los «repórters» encargados de informar al público de las últimas horas del condenado, se apresuraron á transmitir á sus respectivos periódicos. A las doce de la noche se retiró á descansar; en el cuarto en que se le había preparado la cama, no había espectadores; de modo que el miserable pudo quitarse la careta de cínico valor que había tenido puesta durante todo el día. Porque la verdad era que sentía congojas terribles, angustia infinita al pensar en que cada minuto era un paso más hacia la muerte afrentosa. Si al través de la mueca de fingida serenidad que afectaba el rostro del reo se hubiera podido ver su alma, hasta el juez más severo habría sentido hacia el desgraciado honda conmiseración. Lo que en él pensaba y sentía se agarraba con frenética desesperación á la vida. Y en medio del espanto de esta prolongada agonía, por encima de las sombras de muerte que le rodeaban, la esperanza, «ese sol que no se pone», aparecía y se ocultaba entre las nubes de su pensamiento.

Cuando el hombre se encontró solo, se echó de bruces sobre la almohada de su lecho, y lloró, rezó y blasfemó; pero blasfemias, rezos y lágrimas, no eran más que formas de una oración al que todo lo puede, reconocimiento íntimo y convencido de la Voluntad Suprema é infinita.

¡Oh, y con qué atractivos, hasta entonces ignorados, se presentaban ante su imaginación los encantos de la vida! Hasta los mismos dolores y trabajos le parecían deleitosos. Su pasado, surgiendo ante la fantasía del criminal, no conservaba más que lo agradable.

Al fin se quedó dormido.........

La puerta se abrió silenciosamente, y entró un hombre de grave y severo aspecto; llevaba un papel en la mano.

—Toma y lee—dijo el recién llegado.

—No sé leer.

Es tu indulto.

—¡Cómo!... ¡El indulto!... ¿Ese papel es el indulto?....

Las palabras salían á pedazos de sus labios. A punto estuvo de morir de alegría. ¡Qué frío tan grande en el corazón; en el cerebro qué luz tan deslumbradora!....... ¡El indulto, la vida! Que le vieran llorar ahora, ¿qué le importaba?

—Que vengan todos, todos—decía entre risas y sollozos.—¡Se me ha indultado!.... Que amanezca cuando quiera.... Deje usted, señor, que le bese las manos.... Qué bueno es usted, y el Rey qué bueno, y qué buenos los ministros, y los jueces y todos los hombres!

—Se te indulta, no sólo de la muerte, sino de la prisión. Saldrás libre de aquí..... A no ser que tú mismo prefieras la muerte... Tú verás si aceptas las condiciones con que se te concede la vida...

El condenado soltó una carcajada.

—¡Condiciones! Todas... Lo que yo quiero es vivir. ¡Vivir!.....—repetía saboreando con inefable deleite la dulce palabra.

—Oyeme. Cerca de ti está la muerte. Un momento horrible, es verdad; pero sólo un momento.... Luego el descanso, el sueño sin ensueños. Dentro de unas cuantas horas, si tú quieres, todos tus dolores habrán cesado: no más tormentos ni deseos irrealizables, ni desengaños, ni iniquidades, ni traiciones, ni injusticias.... El reposo absoluto, la paz....

—¡Quiero vivir!

—En cambio—repitió el otro sin hacer caso de la interrupción,—oye lo que será tu vida. Al salir de esta cárcel comenzarán para ti tormentos tan horribles que, en comparación de ellos, los que en la infancia te contaron del infierno te parecerán insignificantes y como cosa de juego. Cuantas ignominias existen caerán sobre ti. ¡Ladrón, asesino!, serán las palabras que de continuo habrás de oír. Pedirás trabajo y te contestarán con golpes; tendrás hambre, y nadie te socorrerá; morirás de sed, y nadie te dará una gota de agua... Y no creas que te servirán disfraces ni mentiras; llevarás en la frente la marca con que Dios señaló á Caín, marca imborrable que te denunciará á todos los hombres.

—No importa, quiero vivir.

—¿Confías, sin duda, en que la mujer de tus amores te abrirá los brazos y enjugará tus lágrimas? Te engañas... ¿Recuerdas con cuánta dulzura te miraban sus ojos y con qué pasión te besaban sus labios? Ahora está más hermosa que antes. ¡Si la vieras! Y no te aborrece... pero te desprecia. Náuseas le causará el mirarte.... En cambio, quiere con toda su alma...... ¿á quién dirás? A tu más enconado rival, á tu más encarnizado enemigo: al hombre que te denunció. No, no creas que podrás vengarte de él; es más fuerte que tú, y te escupirá á la cara, y la gente se reirá de ti.... y ella, ella también se reirá, y tú, desesperado, desahogarás en sollozos tu rabia impotente.

—¡Quiero vivir!

—Y aun más que te desprecien los otros, te despreciarás tú á ti mismo. Y tratarás de dormir, y tu sueño será pesadilla; te emborracharás para olvidar, y tu borrachera será lúgubre, y siempre, siempre oirás dentro de ti la voz implacable que te gritará: «¡Asesino!»

—¡La vida, la vida, á pesar de todo!

—Acaso pienses: «tengo una hija, y ella me amará cuando todos me odien, y cuando todos me llamen asesino, ella me llamará padre»... No lo creas. Cuando te acerques á ella, correrá á ocultarse. Tendrá miedo de ti. Conforme vaya creciendo, será mayor su repulsión: ser hija tuya, ¡qué martirio! Más de una vez leerás en su mirada este negro pensamiento: «¡si se muriera!» El ser más bajo y más vil será para ella mejor que tú. Y cuando agonices derribado en medio del arroyo, escarnecido por la canalla, pasará tu hija, y tú la llamarás, y ella, dándote con el pie y encubriendo el rubor del rostro, balbuceará: «¿Pues no dice que es mi padre? ¡Está borracho, sin duda!......»

—¡Calle usted, calle usted!—gritó el reo.

—La realidad será más terrible que mi relato. Ahora, elige.

—¡Vivir, vivir, vivir!...

—Toma entonces...... -dijo el desconocido entregando el indulto al condenado.—Mereces la pena de vida.

Francisco F. Villegas.
(Zeda.)

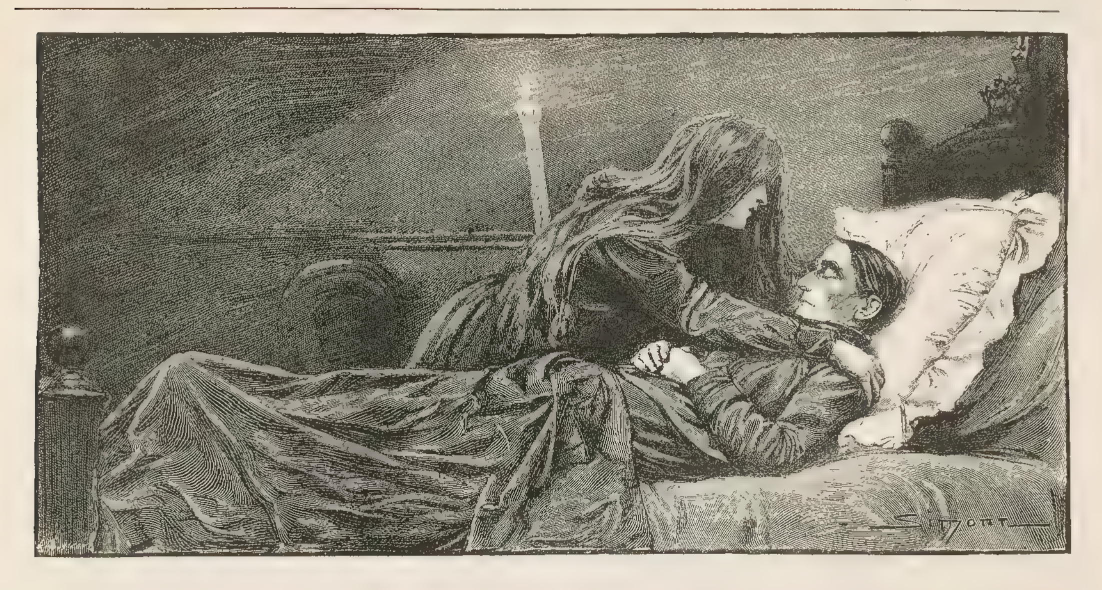
ESTUDIO FOTOGRAFICO. (Manuel Torres.)

PENSAMIENTOS.

Cuando se destruye una preocupación antigua, es necesario fundar una virtud nueva.

*

Se puede juzgar del mérito de las gentes por las críticas de que son objeto; y de sus defectos por los elogios que personalmente reciben.



LA INSTITUTRIZ.

NOVELA POR ESTER DE SUZE. ILUSTRACIONES DE SIMONT.

TRADUCCION DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

(CONTINÚA.)

Entonces, en un relámpago de lucidez, recordé mi vida de institutriz: mis horas tan tranquilas, al principio; la multitud que me aplaudía por ser juiciosa, en la distribución de premios; luego mis horas de turbación, mi deseo de un poco de amor; la capilla á donde llevaba yo ese deseo, transfigurando su amor divino.

Que, no haya yo detenídome allí! ¿Por qué había surgido el señor Raibert? ¿Qué hay mejor que el amor de Dios? ¿No tendría yo que volver á él, necesariamente, si contaba haciéndose el vocío en derredor de mí?

Y pregunté á aquellas gentes, que entonces me creyeron seriamente fuera de mi razón.

—¿No es verdad que la señorita Morín es la más feliz?

Luego, tranquilamente, como el actor cuando le llega el momento de desaparecer de la escena, hace con la mano una vaga señal de adiós, ó un ademán intraducible: el «¿y qué?» del hombre que se alza, desdeñoso y desesperado, para rechazar al universo.........

.........Y caí, blandamente, sin estrépito, sin causarme daño. Se habría podido creer en un desvanecimiento de comedia. Sin embargo, no fué así: la vida no se me escapaba, era yo quien la depositaba......

No comprendo cómo volvió á mí después.

XXXIII

Se me transportó á mi casa, apenas recobré el sentido, me coloqué ante mi mesita, en mi recámara, cerca de la ventana.

En unos cuantos plumazos, escribí al inspector, dimitiendo mi empleo.

Otra cartita á mis amigos los Albert, para notificarles lo ocurrido y mi resolución. Tres palabras de adiós y de admiración, destinadas á la señorita Morín, á quien felicitaba «in extremis,» por su piedad, protectora contra todo mal. Le decía, al mismo tiempo, que siendo absolutamente inocente, pero estando abrumada por el dolor, le encargaba, como á la más pura y la más perfecta de las institutrices, de presentar mis respetos al Sr. Broardel, el cura, que tan mal había querido defenderme.

Cerré las tres cartas y yo misma las fuí á depositar en el buzón. Fuí tan rápidamente, y se esperaba tan poco verme en la población, que nadie advirtió mi presencia. No sé cómo dormí en esa noche; creo más bien que no dormí nada absolutamente: no conservo memoria clara de eso.

Al día siguiente, á las nueve de la mañana, pasó bajo mis ventanas el entierro de la señora Raibert. A través de las persianas, ví al alcalde. No sé si él estaba cambiado; por mi parte, ese mismo día, cuando traté de poner en orden mis trenzas en desorden, ví entre los rizos de cobre de las sienes, algunos hilos de plata: no cumplía yo aún los veinte años.

En seguida que hubo pasado el entierro, arreglé mi maleta y conté mis economías, que sumaban 112 francos. Tomé un carnet y escribí: de aquí á Marsella, en tercera, tanto; esto, tanto; lo otro, tanto; el pequeño reducto que alquilaré para morir, tanto; un fiacre para ir al cementerio, que será mi último gasto, tanto;........ cuando regrese, si me quedan todavía algunos céntimos, compraré rosas, rosas blancas, que esparciré cerca de mi lecho, en el suelo, caprichosamente. Escribiré dos palabras en un papel: «muy poco lugar habría yo necesitado en el mundo; más ese poco no existe, parto, pues.» Esto, ó cualquiera otra cosa; después, me moriré sin suicidarme, seguramente! Moriré de hambre, puesto que no tendré para comer.

Vamos, ahora, valor! Todavía hay que colocar esto, para dejarlo en buen estado, y hay que doblar lo otro, para llevármelo en la maleta, ¿Está hecho todo? ¿Estoy enteramente lista?....... Lo estaba. Me senté cerca de la ventana.

La pobreza del cielo, en aquella noche limpia, reposada y sin estrellas, me agradó. «Yo también—le murmuraba el cielo—yo también las tengo extinguidas todas, las estrellas de mis sueños......Qué bueno es hallarme en medio de la noche, envolverse en la sombra, en el olvido, en la nada...... Oh! Cómo me pesa el corazón! Qué fatigadas están mis manos, qué fácil me será morir!»

Y me levanté, dí todavía una vuelta por mi cuarto, para ver si todo estaba listo. Marchaba como fantasma ó como máquina: todo estaba bien. Volví á la ventana, me recliné en ella, parada esta vez, con el busto inclinado por completo hacia las ramas de la enredadera que bajo de mí florecía y exhalaba un perfume tan suave que hacía desfallecir.

Flores! Hojas! Basta!...... Basta!......

¿Sois otra cosa más que flores y hojas? ¿Qué tenéis que parecéis crecer, invadir la pared, subir hasta mí? ¿No se diría que me buscáis con vuestros brazos entrelazados, que van á cogerme, á sofocarme á fuerza de perfumes, y á formarme un ataúd de lianas? ¿Y esas voces que parecen surgir de entre los cálices.........? ¿Acaso hablan las flores? ¿Y por qué hablan tan confusamente? Lo siento y no lo comprendo......... Hablad más alto, flores. ¿O queréis acaso que mi cerebro se rompa á fuerza de tensión, para recoger al vuelo vuestras voces?

—María Teresa! Señorita María Teresa! En el nombre de Dios y en el nombre de las estrellas, y en el nombre del dolor de usted, escúcheme!

—Ya escucho.

—Pero baje usted, niña......... yo no me atrevo á suplicarle que me deje subir......... Baje hasta la yerba bendita. Besaré sus pies para pedirle perdón...... Y luego le contaré mi historia y le ofreceré mi vida.

¿Eran acaso las flores las que hablaban?

(CONCLUIRÁ.)

La Escuela Comercial Francesa de México.

Habíamos oído hablar de la reorgazanición del Liceo Francés, con el nombre de «Escuela Comermercial Francesa de México,» y bajo bases que darían á la enseñanza que en el establecimiento se empleara, un carácter esencialmente comercial, racional y práctico.

Acabamos de hacer una visita al nuevo establecimiento y ella nos ha permitido quedar convencidos de que las reformas implantadas en el antiguo plantel, responden á una exigencia social, toda vez que la carrera comercial precisa estudios tan serios como para cualquiera profesión liberal, teniendo sobre éstas la ventaja de ser más lucrativa.

El local de la escuela ha sufrido modificaciones de tal importancia, que ponen el establecimiento, en punto á «confort» y comodidad, al nivel de los más renombrados del extranjero. Como es bien sabido, la Escuela ocupa el local que llevó en otro tiempo el nombre de «Tívoli de San Cosme.» Más de dos terceras partes del terreno que ocupa— 13,000 metros cuadrados - forman jardines y callecillas sembradas de árboles seculares.

En tan vasto espacio los niños difrutan de su recreo, respiran un ambiente puro, gozan de sana libertad y sienten por la escuela el mismo cariño que experimenta el visitante, desde que pone el pie en la puerta del establecimiento.

Las clases, los estudios y los dormitorios están instalados de acuerdo con los más exigentes principios de la higiene moderna. El refectorio, dividido en mesas pequeñas, tiene todo el aspecto de una sala de restaurant; y en cuanto á la cocina, el almuerzo improvisado que se sirvió ofrecernos el Director de la Escuela, Sr. André Sallet, nos demostró que el bienestar material de los alumnos es objeto de los mismos cuidados que su cultura intelectual.

La escuela, además, está dotada de un magnífico servicio hidroterápico. Hay baños de agua caliente, duchas á diferente temperatura y un amplio estanque donde se da á los alumnos que lo deseen clases de natación gratuitamente.



ESCUELA COMERCIAL FRANCESA.—Un ángulo del patio principal.



ESCUELA COMERCIAL FRANCESA.—El patio de recreo.

***

La Escuela Comercial Francesa recibe niños desde cinco años de edad. Estos forman una clase especial, enteramente separada de las demás, teniendo su jardín particular y estando dirigida por una institutriz que enseña á los niños á leer, escribir y contar, y nociones de los idiomas francés, inglés y español, clases que les son dadas en esos idiomas.

Los otros alumnos reciben la enseñanza pri maria elemental de acuerdo con los programas oficiales, así como la parte de enseñanza superior exigida para ser admitido en la Escuela Preparatoria y en todos los establecimientos de instrucción secundaria. Mas, como el objeto de la Escuela Comercial es especialmente formar industriales, comerciantes, empleados de banco y de escritorio, todos los cursos que se siguen tienden á este fin.

Los tres idiomas que se enseñan están á cargo de profesores de la Escuela Berlitz, contratados para ello, y bien sabido es que el sistema de enseñanza Berlitz está adoptado en todas las principales escuelas del mundo.

El idioma francés es obligatorio en todos los actos de la escuela.

En cuanto á la «enseñanza comercial», propiamente dicha, se compone, entre otras materias, de la teneduría de libros por partida doble, la correspondencia mercantil en los tres idiomas enseñados en la escuela, nociones del derecho mercantil y civil, estudio de asuntos financieros y lectura frecuente de las publicaciones que de ello se ocupan; escritura en máquina, estenografía, conforme á un método que permite recibir al dictado en los tres idiomas precitados con un solo alfabeto de signos y un ingenioso sistema de abreviaciones; la aplicación de ciencias naturales y experimentales á la industria; la historia de la geografía económica del mundo civilizado; las relaciones comerciales de México con todas las naciones, los nuevos mercados, los asuntos referentes á los cambios, etc., etc.

Pero es, sobretodo, á la enseñanza de las lenguas extranjeras, base de toda educación comercial, en lo que la Dirección ha puesto todo su empeño. A este respecto, viendo la bondad del método Berlitz, hemos quedado verdaderamente sorprendidos.

La enseñanza religiosa está á cargo de uno de los más distinguidos é inteligentes presbíteros mexicanos. Una capilla tan hermosa como sencilla, se inaugurará el 19 del corriente, siendo apadrinado el acto por varias damas de la colonia francesa. En ella se celebrará todos los domingos y días festivos un servicio religioso.

***

La escuela, desde su reorganización, ha entrado en un franco período de prosperidad, debida á los sacrificios que se ha impuesto la Colonia francesa. El programa de reorganización ha sido elaborado por la Junta Directiva de la Escuela y el Director, señor Sallet, lo aplica con toda la experiencia y la autoridad adquiridas durante doce años de ejercer el profesorado en el extranjero.



ESCUELA COMERCIAL FRANCESA.—Vista de los jardines.



La Fosfatina Falières

es el alimento más agradable y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses sobre todo en el momento del destete y durante el periodo del crecimiento. "Facilita la dentición, asegura la buena formación de los huesos."
PARIS, 6, Avenue Victoria, y en todas las farmacias.

AVISO IMPORTANTE.

El fosfato de cal que entra en la composición de la Fosfatina "Falleres," está preparado por un procedimiento especial con aparato á propósito, y no se encuentra en el comercio.
Desconfíen de las imitaciones y falsificaciones.

HIERRO QUEVENNE
Aprobado por la ACAD. de MEDICINA de PARIS
El más activo y económico, el único Hierro inalterable en los países cálidos.
Cura: Anemia, Clorosis, Debilidad
Exigir el Sello de la "Union des Fabricants"
14, Rue des Beaux-Arts, PARIS

MAGI
PARA SAZONAR
SOPA
CALDO
Y SALSA
En frascos.

Cárlos Manuel Durán.

FARMACEUTICO.

Fabricante del excelente y más acreditado vino mezcal.

HACEINDA DE
"LA ESTANCITA"
Ahualulco, Jal.

PETROL

DEL DR. TORREL, DE PARÍS.

Unica preparación que evita la caída prematura del pelo, lo aumenta, suaviza y hermosea, á la vez que le comunica un aroma agradable.

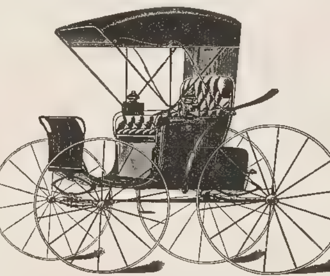
EL USO DEL PETROL DEL DR. TORREL, DE PARIS.

evita la calvicie pematura, que tanto afea y comunica al hombre el repulsivo aspecto de un joven viejo y ganado.

A LA GRAN MUEBLERIA.

Ricardo Padilla y Salcido.---1.a Calle de San Juan de Letrán, núm. 11.

VISITE USTED
NUESTRO DEPARTAMENTO
De Carruajes,
Faetones,
Cabriolets,
Buggies,
Carros repartidores.
Sólo tenemos de primera clase en construcción.
Pída nuestro catálogo.



EN NUESTRO
Departamento de muebles
encontrará usted todo lo que necesite para amueblar su casa ú oficina.
Muebles para recámara, Sala, Comedor y Escritorio. Gran surtido de carruajes para niño
PRECIOS BARATOS.

TOMEN PILDORAS HUCHARD.

VINO
SAN GERMAN

TÓNICO RECONSTITUYENTE,
PREPARADO POR
EL DR. LATOUR BAUMETS,



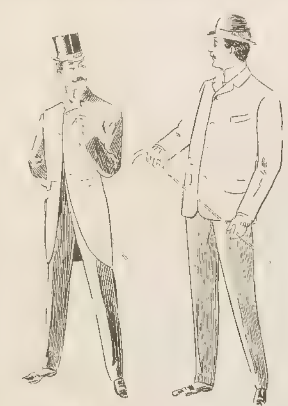
DE VENTA
En todas las buenas Boticas
y Droguerías.

que por los principios eminentemente curativos que contiene: Estricnina, Icthiol, Coca, Kola y Aceite de Hígado de Bacalao, combinados en dosis estudiadas en multitud de casos prácticos, es á la vez que un licor de gusto agradable, el remedio administrado con mejor éxito por notables facultativos en el tratamiento de personas linfáticas, de ancianos debilitados, de mujeres cloróticas ó extenuadas por hemorragias ó por partos laboriosos, de individuos gastados por fiebres de países cálidos ó por la anemia tropical tan común en nuestros países, de enfermos de la médula ó atacados de parálisis ó reblandecimiento senil.

La prueba de que la preparación del Dr. Latour Baumets ha realizado los fines que perseguía su autor, se puede tener en la multitud de enfermos curados.

New England ENGLISH TAILORING

PUENTE DEL ESPÍRITU SANTO 8 Y 9.---MÉXICO.



Surtido completo en trajes de saco de casimires Ingleses, gran novedad. 55, 52,49, 45, 42, 39, 35, 32, 29, 25, 26 24, 22 y.........................	$ 17.50
Trajes de Jaquet, casimires finos de fantasía desde...........	$ 32.00
Variado surtido en trajes de Levita, modelos nuevos, desde	$ 49.00
Trajes de Smoking y de frac corte esmerado, desde..........	$ 59,00



Departamento de Prendas para la Costa.

Sacos de alpaca fina desde..............................	$ 6.90
Sacos de seda..	12,50
Sacos de franela..	5.95
Sacos de brin muy rico......................................	3.50
Guardapolvos, desde...	6.50
Trajes completos imitación, casimires, artículo exclusivo, desde..	14.50

Pantalones blancos desde..................................	2.75
Pantalones imitación franela.............................	3.25
Pantalones brin de color, desde.........................	4.90
Chalecos blancos desde....................................	1.95

Chalecos de gran fantasía en telas de lavar y de seda

GRAN ESPECIALIDAD EN TRAJES PARA SPORTS.

PARA JÓVENES Y NIÑOS.

Tenemos siempre un surtido completo. Todos los modelos son exclusivos de la casa y confeccionados en nuestros talleres.

Pondremos en venta un lote de Trajecitos para niños, forma marinera, en rica tela de lavar, colores firmes garantizados, primera talla.. $ 2.15

Trajes Quartier Maitre, desde.. 2.10

Puente del Espíritu Santo 8 y 9. México.

EL MUNDO ILUSTRADO

ANO X.--TOMO I.—NUM. 16 | MEXICO, ABRIL 19 DE 1903. | Subscripción mensual foránea $1.50. Idem, Idem en la capital $1.25.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. | Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



A ORILLAS DEL LAGO.

La Mentira y los Mentirosos.

La mentira es vieja como el mundo, y el mentiroso, tan antiguo como la humanidad. La Naturaleza ha enseñado al hombre á mentir, y el interés, la imaginación, la ignorancia, han sido cómplices de la Naturaleza en el deloto á engañar, de adulterar la verdad, de mutilar los hechos, de suponerles atributos y propiedades de que carecen. La Naturaleza ha sugerido y facilitado la creación de ese mundo de lo falso, de lo maravilloso y de lo imposible que lleva los nombres de mitología, de superstición y de poesía.

La Naturaleza es la gran mentirosa. Miente con su bóveda de zafir tachonada de estrellas; miente con su arcoiris multicoloro, con los arreboles de sus crepúsculos, con los espejismos de sus desiertos de agua y de sus desiertos de arena. Las espumas de las ondas fingen sirenas y ninfas; las siluetas de las nubes como los contornos de las montañas simulan monstruos y dioses; en las nieblas y en los crepúsculos sombríos se mueven fantasmas mentidos, y de las tinieblas surgen falsos espectros y apariciones ficticias. Los ecos remedan voces venidas no se sabe de dónde; las fosforescencias, luces emanadas no se sabe de qué. Las gotas de rocío imitan piedras preciosas; los zoófitos, plantas; los insectos, yerbas, copos y aristas. Los grandes mamíferos parecen construcciones, y los grandes anfibios, escollos. Los árboles simulan lanzas ó venablos ó quitasoles de titanes; el roble y la encina se retuercen en contracciones imitadas del tétanos ó de la epilepsia, y los enhiestos pinos se yerguen majestuosos y simétricos como granaderos pomeranios, haciendo centinela.

Ante esta gran escuela de la ficción, del engaño, de la ilusión, de la mentira en fin, el hombre se ha hecho mentiroso también; salvo que la Naturaleza miente inocentemente, sin conciencia, sin mala intención, en tanto que el hombre suele mentir deliberadamente, con fines determinados, con premeditación, alevosía y ventaja.

Hay, en efecto, dos grandes categorías de mentirosos. Los imaginativos, los exuberantes, los soñadores, como Manolito Gázquez, el barón de la Castaña ó el barón de Münhaussen, y los mentirosos solapados, calculadores, mal intencionados, como Yago ó Tartufo.

Los primeros, como pasa con los portugueses, los andaluces y los orientales, mienten por exceso de imaginación y por exceso de sensibilidad. Son, en el fondo, poetas que encuentran mezquino el mundo y raquítica la Naturaleza. Las cosas y los hombres, tales como ellos son, no bastan á su fantasía, les parecen raquíticos y mezquinos, pequeños de talla y exiguos de proporciones, y con el artificio de la mentira, agregándoles atributos de que carecen, suponiéndoles tallas y escuadrías que no tienen, pintándolos, coloreándolos, vistiéndolos con mentidas galas y adornándolos con joyas ricas y deslumbrantes, los forjan á la medida de su propia fantasía y los ofrecen como un regalo á la que nos suponen.

Son mentirosos de buena fe, buenos chicos á carta cabal, amenos, agradables en sociedad, y grandiosos á veces é inmortales en el arte. ¿Puede darse algo más delicioso ni menos admisible que «Las mil y una noches» ó «El Cantar de los Cantares» ni nada más grandioso que «La Iliada» ó el «Ramayana»? ¡Qué epítetos, qué metáforas, qué pomposas descripciones! Luchas épicas entre seres desmesurados y ejércitos innumerables; bellezas inauditas de mujeres inimaginables; tesoros fabulosos; glorias sobrehumanas; tormentos inenarrables! La Naturaleza, el hombre, la materia, la fuerza, el arte, todo es estupendo en esas candentes imaginaciones, en esos sedientos de grandeza, en esos insaciables de emociones, en esos mentirosos sublimes, en esos espíritus descontentos del raquitismo de lo real y creadores de un mundo más grande y más bello.

Estos son los mentirosos por carta de más. ¡Cuidado con los mentirosos por carta de menos!

Estos no son poetas, son calculadores. No ensanchan el mundo, ni embellecen la Naturaleza. Al contrario, todo lo mutilan, todo lo comprimen, todo lo velan y lo esfuman. De lo bello hacen lo feo y hasta lo monstruoso. Como los chinos, deforman y afean el pie de las mujeres. Ahí donde sorprenden un encanto, lo velan; una virtud, la desnaturalizan; un heroísmo, lo atenúan ó desfiguran. No son corazones expansivos, almas sedientas de ideal que adulteran lo verdadero para hacerlo más grande ó más bello; son almas envidiosas y mezquinas que todo lo mutilan para darle la medida de su propia talla; son labios impregnados de hiel que comunican su amargor al néctar y á la ambrosía que todos gustamos y á todos deleita.

Son, en el fondo, seres perversos é impotentes, que incapaces de alcanzar lo bueno, lo verdadero ó lo bello, los desfiguran y los torturan porque no pueden ni saben crearlo ni disfrutarlo.

El mentiroso expansivo, exuberante, ardiente, es, en general, un buen hombre y un gran corazón. Díganlo Tartarín y Cyrano de Bergerac, y suele también ser un gran poeta. El mentiroso concentrado, hipócrita y mezquino suele ser un alma vil y un corazón de cieno.

Tendamos la mano y los brazos á Manolito Gázquez, y guardémonos de Harpagon como de la peste bubónica.

DR. M. FLORES.

BRISAS DE ABRIL

NORTE Y SUR

Si hubiera de creerse siempre á los poetas, no habría brisas más refrescantes que las brisas de abril. El mes de abril aparece en el convencionalismo lírico como el mes de las flores tiernas, de las brisas primaverales, de los erotismos castos. Y resulta, á las veces, tan bien rimada la palabra «Abril,» cuya breve agudeza tiene eufonías cristalinas, que el lector queda seriamente convencido de que cuanto le dice el poeta es cierto; y si el lector, á más de lector es poeta—pues, aunque parezca extraño, hay poetas que leen, — entonces surge inminente el peligro de que la milagrosa fama del mes de abril siga perpetuándose en nuevos versos de «ritmos nuevos y de nuevas sensaciones.»

Sin embargo, en nuestras latitudes, no es el mes de abril el que más se presta para arrancar los melodiosos himnos de la lira. No es posible cantar con corazón sincero una primavera caliginosa, y nuestro abril es caliginoso, asfixiante, polvoroso y seco, y mata con sus enervantes calores todos los impulsos poéticos que puedan temblar en las cuerdas de la lira, por manera que esos entusiasmos en favor del afamado mes, más deben buscarse en los archivos de la tradición que en las observaciones de la realidad.

***

¿De dónde viene esa tradición?....... Viene del Norte, como la maquinaria moderna y como la nueva actividad humana. Y nuestros poetas se bañan en ella con la más ingenua de las despreocupaciones y llegan á creer firmemente que dicen la verdad cuando dicen que en el curso del año no hay mes comparable al «incomparable abril.»

¿Acaso, saliendo de las ciudades, trasponiendo los lindes abrasados del asfalto urbano y adelantándose por surcos proficuos de los campos se encontrarán las inenarrables bellezas que la tradición atribuye al príncipe Abril?

No, entre nosotros. Actualmente nuestros campos, grises y mustios en esta sequía de la mesa central, ostentan una monótona tristeza; las flores se marchitan sin ser arrancadas de sus tallos, como esas niñas pálidas que mueren antes de probar los besos bienhechores del amor; los ganados mugen soñolientos y cada uno de sus individuos recuerda al paciente buey de Carducci que con hastío byroniano espanta las moscas que tenazmente crispan la nerviosa seda de su piel; los campesinos se contagian de la tristeza de los ganados y, bajo un sol de plomo, dejan vagar su mirada de terciopelo por sobre la triste extensión de los campos grises, cuyos resecos terrones se abren de trecho en trecho para dar paso á un agave sediento y áspero. Si sobre el azul diáfano del cielo se amontonasen las nubes preñadas de frescura y reventasen luego en una lluvia reconfortante y vivificadora, entonces tal vez el despertar de la tierra daría razón á los ilusionados trovadores del mes de abril. Pero, entretanto, abril no es más que un triste y pesado paréntesis entre las tiernas galas de la primavera y las opulentas floraciones del estío.

***

La tradición viene del Norte. Allá, donde los hielos apenas han roto sus invernales abrazamientos, donde las últimas ráfagas nevadas todavía suelen barrer las calles y los campos á la entrada de la noche, donde la reina primavera atrasa la fecha de su arribo oficial, es cierto que abril es el mes de las primeras tibiezas y de las primeras galas florales; allá, abril es un efebo que siente las primeras mordeduras del amor; allá, abril cobija con su temperatura inefable las liras huérfanas y entibia sus cuerdas en la proporción precisa para que el canto brote con modulaciones rítmicas y aladas.

Pero la tradición muere en el Sur. Es una de las mayores «insinceridades» de los poetas mexicanos—tienen muchas —la de cantar al mes de abril, como al mes de los medios tonos del sentimiento, como al mes de los grandes impulsos de la adolescencia, como al mes de las rosas más bellas y de las más impalpables ilusiones. Nuestro abril se trae muchas asfixias y muchos polvos y la mayor de sus bellezas radica en la eufonía de su nombre.

Cántese, en buena hora, al mes de abril como al símbolo de esa triste transición que se coloca entre la primavera y el estío, entre las ciegas ilusiones de la adolescencia y las maduras realidades de la edad viril. Entonces se dirá la verdad. Pero no es cuerdo que las liras nuestras encorden sus canciones sobre los tonos de una poesía septentrional; porque la poesía es como la vida, como el amor, como la raza: tiene cualidades comunes y universales ciertamente, pero en su conjunto es una para el Norte y otra para el Sur.

STRINDBERG.

Via, véritas, vita.

Errante, solitario peregrino,
Cuántas veces miré con desconsuelo,
Apagadas las luces de mi cielo,
Perderse entre las sombras el camino.

Cuántas veces el recio torbellino
Me arrebató con poderoso vuelo,
Y vi ofuscado por impuro velo
De la verdad el resplandor divino.

Y supe con horror que hay almas muertas
A la mía sintiendo, helada y triste,
Por inmenso dolor de muerte herida.

Hoy, Señor, que á mi espíritu despiertas,
Comprendo, con amor, por qué dijiste:
«Soy el camino, la verdad, la vida.»

ANTONIO ZARAGOZA.

Tepic, 1903.



Elecciones de Gobernador en Chihuahua.

Con motivo de la renuncia que, para encargarse del Gobierno de Jalisco, presentó el señor Coronel don Miguel Ahumada, del cargo de Gobernador de Chihuahua, fueron convocados los habitantes del Estado de este nombre, á la elección de la persona que, con arreglo á la Constitución local, debía substituir al funcionario saliente.

Las elecciones se efectuaron el domingo último, y como resultado de ellas, por haber obtenido unanimidad de votos, fué proclamado Gobernador el señor General don Luis Terrazas, hombre dotado de una energía á toda prueba, y que tanto en la época aciaga de la Reforma y de la Intervención, como en los tiempos de paz que disfrutamos, ha prestado al país muy buenos servicios. El señor General Terrazas cuenta con innumerables simpatías en el Estado que va á gobernar y ha sido objeto de parte de sus conciudadanos, al verse favorecido por el voto del pueblo, de manifestaciones de adhesión y de respeto que revelan la confianza con que los chihuahuenses esperan el buen resultado de su gestión administrativa.



SR. GRAL. D. LUIS TERRAZAS, electo Gobernador del Estado de Chihuahua.

LA ÚLTIMA LECCIÓN.

Ello es que hice una barrabasada al maestro. En el momento mismo en que inclinaba sobre el pupitre la cabeza calva y reluciente, escupí en ella.

Don Jacinto quedó desconcertado; en sus ojos brilló un relámpago de cólera.

—¿Quién ha sido el autor de esta infamia? interrogó balbuciente.

—Dudé un momento; pero después, temiendo que pagase mi culpa algún compañero, dije:

—Yo he sido.

Entonces levantóse el anciano, desapareció de sus ojos la cólera, y acariciando mis rubias guedejas, me dijo dulcemente:

—Te perdono porque no has comprendido el alcance de tu ofensa. Edúcate; sólo así serás digno de sufrir con paciencia las ofensas de los niños.

Salí avergonzado. Al día siguiente llegué jugando con otros niños hasta la puerta de la escuela. Había allí un gran grupo de gente que hablaba en voz baja. Del balcón entreabierto salía una siniestra claridad que me asustó.

—Retírate, niño— me dijo tristemente un anciano; ha muerto don Jacinto.

Quedé sobrecogido un instante; al fin entré resueltamente en la escuela.

Allí estaba el cadáver, imponente, severo, con la faz dulcemente contraída. Estaba entre sus libros y sus mapas. Sobre los pies del féretro y al lado de sus negros paños, se extendía la bandera de la patria.

En aquel punto, recordé la pobreza del pedagogo, sus virtudes, su labor incansable, su perdón hacia mí.

Y subiendo al tablado, me incliné sobre aquel corazón que tanto había amado, sobre aquella cabeza, un tiempo pensadora, siempre ofendida; hice en ella estallar un beso...... y huí.

VENUS.

[De Safo]

Oh Venus, reina del amor, oh diosa,
reina de las sonrisas, deja el cielo,
desciende presurosa
y al llegar á mi alcoba pára el vuelo;
en el festín alegre y soberano
escancia el vino; y que la copa de oro
pase de mano en mano
rebosando del néctar que yo adoro:
ve que sólo mi techo presta abrigo
al que de Venus es constante amigo.

Laura M. de Cuenca.



SITIOS PINTORESCOS.—Xochimilco.



Los Dulces de los Santos Reyes

Por Laura Méndez de Cuenca

Entre los chicos endiablados del barrio de la Merced, Tomasito se llevaba la palma. No había que preguntar cúyas eran las pedradas que hacían llover vidrios de los balcones, ni quién ataba por la cola al gato de la carnicería contra la perra del tendajón; todos los vecinos hubieran respondido á coro:

—El bribón de Tomás, el bribón de Tomás.

Para sus seis años, no se encontraba en los contornos pillo más redomado; hervíale la sangre como paila de jabón; así que no era posible tenerle quieto, porque para él una silla era la mismísima corma.

Sus padres no hacían siquiera la intentona de poner á raya á Tomasito, sabedores de que al ama le disgustaba mirarle retozar en el patio; ellos, cuyo afecto por el niño era extremado hasta rayar en idolatría, le echaban á la calle á hacer torerías.

—Es cierto que la criatura es traviesa—decían,—pero ¡pobrecito! Es nuestro hijo, y ni lo hemos de regalar ni de comérnoslo, que no somos verdugos ó bárbaros. Que vaya el alma mía á dar guerra á la plazuela, la calle es de todo el mundo y al que no le guste....

El muy bribón no veía con malos ojos la debilidad paternal y se apuraba á aturdir con incesante gritería á todo el vecindario. Precisamente en el zaguán de las moradas pacíficas, convocaba al ejército de pillastrines callejeros, batiendo diana en una lata vieja de petróleo; allí era el cuartel maestre de donde partían las órdenes, siempre severas, desde un banco de palos hasta la ley fuga.

El ideal de Tomasín era el generalato, ya no por los honores de las batallas bien libradas, sino por el relumbrón de los galones y el garbo del sombrero de gallina.

Los relumbrones á los ojos del niño, eran la expresión de la fama y del glorioso prez militar, servían de punto de mira á su arrojo de descamisado, y, por lograrlos, en el campo de batalla de la imaginación, más de una vez había derrotado á supuestos enemigos. Los instintos bélicos de Tomasito, con ser poderosos, se abatían en la presencia de León, el hijo de los amos de la casa en que ambos vivían, el uno rico, mimado de la fortuna, el otro de corta suerte, vástago único de los porteros de la finca, quienes le amaban como á santo milagroso.

Cuando León bajaba á la portería, libro en mano, el bravo militar tornábase grandísimo gallina. Su amigo le explicaba el significado de las estampas de sus libros de escuela, permitiendo, ademas, que Tomasito pasara sus dedos mugrosos por la cara de los muñecos.

—¿Quién es este viejo de los tres cuernos?—le preguntó una noche el pillo, aumentando con una nube de grasa de su dedito índice la tempestad del Monte Sinaí en un libro de Historia Sagrada.

—Es Moisés, el que libró al pueblo judío de la esclavitud de Egipto, sacándolo para la tierra prometida.

—¡Ah!—respondió Tomasito con la suficiencia de quien recuerda un cuento que le es familiar.

—¿Y estos tres viejos tan feos?

—No seas descomedido, ¡qué tú! Quiénes han de ser sino los Reyes Magos, los tres santos reyes!

—¡Cómo! ¿también el negro es rey?

—¿Y qué le hace, tonto?

—Yo quiero saber en dónde pueden ser los reyes tan feos. ¿Lo sabes tú?

—Todavía no, pero luego que el maestro me explique esa lección, yo te la enseño á ti.

—Bueno, bueno. Yo quiero aprender á rey ó á general como tu papá, digo, como el señor amo.

Diálogos de esta guisa eran el pan de cada día en el cuarto de los porteros; ante los razonamientos de León, se abatía el ardor bélico del héroe de plazuela, quien, olvidado por unos instantes de la chusma callejera, cuyas cabezas solía él pasar á cercén, sólo sabía abrir ojos y oídos á los relatos de historia del niño de la casa. El narrador á su vez daba de mano los juguetes primorosos con que sus padres lo agasajaban, mientras él ocupaba la cátedra en la portería.

***

Si el placer de maestro y discípulo no hubiera tenido el pero de rigor, qué diferente marcha habrían seguido los sucesos; mas para colmo de desdichas, el general Ballesteros y su señora ponían cara de vinagre cuando los chicos se reunían.

—Que no se me roce con el hijo de los porteros—decía el general, y su digna señora aumentaba:

—Ese Tomás es un igualado, no mira que cada cual tiene su lugar aparte.

Generala á los veintiocho años, no cualquiera lo es, y la señora de Ballesteros, á decir verdad, había sabido hacer los honores á las charreteras y al sombrero de gallina. Llenaba el generalato con dignidad que consistía en tiesura, orgullo y arrogante egoísmo.

Para vigilar la educación del pequeño León, le faltaba siempre tiempo á la señora de Ballesteros; la modista y las amistades consumían sus días, y el teatro y los bailes, sus noches; pero, en no mirando á su retoño, como ella supiera que no estaba el niño en el cuarto de los porteros, poco se la daba en qué lugar se hallaría y qué cosas estaría oyendo y platicando.

Por fortuna para los dos amigos, la memoria de la señora de Ballesteros solía dormir siestas prolongadas.

Melchor, el zapatero, no era en realidad padre de Tomasito, eso lo sabía él muy bien, pues cuando conoció á Lorenza, el niño tenía tres meses de edad. El quiso á la muchacha «porque sí;» y cuando supo que el padre de Tomasito había muerto, propuso el casorio y la adopción del nene: ambas cosas le fueron aceptadas. En el transcurso del tiempo, Melchor, á quien Dios no había concedido descendientes, aprendió á amar al entenado, en lo que hubiera muy bien podido ganarse el primer premio.

Cuando le pasaba por la imaginación la idea de que Tomasito podía morir, claveteaba con furia sobre el tirapié, como quien estuviera seguro de que entre las dos tapas de un tacón se hallase agazapada la muerte.

La madre de Lorenza había sido por veinticinco años portera de la casa de los Ballesteros. En ella había nacido y crecido Lorenza y allí vivió hasta que le pasó la desgracia...... Después se puso á servir de criada, y más tarde contrajo matrimonio con el zapatero Melchor, á quien no amaba, pero sí sentía por él grande y respetuosa estimación.

Muerta la vieja portera, á Melchor le fué ofrecido el empleo, y marido y mujer, con el pequeño tunante, fueron á vivir en la casa del militar.

Lorenza encontró en ella muchos cambios: el niño Juanito era ya general y se había casado. La zapatera no se atrevía á mirar cara á cara á su amo por miedo de que Melchor pescara el secreto, en una mirada á hurtadillas. El secreto sí, el secreto del delito del cual le correspondía la mitad de la culpa, aunque ella, valientemente, se la había echado toda á las espaldas. ¿Y qué era el secreto sino una repetición más de la travesura del Paraíso: Adán, Eva y la tradicional serpiente haciendo de las suyas? A su debido tiempo vino al mundo el pillo redomado; para la madre fué un consuelo, para el cómplice una contrariedad.

En «el secreto» estaban tres: la madre de Lorenza y los dos pecadores; muerta aquélla, el niño Juanito con el matrimonio y los repetidos ascensos militares, había logrado olvidar; Lorenza se puso á querer al hijo y á mentir al esposo para el bienestar de la familia. Melchor, engañado por su mujer, era feliz.

El general sólo deploraba del pecado las consecuencias; la existencia de ese Tomasito incorregible que era un peligro para la buena crianza del primogénito. León era muy mirado y pulido, mientras que el hijo de los porteros se pasaba de ordinario y grotesco. Veía en la inofensiva criatura una amenaza de males futuros. Creía á todo creer en la inferioridad social de los hijos de maldición, mientras consideraba á los legítimos como dones del cielo.

El hijo de la portera—decía—no debe alternar con gente decente, sino girar en la esfera de la madre. ¡Pobre criatura! es su sino, su «rayita;» no debe la vida al amor, pues es producto de un accidente.

De ahí que el general apoyara en todo y por todo á su cara mitad en lo relativo á poner coto á los lazos amistosos de los dos niños; ella, animada por la incondicional aprobación de todos sus actos hostiles contra los porteros, se atrevió á proponer á su consorte que, para cortar el mal de raíz, Melchor y Lorenza fueran substituídos, pero al niño Juanito le entró el recelo de que su víctima, sin la cortapisa de perder la colocación, hablara de indiscreta, y deshechó el plan, lisonjeándose de generoso.

—Debemos ser buenos con esta pobre gente—dijo. Lorenza es hija de una antigua criada de mi madre y él es un artesano trabajador. Basta atarle á Leoncito el cabo corto, cuidando de que no se trate con Tomás.

Avergonzada la señora ante los nobles sentimientos de su marido, de una vez para siempre dobló la hoja.

El niño Juanito para sus adentros no se juzgaba con tal optimismo y él sabía por qué. Si Lorenza me pierde de vista y lejos de mi influencia, habla, lo natural es que lo haga jactándose de haber dado á luz al hijo de un general; las noticias suelen cundir andando, pero los chismes tienen alas; y si mi esposa supiera...... Luego, cerrando los ojos, completaba el razonamiento; apretándolos aún más, veía en lo más recóndito de la mente á Melchor y sentía un horripilante calosfrío en la espina al escuchar, con el poder





de la imaginación, el roce de la chaira contra la chabeta.

Una tarde de enero, á esa hora en que el cansancio del día tiende al sueño y el cansancio del alma hacia Dios, echando medio cuerpo fuera de la ventana por la portezuela de la berlina, León contemplaba con delectación el cielo tachonado. Encarándose de pronto con la generala, le preguntó resuelto:

—Mamá, ¿cuáles son los ojos de Santa Lucía?

—Déjame, niño, no seas impertinente. Que te los enseñe tu nana.

Ocupadísima en discernir cuáles de sus amigas llevaban vestidos ricos y de moda, y cuáles iban ataviadas con faralaes de la pelea pasada, la señora de Ballesteros pasó inadvertida la mueca de desabrimiento de León, al oírse llamar impertinente porque deseaba saber. Volviéndose el chiquitín á su nodriza, le dijo:

—Enséñamelos tú, nanita.

—Sí, mi alma. ¿Ves aquellas dos estrellas juntitas en el cielo? Aquellas que parece que te están mirando.

—Sí, sí; y luego, veo otras tres muy juntitas también en medio de cuatro grandotas tan brillantes que forman un marco como el de mi pizarra. ¿Las ves tú, nanita?

—Esos son los tres reyes, los tres santos reyes que adoraron al Niño Dios en el portal de Belem, y por eso después de muertos se los llevó Dios y los cambió en estrellas.

—De modo es que ya no son gentes, nanita?

—Sí, también, pero son santos. Mañana es el día de los Santos Reyes, y su Divina Majestad les permite venir al mundo.

—Y á qué vienen, nanita? ¿no les gusta más estar en el cielo y ser estrellas?

—Vienen á premiar á los niños buenos. Todos los que han sido aplicados y obedientes, si ponen esta noche un plato en el balcón, cuando pasen los Santos Reyes ponen en él dulces; pero siendo los niños malos, sus majestades no hacen más caso de los platos que del cajón de la basura.

—¿Y de dónde cogen los Reyes los dulces, nanita?

—Los traen del cielo, mi alma.

—Pero ¿cómo saben si los niños han sido buenos ó no?

—Desde el cielo, niño, se sabe muy bien lo que pasa en el mundo; lo que es cierto y lo que no.

—¿He sido yo bueno, nanita?

—Sí, mi alma.

—De modo que si pongo esta noche mi plato en el balcón, me traerán los Reyes dulces y juguetes?

—¡Qué duda cabe! Pero tienes que pedirle á tu papá permiso esta noche, para poner el plato.

—Lo pediré, lo pediré— dijo Leoncito batiendo palmas.

La sombra de la noche había envuelto la ciudad por completo; no siendo ya posible distinguir á las personas que pasaban en coche, la señora de Ballesteros cedió á un ataque de sentimiento maternal, hallando de perlas lo del plato y los dulces de los Santos Reyes. Aplaudiendo para su capote el ingenio de la nana, prometió al niño obtener del general la solicitada licencia.

Durante la cena, el general y su señora trataron de la venida de los Santos Reyes, y cuando una hora después, montaron en la berlina para ir al teatro, Ballesteros dijo al lacayo:

—Vamos antes «Al Paraíso Terrestre,» calle del Coliseo.

Apenas se perdió á distancia el ruido del carruaje, León, de escabullida, se bajó al cuarto del portero. Halló á su amigo pesaroso y compungido, pues los dos monstruos le habían propinado la azotaina del siglo.

Habíasele antojado al pícaro proclamar la independencia, esa tarde, aprovechando la ausencia de Melchor y un rato de distracción de Lorenza. Mientras el uno se marchó á entregar la obra al taller y remendaba la mujer una cobija, echándose cuentas alegres, el bribón arrancó del marco la estampa de la Virgen de Guadalupe, y pegoteándola muy bien en un paliacate, que luego ató en la caña del plumero, se improvisó con la imagen la bandera de la insurrección. De un pedazo de cuero inglés con destino á un par de botas, se frangolló un bonete de tres picos, untándose para complemento de abominaciones, toda una caja de betún en ambos carrillos para figurarse unas patillas de torero andaluz de antaño. Tal era la concepción ridícula que la imaginación de Tomasito se había formado del padre de la Patria.

Barbón y de bonete, el Cura Hidalgo capitaneó esa tarde al más grueso ejército del barrio; la batalla fué reñidísima y sangrienta: las piedras llevaban alas, las interjecciones callejeras se desgranaban de las bocas de los mocosines y caían como cerezas maduras.

En el campo de batalla cayó Melchor como una bomba luego que echó de menos el pedazo de cuero inglés. Con banderas descogidas iba el heroe, ya victorioso y festejado de la multitud, cuando el zapatero le alcanzó por una oreja. Sacado tan vergonzosamente de las filas insurgentes, quien con galán desenfado iba media hora antes á libertar al pueblo del yugo español, los vecinos del barrio se desbordaron en aclamaciones de júbilo, que en vez de aumentar en Melchor el anhelo de castigar al culpable, desarmaron su cólera y le recordaron la indulgencia paternal. Ya no tenía para el hijo ni siquiera mirada torva; le preguntaba si le dolía mucho la orejita, y se la acariciaba con tierno afán.

—Es un consentidor—murmuraban las viejas; los muchachos chiflaban y los hombres se reían en las barbas de Melchor. En casa, Lorenza completó la corrección paternal, dando á Tomasito, con el paliacate, una zurribanda de primera. Jamás se había visto el chico en tal empeño, y por eso cuando León bajó á verle, le encontró sollozando muy afligido.

Para consolarle, en un santiamén le enteró de la visita que debían hacer esa noche los Santos Reyes, explicándole las circunstancias y persuadiéndolo á poner un plato para sí.

—Yo no tengo balcón— repuso el lloroso niño con tristeza.

—No le hace. Puedes poner el plato en el pretil: dice mi nana que es lo mismo.

—¿En el pretil de la fuente?

—Sí, sí; tú pones el tuyo en la fuente, y yo el mío en el balcón que da para el patio. De ese modo los Santos Reyes, si ven el uno, no pueden pasar inadvertido el otro.

En eso quedaron; y cuando don Morfeo empezó á colgar de los párpados de los dos amigos, ambos se fueron prestos á dormir.

De vuelta los esposos Ballesteros, notaron el plato del pretil de la fuente: en él había algunos confites y cuatro caramelos verdes y brillantes como el cristal.

Mira—dijo la señora á su marido—ya por aquí pasaron los Santos Reyes.

—¡Pobres!—respondió el general sonriendo con lástima al ver el morroñoso dón de los Reyes Magos.

De puntillas, el general y la señora llegaron al balcón y en el plato de filetes dorados acomodaron una libra de dulces franceses, una caja de soldados y un libro de cuentos de hadas. Retiráronse á su habitación; él se durmió en breve, gozando anticipadamente de la sorpresa agradable del niño al siguiente día; pero ella estaba tan nerviosa y tan impresionada por la abominable y cruel Norma, que había sacrificado á sus hijos en la ópera que acababa de oír por la primera vez, que no pudo pegar los ojos en un par de horas.

León fué el primero en recibir á la mañana siguiente la grata sorpresa de la visita. ¡Habían venido los Santos Reyes!

Desde el corredor espió el plato de la fuente, y comparando con el propio el regalo de Tomasito, León pensó que los Reyes Magos eran aduladores de ricos y no muy generosos con los pobres.

—Que no se me baje León las escaleras, Angela—con voz de trueno dijo el general al salir de su alcoba en traje dominguero.

Pierda usted cuidado, señor—contestó la doméstica temblando.

Confinado en la asistencia tuvo al pequeño hasta las diez, hora en que plantándole en el coche, salieron de casa todos para ir de paseo. León hubiera querido compartir su alegría con la de Tomás y convidarle de los dulces finos, pero la nodriza se mostró inflexible. El coche rodaba y rodaba mientras el niño batallaba con una idea.

¿Eran tontos los Santos Reyes? ¿no entendían que el pobre necesita más que el rico? y si lo entendían, ¿por qué no eran justos? A él á quien todo le abundaba en juguetes y golosinas, le habían traído ricos presentes; á Tomasito, por carecer de lo esencial, le salían con cuatro dulces insignificantes, cuatro porquerías que eran la vergüenza del cielo.

El bribón de Tomás no esperó á desayunarse, ni se anduvo con melindres; uno tras otro se engulló los dulces verdes y los confites, echándose luego á la garganta un buen jarro de agua. Reclutando gente para la batalla del día, se anduvo por las cuatro esquinas más de media hora; feliz, porque los Reyes no habían tomado á mal las escaramuzas de la plazuela. Al primer retortijón, se retorció como un arco; al segundo soltó la bandera y apretó á correr para su casa.

Lorenza echaba en ese instante un tizón soplado de la ceniza, en la olla del café, cuando vió entrar al hijo hecho un cadáver.

—Mira que pareces un desenterrado: es de hambre. Ven á beber tu café.

Apeteciendo algo caliente, Tomasito dió algunos tragos, más no hallando consuelo, apartó de sí la taza y se echó en el petate para buscar descanso. Pócima tras pócima le dieron los desolados padres: hierbabuena, manzanilla, cedrón, la botica entera.

Por fin, Melchor, envolviendo á la criatura en un jorongo, cargó con ella al consultorio de la farmacia vecina.

La gente había cargado aquella mañana, así es que Melchor, recibiendo la ficha 23, tuvo que esperar largo tiempo su turno. El 15 tenía un absceso en el cuello y tardó siete minutos en salir; del 16 al 20 los casos no debieron ser serios, pues los pacientes de esos números pronto se vieron en la calle; pero el 21, un viejo que padecía de varices y estaba vendado de piernas, y el 22, un herido de la cara, se tardaron una barbaridad. Antes de que llamaran al 23, hubo un entreacto: el médico se lavó las manos con que había curado llagas y heridas, para torcer un cigarrito, fumado el cual, se asomó á la puerta, diciendo:



—Entre el 23.

—¿Qué ha comido—preguntó frunciendo el ceño el matasanos, después de reconocer minuciosamente al niño.

-Nada, señor, nada, porque ni siquiera bebió el café.

—Pues está envenenado y temo que sea demasiado tarde. Veremos.

En la botica, sin que el farmacéutico cobrara un centavo al paciente, recibió todos los remedios aconsejados por la ciencia, pero inútilmente. Era tarde, muy tarde y Tomasito expiró en brazos del doctor.

¡Y pensar que la muerte, la cruel é inevitable, roba tintas á las mejillas de las vírgenes, sueños al adolescente, ilusiones al mozo y promesas al pequeñuelo! En cambio, con qué tardo y penoso andar acude al reclamo del decrépito, del caduco y del afligido. Viene, viene siempre, pero es inoportuna.

León, en presencia del cadáver de Tomasito, se quedó perplejo. Se le anudaba la garganta y no osó articular palabra. No de los ojos, de los poros todos de su cuerpo sentía él que le brotaban lágrimas como de los poros del arbol resinoso brotan las gotas de la goma. Sus ojos, sin embargo, se mantenían secos y torvos bajo el dosel de la frente encapotada.

La señora de Ballesteros se conmovió de veras y el general consoló lo mejor que supo á los padres del niño muerto. A León le aseguró la generala que Tomasito estaba ya en el cielo.

Ni entusiasmo ni simpatía despertaba al niño la vida celestial, eterna tertulia de holgazanes repantigados y ebrios de música angélica. De la orquesta del cielo podía formarse idea por el concierto religioso de la sagrada catedral, y recordando el zumbido de moscones de los señores canónigos en el coro, y la canturría monótona en falsete de los coloraditos al pie del facistol, pensaba que en materia de música, Dios no debía de ser persona de gusto.

Costeó el general el entierro; León y su nodriza asistieron á él en el coche de la casa.

A medida que el sepulturero excavaba la tierra, León hacía esfuerzos mentales por excavar el cielo. Había oído decir que los dulces verdes teñidos de fuchina, habían envenenado á Tomasito, á su compañero, á su amigo querido: luego ¿eran los Santos Reyes estúpidos ó asesinos?

Sobre la tumba se formó un montecillo de flores, que todos los presentes humedecieron con sus lágrimas. De regreso á la ciudad, atardecía; el cementerio quedó allá abajo, metido en la sombra de los árboles y de la noche; pero con serlo tanto, era más densa la sombra del espíritu. León, desde el fondo de su alma, interrogó á la muerte:

—¿Me devolverás á Tomasito? ¿le volveré á ver alguna vez?

La luna empezaba á inundar de claridad el espacio mudo, y la apacible luz aumentaba la melancolía del alma; ninguna voz se oyó, pero el pequeño, en lo más hondo de su pensamiento, vió grabada con letras de fuego la sombría y lacónica respuesta del cuervo posado en el busto de Palas.

DESDE EL PARAMO.

Ideal! Ideal! Como el viajero
en desiertas regiones extraviado,
abandona el camino verdadero
por seguir el sendero
que lo aleja del punto deseado,
cuántas veces las almas que te ansían
con tu cercana claridad se ofuscan,
de tu región serena se desvían,
por fatua luz se guían
y más te pierden cuando más te buscan!

FRANCISCO DIAZ SILVEIRA.

RIMA AMARGA.

—Mancebo pensativo, esperas algo?
—Aguardo una mujer desconocida
que ha de surgir como la luz del rayo
á darme con su amor la fe perdida.
—¿La fe perdida tú, que gloria sueñas
y aun no has cumplido veinte y dos eneros?
—Y ya la duda en mí clavó su presa
como el puñal en las entrañas de Eros.
—¿Pero quién eres tú que tanto sufres
sin doblegarte al peso de los años?
—Que quién soy yo? Jamás me lo preguntes,
heraldo de mis propios desengaños.....
—Y á quién esperas, di, siniestra esfinge
que causas mi dolor sin comprenderte?
—A una mujer muy pálida y muy triste,
enamorada de mi amor: la Muerte!.....

JOSÉ M. CARBONELL.

Don Francisco Diaz de León.

El lúnes último, en las primeras horas de la mañana, dejó de existir en esta capital el Sr. D. Francisco Díaz de León, inteligente tipógrafo á quien la imprenta debe en México, muchos y muy notables adelantos.



El Sr. Díaz de León, generalmente estimado en nuestra sociedad por sus ideas filantrópicas y su espíritu de iniciativa en bien de los pobres, fué el fundador del Asilo de Mendigos, establecimiento que dirigió hasta su muerte, y que tan buenos servicios ha prestado á la clase menesterosa.

A sus funerales concurrieron numerosos tipógrafos y algunas personas de nuestra sociedad. Al morir el Sr. Díaz de León, desempeñaba el empleo de Jefe de la Imprenta del Timbre.



ÇHAPALA,—A la hora del crepúsculo.

Costumbres Populares.

LOS JUDAS

Es todavía una de las costumbres favoritas de nuestro pueblo...... y no sólo de lo que hemos dado en llamar nuestro pueblo, sino también de muchos á quienes la fortuna y la educación han colocado muy por cima de las últimas clases sociales .. Quemar en "estatua" al que ha sido, á través de los tiempos, la personificación más perfecta de la maldad y la perfidia, al que vendió, por un puñado de monedas, al Divino Maestro, es cosa que ni los años han hecho olvidar, ni los alcances de nuestra cultura han podido impedir.



Tras la recordación del sublime drama del Calvario, con sus pasajes impregnados de profunda tristeza, surge siempre como una nota cómica, el estruendo del sábado de gloria. En figuras imposibles, la figura del traidor se reproduce año por año; aquí afecta el cuerpo de una mujer ridículamente vestida con ropas multicolores; allá, el de un "lagartijo" que lleva al cuello, á guisa de corbata, el nudo descomunal de una franja de papel de china; y más allá, el de uno de tantos "tipos" grabados en la conciencia popular con líneas imborrables......

Apenas enmudecen las campanas, comienza en las calles la gritería que aturde; el rumrum de los vendedores; la ensordecedora algarada de las "matracas" con que los niños "se divierten"...... en espera de que las campanas desaten su lengua de bronce, para echarse por esos mundos de Dios, ansiosos de ver que se retuerzan, pendientes de una soga, los mil y mil muñecos en que la muchedumbre tiene puestas las miradas. Dan las torres la señal; llena el aire de improviso el repique á vuelo, y las detonaciones se suceden en una confusión espantosa y los gritos de la multitud rompen el silencio, mezclándose al ruido insoportable de las murgas callejeras....... Del "Judas," llevado momentos antes en alto y en son de triunfo, por las populosas avenidas, no queda más que un miserable esqueleto de carrizo y cartón, símbolo de las vanidades humanas.........

***

Antiguamente, los "Judas" solían "representar" á personajes sobre quienes el pueblo clavaba los ojos, como un puñal. El asesino, el infidente, el tirano, y hasta los que no debían, para ser quemados, otra "falta" que la de pertenecer á tal ó cual partido, pagaban necesariamente tributo á la costumbre. Para el pueblo, que se guía casi siempre por la impresión del momento, aquellos eran los "Judas" y él era el Cristo...... un Cristo que gozaba con las "volteretas" de un muñeco colgado á un cordel y lleno, por dentro y por fuera, de "bombas" destinadas á convertirlo en un instante en pedazos.

Esto, poco á poco, fué desapareciendo, y los "Judas" de ahora ni lastiman la reputación de nadie, ni son para la multitud indicio de venganzas personales. El pueblo ríe, goza, se divierte, y por más que esa diversión no encaje en el estado de cultura en que se encuentra el país, persiste él en su empeño y por complacerlo está y estará quién sabe hasta cuando, pronto á quemar el último cohete.

***

Entretanto, la vida ordinaria abre un paréntesis; vuelven los moradores de la capital á sus trabajos habituales, y de la balaustrada de un balcón queda colgando el último "Judas"...............

Es tener demasiada buena opinión de nosotros, al reducir todas las cosas á los estrechos límites de nuestra capacidad y afirmar que todo lo que traspasa nuestra comprensión es imposible.

*

La verdad es la realización, es la elegancia que supera á todos los sueños de la gloria del hombre.

*

Las grandes palabras representan los grandes sentimientos, y del disgusto de unas se cae fácilmente en el disgusto de los otros

*

Decir: «Jamás he cambiado» equivale á decir: «He nacido infalible y no he aprendido las lecciones de la vida.»



PALABRAS.

El poeta se levantó ante el concurso.

Y dijo:

—«Artistas: ¿por qué buscáis hojas de malva para ceñir vuestras cabezas desvanecidas de gloria? ¿Por qué cogéis las florecillas inodoras? ¿Acaso no hay laureles? Pues bien, yo os digo: despreciad el vano aparato de esa falsas coronas, que parecen líos de alfalfa con que son coronados los bueyes por el humilde labriego, ó gajos de vid que cubren las ruborizantes caras de las doncellas en la fiesta de Pan. Si amáis de veras coronas y no encontráis la simbólica de laurel, coged zarzas espinosas, que remeden en vuestras cabezas círculos sangrientos de dolor.

«Artistas: arrancaos esas piltrafas que denigran. Entendedme. Detesto la soberbia, que es la hinchazón del escuerzo, la pompa de jabón, el átomo que zumba delante del infinito. Quiero que os despojéis de tanta vanidad para que entréis por las sendas de las violetas y defendáis vuestros ideales con más amor que la gloria. La zarza sólo espera nna chispa de vuestro numen para que fulmine sus rojizas lenguas que hablarán sobre la multitud.

«Artistas: os hablo con mi alma sencilla y casta. El humo marea. ¿Amáis al humo? ¡Ofuscaciones de verdad, bajezas escondidas y baladroneantes, tinieblas de perversión! ¡No! Vosotros amáis la aurora en que todo canta y refleja sin esperar el parabién de las estrellas. Toda alma llena de luz se contempla y se basta. La aurora está gloriosa de sí misma. Vosotros no alcanzáis á comprender cómo vuestra alma se parece á las auroras. Siempre allí está levantándose el ideal, cada vez más puro y más luminoso. Está, pues, en encarnar este ideal lo más inmensamente posible. Apenas se anuncie, cantarán los poetas como los pájaros en la tierra. Y doquiera brotarán flores. Yo os digo, pues, que os sobra vuestro espíritu para que bajéis á la Naturaleza y cantéis sin soberbia en los principios de sus verdades. Y cantad sin esperar las lisonjeras flores de las amables fieras humanas, que al fin vuestra alma de artista está llena de todas ellas. ¿Y trocaríais vuestras místicas rosas ideales por extravagantes claveles confeccionados por las floristas? Pero me alegraría que ni osarais pensarlo, antes, cubriéndoos con vuestras manos la cabeza, oíros exclamar: ¡llevamos nuestra corona de espinas! Y que esas espinas puedan convertirse en coronas ígneas.

«Artistas:...... yo amo todo lo que no ennoblece la frente de los imbéciles.........!»

Estallaron los bravos en el paraíso. Las rubias damas cubrían el carmín de sus labios con las plumas de los abanicos. Los caballeros sin alma dirigían sus anteojos á los palcos. Pero un tono de luz esparcía un reflejo de ideas, que era como una sonrisa divina entre los tules, los «aigrettes» y las cabelleras.

José María Vélez.

ESTUDIO FOTOGRAFICO

COLECCIÓN PELLANDINI.

SUEÑOS FATALES.

Aquel pobre diablo de Lesnard, estaba verdaderamente loco.

Hijo del pueblo, soñando con hacerse noble, la vida de Lesnard fué una larga serie de alternativas. Una sola idea desgraciada lo había dominado siempre: la riqueza, y esta sola idea tentadora, se le presentaba bajo diversos modos, pero no se apartaba un solo instante de su cerebro enfermo.

Ora bajo montones de oro; ora en viajes fabulosos, á lejanas tierras, de donde pensaba regresar cargado de millones; ora bajo cualquiera otra forma enloquecedora, la idea de hacerse rico predominaba siempre en Lesnard.

Recurrió como último medio decisivo al juego. Hizo almoneda todo cuanto poseía, y Lesnard jugó; al principio ganó poco; luego mucho, muchísimo dinero. Aquello era una fortuna!

La riqueza, ese bendito fantasma, que siempre lo había perseguido en sus largas horas de infortunio, lo veía ahora muy de cerca; casi lo palpaba. Luego de la ilusión pasaba á la realidad. Vamos! sería conde, y sus cartas serían dirigidas al «Hotel Lesnard.»

Pero ¿qué diablos estoy pensando? exclamaba Lesnard, dominado completamente por la excitación nerviosa del juego: apenas si tendré en todo esto cuatrocientos mil francos; á la verdad que es una riqueza, pero...... ¿Y mis millones? Y de nuevo la cabeza de Lesnard, vuelta un infierno, se inclinaba pesadamente sobre su pecho.

....

Ha sonado una voz: ¡medio millón tiene la Banca! El señor vizconde Ruán la dobla, caso de que haya mejores puestas.

—Pero, cubrid al menos mi fondo, contestó Lesnard.

¿Cuánto tenéis, caballero? repuso el vizconde.

—Setecientos treinta y cinco mil francos, una miseria, dijo Lesnard.

El vizconde se desabrochó su gabán, y sacando del bolsillo de su levita una finísima cartera, la puso negligentemente sobre la mesa, diciendo:

—La banca tiene un millón.

Se dieron las cartas.

Lesnard, con la mirada incierta, las manos crispadas, sostenida la respiración, esperó. Apenas si oyó cuando le anunciaron: Habéis perdido, señor de Lesnard.

Cayó de espaldas sin proferir una palabra. El dueño de la casa dió las señas de su casa, y lo hizo subir á un carruaje.

....

Cuando llegó, había recobrado por completo el sentido. Sus manos nerviosas recorrieron en un instante todas las cavidades de sus bolsillos. ¡Nada! ¡Nada! ¡Completamente arruinado!

La dueña de la casa le salió al encuentro.

—¿Sabéis, caballero, á cuánto asciende vuestra cuenta?

—Descuidaos, señora, seré millonario, balbuceó Lesnard.

—Pero, ¿qué diablo de millones son esos á que os referís, y con los cuales pretendéis pagarme veinte semanas?

—Señora: el conde Lesnard demora sus cuentas, pero vos no quedaréis descontenta cuando lo hayáis cobrado todo.

Aquella misma noche se ahorcó el pobre Lesnard.

HENRY DUVEROY.

ACUARELA.

Luce, colgada en fúlgida tachuela,
De su esmalte ya opaco la hermosura,
Cubierta por el polvo la pintura
De una antigua y exótica acuarela.

De nácar y carey es la cañuela;
Y casi amortiguada, la figura
Destácase de un ibis, que en la obscura
Comba de un cielo nebuloso vuela.

De un lago entre los húmedos zarzales,
Del ocaso á las luces vesperales
Corre tras de las liebres un podenco.

Y mientras el crepúsculo agoniza,
Sobre el trémulo lago se desliza
Como rosada góndola un flamenco.

JUAN DUZÁN.





JUEVES SANTO.—El monumento de San Hipólito.

QUO VADIS?

El dolor es fecundo: de sus entrañas surge la humanidad como un hosario;
Jesucristo es un símbolo, un poeta, que sube con la cruz hasta el Calvario;

***

No hay virtud sin dolor; del sufrimiento emergen las ideas como cimas;
El sabio cuenta su tristeza en máximas, y el trovador en rimas;

***

Cada recuerdo del placer pasado, es un puñal en la memoria hundido;
Y evocamos el nombre de un fantasma; no existe la esperanza del olvido;

***

Somos en los desiertos de la vida como una caravana de camellos;
La ruta es ardua; cede la jornada, cuando ya el sol declina sus destellos;

***

La noche como un manto de frescura, viene sobre los caminantes y las cosas;
Es la muerte con todas sus quietudes, y todas sus crueldades silenciosas;

***

Y luego... allá... donde el dolor se acaba, con un grito amarguísimo, final,
¿Qué hallamos?—La eterna evolución de la materia, ó el supremo Ideal?

J. I. VARGAS VILA.



MAZATLAN.— Una "Jota" en las barracas de los aislados.

Ecos de la Semana Mayor.

Como un recuerdo de las festividades religiosas que acaban de pasar, publicamos una fotografía del "Monumento" de San Hipólito, que tanto llamó la atención de los concurrentes á los templos, el jueves de la Semana Mayor.

El "monumento" estaba profusamente iluminado con focos de luz incandescente provistos de pantallas de colores pálidos que ofrecían un hermoso golpe de vista.

Un gran dosel, blanco, con artísticas aplicaciones, servía de fondo al "monumento."

MAZATLAN.

Las últimas noticias recibidas de Mazatlán, nos dan cuenta de que la epidemia de peste bubónica, oportuna y enérgicamente combatida por las autoridades sanitarias, ha desaparecido de aquel puerto. El Lazareto, dice un despacho, ha sido entregado á la autoridad política, pasando los últimos enfermos que allí se curaban y que escaparon á la muerte, á las barracas del «31 de Marzo,» donde pasarán el período de la convalecencia.

Como complementarias de la serie de ilustraciones que «El Mundo Ilustrado» ha venido publicando, con relación á la epidemia, damos hoy á conocer dos fotografías: una que representa la quemazón de casas infestadas, por la noche; y otra, un grupo de aislados en las barracas, en que aparece un hombre del pueblo tocando la guitarra y una mujer que baila la jota.

La razón y las leyes naturales, son más antiguas que las leyes humanas que ha consagrado el tiempo.

REVERBERACIÓN.

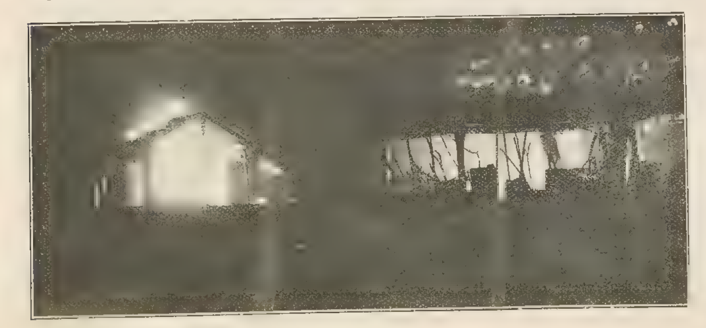
Charco donde hallo el sol reproducido:
Tanto las aguas turbias ennobleces
Con la imagen prestada, que pareces
Fragmento de los cielos desprendido.

Mas si á impulso del viento sacudido,
Tus linfas tenebrosas estremeces,
A los ojos atónitos ofreces
El cieno en tus entrañas escondido.

Oh mente humana! charco de agua obscura:
Cuando tus olas la impiedad altera,
Muestra por fondo el vicio la locura;

Y, bajo el hueco de la azul esfera,
Sólo pareces bella, y clara y pura
Cuando Dios en tu seno reverbera.

F. BALART.



MAZATLAN.—Casas infestadas destruidas por el fuego (Fot. tomada de noche.)





LEYENDO A HORACIO.

I

El lento y monótono
tin-tan que en el claustro
se escucha, congrega
para los Oficios solemnes del año,
á los graves monjes del viejo Convento
de Benedictinos. En fila cruzaron
al templo sombrío,
rostros demacrados,
almas humilladas,
espectros humanos
bajo capuchones
grises y casullas de estameña. Al paso
de tantas sandalias, huyeron en grupos
al bosque cercano,
roncos estorninos, ruidosos jilgueros,
huéspedes alados
de las arboledas
del Convento. Mayo
en aquella hermosa tarde, como Venus
desceñida en báquica fiesta de Pafos,
profanaba impúdica
la tierra, en derroches de hervorosos ramos
de aromas picantes,
abriendo y violando
botones y hojuelas,
á los besos tibios del sol, inflamado
con solturas lánguidas,
en medio de suaves secretos desmayos....

Amor afrodita
satura los campos
con primaverales efluvios ardientes;
y en el cenotafio
que tras un boscaje se oculta, reposa
en yacente estatua el bueno San Plácido,
bajo un doselete
prendido de rosas, de mirtos y nardos,
y ultrajado aquella
tarde por los pájaros,
que forman sus nidos en el duro y hondo
pliegue de la mitra marmórea del Santo.

II

Detrás del movible
telón de damasco
de la biblioteca, se ve sobre un libro
un rostro excavado,
cuyas dilatadas pupilas flamean
con fulgor extraño,
cual respiraderos de brasa encendida
en horno cerrado.
Ante la fastuosa bacanal de Flora,
consúmenle afanes sordos é insensatos
y pecaminosas
intenciones.—«¡Casto!
¡Sé casto!» repite—Y eleva sus rezos
al dios de la Orden, al bueno San Plácido,
contra tentaciones
de su cuerpo flaco;
pero Amor se filtra
por su piel sudosa con fiero reclamo;
y prosigue el fraile la provocadora
lectura de Horacio,
en un pergamino
vendido al Convento,
con citas y escolios, por Jusuf el Sabio.

....

«Oh Venus, la reina
de Guida y de Pafos,
abandona Chipre, y ve á la morada
donde está Glicera, que ella, prodigando
su incienso, te invoca. Tráeme á tu hijo,
tan enamorado,
y á Ninfas y á gracias
sin cintura....» (1)
«Cuando
Glicera aparece,
ante ella me inflamo,
más blanca y pulida
que el mármol de Paros.
Su desdén me atrae
y enloquece. Pámpanos,
jóvenes, traedme, y haré una corona;
incienso, verbena y vino de dos años....» (2)

....

Languidece el fraile. Las campanas tocan
el Angelus. Dardos,
un sol de fornalla despide en el aire,
en la biblioteca sus luces dejando,
como de una hoguera
fulgores lejanos....

III

Y vino la noche. Los Benedictinos,
por la extraña ausencia del fraile alarmados,
á la biblioteca fueron silenciosos,
y allí le encontraron:
tendido en el suelo, la carne rendida,
la boca entreabierta, los ojos cerrados,

los dedos convulsos,
todavía marcando
la fascinadora
página de Horacio.
Y leyeron:.... «Cuando
Glicera aparece,
ante ella me inflamo,
más blanca y pulida
que el mármol de Paros.
Su desdén me atrae
y enloquece. Pámpanos,
jóvenes, traedme, y haré una corona;
incienso, verbena y vino de dos años....»

Los Benedictinos,
escandalizados,
resolvieron presto que desde aquel día
no se tradujeran los libros profanos
en los tibios meses de la primavera,
para ahorrarse afanes sordos é insensatos,
mudas tentaciones y absurdos deseos,
todos tan contrarios
á los abstinentes consejos unciosos
del dios de la Orden, del bueno San Plácido,
que duerme su sueño
de piedra debajo
de aquel doselete prendido de rosas,
de mirtos y nardos,
mientras sus nidales
con vuelo amoroso fabrican los pájaros
en el duro y hondo
pliegue de la mitra marmórea del Santo.

MANUEL S. PICHARDO.

Marzo, 1903.

(1) Oda XXX.
(2) Oda XIX.



CHAPALA.—En la playa.

LA INSTITUTRIZ.

NOVELA POR ESTER DE SUZE. ILUSTRACIONES DE SIMONT.

TRADUCCION DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

(CONCLUYE)

Tenía la cabeza pesada; los oídos me zumbaban; la ventana parecía baja, muy baja, y las lianas subían sus millares de brazos frágiles, llenos de hojas, invasores y yo me inclinaba, me inclinaba......

Entonces, mi cabellera, pesadamente, se deslizó por completo en el vacío y los millares de brazos se apoderaron de ella. Yo era la cautiva de las flores, yo estaba muerta!

Ah! Qué vértigo el de esta muerte! Durante la noche pura, durante la noche reposada, mi cabeza habíase ahogado en mi cabellera y en las flores ....

Luego, un desgarramiento; una separación, fibra por fibra, de cada bucle y de cada flor; dos brazos dulces que recogieron mi talle encorvado, y un aliento que me decía mil cariñosas palabras suplicantes, cerca, muy cerca de mi rostro......... Estaba viva! Me había salvado del abrazo de las flores traidoras!......... Pero ¿quién?. .... ah! ¿quién me hablaba tan tiernamente?...... ¿Mi madre? Lo pensé.

La sombra era una mujer de ojos dulces, de cabellos blancos. Aunque más baja que yo, su fuerza nerviosa la hacía capaz de sostenerme entre sus brazos...... Y murmuraba:

—¿Por qué se habría usted arrojado, medio muerta, por esa ventana?...... Oh! qué inmenso es su dolor, niña! Cómo la compadezco y cuánto la amo!

El oír esa voz tan cerca, me llenó de estupefacción.

Me eché para atrás, rechacé á la mujer y la miré con espanto.

—Victorina—murmuré, vuelta por completo á mis sentidos.—Usted?

Ella cayó á mis plantas.

—Sí; yo.........

Y sin abandonar esa postura, en tanto que yo permanecía erguida, y estremeciéndome de indignación, habló en frases entrecortadas.

Había sido institutriz. Había gustado la miel de la soledad, miel silvestre, dulce al principio y después irritante hasta la locura. Había sido bella en su juventud; su camino estaba cubierto de lazos y cayó en ellos. Cuando se levantó, después de la embriaguez, era madre......

—Si supiera usted, señorita María Teresa, cuánto honor y cuánto deseo de hacer el bien, había en mí! En lugar de maldecirle bendije al fruto de mi falta! Iba á lavarme en él! Le haría puro, le haría noble, le haría grande! Sería mi estrella, el incesante impulso de mi rehabilitación. Y cuando fuera hombre, lo mostraría al mundo, diciendo: «Me habéis anatematizado porque éste es mi hijo; pero estabais locos, ¿no es cierto?» Pero se murió, hija mía. Apenas nacido, se murió...... Entonces los azares de una increíble miseria me condujeron hasta esta población. Ocupada en oficios cada vez más groseros, me convertí en Victorina, la vieja, con cara de bruja, que usted conoció. Y viví todavía mi vida miserable; pero con mis ojos ariscos y lastimeros, observé, tan de cerca como me fué posible, el destino de todas las institutrices. Hay muchas aquí! Esparcidos, colgados de cada pendiente de las rocas, se yerguen los pueblecillos con su iglesia y su institutriz. Las conozco á todas. Las vigilo á todas. Algunas son débiles y carecen de grandeza: las menos, es cierto! Otras son admirables: yo las acecho, trato de evitarles el mal que las tienta. Yo la he salvado á usted una noche, señorita María Teresa!

Y levantaba hacia mí su pobre rostro, donde brillaba con reflejos de ternura, la inquietud de que yo no pudiese comprender la belleza de su acto.

—Aquella terrible risa, sabe usted?

Si lo sabía yo! Y era para salvarme, que se había reído de ese modo!...... Pero entonces ella era un ángel guardián, con todo y su cara de bruja, como decía.

Pero entonces, entonces, por qué no se había limitado á esa risa? Por qué había propagado por todas partes lo que llamaban mi falta?......

Le dije todo esto, tendiéndole la mano, para que se levantara, porque la perdoné inmediatamente, á causa de su triste historia; pero la perdoné sin ímpetu, sin ardor, sin fuerza........ Quedé afligida porque mi existencia estaba truncada, de todos modos, no obstante los esfuerzos que esta mujer creía haber realizado. Ella no aceptó mi invitación; permaneció de rodillas y sólo oprimió mi mano con sus labios.

—No; yo no he sido! Ha sido Silvio, ha sido Phrasia: es necesario tan poco en un pueblo! Pero no he sido yo; se lo juro, señorita María Teresa!

—Qué importa! qué importa!—dije dolorosamente.........

Y lloré. Ella no se atrevió á decirme nada más; dirigió una mirada en derredor y vió mi baúl cerrado, mi petaquilla sobre un asiento, mi sombrero, mis guantes sobre la cama intacta.

—Se marcha usted?—murmuró.

—Sí...... para morir......

Se puso en pie, fijó en mí su mirada, que se había hecho grave.

—A suicidarse?

—No! oh, no!......... No lance usted su risa, por segunda vez, Victorina! No voy á hacer nada malo......

Y le referí, en unas cuantas palabras, lo de mis ciento doce francos; el retiro que alquilaría, mi ida al cementerio, las rosas blancas del último día, cuando no me quedase un céntimo. Me escuchó primero asombrada, después ansiosa.

—Ah! No voy á reír, no! Más bien voy á salvar á usted una vez más, pobrecilla! Porque usted es noble y buena, yo lo sé...... Dígame, desde luego, cuál es más triste: mi historia, que acabo de referir, ó la de usted, que va á terminar de un modo tan cobarde? No quiere usted intentar nada para volver á empezar, y apenas tiene usted veinte años? Va usted á partir, está bien; es lo justo y lo debido. Pero donde vaya usted no será posible instalar un nuevo hogar, pequeño, pero en el cual pueda anidar la felicidad?

Mi pecho se estremeció, mis ojos se abrieron de par en par para seguir la visión lanzada al aire: ese hogar en que pudiese anidar la dicha .....

—No es posible—dije suspirando.

Y reí, en tanto que un sollozo de confusión me oprimía la garganta.

—Tengo ciento doce francos, Victorina, y soy enteramente sola en el mundo......

Se aproximó á mí, y me dijo en voz baja, muy baja:

—Permita usted que la acompañe, María Teresa! Tengo algunas economías: soy animosa; le serviré de criada, mientras usted da sus lecciones......... Y por las noches, cuando usted regrese á casa, la rodearé de tanto amor, que seré para usted casi una madre...... Acepte usted, María Teresa!......

XXXIV

Acepté casi inconscientemente, como entre sueños, como se reza, como se llora, con cierta incredulidad de que tal gota de miel pudiese encontrarse en el fondo de mi copa, rebosante de amargura. La anciana no se tomó más tiempo que el indispensable para hacer su maleta y recoger sus economías. Partimos momentos después por el tren de las cinco......

......Esta mañana de domingo, en que trazo estas últimas líneas, me llega carta de la señora Albert, en que me anuncia que el abate Chavard ha cambiado de curato y que la institutriz—oh! yo creo que siempre pura, pero no menos desdichada, porque el abate está ligado por sus votos,— que la institutriz señorita Morín, ha renunciado su puesto, para seguir al abate. Y ahora que estoy salvada, me llena de confusión esta nueva perspectiva de desgracia. Porque, efectivamente estoy salvada.

Hace siete meses que estamos en Marsella, viviendo en una buhardilla de la calle X..., dos piezas, un pequeño gabinete, una cocina.. ...

Victorina es quien ha amueblado todo y arregládolo. No he sabido nunca á cuánto ascendían sus economías; pero debe haber tenido una mina! Porque mi recámara es una obra maestra, con su lecho cómodo, su gran espejo y sus flores. Ella duerme en el gabinete, á pesar de mis ruegos, y la otra pieza es una especie de comedor, alegre, en medio de su pobreza, y tibio como un boudoir.

Mas qué decir de la cocina?: las golosinas que prepara Victorina! Los platos condimentados con las sobras de la víspera, pero tan sabrosos! La admirable mujer se ocupa de todo con cariño, y por la noche, cuando regreso de mis lecciones (al fin he hallado discípulas), me siento tan conmovida, tan llena de reconocimiento, que á mi vez voy á arrodillarme ante el sillón en que descansa la anciana......

Entonces ella me acaricia los cabellos con su mano marchita; mira al fondo de mis pupilas, y me dice con dulzura:

—Aquí se puede aguardar, no es cierto, hija mía?

Me ruborizo, porque quiere hablarme de amor, de casamiento, de las numerosas miradas de hombres que han debido fijarse en mí, atrevidas y dulces, en tanto que voy de un lado para otro en medio de la buena, de la sana multitud.

Se puede esperar, no es cierto? Se acabó la mala soledad....

-Oh! Sí, amiga mía!.. ...

Digo esto con tanta fe, que ella sonríe y se hunde conmigo en el ensueño; me dice que es verdaderamente imposible que yo no me case, pues no soy ambiciosa, y me predice que mi vida será dulce y tranquila, que tendré muchos hijos, de los cuales el primero ha de llamarse Víctor, en memoria de Victorina, y también en recuerdo de mi victoria...... Porque he salido victoriosa de la soledad, de las seducciones, del desaliento......

Y tiene razón, así sucederá; ya siento en derredor de mí, multitud de cosas á propósito de un joven....... Pero, chut!...... Oh compañeras mías, mis desdichadas compañeras! Cómo me atrevería á ser feliz, á estar al abrigo de todo, cuando vosotras estáis al borde del abismo.........

Oh! Si alguna que lea estas líneas puede salvarse aún, yo la conjuro á que sin vacilar se arme de valor y luche....... el triunfo es caro, pero es tan dulce al final!

FIN

Un Gran Establecimiento Mercantil.

VISITA Á LA CASA MOSLER, BOWEN & COOK, SUCR.



Vista exterior de la casa Mosler, Bowen y Cook, Sucr.

No ha mucho tiempo, los inmensos recursos con que cuenta el país pasaban desapercibidos para la mayoría, y ni propios ni extraños, aun cuando supieran apreciarlos, intentaban obtener de ellos algún provecho, porque el estado de perpetua revuelta en que estábamos, ponía en peligro todo género de empresas y amedrentaba á los más animosos, que justamente temían ser víctimas de imprevistos y fatales acontecimientos.

Pero la sabia administración del señor General Porfirio Díaz, puso una infranqueable barrera á tales desmanes, y al amparo de la tranquilidad y de la paz que hoy reinan del uno al otro confín del país, han venido en imponentes masas á aprovecharse de sus incalculables riquezas y á darle una vida de positivo progreso y prosperidad, inteligencias creadoras, brazos que ejecutan, capitales que impulsan y fecundan.

Por eso, en un período de tiempo cortísimo, se ha efectuado en el país una sorprendente metamorfosis y hemos visto surgir, como por obra de encantamiento, grandes casas de comercio é industriales, que, como la de Mosler, Bowen & Cook, Sucr., no solamente prestigian el talento y habilidad del hombre que ha sabido crearla y desarrollarla (el Sr. Geo. W. Cook), sino que hablan muy alto en favor de la Nación, cuyo bonancible estado pregonan de manera bien elocuente.

Esta casa, de muy reciente fundación, es hoy, gracias á la laboriosidad de su propietario, la primera en su género en toda la República, y seguramente un establecimiento digno de todo respeto y consideración, porque



Entrada principal.—Departamento de papelería.

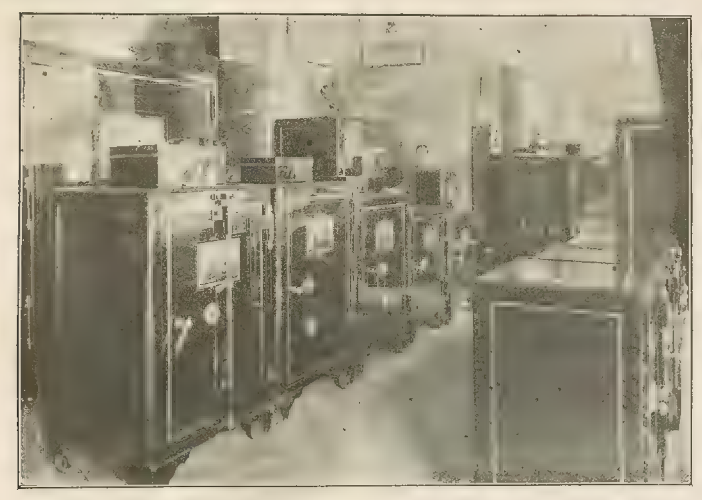
Departamento de máquinas de escrib r y contadores.

á él deben su subsistencia un gran número de personas que allí han encontrado trabajo y porvenir.

Negociaciones como la en que nos ocupamos, merecen ciertamente la protección del público, al que (aunque ya demasiado conocida) vamos á tratar de describir algunas vistas de ella tomadas para ilustrar este corto artículo.

***

El gran almacén de muebles y talleres de tapicería de Mosler, Bowen & Cook, Sucr., ocupa, como es sabido, un lugar prominente en el corazón de la ciudad, pues se extiende desde la esquina de la 2ª calle de San Francisco y Vergara hasta la otra esquina de esta calle con la del 5 de Mayo. Su edificio hacia el lado de San Francisco, es de notable esbeltez y elegancia, y sus grandes y numerosos aparadores, profusamente iluminados y artísticamente decorados, constituyen un verdadero ornato de la ciudad. La entrada principal da á la calle de San Francisco y se siente uno gratamente impresionado, desde que traspone



Planta baja.—Departamento de cajas.

el umbral, ante la contemplación de un rico y variado surtido de artículos para escritorio que se exhiben en un lujoso mostrador todo de cristal: allí se encuentra desde el lápiz más corriente, desde el papel más barato, hasta el artículo de lujo y de irreprochable buen gusto. En seguida está el departamento de máquinas de escribir y contadores de dinero. Aquí se ven agrupadas sobre una mesa multitud de máquinas de escribir, recibidas en cambio de que han ido á pagar su tributo, á rendir su homenaje, ante la superioridad indiscutible de la gran «Smith Premier,» declarada por los expertos la primera entre las mejores. Y á su lado, están los contadores «National,» impertérritos vigías, dependientes insobornables, de honradez acrisolada, que economizan dinero de un modo prodigioso, y que hoy, conocido su mérito, tienen demanda de todas partes.

Después, admirando uno á uno los muebles que hay en los aparadores que dan á la calle de Vergara, llegamos al departamento de cajas fuertes. Bondadosamente nos fueron mostrados los diversos modelos en existencia, entre los cuales vimos de seguridad contra incendio y contra robo. Estas últimas son una verdadera maravilla: hechas de acero de Chrome, tienen una palanca que sirve para ajustar perfectamente la puerta, que cierra por medio de una «chapa de Banco» que se presta á millones de combinaciones. Estas cajas de «Mosler» son de reputación universal, no tienen rival; buena prueba de ello tuvimos cuando el formidable incendio de «La Valenciana,» donde en una de ellas se salvó más de un millón de pesos. Por eso la caja «Mosler» es en los Estados Unidos, acá y en todas partes donde se la conoce, sinónimo de «seguridad absoluta.»

* * *

Entramos al salón donde se exhiben las alfombras, y nuestra sorpresa, creciente cada vez, rayó en positiva admiración. ¡Qué derroche de buen gusto! ¡qué variedad infinita de estilos y clases! ¡qué de grandes novedades! Desde las alfombras, tapetes ó telas más sencillos hasta los más delicados y costosos, allí se encuentran á precios relativamente bajos, si se atiende á la buena calidad, y en facilísimas condiciones de pago.



Planta baja.—Departamento de alfombras y telas.

Continuamos nuestra agradable visita, y llevados en un magnífico ascensor, subimos al segundo piso. Lo primero que vimos fué un corredor bonitamente dispuesto con un variado surtido de bastoneros de todos tamaños, estilos y maderas, y en los cuales no se sabe qué estimar más, si lo «decorativos» ó lo útiles que son. De aquí, pasamos á un gran salón donde están expuestos muebles de caoba, á decir verdad, maravillas de arte algunos de ellos. Entre otros, recordamos mesas de centro, gabinetes para música, escritorios para señoras, costureros, bahuts y vitrinas. Entre los dos últimos artículos, debemos hacer especial mención de unos de rosa con bronces cincelados, de notable belleza y fino acabado.

Pero donde nos extasiamos contemplando con detenimiento cada objeto fué en el salón que podríamos llamar «dorado,» porque no hay una pieza que no lo sea. Deslumbradora es la riqueza que allí se ostenta, y, si hemos de ser



Planta baja.—Salón principal.



Segundo piso.—Muebles para sala.

francos, no imaginábamos que mueblería alguna en esta capital reuniera tantos muebles de fantasía, ni por su número ni por su variedad ni por su clase ni por sus precios, desde los más bajos imaginables hasta algunos elevadísimos que corresponden perfectamente á su valor artístico. Allí hay ajuares para sala, sillas, sillones, vis-a-vis, vitrinas, espejos, jardineras, juegos de consolas, repisas, biombos, devants-chiminées, mesas, taburetes; en fin, una diversidad infinita de artículos decorativos.

Después fuímos al salón donde están exhibidos los ajuares para sala en maderas de nogal y de caoba. La inmensa variedad que hay en existencia, hace pensar por qué todo el que allá va en busca de ellos, sale siempre satisfecho y nunca sin haber comprado. Los estilos, hoy tan en boga, Luis XIII, Luis XIV, Luis XV y Luis XVI, están tan puramente representados, tan perfectamente acabados, que no hay quien [por exigente que sea] pueda dejar de reconocerlo y de proclamarlo.

Cerca, está otro salón henchido materialmente de dos diferentes clases de muebles,



Segundo piso.— Salón de Muebles Dorados.

muy buscados entre nosotros y ciertamente de positiva utilidad: mecedores y mesas de centro. Nunca habíamos visto un surtido tan completo: de los primeros hay como cien modelos, y de las segundas como doscientos.

Subimos al 3er. piso y desde luego llamó nuestra atención el gran número de cristaleros de encino y de nogal que cubren las paredes del corredor. Teníamos, pues, la indicación clara de que íbamos á visitar el departamento de muebles de comedor.

Efectivamente, aparadores y trinchadores de encino y de nogal, de todos tamaños, estilos y precios, se presentaron ante nuestra vista, dispuestos convenientemente en un amplio salón, de donde pasamos á otro en que están agrupados los ajuares completos. Los hay de nogal, europeos, ricamente tallados en los estilos Luis XV, Renacimiento y Enrique II, y americanos, de construcción inimitable y buen acabado.

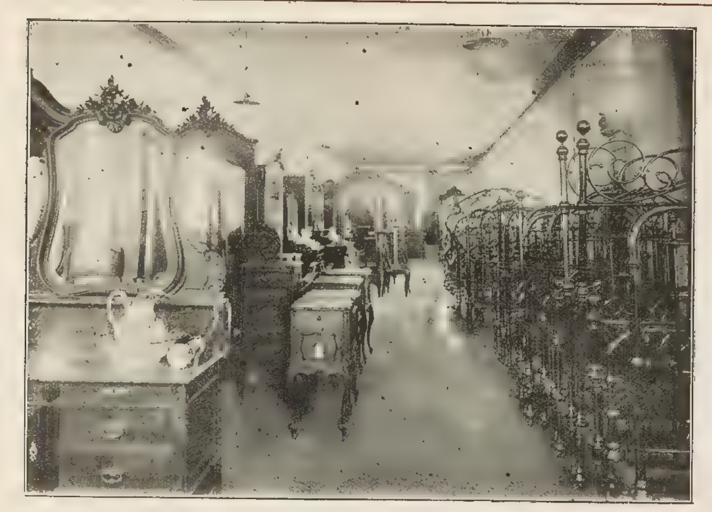
A su lado, queda el departamento de loza inglesa, donde vimos vajillas completas desde $ 40.00 en adelante, finas y de buen gusto, así como juegos para lavamanos, de precios

Tercer piso.—Salón de Muebles de Comedor.

sorprendentes por lo bajos, si se tiene en cuenta su buena calidad.

Tocó su turno á los muebles para recámara. Ajuares completos de madera de encino, finos y corrientes, llenan dos salones, y por lo tanto, se puede hacer una selección entre una infinidad de juegos distintos. Otra pieza la ocupan los ajuares de nogal americano y otra los de ojo de pájaro, correspondiéndoles un surtido idéntico de roperos y guardarropas, sin lunas y con ellas. Pero donde tuvimos que detenernos largo tiempo para examinarlos cuidadosamente, fué en el amplio salón donde están los ajuares europeos de nogal tallado. Representan los estilos más conocidos y, aunque todos y cada uno en lo particular, son dignos de admiración, hay dos, uno llamado «Iris» y el otro «Du Barry» que son verdaderas obras de arte escultórico.

En el mismo salón está un riquísimo surtido de camas de latón de lo mejor que se fabrica en Estados Unidos, y, sin hipérbole, en el mundo; pues sabido es el aprecio de que hoy disfrutan en todas partes, por su solidez, su material extrafino y su perfecta manufactura.



Tercer piso.—Salón de Muebles para Recámara.

para los escritorios que en seguida se pueden admirar en otros tres salones, donde los hay planos, altos y de cortina. Estos, son de gran conveniencia para los hombres de negocios, porque les ahorran tiempo expeditándoles la disposición de sus papeles, que con facilidad encuentran en caso dado. El surtido es riquísimo, y estamos seguros de que quien desee un mueble semejante allí lo encontrará mejor que en cualquiera otra parte.

Dábamos por terminada nuestra visita, pero supimos que en ese mismo piso estaban los talleres de tapicería y rogamos nos fueran mostrados. Entramos á ellos y admiramos el buen orden, y más que nada el grupo de mujeres, casi todas jóvenes, que estaban entregadas á su trabajo, ganándose la vida de una manera decorosa. Nada falta en aquel sitio: la herramienta, los aparatos, todo de primera: artesanos hábiles y cumplidos, maestro inteligente en su ramo. De ahí, que todos digan que la mejor casa decoradora en México, es la Mosler, Bowen & Cook, Sucr.

Pero si lo descrito habla muy alto de la casa de que tratamos, hay algo más que la hace mucho más recomendable: su personal está formado de individuos aptos y de finas maneras, que hablan varios idiomas, y que tratan á todo el mundo, compre ó no, con cortesía. Todos ellos tienen, por lo que vimos y oímos, un lema: «Trabajo y progreso.»

Hasta aquí lo de muebles para casa, en tesis general considerados;nos faltaba por ver el departamento de muebles para despacho: así lo manifestamos y fuimos conducidos á él. La fama de que goza la casa Mosler por esta clase de muebles, es mucha ya, y todos reconocemos que es una especialidad de ella; pero, ciertamente, si se examinan con detención, si se observan cuidadosamente y se estiman la calidad, la variedad y la cantidad que permiten escoger á satisfacción, cualquiera alabanza que se haga es pálida ante la certidumbre de la realidad. En un solo rincón del 4º piso, hay aglomerados más de 35 distintos modelos de chaise-longues de cuero y tela y más de 40 de sillones para estudio, forrados de cuero y con armazones de encino ó de nogal. Después, ocupando la parte principal del salón, cuyas paredes están cubiertas de archiveros de diferentes clases y de todos tamaños, se encuentran como 60 modelos ó más, de ajuares de cuero de búfalo, perfectamente resortados, cómodos y de bonita apariencia. Enfrente, se ven muy cerca de 100 distintos sillones giratorios, propios



Cuarto piso.—Salón Principal.



Cuarto piso.—Salón de Escritorios de Cortina.

***

Satisfechos y agradecidos, por las atenciones que se nos prodigaron, dejamos la casa Mosler, Bowen & Cook, Sucr., cuyo mayor progreso con sinceridad deseamos; y, cordialmente, felicitamos por el gran éxito que ya ha alcanzado, á su digno propietario el señor Geo. W. Cook.



EL MUNDO ILUSTRADO

ANO X.--TOMO I.--NUM. 17

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

MEXICO, ABRIL 26 DE 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem, en la capital $1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



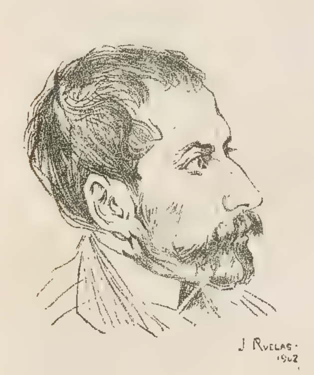
PRIMAVE .

El último libro de Amado Nervo

"El Exodo y las Flores del Camino."

Al terminar la lectura, volví á las dos líneas, escritas en el pórtico del ejemplar que me envió el poeta: «Para Carlos, que vivió muchas páginas de este libro. Fraternalmente, Amado.»

Es verdad, ¡oh buen camarada de mi postrera renovación de vida! son mías algunas de esas páginas, las más espontáneamente tuyas— porque en ellas no se ha mezclado ese pérfido amigo que se llama el Arte;—las que se evadían de nuestros espíritus como aves de una nueva primavera; las sinceras, las que no



Amado Nervo.

habían rozado sus frágiles alitas blancas con este lago inmenso de la Idea, de la Idea, que purifica y amarga, que fustiga y que enaltece.

En todo poeta, como en todo hombre—¿y qué hombre no es poeta? á ocasiones, al descuido, á retazos,—hay dos personalidades distintas: el ingenuo, el buen niño que duerme, y el otro: el que se vigila, se lee (ó lee á los demás, es lo mismo) y se discute. Yo amo más al primero que á éste.

Y he aquí lo que me sorprende y me enamora de esta escapatoria de colegial en vacaciones: la individualidad del poeta en independencia con la infinita variedad del medio: ora que lo rodee esa blanca luz de Lucerna—¿Lucerna, no es Elsa?—ó ya que se ciña al cuerpo ese rojo manto de Montmartre. El paisaje lo divaga por un momento, se deja arrebatar por este ó aquel incidente del camino; pero muy pronto el pensamiento se evade de aquellas envolturas y surge personal é incisivo, como una flor exótica.

Nervo ha viajado por Europa; Europa ha viajado por nosotros, sus compañeros. Es la diferencia.

Para enlazar la sucesión de cuadros que desfilan por este libro, he menester pensar un poco más en el poeta y un poco menos en el camino. Las flores son más interesantes que el sendero. Parece que este hombre no ve, sino que se ve. Se ve, encuadrado en una amplia decoración por la que cruzan brillantes comitivas, cortejo de luces, procesión de colores, y esbeltas catedrales y viejas ciudades y torres, minaretes, castillos, obras de arte, cosas vetustas y flamantes cosas, mezquindades y grandezas, lo infinitamente pequeño y lo infinitamente inmenso..... y el vértigo no se apodera de esta conciencia, serenamente inmóvil, que marca cada etapa con su visión eterna.

El lo dice en el peristilo:

Mi mente es un espejo, rebelde á toda huella:
mi anhelo es una pluma funámbula, donaire
del viento; el aerolito que cae, ésa es mi estrella;
mis goces y mis penas son plumas en el aire.

A veces, el mundo exterior se mezcla extrañamente con el alma del visionario, y entonces salen capítulos como «Deutschland» y «Munich-Wagner», en los que el artista resulta un maravilloso instrumentador de una soñada sinfonía.

Son gallardas estrofas, pero— ya sabéis mi opinión— prefiero al poeta sin colaborador, por más que ese colaborador se llame el Arte, la Historia ó la Naturaleza.

—Yo me sabía todo esto de memoria— me decía una tarde frente al perfil entenebrecido de Sainte Chapelle. Lo había visto antes.

Y sí lo vió, y en buena prueba ahí están sus «Místicas.»

¿Para qué contemplar lo que se ha adivinado? ¿Para qué?

Hay espectáculos que no conocemos todavía y que interesan más acaso: los que todos llevamos dentro. ¿Y sabe usted, amigo mío, lo que guarda su monótona y persistente individualidad?

Viajar sin alma, es como pensar sin conciencia. Las cosas inertes pasan, pasan, pasan dejando tras de sí una estela fugitiva. Son también trazos en el aire. El secreto está en apoderarse de esos trazos, en fijarlos bien, allá hondo, muy hondo, en donde no se desvanezcan nunca. Hay astros muertos cuya luz nos llega todavía y que, sin embargo, han desaparecido del firmamento hace millares de años.

Y así son esas impresiones del poeta: la imagen se habrá borrado, la línea se habrá perdido, el color esfumado. Pero siempre vivirá la perdurable, la imperecedera visión de la sensación sentida que nos hablará del recuerdo «como de una patria lejana.»

Carlos Díaz Dufóo

EL HOMBRE DEL AZADÓN.

(PARÁFRASIS DE EDWIN MARKHAM.)

Dios hizo al hombre á su imagen y semejanza.
GÉNESIS.

Al peso de los siglos, encorvado,
la mirada en el suelo, prisionera,
sobre el tosco azadón el cuerpo inclina;
de las edades el vacío, muestra
en la faz; y la carga de la vida
sus espaldas doblega.
¿Quién lo ha formado así? ¿quién lo ha creado
para el éxtasis, piedra,
muerto para el arrobo y el delirio,
para el coraje olímpico, materia?

¡Ente que ni padece ni se afana,
indiferente ser que nunca espera,
estólido, é idiota, é insensible,
compañero del buey, del buey pareja!
¿Quién deprimió la curva de su frente
y aflojó su mandíbula de bestia?
¿de quién es el aliento cuyo soplo
de su cerebro arrebató la idea?

¿Es éste el ser del Hacedor imagen
á quien dominio dió de mar y tierra?
¿éste el que robe su poder al cielo
y persiga en su curso á las estrellas?
¿el que sienta las ansias palpitantes
de la existencia eterna?

¿Es éste el sueño que nació en la mente
de «Quien» fijó á los astros su carrera,
«Quien» sostiene la bóveda azulada
y abrió el Averno en lo hondo de la Tierra?

¡No ha existido figura más terrible,
que más denuncie la codicia ciega,
más llena de señales portentosas
ante el alma soberbia;
más amenazadora y agobiada,
y al mundo, más siniestra!

¡Qué abismo aparta á ese hombre del querube!
Esclavo de la yunta y de la rueda,
¿qué le importan Platón y sus ensueños,
la órbita de las Hiadas y las Pléyadas?
¿qué le importan los trinos de los pájaros,
el aljófar de la alba y su luz bella,
el matiz irisado de las rosas
y el delicado olor de la azucena.

Por la terrible humanidad vendido,
profanado, esquilmado y sin herencia,
del mundo ante los jueces, profecía
su grito es: ¡no protesta!

***

¡Oh señores, oh dueños soberanos
que gobernáis la tierra,
es, este ser de vuestras manos, la obra
que devolvéis á Dios como presea?
este monstruoso ente invalidado,
sin ambición, sin ánimo ni fuerza!
¿Qué haréis para tornarle á la esperanza,
para erguir su figura cual la vuestra?
De la vida inmortal dadle el deseo;
haced que al Cielo su mirar convierta;
reconstruid en el fondo de su mente
la nidada de sueños del poeta;
la música del alma
y la luz de la idea.
Que la maldad infame el puesto rinda
á la verdad sincera;
y que el error, el dolo y los pesares
se tornen en visiones y quimeras.

Amos, dueños, señores, poderosos
legisladores de la vasta esfera,
cuando de la revuelta el torbellino
sacuda el mundo con potente fuerza,
de este hombre, de este ser, á lo futuro
daréis estrecha cuenta:
á su pregunta inevitable y ruda,
¿cuál será la respuesta?
¿qué será de los reinos y los reyes
que moldearon la bestia,
cuando el mudo terror de lo presente
á Dios responda al fin de la carrera,
cuando de las edades, las centurias,
en el silencio, duerman?

LAURA MÉNDEZ DE CUENCA.

EL DANZON.

Gimnasia del amor, la danza agita
su cabellera al aire; el cuerpo mueve
con intenso vaivén y paso breve;
y en un giro veloz se precipita.........

El contorneado seno que palpita;
el muslo que al contacto se conmueve;
el amplio vuelo de la falda leve;
todo á la fiebre y al desborde incita.

El cubano danzón, que en sus rodeos
desenvuelve lujurias tropicales,
al son del canto la cintura quiebra;

y dibuja, al girar, sus contorneos,
cual si se retorciese en espirales
á lo largo de un junco una culebra......

JOSÉ S. CHOCANO.

ANTES DEL OCASO.

Si la implacable augusta segadora
mañana en el camino me sorprende,
como al errante pájaro, que enciende
la desgracia mortífera y traidora;

no me lloréis, reíd; que en regia aurora
mi alma sucumba cuando rauda asciende
y de la cumbre de la gloria tiende
el vuelo, á la colina soñadora.........

Yo no quiero morir ya emponzoñada
la rosa de mi vida y deshojada;
morir quiero al romper la primavera!

Antes que llegue el vacilante ocaso,
hoy que rebosa de licor mi vaso
y una mujer en el jardín me espera!.........

JOSÉ M. CARBONELL.



SR. MANUEL ZAMACONA E INCLAN.

Tesorero General de la Nación.

El señor don Manuel Zamacona é Inclán, que por algún tiempo desempeñó el cargo de Director General de Correos, fué nombrado últimamente por el Ejecutivo, Tesorero General de la Nación.

Conocidos los honrosos antecedentes del señor Zamacona, como empleado de la Administración Pública, el nombramiento hecho en su favor, se considera muy acertado y ha sido recibido con aplauso.

El nuevo Tesorero tomó ya posesión de su cargo.

PHRINE.

Mirad allí esa mujer cabizbaja delante de ese colegio de ancianos graves, que están oyendo y deliberando. Una larga túnica de riquísimo ostro la cubre toda, desde la garganta hasta los pies, ceñida á la cintura con una gorda trenza de hilo de oro. Un corchete en forma de mariposa, de oro asimismo, salpicado de diamantes diminutos, le cierra debajo de la barba el doble vestido.

La una mano en el seno, la otra á lo largo del muslo, silenciosa y afligida, allí está la celestial hermosura esperando la sentencia.

Ni el habla persuasiva de los jurisperitos de Atenas, ni las lágrimas de sus propios ojos, ni las sonrisas de sus labios preñados en promesas, han podido con los jueces; han oído éstos, han juzgado en su ánimo, van á resolver en pública votación: la frente severa, la mirada adusta, el desabrimiento del rostro, son presagios funestos para el reo, ese delincuente femenino que ahora semeja á Psiquis, no indignada contra el amor travieso, sino humillada ante Juno inflexible. Muerte ó vergüenza, tal reo no la puede sufrir; vuela la mariposa que figura el corchete de la garganta, ábrese en un pronto el cordón de la cintura, cae á sus pies la túnica......

Friné es absuelta, y un aplauso inmenso retumba en el Areópago.

JUAN MONTALVO.

PLUVIOSILLA.(*)

Incrustada en una enorme herradura de montañas
—herradura que un Pegaso desprendió en su raudo vuelo—
como esbelta y nívea garza en la margen del riachuelo,
sacudiendo alas de niebla, en la luz del Sol te bañas.

*

Con la blanca y adorante floración de tus campañas
y las gasas vaporosas de las nubes de tu cielo,
armoniosa y gentil surges—nueva Sara hecha de hielo—
con la faz vuelta al idilio de las rústicas cabañas.

*

Eres símbolo de Ofelia, Beatriz y Margarita;
te presentas al curioso viajador «bianco vestita;»
de Gauthier en la «Sinfonía» eres nota y sensación;

*

y desnuda é incitante, cual marmórea Galatea,
es tu erguido Citlaltépetl, seno cándido que albea
y que en un intenso espasmo desflorara Pigmalión.

JUAN B. DELGADO.

(*) Orizaba.



SITIOS PINTORESCOS.—Chapala. (Fot. Rawel.)



Cuentos de Espantos (*)

I

Encuentro Pavoroso.

I

De esto hace ya bastantes años. Encontrábame en una aldea muy antigua de la zona litoral del Golfo. Tenía que regresar á la ciudad de mi residencia y emprender una jornada de muchas leguas. Abril tocaba á su fin y el calor era insoportable, por lo que decidí hacer la caminata de noche, pues de otra manera me exponía á un espasmo ó á una insolación. Ocupé la tarde en los preparativos consiguientes, y llegadas las nueve de la noche, monté sobre una poderosa mula baya, y, acompañado de un mozo de estribo, atravesé las calles de la villa, encontrándonos, á poco andar, en pleno campo.

La noche era espléndida. Acababa de salir la luna llena, pura y tranquila, envuelta en un azul diáfano, como si estuviera empapada en las olas del Atlántico, de donde surgía. Los bajos de las montañas envolvíanse en el caliginoso vapor del «calmazo,» que así llaman á la calina por aquellas tierras. El cielo estaba resplandeciente, como si una bóveda de cristal y plata fuera. Desde la salida del pueblo el camino se marcaba vigorosamente al borde pedregoso y áspero de un acantilado, á cuyo pie, por el lado izquierdo, rodaba el río entre guijas y peñascales, con un rumor á veces como el de un rezo, á veces como el de una carcajada. A la derecha se extendía la muralla movible y verdinegra de un inmenso bosque. De manera que la senda, muy angosta, corría, corría y se prolongaba entre el acantilado del río y la cortina del follaje.

(*) Al frente de esta serie de cuentos, el autor puso la dedicatoria que sigue:
SR. LIC. DON JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.—A usted, mi querido Pepe, consagro la sencillísima narración de estos tres sucedidos, en público testimonio de lo que admiro su elevado talento y su gran corazón, y como una prenda del imperecedero cariño y la profunda simpatía que á usted me ligan.

Buen trecho del camino habíamos recorrido, cuando mi acompañante me advirtió haber olvidado un tubo de hojalata que contenía papeles, para mí de la mayor importancia. Le obligué á regresar, lo cual hizo volviendo grupas, y, disparado á carrera tendida, bien pronto se perdió su figura entre la claridad de la noche, y el ruido de los cascos entre el murmurio del río y el rumor de los árboles.

Seguí hacia adelante, paso á paso, con objeto de que el mozo me alcanzara en breve tiempo. La brisa que soplaba desde el mar, llegó á refrescar la caliente atmósfera, barriendo los sutiles vapores del calmazo y dejando contemplar el paisaje hasta las más profundas lejanías, todo envuelto en la inmensa ola de aquella noche tropical y divina.

Yo estoy habituado á la soledad de los campos, en las montañas, en los bosques y en las llanuras. He pasado muchas noches en una choza, debajo de un árbol, de un peñasco ó á la intemperie absolutamente, sin más compañía que la de mis pensamientos. Así es que aquella soledad era para mí muy grata, pues estaba plenamente inundado en la augusta y serena majestad de la naturaleza. Nada de medroso había en torno mío y ningún temor, por consiguiente, me asaltaba. El gozo, el gozo inefable é inmenso de la contemplación iba penetrando en mi espíritu á la vez que el aire fresco y perfumado de la selva hinchaba mis pulmones. Aun olvidé por completo los asuntos, arduos y graves por demás, que ocasionaban aquellos viajes por comarcas casi deshabitadas y salvajes, y hasta olvidé también al mozo que debía regresar y darme alcance. Como caminaba tan despacio, no había recorrido cuatro leguas á pesar de tres horas transcurridas. Media noche era por filo y el lucero brotaba cintilante y radioso tras el vago perfil de la lejana cordillera, blanco, enorme y deslumbrador como otra luna.

Todo era luz y blancura en aquella noche del trópico. Los peñascos aparecían semejantes á bloques de plata, y las frondas, los matorrales y la maleza misma, temblaban como nervios de cristal vibrantes y sonoros. El río era un chorro de claridad y sus espumas relampagueaban como un lampo, heridas por la mirada luminosa que el firmamento incrustaba en ellas, desde su alcázar de diamante.

II

Mi cabalgadura seguía al paso, ya hundiendo los cascos en el polvo de la senda, ya aferrándose sobre las duras piedras del cantil. La mula era mansa y obediente al más ligero estímulo de la rienda ó de la espuela. Caminaba, caminaba sin reparo y sin tropiezo, con el cuello flácido y la cabeza inclinada. Prolongábase el sendero más y más, blanqueando á lo lejos y torciéndose, plegándose á las ondulaciones del bosque y los cantiles y á las quebraduras del terreno. Yo me había abstraído tan hondamente en el pasmo contemplativo de la meditación, que estaba ya en ese punto en que á fuerza de pensar, en nada pensamos. Poco á poco una dulce tristeza me envolvía, porque el campo es triste, aun en las horas en que mayor vida rebosa.

De repente levantó mi caballería la cabeza, irguió las orejas, arqueó el cuello, y resoplando por la nariz, dilatado el belfo y los ojos fijos en un punto frontero, intentó detenerse. Rápidamente volví sobre mí, inquiriendo la causa de aquel accidente. Con la vista recorrí toda la extensión que me rodeaba. Estoy acostumbrado á ver larguísimas distancias y la noche no es un obstáculo para que pueda distinguir un objeto lejano sin más claridad que la de las estrellas. Nada extraño descubrieron mis ojos. Castigué á la acémila con el látigo y la espuela, y el animal, resentido al castigo, continuó al instante su camino. Imaginé que habría advertido la presencia de alguna víbora que atravesara el sendero y no di la menor importancia á aquel tropiezo.



MANUEL J. OTHON, Eximio Literato.

Seguí sin detenerme; pero, á medida que avanzaba, el animal mostrábase inquieto y receloso. Pocos minutos transcurrieron, cuando, por segunda vez, pero de una manera más acentuada, paróse la mula olfateando el aire con la nariz hinchada y erectas hacia adelante las desmesuradas orejas. Empezé á inquietarme, pero sin llegar á la alarma. Fustigué vigorosamente á la bestia y obliguéla á tomar de nuevo su andadura. Con más detenimiento y cuidado examiné la senda, el bosque, hasta donde la mirada podía penetrar, y el fondo del barranco por donde el río se deslizaba. Inútil fué también aquella segunda inquisición. Afianzado ya en los estribos, enderecé la marcha, confiado y resuelto, hacia el punto que era el objeto de mi viaje.

Hasta entonces había logrado que la mula obedeciera; mas sobrevino una tercera detención, y entonces, el espanto que se apoderó de la cabalgadura, empezó á transmitirse á mis nervios. Ya el azote, la rienda y las espuelas hincadas despiadamente en los ijares, fueron inútiles.

Con los remos abiertos y queriendo devolverse ó lanzarse al bosque, la bestia se revelaba contra todos mis esfuerzos por encaminarla de frente. Entonces, y de improviso, el miedo, el miedo horrible me invadió. Sentí culebrear el terror por todos mis miembros, pues una idea terrorífica asaltó mi pensamiento, y la angustia indefinible me apretó el corazón como una tenaza férrea. Sí, era indudable; no podía ser otra cosa: ¡El tigre! el sanguinario huésped de las selvas de «tierra caliente» me acechaba sin duda, y yo estaba solo, completamente solo, en el desierto de los campos, pues el ausente no daba señal alguna de su regreso. Grité á grito herido, por una, dos, veinte veces. Ni tan siquiera el eco contestaba á mi voz. En aquel conflicto pensé instantáneamente que debía dominarme, que importaba recobrar mi sangre fría para encontrar un medio cualquiera de salvación.

Con un supremo esfuerzo logré aquietar mi espíritu y calmar la tensión de mis nervios. No llevaba conmigo más armas que un revólver y un cuchillo de monte, inútiles en un combate con el poderoso felino. Las apercibí, sin embargo, para usar de ellas rápidamente, y procuré orientarme á fin de seguir el mejor camino, en caso de poder emprender la fuga. Pero de pronto, ya con calma, eché de ver que la mula pugnaba por internarse en el bosque y esto me devolvió completamente el valor perdido, pues en caso de que la fiera me acechara, debía estar precisamente en el bosque, oculta entre las malezas, y en tal caso, el instinto de mi cabalgadura le habría indicado tomar otro sendero. Además, en el camino que se extendía ante mí, á una distancia muy larga y que se descubría del todo, no había cosa alguna que semejara jaguar ó pantera, que son los dos animales feroces á quienes los naturales de aquellas comarcas dan el nombre de tigre.

Entre tanto, la mula se había calmado también un poco, más bien agotada por el miedo y el terrible castigo que yo le seguía imponiendo sin misericordia, que porque hubiera presentido la ausencia del peligro. Este continuaba, pues ni por un momento dejó mi pobre bestia de olfatear el aire, lanzando entrecortados resoplidos. Luego de allí, de la prolongada vereda venía el peligro. ¿Qué podría ser? La proximidad del hombre no espanta á ninguna clase de andaduras, por más que la presienta desde muy lejos. El movimiento que hacen en presencia de la serpiente, no tiene nada de común con aquellas muestras de terror sumo que aún duraban en mi espantado animal, rebelde todavía á continuar la marcha. Confuso y pasmado, buscaba yo cuál podría ser el objeto que en tan penoso trance me pusiera; cuando á lo lejos...



III

Allá, de un recodo del camino, surgió de pronto una figura que, aunque avivó de súbito el terror de mi acémila, vino á infundirme un rayo de consuelo, devolviendo del todo la tranquilidad á mi ya fatigado espíritu. Era un animal, al parecer asno ó caballo, de color negro, que la blancura de la noche hacía más negro aún. Sobre él, á horcajadas, sosteníase un hombre vestido de pardo. Estaba el grupo todavía muy lejos para poder apreciar otros detalles; mas desde luego aquello era un hombre y yo no estaba ya sólo en el monte. Me ayudaría, sin duda, á salir de aquel conflicto y ambos investigaríamos la causa de tan grande susto.

Pero lo extraño, lo inaudito y que para mí no tenía explicación, era que, á medida que se acercaba aquel á quien yo veía como un salvador, mi malhadada cabalgadura más se estremecía é impacientaba por huir. Sin embargo, transcurrido ya el período álgido, yo podía refrenar aquellos desaforados ímpetus. Soy un jinete medianamente diestro y me impuse al animal casi gobernándolo por completo.



En tanto, el otro jinete iba acercándose, acercándose paso á paso, muy lentamente, como quien no tiene prisa de llegar á parte alguna. Por la andadura conocí que venía montado sobre un asno, al que no estimulaba para que avivara el paso, dejándolo caminar á toda su voluntad y talante.

El lugar donde me encontraba detenido era un sitio más amplio que el resto de la vereda, pues allí precisamente empezaba á ensanchar el camino, en virtud de que los acantilados se iban deprimiendo paulatinamente, formando sobre el río un macizo talud de piedra. Ya mi nocturno compañero estaba cerca y pude distinguir que no traía sombrero y sí solamente un «paliacate» ceñido á la cabeza. Quise adelantarme á su encuentro; espoleé, herí las ancas de la cabalgadura, que resistíase de todo punto, y sólo conseguí acercarla á la vera de la espesura, donde los árboles formaban un claro. En esa posición esperé, siempre con el revólver apercibido, pues no me parecía por demás precaverme.

Cierto malestar, empero, una especie de ansiedad aguda me oprimían el pecho, pues, á pesar de todo, aun de la próxima compañía de aquel viajero, encontrábame en presencia de algo desconocido, de algo raro, y yo presentía que un acontecimiento extraordinario estaba pronto á sacudir mi ánimo hasta en lo más profundo.

Ya sólo unos cuantos pasos nos separaban. Ansioso por dar fin á tan extraña situación, hice un supremo y vigoroso esfuerzo, levanté las riendas, hinqué la espuela y sacudí el azote, todo á un tiempo, y la mula se lanzó desesperadamente hacia el perezoso grupo, deteniéndose de improviso á unos tres ó cuatro metros de distancia. El negro animal, con esa particularidad de los de su ralea, se acercó afanosamente al mío, hasta quedar frente á frente los dos y yo con el jinete.

Brusco, terrible, hondísimo fué el sacudimiento que estuvo á punto de reventar los más vigorosos resortes de mi organismo. Un solo instante, pero tan rápido como la puñalada ó la fulminación del rayo que destrozan y aniquilan; un solo instante clavé los ojos en aquella faz que ante mí relievaba sus contornos de un plasticismo brutal y espantable hasta el espasmo del horror. Y en ese instante lúgubre no hubo línea, detalle ni sombra que no se incrustaran profundamente en lo más escabroso y recóndito de mi ser.

Era un rostro lívido, cárdeno, al que la inmensa luz lunar prestaba matices azules y verdes, casi fosforescentes. Eran unos ojos abiertos y fijos, fijos, fijos, sobre un solo punto invariable, y aquel punto en tal instante eran los míos, más abiertos aún, tan abiertos como el abismo, que traga tinieblas y tinieblas sin llenarse jamás. Eran unos ojos que fosforescían opacos y brillantes á un tiempo mismo, como un vidrio verde. Era una nariz rígida y afilada, semejante al filo de un cuchillo. De sus poros colgaban coágulos sangrientos, detenidos sobre escaso é hirsuto bigote, que sombreaba labios delgadísimos y apretados. Eran unas mandíbulas donde la piel se restiraba tensa y manchada de pelos ásperos y tiesos; y del lienzo que ceñía la frente se escapaba hacia arriba un penacho de greñas que el viento de la noche azotaba macabramente.

Debajo de aquel rostro lóbrego y trágico á la vez, un tronco enhiesto y duro dejaba caer los brazos como dos látigos, sobre las piernas dislocadas. Del extremo de aquellos látigos, envueltos en manta gris, surgían dos manos, que se encogían desesperadamente, cual si apretaran asida alguna invisible sombra. Y todo aquel conjunto era un espectro, un espectro palpable y real, con cuerpo y forma, destacado inmensamente sobre la divina claridad del horizonte.

¿Cómo pude resistir tal aparición? ¿Cómo logré sobreponerme á mis terrores y dominar la debilidad de mis nervios tan trabajados por las repetidas y tremendas emociones de aquella noche?

¿Cómo alcancé, por último, á conservar un punto de lucidez y desviarme de tan horrenda larva, lanzando mi cabalgadura, como quien se lanza hacia el vértigo, por entre las intrincadas sendas del bosque, para ir después á tomar de nuevo el camino que mi instinto solamente me señalaba? Lo ignoro todavía. Sólo sé que al cabo de algún tiempo pude orientarme hacia el sendero antes seguido, y ya sobre él proseguí la marcha, como á través de un sueño.

Como á través de un sueño proseguía, que todo en derredor tomaba los tintes y el aspecto de las cosas entrevistas cuando soñamos. Pero la realidad se imponía tiránicamente á mis sentidos, y en vano me figuraba estar bajo el aterrador influjo de una pesadilla.

Galopaba, corría frenético por el blanco sendero que otra vez tomara al salir de la selva. El viento me azotaba el rostro, mis oídos zumbaban y una especie de vértigo me impelía. Pero la misma frescura de la noche y aquel furioso galopar fueron parte á calmar mi excitación. El perfume acre y resinoso que venía arropado en el aliento de la montaña, al penetrar en mi pecho, ensanchó mi ánimo á la par que mis pulmones. Ya la aparición iba separándose de mí, no la distancia ni el espacio transcurridos: veíala en mi mente como á través de muchas leguas y de muchos años.

Al cabo de algunos momentos fuese aflojando la carrera y yo no procuraba ya excitarla. Atrevíme primero una, luego dos, por último repetidas ocasiones á volver atrás la cabeza y hundir la mirada en el espacio luminoso. Nada. La soledad que se extendía, que se dilataba en mi derredor por todas partes. Aquel volver atrás los ojos llegó á ser una obsesión dolorosa que habría continuado distendiendo mis nervios de nueva cuenta, á no haber percibido de lejos voces humanas, cuyo rumor mágico acarició mis oídos como una celeste música, pues había llegado casi á perder la noción de la humanidad, y pienso que sentí lo que el náufrago confinado á una isla desierta que después de mucho tiempo logra volver á ver á sus semejantes.

Las voces se acercaban y distinguí luego un grupo de hombres que venía por el camino platicando y riendo en amigable compañía. Llegaron hasta mí, saludándome corteses y sencillos. Eran cinco y todos marchaban á pie. A la pregunta que les dirigí sobre la causa que les obligaba á caminar á deshora, pues no veía en ellos ningún apero de labranza ni señal que indicara trabajo alguno, contestáronme, dándome desde luego la explicación de lo que me había ocurrido, aunque yo me guardé bien de hacerles conocer el horror pasado, que ellos, seguramente, adivinaron en mi descompuesto semblante.

En un rancho de la vecina sierra, la tarde anterior había ocurrido una riña á mano armada, en la que sucumbió uno de los rijosos. El matador emprendió la fuga y el cadáver, consignado á la autoridad, iba conducido á la villa de la extraña manera que yo le había encontrado. Para ahorrarse molestias y evitar que el ramaje se enganchara en las ropas del muerto, colocáronle los conductores á horcajadas sobre un paciente pollino, sosteniéndole con dos estacas convenientemente aderezadas en el aparejo.

Al saber semejante cosa, encontradas sensaciones repentinamente de mí se apoderaban: ya era un anhelo brusco de abrazar, de agasajar á aquellos bárbaros, ya un furioso deseo de acometerlos. Contuve, sin embargo, tales ímpetus, y despidiéndome de la patrulla, proseguí la interrumpida jornada.

IV

La del alba se venía á toda prisa cuando el repetido ladrar de perros y el alegre canto de los gallos me anunció la cercanía de un rancho que se recuesta en los estribos de la montaña. Llegado que hube, hice parada en el primer solar cuyos jacales á humear empezaban. Eché pie á tierra y me propuse esperar á mi rezagado mozo, mientras daban un pienso á mi caballería y á mí frugal, aunque confortante refrigerio.

El sol salía apenas, cuando despavorido, trastornado, casi loco,

llegó por apartado sendero el infeliz sirviente. Detenido en la villa mientras le entregaban los papeles, le pareció necesario refocilarse con buena ración de aguardiente. Un tanto ebrio emprendió á todo escape la carrera para darme alcance, pero á poco la dipsomanía le obligó á detenerse en las últimas casas del poblado, donde repitió las dosis del de caña y trabó plática con los amigos y conocidos.

Ya bastante excitado prosiguió la marcha y en un lugar del camino tuvo el mismo pavoroso encuentro que yo. Llevaba un enorme cigarro de hoja de maíz y había gastado todos los fósforos en encenderlo. Al divisar al macabro noctámbulo, dirigióse resueltamente á él para que le proveyera de fuego, y su sorpresa y espanto fueron mayores mil veces que los que yo pasara, pues, montando un caballo que no se asustaba, y siendo supersticioso en extremo, como toda la gente campesina, fué brusquísimo y terrible el golpe moral que recibió su mezquino y desorganizado cerebro. La embriaguez huyó como por encanto; y, habilísimo jinete se arrojó por el acantilado abajo siguiendo toda la margen del río, hasta encontrarse conmigo en el rancho de la montaña. Por esa razón no topó con los conductores del cadáver, y le tuvo, desde el espantable encuentro, por cosa del otro mundo, á pesar de todos los empeños que puse en arrancar de su ánimo la tremenda impresión.

Cuando rendimos, al día siguiente, la jornada, cayó el desgraciado mancebo presa de mortal paludismo, que degeneró en una terrible fiebre cerebral.

Pocas semanas después estaba muerto.

Y yo, á pesar de lo bien librado que salí, no las tuve todas conmigo.

MANUEL J. OTHÓN.



HEROINA CUBANA.

Publicamos hoy el retrato de la Sra. Magdalena Peñarredonda, distinguida heroína cubana que actualmente visita nuestra capital.

La Sra. Peñarredonda fué encausada el año de 1887, siendo Gobernador de la Isla el General Fajardo, por un artículo publicado en «El Criollo,» contra el Gobierno. Fué acusada de incitar á la rebelión, y tuvo que huir á los Estados Unidos.

Cuando estalló la última guerra, se puso al servicio de la revolución, siendo nombrada delegada revolucionaria de la provincia de Pinar del Río por la Junta de Nueva York. Desde entonces estuvo en continua comunicación con el Cuartel General de Pinar del Río, enviando correspondencias, armas y municiones. Cuando el General Weyler creía tener incomunicado al General Maceo por medio de la famosa «trocha militar,» que iba de la costa Norte á la costa Sur de la Isla, ó sea desde Mariel á Majana, jamás quedó interrumpido el servicio de la correspondencia y el envío de auxilios al campo cubano. La Sra. Peñarredonda mantenía ese importante servicio valiéndose para ello de los medios más ingeniosos.

Fué presa en Febrero de 1898; y puesta en libertad por no haberse encontrado prueba alguna en su contra, se le prohibió salir de la Habana al interior de la Isla, quedando bajo la vigilancia de la policía.

A pesar de esto, continuó en su obra revolucionaria, y aprehendida de nuevo el primero de abril de 1898, fué sometida al Tribunal Militar y encarcelada en la prisión de las Recogidas hasta la evacuación de Cuba por el Gobierno Español, en que fué puesta, como todos los presos políticos, en libertad.

La objeción, el desquite, la alegre desconfianza, la ironía, son signos de salud; todo lo que es absoluto es del dominio de la patología.

*

En la frecuentación de sabios y artistas, es fácil engañarse en sentido inverso: detrás de un sabio notable se encuentra á menudo un hombre mediocre, y detrás de un artista mediocre, un hombre muy notable.

*

El que no sabe encontrar el camino que conduce á «su» ideal, vive de una manera más frívola, más indolente, que el ser sin ideal.

FEDERICO NIETZSCHE.

Marina Tropical.

El remero apoyó la abierta mano
contra el casco del buque; y lentamente
se alejó el postrer bote. Enorme lente
bajo el ojo del sol, era el océano.

Puesta la proa hacia el confín lejano,
el buque de las Indias de Occidente
zarpó, llevando á la europea gente
las riquezas del suelo americano......

Y allá, en las playas, entre espumas rotas,
cuando el buque, virando en sus anhelos,
volvió la espalda con brutal desaire,

se levantó una banda de gaviotas,
cual si fuese el adiós de cien pañuelos
suspensos y agitados en el aire......

JOSÉ S. CHOCANO.

DE MI DIARIO.

La vibración del reloj es la voz del tiempo.

El carnaval es la risa del año.

El amor es el deseo infinito de un beso eterno.

Un beso es el mayor de los placeres, porque es el único que, siendo infinito, no sacia.

Más fácil es ser heroico que sensato.

Más lejos de la poesía está la afectación que la vulgaridad.

NIEVES XENES.



ESTATUA DE BARREDA.

Próximamente será descubierta en Puebla la estatua de don Gabino Barreda, que el Gobierno del Estado mandó hacer á los talleres de la Fundición Artística establecida en la Capital. El bronce representa al ilustre fundador de la Escuela Preparatoria puesto en pie, y tanto por la fidelidad que se advierte en los rasgos fisonómicos, como por la maestría con que están tratados los detalles de segundo orden, constituye una verdadera obra de arte.

Esta estatua fué la última que modeló el malogrado escultor Jesús F. Contreras.

De Víctor Hugo.

Hay en la santidad sublime encanto
Emanado del cielo;
Y si sufro al pensar quo no soy santo,
Procurando ser justo me consuelo.



Estatua de Don Gabino Barreda.



BELLAS ARTES.—Rembrandt y Saskia.

LA KERMESSE DE MIXCOAC.

El Ayuntamiento de Mixcoac, con el fin de allegar fondos para las mejoras materiales de la población, acostumbra celebrar, año por año, una kermesse en que toman parte las principales familias allí avecindadas.

En esta ocasión, la fiesta se efectuó en la Castañeda, una de las fincas de campo más pintorescas de los alrededores, resultando en extremo lucida, no sólo por el buen gusto o n que estaba adornado el local, sino también or la numerosísima concurrencia que, particularmente por la tarde, asistió á ella. Los puestos, entre los que llamaban mucho la atención por su artístico decorado los de refrescos, confetti, y pantallas chinas, estuvieron á cargo de señoras y señoritas que atendían á los invitados con verdadera cortesía.

En este número encontrarán nuestros lectores los retratos de algunas de las damas que más se distinguieron en la simpática fiesta.

FLORES DESHOJADAS....

Cuando pasé calle arriba
por el «Chalet de las rosas,»
cortaban frescas mimosas,
claveles y siempreviva.

Los unos con podaderas
y los otros con las manos,
de prisa cortaban ramos
de lirios y enredaderas.

Lluvia de hojas y botones
sobre la arena caía......
—Oh! me dije, qué porfía
por adornar los salones!......

Y mientras fuí caminando
por calles y encrucijadas,
en salas iluminadas
me fuí pensando, pensando......

Quizá la hermosa doncella
que allí en el «Chalet» vivía
algún festival tenía......
quizá se casaba ella......

Y recordando su frente
y el óvalo peregrino
de su rostro, mi camino
seguí cruzando indolente.

¡Dichosos los limoneros
que en esa aurora florearon!
sus blancas flores pasaron
de la rama á los floreros......

Y tristes hojillas muertas
que en el viento revolaban!......
sólo para ellas cerraban
los festivales sus puertas......

—Mas no, en seguida pensé;
con las hojas arrugadas
yo también tengo cerradas
las puertas, y no entraré......

Y así pensando y pensando
en lo vario del destino,
poco á poco mi camino
se fué acortando, acortando......

......Y en un pensar y pensar
en tristes y alegres cosas,
por el «Chalet de las rosas»
volví de nuevo á pasar......

Todo estaba tapizado
de pétalos y botones......
quizá para los salones
ni una flor hubo quedado......

Ya no cortaban violetas;
un hondo silencio había......
no más el rodar se oía
de las hojillas inquietas......

Miré tras de la persiana
por contemplar el salón......
en él no vi ni un botón
de rosa muerta ó temprana......

Los que antes cortaban lirios,
los que antes cortaban ramos,
llevaban entre sus manos,
en vez de floreros, cirios......

Entonces, ay! cuando vi
de la calle en las baldosas
tantas hojillas de rosas,
ya todo lo comprendí......

Con larga y triste mirada
contemplé por un momento
el suave aletear del viento
entre la flor deshojada......

Luego de allí me alejé
llevando en mi alma una espina......
y antes de voltear la esquina
hacia la casa miré......

Nadie cortaba violetas;
un hondo silencio había......
no más el rodar se oía
de las hojillas inquietas......

MARÍA ENRIQUETA.



NUESTRO PAIS.—Una calle de Guanajuato. (Fot. Rawel.)

NOCTURNO.

Es la hora del coticinio en un plenilunio delicioso.

El espacio límpido y sereno semeja un lago de estrellas.

En las lejanías de la llanura, las copas de las ceibas seculares se confunden con la bruma gris del horizonte.

Mueven el aire tibio ráfagas del aura, que llegan con frescura y olor de primavera.

En medio del valle, bajo el dosel de palmas, cerca de un arroyuelo que brilla como estela de nácar, se levanta una casita obscura y silenciosa......

No toquéis á esa puerta! No despertéis lo que allí duerme...... La inefable tranquilidad de un amor que sueña adoradas primicias, ó el santo reposo de una fatiga que ennobleció el trabajo!

Ah! no toquéis esa puerta, no despertéis lo que allí duerme, hasta que el sol asome y se escuche la agreste sinfonía del alba!

PABLO HERNANDEZ.

SOBREMESA ALEGRE.

La viejecita ríe como una muchachuela
contándonos la historia de sus días más bellos.
Dice la viejecita: "Oh qué tiempos aquellos,
cuando yo enamoraba á ocultas de la abuela!"

La viejecita ríe como una picaruela
y en sus ojillos brincan maliciosos destellos.
¡Qué bien luce la plata de sus níveos cabellos
sobre su tez rugosa de color de canela!

La viejecita olvida todo cuanto la agobia,
y ríen las arrugas de su cara bendita
y corren por su cuerpo deliciosos temblores.

Y mi novia me mira y yo miro á mi novia,
y reímos, reímos....mientras la viejecita
nos refiere la historia blanca de sus amores.

M. MAGALLANES MOURE.





Sra. GUADALUPE C. DE PEREZ

Srita. MARIA ESPINOSA DE LOS MONTEROS

Srita CONSUELO Y PEREZ

Srita GUADALUPE LOMBARDO

Señoritas LUZ ARRIOJA, RAQUEL NAVARRETE y ESTER ESPINOSA.

Srita. MATILDE MALO



Sritas. Lillian y Leonide Du Bois

Srita. Dolores Contreras

Srita. Wnifred Bateman

Srita. María Centeno

Srita. Rosa García

Srita. Given Bateman

Srita. Luisa Contreras

Srita. Luisa García

Señoritas Gloria y Trinela Lilló



De la cercana iglesia llegaban los sones de «la última llamada;» iban á sonar las doce del día.

A la puerta amplia y sucia del «mesón» se agrupaba la gente, y entre ella se abrían paso con dificultad para entrar, los músicos que llegaban.

De repente, se veía cruzar por el patio, de un cuarto á otro, á los artistas vestidos con los ligeros trajes de colores marchitos, y puestos los sombreros «fieltros.»

El trapecista, á medio desnudarse, envuelto en un sarape rojo, gritó desde la puerta de su cuarto:

—Oye, Antonio, Antonio, préstame una banda; al fin que tú tienes dos; no encuentro la mía.

—¡No encuentras la tuya; bueno era que la tuvieras! pero, ¿crees tú que yo gano para vestirte? Es la última vez que te la presto.

—Bueno, hermanito; gracias.

El director y el empresario llegaron de prisa; iban jadeantes; habían ido al rayo del sol hasta el circo.

—¿Ya estamos?

—Sólo falta «Toto,» no ha venido.

—¡Diablo ese! estará de seguro en la cantina.

—¡Mira, Román! vete á la cantina de la esquina, y di á «Toto» que venga inmediatamente.

Román salió á escape.

En verdad, en la taberna, en medio de un grupo de hombres que hablaban de lo gracioso que «Toto» era, el payaso clavaba la cabeza sobre los brazos cruzados, el sombrero puesto de través, y dejando destacarse las enrojecidas orejas del blanco del saco, dormía ebriamente.

—Señor «Toto», señor «Toto». Dice el señor Rodríguez que vaya usted inmediatamente; que ya va á salir el paseo.

«Toto» rechazó la mano que lo movía, y murmuró una obscenidad.

El muchacho, sin inmutarse, lo movió nuevamente:

—Señor «Toto,» señor «Toto,» ande usted.

—¡Caramba! que ya voy.

Al fin se esperezó y levantó tambaleándose, para acercarse al mostrador:

—¿Cuánto se debe?

Y el ibero contestó amigablemente:

—Nada «Toto,» nada; todo está pagado; váyase porque va á salir el paseo.

¡Qué horrible veía el sol, y cómo le costaba trabajo levantar el pantalón que se le caía!

El empresario y el director lo llevaron hasta el cuarto y lo ayudaron á desnudarse de la ropa de la calle y vestirse el «clownesco» traje bombacho. Le rociaron alcohol en la cara, y él, guaseando, abrió la boca para recibirlo.

Cuando le pintarrajeaban el rostro, dijo el empresario, en tono de empresario:

—¡Que sea la última, «Toto;» esto no puede seguir así!

El contestó:

—Será la última, y estropeó con la lengua pegajosa alguna frase que hizo volver la cara al empresario, para que «Toto» no viese la risa que le jugueteaba entre los labios.

Lo subieron al caballo; montaron en los suyos los demás; la música preludió la marcha, y salió el paseo entre la gritería infantil.

—Esta tarde, señores, gran función; todo nuevo, todo variado; al circo todo el mundo. El «Circo Oriental» es lo mejor que se ha visto en esta ciudad, ¿verdad muchachos que sí?

—¡Síiii!

A los balcones había asomadas familias, y en las aceras se detenía la gente.

El «clown» arrojaba á diestra y siniestra los anuncios de colores, y los muchachos, en mitad del arroyo, se estrujaban por cogerlos.

Tras el payaso seguían todos los demás «artistas»: seis hombres, dos mujeres, una niña, cuatro caballos, un burro y un oso; las personas á caballo, y del freno los cuatrapeados.

Los desafinamientos de la orquesta se oían más y más suavemente; y allá va, jacarándoso y borracho, el payaso; serios, muy serios, los melenudos y morenos artistas.

Se alejó el payaso.

***

Por la tarde:

El calor se hacía insoportable.

Ya el «Tragaespadas» había asombrado á la concurrencia, el caballo del «Indio apache» había salpicado de estiércol á las familias que ocupaban las sillas próximas al redondel; el equilibrista había rodado cuatro veces de «la cuerda floja,» y el malabarista había arrojado contra la nariz de una señora obesa una de las naranjas con que jugaba.

El público empezó á protestar:

—Que salga el payaso! que salga el payaso! Qué no te pagan, «Toto»?

La multitud se contagió bien pronto, y fué el grito general: «El payaso! El payaso!»

Entre los artistas se notaba un movimiento extraño; entraban y salían; procuraban afectar indiferencia, pero algo pasaba allí.

Salió «la mujer fuerte que levantaría un hombre con los dientes,» pero el público no la dejó trabajar:

—No, no, fuera, fuera; el payaso, el payaso!

El escándalo creció.

El Empresario fué hasta la silla del Regidor que presidía, y algo habló y algo accionó con él.

El murmullo aumentaba grandemente, y cayeron algunas naranjas y tres tablas en el redondel.

Algunas familias empezaban á disponerse para salir.

Parecía aquélla una plaza de toros.

Por fin un artista envalentonado, pero empalidecido, llegó hasta la mitad de la pista, é hizo seña para que callasen y lo oyeran.

En efecto, se hizo el silencio.

—Respetable y benévolo público: el payaso no puede salir, porque se ha muerto.

La gritería estalló ensordecedora.

Unos aplaudían y vociferaban: «bravo, bravo;» otros: «mentira; estará borracho;» otros más: «que se devuelvan las entradas», y «á la cárcel el empresario».

El artista, en mitad del redondel, esperó unos momentos, y consiguió hablar de nuevo:

—Las personas que lo duden, pueden pasar al vestuario á ver á «Toto».

Las familias huyeron. El pueblo no; aquello era ya otra cosa; eso formaba parte de la diversión. Muchos salieron protestando, y los más se avalancharon hacia el vestuario.

La policía apenas podía contener aquella horda. Sobre una mesa blanca, la que servía para las pantomimas, estaba el cadáver de «Toto» vestido de payaso.

Una mueca dolorosa y repugnante contraía el enharinado rostro; tenía «Toto» las manos cerradas oprimiéndose el pulgar con los demás dedos.

Allí dentro la gente acallaba sus protestas; hasta se entristecían algunos.

Un ebrio que dudaba de la verdad del caso se aproximó y le tocó una mejilla; de repente resbaló y cayó cara con cara sobre el cadáver.

La concurrencia rió; «Toto,» aun después de muerto, seguía divirtiendo al público.

......Y á la mañana siguiente, mientras el Empresario se felicitaba de su idea, que lo había salvado de la devolución de las entradas y de la ruptura de algunas graderías y sillas, los artistas se quejaban de robos de sus prendas, que habían desaparecido del vestuario cuando el público entró á ver el cadáver del infortunado «Toto».

Francisco Zárate Ruiz.





EL ARTE DE ENVEJECER.

I

Los pesimistas han contribuído á hacerme optimista. Su rasgo característico consiste en que su descontento de todo se traduce por un inmenso contento de sí mismos.

¡Qué sentimiento de su propia superioridad! ¡que desdén por nosotros, pobre gente que tenemos el culto de la Esperanza! ¡Qué abrumadores sobrenombres! ¡Simples, tontos, cándidos!

No tanto como vosotros, caros amigos. A lo menos, no sufrimos de desgracia sino cuando la experimentamos. Vosotros la sentís cuando llega, antes de llegar, después que llega, y aun después que ha cesado! Su recuerdo os sirve para prever otras que acaso no sucedan jamás.

Esto es lo más admirable en ellos: ocho veces por cada diez, su orgullosa presciencia los engaña, y si por casualidad acontece algo de lo que han pronosticado, su primer palabra es: «yo siempre lo he dicho»...... Y helos ahí, contentos de una desdicha ajena porque les da la razón

Dios mío, detesto á todos esos grandes y pequeños Schopenhauer, que no ven el fruto sino el trabajo de germinación, en la flor sino el veneno, en el cielo sino la nube, en el corazón sólo el vicio, en el hombre únicamente á la bestia, en la lucha por la vida, el crimen.

II

Al regresar de un paseo por el bosque, vi sentado delante de una casita retirada de la aldea—y cuyo propietario está casi ausente—á un buen hombre á quien conocí de jardinero en casa de uno de mis amigos.

—¡Hola! tío Antonio, le dije: ¿sois el guardia de esta casa?

—Sí, señor, desde el otoño.

—Lo que no debe seros nada alegre. Ni vecinos, ni amos.

—¡Oh! pero tengo bastante en qué ocuparme con el jardín.

—Sí, en el verano. Pero en el invierno, durante las largas veladas, ¿qué hacéis?

Me miró y me dijo risueño:

—Me aburro.

Su fisonomía y su acento me abismaron. En boca de ios ricos y de los holgazanes, esa frase «Me aburro,» tiene tal acento de desesperanza que espeluzna. Aquel honrado sujeto lo decía riéndose. Acepta el fastidio como acepta la lluvia, el frío, la escacez, la fatiga, la muerte. Pertenece á esa raza rústica cuya existencia se resume en dos infinitivos: «padecer y esperar»......

Muy bueno es enviar los campesinos á la escuela; pero también sería bueno que se nos enviase á la escuela de los campesinos.



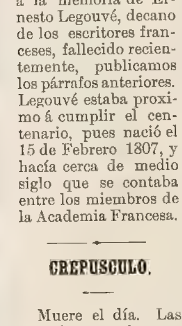
ERNESTO LEGOUVE, célebre escritor francés, fallecido recientemente.

III

Un magnífico rosal híbrido, la «Reina» tan doble de pétalos, tan rico de colores, florecía este verano cerca á la verja de mi jardín, al lado de una eglantina que abría modestamente sus cuatro pétalos de rosa pálido, de un tejido tenue, de un suave perfume. He ahí la imagen de la educación y de la naturaleza. Esta nos da las flores sencillas; nosotros hacemos las dobles. Recibimos dones: nos corresponde formar cualidades: la obra del hombre completa la obra de Dios. Sólo que, los dones naturales tienen tal gracia, que no sé si preferiría la eglantina á la «Reina»...... Para no ser injustos, amémoslas por igual.

ERNEST LEGOUVÉ.

* *



Como un homenaje á la memoria de Ernesto Legouvé, decano de los escritores franceses, fallecido recientemente, publicamos los párrafos anteriores. Legouvé estaba proximo á cumplir el centenario, pues nació el 15 de Febrero 1807, y hacía cerca de medio siglo que se contaba entre los miembros de la Academia Francesa.

CREPUSCULO.

Muere el día. Las purpúreas nubes se tornan de un color ámbar franjeado de palideces estelares. El Nilo se desliza mansamente. Se llenan de rumores los juncales de la margen. Abre el loto sus pétalos azules, con la emoción de una nostalgia. Desde el río, los cocodrilos prolongan su hocico armado de cortantes sierras en dirección al cielo y resuellan á la manera de una fragua. Sobre el césped que tapiza la opuesta orilla cruza de huída una banda rosada de flamencos. Una garza se peina con el pico su plumaje y un ibis solitario se queja en el silencio. Pero el cielo, por momentos va tomando un azul más profundo; la noche gozosa enciende las estrellas.

Y las aguas en la sombra se estremecen y retuercen, como una larga serpiente que de improviso baña de resplandor encarnado la luna que surge de los desiertos......

JOSÉ MARÍA VÉLEZ.

*

La demencia, en los individuos, es en cierto modo rara; en los grupos, los partidos, los pueblos, las épocas, es la regla.

*

Hablar mucho de sí mismo es tal vez un modo de ocultarse.



SAN JUAN BAUTISTA.—La manifestación del 2 de Abril.

LOS FUNERALES DEL SOL.

El crepúsculo. Honda melancolía acongoja á los cielos: ha muerto el Sol. No paró mientes en la proximidad del mar y de pronto se vió que caía en él sin poderse contener. ¡Ha muerto el Sol! ¡El rey de la luz se ha ahogado! Las naves levantan al cielo sus antenas, en actitud de viudas dolientes que oran por el alma del esposo difunto. Corporaciones de nubes acuden al entierro del Rey Sol. Esas blancas son coros de vírgenes que van á poner albas rosas en su tumba: la línea brillante que la perfila es el oro de sus rubios cabellos. Aquellas pardas que avanzan lentamente, son caducos ermitaños que van á recitar ante la fosa gangosas preces. Esa nube de brillos acerados está formada por la mesnada de un caballero de Malta, que va á formar la guardia de honor: por eso ha bruñido las alabardas y cotas. Aquella nube que avanza mostrando un extraño barajamiento de combas, estrías y colores, el rojo y el gualda, el verde y la púrpura, es una corte medioeval, con sus damas, meninas y pajes, sus bufones, juglares y trovadores, sus doseles, penachos y oriflamas, que se traslada en confusa banda para asistir á los funerales del Sol.

Empieza la fúnebre ceremonia. El mar, con enronquecida voz canta el «Miserere.» De las naves de guerra disparan el cañonazo del crepúsculo. Las cigarras entonan su monótona elegía; tocan á oración los templos, y las gentes se descubren. Un incógnito se-

Manifestación Popular en San Juan Bautista.

El dos del corriente se verificó en San Juan Bautista una entusiasta manifestación organizada por el «Club Porfirista de Tabasco,» con el objeto de proclamar la candidatura del señor General Díaz para Presidente de la República en el próximo cuatrenio, y de celebrar el glorioso aniversario de la toma de Puebla por el Ejército de Oriente.

Los manifestantes recorrieron las principales calles de la ciudad, seguidos de un numeroso grupo de personas pertenecientes á todas las clases sociales, para desfilar después frente á la casa del señor Gobernador del Estado, General Abraham Bandala, que presenció el paso de la comitiva desde uno de los balcones del edificio que habita.

La manifestación, según nuestros informes, resultó muy lucida.

La muerte es la renovación, es la imagen del invierno; todo lo que muere en esa melancólica estación, renace en la primavera.

*

En sentido abstracto y geométrico podemos decir que la forma del sonido en la naturaleza es regular, por el triple aspecto que nos ofrece.



Los manifestantes frente á la casa del Sr Gral. Bandala.



Caída de la tarde. (Fot. Rawel.)



PAISAJE. (Fot. Rawel.)

pulturero arroja grandes paletadas de sombra en la regia tumba, y cuando la tiniebla lo envuelve todo, surge la luna. Es la lápida que una larga caravana de estrellas conduce á la tumba del Sol. Sólo los poetas pueden descifrar el cabalístico epitafio escrito en su marfilina superficie.

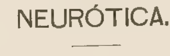
CLEMENTE PALMA.

INAUGURACIÓN DE UNA CAPILLA.

Con una solemne función religiosa se efectuó el domingo anterior por la mañana, la inauguración de la capilla de la Escuela Comercial Francesa, establecimiento á que nos hemos referido ya en este semanario.

El local está decorado con buen gusto y su capacidad es más que suficiente para el objeto á que se le destina. En el altar mayor, dentro de una urna de cristales, se encuentra una escultura de San Luis Rey de Francia, bajo cuya advocación se puso la capilla, y, al lado opuesto, un magnífico órgano para el servicio religioso. En los muros se ven algunos gobelinos de mérito, y las ventanas están cubiertas con elegantes vitrinas de colores.

A la ceremonia inaugural asistieron, como madrinas, las señoras de Blondel, de Tron, de Jacques y de Signoret, contándose entre las personas invitadas, distinguidas damas y caballeros de la Colonia francesa.



NEURÓTICA.



Del huerto en la penumbra misteriosa
Enhebrando un sueño te consumes;
Y enamorada del »no ser,» ansiosa
Cual una visionaria voluptuosa,
Te matas lentamente con perfumes.

Tus nervios extenuados desfallecen
Como al sutil rumor de arpas eolias;
Y en tanto que tus ojos se adormecen,
En tu redor abriéndose, parecen
Incensarios de nieve las magnolias.

Tu sensibilidad no agonizante,
De tu neurosis la tensión injuria;
Y del huerto en la atmósfera odorante,
Se asimila tu pálido semblante
A una hermosa camelia de Liguria.

JUAN DUZAN.



Capilla de la Escuela Comercial Francesa.

Lo que una época encuentra malo, es por lo regular un resto inoportuno de lo que antes fué encontrado bueno, el atavismo de un ideal envejecido.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO X.--TOMO I.--NUM. 18

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

MEXICO, MAYO 3 DE 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem. en la capital $1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



MONUMENTO

Erigido en Orizaba á la memoria de las víctimas de Veracruz. (1847.)

Los Colores y los Sentimientos.

Pocas personas han meditado en el origen de la relación íntima que liga los colores á los sentimientos humanos y animales. Esta correlación es pública y notoria; consta en autos y es universal; pero el porqué, la razón, la explicación del fenómeno en cuya virtud tales colores despiertan tales emociones y tales emociones se expresan ó tienden á expresarse por determinados colores, es cosa curiosa de averiguar, que nadie ó pocos han dilucidado y que merece ser estudiada.

Desde luego, la indicada relación existe y es tan constante como general. No conozco á nadie que baile seguidillas ante un paño negro, ni tampoco sé que haya quien estando triste ó abatido, se envuelva en la bandera nacional. Que el «amarillo subido» es tan cursi como es aristocrático el «amarillo paja,» es cosa sabida, y no lo es menos que el «azul cielo» es de por sí apacible, sereno y dulce. El rojo huele, si cabe el término, á circo romano, á coso taurino y á campo de batalla, y el «blanco» á la vez es símbolo de paz y emblema de pureza. El «verde» es esencialmente campestre, ya veremos por qué, y en cuanto al «morado camote,» nadie duda que es el color anfíxico y apoplético.

La relación entre los colores y las emociones es tan fisiológica, tan psicológica, tan natural y espontánea, en suma, que varía según el tiempo, el lugar, el grado de la civilización, etc., en virtud de leyes fijas é incambiables que no son otras que las que presiden al desenvolvimiento y refinamiento de la sensibilidad.

De la misma manera que los hombres primitivos y más ó menos salvajes hablan á gritos, gustan del «tamtam» y del «teponaxtle» y «aman» las reventazones de tímpano, igualmente prefieren los colores «chillantes,» los contrastes bruscos de colorido, todo lo que ofende la retina hiriéndola, desgarrándola, maltratándola. El ruido ensordecedor, el retozo brutal, el colorín deslumbrante y chillante, son predilectos de los seres inferiores, como lo son, en orden al paladar, el refino, el ajo y el chile picante. He visto negros vestidos de dril blanco á rayas rojas; apaches «dados» de azarcón y almagre, y los cortejos de «Aida» no son sino «luces» de fuegos artificiales «untadas» en telas rudas.

Quien no ha olido á una oriental, no puede formar idea de lo que la pituitaria puede soportar en estado salvaje. Un amigo mío, «retour» de la India, rompió un día un frasquito de esencia de rosa. Al día siguiente habíamos emigrado todos los vecinos.

Todo esto para probar que el hombre primitivo gusta de lo rudo, lo brusco, lo tosco y brutal, lo mismo en punto á oído que á vista, olfato, gusto, etc. El cardillo es una voluptuosidad de la Edad de Piedra.

El hombre civilizado ya es otra cosa. En materia de paladar, apenas tolera el gusto del hongo ó el sabor de la trufa; en punto á olfato, el «heno humedecido» ó la «piel de España mitigada,» y en lo que á colores se refiere, el «crema bajo,» el «verde Nilo» atenuado, la «fraise serassée» ó la «rosa marchita,» son sus predilecciones.

La ley de «la intensidad,» en materia de color, es manifiesta como lo es en otras materias; todo color intenso, crudo, duro es símbolo de emociones de salvaje y tiende á despertarlas. Por eso los niños no entienden de medios colores ni de colores pálidos.

Por el contrario, todo color atenuado, como todo olor suave ó ruido sordo, revela civilización, cultura, refinamiento, «degenerescencia» que diría Nordau.

Esto en cuanto á la cantidad; pero «ello» no nos edifica en cuanto á la «calidad.» ¿Por qué el negro es tétrico; el rojo, entusiasta; el azul, plácido; el violeta, melancólico, etc., etc.?

Pues por una razón muy sencilla: porque la luz es vida, y la obscuridad muerte; porque la luz es excitante natural ó indispensable de todo nuestro organismo animal; porque la luz excita á la acción, al movimiento, á la actividad, á la plena expansión de los órganos físicos y á la completa satisfacción de las necesidades animales, y, porque, por el contrario, la obscuridad suscita la meditación, la concentración dentro de sí mismo, el aislamiento del mundo exterior.

De esto resulta que los colores, según son más ó menos luminosos, excitan en nosotros al animal ó al hombre. Los relumbrones, los colorines, nos retrotraen al estado salvaje y á la vida animal; el «verde» nos recuerda la alfalfa, y el «rojo» la sangre. Los colores sombríos, atenuados, nos excitan el espíritu, despiertan al hombre en el animal. El negro nos sugiere la muerte; el azul nos recuerda el cielo.

Entre todos los matices y todos los colores, hay dos de universal imperio y de predominio general: el negro, que es la negación del color; el blanco, que es la síntesis de todos ellos. En esos dos colores, si así puede llamárseles, está simbolizada toda la Humanidad; el negro es Hámlet, el blanco es Pierrot.

Dr. M. Flores.

Obras de Manuel Gutiérrez Nájera.

Prosa. Tomo Segundo.

Es un acontecimiento grato y curioso á la vez la publicación de un tomo de revistas teatrales, literarias y sociales escritas el siglo pasado por Manuel Gutiérrez Nájera, periodista de sangre pura, ingenio refinadísimo y cronista exquisito.

Ese libro que sólo habla de sucesos olvidados; de personalidades que ya transitaron y que surgen en sus páginas como espectros; de espectáculos que fueron; de libros sepultados en el polvo; ese libro que sólo trata de cosas viejas y muertas, es nuevo y lleno de vida como una rosa recién abierta.

La prosa del Duque, dulce é irónica, no envejece. Aseméjase á las aguas corrientes cuyos murmurios y cuya frescura siempre son nuevos y gratos, aunque el agua no varíe.

Leyendo esas páginas se impone una interrogación: ¿Manuel Gutiérrez Nájera en nuestra época de periodismo popularísimo, en nuestros tiempos en que el público se muestra cada día más voraz de noticias «sensacionales,» de sucesos sangrientos, de relatos estupendos, habría sabido ser periodista? Creo que sí. El mismo lo dice: nada hay tan difícil como tener talento en el periodismo. Y él lo tenía. Hubiera sabido hallar atenuaciones; habría logrado encontrar una fórmula estética para embellecer las trivialidades barrocas del noticierismo y, distinguido, aristocrático, sería el favorito del público en el siglo XX como lo fué en el XIX.

Tenía talento é ingenio. Lo afirma su último libro, un libro formado aquí y allá, recogido entre las páginas de prosa de los periódicos. Porque, más desprendido que Búckingham (aunque resulte vulgar el repetirlo), fué desparramando pedrerías, no por los salones regios, sino en las antesalas, para que las recogieran los lacayos.

Ahora una mano piadosa, movida por el amor y la admiración al poeta muerto, ha reunido esas páginas dispersas, esa labor de toda una vida arrojada á la calle; para ofrecerla á un público nuevo, en cuya memoria está el nombre del Duque aureolado de cariño y están algunos de sus versos, algunos de sus cuentos, pero que no conoce tal vez su obra diaria y dolorosa, la que le daba el pan y le robaba las fuerzas de su inteligencia superior.

Aunque el tomo es muy bello, aunque el admirable y dulce estilo del ático escritor fluye en sus páginas como una miel muy rica y perfumada, los que meditan se estremecerán de compasión al ver cómo se fué ese licor valioso por la hendidura cada vez mayor de la vasija que lo contenía.

Manuel Gutiérrez Nájera es tal vez un caso único en la historia de nuestras letras, no sólo por la forma originalísima de su talento, sino también por su desacostumbrada laboriosidad y por el influjo que ejerció sobre los que le rodeaban.

Trabajó con fe y resignación, sabiendo lo que valía su talento y sin que jamás se revelara ni orgullo ni abatimiento en su obra.

La nobleza de su ejemplo influyó en muchos que, sin él, jamás hubieran llegado á las alturas de la fama. Se hizo admirar y, cosa rara, se hizo querer.

Semejante á la cumbre del volcán que se destaca en las claridades celestes, flotando sobre la tierra, tuvo siempre en su vida literaria la serenidad de quien por estar muy alto, no envidia.

La época de su vida hace contraste con otros períodos de nuestra historia literaria en que las contiendas de la inteligencia no parecen luchas de corazones limpios y fuertes, sino de condenados que se atacan rabiosamente en las negruras de un antro ó de faquines hambrientos que se arrebatan un mendrugo.

Fué un maestro, porque supo herir los corazones de sus admiradores y, sin querer, trocarlos en discípulos.

Su último libro se agotará muy pronto porque es no sólo bello, sino curiosísimo, y constituye una página viva de la historia de ayer, de nuestra sociedad y nuestras letras.

En él, como en cuanto escribió el Duque, se observa un sentimiento muy simpático que hacía atractivos todos sus escritos: una especie de amor burlón y piadoso por la ciudad de México, por esta capital sucia y fea, que empezaba ya á transformarse cuando Gutiérrez Nájera escribía y con su mirada de artista hermoseaba todos los espectáculos. Puede afirmarse que después de él nadie ha sabido ver la ciudad de México. Un obstinado presbitismo parece cegar á nuestros escritores, que miran claramente los aspectos lejanísimos de Europa, pero que en México arañan dolorosamente las tinieblas.

Y el Duque jamás tuvo esa ceguera; sus ojos eran limpios y claros y veían.

Eso hace más amables sus escritos y por ello sus lectores constantes, su público fiel—toda la Nación—irá á buscar el nuevo libro del malogrado vate con un estremecimiento de placentera esperanza que no será defraudada, porque la obra es hermosa y cordial como todas las del Duque.

C. T.

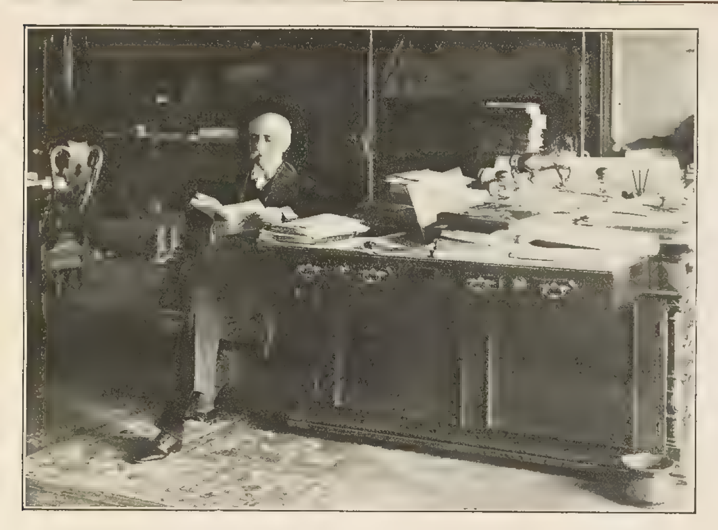
HEROES SIN NOMBRE.

Monumento erigido en Orizaba á la memoria de las víctimas de Veracruz (1847.)

Publicamos en este número una fotografía del monumento erigido en Orizaba á los defensores de Veracruz contra la invasión de las fuerzas norteamericanas y que hace poco inauguró el señor Gobernador del Estado: esa obra de arte no solamente conmemora un hecho de armas glorioso; pues simboliza una época y conjura un trágico recuerdo.

Tras la fatal batalla de Angostura que pudo y debió haber sido el lazo de unión entre todos los partidos y todos los mexicanos, lánzanse los reaccionarios sobre el gobierno de Gómez Farías, como los buitres sobre la paloma que hiere el cazador, y á cual más no atreviéranse en la plenitud de su vida.

Los gritos de indignación que provocaba la derrota de nuestro ejército en la frontera y el clamor de angustia que llegaba de Veracruz, amenazado por la escuadra del Norte, sofocábanse entre discusiones tan vergonzosas como inútiles respecto á la nacionalización de los bienes eclesiásticos, cuestión que alejaba á los batallones, unos de otros; que desgranaba las familias y que rompía las amistades; disputa que asombraba las conciencias y desgarraba todas las ligas sociales y privadas; entretanto que nuestro cielo azul tachonado de estrellas, envolvíase en el sudario gris de la pólvora enemiga y las glaucas aguas del golfo se empurpuraban de sangre y de rubor. El clero, que poseía la mitad del territorio y las dos terceras partes de la riqueza pública, regateaba como buhonero, ya no el contingente personal de sus sectarios para la protección del país,



Sr. Lic. José Ives Limantour, Secretario de Hacienda.—(Ultimo retrato, por Mora.)

sino los millones que hubiese debido prodigar para una causa tan santa y tan justa; pero sobre todo, una causa en que peligraba ella más que nadie, como peligra siempre en un conflicto entre naciones que profesan diferente credo.

En aquellos momentos sagrados, era un crimen la desunión y eran un sacrilegio infame contra esa deidad augusta que se llama «Patria,» los rencores de partido y las mezquindades del que pedía y del que debía dar. «Polkos» y «puros» hubieron de confundirse en un sólo anhelo; «alacranes,» como decían á los de Durango; «tapatíos,» como se llama aún á los de Guadalajara; «tusos» á los de Zacatecas, y todos, todos los mexicanos de los cuatro puntos cardinales de la República, sin distinción de ideas políticas ó religiosas, se hallaban obligados á concurrir á la ineludible liberación del territorio que á costa de tanto sacrificio podíamos llamar al fin nuestro. Apodos ó títulos de gloria debieron desaparecer para ser reemplazados por el más honroso: soldado mexicano, defensor de la patria.

En tales condiciones, Veracruz fué diez veces heroica, sosteniendo el sitio con cinco mil hombres, sin parque, armas ni provisiones, contra más de trece mil; y digno de remembranza es el hecho que la historia ha conservado y en que figura el subteniente Sebastián Holzinger y el de igual grado en la Guardia Nacional, Francisco A. Vélez, hoy General de División: un proyectil rompió la driza de la bandera enarbolada en el baluarte de Santa Bárbara y la cual desprendióse. Asciende Holzinger á izarla de nuevo; pero otra bala derribó el merlón, entre cuyos escombros precipitóse el valiente oficial. Este, no desanimado, acomete nuevamente la empresa y prende en el asta la bandera que había tenido extendida Vélez durante la operación, que se efectuó bajo una lluvia de balas.

⁂

Veracruz y su guarnición en estos hechos dieron el más hermoso ejemplo de valor: cuando Santa Ana, que anteriormente dijera con verdad que la discordia civil, y no la desgracia ni la fuerza, había hecho sucumbir al puerto, asentó luego en una proclama que las tropas que lo guarnecían, si no podían defenderlo, debieron retirarse; los jefes de la Guardia Nacional publicaron un manifiesto en que hacían presente que la resistencia fué honra suya y oprobio de quienes los abandonaron y que habían preferido sucumbir con gloria, á salvarse sin honor, antes de ser atacados.

Tal es en realidad el detalle doloroso y el recuerdo amargo: nuestras disensiones fratricidas produjeron el abandono de Veracruz; pero el monumento erigido en Orizaba sólo perpetúa la abnegación del ejército permanente que pereció; y la fraternal inmolación de los veracruzanos que sin desacuerdos políticos ni rencores religiosos entraron á la brega y la sostuvieron hasta el postrer momento con la intrepidez y el arrojo relevantes en la faz del soldado que avanzando, bayoneta calada, contémplase admirable en el hermoso grupo escultural.

J. Poulat.

EN ORIZABA.

Recitada por su autor el 12 de Abril de 1903, con motivo de la inauguración del monumento erigido en metaoria de las víctimas de la invasión americana, 1847.



....

Como pájaro que huye de las nieves del Olvido,
he llegado á esta comarca, tembloroso y aterido,
á esta tierra toda flores, á este cielo todo luz,
donde el Sol indio flechero—pertinaz vuelca su aljaba
por clavar dardos de oro en el «Pico de Orizaba,»
ese inmoble centinela de la heroica Veracruz.

*

Salve, oh pueblo, grupo airoso de valientes paladines:
que redoblen los tambores y que vibren los clarines
entonando victoriosos un soberbio himno triunfal.
Que cintilen las espadas, y ensordezcan los cañones,
y fulguren los fusiles, y relinchen los bridones,
é impertérritos avancen los bizarros escuadrones
ante el noble monumento de una página inmortal.

*

Habitante de las selvas, libre rey en mi cabaña,
he venido con la lira que ha cantado en la montaña,
dulcemente melodiosa cual la flauta del dios Pan.
Y esta lira, á los recuerdos de contiendas pavorosas,
hoy retuerce sus bordones, que son víboras rabiosas;
hoy erecta sus dos cuernos, que son cuernos de alacrán,

*

¿Qué despierta sus rencores? ¿Qué provoca su coraje?
¿Por qué brota de sus nervios, como cláusula salvaje
ó ignicente lengua roja, demoniaca maldición?..
¡Es que evoca la sombría epopeya infortunada
en que Scott dejó esta zona de cadáveres sembrada,
y palpita en su cordaje honda cólera sagrada
al recuerdo de la oveja en las garras del león!

*

No lamento una derrota, ningún triunfo es el que canto;
me ha traído á la tribuna un derecho sacrosanto:
el que á todo buen patriota otorgó la Libertad.
Vengo en nombre de esta raza ardorosa y altanera,
que el valor tiene por gloria, el orgullo por bandera,
por escudo la hidalguía, y por timbre la lealtad.

*

¡Imposible la victoria! Era el débil ante el fuerte:
acechaba, envuelta en sombras, una trágica: la Muerte;
no cortaba aleve Dálila los cabellos del Sansón;
al soplar furioso el Norte, Ruth colmaba sus graneros:
eran débiles espigas nuestros bravos guerrilleros
abatiéndose en los surcos, valerosos cual boeros
al empuje formidable de los hijos de la Albión.

*

¡Imposible la victoria! Eran fuerzas desiguales;
y aun los niños se mostraban ante el Monstruo, colosales:
rueda Holzinger el teniente y con él el pabellón;
y en el campo, en que la guerra de crueldades hace gala,
surge Vélez desplegando la bandera como un ala,
la bandera trigarante derribada de un merlón.

*

¡Salve al héroe, cuya espada—flamescente meteoro—
rayó el ónix de los cielos con relámpagos de oro
al grabar luctuosa fecha, rojo símbolo fatal!
¡Salve al cuerpo de valientes, á los ínclitos soldados
que al abrigo de la Patria sucumbieron denodados,
y que en mármoles y bronces mostraránse perpetuados
constelando—nuevos Leónidas—nuestra historia nacional!

*

Levantar á los que mueren por la Patria, un monumento,
es un rasgo meritorio, un loable pensamiento;
que los mártires patriotas bien merecen tal honor.
Erigido está á los santos el altar en que mañana
vendrá ansiosa á venerarlos la niñez veracruzana
encontrando altos ejemplos de civismo y de valor.

*

Entretanto, pueblo airoso de valientes paladines,
que redoblen los tambores y que vibren los clarines
entonando victoriosos un soberbio himno triunfal.
Que cintilen las espadas, y ensordezcan los cañones,
y fulguren los fusiles, y relinchen los bridones,
é impertérritos avancen los bizarros escuadrones
ante el noble monumento de una página inmortal.

*

Orizaba—blanca novia—te enguirnaldan azahares;
Barrio Nuevo en su guitarra de cristal, te da cantares;
en un velo de neblinas se ha tornado tu capuz;
los silbidos de tus fábricas son un salmo de progreso:
con la Paz llegó el Trabajo, y al sentir su ardiente beso,
palpitaste con el alma tropical de Veracruz.

*

Veracruz—virgen morena—¿qué pecado cometiste?
El raudal de sangre y llanto que con fe y dolor vertiste,
Dios en perlas y corales bajo el agua ha de cuajar.
Que de día te abaniquen los palmares que el Sol quema,
que de noche fulja el Faro cual diamante en tu diadema,
y tus luchas de espartana, como un épico poema,
en homéricas estrofas cante un bardo: el ronco mar.

Juan B. Delgado.



Cuentos de Espantos

II

CORO DE BRUJAS.

I

Erase que se era una buena señora, viuda y sesentona, propietaria de cierta finca rústica, no muy lejana de un pueblo donde yo desempeñaba, hace ya tiempo, funciones del orden judicial. «Noria del Aguila,» que así se llamaba la hacienda, tenía abundantes y excelentes tierras de labor, montes poblados de pastos y agua para regar dos ó tres sitios de ganado mayor; con lo que, dicho se está, la propietaria debía ser rica por demás, pues carecía de familia y sus necesidades eran exiguas, como las de gente que no sale del rancho sino para «bajar,» así se dice, á los pueblos vecinos, y eso de tarde en tarde, con ocasión de fiestas y jolgorios ó, sencillamente, para mudar de aires.

Pero es el caso que los rendimientos de la finca eran apenas medianos, y aunque no llegaban á perderse las cosechas por malo y seco que el año fuese, la verdad es que no producían ni la mitad de lo que producir debían. Cierto que las mujeres carecen, en lo general, de dotes para entenderse en la administración de sus negocios; pero doña Francisca Perales, que á este nombre respondía la dueña de Noria del Aguila, había encomendado por completo el manejo de su hacienda á un administrador, hombre campirano y versadísimo en todo lo que á la ciencia de las Geórgicas atañe, salvo en introducir innovaciones y mejoras de modernos procedimientos, pues á ese respecto tanto el ama como el empleado oponían la más vigorosa resistencia.

Doña Francisca ó doña Pancha, como más comunmente se la llamaba, era la adoración y el paño de lágrimas de sus sirvientes y de todos los aldeanos y campesinos que moraban en cinco leguas á la redonda. Y no podía ser de otra manera, pues socorríales en sus necesidades, aunque no ciertamente con mucha largueza, y, sobre todo, les curaba cuando enfermos acudían á ella en busca de alivio ó de salud. Esto de curar y prescribir métodos y remedios para toda clase de dolencias, era el elemento principal en la vida de la buena señora; era como el agua para los peces, el rocío para las flores y para las aves el viento. Y no vaya á creerse que echaba mano de medicinas y drogas de las usadas más comunmente por galenos y farmacéuticos. Ni por pienso. Se reía de los médicos, de las boticas y hasta de los curanderos, á quienes solía tolerar y aun aconsejar algunas veces. El ejercicio de la medicina en ella era una cosa así como rito misterioso y oculto y rarísima ocasión empleaba yerbas ó pócimas, y cuando lo hacía, sus menjurjes, verdaderas panaceas, componíanse de los simples más inusitados y estrambóticos. Su terapéutica constaba especialmente de palabras, signos y prácticas extrañas, así como de oraciones, algunas de las usadas por la Santa Madre Iglesia y otras del uso exclusivo de aquella sapientísima doctora que tenía su consultorio en la casa grande de Noria del Aguila.

Pero tampoco se debe pensar que doña Pancha usara indistintamente de las mismas palabras, signos ó remedios en todas las enfermedades. De ninguna manera. Así, por ejemplo, para el dolor de muelas aplicaba una cuerda de guitarra enrollada al cuello á guisa de rosario; para las «riumas» prescribía cortarse las uñas todos los lunes; los desmayos y zumbidos de cabeza los curaba colocando una lanita de borrego prieto en la ternilla de la nariz, y el «ojo de venado,» el sebo de león y hasta el excremento de diversos animales, servían para otras tantas dolencias y accidentes. El terrible mal de ojo, tan común entre la gente rusticana, no desaparecía sino con repetidas unciones de saliva en frente, oídos, nariz y boca. La saliva tenía un uso bastante generalizado en la terapéutica de doña Pancha, pero era necesario saber manejarla, pues debía siempre ir acompañada de oraciones y fórmulas cabalísticas que variaban según la naturaleza de la enfermedad; porque, decía, hay oraciones frías y oraciones calientes y no deben aplicarse aquéllas en los resfriados, ni éstas en las fiebres; sino todo lo contrario: para todo es necesario saber. En cuanto á otras dolencias más graves, variaba el procedimiento, siendo uno de los más enérgicos y eficaces, colocar un huevo de gallina prieta (el color negro era ritual) debajo de las almohadas del paciente para que le extrajera el mal; ó bien se metía la mismísima doña Pancha debajo de la cama y lanzaba unos lamentos y gritos tan lastimeros, llamando por su nombre al enfermo, que éste, si estaba aún en sus cabales, creía que la propia muerte lo solicitaba desde lo más profundo de la tierra y se levantaba todo trémulo y despavorido. Pero con estas y otras prácticas, rara era la enfermedad que no cedía al tratamiento; y si el pobre doliente sucumbía al fin, era sólo porque «ya le tocaba.»

Don Carpio, el administrador [su nombre era Policarpo], si no ejercía la medicina, en cambio, como astrólogo, daba ciento y raya á los sabihondos que escriben libros cuajados de mentiras y disparates. Todos los años, en el mes de enero, la noche de San Antonio Abad, instalábase en la era á contemplar el cielo para ver por qué lado entraba el año: iba provisto de un cuaderno donde apuntadas tenía multitud de observaciones hechas y no interrumpidas por los más lejanos de sus progenitores. Allí, con un farol y un lápiz, trazaba figuras y signos siguiendo la revolución de las estrellas y el cáriz que presentaba la «almósfera;» y á eso de las cuatro de la mañana, cuando ya «las siete cabrillas» se habían metido y á sus alcances iban «los tres reyes» y «las tres Marías,» don Carpio, con pasmosa seguridad, pronosticaba la calidad del año, y decía, como si lo estuviera viendo, qué clase de frutos se iban á dar y cuáles á perder; las plagas y enfermedades de los animales y de las plantas, y, finalmente, si el año sería seco ó lluvioso. Así es que, con tales conocimientos, no había temor de que se perdieran el tiempo, el dinero y el trabajo en infructuosas siembras y demás operaciones agrícolas. Bien es verdad que algunas veces solían fallar sus cálculos y pronósticos, pero eso acontecía solamente cuando á lo hora de observación ocurríasele rebuznar á un burro prieto (por de contado), en los vecinos corrales, ó á algún murciélago trazar sus curvas caprichosas en torno de la era, trípode y observatorio astronómico del buen don Carpio.

Por lo demás, para todo encontraba remedio, pues cuando se retardaban las lluvias y las sementeras poníanse mustias y agostadas, don Carpio hacía un agujero en la tierra, enterraba el calendario del más antiguo Galván (precisamente había de ser ése), juntamente con una oración al mismo San Antonio Abad y otra á San Isidro Labrador,

todo esto á compás de credos y salves que rezaba entre dientes, haciendo cruces con la mano sobre los campos y hacia los cuatro puntos del horizonte.

Conque ya se figurará el curioso lector cómo andarían en Noria del Aguila los negocios económicos y agrícolas, manejados por estos tan extraordinarios personajes.

II

Pues sucedió que á don Carpio se lo iban á llevar los diablos, ó más bien dicho, andaban con el intento de llevárselo.

Fué la misma doña Pancha quien llevó á Valnavara, el pueblo donde yo vivía, la estupenda noticia. Todos los habitantes del lugar invadieron la morada de la rica propietaria para oír de su misma boca la revelación de tan maravillosa aventura. Yo fuí uno de los primeros en acudir y con todos sus pelos y señales me refirió el suceso, con lenguaje y ademanes tan pintorescos, que más de una vez, durante la narración, sentí ponérseme los pelos de punta. Y era tan cierto el hecho, que los dos ó tres mozos que acompañaban á su ama, y ella misma, fueron testigos presenciales; lo que dió por resultado que doña Francisca abandonara la hacienda mientras el maleficio se conjuraba, aunque, según las trazas, no había que esperar que tal cosa sucediera hasta que don Carpio abandonara la finca, ó los diablos, en forma de brujas, cargaran con él á los profundos.

El casó pasó de esta manera:

Una tarde, ya al ponerse el sol, se desató rumbo á la serranía de la hacienda tan furiosa tormenta, que todos los arroyos se salieron de madre y las peñas y los árboles rodaron descuajados por los desfiladeros de las montañas. Hasta allí el fenómeno nada ofreció de particular; pero ya al entrar la noche comenzó á descolgarse de las nubes una horrorosa culebra [que así se llaman las trombas en el lenguaje rústico], cuya monstruosa cola se retorcía en el aire entre negros torbellinos de polvo y agua. El pánico se apoderó de los campesinos y del propio don Carpio, quien probablemente, por alguna imprevisión ó descuido, había enterrado el calendario á más profundidad de la necesaria, ó había echado más cruces y oraciones de las acostumbradas. Pero de improviso y en un punto, ama y administrador, que contemplaban el meteoro desde el portalón de la casa grande, entraron precipitadamente á una galera contigua, saliendo al instante armados de sendos cuchillos, con los que, disparando estocadas y bendiciones sobre la culebra, como quien se tira á fondo ó raja leña, al punto y como por encanto quedó partida la terrible manga, que vino á resolverse en descomunal aguacero.

Pasado ya el peligro, con gran asombro de los sirvientes que presenciaron el conjuro, doña Pancha y don Carpio dieron trazas de recogerse cada cual en sus habitaciones, pues la noche seguía tormentosa y negra y no era cosa de ir al campo á esa hora para encauzar los arroyos y reparar los destruídos canales. Así es que don Carpio, después de despojarse de las empapadas ropas, se echó al coleto doble ración de tequila de la que acostumbraba, para no resfriarse; y ya se disponía á meterse entre las no muy limpias sábanas, ni menos mullido lecho, cuando percibió, clara y distinta, una voz extraña que de fuera le llamaba por su nombre, voz que parecía descender de lo alto y que se mezclaba con carcajadas horripilantes y soeces maldiciones.

De pronto creyó don Carpio que aquella era ilusión de sus oídos ó las rachas de viento que golpeaban, zumbando, los muros de la casa; pero como la voz se repitiera, y ya no sola, sino acompañada de otras, que en distintos tonos le amenazaban imprecándole, el pobre hombre se armó de valor; abrió la ventana y enderezó la vista á la azotea donde las voces parecían sonar; y en aquel mismo punto sintió que el horror le cuajaba la sangre, paralizándole los miembros. Destacándose en la masa negra de las sombras, vió el infeliz otras sombras, más negras aún, que se bullían vertiginosamente como en una danza infernal, sobre el pretil y sobre las canales de su misma habitación. Horrorizado y loco, cerró de un golpe la ventana y salió corriendo en busca de doña Pancha, que á la sazón se recogía. Desde la puerta dióle cuenta de lo que le pasaba; vistióse alborotada la señora y ambos, acompañados de los mozos y dependientes que estaban aún en pie, se dirigieron al cuarto del administrador, donde todos fueron testigos de la extraordinaria escena que afortunadamente no se prolongó mucho tiempo, pues á poco sintióse el aleteo de aquellas sombras como de aves monstruosas y pesadas que volaban casi sin ruido en la obscuridad.

Nadie se atrevió á salir é investigar el hecho, pues todos, doña Pancha «in cápite,» declararon que las brujas, teniendo cuentas pendientes con don Carpio, venían á cobrarlas y procurarle males, en pago del que había hecho á cierta moza del rancho, cuya madre, según se susurraba, era una de las más desaforadas hechiceras que podían encontrarse por aquellos contornos. Dejaron, pues, en paz á las brujas, ya que ellas la habían arrebatado á los moradores de la casa, y pasóse el resto de la noche en medio del susto consiguiente, con el cual, dicho se está, nadie logró pegar los ojos.

Y como en las noches posteriores se repitiera el espantoso fenómeno de las brujas, los dependientes abandonaron la casa grande y se fueron á dormir á otra que, aunque estaba en no muy favorables condiciones de habitación, aderezaron de la mejor manera; y doña Pancha tomó el partido de transladarse á Valnavara hasta que las brujas escogieran otro lugar para sus nocturnos conciliábulos, pues los aquelarres del Harz en la noche de Santa Walpurgis, eran tortas y pan pintado, si en parangón se ponían con los que noche á noche se celebraban en la casa principal de Noria del Aguila.

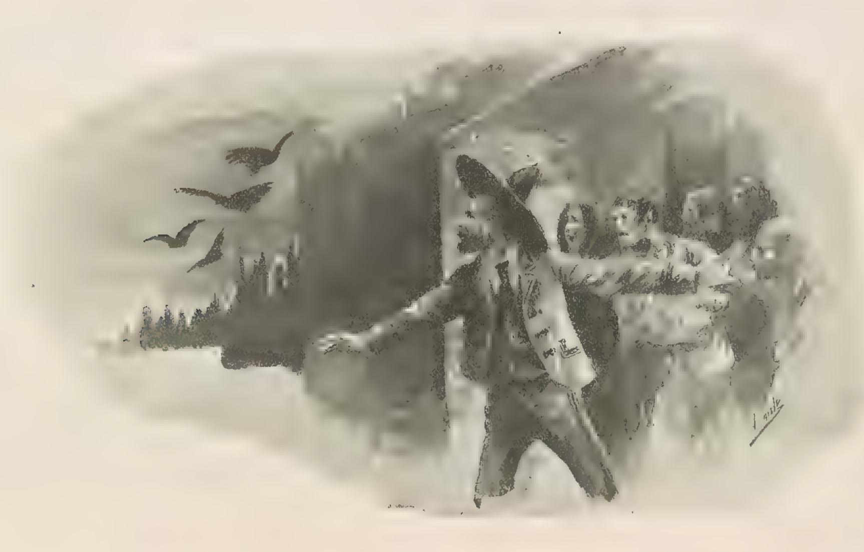
III

Todo esto y más todavía me fué referido por la buena señora, con tan profundo convencimiento y á la vez con tales muestras de desdén al notar cierta sonrisa de incredulidad en mí, que á poco ya estaba yo tan embrujado como ella. Intenté, sin embargo, escudriñar una parte del misterio, aquella que se relacionaba con la moza hija de la célebre hechicera. Doña Francisca me dió todos los datos necesarios, de los que vine á poner en claro que el bueno del administrador, aficionado por demás á las hembras, había tenido sus dares y tomares con una muchacha muy bonita del rancho; pero al cabo, como todo cansa en este mundo, cansóse de aquellos amoríos, no por otra cosa sino porque se enamoró perdidamente de otra, mujer con la cual comprendió que no podía entrar en más relaciones que las matrimoniales; por lo que dió de mano á su antigua pasión; y ya se habían empezado á correr las amonestaciones en la parroquia de Valnavara y sólo faltaba fijar la fecha del casorio, con gran contentamiento de doña Pancha, quien se había ofrecido á ser madrina.

Pero como el hombre propone... y las brujas disponen, desde el primer domingo en que se leyeron, después del Evangelio, las susodichas amonestaciones, empezó el aquelarre en la azotea del cuarto de don Carpio, según dejo ya referido.

Bien enterado del asunto y todo confuso y estupefacto, despedíme de la propietaria y en poco tiempo olvidé las brujas, hechicerías y demás cosas que con ellas y con los habitantes de Noria del Aguila se relacionaban.

CONCLUIRÁ.



El Territorio Quintana Roo

Páginas de un Album de Campaña.

Para muchos de nuestros lectores, indudablemente, es desconocida por completo la parte de la península yucateca erigida en territorio federal por el Congreso de la Unión con el nombre de Quintana Roo.

Hace poco, consignábamos en este semanario la noticia de haberse establecido en Xcalak la primera escuela, y ahora damos principio á la publicación de una serie de fotografías que representan distintos puntos de la comarca y que no son, en resumen, más que un puñado de hojas arrancadas al álbum de campaña de uno de los jefes del ejército que más se distinguieron en Yucatán. Esta serie, sin embargo, servirá para que el público se forme una idea de los esfuerzos desplegados por las autoridades federales en la obra de civilización que emprendieron, y de los afanes con que las tropas han coadyuvado á las altas miras de la Administración Pública.

En uno de nuestros grabados puede verse en conjunto, el campamento «General de la Vega» tal como se encontraba hace pocos meses. En él están situadas las barracas que se mandaron construir especialmente para alojar á las fuerzas y que, desde el punto de vista de la comodidad y de la higiene, han sido consideradas como de las mejores en su género. Por separado se levantan los departamentos que se destinan â la oficialidad y al despacho del jefe de la campaña. Las oficinas del Cuartel General están reunidas en un edificio de madera sólidamente construído y bien ventilado.

Otra de las fotografías que damos á conocer representa el muelle del campamento, hecho por los oficiales facultativos que fueron con las tropas á la campaña, con el fin de facilitar el desembarque de las provisiones necesarias para el servicio. La construcción es de madera y hierro y ofrece notables ventajas para las maniobras propias de su objeto.

***

Además, entre nuestras ilustraciones figuran: un grupo de oficiales reunidos á la entrada de una tienda en amigable convivialidad; el buque-escuela «Zaragoza,» anclado en Puerto Morelos; una vista de la selva yucateca, y un pueblo de la Isla de Cozumel que surte de verduras y de algunos de los víveres más indispensables á la costa oriental de la península.

En las próximas ediciones de «El Mundo Ilustrado» publicaremos las fotografías que ahora, por falta de espacio, nos hemos visto obligados á reservar.



Campamento "General de la Vega."



Selva virgen.



La Comida.

DOLORA.

El, al verla tan pálida, tan triste,
Ya cuando el tren iba á partir, pensaba:
¿Por qué la calma en mi ánimo persiste
Y no siento que todo se me acaba?

«No me olvides»—dijo ella, y en su acento
Desfallecía la doliente queja,
En el cual sollozaba el sentimiento
De quien se va, de quien su dicha deja.

—«No te olvido» -dijo él; pero no había
En su palabra aquel temblor que imprime
A la frase amorosa la agonía
Cuando el adiós entre los labios gime.

Y ella, tan triste con sus ojos bellos,
Cantraída la boca, flor ya mustia,
En confuso desorden los cabellos,
Signo de insomnio y dolorosa angustia!

Mas eran, ¡ay! para el amante extraños
El dolor, el horror de la partida...
El habría llorado á los veinte años,
Pero despues de amargos desengaños
Ya sabe el corazón cómo es la vida.

Isaias GAMBOA.

AL REDEDOR DE LA CIUDAD

CONTRASTES.

A la madre, á la antigua, señorial, cortesana, vieja, discreta, «iglesiera,» rebujada en holgados lutos y—¿por qué no decirlo?—descuidada y aun sucia, le ha salido la hija democrática, limpia, amante del agua fresca y bullente, de la luz, del sol y de las flores.

Parece la ciudad nueva una de estas muchachas de Norte América de belleza correcta, fría en apariencia, cuyas formas castas, duras y elásticas ciñe un traje blanco, con alburas de paloma recién bañada. Son rubias y sonrosadas y encarnan un ideal de belleza fuerte é independiente que atrae los afectos puros y que aun á los corazones maltratados por la vida les refresca y reconforta haciéndoles convertirse á los limpios ensueños radiantes de la infancia.

La higiene, que nos aburre cuando se nos la espeta en tardas máximas; la urbanización, que suele ser tema fastidiosísimo de disertaciones; el buen parecer de las ciudades, matraca que agitan los periódicos, nos encantan, nos seducen cuando las vemos hechas realidad en el agua que bulle en los jardines, en el aseado frontispicio del palacete cuyos cristales brillan al sol entre las opacidades aristocráticas del mármol; en la calle recta y ornada de plantas que nos recuerdan la exuberancia ardorosa de la naturaleza, en medio de la corrección urbana de líneas y matices.

Si el traje de un hombre muestra con evidencia la índole de éste, su habitación, lujosa ó paupérrima, sobre todo si él mismo la ha fabricado ó hecho fabricar, le exhibe de cuerpo entero con sus ideas más íntimas, con sus más secretas inclinaciones, con sus gustos menos conocidos.

Nadie ignora que hay ciudades que seducen por sólo su aspecto; ciudades en cuyas avenidas el viajero se siente á sus anchas, feliz, acogido cordialmente, y que hay otras que repelen, que parecen expulsar con duro gesto al curioso, como hosteleros enfadados que no quieren dar posada.

Hay ciudades románticas, ciudades históricas, ciudades tristes, ciudades sonrientes, ciudades avaras, ciudades idiotas, intelectuales, trabajadoras, holgazanas, sobrias, glotonas......

Y México?.... De México no sé qué decir.

Es una ciudad mixta, lo indiqué al principio. Hacia el Oriente, la vieja descuidada, sucia, que repugna é interesa al mismo tiempo, como una ruina venerable y que no quiere, que no puede remozarse.

Aunque se precia de española rancia, no puede esconder la linfa india que circula por sus canales, corre por sus acequias, empuerca sus calles y se manifiesta en retoños cancerosos en sus casas de vecindad, en sus plazuelas hediondas, en sus barriadas putrefactas y populosas. En vano aquí y allá un vasto caserón señorial, de los que apellidara Húmboldt palacios, con sutil ironía, quiere ennoblecerla. Su nobleza es rancia y apesta y está además contaminada por vicioso desaseo.

Aparte de eso, es una vieja que se cubre de afeites y de alhajas. Una «rivière» de diamantes sobre la garganta apergaminada de una anciana, repele. El collar de focos eléctricos que esa parte de la ciudad se pone por las noches, la torna fúnebre como una momia ataviada para un baile macabro.

No me extraña que los trenes eléctricos, esos lindos juguetes de la muerte, aplasten tanta gente por los barrios. Venidos de las populosas ciudades del Norte ultracivilizado, pensarían—si pensar pudieran—que caminan entre sombras de una ciudad fantástica.

¿Acaso tienen algo de real, como no sea en las pesadillas, esos caserones de fachada cubierta de laboriosos arabescos, que se apartan desplomados de la calle; los portones barrocos; los zaguanes húmedos y cavernosos; los enormes balconajes; los postigos mudos, telarañosos y apolillados; todos esos detalles, en fin, que alumbrados crudamente por las claridades eléctricas, semejan restos de tumbas, trozos de monumentos, semihundidas y truncas ruinas que nada tienen que ver con la vida franca y activa de la edad moderna?

En esos callejones tuertos y estrechos como intestinos estaría bien el conciliábulo de un mercader avaro y un fantasma que le encomendara misas por su alma; en esa plazuela, que mejor fuera llamarla basurero, bien pudieran dos galanes espadachines perforarse á mansalva el juboncillo con sus estoques de cumplidos gavilanes á la luz mortecina de un farolillo; en estotra calle, cerrada de una parte por un muro de convento y de la otra por casas claudicantes que se doblan en recodos como un biombo, parece que se va á asistir á los discreteos vergonzantes de un embozado y una dueña celestina; en esotra plazoleta, surcada por verdinegras corrientes de aguas hediondas, á nadie extrañaría que sentara sus reales un «tianguis» de indios; pero vida moderna, lujosos establecimientos de mercaderes, vías y fanales eléctricos, buggys y automóviles, ¿verdad que no se concibe que los haya en tales rincones?

Por eso los que anhelan vida, luz, aire, movi-



ISLA DE COZUMEL.—San Miguel.



El "Zaragoza" en Puerto Morelos.



Cuartel General de las fuerzas en el Campamento "de la Vega."

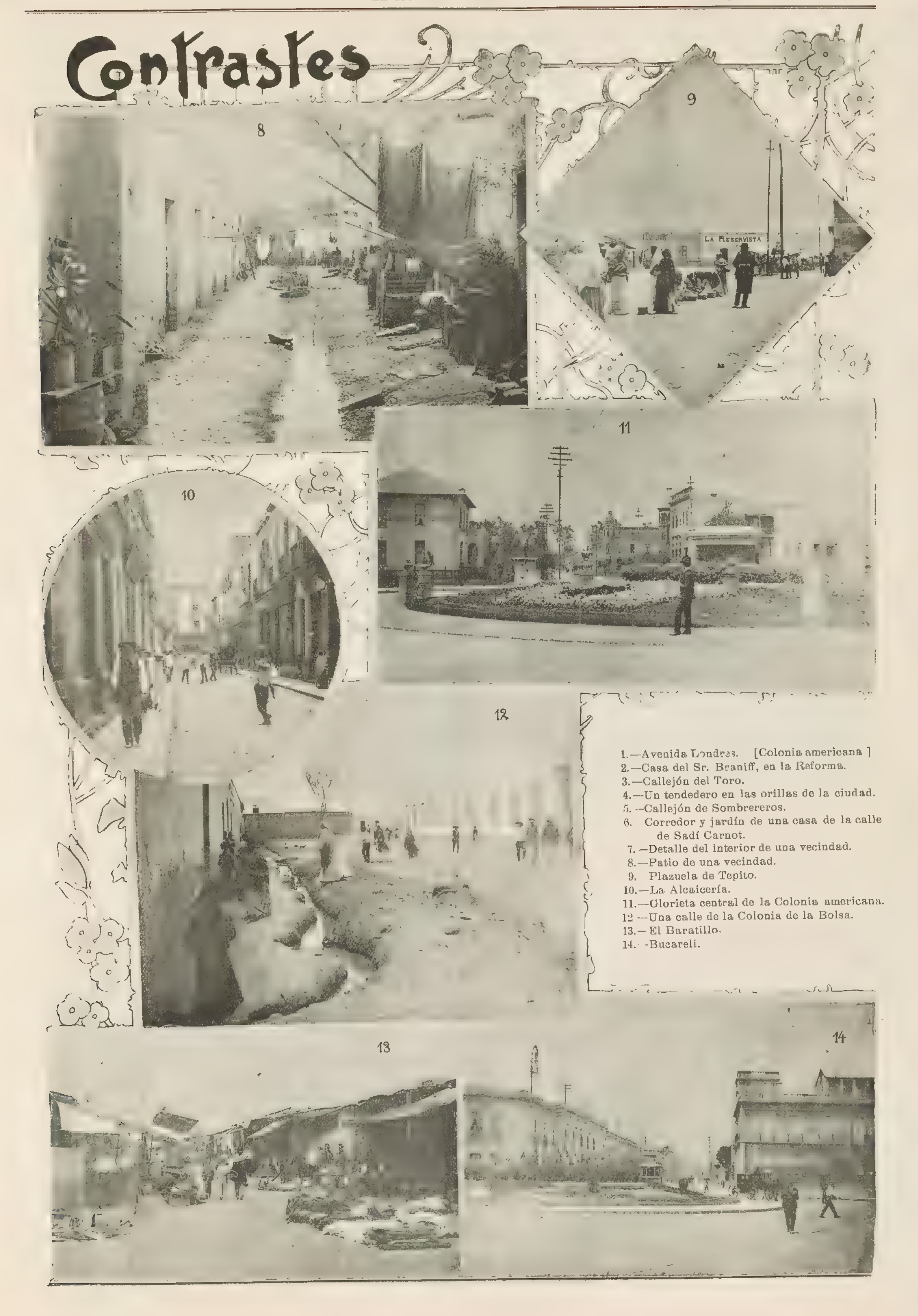


Muelle del Campamento.

Al rededor de la Ciudad



Contrastes



1.—Avenida Londres. [Colonia americana]
2.—Casa del Sr. Braniff, en la Reforma.
3.—Callejón del Toro.
4.—Un tendedero en las orillas de la ciudad.
5.—Callejón de Sombrereros.
6. Corredor y jardín de una casa de la calle de Sadí Carnot.
7.—Detalle del interior de una vecindad.
8.—Patio de una vecindad.
9. Plazuela de Tepito.
10.—La Alcaicería.
11.—Glorieta central de la Colonia americana.
12.—Una calle de la Colonia de la Bolsa.
13.—El Baratillo.
14.—Bucareli.

miento, refluyen á Occidente—que aun aquí se cumple la ley aquella histórica de que la civilización marcha del Oriente al Ocaso,—fabrican barrios nuevos, plantan jardines, abren amplias avenidas, construyen palacios y dejan sumida en su modorra triste y mortífera á la ciudad vieja que se aduerme á la sombra de sus obscuros templos en la estrechez penumbrosa y enmohecida de sus calles.

Y la hija, nacida de las entrañas mismas de su madre, surgiendo de las avenidas remozadas de Plateros y San Francisco, se tiende al sol en la llanura occidental, como una muchacha fatigada de una loca partida de lawn-tennis, y abre los brazos como para estrechar entre ellos el montículo agreste y perfumado donde el alcázar de Chapultepec vigila sobre el valle.

***

¿Y los habitantes? Al Oriente subsisten aún los tipos miserables: del vendedor semidesnudo que trota bajo su carga de caza ó de legumbres; del lépero agresor de barrio con un tufo de cabellos sobre la frente y la mirada extraviada por la borrachera; de la maritornes vistosamente trajeada.

Por la mañana, á la hora en que los campanarios se desgañitan llamando á misa, se ve cruzar por las calles, opacas y sucias, á la beata tocada de negro, con la camándula y el libro entre las manos sarmentosas, y á la muchacha cursi pintada con afeites baratos y adornada con traje y sombrero de desecho. Ni falta el rufiancillo de barrio, canalla y maleante, híbrido de obrero y señorito, ni el aguador característico barnizado de mugre y estorbado en sus movimientos por los panzudos y abollados «chochocoles» de lata; ni los vendedores indígenas que hieren el aire con sus pregones, que parecen lamentos; ni los mendigos pintorescos, de grandes barbas ascéticas; ni los «artistas» trashumantes que van de patio en patio hiriendo los sensibles corazones de las cocineras con sus canciones amorosas.

El estanquillo, la pulquería, los ultramarinos de la esquina, el templo, el figón y la comisaría, forman el cerco donde se encierra cada barrio, los telones de fondo para los sainetes y las tragedias de sus vecinos, el escenario para sus niñas, sus amores y sus festejos.

La lucha por la vida es cruenta y evidente. Todas las accesorias son «comercios:» ganchos torcidos y endebles, de quebradizo alambre, para que en ellos se atore al paso el dinero y la voluntad de los transeúntes; antros de cuyo fondo parece que surge la voz lastimosa del desheredado que quiere vivir y que clama débilmente: ¿y yo?....

Id, en cambio al extremo opuesto de la ciudad, mejor dicho, á la otra ciudad. Las calles son anchas y patriarcales, de piso terso, de casas severamente ricas cuyas fachadas, á plomo sobre el piso, muestran el bienestar y la holgura desde el sobrio cornizamento hasta la pulida base de los edificios. A éstos casi siempre les rodean jardines, céspedes cuidados como un tapiz valioso; macizos de bugambilias apañan y encubren los frontispicios; fontanelas con estatuas dejan caer un cristalino hilo de agua; bestias de lujo se pasean por las callejas enarenadas de rojo de los parques...... Hasta el cielo parece más amplio y más limpio, porque no lo opacan ni lo empañan las humaredas de las fábricas y los figones.

Por las banquetas, discretamente, van las damitas cubiertas de encajes, cogiéndose la falda con gracioso amaneramiento; las niñas nerviosas, delgadas, pálidas, de grandes ojos miopes; los chiquillos mofletudos y rubios: los señores graves enfundados en la negra levita; todo tan discreto, tan ordenado, que más que cosa viva, parece aquello un cuadro de reloj antiguo que se pone en movimiento al dar la hora.

Así apartadas, extrañas una á otra, casi enemistadas, contrarias, permanecen la madre y la hija, ésta esperando tal vez que aquélla muera para heredarla, para engullírsela, como dizque hacen los críos de ciertos bichos; la otra, la vieja, dejándose arruinar impasible, despreciativa, desdeñosa por la vida moderna, permitiendo que crezcan sus lacras y poniendo á veces aquí y allá, como al desdén, un revoco, no para apuntalarse ni para prolongar sus días, sino por capricho semejante al de una mujer que fué hermosa y coqueta y celebrada, y que al ver los atavíos que ofrecen las nuevas modas á sus nietas, á veces se enamora de un sombrero, de un listón ó de un aderezo y quiere ponérselo, aunque desdiga de su fealdad y de sus años.

CÁSTOR.



ACAPULCO.—Callejón de Ventilación.



ACAPULCO.—Parte media del Callejón de Ventilación.

UNA OBRA DE IMPORTANCIA

CALLEJÓN DE VENTILACIÓN.

Cuando se inició la epidemia de peste bubónica en Mazatlán, el Consejo Superior de Salubridad se dispuso, sin pérdida de tiempo, á poner en práctica todas aquellas medidas que juzgó indispensables para evitar que los demás puertos del Pacífico fueran diezmados por la terrible plaga.

En Acapulco, uno de los más expuestos á ser invadidos por la peste, se arregló desde luego el Lazareto de la Roqueta; pero una vez terminadas las obras relativas á su instalación, se vió que, por estar situado casi en el centro de un bosque, carecía de una de las condiciones higiénicas más importantes, como era la de estar suficientemente ventilado.

Para vencer estas dificultades con la premura que el caso demandaba, el señor Doctor Glass, enviado por el Consejo á Acapulco para que se encargara de la Delegación Sanitaria, proyectó la apertura de un «callejón» que, pasando por el bosque, permitiera al edificio recibir directamente el aire del mar.

La obra, dificultosa por lo intrincado de la parte del monte que había que destruir, se llevó á término con el mejor éxito, como puede verse en uno de los grabados que ilustran estas páginas. A uno y otro lado del callejón de ventilación se extiende aún la espesura del bosque que cubría antes todo el terreno. Este



ACAPULCO.—Entrada de Boca Grande.



PROYECTO DE EDIFICIO PARA LA SECRETARIA DE COMUNICACIONES.—Fachada principal.

callejón tiene cincuenta metros de ancho por quinientos cincuenta de largo, ó sea la distancia que le separa de la Bahía de Yerbabuena.

El segundo de nuestros grabados representa la parte media de la obra, durante los trabajos de apertura, y el tercero, la entrada de Boca Grande en la Isla de la Roqueta, donde está situado el lazareto. La fotografía está tomada desde el cerro de San Martín, que se levanta frente á la isla.

Con la ejecución de los trabajos á que nos referimos, el lazareto ha quedado en las mejores condiciones higiénicas, y el Consejo Superior de Salubridad ha dado una nueva muestra del empeño con que viene trabajando para lograr, en los puertos, un servicio sanitario conforme en todo con las exigencias de los adelantos modernos.

Nuevo Edificio para la Secretaria de Comunicaciones.

En el año de 1901, la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas encargó al señor Arquitecto S. Contri de la formación de un proyecto para el edificio de la misma Secretaría, sobre un terreno situado en la Plaza de la República, frente al lugar que ocupará el Palacio Legislativo. Este proyecto fué presentado y aprobado á principios del año de 1902, pero hubo de formarse uno nuevo á causa de que la Secretaría cambió de idea acerca de la localización de su futuro edificio, desechando el terreno de la Plaza de la República y escogiendo el que actualmente ocupa el Hospital de San Andrés, mucho más conveniente que el primero por su situación en el centro de la Ciudad. En este segundo proyecto hubo que comprender departamentos para la Dirección General y Oficina Central de Telégrafos.

Este proyecto, aprobado en Octubre último, ha sido ya completamente desarrollado y estudiado.

El edificio ocupará un rectángulo de 82m.30 por 57m.70, limitado por las calles de San Andrés, Xicoténcatl, Estampa de San Andrés y una calle nueva que se abrirá en prolongación del callejón de la Condesa. La fachada principal estará en la calle de San Andrés, cuya calle se ampliará hasta darle un ancho de 39 metros.

Su estilo de Arquitectura es del Renacimiento italino, serio y de proporciones grandiosas, apropiado al uso á que se le destina, y en armonía con el estilo de la Escuela de Minería, que quedará enfrente.

La distribución es sencilla y cómoda, en departamentos amplios, bien ventilados é iluminados. Los dos primeros pisos se destinan en su totalidad á la Dirección General y Oficina Central de Telégrafos, comprendiendo también las oficinas de la Comisión Hidrográfica, Comisión Revisora de Tarifas de Ferrocarriles y la Contaduría y Pagaduría de la Secretaría de Comunicaciones. El tercer piso se dedica todo á las demás dependencias de la misma Secretaría.

La construcción se hará con esqueleto metálico, sobre una plataforma de cimentación también metálica; las fachadas se harán de chiluca y cantería, lo mismo que el patio. El decorado interior se hará en cada departamento según lo requiera el objeto á que se destine.

VAS PLENUM.

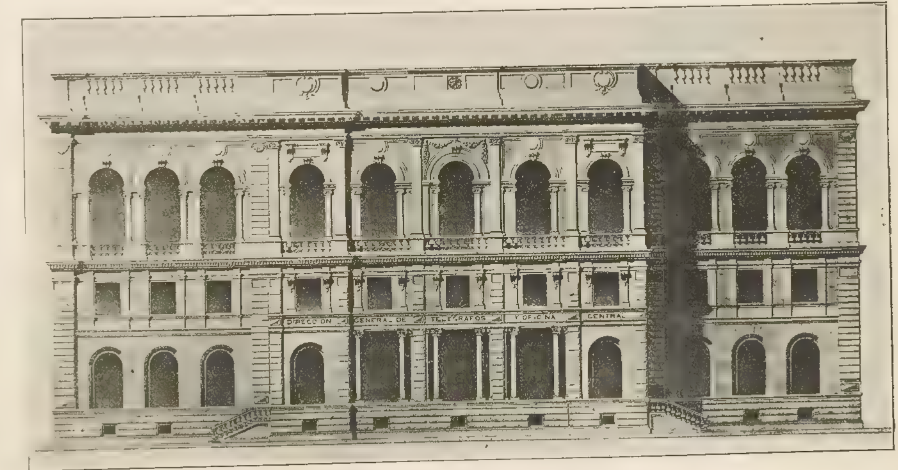
Eres como la crátera esculpida
En terso mármol con cincel divino,
Donde la sangre de la vid, el vino,
Brinda su ardor en onda enrojecida.

Tu cuerpo, como el ánfora, convida
Al beso del placer, y el que con tino
Sabe libar el néctar purpurino,
En gloriosa embriaguez pasa la vida.

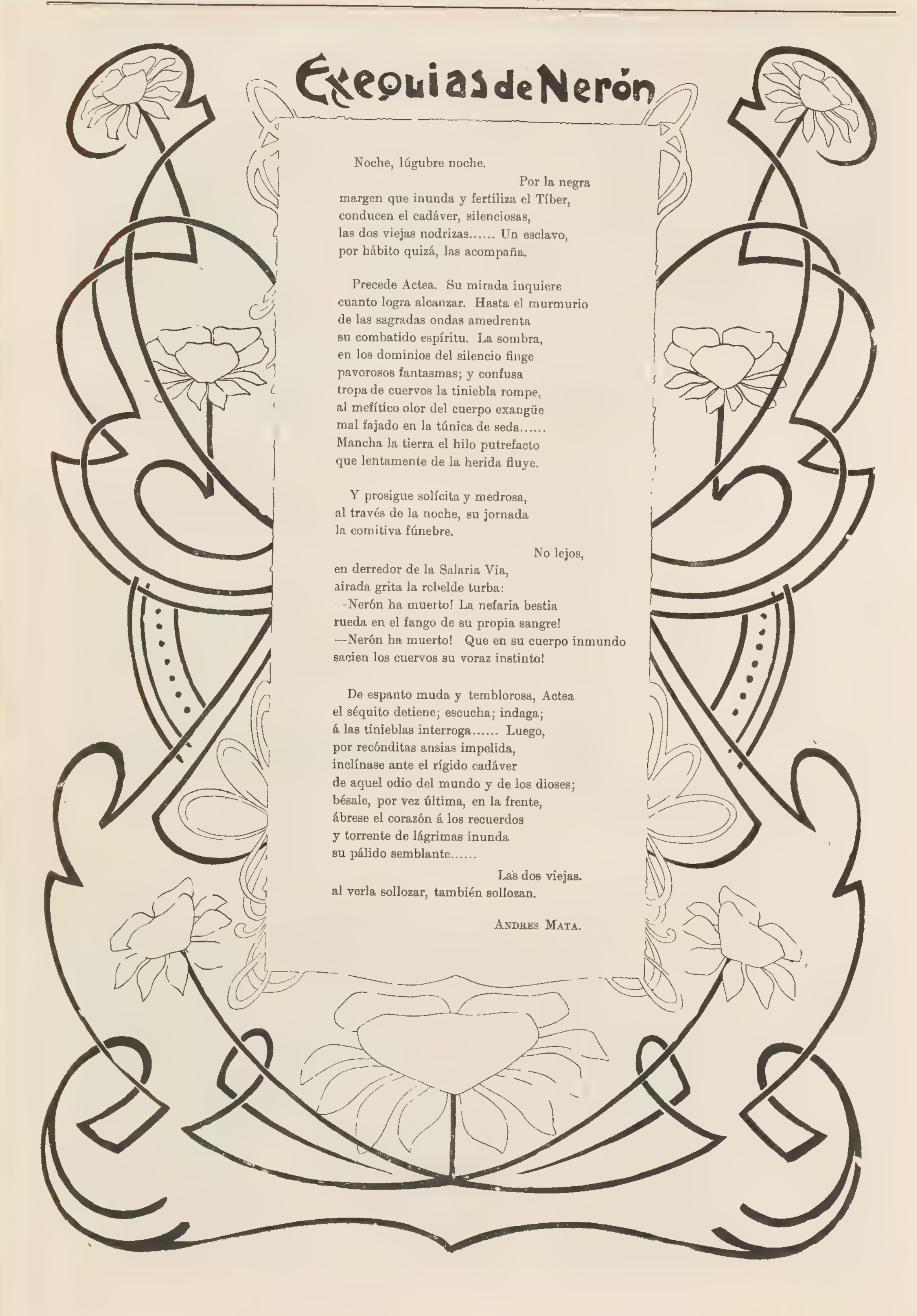
Mas ¡ay del que sediento de ventura
Hasta las heces el licor apura
Con imprudencia loca é insensata!

Porque el amor que guardas en tu seno
Es, á la par, elíxir y veneno
Que place á sorbos y á raudales mata.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.



PROYECTO DE EDIFICIO PARA LA SECRETARIA DE COMUNICACIONES.—Fachada correspondiente á la Dirección de Telégrafos.



Exequias de Nerón

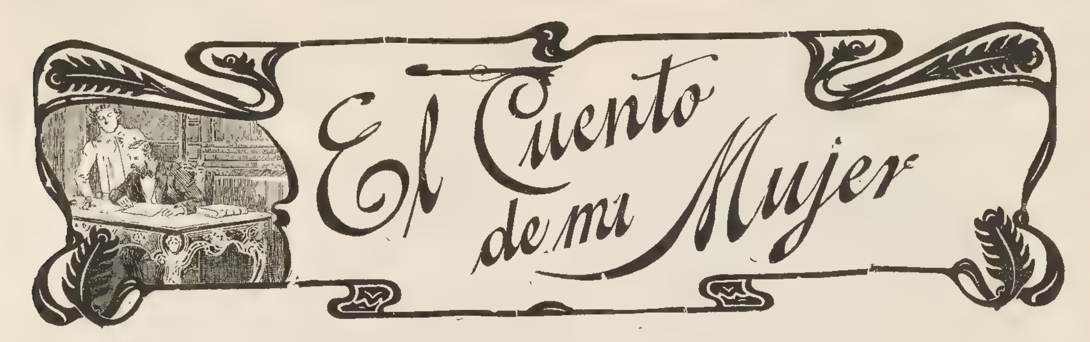
Noche, lúgubre noche.
Por la negra
margen que inunda y fertiliza el Tíber,
conducen el cadáver, silenciosas,
las dos viejas nodrizas...... Un esclavo,
por hábito quizá, las acompaña.

Precede Actea. Su mirada inquiere
cuanto logra alcanzar. Hasta el murmurio
de las sagradas ondas amedrenta
su combatido espíritu. La sombra,
en los dominios del silencio finge
pavorosos fantasmas; y confusa
tropa de cuervos la tiniebla rompe,
al mefítico olor del cuerpo exangüe
mal fajado en la túnica de seda......
Mancha la tierra el hilo putrefacto
que lentamente de la herida fluye.

Y prosigue solícita y medrosa,
al través de la noche, su jornada
la comitiva fúnebre.
No lejos,
en derredor de la Salaria Vía,
airada grita la rebelde turba:
—Nerón ha muerto! La nefaria bestia
rueda en el fango de su propia sangre!
—Nerón ha muerto! Que en su cuerpo inmundo
sacien los cuervos su voraz instinto!

De espanto muda y temblorosa, Actea
el séquito detiene; escucha; indaga;
á las tinieblas interroga...... Luego,
por recónditas ansias impelida,
inclínase ante el rígido cadáver
de aquel odio del mundo y de los dioses;
bésale, por vez última, en la frente,
ábrese el corazón á los recuerdos
y torrente de lágrimas inunda
su pálido semblante......
Las dos viejas.
al verla sollozar, también sollozan.

ANDRES MATA.



Se abrió la puerta y entró mi mujer en el despacho. Luego, vino hacia la mesa donde estaba escribiendo, y poniéndose de codos en ella, me preguntó:

—¿Qué haces?

—Nada, un cuento.

—¿Y á quién se lo vas á dedicar?

—Hija, á nadie. Si eso es muy cursi, ya no lo hacen más que los principiantes.

—Trae la pluma.

Y al mismo tiempo me la quitó de entre los dedos. Después, acercando la cuartilla donde estaba el cuento que yo escribía, puso debajo del título, en letra inglesa españolizada: «Dedicado á mi mujer.»

—Pero, criatura—le dije festivamente—¿cómo voy á dedicarte un cuento, donde hay asesinatos, envenenamientos, suicidios, y qué sé yo cuántas cosas horribles?

—Pues quítalas. ¿Hacen alguna falta?

—Ninguna, como falta, ninguna.

—Di que no quieres.

—Bueno, vamos, te complaceré. Haré otra cosa; pero déjame trabajar en paz. Después, ya podrás leerlo.

—Veremos si cumples tu palabra.

Y se retiró satisfecha. Cogí la pluma, separé las cuartillas escritas y sobre una de las que quedaban limpias puse el título del nuevo cuento: «La historia de siempre.—Para mi mujer.»

Helo aquí:

«Cuando Julia oyó que llamaban, fué ella misma á abrir la puerta.

—Dichosos ojos, mujer—dijo al ver á Carmen.—Pasa, pasa.

—Lo menos hace quince días que digo: Hoy irás á verla, de hoy no pasa. ¡Pero se me va el tiempo de una manera! ¿Y qué tal?

—Bien. ¿Quieres que pasemos al despacho de mi marido?

—Sí; donde quieras.

Carmen se quedó mirando una escultura, de buena firma, que representaba á la muerte sosteniendo en sus brazos el cuerpo de una joven, en actitud desmayada. El grupo llevaba por título: «La muerte precipitando la hermosura.»

—¡Jesús, qué horror! —dijo Carmen.

—¡Ah! sí—contestó Julia con cierto orgullo,—es bonito.

Eso de «bonito» se lo había oído á su marido.

—¿Y cómo te va con Pepe?

—Bien......

—Hija, ¡lo dices de una manera!

—Verás. Si he de ser franca, te diré que no es malo, ¡pero tiene unas rarezas!

—A ver, á ver esas rarezas. Me gusta saber cómo son los sabios para maridos.

—¿Tú no sabes lo que sucedió el día que nos casamos?

—No. Di, di, me interesa, no puedes imaginarte lo que me interesa.

—Pues salimos de la iglesia, y no sé qué ideas me vinieron tan extrañas...... Mira, ¡me entraron ganas de llorar! El, sin andarse con cumplimientos, sacó del bolsillo un periódico y se puso á leer tranquilamente. Créeme, entonces le hubiera ahogado.

—Delicioso—contestó Carmen riéndose á carcajadas.

—¿Por qué?

—Mujer, es graciosísimo el caso. A ver, qué más.

—Al día siguiente, me dijo: Escucha, niña, tú eres aquí la reina. Haces lo que se te antoje y lo que quieras. Déjame estudiar y escribir, ya verás qué felices somos.

—¡Qué suerte!

—¿A eso le llaman suerte? Todo lo encuentran bien ó mal, según á mí me parece. Chica, te digo que es un aburrimiento. A veces pruebo de enfadarle, pero es inútil.

....

—¡Oh, qué hermoso! Si tu marido es una alhaja. ¡Lástima que esos hombres no abunden!

—¡Vaya un gusto!

—Hijita, es muy tarde, me voy.

Julia y Carmen se besaron cariñosamente, y al despedirse pensó Carmen:

—¡Qué cosas más raras tienen los hombres! ¿Y por qué será así el marido de Julia? Un día se lo voy á preguntar.

Pocos días después la encontramos sentada frente á frente con el marido de aquélla.

—Ea, señor sabio. Las mujeres somos muy curiosas. ¿Por qué es usted tan frío con su mujer?

—¡Jesús, María y José! ¡Qué ocurrencia! ¿Yo?

—Sí, usted. Nosotras sabemos mucho.

—¿Y qué sabe usted?

—Que usted quiere á Julia, pero es muy extraño con ella.

—Bien. ¿Y se puede saber á qué vienen estas filosofías?

—Sea usted atento con las señoras, caballerito, y no tema usted: es una curiosidad. Yo tengo gusto en saberla, como usted lo tiene en enterarse de muchas cosas que dicen esos librotes.

—Acabemos. ¿Va usted á ser discreta? ¿Va usted á callar lo que yo le diga?

—Haga usted cuenta que no le oye nadie.

Y, al pronunciar estas palabras, sonreía nerviosamente de satisfacción.

—Pues escuche, Carmen. Yo aprecio á mi mujer, no haré más que su gusto, jamás la faltaré con otra; pero ese cariño que usted pide, yo no puedo tenérselo á ella ni á nadie. Verá usted: Julia tuvo relaciones con un amigo mío, le quería muchísimo, pero era un perdis y la boda no se hizo. Sin embargo, Julia le adora aún, no lo demuestra, no lo mira si le encuentra; pero sufre por no haberle mirado. Estoy seguro de que antes de faltarme se mataría...... pero conserva su amor antiguo. Y á mí me sucede exactamente lo propio con una mujer. ¿Se ha enterado usted?

—Muy bien...... ¡Qué talento!

—Gracias.»

Así acababa el cuento.

Entonces nuestro sabio llamó á Julia y le dijo:

—Ea, mujer, ahora estarás satisfecha. Ahí tienes el cuento.

Julia, sonriente, empezó á leer. A medida que avanzaba, iba poniéndose seria. Cuando terminó, ¡con qué indignación miró á su marido!

—Eres un infame—exclamó.

—¡Pero mujer, si eso es un cuento!

—Sí, el cuento de nunca acabar.

—Cierto,—pensó el escritor—es la historia de siempre.

Julia, indignada, rompió las cuartillas en pequeños pedazos.

Y le dijo su marido, moviendo tristemente la cabeza:

—Hija mía, has roto el cuento sin acordarte de que se puede escribir otro. ¡Ojalá pudiera hacerse lo mismo con el corazón humano!

FRANCISCO GIRALDOS.




TEATROS
Artistas del "Hidalgo"
Sra MATILDE NAVARRO
Sr FELIPE HARO
Sr MANUEL HARO
Sra PILAR LEREDO
Srta GUADALUPE L. DEL CASTILLO
Sr ADOLFO SANCHEZ
Srta SEGARRA
Sr ALFREDO SOLARES

LOS AHORCADOS.

(CUADRO AL TEMPLE.)

Cuelgan de las ramas los estrangulados
como largos frutos desproporcionados
bajo el fino tallo de la soga injerta;
y con la mirada fijamente abierta
por la crispadura de los estertores,
cuelgan de las ramas como grandes flores.
Tienen sobre el cuerpo bruscos desencajos
y en su boca brillan los espumarajos
de las maldiciones y del sufrimiento;
se contemplan mudos, y á merced del viento
que los acaricia, son como badajos.
Llevan en su rostro los sangrientos cuajos
de las congestiones, multiformes sellos
que compadecidos, cubren los cabellos
desenmarañados; y la boca muerde
la jaspeada lengua, cancerosa y verde.
Se alzan en la sombra—como imploraciones -
los torcidos brazos de las ramazones;
y con carnes blandas, y con nervios flojos,
y en el suelo fijos los abiertos ojos,
los estrangulados pálidos,y enjutos,
cuelgan de las ramas como largos frutos.

***

Pero tienen una irónica venganza
contra sus verdugos: «La Hora de la Danza»!
A la media noche, cuando todos duermen,
y en la selva canta su pasión el Germen,
llega un viejo torvo de inclinada testa
dirigiendo el grupo de su gran orquesta:
Es el Viento. Y ruge tarantelas hondas
en el violoncelo de las verdes frondas.
Y los taciturnos, los estrangulados,
los de los semblantes tan amoratados,
mueven el cordaje de sus nervios flojos,
clavan en la sombra sus abiertos ojos
y crispado el pelo, como dura cerda,
bailan suspendidos de la tosca cuerda.
Porque el canto lleva gritos sangradores
contra los humanos estranguladores,
y los cabizbajos manifiestan gusto
porque encuentran algo vengativo y justo
y al violoncelista de sus embelesos
le consagran danzas y le mandan besos!
....
¡Y se escucha un sordo traqueteo de huesos!

Entrefanto, el Viejo, con su violoncelo
sigue el estribillo de su ritornelo,
y los cabizbajos prosiguen sus danzas
con sus largas piernas, que parecen lanzas
desarticuladas con siniestra bulla....
y un perro que pasa, los mira y aúlla!....

JOSÉ F. ELIZONDO.

CUADRO VIEJO.

Un viento helado, cortante, corre sin reposo; se le ve pasar como un rodillo enorme que doblega los cardos y achata los pastos.

El campo tiembla con toda una franca expresión de frío.

No hay colores...... todo es plomizo.

Tropeles de nubes pardas se cruzan incansables, amenazando á veces abrirse á un rayo de sol que nunca pasa.

La loma, en silencio, estoica, esfuma su línea sobre fondo de firmamento obscuro.

El arroyo parece más apurado que nunca, trepidan sus ondas; huye buscando otro aliento.

En el fondo de la laguna espejante se renuevan las nubes, como en un hervor de vapores opacos que luchan por elevarse sin conseguirlo; en la superficie se persiguen grandes plegados que hace y descorre el viento sobre las aguas mansas. La laguna tiene frío y extiende sus cobijas.

En la hondonada hay algo que asoma á ras de la tierra alta...... parece el lomo de un fenomenal carpincho que duerme agarrotado..... de cuando en cuando arroja jirones de humo débil que el viento absorbe negándole rumbo. Es que hay allí un rancho, un puesto avanzado del hombre en la inmensa soledad....... un carril del futuro.

Y el viento corre loco y burlón: coloca sus labios poderosos en los brazos más pelados de los árboles, y silbando, bifurca el sonido en notas de un agudo estridente que llevan amenaza al sarcasmo.

Surgen sobre la loma bultos inquietos...... parecen siluetas de hombres...... Por la falda suben manchas informes... llegan á lo alto.... ¡son hombres!..... Se mezclan en agitado grupo..... saltan chispas de viva luz que dura un segundo...... El viento trae moribundos ecos de estampidos!

Un rayo de sol indeciso rasga las nubes y corre á la loma. Se distinguen regueros que brillan rojizos, y sobre fondo de cielo plomo, coronándola, hombres!...... lanzas!..... banderas!...... ¡la Patria, quizá!......

Las nubes, con rabia, ahogan el rayo de luz imprudente...... ha sido un instante, no más...Ha sido la visión del tallado instantáneo de un bajo relieve en granito... un frente atrevido de pedestal heroico!

El viento sigue silbando contento y sin tregua; salta, corre, se revuelca en las zanjas.

***

El campo, temblando de frío, se arrolla, se achica... La loma se oculta, se borra...... y el cielo se hace impenetrable fondo negro: ha invadido la noche.

El arroyo delata la Natura aterida trepidando en sus ondas, corriendo en tinieblas buscando otro aliento.

En la loma hay puntos de fuego que el cierzo castiga y no apaga..... ¡fogones!..... ¡la Patria, quizá, festejando sus triunfos!

VICENTE ROSSI.

De Víctor Hugo.

Aquilón que al volar todo lo arrasas,
No tronches á la flor
Y no azotes el pecho en que palpita
Cariño ó ambición.
Pero destruye y llévate muy lejos.
¡Oh terrible aquilón!
Al tallo que se yergue sin espiga
Y á la mujor que vive sin amor!......

M. R. BLANCO-BELMONTE.

MAXIMAS

En tiempo de paz, el hombre belicoso se acomete á sí mismo.

*

Las aventuras terribles dan en qué pensar que el que las ha experimentado tiene en sí algo de terrible.

*

¿Quién por su buena reputación no se ha sacrificado ya á sí mismo?

*

En la benevolencia no hay misantropía, pero sí mucho desprecio hacia los hombres.

¡Unico Acontecimiento en el Mundo!

Durante los dos primeros años de nuestro negocio, hemos vendido más zapatos que cualquiera otra casa del mundo. Hemos hecho la fortuna de muchas personas y podemos hacer la de usted. Lo único que le pedimos es que haga una prueba.

ESCRIBA PIDIENDO LISTA DE PRECIOS.

FABRICA NUM. 1.—Capacidad para 6.000 pares diarios. Cor. Jefferson Ave. and Mullanphy St.

Casas con Muestras: Mr. Ford Dix, Grand Hotel Pasaje, Habana, Cuba.
Mr. George Porro, 1.ª del Salto del Agua núm. 32, México, D. F.

Invitación para participar
A LA PROXIMA

Gran Lotería Alemana de Dinero

La lotería de dinero bien importante, autorizada por el Gobierno de Hamburgo y garantizada por la hacienda pública del Estado, contiene 115,000 billetes, de los cuales 55,763 deben ser premiados. Resulta, pues, que cada premio se reparte entre dos números.

Todo el capital importa:

Marcos 11.306,390 ó sean cerca de *Pesos* 7.295,000 *Moneda Mexicana.*

Los sorteos se hacen públicamente bajo inspección del Gobierno, y el pago pu tual de los premios está garantizado por el Estado.

600.000 *Marcos* ó sean aproximadamente Pesos 387,000 *Moneda Mexicana* como premio mayor pueden ganarse en caso más feliz, especialmente 1 PREMIO de 300,000 MARCOS, 1 de 200,000 MARCOS, 1 de 100,000 MARCOS, 1 de 80,000 MARCOS, 2 de 60,000 MARCOS, 2 de 50,000 MARCOS, 3 de 40,000 MARCOS, 1 de 35,000 MARCOS, 5 de 30,000 MARCOS, 5 de 20,000 MARCOS, 2 de 15,000 MARCOS, 16 de 10,000 MARCOS, 55 de 5,000 MARCOS, 103 de 3,000 MARCOS, 155 de 2,000 MARCOS, 616 de 1,000 MARCOS, 14 de 500 MARCOS, 1,022 de 400 MARCOS, 33,788 de 169 MARCOS, 19,970 de 250 200, 150, 144, 111 MARCOS, etc.

El sorteo de estos 55,763 premios sobredichos, se hace en siete clases sucesivas, que siguen en breves intervalos.

Fuera de otros premios mayores, *en cada clase* se tirará *una prima especial* de modo que en caso más feliz, los premios mayores importan 50,000 *Marcos*, 55,000 *Marcos*, 60,000 *Marcos*, 70,000 *Marcos*, 80,000 *Marcos*, 90,000 *Marcos*, y 600,000 *Marcos*.

Al recibir el valor de los billetes, sea en cheques sobre bancos ó casas de comercio europeas, ó sea en billetes del banco mexicano, ó por medio de un giro postal, enviaré LOS BILLETES ORIGINALES en carta certificada para los primeros tres sorteos, acompañando un prospecto oficial que contiene todas las explicaciones que se necesitan.

Además, se adjuntará á cada comprador la traducción de los billetes originales en lengua española.

EL VALOR de los billetes PARA LAS TRES primeras clases, SEGUN EL PROSPECTO OFICIAL, es como sigue. (1 Marco vale aproximadamente 65 centavos moneda mexicana).

MARCOS 9.50 por un cuarto Billete Original, para la 1a., 2a. y 3a. clase.

MARCOS 19. Por un medio Billete Original para la 1a., 2a. y 3a. clase.

MARCOS 38. Por un entero Billete Original para 1a., 2a. y 3a. clase.

A su debido tiempo se avisa á los dueños de billetes, en qué épocas tendrán que hacer las remesas para la 4a., 5a., 6a. y 7a. clase: esto en caso de que el billete no hubiera recibido, en el intermedio, un premio. Pero es muy probable que el billete sea premiado, PORQUE, como ya está dicho, GANA CASI CADA SEGUNDO BILLETE, y las probabilidades de ganar aumentan de clase en clase. DESPUES DE CADA EXTRACCION, SE ENVIARA A TODO INTERESADO LA LISTA OFICIAL.

Los interesados harán bien de mandar sus pedidos POR EL PRIMER CORREO, para que se pueda efectuarlos puntualmente.

PRINCIPIO DE LOS SORTEOS: el 18 de Junio de 1903.

Pedidos que no lleguen en tiempo para la 1a. clase, serán ejecutados para la 2a. ó 3a. clase, por consiguiente cada uno PUEDE CONTAR POSITIVAMENTE CON QUE TENDRE CUIDADO DE QUE DE CUALQUIER MODO PODRA TOMAR PARTE EN ESTA INTERESANTE LOTERIA.

Lo mejor es hacer las remesas por carta certificada en Billetes de banco Mexicanos ó en giros postales; pero, en caso de que sea más conveniente á los clientes hacer los pagos en ese país, participo que el Banco Alemán Trasatlántico de México, calle de San Agustín 7, está autorizado por mí, de recibir por mi cuenta cualquier importe. Al hacer así, suplico enviarme directamente la carta órden bien clara á Hamburgo, avisándome á la vez, el importe remitido á este Banco. Además, se debe avisar al Banco Alemán Trasatlántico que tiene que abonar el importe á mi cuenta de la orden del respectivo pagador.

Todo se reune en esta gran lotería, para dar seguridad y beneficio al que participa de ella, como es el ARREGLO VENTAJOSO, INTERVENCION DEL GOBIERNO, SOLIDEZ, y ante todo, la GARANTIA DEL ESTADO PARA EL PAGO DE LOS PREMIOS. Teniendo relaciones con las mayores plazas del mundo, PUEDO PAGAR LAS CANTIDADES GANADAS TAMBIEN EN EL DOMICILIO DE LOS DUEÑOS.

¡POCO DINERO PUEDE DAR MUCHO!! ¡TENDED LA MANO A LA FORTUNA! POR PEDIDOS DIRIGIRSE A

Pincus Moeller, Hamburgo

(ALEMANIA) Casa fundada en 1855.
OFICINA CENTRAL DE LOTERIA
ENCARGADA POR EL GOBIERNO PARA LA VENTA DE LOS BILLETES.

Esta casa ha sido siempre preferida por la fortuna, y varias veces tuvo que pagar premios de mayor consideración, especialmente á clientes en México.

Desconfíese de cualquiera otra oferta pues nadie está autorizado á ello.

Se mandará gratis y franco, el prospecto oficial á quien lo pida. Correspondencia en todas lenguas.



LA "FOSFATINA FALIERES" es el alimento más grande y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses, y particularmente en el momento del destete y durante el período del crecimiento. Facilita mucho la dentición; asegura la buena formación de los huesos; previene y neutraliza los defectos que suelen presentarse al crecer, é impide la diarrea, que es tan frecuente en los niños. —PARIS, 6 AVENUE VICTORIA, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

ELIXIR ESTOMACAL
DE
SAIZ DE CARLOS

Cura el 98 por 100 de los enfermos del

ESTOMAGO E INTESTINOS

Por crónicas y rebeldes que sean sus dolencias

[illegible]

[illegible]

El Mundo Ilustrado

ANO X—TOMO I—NUM. 19

MEXICO, MAYO 10 DE 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem. Idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Festival Escolar de Caridad.

EL «CABARET DE LA MORT.»

ARTÍCULOS DE PRIMERA NECESIDAD

EL MATRIMONIO.

Yo no creo, como el personaje de una de las comedias de los Quintero, que la Estadística, mi sincera y grave amiga, demuestre que se casen más mujeres que hombres en este excelente planeta. Pero estoy persuadido de que, en México, especialmente, se casan menos mujeres de las que casarse debieran.

Sí, señoras mías, las que habéis pasado el umbral de ese palacio; sí, señoritas, las que estáis hechas—para seguir una frase de Shakespeare—con la masa con que están fabricados vuestros sueños: el «artículo» matrimonio —¡dejadme decir!—va resultando tan depreciado como el metal blanco, y no por exceso de producción, sino por depresión en la demanda.

Y no me reprochéis que abuse de mis aficiones, un poco platónicas, á esta pícara ciencia económica, porque de ella se trata, precisamente, y por ella ando buscando un rinconcito en donde poner ahora mi púlpito.

El amor es metafísico, pero el matrimonio es físico. Aquél, está salpicado de rocío de ideales; éste, de buenos y fecundantes chaparrones de realidades. ¡Desgraciado del que se atreve á salir de casa sin paraguas, en tiempo de lluvias!

El enamorado es siempre un poeta que cree que para que la tierra se abra en pródiga germinación y la savia ascienda en vivificantes oleadas, basta con trazar en el hueco de un árbol las iniciales enlazadas de dos espíritus que se buscan.

Rip-Rip durmió cien años en el bosque encantado, y cuando se vió en la fuente, una aureola de cabellos blancos orlaba su cabeza.

El amor es también un bosque encantado y cuando de él se sale—¡ah, no salgáis nunca de él, yo os lo recomiendo!—la nieve ha sepultado ya el campo de amapolas, que antaño esmaltaban la pradera, como corazones ensangrentados.

Cruza, al cárdeno rayo del sol de mediodía, en pleno «boulevard,» la luciente comitiva, y las sedas se irisan y cintilan las pedrerías, y bajo la breve cúpula de la sombrilla, los encajes se escapan en borbotones de ligera espuma.

Y entonces, recuerdo á mi amigo, al pobre Rip-Rip, frente á su pupitre de no importa cuál oficina pública, trazando en el aire operaciones aritméticas, que siempre lo llevan al mismo resultado: ¡menos uno! ¡menos dos! ¡menos tres!.... ¡menos veinte!... ¡menos ciento!... Y cansado, cansado de sumar, multiplica, ve con asombro que la matemática sale fallida, y que, en la vida real, «menos» multiplicado por «menos,» nunca da más, sino siempre menos!

Creo—como observáis, mis amigas, éste no es un artículo, sino un credo,—creo que el sexo débil es el que más á la letra ha tomado el manifiesto de Iturbide que comentó en el Ateneo de Madrid don Justo Sierra: ¡Somos el pueblo más rico de la tierra!....... Iturbide contaba de antemano con el voto femenino. Un coro de vocecitas tiernas lo acompaña. Don Agustín era un «feminista»...... anticipado. Mi amigo Rip-Rip lo execra, lo abomina; su recuerdo lo enciende al rojo blanco.

La criolla de Nueva Orleáns, que atraviesa «Canal Street», con su abrigo de panilla clara; la parisiense que se encarama en la imperial de un ómnibus, con su blusa de muselina blanca y su «canotier» de fr. 1.50, «Bon Marché» legítimo; la madrileña, de traje de percal y mantilla, imitación de Flandes, que trota en el pavimento de la Carrera de San Jerónimo, guardan sus galas de seda para las grandes ocasiones.

Aquí todas las ocasiones son grandes y no vemos, es decir, no ven nuestras señoras inconveniente en ir á la Plazuela de Tepito, con el mismo traje con que asisten á una «primera» de la ópera, á escuchar la «voz de oro» de una estrella de «exportación americana.»

—¿Pero en México—me decía en una ocasión una extranjera,—beberán ustedes en vasos de esmeralda?

—Ya lo creo, señora; y ponemos á la ensalada brillantes, en vez de sal.

Virtud, abnegación, heroísmo, sinceridad, amor... ¡Qué hermoso cortejo el que lleva detrás de sí la mujer mexicana! Y sin la humorada de don Agustín Iturbide, mi amigo Rip-Rip no habría sido condenado á trabajos forzados de aritmética conyugal.

CARLOS DÍAZ DUFOO.

¡NO HAY FLORES!

Fué una cuadrilla de Furias la que acampó en esa montaña de nubes que puso sus combas sobre la esmeralda del Valle.

El sol había secado el rocío de la montaña y jugaba la luz sobre los pétalos de las flores cuando la terrible montaña avanzó, haciendo rodar en el espacio una ronca voz de amenaza.

La arboleda contuvo sus rumores, y fué el silencio que precede al peligro; cayó sombra en el Valle y las flores de los jardines parecieron disponerse al sacrificio: rezaron pidiendo gracia á la Naturaleza ó se hundieron en la pesarosa idea de dar un adiós á la vida de los colores y de los perfumes.

Y la montaña de nubes se detuvo, rugió tremenda ante las víctimas, y amorató, como en congestión de rabia, las volutas de sus colgantes peñascos.

Volvió un momento de calma; las aves lo aprovecharon para esconderse en sus nidos, el buey volvió la cabeza al sur, y puso en alto la nariz para aspirar á pulmón pleno.

¡Venía la catástrofe!

Un puñado de proyectiles fué á chocar sobre las rocas, sobre los troncos, sobre la tierra endurecida de los surcos........ Hubo algunas víctimas que cayeron de lo alto de los árboles: hojas heridas que se precipitaron en el espacio con la muda resignación de un final de vida.

Momentos después el ataque se hizo terrible: un rayado muy denso esfumaba el horizonte y á veces lo hacía perder de vista; crujían las ramas débiles, tronchábanse los tallos y las rosas caían acribilladas, entregando jirones de pétalos hasta quedar con los cálices desnudos.

La cuadrilla de Furias se embriagaba en el desastre......

El palacio de cristal donde moraban las flores aristocráticas, fué destruído; allí donde se formó una alcoba tibia, donde se puso una barrera á los vientos, allí penetró el proyectil blanco y se deshizo en criminal gelidez.

Los cristales se vieron combatidos y destrozados, cayeron hincando sus cortantes aristas en las flores reinas y el palacio fué invadido por el frío rabioso de la tempestad.

Sólo las rocas rechazaron el ataque......

Por fin, la montaña de nubes agotó sus pertrechos; el horizonte fué delineándose; los campos estaban cubiertos con un inmenso paño blanco: era el sudario que cobijaba á un millón de cadáveres.

¡Habían muerto las flores!

***

En tanto la ciudad—que parecía, á lo lejos, otra nube—se tendía en la planicie del Valle, bulliciosa, agitando sus momentos diurnos. Ignoraba que en las cercanías se había cometido un gran crimen; escuchó sí la amenaza de la montaña de nubes, pero se dijo con estoicismo: «Allá que se las entienda con esos rumores el pinar de la sierra»;y siguió pensando en sus inmediatas horas, en sus alegrías y en sus tristezas, que forman juntas el enorme oleaje de su vida.

Pensaba en la gran fiesta de Primavera, en la llegada triunfal de las flores, en la avenida engalanada, en los carruajes como búcaros..... Rodarían pétalos de rosa sobre el asfalto y sería un rico sueño de perfumes el ambiente!

Al siguiente día, cuando las miradas se volvieron á los jardines del Valle, la sensación fué dolorosa: una pincelada verdinegra había cubierto el policromismo del paisaje.

¿Qué iría á ser de todos los capullos de vida que tarde por tarde van al templo á dejar flores en el altar de la Virgen?

¿Qué iría á ser del vaso de cristal purísimo que hay sobre el mármol del tocador de la niña soñadora, adorable, que ama á las flores porque son ella misma, sus ensueños, su pureza, el tinte de su rubor, su perfume?

¿Qué iría á ser del tosco jarro que está allá en la repisa del taller, junto á la lamparilla de aceite, al pie de la imagen protectora?

Une tu corazón al corazón del capullo de vida y verás:

La Virgen tiene rosas en su altar, porque tiene almas puras que la adoren.

Une tu corazón al corazón de la niña soñadora, adorable, que ama á las flores porque son ella misma y verás:

El vaso de su tocador tendrá flores porque ella ama y sueña, sueña y ama.

Une tu corazón al corazón del artesano y verás:

La imagen protectora tendrá flores, porque donde la garlopa, el cincel ó el martillo hacen su himno de trabajo, habrá flores de esperanza, que son el mejor símbolo de la beatitud humana.

......y se puso triste la vida de los jardines. ¡Tenían razón!

Ahora ha sido necesario llamar á las reinas que bañan su hermosura en las brisas costeñas, para que vengan á triunfar en la gran fiesta.

La Avenida tuvo por huéspedes muchos perfumes y muchos pétalos.

¡Sean bien llegados!

Los adoramos cual se lo merecen; ambos son de las flores y las flores son como las almas: se admiran por su hermosura, se aman por su ambiente, se respetan por su pureza.

***

....

Hubo una montaña de nubes que hizo su devastación, por albergar una cuadrilla de Furias; luego, el sol de occidente puso oro, mucho oro en sus volutas......

LUIS FRÍAS FERNÁNDEZ.

SONETOS DE HEREDIA.

EL SOL PONIENTE

Brillan en lo alto de la cima brava
Las rocas, do el poniente reverbera,
Y, formando de espuma una barrera,
Comienza el mar donde la tierra acaba.
Noche, silencio. El nido que cantaba
Calla. El hombre á la choza y á la hoguera
Va, y de la tarde la oración postrera
Con el rumor del mar sus ecos traba.
Valles y playas, el talud y el monte
Repiten el lejano villancico
De los pastores, en confuso coro.
En la sombra se envuelve el horizonte,
Y el sol, cual rojo espléndido abanico,
Sobre sí cierra sus varillas de oro.

EL SOLDADO DE MARATON

(Epigrama votivo.)

¡Discordia belicosa! ¡Ares violento!
Anciano inútil, ante el ara acudo.
Toma la espada rota, el viejo escudo
Y el casco hendido y en la crin sangriento.
Toma el arco también: sólo mi aliento
Pudo hacerle doblar, y el brazo rudo
Tiémblame en tanto que la cuerda anudo
Y el ansia de tenderla otra vez siento.
Toma, en fin, el carcaj. Tu ojo severo
No busque en él las flechas del arquero,
De la batalla al huracán dispersas.
Si perderlas no pude, sí agotarlas.
¿Dónde? Ve á Maratón, y has de encontrarlas
Hundidas en los pechos de los persas.

Traducción de
F. NAVARRO Y LEDESMA.



El Festival Escolar de Caridad.

UN TRIUNFO DE LOS ESTUDIANTES.

El festival que con tanto empeño organizaron los estudiantes para reunir fondos destinados al auxilio de las víctimas de la peste negra y que se efectuó en la Escuela Nacional Preparatoria durante los días 2, 3 y 5 del que cursa, ha sido, sin duda, el más brillante entre todos los que, con tan laudable objeto, se han celebrado en los últimos meses.

A grandes rasgos, porque la crónica detallada y completa del festival, exigiría en nuestras columnas un espacio de que no disponemos, vamos á dar cuenta á los abonados de «El Mundo Ilustrado» de las notas más salientes del programa á que estuvo sujeto, ocupándonos antes del adorno que ostentaba el amplio edificio de San Ildefonso.

Cuatro grupos florales, artísticamente dispuestos, decoraban el vestíbulo de la Preparatoria, destacándose á uno y otro lado del cancel entre plantas de ornato, dos leones vaciados en yeso que realzaban notablemente la hermosura del conjunto. En el centro de la vitrina del frente, se colocó un busto del señor General Díaz, rodeado de vistosas colgaduras oro viejo, y de plantas, también de ornato, y en los medios puntos de la entrada principal de la biblioteca y del salón de actos, se pusieron palmas y gasas que presentaban el mejor golpe de vista.

El patio del «Colegio Grande,» donde se instalaron los puestos para la kermesse, lucía, asimismo, un primoroso adorno, consistente en grandes colgaduras lila y verde nilo, con cenefas de flores y laureles, que cubrían los arcos, y ramilletes de flores naturales y de papel. En el primer cuerpo de la escalera que da acceso á los pisos superiores, estaba un busto del ilustre filósofo don Gabino Barreda, entre guías de laurel artísticamente combinadas con piezas florales y colgaduras. Los «puestos,» distribuídos en el patio, fueron nueve, y todos, sin excepción, se encontraban decorados con verdadero derroche de buen gusto. El gimnasio, que se convirtió en teatro, y los corredores del segundo piso, se veían engalanados con flores en su mayor parte, distinguiéndose en los ángulos del corredor central grandes candelabros de bronce.

En cuanto al «patio de pasantes,» la concurrencia elogió, y con justicia, el magnífico adorno dispuesto por la comisión respectiva. Los barandales de los corredores se cubrieron con lienzos que imitaban un artesonado Luis XV, y en el centro de los entrepaños se destacaba una figura de mujer que sostenía tres focos de luz incandescente, y que representaba la Caridad. En el muro oeste del patio se puso un gran lienzo con paisajes á la aguada, y en las arquerías cortinajes y festones que completaban el decorado. El palco de las reinas del festival quedó situado en este departamento,



Adorno de la entrada.



Grupo general de personajes del Juicio de Dios.

así como una vistosa tienda persa, donde se vendía cerveza, que se levantó hacia el lado oeste del patio, entre grupos de plantas exquisitas. El paño que la cubría era azul y blanco, franjeado, y el mostrador estaba tapizado con ricas telas verde y rosa.

En el «Colegio chico,» dominaban en el adorno los atributos militares: escudos, cañones, fusiles, espadas, etc., etc., se veían por todas partes, contrastando con la multitud de ramos de flores y laureles que se destacaban en los muros. La tapicería era roja y de muy buen efecto. En el centro del patio se improvisó un jardín; en el ángulo izquierdo se instaló uno de los «puestos de la banca,» y en el corredor sur el «cabaret de la Mort,» cuya entrada simulaba una gruta.

LA VISITA DEL SR. PRESIDENTE.

El Sr. Presidente de la República, acompañado de su distinguida esposa, honró con su presencia el suntuoso festival, visitando, el día de la apertura, por la tarde, los principales departamentos de la Preparatoria, arreglados para su celebración. El Sr. Ministro de Justicia é Instrucción Pública, encabezando la comisión formada por todos los profesores del Establecimiento para recibir al Primer Magis-



Puesto de confetti.—Las vendedoras.





Gentiles-hombres y caballeros armados.

trado, lo invitó á recorrer, primeramente, el patio del «Colegio Grande» donde debía efectuarse la Kermesse. El Sr. Gral. Díaz se dirigió luego á la «Banca,» y allí pidió algunos billetes, pagando por ellos cien pesos, para pasar después al Café-concierto, donde la Estudiantina de la Escuela ejecutó, á su llegada, el Himno Nacional y un poutpourri de ópera.

EL JUICIO DE DIOS.

El Sr. Presidente y su esposa se encaminaron en seguida al patio de «pasantes,» tomando asiento en el palco de honor que se les tenía arreglado para que presenciaran el «Juicio de Dios.» Este fué un remedo de los torneos de la Edad Media conocidos con ese nombre, y en los cuales, según las creencias de entonces, la justicia divina fallaba en los asuntos de honra. La doncella quejosa, acompañada de un grupo de damas que ocuparon una tribuna decorada á la usanza de aquella época, apareció cubierta con un velo negro, símbolo de la obscuridad en que estaba envuelto el delito que había de esclarecer el Juicio de Dios. En seguida salió la comitiva, que presidía una banda de trompetas y un tambor, y los heraldos que pregonaban el reto.

Tras el trovero de la Corte, que vestía un pestillo riquísimo de terciopelo morado obscuro, mangas con acuchillados de seda, fieltro con plumas blancas y medias rojas de seda, marchaban los gentiles hombres que debían concurrir al Juicio. Una vez frente al palco de la reina, la comitiva formó valla, desenvainando todos las espadas para hacer el saludo de honor. El trovero avanzó entonces hacia el palco y, en romance, relató la amorosa historia de la dama dolorida, que motivaba el juicio. El Sr. Ignacio Betancourt, alumno de Jurisprudencia, que desempeñó el papel de trovero y que es autor del romance, fué varias veces interrumpido por los aplausos de la concurrencia.



Un ángulo del Colegio Grande.

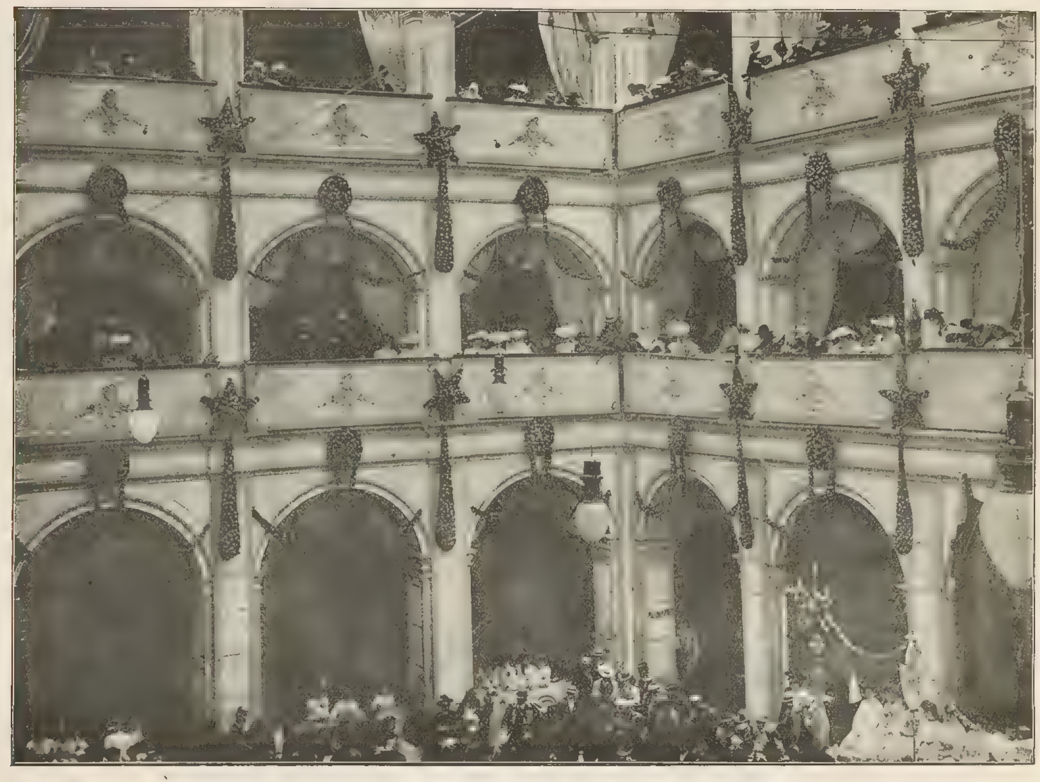
Concluído el relato, los jueces de campo, acompañados de dos escuderos, partieron el campo y los combatientes tomaron la colocación debida para dirimir por las armas la contienda. Después de un vistoso asalto quedó vencido uno de los combatientes, y el vencedor ofreció el triunfo á la dama, quedando así demostrada su inocencia.

Los trompeteros anunciaron la victoria; se formó cortejo de honor al caballero triunfante, y la comitiva desfiló hacia el punto de salida. El Juicio agradó sobremanera á los invitados, y fué, en honor de la verdad, una de las partes del programa que más llamaron la atención.

Terminado este acto, se sirvió en los salones de la Dirección un lunch-champagne, haciendo uso de la palabra, para saludar á nom-



La tribuna de las reinas durante el Juicio de Dios.



Un ángulo del Patio de Pasantes.



bre de la juventud estudiosa al Sr. Gral. Díaz, el Sr. Subsecretario de Instrucción, D. Justo Sierra. El brindis del Sr. Sierra causó en el auditorio la más grata impresión.

Con frases llenas de afecto para la juventud y para el Sr. Subsecretario, correspondió á él el Sr. Presidente, brindando después en honor de las damas que tomaban parte en aquella fiesta de la filantropía el señor Director de la Preparatoria, Dr. D. Manuel Flores. El Primer Magistrado habló de nuevo, significando que era muy justo, en fiestas semejantes, colocar á las damas en el primer lugar y que, las allí presentes, lo merecían por mil títulos. Atronadores aplausos acogieron sus últimas palabras.

Antes de retirarse de la Preparatoria el Sr. Presidente, visitó el Teatro que se instaló en el local de la biblioteca, asistiendo á la representación de una pieza cómica, y el «Cabaret de la mort.» Este constaba de dos departamentos: en el primero, destinado á salón de espera, se servían refrescos á los invitados, y en el segundo, totalmente cubierto de negro, se hacían curiosísimos experimentos de «ilusionismo,»





Puesto de tamales.—Grupo de vendedoras.

Asalto de box por los alumnos del Colegio Militar, Jesús Isunza y Luis Alzua.

transformando la figura de determinada persona en esqueleto, mediante una combinación de cristales.

Al penetrar á este salón, se veían en el fondo, una momia con un abanico en la mano, un esqueleto humano, sentado al piano, y uno de gorila. El candil estaba formado con piezas que representaban distintos huesos, y los albortantes con cráneos.

Las señoritas Concepción Meota, Josefina Cornejo y Luz de la Peña prestaron bondadosamente su concurso para que se hicieran los «experimentos» mencionados. En un foso construído al efecto, se encontraba un ataúd en posición vertical: la persona con quien debía hacerse el experimento, era conducida por un monje de negras vestiduras hasta colocarla dentro de él, y una vez allí, el monje, haciendo signos cabalísticos, fingía adormecerla, desapareciendo en seguida mientras la transformación comenzaba á operarse. La ilusión no podía ser más completa.

Cerca de las nueve de la noche se retiraron el señor General Díaz y su esposa, después de visitar algunos puestos y de presenciar los ejercicios gimnásticos y los asaltos de florete, sable y box en que tomaron parte los alumno del Colegio Militar, distinguiéndose notablemente.

El éxito que han obtenido en esta vez los estudiantes debe con justicia enorgullecerlos, porque demuestra, por una parte, el empeño que desplegaron en la organización de la fiesta, y por otra, el entusiasmo con que la sociedad mexicana secundó sus filantrópicos fines, contribuyendo con su óbolo al auxilio de las víctimas de Mazatlán.



Señoritas y estudiantes que tomaron parte en las sesiones de Cabaret.

El Aniversario del 5 de Mayo.

BRILLANTE DESFILE MILITAR

Con verdadero entusiasmo se conmemoró en la capital el glorioso aniversario de la batalla del 5 de Mayo de 1862. El aspecto que presentaban las calles, particularmente las de Plateros y San Francisco, era bellísimo: multitud de banderas, escudos, festones y piezas florales decoraban el frente de las casas, notándose desde las primeras horas de la mañana, en toda la ciudad, esa animación característica de nuestras grandes fiestas populares.

Y había razón para ello: porque, aparte de que la celebración de aquella heroica jornada despierta en el pueblo el recuerdo de uno de sus más legítimos triunfos, la Comisión de Festividades encargada de dar forma á los festejos, y la Secretaría de Guerra y Marina, cuidaron, en esta ocasión, de que el programa tuviera el mayor número de atractivos posible, y de que los distintos actos que debían efectuarse, revistieran un lucimiento extraordinario. Tan plausibles propósitos, como era natural, se vieron realizados; pues tanto la ceremonia cívica que se verificó en la calzada de la Reforma, como el desfile de los cuerpos de las tres armas por nuestras principales avenidas, resultaron en extremo lucidos.

Siguiendo el orden del programa, vamos á dar, aunque sea en breves líneas, la crónica de la fiesta patriótica á que nos referimos.

A las ocho de la mañana comenzaron á reunirse en Palacio los miembros del Ayuntamiento, los representantes de las Cámaras, de la Suprema Corte, del Gobierno del Distrito y de las Secretarías de Estado y los Jefes del Ejército que debían acompañar al Sr. Presidente de la República al Panteón de San Fernando, donde se encuentran los restos del ilustre Gral. Zaragoza. Organizada la comitiva, comenzó el desfile en carruajes descubiertos, marchando á la vanguardia un pelotón de guardias presidenciales. Al llegar á San Fernando, el 22º Batallón, que formaba valla desde la entrada hasta Rosales, presentó armas, y el Sr. Presidente, seguido de los altos funcionarios y Jefes que lo acompañaban, se dirigió hasta el monumento levantado al héroe del 5 de Mayo para depositar ante él una hermosa corona de flores naturales. Los representantes de los Poderes, Gobierno del Distrito, etc., etc., depositaron también coronas, retirándose la comitiva para ocupar de nuevo los carruajes y seguir por la calzada de la Reforma hasta el punto en que se encontraban las tribunas dispuestas para el acto oficial.



Llegada de la comitiva presidencial á San Fernando.

Antes de instalarse en ellas, el Sr. Presidente pasó revista á las tropas que formaban la División y que en correctísima línea se extendían hasta Chapultepec. La ceremonia, consistente en un discurso y una poesía, pronunciado aquél por el Sr. Manuel H. San Juan, y recitada ésta por el Sr. Lic. J. Antonio Rivera G., principalmente, terminó cerca de las doce, y fué amenizada por las mejores bandas militares. Siguiendo la costumbre

El sepulcro de Zaragoza.



Desfile de la gran columna por San Francisco.

establecida, el Primer Magistrado puso en manos de los supervivientes del 5 de Mayo, Francisco Sánchez, Agustín Martínez, Macario Espíndola, Luis Parada y Felipe Longo, la cantidad de cincuenta pesos, como gratificación, procediendo en seguida á imponer condecoraciones á los Jefes y oficiales á quienes les han sido últimamente conferidas. Durante la imposición las banderas de los cuerpos de la División, con sus escoltas, permanecieron frente á las tribunas, así como el Colegio Militar, que formó en línea desplegada, presentando armas, mientras las músicas de Zapadores, Artillería y Estado Mayor ejecutaban, turnándose, el Himno Nacional.

Una salva de veintiún cañonazos anunció que el Sr. Gral. Díaz se retiraba del campo para dirigirse rumbo á Palacio y presenciar desde allí el desfile de la División. El paso de la comitiva por Patoni, Avenida Juárez, San Francisco y Plateros, á la hora en que estas calles estaban henchidas de gente, fué una nota en extremo simpática y significativa: el pueblo aclamó con frenesí al Héroe de la Paz, y la multitud de familias que esperaban en los balcones el desfile, se unieron á la entusiasta demostración regando serpentinas y confetti.

***

La columna militar, á las órdenes del Sr. Gral. de División Jesús Alonso Flores, se desprendió de la Reforma, para romper la marcha, conforme se había prevenido en la orden respectiva. No es posible en unas cuantas líneas describir el brillantísimo desfile, ni, mucho menos, dar forma á las impresiones que causó en el público, para trasladarlas á nuestras columnas. El orden más perfecto se observaba hasta en los más insignificantes detalles: precisión en el paso, gallardía en el porte, todo lo que, á primera vista, acusa instrucción y familiaridad con la escuela del soldado. Más de una vez, los espectadores aplaudieron la uniformidad de los movimientos en la marcha de la infantería, y la agilidad con que los dragones, especialmente los del 9º, gobernaban sus briosos caballos. La artillería, la ambulancia y los cuerpos rurales fueron también aplaudidos, y lo merecían: formaban conjuntos verdaderamente dignos de llamar la atención.

La sección de vanguardia se formó por un escuadrón de Gendarmes del Ejército, el Colegio Militar, un grupo de la Compañía de Ametralladoras, y dos escuadrones mínimos del tercer Regimiento, al mando del señor Coronel de E. M. E. Joaquín Beltrán. Seguían luego el General en Jefe y su Estado Mayor, las brigadas de Infantería, á las órdenes de los señores Generales Sebastián Villarreal y Luis G. Valle, otras dos, de Caballería, que mandaban los Generales Gregorio Ruiz y Francisco M. Ramírez, y el tren divisionario. A las cuatro brigadas se incorporaron la Artillería Montada y dos baterías mínimas. Los batallones 3º, 10º y 14º, 17º, 22º y 24º, reforzado este último con Zapadores, constituían las dos brigadas primeramente citadas, y los regimientos 2º, 4º, 7º y 9º, y de rurales, las segundas. El Colegio Militar, que marchaba, como antes dijimos, á la vanguardia, se hizo acreedor á los aplausos del público por la corrección con que desfiló por secciones.

***

El paso de la columna frente á Palacio duró una hora, y tanto el señor Presidente, que ocupaba con sus Secretarios y otras personalidades distinguidas el balcón central, como los attachés militares de las legaciones extranjeras, que presenciaban también el desfile, quedaron en extremo complacidos de su buena organización y lucimiento.

Antes de cerrar esta crónica, diremos que, tanto á la ceremonia oficial como á Palacio, asistieron muchas familias de la mejor sociedad y que, por lo que toca al número de fuasteros que visitaron la ciudad en ocasión de la fiesta cívica del día 5, no es aventurado suponer que superó, con mucho, al que ordina-



Las tribunas



Las banderas de los cuerpos durante la imposición de condecoraciones.



El paso de la comitiva por la glorieta de Carlos IV.



Aspecto de la calzada de la Reforma antes del desfile.

riamente, ha concurrido á las de los años anteriores.

La iluminación de Catedral, Palacio y la Diputación, por la noche, fué notable, y en cuanto á los fuegos artificiales dispuestos en el Zócalo, no lucieron tanto como se esperaba, debido á la lluvia que, con ligeras intermitencias, cayó sobre la ciudad desde las primeras horas de la tarde.

Juegos Florales de Orizaba.

Damos en este número el retrato de la Sra. Ana Couto de Segura, reina de los Juegos Florales efectuados últimamente en Orizaba, y los de las hermosas señoritas Lucía y Rosa Fernández, Sofía Mendiola, Cecilia Benito, Angelina Jiménez y Ana Núñez, que, en unión de otras damas distinguidas de la sociedad orizabeña, formaron la Corte de Amor.

En el torneo, que revistió un lucimiento extraordinario, resultaron vencedores el Sr. Lic. Rafael de Zayas Enríquez, que obtuvo el triunfo en dos de los temas; el Sr. Julio Poulat, que presentó un magnífico trabajo acerca del ilustre Juárez, y D. Cayetano Rodríguez, Beltrán siendo mantenedor el Lic. José Peón del Valle, poeta ventajosamente conocido en el mundo literario.

El objeto de los Juegos Florales fué el de reunir fondos para la erección de un monumento al Benemérito de las Américas.

¡POBRE LULÚ!

I

Fué en el Parque, una mañana de enero en que un agradable viento invernal, azotando las verdes cabelleras de los árboles, hacía caer sobre los paseantes una lluvia menudita de gotas de agua, que se antojaban besos húmedos de la aurora.

El sol se levantaba refulgente, ígneo, con la satisfacción de un robusto mancebo que ha pasado buena noche, y sus reflejos ponían en el cielo pinceladas multicolores, extrañas, desconocidas, que convertían el firmamento en la inmensa paleta de un pintor-genio, de un pintor desequilibrado.

Bajo esa lluvia que refrescaba mi alma, paseaba yo meditativo.

Contaba entonces veinte años, y á los veinte años se tiene el derecho de creer en todo, como á los treinta se tiene...... casi la obligación de no creer en nada.

Y con la imaginación envuelta en una neblina de ensueños, de ansias, de anhelos amorosos, apenas esbozados...... la esperaba.

II

La pusieron por nombre Luz, probablemente por toda la que chisporroteaban sus ojos, ojos garzos, felinos, parladores; pero la decían Lulú. Y era una niña, un capullo de azucena que se abría, poco á poquito, dejando ver las alburas de su seno.

Galanteos de chicuelos que por azares de su poca vida tenían más crecida el alma que crecido el cuerpo; ambiciones de ella, que jugaba ya á hacer la señorita, originaron esos amores infantiles, que habrían resultado risibles á no haber sido dolorosos.

Lulú era pobre. Tanta como su pobreza era su hermosura...... Y, mientras su novio—¡su novio! ¡con qué orgullo lo decía Lulú!—se mesaba los cabellos resolviendo ecuaciones de segundo grado, ó calumniando al «Traductor Francés,» ó desesperándose con el «Ollendorff,» ella, la niña de dieciséis años, inclinada la cabeza, cosía «para afuera,» pensativa, triste, soñando con su «Príncipe Azul,» un «Príncipe» de saquillo corto y pantalón raídó, y cuyos ilustres padres no tenían, á menudo, lo necesario para comprarle un par de zapatos nuevos.

III

¡Pobre Lulú! ¡No era feliz! Trabajaba en tanto la luz del sol se estrellaba en el fulgor de sus pupilas. No conoció nunca los placeres de la infancia, ni los mimos del amor maternal, porque su «mamá» — alguien se lo dijo—«se había ido»...... ¿Dónde?...... No lo sabía. A la tumba ó al precipicio: todo es sepulcro.

Y su padre no era bueno: bebía; muchas noches no dormía en casa, y—¡con qué vergüenza lo confesó Lulú!—se preocupaba mucho del desarrollo físico de su hija.

A la hora de nuestras citas, esperábame como quien espera un consuelo que mitiga las penas, como quien anhela un bálsamo que si no cura, sí calma los dolores.

¡Pobre Lulú!

IV

Avanzaba la mañana. El sol erguíase ya con monárquica omnipotencia; en la fronda, tupida y verde, á pesar de los cierzos del invierno, parloteaban locamente los pájaros; y las flores, como mujeres que se entregan, abrían sus corolas y exhalaban todo su perfume.

Y llegó Lulú. Venía agitada, nerviosa. Sus ojos, esas dos hogueras donde mi alma gustaba de incendiarse, estaban húmedos: dos hilos de perlas cristalinas resbalaban por sus mejillas. Y entre frases entrecortadas, suspiros y sollozos, me lo contó todo.

Su padre, su «papacito» á quien ella amaba tanto...... ¡¡quería venderla!!...... Yo era sus refugio, su salvación, su único amparo........ ¡Ahí estaba! Conmigo, todo!...... Sin mí, nada!...... Ahí estaba!...... Ahí estaba!......

Y lo repetía, abriendo los brazos, y ofreciéndome el nido amoroso de su seno.

Al oírla me reconcentré en mí mismo; cerré los ojos para que no me enloqueciera el fuego febril que brotaba de los suyos; tomé entre mis manos su frente pura y la besé con la misma devoción, con la misma unción con que besé de niño la cruz realzada en la pasta marfilina de mi devocionario.........

Después, me aparté de ella; corrí, corrí desesperado.......... y no he vuelto á saber de Lulú.........

¡Cosas de los veinte años!

Manuel M. Panes.

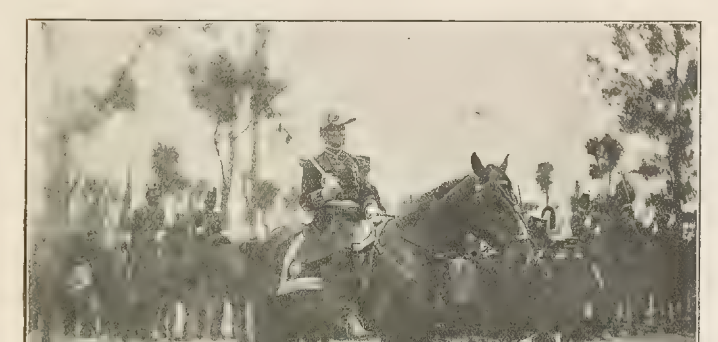
Existe una inocencia en la admiración: el que la posee no tiene aún la idea de que él puede ser admirado un día.

*

Conviene abandonar la vida como Ulises abandonó á Nausicaa, bendiciéndola más que enamorado de ella.

*

Por la música las pasiones gozan de sí mismas.



El Gral. Jesús Alonso Flores.


JUEGOS FLORALES DE ORIZABA
Sta Ana Couto de Segura,
Reina del Torneo
Sta Rosa Fernández
Sta Sofía Mendiola
Sta Ana Núñez
Ana
Srta Angelina Jiménez
Srta Lucía Fernández
Srta Celia Benito



Cuentos de Espantos

II

CORO DE BRUJAS.

—CONCLUYE.—

Y aconteció que yendo días y viniendo días, una tarde en que para sacudir el fastidio que me abrumaba, paseábame á caballo por los alrededores de Valnavara, entregado por completo á mis meditaciones y á la contemplación de los campos, me fuí alejando, alejando sin sentirlo, hasta que ya, próximo el sol á ocultarse, encontréme precisamente al pie de la cuesta que remontando un cerro poco elevado, conducía directamente á la hacienda de doña Pancha. Al darme cuenta del punto hasta donde había llegado, vinieron á mi memoria los estupendos sucesos en la finca acaecidos y determiné seguir adelante, para desengañarme por mis propios ojos. Puse piernas al caballo y en poco más de una hora, ya obscurecido, me encontré en el espacioso portalón de la casa grande, donde don Carpio, solo y sombrío y apoyado sobre un pilar, mostraba en toda su persona el desastroso estado en que su ánimo había caído.

Imposible sería dar cuenta del gozo con que me acogió. El mismo condujo á mi cabalgadura, después de desensillarla, á la caballeriza, y luego se apersonó conmigo ofreciéndome alojamiento por esa noche, con las más grandes muestras de afecto y consideración que en mi vida he recibido.

—Estoy solo en la casa, me dijo; los dependientes viven en la de allá abajo y no han consentido que yo me vaya con ellos, porque temen que hasta allá me persigan las muy judías. Los mozos lueguito que anochece se van á dormir á la troje, y aquí me tiene usté que ya no hallo ni qué hacer, pues parece que soy un apestado.

Entramos al escritorio, y después de los cumplidos que son del caso, expreséle sin rodeos el que me llevaba á hacerle compañía por esa noche. Grande fué su asombro y más aún su espanto al ver que yo no lo tenía en manera alguna y que estaba absolutamente resuelto á descubrir el misterio de las brujas, que tanto le atormentaban.

Cuando hubo encendido luz, quedé admirado del terrible estrago que las apariciones habían hecho en el pobre hombre. Era antes un rancherazo de contextura musculosa y recia, pero tan flaco y amojamado estaba, que ya no tenía sino la piel verdosa y plomiza untada en los puros huesos.

Dióme lástima, en verdad, su figura y desde luego procuré infundirle ánimos, tomando por el lado cómico sus extraordinarias aventuras; pero él atajóme en mi intento, y con ademanes de inaudito espanto, me manifestó que tenía pensado, pues las hechiceresca visitas no cesaban, apelar á la fuga y hasta renunciar á su proyectado casamiento.

—¿Luego continúan las brujas viniendo? preguntéle con verdadero interés.

—Sí, señor, me contestó. No hay noche de Dios que esas condenadas no vengan á... molestarme. Yo ya no puedo más y hasta he tenido que recurrir á tata Prisco. Pues ni por ésas, señor licenciado.

—Pues quién es tata Prisco que, según parece, tiene poder para librar á usted de este maleficio.

—¡Tata Prisco! repuso mirándome asombrado de mi ignorancia. ¿Pero no conoce usted á tata Prisco?...

Tuve que confesar mi desconocimiento de tan conspicua personalidad.

—Pues tata Prisco, continuó don Carpio, es un viejo que vive en Cerro Gordo, á cinco leguas de aquí, y que, aunque dicen que está descomulgado, es el único capaz de meter en cintura á todas las brujas y demonios que resisten hasta el agua bendita y á los exorcismos del señor cura

—¿Y á qué se debe tan soberana y poderosa virtud de tata Prisco?, insistí con positiva curiosidad.

—¡Pues á qué ha de ser! Nada menos que á que tiene un pedacito de la reata con que se «horcó» Judas Iscariote, el cochino apóstol que vendió á Nuestro Señor.

—¡Caramba!... ¿Y de dónde cogió semejante reliquia?

—Dicen que un judío ó francés que estuvo por aquí el siglo pasado, porque tata Prisco ya va á ajustar los cien años, le dió ese mecate en pago de haberle enseñado unas minas de oro y plata con que se hizo muy rico y volvió á su tierra.

—¡Magnífica paga! ¿Y con tan poderoso amuleto no ha podido nada tata Prisco contra las brujas que vienen á desvelar á usted?

—Nada, señor, nadita; y ya cuando llega la noche, me entra aquella «pinsión» y aquel «susidio», que no me dejan. Y si no me voy de aquí y largo la novia, seguro, segurito que me voy á morir. Y no es eso lo más, sino que es capaz que las malditas carguen conmigo á los mismos infiernos.

—Pues nada, don Carpio, le dije entre serio y festivo. Vamos á ver si yo, que no tengo la cuerda de Judas, puedo hacer algo por usted.

—No, señor, no haga nada, porque será en vano, y hasta puede que también usted la lleve.

—Bueno; pues allá veremos. ¿Y dice usted que todas las noches vienen las brujas? ¿Vendrán ahora?

—Sí, señor; pero todavía tardarán, porque no son más que las nueve y ellas vienen cerca de la media noche. Sólo que ahora han dada en caer por el corral.

—Eso no importa. Pasaremos el rato platicando. ¿Tiene usted armas?

Contestóme con un gesto de conmiseración. Yo le inspiraba lástima. Verdaderamente no sabía con quién tenía que habérselas. ¡Armas! ¿para qué? Con seguridad que las espadas de más filo se embotarían contra enemigos diabólicos y las balas más potentes se estrellarían en el plumaje de aquellos pájaros, porque de pájaros vestidas se presentaban las hechiceras en las nocturnas visitas. Confesóme el infeliz hombre que sólo había encontrado un remedio, si no para ahuyentarlas, al menos para perderlas de vista y, sobre todo, de oídos; y este remedio era rezar un rosario é inyectarse en seguida, entre pecho y espalda, de un golpe y sin resollar, media botella de tequila y á veces hasta una entera. Bien es verdad que solía amanecer casi todas las mañanas, rodado de la cama y debajo de la mesa; pero con esto así pudieran venir todos los muertos de los camposantos y todas las brujas del mismo Brooken; que don Carpio así se daba cuenta de ellos como de los habitantes de la luna.

En este diálogo y otros semejantes, pasamos las horas desde mi llegada hasta la de la frugalísima cena, consistente en un trozo de cecina y una taza de café, que el mismo don Carpio aderezó, pues no había otros seres vivientes que nosotros en aquel enorme y vetusto caserón.

IV

Para el objeto que me proponía, no encontré más arma que una vieja escopeta de pistón, de dos cañones, olvidada en un obscuro rincón del escritorio. Después de aparejarla lo mejor que fué posible, procedí á la operación de la carga. Pude encontrar una poca de pólvora desperdigada en un monumental cuerno de toro que perdido se hallaba en un cajón de la tienda; en otro logré juntar hasta tres docenas de postas y algunas cápsulas que confundidas estaban con una navaja de gallo y su correspondiente botana, granos de garbanzo, obleas y buena porción de clavos y tornillos.

Ya apercibida mi arma y acercándose la hora de la temerosa aparición, permití á don Carpio rezar su acostumbrado rosario, mas no engullirse la milagrosa botella con la que me convidaba para crear ánimos, según decía. No fué poco el trabajo que me costó hacerle prescindir de aquella fórmula cabalística; pero al fin convino en que debíamos estar en nuestro entero juicio y con la cabeza despejada.

Y como todo llega en la vida, si no es la ventura, llegó la hora tan temida para don Carpio y para mí tan deseada. Súbitamente vi á mi hombre pararse lívido, y con voz cavernosa y trémula, me dijo:

—¡Oiga!... ¡oiga! Ya están ahí.

Yo, que tengo la desgracia de ser algo teniente, es decir, falto de oído, no había escuchado nada, por más que toda mi atención se concentraba en las indicaciones de don Carpio. Salí á la puerta del escritorio que caía á un pasadizo tan prolongado y estrecho como una cerbatana y negro como una boca de lobo; y entonces alcancé á oír ese graznido horrísino peculiar de la lechuza; en seguida percibí el «tcucurucú» del tecolote y un grito sordo y ronco de otro animal que no era fácil conocer en aquel momento. Pero nada más.

—Pues eso, don Carpio, le dije, no es otra cosa que voces de aves nocturnas, lo cual nada tiene de particular en la casa de una hacienda que está tan cerca del monte.

—¡Oiga, oiga!—repuso sin hacerme caso y sacudiéndome bruscamente con una de sus manazas de esqueleto hercúleo, mientras se aplicaba rígido, cerca del oído, el dedo de la otra.—¡Oiga nomás lo que están diciendo!

Paré la atención, y efectivamente, entre un rumor extraño y confusa algarabía, percibí claramente el nombre de don Carpio, precedido de una grosera maldición.

Violentamente empuñé la carabina y empujando á don Carpio, obliguéle, casi á la fuerza, á que saliera conmigo, no sin procurar convencerlo de que aquello nada de sobrenatural tenía, asegurándole que pronto íbamos á descubrirlo todo, pues yo llevaba nada menos que un fragmento de la cruz en que murió San Dimas, el buen ladrón, que también había tenido sus puntas y ribetes de brujo: reliquia mucho más eficaz que la de tata Prisco. Y mostré al crédulo administrador un palillo de dientes.

Calmado en parte y convencido un tanto, echó á andar tras de mí, empuñando, por indicación mía, ancho y largo machete. Ambos, además, llevábamos ceñidos nuestros revólvers.

Atravesamos la sala y una serie de piezas que le seguían. En la última abríase amplia ventana sin verja, por la que saltamos á uno de los patios de aquella vieja y pavorosa casa, muy propia, ciertamente, para que en ella tuvieran manida todos los habitantes del otro mundo. La luna, que despuntara poco antes, envolvíase en gruesas nubes y apenas podía alumbrar con opaca é indecisa clarida del cielo. La tierra estaba aún casi en tinieblas.

Llegamos á la puerta de espacioso corral cercado por ruinosa tapia de piedra. La puerta estaba cerrada, pero á través de los mal unidos tablones, podíamos medir el corral en toda su anchurosa extensión. Casi en el centro se alzaba escueto y altísimo mezquite, y más lejos empinábase un guimbalete junto al derruído brocal de una noria mal cegada. Entre tanto, la algarabía de las brujas, pues brujas debían de ser, según todos los barruntos, no cesaba un momento. Gri-



tos, carcajadas irónicas y burlescas, silbos horripilantes, rumores como de salmodia; todo, todo se oía á un tiempo mismo, sin confundirse, aunque se mezclaba; y sobresaliendo alguna vez, entre aquel horrisonante vocerío, percibíanse distintamente palabras confusas é incoherentes á veces, á veces agudas y vibrantes, repitiéndose el nombre de don Carpio, con abrumadora y pertinaz obsesión.

—«¡Ya me la pagarás! ¡ya me la pagarás! ¡ya me la pagarás!» Oíase de pronto; y luego una voz hueca, ronca y gutural repetía:

—«¡Carpio cornudo! ¡cornudo! ¡cornudo!»— Y otras dos malas palabras que no son para escritas, ni menos para leídas.

Sobre una gruesa rama del mezquite pude ver, á la tenue claridad de la luna, destacándose contra la gris lividez del espacio, tres pájaros grandes en apretado grupo, que aleteaban haciendo movimientos extravagantes y grotescos, al compás del espeluznante rumor que producían. En la punta del guimbalete distinguíase otro pájaro, más negro que las sombras de las piezas que de atravesar acabábamos, que también se retorcía como en epilépticas convulsiones. A la luz del día visto, habríame hecho reír; pero en aquel instante, lo confieso, sentí que se me erizaban los cabellos.

Puesto ya en semejante trance, por mí mismo buscado, parecióme ridículo y vergonzoso retroceder, y arrojándome, de improviso, al fin de la aventura, entreabrí silenciosamente la puerta del corral, que no tenía llave ni cerrojos. Me eché la escopeta á la cara y, encañonándola lo mejor que pude hacia el grupo del mezquite, apreté el disparador...... Un formidable traquidazo retumbó en toda la casa y hasta en los cerros vecinos, pues había soltado los dos tiros; y, disipado el humo, vi, al pie del arbol, dos de los pájaros heridos mortalmente, que se agitaban en las postreras contorsiones de la agonía; y el tercero, maltrecho, volaba torpemente sobre las tapias del corral. El del guimbalete había desaparecido.

Casi al par de la detonación producida por el disparo, surgió de la cercana nopalera, que tras la casa se levantaba, una voz colérica á la vez que plañidera, exclamando:

—¡Válganme las benditas Animas! ¡Miren nomás! Ya este hombre borrachón y sinvergüenza me mató mis animalitos. ¡Maldito sea don Carpio y la madre que lo parió!

Oír aquellos gritos nosotros que nos contemplábamos mutuamente, estupefactos ante la hecatombe, y largarnos á través del corral y del campo, salvando las trancas que las tapias tenían, á guisa de puerta, fué todo uno. Llegamos de un salto cayendo de improviso en lo más espeso de la nopalera, donde al pie de inmenso y cóncavo peñón, encontramos á tres mujeres que se ocupaban en acariciar á un cuervo prodigándole las más tiernas expresiones de cariño, á la vez que le alisaban el negro plumaje del lomo.

Pero don Carpio de un sólo mandoble dividió en dos mitades el repugnante pajarraco, y sin que yo pudiera contenerle, arremetió furioso contra las mujeres, disparándoles cintarazos á diestra y siniestra; y es que había reconocido en dos de ellas á su ex-amasia y á su ex-suegra, sobre la cual batía, muy á su sabor, firme y macizo, desahogando la cólera que le embargaba, de modo tal, que si yo no me le impongo enérgicamente, allí hubieran dado fin por todos los siglos las brujerías y maleficios en aquellas dilatadas regiones.

Calmado ya el enfurecido administrador y las brujas de rodillas, suplicantes y llorosas ante nosotros, pude inquirir el secreto y explicación de las aventuras á que yo, recientemente armado caballero por obra y gracia del fastidio que me consumía en Valnavara, pude dar digno acabamiento y remate, logrando imperecedera fama entre los campesinos de aquellos lugares y de los demás que en todo lo descubierto de mi partido judicial alientan y alentarán por varias generaciones.

. Yo quisiera revelar al lector tales misterios; pero es el caso que me he propuesto reservarlos para el día en que, si Dios me concede vida y humor, pueda referir la ocasión y manera en que yo mismo me hice «nahual», después de cursar todas las asignaturas correspondientes, hasta alcanzar el grado en tan importante profesión.

Mas si dejo suelto este cabo, que es ciertamente el más interesante, debo atar los demás, aunque sean accesorios; y así diré que don Carpio, libre ya de aquel peligro, se casó al fin, cayendo en otro, tal vez más grave aún; pues la edad del administrador de Noria del Aguila frisaba con los cincuenta años y su esposa no llegaba á los veinte.

Un detalle antes de concluir: doña Pancha me tomó grande ojeriza y mala voluntad. Tan aferrada estaba en sus supersticiones, que no quiso nunca convenir en que los pájaros que yo había matado eran pájaros sencillamente; y las apaleadas mujeres...... mujeres nada más, que creo es ser ya demasiado...... y algo más todavía.

MANUEL J. OTHON.



ESTUDIO FOTOGRAFICO.—(Rawel.)

AD MORTEM.

A la cúpula inmensa del cielo,
do angustiosa la vista se pierde,
se une el plano del piélago verde
donde trotan las moles de hielo.

En la costa silente y bravía,
de verdor y belleza desnuda,
como tropa fantástica y ruda
la escollera se yergue sombría.

Más al norte, cual potros sin freno
se despeñan los blancos aludes:
se dijera que son ataúdes
que conducen la muerte en su seno.

Todo tiene un aspecto iracundo,
todo ofrece un matiz que amedrenta,
tal parece que sorda tormenta
va á arrancar de sus goznes al mundo.

Y en el medio del cuadro gigante,
entre el cielo y el mar, firme y solo,
va, camino del pérfido polo,
el bajel del audaz navegante.

¡Ay! así por el mar de la vida,
del dolor bajo el pálido cielo,
entre rocas y moles de hielo
va la nave del hombre, perdida!

Va al acaso, no teme y avanza
hacia el polo que pérfido escuda
otro mundo en que reina la duda,
y no brilla jamás la esperanza!

FERNANDO DE ZAYAS.

TUS FLORES.

Este ramo de flores
Que me envía tu mano generosa,
¿Es ofrenda amorosa
Con que quieres dar paz á mis dolores?

Bien sé que no has pensado
Luchar con lo imposible. He penetrado
Tus piadosos intentos encubiertos,
Por más que con engaños los decores:

Son las últimas flores
Que esparce la piedad sobre los muertos.

EDUARDO CALCAÑO.

INAUGURACIÓN
DE LA
GRAN SEDERÍA "EL PAJE"

IMPORTANTE CASA COMERCIAL.

Acaba de abrir sus puertas al público una importantísima casa comercial cuyo establecimiento debe, con justicia, aplaudirse por todas las clases sociales.

«El Paje» es el nombre que los señores Carlos Arellano y Compañía han dado á su nuevo establecimiento, situado en la parte más céntrica y más elegante de la Capital: esquina de la 1ª de Plateros y el Empedradillo.

Los señores Arellano y Compañía, hábiles conocedores del ramo de sedería, procuraron reunir en sus espaciosos almacenes todo aquello que es arte, gusto, elegancia, y en verdad que lo han logrado; pues estamos firmemente convencidos de que cualquier persona, aun del gusto más exigente y refinado, encuentra en «El Paje» lo que desea. El brillante surtido de listones, corsés, flores, pasamanería, sedas, artículos de lujo, artículos para niños y niñas, no admite ni puede admitir competidor en establecimientos del mismo género.



Fachada de la gran sedería "El Paje"


Departamento de ventas al menudeo.

El departamento de confecciones merece especial mención entre los demás. Al frente de él ha sido colocada una de las modistas de más renombre en París, conocedora de todos los estilos, todos los caprichos, todos los gustos. Verdadero orgullo puede caber á los señores Arellano de haber montado un departamento que puede llamarse con justicia el primero en la República.

***

El departamento de ventas al menudeo, al par que sencillo, es elegante. Recibe la luz por nueve amplísimos aparadores y dos puertas que están á las dos calles.

En el interior hay colocados unos silloncitos giratorios que son muy cómodos y que se encuentran junto al mostrador, y las señoras, sin molestarse, pueden examinar sentadas los efectos que deseen.

Los empleados y dependientes son bien conocidos de la culta sociedad de nuestra Capital. Todos son atentos, finos, correctos y conocedores del ramo. Esta es una garantía para el público, que descuidan algunos comerciantes. Los señores Arellano y Compañía creyeron que por ahí debían empezar y lo lograron. Todo el cuerpo de empleados representa la buena selección que se hizo.

El día de la inauguración y después que el señor Presbítero Salazar hizo la bendición de todos los departamentos, se dió acceso al público, que en un momento invadió por completo el almacén.

Guardan los dueños el grato recuerdo de haber hecho la primera venta á la distinguida señora doña Carmen Romero Rubio de Díaz, esposa del señor Presidente de la República.

***

En nuestros grabados presentamos algunos departamentos de la nueva sedería que lleva el simpático nombre de «El Paje.»


Departamento de Confecciones.

La Prelle Shoe Co., St. Louis. U. S. A.

Manufactureros de Botas y Zapatos.

Separe usted el calzado que lleva la marca "Corazón y Flecha." El éxito de estos zapatos es asombroso, fenomenal, sin precedente. En dos años ha llegado á obtener tanta fama, que ha llamado la atención de los más astutos comerciantes del mundo entero. Si usted desea mejorar su negocio, haga la prueba con nuestra marca y verá los resultados.

ESCRIBA PIDIENDO LISTA DE PRECIOS.

Oficinas Almacenes y Fábrica núm 2.
11Th and Washington Ave.

Casas con Muestras: Mr. Ford Dix, Grand Hotel Pasaje, Habana, Cuba.
Mr. George Porro, 1.ª del Salto del Agua núm. 32, México, D. F.

Invitación para participar
A LA PROXIMA

Gran Lotería Alemana de Dinero.

La lotería de dinero bien importante, autorizada por el Gobierno de Hamburgo y garantizada por la hacienda pública del Estado, contiene 115,000 billetes, de los cuales 55,763 deben ser premiados. Resulta, pues, que cada premio se reparte entre dos números.

Todo el capital importa:

Marcos 11.306,390 ó sean cerca de *Pesos* 7.295,000 *Moneda Mexicana.*

Los sorteos se hacen públicamente bajo **inspección del Gobierno, y el pago puntual de los premios está garantizado por el** Estado.

600,000 *Marcos* ó sean aproximadamente **Pesos 387,000 *Moneda Mexicana* como premio mayor pueden ganarse en caso más feliz, especialmente 1 PREMIO de 300,000 MARCOS, 1 de 200,000 MARCOS, 1 de 100,000 MARCOS, 1 de 80,000 MARCOS, 2 de 60,000 MARCOS, 2 de 50,000 MARCOS, 3 de 40,000 MARCOS, 1 de 35,000 MARCOS, 5 de 30,000 MARCOS, 5 de 20,000 MARCOS, 2 de 15,000 MARCOS, 16 de 10,000 MARCOS, 55 de 5,000 MARCOS, 103 de 3,000 MARCOS, 155 de 2,000 MARCOS, 616 de 1,000 MARCOS, 14 de 500 MARCOS, 1,022 de 400 MARCOS, 33,788 de 169 MARCOS, 19,970 de 250 200, 150, 144, 111 MARCOS, etc.**

El sorteo de estos 55,763 premios sobredichos, se hace en siete clases sucesivas, que siguen en breves intervalos.

Fuera de otros premios mayores, *en cada clase* se tirará *una prima especial* de modo que en caso más feliz, los premios mayores importan 50,000 *Marcos*, 55,000 *Marcos*, 60,000 *Marcos*, 70,000 *Marcos*, 80,000 *Marcos*, 90,000 *Marcos*, y 600,000 *Marcos.*

Al recibir el valor de los billetes, sea en cheques sobre bancos ó casas de comercio europeas, ó sea en billetes del banco mexicano, ó por medio de un giro postal, enviaré LOS BILLETES ORIGINALES en carta certificada para los primeros tres sorteos, acompañando un prospecto oficial que contiene todas las explicaciones que se necesitan.

Además, se adjuntará á cada comprador la traducción de los billetes originales en lengua española.

EL VALOR de los billetes PARA LAS TRES primeras clases, SEGUN EL PROSPECTO OFICIAL, es como sigue. (1 Marco vale aproximadamente 65 centavos moneda mexicana).

MARCOS 9.50 por un cuarto Billete Original, para la 1a., 2a. y 3a. clase.

MARCOS 19. Por un medio Billete Original para la 1a., 2a. y 3a. clase.

MARCOS 38. Por un entero Billete Original para 1a., 2a. y 3a. clase.

A su debido tiempo se avisa á los dueños de billetes, en qué épocas tendrán que hacer las remesas para la 4a., 5a., 6a. y 7a. clase: esto en caso de que el billete no hubiera recibido, en el intermedio, un premio. Pero es muy probable que el billete sea premiado, PORQUE, como ya está dicho, GANA CASI CADA SEGUNDO BILLETE, y las probabilidades de ganar aumentan de clase en clase. DESPUES DE CADA EXTRACCION, SE ENVIARA A TODO INTERESADO LA LISTA OFICIAL.

Los interesados harán bien de mandar sus pedidos POR EL PRIMER CORREO, para que se pueda efectuarlos puntualmente.

PRINCIPIO DE LOS SORTEOS: el 18 de Junio de 1903.

Pedidos que no lleguen en tiempo para la 1a. clase, serán ejecutados para la 2a. ó 3a. clase, por consiguiente cada uno PUEDE CONTAR POSITIVAMENTE CON QUE TENDRE CUIDADO DE QUE DE CUALQUIER MODO PODRA TOMAR PARTE EN ESTA INTERESANTE LOTERIA.

Lo mejor es hacer las remesas por carta certificada en Billetes de banco Mexicanos ó en giros postales; pero, en caso de que sea más conveniente á los clientes hacer los pagos en ese país, participo que el Banco Alemán Trasatlántico de México, calle de San Agustín 7, está autorizado por mí, de recibir por mi cuenta cualquier importe. Al hacer así, suplico enviarme directamente la carta órden bien clara á Hamburgo, avisándome á la vez, el importe remitido á este Banco. Además, se debe avisar al Banco Alemán Trasatlántico que tiene que abonar el importe á mi cuenta de la orden del respectivo pagador.

Todo se reune en esta gran lotería, para dar seguridad y beneficio al que participa de ella, como es el ARREGLO VENTAJOSO, INTERVENCION DEL GOBIERNO, SOLIDEZ, y ante todo, la GARANTIA DEL ESTADO PARA EL PAGO DE LOS PREMIOS. Teniendo relaciones con las mayores plazas del mundo, PUEDO PAGAR LAS CANTIDADES GANADAS TAMBIEN EN EL DOMICILIO DE LOS DUEÑOS

¡POCO DINERO PUEDE DAR MUCHO!!
¡TENDED LA MANO A LA FORTUNA!
POR PEDIDOS DIRIGIRSE A

Pincus Moeller, Hamburgo

(ALEMANIA) Casa fundada en 1835.
OFICINA CENTRAL DE LOTERIA ENCARGADA POR EL GOBIERNO PARA LA VENTA DE LOS BILLETES.

Esta casa ha sido siempre preferida por la fortuna, y varias veces tuvo que pagar premios de mayor consideración, especialmente á clientes en México.

Desconfíese de cualquiera otra oferta pues nadie está autorizado á ello.

Se mandará gratis y franco, el prospecto oficial á quien lo pida. Correspondencia en todas lenguas.



La Fosfatina Falières

es el alimento más agradable y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses sobre todo en el momento del destete y durante el periodo del crecimiento. "Facilita la dentición, asegura la buena formación de los huesos."

PARIS, 6, Avenue Victoria, y en todas las farmacias.

AVISO IMPORTANTE.

El fosfato de cal que entra en la composición de la Fosfatina "Falières." está preparado por un procedimiento especial con aparato á propósito, y no se encuentra en el comercio

Desconfíen de las imitaciones y falsificaciones.

CORRECCION DE

CUERPOS DEFORMES.

Si usted ó cualquier persona de su familia padecen de deformidades en el cuerpo, como pies torcidos ó doblados, enfermedad de la cadera ó de la espina, Paralisis, Paralisis infantil, coyunturas enfermas ó deformes, Cojera, Piernas chuecas, rodillas anudadas, ó deformidades, reumáticas, escriba pidiendo informes al Instituto abajo indicado, que le escribirá la manera de encontrar remedio á su mal. Esta casa es la Institución Ortopédica más completa de América. Y por sus muchos Elementos hacen curaciones que no se pueden hacer en otra parte y después de estar desahuciados. Los métodos empleados son especiales y su eficacia ha sido demostrada. No se emplean ni Emplastos molestos ni penosas operaciones quirúrgicas ni tratamientos dolorosos de niguna especie.—Se remiten Libros y Referencias á quién las pida. No se cobra nada por consultar.

THE L. C. MC LAIN MEDICAL AND SURGICAL INSTITUTE.
3100 PINE STRET. ST LOUIS, MO., U. S. A



SOLO PARA SEÑORAS
SOLO PARA SEÑORAS

El regulador mensual del Dr. R. G. Raymond ha hecho la felicidad de miles de señoras; no hay dolor, ni peligro, ni se interrumpe el trabajo. Se garantiza el alivio en tres ó cinco días. Pronta atención á las cartas confidenciales. Precio: $5.00 plata. Dirijan pedidos á Behlke's Pharmacy, 441 State St., Chicago, Ill. U. S. A.

Píldoras Digestivas y Antisépticas

DEL DOCTOR

B. HUCHARD,

DE PARIS.

Doradas, para los casos con diarrea. Plateadas, para los casos sin diarrea.

Muy experimentadas en las enfermedades del Aparato digestivo. Contiene la materia activa de los fermentos digestivos, y los antisépticos más poderosos combinados en una forma nueva y asociados con otras substancias medicinales. Es el mejor remedio para la dispepsia, mala digestión estomacal é intestinal, para la diarrea, disentería, enfermedades del hígado, gastralgias, jaquecas y en todos los casos en que la digestión es torpe y la nutrición imperfecta, ó cuando hay inflamación ó infección del Aparato digestivo ó de los órganos anexos.

De venta en todas las Droguerías y Boticas.

El Mundo Ilustrado

ANO X—TOMO I—NUM. 20 | MEXICO, MAYO 17 DE 1903. | Subscripción mensual foránea $1.50 / Idem, Idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. | Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Las Calles de San Francisco y la Avenida Juárez, en la Fiesta Floral del 10 de Mayo.

LOS ÁNGELES.

Es muy difícil definir de una manera precisa el símbolo que en el Arte está encomendado á los Angeles; pero, aunque la expresión sea vaga, cabe decir que esos seres, que no son ni viriles ni femeninos por completo, representan desde hace muchos siglos el prototipo de la belleza ideal, del mismo modo que el Diablo ha sido siempre el representante del Mal y del Pecado. Y cuando decimos «ideal,» no es porque exista una fórmula absoluta de belleza ideal, un tipo eterno y platónico que pueda haber sido idéntico para el artista de la Quinta Dinastía, que esculpió los bajorrelieves de la tumba de Tí, y para Boldini, que pinta las nerviosas elegancias de las más nerviosas parisienses de la orilla derecha del Sena, porque también el ideal estético se transforma con los países y con los tiempos y hasta en un mismo individuo se modifica con el transcurso de los años que va viviendo, lo mismo que se transforman y modifican los ideales del bien y del mal y de la verdad; pero cuando aquel artista egipcio esculpía y cuando este pintor italiano pinta, la obra artística no resulta sino una interpretación de figuras vivas existentes en torno de los intérpretes, una interpretación de la realidad ambiente conforme á los gustos propios del artista ó de la época en que produce. Pero nadie ha visto á un ángel— excepción hecha de los enamorados, cuya retina posee una fuerte virtud transformadora,—y por eso al crear en arte á un ángel, el artista está facultado para dar forma objetiva única y enteramente á su ensueño. El divino Rafael declaró en una carta á Castiglione que «essendo carestia di buoni giudici e di belle donne, io mi servo di certa idea che mi viene alla mente.» Pues bien, esa «cierta idea» de belleza es la que los pintores especialmente y con mayor libertad han podido traducir en el ángel, por eso tórnase curioso estudiar en los ángeles el prototipo de belleza «ideal» que alentó en la mente de los maestros.

***

Los ángeles no nacieron con el Cristianismo. Dice Menandro en la Pitonisa: «Cada uno de nosotros tiene un genio que le está destinado desde el nacimiento hasta la muerte para que lo conduzca de la mano por la vida, como el mistogogo conduce al iniciado. Es un buen genio, porque no hay que creer que los haya malos.» Ese buen genio de Menandro, como el demonio de Sócrates y de Platón, como el mensajero de los libros de Moisés y de los Jueces, se trocarán en el ángel de los cristianos, intermediario entre el cielo y la tierra, entre Dios y los hombres. Tertuliano dijo: «Nos officia divina angelis credimus.»

Los vasos griegos, las tumbas etruscas, los fragmentos de viejos bajorrelieves que se guardan en los museos europeos, están llenos de estos geniecillos. Los comentarios rabínicos de las Sagradas Escrituras fijan la creación de los ángeles unas veces en el segundo día, otras en el quinto; y para los de más allá, su creación es perenne porque irradian del sacro río Dinor, ó, según una deliciosa é intrincada teogonía más moderna, se crean sin cesar en un prodigio de multiplicación infinita, en la que no hay disminución del creador en pro del creado.

De todos modos, la primera religión que acogió á los ángeles de un modo definitivo y resaltante, fué la hebrea precisamente, la cual los clasificó en jerarquías y los admitió en la vida cuotidiana de los hombres. Desde la escala de Jacob hasta la curación de Tobías, los ángeles son factor activísimo de los más milagrosos sucedidos, y ya en el Viejo Testamento entraron en el campo del arte, pues, desde el Exodo, las solas imágenes permitidas para la ornamentación del Arca fueron los pequeños rostros alados de los Querubines.

En los cementerios cristianos del primero y del segundo siglo, los ángeles se asemejan á esos geniecillos y amorcillos que mucho tenían de los dioses tutelares paganos y que después de uno y medio milenarios volvieron á la boga en la ornamentación, por gracia de la Marquesa Pompadour. En los primeros siglos fueron también apolíneos y sin alas, pero en breve su calidad de mensajeros les prestó ese atributo de la suprema ligereza, y sus espaldas de andróginos se prolongaron en alas poderosas. Fueron vistiéndose en seguida, y la espléndida desnudez pagana desapareció bajo la vergonzante suntuosidad de las telas, cuando el cristianismo dió su golpe de gracia á la generosa adoración de la carne.

El escrito sobre las jerarquías, atribuído á aquel Dionisio Areopagita que, convertido por San Pablo, fué el primer obispo de Atenas, determinó para los artistas de la Edad Media la clasificación de los ángeles. Después, cuando la liturgia empezó á ser menos exigente con el arte cristiano -degeneración que eternamente lloran Huysmans en Flandes y Nervo en México, - los ángeles pintados empezaron también á ganar en suntuosidad de indumentaria y en belleza de formas; pero siempre los consideraron los artistas, de acuerdo con aquella filosofía escolástica que aceptara Dante, como creados por el Eterno Amor, no porque éste hubiera querido acrecer su propia alegría, que es infinita, sino para que los ángeles, esplendiendo por sí mismos, pudiesen gozar de la conciencia de vivir, de la conciencia de ser:

> Non per aver a sé di bene acquisto
> Ch'esser non puó, ma perché suo splendore
> Potesse, risplendendo, dir: Sussisto.

***

Ambiguos, de modo de corresponder en el arte cristiano á los Hermafroditas del arte pagano, los ángeles han sido representados ó más viriles ó más femeniles, según el temperamento del artista.

Para Giotto fueron efebos florecientes, imberbes, con rasgados ojos, pequeñas y rosadas orejas, labios delgados, cabellos rojos ó rubios. Si tomásemos á cualquiera de esos ángeles que en la bóveda del altar mayor de San Francisco de Asís defienden la torre de la Castidad ó sostienen el trono del Apoteosis, y le soltamos los rizos sobre las orejas y le arrancamos las alas para revestirlo con las mallas, el jubón de pliegues y el cinturón de puñal, obtendremos el más delicioso pajecito de la época. Toda la fuerza sana y casi pagana de aquel gran pintor italiano se revela en esa concepción.

Por el contrario, los sieneses, sensuales y adoradores de la gracia femenil, pintaron en torno de la virgen figuras femeninas, seductoras, esbeltas, que, si se desprendieran del lienzo en que están embarradas, hubieran podido, sin cambio de indumentaria y con el solo sacrificio de sus alas, tomar parte en las alegres danzas que las mozas más bellas de la ciudad organizaban en la Plaza Pública, como las pinta Ambrogio Lorenzetti en su riente alegoría del Buen Gobierno.

La misma «feminilidad,» pero más grácil y más rubia, perfumada de bondad y de pureza, se encuentra en los ángeles de Angélico. Pero ya en Benozzo Gozzoli, su gran discípulo, vuelve la fuerza de expresión, la resolución en los ademanes, la firmeza en el contorno, y, en consecuencia, surge una variedad de tipo que lo acerca á los veriotas perfectos del «quattrocento» florentino, desde Masaccio á Verrochio. Naturalmente, de éstos, el más ambiguo es el menos sincero y, por un singular fenómeno, el más popular: Botticelli. El más sincero es el menos místico: Fra Filippo Lippi, que recurre á modelos más jóvenes, más pequeños, más rientes, más inconscientes que los adolescentes de luenga cabellera que pintara Botticelli. Con reforzada conciencia del efecto reaparece esa ambigüedad en el más voluptuoso escultor del seiscientos, Bernini, cuando esculpe el Angel que, riendo, hiere á Santa Teresa (Iglesia de la Victoria, Roma.)

Desde el Renacimiento hasta nuestros días, los ángeles ó son niños ó son doncellitas núbiles. El llamado arte nuevo ha vuelto á esfumar la precisión del contorno, pero sin crear nada nuevo en esencia. ¿Habrá en lo futuro una nueva concepción del ángel?... No lo creemos; el arte cristiano casi ha agotado sus manifestaciones, y en las nuevas doctrinas el ángel carece de puesto; lo substituye la mujer en todas las manifestaciones de su infinita misión.

OSCAR HERZ.

La Fiesta Floral.

ÉXITO EXTRAORDINARIO.

Hacía ya algún tiempo que no se efectuaba en la Metrópoli una fiesta tan llena de atractivos como la que se celebró el último domingo, para saludar la llegada de la Primavera. Difícilmente podrá darse mayor entusiasmo que el entusiasmo que reinó ese día, y pocas veces, estamos seguros, se habrán visto nuestras avenidas principales engalanadas con los múltiples y brillantes atavíos que lucieron en esta ocasión: tal era el buen gusto desplegado en el adorno de los edificios comprendidos en la Avenida Juárez y Plateros, y tal la animación que despertó en el público el lucidísimo desfile de carruajes, automóviles, bicicletas y carros presentados al concurso floral.

Si hemos de atenernos á la impresión dominante entre la muchedumbre que asistió al festival, diremos que el resultado de éste superó con mucho, en lucimiento, al que era de esperarse, y que deben, con razón, estar orgullosos los señores munícipes que lo organizaron y llevaron á cabo con éxito tan extraordinario.

Esta es la verdad; aunque, por otra parte, el éxito corresponda también á las familias que contribuyeron con su contingente al brillo del concurso, y á las distintas negociaciones mercantiles que adornaron las fachadas de sus casas con la suntuosidad y elegancia de que dieron, en esta vez, tan buena muestra. Dicho esto, que creemos de justicia, pasamos á ocuparnos en detalle, del hermoso desfile de carruajes efectuado por la mañana y del combate de flores que, por la tarde, se verificó en Chapultepec.

*

La tribuna que debía ocupar el Jurado Calificador se improvisó sobre la escalinata del Pabellón Morisco de la Alameda y estaba decorada, principalmente, con lienzos de los colores nacionales. Una callecilla, que se formó con plantas de ornato, daba acceso á la plataforma, levantándose al frente grandes mástiles que sostenían escudos y banderas mexicanas. El antepecho de la plataforma se veía cubierto de musgos y flores que formaban, en caprichosa combinación, un bonito conjunto.

El Jurado estaba constituído por las distinguidas damas siguientes: señoras Carmen Romero Rubio de Díaz, Amparo E. de Corral, Luz Acosta de González Cosío, Dolores J. de Licéaga, Luz G. Cosío de López, Josefina M. C. de Pimentel, Sofía Osio de Landa, Dolores Barron de Rincón Gallardo, Amada Díaz de de la Torre, Angela González de Ituarte, Concepción Buch de Parada, Dolores Camacho de Landa, Luisa Raigosa de Díaz, Javiera Buch de Landa, Dolores Rubio de Fernández, Guadalupe Camacho de Icaza, Dolores Cervantes de Riba, María Landa de Riba, Emilia González Cosío de Villarreal, Catalina Cuevas de Escandón, Guadalupe Escandón de Escandón, Josefa Terreros de Algara, Concepción Tornel de Suinaga, Juana Cuevas de Portilla, Concepción Cuevas de Cortina, B. V. de Martínez del Río, Sofía Romero Rubio de Elízaga, María Parada de Buch, Dolores C. de Rubín, Francisca C. de Pasquel, Laura S. de Mariscal, Dolores M. de Fernández, Clara M. de Morán, Francisca G. de Algara, María E. de Buch, Elena V. de Amor, Elena A. de Braniff, Lorenza R. de Braniff, Guadalupe C. de Braniff, Guadalupe R. de Chavero, Laura A. de Garamendi, Carmen C. de Laclau, Amparo V. de Pliego y Josefina Prida de Muñoz.

En el mismo palco, tomaron asiento algunas señoritas de la mejor sociedad, el Sr. Presidente de la República los Sres. Secretarios de Gobernación y de Fomento, el Sr. Subsecretario de Hacienda, el Presidente del Ayuntamiento y los Regidores D. Agustín Alfredo Núñez, D. Miguel Quevedo, D. Jesús Galindo y Villa y D. Enrique Fernández Castelló, que fueron los organizadores de la fiesta.

Al presentarse el Sr. Gral. Díaz en la Avenida Juárez, la multitud que llenaba las ace-



1.—Tribuna del Jurado. 2.—Carruaje del Sr. Mayor Pablo Escandón (1er. premio.)
3.—Automóvil del Sr. Francisco Suinaga (2o. premio.) 4.—Automovil del Sr. Enrique Fernández Castelló (1er. premio.)
5.—Carruaje de la Srita. María Ramírez (2o. premio.) 6.— Carruaje del Sr. Tomás Morán. (Mención honorífica.)

Fiesta Floral.



1.—Carruaje del Sr. J. de Landa y Escandón. (2o. premio.) 2.—Caruaje del Sr. M. Noriega. (Mención honorífica.)
3.—Carruaje del Sr. Ulises Basetti (2o. premio.) 4.—Bicicletas unidas, representando un automóvil.
5.—Caruaje del Sr. Dr. Fernando López (Mención honorífica.) 6.—Caruaje del Sr. Ing. Miguel Quevedo (Mención honorífica.)

Fiesta Floral.



1.—Las calles de Plateros. 2.—Llegada de los ciclistas á la Alameda. 3.—Adorno del Casino Nacional. (Mención honorífica.) 4.—Carruaje del Sr. J. Blum (Mención honorífica.)

ras y los balcones, lo saludó con una salva de aplausos, aclamándolo.

Organizado el desfile, conforme al orden que indicaba la convocatoria respectiva, partieron del Empedradillo, para la Alameda, las bicicletas adornadas. Fueron muchas las que tomaron parte en el concurso, y tan variados los adornos que presentaban, que nos sería imposible describir una por una. Para no citar sino las más notables, mencionaremos la del joven Manuel Tovar, que simulaba una canastilla cubierta de flores; las que representaban, unidas, un automóvil tapizado de rosas, que conducían los Sres. Enrique y Esteban Brito, y las que, formando un tándem revestido de papel plateado y flores rojas y blancas, llevaban los Sres. Manuel Tovar, Roberto Ymaz y José Basurto. El joven Tovar, que conducía la canastilla, vestía de gato blanco y obtuvo el primer premio. El segundo lo obtuvieron los Sres. Brito. Hubo, además, otras máquinas que llamaron la atención por su



"La Esmeralda." (1er. premio.)

adorno y que fueron premiadas con menciones honoríficas.

Al desfile de bicicletas, siguió el de automóviles. Las señoritas Ana Rubio y Mercedes Berriozábal ocupaban el señalado con el número 1, propiedad del Sr. Arquitecto Enrique Fernández Castelló. Literalmente tapizado con gardenias y camelias rojas, este automóvil llevaba prendidas á las varillas que sostienen el toldo, guías de claveles y otras flores que realzaban notablemente su belleza. Obtuvo el primer premio. La mención honorífica se adjudicó al número 5, del Sr. Francisco Suinaga, ocupado por las señoritas Matilde Ituarte, Concepción Zenea y Ana María Algara. El adorno era vistoso y artístico.

*

Si el paso de los automóviles por Plateros y San Francisco, hasta la Alameda, resultó muy lucido, el de los carruajes, entre los cuales había algunos verdaderamente notables, produjo entre los espectadores la más agradable impresión. Una lluvia de confetti cubrió el suelo, y las serpentinas formaron, sobre el mar de cabezas que se agitaba en la avenida, una red de colores.

La «victoria» del Sr. Mayor D. Pablo Escandón, tirada por un hermoso tronco de caballos «moros,» estaba adornada con infinidad de violetas que formaban guías artísticamente distribuídas en la caja y en las guarniciones del tiro. Esta «victoria,» que obtuvo el primer premio, iba ocupada por las señoritas Escandón y Rincón Gallardo.



La Casa Mosler. (2o. premio.)

Notables también por el primor con que estaban engalanados, fueron los carruajes de la señorita María Ramírez, del Sr. Ulises Basetti y del Sr. José W. de Landa y Escandón, que obtuvieron segundos premios. El primero lucía abullonados de gasa color de rosa, y guías, listones y flores del mismo color, entrelazados con verdadero arte. El segundo, piezas florales, de muy buen efecto, que representaban cuernos de la abundancia, y el tercero, palmas y flores que ofrecían un soberbio golpe de vista. El Sr. Basetti y su esposa ocupaban el segundo, y las señoritas Guadalupe de Landa, Luz Landa Osio, Virginia Landa y Buch, Dolores Landa, Guadalupe Landa y Buch y Teresa P. Buch el último.

Las menciones honoríficas se adjudicaron á los caballeros y damas siguientes, por los carruajes adornados que presentaron: Sr. Tomás Morán, Sra. Manuela R. de Ramiro, Sr. Luciano Cobián, Sr. Alonso Fernández Castelló, Sr. Ingeniero Miguel Quevedo, Sr. José María Loza-



Carro de la "Tabacalera." (1er. premio.)



Droguería de Carlos Félix (Mención honorífica.)

no, Sr. José M. Bermúdez, Sra. Luz González Cosío de López, Sr. Antonio Pliego y Sr. Reni Sarra.

El carruaje del Sr. Bermúdez iba adornado con azaleas y gardenias.

Los primeros premios consistían en un estandarte de seda lila, con borlas de oro, bordado y con esta inscripción: «Ayuntamiento Constitucional de México. Fiesta Floral. —1er. premio del concurso de automóviles, carruajes comerciales, carruajes particulares y de bicicletas.» Los segundos premios eran rojos, y las menciones honoríficas, color de rosa unas y gualda otras. Estas tenían la forma de banderolas, distinguiéndose en esto de los premios, que afectaban la de un gallardete.

*

En cuanto á los edificios, los que más se distinguieron por su adorno, son los siguientes: de «La Esmeralda» (primer premio), de Mosler, Bowen y Cook (segundo premio), del Casino Nacional, del Hotel Guardiola, de la Droguería de Carlos Félix, de la American Surety Company, de la Cristalería de Plateros y de la Droguería de la Profesa [menciones honoríficas]. Había, además, otros edificios vistosamente engalauadas

Entre los carruajes comerciales, mencionaremos como los principales el de «La Tabacalera Mexicana», que obtuvo el primer premio, el de la Droguería de la Profesa, que obtuvo el segundo, y los de «El Buen Tono,» «El Palacio de Hierro» y «El Puerto de Veracruz», que ganaron las menciones honoríficas.



Droguería de la Profesa. (Mención honorífica.)



Carro de "El Palacio de Hierro" (Mención honorífica.)

Tanto ó más animado que el desfile, estuvo el combate de flores que se efectuó en Chapultepec. Más de dos mil carruajes concurrieron al paseo, tocando hasta las 7. p. m. las mejores bandas militares. El combate, librado con flores, confetti y serpentinas, se reanudó por la noche en Plateros en medio del más franco entusiasmo.

*

Ojalá que el éxito obtenido en esta ocasión por los señores Regidores Núñez, Galindo y Villa, Quevedo y Fernández Castelló, impulse al Ayuntamiento á establecer definitivamente entre nosotros la costumbre de saludar la llegada de la Primavera con fiestas tan hermosas como la que acabamos de reseñar.

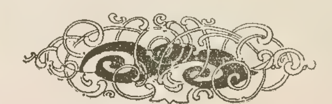
La indulgencia es uno de los aspectos de la sabiduría.— H. DE LA POMMERAY.

*

Los más desgraciados no son los que sufren la injusticia, sino los que la cometen. —MONTESQUIEU.

*

La sabiduría práctica no tiene más que una escuela: la de la experiencia. —SMILES





Edificio de la Estación Sanitaria de Guaymas.



Departamento de estufa de desinfección.



Punto de la playa en que está instalada la Estación Sanitaria.

La Estación Sanitaria en Guaymas.

Un establecimiento de gran importancia para el servicio de sanidad en los puertos, acaba de inaugurarse en Guaymas: nos referimos á la estación sanitaria que, por acuerdo del Consejo Superior de Salubridad, se fundó allí recientemente.

Esta estación es, sin duda, la mejor y la más bien dotada de cuantas existen en la actualidad en el país: sus departamentos han sido construídos previo un detenido estudio y están provistos de todos los aparatos y útiles más modernos indispensables para el objeto á que se les destina. Debido á la distribución que se les ha dado, y al sistema que se sigue en el servicio, la desinfección de los equipajes y ropas de los pasajeros en tiempo de epidemia, se efectuará sin molestias para éstos y en unos cuantos minutos. Los pasajeros pasarán primeramente á l a sala de desinfección, entregando antes en la de estufa sus prendasde vestir. De allí serán conducidos al baño, y una vez que salgan de él, recibirán sus ropas ya desinfectadas, para que puedan seguir su camino sin temor de que lleven el contagio á la ciudad.

El departamento de baños se compone de diez cuartos con estanque, regadera, etc., etc.

En este número publicamos tres grabados relativos á la nueva estación sanitaria.

LA VICTORIA DEL SOLDADO.

Aún resonaban con eco pavoroso en la montaña las descargas de la fusilería, cuando rodó un soldado desde la altura á la garganta del valle, bañado en su propia sangre, atravesado el pecho por traidora bala.

Avanzó el día. Se hundieron los últimos rayos del sol tras la colina de la aldea, besando melancólicamente el dorso de los montes.

Las sombras con ropajes de negras gasas, ocultaron la agonía del soldado, en tanto que las aves, desde los nidos en que plegadas las alas calentaban á sus hijuelos, gorjeaban una música extraña, así como las notas dulces de un cántico místico.

La luna, encantadora reina de la noche, asomó tristemente tras un jirón de nubes; y bordaron las estrellas su manto negro con un enjambre de lágrimas de plata.

Venían á presidir el duelo.

El arroyuelo, que serpentea al pie de la ermita derruída, murmura una salmodia triste.

***

Comenzó el desfile.

El graznido del buho—centinela agorero que se columpiaba en la erguida copa de la centenaria encina—anunció la media noche.

Una virgen pálida vino á mojar con las lágrimas de su lloro la lívida faz del moribundo; era la blanca niebla.

***

La esposa amante del Sol se había ausentado, acaso para ocultar su pena, tras las nevadas cumbres de la alta serranía.

Viajeros rezagados, algunos luceros, vacilantes y soñolientos, dando traspiés como beodos, vagaban por la esfera.

Se acercaba la aurora.

Hubo música en los nidos.

El siniestro buho, eterno enamorado de las sombras, después de lanzar su postrimer graznido, tendió sus negras alas y se perdió en el espacio.

Las flores despertaron. La brisa meció sus tallos, é hizo caer de sus cálices entreabiertos las perfumadas gotas de rocío, que fueron á mojar la frente del cadáver.

Había terminado la agonía!......

Eliezer D. Petit.





Cuentos de Espantos

III

EL NAHUAL (?)

I

Desde muchas horas antes de amanecer andaba en el monte, guiado por un mocetón fuerte, nervioso y esbelto, que conocía la sierra con todas sus entradas, salidas y vericuetos. Eran próximamente las once de la mañana. El sol se derretía en chorros de fuego, y el cansancio y el hambre habíanme agobiado de modo tal, que determiné no continuar más en pos de los venados, único objeto con que saliera del rancho, no muy cercano de nosotros á esa hora, pues ocho largas hacía desde que empezó nuestra cinegética expedición.

Como se me asegurara desde la noche anterior que, á poco de correr y de transmontar las primeras colinas donde empezaban á elevarse los enormes estribos de la sierra, habríamos de encontrar dos partidas de venados que campeaban en unos sembradíos de cebada, á la orilla de las ya pizcadas labores de maíz que desde las casas divisábamos, me conformé, al levantarme, con un jarro de café negro, buen trago de aguardiente y unos cuantos bocados de pan. Así es que, después de tantas horas de ejercicio, me hallaba completamente desfallecido. Y lo peor del caso era que mi tenacidad y mi empeño no obtuvieron compensación ni recompensa alguna, porque de las codiciadas reses no encontramos sino las huellas, y no frescas por cierto, pues las más recientes acusaban el paso de la partida con una antigüedad de varios días.

Aunque del rancho había salido á caballo, tuve que dejarle atado á un tronco donde la senda que teníamos que remontar era tan empinada y abrupta, que no dejaba paso á la cabalgadura. Mi conductor iba á pie; pero ahí se las dieran todas, pues no parecía sino que se paseaba por ameno prado y que la roca viva sobre que se abría el sendero era una suave rampa de mullidísima alfombra tapizada.

Rendido, pues, de tanto andar sin provecho ni esperanza de alcanzarle, pues á las horas del sol todos los animales montaraces van á sestear sombreándose en los sitios más apartados y ocultos, determiné, como he dicho, poner fin por esa vez á mi tarea y regresar al rancho, donde, después de confortar el estómago y dar descanso al cuerpo, enderezaríamos hacia otro rumbo nuestra expedición, pues yo soy tenacísimo é infatigable cuando de montería se trata, y no le doy punto hasta que logro derribar siquiera una pieza de las que me propongo perseguir.

Bajamos de la montaña, y aunque el descenso era penoso por lo empinado y áspero de la cuesta, hicímoslo con rapidez suma, hasta llegar al sitio donde el caballo esperaba despuntando pacientemente las pocas hierbas que estaban á su alcance. Mientras nos ocupábamos en enfrenarle y apretar el cincho de la montura, acertó á pasar cerca de nosotros un vaciero que sobre menguado macho rucio recorría gran extensión de la sierra vigilando, según me dijo, diversas pastorías que bajo su cuidado estaban. Enteréle del objeto que por aquellas asperezas nos traía y nos manifestó, con grande contentamiento mío que me hizo palpitar el corazón y hasta olvidar en un instante las pasadas fatigas, que no lejos del lugar donde nos encontrábamos acababa de ver, hacía una hora escasa, las dos partidas de venados que iban á refocilarse con la cebada de los vecinos sembradíos; que seguramente habríamos de dar con ellos cuando la tarde empezase á declinar; y por último, se ofreció el buen rabadán á conducirme él mismo al sitio donde todos los días sin faltar uno, y al salir ó ponerse el sol, los deseados antílopes se dejaban ver sin recelo alguno, pues mucho tiempo hacía que nadie les daba caza. Ante tan halagadora perspectiva, me resolví, sin vacilar, á quedarme en el punto donde me encontraba, que un bosque de encino y palo blanco cubría del sol, desparramando en torno plácida frescura.

Ordené á mi guía ir al rancho y traerme lo que más pronto y á la mano encontrase de comer y, aunque le ofrecí con insistencia el caballo para mayor rapidez y comodidad, no lo consintió en manera alguna é hízome ver probándolo hasta la evidencia, que más pronto y mejor llegaría en el caballo de San Francisco, pues cualquiera otro le incomodaba y servíale de estorbo solamente. Dejéle hacer. Le vi bajar la última colina, echar por un atajo y perderse después á lo largo de los barbechos en los abandonados laboríos. Quedé solo con el vaciero informándome de todo lo que á la caza por aquellas montañas se refería, y siendo satisfactorias por demás sus informaciones, supliquéle con el más grande encarecimiento no dejase de volver para acompañarme á la ronda de las tan decantadas partidas. Me lo prometió de la mejor voluntad, asegurándome regresar á poco, pues sólo tenía que ir á «echar un vistazo» al hato más próximo, que se encontraba distante una pequeña legua.

Dos escasas me separaban del rancho: así es que, dada la destreza y actividad de mi guía, antes de dos horas esperaba su regreso, y entretanto me aperejé á descabezar un sueño sobre el reseco zacatal del monte. Como busqué la mejor posición, la que tomé al echarme permitíame abarcar con la mirada inmensa extensión de la llanura que se perdía al pie de la tendida falda donde reposaba, la cabeza en alto y el cuerpo descendiendo, según la suave ondulación de la pendiente que me servía de lecho. Estaba ya completamente solo: el caballo atado muy cerca y mi carabina Winchester apoyada en un encino al alcance de la mano.

El sol del mediodía clavaba sobre la tierra gris sus estiletes de lumbre, que, al atravesar la atmósfera candente, vibraban cual moléculas de oro fundidas en el inmenso crisol del espacio.

II

Regalado bienestar inundóme al sentir en mis miembros el contacto fresco de la sombreada tierra. Entorné los ojos para librarlos de la lejana reverberación del campo. Poco á poco empezó á rielevarse el

dilatado panorama, profundo y vario al propio tiempo en su monotonía misma, pues un detalle, un accidente baladí que surgiera de pronto en cualquier punto del paisaje, imprimíanle admirable diversidad, perceptible claramente al ojo experto en semejantes contemplaciones.

La planada se extendía tersa y bruñida por la pesada y aplastante onda abrasadora del sol, haciéndola brillar en la lejanía con un espejismo áureo y trémulo que inmensas lagunas y refrigerantes corrientes semejaba. Los surcos del abandonado barbecho aparecían como cintas donde el oro del sol se descoloraba en cobres profundos y apagados, y las duras glebas, lo mismo que las cepas de los rastrojos, reverberantes y policromas, figurábanseme enormes gemas de una caprichosa y nunca imaginada pedrería.

Hasta donde la vista alcanzaba se tendía la llanura, recortándose, allá muy léjos, por la inmensa mancha verde y cenicienta del mezquital, en cuyo medio se asentaban las rancherías. Más cerca y en el centro de algún campo labrantío, desnudo ya de su pompa, surgían enhiestas y rígidas las secas cañas, de donde la mazorca fué arrancada, como rojas espadas centellantes; y aquí y allá se amontonaban gigantescas hacinas de rastrojo, fulgurantes al sol cual monumentales edificios de oro puro. Por otro lado, y rompiendo la monotonía gris de la planicie, sola y aislada, á grandísimas distancias, surgía de la tierra la nota verde clara de copudo mezquite, como una enorme brocha de esmeralda; y más acá, ya muy cerca de mí, á derecha é izquierda corría en interminable sucesión la no interrumpida cadena de colinas y laderas festoneadas de vegetación que se levantaban gradualmente sobre el terreno, hasta empinarse en las titánicas moles de la cordillera que atrás había dejado. Y arriba, muy arriba, altos, altos, manchando el esmalte azul del espacio, negrísimos y profundos, revoloteaban los cuervos solitarios, con vuelo sosegado y solemne, como trágicos gérmenes de tiniebla que buscaran un sitio para clavarse en la esplendorosa inmensidad del éter incendiado.

Recogiendo la vista, fijéla en un punto de la llanura y descubrí, en medio de manchones de maleza, los jacales de una estancia, cercados por apretada hilera de magueyes y cardones: podía distinguir apenas las tapias de adobe con sus tejados de palma. No había señal de movimiento y vida en aquella mansión, y una tristeza, vaga y honda al mismo tiempo, la rodeaba por todas partes.

Ya he dicho en otra vez que el campo es triste, siempre triste, inmensamente triste; y hay la singularidad de que la penetrante impresión de melancolía que produce es tan augusta en la mediación del sol como en el peso de la noche. Siempre existe cierta lobreguez en la majestad de esas dos horas; sólo que no hay en la del mediodía el horror que por la noche tanto perturba el ánimo y lo amedrenta. Pero el que se encuentra en la soledad de los montes cuando el sol toca en el cenit, siéntese sobrecogido perpetuamente por el infinito y perdurable misterio de la Naturaleza. Y si el paisaje que se desarrolla ante los ojos es dilatado, monótono y salvaje, entonces el alma va á empaparse en la sagrada tristeza, como los picos más encumbrados de las montañas se empapan en la suprema frialdad de las eternas nieves.

Aunque lo procuré con todo empeño, no pude dormir. El campo, cuando no hay un objeto que divierta mi espíritu de las cosas comunes de la vida, prodúceme á menudo cierta embriaguez estática, ó más bien dicho, una borrachera en que me sumerjo plácidamente hasta llegar, á fuerza de abstraerme en la meditación contemplativa, á ese punto muy semejante al Nirvana, que el inolvidable poeta describió en un verso de penetrante intensidad al preguntarse:

«¿En qué pensamos cuando no pensamos?......»

Estaba, pues, llegando á ese estado espiritual, cuando un accidente súbito me despertó de mi marasmo. En la estancia que juzgué solitaria y que se aparecía como á un cuarto de legua, vi revolotear, tras el cercado de magueyes, muchas aves de corral que en confuso desorden y apresuradamente pugnaban por eludir un peligro. Al mismo tiempo aparecieron en el boquete que servía de puerta al solar dos mujeres que agitaban los brazos con ademanes y aspavientos desesperados, y tales gritos lanzaban, que llegaron perceptiblemente hasta mis oídos. Y en aquel propio instante, un animal que pude distinguir á la distancia y acababa de saltar el cercado perdiéndose entre los matorrales del montecillo, apareció de pronto en plena llanura, corriendo rápida y derechamente hacia el sitio donde yo me encontraba. Dos perros ladrones furiosos le seguían, pero sin lograr alcanzarle, y, desalentados y rendidos, fueron quedándose atrás, uno de otro, ya sin intento de continuar la persecución. Todo esto duró algunos minutos. Yo me había incorporado sobre el brazo derecho y al través del ramaje observaba atenta y cautelosamente. El animal perseguido que con su ligereza lograra burlar la furia de sus enemigos, era un coyote grande y peludo, y en el hocico traía una gallina negra que agitaba las alas cacareando lastimosamente. A cada instante se acercaba más á mi puesto, y calculando yo que no tardaría en estar á tiro, eché mano á la carabina y me apercibí á aguardar en acecho aquella á quien ya consideraba por segurísima presa. Mas cuando el animal iba á ponerse á mi alcance, con la singular astucia de que está dotado, adivinó sin duda mi presencia, por los movimientos que hice necesariamente al tender el arma para encañonarle y disparar en el momento que le tuviese bien enfilado.

Y repentinamente el coyote torció el rumbo hacia mi derecha y á todo escape se lanzó atravesando los barbechos con dirección al cerro. Y con la misma rapidez me puse en pie; y desamarrar el caballo y ponerme de un salto, sobre la silla, obra fué de un solo instante. Y desatentado bajé por la colina como si á despeñarme fuera, enderezando la carrera en pos de la escapada bestia, á quien traté desde luego de atajar, cortándole el camino que hacia la montaña proseguía. Mucho alcanzó á aventajarme en tan cortos momentos; pero mi caballo era ligerísimo, estaba descansado y el coyote no podía correr mucho por la planicie sin que presto le diera alcance. Varias ocasiones había emprendido con éxito persecuciones semejantes; así es que abrigaba la seguridad de cansar al malvado y ladrón raposo á quien juré hacer pagar con la muerte todos sus merodeos.

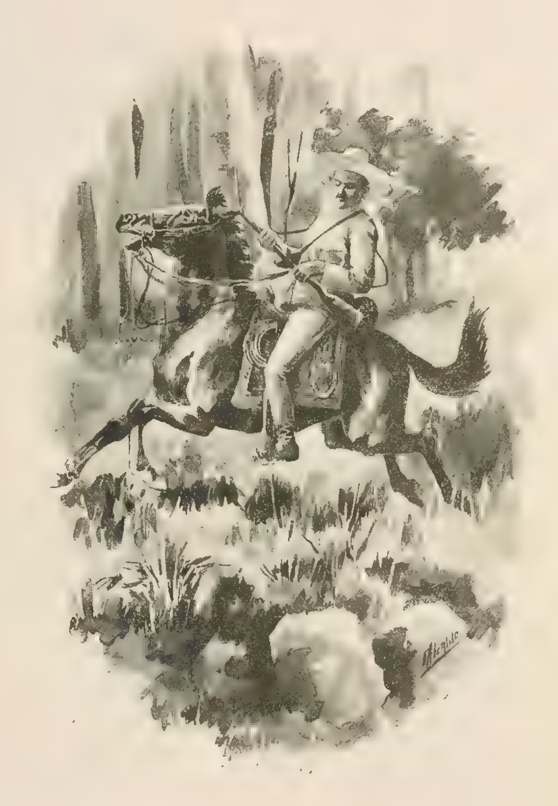
III

Alcanzaba, por fin, á cortarle terreno. La distancia iba menguando. El coyote había tomado por un atajo que hacia larguísima cerca de piedra encaminaba. Tal cerca no fué descubierta por mí sino en aquel momento. Dividía las llanuras labrantías de los cerros, formando dos potreros. Era bastante elevada y corría en línea recta, subiendo y bajando sobre la falda, según las ondulaciones del terreno. Al pie del lienzo y paralelo á él, hundíase un vallado poco profundo y cegado en partes por las corrientes de la sierra. Por allí seguía desaforado el coyote, y yo tras él no cejaba un punto. Pero evidentemente que si el fugitivo alcanzaba á saltar cerca y vallado, se remontaría por los cerros, ocultándose entre los mogotes que, salteados aquí y allá, en el declive de la falda, iban espesándose más y más, á medida que la montaña se empinaba. A evitarlo á todo trance corría yo desalado y lograrlo creía antes de mucho, pues por dos ocasiones el bermejo canino se detuvo fatigado, sentándose sobre los cuartos traseros y dirigiendo hacia mí sus orejas rígidas y el agudísimo hocico que constantemente atenaceaba sin piedad á la pobre gallina, y ya casi exánime, á juzgar por las ligerísimas convulsiones en que se agitaba. Y en esas dos ocasiones intenté disparar haciendo blanco al detener de súbito el caballo; mas el astuto animal emprendía de nuevo é instantáneamente la rápida carrera obligándome á seguirle siempre á todo lo largo de la cerca.

Y á cada momento me acercaba. Unos cuantos más, y tenía la seguridad de fusilarle á mansalva, pues el coyote iba debilitándose según se echaba de ver en lo flojo de la carrera y la desesperada ansiedad con que buscaba la salida por cualquier parte. Yo estaba ya jadeante y trémulo por el ardor de la persecución que de frenético estímulo me servía. Un instante, un solo instante, y la presa era segura. Veíale el rojizo pelambre enmarañado é hirsuto y la esponjada cola casi barriendo el suelo y medio escondida entre las ancas... Y de repente, en un solo punto y de un solo golpe, el animal saltó por oculto brincadero de la cerca, donde sin duda los leñadores ó los cuatreros habían rodado las piedras para abrirse paso y comunicación entre las [illegible]dos dehesas.

MANUEL J. OTHÓN.

(CONCLUIRÁ.)





Proyecto para la construcción del Panteón Nacional.

EL PANTEÓN NACIONAL.

Publicamos en este número un grabado que representa el proyecto del señor Arquitecto don Guillermo Heredia, conforme al cual se construirá el Panteón Nacional cuya primera piedra fué colocada solemnemente por el Primer Magistrado de la Nación, el viernes de la semana pasada.

En otra ocasión hemos hablado acerca de este proyecto y, por lo mismo, nos limitamos únicamente á dar á conocer el dibujo en perspectiva de la gran rotonda y del monumento que se levantará en el Panteón y que debe contener los restos de los héroes de nuestra Independencia.

La ceremonia, sencilla é imponente, fué amenizada por una de las mejores bandas militares. El señor Arquitecto Nicolás Mariscal pronunció un discurso alusivo al acto que se celebró, y el señor Ramón Villalba recitó una poesía que fué aplaudida.

Entre los concurrentes, vimos á los señores Secretarios de Estado, á algunos jefes de alta graduación en el Ejército, y á numerosos funcionarios de la Administración Pública.

Los Niños Abandonados.

Pobres niños que brotan en la vida,
como brotan las flores en la selva,
sin saber cómo brotan y sin ramas
que con sus hojas cubran su belleza!
Amadlos. ¿Son culpables esos lirios
de nacer del estiércol de la tierra?
Nutridos del rocío de las lágrimas,
sus corazones aman la tristeza:
si no murieran en su yerta aurora,
para siempre serían flores yertas!
En sus cálices blancos tienen almas
henchidas de suavísimas esencias,
y solos como van, siempre sonríen
sin soñar en miradas ni en ternezas.
Con sus ojos nostálgicos parecen
adivinar que vienen á la tierra
á morirse de olvido, cual las flores
que brotan en el fondo de la selva.
Su destino es secarse cuando ríe
el sol de la amorosa primavera;
ser nota negra y fría en la alborada,
doliente inspiración de los poetas,
nieve en los hondos valles florecidos,
héroes de melancólicas leyendas:
nacen para formar el lado obscuro
del contraste fatal de la existencia.
Yo no sé si más tarde de la muerte
renacerán cantando en una estrella;
más, al llegar las noches de diciembre,
sus carnecitas sin calor se hielan,
y se mueren soñando con los lobos
que tienen una madre que los quiera.

JUAN R. JIMÉNEZ.



Sr. Lic. D. Luis Gutiérrez Otero.

La Cuestión de Venezuela.

Como se sabe, próximamente se reunirán en Caracas los Tribunales de Arbitraje que deben conocer de las diversas reclamaciones presentadas contra Venezuela por algunos países. Las naciones reclamantes, de acuerdo con esa República, nombrarán cada una un árbitro, designando al mismo tiempo al Jefe de Estado á quien corresponda elegir el superárbitro que habrá, en cada caso particular de las reclamaciones, de decidir los puntos de discordia, dirigiendo como Presidente del Tribunal los debates.



Sr. Lic. D. Fernando Duret.

En las reclamaciones de México, nuestro Gobierno ha nombrado árbitro al Sr. Lic. D. Fernando Duret, y el Rey D. Alfonso XIII, designado para nombrar el superárbitro, ha encomendado estas funciones al Ministro de España residente en Caracas. No se sabe aún quiénes hayan sido designados por S. M. Alfonso XIII árbitros en las reclamaciones de España; pero, por lo que toca al superárbitro, aquel soberano eligió para que hiciera el nombramiento respectivo al Sr. Gral. Díaz, Presidente de México, y el Supremo Magistrado se sirvió confiar esta delicada misión al Sr. Lic. D. Luis Gutiérrez Otero.

Hoy publicamos en nuestras columnas los retratos de los Sres. Lics. Gutiérrez Otero y Duret.

DE HEREDIA.

LOS CONQUISTADORES

Como un bando de halcones que el breñal,
De su altiva miseria fatigados,
Dejan, de Palos jefes y forzados
Parten con sueño heroico y brutal.
A la conquista van del vil metal
De Cipango en los montes apartados,
Y el viento los empuja á los soñados
Confines de la tierra occidental.
Su afán ardiente de un mañana utópico
Los mece en el azul del mar del trópico
Que embriaga y dora sus constantes velas,
Y ven surgir, con renovado anhelo,
Miles de estrellas nuevas en el cielo
Delante de las blancas carabelas.

F. NAVARRO Y LEDESMA.

"ZULEMA."

El maestro Ernesto Elorduy, conocido por sus hermosas y elegantísimas composiciones musicales, acaba de dar una muestra de la plenitud de su talento, con el poema musical «Zulema,» representado en el Teatro Principal hace pocos días.

La obra del maestro arrebató el corazón de los espectadores, por su dulzura y su apasionamiento, nada vulgares.

Su mérito es tal, que no pudo pasar disimulado ni aun para la muchedumbre acostumbrada á las escenas grotescas ó ridículamente sentimentales del género chico.

Aun la misma Empresa del Teatro Principal, comprendiendo el alto mérito de la obra, puso empeño en que ésta fuera representada con propiedad, para lo que mandó pintar decoraciones y hacer trajes bastante á propósito para que su aspecto no desdiga de lo que la música significa.



Sr. Janet, escenógrafo del Principal.

*

Por los grabados que ahora publicamos, nuestros lectores podrán apreciar el conjunto de algunas escenas de las más salientes de la obra.


TEATROS
1
2
3



1. Terraza de un Castillo en Constantinopla.
2. Dúo del 1er. cuadro.
3. Un Bazar.
4.—Baile de bayaderas.
5.—El Harem.
6.—Mercado de esclavas. Muley liberta á Zulema.

El Territorio Quintana Roo.

En el presente número ampliamos nuestra información gráfica relativa á la campaña de Yucatán, dando á conocer otra serie de fotografías que creemos será de interés, por tratarse de un asunto muy poco conocido, en sus detalles, de la generalidad de los habitantes del país.

En una de nuestras ilustraciones aparece la «india Desideria», que casi desde que se inició la campaña, ha prestado buenos servicios á las fuerzas federales, guiándolas á través de los bosques que pueblan la comarca, hacia los puntos en que se ocultaban los rebeldes. La india está acompañada de otras mujeres de su familia.

En otro de los grabados que ofrecemos, puede verse un hospital establecido en el campamento «General Vega» con el objeto de atender á la asistencia y cuidado de los soldados enfermos. El edificio es de madera, está pintado con aceite en su parte interior, para facilitar el aseo de sus pisos y paredes, y consta de varios departamentos capaces de contener cada uno hasta cincuenta camas. Estos departamentos reciben luz y ventilación por una serie de amplias ventanas abiertas en los muros laterales. La casa del señor General de la Vega, es también de madera, y tiene la forma de un «chalet.»

Por último, reproducimos la vista de un estero cercano á Chan Santa Cruz, y las de algunas partes de la selva maya, donde se abrió brecha para el establecimiento del ferrocarril militar. El grupo de trabajadores que aparece en una de ellas, está formado por negros contratados en Belice para la ejecución de la obra.



La guía Desideria y su familia.



Hospital en el campamento Vega.

CUADRO ANDALUZ.

Bajo el dosel movible de vid jugosa
donde cuelgan racimos de moscateles,
riendo las manolas y churumbeles,
celebran una juerga jacarandosa.

La rubia manzanilla corre espumosa
tiñendo de amarillo blancos manteles,
y resuenan mil voces y cascabeles,
y es la luz más alegre y esplendorosa.

Se escuchan castañuelas y carcajadas,
chasquidos de cristales, risas, palmadas,
y suben por los aires anchos sombreros.

Y al surgir de los pechos tristes canciones,
las guitarras preludian con sus bordones
las notas sugestivas de los boleros.

RENÉ LÓPEZ.

El Sueño de Don Juan

Sobre la copa de un ceibo, cantaba un turpial al Sol, cantaba á la gloria de la Primavera, la bella estación radiante. Pero Don Juan, envejecido, tembloroso, apolillado y roído por los años, miraba con melancolía á la púrpura de las rosas y al oro del Sol. A los 80 años—pensaba,—en un día de primavera, los viejos no piensan sino en dormir. Son como la ceniza. Quieren dormir para conservar en la entraña, intenso y puro, el rojo rubí del fuego. Y Don Juan, bajo la sombra del ceibo en flor donde cantaba el turpial, se durmió profundamente...... Y soñó.

Soñó que había muerto y que se encontraba envuelto en una mortaja muy blanca dentro de una urna muy negra. Cuatro cirios de cera pálida alumbraban con su llama triste su cadáver; y su cadáver se moría de fastidio en la gran estancia mortuoria, en donde no se escuchaba el menor sollozo de mujer. ¿Que se habían hecho la muchedumbre de sus amadas? Las infinitas Eulalias y Leonoras ¿por qué lo habían abandonado en la hora suprema de su muerte? Decepcionado, cruelmente decepcionado, pensó en los innumerables besos que había depositado en tanta linda boca infiel. En aquella hora de soledad, el recuerdo de esos besos era torturador y amarguísimo



Trabajos en el Ferrocarril Militar.

cual ningún otro recuerdo. Y pensó arrojar de su corazón desolado el recuerdo de sus besos. Y los recuerdos de sus besos comenzaron á salir de su corazón supliciado, por su boca entreabierta, en forma de unas tardas, y lánguidas y dolientes mariposas.

Las primeras que aparecieron en su boca y volaron por la estancia fueron negras. Y Don Juan pensó: esas mariposas negras deben ser el recuerdo de los besos nacidos en las noches de locas orgías sobre los labios sin amor de las mujeres impuras.

Luego volaron de la boca las mariposas amarillas. Y Don Juan pensó otra vez: esas deben ser los besos de las atroces perfidias. Y por último aparecieron las mariposas azules. Y Don Juan, lleno de melancolía, recordó que aquellas mariposas serían el recuerdo de los besos románticos que dió temblando cuando su corazón en flor apenas tendría quince radiantes, inocentes años!

Y todas aquellas mariposas volaron de su boca marchita como de una flor sin perfume. Volaron algún tiempo por la estancia mortuoria, y huyeron al fin en aturdida caravana, á recorrer eternamente los jardines del mundo. ¿Pero el destrozado corazón de Don Juan quedó completamente vacío?

¡Ah! no. Hubo una mariposa que Don Juan nunca creyó ver salir á su boca impura de libertino empedernido. Y fué una mariposa muy blanca, muy pálida, muy radiosa, que agitando sus alas de nieve imposible sobre la vaga palidez de sus labios, no quiso huir de su corazón abandonado...... No quiso huir, y al contrario, tornó al corazón solitario de Don Juan, porque aquella mariposa divina era el recuerdo de un beso que no pudieron dar sus labios, de un beso que murió tristemente en su boca, una tarde de primavera en que encontró con los labios entreabiertos y la respiración anhelosa, á una muchachita, rubia como un rayo de sol, que en su nómada vida de bohemia, libre al deseo, se había quedado dormida sobre la yerba, bajo la sombra de los ceibos, en el recodo de un camino solitario....

A. Fernández García.



Casa del General de la Vega.



Un estero en Quintana Roo.



Un grupo de trabajadores en el Ferrocarril militar.

Un pueblo es el medio de que se sirve la naturaleza para producir seis ó siete grandes hombres. Sí: y en seguida para evitarlos.

*

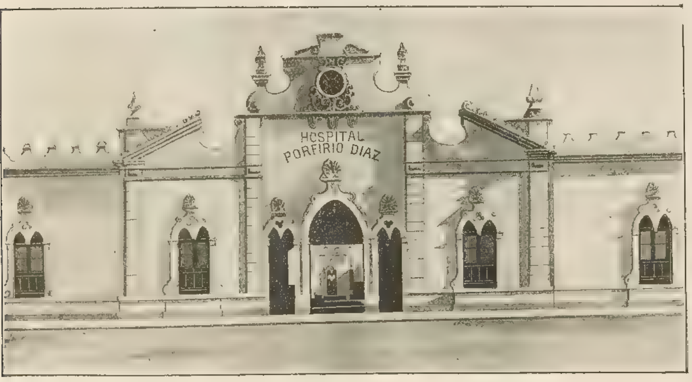
En la venganza y en el amor, la mujer es más bárbara que el hombre.

El Hospital "Porfirio Díaz" de Chihuahua.

Entre las numerosas mejoras materiales llevadas á cabo últimamente en la capital del Estado de Chihuahua, figura el Hospital denominado «Porfirio Díaz,» que se levanta en la Avenida Colón de aquella ciudad y que es, sin duda, uno de los mejores del país.

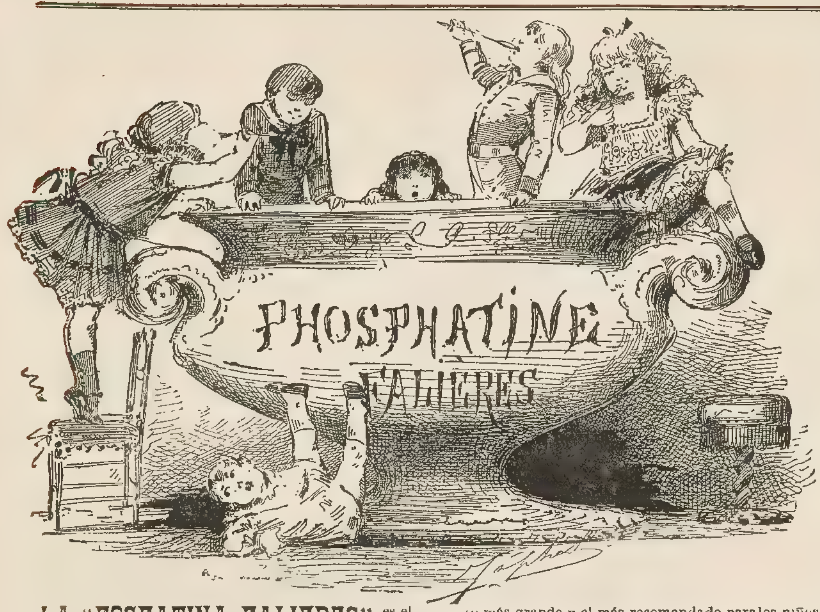
El edificio fué construído previo el dictamen de personas respetables por sus conocimientos científicos, y su costo, en números redondos, se eleva á cien mil pesos. El estilo general de la construcción es el gótico; el frontispicio se compone de un pórtico central defendido por una verja de hierro y ocho ventanas distribuídas simétricamente, y el sistema adoptado para la distribución interior es el de pabellones aislados que forman dos grupos, uno para hombres y otro para mujeres. Además, el edificio cuenta con departamentos especiales para la Dirección, habitaciones de empleados, sala de recibir, biblioteca y Administración, así como para Botica, Laboratorio de Química y gabinete bacteriológico y de electricidad.

El nuevo hospital fué solemnemente inaugurado bajo la administración del Sr. Coronel Ahumada, hoy Gobernador de Jalisco.



La fechada del Hospital "Porfirio Díaz" en Chihuahua.





LA "FOSFATINA FALIERES" es el alimento más grande y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses, y particularmente en el momento del destete y durante el período del crecimiento. Facilita mucho la dentición; asegura la buena formación de los huesos; previene y neutraliza los defectos que suelen presentarse al crecer, é impide la diarrea, que es tan frecuente en los niños. —PARIS, 6 AVENUE VICTORIA, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

ASMA y CATARRO

Curados por los CIGARRILLOS ó el POLVO **ESPIC.**
Opresiones, Tos, Reumas, Neuralgias
En todas las buenas Farmacias.
Por mayor: 20, rue St-Lazare, Paris.
Exigir esta Firma sobre cada Cigarrillo.

RECOLORACIÓN
DE LAS
BARBAS y del PELO
CON EL
EXTRAIT des SIRÈNES
de **GUESQUIN**, Químico en *Paris*
En *Mexico* : J. LABADIE Suc^es y C^ia.

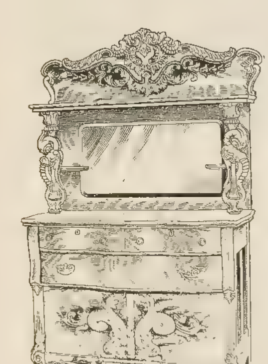
ASMA
OPRESION
CATARRO
CURACION pronta y asegurada con los polvos antiasmaticos y los CIGARROS **GAMBIER**

COQUELUCHE
Tratamiento racional é infalible por Fumigaciones con los
POLVOS FUMIGATORIOS GAMBIER
PARIS 208 bis, Fg St-Denis
Mexico: J. LABADIE, Suc^es y C^ia – J. [illegible]

A LA GRAN MUEBLERIA.

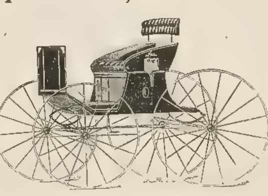
RICARDO PADILLA Y SALCIDO.

Completo surtido de muebles de todas clases.

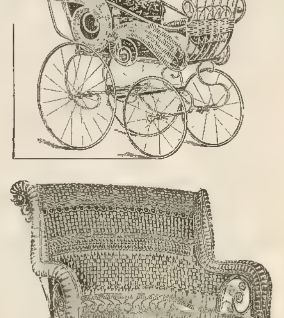


Carruajes para niños, más de 100 modelos,

A PRECIOS excepcionalmente BARATOS



A PRECIOS excepcionalmente BARATOS

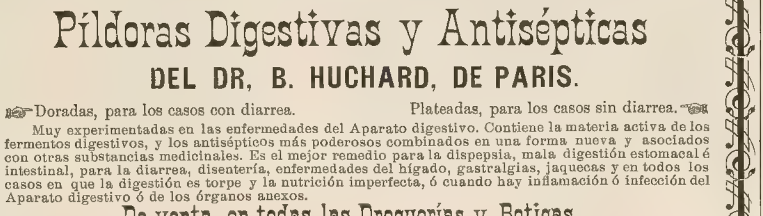


Nuestros Buggy, Phahetones y Carruajes, son de construcción de primera clase.

Le invitamos á visitar nuestros Almacenes,

1.ª Calle de San Juan de Letrán, Núm. 11

PIDA NUESTRO CATÁLOGO.



Píldoras Digestivas y Antisépticas

DEL DR. B. HUCHARD, DE PARIS.

Doradas, para los casos con diarrea. Plateadas, para los casos sin diarrea.

Muy experimentadas en las enfermedades del Aparato digestivo. Contiene la materia activa de los fermentos digestivos, y los antisépticos más poderosos combinados en una forma nueva y asociados con otras substancias medicinales. Es el mejor remedio para la dispepsia, mala digestión estomacal é intestinal, para la diarrea, disentería, enfermedades del hígado, gastralgias, jaquecas y en todos los casos en que la digestión es torpe y la nutrición imperfecta, ó cuando hay inflamación ó infección del Aparato digestivo ó de los órganos anexos.

De venta en todas las Droguerías y Boticas.

EL CABELLO.



Después de nuestro artículo del primero de Junio, muchos lectores nos han pedido datos complementarios sobre el método empleado por el INSTITUTO CAPILAR. Creemos que lo mejor, es invitarlos para que escriban al Director del Instituto Capital, 10 RUE DE RYSLY, París, el que con gusto dará gratis todas las instrucciones que se le pidan.

G^de Medalla de Oro Exp. de Higiene de la infancia París 1891
Alivio inmediato y Curación muy rápida de la
CAPERUZA por medio del **JARABE DERBECQ**
á la *Grindelia Robusta* Ese Jarabe tiene un gusto muy agradable, no contiene ningun tóxico y puede uno darlo á los niños más jóvenes. — Hállase en todas las Farmacias Venta al por mayor 24, Rue de Charonne, Paris.
4 FRANCOS EL FRASCO.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO X—TOMO I—NUM. 21 | MEXICO, MAYO 24 DE 1903. | Subscripción mensual foránea $1.50 idem, idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA | Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



El Sr. Presidente de la República coloca la primera piedra del Panteón Nacional.

15 DE MAYO DE 1903. (APUNTE DE ALCALDE.)

DÍAS DE ROMA.

S. P. Q R.

El Capitolio.

Era domingo; salimos temprano—¡oh númenes propicios al viandante!—y armados de nuestro guía, que estaba como nunca de buen humor, es decir, que charló hasta los codos, nos pasamos la clara mañana en el Capitolio. (Para visitar las admirables secciones arqueológicas de los museos romanos, nada hay como el librillo en dos tomos de Helbig intitulado «Museos de arqueología clásica de Roma»; por desgracia mi ausencia del alemán me ha impedido conocer el tan celebrado como citado «Cicerone» de Burckhardt.) Subimos por facilísima rampa, y gracias á una escalinata lateral, dejamos á un lado la monumental que asciende entre jardines y desemboca en la plaza en medio de dos grupos soberbios (los Dióscuros) que forman los extremos centrales de la balaustrada; nos encontrábamos en la meseta capitolina. La impresión es encantadora; la plaza embaldosada, limpia y amplia, cerrada por la gran balaustrada decorada por los dióscuros [Castor y Pollux] y por los llamados trofeos de Mario, á nuestra espalda; por linderos, al frente nuestro, tiene el palacio del senador sobrio, grandioso y elegante, coronado por un gallardo campanile cuadrangular; á los lados el museo capitolino y el palacio de los «conservadores» (habrá que no leer de «los mochos»). Los edificios coronados de balaustradas y estatuas, decoradas sus fachadas con mayor ó menor arte, en el puro estilo neohelénico del Renacimiento, forman un conjunto hermoso que hace respirar el alma á sus anchas, si puede decirse así, y que revela bien la mano del que hizo la traza y firmó: «Miguel-Angel.»

En el centro el Marco-Aurelio; pobre emperador éste, el destino quiso tenerlo á caballo toda su vida y toda su muerte; fué y sigue siendo el emperador ecuestre, y no era con eso con lo que soñaba; soñaba con transformar el palacio imperial en una casa modesta, donde, descansando de los trabajos de la administración del mundo, confiada á una pléyade de filósofos, se hubiese consagrado al comercio íntimo con los libros de los grandes pensadores, á departir á diario con un grupo de estoicos benévolos, sus correligionarios, y á dedicar las noches á un diálogo noble y profundo y sin fin con su conciencia. Pero los bárbaros rompieron las barreras poco cuidadas de aquel imperio de los Antoninos, tan quieto y tan feliz, y ya tenéis á mi hombre obligado á empeñar hasta sus muebles para atender á los gastos de la guerra, pues que el erario se había ido agotando, sin necesidad casi de ser repuesto, y forzado á montar á caballo; no ha desmontado, ya lo veis. El caballo es arrogante, no me gusta por barrigón; en el reino animal, y comprendo en él provisionalmente al hombre, no me gustan nosotros los barrigones [¡y qué diría mi excelente don Rafael A. de la Peña, de esta construcción!], y tengo para mí que los caballos barrigudos que figuran en los cuadros de Rafael y Velázquez v. g. y en las estatuas de Gattamelata y de Felipe III (Madrid—Plaza mayor) son hijos de éste. En cambio, el hombre qué noblemente, qué majestuosa, qué imperialmente sentado está y qué bello, qué archibello monumento de conjunto resulta. Miguel-Angel le arregló el pedestal, bajo por cierto, en un fragmento de edificio antiguo. Todavía se nota que la estatua estuvo dorada; y si el original tornase á la vida, no le disgustaría saber, tanto así despreciaba el falso brillo, que su estatua se salvó de las destrucciones de Roma, desde la época de Alarico á la del condestable de Borbón, más de doce siglos, gracias á que el vulgo creyó siempre que era la estatua de Constantino.

***

Una advertencia: en este Capitolio que tenemos á la vista, nada hay del antiguo, ó mejor dicho, de los antiguos capitolios, nada arquitectónico, al menos. Y aquí ha llegado la oportunidad de ponerme en actitud de maestro y de dómine; pero esto es fatal: no se ha dado el caso, en el transcurso de los siglos, de que un catedrático, nuevo ó viejo, desperdicie la ocasión de ser pedante. Pecho al agua. Subamos al «campanile,» digo, á la torre del palacio senatorial. No describamos el panorama; es regio, sin embargo, es imponente este lago de techos pardos, unos que se ven muy bajos, otros muy altos, dando sombra con los aleros á las fachadas que se empinan, amarillentas en derredor de sus ventanas y balcones de todas las formas y colores, y las masas de verdura y los vericuetos que son las calles, y las torres y las cúpulas y los nombres sonoros y preñados de recuerdos y de historia que brotan de todos los hacinamientos y surgen de todas las penumbras; allá la cúpula de San Pedro, en el horizonte, como una eterna tiara de piedra, aquí la cinta lechosa del Tíber, que se acerca al monte capitolino en un amplio bucle que se canaliza encerrando una isleta y se pierde en un laberinto ó se aleja á formar otro recodo: ése era el Campo de Marte, nos decía el parlero «cicerone,» y era cierto; ahora lo cubren las «villas» y las casas, lo surca el Corso Vittorio Emanuele y allí donde maniobraban los soldados de la República y se transformaban los ejércitos en colegios electorales y se celebraban en tiempo del imperio juegos á que asistían los romanos al abrigo de magníficos pórticos y se alzaron un día las piras de incineración de Syla y de Augusto y sus gigantescos sepulcros, nada hay característico, nada que no se parezca á la Roma que nos circunda.

Vuelva usted la espalda al Campo de Marte, «caro signore,» decía nuestro consultor, y vea.» Efectivamente vi, vi la historia de Roma; allí estaba en un trozo de tierra, rodeado por «las siete colinas»: el Capitolio, aquí; á mi derecha el Palatino, cargado de ruinas imperiales; entre él y el Capitolio, en un plano lejano, el Aventino, el sacro-monte de la plebe; escondido por el Palatino, el Celio; aquí delante el Esquilino, á cuyo pie fabricó Nerón su Casa de oro, de todo ello queda un recuerdo colosal, el Coloseo, el coliseo como decimos nosotros, que allá en la lejanía muestra sus rotos bordes; el Quirinal, la colina regia de hoy, la verdadera Roma primitiva quizás, que en el crepúsculo auroral de la historia de este pueblo se unió con esta Roma semietrusca del Capitolio y el Palatino. Y la unión no era difícil, la naturaleza la indicaba con un crestón que unía el cerro de Quirino (Marte) y el Capitolino, cresta que rompieron los Antoninos para alojar nuevos foros grandiosos, hoy sepultados, exceptuando un fragmento del de Trajano, dominado todavía por la magnífica columna sepulcral que imitó Napoleón. César, Augusto, Trajano, Constantino, fueron para la Edad Media los emperadores, por excelencia. Sólo Nerón rivaliza en popularidad con ellos, en el sentido del mal. A Trajano, lo encontró el Dante en el Purgatorio salvado, gracias á las oraciones de San Gregorio Magno, apasionado del gran español justiciero y filántropo «ante quien muda se postró la tierra.» Y esas son las siete colinas; entre ellas corre una larga hondonada que va desde debajo de nosotros hasta el arco de Tito; ése es el Foro, es, ya lo dije, la historia antigua de Roma.

Porque, como sabéis, los edificios del Capitolio no miraban al Tíber como los de hoy, sino al Foro, al antiguo mercado, lentamente convertido en la plaza pública del mundo antiguo. En este lugar en que estamos hubo un bosquecillo, el «intermontium,» y de las dos alturas, hoy apenas adivinables, de esta roca bicéfala, la que está á nuestra izquierda (vemos al Foro) fué la ciudadela, fué el acrópolis de Roma, y la que está á nuestra derecha sustentó, fortificado también, el templo triple de Jove Capitolino, la cabeza de la ciudad, dedicado junto con Júpiter (Dyaus-Piter-Dios padre) á Minerva y á Juno. Luego los griegos la dieron en la flor de identificar la desnuda mitología romana, ideada lentamente por un pueblo de campesinos mercaderes y guerreros á un tiempo, con la suntuosa mitología suya (de los griegos). Fué ésta una de las formas del desquite que tomaron los conquistados sobre los conquistadores materiales; mental y moralmente la verdadera conquistada fué Roma. Entonces Jove resultó Zeus, Juno era la Heré griega, y Minerva se identificó con la menos romana de las divinidades del Pantheón helénico, con Athena, que es la divinización de cuanto en el genio griego hay de más intelectual y armónico.

Lo cierto es que el templo de Júpiter capitolino era bajo, ancho, tosco, pintarrajeado, con un amplio frontón deforme, decorado con relieves y remates de barro cocido; un verdadero templo etrusco, erigido por los Tarquinos, que eran probablemente reyes etruscos, y que incendiado y destruído varias veces, fué siempre restaurado en su venerada forma primitiva. Domiciano lo vió incendiar y acabó de reconstruirlo en su misma forma tradicional, aunque suntuosamente enriquecida, resultó un verdadero templo de oro, que duró hasta algunos siglos después del cristianismo triunfante. El palacio Caffarelli, la actual casa de la Embajada del imperio alemán, ocupa casi todo el sitio en que estuvo el templo. Si los arqueólogos alemanes dejaran demoler una parte de su palacio, es seguro que se encontrarían preciosas reliquias é indicaciones. ¡Lástima que no lleven su arqueología hasta allí!

***

Esta casa flamante [flamante en comparación de las otras antiguallas que pululan á nuestra vista] en que se albergan hoy los munícipes romanos bajo el rectorado de don Próspero Colonna, uno de los hombres y de los nombres más decorativos que puede hallarse, está henchida de recuerdos medio-evales; allá abajo, en una sala que es hoy una especie de bodega, fué coronado Petrarca hace cinco ó seis siglos ¿qué se yo? Y éste es el recuerdo que más me conmueve: conmoción puramente oficial, digámoslo así, como mis buenos lectores se figuran; en el fondo me importa poco que Petrarca haya sido coronado ó no; mas como he perpetrado versos en años mejores, tenía el deber de «emocionarme.» No me emocioné sino por escrito. Más me impresionó la humilde celda que vi hace pocos días, en que el Tasso agonizó y murió esperando su coronación.

¿Qué deseaba ver en estos museos del Capitolio? Todo; pero confieso que hoy que miro en mi recuerdo, sólo percibo un tumulto de figuras, de colores, de reliquias; los dos edificios iguales y simétricos que á entrambos lados del palacio senatorial erigen sus arquitecturas magníficas, esas que han servido de modelo clásico á muchas generaciones de alumnos en las escuelas de Bellas Artes, inclusive la nuestra, son dos museos: pero el de los conservadores ó munícipes romanos, da idea de un formidable mosaico histórico. Todo se me revuelve y confunde en la memoria: una masa prodigiosa de fragmentos y reliquias de Roma, urnas sepulcrales, estelas votivas, fragmentos incrustados en los muros, como estaban en el Forum (en la «regia» ó casa del pontífice máximo), muy interesantes para mí, profesor, ¡ay!, pero poco hablantes para mí, viajero; vasos, estatuas y medias estatuas, y bustos y más bustos;



El Capitolio.

deliciosa la estatua del «muchacho de la espina,» un poco inconcluída, mejor por eso quizás; en una gran sala solemne, la de las reuniones del concejo, dos estatuazas, una en bronce, de mármol la otra, de los papas H. y R. [no recuerdo], obras modernas, pero pomposas y augustas de veras; tropiézase en aquella visita con objetos etruscos, con recuerdos de Garibaldi, con bustos de hombres célebres, de italianos ilustres [no se parecen á los bustos de la Roma vieja, que son de italianos célebres también]. Y ni las galerías de pintura acertaron á fijar mi atención mareada: los nombres sí, éste es un Tiziano, éste un Rubens, ése un Van Dyck, éstos son cuadros de los «primitivos,» entreví que había allí bellezas en aquel kaleidoscopio: ¿cuáles?

Sí, hubo un objeto que me atrajo, me fijó y que ahora surge en el desbarajuste infinito de mis reminiscencias, como si una pirámide de escombros alta como el castillo de Santángelo le sirviera de pedestal: la Loba del Capitolio. No sé si ésta será la loba original, el paladión de la Roma republicana; los arqueólogos disputan sobre esto. ¿Es obra de la Edad Media? ¿Data del siglo V antes de J. C. y es un ejemplar del arte etrusco-romano? Las notas mejores dicen que cuando se incendió ó se derrumbó en el siglo X la Basílica de Letrán, el reconstructor (el papa Sergio III) hizo buscar para decoración de la plaza alguna estatua antigua de gran significación. Entonces supo que entre los escombros de un templo pagano en el Forum, estaba la «Loba» mutilada; la hizo extraer, un fundidor cualquiera le agregó las piernas, mal hechas, pero muy bien ajustadas, y la remendó aquí y allá; en pleno siglo XVI fué trasladada al Capitolio y un artista del Renacimiento le agregó los dos gemelillos que acercan sus bocas á las ubres seculares. ¿Que si es la loba original? Claro, evidente: es Roma. Es la república dura, feroz, heroica, invicta; no, á ésta no le arrancarán los hijos. Lo que hay de expresión, de fuerza, de valor, de virtud (virtus romana) en ese rostro, en ese hirsuto cuello, es indecible; los ojos, que aun guardan restos del esmalte primitivo (uno de ellos), dan miedo. Indudablemente que es la loba de Quirinus, la guerra, la muerte, la amamantadora de aquella doble aldehuela del Lacio, que se alimentó con fierro en vez de leche y conquistó al mundo.

***

Pasamos de nuevo frente á la estatua de Marco-Aurelio, que aun guarda un relámpago de oro en el exterior y otro de bondad en los ojos que parece el reflejo de un foco escondido. ¡Qué admirable estatua! ¡Qué ademán! El «tu regere imperio populos,» toma, ante la clemencia augusta de esa mano tendida, un acento casi cristiano.......

El museo de los Conservadores puede considerarse fundado por Sixto IV, uno de los grandes mecenas del movimiento que resucitó el arte pagano y renovó al mundo inyectándole el sentimiento y el pensamiento antiguos; digno tío de Julio II. Este otro museo capitolino, es rival del otro y lo comenzó Inocencio X; es admirable. Entramos, y en el patio nos dimos de manos á boca con un señor que queríamos conocer, con Marforio. ¿Conocéis, lectores, esta historia? Voy á refrescárosla en cuatro palabras: los estudiantes de uno de los establecimientos eclesiásticos de principios del siglo XVI, tuvieron la ocurrencia de fijar sobre un fragmento de estatua (de Patroclo; existe todavía) que se hallaba en un ángulo de cierta plazuela, epigramas latinos, inofensivos primero, violentamente satíricos después; muchos se han conservado, y la costumbre no se ha perdido del todo. Como por allí mismo vivía un charlatán de lengua viperina que hablaba mal de todo y de todos [¿un maestro de escuela, un sastre?] llamado Pasquino, el fragmento de estatua pasó por símbolo suyo y la gente le llamó Pasquino [de donde nuestro «pasquines»]. Pero los desahogos de Pasquino tenían una réplica y de ella se encargaba otra estatua que se encontraba en un lugar llamado «la salita de Marforio» frente á la antigua prisión mamertina [hoy S. Pietro in carcere]; esta gran estatua que representa á un dios fluvial, está hoy en el centro del «cortile» del museo capitolino.

Después comenzó el desfile de estatuas: dioses y hombres y relieves magníficos en las tumbas [véanse los catálogos, que no he de rehacer] y mosaicos de una ejecución maravillosa. ¡Pero, Dios mío, casi todo está restaurado! En Roma, en toda Italia, todos los artistas han sido restauradores, incluyendo el archigrán Miguel Angel; todos han profanado. Aquí hay alguna de estas restauraciones que es una revelación. Un Hércules se encontró mutilado; un escultor, y no malo, le puso á su guisa los miembros que le faltaban; éstos fueron hallados luego y se pudo ver la magnitud del disparate del artista restaurador. ¡Horresco! Odio las restauraciones hechas sobre los originales mismos; creo que deben hacerse reconstituciones con escrupulosidad religiosa. —No opino por que deban dejarse perecer las ruinas; aquí está el monumento, aquí el fragmento desprendido, colóquese en su lugar. Hagamos esto con nuestras ruinas mejicanas que las estaciones desmenuzan y cuyos fragmentos se va llevando el viento......... á los museos extranjeros.

Si no respetase el buen humor de mis lectores, á quienes supongo fastidiados por estas largas enumeraciones que no tendrían fin si quisiese puntualizar un poco, les hablaría aquí de la «Planta de Roma» (tan buscada y estudiada por arqueólogos é historiógrafos) y que yo devoraba con los ojos ¡ay! sin poderla casi entender. Ocupa este plano de Roma hecho en el tercer siglo imperial [en tiempo de los Severos] amplios trozos de muros, y está compuesto de innumerables fragmentos no todos bien dispuestos y que aun no completan la traza augusta. —Algún día quedará res-

taurada [todavía se están descubriendo fragmentos] la «Forma Urbis» y esto será una alegría para cuantos en nuestro amor por la Roma de hoy implicamos el de la muerta Roma señorial, madre común de los latinos.—Les hablaría á fuer de trashumante pedagogo de las «Tabula Iliaca,» obra escultórica compuesta de piezas marmóreas para ilustrar los cantos de la Iliada enseñados en las escuelas griegas; enseñanza demostrativa que, antes que nosotros, practicaron los antiguos.

Mas volvamos al arte. ¿Pero es arte puro éste? Este de las galerías de bustos imperiales y de filósofos, etc.? Es interesantísimo; no sé si haya algo más interesante. Entra uno en estos cementerios de fisonomías históricas, como si quisiese sorprender en las líneas del rostro, en la mirada ausente de los ojos de mármol, los verdaderos, los secretos móviles de las acciones de aquellos hombres que con un solo capricho imprimían gigantescas oscilaciones en la balanza de los destinos del mundo.

Muchas de estas efigies se ven tan repetidas en los museos romanos y en otros de Italia en estatuas, bustos, relieves y medallas, que acaban por sernos familiares y un Augusto, un Nerón, un Domiciano, un Trajano, un Hadriano [con éste comienza la serie de los emperadores barbudos], un Antonino, un Marco Aurelio, un Cómmodo (este histrión infame es hijo indudablemente de Marco Aurelio, los bustos comparados lo dicen y es una lástima; yo no habría tenido inconveniente en condenar veinte veces por infiel á Faustina, que, de seguro, lo fué, con tal de purificar al emperador bueno del delito de haber engendrado á Cómmodo). Luego el tipo romano se mezcla con caracteres númidas en los Severos; Caracalla, el fratricida es odioso, sin ser antipático, es el rostro de Caín; luego viene la chusma; arte y máscara humana todo va naufragando en lo rudo, en lo innoble; á las veces se levanta, hay un esfuerzo, un aleteo de alma en la cárcel de mármol; luego todo se acaba; los bárbaros reinan. Entre los bustos de los filósofos(así se denomina una sección), los bustos de Sócrates, de Esquilo, de Cicerón, son los que, á pesar de la atención fatigada, retienen más, como entre los de los emperadores obligan á retardar el lento paso y á detenerlo algunos minutos, tres mujeres, Domicia, finísima obra, Sabina, ejecución brillantísima, y una de las Julias de la corte de los Severos, una asiático-romana.

Y así se suceden las horas, y los ojos se cansan, y los pies duelen, y la curiosidad no duerme, sin embargo: se asciende á las salas en que están las obras maestras, originales ó réplicas ó reproducciones hechas con tanto arte como los originales, y adiós cansancio, las horas vuelan y ya sabe uno á dónde volver y vuelve: yo no quería ver ni á Bedeker, ni á Helbig; no quería indicaciones, quería la impresión directa, sin intermediarios. No quería estudiar, quería gozar; no quería saber si esta estatua era arcaica [trátase del arte griego, que es el único arte puro] ó si era del período ático, ó si del alejandrino y helenístico que inundó á Roma con sus copias y producciones, bellísimas algunas, interesantes todas.

Un filósofo [Zenón, dicen, el fundador del estoicismo] de un parecido sorprendente (no lo conocí, pero no le hace, se parece, vive, habla, dogmatiza, impone), un sátiro descansando, adorable de gracia; el niño ahogando al ganso, tan cómico, tan primorosamente ejecutado ¿qué sé yo?

Sí sé: la Amazona herida, bien dolorosamente mujer; el grupo del muchacho y la muchacha (en el gabinete de la Venus) que en su maravillosa verdad tiene tanta psicología y fisiología como una lección de Ezequiel Chávez sobre el despertar de las pasiones que aseguran al mundo un largo reinado para la prole de Adán.

Y luego el Galo moribundo; es un gigante herido que cae sobre sus armas, que no piensa, que no ora, que no sufre, que repasa antes de expirar su vida errante de combate, de amor y de gloria, y que quiere no dejar caer la cabeza sino muerto. Mis lectores saben que en nuestra escuela de Bellas Artes hay un viejo yeso que reproduce esta magnífica estatua en sus mismas proporciones.

La muerte: aquí está la vida, aquí está la divina mujer de carne blanca y pura, que para no ser arrugada y profanada por los años, ha tomado la consistencia cristalina del mármol y que de tal manera es en la inefable música de sus curvas un poema de salud, de amor, de pudor desnudo y de inmaculable belleza, que la impresión canta en nuestro interior como el eco de una lira ó de un ruiseñor.

No sé qué disparates estoy diciendo; esta madona del arte que se llama la Venus del Capitolio, sagrada de verdad, de esplendor y de vida, hija de Praxiteles [ó nieta suya por lo menos], es una de esas elocuencias del mármol por donde el alma helénica se ha puesto en comunión con el alma de la humanidad... En fin, hay que ir á verla y no divagar......

Sólo tú, madre divina de Milo, sólo tú, pero tú sola, eres más bella, más diosa, más mujer, más alma; sólo tú tienes, en la purísima sensualidad de tus labios, la sonrisa misma del Ideal.

JUSTO SIERRA.



La primera piedra del Panteón Nacional.—El señor General Díaz en la plataforma de honor.



La Primera Piedra del Panteón Nacional

Dimos cuenta en el número anterior de este semanario de haberse efectuado el 15 del corriente la ceremonia de colocación de la primera piedra del Panteón Nacional.

Ampliando nuestra información relativa á esta ceremonia, publicamos un grabado que representa al Sr. Gral. Díaz y á los Sres. Secretarios de Estado en la plataforma de honor, y otro en que puede apreciarse el aspecto que ofrecia, en conjunto, el local dispuesto para la concurrencia, durante el acto referido. En lugar preferente verán nuestros lectores un dibujo en que el Primer Magistrado aparece colocando la primera piedra del Panteón.





La concurrencia durante el acto oficial.

El "Colima" en Erupción.

El volcán de Colima, según los datos recogidos en el Observatorio Meteorológico, ha entrado en un período de gran actividad. A partir del 15 de febrero, las erupciones han sido muy frecuentes, registrándose algunas, como las ocurridas el 18 y el 24 del mismo mes, entre las que se clasifican como máximas.

Todo el mes de marzo continuó el volcán en erupción; durante el de abril permaneció casi inactivo, y últimamente, como antes decíamos, ha vuelto á coronarse de fuego causando entre los moradores de las poblaciones cercanas el pánico consiguiente. La fotografía que ofrecemos á nuestros lectores representa una fase—la más importante sin duda—de la erupción del 24 de marzo. Esta ocurrió á la 1.55 p. m., efectuándose en seis impulsos y en el término de media hora. Fuertes ruidos subterráneos que se prolongaron por cinco minutos, precedieron al imponente espectáculo.





En la cúspide del volcán



Planicie del cráter primitivo del volcán

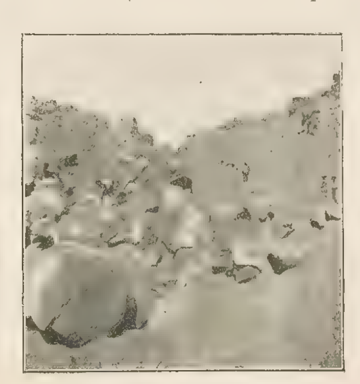
***

A propósito de erupciones volcánicas, reproducimos algunas fotografías tomadas durante el viaje que el Sr. Gobernador de Chiapas hizo á los lugares del Estado de este nombre que más sufrieron con motivo de la reciente erupción del "Santa María." En una de ellas aparece el Sr. Gobernador, acompañado de las personas que con él emprendieron la excursión, descansando en la cúspide del volcán "Tacaná." En otra se ve el cráter del mismo volcán, y en las demás, la entrada de éste; un cerro cubierto de cenizas y la planicie en que estaba situado el cráter primitivo.

Las personas que rodean al Sr. Gobernador son las siguientes: Ingeniero Manuel Paz Contreras, Dr. Juan G. Saldaña, Adeodato Román, Ingeniero X. K. López, dos "prácticos" y algunos rurales.—Por el orden en que citamos á estos caballeros, están numerados en la fotografía.



Entrada al cráter del "Tacaná"



Cráter del "Tacaná."



El cerro "Malat" cubierto por las cenizas.



Cuentos de Espantos

III

EL NAHUAL (?)

(CONCLUYE.)

Quien se haya encontrado en lance parecido, podrá figurarse la desazón y descorazonamiento que sentí de súbito. La cólera y el despecho invadiéronme de tal manera, que me propuse disparar todos los tiros de mi carabina sobre la solapada bestia que así me había burlado, apenas la divisara á la otra parte del lienzo, pues pensar en seguirla era pensar en lo excusado, y poco menos que imposible hacer brincar el caballo por aquel portillo, practicable sólo para los peones y animales monteses; é intentar la persecución á pie era casi una locura, por lo duro, sinuoso y empinado de la vertiente. Así es que paré de pronto el caballo y me apercibí á hacer fuego en el instante que el coyote apareciera al otro lado del brincadero, lo cual tenía que suceder forzosamente, y en un momento, sin que lograra esconderse entre los mogotes, que en aquel sitio eran ralos y dejaban claros suficientes para poder dar caza á una pieza mucho más pequeña que la que se me había escapado.

Desde el punto en que me encontraba, á menos de cincuenta pasos del brincadero, descubríase buena extensión de terreno por ambos lados de la cerca, que precisamente á corta distancia y por la parte interna se torcía en ángulo obtuso, siguiendo la irregular pendiente de la montaña, lo que me permitía ver cualquier objeto que se moviera al pie mismo de la provisional muralla. Y es el caso que transcurrieron segundos, minutos, sin que el decantado animal apareciera. Desde el caballo dominaba yo todos los lugares por donde podía surgir de pronto, aun á largo trecho, y aunque contra las piedras de la cerca se deslizara intentando incrustarse en ellas, á verle alcanzaría siguiéndole con la vista por todas las veredas. Confundido hallábame y «mistificado» casi con aquella desaparición repentina. —La bóveda, antes azul, del cielo estaba roja y el sol se desbarataba en cataratas de lumbre sobre la extensión bravía. Allí el monte era yermo: abajo la inmensa sabana de tierra candente; arriba las estribaciones de la cordillera, manchadas á veces por el chaparral ceniciento, cubiertas á trechos por los peñascos calizos que rodaron los siglos de la montaña, como enormes osamentas de una raza monstruosa; y entre aquellas dos arideces, el cercado de piedras calcáreas de abrasadora blancura y que en sinuosísima curva iba siguiendo los accidentes de las laderas desoladas. Eché pie á tierra, desaté el cabestro, y llevando de él á mi cabalgadura, dirigíme al punto mismo del brincadero donde la cerca aparecía como una gigantesca mandíbula, monda y desdentada.

Por ese lugar precisamente había saltado el coyote y desaparecido, sin que á verle volviera en todo aquel espacio. Trepé por las piedras rodadas del brincadero, siempre llevando del ronzal á mi caballo, y cuando estuve en la medianía del boquete, me asomé al lado opuesto del potrero buscando en el suelo las huellas que el animal hubiera dejado... Y en este punto, protesto y juro que el pasmo y la admiración dejáronme de un golpe y de una sola pieza, parado, confuso y aturdido. Al pie del muro de cantos sueltos de que la cerca estaba compuesta, acurrucado, hecho un ovillo, en informe montón que se encogía sobre sí mismo, un viejecillo desmedrado, sucio hasta la repugnancia, apareció á mis atónitos ojos, que todo esperaba encontrar, menos semejante engendro de asquerosidades, á quien apenas podía considerarse como un ser humano. Las rodillas finas y puntiagudas, ceñidas por los brazos en apretado nudo, como por dos cobrizas serpientes, escuálidas y viscosas. El descubierto cráneo, coronado por hirsuto greñal de mechas grises, descansaba sobre aquel infame nido que los codos y las choquezuelas formaban, y todo el conjunto aparecía cubierto por inverosímil envoltura de andrajos nauseabundos. Los desnudos brazos y las piernas, tan canijos y descarnados como los de una momia, tenían el color grasoso y obscuro del café tostado; y en tal apariencia y postura, el vejete semejaba un fakir indio sumergido en la estúpida somnolencia de su contemplación. A su lado descansaba en el suelo, boca abajo, un viejísimo sombrero de palma, alto de copa, agudo y abollado. Y la inmovilidad de toda aquella masa vil, cuasi informe, infundióme de pronto estupor tal, que no acerté á tomar por largos momentos resolución alguna. Por fin, repuesto de mi sorpresa, alcé la voz para despertar al viejo á quien juzgué dormido ó amodorrado bajo la inmensa ola ardiente del sol, que más que inundarle, le quemaba; mas ningún movimiento respondió á mi llamado. Repetí las voces hasta llegar al diapasón del grito; y sólo en el último que acompañé con un empujón dado sobre su espalda con la culata de mi carabina (pues sentía viva repugnancia de tocarle), alzó pesadamente la temblorosa cabeza que dirigió hacia mí, mostrándome una faz tan en consonancia con el cuerpo, que comencé á sentir inexplicable inquietud. Unos cuantos pelos ásperos y rígidos manchaban de blanco y gris aquel inmundo semblante, donde los ojos, como dos gotas de agua sucia, escondíanse vacilantes y contraídos entre dos círculos, rojos hasta la sangre, encendidos hasta el fuego y despoblados de cejas y pestañas, de los cuales pugnaba por desprenderse y resbalar un humor asqueroso sobre los pellejos negros y cochinos de aquellos pómulos, partidos por arrugas tan profundas, que semejaban cuchilladas.

Fijó en mí la mirada, sin verme al parecer: tanta vaguedad había en ella. Trató de incorporarse, pero el temblor de los remos se lo im-

pidió y dejóse caer de nuevo sobre la piedra que le servía de asiento. Como no contestara á mis preguntas ni hiciese caso de las palabras que le dirigía, mostréme duro y amenazador, hasta lograr infundirle cierta timidez que le obligó á hablarme, advirtiéndome desde luego que era sordo. Entonces á gritos le interrogué.

—¿Dónde está el coyote que brincó por aquí?

—No he visto, padrecito; me respondió enseñándome los dos colmillos únicos, verdes y negruzcos, de que sus encías estaban guarnecidas.

—Eso no es verdad. En este mismo lugar ha caído y por fuerza tuvo que tropezar contigo y despertarte, por muy dormido que estuvieras.

—No ha brincado nada, padre santo. Y su voz era tan quejumbrosa y entrecortada, como si mortal dolencia le aquejara. Yo no he visto, continuó, estoy muy malo y aquí me quedé á descansar, «pos» ya no puedo ni llegar á mi casa.

—¿En dónde vives?

—Allá, me dijo, señalando con un vago movimiento del enjuto brazo un punto indeterminado que estuviese á la vuelta de los cercanos cerros. Vengo de pedir limosna por algunos ranchos donde hay almas caritativas que me socorren. Pero estoy muy malo y ya no puedo caminar.

En la voz y los ademanes del viejo se advertía, efectivamente, que estaba muy enfermo, lo que empezó á inspirarme hondísima compasión. Expliquéle el caso del coyote y la imposibilidad de que hubiera desaparecido sin ser visto. Juró y perjuró el viejo que no había sentido la carrera ni el brinco. Me incliné buscando en la tierra las huellas del animal, pero el terreno era pedregoso y yo no podía observarlas. Al bajarme un poco para examinar mejor el suelo, hice rodar algunas piedras de la cerca que cayeron casi sobre el sombrero del mendigo. Y en aquel instante... ¡horror de los horrores! el sombrero empezó á moverse vertiginosamente como si oculta fuerza le impeliera. No pude darme cuenta de mi asombro, porque en el momento mismo voló el tal sombrero volcado por una gallina prieta que, escapándose de debajo, echó á correr aleteando, aturdida y asustada, hasta los mogotes más cercanos, donde se escondió súbitamente, dejando oír sólo su alharaquienta gritería.

Imposible dar cuenta de mi estupefacción y de mi asombro. Por un primer impulso quise arrojarme sobre el mendigo y molerle á golpes ó descerrajarle un tiro. Mezcla increíble de furor y espanto se apoderó de mí, y ciego, desatentado y frenético, sin tener conciencia de mis actos, iba ya á consumar horrendo crimen, cuando el viejo, en el colmo del terror y como por enérgica fuerza impelido, púsose de rodillas y con las lágrimas en los ojos y alzando hacia mí los brazos implorantes, gritóme, con grito tan desesperado, que nunca olvidaré:

—¡Perdóname, padrecito de mi alma, no me mates, nada te hago! Esa gallinita me la dieron de caridad; no me la he robado. Soy un pobre, soy un pobrecito viejo y estoy enfermo. ¡No te vaya á castigar Dios!

Una ola de sangre fría hízome volver al buen sentido, tan repentinamente como me había abandonado. Pero mi retorno al cabal juicio vino de estupor tal acompañado, que tardé buen espacio en darme razón exacta de aquel evento. Cuando alcancé á reponerme, me envolvía cierto ambiente de misterio y pavor, que me impulsó á trastumbarme del montón de piedras donde hasta entonces había permanecido, y poco á poco fuí enrollando el cabestro; amarrélo á los tientos de la silla y monté de nuevo, ordenando al viejo con voz que el mismo estado de mi ánimo hacía imperiosa y amenazante, esperar en aquel punto hasta mi regreso.

IV

A carrera tendida por entre los barbechos me dirigí á la estancia de donde el coyote había robado la gallina. Llegué en unos minutos. Llamé en seguida con las palabras sacramentales:

—¡Ave María!

—En gracia concebida, me contestaron desde adentro dos mujeres que á poco aparecieron en el umbral de los jacales.

—¿No se ha llevado el coyote alguna gallina?, les pregunté precipitadamente.

—Sí, siñor; y todos los días se lleva una ó, con perdón de su mercé, un puerquito, de modo que ya no tenemos vida. Ni los perros, ni balazos que le avientan los hombres, pueden espantarlo, «pos» siempre le «jierran» y los perros se cansan y le tienen miedo.

—¿Hay aquí algún hombre que venga conmigo á seguir al coyote que está del otro lado de la cerca?

A mi pregunta, presentóse un muchacho que acababa de llegar del trabajo, según me dijo; le invité á acompañarme, á lo que prestóse de muy buen grado; y ambos, entre las bendiciones y los votos de las mujeres, enderezamos el rumbo hacia el lugar de mi aventura que, como era natural, no quise referir á aquellas buenas gentes.

Cuando nos acercábamos al portillo del brincadero, divisamos al rabadán y al guía que ya estaban de regreso y se dirigían á nosotros, pues no habiéndome encontrado en el punto donde me dejaron, vinieron en mi busca, dando conmigo en poco tiempo. También les puse al tanto del objeto que me había apartado del bosquecillo de los encinos, y todos cuatro llegamos en un momento al lugar donde el coyote se me escapara dejándome burlado, y donde el viejo mendigo debía aguardarme.

Pero éste también había desaparecido; y aunque pensaba yo que no podía estar muy lejos según era enfermizo y débil su aspecto, no





Sra. Victoria Corona de Sánchez Juárez



Sr. Andrés Sánchez Juárez (Fot. Valleto.)

quise decir una palabra sobre el hallazgo del viejo á mis compañeros, para que fuesen á buscarle.

Los tres eran peritísimos en eso de seguir pistas y encontrar huellas. Púseles sobre el terreno mismo, y con todo y que sólo de piedra dura se componía, pudieron adivinar el paso, pero no de un animal, sino de un hombre. Advertirlo y quedarse parados de una sola pieza, viéndome con atónita mirada, fué una sola cosa.

—¡Alabao sea el Santísimo Sacramento del Altar!, exclamó el vaciero y todos tres se persignaron: ésta es la «fuella» del nahual.

—¿Qué nahual?, les pregunté con una sonrisa incrédula, que yo mismo no estaba muy seguro de que fuese natural.

—Pos, siñor, dijo el muchacho á quien fuí á traer de la vecina estancia, es un viejo muy malo que se aparece por todos estos montes y naiden sabe de dónde viene ni dónde vive.

—Sí, amo, repuso el vaciero; y dicen que se güelve coyote ó cualquier otro animal ansina de esos del monte, porque izque tiene pauto con el enemigo malo.

—Yo nunquita le vide, dijo mi guía, que hasta entonces había estado mudo y estupefacto; pero he óido hablar muncho de ese viejo, que dicen que tiene la casa en una cueva del cerro.

—Eso no es verdad, les dije, no hay nahuales; y si algún viejo ó mozo ha pasado por aquí hace poco, vamos á buscarle y por fuerza tenemos que dar con él.

Y nos pusimos en obra, pero todo fué inútil. Agotamos el vigor y la paciencia. El «fuellerío» desaparecía sobre las rocas donde no era posible percibirlo, ó entre los matorrales que se espesaban haciéndose bravíos y obstruyéndonos el paso completamente. Quise que nos internáramos en las cañadas de la sierra, pero mis tres acompañantes, á una, se opusieron obstinadamente y no logré arrancarles, con todos mis esfuerzos, aquella superstición de la cabeza.

Desalentado al fin, volvíme, no sin proponerme descubrir por cualquier medio y á todo trance aquel hasta entonces para mí inexplicable misterio; y no cejé un punto hasta que, transcurrido más de un año, pude lograr al cabo dar con el secreto, cuando el viejecillo fué encontrado muerto en una covacha oculta entre lo más salvaje y escarpado de la montaña.

El hallazgo del cadáver fué debido á una circunstancia bien singular por cierto. Ocupábanse unos leñadores en sus habituales faenas, cuando escucharon los aullidos agudos y prolongados de un coyote, y tan insistentes eran, que determinaron ir en busca del animal para matarle. Topáronle á la entrada de una cueva poco profunda donde se ocultó al sospechar que le perseguían. Los leñadores se aventuraron dentro de la cueva, ¡y cuál sería su asombro al encontrar al viejo muerto y junto de él, como si fuese un perro, al coyote echado y lamiéndole con tan grandes muestras de cariño y de dolor, que los hombres se enternecieron, y á pesar de la superstición que abrigaban sobre las brujerías del viejo, le sacaron de allí, llevándole á enterrar al cementerio más cercano.

El viejo, cuyas dolencias y falta de fuerzas eran más aparentes que reales, explotaba la credulidad de los sencillos montañeses para hacerse temer y robar á mansalva, con la ayuda del leal y bien amaestrado coyote, que le proveía de aves de corral y cuadrúpedos, con cuya venta satisfacía las menguadas necesidades de su miserable existencia...

Y ahora, al entrar la noche, el fiel canino marchaba en pos del rústico funeral por entre las lóbregas asperezas de la serranía, lanzando el doloroso clamor de la despedida á aquella miseria y abyección que le abandonaban para siempre y que le habían amparado con amor y abrigo en la soledad de los campos, en cuya infinita tristeza iba á perderse el lastimero grito, como el toque lúgubre de salvaje clarín que, para contemplar en tanta pequeñez la augusta grandeza de la muerte, convocara á todos los espectros de la montaña.

Manuel J. Othón.

NUPCIAL.

La crónica social de la semana registra una nota saliente: el matrimonio de la Señorita Victoria Corona con el Sr. Andrés Sánchez Juárez—miembros, los dos, de familias muy distinguidas y estimadas.

La ceremonia civil se efectuó el 16 del corriente, por la noche, en la casa habitación del Sr. Lic. Ramón Corona, estando presentes, como testigos, la Sra. Jesús J. de Sánchez, y los Sres. Gral. Don Porfirio Díaz, D. José Sánchez Ramos, D. Sebastián Camacho, el Marqués de Prat, D. Tomás Braniff, D. Ignacio M. Luchichí y D. Pedro Santacilia, contándose, además, entre los concurrentes, numerosas damas y caballeros de representación.

El matrimonio canónico se verificó el lunes por la mañana en la capilla particular del Sr. Arzobispo, que fué quien dió la bendición nupcial á los desposados. Los Sres. José Sánchez Ramos y Lic. Ramón Corona, y los Sras. María de Jesús Juárez de Sánchez é Isabel S. de Corona apadrinaron el acto, concluído el cual, la distinguida pareja recibió en el salón del Arzobispado las felicitaciones de sus parientes y amigos.

El nuevo matrimonio cuenta en la buena sociedad mexicana con muchas y muy merecidas simpatías.



TÍA LOLA.

¡La tía Lola!...... ¡Pobrecita! Antójaseme estarla viendo ahora tal y como la conocí cuando mis ojos se abrieron á la razón: chaparrona, metida en carnes, diligente, y con algo raro, algo intangible, como los efluvios de una bondad que abriera la cárcel de los poros y cayera, como un riego bienhechor, sobre nosotros.

Peinaba ya, entonces, las canas grises de los cincuenta años; dos hondos pliegues unían su fina nariz con las comisuras de sus labios, y su frente se rugaba bajo las toscas pinceladas del implacable tiempo.

Y sin embargo, había sido hermosa, con esa hermosura plácida, candorosa, limpia de fingimiento, que parece no estar á gusto en su carnal y tosca envoltura, y pretende salir de ella, y volar.

Rondáronla señoritos de noble alcurnia y vejetes encopetados, ofreciéndole, amén de riquezas y placeres, lo que es tan fácil ofrecer como dejar de cumplir: amor. Mas ella lo despreció todo, poniendo su pensamiento en algo que creyó mejor, más digno y más perdurable: en Dios.

Y así fué viviendo, honestamente, tranquilamente, hasta que una noche, del regazo de mi madre que agonizaba, pasamos al de aquella santa mujer que, llorando, con sus besos, con sus caricias, con sus consejos, parecía querer anticiparnos los besos, los consejos, las caricias que quizás muy pronto perderíamos para siempre.

***

Mi madre sanó, si bien no del todo, pero ya la buena semilla de «tía Lola» había caído en el surco. Tenía yo diez años, y á esa edad el alma de los niños está abierta á todos los amores.

Tía Lola se convirtió en el «paño de lágrimas» de todas nuestras aflicciones, caprichos é impertinencias, en el «refugium peccatorum» de todas nuestras picardías.

El que, al pasar por el comedor, metía un dedo en el platón de la «crema;» el que prendía á la falda de la criada un papel untado de grasa y luego le prendía fuego; el que ataba al gato de la cola, sujeto á una estaca, y, luego le tocaba impíamente el violín hasta que el animal se «enfurruñaba,» todos, al ser descubiertos, huyendo de la ira paterna, íbamos á buscar abrigo tras las faldas de «tía Lola,» que abría sus brazos en cruz, amparándonos cariñosamente.

Cuando la penuria le impedía á mi padre, por no poder ser dispendioso, satisfacernos cualquier capricho, fruslerías, juguetillos baratos, dulces ó chucherías, era ella, «tía Lola,» la que, muy á la chita callanda, de allá, del fondo del armario, sacaba una petaquilla de mimbre, en la que tenía bien guardados sus ahorros. ¡Y qué ahorros! Setenta ú ochenta pesos, entre los que había monedas de todas las fechas y de todos los cuños.

Después, nos formaba á todos en línea desplegada, cogiditos de la mano...... ¡y ese día reinaba en casa la más santa de las alegrías: la alegría de los niños pobres!

—¡Sólo piensas en divertirlos!—gritaba mi madre.

—¡Déjame!—contestaba «tía Lola,» con una voz en la que había melodías de órgano.—¡Bastante tendrán que sufrir!

¡Oh profetisa!

***

Salió el médico, un señor de cráneo broncíneo, trigueño, lampiño, con excepción del bigote, de gruesos belfos, muy atildado en su vestir, dejando asomar por un bolsillo un moquero de yerbas, y llevando en una mano el sombrero de copa y en la otra unos espejuelos de cristales octangulares encuadrados en arillos de oro.

Colocóse los anteojos, tosió, como quien recapacita ó tiene miedo de decir alguna cosa, y......

—¡Se muere!—dijo á mi padre—¡No tiene remedio! La enterocolitis está ya muy avanzada; sería inútil hacer sufrir más á la enferma. Aleje usted á la familia y quédese con este jovencito que ya está en edad de ir conociendo las realidades de la vida.

Y, sí. «Tía Lola» se moría. Desde donde estábamos se dejaba escuchar su respiración cada vez más fatigada y cada vez más lenta.

Mi padre cumplió las órdenes del médico, y nos quedamos solos.

No creíamos tan cercana la desgracia; nos alentaba la esperanza que da el cariño. Pero, al ver aquel rostro enjuto, amarillento con la amarillez de la cera vieja, al ver esas manos que temblequeaban sobre la cama y esos ojos hundidos que se iban alejando como se alejan ante los nuestros las figuras en una pesadilla, comprendimos que aquella vida se acababa.

Después, «tía Lola» se puso á tararear una canción que tenía algo de dulce y de místico, de infantil y de devoto; y con la última armonía, que fué descendiendo suavemente hasta perderse en el espacio....... murió!

¡Era su alma que volaba!

Mi padre no pudo contenerse más, y, sollozando como un niño, salió corriendo de la pieza.

Y yo quedé ahí, solo, mudo, inmóvil, comprendiendo, sin lo que era, que algo nuevo se me revelaba. Porque del significado de «aquello,» de lo que aquello quería decir, nada sabía.

En medio de las brumas de mi cerebro, algo reflexioné y caí arrodillado junto al lecho, humedeciendo con mis lágrimas las ropas del cadáver.

Era ése el primer golpe que la realidad me asestaba; el primer zarpazo que de la muerte recibía; la primera orla negra con que el dolor enlutaba mi corazón.

MANUEL M. PANES.



Damas Distinguidas.

Señorita María Teresa Dehesa.



En la glorieta de Colón.—El juez de llegada.

DE AMECAMECA Á MÉXICO.

Las carreras que organizó el Club Hípico Alemán y que se efectuaron el domingo 17 por la mañana, tuvieron un éxito completo.

Desde la víspera salieron rumbo á Amecameca, punto designado como de partida, los socios que debían disputarse los premios ofrecidos, recorriendo en el menor tiempo posible la distancia que separa á aquella población de la ciudad de México. El juez de llegada se instaló en la glorieta de Colón, arreglándose previamente los relojes para evitar alguna diferencia en los cómputos.

A las cinco de la mañana partió el primer corredor, y cinco minutos después el segundo. El tiempo en que aquél hizo la carrera, fué de 3 h. 7 m., y el que empleó éste, de 3 h. 4 m. solamente. El tercero salió á las 5.10, presentándose en la glorieta á las 8.14, y los demás, que partieron de Amecameca con intervalos de cinco minutos, hicieron en el trayecto más de cuatro horas cada uno.

El juez declaró vencedores al señor W. Julsrud, que montaba el caballo «Emigrant» y que obtuvo el primer premio; al señor W. Richardt, que montaba el «Baby» y que ganó el segundo, y al señor J. Wirth, que hizo la carrera en el «Aschenbroedel» y que obtuvo el tercero. Los señores Julsrud y Richardt emplearon en la carrera el mismo tiempo, y el señor Wirth tres minutos más.

Llegada de uno de los corredores.

Los premios consistían en una licorera de cristal con aplicaciones de plata, un látigo con mango del mismo metal y un estuche de cristal para camino.

Entre los aficionados á los ejercicios hípicos han llamado mucho la atención estas carreras; pues muy pocos esperaban que pudieran hacerse en el tiempo en que las hicieron los vencedores. La distancia que separa á México de Amecameca es más ó menos de 64 kilómetros.

RIMA PROFANA.

La blanca niña que adoro
Lleva al templo su oración
Y, como un piano sonoro,
Suena el piso bajo el oro
de su empinado tacón.

Sugestiva y elegante,
Toca apenas con su guante
el agua de bautizar,
y queda el agua fragante
Con fragancia de azahar.



Sres. W. Reichardt, W. Julsrud y J. Wirth.

Luego, ante el ara se inclina
Donde un cristo de marfil
Que el fondo obscuro ilumina,
Muestra la gracia divina
De su divino perfil.

Mirándola, así, de hinojos,
Siento invencibles antojos
De interrumpir su oración,
Y darla un beso en los ojos
Que estalle en su corazón.

FABIO FIALLO.

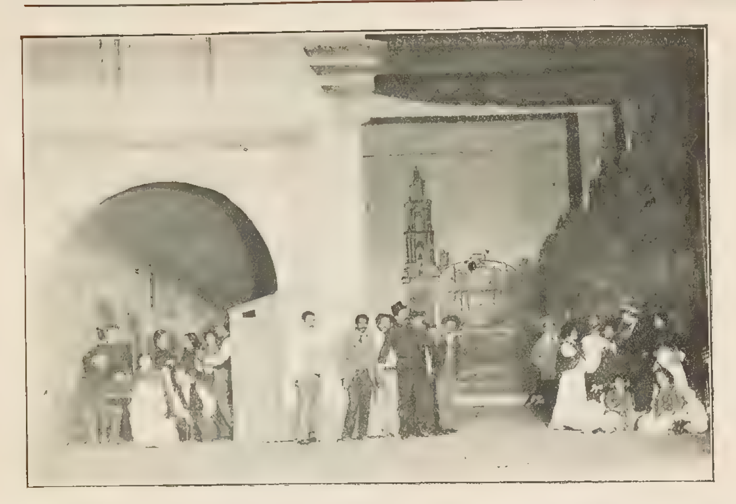
Reinas de una Corrida de Toros.

Hace pocos días se verificó en Guadalajara la corrida de toros de aficionados que un grupo de jóvenes de aquella ciudad organizó en honor del señor Gobernador del Estado.

La fiesta, que estuvo bastante animada, fué presidida por cinco señoritas de la mejor sociedad, que se presentaron luciendo ricos y vistosos trajes de «chulas», de distintos colores. Al hacer el paseo acostumbrado, en carretela descubierta y por el redondel, las «reinas» fueron aplaudidas con entusiasmo por la numerosa concurrencia que llenaba la plaza.

Agrupados en una página, verán nuestros lectores los retratos de las hermosas tapatías.


Reinas de una Corrida de Toros
1
2
3
4
5
1-Srta GUADALUPE ROBLES GIL
2-Srta ANA MONTENEGRO
3-Srta MARIA TERESA ARAICO
4-Srta ARCELIA VILLASEÑOR
5-Srta PAZ GALLARDO
A. Flores



"LA SARGENTA".—Cuadro 2o.—En Santo Domingo.



Cuadro 3o.—Final del desfile.



Cuadro 4o.—Despedida de la Sargenta.

"LA SARGENTA."

Letra de González Carrasco y música de Gascón.

«La Sargenta,» esa linda criadita remilgada, capaz de apasionarse con ardores románticos, de seguir á su «hombre» bajo los implacables rayos del sol y entre el ardiente polvo de los caminos, esa mujer transformada en cosa al servicio del ser á quien ama, por obra del amor, es un tipo netamente mexicano.

Así son nuestras pobres mujeres del pueblo, abnegadas, triste, obstinadamente abnegadas, esclavizadas por el cariño, obscuramente sojuzgadas por la pasión.

Así son las hembras que cuando su «hombre» les pega y alguno las defiende, acometen á su defensor; las que mueren asesinadas por su amante sin confesar que éste las hirió.

González Carrasco que sabe observar y cifrar estéticamente nuestros tipos y nuestras constumbres nacionales, ha simbolizado con maestría ese tipo de mujer del pueblo.

Los otros, los que sirven de fondo á la acción de ese grande amor que no sabe expresarse en frases cultas, son también caracteres fielmente copiados de la vida real.

Carrasco ha sabido también introducir el lenguaje popular á la escena, con tal gracia y maestría, que en vez de disgustar, agrada y hace reír.

Gascón, por su parte, ha contribuido al éxito, amenizando la pieza con una música movida y agradable.

Da gusto ver obras como ésta, porque en ellas se vé algo así como las primeras piedras que han de formar los verdaderos cimientos del arte nacional.

Nuestros grabados reproducen las escenas principales de «La Sargenta.»

El Rayo de Luz.

Ya era de madrugada cuando dejó Baltasar la loca orgía, en cuyo torbellino de risas y de libaciones había pasado la noche anterior al día de su santo, al día de Reyes. Salió á la calle mal envuelto en su capa que, retorcida por el viento, apenas le preservaba del frío. Bien es cierto que para el trasnochador libertino, en el estado de embriaguez en que se hallaba, la atmósfera acuosa en que flotaba la bruma era un alivio, un beso de frescura que acariciaba dulcemente su frente calenturienta.

Dió varios pasos en dirección á su casa. Pero sus piernas flaqueaban. Los edificios giraban ante sus ojos turbios en infernal ronda. El corazón se le subía á la garganta. Experimentó un deseo inmenso de tumbarse dondequiera, allí en el suelo fangoso, sin atender á la pulcritud y elegancia de su ropaje. Si no hubiera comprendido, mediante un supremo y último esfuerzo de su razón, el mal que momentáneamente le dominaba, hubiese creído que se le acababa la vida.

—Estoy borracho, atrozmente borracho—pensó entre las obscuridades de su cerebro.

Ya iba á caer al doblar una esquina, cuando le detuvo una mano. Era una mano dura y fuerte, una mano acostumbrada al trabajo, á domar la materia. Era la mano de un obrero. Iba el hombre vestido de blusa. Sin duda volvía de su faena. Con voz serena y ronca, dijo al calavera:

—Sígame usted. Le llevaré á mi casa.

Baltasar obedeció sumiso como un cordero. Grande era su debilidad, pero el brazo en que se apoyaba era robusto. Si hubiese sido necesario, le habría llevado en suspenso. Y el joven tuvo una vaga y sentimental reminiscencia de cuando era niño, y así le llevaba su padre después de la tertulia, amodorrado por el sueño. Llegaron á una casa modesta. En la puerta aguardaba una mujer, una hermosa hija del pueblo. Sorprendida al ver á un señorito á tales horas en compañía de su esposo, pronto adivinó lo que ocurría, y en su cara brilló la sonrisa de la bondad, de que estaba llena su alma.



"LA SARGENTA".—Cuadro 5o.—En el campamento.

—Pasad adentro—dijo.

Trataron de hacerle té, de prepararle una cama. Pero Baltasar se opuso. Estaba avergonzado. Su misma situación, su rico porte, era un reproche en medio de aquella honrada pobreza. Contentóse con reclinarse, revuelto en su capa, sobre un sofá de paja. Trajéronle, no obstante, dos almohadas y una manta. Y le dejaron en la salita, retirándose ellos á su alcoba.

Todo quedó en silencio, todo quedó en calma. A través de los vapores que el vino eleva á la cabeza, y luchando entre el insomnio y el letargo, Baltasar apartó de su rostro el embozo de su capa y paseó una mirada por la habitación. Eran los muebles sencillos, humildes. En medio una mesa redonda con tapete de bayeta, un mantel arrollado á un extremo, una copa, un plato, una cuchara, restos de la cena de familia. Enfrente una cómoda con dos floreros, el único lujo de aquellos pobres. Sillas alrededor con costura, señales de laboriosidad. Y todo limpio, reluciente, ordenado.

Sobre un taburete, en un vaso, ardía una lamparilla, bañando de suave claridad la estancia, enviando á todos lados tiernas miradas. Era como una pupila de oro que estaba despierta, vigilante, mientras los otros dormían. En la pared un reloj viejo marcaba las horas, siempre iguales y siempre tranquilas, y sonaba su tictac reposado como el latido de un corazón que ignora toda ambición y todo tormento.

—Nunca había visitado la casa del obrero—dijo entre sí Baltasar.—No creí que la felicidad se hallara sino entre seda y oro. Veo que la ventura puede existir hermanada con la pobreza.

Fué calmándose la irritación de sus nervios. Y un sueño agradable, un sopor suave, fué apoderándose de sus sentidos. Dijérase que todo su cuerpo iba sumergiéndose en un baño de aceite tibio. Y su alma, desligada de las cadenas terrestres, voló á otros tiempos y á otras escenas.

Vió galopando por el aire caballeros en briosos corceles, á los tres Reyes Magos que en la infancia de él, al amanecer de aquel mismo día, le habían aportado vistosísimos juguetes. Ahora pasaban también, pero sin traerle nada. Afligióse en extremo.

—¿No me reserváis algo?—les preguntó con angustia.

—Ya no tiene encanto para ti ninguna baratija—le respondieron.

Reflexionó Baltasar que era verdad aquello. Todas las ilusiones se habían deshecho entre sus manos como se deshacen las alas de una mariposa. El ansia de la gloria le había dejado en el pecho un vacío insondable. La codicia de la fortuna no había sido para él más que una montaña, prontamente salvada, y tras de la cual se extendían siempre idénticos paisajes, monótonos y sin atractivos.

Ante tan completo desencanto experimentó una sensación estranguladora. Se estremeció bruscamente y abrió los ojos.

Por el balcón entornado empezaba á clarear el día. Sintió rumor de colmena que se despierta. Era el obrero, que de pie ya, se disponía á salir para su trabajo. Su mujer trajinaba en la cocina. De una alcoba salían algo así como gorjeos confusos, como un cuchicheo argentino. Eran las dos hijas del hombre compasivo que había dado albergue á Baltasar aquella noche. Preludiaron un canto. Pero fué acallado por una voz que les recomendaba silencio. ¡Pobres alondras! Todas las mañanas cantaban antes de salir en busca, como el padre, del grano de trigo. Sólo aquella vez permanecieron mudas.

Pasó el obrero junto á Baltasar y creyólo aún dormido.

—¡Silencio! ¡Que no se despierte!

Y marchó para la calle sin hacer ruido.

Las muchachas, más curiosas, se acercaron al libertino. Este fingió que dormía, pero por entre sus párpados disimuladamente cerrados pudo contemplarlas á su sabor. Eran dos arrogantes mocitas. Una de quince años, la otra de veinte. Venían despeinadas, medio vestidas. Y á su presencia, con candidez, sin coquetería y sin impudor, se recogieron el abundante pelo negro y se ajustaron el seno frente al espejo que colgaba sobre la cómoda. Luego se retiraron á almorzar en la cocina.

Incorporóse Baltasar entonces. El rayo de luz que penetraba por el balcón había crecido en intensidad, y de azul pálido se había trocado en oro de fuego. Su mirada cayó sobre unos diminutos zapatitos que estaban colocados, apareados en el suelo, delante de una silla. Se echó mano al bolsillo.

—Deben ser de la hermana menor—dijo.

Y depositó en ellos todo el dinero que llevaba.

Luego tosió, se arregló las ropas. Y apareció en el acto la esposa del obrero.

—¿Cómo ha pasado usted la noche? ¿Desea tomar alguna cosa?

—Gracias—murmuró Baltasar cogiendo el sombrero.—No olvidaré jamás á ustedes.

***

Y partió. Pero el recuerdo de aquella noche en adelante fué para él como un sol que alumbró su obscura vida, fué como un ejemplo purísimo, como un reproche que le perseguía cuando emprendía una senda extraviada. Sin saber cómo, cuando salía á dar un paseo, sus pies se encaminaban hacia aquella casa de modesta apariencia, como si una querencia grata hasta allí le guiara. Y siempre, al pasar frente á ella, la saludaba como á un lugar sagrado.

¿Por qué?

Oídlo:

—Aquel año—dice—hice de Rey Mago, pues llené de dinero los zapatitos de una linda muchacha. Y aquel año, cuando ya los Reyes Magos nada podían regalarme, me hicieron un presente inestimable.

¡Un rayo de luz! Y á favor de este rayo de luz filtrado al través de un balcón, aprendí en la casa de un pobre la verdadera, la íntima, la eterna ventura.»

Todos arrostramos en la vida tenebrosas tempestades. Muchas veces, tras de los conflictos espantosos, continuamos andando por el mundo, sin haber recogido de la tremenda catástrofe enseñanza alguna. Mas, no siempre sucede eso. De la nube obscurísima surge un rayo de luz. Y este rayo de luz, bien se llame resignación, esperanza, amor, es la estrella que guía en adelante nuestros pasos.

José de Siles.



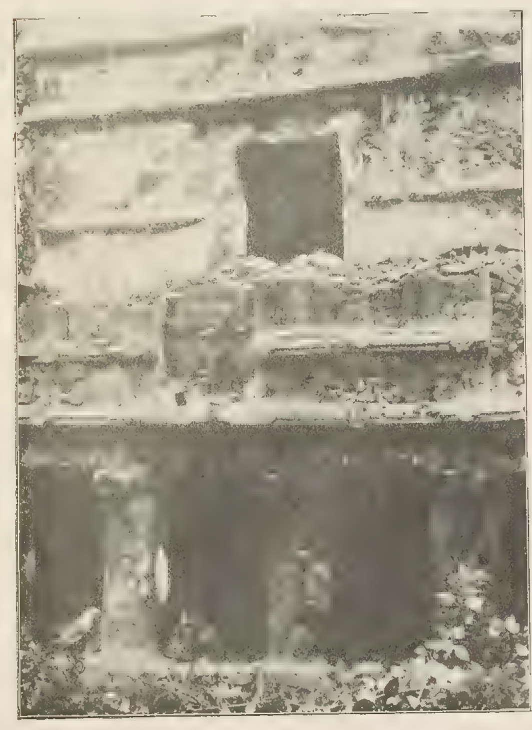
"LA SARGENTA".—Cuadro 6o.—Escena final.

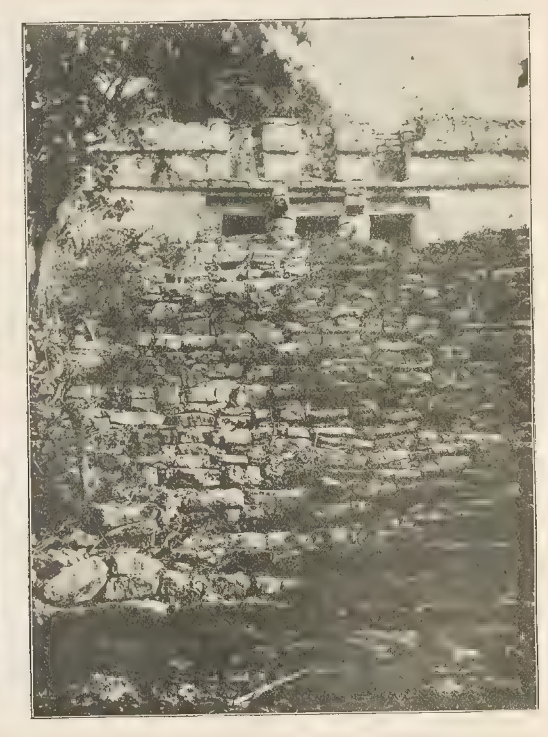
LA RUINAS DE TULUM.

En el punto de la costa oriental de Yucatán que se conoce con el nombre de Tulum y que está situado á sesenta millas, aproximadamente, de la Bahía de la Ascensión, se encuentran las ruinas de un antiquísimo edificio que se supone haya sido templo consagrado por los primitivos pobladores de aquella comarca á alguno de sus dioses, y que aparecen, tal como se ve en las fotografías que ofrecemos á nuestros lectores, destruídas en gran parte por la acción del tiempo. El Sr. Gral. Victoriano Huerta, al desembarcar en Tulum y emprender una expedición militar que le fué encomendada, visitó detenidamente las ruinas, encontrándolas casi abandonadas. Algunos oficiales del ejército que formaban parte de la expedición levantaron planos del supuesto templo, tomando, además, fotografías y apuntes de las fachadas. En el interior de las ruinas fué encontrado, entre otros objetos que indudablemente pertenecieron á los indios, un ídolo de piedra.

***

Para completar la serie de fotografías que venimos publicando, con relación al Territorio de Quintana Roo, damos á conocer: una que representa el muelle del campamento «General Vega» durante el desembarque de materiales de construcción; otra, el acopio de durmientes, rieles, etc., para el ferrocarril militar, y una del campamento de trabajadores inmediato al "Vigía."





Frente y escalinata del supuesto tem plo de Tulum.



Acopio de materiales para el Ferrocarril Militar.

Á LULU.

No vayas al campo;
los lirios, los nardos que crecen allí,
al verte tan blanca, más blanca que un ampo,
que un copo de espuma, que el lirio del campo,
se van á morir,
de envidia los nardos, los lirios de celos;
porque eres más blanca que el nítido tul
del traje de novia; que todas las plumas
de todas las garzas que cruzan los cielos....
No son las espumas,
los cisnes, las hostias, los sueños del niño,
la piel del armiño,
el alma de un ángel más blancos que tú.

*

No vuelvas los ojos—te dice la estrella—
al cielo sin fin;
la luz de tus ojos es fúlgida y bella;
no mires al éter.... Yo sé de una estrella
que muere de amores.... y muere por ti.
Tus hondas pupilas
son grandes, muy grandes. No tiene el azur
celajes más limpios. Las aguas tranquilas
do moja la luna sus albos cabellos,
los rubios destellos
de todos los soles no tienen más luz.

*

Si vienes al valle,
los vientos que pasan te van á decir:
es, reina, tu talle
esbelto lo mismo que el junco del valle,
y breve y gracioso como un colibrí.
Las verdes palmeras,
las hojas más finas del alto abedul,
con ser tan airosas, con ser tan ligeras,
no son como tú.

*

Yo sé que tus manos
son obras maestras de un arte sutil,
prodigios de carne, jazmines enanos;
no tienen las manos
las hadas así.
No hay joya, no hay cáliz, no hay mármol, no (hay nieves,
no hay concha en el seno del piélago azul
más níveos y puros. Tus manos tan breves
parecen jazmines de carne, Lulú.

*

¡Qué dulce tu nombre! Lo dice la boca
y al punto de ella parece surgir
el canto que anhelos divinos provoca,
un hilo de mieles que endulzan la boca,
el soplo de brisa más blando de abril....
Oh virgen, tu talle semeja una palma;
tus ojos son astros de vívida luz;
son nácar tus manos.... ¡Cuán bella es tu alma!
¡Qué hermosa, qué casta, qué buena eres tú!

VÍCTOR M. RACAMONDE.

CUENTO DE LAS ALMAS.

Psiquis sufría; pálida, muy pálida; enferma, muy enferma.

Su padre, el viejo Essenio, el barbudo terapeuta, de mirar gelatinoso, por lo arcaico, y guedejas calcinadas por los soles de cien ciclos, leyó y releyó los ajados y ceñudos rugosos papiros, de la Helenia sabia, de la Alejandría claudicante, de la Palestina santa y de la Roma disoluta. El viejo Essenio consultó á profetas, augures y astromantes; clamó á los dioses, y clamó á los cielos: «Decidme de Psiquis la oculta llaga, y yo la aliviaré con los poderes de mi ciencia.» «Es amor, es duda?» «No, el amor tiene gemidos, pero trae aleluyas, sonrisas de ángel: y el engendro de las tinieblas, la duda en el saber, es triste, es nostálgica, nunca maldice.»

Y Psiquis gemía, enferma, muy enferma; y el viejo Essenio enjugó los turbios ojos, tur



Idolo encontrado en Tulum.

bios como el cristal que regaza á los vahos del invierno.

....

....

En la candileja agonizante, como espíritu que acaba, rondó y rondó alado insecto, hasta alcanzar la muerte.

«Ah!—gimió el filósofo estoico y pensador,—el escarabajo me enseña más que la ciencia de los hombres y que la clemencia de los dioses: tú, oh Psiquis, como el insecto miserable, tienes hambre de luz!»

Y murieron Psiquis la pálida y Essenio el terapeuta, de morbosidades ignotas, de ignoradas cuitas.

PIERRE LOUYS.





Un Desembarque en el "Campamento Vega."

LA MUERTE.

La fiebre aumentaba por momentos; mi sangre, como un torrente de lava, corría aceleradamente por mis venas y la vista se me anublaba más y más cada instante, hasta el punto de que apenas si distinguía al médico, que con reloj en mano contaba mis pulsaciones, y al grupo de personas queridas que esperaban anhelantes la opinión del facultativo.

*

Una mujer pálida, muy pálida, envuelta en blancas y vaporosas vestiduras, se acercó á mi lecho con paso silencioso. Un estremecimiento de alegría agitó mi cuerpo al contemplarla. Era ella la amada de mis ensueños, la amada imposible.

Sus labios eran finos y delgados y en ellos parecía aletear un beso casto é ideal, un beso en que no ardía el fuego impuro de los besos que manchan y queman.

Sus ojos oscuros y profundos, tenían la atracción misteriosa del abismo que incita á arrojarse en él, y el vago y misterioso encanto de lo desconocido. Y ella, tomando mi cabeza entre sus manos, me dijo con voz suave y melodiosa: «Yo soy la mujer que tú sueñas, la mujer que esperas tanto tiempo; yo he escuchado tus ruegos y acudo á tu llamado, para hablarte de la dicha suprema, que no conocéis los que vivís envueltos en los torbellinos de las mundanas pasiones. Pronto celebraremos nuestras nupcias eternas, bajo los mármoles blancos, á la sombra de los sauces llorones y melancólicos. Adiós hasta entonces, amado mío?»

E imprimiendo en mi frente afiebrada un beso frío y delicioso, desapareció sin que pudiera estrecharla entre mis brazos.

*

Volví en mí. En los semblantes de todos los que me rodeaban brillaba la alegría. Me había salvado.

El doctor me dijo que al ponerme en la frente un pedazo de hielo para hacer disminuir la fiebre, había recobrado el sentido. Pero yo no le creo, pues ha sido ella, estoy seguro, que ha venido á mi lecho y me ha besado.

Por eso estoy pálido: pálidos son los prometidos de la amante de los besos de hielo, cuya cita espero tanto tiempo para celebrar nuestras nupcias eternas bajo los mármoles blancos y á la sombra de los sauces llorones y melancólicos.—CARLOS HEGARD.



Campamento de trabajadores.

CRISTALERIA

Loeb Hermanos.

Primera Plateros. Esquina Alcaicería

VAJILLAS PARA MESA

de Loza y Porcelana, blancas y decoradas.



Copas y Vasos, Botellas y todos los artículos de cristal desde clases corriente hasta más fina.

Juegos, Lavamanos, Escupideras en variedad que no se iguala en ninguna parte.

Artículos de lujo y fantasía propios para obsequios, á precios sin igual.

COMO SE ADQUIERE

Y CONSERVA LA BELLEZA.

La belleza consiste en tener y conservar el cutis fresco, lozano, suave y nítido; para obtener este resultado úsese el

AGUA TROPICAL

agua de suavísimo perfume, cuyos benéficos resultados sobre la piel son tan prodigiosos, QUE NOS PERMITEN GARANTIZAR que, con el uso del

"AGUA TROPICAL"

desaparecen las herpes, granos, barros, eczemas (acne) etc., como toda manifestación parecida y los malos olores del cuerpo. El cutis más aspero y de olor desagradable adquiere la belleza y frescura de la primera edad. Mil frascos vendidos en cuatro meses es la prueba de su gran éxito.

De venta: en el COLISEO NUEVO, NUM 5.
Los pedidos á A. E. BETANCOURT.
Pídase en Droguerías y Boticas.







RICARDO PADILLA
Y SALCIDO.





La Fosfatina Falières

es el alimento más agradable y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses sobre todo en el momento del destete y durante el periodo del crecimiento. "Facilita la dentición, asegura la buena formación de los huesos."
PARIS, 6, Avenue Victoria, y en todas las farmacias.

AVISO IMPORTANTE.

El fosfato de cal que entra en la composición de la Fosfatina "Falleres," está preparado por un procedimiento especial con aparato á propósito, y no se encuentra en el comercio.

Desconfíen de las imitaciones y falsificaciones.

DISPEPSIA
GASTRALGIA
CATARRO
INTESTINAL

Y todas las enfermedades del Estómago ó Intestinos por crónicas y rebeldes que sean, las cura radicalmente el famoso

ELIXIR ESTOMACAL DE SAIZ DE CARLOS

Los principales médicos de México y de las naciones más civilizadas lo recetan ya como el mejor medicamento para el

ESTOMAGO E INTESTINOS

La fama adquirida por este Elixir en todo el mundo lo ha hecho tan popular, que hacen inútiles los elogios.

No dejen de tomar el **Elixir Estomacal de Sáiz de Carlos.**

De venta en Droguerías y Boticas

PILDORAS.

Digestivas y Antisépticas

del Dr. B. Huchard,

DE PARIS.

Muy experimentadas en las enfermedades del Aparato digestivo. Contienen la materia activa de los fermentos digestivos, y los antisépticos más poderosos combinados en una forma nueva y asociados con otras substancias medicinales. Es el mejor remedio para la dispepsia, mala digestión estomacal é intestinal, para la diarrea, disentería, enfermedades del hígado, gastralgias, jaquecas y en todos los casos en que la digestión es torpe y la nutrición imperfecta, ó cuando hay inflamación ó insección del Aparato digestivo ó de los órganos anexos.

Doradas, para los casos con diarrea.

Plateadas, para los casos sin diarrea.

DE VENTA EN TODAS

las Droguerías y Boticas.

ASMA
OPRESION
CATARRO

CURACION pronta y asegurada con los polvos antiasmaticos y los CIGARROS GAMBIER

COQUELUCHE

Tratamiento racional é infalible por fumigaciones con los

POLVOS FUMIGATORIOS GAMBIER

PARIS — 208 bis, Fg St-Denis
México: J. LABADIE, Sucs y Cía - J. BIBLEIN.

MAGGI

PARA SAZONAR.
Caldo, Sopa y Salsa.
EN FRASCOS.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO X—TOMO I—NUM. 22

MEXICO, MAYO 31 DE 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



La Ciencia de la Escoba.

El polvo, he ahí el enemigo.

Y no es un enemigo de broma que combata en orden esparcido y cuyos embates puedan esquivarse fácilmente con sólo una poca de vigilancia; es un enemigo que tiene el don de la ubicuidad, un enemigo de cada momento que nos envuelve por todos lados, sin tregua ni compasión, arriba, abajo, á la derecha, á la izquierda; combate por dentro y por fuera, de noche y de día y para él ningún sitio es neutral, ningún sitio es sagrado, ni nuestras más íntimas ropas, ni nuestros bolsillos, ni nuestros ojos, ni nuestros bronquios, ni los poros de nuestra piel; aparte de aquellos que emplean el agua como vehículo de propagación, casi todas las enfermedades "evitables" penetran en el organismo en forma de gérmenes impalpables, que es como si dijéramos de polvillos vagabundos. ¿No acontece esto tratándose de la tuberculosis, cuyo bacilo llega á poblar materialmente la atmósfera de los lugares infestados, que en nuestros días son los más? ¿No pasa lo mismo con los gérmenes del tétano, de la difteria, de la erisipela, de la influenza?.........

He aquí por qué la supresión del polvo [dust abatment] preocupa á las autoridades municipales y sanitarias de Inglaterra tanto ó más que la supresión del humo [smoke abatment]; he aquí por qué en los cabildos ingleses se discute tanto y tan hondo acerca de lo que pudiéramos llamar la ciencia de la escoba, cultivada en aquel país por recias manos reforzadas con ingeniosos aparatos, y en México por manecitas femeniles que empuñan el rudimentario utensilio de "popote" y acarician con él los pavimentos, ya que la anemia nacional no les presta vigor para otra cosa. Y á fe que tienen razón aquellos previsores magistrados, porque en breve se hablará de la cuestión del barrido como se habló de la cuestión de Venezuela y como se habla de la cuestión obrera. Sólo que la cuestión del barrido es de mayor trascendencia, y en toda empuñadura de escoba podría escribirse con doble intención el shakespeariano "To be or not to be" como un símbolismo de que la ciencia de la escoba es una cuestión social, de vida ó de muerte.

***

¿Queréis, señora, que os diga lo que hasta ahora se ha resuelto sobre el particular? ¿Queréis conocer los prolegómenos de una ciencia que soléis practicar casi en carácter de sport?

Pues, ante todo, sabed que ha sido resuelto, sin discusiones ni réplicas, suprimir el barrido en seco. Esa resolución es el alfa, el príncipio fundamental, la regla esencial de la ciencia del barrido. ¿Por qué? Por la razón que os obliga á envolver vuestro peinado cuando empuñáis la escoba: porque el polvillo, removido á locas, sólo cambia de sitio, pero no queda suprimido. Es, pues, un verdadero axioma, aceptado por todos los doctores de la nueva ciencia, que el barrido en seco sólo remueve el polvo, diseminándolo y ampliando su acción maléfica. Bien; ¿pero cómo debe procederse? Este es, en la actualidad, el nudo de la cuestión, y ocúpanse en desatarlo con tino muchas eminencias científicas.

¿Sonreís, señora?...... Sí, es claro que—pensáis—no debiendo barrer en seco, lo primero que deba hacerse será humedecer el pavimento. Y tenéis razón, ésa es una deducción lógica y hasta ella han llegado las eminencias científicas de que os dignáis reíros. Mas, ¿con qué humedecer los pavimentos? Agregar agua de la que usamos generalmente en las casas á polvos infestados, no nos parece óptimo; pero, convengamos á priori que el agua tiene el don de aumentar la pesantez del polvo, impidiendo que éste se levante en nubes y permitiendo que sea retirado de la circulación con facilidad relativa. Pensad, empero, que la humedad favorece, en vez de contrariar, la pululación de los microbios, y que hay motivos para suponer que exalta y excita la virulencia de esos minúsculos enemigos de la humanidad.

Pensad que los efectos del rocío no duran sino por algunos instantes y que luego la aridez y el polvo vuelven á entronizarse con mayor intensidad que antes. Pensad, en fin, que si ese procedimiento es de práctica realización para las calles, plazas y caminos públicos, es de aplicación menos apropiada en los domicilios, señaladamente cuando se tienen pavimentos encerados ó cubiertos con alfombras más ó menos ricas. ¿Qué hacer, pues?......

Tratándose de las calles y de las vías férreas, los americanos se han servido del petróleo, al parecer con éxito, pero esa substancia sería todavía menos adoptable en el domicilio. Dícese que hay substancias ligeramente oleaginosas que sin los inconvenientes del petróleo, poseen las cualidades de pesantez para uso en los domicilios, pero no se han hecho comprobaciones precisas á ese respecto. Por lo demás, esas substancias fijarían, sin duda, sobre el pavimento los gérmenes patógenos y casi equivaldría ese resultado al de introducir y detener al lobo dentro del redil.

¡Pero el torbellino del polvo es cosa tan tremenda! Para darse buena cuenta de él, es preciso haber visto, por ejemplo, la angustia que se apodera de los enfermos cuando se realiza el barrido en una sala de hospital. Por eso se ha condenado sin apelación el barrido en seco.

Hoy, muchas eminencias científicas tratan de resolver el problema, tratando de descubrir una fórmula que á la substancia absorbente del polvo una algún principio microbicida, adaptable al rocío de habitaciones. Pero las eminencias buscan, buscan, y hasta ahora no han podido encontrar lo que precisamente buscan......

***

¿Os imaginabais, señora, que una simple operación doméstica pudiese preocupar tanto á los austeros sacerdotes de la ciencia? Es un hecho, señora, y tal vez vos podríais ayudar sus investigaciones con las enseñanzas valiosas de vuestra experiencia.

Sardín.

El fantasma de la gloria.

Del borde del camino sembrado de malezas, voces invisibles gritábanle: adelante! sube! no desmayes! y animado por aquel himno sonoro que parecía empujarle, arremetía con frenesí las espuelas en los ijares del bruto, que con las crines al aire y las narices inflamadas por el vértigo de la carrera, subía, subía, subía, como la bestia del Apocalipsis, camino de los cielos.

Adelante! sube! clamaba otra vez la muchedumbre invisible. Y con la lira de cuerdas de oro á la espalda, que semejaba una rubia cabellera mecida por el viento, y con las obscuras melenas alborotadas como el oleaje de un mar negro, aquel soñador, que parecía un guerrero veía ya desde la empinada vía fulgurar entre las brumas de la altura de la cima, la cima coronada de astros, bajo cuyos resplandores había tantas veces dormido sus ensueños.

Ya se acercaba; los feroces cascos del blanco corcel leventaban chispas de oro del camino tapizado de estrellas. Ya se acercaba, cuando aquel potente vuelo de bestia divina que desgarraba las nubes y que no había logrado detener Júpiter con la cadena de sus rayos, paróse momentáneamente. Un fantasma, una beldad le sujetaba las bridas.—Quién sois, que así osais determe?—gritó el jinete consternado.

—Yo...—murmuró dulcemente el fantasma—la buena hada de los viajeros extraviados; déjame besar tu frente de pensador gigante é indicarte el verdadero camino de la gloria. Y apartándole de la senda que recorría, le condujo á otro camino.

—Por aquí, le dijo, y desapareció luego.

De nuevo el bruto se precipitó en rápida carrera. A poco la noche descendió, vino la confusión de las sombras, y el hielo mortal del abismo que se abría bajo los pies.....

Entonces una carcajada espantosa, carcajada de tempestad que azota el mar, rugió sobre los ámbitos de lo inconmensurable.

—Soy yo, la Envidia!

Rafael Angel Troyo.

CUADROS RÚSTICOS.

I

GLORIA MATUTINA

Despunta el alba. El espacio esplende
Como ascua de oro, y silenciosa y grave
La noche deja la imponente nave
Donde sus gasas enlutadas prende.

Entre las chozas la oración asciende,
La prole ríe con preludios de ave
Y esbelta criolla de semblante suave
En limpia manta el desayuno tiende.

El cerdo gruñe en el chiquero. El gallo
Despierta jubiloso su serrallo,
Mientras ladra el lebrel con voz de asombro

Y sigue al labrador, que satisfecho
Va hacia su campo con la fe en el pecho
Y la herramienta del trabajo al hombro.

II

POLICROMA

Respira el campo con rumor de ignotas
Voces de idilio. El aljófar rueda
Sobre los montes, y á la luz remeda
Diamantes raros de soguillas rotas.

Se oyen ecos de cántigas remotas,
Alisa el tordo su plumón de seda,
Y oculto el papagayo en la arboleda,
Alza su voz de alharaquientas notas.

Muge el ganado; con acentos broncos
Suenan las hachas al herir los troncos,
Y mientras mueve con paciente mano

El labrador en su heredad la yunta,
Fresca ilusión sobre su fe despunta
Como despunta sobre el surco el grano.

III

MEDIO DÍA

Chorros de luz reverberante y roja
Derrama el sol, y por doquier palpita
Vital impulso que al trabajo incita
Y nueva savia sobre el campo arroja.

Tras el arado que á la tierra afloja,
Canta el labriego, bajo el sol se irrita,
Y la epidermis de su frente imita
Obscuro bronce que en sudor se moja.

La fe lo anima, y aunque no se rinde,
Suelta el arado y á la inculta linde
Avanza y se hunde en matorral espeso,

Donde le ofrece su consorte alivio
Uniendo al jugo del almuerzo tibio
La miel ardiente del amante beso.

IV

RETORNO

En el rigor de la enervante siesta,
Mustia se mueve la ondulante caña,
Y en la laguna con pereza extraña
Inclina el bruto la cansada testa.

El campo vibra con rumor de orquesta,
Pasan las horas, el fulgor se empaña,
Y en el bosque, en el llano y la cabaña
Tiende su red la obscuridad funesta.

Todo reposa en la inacción; la vida
Bajo el nublado y la quietud se anida;
El perro aúlla con marcado asombro

Y sigue al labrador, que satisfecho
Vuelve á su choza con la fe en el pecho
Y la herramienta del trabajo al hombro.

Benito Fentanes.



EL SR. GENERAL LUIS PÉREZ FIGUEROA.

El día 23 del corriente dejó de existir en Tlalpam el señor General de División Luis Pérez Figueroa, uno de los jefes del Ejército más respetados y queridos por su lealtad á las instituciones republicanas y su amor á la Patria.

Originario de Salvatierra [Guanajuato], el señor Pérez Figueroa comenzó su carrera militar en 1853, sentando plaza de Subteniente de Infantería; en 1855 fué ascendido al grado inmediato superior, y, gracias á su conducta irreprochable, su carrera fué, á partir de esa época, tan rápida como brillante. En 1866 se le confirió la banda de General de Brigada, y un año más tarde la de Divisionario. De los distintos combates y escaramuzas á que concurrió, y que fueron 78, sólo mencionaremos el asalto y toma de la plaza de Chilapa, la ocupación de Guadalajara en agosto de 1855, la defensa de Matamoros Izúcar en 1861, la célebre batalla de la Carbonera y la ocupación de México en noviembre de 1872, acciones de armas en que el distinguido soldado demostró su inquebrantable valor, poniéndose siempre al servicio de la causa liberal y de los verdaderos intereses del pueblo. Las condecoraciones que le fueron conferidas, tanto por el Gobierno General como por los Estados, acreditan su brillante comportamiento militar y lo hacen acreedor al aplauso de sus compatriotas. Al morir, el señor General Pérez Figueroa poseía la Condecoración de la Paz, la Cruz de Primera Clase, la Medalla Honorífica del Estado de Veracruz [decretada en 1868], el Diploma por la batalla de la Carbonera, la medalla por el asalto y toma de Puebla, en 1867, y la que se confirió por el Estado de este nombre á los que combatieron en su territorio contra el llamado Imperio.

El sepelio del señor General Pérez Figueroa se efectuó el lunes por la tarde, con los honores de Ordenanza, concurriendo al acto el señor Presidente de la República, los jefes del Ejército más caracterizados y un gran número de particulares.

Sólo por un conocimiento de las consecuencias naturales obtenido experimentalmente, es por lo que los hombres y las mujeres se detienen en la pendiente del mal.

*

Los niños que han sido más castigados, rara vez hacen los mejores hombres.

*

Es tan fácil engañarse uno á sí mismo sin advertirlo, como difícil engañar á los demás sin que lo noten.



Fachada de la Legación de Cuba.

EN LA LEGACIÓN DE CUBA.

Con motivo de haberse celebrado, el 20 del que cursa, el primer aniversario de la entrega del Gobierno de Cuba, por los americanos, al Presidente electo para regir los destinos de la nueva República, el señor General don Carlos García Vélez, Ministro Plenipotenciario de aquel país en México, ofreció á sus numerosas amistades y á los miembros del Cuerpo Diplomático, una recepción que se efectuó el mismo día por la tarde en su elegante casa de la calle del Ejido.

Los salones de la Legación fueron visitados por la mayor parte de los representantes de los Gobiernos extranjeros, por altos funcionarios de la Administración Pública y por familias y caballeros de la buena sociedad. El señor Ministro y su distinguida esposa, la señora Ibor de García Vélez, atendieron con exquisita cortesía á los concurrentes, y durante la fiesta, la música del Estado Mayor tocó en el jardín anexo al edificio aires nacionales y cubanos, el himno bayamés y trozos de las óperas más celebradas.

A propósito de la recepción á que nos referimos, publicamos hoy fotografías de los principales departamentos de la Legación, acompañándolas de dos grupos: uno en que aparecen el señor General García Vélez, su esposa y su hijito, y otro que representa al mismo señor General tomando el café con su Secretario.

Los salones de la Legación están decorados con suntuosidad y elegancia.

FLOR DE ATENAS

Rumorosas y azules, las ondas del mar, lentamente van á morir en la playa arenosa, suave como un regazo, en donde se reclinan, leves y acariciantes, las dormidas aguas.

Tiembla la luna en la superficie trémula y ondulante, y en ella se refleja un cielo intensamente azul.

A lo lejos se yerguen, majestuosos, gallardos, como símbolos de heroísmo y de triunfo, frescos laureles, pámpanos y mirtos, que balancean sus frondas, como inmensos pabellones, de esmeraldas, épicamente tremolados por bélicos titanes.

A veces un viento impetuoso produce, en la lontananza florida, una música vaga que se acerca y se confunde con la música del mar.

A veces arrastra una piedra, una rama, un puñado de hojas secas, hasta las aguas.

Saltan chispas de plata entre las ondas; un círculo de luminosa pedrería se dibuja en el agua y va creciendo, extendiéndose hasta perderse, como un sueño que se desvanece.

De improviso un murmullo, lejano, se percibe. Una silueta blanca se destaca sobre el fondo azul.

Es una mujer que camina lentamente hacia el mar.

Su cabellera recogida en lo alto, brilla como si fuese de oro macizo, cincelada por un artífice exquisito.

Una guirnalda de rosas blancas, como un enjambre de mariposas en torno de áurea fronda, circunda la cabeza gentil.

Las pupilas, húmedas, brillantes, tienen el color de una hoja de laurel, empapada de rocío.

Las cejas, negras, tienen la curvatura altiva y gallarda de los arcos de triunfo.

Las pestañas, largas, dibujan una sombra leve en las mejillas pálidas.

La nariz, recta y delicada, reposa sobre una boca fresca, encendida como el pétalo de una roja flor.

Envuelve su cuerpo una túnica blanca, sin mangas, como si la rodease una nube, plateada por la luz.



El Sr. Ministro de Cuba, su esposa y su hijo.

Es pálida, blanca, bella, semejante á las estatuas marmóreas que alumbra la luna en los pórticos de los templos, en las plazas, en los monumentos.

Se llama Dársanis, es hija de un retórico; sabe muchas canciones, conoce los versos del divino Homero y de la ardiente Safo; habla la lengua de los egipcios, de los fenicios, de los persas.

Los poetas de su tiempo la llaman «Flor de Atenas,» «Perla griega» y depositan en el pórtico de su casa versos y flores.

Pero.... ¿por qué la bella Dársanis, la «Flor de Atenas,» la «Perla griega,» se halla ahora tan entristecida?

Lentamente sigue su camino, con la cabeza inclinada bajo el peso de una inmensa amargura.

Bajo la sombra de un laurel se detiene; los rayos de la luna penetran á través del follaje, como finísimos prismas luminosos de plata y de cristal.

Ella se reclina sobre el musgo, con el rostro al cielo...... Vacía después en sus labios el contenido de un pomito de nácar......

Brevemente palidece su tez, en torno de sus ojos se esfuma, haciéndose más visible rápidamente, un círculo color de violeta.



LEGACION DE CUBA.—Antesala.

Las pupilas quedan fijas, como si contemplasen algo con ansiedad.

Los labios se descoloran, el cuerpo se estremece, se alarga un poco y la cabeza cae hacia atrás, inmóvil.........

Dársanis ha cumplido el juramento que hizo ante el altar de la diosa Afrodita.

Su amado, el hermoso Fanes, llamado por su belleza «El Apolo de Lesbos,» partió hacia el desfiladero de las Termópilas á luchar contra los persas, bajo las órdenes del rey de Esparta, el héroe Leónidas, por la libertad de la patria.

Antes de partir, Dársanis juró que si su amante tornaba de la guerra, sacrificaría, en holocausto, un toro blanco; y si moría en el combate, juró morir ella también.

Aquella noche llegó á Atenas la noticia de la muerte de los guerreros helenos, cada uno de los cuales se convirtió en un héroe, nimbado de gloria.

Dársanis peinó sus cabellos, se ciñó una guirnalda de rosas, como si fuese á una fiesta, y sin derramar una lágrima, sin proferir una queja, sin decir una sola palabra, salió hacia el mar, llevando un pomito de nácar que su amado le había traído del país del ámbar, lleno de exquisito perfume oriental, y que ella después había colmado de un veneno que causaba la muerte con rapidez; y bajo un laurel, el mismo que conservaba en su corteza su



LEGACION DE CUBA.—Tomando el café.

nombre y el de Fanes, el mismo que había arrullado con su música de frondas el idilio pasional, cumplió el juramento hecho ante el altar de la Diosa del Amor.

....

Lentamente, tras el mar, surgió una claridad azulada, hacia el Oriente; después se hizo rosa, luego purpúrea.

Las ondas, temblorosas, parecían á veces quedar inmóviles, cuajadas por la frescura del alba, matizándose de color de violeta, con franjas ondulantes de un oro rojizo y deslumbrador.

En la lejanía, por la parte de la ciudad, se perfilaron, bajo un cielo pálido, las techumbres de los templos, las cúspides de los monumentos, luciendo la blancura de sus mármoles y el tono obscuro de sus bronces.

La luna se ofuscó lentamente, como una esperanza que se aleja.

Las corolas de las flores se colmaron de rocío.

Las frondas se poblaron de rumores..... los pájaros en sus aéreos palacios de esmeraldas, cantaban.

Un soplo de brisa matinal deshojó algunas rosas de la guirnalda que ceñía los cabellos de la muerta.

Sobre la cumbre azul de una montaña apareció el sol, rojo, enorme, como el rostro de un dios que explora el horizonte, con sus miradas de fuego y de luz.

Una claridad intensa iluminó todas las cosas, se vertió sobre el mar, como un polvo finísimo de oro y de cristal.

Súbitamente las aguas parecieron esconderse bajo aquella luz.

Resplandecieron las hojas de los árboles, como si fuesen de esmalte, y en todas partes se difundió la forma y el color.

Dársanis, con la inmovilidad y la rigidez de la muerte, irradiaba con sobrehumana belleza, intensamente blanca y pálida, coronada de rosas, con los brazos entreabiertos, con la divina cabeza hacia atrás, pareciendo dormir un sueño infinito, de paz y de gloria.

RAFAEL RAMOS PEDRUEZA.

México, abril de 1903.



LEGACION DE CUBA.—Sala de recepciones.

La fortuna es madrastra de la prudencia.

*

La historia del mundo muestra que las razas mejor alimentadas han sido siempre las más enérgicas y las dominantes.

*

Los avaros guardan su tesoro como si efectivamente fuese suyo; mas temen servirse de él como si en realidad perteneciera á otro.

A medida que los hombres van conociendo mejor las leyes de la vida, confían menos en sí mismos y más en la naturaleza.

*

El salvajismo engendra el salvajismo, y la dulzura engendra la dulzura.

LA MÁS FERMOSA.

Que siga el Caballero su camino,
agravios desfaciendo con su lanza;
todo noble tesón al cabo alcanza
fijar las justas leyes del destino.

Cálate el roto yelmo de Mambrino
y en tu rocín glorioso altivo avanza;
desoye al refranero Sancho Panza
y en tu brazo confía y en tu sino.

No temas la esquivez de la Fortuna:
si el Caballero de la Blanca Luna
medir sus armas con las tuyas osa

y te derriba por contraria suerte,
de Dulcinea, en ansias de tu muerte,
¡di que siempre será la más fermosa!

ENRIQUE HERNÁNDEZ MIYARES.



LEGACION DE CUBA.—El comedor.



Erupciones del "Colima."

1.—26 de Febrero de 1872.—11 a. m.
2.—13 de Agosto de 1872.—11.55 a. m.
3.—24 de Diciembre de 1872.—11.55 a. m.
4.—5 de Enero de 1873.—8.25 a. m.
5.—19 de Octubre de 1900.—7 a. m.
6.—15 de Febrero de 1901.—10 a. m.
7.—2 de Marzo de 1901.—8 a. m.
8.—La misma, á las 8.30 a. m.
9.—5 de Marzo de 1901.—8 a. m.
10.—La misma, á las 9. a m.
11.—15 de Noviembre de 1901.—9 a. m.
12.—2 de Diciembre de 1901.—8 a. m.
13.—18 de Diciembre de 1901.—4 p. m.



EL VOLCAN DE COLIMA.

El período de plena actividad en que se encuentra el «Colima,» ha despertado en todo el país el más vivo interés. Casi diariamente se tienen noticias de haber ocurrido una nueva erupción, y por más que hasta hoy no se hayan registrado pérdidas de vidas ni de propiedades, como aconteció hace pocos meses en una extensa zona de la República á causa de las frecuentes erupciones del Santa María, el pánico cunde entre los moradores de los pueblos situados á corta distancia del volcán, y el temor de que sobrevenga una catástrofe es cada día más grande.

Hojeando un estudio que con relación á las erupciones observadas en febrero y marzo de este año, publicó el señor Presbítero José María Arreola, encontramos que el «Colima» es, desde tiempos muy remotos, un volcán activo, cuyas emisiones de vapores y cenizas se recrudecen en ciertas épocas hasta adquirir un carácter violento; que ha habido una semejanza notable entre los diversos períodos de actividad, anotándose únicamente como extraordinaria, la formación de un cráter secundario en 1869; y, por último, que por las observaciones hechas hasta hoy, se viene en conocimiento de que el «Colima» nunca ha derramado sus lavas, debido, sin duda, á que su fuerza impulsiva no es suficiente para hacer que las mismas lavas rebasen los bordes del cráter.

Sea de esto lo que fuere, sí parece indudable que las erupciones del volcán ocurridas en los últimos años, han sido de las más notables, y que pocas veces se había visto la montaña coronada de fuego con tanta frecuencia; pues sólo en el corto período comprendido entre 1899 y 1902, se registraron más de dos mil, produciendo á veces, ligeras lluvias de cenizas. A principios del corriente año disminuyó sensiblemente el número de erupciones; mas á partir del 15 de febrero, el volcán entró en plena actividad, y de entonces acá, muy señalado es el día en que no se registra una nueva erupción. A consecuencia, indudablemente, de la constante emisión de gases y de los productos arrastrados por ella, el cráter sufrió hace poco una deformación, observándose otra en los primeros días de marzo.

Por lo que ve al espectáculo que presenta el volcán durante las erupciones, es bellísimo. La enorme columna de humo arrojada por el cráter y á merced del viento, se resuelve en figuras caprichosas, que al ser bañadas por los rayos del sol, afectan los cambiantes del ópalo, y que van, poco á poco, esfumándose hasta perderse en el horizonte.

De este espectáculo imponente y grandioso dan una idea los grabados que ilustran esta página y que son copia de una curiosísima serie de fotografías que nos fué enviada por un respetable caballero. Como lo notarán nuestros lectores, algunas de esas fotografías no son directas: están tomadas, indudablemente, de pinturas que en vista de grabados antiguos fueron hechas ex profeso, ya sea por el mismo fotógrafo que las firma—el señor R. R. Rivera, de Colima,—ó bien por alguna otra persona, para reproducir, con más ó menos exactitud, las erupciones que representan.

PÁGINA DE ALBUM.

Yo creí ser inmune á los amores
—viejo lobo del mar de la existencia—
y, oh sirena de cantos seductores,
ante tus atractivos tentadores
nada valen mis años ni experiencia.

*

Oculta, y misteriosa, y bella, y rara
cisterna, te hallo en medio de un camino
monótono y desierto cual Sahara,
y me acerco á tu algente linfa para
refrescarme, sediento peregrino.

Y calmarás mi sed, la sed ardiente
del erotismo que mi anhelo fragua;
más como el mal en ti vive latente,
al ver mi rostro en tu cristal fulgente,
tal vez con cieno se revuelva el agua.

*

Tus ojos asesinos! Que me vean
los que están por sus víctimas luctuosos
y fingen, cuando inquietos parpadean,
Mariposas nocturnas que aletean
bajo dos arcos negros y sedosos.

*

Ya el amor me levanta y engrandece,
comienzo á presentir dichas supremas,
y todo mi organismo se estremece
viendo tu combo seno que parece
un colmado tibor de crisantemas.

*

Para un himno triunfal tu voz afina,
suelta de tus cabellos el follaje....
Como al roce del arco el violín trina,
quiero al besar tu boca venusina,
que vibre de tus nervios el cordaje.

*

Mi alma intenta olvidarte, y sólo veo
que vuela á ti desatentada y loca:
cabalga mi razón como Perseo
en el bronco Pegaso de un deseo
que por dantesca cima se desboca....

*

Tan magna es tu bondad cual tu hermosura;
y pues de mi desgracia no te mofas,
rayo de sol, desgarra mi negrura;
gota de miel, endulza mi amargura;
ala de oro, levanta mis estrofas.

JUAN B. DELGADO.

México, mayo de 1903.

Historias de Piedra.

SAN AGUSTIN

I

Cuentan los cronistas que por el año de 1533 llegaron á la capital de Nueva España siete religiosos de la Orden de San Agustín, hospedándose primero en el Convento de Santo Domingo, donde permanecieron cuarenta días, y después, en una casa de la calle de Tacuba, de cuyas señas y ubicación no ha llegado hasta nosotros noticia exacta y verdadera. Fray Francisco de la Cruz, vicario provincial, Fray Jerónimo de San Esteban (a) Jiménez, Fray Juan de San Román, Fray Agustín de la Coruña [a] de Gorma, Fray Juan de Osaguera, Fray Jorge de Avila y Fray Alonso de Borja, que así se llamaban los siete agustinos, hicieron su entrada en la población el 7 de junio del referido año, y en cabildo del día 30 se presentaron al Ayuntamiento solicitando se les concediera sitio á propósito para construir «su casa.» Dióles la Ciudad un terreno situado por el rumbo sur y conocido entre los indios con el nombre de Zoquiapan («lugar cenagoso») por encontrarse en él un manantial, y ocho años más tarde—28 de agosto de 1541—dieron principio á la construcción, tanto de una iglesia como de un convento, colocando la primera piedra el Virrey D. Antonio de Mendoza, la segunda el Arzobispo Fray Juan de Zumárraga, la tercera el Prior de Santo Domingo, la cuarta el Guardián de San Francisco y la quinta el Vicario provincial de la Orden. Por Cédula Real, el pueblo de Tetzcoco fué el designado para acudir con sus tributos y con «peones» á la edificación del monasterio y del templo, pagándose á éstos, á guisa de salario, dos reales por cada seis días de trabajo; pero, como rentas tan seguras y jornales tan exiguos no fueran parte á que la obra se llevara á término con la celeridad deseada y la magnificencia á que estaban tan acostumbrados los frailes, el Emperador Carlos V la tomó á su cargo, y en 1587 se dió por concluída, habiéndose gastado en ella algo más de $ 160,000. Varias veces—como observa el Sr. González Obregón—se hundió parte de lo construído, á causa de la naturaleza del terreno, «sin embargo de que se tomaron las precauciones de sacar el agua de los cimientos con bombas y de colocar allí grandes trozos de piedra sólidamente pegados con argamasa.»(1) Con todo, el edificio permaneció en pie largos años, hasta el 11 de diciembre de 1676, en que fué destruído en parte por un formidable incendio que redujo á escombros el templo primitivo.

El templo de San Agustín.—(De grabado antiguo.)

Don Antonio de Robles en su «Diario de Sucesos Notables,» dice, hablando del siniestro: «Con ocasion de celebrar la aparicion de Nues«tra Señora de Guadalupe, se prendió fuego «por la plomada del relox en la iglesia del «Convento de San Agustin, y en dos horas se «quemó toda la iglesia y altares; fué noche fúe«nebre. Asistió su Divina Magestad Sacramen«tado con el Cabildo [eclesiástico], Ciudad «[Ayuntamiento] y Audiencia y el Sr. Arzo«bispo Virey; que procuró remediar no se «quemase todo el convento y cuadras circun«vecinas. Asistió Jesus Nazareno y todos los «santos de las Religiones. Concluyó aquella «noche. Aunque duró tres dias el fuego no su«cedió muerte ninguna. Se fué S. E. á las on«ce de dicha noche.»

Dos días después, según refiere el mismo D. Antonio de Robles, el Arzobispo dispuso una procesión deprecatoria «desde la Catedral al hospital de Nuestra Señora» (hoy de Jesús). «Iba el Dean, agrega, con el Santísimo y Nues«tra Señora de Guadalupe, con plegaria y le«tanias. Fueron las cofradias y Religiones con «sus cruces todas, y el clero y el Cabildo, to«dos muy tristes y confusos como si fuera el dia «del juicio.»

(1) «México Viejo.» — Edición de 1900.—Página 140.

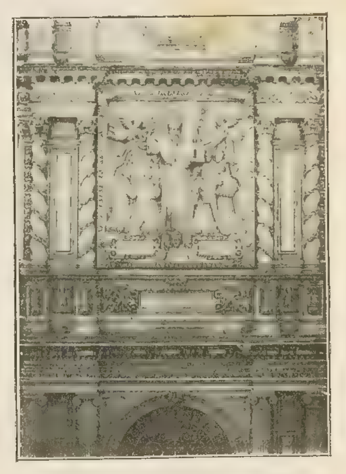
Pronto aquella tristeza se trocó en alegría y la confusión en tranquilidad, pues el 14, á buen temprano, salieron los agustinos á recoger limosnas para la reconstrucción del templo y en ese solo día lograron reunir cuarenta mil pesos. El 22 de mayo de 1677, con asistencia del Arzobispo D. Fray Payo Enríquez de Rivera, se puso mano á la reconstrucción, colocándose la primera piedra del nuevo edificio, á la izquierda de la antigua fachada; y tal fué el gasto erogado en la obra, que al informarse el Rey Carlos II de la suma que se había invertido en la fábrica, preguntó, asombrado, si los muros eran de plata.

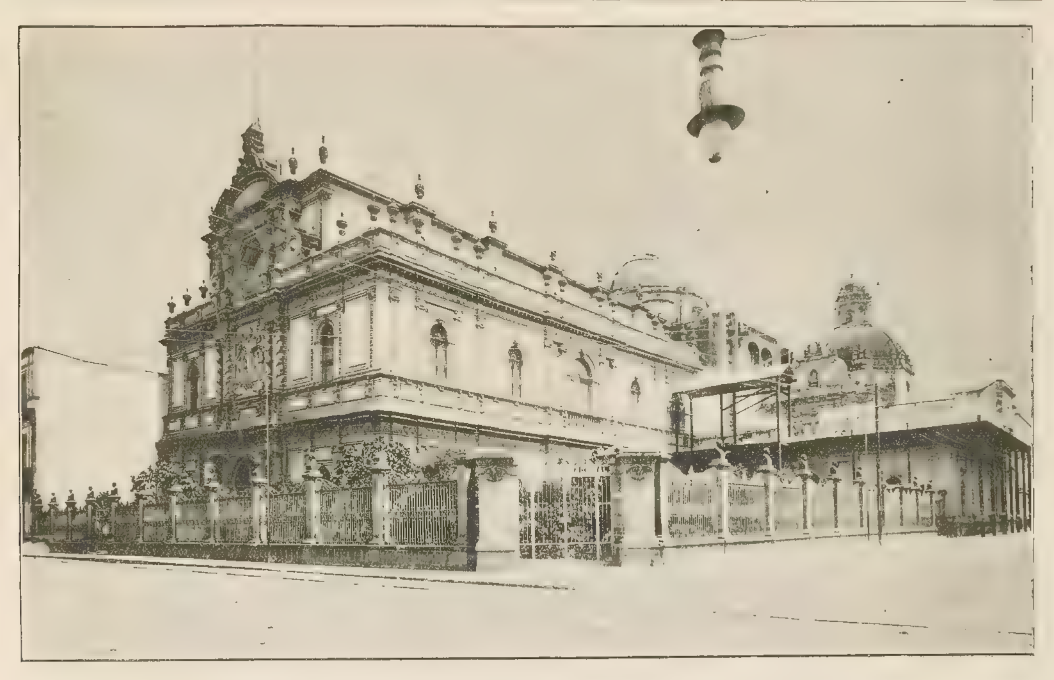

Fraile Agustino.

II

Antes de seguir adelante en nuestra narración, veamos lo que acontecía en el Convento de San Agustín por los años de 1650 y 1655, dos de los más borrascosos en la historia de la Orden.

Don Gregorio Martín del Guijo, en su «Diario de Sucesos Notables,» refiere que el 1º de septiembre de 1650 presentó al Virrey el Maestro Fray Juan Guerrero un «buleto» de su Generalísimo en que se prevenía que, á la muerte del Provincial, entrara á ejercer sus funciones el mismo Guerrero. Quejóse Fray Juan de que el Definitorio había elegido, sin derecho, á Fray Andrés de Oñate [de Guatemala], Vicario Provincial, por muerte del religioso investido con tal carácter, y de que aquél «venia ciego é impedido del uso y ejercicio de su oficio.» El Virrey decretó se enviara el memorial al Definitorio; se reunió éste, y admitida la orden del Generalísimo, mandó que todos los religiosos la firmasen, declarando Provincial al dicho Guerrero. Esto no fué de agrado del Virrey; pues, tan pronto como tuvo noticias del caso, envió correos á Guatema-

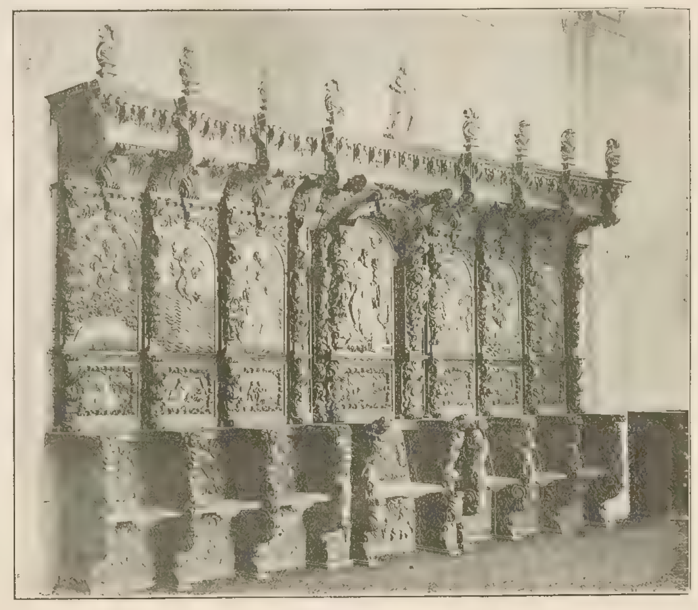

Un bajo relieve de la fachada principal del extemplo de San Agustín.



Extemplo de San Agustín.—Estado actual.

la que llamasen á Oñate, y habiéndose éste presentado en México por el mes de septiembre de 1651, el Real Acuerdo mandó que «sin embargo de cualesquier letras ó actos que en su virtud hubieren hecho» (los religiosos) tuvieran á Fray Andrés por legítimo Provincial... "A su ejecucion [del Acuerdo] vino la Sala "del Crimen y Guardia del Virey—dice Guijo "—causando notable alboroto por el reino, y "llegados á la puerta reglar no les quisieron "abrir, y considerando que querian echar aba-"jo la puerta, les abrieron las de la iglesia y "notificaron al Definitorio la dicha provision, "y tan solamente la obedeció el Prior del Con-"vento y el Definidor Betanzos y los otros "tres y Rios no; con que se dió cuenta á las "nueve de la noche al Virey y Oidores; y á "estas horas se despachó la segunda provi-"sion y respondieron lo mismo, con que se "fueron los alcaldes y guardia y quedó el con-"vento en un infierno de disturbios»........ Al siguiente día no se dijo misa en San Agustín; volvió la Sala del Crimen «con mayores estruendos,» y poniendo «guardas en la puerta reglar» consiguió que los revoltosos definidores prometieran guardar á Fray Andrés obediencia. Ríos fué poco después desterrado.

Pero si este capítulo es digno de llamar la atención, el que se refiere á la muerte del Maestro González ocurrida en San Agustín el 21 de octubre de 1655, pinta, admirablemente, el grado de relajación á que por aquella época habían llegado los frailes: «A las once horas del dia estaba bueno y con salud y en pie el maestro Rodrigo Gonzalez, padre de provincia del orden de San Agustin y de los de la parte de España, y á las doce de dicho dia se murió; y habiendo averiguado su muerte se halló que lo habian muerto entre dos legos de dicho Orden...... por robarlo; y fueron luego puestos en prision, y sabida por el Virey la maldad, despues de enterrado el difunto envió médicos y cirujanos y escribano y desenterraron el cuerpo y se dió fe de la puñalada.» Guijo se ocupa después del proceso de los asesinos y de las honras fúnebres del maestro González, en los siguientes términos: «Procedió la Orden contra ellos segun sus reglas, y teniendo sustanciada la causa y ellos confesado su delito, le celebraron sus honras al difunto el lunes 8 de Noviembre en el convento de San Agustin con toda solemnidad, para lo cual convidaron al cabildo seglar y todas las Religiones y clerecia, y ocurrió todo el reino y predicó el maestro Fray Miguel de Consuegra, y con lugares singulares de la escritura probó la maldad de los homicidas y ponderó las virtudes del muerto y haber tenido los puestos principales de su Orden y sido Provincial y tener de hábito cincuenta y dos años: púsosele un túmulo muy magnífico á costa de la Orden, y concluso el proceso, provincial y definidores sentenciaron los delincuentes á doscientos azotes, cárcel perpetua y comer tres dias en la semana en la piedra, y recibir dichos dias disciplina de vuelta, y que se les diesen pan y legumbres cada tantas horas, con pena de pecado mortal á sus frailes para que les den carne, y en virtud de esta sentencia, los sacaron jueves 11 de Noviembre á las 9 horas de la mañana por los claustros bajos del convento con sus hábitos blancos menores y aprisionados y con voz de pregonero que decia su delito; los azotaron con disciplinas á la redonda, y todo el convento estaba con las capillas caladas arrimados á las paredes hasta que se acabó el acto y



Sillería de San Agustín

luego volvieron á emparedarlos, interin que su Señoria ordenaba lo que conviniese; y este castigo fué público y á vista del Reino.» (2)

III

Abandonamos aquí al verídico testigo presencial de los sucesos narrados, para proseguir la historia del monasterio y del templo de los agustinos, apoyándonos en lo que sobre la materia se ha publicado por diversos autores.

Como los mercedarios, los religiosos de la Orden de San Agustín procuraron á todo trance, con el transcurso de los años, ensanchar su convento. En 1575 solicitaron del Cabildo licencia para construir un pasadizo elevado que comunicara el monasterio con un solar que había á la espalda y que les pertenecía; opúsose á la solicitud el Corregidor, alegando que la construcción proyectada acarreaba grandes inconvenientes, y llevado el asunto á conocimiento del Virrey, éste resolvió que era de accederse á lo pedido, siempre que la obra fuera de arquería y que estuviera hecha de tal modo, que el arco no impidiese ni entorpeciera el paso.

El arco, que se derribó en 1825, dió origen al nombre que lleva hasta nuestros días la calle situada entre la del San Felipe Neri y la de Jesús.

No satisfechos con el triunfo que habían alcanzado, los agustinos intentaron, en 1597, incorporar á su convento la calle del Arco, que, según el señor González Obregón, no sólo estaba formada por la que hoy se conoce con este nombre, sino también por todas las que corrían en la misma línea, tanto hacia el Oriente como hacia el Poniente; pero, como los vecinos acudieran al Cabildo en demanda de que se negara á los frailes lo que pretendían, éstos presentaron entonces un nuevo escrito sosteniéndose en la solicitud que habían elevado al Virrey y que estaba pendiente de resolución. De paso diremos que los quejosos recusaron á algunos regidores, oponiéndose á que conocieran del asunto, por tener entre los agustinos parientes y valedores, y que, en su empeño de no ceder á las exigencias de los peticionarios, llegaron á amenazar al Ayuntamiento con exigirle, si su resolución era favorable á la parte contraria, daños y perjuicios.

A pesar de tan fuerte amenaza, el Cabildo opinó que podía permitirse á los Agustinos cerrar la calle, y en 6 de mayo de 1597, el Virrey de Zúñiga y Acevedo ordenó que el Ayuntamiento resolviera por sí en el caso. Falló éste en sentido favorable para los religiosos; los vecinos apelaron ante la Real Audiencia, y el pleito que se siguió con este motivo, fué largo y muy reñido. Una y otra parte presentaron pruebas y testigos, y la Audiencia, por fin, vino á dar la razón á los quejosos; pero no pararon allí las cosas: los vencidos en la disputa suplicaron del fallo pronunciado, y corrida una multitud de trámites que sería largo enumerar y que dió origen á diversos incidentes, el Rey puso punto final en el litigio, confirmando lo hecho por la Audiencia.

Más audaces que los agustinos, fueron, sin duda, los mercedarios; pues el cronista Pareja, al hablar de una calle que incorporaron á su monasterio, escribe que, por consejo del Virrey, y ya que no les era posible arreglar nada en el terreno jurídico, se proveyeron una noche de materiales é instrumentos de albañilería, y sin que nadie los viese, cerraron la calle anexando el predio á su convento. Los vecinos, que no encontraban al siguiente día la salida, ocurrieron al Virrey quejándose de los frailes, y su Excelencia, continúa Pareja, respondió á sus instancias que «¿qué había de hacer á una Religión que para mayor conveniencia de su convento, había cerrado aquella callejuela?; que lo tuviesen á bien y se portasen bien con los religiosos, que no les estaría mal tenerlos por amigos»......... La respuesta del Virrey no podía envolver una injusticia más grande; y, sin embargo, los vecinos hubieron de conformarse con ella, consumándose así uno de los más escandalosos y manifiestos despojos.

IV

Volviendo á San Agustín, parece que los frailes no pretendieron en lo sucesivo ensanchar «su casa,» como ellos decían. Esta, como todos los edificios de su género que había en la capital de Nueva España, era espaciosa y muy rica; su puerta principal veía al Norte, por el lado Poniente tenía otra, y una por la parte posterior, que se llamaba "falsa." Dentro del monasterio existía una huerta poblada de numerosos árboles frutales, y en cuanto á las demás dependencias, el claustro bajo estaba decorado con una serie de cuadros de Cabrera que representaba la vida de San Agustín, y el superior, con otra que reproducía los pasajes más culminantes de la vida de Cristo. Había, además, algunas otras pinturas de mérito colocadas en la sacristía.

El templo, que ocupa actualmente la Biblioteca Nacional, era uno de los más suntuosos; el altar mayor veía al Norte, y á uno y á otro lado de lo que es ahora salón de lectores, se encontraban las capillas y los cubos de las puertas que comunicaban con el atrio y con el convento. Cerca de la entrada principal se encontraba el coro, y en éste, dice el Sr. González Obregón, "una preciosa sillería hecha de maderas finas y compuesta de dos series de sillas, unas bajas y otras altas. En ellas se hallaban tallados primorosamente 354 pasajes del Antiguo Testamento, desde el Génesis hasta el Apocalipsis de San Juan. Parte de esta sillería, valuada según se dice en 240,000 pesos, existe ahora en el salón de actos del Colegio de San Ildefonso."

Sillería de San Agustín

Réstanos sólo hablar de la capilla del Tercer Orden, cuya fachada, ennegrecida por el tiempo, comienza á desaparecer tras los sólidos muros que se están levantando junto á ella. La capilla fué dedicada el 12 de diciembre de 1714; tenía el altar mayor hacia el lado sur, y la puerta principal hacia el extremo opuesto. En la actualidad está convertida en sala de lectores de la Biblioteca nocturna.

Para concluir, sólo diremos que el convento sirvió de cuartel á los invasores norteamericanos, y que al ser exclaustrados los religiosos en virtud de las leyes de Reforma, se vendió gran parte de él á algunos particulares, que comenzaron á derribarlo desde luego y á levantar en su lugar algunas casas. Los hermanos Gil y Alonso González de Avila, degollados en la Plaza Mayor de México el 3 de agosto de 1566, por hallarse comprometidos en la célebre conjuración de los hijos de D. Hernán Cortés, fueron sepultados en el templo y allí permanecen hasta hoy sus cenizas.

J. G. U.

(2) No obstante carecer el anterior relato y los demás que hemos transcrito, de la ortografía usada por los cronistas é historiadores de la época á que se contraen, nos ha parecido conveniente reproducirlos tal como se encuentran en la única edición de los «Diarios de Sucesos Notables» que se conoce, y que fué hecha en México en 1853.

El Último Esclavo.

Recia espalda y anchurosa,
corta frente, cuerpo bajo,
y la pasa entrecanosa
como gris espumarajo.

Tez abrupta, sin perfil,
cual escamoso terrón,
donde blanquea el marfil
en la grieta del carbón.

Vino en un barco negrero,
del Africa occidental,
y le atezó más el fiero
toque del sol tropical.

Cual profundos harponazos,
de la esclavitud testigos,
muestra en tobillos y brazos
las huellas de sus castigos.

Sin encono y sin piedad,
cuando el cubano guerreaba,
peleó por la libertad,
sin saber por qué peleaba.

Y concluída la guerra,
premiado por el desvío,
y echado sobre la tierra
á la puerta del bohío,

Mientras tuerce á su manera
la vitola de un habano,
y del café, en la caldera,
tuesta el oloroso grano,

Desfilan ante sus ojos,
por la vejez azulados,
cual nostálgicos despojos
de tiempos nunca olvidados,

El verde cañaveral,
el trapiche y el batey,
su verdugo: el mayoral,
y su compañero: el buey;

Su tambor y sus verduras,
su conuco y su machete,
del cepo las cerraduras
y el herraje del grillete;

Sin que, en su antiguo gozar,
nuevamente su alma vibre,
y sin saberse explicar
la ventura de ser libre!.........

MANUEL S. PICHARDO.

Habana, 1903.



FUERA DE MÉXICO.

EL 5 DE MAYO.

En Laredo Texas, fué celebrado con verdadero entusiasmo por los mexicanos allí residentes, el aniversario de la batalla librada frente á Puebla contra las tropas intervencionistas francesas el 5 de Mayo de 1862.

Los americanos, en ésta, como en otras ocasiones, se unieron al regocijo de nuestros compatriotas, y las autoridades locales, por su parte, facilitaron á los organizadores de la fiesta cuantos elementos creyeron necesarios para que revistiera la mayor solemnidad. Entre otros actos igualmente lucidos, se efectuó por la mañana una procesión de carros alegóricos, y una ceremonia cívica, durante la cual se pronunciaron discursos patrióticos. Numerosas familias, tanto mexicanas como americanas, concurrieron á la referida ceremonia. En Ciudad Guerrero (Tamaulipas), se efectuó también con motivo del glorioso aniversario, una fiesta análoga á la de Laredo, y en Hidalgo del Parral, fué solemnemente inaugurado un monumento erigido con donativos particulares al Padre de la Independencia.



PROCESION CIVICA EN LAREDO TEXAS. —Un carro alegórico.



El acto oficial en C. Guerrero.

En este número verán nuestros lectores las fotografías relativas á los actos mencionados.

LA MARIPOSA

La linda niña había bajado al jardín aquella mañana, y después de coger un ramo de flores que prendió con infantil coquetería en su seno, tomó la redecilla y se puso á correr tras las mariposas que en rápidas curvas burlaban el afanoso empeño con que se veían perseguidas.

Después de mucho batallar logró la niña atrapar una de las más hermosas, y colocándola cuidadosamente junto á las flores, se dirigió jadeante á su madre para ostentar el triunfo conquistado. Pero cuál fué su decepción al ver que el animalito, en su afán por escapar de la prisión á que se le redujera, había sacudido las alas con tanta desesperación, que las flores del ramo habían perdido sus pétalos, y el lindo polvo que fué gala mejor del insecto y objeto único de la constante aspiración de la niña, había desaparecido manchándola el vestido; y que de las brillantes alas sólo quedaban dos hojas secas y descoloridas que se agitaban temblando en convulsiones de agonía.

La niña sintió entonces oprimírsele el corazón, y una lágrima corrió por sus mejillas; pero la madre trató de consolarla diciendo:

«Así, hija del alma, son las ilusiones todas de la vida. Corremos afanosos tras ellas para alcanzarlas, y una vez conseguido nuestro objeto, el placer del vencimiento dura apenas un breve instante antes de trocarse en desencanto; el palacio forjado en nuestra mente se derrumba sin estruendo, pero lastimando el corazón, y un viento de otoño cruel arranca los más bellos adornos del paisaje que forjó nuestra mente, para que los troncos, cubiertos de la nieve que trae el invierno, eleven sus ramas secas al cielo como si fueran brazos descarnados que piden les haga renacer á otra vida mejor, donde no haya dolo ni engaño; sino donde es eterna la primavera del alma.»

G. S. Lamar.

Mayo, 1903.





Monumento á Hidalgo en Parral

Todas las virtudes de la mujer son suyas propias, mientras que sus vicios son nuestros y se los enseñamos.

*

El talento es la riqueza, el tacto es la moneda corriente.



Una calle de Laredo durante la procesión.

*

Feliz quien escarmienta en los primeros peligros, pero es más feliz el que escarmienta en los peligros ajenos.

*

No hay oficio vil en las manos de un hombre de bien.



El Marqués de Montcerny.

Por Jean Poujoulat.

(Traducción de "El Mundo Ilustrado.")

No fué poco el asombro que causó en los corrillos filosóficos que Voltaire, Diderot y d'Alembert habían dejado tras ellos, cuando se supo que el Marqués de Montcerny había contraído matrimonio.

El crónico Grimm no perdió tan bella ocasión de consignar una notita burlona en su gaceta: «Muchas veces hemos oído á nuestro amigo Montcerny declamar contra el abuso bárbaro que autoriza á los padres para que dispongan de sus hijas antes de que hayan llegado á la edad de la razón, y pronunciarse contra esos matrimonios antinaturales en los que el marido se acerca á la decrepitud, mientras que la mujer juega al aro todavía. Pues bien, como es sabido, Montcerny pasa de los cincuenta años, y su joven esposa, á lo que parece, apenas llega á los catorce; por lo tanto, hay que admitir que los filósofos no siempre son consecuentes consigo mismos, sobre todo cuando el amor anda de por medio.»

Engañábase Grimm: Montcerny no estaba enamorado ni era inconsecuente, y su matrimonio no era más que una acción generosa. A aquel gran escéptico, á aquel intransigente demoledor de prejuicios, animábale un espíritu caballeresco que le impulsaba á convertirse dondequiera en el defensor del oprimido. Su generosidad y el horror que le causaban los injustos privilegios del nacimiento y de la fortuna y que, vagamente, le hacían considerarse como culpable, por haber nacido rico y noble, le habían conducido á menudo á ser la víctima de intrigantes con los cuales se consideraba obligado á reparar las iniquidades de la suerte.

Demasiado inteligente para no comprender que con frecuencia había sido engañado, y demasiado bueno para no dejarse engañar de nuevo, había tomado el filosófico partido de resignarse á esta incompatibilidad entre su corazón y su talento.

Su matrimonio habíase decidido en estas circunstancias: un pariente suyo, M. de Valseney, le había pedido hospitalidad en su palacio por breves días, mientras arreglaba la entrada de una de sus hijas á un convento. A Montcerny le sorprendió desde luego la extraordinaria tristeza que parecía abrumar á la niña. Habiéndose encontrado á solas con ella, la interrogó con benevolencia; y la jovencita, á quien sólo el temor que sentía por su padre le había dado hasta entonces ánimos para contenerse, estalló en sollozos:

—No quiero ser religiosa, dijo al fin llorando desolada; mejor quisiera morir que entrar al convento, pero en vano he suplicado á mi padre; no ha querido oírme.

—Trataré de hablarle en vuestro favor, dijo Montcerny muy conmovido.

Ella le cogió la mano y se la besó en un arrebato de agradecimiento, lo que les dejó tan confusos á uno y á otra, que se separaron sin saber qué decirse.

Ese mismo día Montcerny emprendió la tarea de convencer al inflexible padre de su joven protegida; pero todo fué inútil. Valseney, que no quería dotar á su hija, no veía para ella más perspectiva que el claustro; según él, la muchacha debería someterse á su voluntad, y de seguro que el cielo le otorgaría la gracia de concederle vocación, para recompensar su obediencia filial.

Montcerny, agotados sus argumentos, acabó por decir:

—Pues bien, yo la dotaré.

Pero entonces el otro se enfadó, considerándose insultado por esa oferta de una limosna, y poco faltó para que no abandonase la casa de su huésped en el mismo instante.

Montcerny, descorazonado, volvió á donde estaba la pequeña. Encontróla jugando en el jardín con un perrazo cuya amistad se había conquistado; la animación del juego había desordenado sus cabellos rubios, de un rubio ceniciento, y en su rostro, hinchado aún por el llanto reciente, una expresión alegre había reaparecido, porque la viveza de su imaginación le representaba ya como certidumbre lo que apenas acababa de entrever como esperanza.

Pero el aire de tristeza con que Montcerny se le acercaba, la desencantó de improviso; él, sin embargo, no se atrevía á hablar, turbado por la mirada de terror que fijaba en él la niña. Para acabar más pronto, adoptó un continente brusco: «Malas noticias,» exclamó.

No tuvo tiempo para decir más. La niña, sentándose en la escalinata y ocultando el rostro en su delantalillo de muselina, se entregó de nuevo á un desesperado llanto.

Montcerny alejóse suspirando, dominado por una piedad aún más profunda. Por la noche no pudo dormir, y durante sus largas horas de insomnio fué cuando le vino la idea de casarse con su amiguita, puesto que no disponía de otro recurso para salvarla.

Vacilaba aún, por temor al ridículo; pero al día señalado para la entrada al convento de la pequeña de Valseney, el apenado rostro acabó de enternecerle y, sin permitirse más reflexiones, pidió á M. de Valseney la mano de su hija.

El padre no se hizo de rogar; lo único que deseaba era desembarazarse de la niña, y Montcerny fué preferido al convento.

El matrimonio se efectuó en un plazo cortísimo. M. de Valseney regresó á su provincia, y el recién casado, cogiendo un respiro después de tan precipitado acontecimiento, experimentó la sensación del hombre que despierta de un sueño, sino que no le era posible creer que hubiera soñado, puesto que la realidad tangible, el «cuerpo del delito,» como decía él mismo, permanecía á su lado, en la persona de Sofía de Valseney, marquesa de Montcerny.

La niña se llamaba Sofía como Mme. d'Houdetot, la moda estaba entonces por los nom-

bres en «ia» y había tantas Julias, Sofías y Emilias como hubo, treinta años más tarde, Claras y Eloísas.

***

Era Montcerny un hombre demasiado honrado para considerar de otra manera que como una adopción su matrimonio con una niña de catorce años. Aun llegó á tomar su papel de padre tan en serio, que le propuso á Sofía proporcionarle maestros, si quería continuar su educación. La mueca con que la niña acogió tal proposición, le hizo sonreír y optar por dejarla en libertad para que jugara al volante ó saltara á la cuerda en su jardín.

Bien pronto, aparte de la vaga solicitud que por deber atestiguaba á la jovencita, dejó de ocuparse de ella, pues absorbían su espíritu elevados intereses: el rey acababa de decidirse á convocar los Estados Generales, para satisfacer el deseo de reformas manifestado por los partidos filosófico y económico, á los cuales se adhería casi toda la nobleza de Francia.

Montcerny estaba en el colmo del entusiasmo; temía que la vida no le alcanzara para presenciar la era de emancipación y de fraternidad en pro de cuyo advenimiento habían con tanto ardor trabajado él y otros pensadores de la época. Con la imaginación llena por el pensamiento de la edad de oro, que iba á florecer de nuevo, apenas si tuvo ocasión de notar el cambio, cada día más acentuado, que se efectuaba en la manera de ser de su joven esposa. Esta no reía ya, ni saltaba á la cuerda; pálida, melancólica, taciturna, erraba, desde el alba hasta la puesta del sol, á lo largo de los corredores, por los salones, por el jardín, como si buscara alguna cosa que ni ella misma sabía qué fuera, con la mirada vaga y los labios cerrados.

Dos ó tres veces que Montcerny, por casualidad, notara su extraña actitud, quiso interrogar á la doncellita, pero ésta, invariablemente respondía: «No tengo nada» y luego se echaba á llorar. Creyendo que se trataba de un capricho infantil y pasajero, no volvió él á ocuparse más del caso.

La víspera del día fijado para la apertura de los Estados generales, celebróse un gran banquete en el palacio Montcerny, en honor de la gran revolución pacífica. Habíanse ya reunido todos los invitados, cuando Montcerny notó que su mujer, á la que había olvidado por completo en medio de sus ensueños políticos, no estaba en el salón.

Suponiendo que se retardaba en el tocador, envió un lacayo á la marquesa á suplicarle que viniese á recibir á sus huéspedes.

Mucho tardó la respuesta, hubo idas y venidas por el palacio, balbuceos, exclamaciones ahogadas y, por fin, el mayordomo, con aspecto conmovido, vino á pedir permiso á su amo para hablar con él á solas, y de sus labios, en la puerta del gran salón de honor lleno de invitados, supo Montcerny que su mujer había huído dos horas antes, en un fiacre, en el que llevaba, por todo equipaje, una caja de sombreros con el más bonito de sus gorros de encaje, y dos canarios de Holanda domesticados, por los que sentía un singular cariño.

La catástrofe dejó á Montcerny impasible en apariencia; volvió á donde estaban sus invitados y les previno sencillamente que la marquesa, atacada por súbita indisposición, no podría presentarse en la comida.

Desgraciadamente algunos lacayos, instruídos por la servidumbre del marqués, habían deslizado ya á hurtadillas la noticia á sus amos, de manera que la reunión destinada á celebrar el advenimiento de la libertad y la justicia, pasó toda ella entre miradas de reojo y secreteos disimulados.

***

Ningún esfuerzo hizo Montcerny por encontrar á la pequeña fugitiva, aunque estaba persuadido de que el motivo de la fuga debía ser alguna intriga de amor. Pero desdeñó vengarse.

Sin embargo, el golpe fué para él muy duro. Aunque Sofía jamás ocupó un gran lugar en su afecto, encontrar tan grande ingratitud en el corazón de una criatura tan joven, le conmovió dolorosamente: era éste el más amargo de todos los desengaños á los que su generosidad le había expuesto con frecuencia.

«Si este suceso no me cura para siempre de mis sentimientos caballerescos, me convenceré de que soy incorregible,» se decía á sí mismo cuando el recuerdo de su mujercita atravesaba por su espíritu.

Pasaron cuatro años. Montcerny, después de haber seguido con profunda angustia las peripecias de la revolución tan deseada por él, se había disgustado de ella y vivía solo, en su palacio, rodeado de sus libros. Su creencia en la felicidad humana, la creencia que le apasionara desde su juventud, había caído en tierra convertida en ruinas, pues ahora consideraba á los hombres demasiado perversos para que pudieran jamás ser felices.

Durante largo tiempo, á pesar de los peligros de la época, su tranquilo y desdeñoso valor le conquistó una especie de seguridad, pues el peligro se aparta de los que no intentan huír de él. Para que le arrestaran fué preciso que Montcerny se acercara de propia voluntad á la guillotina.

Un día encontró á su paso el convoy en el que Isabel de Francia y otros veintitrés condenados, de los que doce eran mujeres, eran conducidos al patíbulo; Montcerny saludó y permaneció inmóvil, con la cabeza descubierta, hasta que acabaron de pasar todas las carretas. Un agente del comité de su demarcación encontrábase allí casualmente y le denunció como culpable de haber demostrado simpatía por los enemigos del pueblo.

Esa misma noche fué aprehendido el marqués y encarcelado en la prisión de Luxemburgo.

Como verdadero filósofo que era, no se sintió muy conmovido por la aventura, pero al día siguiente, al bajar al patio, quedó muy sorprendido al ver hasta qué grado participaban de su estoicismo sus compañeros de infortunio.

Hombres y mujeres conversaban con animación; se formaban grupos en el vasto patio; se reía; se contaban cuentos y se trababan empeñados partidos de diversos juegos. Por algunos lugares vagaban parejas de enamorados, tan absortos en sus pláticas, que no prestaban atención á las ruidosas distracciones de los demás detenidos.

«¿Qué, caballero, podréis dudar aún de los sentimientos que abriga mi corazón?» dijo de improviso junto á Montcerny una voz que le hizo estremecer. Volvióse y pudo ver á la joven que acababa de rozarle al pasar; iba de bracero con un joven y al hablarle volvió hacia él la cara, de manera que el marqués, de pronto, sólo pudo ver su talle gracioso y los bucles rubios de su cabellera, esparcidos sobre su espalda; pero un instante después, la joven, atraída por la influencia de su mirada, volvió la cabeza, y Montcerny reconoció á Sofía de Valseney, crecida, embellecida, radiante de juventud y de hermosura.

También ella le había reconocido y su turbación fué tal, que soltó súbitamente el brazo de su amigo y se refugió en la prisión.

Entretanto, Montcerny se había informado con los guardias y por ellos había sabido que su mujer había sido arrestada en compañía del caballero de Raynold [el mismo joven de quien la había visto acompañada], y que ambos estaban acusados de haber mantenido sospechosas inteligencias con el extranjero, es decir, de haber intentado procurarse pasaportes para atravesar la frontera.

(CONCLUIRÁ.)



TEATROS.—Soledad Alvarez en "La Sargenta."



El "Prinz Adalbert" en el muelle.

La Línea Hamburguesa Americana.

EL "PRINZ ADALBERT"

Los principales diarios de la capital dieron noticia á sus lectores de la simpática fiesta con que se celebró hace poco en Veracruz el arribo del "Prinz Adalbert", primer barco de la "Hamburg Amerika Linie" que toca las costas mexicanas.

La llegada del hermoso trasatlántico, que, á primera vista, parece una nota común y corriente en el movimiento diario del puerto, reviste, sin duda, capital importancia; pues con ella ha quedado establecida la comunicación directa de nuestros mercados con los mercados alemanes, realizándose de esta manera uno de los proyectos más fecundos en beneficios para el comercio y para la industria del país.

Bajo este concepto, el servicio de la nueva línea de vapores está llamada á influir poderosamente en el desarrollo de la riqueza nacional, y es de aplaudirse el empeño con que la Compañía ha llevado á cabo su establecimiento.

Los Sres. Chrístlieb y Rubke, representantes, en esta capital, de la Línea Hamburguesa, hicieron cuanto estuvo de su parte para que la inauguración del servicio revistiera el mayor lucimiento, y sin temor de equivocarnos, podemos decir que pocas veces habíamos asistido á una fiesta tan bien organizada como la que se efectuó á bordo del "Prinz Adalbert" el 10 del corriente.

En un tren especial del Ferrocarril Mexicano, compuesto de tres lujosos "Pullman", salieron los invitados rumbo á Veracruz, el 9 del presente por la noche. Entre las personas que ocupaban los "Pullman", vimos á los señores Ministros Plenipotenciarios del Japón y de Guatemala, á la familia Chrístlieb, al señor Rubke y esposa, al señor Diputado Daniel García y señora, al señor Mateos Cardeña, Secretario particular del Sr. Ministro de Gobernación, y á otros distinguidos caballeros pertenecientes en su mayoría á la Colonia Alemana.

El 10, á medio día, llegó el tren especial á Veracruz, siendo saludado, al detenerse en el muelle con los marciales acordes de los Himnos Nacional Mexicano y de Alemania, ejecutados por la banda del "Prinz Adalbert." La oficialidad del barco recibió á los invitados en la escalera, conduciéndolos á los camarotes previamente arreglados para sus "toilettes." El adorno que lucía el trasatlántico era hermoso: multitud de flores y plantas tropicales festoneaban sus bordes, apareciendo á la vista del público vistosamente empavesado con las banderas de todas las naciones. En el puente de popa había dos fuentes artificiales que realzaban notablemente la belleza del adorno.

En cuanto á las magníficas condiciones del buque para el servicio, quedamos gratamente impresionados de nuestra visita á sus principales departamentos. Sus camarotes, amplios y elegantes, son para dejar satisfecho al más exigente en materia de "confort;" el salón de señoras y el corredor, están decorados con



Un camarote del "Prinz Adalbert".



Invitados y oficialidad á bordo del "Prinz Adalbert."

verdadero lujo, y tanto en los pasillos como en las escaleras, se echa de ver desde luego la magnífica distribución que supieron dar al barco los constructores. Durante nuestra visita pudimos ver los camarotes especiales para familias con que cuenta el "Prinz Adalbert": son notables por las ventajas que ofrecen desde el punto de vista de la comodidad, y están amueblados con mucha elegancia. En fin, el trasatlántico está dotado de todo lo necesario para el buen servicio, y es indudable que será, en lo de adelante, el preferido de los viajeros.

Acerca de su construcción, capacidad, etc., sabemos que fué construído en los astilleros de Bremenhaven el año pasado.

Desplaza 6,530 toneladas, tiene de eslora 413 pies, de manga 42 y de puntal 105, y el número de sus tripulantes es de 112. El total de camarotes de primera clase puede contener 135 pasajeros, y en tercera clase pueden viajar cómodamente hasta 1,200 personas. Hay en el buque fábrica de pan y de hielo, biblioteca, refrigerador, sala de fumar, peluquería, y un departamento muy amplio para ganado y aves de corral. El alumbrado es eléctrico.

***

A las dos de tarde, los convidados pasaron al comedor y al salón de navío, donde debía efectuarse el banquete dispuesto en su obsequio. El aspecto que ofrecían estos departamentos llamó justamente la atención. Guías de flores enredadas en las columnas y prendidas á los muros y al techo, constituían el primoroso adorno que ostentaban los salones.

Durante la comida, tanto el Capitán del barco como los oficiales principales, pronunciaron entusiastas brindis, que fueron muy aplaudidos.

Por la tarde, después del banquete, se organizó una excursión en botes por la bahía, con el objeto de que los invitados pudieran conocer de cerca las grandiosas obras del puerto. La tertulia que se efectuó por la noche á bordo del buque y á la que concurrieron numerosas damas de la mejor sociedad de Veracruz, fué el broche de oro de la agradable fiesta inaugural. En medio de la mayor animación se bailó hasta las doce, hora en que las familias abandonaron el buque, y los concurrentes que debían regresar á México tomaron asiento en los "Pullman." Al regreso se sirvió un almuerzo en Esperanza.

Es de consignarse, con encomio, la cariñosa acogida de que fueron objeto tanto de parte, del Capitán del buque, Sr. Wett, como de los oficiales, las personas que asistieron al banquete y á la tertulia; pues en su afán de cumplimentar á los concurrentes, los colmaron de atenciones, haciendo, así, que la visita al "Prinz Adalbert" fuera, para todos, verdaderamente agradable.



"PRINZ ADALBERT."—El comedor.

*

En estas páginas damos á conocer algunas fotografías del buque, á fin de que nuestros lectores puedan formarse una idea de lo bien acondicionado de sus departamentos. Por lo demás, son dignos de elogio, tanto la Compañía "Hamburg Amerika Linie" que ha llevado á la práctica el pensamiento, largo tiempo acariciado, de establecer una vía de comunicación rápida y segura entre Alemania y México, como los Sres. Christlieb y Rubke, sus representantes, que supieron, de manera tan espléndida, celebrar la inauguración de un servicio de tanta importancia para los dos países, y á quienes los invitados les quedan altamente agradecidos por las numerosas atenciones que les dispensaron desde su salida de México hasta su regreso.



"PRINZ ADALBERT."—La cubierta de paseo.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO X—TOMO I—NUM. 23 | MEXICO, JUNIO 7 DE 1903. | Subscripción mensual foránea $1.50 Idem, Idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. | Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Palacio del Poder Legislativo.

PROYECTO DE BENARD.

PERSPECTIVA GENERAL. DETALLE DEL FRONTISPICIO



DÍAS DE ROMA.

S. P. Q. R.

EL FORO.

Bien ornado el espíritu con efigies de emperadores, imágenes de la loba cívica, y lineamientos fisonómicos de personajes romanos duros, fieros, resueltos, materia amasada con voluntad y acción, hay que empujarlo en su carro de sangre y nervios por una de las rampas que costean el Capitolio rumbo á la amplia hondonada del Foro. Ya cuando se le ve desde lo alto del campanile capitolino, la evocación es poderosísima. El alma, el genio, «el daimone,» el demonio de Roma surge de entre aquellas ruinas de todos los siglos; se siente el calofrío del contacto con la eternidad en la forma de la muerte de las cosas, pero de una muerte que no muere, que ya no morirá, que acompañará al hombre hasta los días en que venga á agonizar aquí en un grupo flébil y sin voz, aquí donde otro grupo se levantó de su pantano, domó y saqueó al mundo antiguo y durante seis siglos paseó por esta estrecha «vía sacra» de los triunfos su botín de guerra compuesto de las maravillas del arte de todas las civilizaciones, de los exotismos peregrinos de todas las barbaries, de los tipos de todas las bellezas, de todas las virtudes, de todas las bajezas, de todas las deformidades, de todos los miedos, de todos los dolores y las muestras de todas las costumbres, de todas las industrias, y los productos encantadores ó extraños de todos los climas. Y nos parece oír los ecos del trompeteo de los buccinadores, del ruido de las ruedas de bronce de los carros contra las baldosas, de los galopes árabes ó africanos en tropeles de colores, de los himnos de los sacerdocios y los pasos lentos y formidables de los elefantes y los camellos, y las canciones obscenas de los soldados en torno de sus enseñas altas y el infinito clamoreo del pueblo incrustado en los monumentos, en los atrios de las basílicas, en las escalinatas de los templos.. Y la audición se complica con la visión y se mira desembocar del arco de Tito en lo más alto de la vía sacra, un triunfador sobre un carro de marfil y oro, un Scipión, un Pompeyo, un César, un Germánico, un Trajano.. Y se adquiere conciencia de que la onda de luz y de armonía que parece hacer flotar la clámide de los imperatores, todavía mezcla sus vibraciones á nuestra vida, á nuestra historia, á nuestra pasión, á nuestras almas.

***

Por ahí, por donde veo, desde la rampa del Capitolio los gigantescos y quebrados contornas del Coliseo, en el llano que existía entre el Esquilino, el Celio y el Palatino, en donde Nerón erigió su «domus aurea», frente á la que se levantaba su estatua colosal (un coloso que dió al circo de los Flavios el nombre popular de «Coloseo,» de donde hemos hecho «Coliseo), allí se organizaron alguna vez sin duda, las interminables panegirias de los últimos triunfos imperiales, que en los grandes tiempos de la República y el alto imperio partían del campo de Marte. Ahí precisamente está el arco de Constantino pesado, grandioso, melancólico, fabricado con despojos de otros monumentos; ahí para penetrar en la vía sacra debieron haberse formado en orden de marcha sus legiones semibárbaras que en lugar de enseñas llevaban el lábaro, en que se expresaba que el emperador había vencido á Maxencio, no guiado por la cruz, como diríamos ahora, sino por un impulso divino, «instinctu divinitatis» y ésta fué la primera fórmula de transición del paganismo á la religión de Cristo. De ahí los triunfadores (primer cuarto del siglo IV) entre las multitudes abigarradas que se apiñaban y desgajaban desde las pendientes del Palatino hacia la vía sacra, subieron hasta el Arco de Tito, situado en lo más alto de la Velia y todavía hoy en pie; pequeño en comparación del Arco de Constantino, ornamentado con relieves que recuerdan las victorias sobre el pueblo judío, del hijo de Vespasiano, del capturador de Jerusalem, del destructor del Templo. Y viniendo del Coliseo y del Arco de Constantino por la pendiente aún embaldosada con las mismas piedras que pisaron los caballos de los Césares triunfales, quedan, cuantos pasan á la sombra del Arco de Tito mucho tiempo parados, clavada la vista en los relieves negruzcos que representan los despojos del Templo, entre los que descuella el candelabro de los siete brazos, y una indecible angustia se apodera del espíritu: sobre vencedores y vencidos el tiempo ha pasado su segur niveladora: ni patria judía, ni imperio romano; sólo quedan, sobreviviendo á las ruinas, dos almas: el alma de la Biblia y la del «Corpus Juris», siempre en contacto, siempre en lucha, incompenetrables y encadenadas la una á la otra; el Evangelio que fué el puente no las unimismó, las ligó....

Dejémonos de psicologías históricas, ya que todos los puntos de vista parecen dar momentáneamente la impresión clara de la verdad, que se desvanece pronto ante la verdad de la impresión contraria, y sigamos tres minutos á los soldados de Constantino que al ver los relieves del arco de Tito, deben de haber lanzado larguísimas exclamaciones antisemitas. [Sé que no era éste el camino habitual de los triunfadores, pero supongo que Constantino quiso recorrer toda la Vía sacra]. Cuando de lo alto de su carro, esculpido arrastrado al paso por cuádriga jadeante y espumeante, el Augusto que una década después iba á ser señor del orbe romano para despojar á Roma de su preeminencia imperial, lanzó una larga mirada investigadora hasta el Capitolio que cortaba el breve horizonte con su doble frente coronada, y todo el «Forum» surgió ante él como un tumulto de palacios, de templos y columnas. A su izquierda la casa espléndida de las Vestales en cuyos pórticos altos se agrupaban las vírgenes sagradas que pronto iban á ver apagado el antiguo hogar de la ciudad, el fuego de Vesta, que sería reemplazado por la lámpara de arcilla encendida en las catacumbas, cuyo resplandor iluminaría al mundo. Por encima de los pisos superiores de la casa de las Vestales aparecían las exuberantes verduras del Palatino coronado por los palacios imperiales que se escalonaban en las pendientes del cerro y se acercaban al Foro, al que se descendía por amplia escalinata ó por estrechos pasadizos. Allí abajo estaba, en el templo de Vesta, redondo como las primitivas chozas latinas, en la «Regia,» la casa del pontífice rey, el nido religioso de la Roma primitiva, trasladado al

fin de la monarquía primera al Capitolio, por los Tarquinos; más allá en desorden, unos delante de otros, todos semiocultos, escalonando sus pórticos, sus frontones, sus columnatas, las basílicas, los templos, los arcos triunfales, y más bajos los monumentos honorarios, las exhedras......

El crestón de roca que uniera durante toda la época republicana el Quirinal y el Capitolio y que hacía parangón al Palatino bordando y encerrando el Foro, había desaparecido y los Antoninos habían colmado la inmensa brecha con nuevas plazas, nuevos Foros, nuevas basílicas suntuosísimas, nuevos templos, cuyas reliquias constituyen hoy algunos de los más selectos ejemplares del arte greco-romano y por encima de cuyos tejados de bronce dorado se percibía en el remate de altísima columna rodeada por la espiral esculpida que conmemoraba y conmemora aún los triunfos de la guerra dácica, la estatua de Trajano el gran emperador español; hoy existe la marmórea columna regiamente patinada por el tiempo, pero S. Pedro remata sin gracia el soberbio monumento militar.

Constantino, siguiendo los zigzags de la vía sacra, avanzaba por la hondonada del Foro, rodeado por los senadores que cantaban himnos lentos en los ritmos tradicionales y ofrecían guirnaldas y coronas, ceñidos y vigilados por los pretorianos galos á cuyas espaldas se arremolinaba y aullaba en las escalinatas, en los pedestales, en los terrados y en las balaustradas la plebe ansiosa como siempre de ser la protagonista de las fiestas triunfales («senatus populusque romanus S. P. Q. R.)» A medida que avanzab a surgían á su paso, casi apiñados, casi formando también una multitud inmóvil de mármol y bronce, las columnatas de las basílicas en que se reunía á la sombra la perenne asamblea de los desocupados romanos, del innúmero pueblo ávido de diversiones y regalos, de pan y vino, de sangre y combate y lujuria, aquel a quien se apellidaba «panem et circenses» y con él confundido el grupo inquieto é inso ente de los negociantes que trataban y discutían sus asuntos en que estaban complicados los intereses económicos del mundo. A la derecha del Arco de Tito, el emperador pudo contemplar el coloso neroniano trasladado á las graderías del templo levantado por Hadriano á Venus y á Roma (madre é hija) de él nada queda; luego, ya en otra dirección, los templos que ayer había erigido Maxencio, su hermano político y su vencido y su víctima, cuya lívida cabeza enarbolaba un hastiario en el séquito del triunfador: allí escogió su basílica Constantino, aún perduran sus tres arcos y sus muros; nada hay más imponente en las ruinas del Foro. Desde allí pudo ver algunos fragmentos de las multiplicadas columnatas de los foros de Vespasiano y Nerva, detrás del templo de Antonino y Faustina [hoy iglesia de S.Lorenzo in miranda] y de la espléndida basílica Emilia (quedan algunos zócalos, algunas columnas restauradas; allí acaba ó comienza la calle Cavour). Siguió su ruta asediada por las estatuas y los monumentos votivos rodeados de balcones en donde se hacinaban hasta ahogarse las familias de los descendientes de varones más ó menos ilustres que habían logrado el honor de una columna ó una efigie en el Foro y esta plaza, nunca grande, se tornaba un laberinto de vericuetos gracias á aquel enjambre sin orden ni alineamiento de construcciones entre las que se desarrollaba como podía la Vía triunfal. El imperator, con el rostro varonil sombreado no sólo, afortunadamente para él, por la corona de laurel, sino por los velarios de seda, aquí y allá tendidos, se deslizó entre la Regia y el templo de Julio César, erigido allí donde el cadáver del padre del imperio había sido incinerado; saliendo al templo redondo de Vesta y al atrio de las Vestales, pudo ver de arriba abajo, la gigante y terrífica estatua de Domiciano; debe de haber gustado más del aspecto del esbeltísimo templo de Castor y Pollux. Al pie del Palatino franqueó el arco triunfal de Augusto, dejó á un lado la recién incendiada basílica Julia y se detuvo antes de pasar bajo el arco de Tiberio. Descendió de su carro; entre este arco y el de Septimio Severo (hoy en pie todavía) se extendía el muro rostral, la tribuna de las arengas en cuyas extremidades se hallaban la oquedad que se denominaba «el onbligo» (el centro) de Roma y la «columna» miliaria de oro de donde partían todas las rutas del imperio; no en ese muro, sino en el de la tribuna Julia estaban incrustadas las rostras (proras) de los navíos capturados por Augusto y Agrippa en la batalla de Actium en que el primero ganó el imperio del mundo; en éste, aunque no era el de la tribuna primitiva que estaba en la antigua curia, se veían, sin embargo, las rostras de una modestísima hazaña naval: ésta era la tribuna del imperio, aquí hablaban al pueblo en aprendidos discursos de aparato los emperadores; allí antaño habló Cicerón una sola vez, al menos: ahí estuvo clavada su cabeza; la boca entreabierta y seca de donde brotara la maravillosa elocuencia de los apóstrofes clásicos, mostraba la lengua negra desgarrada por el implacable alfiler de oro de la odiosa mujer de Antonio. ¡Pero qué honor supremo y cuán merecido en suma! ¡Servir de epitafio á la libertad de Roma! Constantino, según nos cuentan los bajorrelieves pobrísimos de arte de su arco triunfal, habló allí. ¿Qué dijo? No sé, mas fué furiosamente aplaudido, aclamado, cantado, incensado y siguió su camino por la dura pendiente del Capitolio, por la rampa de la victoria «clivus victoriae»; dejó á un lado el templo—tesoro de Saturno (de él queda un gran fragmento) que forzó César para pillarlo en sus días de lucha; el de Vespasiano, un poco más lejos; el famosísimo templo de la Concordia, que se había convertido en museo en que los triunfadores depositaban lo más selecto y curioso de su botín de guerra, en aras de una diosa que fué la de los grandes días imperiales en que la cultura heleno latina saturó al mundo de entonces y preparó el nuestro, y por fin llegó al templo de Júpiter capitolino todo chispeante de oro: techumbres, chapiteles, bases, relieves, puertas. Allí aquel cristiano ya bautizado, según cuenta una piadosa tradición (falsa, lo digo con escándalo de nuestro cicerone) que nos ha valido el admirable bautisterio de San Juan de Letrán, aquel cristiano que jamás lo fué de corazón, cumplió con los ritos tradicionales, consagró sus triunfos al Dios de la potencia romana y supongo que después se iría á comer á cualquier parte, porque debió llevar una hambre atroz......

***

Mil doscientos veinticuatro años después, al principiar el segundo tercio del siglo XVI, otro César, otro Augusto, el emperador Carlos V entraba en triunfo en Roma, exactamente por la misma ruta que el fundador del cristianismo político ú oficial: la trazada por los arcos de Constantino, de Tito y, desviándose un poco, de Septimio Severo. Los romanos habrían dicho que aquél no era un triunfo, sino una «ovación,» pues que el emperador, armado de punta en blanco, cabalgaba sobre un corcel de Andalucía, vestido como él de acero, bajo las flotantes gualdrapas de púrpura y oro. ¿De quién triunfaba el señor de España y las Indias, de Alemania y los Países Bajos? De los infieles africanos que sólo á medias había vencido; de Francisco I, vencido antaño, pero á quien ahora se disponía á vencer de nuevo (lo que no logró, por supuesto) dentro de Francia misma, por traidor á la cristiandad y aliado de los musulmanes; en realidad de quien triunfaba el hijo de Juana la Loca era de Roma misma, que á pesar de los años transcurridos, no podía reponerse, ni se repondría jamás, de la invasión de las hordas de Carlos, mandadas por Borbón y que dejaron muy atrás las de los godos y los vándalos, los sarracenos y los normandos.... Aquello había sido odioso, horrendo; la ciudad eterna, era una eterna ruina, aquella rui-



EL Foro, desde el Capitolio

na fué estropeada y pillada con una rabia sin nombre.... Es la más espantosa profanación de cadáver de que hace mención la historia.

Dice Rabelais que para planificar el camino del emperador austriaco, el Papa había hecho arrasar más de trescientas casas é iglesias; ¿qué era, pues, aquella plaza que recorría Carlos, bajo el palio, seguido de sus españoles y alemanes y rodeado de los cardenales rojos, los senadores de ogaño? Era «il campo vaccino;» fué el Foro. Era el sepulcro del Foro. Casi estaban ya al mismo nivel el pie del arco de Tito y el trozo del arco de Septimio Severo que aparecía á medias entre los escombros; éstos, como un lago de mármol martajado y de polvo fijado por las malezas y los abrojos, venía desde la Velia y cubría toda la base de la colina del Capitolio, y ahogaba los plintos de las columnas de los templos de Saturno y Vespasiano y ocultaba otros templos y basílicas bajo su masa formidable de fragmentos. En lo alto del Capitolio (existe un grabado de la época reproducido en la edición italiana del Gregorovius) no había más que una especie de convento fortaleza en el centro, con su torre (fué la torre de la comuna romana que repicó tantas veces la libertad y el tumulto trágico), algunas casucas en donde estuvo el templo de las puertas y los relieves de oro, y en la cima en que se alzaban la ciudadela y el templo de Juno, la iglesia de Santa María de Aracœli. Aquí en donde recuerdo estas cosas, sentado en una base de columna de la basílica Julia, estoy á siete ú ocho metros del nivel del piso recorrido por el caballo de Carlos V.

Todo había sido sistemáticamente demolido siglo á siglo, los edificios habíanse tornado canteras para las iglesias circunstantes ó habían sido transformados en ellas; el Coliseo, los arcos triunfales, los sepulcros imperiales habían sido convertidos en fortalezas y ceñidos de torres y coronados de almenas por los gerifaltes de la nobleza romana medioeval en perenne reyerta, los Frangipani y los Ambaldi y los Orsini y los Colonna.... La gran figura infortunada de Cola de Rienzo, se yergue y domina casi pura, casi romana como la de uno de los Graccos, esta tempestad de diez siglos de pillaje, de destrucción, de crimen, de horror y poesía. (Estoy quizás impresionado por Emmanuel, á quien vi anoche representar un Rienzo grandílocuo, soberbio y teatral....)

***

Discurrían por entre aquellas reliquias los grupos de colegiales vestidos de sotanillas, negras éstos, rojas aquéllos, azules ó verdes esotros, dirigidos por sus profesores, que les explicaban aquel museo único.... Yo seguí á los que pude entender: visitamos juntos el atrio del templo de Vesta, vimos la fuente, descubierta en esos días, en que habían abrevado sus caballos los dióscuros después de la batalla del lago Regilum, admiramos por la décima vez el fragmento del templo á ellos alzado con sus tres deliciosas columnas corintias, estudiamos las ruinas de la casa de los pontífices, «la Regia,» las del templo de César, y de las rostras allí levantadas por Augusto; fuímos á ver los restos de las otras rostras, es decir, de la otra tribuna de las arengas, junto al arco de Septimio Severo, descendimos ahí cerca por una rampa al fondo de una oquedad en donde hay una piedra que el tiempo ha gastado cónicamente y en donde hay letras arcaicas que parecen griegas; subimos para oír al profesor hablar del lugar en que había estado el primitivo Foro, poblado de tiendas («tabernas» decían los romanos) y sobre él, en un vasto terrado, el Comicio, el lugar de las reuniones públicas de aquella ciudad de patricios de cuyos derechos estaba la plebe excluída, y dominando al Comicio, la Curia, en donde el Senado, que luego se reunió en diversos lugares, celebraba sus sesiones. Todo esto lo cambiaron ó destruyeron los primeros césares. Luego nos paramos frente á las ruinas del templo de la Concordia, de Vespasiano; al pie del que es hoy palacio del Senador, en donde reina el síndico de Roma, don Próspero, vimos las ruinas del Tabulario (archivos), las del pórtico de los doce dioses (deorum consentium), y á nuestra izquierda las columnas altísimas de Saturno y en el centro de esta región la última obra de la adulación y de la abyección de la historia de Roma expirante bajo la tiara: la columna levantada, siendo papa San Gregorio Magno, al abominable tirano bizantino Focas.

***

Id á ver el Foro y, si tenéis unos trozos de columnas y templos en la memoria, es decir, unos fragmentos de historia romana (es mi caso), decidme á quién veis, á quien sentís discurrir incesantemente por el Foro, quién es el protagonista invisible y presente en aquel prodigioso «foro escénico.» Él, el gran seductor de la historia, el que surge más vivo, más viril (el terrible afeminado de que habló Cicerón) del libro clásico de Mommsen y de las teorías aristocráticas de los nietzcheanos y de los ensueños de transformación revolucionaria de los demócratas, el que hizo posible la transformación romano-helénica del mundo y nos hizo posibles á los latinos de hoy, el calvo de la corona de laurel.... Julio César.

Aquí vivió (en la Regia), de aquí salió atropellando los presagios y las súplicas de su mujer; por aquí fué al pórtico de Pompeyo (un poco lejos del Foro, cerca de donde nosotros, á pesar de las heladas lluvias nocturnas del enero romano, vamos á ver al gran actor Novelli en el Teatro Valle), aquí en la tribuna de las arengas fué expuesto su cuerpo esmaltado de heridas que parecían labios clamadores de venganzas, allá fué incinerado en medio de los alaridos del pueblo cosmopolita.... de esa pira partió la transformación imperial de Roma y del mundo.. .

Cierta ocasión en que después de visitar Versalles y sus galerías de pinturas militares, mi infortunado Jesús Contreras y yo hablábamos de Napoleón, insensiblemente pasamos á César, su abuelo, y el joven escultor me decía: ¡qué escultórico fué ese hombre, qué conjunto de ademanes estéticos su historia, qué actitudes, se podía seguir su vida con una serie de estatuas, mármol unas, otras bronce....! Y repasábamos: pagando su rescate á los piratas y prometiéndoles ahorcarles, llorando al pie de la estatua de Alejandro en España, pasando el Rubicón, forzando el templo de Saturno, diciendo en el Adriático al barquero: «¿qué temes? vas con César,» apartando de sí la cabeza de Pompeyo, atrayendo á sí la cabeza morena de Cleopatra, escribiendo al Senado la famosa misiva «vine-vi-vencí,» domando á su ejército amotinado con la sola frase despectiva «quirites» (paisanos, dirían nuestros soldados), rechazando la corona regia (él, que por su cargo de pontífice era el rey de los sacrificios) que le ofrecía Antonio; luego envolviéndose en la toga al ver el puñal de Bruto, y después, ya muerto, recolocado el laurel sobre la frente lívida, su lenta aparición casi de pie en el féretro (gracias á un artificio de Antonio) ante el pueblo de donde sacaba fuerzas para aplastar á la aristocracia que impedía á Roma gobernar en paz al mundo... «Cuánta estatua, cuánto bajo relieve hay en esa historia...» me decía mi amigo... «En mi corazón está César, dijo el poeta latino, allí tiene un templo.» Así en el Foro .....

JUSTO SIERRA.

APLICACIÓN.

Sentada en la Explanada, bordaba una labor amarilla de belludo estambre persa.

El cielo estaba azul, y el monte como una transparencia luminosa.

Bordaba.

Redondas nubecitas blancas flotaron, y el monte se puso como blanca tiza.

Bordaba.

Un joven poeta pasó: saludó......

Todo era gris como plomo; el monte había desaparecido.

Ella recogió su bordado amarillo y se fué.

De nuevo el cielo estaba azul, y el monte como una transparencia luminosa.

Sentada en la Explanada, bordaba una labor amarilla de velludo estambre persa.

Un joven poeta pasó, y saludó......

El cielo estaba negro, con un millón de estrellas blancas.

Ella estaba sentada en su cuarto y bordaba su labor amarilla de velludo estambre persa.

El joven poeta miraba el cielo negro y el millón de estrellas blancas.

PETER ALTENBERG.

Las mujeres tienen siempre la mirada más penetrante que los hombres; y siempre que se cruzan nuestras miradas con las de ellas, recibimos nosotros la primera herida.—E. ABOUT.

La opinión pública: he ahí una potencia que se forma de la audacia de unos pocos y de la cobardía de los demás.

COSTA DE BEAUREGAD.

¿Qué podemos desear mejor si no un bello sueño seguido de una bella muerte?

V. CHERBULIEZ.

Lo que entendemos por justicia es á menudo una injusticia en nuestro favor.

BARBEY D'AUREVILLY.

Si un pensamiento de tres líneas no merece que se le dedique un capítulo, no vale nada.

REVEILLERE.

SAN FERNANDO.

Monumentos que Desaparecerán.

El proyecto de erección de la rotonda y del cenotafio que formarán el Panteón Nacional, en terrenos del Hospital de Dementes, comprende la apertura de una calle, á través del cementerio de San Fernando, que corresponda á uno de los cuatro pórticos que deben dar acceso al edificio.

Con este motivo, el cementerio que hace largos años existe, por decirlo así, en el corazón de la ciudad, y en el que se hallan sepultados algunos de nuestros héroes, desaparecerá totalmente en plazo más ó menos corto, transladándose los restos mortales que en él se encuentran, ya sea á los demás panteones, ó bien á la cripta del Panteón Nacional, según que pertenezcan á simples particulares ó á alguno de los hombres ilustres mexicanos.

Los monumentos de Juárez, Zaragoza, D. Vicente Guerrero, y algunos otros, serán reconstruídos en la cripta, según el proyecto respectivo, á fin de que se conserven allí, juntamente con las urnas que guarden las cenizas de los caudillos de la Independencia.



El mejor amigo. (Fot. Arriaga.)



1. Monumento del Gral. D. Ignacio Comonfort.—2. Capilla del Gral. D. Martín Carrera.—3. Capilla de D. Vicente Guerrero.—4. Monumento de Juárez.—5. Monumento de Zaragoza.—6. Monumento de D. José María Lafragua.



PSICOLOGÍA CALLEJERA.

RÓTULOS Y MUESTRAS.

Irse por los barrios, dando de mano al ocioso vagar bulevardero y al olvido las figuras europeizadas de los que pasean por las pulidas calles del centro, es placer que á poco de gustarlo agrada y se mete muy adentro del ánimo; y que, muy luego, de placer se cambia en tarea de observación grata y fecunda.

No son por cierto las bellas muchachas elegantes, que todas ellas parecen iguales, ni los holgazanes «lagartijos» del bulevar, los que pueden proporcionar datos, apuntes y documentos, para una obra de aliento, ya que todos ellos se esfuerzan por copiar al pie de la letra y con éxito dudoso, los trajes, el porte y hasta las muecas de los figurines europeos ó de allende el Bravo.

Por los barrios, no; por los barrios la vida nacional se manifiesta nuda, y completa y latente, en todas sus manifestaciones. De éstas pudiéramos apuntar muchas; pero hacerlo no sería leve faena, por eso ahora nos queremos referir á una sola de ellas; á la más vistosa y abigarrada, que se proyecta en rabiosos colorines sobre las fachadas y atrae las curiosas miradas de los extranjeros.

Nos referimos á las muestras de los establecimientos populares.

Para muchos, para la mayoría, esos pintarrajeados muñecos, esas gordas letras pretenciosamente adornadas, que decoran los frontis de tabernas, fondas y cafetines, no son más que muñecos y letras más ó menos mal embadurnadas; mas quien se detenga á considerarlo, encontrará, sin duda, una significación oculta á rótulos y muestras, que no pocas veces esconden graves misterios, y evidencian, otras, sinceras manifestaciones del alma popular.

Hay muestras pretenciosas que están clamando á voces la erudición trasnochada del traficante, adquirida aquí y allá, en rancios tomos de novelas por entregas.

«El tocador de Venus,» «El brindis de Galatea,» «La Babilonia de los Artesanos,» «La guerra franco-china» y «Las glorias de Baco,» pertenecen á ese género; que al leerlos, no parece sino que ve uno al gordo jicarero ó al comerciante en ínfima escala, sentado detrás de un panzudo barril y dándose un atracón de literatura al por menor, que le pone los pelos

de punta y remueve con imágenes ardientes de guerra, de amor y de heroísmo su espeso y torpe intelecto.

«El Novio de Tacha,» «La hija del Drenaje,» «Mientras,» «Aquí dije,» «Son las diez,» pertenecen á un género de humorismo muy nacional, osado, grosero á veces, colindante con el insulto y la agresión; pero que colma de risa los labios de los bebedores de plazuela y les pone llamaradas de regocijo en la mirada.

«El Rey bueno,» «La Alegría de la Huerta,» «Una noche en peligro,» «La Chanza,» «El Vaseo» denotan ideas adquiridas acá y allá, en los azares de una vida accidentada, que ha conocido los rincones mohosos de las bartolinas y las galerías de los teatrillos de barrio.

***

Alguna vez supimos que alguien proponía que se evitara á los comerciantes esas chuscas exhibiciones y no se les permitiera poner más que la razón social frente á sus casas. Mala iniciativa, contra la cual se hubiera pronunciado, de poder hacerlo, el conde Buffón, porque el estilo del comerciante está en la enseña de su establecimiento, y, como sabéis, el estilo es el hombre.

Un poco de observación de parte del parroquiano, le ahorraría graves disgustos y molestias. Nadie que no fuera reñidor de oficio pondría los pies en un figón que se llama "Las glorias de los valientes," y muy pocos acudirían á la abacería que lleva por nombre "La peste bubónica."

Considerando así las muestras, como proyecciones de la personalidad psíquica de los tenderos, nadie podría llamarse á engaño, y las relaciones entre parroquianos y tenderos serían suaves y deleitosas cual si viviésemos en la edad de oro.

Por desgracia sucede que ni el comprador se preocupa por tales futesas, ni el tendero suele, á menudo, ser quien idea é imagina la fábrica de su fachada, sino algún pintamonas, desfarrapado, que por ganarse el pan ideara no digo cosas tales como se ven en rótulos y muestras, sino la propia invención de la pólvora.

Para combatir la degeneración, se añade, al ejercicio escolar, el ejercicio esportivo, ambos exagerados: esto es lo mismo que quemar la vela por sus dos extremos.

ROMILLY.

Si se abriera á las mujeres la puerta de todas las libertades, las honradas y las prudentes se negarían á entrar.

ACKERMANN.





Pancho el Tuerto.

Cuento Viajero.

....

Después de aquel discurso tan erudito, repleto de citas de filósofos y de sociólogos, desde Aristóteles hasta lo más fresquito de los tomistas al uso, el Dean sorbió un polvo de lo más rico, se limpió las narices con el rico pañuelo de seda, doblóle poco á poco, arrellanóse en el comodísimo sillón, y se preparó á escuchar atentamente, seguro de no ser vencido por su antagonista, y dispuesto á replicarle si era necesario.

El vejete, famoso gregoriano, discípulo de Rodríguez Puebla y compañero del Nigromante, hizo una mueca, un gesto de mico, se colocó sobre las rodillas, asiéndole por los extremos, el bastoncillo de áureo puño y pulida contera, y, vivísimos y chispeantes los azules ojos, las cejas móviles, tremulillo el mento, fluctuante la sonrisa, se expresó en estos términos:

—¡Norabuena, señor y amigo mío! Allá va un sucedido! Erase que se era, hace muchos años......... en aquellos felices tiempos de Su Alteza Serenísima, cuando la ciencia y los saberes todos residían en clérigos de campanillas, frailes graves, «Doctores de la Ley» y licenciados «in utroque,» y ante todo y sobre todo, en mi grande y respetable amigo don Lucas Alamán, un cierto individuo, Francisco de nombre, á quien todos llamaban Pancho. Decidor y agudo cuando estaba en su juicio, subía y bajaba en pos de sus amigos [que los tenía por docenas y muy generosos], á quienes entretenía gratamente con dichos, coplas y cuentos, sazonados á veces con uno que otro remoque.

Pancho estaba en todas partes: en los corredores de Palacio y en el torno de las Capuchinas; en el pórtico del Gran Teatro de Santa-Anna y en la portería de Santo Domingo; en los bancos de las cadenas, en conversación con pensionistas famélicos y estudiantes de tuna, ó en la célebre alacena de don Antonio de la Torre, de charla con literatos y gaceteros.

Era conocido de mil personas conspicuas y de viso, las cuales solían premiar sus gracias con una columnaria ó con un medio nuevecito, y lo mismo «se trataba»—así lo decía él—con el canónigo Moreno y Jove que con el Ministro Tornel; lo mismo con los cómicos de Puesto Nuevo que con los frailes de la Merced; lo mismo con don Lucas, tan seriote y estirado, que con don Marcos Arróniz, quien á pesar de su melancolía, era festivo y bromeador.



Pero también le conocían en otras partes... en todas las pulquerías de la Muy Noble y Leal ciudad de México.

Lépero más listo y agudo que él no se produjo nunca, ni le hubo más típico en la ostentosa y envanecida capital, desde los tiempos venturosos de Bucareli. Pancho parecía favorecido por el cielo con milagrosa y rarísima virtud, con esa que á pocos santos fué concedida, y de la cual gozó—según consta del respectivo proceso—San Alfonso María de Ligorio: del dón de ubicuidad. Era como el aire que por doquiera se colaba sin ser visto ni esperado. ¡Qué de veces al bajar del acuerdo algún Ministro, Tornel ó Alamán, al descender del púlpito el obispo Madrid; al salir del «Siglo» Guillermo Prieto, ó al llegar don Mucio Valdovinos á la librería de Andrade, ó á la «Gran Sociedad» Panchito Zarco, no se encontraron con la caruchа de Pancho, siempre amable, siempre risueña, siempre simpática! ¡Y qué cara! ¡Por S. A. S., por la Orden de Guadalupe, que otra mejor y más típica no iba ni venía por Plateros, ni lucía en la Viga, ni se paseaba en la Alameda! ¡Buenos ratos que dió Pancho al Conde de la Cortina, el tremendo aristarco de «El Zurriago,» vapulador de las literaturas "crucificada" y «florida!»..

—Y..... [á propósito, señor Dean] ¿no cree S. S. que buena falta que nos hace, al presente, el señor Conde, con su periodiquito y su presunción y su "Diablo en el Baile?" Pues... como iba yo diciendo... ¡Buenos ratos que gozaban oyéndole en la concurrida alacena, en aquel mentidero de sénecas y de poetas melenudos, en aquellos portales por donde arrastró sus desengaños amorosos, muy embozado en su capita, el infortunado Rodríguez Galván!

Nunca pedía el buen Pancho, y todos le daban; nunca se ponía en acecho de un protector, y siempre el dadivoso le tenía delante.

—¡Ya no sé qué hacer!—dijo en cierta ocasión el obispo Madrid.—¡Qué haré con ese hombre! ¡Si hasta en la cátedra sagrada le tengo delante! Me salta al paso cuando bajo del coche; doquiera me lo encuentro; por doquiera le veo...... ¡Creo que le he administrado más de cien veces el sacramento de la confirmación!

¡Claro! S. S. I. era generoso en demasía! Como que en su casa, según dicen, y de ello pudo dar fe don Tomás Gardida, se gastaban mensualmente más de cuatrocientos pesos..... en.....chocolate!

Lo malo estaba en que Pancho..., bebía de tiempo en tiempo más de la cuenta; que era muy dado al blanco líquido y á las mixtelas,



D. RAFAEL DELGADO.
Notable novelista mexicano.

y que se echaba unos zarambecos y cogía unas monas, que...... ¡Jesús nos valga! ¡Cuántas noches no le dió la Diputación cómodo y oportuno hospedaje! Sepa Vd., señor Dean, que no gusto de hipérboles, pues, como solía decir don Luis de la Rosa, por la hipérbole estamos en México como estamos. ¡Todo es aquí una hipérbole! No gusto de exageraciones, ni hay motivo para que yo difame tan cruelmente á Pancho el Tuerto. ¿Tuerto dije? Tuerto era, ni más ni menos que Camoens y que Bretón, mi amado Bretón de los Herreros, "gloria y regocijo del teatro español." ¡Qué aficionado al pulque! Desde Regina hasta el Carmen no había bebedor que se le igualara!

Pero, vamos al cuento.

Cierto día, un día solemne en que repicaron todas las campanas, en que "rugieron sonoramente los cañones," en que S. A. S. ostentó en la Insigne y Nacional Colegiata prestigioso manto, Pancho, que, por fas ó nefas, se congratulaba con todos en todo regocijo público ó privado, fué á la Villa, y de allí volvió haciendo equis, cantante y turbio, más que turbio crepuscular, y llegando á Santa Ana, camino de su casa, que estaba por el Carmen, dió en la tienda de un rapabarbas, amigo viejo, maleante si los hay. Allí cayó, y allí lo recogieron...... caritativamente.

Diéronle blando lecho en una estera, junto á la piedra de amolar, cerca de un par de gallos giros, convalecientes de ciertas lesiones gloriosas recibidas en San Agustín de las Cuevas; junto á la pared, en la cual, en marco desportillado, pasmo de la parroquia juvenil, alardeaba de su hermosura Diana de Poitiers, muy del brazo de Francisco I, y no lejos de una guitarra mugrienta y resobada, fiel compañera de su dueño en sus afortunadas amorosas conquistas. ¡Malísimo ambiente el de la frecuentada barbería! ¡Qué fetideces de pomada de rosa, de canela y de contrahecho macasar! ¡Cuán acre el tufillo de la plebeya bandolina, y qué nauseabundo el de la jabonadura evaporada en la reluciente vacía de cobre! La tienda, caldeada por el sol vespertino, ardía como un horno, y en ella zumbaba un enjambre de moscas prófugas de la carnicería frontera. Pancho cayó en el petate como piedra en barranca, despatarrado y hecho una i griega. ¡Cataplum! ¡Y á dormir la turca!

Traíala de las mejores, de las indómitas y largas, de esas que duran un día.

El Tuerto roncaba ó parecía roncar.

Fígaro es malévolo. Se le ocurrió esa vez hacer una de las suyas. ¡Qué no se le ocurre á un barbero!

Mientras uno de los aprendices, puestos los pies en la cabeza, se lanzó en busca de una mortaja, el maestro, con ayuda de los otros—¡buen par de pillastres!—levantaron á Pancho y le subieron al potro, digo, á la butaca.

Y...... y...... le abrieron cerquillo: un cerquillo clásico, elegantísimo, como aquel tan donairoso del P. Navarrete, insigne Mayoral de la Arcadia Mexicana; un cerquillo de comisario, ó de orador crisóstomo; superior en belleza á la más aristocrática borreguna. ¡Como que nuestro barbero lo era de dominicos y mercedarios, gentes de mucho gusto y de supremo coramvobis!

Quedó Pancho, en un dos por tres, sin pelo de barba, con un soberbio cerquillo, y con un copete que pondría envidia en el más lindo cacatúa, si cupiera pasión tan fea en pajarillos tan hermosos.

Luego, dejáronle en pañaletes, peor que si fuera mendicante; vistiéronle la mortaja—que no fué cedida por amor de Jesucristo,—y listo de este modo el pobre Pancho, y por tal manera entrado en religión, le sacaron á la calle, le tendieron al borde de la acera, y allí me lo dejaron.

Allí le recogió la ronda, la pacífica ronda del barrio, la cual se mostró piadosa y compasiva con el franciscano, con aquella reverencia por el pulque embriagada y caída en miseria lamentable y atroz.

Mandáronle por cordillera á San Fernando, al Colegio Apostólico, pues de allí debía ser el desdichado religioso.

Turulato se quedó el portero cuando le entregaron aquel cadáver, que cuerpo sin vida parecía Pancho, y con ayuda de tres donados, le llevó á una celda, mientras otros iban á dar aviso de lo acaecido al R. P. Guardián.

—¡Válgame Nuestro Padre San Francisco! —exclamaba el portero.—¿De dónde será este religioso desventurado? Pero, en fin, ¡quede en esta santa casa con la gracia de Dios! Nuestro hábito viste, y «bajo el sayal hay ál,» y si no es de los nuestros...... que ordene el padre Guardián lo que mejor le plazca.

El buen anciano abrió la celda. Echaron á Pancho en un camastro, no más mueble que la estera de la barbería, y allí le vió el Guardián, que no pudo disimular su disgusto.

—¡Por caridad! ¡Dejadle en paz! Veladle, cuidadle, y cubramos la desnudez del Patriarca con la piadosa capa de Jafet!

***

Tempranito, no bien dijo misa, acudió el Guardián á la celda en que estaba el desconocido religioso. Entróse de pronto, severo el aspecto, duro el rostro, agitando el cordoncillo seráfico, como siempre que iba á reprender. Hallóse á Pancho sentado al borde de la cama, en momentos en que apuraba sediento el búcaro que le pusieran cerca los legos vigilantes.

—Hermano..... ¡Alabado sea Dios! — dijo el Guardián.

Pancho le miró de hito en hito, sorprendido y atónito.

—¿Cómo se llama su reverencia?—prosiguió. —¿De qué colegio viene?.... ¿Cuándo llegó?... ¿A qué vino?......

Pancho no contestó. Miraba con asombro cuanto le rodeaba: el escaso y paupérrimo mueblaje de la celda, el camastro, el crucifijo sangriento colgado en la pared, las disciplinas crueles, pendientes de un clavo.

Veíalo todo como á través de un velo, y envuelto aún el infeliz en los humos alcohólicos, no se daba cuenta de lo que tenía delante, ni acertaba á responder.

—¡Responda, hermano! Responda y dígame de dónde viene y cuál es su nombre.

—Francisco.

—El hábito lo dice, hermano. ¿Cómo se llama?

—Francisco.

—¡Su nombre!......—suplicó.

—¡Ese!—replicó el «Tuerto,» impacientado.

—Su nombre......

—¡«Pos» ya lo oyó!

—Sepa que le han traído de tal modo que ha causado escándalo gravísimo en la Comunidad; que ha escandalizado en plazas y calles.........

—«Pos».... no es la primera...... ni la última, padre!

Frunció el ceño el Guardián.

—¡Sí, hermano!—replicó.—Merecéis castigo......

—¡Castigo, eh?—y se echó á reír.

Sí.

—¡Qué sé yo! Lo que sé es que estoy crudo, padre; pero....... muy crudo! ¡Vaya que «pítima» tan rebuena! Quien tiene la culpa es mi compadre «Tanasio», que «jué» quien me la ofertó, frente al Pocito, cuando pasaron los lanceros del «Cojo»...... Me eché tres jícaras... tres jícaras grandes, «ansinota». Pero como yo no «ninguneo,» á «naiden»..... «pos».... ¡entré al quiero! ¡«Pos» qué ya no hay hombres!

—¡Hermaño!—suplicó el Guardián.—¡Por las llagas de Nuestro Padre San Francisco! ¿De qué Colegio viene? ¿De dónde viene?

—¡«Pos» de mi casa!

—Dígame su gracia.





PALACIO DEL PODER LEGISLATIVO.—(Proyecto de Bénard).—Fachada principal

—¿Mi gracia? ¡Ujú! «Pos» Francisco García...... criado de «usté»!

—Mire su reverencia, y repare......

—¡Yo no reparo...... ¿eh!

Comprenda que ha deshonrado el hábito que viste......

—¡Ja...... jajá!—respondió el «Tuerto».—¡«Dealtiro» me «tantea»!

Vióse Pancho, y abrió tamaños ojos, y alzándose el sayal, contempló su interna desnudez.

—¡Oiga, su paternidad!—se apresuró á decir nerviosamente.—¡Oigame!—y volvía la mirada por toda la celda.—¡Téngame «pacencia»! ¡Yo no soy fraile, ni lo he sido, ni quiero serlo! ¡Si yo tengo mi mujer!......

—¡Jesús nos valga, hermano!

—«Veasté». ¡Que me traigan un espejo! Quiero verme el «frontispicio»... porque la «verdá», la «puritita verdá»: yo no soy fraile. ¡Un espejo!

—Este hombre está loco—pensó el Guardián.

—¡Un espejo! ¡Un espejo!—repitió irritado.

Trajéronle lo que pedía, una luna opaca, única en el convento.

Vióse en ella Pancho una y cien veces, pálido, trémulo, salientes los ojos, y tras largo silencio, exclamó entre resignado y burlón:

—¡«Pos» ya soy fraile!

—¿De dónde vino? ¿Cómo se llama?—insistía el Superior.

—¡«Pos» no sé! «Veasté»......... Vea su reverencia; que vayan á mi casa, á la plazuela del Carmen, y allá, en el siete, junto á la pulquería de don Tiburcio «el Timbón», allí vivo yo; que entren, y en el último cuarto, ¡hasta adentro!, allí es mi casa, y allí están mi «probecita» mujer, y mis «probes» hijitos......

Pancho, acongojado, llenos de lágrimas los ojos, siguió diciendo:

—Y que pregunten por mí, por Pancho el «Tuerto». ¡Si no está, ése soy yo! Y...... si está.... «antonces»...... «antonces»...... ¡El diablo sepa quién soy yo!

Le reconocieron los legos, y se explicaron lo que había acaecido.

Echóse á reír el Deán, y el vejete agregó:

—¿Ve Su Señoría cómo no es cosa imposible perder la conciencia?

—¡Ja....... ja já!....... Señor mío: ¡no me venga usted con cuentos de Boccaccio ó de Tirso!

RAFAEL DELGADO.

1903.

GRANDIOSO PROYECTO.

El Palacio del Poder Legislativo.

Publicamos en el presente número algunos de los detalles principales, así como la perspectiva general del proyecto que, para la construcción de un palacio del Poder Legislativo, ha hecho, por comisión del Gobierno, el notable arquitecto francés M. Benard.

Puede juzgarse por nuestras ilustraciones que el edificio, en caso de construirse según este proyecto, habrá de ser colosal y espléndido, así por la disposición y belleza de sus formas, como por la riqueza de los materiales que en él habrán de emplearse. Tal magnificencia es digna de la Representación Nacional de un pueblo libre.

A grandes rasgos daremos una explicación de nuestras ilustraciones, y algunos datos biográficos del distinguido arquitecto á que nos referimos.

PERSPECTIVA DE LA FACHADA.

Este dibujo muestra el conjunto del monumento proyectado. En lo alto de la escalinata de mármol blanco, flanqueada á derecha é izquierda por columnas de granito color de rosa, sobre las cuales se alzan águilas mexicanas de bronce dorado, vese un pórtico con un frontispicio en el centro, formando, en su conjunto, una entrada digna del «Palacio de las Leyes.» Este frontispicio—triple puerta de honor del edificio—sería, á lo que parece, construído con columnas monolíticas de granito pulimentado, de mármol y de bronce dorado: se cree que podrán encontrarse esos monolitos en el país mismo.



M. BENARD, distinguido arquitecto francés.

Tras del frontispicio, donde hay un verdadero pórtico de honor, y sobre el frontón en que se ve un bajo relieve de bronce dorado, que sepresenta á la República Mexicana ofreciendo á sus hijos los beneficios de la civilización moderna, aparece el coronamiento final, el majestuoso dombo de la Sala de Pasos Perdidos, cuya silueta viene á completar la harmonía del conjunto.

SALA DE PASOS PERDIDOS.

Una gran sala magnífica, dará acceso á todas las partes principales del edificio. Sin embargo, el puesto de honor estará reservado á la sala de Sesiones de la Cámara de Diputados, que deberá servir también para las del Congreso General.

CÁMARA DE DIPUTADOS

Como lo muestra el dibujo, esta sala sería dotada, en el fondo, de un gran nicho para la instalación de la mesa de la Cámara y del Congreso: sobre él, una plancha de mármol obscuro, con la inscripción «Lex», simbolizará la glorificación de la Ley, para lo cual el autor del proyecto ha creído que no sería mal el circundar esa palabra de una decoración radiante, tan rica y tan pomposa como fuera posible. Ha hecho esfuerzos, además—y con éxito,—para que esta decoración pueda ser vista desde la entrada.

DIBUJO GEOMÉTRICO DE LA FACHADA

Este dibujo permite ver el carácter arquitectural sobrio y grandioso que el arquitecto proyecta imprimir al edificio.

Las columnas que forman el peristilo, son de orden corintio; las de los pórticos laterales, de orden jónico.

Estos pórticos están decorados con nichos monumentales, destinados á colocar en ellos los símbolos de bronce y de mármol de los grandes hechos gloriosos de la historia mexicana: les formarán cuadro, mármoles harmoniosos de colores, destinados á hacer resaltar el mérito de los granitos pulimentados de las columnas.

Las del peristilo, hechas también de granito, serán de orden corintio y sostendrán un ático decorado con estatuas de mármol blanco, que representarán las virtudes cívicas.

El fondo del peristilo estará adornado con un mosaico hecho sobre oro, que represente los beneficios de la paz. La perspectiva general del edificio puede verse en nuestra primera plana, así como el pórtico central.

EL ARQUITECTO

El señor Benard es un arquitecto distinguido, como bastaría para demostrarlo este proyecto, cuya perfección es tan grande, que las fotografías que de él publicamos, parecen tomadas, no de un dibujo, sino de un edificio ya construído.

El mérito del señor Benard ha sido reconocido en su patria, donde obtuvo el «Gran premio de Roma,» que, como es sabido, significa la consagración del talento de un artista.

Además de Italia, el señor Benard ha recorrido la Grecia. En ambos países estudió los monumentos clásicos de la antigüedad y del Renacimiento.

En Francia ha hecho trabajos muy notables.

En 1899 venció en el Gran Concurso Internacional para la Universidad de California.

En junio del año pasado obtuvo el premio «Jean Reynaud» de la Academia de Bellas Artes, que es de un gran valor, porque sólo se concede cada cinco años y aspiran á él los mejores artistas europeos.

Actualmente, Benard se halla en México, para dirigir la construcción del palacio legislativo, en caso de que su proyecto se lleve á cabo.

EN CAMINO.

Como voz de socorro en la espesura
De solitaria selva, hasta mi oído
Llegó en alas del viento tu gemido
En el rudo breñal de mi tortura.

¡Cuán presto mi dolor y mi amargura
Disipó tu clamor! ¡cómo rendido
En tu auxilio acudí, dando al olvido
El peso de mi amarga desventura!

Me porté como buen samaritano;
Ungí tus llagas con mi propia mano
Y en seguro lugar te dí hospedaje.

No espera premio la nobleza mía;
En paz te quedas, ilusión de un día;
Yo tengo prisa y seguiré mi viaje.

E. González Martínez.

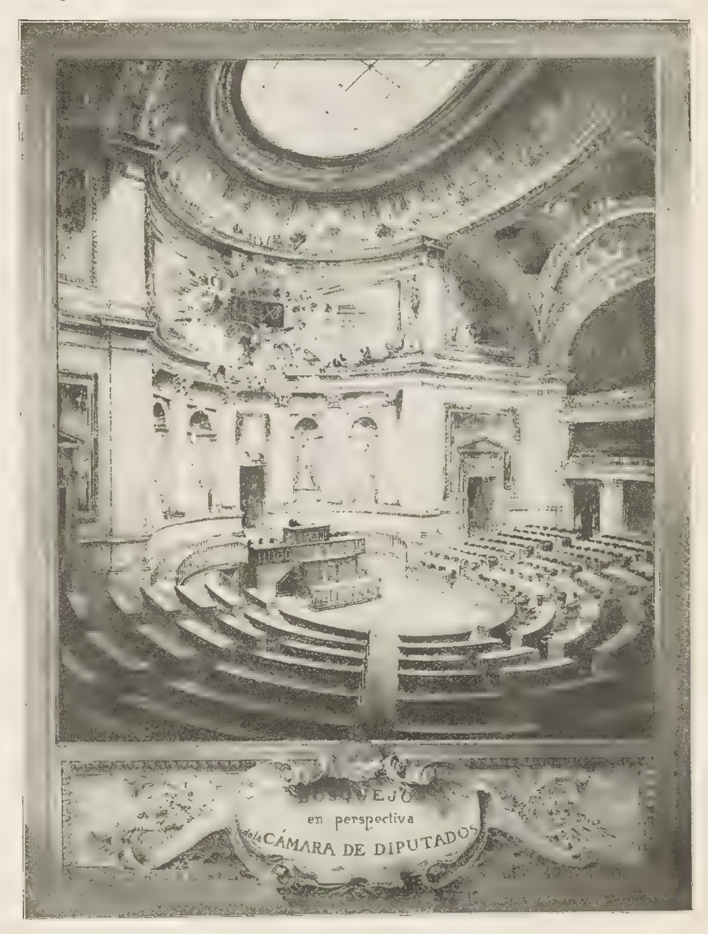
EL PERRO NEGRO.

Envuelto en una polvareda blanquecina caminaba el ejército, al caer de la tarde. Ascendía por un árido escarpe, erizado de ásperos granitos.........

El sol en el ocaso semejaba una fúlgida flor sangrienta, y sobre los campos callados, la tiniebla empezaba á tender su ala misteriosa.

De pronto surgió de un grupo de árboles petrificados un perro negro, un macilento perro negro, que con sus ojos casi humanos miraba largamente á los guerreros que pasaban, rudos y fuertes, con el fusil al hombro.

Los miraba en silencio; y la mancha de sombra de su cuerpo casi se perdía en la sombra del crepúsculo.



La Cámara de Diputados, según el proyecto de Bénard.

Pasaban, pasaban los viejos capitanes, los jóvenes soldados.........

Luego, ante un alegre muchacho que se movía penosamente, el perro ladró de una manera horrible......... Después lanzó un aullido lento y quejumbroso, una especie de lamentación lúgubre que, bajo el cielo sombrío, en la hora fantástica, impresionó angustiosamente.

Al anochecer de la última jornada, una bala traidora arrebató la vida al pobre muchacho.........

Estaba allí, sobre los duros guijarros del camino, con los ojos abiertos, frío y ensangrentado.

Entonces, recordando la espantable escena macabra, el aullido lúgubre resonando en la distancia, al comprender que el perro negro era la Muerte......... un soplo de lo desconocido pasó por nuestras cabezas.........

Froilán Turcios.

EN RUINAS.

En un rincón distante de la aldea
Alzábase aquel templo solitario
Con su blanco y ruinoso campanario
Que el tiempo con su mano agujerea.
El viento por sus bóvedas pasea;
Roto se ve en el suelo el incensario,
Y el pobre campesino visionario
Al pie de los altares curiosea.
Deshecho se halla el púlpito: en las naves,
Entablan sus polémicas las aves,
Y en medio del horror de aquellas ruinas
Donde hacinados yacen los escombros,
Encógese el incrédulo de hombros,
Y levantan su hogar las golondrinas.

Bonifacio Byrne.

En las almas más grandes hay siempre sitios débiles en los cuales duermen las supersticiones.

A. Thomereau.

¡Qué moralistas tan singulares somos! Abrumamos de injurias á la mujer caída y de burlas á la que envejeció sin caer.

Armand Silvestre.

El Ultimo Sueño de Tabaré.

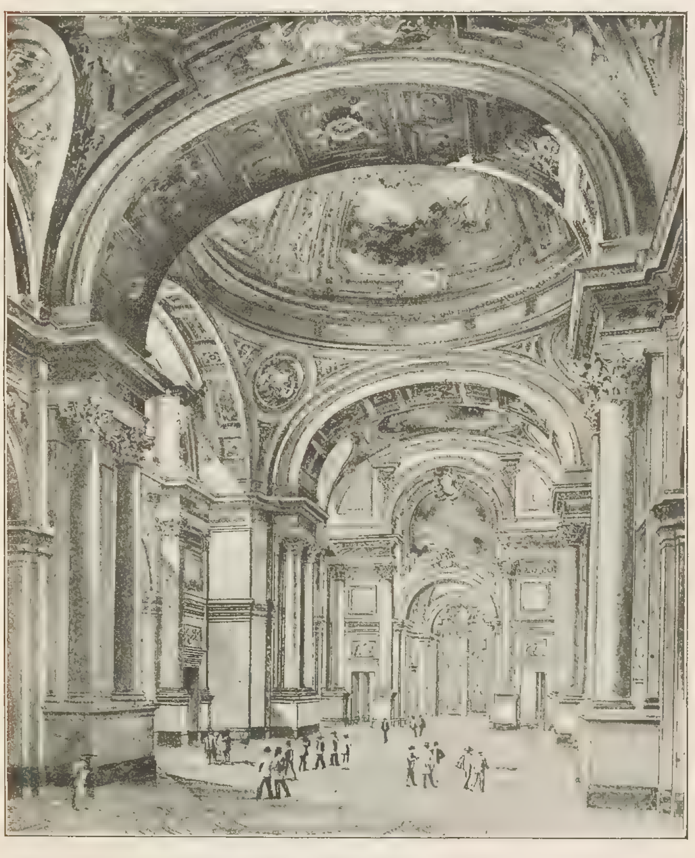
Cuando Tabaré hubo muerto, y de su flanco herido la sangre partía, como un ancho y espumoso torrente rojo, su alma, en la forma de una minúscula mariposa blanca, desprendióse de la carne heroica que la guardaba, y agitando sus alas de espuma y de seda, se preparó á remontarse hacia el inmenso cielo azul.

En el claro del bosque, junto al guadal vecino, la humana forma del indígena yacía rígida, llena de la serenidad augusta y solemne de la muerte. El ancho pecho del cadáver se destacaba como un escudo de bronce sobre un manto de púrpura. La mariposa rozó con las alas una burbuja de sangre, y coloreada de blanco y rosa, se fué por los aires, bebiendo con su diminuta trompa combada el polen de oro del sol.

El alma de Tabaré, gloriosa en la poesía de aquella tarde llena de quietud, vió llegar al crepúsculo desplegando sus infinitos tules violetas y pensó que era ya hora de dormir el largo sueño de los siglos futuros. En aquel instante se entreabrió en los espacios la corola de luz de una estrella.

La blanca mariposa, coloreada de rojo por una gota de la sangre indígena, tendió su vuelo hacia el lucero que la besaba con sus infinitos labios de luz; pero mientras ascendía, llegó hasta ella el vaho de la selva, el hedor del limo del río padre, el hálito inmenso de la campiña toda.

Vió entonces que el astro estaba muy arriba, que cuanto más ascendía, más lejana se le antojaba aquella lágrima del cielo; y volvió hacia la tierra, para tener por tumba algo que fuera color y potencia, vida y perfume en la última esperanza del dolor y de la muerte.



Proyecto Benard.—Salón de pasos perdidos del Palacio Legislativo.

Cruzó por la llanura, pasó por sobre la selva, contempló á la distancia las cuchillas onduladas, fecundas, perfilando el horizonte en suavísimas combas; siguió hasta el río padre que lleva sus aguas límpidas hacia el río inmenso, cenagoso y mugiente; trazó giros voluptuosos entre las cortaderas de largas hojas aterciopeladas; se deslizó por las totoras que enarcaban sus tallos cilíndricos, vibrantes ante el viento de la tarde y se detuvo un momento sobre el verde radioso de un viajero camalote.

El sol, en el último período del ocaso, desgranaba todos sus bermellones y fundía el nácar de las nubes en ópalos intensos y deslumbrantes. Las cigarras comenzaban á suspender sus eternas sonatas monocordes, las palomas guardaban en sus buches sus melancólicos arrullos y entre las hojas de los sarandíes comenzaban á rodar las titilantes lágrimas del rocío.

Penetró en el bosque hirviente de savia, se posó sobre los rosales salvajes, en la grana ardiente de los ceibos, en la dorada fruta de los talas, en las largas varas enhiestas de los cardos morados. Y así, errante y solitario el espíritu de Tabaré, marchó por la selva hasta que de pronto cayó en el búcaro entreabierto de una dulce mburucuyá.

Y el bosque entero floreció en pasionarias.

Alma de dolor y de ensueños, agigantada por la muerte, divinizada por el amor; alma pura y sañuda en la cual barbotaba el genio de la raza, toda la fiera expresión del charrúa; alma melancólica, amargada errante, alma toda perfume, toda color, toda caricias, ella fué el germen potente que encendió el fuego de una roja pedrería en el fruto combado de las purpúreas mburucáuyes.

Y desde aquel instante, las leves pasionarias, dulces flores del llanto y de la muerte, riegan la sangre de Tabaré, con sus pomos pequeños y aromados, por sobre las cuchillas, á lo largo de los pantanos, en los juncos de las cañadas, ante ese cielo que vió morir al amante rudo y supremo, bajo su inmensa serenidad azul.

Goycoechea Menéndez.

Leyendo La Divina Comedia.

En la última página de El Infierno del Dante.

¡Oh tú que tienes los cabellos canos!
Tú, dime: en el camino de la vida,
¿Nadie llega hasta el fin de la partida
La frente pura, cándidas las manos?
Dime si por ventura son hermanos
Egoísmo y virtud, fuerza y caída?
¿Nunca entran sin terror á la escondida
Mansión de los recuerdos los ancianos?
El juez, el acusado y el que acusa
Se miran con rubor que á todos quema:
Herencia de maldad, ¿quién te rehusa?
¡Poema del rey Pecado es tu poema!
Dante: ¿quién está en pie? Tu noble Musa
Clamando sobre todos ¡anatema!

Francisco Gavidia.



MARUJA.

Hace tiempo, cuando vivía en San Petersburgo, acostumbraba, al tomar un trineo de alquiler, emprender conversación con el cochero.

Me agrada en especial charlar con los que hacen el servicio de noche, pobres labriegos de las cercanías, que vienen á la capital trayendo carricoches de mala muerte, embadurnados de ocre y tirados por un jamelgo, á ganar el pan la renta para el amo.

Cierto día llamé á uno de estos tales. Era un mozo de veinte años, fornido y robusto, de azules ojos y colorados carrillos. De su remendada gorra, calada hasta las cejas, se escapaban las sortijas de su rubio pelo, y un tafetán, roto y menguado, cubría á duras penas sus anchos hombros.

Parecióme que el bello rostro imberbe del cochero estaba triste y sombrío; charlamos, y noté que su voz resonaba dolorosamente.

—¿Cómo tan triste, hermano?—le pregunté.—¿Tienes alguna pena?

Al pronto no respondió.

—Sí, Barino, tengo pena—dijo al cabo;—una pena tan grande que no hay otra como ella; se me ha muerto mi mujer.

– Según eso, la querías mucho.

El mozo, sin volverse, agachó la cabeza.

—Barino, la quería. Ya va á cumplir el octavo mes y no puedo olvidarla. Es una cosa que me roe aquí en el corazón, y acabóse y yo no entiendo por qué se murió: era joven y sana. En veinticuatro horas se la llevó el cólera.

¿Y era buena tu mujer?

¡Ay Barino! —suspiró hondamente el pobretín,—éramos tan amigos! Y se ha muerto sin mí...... Desde que supe aquí...... pues..... que la habían enterrado, al momento eché á andar para la aldea...... para mi casa. Llegué......era más de media noche: entré en ella, me paré en medio y llamé muy bajito..... Maruja...... eh, Maruja!...... Y nada, nada más que el canto de un grillo en un rincón...... Entonces me eché á llorar, me senté en el suelo y pegué en él con la mano, diciendo:

—¡Ah vientre hambriento, te la has tragado; trágame á mí tambien! María....... ¡Ay María!—repitió con enronquecida voz.

Y sin soltar las riendas de cuerda, se enjugó una lágrima con su guante de cuero, la sacudió de soslayo, agachó los hombros y no pronunció una palabra más.

Al bajarme del trineo le dí buena propina; saludóme hasta el suelo, quitándose la gorra con ambas manos; volvióse y tomó un cansado trotecillo sobre la helada sábana de la calle desierta, invadida por la bruma gris del frío de enero.

Ivan Tourgenef.

LOS MONJES.

I

¡Austeros monjes que tenéis por mundo
la soledad solemne de los claustros,
en los conventos lúgubres que oponen
muros de piedra al torbellino humano!

Que os encerráis entre paredes frías,
sin más adornos que los viejos santos
y un Cristo agonizante que alza al cielo
los tristes ojos cuando está expirando;
que ante la imagen del dolor supremo
meditáis en recónditos arcanos,
suspensa el alma, el pensamiento absorto,
por infinito amor trasfigurados;
que veis la humanidad y sus pasiones,
el amor, el orgullo, los encantos,
reducidos á tétrico resumen
en la espantosa desnudez de un cráneo;
ó bien, hundidos en las toscas sillas,
la cabellera entre los dedos flacos,
inmóviles cual momias que los tiempos
hubiesen al pasar petrificado,
en lenguas muertas releéis las páginas
borrosas ya de los infolios raros,
al alma y á la vida y á las cosas
el principio y el término buscando:
vosotros, desertores de la tierra,
sin pasar el umbral del camposanto,
decidme si es muy dulce ese silencio,
si allí el dolor no llega á conturbaros!

II

Cuando ferviente la plegaria brota,
cuando se eleva en vuestra voz el canto,
¿no hay otra voz interna que os suspende?
¿no hay otro acento que interrumpe el salmo?

En las serenas noches silenciosas,
cuando el cielo se adorna con sus astros
y recorréis con la capucha vuelta
los corredores y los anchos patios,
¿no os detenéis de pronto cual si oyerais
un eco evocador que os ha llamado



y el ligero desliz inolvidable
de presurosos, conocidos pasos?

En esas horas en que duerme el mundo,
en que se siente el súbito aletazo
bajo el cual se despiertan los recuerdos
y se pronuncia un nombre ya olvidado,
decidme si no oís en los rumores
de la noche ese nombre que os fué caro
y el soplo de la brisa no os parece
un beso tentador sobre los labios;
si al penetrar por el follaje obscuro
la luna no os engaña con sus rayos
y creéis ver en la penumbra el halda
móvil de un traje vaporoso y blanco;
si vuestra mente vagarosa entonces
no se espacia en recuerdos ya lejanos
y no sentís inmensa pesadumbre
que hace rodar por vuestra faz el llanto......
Ah! decid si olvidáis, si á vuestras puertas
no acuden en tumulto, golpeando,
los fúnebres fantasmas del recuerdo,
que vienen de la noche del pasado!

¿Ya sois libres? El último refugio
adonde huísteis del dolor humano,
es quietud, es olvido, es la soñada
mansión feliz de espiritual descanso?

Yo sé de la leyenda de un austero
monje, á quien muerto en su sitial hallaron
sobre un libro de antigua biblioteca,
reliquia del convento y de los años;
muerto sobre una página en que había,
como señal de algún pasaje extraño,
prenda de un grande amor desconocido,
una guedeja de cabellos áureos.

¿Qué dijeron al monje esos cabellos?
¿Qué singular y misterioso encanto
se desprendió de aquellas hebras de oro?
y quién las puso en el ritual sagrado?

¡Oh mujer! oh belleza! oh triunfadora
más poderosa que la muerte! En vano
tiene abismos el tiempo, el mar distancias,
el alma frío, y soledad los claustros!

Isaías Gamboa.

El Marqués de Montcerny.

Por Jean Poujoulat.

(Traducción de "El Mundo Ilustrado.")

CONCLUYE.

Cuando Sofía volvió á bajar al patio, la primera persona con quien se encontró frente á frente, fué Montcerny, al cual se acercó tímidamente, cual si quisiera hablarle, pero luego quedóse sin saber qué hacer, tan confusa que él, aunque desdeñosamente, se apiadó:

—No temáis nada, señora, le dijo; como no estoy aquí por mi voluntad, desgraciadamente no podré libertaros de mi presencia; pero sí os ofrezco que me mantendré á una distancia tan grande de vos cuanto las dimensiones del patio lo permitan.

Iba ya á alejarse cuando ella le detuvo colocando suavemente la mano sobre su brazo.

—¿Estáis aún muy disgustado conmigo? le preguntó.

Sin su voz acariciadora y sin su cándida mirada, Montcerny hubiera podido creer muy bien que se burlaba de él.

Sofía repuso con el mismo tono de niño que se excusa por no haber aprendido la lección:

—Ya sé que hice muy mal yéndome de vuestra casa sin vuestro permiso; pero no tengo la culpa: ¡me fastidiaba tanto!

Refirióle en seguida cuán largas le habían parecido las horas en aquel palacio, en el que le parecía hallarse perdida, intimidada, además, por la presencia de aquel marido, más viejo que su padre y aun más serio. Lo que sobre todo había colmado su aburrimiento, fueron las reuniones de sabios y filósofos que se efectuaban en la casa de Montcerny.

—¡Oh!, dijo, creo que al fin me hubiese resuelto á fastidiarme sola con vos; pero aquellas gentes que sólo hablaban de cosas incomprensibles... nada más su vista me tornaba estúpida, y si alguna de ellas me dirigía la palabra, por el temor de contestarle una necedad, me sentía tentada de echarme á llorar.

Por ese tiempo, la hija mayor de M. de Valseney habíase casado, y al venir de provincias á París para ser presentada en la corte, se detuvo en la Capital algunos días. La tristeza y el desmejoramiento de su hermana la sorprendieron; creyó que era la víctima de un marido de carácter agrio y celoso, y movida por la piedad, ofreció á la niña que se refugiara secretamente en su casa. Sofía se rehusó primero, pero el fastidio venció muy luego sus resistencias.

—Tenía el proyecto de escribiros inmediatamente después de mi partida, para suplicaros que me dejaseis vivir con mi hermana; pero encontraba tan difícil decirlo, que fuí dejando mi proyecto de un día para otro, hasta que acabé por no escribir nada.

A pesar de un resto de resentimiento que contra ella sentía, Montcerny no pudo evitar una sonrisa, al escuchar el cándido acento con que Sofía exponía sus infantiles excusas. La conversación continuó en un tono más amistoso. Sofía, más segura ya de sí misma, habló de la prisión, donde parecía verlo todo de color de rosa.

Esto hizo que Montcerny recordara al caballero de Raynald, que fuera arrestado al mismo tiempo que ella.

—Os sentís feliz en esta cárcel, la dijo, porque vuestro amado está aquí con vos.

Ruborizóse ella y ocultó su rostro entre las manos. Luego, separando un poco los dedos, le miró con ojos á un tiempo tímidos y risueños y escapó corriendo.

Al día siguiente fué un poco más explícita; Montcerny ya no la intimidaba como antaño, pues la común desgracia establecía una especie de igualdad entre ambos.

—Hace mucho tiempo que el caballero de Raynald es mi apasionado, dijo en el lenguaje extravagante de la época, y confieso que soy sensible á su fuego; pero antes de estar presa, jamás me atreví á hacerle conocer mi sensibilidad, temerosa de dejarme arrastrar más allá de los límites de la virtud.

Meditó un momento y repuso suspirando:

—Eso me ha hecho sufrir muchas veces, porque ¡es tan duro hacer desgraciado al hombre á quien se ama!

Refirióle entonces á Montcerny cómo había sido que habiendo caído ella enferma, no pudo seguir á su familia cuando ésta había emigrado, y cómo el caballero Raynald, decidido á no abandonarla, quiso esperar á que sanara para emigrar, y que en cuanto se halló ella en estado de poder viajar, le ofreció acompañarla á Viena, donde residía su familia.

Pero las diligencias que hicieron para procurarse pasaportes, llegaron á parecer sospechosas y por esa causa fueron detenidos la víspera del día fijado para la partida.

Mientras Montcerny escuchaba este relato, buscaba con los ojos á Raynald, que iba y venía á poca distancia, lanzando á hurtadillas inquietas miradas á Sofía y á su interlocutor. Al marqués, sin que supiera por qué, le disgustaron tales miradas, y esta sensación de disgusto fué acentuándose más tarde, pues llegó á ser para él una costumbre reunirse con Sofía en el patio, y como el caballero no dejaba nunca de hacer lo mismo, bien pronto cada uno de ellos sintió una secreta irritación contra el otro.

De tal modo que un buen día Montcerny, reflexionando, comprendió que estaba celoso y se vió obligado á confesarse que lo que por Sofía experimentaba era amor, sencilla y simplemente.

Desde que hizo tal descubrimiento, se puso tristísimo; la muerte dejó de serle indiferente y comenzó á reprocharse no haber sabido conquistar oportunamente el cariño de Sofía. Otra cosa le ocupaba entonces el pensamiento: la felicidad de la Nación, la que, en cambio, maldito si se ocupaba de la de él! ¡Y cuán estúpido el orgullo que le impidiera buscar las huellas de su mujer! ¡Con cuánta facilidad se había dejado ganar la partida por aquel impertinente caballerete!

En semejante estado de ánimo, apreció las ventajas del sistema político en vigor, que suprimía las dificultades de los ciudadanos suprimiendo á estos mismos. En efecto, ¿qué rivalidad podría haber entre él y el caballero, respecto de Sofía, puesto que les iban á guillotinar á los tres?

***

Una mañana, un rumor extraordinario circuló por la prisión; una noticia tal que emocionaba á todo París y que los carceleros no pudieron reservársela: los diputados habíanse sublevado contra Robespierre, y los triunviros habían sido acusados y arrestados en medio de hurras y gritos de liberación.

¿Qué resultado podría tener semejante golpe de Estado para los infelices encerrados en las prisiones? Eso era lo que todos discutían aquella mañana en el patio, sacados de improviso, por tal noticia, de la apatía en que les sumergiera la certidumbre de morir.

El propio Montcerny sintió que su corazón latía más rápidamente y se apresuró á reunirse con Sofía, que permanecía pensativa, sentada en un banco situado en un rincón del patio. Creyendo Montcerny que tal vez ignoraba lo que ocurría, quiso comunicárselo, pero ella le interrumpió diciéndole sencillamente que lo sabía todo.

—¿Y tal noticia no os causa regocijo?, preguntó sorprendido.

—No, contestó ella sacudiendo la cabeza. Aunque me pongan en libertad, no por eso podré casarme con mi amado, y sin él, ¿para qué quiero la vida?...

Montcerny entonces comenzó tímidamente á defender su causa.

—Sofía, dijo, he olvidado ya por completo mis quimeras de antaño, y si llegásemos á salir de aquí, todos mis pensamientos serían para vos.

Pero vióse obligado á callar ante la confusión que ella mostróle oyendo tales palabras.

Precisamente en esos momentos el caballero se aproximaba y Sofía le acogió con tanto placer, que Montcerny comprendió cuán poco la interesaba lo que acababa de decirle, y se alejó triste y colérico, lleno de amargura el corazón contra su rival.

Como en sus idas y venidas por el patio pasaba ante la ventanilla del portero, pudo ver á tres hombres con carmañolas rojas que permanecían frente á la portería. Uno de ellos tenía en la mano un papel y lo leía en voz alta; eran los delegados del Tribunal Revolucionario que venían á llamar á algunos de los acusados.

Montcerny, á quien la víspera tal espectáculo lo hubiese dejado casi indiferente, sintió un estremecimiento pensando que tal vez, ya cercanos á la libertad él y Sofía, aquella última embestida de la muerte iba á arrancarlos de la vida.

Detúvose tan inquieto y vacilante, que la portera comprendió sus pensamientos, se sintió movida á compasión por su ansiedad, y aprovechándose de que su marido y los otros tres hombres charlaban sin reparar en ella, se acercó á la ventanilla y le dijo á media voz:

—No temas, ciudadano, he leído la lista y tu nombre no figura en ella.

—Pero y... ¿ella?, preguntó Montcerny muy conmovido, designando con los ojos á Sofía, que conversaba con Raynald en el extremo opuesto del patio.

—Ella tampoco.

Luego, dirigiendo hacia los dos jóvenes una mirada impregnada de vaga compasión, la mujer repuso:

—Solamente está su enamorado. ¡Pobrecilla!... ¡mucho va á llorar!

—¿Es del caballero Raynald de quien habláis?

La conserje hizo un signo afirmativo y él se alejó, intentando reprimir una alegría que le daba horror.

«¡Pensar que me he creído bueno durante cerca de sesenta años!» se decía, dirigiéndose lentamente hacia el banco donde estaban sentados Raynald y Sofía.

Ahora, á pesar de todo, al verles tan jóvenes, tan hermosos, inclinando sus rostros hasta casi tocarse, una especie de piedad despertóse en él. Al verle venir Raynald, se alejó precipitadamente sin pretender ocultarle su emoción, y Sofía se enjugó los ojos á toda prisa.

Incapaz como era de disimular una emoción, cuando Montcerny se dispuso á prepararla nuevamente á la idea de ser separada de Raynald y comenzó á hablarla del porvenir, diciéndole:

—Vamos, ¿habéis reflexionado? ¿No queréis vivir conmigo si permiten los acontecimientos que salgamos de aquí?

Ella no pudo más que responderle sollozando:

—¿Y á él, á mi pobre amigo, deberé abandonarle?

En vano él quiso objetarle que el amor no dura toda la vida y que tal vez llegaría día en que se felicitara de haberse visto separada de su amigo antes de haber sufrido su frialdad ó sus infidelidades.

A todo respondía ella moviendo la cabeza:

—No le conocéis, ni conocéis su corazón; nunca me será infiel, y si le abandono, jamás encontrará consuelo.

Y como viese que Montcerny parecía no creerlo, acabó por irritarse.

—¿Entonces creéis que yo me acostumbraría á vivir pensando que él me olvidaba por otra mujer? Sabed que mejor quisiera verle muerto que infiel.

Montcerny, poco hábil en cuestiones de astucia, comprendió que su dédalo de preparaciones para nada servía y prefirió decir la verdad:

—Pues bien, nada temáis, ninguna mujer os lo arrebatará, puesto que va á morir.

Enhiesta ante él, pálidos los labios y los ojos dilatados, gritó:

—¡Mentira!

Nada contestó él... cayó sobre ambos un terrible silencio.

Pero de improviso, comprendió Sofía en la expresión del rostro de Montcerny que éste no había mentido, y repuso con voz que pasaba sibilante por entre sus dientes apretados:

—¡No quiero que le maten!... ¡no le matarán!

El callaba sin encontrar qué responder á esa locura.



—¡Quiera Dios que me maten con él! continuó cada vez más rebelde y exasperada! ¡No se lo llevarán sin mí!...... ¡No lo quiero!

Debéis resignaros, dijo él gravemente, no sois dueña de salvarle ni de morir con él.

Pero Sofía no le escuchaba; un pensamiento súbito había cruzado por su mente.

—Hay mujeres en la lista; yo sabré cuáles son... buscaré á una de ellas y me arrojaré á sus pies para suplicarle que me permita ocupar su lugar en la carreta.... ¡Qué importa el cambio á esos miserables con tal que esté completo el número de sus víctimas...... Ellos no miran; ¡matan!

Decía la verdad; poco tiempo antes habían guillotinado á Saint-Pern, padre, en lugar del hijo, y Fouquier Tinville ni siquiera había notado que le entregaban un condenado caduco en vez de un joven.

Montcerny retuvo á la joven por una mano:

—¿Y yo, Sofía, si vos morís, que será de mí?

Ella se desprendió, contestando duramente:

—Os pasaréis sin mí, como lo habéis hecho durante cerca de sesenta años.

—¿Qué mal os he hecho para que me tratéis de tal manera?, preguntó Montcerny tristemente. Y le recordó el ridículo que había desafiado por salvarla del claustro, y luego, ¿alguna vez le había dirigido una expresión dura, le había causado nunca el menor sufrimiento? ¿Cuando ella le abandonó, había intentado siquiera vengarse? ¡Y he aquí que le abandonaba nuevamente ahora que estaba viejo, descorazonado y solitario!

Sofía escuchóle primero con feroz indiferencia, pero luego sintió que su voluntad se doblegaba, comprendiendo que Montcerny decía la verdad, y que ella no tenía la libertad de morir. Su rebeldía cedió el lugar á una inmensa desesperación; volvió á caer sentada sobre el banco, ocultó el rostro entre las manos y lloró silenciosamente mucho tiempo.

Cuando al fin levantó la cabeza, Montcerny se aterró al observar su extraviada expresión. Sofía, que no había temido la guillotina cuando se trataba de ella misma, deliraba de miedo pensando en la ejecución de Raynald. Frases entrecortadas escapábanse de sus convulsos labios:

—¡Sin mí se habría salvado!.... porque estaba yo enferma se quedó en Francia... ¡Dios mío!... ser la causa de su pérdida y no poder siquiera morir con él!...

Montcerny ya ni siquiera pretendía consolarla; con la mirada fija en la tierra reflexionaba, y por fin dijo, como hablando consigo mismo:

—Sin embargo...... si yo le salvara......

Sofía fijó en él una mirada de loca, y cogiéndole ambas manos con tal fuerza que las uñas le penetraban en la carne:

—¡Salvadle! gritó ¡salvadle y haré lo que queráis!...... ¡Me iré á vivir con vos!...... ¡no volveré á verle nunca!...... ¡Le olvidaré si así lo queréis; pero...... salvadle!......

Se oyó el tañido de una campana y los prisioneros comenzaron á abandonar el patio.

—Id con ellos, dijo Montcerny; aún no puedo deciros lo que haré para salvarle, pero ¡tened confianza en mí!

Y cuando ella se alejaba tambaleando de emoción, volvió á llamarla:

—¿No me diréis nada antes de partir, Sofía?

Ella juntó convulsivamente las manos y repitió:

—¡Salvadle!

***

Por la tarde, cuando se efectuaba la sesión del Tribunal revolucionario, Fouquier Tinville interrumpió con mal humor al actuario que llamaba á los acusados, al ver levantarse al que contestaba al nombre de Raynald.

—¡Un error más! gritó el acusador público á su subordinado. ¡Qué dices tú ahí que tiene veinticuatro años! Ponle por lo menos sesenta...... ¡Vamos, corrige el acta de acusación y pronto, que no tenemos tiempo que perder!

Esta sesión, la última del Tribunal, fué muy agitada. El presidente Dumás fué arrestado antes que concluyera la audiencia; pero, después de deliberar, los jurados dicidieron continuar en su ausencia y dictaron el veredicto de muerte.

Algunos instantes después los condenados, al dirigirse al lugar del suplicio, pudieron creer que se verían salvados, pues el pueblo, enardecido por la prisión de Robespierre, trató de cerrar el paso á la comitiva y libertar á las víctimas.

Desgraciadamente el General Hanriot, que recorría las calles con un destacamento de hombres armados, dispersó á la multitud y escoltó la última carreta hasta el lugar de las ejecuciones.

—Esta vez, por lo menos, pensó Montcerny subiendo las gradas del patíbulo, puedo estar seguro de no arrepentirme de mi generosidad.



SOL DE SANGRE.

Por inmensos caminos solitarios,
Huyendo de ignorados campanarios,
Los peregrinos van, faltos de aliento,
Y de aldeas siniestras y lejanas
Les saludan al paso las campanas
Con notas que cabalgan sobre el viento.

El horizonte, bajo el sol, se dora,
Manchado por la sangre de una aurora
Que se teme á la vez y que se espera;
Las nubes se amotinan y se empujan,
Y como buitres, al huir, se estrujan
En el espanto de la noche negra.

Tiembla y cede la tierra bajo el peso,
Se abre un abismo en el dintel del beso
Y todo es sepulcral, como una luna;
Sólo se oye el rumor sordo y la queja
De aquella muchedumbre que se aleja
Con fatigas de mar hacia su cuna.

En la sangre del sol busca su origen;
Torvos y extraños sentimientos rigen
Su reflujo fatal hacia la aurora,
Y jadeante, vencida y sin aliento,
Se arrastra latigueada por el viento,
Royendo el amargor que la devora.

Y mañana al triunfar, cuando derribe
La absurda sociedad que la proscribe,
Brillará como un sol á nuestros ojos.
Sus pupilas extrañas y dementes,
Empapadas en púrpuras ardientes,
Parecerán dos corazones rojos.

Sus manos, impacientes de batalla,
Removerán la gigantesca hornalla
Donde alimenta el sol sus encarnados,
Y en la ruda apoteosis del incendio,
La Plebe se alzará como un compendio
De todos los sollozos ignorados.

MANUEL UGARTE.



ELÍXIR ESTOMACAL DE SAIZ DE CARLOS.

Lo recetan los médicos de todas las naciones; es tónico digestivo y antigastrálgico **cura** el 98 por 100 de los enfermos del **estómago é intestinos,** aunque sus dolencias sean de más de 30 años de antigüedad y hayan fracasado todos los demás medicamentos. **Cura** el dolor de estómago, las acedías, aguas de boca, vómitos, la indigestión, las dispepsias, estreñimiento, diarrea disentería, dilatación del estómago, úlcera del estómago, neurostenia gástrica, hipercloridria, anemia y clorosis con dispepsia; las **cura** porque aumenta el apetito, auxilia la acción digestiva, el enfermo come más, digiere mejor y hay mayor asimilación y nutrición completa. **Cura** el mareo del mar.

Una comida abundante se digiere sin dificultad con una cucharada de **Elíxir de Saiz de Carlos,** de agradable sabor, inofensivo lo mismo para el enfermo que para el que está sano, pudiéndose tomar á la vez que las aguas mineromedicinales y en sustitución de ellas y de los licores de mesa. Es de éxito seguro en las diarreas de los niños en todas sus edades. No sólo **cura,** sino que obra como preventivo, impidiendo con su uso las enfermedades del tubo digestivo. Diez años de éxito constante. Exíjase en las etiquetas de las botellas le palabra **STOMACALIX** marca de fábrica registrada. De venta; Serrano, 30, farmacia, Madrid y principales de España, Europa y América.



LA "FOSFATINA FALIERES" es el alimento más grande y el más recomendado paralos niños desde la edad de seis á siete meses, y particularmente en el momento del destete y durante el período del crecimiento. Facilita mucho la dentición; asegura la buena formación de los huesos; previene y neutraliza los defectos que suelen presentarse al crecer, é impide la diarrea, que es tan frecuente en los niños.—PARIS, 6 AVENUE VICTORIA, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

Gran Joyería y Relojería

la. Plateros 12 y 14



ARTICULOS "ART NOVEAU"
AGENCIA DEL RELOJ OMEGA
Pídase Catálogo, Apartado 271.



Se obtiene un

HERMOSO PECHO

por medio de las **Pilules Orientales** que en 2 meses **desarrollan y endurecen á los senos,** hacen desaparecer las salidas huesosas de los hombros y dan al Busto una graciosa lozanía. Aprobadas por las eminencias médicas, *son benéficas para la salud* y convienen á los más delicados temperamentos. — Tratamiento fácil. Resultado duradero. — El frasco con noticia fr. 6.35 J. **RATIÉ,** Ph[ien],5, Pass. Verdeau, **Paris, 9°.**
En *Mexico* : **J. LABADIE Suc[res] y C[a].**

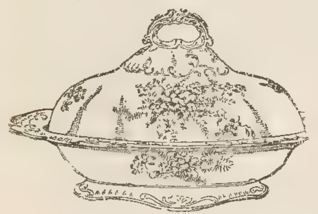
CRISTALERIA

Loeb Hermanos.

Primera Plateros. Esquina Alcaicería.

VAJILLAS PARA MESA

De Loza y Porcelana, blancas y decoradas.



Copas y Vasos, Botellas y todos los artículos de cristal desde clases corriente hasta más fina.

Juegos, Lavamanos, Escupideras en variedad que no se iguala en ninguna parte.

Artículos de lujo y fantasía propios para obsequios, á precios sin igual.

Crema rosada "ADELINA PATTI."

Compuesta de substancias tónicas y saludables, evita las arrugas, refresca el cutis y conserva la hermosura de la cara hasta la vejez, comunica un perfume delicioso, y con su uso diario, las señoras tienen la seguridad de conservar siempre los encantos de la belleza y la frescura de la juventud.

Tanto en Europa como en América, la usan las damas más aristocráticas.

DE VENTA EN DROGUERÍAS Y PERFUMERIAS

PETROL

DEL DR. TORREL, DE PARÍS

Unica preparación que evita la caída prematura del pelo, lo aumenta, suaviza y hermosea, á la vez que le comunica un aroma agradable.

EL USO DEL PETROL DEL DR. TORREL, DE PARIS.

evita la calvicie prematura, que tanto afea y comunica al hombre el repulsivo aspecto de un joven viejo y gastado.

ASMA
OPRESION
CATARRO

CURACIÓN pronta y asegurada con los polvos antiasmaticos y los CIGARROS **GAMBIER**

COQUELUCHE

Tratamiento racional é infalible por Fumigaciones con los

POLVOS FUMIGATORIOS GAMBIER

PARIS — 208 bis, Fg St-Denis
México: J. LABADIE, Suc[es] y C[ia]; - J. BIHLEIN.

RECOLORACIÓN

DE LAS

BARBAS y del PELO

CON EL

EXTRAIT des SIRÈNES

de **GUESQUIN,** Químico en *París*

En *Mexico* : J. LABADIE Suc[es] y C[a].

INTERESANTE: lecciones á dimicilio de corte de ropa y de patrones á la medida, iguales á los mejores que vienen de París. Precios sin competencia, al alcance de todas las fortunas. Primera lección gratis. Dirigir sus tarjetas á calle de Capuchinas 6. Centro de Comisiones Sra. Machen y Cía.



MAGGI

Para sazonar:
Caldo,
Sopa
y Salsa.
En frascos.

El Mundo Ilustrado

AÑO X—TOMO I—NUM. 24

MEXICO, JUNIO 14 DE 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



CELESTE.

(Cuadro de Herbert Schmalz).



DIAS DE ROMA.

S. P. Q. R.

EL PALATINO.

En algunas regiones del Asia ó del Africa inexploradas, puede suceder todavía lo que aquí sucedió: un pueblo de pastores, es decir, de nómades, que necesita fijarse en un lugar ventajoso para la defensa de sus ganados; que inventa ó conoce el arado para hacer producir la tierra; que sin dejar de ser completamente pastor, comienza á ser labrador, y que creyéndose rodeado de fuerzas sobrenaturales, se pone en contacto con ellas por medio de un grupo sacerdotal, y que sintiéndose rodeado de fuerzas vivas (los otros grupos que le disputan el paso ó el hogar), entra en contacto con ellas por medio de un grupo guerrero: un pueblo en esta situación, se encuentra un conjunto de colinas en terrenos ó fértiles ó pantanosos, junto á un río, y allí se detiene y lucha por quedarse y lo logra al fin: ésa es la historia de Roma naciente, á la que la leyenda (en buena parte fabricada por los griegos) ha puesto su marco de poesía épica y de ensueño religioso. El cerro Palatino, alto de unos cuarenta metros sobre el pantano del Foro; defendido por el riachuelo del Velabro; dominando las otras colinas de que estaba aislado, era un sitio admirable para vivir y defenderse; allí los romanos de la leyenda, que en el fondo son los de la realidad, plantaron sus cabañas redondas, encerraron sus ganados que pacían en el pantano y en los llanos próximos y se rodearon de una muralla de defensa; es decir, «inauguraron» una ciudad; es decir, para concitarse la protección de los dioses, acudieron á los vecinos etruscos que conocían mejores recetas para esto, y el caudillo, envuelto en el velo ceremonial, cumplió con los ritos augurales y trazó un surco en la mitad de la pendiente de la colina cuadrilonga, levantando el arado en donde debían situarse las puertas: así definió la ciudad de Roma, cuyo recinto fué sagrado, es decir, consagrado á los dioses, desde aquel punto. La profanación, el sacrilegio se castigaba con la muerte: de allí la leyenda de Remo el profanador y de Rómulo el inaugurador.

¿Y será cierto que estas piedras, que estos bloques entre sí unidos sin cemento, por sólo el peso, son las reliquias de la «Roma quadrata,» de la que Rómulo fundó? Yo lo deseo vivamente; así podría decir que había visto materialmente la cuna de lo que hoy es, no la raza, sino el alma latina.

¡Oh! este Palatino, aun después que Roma hubo dominado las colinas circunstantes, siguió siendo la ciudad, por excelencia. Los romanos veneraban allá abajo, por donde acabamos de entrar, junto á la iglesia de San Theodoro, la cueva en que la loba amamantó á los gemelos; aquí arriba la casa del fundador, los restos de la primitiva traza; aquí estaba, por donde sube la calle pendiente que lleva al Foro, la puerta en que ungían al entrar ó al salir los ganados («porta mugonia»); junto está el templo que Rómulo ofreció levantar á Júpiter Stator [que detiene], porque, como recordáis, lectores, los sabinos, que tenían sus aldehuelas en las próximas colinas, atacaron furiosamente á los romanos del Palatino, que les habían arrebatado á sus mujeres, y tal fué la embestida, que los romanos pusieron pies en polvorosa, y para contener aquel pánico, Rómulo invocó á Júpiter, le ofreció un templo y el buen señor les paró los pies y contuvo el corazón de los fugitivos. Y he aquí los restos de ese templo. Muchos eruditos dudan que estos vestigios tengan tamaña antigüedad; yo, que no soy erudito, no lo dudo. ¡Pero si lo del rapto de las sabinas es un cuento probablemente, me argüía uno de mis compañeros; usted mismo nos lo ha dicho en la clase de historia! Sí, pero en primer lugar las luchas entre los dos pueblos, son innegables; los romanos se batieron siempre, combatieron sin cesar, sobrevivieron á esas luchas y por eso fueron lo que fueron, la selección se había verificado, eran los más aptos para la vida. Y dígame usted ¿qué camino habría tomado la historia romana, cuán probable es que nosotros no habríamos llegado á ser, si Júpiter no detiene aquí á los sabinos y les impide tomar á Roma, incendiarla y matar al águila en el nido! Hagamos conforme á los sagrados ritos un sacrificio [mental] sobre estas piedras santas.

Todo es emoción histórica inexpresable en esta visita. Cuando en el lado de la Colina que ve al Velabro, al Capitolio, al mercado de los bueyes, junto al río («Forum boarium») dice el guía: aquí estuvo la casa de Cicerón, la que Clodio hizo quemar á las turbas locas y que el Senado hizo reconstruir á expensas de la República (como hizo la Asamblea con la de M. Thiers, quemada por los clodios de la Comuna), se siente calofrío, como si las palabras fuesen una evocación, como si viésemos venir una sombra errante entre aquellas reliquias de un mundo materialmente muerto, anímicamente vivo é inmortal. Hay mucho de artificial, de «voulu,» en todo esto, lo comprendo; pero de estas actitudes que tomamos ante nosotros mismos, se compone el ademán total de la vida.

***

Augusto, cuando todavía se llamaba Octavio, compró aquí una casita (precisamente la del orador Hortensio, el émulo de Cicerón) y de esa casita nació el Palatino imperial; un siglo después, ya no vivía en el cerro sagrado más que el emperador y su familia, con sus augustanos, con sus libertos, con las servidumbres, en sus palacios.

No sé si habrán quedado vestigios de la casa de Hortensio; si los hay, no supieron mostrármelos los guías oficiales del Palatino. Lo sentí, porque Hortensio fué mi patrón, como quien dice el general vencido de mis primeras ambiciones infantiles; ¡cuántas batallas perdimos juntos, mi general! ¡Como que Cicerón era nuestro contrario, y yo nunca logré, no sin amargura, ser oficial de Cicerón! Veo perfectamente en mis recuerdos sobre las paredes crudamente blancas de cal del liceo en que á los once años estudiaba en Mérida, el escudo azul de los de Hortensio y el rojo de los de Cicerón; éstos eran los primeros, los que tenían mejores puntos de aplicación y de conducta. Los de Hortensio éramos los segundos, yo siempre fuí de los segundos; no era de los segundos á veces, porque era de los terceros; siempre me ha sucedido lo mismo; me he resignado á ello hace tiempo, pero confieso que nunca quise á mi jefe, nunca; mi sueño dorado era ser de Cicerón, pero apenas me acercaba un poco á él por la historia, por la aritmética caía yo en brazos de Hortensio...... Y todo esto era ideado por nuestro santo y sabio profesor italiano el señor Magaloni, que, según decían, había sido secretario de Rossi, cuando éste fué asesinado en Roma, y cuya vida anterior á su venida á América siempre quedó envuelta para nosotros en el misterio: la verdad es que lo creíamos un cardenal fugitivo. Pero volvamos á Hortensio, es decir, á Augusto.

***

Una ascención al Palatino se llama en el lenguaje de los guías: visitar el Palacio de los Césares. Y era de ver la cara compungida de mi amigo Pepe Velázquez, excelente compañero de viaje por lo consecuente y lo parejo, como aquí decimos, pero que no había sido pagado por el Gobierno como yo, para saber historia, cuando se veía en aquellos espacios rodeados de muros de ladrillo ó de ese relleno especial que los romanos usaban y afirmaban con ladrillos y luego revestían de mármol ó piedra, muros altísimos á veces, y derechos ó curvos, pero infinitamente

desnudos, enormes esqueletos de edificios, con los pisos destrozados en que apenas quedan fragmentos de mármoles y sombras de mosaicos: ¡Esto es el palacio de los Césares!

En primer lugar, «los palacios,» debería decirse; son varios, todos unidos, es verdad, pero bien característicos: Augusto, que encontró una Roma de ladrillo y la dejó de mármol, hizo el suyo, modesto en comparación de los otros, ciertamente; no era más que la casa del patricio romano, un poco amplificada: el pórtico, la sala de recepciones ó audiencias («tablinum»), luego el peristilo (patio rodeado de columnas), con habitaciones á lo largo de los corredores, y al fondo el comedor ó «Triclinium;» los adoratorios ó lararios, las bibliotecas, los jardincillos interiores, complicaban, pero no alteraban la distribución clásica. Pero la casa de Agusto quedó un poco abandonada en tiempo de Tiberio, que odiaba á su padrastro y que se hizo edificar en la parte de la meseta que veía al Capitolio un palacio propio, pronto abandonado también por su propietario, que prefería las nefandas delicias del Golfo de Nápoles, la divina copa de coral y oro y zafiro en que el cruel viejo engastó sin cesar efímeros rubíes de sangre humana. Livia, viuda de Augusto y madre de Tiberio, se retiró también del desierto palacio á una casita que hizo decorar primorosamente por sus pintores griegos.

Un loco de atar subió al solio imperial y no quiso ser menos que su antecesor y también tuvo su palacio del lado del Foro; míranse desde éste las ruinas del palacio de Calígula sobre la casa de las Vestales, á guisa de gigantesco colmenar desbaratado y sin abejas. Calígula, para visitar á su hermano Júpiter y acordar con él asuntos del imperio ó regañarlo cuando fuera necesario, se hizo levantar un puente entre su palacio y la roca del Capitolio. Os confieso que este megalómano infame, y sanguinario y depravado, tal vez porque deba sospecharse que era un irresponsable, divierte y hace reír un poco. A sus contemporáneos no les causó tanta risa y uno de ellos, constantemente befado y ultrajado por el César demente, lo espió en el criptopórtico (un largo pasadizo oculto) y lo mató.

Claudio el imbécil, sabio filólogo, que nos ha dejado muy buenos datos sobre la historia primitiva de Roma y cuya historia privada es la de una calabaza, diría Séneca, yo buscaría el símil más bien en la zoología que en la botánica, porque es una de las más prodigiosas representaciones tauro-humanas que hay en los anales latinos, ¡lean á Suetonio y á Tácito quienes duden! no edificó nada aquí. Su mujer, una señora pelinegra que se disfrazaba con una gran peluca rubia y acompañada de una sola esclava se escapaba de noche por el criptopórtico, bajaba al Foro, lo atravesaba y se perdía en los tugurios infectos de la Suburra, de donde regresaba antes del sol, «lassata, sed non satiata;» esta madama Claudio se llamaba Mesalina en el palacio; en la Suburra, la loba: ¿no será todo esto un chismazo del amigo Juvenal? A Claudio, cierto día que había comido, devorado, mejor dicho, una ó dos libras de hongos condimentados por la cocinera Locusta, un gran «cordon bleu» que solía guisar con salsa de muerte, sucedió en el solio el hijo de su última mujer Agrippina, hermana de Calígula, y que se había empapado en las máximas morales de Séneca, el preceptor de su hijo, para tener el gusto de hacer todo lo contrario; ¡pero tanto que es para santiguarse! El tal hijo se llamaba Nerón, que dejó el Palatino, por chico y por cursi, y se fué á hacer palacios á otra parte. Buscaba, buscaba. Un día se incendió gran parte de Roma; habéis visto ese incendio en «Quo Vadis;» es lo que ahí se ve mejor; y Nerón dijo: ésta es la mía, y sobre la ceniza levantó una casa de oro, en cuyos jardines podía caber todo el Palatino. Todo allí era improvisado, pero enorme y no os repetiré la descripción de las maravillas; Roma incendiada había sido para el supremo bergante imperial una lámpara de Aladino, á su luz habían surgido prodigios del suelo. No era esto lo que le tenían á mal los romanos, sino que todo fuera para él; hasta entonces los emperadores habían construído para el solaz del pueblo; éste ante todo.

A esa tradición volvieron los Flavios, que reconstruyeron materialmente una parte de Roma, que hicieron un Capitolio de oro y elevaron en la fantástica mansión neroniana el Coliseo; ya Roma tenía su inmenso «Circo máximo» para las carreras y las luchas, el «Circo flaviano» era casi redondo para los combates de gladiadores y de fieras y para las batallas navales («naumaquias»). El último Flavio, Domiciano, tirano político del tipo de Tiberio, más espantable y menos serio que el viejo impuro de Capri, erigió, no una casa, para eso tenía la de Augusto, sino un verdadero palacio en la colina imperial; Marcial y Stacio, el elegantísimo y el ampulosísimo poeta de la adulación abyecta y sin límites, nos han descrito los portentos del nuevo palacio imperial, la sala de audiencias sostenida por soberbias columnas, decorada por altísimas hornacinas en que descansaban grandes estatuas de los dioses y en cuyo ábside Domiciano, á la usanza oriental, se hizo erigir un trono (los otros emperadores no lo habían usado); el peristilo de tres mil metros cuadrados, y el comedor que se confundía con el olimpo, con el cielo, decían los poetas arrodillados; rodeado de jardines (nínfeos) y dispuesto á maravilla para esas orgías sin nombre que tan teatralmente organizaba Nerón y que el mancebo Elagábal, el emperador invertido, había de extremar y refinar con torpezas extrahumanas, siglo y medio después.



La Casa de Calígula.

Pero Domiciano era un culto; él regaló á Roma para juegos griegos, un estadio en pleno Campo de Marte, que aún conserva su forma y su nombre («Circo agonale») en la plaza Navonna, con tan insigne pompa «fontanada» por Bernini y su escuela. Otro estadio hizo construir Domiciano junto á su mansión palatina.

Los Antoninos conservaron los palacios sagrados; pero erigieron sus grandes monumentos, foros, templos, arcos, termas, en la ciudad, no en el cerro imperial. Vino después el tercer siglo: Septimio Severo quiso rápidamente hacer lo que los otros habían hecho sucesivamente, para hacerse perdonar su origen y fisonomía africana. La verdad es que él y su feroz hijo Caracalla fueron constructores babilónicos; para aprovechar una orilla del Palatino aún no ocupada, prolongó la superficie haciendo substrucciones gigantescas que aún quedan, allí encima estaba su mirador, su «belvedere,» desde allí veía media Roma y asistía á los juegos del Circo máximo.

Luego vinieron los abandonos, las invasiones, los saqueos furiosos y rápidos y los despojos metódicos; mármoles y bronces desaparecieron ó fueron mutilados: los mosaicos se hundieron rotos; la maravillosa túnica de arte de aquellas casas dignas de los amos del mundo, fué arrancada en jirones y distribuída entre los templos de la religión nueva ó arrojada al polvo y á la incuria del tiempo. Cuando los virreyes bizantinos estaban en Roma, solían vivir en estos palacios apenas habitables ya. La vegetación, la incuria hicieron lo demás; los techos cayeron, y los muros, sin su blindaje de bronce ó de granito ó de mármol, vinieron al suelo y soterraron los pavimentos de incomparables mosaicos, dejando en pie enormes fragmentos que recortan en el cielo sus trágicos perfiles. Luego los señores romanos del Renacimiento, los favoritos de los papas, pusieron sobre todo esto sus jardines y sus «villas» (los famosos jardines farnesianos). Hace poco llegaron los arqueólogos y la exhumación comenzó.

***

¡Qué fría estaba la gris mañana de Enero que visitamos por vez primera el Palatino; qué frías las cosas, qué eternamente frías, qué muertas! Visitamos: debía decir devoramos, porque nos metimos por todas partes sin orden ni cronolo-



Restos de la Roma "quadrata."

gía, con desesperación de nuestros cicerones; los «bedekers» no fueron desenvainados. Corría un remusgo por entre aquellos lamentables esqueletos que nos llegaba al nuestro, glacial y penetrante; parecía un soplo de ultratumba; nos sentíamos clareados como los palacios á través de cuyas arcadas veíamos discurrir las sombras de los Augustos y Domicianos bajo las especies de mises de habla inglesa que escogían las ruinas para flirtear con sus blondos compañeros, ó asestaban los kodaks á los muros que erguían aún en el espacio helado sus lamentables fragmentos de donde caían grandes trozos de sombra que parecía hecha de siglos, y añoranzas y silencios....

Entramos en el criptopórtico que corre al margen de los palacios de Calígula y Tiberio. Es un amplio pasadizo cerrado completamente, excepto sus extremos, y que recibe la luz por lumbreras cuyos bordes el tiempo ha carcomido. Es un verdadero túnel, tan alto, que parece angosto; el revestimiento de bóvedas, muros y techos ha desaparecido, sólo quedan los últimos pilones de ladrillo que sostenían el empuje de las bóvedas y hasta ellos están en parte desbaratados; por aquella sombra casi nocturna, acá y allá encharcada de claridad glacial que caía de las aberturas cenitales, discurríamos en silencio, cuando el guía nos dijo: aquí mató Cherea al emperador Calígula. Contestamos á una y sin pensarlo: hizo bien, y seguimos nuestro camino. Pero al frío material que nos hacía tiritar, unióse desde aquel momento un frío de otro género, un frío moral, diríamos; aquel ambiente que nos parecía siniestro, se volvió trágico. Y veíamos al muchacho aquel de veintiocho años, cabeza pequeña en un cuerpo enorme, con el rostro de vieja lívida en que los afeites destinados, no á hermosearlo, sino á darle un aspecto aterrador, no acertaban á disimular las arrugas y parpadeos seniles, con la implacable senilidad del vicio; lo veíamos caer con la cabeza partida al primer golpe del fierro de Cherea, bañado en sangre y levantándose y cayendo nuevamente bajo los puñales. Su guardia germánica había tomado otro camino al subir del Foro, en que se habían celebrado unos juegos en honor de Augusto, y no lo pudo socorrer; su tío Claudio, que le seguía de lejos cojeando, y con la cabeza trémula como si en lugar de cuello tuviera una espiral de alambre, y la boca siempre abierta y llena de baba y de gula, se ocultó detrás de una tapicería, de donde lo arrancaron los germanos enfurecidos y lo hicieron emperador.

Entramos en la casa de Livia; si estas pinturas son de su tiempo, era una gran aficionada al arte puro, madama Augusto; un paisaje, una calle de Roma, un tema mitológico (Io guardada por Argos y salvada por Mercurio), y ornamentación decorativa en varias partes, esto es todo: es bastante para dar idea del admirable sentimiento pictórico de los artistas que por aquí pasaron hace veinte siglos. De vuelta de Pompeya quisimos rever estas pinturas; no, ninguno de los frescos de la ciudad muerta (y son centenares) es superior á éstos ni en dibujo ni en delicia de colorido; parece que los siglos les han puesto delante un cristal ligeramente ambarino, pero que les han conservado mejor su frescura y su encanto.

Dos horas gastamos en recorrer pórticos, salas regias, triclinios, basílicas, exhedras, pedagogios (escuelas ó efebias de jóvenes soldados de la guardia imperial), grandioso todo, triste todo, como que no hay nada; sí, si hay, restos de paredes, las suficientes para marcar las masas de los edificios, algunos arcos que parecen ojos enormes sin pupilas, algunos paredones de ladrillo y tierra que parecen milagros de equilibrio, todo hueco, todo vacío, trozos de un cadáver inmenso disecado implacablemente por el tiempo. Esto, el Foro mutilado, los bustos y las estatuas que se custodian en los museos, producen la impresión de que es Roma un anfiteatro, el supremo anfiteatro de anatomía....

Lo que está en pie son las sustrucciones del palacio de Severo, varios pisos de arcadas que muchos creen un palacio en ruinas y que son los cimientos de la postrera de las casas imperiales ..... De encima de ellos se ve la traza del Circo máximo y los fragmentos albeantes del cementerio israelita y el Aventino escueto enfrente. Aquí abajo estaba un pórtico de varios pisos («el zeptizonium;» lo destruyó Sixto V para aprovechar el material) erigido por el emperador africano, con objeto de servir de perspectiva final á la vía Appia, que se ve salir de Roma entre ruinas y perderse en la maravillosa melancolía de la campiña romana, entre reliquias y sepulcros.

***

De estas visitas sale uno cabizbajo, silencioso, como cuando se deja una casa mortuoria, como cuando se ha visto un cadáver......

¿Habrán hecho bien los arqueólogos en exhumar esta Roma imperial de su tumba gigantesca, para satisfacer una curiosidad que no se sacia, que no puede saciarse? Pero han violado así el misterio, es decir, la poesía de estas ruinas. ¿No estaban mejor bajo sus jardines Farnesios y su villa Mills, sombreadas por los cipreses negros, y los cedros verdes, y las encinas ahora quemadas por el invierno y las higueras que descienden opulentas y frondosas (en estos momentos son huraños esqueletos gráciles y feos) de las higueras de los tiempos de Rómulo? ¡Cuánto indefinible encanto habría en esta Roma sagrada adivinada entre las flores, y ahora vista en fragmentos irreparables entre las narraciones fastidiosas de los «cicerones» uniformados!

Sí, pero cómo ayuda todo esto que se ha exhumado á la evocación. El espíritu trabajosa y dolorosamente, pero por la fuerza, pero inevitablemente, completa los muros, rehace las bóvedas, pone en pie las columnatas, restaura los estadios y repone los mármoles, bronces, mosaicos, jardines y fuentes (¡oh! las divinas fuentes eternamente murmurantes de Roma), y todas las líneas se completan y retorna el encanto de los capiteles y el relieve de los frisos, y cuelgan los cortinajes asiáticos en las entradas de los triclinios, y las estatuas griegas sonríen ó cantan en sus nichos......

Y un inmenso regocijo se difunde en el alma, se ve alzarse y vivir lo ideal.... Y vienen luego las sombras, y cuentan todas ellas su drama, su idilio, su risa.... Un grafito por aquí encontrado y que se conserva en un museo, representa á Cristo en forma de asno crucificado; ésta fué la primera impresión que hizo el cristianismo sobre el pueblo romano; entre esa caricatura y la transfiguración de Rafael, ¡qué transformación! ni las de las edades geologicas pueden servir de metro á estas transformaciones del alma! Vida intensa del alma hecha de nuestra comunión con los muertos: ¡Oh Roma, oh Roma, á quién no has dado el derecho de llamarte Roma mía!

Justo Sierra.



PÁGINAS DE VIAJE.

LOS PERROS DE LUCERNA.

Carlos Sarrus, un exquisito crítico de arte, ha escrito, no recuerdo con qué motivo: «Todo hombre tiene dos patrias: la suya y Francia.»—Y yo creo que todo hombre nacido en país libre, tiene también dos patrias: aquella en que nació y Suiza, el hermoso jirón coronado de picachos blancos, tenuemente asomados á la superficie de lagos azules.

La libertad es allí una función orgánica; parece que baja arrastrada por el viento que desciende de los ventisqueros, que brota con la generosa savia de las viejas selvas de pinos, que se esparce con las corrientes de agua, que se alza en himno en las gigantescas moles de granito que escalan el cielo. Pero ¡penetrad más hondo! Poblad aquellos valles, sembrad—como el Diablo de la leyenda caseríos y «villas,» suspended nidos humanos en aleros de abismos, y siempre veréis la simbólica flecha de Tell partiendo el corazón de Gészler.

Y martilleando tenazmente sobre esa idea, en aquella rosada mañana estival, frente á las agudas agujas de San Ligero, vino, de pronto, una aparición á descubrir el secreto de la gran fuerza harmónica que sentía latir en torno mío. Aparición minúscula, casi insignificante, baladí, fugitiva para los ojos de un viajero presuroso, que sólo procura abarcar los contornos gruesos, las líneas de relieve: un cochecillo cargado de botes con leche, tirado por un perro. ¡Ah! sí, es verdad! La libertad es fuerza, porque es acción, porque es movimiento, porque es trabajo! He ahí el secreto.

Sólo los pueblos ricos son pueblos libres—ha dicho un estadista ilustre;—pero para ser rico, es necesario que el mazo golpee el yunque, que el agua mueva el molino, que el músculo atirante el brazo, que la máquina haga andar la fábrica, que el buey arrastre el arado, que el perro conduzca el carro. Y una ráfaga de luz pasó sobre la blanca ciudad policroma, rebosante de los ruidos de la vida. Y pasaron también por mis oídos las varoniles estrofas del poeta de "La Campana":

> "Afianzado en el suelo fuertemente
> ya el molde está de recocida greda:
> hoy fabricada la campana queda.
> obreros, acudid á la labor."

Y como para responder á mi evocación, de lo alto de las torres de la "Hof-Kirche" comenzaron á descender las notas broncíneas, que como clarines de combate llamaban á las huestes alegres, á las que cantan la victoria en la tarea, á las que responden á la energía de la naturaleza con su energía propia y fecundan la existencia con la simiente viril del impulso.

Minutos antes, desde el Restaurant del Gütsch, á doscientos metros de altura, Lucerna se me había aparecido dormitando al pie del círculo de montañas que la rodea, como si quisiera protegerla de las miradas ávidas. El sol se había alzado perezosamente, envuelto en un tul de brumas, y lanzaba sus dardos sobre el Reuss, que se deslizaba presuroso bajo bosquecillos obscuros; aquí y allá, chispazos rojos sobre el albo crestón de una montaña. Dormitaba la bella ciudad policroma, arrullada por las rítmicas ondas del lago.

Ahora, el sopor había huído y la robusta potencia de un gran pueblo se hacía sentir en las avenidas, repletas de turistas, llegados de todas partes del mundo, para contemplar espectáculos de naturaleza, indiferentes á este otro espectáculo del hombre en acción, de la vida escapándose á borbotones, para hacer andar una idea, para mover una maquinaria que reclama que ninguna ruedecilla esté ociosa.

Un criminalista moderno ha soñado que en la puerta de cada prisión se coloque una leyenda: «Aquí, el que no trabaja, no come.» Pero, de esta suerte, el trabajo resulta un castigo, es algo cruel y duro, determinado por la ley de la existencia, justiciera, en el fondo, mas impuesta al modo que los antiguos caballeros cristianos imponían el amor á la humanidad predicado por el Cristo: á tajos y reveses. Someterse á esa ley, es ya una pena; aceptarla con regocijo, hacer de ella un cimiento en que sustentar un edificio, es haber glorificado el supremo objeto de la Creación, al que une por un misterioso reguero de energías invisibles al gusano con la flor, al hombre con el astro.

Y en esa rosada mañana de Lucerna, frente á aquel cochecillo tirado por un perro, medité largamente, mientras de las agudas agujas de San Ligero caían las notas broncíneas de la campana que llamaban á las alegres huestes, como clarines de batalla.

Carlos Díaz Dufóo

La despoblación de un país es el suicidio de una raza.

Roosevelt.

El matrimonio es el principio del divorcio.

Renaud.



Escuela Correccional para Mujeres.

Próximamente se inaugurará el edificio que por acuerdo del Gobierno del Distrito se construyó en Coyoacán con el objeto de establecer en él una Escuela Correccional para mujeres.

La construcción se encuentra situada en terrenos colindantes con San Angel, se divide en dos secciones, afectas, una á la educación correccional, y otra á la corrección penal, y consta de dos pisos. En el superior se encuentran los dormitorios, las celdas ó separos, la enfermería y sus dependencias; y en el inferior, los departamentos de recreo, escuelas, talleres, comedor, baños, etc.

Acerca del régimen interior de la Escuela, la educación correccional comprenderá, según sabemos, un grupo al que deben ingresar las acusadas menores de nueve años á quienes las autoridades apliquen la reclusión preventiva, y otro, que se formará con las menores de veintiuno y mayores de catorce que el Gobernador del Distrito mande internar á la Escuela para auxiliar á los padres de familia en el ejercicio de la patria potestad, si fuere necesario. Al primer grupo pertenecerán también las menores de catorce años y mayores de nueve que sin discernimiento infrinjan alguna ley penal.

La segunda sección comprenderá un solo grupo, debiendo formarse éste por las mujeres de catorce á dieciocho años de edad que hayan sido sentenciadas judicialmente.

***

Por lo que ve á la distribución interior del edificio, la parte que ocupará la Sección Primera se compone de un dormitorio, dos salones para escuela, cinco piezas de «separo», cincuenta celdas, un patio para ejercicios físicos y recreo, un departamento de talleres, uno para enfermería, un locutorio, un comedor y una sala de aseo. La parte destinada á la otra sección, consta de cincuenta celdas-dormitorios, que, en caso ofrecido, servirán para incomunicar á las reclusas responsables de alguna falta; salones para escuela, talleres, enfermería, etc., etc. Además, en la planta general del edificio, quedan incluídas otras dependencias, como son las habitaciones y el despacho de la Directora, los almacenes de productos de los talleres, los baños, la botica, la lavandería y la cocina.

En suma, la construcción obedece á un proyecto concienzudamente estudiado y está sujeta en todo á las condiciones higiénicas que requiere un edificio de su naturaleza.



Escuela Correccional de mujeres.—Perspectiva del edificio.



Fachada Principal



Un patio de la Escuela Correccional

LA NAVE DEL REY.

En el bajel vetusto de la vida
Como galeote arrastro mi cadena,
Y es para mí la suerte fiero cómitre,
Rudo, tenaz, y firme en su tarea.

Desde que apunta el sol, y tinto en sangre
Rompe las nubes negras,
Hasta que oculta en cenagal pestífero
Su máscara siniestra,
Fijo en el banco, en medio de la turba
Que vomita blasfemias,
Brego sin esperanza, y á la cólera
Del Ponto pido fuerzas.

Al empuje de todos junto el mío,
Y avanza la galera,
Sin recelo de sirtes ni de ráfagas,
En pos de las tinieblas.
Si desfallece el corazón, y el remo
En mis brazos flaquea,
¡Guay!—grita el capataz, y vibra el látigo
En mi espalda sangrienta...

¡Cómitre! ¡No desmayes ni perdones,
Ni compasión me tengas!
¡Chasca el rebenque! ¡Mátame!
Y... acaba tu faena!

RAFAEL DELGADO.



PROYECTO DE PALACIO LEGISLATIVO.—La gran escalera.

El Proyecto para el Palacio Legislativo.

Para completar nuestra información relativa al proyecto de Palacio del Poder Legislativo que formó el notable arquitecto francés M. Bénard, publicamos en el presente número un dibujo que representa la gran escalera de honor.

Esta escalera, en caso de que se construya, será no sólo de las más hermosas que existan, sino también una de las que, con justicia, merezcan ser consideradas como monumentales.

Las galerías que rodearán los dos grandes brazos que conduzcan al vestíbulo situado entre el peristilo y la sala de pasos perdidos, ostentarán primorosas columnas de mármol amarillo de Siena, siguiéndose en el desarrollo del proyecto un estilo verdaderamente grandioso, tanto por la riqueza de la ornamentación como por la magnitud de las proporciones.

La escalera, con las galerías, ocupará una extensión de dos mil quinientos metros cuadrados, aproximadamente.

ADRIANA DE LECOUVREUR.

Opinión sobre el Maestro Cilea.

Francisco Cilea es un poeta que une á su verdadero talento una gran modestia. Jamás ha presentado con bombo uno solo de sus trabajos, ni se ha dejado seducir por éxitos fáciles. ¡Ama el Arte por el Arte! Esto lo ha probado tantas veces cuantas ha presentado un nuevo trabajo, hecho, no en épocas, fijas sino después de períodos de tiempo relativamente largos, durante los cuales poco ó nada se ha hablado de él. Es, en una palabra, un maestro y un artista.

Lejos de seguir la escuela alemana (empresa ardua y que acaba por absorber y borrar la personalidad), ha cuidado de conservar la sencillez y claridad de su técnica, que indudablemente es la más aristocrática de las de los compositores italianos jóvenes.

Fueron sus primeros trabajos la «Filda» y la «Arlesiana». Esta última es una joya cincelada. Tesoros de armonía, esbozos melódicos vagos y originales, coros conducidos con admirable maestría; toda la ópera tiene un sello de melancolía extraña y por momentos dolorosa, que deja una impresión indeleble.

El maestro Polacco, que dirigió la Arlesiana en Milán, dice que Cilea podría llamarse el Massenet italiano.

La Adriana de Lecouvreur ha tenidò—y esto es indiscutible—gran éxito entre nosotros. Todos los trozos fueron aplaudidos y bisados. Estamos, por lo tanto, seguros de que la enfermedad del tenor Amadi fué la única causa de que la «Adriana» no fuera la obra preferida en la actual temporada. Tanto el conjunto como la «mise en scéne,» fueron cuidados escrupulosamente. A una y otra cosa se dedicó con amor el maestro Polacco, y á él debe Cilea el mayor tributo de gratitud. Puede decirse que ningún detalle fué olvidado y que para obtener la seguridad, la fusión deseada, no omitió la empresa sacrificio alguno, hasta el de retrasar varios días el principio de la temporada.

No es del caso hacer aquí un estudio crítico de la ópera y debemos limitarnos á citar los fragmentos más notables de esta partitura, que hará época en México.

El primer acto es una comedia lírica llena de verba, interrumpida solamente por los acentos dulcísimos de Michonnet en el monólogo y por el duetto de Adriana y Mauricio, duetto breve, pero lleno de sentimiento. En intervalo muy corto, asistimos á una sucesión de escenas cómicas, vivaces, llenas de sinceridad [especialmente en la música].

En el segundo acto, «l'andante mesto» para tenor «l'anima hos tanca» es una página inspiradísima, así como el siguiente dúo entre Adriana y Mauricio, «non e certo dei piu communi.»

El intermezzo (que ha llegado á ser obligatorio), es otra de las páginas que se imponen, y no cabe duda que el dúo de las dos mujeres, si bien por su efecto escénico recuerda el de «Gioconda,» produce profunda impresión por su fuerza dramática y sobre todo por su concisión.

El tercer acto comienza con una introducción originalísima. La declaración del Abate, á guisa de minueto, es deliciosa y pintoresca, pues nos da el color local de la época con una fidelidad admirable.

El «racconto» del conde de Sajonia, lleno de bélico ardor, y la gran escena de Fedra recitada por Adriana, son los puntos culminantes del acto.

En el cuarto son muchas las bellezas para poder enumerarlas superficialmente. El triste preludio, los tiernos acentos de Michonnet en el «duettino» con Adriana, son páginas sentidas, soberbias, que se podrían llamar psicológicas. Hay en este acto un crescendo de bellezas musicales á las que da fin la frase magistral «no la mia fronte che pensier non muta,» elevadísima por su inspiración y por su concepto; frase repetida después por los violines, en los momentos que preceden á la catástrofe, y que conmueven en lo más hondo.

Lo repetimos una vez más: el maestro Polacco imprimió tal fuerza, tal unidad, tal intensidad emocional en la obra, con un talento que es tan grande como su esfuerzo, que á él se debe muy particularmente, el aplauso unánime tributado á Cilea desde aquí.

—La mujer es una segunda alma de nuestro ser, que bajo forma diferente, corresponde á todos nuestros pensamientos, que despierta á todos nuestros deseos que enciende, y á todas nuestras debilidades que llora.

—No siempre se han de refrenar las pasiones de los niños con la severidad, ni siempre se han de acostumbrar á los mimos y caricias.

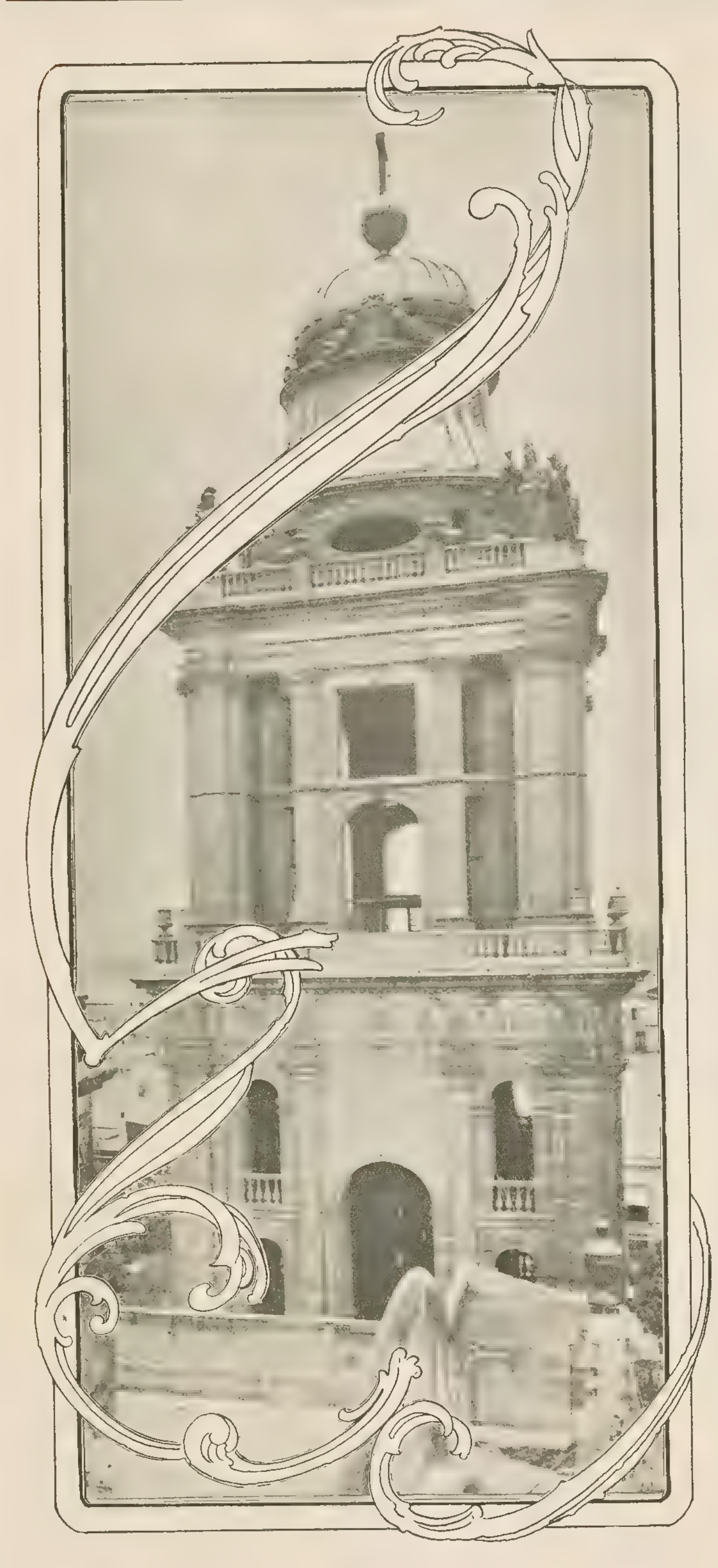
—No todos los que leen saben leer.

—La variedad deleitael entendimiento.



El Maestro Polacco.


Adriana Lecouvreur
Francisco Cilea
"Cantabile" del último acto
Andante triste (58-♩)
Andante triste (58-♩)
col canto
a tempo
rall
dolcemente
CILEA



LAS TORRES.

Serenas, sobre la agitación tumultuosa de las ciudades, las torres de los templos yerguen sus austeras siluetas.

Divinas viejas, hijas de las montañas, elevadas al cielo, como formidables plegarias, por todos los que han amado, por todos los que han sufrido, por los que pasaron por la tierra con la mirada fija en la altura, suplicantes y esperanzados, contemplan indecisas, con las órbitas vacías de sus ventanales, la ruda lucha moderna de seres que jamás convierten sus ojos á los cielos.

Nuevos edificios de zinc y fierro, semejantes á carapachos gigantescos de monstruos antediluvianos, interceptan el horizonte que antes las torres dominaban; y las voces de las campanas que llaman dulcemente á la oración, se pierden entre el tumulto de la calle y el chillar discordante de los silbatos de las fábricas.

El vigoroso empujón de la vida moderna á veces derriba una de esas torres, una de esas plegarias de piedra, para aprovechar sus escombros formidables en alguna raquítica construcción moderna.

Los gigantes van cayendo uno á uno...

Otros nuevos se levantan; pero frágiles, artificiosos, «industrialmente» fabricados, evidenciando una fe insegura de sí misma, y que en manera alguna recuerda los impulsos generosos y ardientes que hicieran exclamar á los canónigos de Burgos: «Hagamos un templo tal que la posteridad nos tenga por locos.»

Las torres viejas, leprosas, desconchadas, heridas por el rayo, maltratadas por la tempestad, desniveladas por los temblores, aparecen austeras y venerables sobre la marejada de azoteas y se perfilan en el fondo azuloso de las montañas.

Y esas viejas adustas tienen dulzuras maternales. En las oquedades de sus murallas se abrigan las palomas que cruzan á veces en bandadas estruendosas por cima de las calles apacibles de los barrios lejanos, y en la tierra fértil de luengos terreños traída por los vientos y depositada en las cornisas, á las veces, una leve flor silvestre crece y prospera, perceptible apenas como la sonrisa de un infante en el regazo de su madre.

Por las noches, bajo la lluvia y los nublados, las torres son pavorosas; crujen, y se lamentan y dan libertad á sus otros hijos, malos, rapaces y siniestros: los buhos y las lechuzas.

Si las torres son majestuosas en las poblaciones, si ennoblecen y decoran las sombrías calles metropolitanas, en los campos, humildes, sencillas, encaladas, perdidas como velas lejanas en los mares esmeralda del trigo que comienza á apuntar, aparecen familiares y hospitalarias.

El viajero que regresa de apartados lugares no puede contemplar con los ojos secos la torre del templo donde aprendió á rezar al lado de su madre, aunque los fuegos implacables de la vida hayan resecado su corazón.

¿Caerán algún día las torres? ¿Se cansarán de implorar esos enormes brazos suplicantes que se tienden hacia el cielo? ¿Substituirán á los gallardos contornos de los templos las siluetas toscas de los cobertizos de las fábricas, semejantes á bestias grises que hozan, y á las gallardas líneas de las torres un fúnebre erizamiento de chimeneas?

Las torres son majestuosas, benévolas, cordiales y hospitalarias; las torres se enderezan como símbolos sobre las muchedumbres inclinadas; se proyectan hacia el cenit como nobles pensamientos. No temen; maternales y robustas, atraen á los lastimados de la vida con su aspecto y con sus voces y les brindan la penumbra pacífica del templo, adormecida por un tibio olor de incienso.

Sobre las miserias metropolitanas, sobre la lucha vil y dolorosa por el mendrugo, las torres, esas divinas viejas, hijas de las montañas, yerguen sus austeras siluetas, implorando del cielo, ciego y mudo, un perdón......... una bendición tal vez.

C. T.

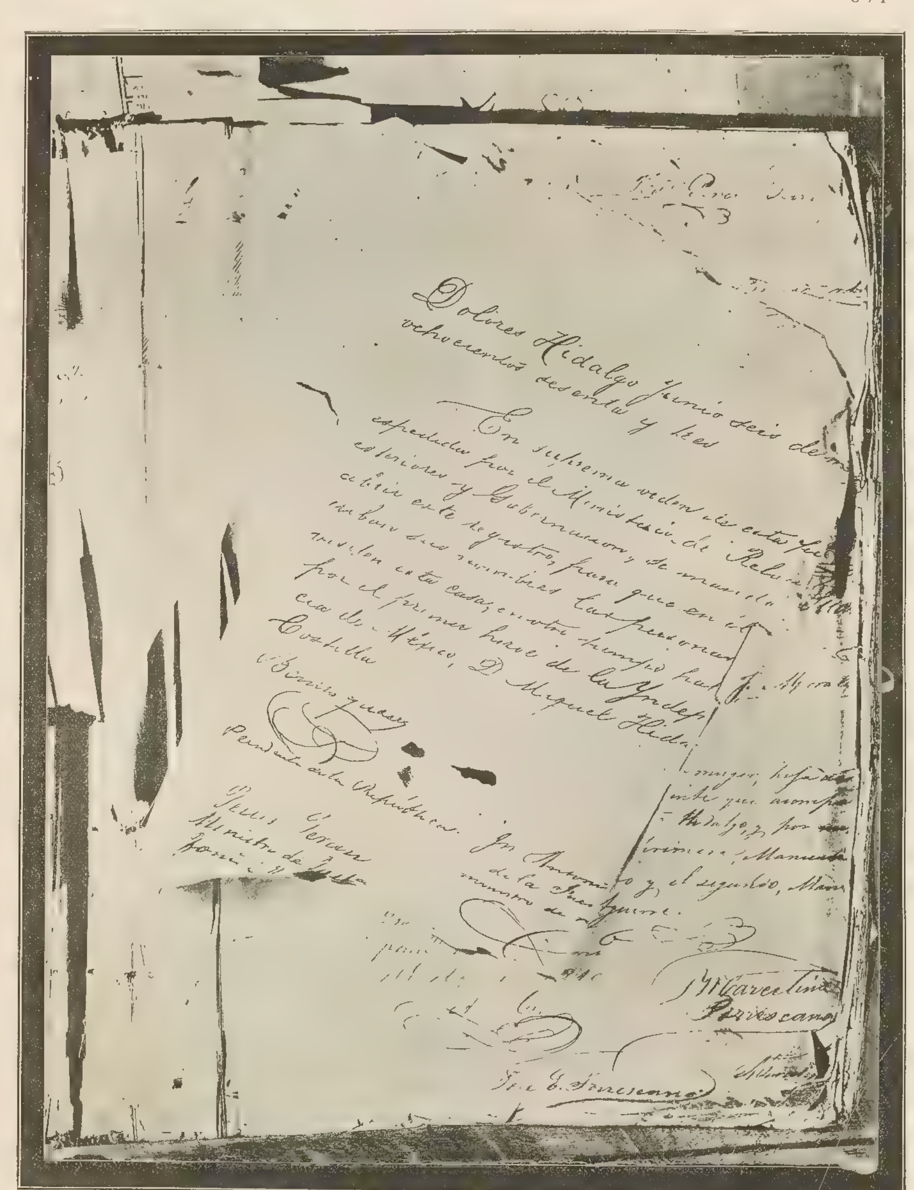

TORRE DE Sn HIPÓLITO
TORRE DE Sn DIEGO
TORRE DE Sn FELIPE DE JESUS
TORRE DE Sn FELIPE NERI
TORRE DE Sn JUAN DE DIOS

EL ALBUM DE HIDALGO.

Pronto será remitido al Museo Nacional el álbum que el Benemérito Juárez mandó poner en la casa que habitó en Dolores el Padre de la Independencia, á fin de que escribieran en él sus nombres las personas que visitaran el histórico edificio. El álbum, lleno literalmente de autógrafos entre los cuales existen algunos de personajes que tienen en nuestra historia un lugar distinguido, es un volumen de trescientas fojas, aproximadamente, está empastado con «tafilete» rojo y en la tapa superior ó principal tiene, en letras de oro, esta inscripción: «¡Honor al primer caudillo de la Independencia de México, D. Miguel Hidalgo y Costilla.» Según la constancia, firmada por Juárez, que aparece en la primera página, el registro de firmas se abrió el 6 de junio de 1863, ocupando las primeras páginas, con sus rúbricas, los miembros del Gabinete republicano y otros hombres notables adictos al inmortal plebeyo de Guelatao. La parte del álbum en que se ve la constancia, está deteriorada, casi por completo, y entre las pocas firmas que se distinguen, figuran las de don Jesús Terán y don Juan Antonio de la Fuente, Secretarios de Estado, y las de don Francisco Zarco, don Manuel María de Zamacona y don Francisco de P. Gochicoa, Diputados en aquella época al Congreso de la Unión reunido en San Luis Potosí.

En otra página, y encabezadas con la fecha «16 de Septiembre de 1864,» se ven las siguientes palabras puestas por el Archiduque Maximiliano de Austria el día mencionado: «Un pueblo que bajo la protección y con la bendición de Dios funda su Independencia sobre la libertad y la ley y tiene una sola voluntad, es invencible y puede elevar su frente con orgullo.»

Las frases anteriores, pertenecientes á la arenga que el día anterior pronunció el Archiduque desde la ventana de la pieza de estudio de Hidalgo, para celebrar la insurrección de Dolores, fueron escritas en presencia de la numerosa comitiva que lo acompañó primero á un Te Deum, cantado en la iglesia parroquial en acción de gracias por la Independencia, y después á un banquete que se dió en su honor y al cual concurrieron los veteranos de 1810 que se hallaban presentes en la población. Para escribir en el álbum, Maximiliano tomó asiento en la misma silla y se apoyó en la misma mesa en que lo hiciera, sesenta años antes, el esclarecido párroco de Dolores.



ALBUM DE HIDALGO.—La primera página.

Juntamente con Maximiliano, firmaron en el álbum don Juan de Dios Peza, Subsecretario de Guerra y Marina, don Sebastián de Scherzenlechner, que había sido ayo del Archiduque, que lo acompañó en su viaje de Miramar á México (Rivera, «Anales del Segundo Imperio»), y que á la sazón fungía de Consejero de Estado; don Angel Iglesias y Domínguez, Secretario de Gabinete del llamado Emperador y médico consultor de su Corte, y el Coronel Miguel López, que mandaba el primer regimiento de la Guardia Imperial. La firma de este último está burdamente tachada y sobre ella, casi ilegibles, se ven los nombres de los que la tacharon y la declaración de haberlo hecho así.

Otras firmas de personas adictas al Archiduque, aparecen también en el álbum. En las demás páginas, se encuentra una multitud de autógrafos que sería imposible enumerar: existen en ellas, de los señores General Díaz y del General Escobedo, de Miramón y del Licenciado don Joaquín María Escoto, acesor del Consejo de Guerra que sentenció á muerte á Maximiliano, y de otros hombres prominentes. Firmas enteramente desconocidas y «pensamientos» que, por lo incorrecto de la forma y lo vacío del fondo, revelan haber sido escritos por gentes rudas y sin ilustración, llenan algunas páginas del libro.

***

Hojeando este álbum, se experimenta algo así como la impresión que experimentamos al recorrer un cementerio. Del mismo modo que descubrimos en éste, junto á la tumba de un hombre ilustre, el sepulcro de un hombre sin fama y sin gloria, vemos en él, junto á la frase concisa y elocuente del pensador profundo,

la palabra sin brillo del humilde hijo del pueblo. Liberales y conservadores, enemigos en los campos de batalla, han estampado en él sus firmas, como si todos, olvidándose de que lucharon sin tregua por ideales muy distintos, se sintieran, antes que todo, mexicanos.

Esta ofrenda al Padre de la Independencia no puede ser más hermosa, y desde el punto de vista en que la consideramos, merece que se la tenga como muy digna del libertador.

Nosotros hemos querido dar á conocer á nuestros lectores algunas de las páginas más notables del álbum, y en este número publicamos la que contiene las firmas del Benemérito de América y de sus leales partidarios y la que guarda las palabras del Archiduque de Austria.

Setiembre 16 de 1864

Un pueblo, que bajo la proteccion y con la bendicion de Dios funda su Independencia sobre la libertad y la ley y tiene una sola voluntad, es invencible, y puede elevar su frente con orgullo.

Maximiliano

El subsecretario de Gra y Marina
Juan de D. Peza

El Chambelan de S. M.
J. Raigosa

Coronel del 1er Regto de la Gua Imperial

El Secretario de Gabinete del Emperador y Medico Consultor de la Corte Imperial
Angel Iglesias Dominguez

ALBUM DE HIDALGO.—Autógrafo de Maximiliano.

IMPRESIONES DE ESTÉTICA

La Palabra

En el verso puro ó en la prosa tenue y honda, la palabra debe ser un canto. En cada vocablo hay un espíritu y un ritmo. De aquí el poder mágico de la música sagrada del estilo. La palabra es, en verdad, una milagrosa harmonía; pero más intensa y múltiple que cualquiera otra, toda vez que puede expresar, con sonidos precisos, los más complejos estados de alma.

Oyendo una suave sonata de Beethoven soñáis dulcemente con tristes cosas de amor y de dolor, interpretando, de singular manera su melodía. Pero por más sinceras que sean vuestras emociones, no podríais asegurar que fueran las mismas que, al concluir aquella música, sintiera el divino Ludovico. Las palabras de una frase—tomadas en su sentido absoluto como harmonía y como pensamiento—sí os dan la idea de la impresión precisa que sintió el autor al darles vida y espíritu.

Es tan pobre nuestro vocabulario, que á veces—cuando la sutilidad de nuestro ser quiere manifestarse en una forma diáfana y cristalina—deseáramos inventar palabras y fórmulas profundas que expresaran todo lo que nos hace estremecer, sufrir ó gozar. Porque consideramos entonces como una profanación el tener que usar los vocablos banales y las míseras frases de cliché para decir cosas hondas y puras que han dormido un largo sueño virginal en el fondo de nuestra alma.

El esteta debe amar, sobre todas las cosas, la extraordinaria melodía de las palabras. El debe descifrar el sentido oculto de cada una de ellas y hacerlas vibrar y harmonizarlas de tal modo, que una frase sea el molde sagrado de una pena ó de un estremecimiento.

Que en una línea de prosa ó en un verso el alma humana halle una dolorosa palpitación, ó una brusca sacudida ó la melancolía de un recuerdo; que cuatro voces unidas por un misterioso enlace, os den la imagen vibrante de algo muerto en vuestro ser ó despierten en él una nueva tristeza ó evoquen una visión de hermosura... Que la palabra, en fin, tenga un ala; que suene y resuene como un cántico; que vibre en ella un espíritu, y diga, en un solo ritmo, algo de lo que sentimos y de lo que pensamos.

Que no sea una melodía monocorde, sino una polífona canción, amplia y sonora, derramando sus notas como una cascada de pedrerías fulgurantes.

FROILÁN TURCIOS.



ARBOL DE FUEGO.

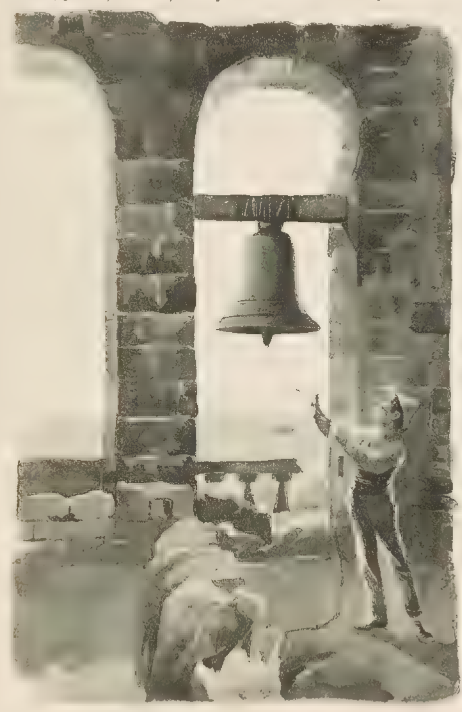
Arbol, bajo la púrpura florida
De tu copa, que Mayo ha engalanado,
Acaso alguna vez mi bien amado
Llegue á buscar tu sombra apetecida.
Para entonces la música sentida
De tus pájaros, guarda enamorado,
Y en el soplo más fresco y perfumado
Envuelve á la que es vida de mi vida.
En tu manto imperial de tintas rojas
Envuelto, la canción de los amores,
De sus labios es bueno que recojas.
Bríndale tus tesoros y esplendores,
Bésala con el beso de tus hojas
Y báñala en la lluvia de tus flores!

VICENTE ACOSTA.



LAS CAMPANAS.

En marzo se había enamorado Biasce. Dos ó tres noches que no conseguía conciliar el sueño. Sentía en todo el cuerpo hormigueos, ardores, picaduras, como si de un momento á otro fueran á salirle de la piel, á millares, yemas, ramitas, manojos de rosas silvestres. Hasta el fondo de su cuchitril entraba, sin saberse por dónde, fragancia nueva, fragancia fresca y áspera de savia en movimiento, de almendros floridos.... Por Santa Bárbara protectora! La última vez que vió á Zolfina, precisamente era en un almendro donde se apoyaba, contemplando dos velas en alta mar. Y sobre su cabeza extendíase una alegre blancura balsámica que cuchicheaba al sol; y á su alrededor veíase la azulada florescencia de un oleaje de lino; y en sus ojos había dos vincapervincas abiertas y debía de tener también flores en el corazón.



En el camastro, pensaba de nuevo Biasce enloquecido en toda aquella luz, en aquel desbordamiento de vida primaveral. Ya la línea extrema del Adriático se iluminaba allá abajo con las primeras miradas tímidas de la aurora cuando se levantó y trepó por la escalera de palo hasta los nidos de golondrinas, hasta el remate del campanario.

Flotaban por los aires voces indistintas y extrañas, semejantes á fugitivos alientos jadeantes, á respiraciones de hojas, á roces de brotes verdes, á susurros de alas. Dormían aún las casas acurrucadas; parecía dormida á medias todavía la llanura, cubierta con cortinas de leves nieblas.

De trecho en trecho, sobre aquel inmenso estanque, balanceaba el céfiro los árboles: en el fondo, las colinas moradas se degradaban en tonos más delicados, fundiéndose en el ceniciento horizonte.

En frente, el mar centelleaba como una faja de acero, con alguna vela obscura en la penumbra. Dominándolo todo, la fresca diáfana serenidad del firmamento, en el cual las estrellas una tras otra iban palideciendo.

Las tres campanas inmóviles, con el hueco vientre de bronce adornado de arabescos, aguardaban que los brazos de Biasce arrojaran vibraciones triunfales á las brisas matutinas.

Y Biasce cogió las cuerdas. Al primer impulso, la campana mayor, la Loba, se estremeció profundamente: dilatóse, estrechóse, volvióse á dilatar su ancha boca: una ola de sonidos metálicos, seguida de una especie de mugido profundo, cayó sobre los tejados todos, se propagó con el viento por toda la orilla, por toda la llanura. Y los tañidos se precipitaban, se precipitaban. Animábase el bronce, semejante á un monstruo loco de ira ó de amor, oscilaba espantablemente de derecha á izquierda, enseñaba la boca á las dos aberturas, soltaba dos notas amplias, profundas, unidas por continuo zumbido, rompía de pronto el ritmo, aceleraba el movimiento hasta confundirlo en un temblor de cristalina harmonía, que se ensanchaba solemnemente en el espacio.

Abajo, las ondas sonoras y las ondas luminosas arrojaban de las campiñas al sueño, subían las nieblas como humo, se doraban, se disolvían suavemente en la claridad matutina: los ribazos tomaban color cobrizo. Y súbitamente oyóse otro sonoro timbre al repicar de la Estrige, agrio, ronco, cascado, parecido á un rabioso ladrido contra el rugir de una fiera.... Y después resonó el martilleo rápido de la Cantora, martilleo alegre, límpido, ágil, revoltoso, parecido á un diluvio de granizo en una cúpula de cristal.

Y luego se escucharon los lejanos ecos de otros campanarios que despertaban: el campanario de San Roque, allí abajo, campanario rojizo oculto entre encinas; el de Santa Teresa, enorme pilón de azúcar horadado; el de San Franco, campanario de convento.... diez, doce, quince lenguas metálicas que vertían en el campo las sanas y alegres variaciones del himno dominical, en luminoso triunfo.

Aquel estrépito embriagaba á Biasce. Había que ver al chicarrón huesudo y nervioso, con una gran cicatriz rojiza en la frente, menear jadeante los brazos, agarrarse á las cuerdas como un mono, dejarse arrebatar por la irresistible fuerza de su Loba querida, subirse á lo más alto para dar los últimos impulsos á la Cantora, mientras retemblaban sordamente los otros dos monstruos domados.

Allí arriba era un rey Biasce. Las espesas yedras escalaban la añosa pared desconchada con juvenil arranque; enredábanse en las vigas de la techumbre como en troncos vivos; vestían los rojos ladrillos con tapiz de hojitas correosas, relucientes, parecidas á las placas de esmalte; colgaban por los anchos aleros como reptiles delgados y pululantes; asaltaban las tejas animadas por los nidos, nidos viejos y nuevos, llenos ya del gorjeo de amorosas golondrinas. Al pobre

Biasce le tenían por loco, pero allí arriba era rey y poeta. Cuando se combaba el cielo sereno sobre la florida campiña, cuando el Adriático brillaba con chispas de sol y anaranjados velos, cuando llenaba las calles el tráfico, permanecía en el remate del campanario sin hacer nada, como salvaje halcón, aplicando el oído al costado de la Loba, del terrible y soberbio animal que un día le había descalabrado, y de cuando en cuando le daba un golpecito con el dedo doblado, para escuchar sus largas y deliciosas vibraciones. Cerca de él relucía la Cantora como una joya en su envoltura de arabescos y cifras, con la imagen de San Antonio en relieve; más lejos, la Estrige mostraba la panza, vieja ya, surcada por una rendija en toda su longitud y con los bordes desportillados.

¡Cuánta meditación junto á las tres campanas, qué vagabundear de sueños extraños, qué arrebatos líricos de pasión y de deseo! ¡Y que gallarda era y hermosa la imagen de Zolfina, surgiendo de aquel mar de ondas sonoras, entre los ardores del mediodía, ó desvaneciéndose á la hora del crepúsculo, cuando la Loba sonaba con tonos cansados y melancólicos, y espaciaba sus repiques hasta morir de languidez!

Encontráronse una tarde de abril en la pradera, tras los nogales de la Monna, bajo un cielo opalino en el cenit y con manchas moradas hacia el Poniente. Tarareaba ella segando hierba para la vaca preñada. Subíale el olor primaveral á la cabeza y le daba vértigos, como los vapores del vino dulce en octubre. Al inclinarse, le rozaba á veces la falda la desnuda carne, levemente, como acariciándola, y el placer le hacía entornar los ojos.

Biasce andaba contoneándose, caída hacia atrás la gorra, con un ramito de claveles en la oreja. No era mal mozo Biasce. Tenía ojos grandes y negros, llenos de campesina tristeza, de una como nostalgia, ojos que recordaban los de los animales cautivos. Además, tenía su voz cierto encanto, algo hondo que no parecía humano. No conocía ni modulaciones, ni flexibilidad ni morbideces. Allá arriba, junto á sus campanas, al aire libre, á toda luz, en la gran soledad, había aprendido un lenguaje lleno de sonoridades, de notas metálicas, de imprevistas asperezas, de profundidades guturales.

—¿Qué hace usted, Zolfina?

—Heno para la vaca del tío Miguel, eso hago —respondió la muchacha rubia, que seguía encorvada para recoger la hierba, palpitante el seno.

—¿Nota usted la fragancia, Zolfina? Estaba yo en lo alto del campanario; miraba las barcas que el viento griego empuja mar adentro, y ha pasado usted por abajo, cantando.... Cantaba usted «Florecillas Campestres.»

Se calló porque sentía algo en la garganta que le ahogaba. Silenciosos ambos, escuchaban el amplio susurro de las nogueras y el murmullo del mar lejano.

Biasce, muy pálido, acabó por inclinarse también hacia la hierba, y entre aquella voluptuosa



frescura vegetal, sus ávidas manos buscaron las de Zolfina, colorada ya como una brasa.

—¿Quiere usted que le ayude?—dijo de repente. Biasce le cogió la muñeca.

—¡Déjame!—murmuró la pobre muchacha con desfallecida voz.—¡Déjame, Biasce!

Su amor crecía como el heno, y el heno subía, subía como una ola, y en medio de aquella marea verde, Zolfina, erguida con un pañuelo rojo atado á la cabeza, parecía una espléndida amapola. ¡Qué alegres retornelos entre las hileras bajas de manzanos y morales blancos, á lo largo de los matorrales cargados de nísperos y madreselva, por los campos donde amarilleaban las coles floridas, mientras allá abajo, en San Antonio, la Cantora hacía variaciones tan alegres que parecía una urraca en celo!

Pero una mañana que la esperaba Biasce en la fuente con un ramo hermoso de alelíes recién cogidos, Zolfina no acudió. Estaba en la cama, con viruela negra.

¡Pobre Biasce! Cuando lo supo, se le heló la sangre y se tambaleó más que la noche que le rompió la cabeza la Loba; y no obstante, tuvo que subir al campanario y romperse los brazos tirando de las cuerdas, con la desesperación en el alma, entre el barullo del domingo de Ramos, ante la insultante alegría del sol, de las ramas de oliva, de las telas bonitas, de las nubes de incienso, de los cantos y de las oraciones, mientras su pobre Zolfina sufría, sabe Dios qué tormentos, virgen bendita, ¡sabe Dios qué tormentos!....

Tuvo días terribles Biasce. Al caer la noche, rondaba alrededor de la casa de la enferma, como un chacal en derredor de un cementerio; parábase á veces bajo la ventana cerrada, iluminada por dentro, y, con los ojos henchidos de lágrimas, veía pasar sombras por los cristales; aguzaba el oído, se apretaba con la mano el pecho, quebrantado por el ahogo, y seguía dando vueltas como un loco ó corría á refugiarse en el campanario. Allí pasaba de noche largas horas, junto á las campanas inmóviles, abatido por inmensa angustia, más lívido que un cadáver. Abajo, por las calles inundadas por la luna y por el silencio, no pasaba un alma. Delante, el mar triste y rizado que rompía con monótono rumor en la desierta playa: arriba, el cruel azul.

Y más lejos, debajo del techo que apenas se vislumbraba, Zolfina agonizaba tendida en la cama, silenciosa, corriéndole por la cara ennegrecida cuajarones de materia purulenta, callada siempre, mientras palidecía la vela en la claridad crepuscular y se convertía el cuchicheo de las plegarias en explosión de sollozos. Dos ó tres veces levantó la cabeza rubia, penosamente, como si quisiera hablar, pero las palabras se le quedaban en la garganta, y le faltaba el aire, la abandonaba la luz. Movió los labios con ahogado estertor, como un cordero al cual degüellan, y se quedó fría.

Biasce fué á ver á su pobre muerta. Alelado, vidriosas las pupilas, miró el ataúd engalanado con frescas flores, bajo las cuales se extendía aquella podredumbre de carne joven, aquella corrupción de humores descompuestos ya debajo del nevado lino. Miróla un momento, mezclado con la muchedumbre, salió, volvió á su guarida, subió la escalera de palo hasta la mitad, cogió la cuerda de la Cantora, le hizo un nudo corredizo, metió el cuello en él y se dejó colgar en el vacío.

Las sacudidas del ahorcado hicieron que, rompiendo el silencio del Viernes Santo, lanzara la Cantora, con un relámpago luminoso, cinco ó seis repiques inesperados, alegres, argentinos: una bandada de golondrinas surgió del tejado hacia el sol.

GABRIEL D'ANNUNZIO.





Visita del Rey Eduardo al Papa.

Publicamos en este número un grabado que representa la visita del Rey de Inglaterra á S. S. León XIII, en el Vaticano, durante su permanencia en Roma.

Siguiendo la costumbre establecida, el Rey se dirigió del Quirinal á la Embajada inglesa, para ir de ella á la residencia pontificia, donde le aguardaba el Papa. Al penetrar el coche que conducía al Rey en el patio de San Dámaso, el marqués de Sachetti se adelantó á abrir la portezuela, presentando en seguida al soberano inglés al Secretario del Ceremonial, al jefe de los guardias nobles y á otros dignatarios. Al pasar del salón del trono á la antecámara secreta, León XIII salió al encuentro de Eduardo VII, estrechándole cordialmente la mano. El Papa vestía sotana blanca con muceta de terciopelo rojo.

La entrevista duró más de quince minutos.



Visita del Rey Eduardo á León XIII.

EL VELO.

En la sacra montaña de oro, bajo la bóveda de oro, incrustada de diamantes, tamaños como soles—los majestuosos personajes del Triángulo, Brama, Visnú y Siva, dedicábanse á combinar, por primera vez, las fuerzas y acciones necesarias á la existencia de un mundo. Mundos eran—pero en potencia solamente— aquellos inconmensurables globos diamantinos, magníficos, trasparentes, pero inertes y glaciales, semejantes á facetados trozos de hielo; y para que desde sus entrañas á su corteza se desarrollase la intensidad ardorosa de la Vida, era indispensable manchar su limpieza y apagar sus luces, encenagar en barro su cuerpo cristalino, convertir en tierra sombría lo que era refulgente piedra preciosa.

Y no bastaba la transformación en lodo para producir la vida: se requería algo más terrible aún. Los del Triángulo se miraron pensativos, vacilando; adivinaban el misterio y sabían en qué condiciones se desenvuelve la Vida, por ley fatal. «La Vida—dijo Brama, el creador—es sensualidad, perpetua inquietud de la carne.»—«La Vida—declaró Visnú, el conservador—es interés, incesante estímulo gástrico.»—«La Vida—respondió Siva, el destructor—no es sino odio, combate, muerte.» Callaron un momento, indecisos y contristados, porque no acertaban á dar á la Vida otras fórmulas, bellas y nobles; al fin Brama elevó su voz. «Con todo eso, es preciso que la Vida sea.»—«Sea»—repitieron Siva y Visnú.

Descolgando uno de los solitarios que tachonaban la bóveda—no de los mayores,—Brama lo hizo girar rápidamente entre las palmas de sus manos, amasándolo. El brillante globo perdió su claridad y se convirtió en masa ígnea, que despedía sulfurosos vapores y exhalaba llamaradas volcánicas.

Poco á poco el globo se fué apagando y enfriando, y apareció, á manera de gigante cubierto de vello, revestido de vegetación densa y colosal, selvas intrincadas y húmedas, pobladas de alimañas monstruosas. Se las veía luchar, disputarse la hembra ó el pasto, romper y pisotear troncos y ramaje, ensangrentar el suelo virgen. Brama, el creador—desde el inmenso cáliz de loto que le sirve de trono y asiento,—contemplaba tristemente el estrago; Visnú, el conservador, reclinado en su hoja de higuera, sonreía; y Siva, el destructor, el ebrio, el de cuádruple rostro, que luce sobre la cabeza el segmento de la luna, reía con júbilo, respirando deleitosamente el olor de la sangre.

—La naturaleza no es sino guerra y desorden—dijo al fin Brama pesaroso.—Falta en ese mundo la luz: falta el pensamiento. Sobre los apetitos ciegos y las fatalidades físicas pondré á un ser capaz de inspiraciones metafísicas, que busque la perfección, sepa dominar sus sentidos, comprenda los Astras, interprete el Verbo y practique con pureza y austeridad el sacrificio.

—Y á ese ser – preguntó Visnú—¿le harás inmortal? ¿Le eximirás del dolor? ¿Le comunicarás tu divina esencia?

Antes que Brama respondiese, Siva, el de la piel de tigre, alzó furioso sus cuatro brazos armados.

—Nada puede ser inmortal ni divino en ese mundo que acabas de crear—gritó.—Pertenece á la corrupción, y me pertenece, por consecuencia. Vosotros creáis y conserváis para que yo aniquile. Soy la única Verdad, la definitiva. En mí viene á parar y á resumirse la creación. Ese ser superior que quieres hacer aparecer en la Tierra, engendrará, se alimentará, morirá. Es mío. De su cráneo haré un collar, que será el atributo de Siva.

—¡Oh rojo Siva, insaciable!—profirió Vis-



Panorama de la ciudad hacia el N. O.—(Tomado desde Catedral).

nú.—Yo te digo que esa criatura racional, consciente, no se contará en el número de tus víctimas. Si es capaz de reflexión; si puede saber lo que traen consigo la vida y el inevitable hado; si tiene la certidumbre de morir al fin, después de tantas penas, anulará con su voluntad la creación; suprimirá el dolor no engendrando; arrancará la raíz del árbol amargo, y se salvará salvando á su especie. ¿No es cierto, Brama? El ser que posea luz de pensamiento, ¿se avendrá á vivir?

El creador, con serena y luminosa sonrisa, extendió la mano y señaló al último término de la montaña de oro, en el cual se divisaba una pagoda de paredes de turquesa. Ante la escalinata de aquella pagoda hacían la guardia extrañas figuras: una era de varón, formada de flores, lotos azules, alteas purpúreas, rosas de Alejandría de encendido corazón, azucenas de aroma que perturba el sentido; dentro del pecho de la figura ardía fuego devorador, pero las flores no se marchitaban, porque brotaba de ellas incesantemente copioso rocío de llanto. La otra figura cambiaba de aspecto á cada instante: movibles placas multicolores parecían girar y desvanecerse, borrándose cual los olas al contacto de la playa, sobre los contornos fingidos de un cuerpo juvenil, onduloso y serpentino. Tan pronto se cubría de sombra como irradiaba luz; ya se envolvía en gris humareda, ya se irisaba con las dulces tintas de la aurora. Hubo un instante en que la envoltura fantástica se rasgó, y bajo el prestigio se divisó un esqueleto......

De la pagoda de turquesa vieron entonces Siva y Visnú que salía una mujer, y la reconocieron al punto. Era la esposa de Brama, madre y matriz de todos los seres, con múltiples encarnaciones y varios nombres. En tal momento se llamaba Maya, y no podía llamarse de otro modo, pues la envolvía de pies á cabeza, recatando por completo su hermosura sin par, el maravilloso velo que tanto envidiaban las otras diosas, consortes de Visnú y de Siva. No sólo la envolvía, sino que arrastraba y flotaba en torno de la divinidad en pliegues de elegancia regia. Los que la miraban acercarse quedaron deslumbrados. El velo no se podía comparar á nada: se supondría entretejido con hebras de sol, rielares de luna, titilaciones de estrellas, reflejos de agua profunda herida por luz de antorcha, destellos de rubí oriental, suavidades de oriente de perla, claridades de pupilas, relampagueos de hojas de armas, hilos de seda invisibles á fuerza de finura, diáfanas orlas de encaje de cristal. A cada paso de la diosa, el aire vibraba y refulgía.

Al llegar cerca de los tres personajes, Maya desvió un poco el velo y enseñó su risueña cara celestial.

—Me encargo—dijo—de que el hombre se avenga á vivir. Bajaré al mundo, llevando conmigo á la pareja de guardianes de mi pagoda—el Amor y la Mentira,—después, desprendiéndome de mi sagrado velo, envolveré con él toda la superficie del globo; y el hombre no verá la existencia sino al través de este tejido mágico. Seré para la especie humana la mayor bienhechora; la conduciré, velada, hasta el último confín del dolor; y la envoltura del velo de Maya, á quien los mortales nombrarán «Ilusión,» cubrirá sin tregua lo descarnado y lo horrible de los destinos humanos.

Absortos ante la diosa, los del Triángulo callaban, aprobando el discreto ardid con el cual haría tragar á los míseros mortales el anzuelo de la existencia. Sólo Visnú, que tenía un espíritu crítico muy refinado, rumiaba una objeción.

—Divina madre de los seres —resolvióse á decir por último,—tu idea es excelente é ingeniosa, y yo aseguro que dará feliz resultado; pero... adivino un inconveniente grave. Tu rústico velo es de un tejido tan delicado y sutil, que cuando envuelvas en él al globo que tu esposo acaba de acondicionar para la Vida, la agitación de los hombres romperá la mágica tela, y entonces, por el desgarrón, se verá la realidad desnuda.

Maya cruzó sobre su seno pequeño y redondo los brazos torneados, y con profunda piedad, suspiró:

—¡Ay del que la vea!

—No importa—rugió Siva, triunfante.—El velo de la celeste Maya está vivo, y por donde se rompa, se volverá á juntar de suyo, naturalmente.

Emilia Pardo Bazán.

LA MUJER DANZANDO.

Danza, mujer, porque las aguas corren
y las flores derraman
perfumes de placer, y las estrellas
se deshacen en lágrimas.

Danza saliendo de la muerte obscura
que oprime tus espaldas,
y las dos flores blancas de tus manos
en la noche levanta!

Ofrécete al continuo movimiento
de la vida que pasa;
loor eterno á la actitud cambiante
que transparenta el fuego de las almas!

Mueve la flor dorada de tu cuerpo
al compás de la danza;
deja empapado en tu perfume el aire
y derrocha la luz de tus miradas!

Como incensario tu cabeza ondule
coronada de llamas;
como incensario del amor oculto
bajo las ricas aras.

Entrégate á las danzas! A mis ojos
brilla tranfigurada
bajo la lluvia musical, que llena
de un chorrear de fuente tus entrañas.

Te haces sagrada hundiéndote en las olas
de la música vaga;
todo tu cuerpo, abriéndose, descubre
el interior misterio que lo embarga.

Mujer danzando, enamorada viva,
tus hombros se adelgazan
como corriente de agua por la noche:
tus pupilas se agrandan!

Eres como milagro que se inicia
bajo el cambiante velo de las danzas;
como suave nenúfar que se mueve
con movimiento oculto sobre el agua.

Se ha desprendido mustia de tu frente
la primera guirnalda;
se han desprendido mustias de tu espíritu
las ideas prestadas.

Tú sola reinas en la Danza.
Ruedan
flores blancas de almendro por tu espalda,
te envuelve una luz suave, y por los ojos
se te derrama sobre el mundo el alma.

Dijérase que el Universo entero
copia el compás alegre de tu danza;
que, oscilando, las flores
la imitan encantadas.

Eduardo Marquina.



ESTUDIO FOTOGRAFICO.—(Rawel).

SOÑORAS Y SEÑORITAS.

BUSTO NATURAL Y ELEGANTE.



De nada sirve tener cara agraciada si las formas no corresponden á ella.

El uso de algodones, tras de denunciar, inmediatamente á las que los llevan, poniéndolas en ridículo, son altamente antihigiénicos. Madame Salsy, que tiene su oficina en el Centro Mercantil núm. 30, 3r. Piso, acaba de recibir los famosos tratamientos **SULTANA**, que tanta fama ha adquirido en todo EL MUNDO; con su uso se desarrolla el pecho cinco pulgadas en menos de un mes.

Se mandan gratís á quien los pida, libro explicativo, certificados, etc., etc. Absoluta reserva y resultados garantizados. Dirigirse á Madame Salsy, cuidado, Pan American Medical Co., núm. 30, Centro Mercantil, 3r. Piso, México, D. F.

Pidan por todas las farmacias y droguerías de la República las célebres y acreditadas

PÍLDORAS AZTECAS

con razón justificada en miles de casos lo mejor para la completa y radical curación de las enfermedades del HIGADO, siendo la admiración de los enfermos que las usan para su curación.

Depósito principal para toda la República, con descuentos según los pedidos:

DROGUERIA VERACRUZANA

G. MÜLLER Sucesor.

Grandes Importaciones de

Efectos de Droguería.

VICARIO, 21.—Veracruz

Pídase el Catálogo General de la casa, que remitimos franco de porte á quien lo pida.

EXTER R D ELA DROGUERIA Y ALMACENES.

CRISTALERIA

Loeb Hermanos.

Primera Plateros. Esquina Alcaicería.

VAJILLAS PARA MESA

De Loza y Porcelana, blancas y decoradas.



Copas y Vasos, Botellas y todos los artículos de cristal desde clases corriente hasta más fina.

Juegos, Lavamanos, Escupideras en variedad que no se iguala en ninguna parte.

Artículos de lujo y fantasía propios para obsequios, á precios sin igual.

Banco Central Mexicano.

CAPITAL........................ $10.000,000.00.
FONDO DE RESERVA...... $ 915,526.34.

Hace descueitos y préstamos con ó sin prenda. Negocios en cuenta corriente, giros y cobros sobre todas las plazas de la República y el extranjero, y en general, toda clase de operaciones Bancarias con Bancos, comerciantes, industriales, propietarios y agricultores.

EMITE BONOS DE CAJA, DE $100.00, $500.00 y $1,000,

sin cupón pagadero á seis semestrales, ganando todo un interés de 5 por ciento al año.

CORRESPONSALES: Todos los Bancos de los Estados Mexicanos. Deutsche Bank, Berlín y sus Sucursales en Londres, Hamburgo, Bremen, Munich, Francfurt, Dresden, Bleichroeder, Berlín Compotou Nacional d'Escompte, París, S. J. P. Morgan y Cía, New York.—Neuflitze y Cía, París.—Muller, Schal y Cía, New York.—National City Bank, New York.—Firt National Bank, Chicago.—Guillermo Vogel y Cía, Madrid.

UNA VERDAD NO DESMENTIDA

El 98 por ciento de las enfermedades del ESTOMAGO E INTESTINOS se curan radicalmente por crónicas y rebeldes que sean sus dolencias, con el universalmente reconocido ELIXIR ESTOMACAL de Sainz de Carlos, (Stomalix). Tenemos á disposición del público miles de certificados de médicos eminentes que lo recetan y de enfermos curados. Pregunten á cuántos lo toman, que ellos son nuestros mejores propagandistas.

VENTA: DROGUERIAS Y BOTICAS.

Crema rosada "ADELINA PATTI."

Compuesta de substancias tónicas y saludables, evita las arrugas, refresca el cutis y conserva la hermosura de la cara hasta la vejez, comunica un perfume delicioso, y con su uso diario, las señoras tienen la seguridad de conservar siempre los encantos de la belleza y la frescura de la juventud.

Tanto en Europa como en América, la usan las damas más aristocráticas.

DE VENTA EN DROGUERÍAS Y PERFUMERIAS

PETROL

DEL DR. TORREL, DE PARÍS.

Unica preparación que evita la caída prematura del pelo, lo aumenta, suaviza y hermosea, á la vez que le comunica un aroma agradable.

EL USO DEL PETROL DEL DR. TORREL, DE PARIS. evita la calvicie pematura, que tanto afea y comunica al hombre el repulsivo aspecto de un joven viejo y ganado.



1a. Plateros 12 y 14



ARTICULOS "ART NOVEAU"
AGENCIA DEL RELOJ OMEGA
Pídase Catálogo, Apartado 271.

ASMA
OPRESION
CATARRO

CURACION pronta y asegurada con los polvos antiasmaticos y los CIGARROS GAMBIER

COQUELUCHE

Tratamiento racional é infalible por Fumigaciones con los

POLVOS FUMIGATORIOS GAMBIER

PARIS — 208 bis, Fg St-Denis

México: J. LABADIE, Suc^{rs} y C^{ia}; - J. BIRLEIN.

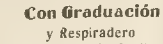
MAGGI

PARA SAZONAR

CALDO,
SOPA,
Y SALSA.

En frascos.

Biberón "Triunfo"



y Respiradero



Hechos de cristal ligero y macizo, con respiradera en la parte superior para que la madera no se abra ó aplaste y para que al entrar el aire la leche salga con facilidad. Cada una con mamadera y escobillón. Precio: $0.62. De venta por J. Uhlein Sucs. & Co. Droguería del Coliseo, Méx.

El Mundo Ilustrado

AÑO X—TOMO I—NUM. 25 | MEXICO, JUNIO 21 DE 1903. | Subscripción mensual foránea $1.50 Idem. idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA | Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



PROCESIÓN DEL CORPUS EN CATEDRAL.

Fot. de "El Mundo Ilustrado"

COLOR DE SANGRE.

La noche del 5 al 6 de octubre de 1789, una multitud irritada, ebria de muerte, se agolpaba en los muros del Castillo de Versailles, pidiendo el martirio de la familia real. La reina, sobre todo, atrae las iras del monstruo: «Es necesario destrozarla, descuartizarla.» Un hombre dice: «¡Cómo me gustaría poner la mano sobre esta b...!» Al amanecer, algunos gritan: «¿En dónde está esa s... tunanta? ¡Es menester arrancarla el corazón...! ¡Queremos cortarle la cabeza, guisarle los hígados!» [H. Taine, «La Revolución,» tomo I].—Las páginas de la historia, á semejanza de los famosos ciclos de Vico, reproducen, con variaciones de lugar y época, la misma mancha rojiza: todavía, como en los tiempos de Hámlet, «hay mucho podrido en Dinamarca».

La tragedia de Belgrado no tiene siquiera el mérito de arrancar de un hondo sufrimiento; no es dolor trocado en ira: es sencillamente el acto de «regresión» de un coro de cortesanos de ópera bufa. En este ambiente cargado de vapor de sangre humana, se antoja oír un airecillo de cancán, silbado por el histrión Milano, el tirano offembachnesco del reino de Servia. Sobre los cuerpos hechos pedazos se prenden las antorchas de una ciudad iluminada «a giorno» y se organiza la fiesta en el salón que ha dejado vacío un catafalco. Frente á la indignación de los pueblos civilizados, los autores del atentado sólo tienen una frase, soltada rudamente al trepanar el cráneo del principillo de voluntad enferma: «¡Era un imbécil!» Y la orquesta preludia una cuadrilla.

Raspando al ruso, se descubre al cosaco; raspando al servio, se descubre al eslavo subyugado por el turco; del ruso, tiene la ferocidad; del turco, la abyección. Corre mucha sangre de genízaro por esas venas. Por muchos siglos esa sangre ha circulado lentamente, sin que bastara la ignominia á hacerla correr con mayor fuerza. Un día, el perro sumiso recobra sus dientes de fiera y entonces mata, no importa á quién: los mismo á Miguel Obrenovitch, el soberano sin tacha, que á Alejandro, el vacilante vástago de un «rastacuère» degenerado. El ruso injerto en este grupo de sometidos, ha hecho su aparición y se complace en empapar sus manos en la entrañas de sus víctimas. Un resplandor color de sangre ilumina este cuadro de «bravi» estremecidos por el miedo.

Si fuéramos á buscar la ley de herencia, más bien que en la desventurada Reina Natalia, debiéramos tratar de descubrir los estigmas de Alejandro en la truanesca figura de Milano, el viejo déspota de Servia. Milano es el vicio hecho hombre. Todo lo que la degenerescencia de una raza puede amontonar sobre un hombre, él lo ha recogido y sumado: es Luis XIV y Lorenzo XVII, pertenece á la realidad como á la opereta; no es un ser humano, es su caricatura; no es un tirano, es su mueca. Dícese que Alfonso Daudet lo escogió como protagonista de sus «Reyes en el destierro»: todavía me resulta más noble, más elevado, más digno este personaje que el «boulevardier» de última fila, concurrente de los bastidores de un teatrillo de barrio, ahogado en el alcohol, héroe de suripantas y concienzudo «escroqueur» de los garitos malafamados.

Servia, empero, soportó con imperturbable paciencia las brechas que este aventurero coronado abrió al tesoro público. Cada vez que el viejo verde se veía desplumado, corría á Servia y se hacía pagar sus trampas. ¡Y sus compatriotas lo recibían con los brazos abiertos; tomaban parte en sus farsas, le dejaban nombrarse generalísimo, jefe de policía, inquisidor (dice el conde de Saint André, en una biografía del personaje que apareció hace tres ó cuatro años en las columnas de la «Revue des Revues»), le demostraban un afecto tierno de hijos débiles por un padre pródigo!

Había hecho mucho más que Alejandro para merecer la muerte. Pero el ruso dormía en su cojín oriental. El pueblo que guió Esteban el Fuerte á la conquista, yacía en un sopor de harem, se dejaba expoliar por el turco con gorrilla de pilluelo parisién.—Entre tanto, había una reina, una mujer, una esposa, una madre, que sufría, que sufre aún, la indecible tortura del abandono y de la ingratitud: Natalia. Unida muy joven al Obrenovitch, Natalia Kechko, hija de un funcionario ruso, acaso más bien por ambición que por amor, la madre de Alejandro, alcanzó en Francia lo que su esposo no pudo encontrar en el destierro: la estimacion y el respeto. Hoy al dolor de esta mujer, se unirán las lágrimas de muchas madres. Sobre los incendios de pasión de la corte servia caerán estas gotas de rocío.

Un día, aquella abandonada experimentó el más rudo dolor que acaso la haya angustiado en país extraño: el viejo Milano la arrancó de los brazos á su hijo. El tiranoide deseaba jugar al trono con el pequeño; era una presa que poder explotar concienzudamente. El, capaz de apostar un reino á un «seco» de la ruleta, apostó á un albur la candidatura de su hijo. ¡Y ganó aquella vez! Ganó la intrusión á las arcas del tesoro servio, de donde salían á borbotones los luises que el valetudinario dejaba ir en sus orgías de bellezas pintarrajeadas!

Así se fué incubando el drama, que la debilidad de Alejandro no tuvo la entereza de atajar. De la alcoba de esta borrosa silueta de soberano inconsistente, salió vapor de perfume, que se trocó después en ola de odio. El genízaro vigilaba á la puerta, y un día la tea que le sirvió para iluminar la orgía, se convirtió en rayo que fulmina.

Belgrado se ilumina «a giorno» y la orquesta preludia una cuadrilla. Pero hay mucho color de sangre en el telón que sirve de fondo á esta escena.

Carlos Díaz Dufoo

ÚLTIMA NOX.

I

Es la noche. En el vaso de Sevres
que se yergue en la artística mesa,
derramando un manojo de rosas
—rojas urnas de mística esencia,
los capullos levantan altivos
sus nacientes corolas de seda
y parecen mirar con delicia
los lujosos tapices de Persia,
el dorado artesón de los techos,
los tibores, los biombos que ostentan
—pesadillas de oro—las grullas
que en un campo de arroz aletean,
el blanquísimo lecho copiado
en la luna gentil de Venecia
y los muebles estilo Luis XV
que decoran la estancia opulenta.

II

Como un ópalo verde, la llama
de la azul veladora está inquieta:
ya, pupila curiosa, se abre;
ya, pupila cansada, se cierra.
En el lecho, la virgen, la pálida
febrilmente se agita, se queja
y sus dedos pulidos se crispan,
de la muerte en el ansia postrera,
estrujando nerviosos las sábanas
y el satín de sus carnes de cera.

III

En la alfombra, la copa en pedazos
ha caído, vertiendo la espesa,
venenosa mixtura que ha poco
apuró en su dolor la doncella.
Todo duerme. Tan sólo se escucha
crepitar á intervalos la anémica
veladora de tintes violáceos,
que incansable, tenaz parpadea.
En el vaso de Sevres se agostan,
agonizan las rosas enfermas,
exhalando su tenue perfume:
¡pobres flores!... es su alma que vuela.
Cae un pétalo al fin, como gota
de ígnea sangre, en la artística mesa,
y después otro más, y otro y otro...
¡Es la muerte callada que llega!

IV

¡Y los pétalos siguen cayendo,
y la luz de la lámpara acecha,
y al morir, en espasmo angustioso,
con deleite y fruición se apacienta
—dilatada pupila de sátiro—
en la carne lilial de la muerta!

ANA M. VALVERDE.

Las Fiestas del Corpus.

El Corpus—todo el mundo lo sabe—ha perdido en México, y quizá en todas partes, los factores más pomposos de su esplendor de antaño. El brillante sol de la calle ya no se refleja sobre los bordados de las casullas ni sobre los ricos dorados de la custodia. La procesión tradicional se verifica bajo los dombos majestuosos de la Catedral y el repique de las campanas tiene un prudente límite de duración. Cambian los tiempos y con los tiempos cambian las ceremonias.

Quien lee las crónicas antiguas, quien en las sabrosas descripciones de Facundo se entera de las fiestas de Corpus de antaño, tal vez sienta no haberlas presenciado; si el lector es viejo y «alcanzó» algo de aquellas fiestas, bien puede ser el más acérrimo enemigo de las cosas de iglesia y, sin embargo, experimentará cierta rara tristeza, suspirará contrito y os declarará que, «á pesar de todo,» aquellos Corpus eran de lo más vistoso, de lo que ya no hay, de lo que se ha ido para no volver jamás y de lo que no se olvida nunca cuando se ha visto alguna vez. Esto me han asegurado muchas personas que se permiten el lujo de haber tenido uso de razón en tiempos de Su Alteza Serenísima y que, por ende, ya lo van perdiendo en las fechas que alcanzamos. Digo esto porque estoy íntimamente convencido de que nuestras fiestas actuales—como los desfiles florales, etc.,—son evidentemente más artísticas que aquéllas; pero es prurito de los viejos amar las fiestas de su juventud, porque es prurito de los hombres acariciar voluptuosamente los recuerdos juveniles.

El Corpus de antaño, sobre el fondo de su significación religiosa, tenía caracteres de fiesta profana y oficial. La religión se salía del templo é invadía los dominios del mundo y del Gobierno. Junto á las espirales de incienso, ascendían los humos de la pólvora militar; los místicos recamos litúrgicos de las casullas y de las capas pluviales se confundían con el brillo de las charreteras y de los entorchados; la multitud adoraba, en una curiosa amalgama, á Dios y al Poder. Y el pueblo se desbordaba jubiloso, con las pupilas ahitas de oropeles, sin darse cuenta á punto fijo, si el sentimiento de alegría que lo dominaba era religioso ó profano, místico ó sensual. Graves autores afirman que predominaba lo último.

El Corpus de antaño suponía todo linaje de preparativos: preparativos públicos y preparativos privados. Al propio tiempo que las autoridades municipales soltaban las correas de la escarcela urbana para que se adquiriese la lona que habría de defender el largo trayecto de la procesión de los rayos solares, las pequeñas autoridades domésticas, padres y maridos, soltaban las onzas de á diez y seis para surtir de nueva indumentaria á la prole, ávida de lucirse decorosamente en tamaña festividad. Tendida la lona y confeccionado el indumento privado, llegaba el gran día y con él la procesión magna: los poderes públicos, las comunidades, los gremios y las corporaciones, las escuelas y—lo más vistoso—las tropas recorrían la ciudad precediendo y siguiendo al símbolo del Santo Cuerpo, que, encerrado en rica custodia, conducía devotamente el arzobispo, entre fanfarrias militares, cantos



El Sr. Arzobispo Alarcón y los Canónigos de Catedral, revestidos para laceremonia del Corpus.

litúrgicos, estallar de cohetes, batir de parches y clamoreos de campanas, mientras que el público bañaba con pétalos de flores á la magna y brillante sierpe, que era emblema de todo cuanto por aquel entonces significaba autoridad y fuerza.

Hoy que la práctica religiosa no sale del templo y que la línea de demarcación entre la Iglesia y el Estado ha dejado de ser metafísica, el Corpus ha perdido su pompa callejera, y los factores de la procesión se han amenguado, supriméndose muchos y muy principales.

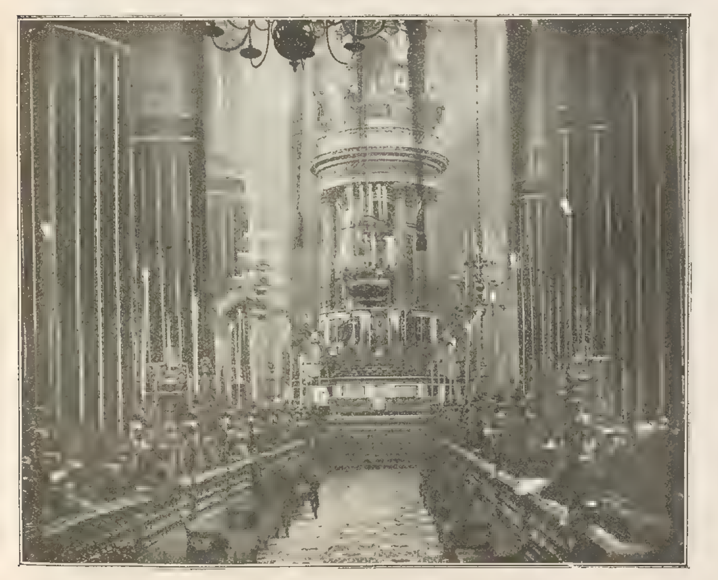
Esto no obstante, las ceremonias con que el clero metropolitano celebra las fiestas en el interior de la Catedral, son suntuosas y atraen innumerables, aunque más ó menos devotos espectadores.

Es el Corpus todavía una de las solemnidades que en México dan mejor idea de la esplendidez del rito católico. El Metropolitano, rodeado de las altas dignidades del clero y de numerosos sacerdotes, ataviados con lujosos y ricos ornamentos; los altares cuajados de cirios; las voces sonoras del órgano entonando las melodías rituales; el pueblo, perteneciente á todas las clases sociales, inclinándose devoto ante la custodia, forman un conjunto imponente que encuadra de modo majestuoso en la hermosa Catedral mexicana.

El Corpus en México tiene una nota curiosa: forman parte de la procesión chicuelos vestidos de Arcángeles ó de tipos legendarios de la crónica religiosa. El indio Juan Diego, aquel á quien se apareciera la patrona nacional, es el más favorecido por la elección maternal de los devotos que hacen figurar á sus hijos en la procesión. Pero esta costumbre va perdiéndose y á fe que esto no es de lamentarse mucho, pues como la estética no siempre preside en los chicuelos disfrazados, á las veces resultan ellos una nota grotesca en el brillante cortejo que recorre todos los ámbitos de la Basílica.

Entretanto, en el atrio, las «tarascas,» las «mulitas» y la fruta deleitan al pueblo. En México y en España toda fiesta religiosa trae consigo una verbena diurna con mercancías especiales. Esto es típico y pudiera prestarse á curiosas observaciones histórico-psicológicas.

SARDÍN.



CORPUS.—La crugía de Catedral.

CANCION REMOTA.

Bajo la luminosa pedrería
del impasible cielo de verano,
con la nostalgia de un amor lejano
sentí el anhelo de la muerte fría.

Ella dijo su leve melodía
en mi desierto corazón arcano,
y la tenue caricia de su mano
me embriagó de dolor y poesía.

Fué en una noche cálida de junio,
—al fulgor de un dorado plenilunio—
que escuché la canción de la Sirena.

Ni amé su ritmo, ni turbó mi calma;
pero en las horas tristes, en mi alma
su melodía fúnebre resuena.

FROILÁN TURCIOS.

El Asesinato de los Reyes de Servia.

Honda sensación han causado en Europa los acontecimientos ocurridos la noche del 10 del corriente en la capital del reino de Servia, y de los cuales tienen ya noticia nuestros lectores por la abundante información que acerca del suceso han publicado «El Imparcial» y «El Mundo.» Nos referimos al asesinato de los reyes de Servia.

El cable, que ha transmitido á todos los pueblos civilizados del orbe los detalles de la brutal agresión y de sus terribles consecuencias, dice que los asesinos, encabezados por los coroneles Naumovitch y Machin, se dirigieron en las primeras horas de la noche al Palacio de Servia, en Belgrado. mientras en distintos puntos de la ciudad se apostaban las tropas suficientes para impedir todo auxilio que pudiera prestarse á los soberanos; y que una vez en el interior del edificio, los amotinados aprehendieron á algunos sirvientes, matando á otros á bayonetazos. Un joven, hermano de la Reina Draga, se presentó frente á la turba en paños menores, y fué muerto también, en tanto que uno de los ayudantes del rey Alejandro preguntaba á gritos: ¿Quién se atreve á entrar aquí? ¿Qué significa esto?» La soldadesca le exigió entonces que se rindiera, y como no lograra intimidarlo, lo asesinó en medio del desorden más espantoso.

El Coronel Naumovitch—agrega un despacho—abrió la puerta que daba á las habitaciones del Rey, valiéndose de una bomba, y dos de los conjurados, uno de ellos enemigo acérrimo del monarca, penetraron á la pieza en que éste se encontraba, y echaron mano á sus revólvers. El Rey, que se había ya recogido, les salió al encuentro, en traje de noche, y empuñando una pistola, pidió explicaciones sobre aquel acto de manifiesta hostilidad á su persona. Naumovitch se adelantó en seguida y le dijo, presentándole un papel: «Queremos que Vuestra Majestad firme este documento en que está contenida la promesa de que Vuestra Majestad romperá con «esa mujer» —la reina consorte;— con «esa mujer» de mala reputación que ha traído la desgracia á vuestra casa y á la nación. En caso contrario, Vuestra Majestad tiene que abdicar.» Ante exigencias tan repentinas y amenazas tan terribles, el soberano llegó al colmo de la excitación y disparó un tiro sobre el grupo de amotinados.

Atraída por el disparo, la reina Draga apareció en la puerta que comunicaba su alcoba con la de su esposo. El Rey quiso entonces tranquilizarla, rogándole que volviera á su cámara; pero como la presencia de ella en aquel sitio, recrudeciera el odio que hacia su persona sentían los conjurados, éstos acabaron por asesinar á los dos soberanos. Algunos miembros de la familia real y dos de los ministros del Trono fueron muertos, asimismo, por los revolucionarios.





Esta es, en extracto, la narración que acerca del suceso ha transmitido el cable. En cuanto á la causa que produjo el tumulto, la versión más generalizada indica que, amén de otros motivos que los sublevados alegan para justificar su conducta, el que más influyó en su ánimo, fué la tendencia del Rey Alejandro á eliminar el elemento radical del Gobierno y á poner en manos de un hermano de la Reina Draga los intereses de la monarquía.

El reino de Servia, constituído, como el de Rumania y Bulgaria, en virtud del tratado de Berlín de 1871, es uno de los pequeños países de los Balkanes; se halla al Norte de Turquía y cuenta, aproximadamente, con 2.500,000 habitantes. Alejandro nació en 1876, fué coronado en 1889, y pertenece á la casa de los Obrenovitch. Cuando quiso casarse con Draga—viuda de un ingeniero que prestó sus servicios en los Balkanes,—la agitación del reino fué muy grande y el mismo Gabinete se opuso con toda energía al matrimonio. Realizado éste, á pesar de la oposición del pueblo, de los parientes del Rey, y aun de los ministros, la antipatía hacia Draga fué creciendo cada vez más hasta convertirse en odio, y las desavenencias surgidas entre el monarca y sus vasallos, se hicieron mucho más palpables y sensibles desde entonces.

***

Sea de esto lo que fuere, el crimen de que hablamos resulta monstruoso, no sólo por la alta investidura de las víctimas, sino por el lujo de crueldad con que sus autores lo llevaron á cabo. En esta plana verán nuestros lectores el retrato del joven Rey asesinado, y el de la soberana, esposa suya, que resultó muerta á manos de uno de los que encabezaron la conjuración.

El sucesor de Alejandro en el trono de Servia, es el Príncipe Pedro Karageorgevitch.



La Comisión Comercial Mexicana en Centro y Sudamérica.

Han regresado ya á México los miembros de la Comisión nombrada por el Gobierno de la Unión para promover en Centro y Sudamérica el ensanche de nuestras relaciones comerciales.

La Comisión se muestra en extremo satisfecha de la brillante acogida de que fué objeto en las distintas ciudades que visitó, y abriga la esperanza de que sus gestiones, encaminadas á buscar, principalmente, mercados para los distintos productos de la industria mexicana que pueden colocarse en aquellos países,



Sr. Adolfo Christlieb.

redunde en beneficio de la clase obrera y del comercio en general.

Los señores Adolfo Chrístlieb, León Signoret y José Manuel Muñoz, que formaban la Comisión mencionada, y que iban, además, investidos con el carácter de Delegados de la Cámara de Comercio, tuvieron oportunidad de ponerse en comunicación, durante su viaje, con los comerciantes é industriales más prominentes de la América latina, recogiendo de esta manera multitud de datos é informes indispensables al objeto que se propuso el Gobierno.

En Buenos Aires, la Comisión visitó la Exposición de productos nacionales, tomando nota de las condiciones en que se desarrolla la industria en la Argentina y del monto de la producción. El señor Ministro de México en aquel país, ofreció después á los señores Chrístlieb, Signoret y Muñoz un banquete que se efectuó en uno de los mejores hoteles.



Sr. León Signoret.



Sr. José Manuel Muñoz.

ALUMNA DEL CONSERVATORIO

PENSIONADA.

Con el propósito de estimular á la juventud estudiosa, el Gobierno ha seguido la costumbre de conceder una pensión á los alumnos del Conservatorio Nacional de Música y de otros establecimientos de enseñanza, que más se distingan por su aplicación y buenas facultades para el ramo que cultiven.

La señorita María Luisa Escobar, aventajada alumna del Conservatorio, ha sido de las agraciadas con esa concesión, y bajo el amparo del Gobierno, completa en la actualidad sus estudios. Dotada de una hermosa voz y con disposiciones muy poco comunes para llegar á ser una artista de verdad, su carrera, sin duda, será una de las más brillantes.

En este número publicamos el retrato de la señorita Escobar.

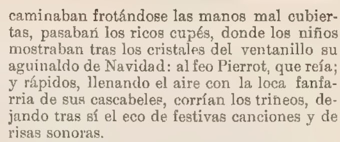


Srita. María Luisa Escobar.

LA LIMOSNA.

Había nevado mucho. En los árboles de los bulevares, cubiertos de copos de nieve, parecía que hubiese brotado una tupida florescencia de blancos azahares. Las estatuas lucían albas pelucas de escarcha. Y un viento muy frío, muy cruel, levantaba el polvo helado de las calles, azotando los rostros de aquellos que trajinaban presurosos é iban dejando la huella de sus claveteados zapatos sobre las aceras blanqueadas.

En medio del tumultuoso desfile de los obreros y el barullo de las grisetas pobres que



caminaban frotándose las manos mal cubiertas, pasaban los ricos cupés, donde los niños mostraban tras los cristales del ventanillo su aguinaldo de Navidad: al feo Pierrot, que reía; y rápidos, llenando el aire con la loca fanfarria de sus cascabeles, corrían los trineos, dejando tras sí el eco de festivas canciones y de risas sonoras.

Cuánta alegría bajo el cielo plomizo y triste de aquella tarde de diciembre!

Y mientras todos pasaban é iban lejos como en bulliciosa fiesta, allá en el lejano bulevar —donde el vendedor de flores rumoreaba su cansada melopea,—y en una esquina, un pobre cieguecillo, tiritando de frío bajo un roído sobretodo, tocaba el violín, implorando así el pan de la noche. De aquella caja descolorida y casi negra por el uso, brotaba como un lamento la melancólica romanza del Tannhäuser: «La Estrella de la Tarde;» con sus armonías sollozantes y nostálgicas llenó de lágrimas á otro mendigo, ciego también, que en el opuesto extremo de la esquina temblaba de hambre y frío.

Aquel violín, pulsado bajo el poder de la miseria y el sufrimiento, gemía sentidas y tiernas cadencias; á veces sus notas sonaban como gritos escapados de un alma herida, y luego languidecían, susurrantes, tenues, con la dulce suavidad de un suspiro. Entre tanto, su bella música sólo era oída por el otro pordiosero, que con el rostro bañado en lágrimas, permanecía como en un éxtasis, oyendo y oyendo aquella plegaria que venía de otra alma desgraciada como la suya. De pronto, y como si hubiese concebido una idea, echó adelante su bastón, tanteó lo nieve, y paso tras paso y resbalón tras resbalón, se fué dirigiendo hacia el punto de donde emergía la música. Cuando llegó frente al violinista, hundió su mano en el bolsillo del pantalón, sacó de su profundidad un centavo y con voz temblona y llena de dulzura, dijo:

—Tomad amigo, que tocáis muy bien.

Y ambos ciegos cruzaron las manos en distintas direcciones. El caritativo pobre dejó caer el centavo, que fué á perderse en la

SRA MICAELA M. DE ACHO

SRTA ANGELA HONORAT

NIÑA ALICIA RIVAS MERCADO



nieve, y contento, paladeando la delicia de su buena obra, volvió las espaldas y se fué, en tanto que el mendigo del violín, cansado de mantener su brazo tendido en espera de la limosna, creyéndose víctima de un engaño, frunció el ceño, y pasándose la mano por los ojos, se limpió una lágrima.

RAFAEL ANGEL TROYO.

Nota de Sociedad.

Muy grata impresión ha causado entre la juventud elegante el baile que el señor don Guillermo Acho y su estimable esposa, la señora Micaela M. de Acho, dieron la noche del ocho del corriente en su lujosa residencia de la calle de Rosales.

Las damas y caballeros concurrentes á la simpática fiesta se presentaron, en su mayor parte, vistiendo caprichosos trajes de fantasía que representaban anuncios comerciales. Entre las damas que más se distinguieron por su originalidad y buen gusto en la manera de vestir, figuran la señora de Acho, que significaba la Ciudad de París, la señora de Rivas Mercado, que vestía de China, la señora de Castellanos, la señora de Galván, que llevaba airoso traje de sevillana, las señoritas María Ramírez y Angela Honorat y la niña Alicia Rivas Mercado. La señorita Honorat vestía de «imperial,» y la señorita Ramírez de «Antigüedades».

Dignas son también de mencionarse por su brillante concurso en la aristocrática reunión, las estimables damas: señorita Concepción Pacheco, «japonesa;» señorita Margarita Contri, «anuncio de óperas;» señora de Dublán, «imperial;» señorita Angela Haro, «primavera;» señora de Scherer, «anuncio de fotografía;» señorita Carolina Mac Manus y señora de Martín, «japonesas;» señora de Scherder, «Pierrot;» señora de Caso, «anuncio de cigarros;» señora de Arzamendi, «china;» señorita Nelly Nichols, «primavera;» señorita Machien Nichols, «noche;» señorita Clotilde Herrán, «Felina;» y señorita Elena Moreno, que representó á la Prensa, llevando sobre un traje lila de irreprochable hechura los nombres de los periódicos principales. Las señoras de Haro, de Méndez, de Lavíe, y las señoritas Schmidtlein, Winter y Lizardi, lucían también primorosos trajes.

El salón de baile, el patio y los comedores estaban decorados con verdadera elegancia.

En las primeras horas de la mañana terminó la fiesta, quedando los concurrentes muy satisfechos de la exquisita galantería con que fueron atendidos por los señores Acho.

La Tumba del Soldado.

El vencedor ejército la cumbre
Salvó de la montaña,
Y en el ya solitario campamento
Que de vívida luz la tarde baña,
Del negro terranova,
Compañero jovial del regimiento,
Resuenan los aullidos,
Por los ecos del valle repetidos.
Llora sobre la tumba del soldado,
Y bajo aquella cruz de tosco leño
Lame el césped aún ensangrentado
Y aguarda el fin de tan profundo sueño.
Meses después, los buitres de la sierra
Rondaban todavía
El valle, campo de batalla un día.
Las cruces de la tumba ya por tierra...
Ni un recuerdo, ni un nombre...
¡Oh! no: sobre la tumba del soldado,
Del negro terranova
Cesaron los aullidos,
Mas del noble animal allí han quedado
Los huesos sobre el césped esparcidos.

JORGE ISAACS.


Sra. SARA HONORAT DE GALVAN


Sra. CARMEN C. DE CASTELLANOS


Sra. MATILDE CASTELLANOS DE RIVAS MERCADO


Srta. MARIA RAMIREZ

Para Toros del Jaral....

(Cuento Viajero.)

¡Guárdeme el cielo de pensar y decir que don Malaquías López, como le llamaban algunos, ó «ñor» Malaquías, como le nombraban casi todos, era librepensador, espíritu fuerte, ó algo así! ¡Nunca! ¡Hay tantos que lo parecen y que no lo son!

Además, ¿quién me ordena juzgar á las personas? Yo tengo mi propia, particular sicología, la cual me sirve para explicarme muchas cosas, para darme cuenta de otras, y, por ende, para conceder á cada individuo justa y merecida estimación.

Don Malaquías era lo que Dios le había hecho, y si hablaba como hablaba de los párrocos de Villapaz, se debe á que es parlachín y suelto de locuela; á que le placía lucirse delante del alcalde, y le gustaba halagar el vibrante jacobinismo de Juanito Bolaños, el normalista, director de la Escuela «Melchor Ocampo,» y contentar al boticario, que era magnetizador y espiritista, y más dado á las cuarenta que á los capítulos y fórmulas de la farmacopea.

¡Qué había de hacer don Malaquías! El hombre tenía «fufú,» y por ello le llamaba talentoso el desbravador de chicos; se carteaba con altos personajes, se leía de cabo á rabo los periódicos, y tratábase, á las veces, con diputados arbitristas y con señorones metidos en el revuelto belén de la política. Item más: allá en sus floridas mocedades soltó el pelo de la dehesa y aprendió su cacho de latín en el Seminario Palafoxiano.

Más de un siglo—si las tradiciones no mienten,—imperó en el pueblo la dinastía de los López, en cuyas manos habilísimas se mantuvieron siempre las navajas y el cetro de todo poder en Villapaz. Con Malaquías iba á extinguirse tan ilustre familia; sí, pero se extinguiría gloriosamente, por manera digna de tan ilustre abolorio y de un pasado tan brillante.

Don Malaquías no era ambicioso ni avariento de riquezas, honores y cargos. En jamás de los jamases quiso ser alcalde, regidor, tesorero, secretario, juez, ó mayordomo de cofradías. ¿Para qué? El con sus navajas y sus tijeras se la pasaba «capulina.»

—¡Bueno estoy—solía decir—para bregar con mis paisanos! ¡Buen geniecito el mío para que ustedes, ilustres moradores de Villapaz, sufrieran mi «genialidad!» Si algún día (que no llegará nunca) mandara yo aquí, iría de otro modo la procesión, y todo lo veríamos de otra manera. Sí, señores: metería yo en cintura á todo bicho viviente, me fajaría bien las bragas, que no las gasto sueltas, y de arriba abajo, todos entrarían por el aro, quieras que no: desde el cura hasta el campanero; desde el síndico y el juez hasta Melchor, el alguacil, cuyos gatuperios me tengo bien sabidos! Y...... ¡vamos á ver! ¿quién estaría conforme con mi gestión política, administrativa y social? ¿Quién? ¡Clarinete! ¡Nadie! Así discurro, así pienso yo. Y así se lo «canté,» puntual y textualmente, al Gobernador, cuando pasó con los ingenieros y con los ingeniosos, y cuando vino con los gringos esos que hicieron el ferrocarril, y ahora quieren aprovechar para una fábrica el salto de Comaloapan. El Gobernador me dijo: «Conozco á ustedes muy bien; sé lo que usted vale; es usted un buen liberal, amigo del adelanto y del progreso, y puede usted ayudarnos...... en bien del Municipio y con provecho propio. El Gobierno necesita de hombres como usted. Villapaz sólo de nombre es villa....... Usted puede.......» ¡Clarinete! ¡Vaya si podía yo, y si puedo! Pero dije: ¡Nones! ¡Cada cual en su casa, y Dios en la de todos!

Los viejos de Villapaz, y con ellos cuantos allí vivían, hasta los extranjeros, declaraban que don Malaquías era muy «leído y escribido;» que era persona sapientísima, con mucha gramática parda, y capaz de cortar un pelo en el aire; que todo entendía, y que metidito en casa y encerrado en el obrador, tusando pelambres y raspando jetas, charlando en la botica ó de plática en el mostrador de Indalecio Bardales (un hijo de Colindres, con trazas de futuro banquero), era el primer ciudadano de Villapaz.

Como la fronda no se mueve sin la voluntad de Dios, así nada era posible en aquel pueblo sin la opinión y el voto de la conspicua personalidad barberil. Sabíanlo todos, y nadie decía oxte ni moxte. El barbero ponía y deponía alcaldes, regidores y secretarios; traía y echaba maestros; residenciaba tesoreros; armaba y desbarataba negocios ajenos; decidía en los asuntos edilicios, y todo sin aparecer en escena, desde el telar ó entre bastidores, con la purita verba, con vivísima charla, mientras el cliente aguardaba el turno, mientras los parroquianos—que lo eran cuantos barbados y empelados alentaban en Villapaz—yacían inermes entre aquellas manos habilísimas, y en aquel sillón forrado de bayeta roja, potro monumental y perdurable, que, llegado al pueblo en dichoso día, significó progreso altísimo de la cultura villapaciega.

—Señor don Malaquías......—llegábase diciendo el normalista Hace tres meses que no me da un centavo el Tesorero...... Voy...... y me contesta que espere yo; que ya viene la cosecha del café......... ¡Y apenas estamos en agosto! ¡Triste suerte la mía! ¡Estudiar tantos años en la Normal, para...... llegar á este punto!

—Hablaré con el Alcalde—respondía protectoramente el señor don Malaquías.

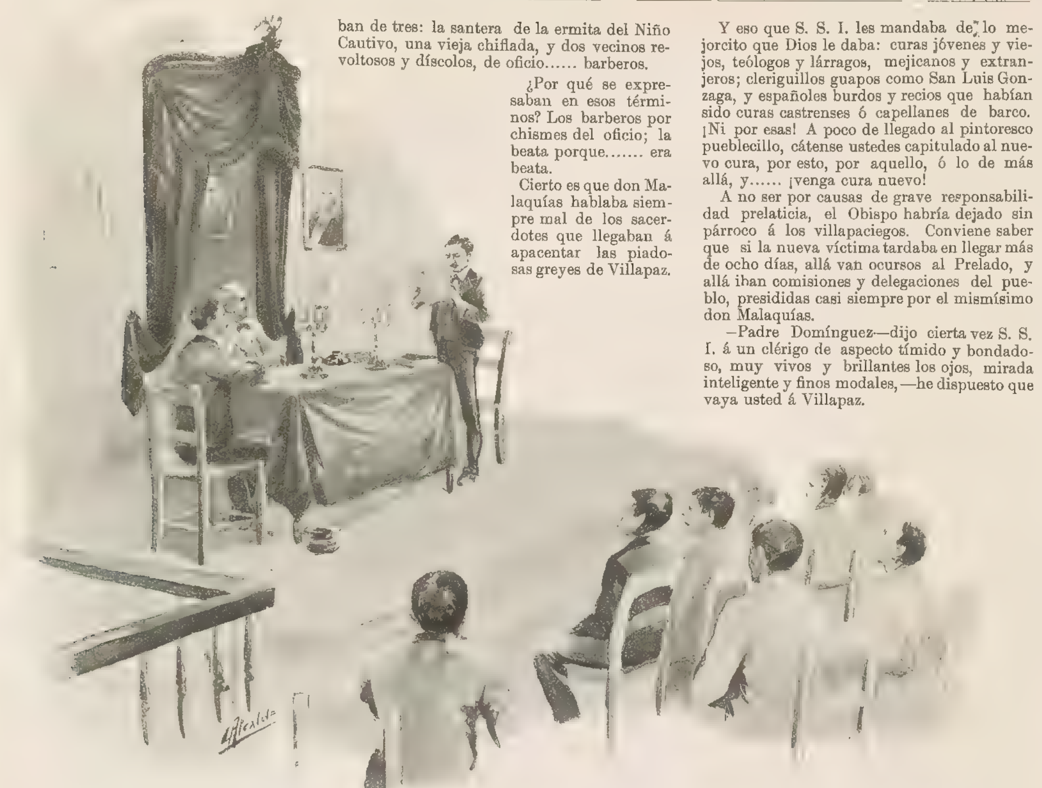
Y pronto recibía Bolaños cinco ó seis duros, en abono de los sueldos vencidos, durillos que le sacaban de apuros y le sabían á gloria.

—Don Malaquías......—suplicaba un vecino, Bardales ó Pérez.—¿Sabe usted? ¡Qué injusticia, estando como están los negocios, con el café tan bajo! Me han subido el derecho de patente. Arrégleme usted eso.....

—Yo me apersonaré con el Síndico. ¡Ya te bajarán la cuota! ¿Qué es eso de cargar la mano á las gentes trabajadoras?—respondía el barbero.

Se apersonaba Malaquías con los ediles, con el Secretario y con el Tesorero, y el quejoso era oído. Rebajábanle la cuota y seguía pagando lo mismo que en años anteriores, por más que fuese patente la prosperidad del mercader, y por mucho que el normalista, á pesar de su ateísmo, estuviese á punto de rezar á gritos el padrenuestro en medio de la plaza, un dia de tianguis, y tentadísimo de mandar al diablo la metodología, dejar los estudios y meterse á predicador, ó lo que es lo mismo, á





ban de tres: la santera de la ermita del Niño Cautivo, una vieja chiflada, y dos vecinos revoltosos y díscolos, de oficio...... barberos.

¿Por qué se expresaban en esos términos? Los barberos por chismes del oficio; la beata porque....... era beata.

Cierto es que don Malaquías hablaba siempre mal de los sacerdotes que llegaban á apacentar las piadosas greyes de Villapaz.

Y eso que S. S. I. les mandaba de lo mejorcito que Dios le daba: curas jóvenes y viejos, teólogos y lárragos, mejicanos y extranjeros; clériguillos guapos como San Luis Gonzaga, y españoles burdos y recios que habían sido curas castrenses ó capellanes de barco. ¡Ni por esas! A poco de llegado al pintoresco pueblecillo, cátense ustedes capitulado al nuevo cura, por esto, por aquello, ó lo de más allá, y...... ¡venga cura nuevo!

A no ser por causas de grave responsabilidad prelaticia, el Obispo habría dejado sin párroco á los villapaciegos. Conviene saber que si la nueva víctima tardaba en llegar más de ocho días, allá van ocursos al Prelado, y allá iban comisiones y delegaciones del pueblo, presididas casi siempre por el mismísimo don Malaquías.

—Padre Domínguez—dijo cierta vez S. S. I. á un clérigo de aspecto tímido y bondadoso, muy vivos y brillantes los ojos, mirada inteligente y finos modales,—he dispuesto que vaya usted á Villapaz.

periodista, para decir al Gobierno cien mil perrerías y clamar contra aquella política retrógrada y contra aquella administración, que importaban un anacronismo en las postrimerías del siglo de las luces.

¡Qué excelente y servicial don Malaquías! Pero...... ¡cuidado! ¡cuidadito con no tenerle satisfecho en aquello en que cifraba su vanidad! Dígalo el maestrito aquel que no regenteó la Escuela arriba de dos meses y medio. El pedante mozuelo, á poco de tratar á don Malaquías, con quien tuvo acaloradas discusiones, dejóse decir, cierta noche, en un corrillo, que el barbero era...... un «¡ignorante!»

¡Mayor blasfemia no fué proferida, que sepamos, por boca satánica! ¡Nunca hiciera tal, mozo tan desdichado! De nada le valieron títulos profesionales, saberes esotéricos y recomendaciones de gente de pro. Alguno de los oyentes contó el caso, y la «palabrita» fué causa de infortunio para el presumido lenguaraz.

Al saberla don Malaquías, alzó los hombros desdeñosamente y se engolfó de nuevo en la lectura de un periódico favorito. Pero, días después, en cabildo pleno, dió cuenta el Secretario de un memorial muy «punticomado, muy lógico y muy enérgico,» dirigido al H. Ayuntamiento por padres y tutores de cuantos niños concurrían á la Escuela. Pedían que el maestro fuese despedido por inepto, y que se trajera un profesor competente, de «más ciencia,» de «mejor personalidad,» de «mayor representación,» y que no viniera á revolver el pueblo y á difamar á los vecinos.

Entre las firmas de los ocurrentes estaban las de todos los concejales, de modo que no hubo discusión, y el normalista hubo de hacer la ma.eta un día después, cargó con sus libracos, y, sin lograr que le fuesen pagados sus alcances, tomó camino en busca de tierras más propicias y cultas.

No faltaban en Villapaz quienes dijeran que don Malaquías era impío, hereje, protestante y masón. Los que tales cosas decían no pasaDecía de ellos poco; pero eso era suficiente para que los malaventurados rectores, á poco de su arribo, tuvieran que tomar el portante.

La parroquia de Villapaz tenía fama de pingüe, ¡vaya que sí! como que, según cálculos, podía producir largos tres mil pesos; el clima era bueno; la casa cural regularcilla; la región muy rica en aguas regadizas, y el suelo productor de piñas fragantes y de mangos melifluos.

Todo á pedir de boca; pero los párrocos duraban allí lo que dura en el triste una alegría. El Obispo, aunque discreto y machucho, no sabía qué hacer, y la fama del pueblo corría en proverbio entre la clerecía:

«¿Vas á Villapaz?
Pues...... pronto volverás.»

—Ilustrísimo Señor......—murmuró el sacerdote, repitiendo «in mente» las rimas del proverbio.

—Sí, irá usted. ¡Ya no sé qué hacer con esa parroquia! ¡Mucho tino! ¡Mucha prudencia! Y sobre todo, y ante todo: ¡suma caridad! No hace ni un mes que mandé al P. Gorostegui, y esas buenas gentes ya no le quieren, y me piden...... ¡lo de siempre! otro cura.

—Como V. I. lo ordene—contestó resignado el humilde levita.

—¡Bien!—prosiguió S. S. jugando con su cruz pectoral —En Venta-Blanca se encontraré usted con el P. Gorostegui. Allí se verán ustedes, probablemente almorzarán juntos y él dará informes de aquello. El sitio es muy pintoresco...... ¡Ea! ¡A trabajar! ¡Que no fal-



te misa el domingo! ¡Que Dios Nuestro Señor le acompañe, P. Domínguez!

Entre once y doce de la mañana, se encontraron en Venta-Blanca los clérigos. Almorzaron juntos en el portalón de la venta.

—¿Qué tal fué en Villapaz?—preguntó dulcemente el P. Domínguez.

—¡Pésimamente!—prorrumpió el español. —¡Pardiobre! ¿Sabéis que he sido capellán de tropa? ¿Sí? Pues ni esa gentualla me dió más guerra! ¡Y, guarda Pablo, que eso sí que es canela, y de la fina! Aquello no puede ser peor...... en cuanto al modo de ser, vamos! Y cuenta que las gentes son piadosas, dulces, amables. Cuanto á costumbres...... ¡Pecadores! ¡Pecadores! ¡Hijos de Adán y Eva! ¿La feligresía? Corta y con buenos caminos. ¿El curato? Productivo. ¿La casa? Buena. Pero, ya sabéis:

En Villapaz, si vas,
no durarás.

—Pues, entonces, compañero, dígame: ¡por qué no permanecen los curas en ese pueblo?

—¡Bah!—exclamó estupendamente Gorostegui—¡Bah! ¡Tonterías!

—¿Cuáles son ellas?

—A ello voy.

—Oigamos......oigamos.

—Allí nadie va al templo, como no sean tres ó cuatro vejezuelas, la santera, que casi lo es, el sacristán, el organista, el cantor y los monagos.

—¿Pues no me decía usted, hace poco, que los de Villapaz son piadosos?

—Como piadosos...... lo son!

—Pues entonces no me explico.

—Oídme.

—Atento estoy.

Acomodóse en el banco el P. Domínguez, repantigóse en su tosco sillón el P. Gorostegui, y habló así:

—Son creyentes y piadosos. Ni la enseñanza laica ni los periódicos han sido parte á debilitar allí la piedad y la fe. ¡Si á las veces me ha parecido aquello, salva la naturaleza tropical, como remedo ó trasunto de algún pueblo encartado!

—Pues no acierto á comprender.

—Habéis de saber que hay allí un raspabarbas llamado Malaquías, tenido en opinión de sabio. ¡Buen pez! Acúsanle de impío, hereje y carbonario; mas tengo para mí que le calumnian la santera y los dos barberos enemigos del Malaquías. ¡Buena pareja!

El barbero paréceme hombre de bien, y de los muy listos. No es rana, y maneja á todo el pueblo como Maese Pedro sus títeres. Quise conquistármele, pero ya era tarde! Cuentan que algo sabe; que hizo estudios de gramática en no sé qué seminario, y se tiene por fuerte en varias disciplinas. Pienso y creo que el barbero ese es el menos borrico de todo el pueblo. ¿Os dije que intenté atraérmele? ¡Bien! Pues era tarde. Es el caso que......... llegáis, mandáis al campanero que anuncie sermón, llaman á tal, la iglesia se llena, viene todo el mundo..... Malaquías «in cápite.» ¡Pardiobre! ¡Ni con la elocuencia de cien Crisóstomos, mil Ambrosios y cien mil Agustinos, sacaríais fruto! Subís al púlpito, ponéis el texto, decís: «capítulo cuarto, versículo sexto» (los que fueren), y tenéis delante al Malaquías, pendiente de vos y haciendo señas de que no aprueba lo que habéis dicho. Luego después, á la salida, allá se va de corro en corro, de casa en casa, de taberna en taberna, diciendo y repitiendo que el cura es un ignorante; que, como á todos consta, no sabe más que hasta



el «capítulo cuarto y hasta el versículo sexto.» Le creen cuanto dice, y los pobres rústicos y las personas sencillas, que piensan que un cura debe ser un Santo Tomás de Aquino, no vuelven al templo, como no sea para cristianar muñecos, para casarse ó hacerse infelices, que todo es uno, ó á pedir responsos para sus difuntos. Y no sé cómo, porque allí no se muere nadie! ¿A misa? El domingo, y eso.. uno, dos, tres...... y paremos de contar! ¿Dijo el Malaquías que erais ignorante? No hay remedio: nadie quiere oír la divina palabra. Y en seguida: al Obispo: que mande otro párroco.

Terminó el almuerzo, despidiéronse los clérigos, y caballeros en sendas mulas, seguido cada cual de su espolique, echaron por caminos opuestos.

Sábado por la tarde, á tiempo que la campana mayor de Villapaz, una campana muy sonora—orgullo y amor de los villapaciegos, —convocaba al sermón, tres ó cuatro vecinos fueron á la barbería de López.

—¡Conque tenemos nuevo cura!

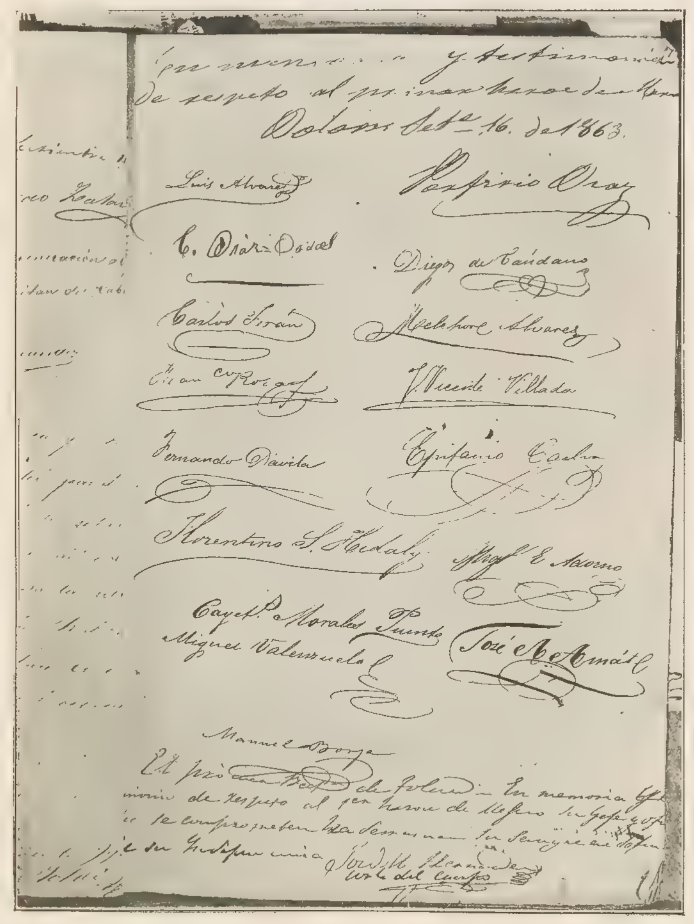
—Que será como todos...... ¡El gran ignorante!

—¿Va usted á oírlo?

—¡Clarinete! Vamos, pues.

Don Malaquías tomó el sombrero—un fieltro pringoso,—armóse de bastón, cerró la puerta del «establecimiento,» y en paso muy gravedoso, charla que te charla por el camino, se fué á la iglesia con la compaña.

Lleno estaba el templo. A no ser tanta y tan grande la popularidad de Malaquías, trabajos tuviera éste para ganar el sitio que había de ocupar con su persona en circunstancia como aquélla.



... y testimonio de respeto al primer heroe de ...
Dolores Setᵉ 16. de 1863.

Luis Alvarez
Porfirio Díaz
Melchor Alvarez
Vicente Villada
Fernando Dávila
Florentino S. Hidalgo
Miguel Valenzuela
Manuel Borja

ALBUM DE HIDALGO.—Autógrafo del Sr. Gral. Díaz.

ALBUM DE HIDALGO.—Autógrafo del Sr. Gral. Escobedo.

Sonó la hora en el cascado reloj de la sacristía, y el buen P. Domínguez, revestido con roquete lujoso, baja la mirada, el andar modesto, las manos juntas sobre el pecho, apareció en el presbiterio. Oró breve espacio, de rodillas delante del altar, y lentamente, precedido de dos monacillos, dirigióse al púlpito.

Más de mil miradas estaban fijas en el párroco, el cual se santiguó, hizo al Sacramento la reverencia debida, se caló el bonete, y volviéndose á la pilastra frontera, descubrió, ó creyó descubrir, por las señas que le habían dado el sacristán y la santera, al famoso don Malaquías, el susodicho pez.

Tras pausa prolongada, que avivó en los presentes el interés y la curiosidad, en alta voz, con acento clarísimo dijo el texto:

—«In verbo autem laxabo rete.»

Y tradujo:

—«No obstante, en tu nombre echaré la red.»

Detúvose y agregó:

—Palabras tomadas del Santo Evangelio de San Lucas. «Capítulo: cinco millones, trescientos cuarenta y tres mil, setecientos noventa y nueve. Versículo: cinco millones, doscientos treinta y tres mil, quinientos catorce.»

Volviéronse todos á ver á don Malaquías, en cuyo rostro se manifestaba extraordinario asombro.

¡Qué de interrogaciones en todas las pupilas! ¡Qué de frases admirativas en todos los labios!

—¡Este sí!—exclamó el barbero, olvidándose del respeto debido á la casa de Dios, en momentos en que el P. Domínguez daba comienzo á su sermón en estos términos:

—«Hermanos míos: ¡Es infinita y portentosa la sabiduría de Dios Nuestro Señor......»

*

Hace más de diez años que el P. Domínguez es cura de Villapaz. Allí le tienes, lector paciente, de enero á enero; allí vive querido, respetado y muy contento de sus feligreses. A menos que le hagan canónigo, que no le harán, porque donde está es más útil, allí se dormirá plácidamente en el Señor, y allí le darán los villapaciegos cariñoso sepulcro.

Don Malaquías, ya muy viejo y lleno de achaques, vive también allí, quiere mucho á su párroco, le admira, le aplaude y le venera; es jefe de los Claveros del Santísimo, preside la Conferencia de San Vicente de Paul, se pasa la velada en la casa cural en amable tertulia, y sigue sosteniendo en sus manos trémulas y torpes, pero fuertes aún, el cetro del poder en el pueblo dichoso de Villapaz.

RAFAEL DELGADO.

El Album de Hidalgo.

Publicamos hoy dos páginas del álbum de Hidalgo á que hicimos referencia en nuestro número anterior, y en las cuales se ven los autógrafos de los señores General Díaz y General don Mariano Escobedo.

El álbum, como dijimos, va á ser remitido próximamente al Museo Nacional, á fin de que se conserve allí juntamente con los objetos que pertenecieron al Padre de la Independencia.

Novillada en Tlálpam.

Como un recuerdo de la novillada que se efectuó el 11 del corriente en Tlálpam, reproducimos una fotografía en que aparecen las reinas que presidieron la fiesta y los aficionados que tomaron parte en la lidia. Forman el grupo de «soberanas,» las hermosas Sritas. María Margáin, Enriqueta de la Garza, Luz Sagaceta, Mercedes D. Fernández, Refugio Zúñiga, Ana Rovalo, Guadalupe Collantes y Paz Segovia, y el de aficionados, los jóvenes Fernando Zúñiga, José Agüeros, Guillermo Landa y Osio, Salvador Diego Fernández, Agustín Agüeros, Julián Fernández, Enrique Buenrostro, Luis Zamora, Luis Agüeros, y doctor de plaza, José Arroyo.



NOVILLADA EN TLALPAM.—Grupo de reinas y aficionados.



Teniente Coronel Donaciano Félix

General Brigadier Julián Jaramillo

Capitán 1° Primitivo Plaza.

Teniente Agustín Serrano

Subteniente Jesús Montes de Oca

Sargento 1° Ignacio Aguilár

Sargento 2° Julián García

Los Inválidos

Entre los distintos cuerpos militares que radican en la capital, existe uno, del que raras veces se habla en la prensa, que pasa casi inadvertido para la mayoría de los habitantes del país.

El Cuerpo Nacional de Inválidos, que es al que nos referimos, ocupa actualmente uno de los cuarteles de San José de Gracia y se compone de cincuenta hombres, poco más ó menos, figurando entre éstos el sargento primero Ignacio Aguilar, mutilado en la batalla de Salamanca el año de 1858, y el Teniente Agustín Serrano, herido en mayo de 1876, en que perdió la pierna derecha. Este último, al ser herido, servía al lado del Coronel Gaudencio de la Llave, que atacaba la plaza de Orizaba, defendida por el Coronel Ornelas.

El Teniente Serrano y el sargento Aguilar son los únicos inválidos, entre todos los que forman el cuerpo, que asistieron á las tremendas luchas que México sostuvo para mantener su independencia y para consolidar en su territorio la paz que hoy disfrutamos. De los demás inválidos, unos, como el Subteniente Montes de Oca, fueron heridos en las campañas emprendidas contra los yaquis, y otros, en Tomóchic y en Yucatán.

La narración que todos ellos hacen de los episodios en que tomaron parte y de las circunstancias en que fueron mutilados, exigiría, en nuestras columnas, un espacio de que no disponemos. Bástenos, por lo mismo, decir que entre los inválidos que sirvieron en el Yaqui, figuran el sargento segundo Julián García, el cabo Miguel Martínez y el soldado Casildo Balderas, y que, en Tomóchic, perdieron la pierna izquierda los soldados José María Hernández y Jacinto Martínez, y el soldado



Marcos J. Galván la pierna derecha. El cabo Mauro Aguila sufrió la amputación del brazo derecho á consecuencia de una herida que recibió en la campaña de Yucatán, y el cabo Ricardo Pineda la del brazo izquierdo, en un simulacro de guerra, hace algunos años.

***

Para terminar, diremos que como jefe del cuerpo figura el señor General Brigadier don Julián Jaramillo, veterano de la guerra del 47, muy apreciado por los servicios que prestó al país y por las cualidades que lo distinguen como caballero. El señor Brigadier sentó plaza de soldado raso el 1º de octubre de 1846 en el Batallón Independencia, de la Guardia Nacional del Distrito; concurrió á la batalla de Churubusco, como sargento 2º, recibiendo en la acción una herida en el costado derecho, y juntamente con otros patriotas fué hecho prisionero por los americanos. En 1867, después de haber asistido á numerosas batallas y escaramuzas, tomó parte en el sitio de México por el señor General don Porfirio Díaz, y como jefe del Batallón Guerrero, defendió el puente de los Cuartos, cerca de San Antonio Abad, rechazando á don Leonardo Márquez, que pretendió abrirse paso por aquel rumbo, el 9 de junio. El señor General Díaz envió tropas en auxilio del Batallón Guerrero y premió al señor Jaramillo con el grado de Teniente Coronel. El ascenso inmediato lo obtuvo en 1872, del Presidente Juárez, y el grado de Brigadier el 27 de mayo de 1901.

En el empleo que actualmente desempeña, se ha hecho querer y respetar de sus subordinados, logrando infundirles con sus consejos y con su ejemplo los principios de moralidad y disciplina tan necesarios para el buen servicio militar. En estas tareas lo ayudan eficazmente el Teniente Coronel del Cuerpo, señor Donaciano Félix, y el Capitán 1º don Primitivo Plaza.

De París á Madrid en Automóvil.

TERRIBLES DESGRACIAS.

Las carreras de automóviles concertadas en París últimamente y que debían efectuarse tomando como punto de partida aquella ciudad, y la de Madrid como de llegada, han llamado la atención en toda Europa, no precisamente por la enorme distancia que los automovilistas tenían que recorrer, sino por las desgracias que ocurrieron en ellas.

Más de 220 vehículos, entre pesados y ligeros, entraron en concurso, registrándose el primer accidente á dos kilómetros de Bonneval, donde se estrelló contra una barda uno de los automóviles, quedando muerto el conductor y herido el propietario del coche. El accidente más grave fué el ocurrido á la salida de Angoulême, donde un mecánico desvió la dirección del automóvil, arrollando á los espectadores y causándose la muerte. Cerca de Libourne acaeció el choque que representa nuestro grabado: el automóvil hecho pedazos que aparece al pie de un árbol, pertenece á M. Loraine-Barrow; era de dos cuerpos, que se telescopiaron en el instante del choque, y estaba señalado con el número 5. Loraine resultó seriamente herido, y una persona que lo acompañaba murió á consecuencia de un fuerte golpe que sufrió en la cabeza.

Hubo, además, otros accidentes lamentables, entre ellos el que ocasionó la muerte de M. Marcel Renault, uno de los automovilistas más hábiles de París.



El automóvil de Loraine—Barrow después del choque.



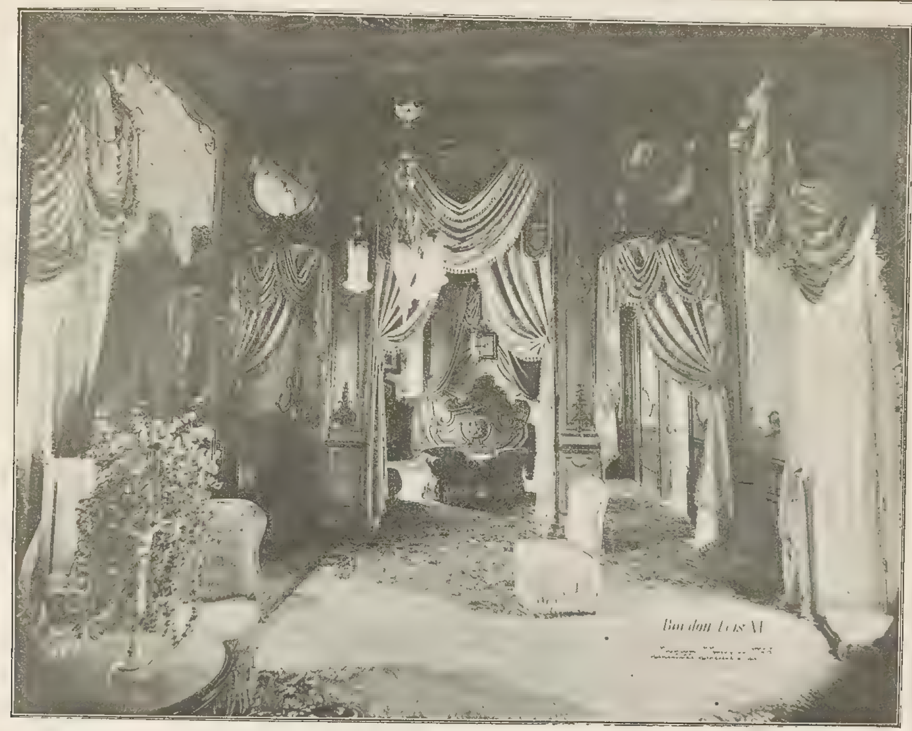
Guadalajara, á 18 de mayo de 1903.

Sres. JORGE UNNA y CO.---San Luis Potosí.

Muy señores míos y amigos:

Teniendo que amueblar y decorar los principales departamentos de mi nueva casa, me dirigí á ustedes encargándoles la obra total, dejando todos los detalles á su buena fe y honorabilidad.





Ahora que tengo todo en mi poder, no puedo menos que daries mis plácemes por el excelente gusto y la buena construcción que emplearon ustedes en todas sus manufacturas, y me felicito por la buena elección que hice de su casa para este objeto

Pueden ustedes contar siempre con mi recomendación y de preferirlos para lo que se me ofrezca en lo futuro.

De ustedes afectísimo atento amigo y S. S.—**José Cuervo** (*firmado.*)



CARTA A LAS DAMAS

"Señoras: el mayor realce de la belleza es un cutis fresco y limpio: Cuando una dama conserva el cutis suave, nítido y lozano, cautiva siempre, y, sus encantos son imperdurables, sea cual fuere su edad.

Con el uso de la "AGUA TROPICAL" obtendréis una belleza imborrable y disminuiréis la edad, que es todo lo que puede desearse. Un par de frascos bastan para convencerse de esa verdad." Jeany W. Groshs.

De venta en la calle del Coliseo Nuevo, 5, y en la Droguería de Uihlein.

Los pedidos á A. E. Betancourt.



Elixír Estomacal

DE SAIZ DE CARLOS

Cura el 98 por ciento de los enfermos del ESTOMAGO E INTESTINOS radicalmente por crónicas y rebeldes que sean sus dolencias, esto lo confirman las eminencias médicas del mundo, y la fama adquirida por este ELIXIR.—DE VENTA EN DROGUERIAS Y BOTICAS.

TOMEN VINO SAN GERMAN.



LA "FOSFATINA FALIERES" es el alimento más grande y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses, y particularmente en el momento del destete y durante el período del crecimiento. Facilita mucho la dentición; asegura la buena formación de los huesos; previene y neutraliza los defectos que suelen presentarse al crecer, é impide la diarrea, que es tan frecuente en los niños.—PARIS, 6 AVENUE VICTORIA, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

ASMA OPRESION CATARRO

CURACION pronta y asegurada con los polvos antiasmaticos y los CIGARROS GAMBIER

COQUELUCHE

Tratamiento racional é infalible por fumigaciones con los

POLVOS FUMIGATORIOS GAMBIER

PARIS – 208 bis, Fg St-Denis

México: J. LABADIE, Suc^{res} y C^{ia} - J. UIHLEIN.

Gran Joyería y Relojería

1a. Plateros 12 y 14



ARTICULOS "ART NOVEAU"

AGENCIA DEL RELOJ OMEGA

Pídase Catálogo, Apartado 27 L.

Crema rosada "ADELINA PATTI."

Compuesta de substancias tónicas y saludables, evita las arrugas, refresca el cutis y conserva la hermosura de la cara hasta la vejez, comunica un perfume delicioso, y con su uso diario, las señoras tienen la seguridad de conservar siempre los encantos de la belleza y la frescura de la juventud.

Tanto en Europa como en América, la usan las damas más aristocráticas.

DE VENTA EN DROGUERÍAS Y PERFUMERIAS

RECOLORACIÓN

DE LAS

BARBAS y del PELO

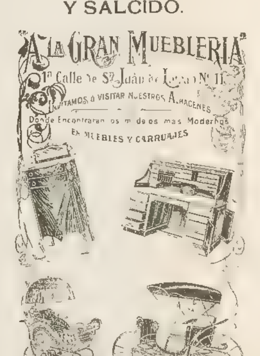
CON EL

EXTRAIT des SIRÈNES

de GUESQUIN, Químico en *Paris*

En *Mexico* : J. LABADIE Suc^{es} y C^{ia}.

RICARDO PADILLA Y SALCIDO.



Píldoras Digestivas y Antisépticas

DEL DR. B. HUCHARD, DE PARIS.

☞ Doradas, para los casos con diarrea. Plateadas, para los casos sin diarrea. ☜

Muy experimentadas en las enfermedades del Aparato digestivo. Contiene la materia activa de los fermentos digestivos, y los antisépticos más poderosos combinados en una forma nueva y asociados con otras substancias medicinales. Es el mejor remedio para la dispepsia, mala digestión estomacal é intestinal, para la diarrea, disentería, enfermedades del hígado, gastralgias, jaquecas y en todos los casos en que la digestión es torpe y la nutrición imperfecta, ó cuando hay inflamación ó infección del Aparato digestivo ó de los órganos anexos.

De venta en todas las Droguerías y Boticas.



MAGGI

PARA SAZONAR

Sopa, Caldo y Salsa

En frascos.

EL MUNDO ILUSTRADO

ANO X—TOMO I—NUM. 26

MEXICO, JUNIO 28 DE 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem, en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Instalación Solemne de la Convención Nacional Liberal.

LA MESA DIRECTIVA.

LA IDEA LIBERAL.

Después de algunos años de absoluta inacción, los liberales mexicanos acaban de dar, en una serie de asambleas interesantísimas, señales inequívocas de que la idea liberal no se ha extinguido en México; sino que vive latente, más difundida que nunca, y pronta á entrar en acción en el momento mismo en que los intereses del país lo hagan necesario.

Este resurgimiento ha sido una revelación para todos, no solamente porque ha hecho indudable la reorganización del partido liberal y ha dejado ver cuál sería, en ese caso necesario, la magnitud del esfuerzo que desarrollara ese partido á quien cabe la gloria de haber salvado á la Patria, más de una vez; sino que también ha sorprendido, porque hemos visto palpablemente la evolución benéfica que la paz ha impreso á la idea liberal en México.

No es ya el partido liberal—ni podría serlo—el de exaltadas ideas, el grupo de videntes fanáticos que en otro tiempo, con la mirada fija en un ideal imposible de realizarse, emprendía la jornada á través del desierto, sufriendo miserias, á veces derrotado, á veces vencedor; siempre firme, implacable, tenaz, marchando de frente á la conquista de principios, en los que cifraba ciegamente la salvación de la patria.

Aquella cohorte de fanáticos estaba llena de heroísmos sublimes y de odios sangrientos: acometida á cada paso, humillada y escarnecida, cuando la fortuna se ponía de parte de sus enemigos, usaba de la ley de las represalias y en virtud de ella, junto á cada cadalso solía levantar un cadalso; y frente á cada crimen solía dejar un reguero de sangre.

El liberal que hemos visto surgir en estos días, ha sufrido una transformación. No en vano pasan lustros de paz y de progreso; no en vano los hechos vienen, en el curso de los años, á rectificar principios, á desvanecer ensueños y á consagrar las verdades.

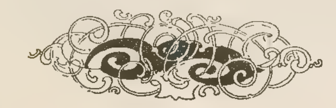
El liberal de estos tiempos no tiene más que un odio: á la anarquía; no defiende más que un principio: el del orden dentro de la ley. El liberal de hoy no quiere imperar como único soberano sobre un pueblo inhábil para contrarrestar de algún modo aquella fuerza; quiere la lucha, pacífica, dentro del orden institucional; quiere que los grupos sociales se organicen y que así como tienen sus intereses económicos especiales á cada uno, tengan igualmente sus intereses políticos y los defiendan.

El liberal mexicano moderno quiere la paz como resultante necesaria de fuerzas que obran en sentidos diversos y con diversas intensidades; pero siempre dentro de una órbita marcada por una ley, por cualquiera ley; pero que sea la Ley.

Estos principios, lanzados ya como el programa actual del partido liberal, han encontrado entusiasta acogida por todos aquellos que creen sinceramente en que hemos llegado á un período de nuestra existencia en que se hace indispensable organizarnos definitivamente en la forma de una sociedad civilizada; por todos aquellos que tienen fe en los destinos de la patria, y están convencidos de que la paz y el progreso de que hemos disfrutado en este cuarto de siglo, no han sido una pausa, ni han sido un paréntesis, no han sido un desmayo pasajero, sino el principio de nuestra vida de civilización.

Por esto las manifestaciones políticas efectuadas en estos días, á propósito de los trabajos electorales, han tenido gran resonancia en todo el país, y seguramente darán frutos beneficiosos para la Patria.

Dr. Luis Lara y Pardo.



La naturaleza vive de transacciones, de transiciones y conciliaciones: imitémosla.

D'Estournelles de Constant.

*

Para agradar á los demás, es menester hablar poco de lo que á nosotros nos interesa y mucho de lo que les afecta á ellos.

Valery-Radot.

Cuentos del Trabajo.

JUAN

Pasando por aquel cuarto obscuro, desconchado, en donde el negro de los manchones de tinta de imprenta hacía sombra en la sombra, las pupilas se abrían en toda su amplitud para poner en guardia de algún peligro; los pies vacilaban para afirmar el paso; se tendían las manos para tropezar con el obstáculo.

Pasábase cerca de la amiga—la buena amiga que nos ayudaba á ganar el pan y la gloria: una máquina que imprimía periódicos;—pero los ojos no podían advertir los contornos, las ruedas con dientes, las palancas poderosas que con sólo un ligero abatimiento contenían la impetuosidad asombrosa de aquel vértigo de acciones; pasábase cerca, muy cerca de la amiga confinada al rincón obscuro, y sólo una voz rompía el rumor de nuestros pasos:

—¡Cuidado!... ¡cuidado! no se trompiecen, jefes.

Era Juan el que daba esa advertencia.

Juan fué un muchacho bueno: llegó á la casa una madrugada muy fría; quiso trabajo y se le dió una escoba para que barriera la calle; después fué el guardián de una puerta; luego cuidó los tornillos trasroscados de una máquina vieja, y después de este «luego» pasó muchas auroras embriagándose con el ruidal de la flamante prensa del diario de la mañana, poniendo aceite donde se le mandaba, pasando trapos sobre los rodillos de fierro, atornillando y destornillando, dedeándose la frente, al quitarse el sudor, hasta dejarla pintada, con la tinta del trabajo, una corona que los pensadores predican y que para sí han deseado en el reino demócrata del obrero.

Juan era un enclenque de tez bruna, tenía por mejor traje un pantalón azul, que por delante se le trepaba hasta las axilas, sobre una camisola negra, y por detrás le quedaban colgados en los pies de una X formada por las cintas de unos tirantes de color indefinible. Usaba cachucha, ó para mejor decir, una cachucha usaba su cabeza á guisa de perchero que la casualidad le ofrecía. No era fácil ver que aquel casquete de trapo mugriento se desprendiera de la testa aguda de nuestro Juan. Acaso, en aquellas horas de la madrugada, cuando el movimiento de la máquina se antojaba la disforme convulsión de un monstruo de mil miembros, el muchacho tiraba la cachucha al rincón, como si la creyera un obstáculo para recibir todo el ambiente de trabajo que exhalaba la montaña de fierros combinados. Y si ocurría algún incidente, si se reventaba la tira de papel continuo ó si se hacía necesario alimentar el sistema de entintadores, Juan empuñaba la palanca interruptora y tiraba de ella con suavidad cariñosa, y las ruedas y las flechas interrumpían su vértigo, el monstruo descansaba y el dominador se ponía á acariciar el hierro luciente y tibio de los volantes.

Juan, en esos momentos, se sentía poderoso. Era el rey del trabajo; era el átomo activo en el gran todo...

Terminada la labor, cuando apenas el alba volvía la frente al caserío, el maquinista redoblaba sus actividades; limpiaba la secreción de las tuercas, volvía flamante la tersura de los cilindros, evitaba la tensión de las bandas, y después, en la más plácida de las dichas, iba á tirarse sobre un montón de papel inútil; á descansar, á soñar un momento con no sé qué clase de sueños humildes que traducían gratitud para la vida, para la adorada y tremenda lucha.

***

Juan preparaba cierta noche su máquina, y queriendo probar si ya estaba dispuesta, la puso en movimiento. La acción comenzó haciendo estremecer los muros desconchados, dejó oírse el ruido que al maquinista le producía voluptuosidades; en la sala de redacción se trazaron de prisa los renglones de la noticia de última hora; las máquinas de formación activaron el trabajo; el repique del plomo de las letras en el componedor, se oía como el baile de una granizada sobre un techo de cristales.

Juan había dado el ¡alerta!

De pronto un gran grito, un grito desgarrador, puso en movimiento á todos los operarios. Había salido de aquel cuarto negro donde estaba la máquina impresora...

....

¡Tremenda confusión!...

...Juan, tendido en el suelo, junto al vértigo de los engranajes, no daba señales de vida: su hombro derecho era un manantial de sangre, y allá, entre los rodillos, se veía un brazo espantosamente triturado.

En los semblantes se leía horror; cesó todo ruido; las impresiones se cambiaban en voz baja.

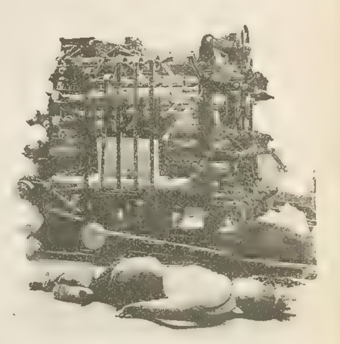
—¡Un médico!

Era imposible salvar al pobre Juan, su máquina—su querida compañera—lo había sacrificado.

El facultativo ordenó llevar á la víctima á un sitio blando é inmediato; eligióse el montón de papeles inútiles donde Juan pasaba sus contadas horas de sueño.

—¡Es imposible!—dijo el médico después de examinar la herida,—morirá dentro de unas horas. Hagamos un esfuerzo...

Los medicamentos lograron que Juan volviera en sí; pero al transcurso de poco tiempo, una fiebre intensa se apoderó del paciente.



Y en angustioso delirio decía medio incorporándose sobre el brazo izquierdo y mirando con ojos tremendamente abiertos á la máquina inmóvil:

—¡Nadie!... nadie la tiente... ¡qué hermosa es!... ¡me dió de comer!... mañana la haré trabajar mejor... ¡oh!... ¡que no la muevan!... ¡¡es mía!!... ¡mía!... mía...

Luego un rato de somnolencia.

¡Qué triste el trabajo de aquella noche!

***

Llegó su turno á la máquina que imprimía, y un aprendiz substituyó á Juan en la faena.

La balumba estremeció los muros desconchados del cuarto y el pobre herido abrió los ojos para ver en derredor, con la pena de la desesperación impotente. Algunas palabras hicieron esfuerzos por salirle de los labios: tal vez hayan sido súplica, tal vez maldición.

Juan murió cuando el primer grito del rapaz vendedor del periódico se escuchó en la calle casi desierta, apenas tocada por el reclamo nácar de la aurora.

Luis Frías Fernández.

La Convención Nacional Liberal.

La Convención Nacional Liberal, formada, como se sabe, por los delegados de los comités constituídos en las diversas entidades federativas de la República, conforme á las bases de la Unión Liberal, se reunió por primera vez, en la Cámara de Diputados, el día 19 del corriente.

Mas de ciento setenta delegados, entre propietarios y suplentes, concurrieron á la junta, estando por ellos representados veintiocho comités locales: veinticinco establecidos en igual número de Estados, uno en el Distrito Federal, y dos en los territorios de Tepic y Baja California. La sesión fué presidida por el señor Diputado don Trinidad García, acompañándole en la plataforma de honor los señores Vicepresidente Gabriel Mancera, y Secretarios Emeterio de la Garza, jr., Ramón Prida, Ernesto Chavero y Daniel García.

El discurso de bienvenida, encomendado al señor Licenciado don Pablo Macedo, y que ya conocen, indudablemente, nuestros lectores por haberlo publicado íntegro «El Imparcial,» fué escuchado con positivo interés por los concurrentes y muy aplaudido.

***

La Mesa definitiva de la Convención se nombró en la junta efectuada el 20, por la noche, resultando electos: el señor General Jerónimo Treviño, Presidente; el señor General Jesús Aréchiga, Vicepresidente; y los señores Licenciado Miguel S. Macedo, Licenciado Emeterio de la Garza, Juan P. M. Camou y Licenciado Luis Manuel Rojas, Secretarios. La designación del candidato del partido liberal mexicano para la Presidencia de la República en el próximo período constitucional, se hizo en la sesión del domingo último, apoyando la candidatura del señor General don Porfirio Díaz, en nombre de algunas delegaciones que tenían, de los comités que representaban, mandato expreso de votar por el ilustre gobernante, el señor Ingeniero don Francisco Bulnes. La notable pieza oratoria del señor Bulnes causó profunda impresión entre las numerosas personas que ocupaban las tribunas de los diputados y las galerías, y fué varias veces interrumpida por prolongados aplausos. Muchas fueron las felicitaciones que el orador recibió, al terminar, de sus amigos y admiradores.

A propuesta del señor Licenciado Rosendo Pineda, los delegados eligieron su candidato, por aclamación, al señor General Díaz, nombrándose después al señor Mancera como presidente, y á un grupo formado por dos delegados de cada uno de los Estados, para participar al supremo mandatario la elección que acababa de hacerse en su favor. Los comisionados fueron recibidos por el señor Presidente el lunes en la tarde, en el Salón Amarillo de Palacio. El discurso que el señor Mancera dirigió al señor General Díaz, fué contestado por el Primer Magistrado en los siguientes términos:

«Señores Delegados:

La primera y más alta entre las distinciones que pueden conferirse á un ciudadano en los pueblos constituídos bajo la forma republicana representativa popular, es la designación previa y solemne por sus compatriotas para Jefe Supremo del Poder Público, ya sea que llegue ó no á ejercerlo. Tal es, señores delegados, la honra que por vuestra benévola mediación me prodigan vuestros generosos delegantes; y como si no fuera tan grande, como es inmerecida por mi parte, han tratado de magnificarla con manifestaciones públicas en todo el territorio nacional. Yo la contemplo, la aprecio en toda su magnitud, y la agradeceré mientras viva, con el mayor y más cordial reconocimiento de que soy capaz, sin que esto sea motivo para suponer que yo también opino en favor de mi candidatura, pues aunque me siento poseído de nobles y grandes ambiciones patrióticas y con todo el humano orgullo que es natural en casos como el mío, no me parece que un hombre bien entrado ya á la edad en que todos los pueblos civilizados jubilan á sus servidores, sea el más á propósito para dirigir la marcha progresiva de una Nación joven y briosa que con varonil resolución é impulso creciente, se lanza á la obra de su rehabilitación y engrandecimiento al sentirse libre de las calamidades que durante más de medio siglo le impidieran armonizar sus poderosas fuerzas vitales; pero entiéndase bien que al confesarme poco adecuado para la dirección administrativa y política de mi Patria, no le niego los últimos servicios que aún pudiera prestarle; con mucha pena le denuncio mi deficiencia, porque así me parece debido y oportuno, ahora que aún no ha formulado legalmente su soberano mandato; pero siempre listo para acatar con todo respeto los que tenga á bien imponerme; que para eso le he pertenecido y le pertenezco sin reserva.»



Sr. General Jerónimo Treviño, (De un retrato antiguo)

Al concluir su corta, pero interesantísima alocución, el señor Presidente fué ovacionado.

***

El martes por la noche los delegados fueron obsequiados por los miembros del comité local del Distrito con un banquete que se efectuó en Chapultepec. El señor Licenciado don Joaquín D. Casasús pronunció un hermoso y correcto brindis, para ofrecer el banquete, hablando en seguida, á nombre de las Delegaciones, el señor Licenciado don Carlos Robles. Ambos oradores fueron muy aplaudidos.



Los delegados á la Convención recibidos el día 22 por el Sr. Presidente.



Los delegados saliendo de Palacio.



La Misa de las Sombras.

Por Anatole France.

He aquí lo que el sacristán de la iglesia de Santa Eulalia, en Neuville d'Aumond, me refirió una hermosa noche de verano, bebiéndose bajo el emparrado del «Caballo Blanco» una botella de vino á la salud de un muerto á quien había enterrado pomposamente aquella mañana, cubierto su ataúd con un paño negro, tachonado de grandes lágrimas de plata.

«Mi difunto padre—habla el sacristán—fué sepulturero, como yo. Tenía el genio alegre; lo cual era, indudablemente, efecto de su profesión; pues se ha observado que cuantos trabajan en los cementerios son de jovial humor. No les asusta la idea de la muerte, ni piensan jamás en ella. Yo mismo, señor, entro en el camposanto de noche con la misma tranquilidad que aquí; y si por casualidad me tropiezo con un alma del otro mundo, no me inquieto por ello, considerando que muy bien puede ir á sus asuntos, como yo á los míos. Conozco al dedillo las costumbres de los muertos y su carácter. Sé, respecto á este punto, cosas que los mismos curas ignoran; y si contase todo lo que he visto, os quedaríais asombrado. Pero no todas las verdades pueden fácilmente decirse; y mi padre, gran aficionado á narrar historias, no reveló, seguramente, la vigésima parte de lo que sabía. En desquite, solía repetir con frecuencia los mismos relatos, y contó cien veces, que yo sepa, la aventura de Catalina Fontaine.

«Catalina Fontaine era una solterona, á quien él recordaba haber visto siendo niño. No me extrañaría que hubiese aún en el país hasta tres ancianos que recuerden también haber oído hablar de Catalina, pues era muy conocida y bien reputada, aunque pobre. Habitaba al final de la calle de las Monjas, en la torrecilla que podéis todavía ver, y que pertenece á un antiguo palacio medio arruinado que está enfrente del jardín de las Ursulinas. Hay en la torrecilla varias figuras é inscrip.

ciones medio borradas por el tiempo. El difunto párroco de Santa Eulalia, M. Levasseur, afirmaba que una de éstas dice en latín: que «el amor es más fuerte que la muerte.» «Lo cual debe entenderse—añadía—del amor divino.»

«Catalina Fontaine vivía sola en aquella casita. Era encajera. Ya sabéis que los encajes de por aquí eran antiguamente famosos. No se le conocían ni parientes ni amigos. Decíase que á la edad de dieciocho años había amado al joven caballero de Aumont-Cléry, con quien se llegó á desposar en secreto; pero las personas de bien no creían una palabra de todo ello, y decían que eso era un cuento ideado porque Catalina Fontaine tenía más trazas de dama que de obrera; porque andaba triste de continuo, y porque llevaba en el dedo del corazón uno de esos anillos en que el artífice ha puesto dos manos enlazadas, y que los prometidos cambiaban entre sí en el acto del desposorio. Ahora sabréis lo que había de verdad en todo ello.

«Catalina Fontaine vivía santamente. Frecuentaba mucho las iglesias, y en todo tiempo oía la misa de seis en Santa Eulalia.

«Pues señor..... En cierta noche de diciembre, cuando reposaba tranquilamente en su alcoba, fué súbitamente despertada por el toque de las campanas. No dudando que la llamaban á la misa de alba, la piadosa mujer se vistió apresuradamente y bajó á la calle, donde tan obscura era la noche, que no se veía ni las casas, ni se vislumbraba la menor claridad en el sombrío cielo. Ni el más leve rumor turbaba el silencio de aquellas tinieblas, y sentíase uno allí separado de toda criatura viviente. Pero Catalina Fontaine, que conocía cada una de las piedras en que sentaba el pie, y que hubiese podido ir á la iglesia con los ojos vendados, llegó sin dificultad hasta la encrucijada de las calles de la Parroquia y de las Monjas. Una vez allí, vió que las puertas de la iglesia estaban de par en par abiertas, y que salía por ellas un vivísimo resplandor de cirios. Siguió adelante, y al franquear el pórtico, se encontró en medio de una asamblea tan numerosa, que materialmente llenaba el templo. No reconoció á ninguno de los presentes, y sorprendíale ver á todas aquellas gentes vestidas de terciopelo y de brocado, con plumas en el sombrero y ciñendo la espada al uso de los antiguos tiempos. Había allí buen número de señores que se apoyaban en largos bastones con puño de oro, y muchas damas que ostentaban cofias de encaje, prendidas con un peinecillo en forma de diadema. Caballeros de San Luis daban la mano á aquellas damas, que recataban detrás del abanico el pintado rostro, del cual no se veía más que la sien empolvada y una mosca en el lagrimal. Todos se dirigían á su puesto sin hacer el más leve ruido, sin que se percibiera el rumor de sus pasos sobre las losas, ni el rozamiento de las faldas. En las naves laterales del templo multitud de jóvenes artesanos que vestían chaqueta obscura, pantalones de bombasí y medias azules, cogían por el talle á otras tantas muchachas muy lindas y sonrosadas que bajaban pudorosamente la vista. Junto á las pilas de agua bendita, sentábanse en el suelo, con la tranquilidad de los animales domésticos, las aldeanas de zagalejo encarnado y apretado corpiño, mientras sus novios, con el traje de los días de fiesta, permanecían de pie detrás de ellas, haciendo girar entre las manos el flamante sombrero. Todas aquellas fisonomías silenciosas parecían eternizadas en el mismo pensamiento, dulce y triste. Arrodillada en su lugar acostumbrado, Catalina Fontaine vió adelantarse hacia el altar al oficiante, precedido por los diáconos. No reconoció tampoco á ninguno de ellos. Dió principio la misa, muda ceremonia, en la que ni se oía el murmullo de los labios que oraban, ni el tintineo de la campanilla vagamente agitada. Catalina Fontaine sentíase bajo la influencia y las miradas de su misterioso vecino, y habiéndole examinado sin volver casi la cabeza, le reconoció por el joven caballero de Aumont-Cléry, que la había amado, y muerto hacía cuarenta y cinco años. Y le reconoció por una señal imperceptible que tenía debajo de la oreja izquierda y, especialmente, por la sombra que sus largas pestañas negras proyectaban sobre sus mejillas. Vestía el mismo traje de caza, rojo, con galones de oro, que llevaba el día aquel en que, habiéndola encontrado en el bosque de San Leonardo, pidiérale agua primeramente y después un beso. Conservaba aún su juventud y su bella apostura. Todavía mostraba al sonreír sus dientes de lobezno. Catalina le interpeló en voz baja:

«—Monseñor, que fuisteis mi amigo y á quien dí en otros tiempos lo que una joven guarda en mayor estima, ¡Dios os tenga en su santa gloria! Quiera El inspirarme, por fin, que me arrepienta del pecado que cometí con vos, porque lo cierto es que, con los cabellos blancos y próxima ó morir, no me pesa aún de haberos amado. Pero, amigo mío difunto, mi hermoso señor, decidme: ¿quiénes son estas personas vestidas á la usanza antigua que oyen aquí esta misa silenciosa?

«El caballero de Aumont-Cléry respondióle con una voz más débil que un suspiro y, sin embargo, más clara que el cristal:

«—Catalina, estos hombres y estas mujeres son ánimas del purgatorio que ofendieron á Dios, pecando como nosotros, por amor á las criaturas; pero que no han sido, á pesar de ello, rechazadas por el Señor, puesto que su pecado fué, como el nuestro, sin malicia.

«Mientras separadas de los que amaron en la tierra, se purifican en el fuego lustral del purgatorio, sufren los males de la ausencia, y este padecer es para ellas el más cruel de todos. Tan desgraciadas son, que un ángel del cielo se ha compadecido de sus penas de amor y, con la venia de Dios, reúne todos los años, durante una hora de la noche, al amigo y la amiga en su propia iglesia parroquial, en donde se les permite oír la misa de las sombras cogidos de la mano. Tal es la verdad, y si hoy me es dado verte aquí, Catalina, antes de tu muerte, cosa es que no se habrá realizado sin conocimiento del Señor.

«A esto repuso Catalina Fontaine:

«—¡Ay! Querría morir para volverme hermosa, como en los días, mi difunto señor y dueño, en que te daba de beber en el bosque.

«Mientras hablaban así en voz baja, un canónigo muy viejecito hacía la colecta, presentando á los circunstantes una gran bandeja de cobre, sobre la cual dejaban ellos caer monedas antiguas que ya no circulaban hacía muchos años: escudos de seis libras, ducados,





Banquete á los Delegados á la Convención Nacional Liberal.—Aspecto del salón.

florines, jacobos, nobles... Y las piezas caían en silencio. Cuando le ofrecieron la bandeja. el caballero arrojó en ella un luis que, al igual de las otras monedas de oro y plata, no produjo el menor ruido.

«Después se paró el anciano canónigo ante Catalina Fontaine, la cual púsose á rebuscar en su faltriquera, sin encontrar un solo ochavo. Entonces, no queriendo negar su ofrenda, se quitó el anillo que le había dado el caballero la víspera de su muerte, y lo arrojó en el plato de cobre.

«El anillo de oro sonó al caer como el badajo de una campana; y al ruido retumbante que hizo, el caballero de Aumont-Cléry, el canónigo, el celebrante, los diáconos, las damas, los caballeros, la reunión entera, se desvaneció como por ensalmo; apagáronse los cirios, y quedó Catalina Fontaine absolutamente sola en las tinieblas.»

Al concluir de esta manera su relato, el sacristán se echó al coleto un buen trago de vino, quedóse pensativo un instante, y luego prosiguió en estos términos:

«Os he referido esa historia tal y como mi padre me la contó muchísimas veces, y la creo verídica, puesto que está de acuerdo con todo lo observado por mí, respecto á los hábitos y aficiones particulares de los muertos. Los he tratado mucho desde mi niñez, y sé que tienen por costumbre volver á sus amores.

«Por esta razón, los difuntos avaros suelen vagar de noche al rededor de los tesoros que escondieron en vida. Al vigilar atentamente en defensa de sus caudales, el trabajo que se dan, lejos de aprovecharles, tórnase en daño de ellos, y así no es raro descubrir el dinero oculto bajo tierra, removiendo la del paraje frecuentado por un fantasma.

«De igual suerte, los maridos difuntos vienen á atormentar, durante la noche, á sus mujeres casadas en segundas nupcias, y podía citaros muchos que han guardado mejor á su esposa después de muertos, que lo hicieron en vida. Y eso no está bien, porque en recta justicia, los difuntos no deben ser celosos. Pero, en fin, yo os refiero lo que he tenido ocasión de observar. Conviene, pues, andar con cuidado al casarse con una viuda.

«Aparte de eso, la historia que os he relatado, se confirmó del siguiente modo:

«En la mañana que sucedió á aquella noche extraordinaria, Catalina Fontaine fué encontrada muerta en su habitación; y el pertiguero de Santa Eulalia halló en la bandeja de cobre que servía para las colectas, un anillo de oro con dos manos entrelazadas.

«Por lo demás, yo no soy hombre capaz de inventar cuentos que hagan reír.... ¡Si pidiéramos otra botellita de vino!...»

EL VIOLÍN DE LEDA.

La abuelita se moría. Hacía ya dos semanas que lenta, lentamente se iba consumiendo. Ahora su semblante tenía la blancura de un marfil viejo; sus ojos estaban casi apagados por el dolor y sólo brillaban cuando oía en la larga escalera el trotecillo acompasado de su pequeña Leda, que regresaba de la calle, á donde iba á buscar el pan, después de muchas horas de ausencia.

¡Oh, qué frío hacía aquella noche!...... La nieve golpeaba inclemente los cristales desvencijados, que parecían ceder al impulso del viento.

La buhardilla, encaramada allá sobre sus seis pisos, semejaba un nido vacío que la tempestad se iba á llevar en su furor. Y sola allí la pobre vieja en su lecho de muerte, viendo entrar por las grietas de los ventanales el polvo de nieve que traía el frío punzante, pensaba en la muerte que sentía acercarse, en los días pasados en que no faltaba pan en su casa, y en su pobre Leda, la nieta de su corazón, que había ido lejos á tocar el violín para implorar la caridad, y no venía.... ¡Ah, qué frío! y el último pedazo de carbón ardía en la estufa!

***

Leda había recorrido muchas calles, en compañía de su violín, de ese querido amigo de su infortunio que lloraba las tristezas de su alma desamparada; había ido al pie de los grandes palacios á gemir su amada música de Beethoven y Chopín, y los ujieres la habían despedido con desprecio. Era un día fatal. Siempre llevaba algún consuelo á su hogar, pero aquel día ya era tarde. La noche la había sorprendido sollozando sus armonías á la puerta de un templo. Allí, y mientras del cielo de París caía la nieve, ella tocaba la «Canción sin palabras,» de Méndelssohn. Era la última invocación que hacía á la caridad en aquella noche cruel de su destino, y por eso sus notas se iban llorando como niños huérfanos y se perdían en las brumosas lejanías, como suaves rumores de aleteos.

Ya la nieve había blanqueado su sobretodo negro, y sus manos heladas y doloridas no podían sostener más el violín, cuando cesó de tocar, y con el rostro inundado de lágrimas, apretó contra el corazón su querido instrumento, el único amigo después de su abuelita y el que tantas veces las había salvado del hambre y la miseria; lo limpió cuidadosamente, lo puso en su bolsa raída y luego, echándoselo á la espalda, se fué, se fué chafando la nieve con sus zapatos claveteados y se perdió en medio de la muchedumbre elegante que salía de los teatros.

***

Cuando la agonizante viejecita oyó el trotecito de su Leda que subía, no pudo incorporarse en la cama: rígida y medio paralizada por el frío que había seguido á la ya extinguida lumbre, se contentó con sonreír, cuando la pequeñuela entró con el cuerpo bañado de

agua y los ojos de lágrimas. ¡Oh madrecita, dijo, qué mal día!... y no pudo contener el llanto al ver á la enferma que enmudecía y que con la mirada buscaba el consuelo de sus manos pequeñitas para llevarlas á sus labios. ¡Abuelita mía, madre mía! murmuró, y precipitándose sobre su lecho, la besó en la frente, en las manos, en la boca, como si con sus besos quisiera reanimarla. ¿Qué hacer?... Ya no había carbón para dar calor á aquel cuerpo, y pasando su mirada alrededor, vió la única silla que formaba el mobiliario del cuartucho, y con toda la fuerza que le permitían sus bracitos, la quebró y la echó á la estufa. A poco, la buhardilla se iluminó, y el calor lentamente fué derritiendo la nieve condensada en las ventanas; y la abuela, como si volviese de un sueño, abrió sus ojos, y sus labios dijeron algo ininteligible...

Qué alegría experimentó entonces la pequeñuela. Tenía ya lumbre, pero faltaba pan, y para hacer olvidar el hambre á la pobre agonizante y para acallar sus dolores, tocó el violín muy quedo.

Ahora era Chopín quien calmaba el otro mal con sus blandas armonías...

De pronto las llamas se apagaron, y al calor siguió un frío intenso que helaba y hacía mantener las manos abiertas como si fuesen de madera.

La abuelita se moría. Pálida como un cirio y con los ojos inmóviles, su respiración se iba acortando poco á poco con pequeños intervalos en que mezclaba quejidos lastimeros que apenas se oían. Leda, como una loca, con el alma destrozada por el dolor, se asía á su madre. ¡Oh, y no había lumbre para prolongar su vida!

En seguida una idea la conmovió: su violín! su violín!... y sin vacilar lo estrechó contra su corazón, como á un hermanito querido á quien dijese adiós para siempre, abrió la puertecilla de la estufa y precipitadamente lo arrojó en las brasas; tornó al lado de su abuela la moribunda, y cuando empezaba á esparcirse la luz en la buhardilla y las cuerdas chirriaban sus últimas notas, la enferma tembló súbitamente y cerró los ojos. Y la pobre niña que nunca había visto morirse á nadie, pensativa y silenciosa á la orilla del lecho, se quedó esperando, esperando que despertara!

RAFAEL ANGEL TROYO.



D. Gaspar Núñez de Arce.

Muerte de Núñez de Arce.

Con su desesperante laconismo, el cable ha trasmitido á la América latina una noticia dolorosa: la de la muerte del insigne español don Gaspar Núñez de Arce, acaecida en Madrid el nueve del que cursa.

Núñez de Arce, uno de los más grandes poetas contemporáneos, nació en Valladolid en 1834; á los quince años daba á la escena su primer obra dramática, y á los diecinueve ingresaba como redactor á uno de los principales periódicos hispanos. Siendo corresponsal de «La Iberia,» acompañó al General O' Donell durante la guerra de Africa, y representó más tarde en las Cortes á su ciudad natal. Fué, después, Gobernador de Barcelona, Subsecretario de Ultramar y Secretario de la Presidencia; y en el Ministerio que presidía Sagasta en 1883, tuvo á su cargo la cartera de Ultramar.

Como poeta, su labor constituye un monumento que hará imperecedero su nombre. Sus poemas, leídos por todos los que hablan el idioma de Cervantes, son gala y orgullo de la literatura castellana. «Raimundo Lulio,» «La Visión de Fray Martín,» «La Pesca» y «El Vértigo,» para no citar más que los principales, le conquistaron universal renombre en el mundo de las letras.

***

Al morir, don Gaspar desempeñaba el cargo de Gobernador del Banco Hipotecario de España. La nueva de su fallecimiento causó en toda la Península una profunda impresión, y tanto las Cortes como la Familia Real, se apresuraron á hacer presentes á los deudos del poeta sus sentimientos de condolencia por tan sensible pérdida. Los funerales de Núñez de Arce se efectuaron el día once con gran solemnidad.



El Sr. Lic. Joaquín D. Casasús, ofrece el banquete á los Delegados á la Convención.



El Sr. Lic. Carlos Robles contesta el brindis del Sr. Casasús.




El Sr. Soughimoura, Ministro del Japón en México.


Sra. de Sougnimoura.

Recepción del Señor Ministro del Japón.

Con el ceremonial acostumbrado, fué recibido el martes en audiencia solemne por el Sr. Presidente de la República, el señor Koichi Songhimoura, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Japón cerca del Gobierno Mexicano.

A la recepción, que se efectuó á las doce del día, concurrieron los miembros del Gabinete y los jefes del Ejército más caracterizados. Los discursos cambiados con este motivo entre el señor Ministro y el señor Presidente, revelan la franca y cordial amistad que une á los dos países y el empeño con que sus respectivos Gobiernos procuran estrecharla cada día más.

Damos á conocer á nuestros lectores una fotografía que representa al señor Ministro del Japón y á su esposa, y otras en que aparecen en traje japonés.

MARFIL.

En aquella tarde otoñal y mientras el viento impelía la hojarasca dorada que caía de los árboles, y las cigarras chillaban entre los movedizos arrozales, en la pequeña casa blanca y en su delicioso saloncito de exóticas curiosidades, Kung-Seng, el melancólico bardo chino, soñaba con el caprichoso vuelo de las grullas y el amor de las mujeres amarillas.

Su minúsculo gabinete era un precioso estuche, lleno de valiosos dijes de marfil y ricos tapices bordados de gárgolas y dragones fieros. Biombos cubiertos de cigüeñas rosadas y platos de laca yokoamesa, donde se esponjaban perfumadas y frescas peonías.

Y bajo lindos quitasoles, pintados de anchas camelias, se erguían los severos bustos de dos bellas emperatrices, ante las cuales el poeta quemaba incienso.

Kung-Seng, reclinado sobre muelles cojines, después de larga y mística abstracción, encendió su finísima pipa de espuma de mar en una llamilla azul que se agitaba sobre un trípode de marfil. Principió á fumar á grandes bocanadas y á poco quedó envuelto en una densa humareda que se esfumaba en tenue palidez sobre los bustos de las emperatrices. Entonces, y en su dulce sopor, soñó que muy quedo y á hurtadillas iba surgiendo del extremo de la pipa, envuelta en azul espiral, una encantadora figura de mujer, quizás de una princesa tan grande como el dedo meñique, de cabellos obscuros que ondeaban sobre sus hombros, y de ojos chispeantes y negros como dos puntitos de azabache. Subió vaporosa, sonriendo graciosamente sobre su peana de nubecillas blancas, vió al poeta y le envió un beso con la punta de sus dedos pequeñitos. Después, lentamente, lentamente, bajó y se fué ocultando en la cabeza de la pipa; sólo la cabellera quedó afuera, flotando entre el humo.

Kung-Seng se estremeció y silenciosamente alargó la mano para aprisionarla por los cabellos; sus dedos tocaron la braza y despertó sobresaltado. Al ver la amarga realidad de aquel sueño, se levantó lleno de ira y arrojó al suelo, quebrando en mil pedazos, la pipa maldita de donde había brotado la mágica visión de la única mujer que le había sonreído.


El Sr. Ministro y su esposa, en traje europeo.

Página de Album.

Hermosa, arrogante, erguida
Cual sacerdotisa druida
De las pasadas edades,
Tienes, amiga, el derecho
De agitar las tempestades,
Si no en el mar, en el pecho.

Pareces la mensajera
De la esperanza primera;
Mensajera soberana
Que anuncia á los corazones
Las supremas emociones
De toda la vida humana.

Calixto Velado.

Erección de una Diócesis.

— —

El Obispo de las Mixtecas.

Mañana, según está anunciado, se efectuará en Oaxaca la solemne consagración del señor Presbítero Doctor don Rafael Amador, como primer Obispo de las Mixtecas.

El señor Amador comenzó su carrera el año de 1874, en el Seminario de Puebla, distinguiéndose siempre entre sus condiscípulos por su claro talento y su ejemplar conducta. Al terminar sus estudios, en 1883, fué nombrado Prefecto de disciplina del mismo establecimiento y catedrático de latinidad. Por gestiones de algunos miembros prominentes del clero, pasó más tarde al Colegio Pío latinoamericano, de Roma, y allí, bajo la dirección de los padres jesuítas, perfeccionó sus vastos conocimientos, para graduarse Doctor en Teología Dogmática de la Universidad Gregoriana. Las órdenes sacerdotales las recibió el señor Amador en la Basílica de San Juan de Letrán, de manos del Cardenal Parroqui, Vicario del Papa.

A su regreso al país, el nuevo prelado desempeñó distintos cargos en el Seminario de Puebla; fué después cura de San Juan Bautista, y, por último, estuvo al frente de la parroquia de Huajuapan durante algún tiempo.



NUESTRO PAIS. -Monumento á Hidalgo en el Paseo de la Presa (Guanajuato.)

La creación del nuevo Obispado se debe, en gran parte, á las gestiones del mismo señor Doctor Amador, y la promoción de éste al episcopado se considera generalmente como muy merecida.



Sr. Dr. Rafael Amador, Obispo de las Mixtecas.



SOLOS!

Sus invisibles alas la tristeza
Desperezaba en lo insondable, el mundo
Parecía temblar en lo profundo
De aquella singular naturaleza.

Tu fragante y undívaga cabeza
En cuyo aroma mi semblante inundo,
Acariciaba el viento vagabundo
Al traspasar la frígida maleza.

¿Te acuerdas? ¡solos! Desde aquella gruta
Que adorna el liquen y perfuma el monte
Mientras la sombra su recinto enluta,

Con las trémulas manos enlazadas,
Mirábamos el lúgubre horizonte
Borrarse entre las nieblas desgarradas!

***

¡Ah!...... de esa gruta negra entre la boca
Vibra aún nuestro amor, nuestra ventura
Presa está allí, y un eco de ternura
Parece resonar de roca en roca.

Los ósculos ardientes que en mi loca
Y honda explosión de júbilo en tu pura
Frente imprimí, palpitan en la obscura
Selva glacial que mi memoria evoca.

Ya por eso el verano con su lumbre
Jamás me alegra, aunque sus rubias alas
Llenen los bosques de esplendor eterno:

Y hoy solamente hacia la yerta cumbre
De un horizonte lívido y sin galas
Van mis ojos en busca del invierno!

JULIO FLÓREZ.

TRINOS

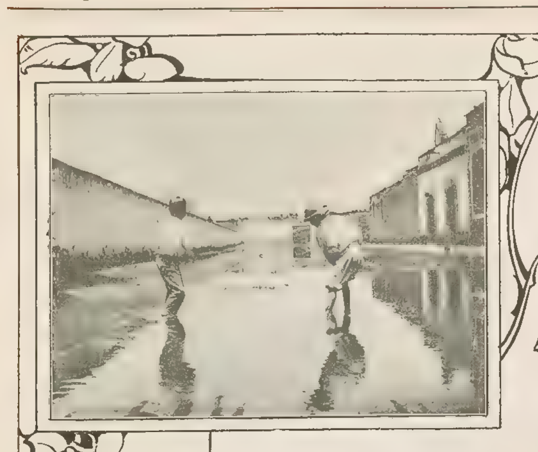
—A ti te dice el corazón: ¡oh bella
Vida en que vivo! ¡oh dulce vida mía!.....
—A ti te canta el corazón: ¡oh estrella,
En tu mirada azul esplende el día!...

***

A ti se acerca el corazón y exclama:
Ardo y palpito en el amor primero...
—A ti se va mi corazón y llama
Al tuyo y dice: sin tu amor me muero!....

FERNANGRANA.

31 de mayo de 1903.





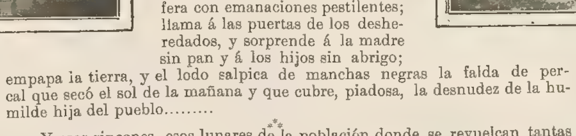
DESPUÉS DE LA LLUVIA

De allá, de las barriadas á donde no ha llegado todavía esa fiebre que invade las arterias principales de la Metrópoli, y que se traduce en edificios suntuosos y gallardos, en calles amplias y bien orientadas, y en jardines que son regalo de los ojos, surge la nota triste, profundamente triste, de la lluvia que azota las ventanas sin flores ni cristales, que carcome los muros de las casas estrechas y obscuras donde se retuerce la indigencia, y que inunda, gota á gota, pero sin descanso, las torcidas callejas y las plazuelas desiertas.



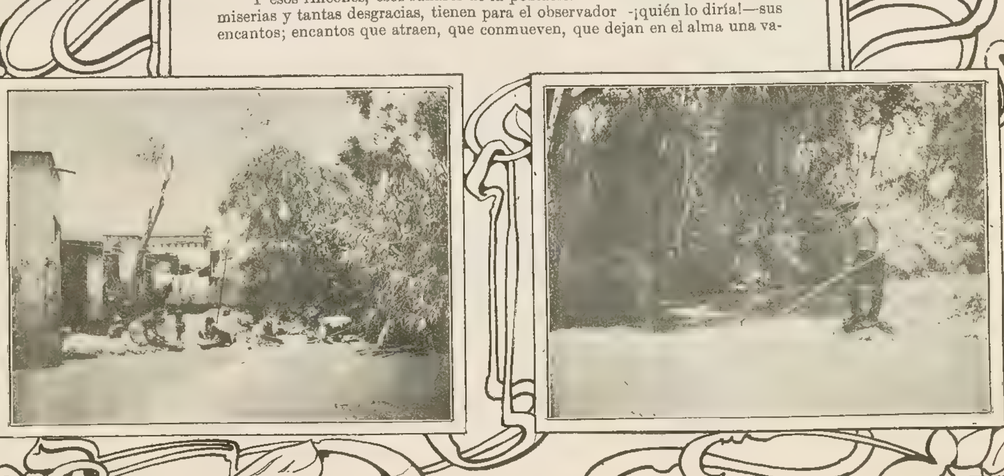


Acá, en el «centro,» donde la vida se derrama y el tráfico crece sin cesar, la lluvia es alegre: cae, sobre la lámina de asfalto de la hermosa avenida y sobre las copas de los fresnos que sombrean el parque, con rumores de risas juveniles, y resbala por el cristal pulido de los escaparates y de los balcones como un reguero de diamantes... Allá, no; allá es pesada, es cruel, es implacable: asaetea el charco, y el charco parece hervir y resolverse en burbujas que se deshacen impregnando la atmósfera con emanaciones pestilentes; llama á las puertas de los desheredados, y sorprende á la madre sin pan y á los hijos sin abrigo; empapa la tierra, y el lodo salpica de manchas negras la falda de percal que secó el sol de la mañana y que cubre, piadosa, la desnudez de la humilde hija del pueblo.........



***

Y esos rincones, esos lunares de la población donde se revuelcan tantas miserias y tantas desgracias, tienen para el observador -¡quién lo diría!—sus encantos; encantos que atraen, que conmueven, que dejan en el alma una va-



ga sensación de tristeza. Después de la lluvia, hay que echarse por esos mundos de Dios: aquí, son dos rapaces que hunden en el agua los pies descalzos y que remueven el fango, satisfechos y sonrientes, como si sus expansiones de pilluelos no tuvieran más campo en qué desenvolverse; allí, un grupo de mujeres que toma casi por asalto la fuente del barrio—seca muchos días—en que el chaparrón dejó una insignificante cantidad de agua; á la orilla de la acequia, un desocupado que tira el anzuelo; más allá, unas lavanderas que estrujan y exprimen con callosas manos las ropas empapadas en el agua turbia de la zanja, y en el canal—en ese canal que en parte ha desaparecido, pero que se engalana aún con las rojas amapolas del Viernes de Dolores—la canoa que amenaza sumergirse al peso de la carga, y el indio que tiende la red para la pesca... Entretanto, el piso transformado por la lluvia en movible y enorme espejo, retrata las paredes sin color de las pocilgas y las figuras toscamente pintadas de las pulquerías.

***

Vista de cerca la vida de nuestro pueblo, en los suburbios, en los cuchitriles, donde se desarrolla trabajosamente, se nos presenta rodeada de puntos dolorosos como llagas; pero esto no basta á despojarla de ese tinte marcadamente típico que la distingue y constituye su fisonomía propia, característica.

Alguien ha dicho que para ese pueblo todo es motivo de humorismo...... aunque en este humorismo asome de cuando en cuando un rasgo de tristeza... Quién sabe... Al pensar en la lluvia que azota las ventanas sin flores ni cristales, que carcome los muros de las casas estrechas y obscuras en que se retuerce la indigencia, y que inunda, gota á gota, pero sin descanso las torcidas callejas y las estrechas plazuelas, el espíritu se vuelve, casi sin quererlo, hacia los niños desvalidos que buscan refugio en los huecos de las puertas y hacia las madres, sin pan, que aguardan entre las paredes húmedas de su pocilga, el sol que alumbre y las caliente!......



CROQUIS NEGRO.

Salida de la comedia. Llovizna. El pórtico del regio coliseo se hincha de senos descotados, de boas de piel animal que se estremecen al rozar de la piel femenina humana, de trajes blancos, de trajes negros de «frac», de chispeo de joyas......

En la calle, los carruajes, al trote insolente de las soberbias parejas, se acercan, toman su carga, parten con un golpazo de la portezuela y dejan tras sí un ambiente de perfumes y murmullos.

Poco á poco, el río de gente bien vestida va decreciendo, decreciendo cada vez con mayor rapidez. Los coches de alquiler se ocupan también, y parten, parten como los demás...... Sólo queda al cabo uno, el más mísero y triste de todos, aguardando filosófica y pacientemente un pasajero que no llega.

Es viejo el coche, como el cochero, como el penco que tira de los dos día y noche trotando trabajosamente entre las barras negras.

Se entienden cochero y bestia. Ambos han luchado, ambos han sido latigueados por la vida penosa y dura: ambos se entienden. Y filosófica y resignadamente aguardan...... La llovizna los empapa. La gente se retira. Apenas queda ya nadie. El último transeúnte pasa, se aleja...... Todo queda desierto.

Entonces el viejo del pescante toma las riendas con un suspiro.

—Vamos, Perico.

***

......Y en la noche obscura y húmeda se pierden también ellos, los dos tristes, los dos cansados, los dos viejos y solos, el uno dando tumbos sobre el sucio pescante, el otro trotando trabajosamente entre las negras barras......

Luis Rodríguez Embil.

Mayo, 1903.

Tres Sonetos

LAS VENDIMIAS.

Ven á olvidar las penas junto á mis cepas de oro!
Los opulentos pámpanos te brindarán asilo,
Embriagarán tus ojos las danzas de Batilo
Y oirás de las vendimias el capricante coro!

Tú, del placer ignoras el íntimo tesoro....
Mis años se deslizan en el hogar tranquilo;
Sobre la blanda cera grabo con áureo estilo
Estrofas palpitantes á la beldad que adoro.

La gloria es fugitiva... La juventud es breve....
Mañana, los cabellos se cubrirán de nieve,
Corceles fatigados serán nuestras pasiones....

Mira!.... la viña escala de mi jardín el muro,
Las rosas nos invitan, desde el rosal obscuro,
Y en los racimos laten inéditas canciones.

EL PASADO.

Yo he nacido con alma de fauno... En otros días
Habité de los bosques la sagrada espesura,
En siete tubos frágiles canté mis alegrías
Y conocí el divino sabor de la hermosura.

Aprendí de los pájaros las gratas harmonías
Y á veces, al impulso de una inmortal locura,
(Las Ménades lo saben) lancé en la fronda obscura
El clamoroso grito que anuncia las orgías.

Mas quiso un dios injusto, para colmar mi daño,
Hacer del fauno un mísero pastor, cuyo rebaño
Verás, oh caminante, detrás de las colinas.

Huyeron, para siempre, las ninfas á mi paso
Y en doliente flauta saludo al sol de ocaso,
De algún antiguo templo sentado entre las ruinas.

LAS AMAZONAS.

Al viento desplegadas las libres cabelleras,
Con sed devoradora de lucha y de matanza,
Sobre sus potros cruzan las vírgenes guerreras
Golpeando en los broqueles la brilladora lanza

Desnudas como lirios, terribles como fieras,
Arrojan al espacio sus himnos de venganza
Y el escuadrón ligero, como torrente, avanza
Entre rugidos breves de elásticas panteras.

Bella y dominadora, bajo el casco de plata,
Con las verdes pupilas, que su furor dilata,
Fulgura, como el genio del mal, Penthesiléa:

Mas, súbito, resuenan de algún clarín lejano
Las notas... Aparecen los Griegos en el llano,
Y la invencible lanza de Aquiles centellea.

Leopoldo Díaz.



Proclama

A MIS COMPAÑEROS DE LETRAS DE GUATEMALA.

—

Poeta soy; y lo que fuera un día,
por falta de honradez, justo desdoro,
es el orgullo de la musa mía,
que proclama una nueva poesía,
porque mira llegar otra Edad de Oro.

¿No tuvo ayer el viejo Continente
su Edad de Oro también, cuando el poeta
dirigió el rumbo de la indocta gente,
abrió el camino y señaló la meta?
Tal en el mundo de Colón, acaso
halla Orfeo una lira y un proscenio,
y domestica fieras á su paso,
y anima el polvo al soplo de su genio;
porque á la voz de Orfeo cuando canta,
el exánime pueblo se levanta,
y, al ver la lira entre sus sabias manos,
corren humildes á lamer su planta,
tal vez no fieras, pero sí tiranos!

Nuevo mundo, nuevo arte! Y que no sea
copia servil de la época pagana,
ni sacrificio de la noble idea
en aras sólo de la forma vana.
Es numen virginal el que me inspira
y á las alturas del azul me eleva;
por eso tengo, al empuñar mi lira,
vieja la forma, pero el alma nueva!

Arte por arte, no!
Lejos, muy lejos,
donde ya están los pueblos en su ocaso,
donde apenas los últimos reflejos
brillan sobres las crestas del Parnaso:
allá tal vez; pero jamás en donde
todo está por hacer, ya que su parte,
si el arte sólo al corazón responde,
deben tener el corazón y el arte!

Abro yo con la lira mi camino,
en bien de todos, y por él se lanza
el tropel vengador contra el destino,
como un deseo en pos de una esperanza;
y mi canto mejor no es sólo un canto,
sino también un grito de quebranto
con que, antes de morir, clama el Derecho.
Para toda orfandad mi alma es un manto
y un firme escudo para todo pecho!

Nada me importa el lenguaraz tumulto,
que arrojará con mano despiadada
mis perlas en el fango de su insulto:
nada me importa el sacrificio; nada!

Luchando seguiré y haciendo brecha,
hasta clavar la silbadora flecha
de una estrofa en la sien del enemigo,
aunque en la furia de la lid deshecha
no pudiese contar más que conmigo...

Cuando invoco á las musas inmortales,
vuelvo los ojos á la patria mía,
y, al contemplarla altiva en su congoja,
si Tirteo me niega himnos triunfales,
Simónides me presta una elegía;
y en vez de enmudecerme en el quebranto,
me envuelvo en mi bandera blanca y roja,
desespérome y sufro.... ¡pero canto!

Canto, para dar gloria al heroísmo:
canto, para dar vida al moribundo;
canto, porque á la voz de mi lirismo,
le arrancaré su lauro al combatiente
que ose manchar con sangre el nuevo mundo
y en ese lauro envolveré mi frente!

Mas al verme correr tras la victoria,
dejara de cantar, nadie se asombre;
que, aunque el arte será siempre mi gloria,
sé que, para triunfar sobre la escoria,
antes que ser poeta.... hay que ser hombre!

Ah! Cuántos viven la prosaica vida
de una vulgar codicia sin encantos;
cuántos tienen el alma ensordecida
por el enorme estrépito de tantos
émbolos, y cilindros y engranajes
—vértigo fragoroso, en cuyos giros
van cayendo en tropel los corazones,
las notas de los líricos cordajes,
las angustias envueltas en suspiros
y las crucificadas ilusiones;-
cuántos sordos así, no de las musas
pueden gozar con los solemnes cantos,
y las miran perplejas y confusas
horrorizarse á su presencia; cuántos
no oyen la voz del viento en la enramada,
ni la voz del arroyo en la espesura,
ni la voz del abismo en la cascada,
ni la voz de los dioses en la altura:
¿qué sabrán del ideal? No sabrán nada
más que el reptil de sórdida figura,
que se revuelca en fétido pantano....
Sólo merecen el desdén profundo
del que proclama, sobre el nuevo mundo,
no el artificio, sino el arte humano!

Vosotros, no: mi espíritu se mira
en vosotros también.
Dadme la lira;
inflamad con aplausos mi deseo;
que al sentir una lira entre mis manos,
sabré, de patria en patria, como Orfeo,
conjurar guerras y domar tiranos!....

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Para "El Mundo Ilustrado."



LA GUERRA

(DE UN LIBRO EN PRENSA)

Al salir de una reunión electoral, en un barrio gris, de casas chatas, donde anida una población medrosa y hambrienta, topé anoche con un hombre elegante que distribuía prospectos revolucionarios. Vestía de negro, llevaba sombrero de copa y tenía una extraña sonrisa. Entre el atropello de los grupos que borboteaban y se escurrían por las calles adyacentes, un camarada me contó la historia...

En 1870 vivía en las cercanías de Mezières un rico propietario rural llamado Kest. Era viudo, y tenía un hijo de veinte años.

Después de la declaración de guerra, el aspecto de la comarca cambió. Las caravanas de paisanos fugitivos pasaban á escape por las carreteras, huyendo del ejército invasor. Casi todos los habitantes salieron de la provincia. Sólo quedaron los que no se resignaban á abandonar su heredad, ó los que, alemanes de origen y franceses según la ley, se encontraban perplejos entre dos patrias. Kest fué uno de estos últimos. Su hijo era miope y estaba exceptuado del servicio. Resolvió aguardar. Era un hombre cachazudo, que vivía en medio del campo, sin mezclarse á las agitaciones de la ciudad. Si otros experimentaban el deseo de perseguirse y matarse, tanto peor para ellos. Enrique Kest seguiría fumando su pipa.

Las avanzadas del ejército francés llegaron á cinco kilómetros de la casa. Grandes grupos de soldados alegres se dispersaron por la aldea, chanceando con los vecinos y jactándose de derrotar á los alemanes sin mover los brazos. Kest los regaló con tabaco y víveres. Su hijo sintió no poder empuñar un fusil. Lo que pocos días antes le era indiferente, acabó por llenarle de entusiasmo. Pero el viejo Kest permaneció insensible. Si regalaba á los soldados franceses, era para que le dejaran vivir en paz. Con los alemanes haría lo mismo. No tenía odio contra ningún país.

La guerra les rodeó y les sitió en aquella casa. Cuando las operaciones comenzaron, los soldados se hicieron más exigentes. Llegaban noticias entrecortadas y confusas de combates parciales y tiroteos rápidos...... Los alemanes debían estar cerca...... Las tropas cambiaban de posición diariamente......... Y la casa acabó por ser un puesto de avanzada.

Lejos de la vigilancia de los jefes superiores, los soldados se dejaron llevar á los peores excesos. Como hacía frío y no había bosque en las cercanías, destrozaron los muebles para hacer lumbre. Las mesas, los sillones y los armarios huyeron por las chimeneas...... El viejo Kest se guardó de protestar. Cuando todo el mobiliario se trocó en ceniza, le obligaron á abandonar la cama. Y la cama ardió como las otras cosas.

Una noche corrió la voz de que los alemanes estaban á tres kilómetros. Los soldados se precipitaron sobre las armas. Los oficiales dieron grandes voces. Se oyó un fuego lejano......... Y el combate se empeñó gradualmente...... Los obuses comenzaron á caer sobre el jardín...... Luego cayeron sobre la casa. .... Algunos muros se desplomaron...... Y Kest se refugió en una de las últimas piezas, con su hijo.

Era una escaramuza seria. Se oyeron las descargas, el ruido de las bayonetas que se ajustaban á los fusiles y el clamor de una lucha cuerpo á cuerpo. El fragor de las armas, el toque del clarín y los gritos, hacían adivinar la refriega. Los combatientes debían estar en el patio mismo de la casa.

La puerta de la pieza donde se había refugiado Kest, cedió de pronto. Un olor acre de pólvora entró por la abertura. Y cuatro soldados de caras bestiales se precipitaron den-

tro, gritando frases sajonas. Los tres primeros saltaron por la ventana como si persiguieran á alguien, pero el último descubrió en la sombra el cuerpo del viejo Kest y le hundió la bayoneta en el pecho. El hijo intentó parar el golpe y cayó herido....... Todo esto en las tinieblas......

Cuando los soldados franceses recuperaron la posición al clarear la madrugada, encontraron el cadáver, que conservaba todavía la pipa entre los dientes. Junto á él lloraba el hijo, con las ropas teñidas en sangre.

Los soldados entraron tumultuosamente, ebrios de victoria, exclamando:

¡Viva Francia!

Pero los veinte años del huérfano, se irguieron bajo el azote.

—¿Viva Francia?—preguntó, mostrándoles los puños.

Sus ojos contemplaron el cadáver de su padre y la devastación de su casa...... Una llamarada roja pareció pasarle por los ojos......

—¡Muera Francia!—gritó.—¡Muera la guerra!

Y aquel hombre tranquilo, que no había tenido hasta entonces ninguna idea rebelde, se levantó de pronto. El desastre le arrancó á la somnolencia de la vida común y le despertó en la realidad....

MANUEL UGARTE.

París.

ALBERTO FUSTER.

Publicamos hoy algunas reproducciones de obras del artista mexicano Alberto Fuster.

Alberto Fuster es un heraldo de los nuevos ideales artísticos europeos. En sus obras podemos valorar la vida pálida y sutil (extraída como un filtro, de las obras poderosas de la antigüedad) que anima las composiciones de los modernos decoradores de allende el océano.

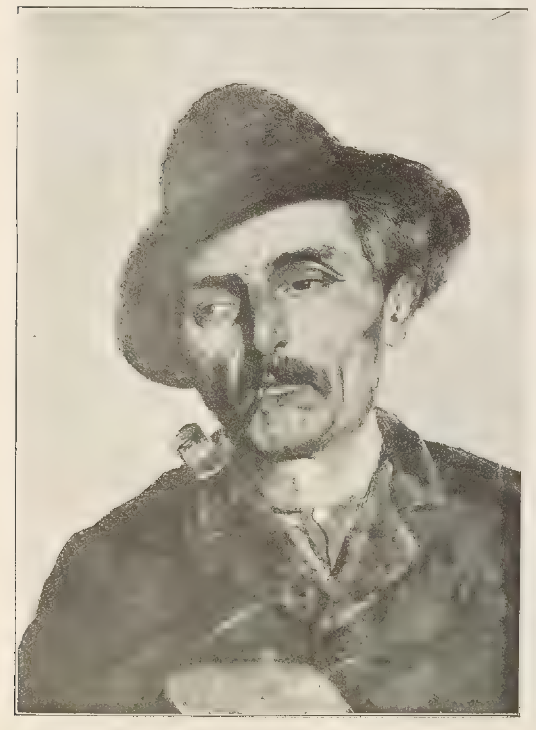
Los vigorosos espíritus de la época del Renacimiento bebieron á grandes tragos en la fuente pura y pródiga de los tiempos clásicos; los espíritus modernos, desolados y poseídos por ardientes visiones, después de vagar por selvas tenebrosas y enmohecidas y por llanadas polvorientas, asaeteados por el sol, también han recurrido, para apagar la sed de su garganta, á la enorme y melancólica fuente de mármol impoluto de la que mana el agua inagotable, fresca y cristalina...

Sino que, pervertidos ó codiciosos, han querido mezclar filtros y bebedizos á la linfa inmaculada y han llevado á la serenidad marmórea de la rítmica existencia antigua, la agitación urente de la vida moderna; los ardores bermejos de la sangre impulsada por las pasiones indomables; el espasmo nervioso del placer y del deseo.



FUSTER.—Aspasia.

La belleza adolescente y majestuosa de la Citerea, la hermosura casta, y firme y vigorosa de la doncella antigua, se animan bajo el cincel y los pinceles de los modernos artífices, con las contracciones dolorosas ó agudamente placenteras de las mujeres frágiles y adorables, artificiosas y artificiales, sonrientes y perversas, frívolas y apa.


FUSTER. -Cabeza de estudio.


FUSTER.—Magnificat.



FUSTER.—El Poeta.

sionadas, por quienes labora, y sufre y goza el artista de nuestros tiempos.

Precediendo al vigoroso y lozano retoñar del Renacimiento, una savia enfermiza y aromada fluyó por las venas endurecidas del viejo tronco clásico, en apariencia muerto y seco. Los artistas de nuestra época, enamorados de un ideal morboso, pero bellísimo, han apurado ávidamente los restos de ese fluido y, con sutiles sortilegios de amor, han sabido extraer su esencia para animar sus obras.

Como si eso no bastara, acudieron á la sabiduría supraterrena de los artistas semibárbaros ó esencialmente civiles del Oriente, y arrebatados por una fiebre torturadora, cimentan, embriagados y convencidos, el armonioso edificio del arte moderno, que apasionará á la posteridad.

Inconformes con la naturaleza, cuando ésta se muestra aviesa y contraria á lo que piden sus espíritus, no vacilan en domeñarla, ajustándola al ideal que les enamora.

Muchas obras modernas, aquellas en que su autor buscó la originalidad por «actitud» y no fué original por convicción é impulso propio, perecerán por extravagantes; pero las otras, emanación directa de un espíritu, exteriorización de un pensamiento que se conoce á sí mismo, vivirán perdurables.

Alberto Fuster, mexicano transplantado en Europa, ha encontrado allí su camino y le sigue convencido, tan sinceramente, que cuando se aparta de su manera de hacer, propia, como adquirida por el pensamiento y el trabajo, no produce sino obras mediocres.

En cambio, cuando sigue sin vacilaciones su impulsión verdadera, su dibujo es firme, su colorido harmonioso y sus figuras se agrupan en hermosos conjuntos.

Si acierta á no apartarse de la vía emprendida, si no se divaga con las bellezas, para él falsas, de los senderos umbrosos y floridos que cruzan el camino, llegará á una cumbre de las más altas y favorecidas por los áureos reflejos de la gloria.

En sus obras el pensamiento es poético y poderoso y parece como que sobre ellos se inclinan con amor de maestros los más altos espíritus que han cultivado el arte moderno.

Que Fuster insista en sus labores y en su estudio y ennoblecerá su nombre y ennoblecerá el nombre de su Patria.

C. T.

LOS CONSUEGROS.

Los muchachos se querían mucho; los padres estaban conformes; novio y novia eran ricos por su casa...... ¡Pocas bodas habrá en el mundo como ésta!, decía la gente.

El padre de la novia, Don Andrés, era magistrado de la Audiencia territorial; el padre del novio, catedrático, profesor de Química en la Universidad de***, ciudad donde las dos familias vivían.

Los novios reunían todas las condiciones para ser felices: jóvenes, guapos; ella con una dote considerable; él con la carrera de ingeniero terminada.

Llevaban seis meses de relaciones cuando decidieron los padres (que los dos eran viudos) realizar la boda el día primero de septiembre, en que Felisa cumplía veinte años. Su novio, Rafael, tenía veinticinco.

Dióse parte á la familia y amigos; anuncióse la petición de mano en los periódicos; la ciudad en «masa,» como suele decirse, celebró el próximo feliz acontecimiento.

Y para conmemorarlo dignamente, los consuegros acordaron gastarse entre los dos veinte mil duros en crear algo de provecho para sus semejantes. Dejar memoria de la boda.

La idea partió de D. Luis, el químico, á quien ya debía la ciudad varios donativos importantes. Don Andrés la acogió con entusiasmo, y para mejor éxito nombraron un juez de examen, un árbitro, un depositario de sus planes. Quiero decir que se acordó en una reunión de familia, á la que asistieron más de treinta personas, que los padres y futuros consuegros escribirían lo que pensaban fundar, con todos los detalles y presupuesto de gastos, y la víspera del día en que los muchachos habían de tomarse los dichos, se abrirían los pliegos delante de las familias respectivas y se destinarían veinte mil duros á lo «que fuera.»

—No olvide usted, Don Andrés—dijo un pariente suyo presente,—que en esta villa tenemos un teatro muy malo que amenaza ruina, y nos pasamos los inviernos sin distracción alguna.

—Más valdrá que piensen ustedes en un hospital—observó un pariente de Don Luis.

—O en una escuela.

—O en hacer reparaciones en la catedral, que está perdida.

—Den ustedes premios á muchos jóvenes, para que vayan á estudiar al extranjero.......

Cada uno de los presentes tenía su idea propia; los futuros consuegros les dejaron hablar, les dieron muy bien de cenar y se reservaron, naturalmente, su pensamiento.

Los novios, felicísimos y contando los días, apenas se ocuparon aquella tarde de lo que á su alrededor pasaba, pero algo tenían que opinar, y así que se quedaron solos, Felisa le dijo á Rafael:

—Tu padre y tú lleváis de residencia en la ciudad ocho meses nada más.

-Los mismos que hace que te quiero.

—Tú y yo nos conocemos ya lo bastante; hemos cambiado, á diario, ideas é impresiones; pero nuestros padres no se conocen tan bien como nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Que le pido á Dios que esta noble idea que tu padre ha tenido, no produzca disgustos.

—¿Por qué?

—Allá veremos.

—¿Van á estar en desacuerdo cuando se trata de hacer bien? Tu padre propondrá algo que redundará en beneficio de sus semejantes; el mío, también; por consiguiente, ésta es una lucha de nobles aspiraciones que no puede molestar á nadie.

—¡Ojalá que así sea!

Y siguieron su interrumpida conversación amorosa.

Pasaron tres semanas, durante las cuales los dos padres trabajaron en secreto en la redacción de sus proyectos. Indudablemente, el químico era más fácil en su trabajo que el magistrado en el suyo; porque éste se quedó en la casa varios días y recibió muchas extrañas visitas, y su amigo no interrumpió su vida ordinaria. Asediados ambos á preguntas por infinidad de vecinos, extendida la noticia de sus proyectos y excitada como parece verse la curiosidad pública, el magistrado propuso á Don Luis convocar á gran número de personas en su propia casa y hacerles oír los dos pliegos.

—Mi casa es muy grande—dijo el magistrado.—Daré un «lunch» y celebraremos el suceso. Además, en caso de duda, podrán votar.

—¡Es verdad! Así se da gusto á todos. Yo ya entregué mi pliego al alcalde (que era el depositario de los proyectos).

—Yo le dí el mío anoche.

—Entonces, el jueves, á la hora que usted quiera, mi querido Don Andrés.

—Voy á extender las invitaciones.

No se dan todos los días veinte mil duros para una buena obra, y la curiosidad de la ciudad estaba justificada.

La concurrencia al salón grande de casa del magistrado era numerosísima, y en ella do-



FUSTER. -Tríptico.

minaban las señoras. El alcalde colocó á su derecha á los novios; á la izquierda á los padres. Todo el mundo estaba de buen humor; la fiesta era de las que se ven pocas veces.

—Pliego del Sr. Don Andrés Aznar—dijo la autoridad municipal, rompiendo un sobre, y leyó:

«Fundación de un convento de monjas clarisas, hecha por los Sres. Don Andrés Aznar y Don Luis del Olmo........»

Un aplauso cerrado resonó en la sala. Don Luis y su hijo Rafael se miraron asombrados.

Don Luis dijo:

—No se puede unir mi nombre al de nadie

—¡Tiene razón! Tiene razón!—gritaban de todos lados.

—¿Y yo, un hombre de ciencia, voy á proteger á monjas clarisas?—gritó el químico.

—¡Ya me habían dicho que usted era hereje!

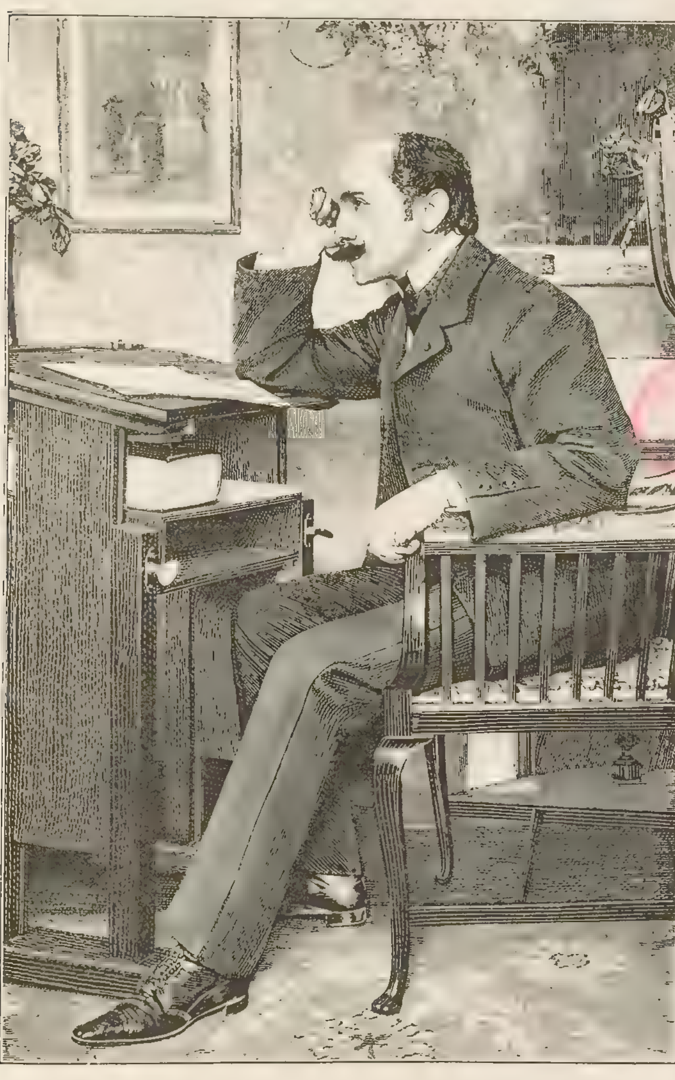
—¡Yo no podía suponer que usted era lo que es!

—¡Padre!

—¡Rafael mío. ... ya te lo dije!

—¡Las monjas, las monjas!—repetían cien voces.

—¡Venga mi pliego! -dijo Don Luis.—Vámonos de aquí, Rafael......



Edmundo Rostand.

sin saber antes si la idea me parece buena! Abra usted mi pliego, señor alcalde......

El alcalde abrió y leyó:

«Fundación de una fábrica, que será de los obreros desde su principio, para lo cual Don Luis del Olmo y Don Andrés Aznar les ceden y transmiten la cantidad de cien mil pesetas.»....

Un rumor, algo como un rugido, interrumpió la lectura.

—¡Cómo!—gritó Don Andrés—¿Yo voy á regalar mi dinero á esa gente? ¿Yo socialista?

Hubo un verdadero tumulto, un escándalo. Los consuegros se insultaron, los novios lloraban, la ciudad se dividió en bandos...... pero ¡ay! la boda no se hizo, el catedrático renunció á su cátedra y se marchó con su hijo, mal vistos y censurados los dos......; y hoy, día de la fecha, el convento se alza flamante, y ha costado un millón por suscripción pública, y Felisa está allí con sus blancos hábitos, rezando y llorando su amor perdido y buscando consuelos á sus penas en el amor á Dios, según dice su santo padre.........

A Don Luis le han formado expediente gubernativo.

Eusebio Blasco.



Sola y triste, sobre el puente de la nave,
Bajo el cielo opalizado por la niebla,
Y errabundas las pupilas en los cielos,
En los cielos y las aguas, ¿en qué piensa?

Es polaca. Siempre sola, bella siempre,
Siempre triste, lee ó medita. ¿Acaso sueña
Con la patria sobre el Gólgota, ó su alma
Busca otra alma por los hielos de Siberia?

Lirio intacto, flor de nieve, flor de Ensueño,
Ave errante que alzó el vuelo de la estepa,
Cuál seduce la nostalgia de sus ojos,
Y el encanto de su lánguida belleza.

La luz pálida y difusa de la tarde
De la eslava los cabellos rubios besa,
Y la nave se desliza lentamente
Bajo el cielo opalizado por la niebla.

Ismael Enrique Arciniegas.

Rostand, Académico.

Edmundo Rostand, el célebre autor de «Cyrano de Bergerac» y de «l'Aiglon», ha ingresado en la Academia Francesa. Su presentación entre los «inmortales» se efectuó el día 4 del corriente, sirviéndole de padrinos M. Jules Claretie y M. Paul Hervien, dos de los miembros más ilustres de la Academia.

Rostand fué recibido con el ceremonial de costumbre por el vizconde Melchior de Vogüe, en el Palacio de Mazarín, y su discurso de recepción, pronunciado ante una concurrencia tan selecta como numerosa, causó la admiración de todos.

El nuevo académico, que cuenta hoy 35 años de edad y que cubre la vacante que á su muerte dejara Henry de Bornier, obtuvo para ser admitido en la Academia, diecisiete votos. Según lo ha declarado á la prensa parisiense, su propósito era escribir en verso su discurso de recepción, pero hubo de abandonar esta idea siguiendo el ejemplo de otros poetas que, como Lamartine, Víctor Hugo y Musset, prefirieron hablar en prosa.

A la recepción de Rostand concurrió el señor Ministro de Hacienda, Licenciado José Ives Limantour, que actualmente se encuentra en París.

Comprenderlo todo, es perdonarlo todo.

Tolstoy.

*

Es obligación indeclinable de cada hombre el trabajar; rico ó pobre, todo hombre ocioso es un bribón.

J. J. Rousseau.

*

Adquirir el conocimiento de sí mismo, es hacer provisión de indulgencia para los demás.

Petit Senn.





La Fosfatina Falières

es el alimento más agradable y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses sobre todo en el momento del destete y durante el período del crecimiento. "Facilita la dentición, asegura la buena formación de los huesos."

PARIS, 6, Avenue Victoria, y en todas las farmacias.

AVISO IMPORTANTE.

El fosfato de cal que entra en la composición de la Fosfatina "Falleres," está preparado por un procedimiento especial con aparato á propósito, y no se encuentra en el comercio

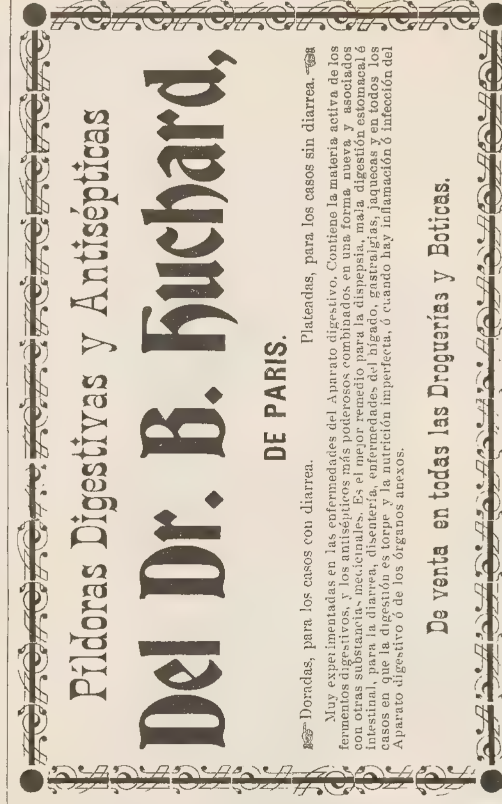
Desconfíen de las imitaciones y falsificaciones.

CARTA A LAS DAMAS

"Señoras: el mayor realce de la belleza es un cutis fresco y limpio: Cuando una dama conserva el cutis suave, nítido y lozano, cautiva siempre, y, sus encantos son imperdurables, sea cual fuere su edad.

Con el uso de la **"AGUA TROPICAL"** obtendréis una belleza imborrable y disminuiréis la edad, que es todo lo que puede desearse. Un par de frascos bastan para convencerse de esa verdad." Jeany W. Groshs.

De venta en la calle de. Coliseo Nuevo, 5, y en la Droguería de Uihlein.
Los pedidos á A. E. Betancourt.



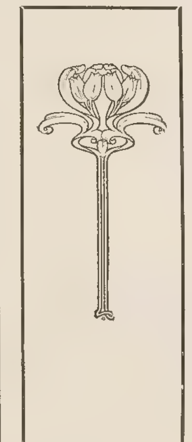
Gran Joyería y Relojería
1a. Plateros 12 y 14



ARTICULOS "ART NOVEAU"
AGENCIA DEL RELOJ OMEGA
Pídase Catálogo, Apartado 271.



TOMEN
Vino San German.



PETROL

DEL DR. TORREL, DE PARÍS.

Unica preparación que evita la caída prematura del pelo, lo aumenta, suaviza y hermosea, á la vez que le comunica un aroma agradable.

Su acción antiparasitaria y antiséptica, unida á un notable poder excitante del folículo piloso, hace nacer el pelo en las afecciones decalvantes del cuero cabelludo y evita la caspa.

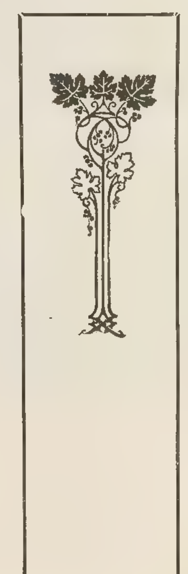
Una cabellera abundante y bien cuidada, es, sin duda alguna, el ornato mejor de la mujer; el PETROL proporciona el medio más eficaz para conservar este bellísimo atributo.

El uso del

PETROL DEL Dr. TORREL, DE PARIS,

evita la calvicie prematura, que tanto afea y comunica al hombre el repulsivo aspecto de un joven viejo y gastado

DE VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y FARMACIAS.





Trajes de baile y de recepción y sombrero de paseo para señoritas.

LOS RECUERDOS.

Siempre, aunque sea en una cárcel,
Hay [illegible] ignorado
Do [illegible] se ha [illegible]
Un instante de plac[illegible].

Y al dejarle para siempre,
Conociendo que [illegible]
Un ¡"adiós!" triste [illegible],
Sin poderuos contener.

[ZORRILLA.]

I

Hay imágenes que se graban en el alma y van formando una historia secreta é ignorada de todos, aparte de la triste historia de la vida.

Hablo de los recuerdos, de los recuerdos que nos acompañan y nos consuelan en las rudas pruebas por que atravesamos, y nos hacen llevaderos los dolores presentes, transladándonos con el pensamiento á otras épocas más dichosas.

El presente es muchas veces doloroso. El porvenir obscuro.

Sólo en el pasado es donde se puede encontrar un pedazo de cielo azul para dejar errar la fantasía, como ave triste y enferma que ha quemado sus alas al atravesar los desiertos de la vida.

¿Por qué esto?

¡Ay! porque la doliente humanidad cree siempre más dichoso el día que pasó que el que espera; porque, como dice Chateaubriand, "¡en la sociedad, cada hora abre una tumba y hace verter una lágrima!"

La esperanza, esa deidad consoladora que, envuelta en diáfanos velos, sonríe á los niños en la cuna y acaricia al hombre, se deja ver pocas veces en torno de la mujer; flota á lo lejos como la sombra de un sueño, y como sombra se desvanece cuando va á asirla su débil mano.

Para la mujer es más grato, más consolador el recuerdo.

El recuerdo queda en su corazón.

La esperanza no hace más que vagar ante sus ojos.

II

Cada vez que contemplo yo el sol, recuerdo uno de sus rayos que calentaba mis pies cuando era niña, y á cuyo reflejo luminoso se abría un pequeño mundo que yo abarcaba con dominio infantil.

Caía aquella ráfaga de dorada luz en un pobre y húmedo cuartito, cuyo pavimento era de yeso, resquebrajado en muchas partes.

Algunas hormigas salían de un agujero redondo y venían á dar vueltas al sol.

Dos ó tres moscas, entumecidas por el frío, se despegaban de la pared y volaban zumbando gozosas en aquel foco luminoso que les fingía un alegre día de estío.

Sentábase allí el gato negro y anciano, cerrando voluptuosamente sus grandes ojos, verdes como dos esmeraldas.

Una perdiz se acercaba con menudo paso al conciliábulo, y picoteaba al gato, de quien era muy buena amiga.

Tenía yo un grillo que había encerrado en una jaula muy pequeña, que también colocaba al sol, y encima de la cual dejaba descansar á un gran caracol que salía de su cáscara, estirándose poquito á poco, como para observar

En una de las grietas del suelo habían brotado dos ó tres yerbecillas: un día al levantarme ví á la más alta coronada con una flor morada del tamaño de una lenteja; aquel mensaje de la primavera me colmó de gozo y me estremeció al mismo tiempo.

Me pareció la flor una sonrisa de gratitud de aquella pobre yerbecilla, porque yo la echaba alguna vez dos ó tres gotas de agua, y aquel día fué uno de los más dichosos de mi inocente vida.

Yo era la reina de aquel pequeño mundo tan alegre, tan feliz. Sentábame allí, desmigaba un poco de pan, que se comía la perdiz, y las partículas más pequeñas se las llevaban las hormigas con un afán que hacía venir lágrimas á mis ojos.

Las moscas zumbaban; cantaba el grillo; dormitaba el gato; el caracol se estiraba; las hormigas trabajaban, y todos éramos dichosos con un rayo de sol, y un poco de pan.

¡Oh, sí; todos éramos felices! Yo lo era también, porque tenía seis años.

Desde entonces, siempre que en una bella mañana de invierno penetra un rayo de sol en mi aposento, á través de mi ventana, recuerdo en miniatura donde yo imperaba cuando era niña; mi pensamiento vuela hacia aquel pobre cuartito, recinto de mis juegos y de mis meditaciones infantiles, donde veía tanta dicha, y que se ponía tan alegre cuando le visitaba el sol.

III

Los recuerdos de la infancia son siempre gratos y queridos, porque están rodeados de inocencia; pero los más consoladores, los que constituyen un don inestimable, son los del bien que hemos hecho.

Mucho se declama contra la injusticia del mundo, y es una triste verdad que hay en él muchos ingratos; pero los beneficios llevan en sí mismos su recompensa, por la dulce memoria que dejan en el alma.

Conocí á una mujer tan completamente halagada por los dones de la naturaleza y la fortuna, que llegó á ser completamente infeliz.

Imaginaos una mujer bella, joven, y casada con un hombre joven también, opulento y que adoraba.

No había goce en la vida de que aquella mujer no disfrutase.

Su cuarto de dormir, situado en lo más retirado de la casa, estaba, no sólo forrado de ensambladuras de madera, sino forrado también de seda algodonada, para que no se percibiese el más leve rumor que perturbase sus sueños.

Al abrir los ojos tenía al alcance de su mano un timbre, el cual, sólo con tocarle, llamaba á dos camareras serviciales, discretas é inteligentes.

Metíase en un baño de agua tibia perfumado con lirio y jazmín, y luego se desayunaba con su marido ó sola, según era su voluntad, que nadie coartaba en lo más mínimo.

Peinábala un peluquero tan hábil, que no la causaba daño alguno; tenía carruajes de todas las formas y para todas las estaciones; palco en todos los teatros; convites para todos los salones; espléndida casa



Elegantes trajes de "soirée". Fondos de seda y exteriores de fino punto de Inglaterra.



Vestido "princesa" para niñas de 13 á 15 años.



Sencillo traje de casa para señoritas.

y soberbios palacios de verano; sus diamantes eran magníficos; todos la envidiaban, y, sin embargo, cayó en un hastío mortal, por lo mismo que nada tenía que desear.

Un día fué á visitarla una amiga suya, bastante escasa de bienes de fortuna; llegaba llorosa y conmovida, y la opulenta dama le preguntó la causa de su pena.

—Vengo (dijo) de ver á una familia que se está muriendo de hambre.

—¡De hambre! (repitió la hermosa joven); ¡debe de ser muy raro eso de ver morirse de hambre! Me alegraría ver á esa familia.

—Puedes conseguirlo al instante.

—¡Yo!

—Vente ahora mismo conmigo á ver á esos desdichad[illegible]

—¿No les has socorrido tú?

—Sí, pero llevaba muy poco dinero para tan grande infortunio; ¡figúrate un padre ciego, una madre baldada en una cama, y cinco niños que piden pan á gritos!

Las personas ricas no pueden comprender de súbito los horrores de la miseria: así fué que mi amiga oyó este relato con bastante indiferencia; tomó su bolsillo, y salió con su compañera.

Cuando se halló en la mísera y helada buhardilla de aquellas pobres gentes, sintió en el alma una impresión dolorosa, penetrante, desconocida; pero sintió algo, después de mucho tiempo en que no sentía nada.

Entregó su bolsillo á la pobre madre enferma, sin que pen[illegible]e contraer en ello mérito alguno, pero aquella mujer besó sus manos, bañándolas en llanto, y todos los niños, conducidos por el padre ciego, se arrojaron á sus pies, colmándola de bendicion[illegible]

[illegible] joven tiene un objeto noble y grande: ¡la caridad! [illegible] dolores la han afl[illegible] [illegible] grandes decepciones [illegible]; pero los dulces recuerdos del bien que hace la consuelan de todos sus disgustos y sinsabores.

IV

No son sólo los ricos los que pueden practicar el bien.

El que consuela al afligido con palabras dulces y afectuosas, hace igualmente un inestimable beneficio, y su recuerdo, á pesar de la ingratitud con que puede ser recibido, basta para hacer dichoso á quien lo ha practicado.



Colección de abrigos y trajes de invierno para señoras y señoritas. Ultimos modelos europeos.

Hay también recuerdos que matan.

Los remordimientos, los crueles é implacables remordimientos, no son otra cosa que los recuerdos del daño que se ha hecho, á los cuales va unida la memoria de las bellas cualidades que poseían las personas á quienes se ha ofendido ó lastimado.

Al hombre le acompañan menos los recuerdos; su vida está llena de realidades, más ó menos penosas, más ó menos agradables.

Los negocios absorben todo su

Trajecitos y abrigos para bebés y niños de corta edad.

tiempo, y absorben también su imaginación.

La mujer, por el contrario, relegada al hogar doméstico, retirada en él, tiene muchas veces que acogerse á sus recuerdos para ser dichosa.

A la mujer le está vedada toda ocupación, toda actividad fuera del círculo de su familia, y los recuerdos son para ella un mundo mejor, un oasis en el cual descansa de todos esos dolores vulgares, silenciosos y desconocidos que combaten y envenenan su existencia.

La pradera donde corría cuando niña; los primeros libros que leyó; las oraciones que le enseñaba su madre; los cuentos de la vieja nodriza; los juegos con sus hermanos; la imagen ante la cual rezaba; las memorias de su primer amor; aquellas emociones tan puras, tan castas, tan indecisas, que ni aun después de mucho tiempo sabe definir; la rama que el viento mecía en el bosque; el pájaro que en las alboradas del estío se posaba á cantar en las macetas de su ventana; el primer ramillete que le regalaron, y que conserva, seco ya, en el fondo de una caja; todas estas cosas forman para la mujer un mundo de poesía y de amor, al cual se retira para buscar la calma.

V

Jamás he podido comprender que una mujer tenga gusto en cambiar con frecuencia de habitación.

Dice Alejandro Dumas que los que rehusan cambiar de domicilio son por lo regular personas avaras.

Yo, con permiso del fecundo narrador, diré que no soy avara, y que, sin embargo, siento un gran dolor cada vez que he de trocar mi vivienda por otra, aunque gane mucho en el cambio.

¿Cómo no amar las paredes que nos han visto llorar, reír, y que han presenciado nuestras venturas y nuestros dolores?

¿Cómo no amar el primer rayo de sol que la primavera nos envía como una bella sonrisa, y el rayo de luna que viene á quebrarse en los cristales de nuestra ventana?

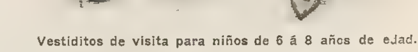
Paréceme que el apego de la mujer á su casa y á los objetos que la adornan, es inseparable de su condición, suave, blanda y amorosa; que la constancia en sus afectos debe serle tan propia como el culto de los recuerdos, y que un corazón frío, egoísta é indiferente es como una anomalía en nuestro sexo, á quien Dios encomendó el cuidado de embellecer el hogar, derramando en él la suave luz de la poesía y del amor.

Haga la mujer todo el bien que le sea posible; ame y socorra á los menesterosos; y por desgraciada que sea su vida, siempre tendrá en sus recuerdos un pedazo de cielo azul, un horizonte sereno, adonde volver sus fatigados ojos.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Susana

Ave, flor, estrella pura:
Lo que vuela y lo que canta,
Lo que embalsama y encanta,
Lo que seduce y fulgura.
Un círculo de hermosura
Hiciera si no se espanta
Dejando púdica y santa
Que juntara en mi ternura;
Al gran arco de mis cejas,
De mis labios de sed llenos,
De mi lira de ansias viejas;
El arco de sus ojeras,
El arco azul de sus senos
Y el arco de sus caderas!. .



Vestiditos de visita para niños de 6 á 8 años de edad.

VARIEDADES.

Un expectador africano refiere sus impresiones de viaje:

—¿Cómo combatían ustedes los miasmas?—preguntan.

—Con desinfectantes, y sobre todo con agua de Colonia.

—¡Ah, muy bien! ¡Eso es lo que se llama "colonizar" en toda regla!

* * *

Examen de náutica.

El profesor interroga al alumno sobre la cuestión de naufragios y salvamentos:

—Suponiendo que se encontrase usted en un buque con cinco señoritas y el barco naufragase ¿qué haría usted?

—Naturalmente, salvaría á la más rica.

PARA EL HOGAR

El Armario.

Mr. Marenot no pudo pegar los ojos en toda la noche, pues no le abandonaba ni un instante el recuerdo de su futura esposa.

Mañana me caso—pensaba. Mañana, la alcaldía, la iglesia y el almuerzo de boda.

Y esperaba el alba, concibiendo infinidad de proyectos para el porvenir.

Al amanecer abandonó el lecho y abrió la ventana de su cuarto, á la que estuvo asomado largo rato.

Al cabo de una hora, Marenot pensó seriamente en vestirse. Eran las seis de la mañana y debía estar en la alcaldía á las once en punto.

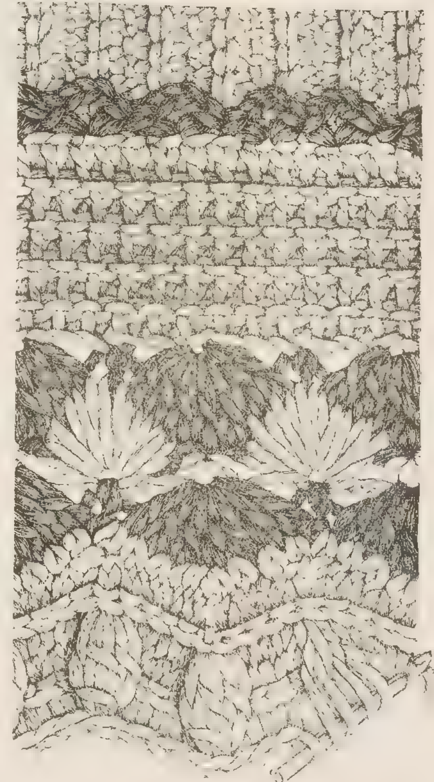


Modelo de tejido para aplicaciones.

Después de haberse lavado y calzado, se puso á recorrer minuciosamente la casa para ver si todo estaba en regla.

Desde su despacho se dirigió al billar, después á un pequeño invernadero y luego al cuarto destinado á los amigos de paso.

Y una vez terminada su visita de inspección, entró en una gran pieza que servía para guardar trastos viejos, donde había infinidad de muebles y varios objetos de muy distinta índole: un mapamundi, un baño de asiento, baúles y maletas, diez ó doce retratos antiguos y una linterna mágica. Iba Marenot á retirarse, cuando de pronto, al fijar sus ojos en un armario, se estremeció de pies á cabeza.



Minucioso detalle de tejido al "crochet"



Cuello de piel, para paseos vespertinos.

Era un armario de nogal, muy ancho y muy alto, que tenía la llave puesta en la cerradura. El tal mueble se hallaba en un rincón del cuarto, junto á una ventana.

Y en un segundo acudió á su imaginación el recuerdo de su primera esposa, recuerdo que le llenaba de angustia y le obligó á apoyarse contra la pared para no caerse.

Hacía catorce años que Marenot era viudo. Su adorada Berta había muerto tísica, dejándole sumido en el más profundo dolor.

Cuando nuestro hombre cumplió cuarenta y cuatro primaveras, pensó en casarse, á fin de no vivir completamente solo.

Y he aquí que al cabo de catorce años de viudo, durante los cuales había viajado mucho, dedicado á sus negocios y mudándose de casa cinco ó seis veces, se encontraba la mañana misma de su matrimonio, ante el armario en el cual había varios vestidos y objetos de que no había querido desprenderse y que era lo único que le quedaba de su primera mujer.

Si se leyera eso en un folletín, la gente lo tacharía de absurdo ó inverosímil. Y, sin embargo, la vida está llena de crueles aventuras, que superan á todo cuanto pueda concebir la imaginación del más afamado novelista.



Gorrito de encaje y listones, para bebés.

¿Qué debía hacer Marenot en aquel instante? ¿Abrir el armario? No. Le hubiera faltado valor para ello, y además no era oportuno entristecerse en aquel momento con el recuerdo del pasado. Pero, por otra parte, ¿debía dejar las cosas en aquel estado?

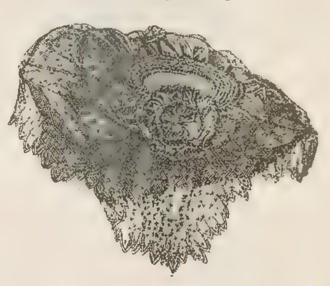
La mujer podría ver aquel mueble y registrarlo, y era preciso evitar á toda costa semejante descubrimiento.

Y se apoderó de Marenot un deseo irresistible, violento, irreflexivo de hacer girar la llave y de echar una mirada al interior del armario.

Vaciló un instante; pero, armándose de energía, lo abrió con estrépito. Vió allí varios paquetes, cuatro ó seis vestidos y cinco ó seis cajas.

Parecióle que aquellos trajes y aquellos objetos procedentes de una muerta, es decir, de una sombra, de una negación, de una persona que ha existido, que ya no existe, afectaban una inmovilidad especialmente siniestra.

Y para destruir aquella impresión terrible, vació por completo el armario, echándolo todo sobre el pavimento en revuelta confusión.



Elegante sombrero para señoritas.

Cuando hubo terminado, sentóse en el suelo, sin cuidarse de su pantalón nuevo, y con las manos agitadas por temblores nerviosos, se puso á examinar detalladamente todos los objetos. Primero se consagró á mirar un saquito lleno de yerbas silvestres y de flores marchitas, que Berta había bordado al regreso de una excursión á Ville-d'Avray; después contempló unas zapatillas de seda, una camisa de batista muy fina y todavía perfumada, un corsé, unos cuantos pañuelos con su inicial, una B...; ¡Berta! la primera letra de la palabra beso, como ella decía.



Corbata de encaje de Bruselas

¡Ah! ¡Aún recordaba Marenot aquel beso fresco, perfumado, que su mujer le daba en su agonía con los brazos en torno del cuello; sí, aún lo recordaba, á pesar de sus catorce años de viudez!

Berta le había amado con delirio hasta el último instante de su vida,

sin que jamás hubiese sufrido el menor eclipse su pasión.

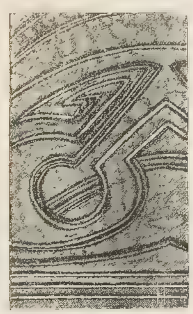
¡Qué locura cometía el insensato al pensar en casarse por segunda vez! ¿Acaso se puede ganar dos veces un buen premio en la lotería de la felicidad conyugal?

Marenot recordó con honda pena aquella triste mañana del mes de Noviembre en que los empleados de una empresa de pompas fúnebres sacaban el cadáver de Berta de la cámara mortuoria, y recordó también su furiosa desesperación cuando, al arrojarse sobre el ataúd, exclamó gritando:

—¡No, no; no quiero que se la lleven!

¡Y ahora estaba preparándose para casarse nuevamente! ¡Qué diría Berta si pudiese ser testigo de semejante vergüenza!

Y poseído de súbita exaltación, comenzó á abrazar todos aquellos



Pasta de cuero, para libros

objetos y á besar los vestidos y los pañuelos de su mujer, que cubrió de lágrimas, repitiendo en voz baja:

—¡Te amo, te amo, te amo y no he amado en el mundo á nadie más que á tí!

Recordó Marenot los años que había pasado al lado de Berta, y se la representó junto á él, como en los primeros días de su enlace matrimonial.

Y de pronto oyó dar las doce en el reloj de un convento vecino.

Levantóse precipitadamente, entreviendo en un resplandor de lucidez la espantosa y ridícula catástrofe. ¿Qué dirían los padres, la novia y los amigos que sin duda le esperaban en la alcaldía haría más de una hora?

Pero ya es tarde para todo. Desde aquel momento se ha reconciliado con la muerta, á la que desea ser fiel y á la que, por lo visto, no había amado lo bastante.

Marenot acaba por convencerse de que no necesita para nada una segunda mujer.

A la crisis que ha experimentado se sucede una tranquilidad benéfica y consoladora.

Marenot se echa á llorar y se deja caer nuevamente en el suelo, abrumado por el mudo dolor que le embarga.

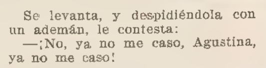
Y cuando su antigua criada Agustina, que le buscaba por todas partes, entra en la habitación y le dice aterrada:

—¿Qué le pasa á usted, señor? ¿Y la alcaldía y el casamiento?

Se levanta, y despidiéndola con un ademán, le contesta:

—¡No, ya no me caso, Agustina, ya no me caso!

ENRIQUE LAVEDAN.



LA SULTANA DE ALI-FONSA

Occidental.

Nicanora, mi sultana,
la chiquilla más barbiana
del barrio de Chamberí,
por tus encantos me muero,
y te quiero y te requiero,
porque quiero y porque sí.

No me faltes ni me ofendas,
y es necesario que entiendas
que si con otro te vas,
sin miramientos á nada,
te pego una "manguzada"
como no has visto jamás.

¿Quién te complace, y te estima,
y te regala, y te mima
y te quiere como yo?
¿Me has conocido otro lío?
¿No es tuyo todo lo mío?
¿A qué me dices que no?

Por tí, sultana preciosa,
he empeñado la "pañosa"
que aún estaba sin pagar;
y hoy no tengo una peseta,
y perdí la papeleta
y no la puedo encontrar.

Mas no por eso me achico;
sabes que si no soy rico,
tengo un tío en Alcalá,
y si tú quieres, salero,
voy y le pido dinero
y, de fijo, me lo da.

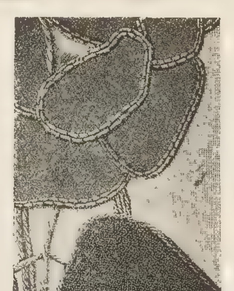
Tuyos serán mis "monises:"
tendrás perlas y "rubises"
y brillantes como el sol,
y pañuelos escogidos,
y mantones y vestidos,
y botinas de charol.

y por las noches, si quieres,
irás conmigo al café,
y allí, si el café te agrada,
lo tomarás con tostada,
ó media copa ó "bisté."

En las Ventas comeremos,
y si hay toros, nos iremos
en un coche de Simón,
y de "treatos" no trato,
porque sé que á tí el "treato"
no te llama la atención.

Todo eso tendrás conmigo
¡Que Dios me sea testigo!
¿Quién te ofrece tanto, dí?
Yo en la vida te he engañado,
y te consta demasiado
que Alí-Alfonso está por tí.

No me faltes, lo repito.
Si sé que algún señorito
anda haciéndote el amor,
voy y le reviento ahora,
pues ya sabes, Nicanora,
que á mí me sobra el valor.



Bordado de cordoncillo

Pero si resulta cierto
que el que te quiere es "el Tuerto,"
el que vino del penal,
no me des satisfacciones,
pues yo no quiero cuestiones
con uno que no es mi igual.

Y no es que le tenga miedo,
es.....vamos....que yo no puedo
"alternar" con gente así.
Me tiene el "Tuerto" ojeriza,
y ya me dió una paliza
hace dos meses por tí.

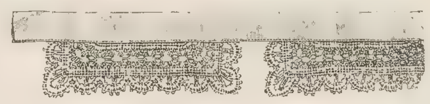
Yo soy un hombre decente
y no quiero, francamente,
dormir en la prevención
Figúrate que me he muerto.
¡Ni por tí ni por "El Tuerto"
falto yo á la educación!

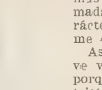
Dolencias del Animo.

I

Uno de los mayores males de la humanidad y que hace ver todos los objetos y todos los intereses de la vida bajo el prisma más triste y más sombrío, es el descontento.

Los caracteres descontentadizos son víctimas de sí mismos; todo cuanto tienen les parece lleno de defectos; y es lo más extraño que tampoco les agrada lo que poseen los demás, mirando el mundo como un desierto, y su suerte como la más desventurada.





Modelo de tejido

Las personas que han tenido la desgracia de nacer con un carácter dado al descontento, acusan á la Providencia, y hallan defectos hasta en las leyes más sabias de la naturaleza, hasta en la perfecta y admirable armonía que rige al universo, y si éste se convirtiera en cielo, le hallarían defectos también, porque el defecto está, no en lo que miran, sino en su modo de ver.

De todas las enfermedades del espíritu que se pueden padecer, un carácter descontentadizo es la más cruel, y quizá la más incurable de todas.

Esta terrible dolencia tiene sus variantes, y hay quien cree más felices á los otros que á sí mismos, siendo el período de que acabo de hablar el más cruel y el más grave de esta peligrosa enfermedad.

Generalmente hablando, es achaque de todo mortal, pero mas particularmente de la mujer, el poner la dicha, no en lo que tenemos, sino en lo que dejamos de poseer

La que no puede negar que es rica, bien nacida y amada de su familia, lamenta el carecer de hermosura, aunque no se la pueda llamar fea.

La que ha nacido bella, suspira por aquellas dotes, ó dice que daría toda su hermosura por un poco de talento.

Yo conozco una mujer extraordinariamente fea, pero dotada de un talento sobresaliente. Una hermosa tarde de primavera se hallaba paseando conmigo en los frondosos jardines de Aranjuez; cansadas ya de andar, nos sentamos en un banco rústico, á la sombra de algunos grandes árboles, y empezamos á hablar de mil cosas diferentes.

Mi amiga desplegó tal sutileza de ingenio, tal gracia y tanta lucidez de raciocinio, que yo me entusiasmé; é idólatra del talento, como he sido siempre, no pude menos de exclamar:

—¡Bendito sea Dios, que te ha dotado de tan elevada inteligencia!

Jamás olvidaré el gesto de tristeza con que mi amiga sacudió la cabeza al contestarme:

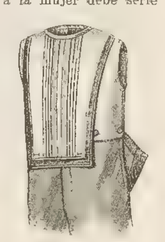
—¡Toda mi inteligencia (dijo), la daría yo por una cara regular!

—¡Oh, no! (exclamé yo.) ¡Son mucho más nobles, más durables y más atractivos los dones de la inteligencia y del corazón!

—Así se dice generalmente (repuso con tristeza mi amiga, y aun se cree así; pero si la primera vista de una persona es repulsiva y antipática, ¿cómo podrá luego hacerse amable y cautivar á nadie por otras dotes que sólo el tiempo y el trato pueden ir descubriendo?

—¡Pero cuando se llega á conocerlas, inspiran un afecto eterno!

—Podrá ser; pero créeme, amiga mía; á la mujer debe serle mucho



Delantero tableado para niños

más halagador, y con efecto así es, el agradar á primera vista; sé distinguir, porque, como tú dices, tengo alguna inteligencia; sé distinguir la simpatía de la estimación; el amor nace á primera vista; las prendas del alma son las que le fijan; pero yo no seré querida jamás ,aunque siempre sea muy estimada, y necesito una fuerza de carácter que no tengo para consolarme de tan triste suerte.

Así habló mi amiga, y yo no tuve valor para culpar su desaliento, porque me pareció fundado en muy triste, pero muy verdadera causa.

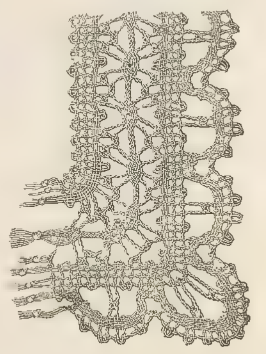
Lo mismo que nos sucede respecto de nuestras cualidades, nos sucede respecto de las de los demás, y sobre todo en el matrimonio, la mujer es por demás intolerante.

¿Por qué causa es más indulgente y más benévola respecto de sus padres y de sus hermanos que respecto de su marido?

¡Ay! Porque al casarse cree haber conquistado la libertad de ser injusta y de juzgarlo todo con rigor, cuando debía ser todo lo contrario.



Otro tejido al "crochet"



Tejido con hilaza

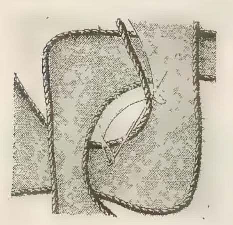
Muchas esposas hay que, favorecidas por la suerte con hombres honrados y que las aman de todo corazón, les echan en cara que son poco atentos, que no las miman, ú otra "gran culpa" por este estilo.

Es decir, que fundamos siempre nuestra desgracia en lo que "nos falta," sin pensar en la dicha de lo que poseemos, y, como dice muy bien Carolina Coronado:

"Es lo mismo que todos los pesares
Del mundo tenga, ó que los sueñe (todos.
Si se sufre igualmente en ambos (modos.
. . . ."

Lo imaginado es muchas veces peor que lo que verdaderamente padecemos, porque la imaginación va en la pena mucho más allá de la realidad. Una imaginación demasiado viva ó desordenada, es también un gran daño que puebla de fantasmas el cerebro, que ve el mal y el dolor donde no existen y que devora á los desventurados que le dan cabida

No se puede pedir á la humanidad más de lo que puede dar, ni exigir un amor heroico y apasionado del esposo, de los padres ó de

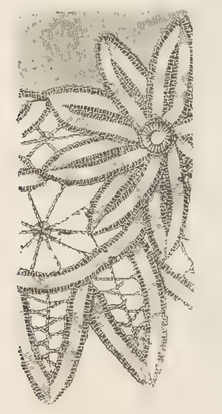


Bordado de cordoncillo para aplicaciones.

los hijos; cada persona quiere según el temple de su alma, y no son siempre los esposos que parecen más apasionados los que aman mejor, con más constancia y fidelidad.

II

Hay una cosa, sin embargo, que preserva del dolor de carecer de los



Deshilado y bordado

bienes que envidiamos en otros y que evita el desaliento: la vanidad

Las personas muy vanas creen lo que poseen perfecto, seductor, inmejorable.

He visto hombres muy graves, hombres de mundo, hombres serios, atacados de esa feliz dolencia hasta un punto increíble, y digo feliz, porque el modo de ver las cosas los que tal defecto tenían, era para ellos un elemento de constante y completa dicha.

¿Se habla delante de esas gentes



Nuevo modelo de tejidos

de la distribución de la casa que cada uno habita?

Ninguno la tiene mejor que la suya.

¿Se habla de caballos?

Los suyos son de la más pura raza

¿De un buen sastre?

El suyo tiene un nombre glorioso en los anales de la aguja.

¿De perros?

Ellos los poseen de castas desconocidas.

¿De la belleza de alguna mujer?

Su esposa ó su prometida llaman la atención general cuando se presentan en público.

¿De buena mesa?

Su cocinero tiene que ir á casa de sus amigos, cuando tienen convidados, para hacer alguno de esos platos de que él solo posee el secreto.

¡Oh dicha de la vanidad! ¡Quién pudiera disfrutarte!

Estas personas son muy felices; pero son, en cambio, sumamente molestas.

Prefiero tratar con un pobre ser agobiado por un descontento incurable; prefiero tener á mi lado á un misántropo, á tener que soportar la necia vanidad de un tonto, cansada para el dichoso, ultrajante para el triste, antipática para todos.

Las personas vanidosas son las que menos simpatías tienen; porque no se contentan sólo con la competencia; quieren sobresalir en todo y por todo; quieren siempre ocupar el primer lugar, y no comprenden que están ofendiendo siempre á cuantos habian con ellos

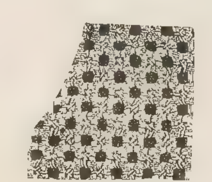
Personas he visto que, estando fatigadas, no sólo por penas morales, sino por privaciones materiales, han tenido el empeño de hacer creer á todos en su felicidad y en su riqueza, y, no por dignidad, que esto hubiera merecido alabanza, sino por vanidad, por necio deseo de inspirar envidia á otros que padecían las mismas ó más crueles penas que ellos.

¡Triste aberración, que sólo les traía antipatías y enemistades de las personas á quienes herían y humillaban!

IV

Hay otra clase de personas á las que se les figura que les falta todo, á causa de una modestia que ya llega á ser como una dolencia del ánimo.

Esta clase es también desgraciada, y quizá más que ninguna, porque cuando falta la completa estimación de sí mismo, no hay valor para nada, y el alma está en una angustia continua.



Detalle de tejidos de estambre

No hay nada que me cause más lástima que el ver á una persona dominada por una timidez excesiva; porque hay muy pocos sufrimientos morales que se pueden comparar á éste.

La vanidad es á veces osada y feliz; el descontento de la vida es altivo, y algunas veces amargo; pero la excesiva modestia, el pobre concepto de sí mismo, es un mal gravísimo y de difícil curación.

"¡Yo no valgo nada!"

Este pensamiento es terrible, amargo, desconsolador, y poco á poco va empequeñeciendo el ánimo y amenguando insensiblemente el valor moral é intelectual de quien le abriga.

Todos valemos algo; todos somos útiles en la tierra; todos llevamos en el alma el grano de oro, la centella divina que, en un momento dado, puede encenderse y alumbrar, y todos debemos estimarnos para que nos estimen, porque la primera condición de la dignidad es el conocimiento de la propia valía.

Apelemos, pues, á la razón para hallar el justo medio, que está tan lejos de la excesiva vanidad como del extremo descontento, y tengamos equidad para los demás, á la vez que la tenemos para nosotros mismos.

SENTIMIENTO DEL IDEAL.

El paisaje se desvanecía á lo lejos, por una parte hacia el mar y por otra en la bruma azulada de la tarde. En esta semiobscuridad, ape-



Biombo para antesala

nas templada por la última faja del sol poniente, los árboles de la pradera, las casas de campo rodeadas de jardines, las alamedas de los pueblos cercanos á la ciudad se deslizaban rápidamente á lo largo del tren, disfrazando sus contornos en vaguedades deliciosas.

Mi compañero de viaje, un abominable positivista, parecía no ver esta belleza, que se reproducía sin cesar. Por fin declaró, en tono sentencioso, que el paisaje era encantador y que no le habría desagradado contemplarlo en compañía de alguna de las amigas que admiraba en sociedad. Aun cuando no expresaba con entusiasmo esta reflexión tan banal como sincera, le repliqué al punto tratándolo de romántico.

¡Cuántas protestas, cuántas frases irónicas, cuántas manifestaciones indignadas, contra la sensibilidad, la imaginación y la poesía, declamó mi compañero hasta la estación próxima!

¡Romántico él, que siempre se había burlado del romanticismo!...

Este sujeto era un representante de la vasta especie de los que no saben admirar, ni sentir ni conmover se ante las bellezas del corazón ni las elevaciones de la inteligencia, y esgrimen la frase "romanticismo" á modo de salvoconducto para excusar su sequedad y su ignorancia.

Pero el romanticismo no significa en definitiva más que sensibilidad para todas las cosas grandes de la tierra. Desde la simple ventana orlada de flores que encontramos al pasar, hasta la expresión de los más elevados sentimientos y la evocación de las más solemnes escenas, todo encuentra su lugar en el romanticismo, que vive del ideal ya realizado y combate por el que se realizará en el curso de los siglos

Todo lo demás es indispensable, pero es zoológico. No nos separa mayormente de la aspiración animal, si no es por la complicación de los deseos y los apetitos. Aun así para humanizarse, éstos solicitan el apoyo del ideal, de la ciencia y del arte.

Si de algo hay que avergonzarse, es de la incapacidad para sentir y amar el romanticismo en la existencia, tan llena por sí misma de



Enagua-abrigo de lana.

cálculos, de cifras, de egoísmos y de lacras inconfesables... Dejemos espacio alguna vez para el buen idealismo, que nos permite admirar la lucha de la luz y de la sombra en las serenas tardes silenciosas.

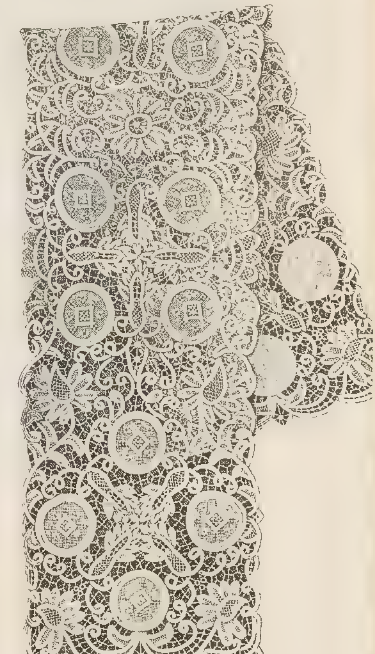
CARLOS BAIRES.

PENSADORA.

Ninguno supo lo que fué: un tesoro
que, sin tener el corazón de Ofelia,
tuvo cabellos vívidos de oro
y pálidas mejillas de camelia.

Su iluminada frente de alabastro
inundaba en fulgores lo sombrío,
cual la nocturna claridad de un as- (tro
sobre la inmóvil densidad de un río.

Cantaba como el pájaro incons- (ciente.
gemía como el cirio que perlea;
no tuvo corazón... ¡sólo un Oriente
hubo en su vida de éxtasis: la Idea!



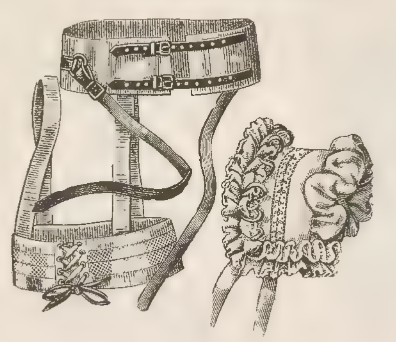
Encaje de fantasía para colocarlo sobre mesitas "art nouveau".

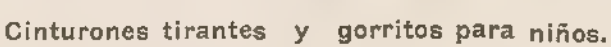
Yo siempre ví con ella una au-
(reola
que alumbraba su frente consumida,
y al verla así, meditabunda y sola,
miraba en ella un alma de otra vida.
Cuando la ví extinguirse lenta-
(mente
toda de blanco ,inmaculada y fría,
creí en el "más allá," porque su
(frente
irradiando....pensaba todavía!

Miguel Bolaños Cacho.

CUESTIÓN DE FALDAS.

¿Conque pretendes saber
si en el mundo, con razón,
puede y debe la mujer
ser lo mismo que el varón?
Voy á contestarte al punto
con toda sinceridad
que este asunto es un asunto
de notoria gravedad.
Pero antes de discutir,
haré una advertencia sola:
yo me voy á referir
á la mujer española.
Nunca me han preocupado
las extranjeras, de veras;
pues me tiene sin cuidado
lo que hagan las extranjeras.
¿Que dices que hace en París
Luisa Michel gran papel?
¡Me importa un grano de anís
lo que hace Luisa Michel!
¿Que en Rusia alguna demente
al Czar pretende matar?
¡Al Czar es únicamente
á quien le puede importar!
¿Que varias turcas....beodas
quieren subievarse?—¿Sí?
¡Pues ahí me las den todas!
(O que me las den aquí).
¿Que en Nueva York la mujer
estudia á más y mejor?....
¿Y qué tengo yo que ver
con lo que hay en Nueva York?
Puede en Londres ó París
ser la mujer lo que quiera:
cada cual en su país
que se arregle á su manera.
¿Pero pretender que aquí
se mezcle una señorita
en ciertas cosas?.....¡A mí
no me hace gracia maldita!
No digo que la mujer
todo lo deba ignorar.
Sepa lo que ha de saber
la que es reina del hogar.
Nada de vasta instrucción;
ni científicas tareas....
cultive su corazón
y abandone otras ideas.
¿Mujer doctora? ¡Bobada!
Lo que aquí se necesita
es mujer buena y honrada,
no la mujer erudita.
Si la niña "bachillera"
nos carga y nos encocora,
¡Por Dios Santo! ¿Quién tolera
á la que se haga doctora?
¿No es una temeridad
que una muchacha del día
vaya á la Universidad
á estudiar Filosofía?
Digan lo que quieran otros,
esto no debe cambiar.
Las aulas para nosotros,
y para ellas el hogar.





Cinturones tirantes y gorritos para niños.



Cesto bordado, para papeles.

COSAS.

Juan: escucha complaciente
esta súplica amistosa;
quiero decirte una "cosa"
y esta "cosa" es la siguiente:
¡No es "fuerte cosa" que así
niegues "ciertas cosas" hoy?
Dispuesto á contar estoy
las "cosas" que sé de tí.
La gente habla—y no me arguyas—
de tus amores con Rosa.
No digas que "no hay tal cosa"
porque ésas son "cosas tuyas."
¿Cómo á negarlo te atreves
y á desmentirte me obligas?
Las "cosas" que tú me digas
son....."cosas del otro jueves."
Sé que pensando en tu amada,
no haces ya "cosa con cosa;"
sé que tu enlace con Rosa
es ya una "cosa acordada."
Sé que tu suegra se alegra
y que ya te llama yerno;
sé que tendrás un infierno
con las "cosas" de tu suegra.
Sé lo que vas á sufrir;
sé que hay "cosas" muy dudosas
y sé otra "porción de cosas"
que no te quiero decir.
No el fin de tu suegra espere
tu codicia, amigo Juan;
pues, como dice el refrán,
"cosa mala nunca muere."
Carga con ellas aprisa
y que con Rosa te casen.
¡Las "cosas" que á tí te pasen
no serán "cosas de risa!"
Conozco bien tus apuros
y la dote de tu esposa:
un matrimonio no es "cosa"
que se arregle con diez duros.
Y haces muy mal—"¡cosa clara!"—
si en los amigos confías.
La amistad en nuestros días
es una "cosa muy rara."
Y es ya sentencia famosa
y de gran autoridad,
que "una cosa es la amistad
y el dinero es otra cosa."
Pues que tu novia lo ansía,
da por zanjado el asunto;
"dispón tus cosas" al punto
y vete á la vicaría.
No pienses más desde ahora
en si tu suegra se alegra.....
"Tantas cosas" á tu suegra
y afectos á tu señora.
Adiós, ¡y andando al altar
y salga lo que Dios quiera!
Hablar de estas "cosas" fuera
"cosa de nunca acabar."

VITAL AZA.

Para los Poetas.

Si no ofendiera la vanidad, yo diría á muchos poetas: Por favor, no cantéis vuestros amores, porque á esas indiscretas confidencias el público os contesta con encogerse de hombros.

Si habéis hecho la resolución de escribir, buscad un fin á vuestras ideas y dejaos de lanzar palabras perdidas de sentido.

¿Necesitáis temas?

Allí están los que sufren. La miseria y la injusticia que, toleradas por la ignorancia ó el temor y causadas por mentiras convencionales, se extienden en toda la tierra como el aire, pero un aire que mata.

En estos tiempos de lucha se ataca ó se defiende: en vosotros mismos está la elección para vuestros cantos.

SORLAC.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125.000 oro americano, y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean.	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de seguro.	14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5.000 oro en efectivo: á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10.000 oro de la última póliza; á la escuela ",Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Núm. 1.
Vestido de reforma, con blusa y falda corselete.

Núm. 2.
Vestido de baile, de hechura reforma.

Núm. 3.
Vestido de reforma con chaqueta corta

El tú y el usted.

Hace algunos años leí en un periódico unas líneas que me inspiraron este artículo: aquellos renglo[illegible] entes:

«[illegible] -on superio[illegible] cuáles los padres, cuáles los hijos, pues una «igualdad» homicida y vergonzosa los ha confundido enteramente.»

Desde entonces, como digo, pensé en este artículo, pues creo que de esa «igualdad» que se advierte en algunas familias, no tiene la culpa el «tú», tan amante y confiado, que los hijos emplean con sus padres: otra base más perjudicial tendrá esa «igualdad,» tan culpable para toda persona sensata; de ella debería castigarse á los padres, no por consentir el que sus hijos les llamen de «tú,» sino por no saber guardar su lugar y su decoro

Yo me honro con la amistad de infinitas familias en las que hablan de «tú» los hijos á los padres, y, sin embargo, al primer golpe de vista se conoce cuáles son los padres por las distinciones, los cuidados y la ternura de que se les rodea.

¿Qué espectáculo es más dulce: el que ofrece un niño que se abraza confiadamente á su padre y le dice al oído estas palabras:

«Papá, ¿quieres que no me vaya todavía á acostar?«, ó el que presenta una criatura que á diez pasos [illegible] su padre murmura estas pala[illegible] «¿Quiere usted que me esté [illegible] un poco [illegible]»

Fácil será decirlo, si se observan los semblantes de los dos; el del primero revela la dicha y el bienestar; su mirada es leal y franca: el del segundo retrata un temor servil; su mirada oblicua examina [illegible]dillas el rostro de su padre, que no se atreve á mirar de frente.



Núm. 25.
Traje con chaqueta de piel y falda volante.

Núm. 26
Chaqueta torera de piel con cierre cruzado.

Núm. 27.
Traje para paseo, con cuello-estola de piel.

Núm. 28
Traje con paletó entallado.

botón de metal. Sobre el ala se pone una ancha cinta escarapela «Liberty.»

Número 20. Este grabado y el número 23, representan un sencillo y elegante vestido para jóvenes, hecho de cheviot azul marino, que se adorna con galón bordado. Para ensanchar el galón se emplean sesgos de pana verde clara. Un cordón de perdigones, fijado en el interior, impide que el talle abulte demasiado. Sobre un fondo de forro de alpaca se confecciona la sobrefalda, de cinco tablas, cuyo vuelo superior se reduce por delante El cinturón que se emplea para este traje, es de charol negro.

Número 29. El grabado representa un vestido de baile guarnecido con rosetas espatulares, propio para señoritas. El hermoso efecto de este sencillo traje, consiste, sobre todo, en la vistosa disposición de la gasa blanca de seda que se halla en pliegues graduados que rematan en la punta inferior.

Estos pliegues sirven para guarnecer la falda y el corpiño que tiene el cierre hacia atrás y el escote redondeado. El forro de gasa se blusea ligeramente alrededor de la cintura. El borde del escote se orilla por medio de un entredós de forma espatular. Sobre el hombro izquierdo se coloca un pequeño ramillete de rosas blancas y en la falda se frunce la ropa en el cierre posterior. La entrefalda de gasa está rizada en el borde y el fondo del forro es de color rosa con plegadillos.

EL LUJO.

I

Cuando veo á las niñas vestidas desde los ocho años con trajes que son una reproducción en miniatura de los de sus madres; cuando las veo con vestidos completamente bordados, que cuestan seiscientos mil reales, con cintas en el talle á dos duros la vara, con sombreros de paja de arroz guarnecidos de plumas y flores costosísimas, con botas de raso, con guantes largos y con encajes en el cuello y las mangas; cuando veo así vestidas á las niñas, siento como una impresión de tristeza en el alma.

¿Cómo se exigirá de estas criaturas el amor á la sencillez, la modestia, tan encantadora en la mujer, cuando tengan más edad?

¿Cómo se les reprenderán las pretensiones exageradas y el amor al lujo, cuando la coquetería, natural en la adolescencia, ocupe el sitio de la inocencia en la infancia?

¿Cómo serán buenas esposas? Y, sobre todo, ¿cómo serán buenas madres?

Acostumbrándolas al lujo, exponen las madres á sus hijas á ser muy desgraciadas; el primer mal que las proporcionan es el hastío que nace de la saciedad de todos los deseos; el carácter de estas niñas, á las que el vulgo llama felices, se agria, se hace vanidoso, despreciativo, duro para los demás, antipático, en una palabra. Sus caprichos, sus exigencias no tienen fin ni medida, y sus padres son las primeras víctimas.

Cuando estas niñas llegan á la edad de amar y de ser amadas, el lujo es también el origen de su desgracia; toda fortuna del que desea casarse con ellas les parece poca; saben sumar y restar, como la Cecilia de «Le Duc Job,» que escribió en francés León Laya y arregló un académico español con el título de «Lo Positivo,» y saben calcular perfectamente lo que necesitan para alimentar la voracidad de ese dragón que se llama lujo.

Suelen casarse, pues, no con el que aman, sino con el que es más rico, porque el «descender» les sería insoportable.

Pero si la suerte inconstante convierte, por uno de esos incidentes tan comunes en nuestra época, la opulencia en medianía, ¡cuánto tienen que sufrir esas pobres criaturas! ¡Cuánto más que la que ha sido educada con modestia y sencillez!

No entra por poco también el miedo al lujo en la aversión que muchos hombres tienen al matrimonio; muy pocos hay que quieran ver sufrir á la mujer que aman, y antes prefieren renunciar á ella, que someterla á privaciones de todos los instantes.

El lujo, el detestable lujo, ha hecho imposible el hogar y la familia: el carruaje, el abono en los teatros, la modista cara, la peinadora, las telas de valor, los encajes y las joyas, parecen en el día necesidades imprescindibles, necesidades que ni nuestras abuelas, ni aun nuestras madres conocían.

II

Es una cosa innegable que el lujo enfría el alma y la deja como murada para todo sentimiento elevado y generoso.

Semejante á la pasión del juego, la pasión del lujo absorbe por completo la existencia; como la hidra de la fábula, que siempre tenía siete cabezas, porque renacían cuantas se le cortaban, el lujo tiene siempre hambrientas sus siete fauces, y próximas á devorar, no sólo el dinero, sino el sosiego: una mujer dedicada por completo á los cuidados que el lujo proporciona, no piensa en nada serio, útil y elevado; el cuidado de sobresalir y de hacer envidiar ocupa todas las horas de su vida; y si es verdad que le causa algunas satisfacciones, es también cierto que le proporciona muchos dolores.

Poco á poco, insensiblemente, el ánimo de esas pobres mujeres se va empequeñeciendo, y su alma se llena de tinieblas; cuando la juventud ha pasado, y con ella las ilusiones y la belleza; cuando se ven aisladas, solas y tristes, el tedio las consume, y no saben qué hacer de sus eternos días, de sus solitarias noches.

Es, pues, preciso acostumbrar á las niñas á que amen la sencillez, y vestirlas de una manera esmerada y elegante, pero todo lo modesta posible; si la suerte les ha favorecido con los dones de la fortuna, podrán aumentar sus gastos cuando,

[illegible] la plenitud de su razón, puedan calcular aquellos y sus ingresos con la saludable valla de las costumbres modestas: si esta misma fortuna sufre reveses, no padecerán las crueles privaciones de los goces de la vanidad, tan punzantes y á la vez tan áridos.

III

Para que las niñas tengan aficiones más elevadas que la pasión del lujo, debe procurarse que se acostumbren á la lectura y al trabajo; aunque la principal ocupación de las niñas debe ser la costura y el cuidado de las cosas útiles, como la confección de la lencería de la casa y la de sus propios vestidos, es también utilísimo, bajo el punto de vista de su dicha y de su tranquilidad, el que tomen afición y apego á las labores de adorno, como toda clase de bordados, flores artificiales, disecación de flores y pájaros, y cuidado de macetas delicadas, jardineras, etc., etc.

Estos cuidados, que ocupan la [illegible] nación mucho más que la cos[illegible] estas labores de capricho y [illegible], absorben la atención de las niñas, y les hacen pasar horas deliciosas, porque disfrutan del goce de crear cosas bonitas, y hallan en estas obras un inocente orgullo cuando las han terminado y en tanto las llevan á cabo.

Sabido es lo mucho que entretienen las obras de tapicería, por la combinación de los colores y primor de los detalles; y estas obras, muy caras, casi imposibles para las niñas hijas de las familias modestas, son para las de opulenta fortuna un antídoto, un preservativo saludable. ¡Tan cierto es que las cosas varían según á quien se refieren!

Es también muy [illegible] el procurar que las [illegible]ñas cultiven las artes [illegible] hagan de ellas un estudio serio; ya porque en nuestra época todo es mudable y pueden servirles un día de medios de vida, y ya porque las distraen agradable[illegible] constantemente, haciéndolas amables á todo[illegible]

La música y la pintura ocupan de tal suerte á las jóvenes que han nacido verdaderamente artistas, que en su a[illegible] cifran toda su dicha, y á veces el arte les hace las veces de los afectos perdidos ó no hallados en este valle de tristezas.



Núm. 31.
Manteleta para baile, con boas de gasa.

Núm. 32.
Abrigo de noche.



Núm. 29.
Vestido de baile con guarniciones de rosetas.

Núm. 30.
Vestido de reunión, guarnecido con entredoses.

IV

No solamente en las telas es de mal gusto el lujo excesivo para las niñas; lo es también en las bucheras: los volantes, los encajes, los flecos caros, las pasamanerías, todo adorno costoso, está proscrito para los niños en el extranjero, y, sobre todo, en Inglaterra, donde las señoras visten á sus hijas con la mayor sencillez, pero también con la mayor elegancia.

Por grande que sea la fortuna de una joven, jamás, hasta que se case, debe llevar encajes, joyas y telas fuertes de seda; esto «envejece» y afea hasta á las más bonitas, así como las telas ligeras y baratas, el tafetán, el foulard la gasa, el tul y la muselina, hablan de frescura, de alegría y de juventud.

SUFRE.

¡Qué grandes dolores caben
en el corazón humano!
¡ah! si al mundo los lanzara
no cupieran en su ámbito.

Qué triste el mundo y qué solo,
aun siendo como es tan ancho,
para la amarga existencia
del que nació desgraciado.

¿A dónde volver dolientes
mis tristes ojos cansados?
¿á quién confiar la amargura
de un corazón destrozado?

¡A nadie! sufre en silencio
con esfuerzo sobrehumano,
alma infeliz que en el mundo
eres del dolor el náufrago.

¡Sufre! y muéstrale á ese mundo
indiferente ó malvado,
que eres «caña» que se dobla,
no «encina» que troncha el rayo!

Las prendas que porta un rico
de oro son siendo de cobre;
pero, aunque de oro sean,
de cobre son las del pobre.

En la ausencia me imagino
mirar tu rostro más bello,
y es porque todas las cosas
se ven más lindas de lejos.



Núm. 13.
Cuello-guarnición, bordado, al tamboril.

Núm. 14.
Cuello fichú guarnecido con plegadillo.

Núm. 15
Cuello-hombreras, de encaje irlandés, imitando guipur.

que los puede comprender, ni jamás debe dar el dulce título de amiga una mujer más que á la que ha dado muestras de merecerlo: hay penas y alegrías que no deben dividirse con ningún ser indiferente, con ninguna persona de cuyo afecto no estemos completamente seguros. Mas si debe procederse con mesura antes de dar nuestra amistad, una vez concedida, no se debe huir ante ninguno de los sacrificios que esta amistad impone.

Se deben disimular á una amiga todos aquellos defectos que, no naciendo del corazón, no pueden lastimar el nuestro; porque la indulgencia y la moderación son las principales cualidades de toda mujer distinguida y que se estima á sí misma.

He visto personas tan extremadamente indulgentes, que más bien que estar dotadas de un bello y dulce carácter, parecían poseer un orgullo lleno de nobleza. Hubiérase dicho que estas personas estaban colocadas en un pedestal tan alto, que nada podía ofenderlas; que todo lo miraban desde inmensa distancia, y que despreciaban las mezquindades de los demás; y, sin embargo, no tenían enemigos, y eran, por el contrario, universalmente estimadas.

IV

Una ilustre escritora de nuestros días ha dicho «que la amistad es una necesidad del corazón, y que el amor es un lujo del mismo.»

Me parece esto muy cierto, y creo que debería añadirse á tan bella frase, «que la amistad es un beneficio para el alma.»

Un hombre nunca confesará á la mujer á quien ama que está pobre ó exhausto de recursos; pero se lo dirá á su amigo.

La amistad es un comunismo de penas y de placeres, de dicha y de llanto, al que nada se puede comparar, cuando está basado en profunda y verdadera estimación; pero es to lo encuentran pocos hombres, aun menos mujeres, y no se puede tampoco conseguir sin poner mucho de tolerancia y generosidad, pues no hemos de exigirlo to do sin dar nada.

Se ha notado mil veces que la amistad más acendrada ha nacido de los más extraños contrastes; y todos los días estamos viendo amigos unidos por el más tierno afecto, que son muy diferentes en caracteres y costumbres.

Pero en nuestro sexo, entre las mujeres, la amistad es muy difícil, y casi pudiera decirse que es imposible; porque la emulación quebranta el afecto apenas éste ha nacido, ó la irreflexión hace ofrecer un cariño que en breve se conoce que es imposible dar, ya por incompatibilidad de caracteres, ya por convencernos de que las bellas prendas que suponíamos no existían más que en nuestra imaginación entusiasta.

Es, pues, mil veces preferible á sufrir un desengaño, el reflexionar antes de ofrecer nuestra amistad, y estar seguras de que la persona que á primera vista nos parece simpática, es—á lo menos por las cualidades del corazón digna de ella; porque no hay nada más ridículo que esos lazos, tan pronto formados como llegados á su más íntima estrechez, y que se rompen en breve, con un estrépito que hace formar mala idea del carácter y del corazón de la mujer.



Núm. 16.
Vestido con talle blusa y falda de "aldeana."

Núm. 17.
Toca para Teatro con guarniciones de flores.

Cuántos genios ignorados
en los sepulcros descansan..
¡cuántos amores ocultos
en el seno de las almas!

No hay ventura que se iguale
á un amor correspondido,
y no hay desdicha mayor
que amar sin poder decirlo!

El amor cuando se calla
crece..crece..crece.. y crece..
y cuando dice morirse
en un instante se muere!

Los que se idolatran deben
sus voluntades juntar,
como se juntan dos ríos
que van á morir al mar!

En el fondo de mi pecho
entre muchas flores secas,
tengo una flor muy lozana;
¡pero ya ni quien la quiera!

Cantares.

Tan pronto como te oí,
porque verte no podía,
como el imán al acero
sentí que tú me atraías.

Nadie dirá que has nacido
entre las brumas del Norte,
pues al calor de tu alma
se funden los corazones.

Dios puso en tí la dulzura
de la más «sweet girl» inglesa,
mezclada con el donaire
de la española belleza.

¡Bendita sea tu boca,
que para mi bella España
tiene palabras de mieles,
y cariños, y alabanzas!

Al reflejarse en tus ojos
el cielo de Andalucía,
en pago de tus finezas
deja en ellos sus sonrisas.

No te vayas, no te vayas,
por esos mares arriba:
mira que vas á dejarnos
sin consuelo ni alegría.

La Virgen de la Esperanza
te acompañe y te proteja,
y te colme de venturas,
y á nuestros brazos te vuelva.

Declaración de amor:

—Señorita, si un joven le hablase á usted de amor, ¿qué le contestaría?

—Que es un imbécil.

El jóven, después de una pausa, cayendo de rodillas:

—Pues aquí tiene usted un imbécil á sus plantas.

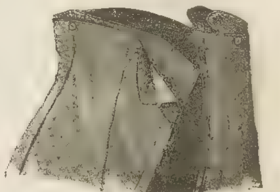
***

—¿Sabe usted á quién le ha caído esta vez el premio gordo? ¡Al doctor Pérez!

—Me alegro, me es muy simpático; es hombre que vale mucho.

—Pues ahora vale mucho más.

Núm. 18.
Sombrero de piel, para Teatro guarnecido con plumas de avestruz.



Núm. 19.
Vista interior de la falda para el vestido número 1.



Explicación de nuestros grabados.

El grabado número 1 así como los que con él se relacionan, representan trajes de hechura reforma, que es muy interesante conocer. Todos tienen la misma disposición de cierre. El vestido de casa se puede llevar también con blusa de la misma tela ó de tela diferente, y se compone de una falda de paño cebellina y de una blusa de cheviot. La hechura es sin corsé, para cuerpos esbeltos, pues este traje no sienta bien á las mujeres robustas.

Número 2. Este grabado y sus complementarios representa un elegante traje de raso blanco, tul de puntitos negros, muselina de seda blanca y raso amarillo. A la sobrefalda de tul se añade un volante y en los intervalos se aplican pequeños campos de terciopelo negro, muselina de seda blanca y tela de red. La manga sólo se forra con muselina de seda blanca. Un cinturón de pliegues formado de una tira de raso amarillo, cubre la juntura del cuerpo en gracioso lazo que termina en dos caídas.



Núm. 23.
Vista anterior del grabado número 20.

Número 7. Esa falda corta, para tiempo de lluvia, se compone de cinco tablas y está hecha con paño grueso. Su vuelo es muy corto. No se forra y por este motivo hay que cubrirla interiormente con un barrendero. Para poder levantar más esta falda, se agregan algunos botones en las costuras. La abertura se encuentra á un lado y lleva botones de presión.



Núm. 21.
Vista posterior del grabado 4.

Núm. 22.
Vista posterior del grabado 34



Núm. 20.
Traje con blusa de marinero y adornos bordados.

Número 12. En el modelo de este vestido de baile se encuentran combinadas en agradable armonía la muselina de seda Liberty y puntilla de seda al bolillo. El delantero ablusado se cubre con raso y por detrás es liso. Por encima cae muselina de seda que se cose en pliegues transversales, los que forman el fondo para la puntilla. Esta se adopta en forma de chaqueta corta y suelta á los lados, haciéndola pasar por debajo del brazo y recogiéndola ligeramente. Una ancha tira de muselina plegada y la cual se sostiene en las esquinas mediante nudos graciosos, acompaña el escote; en la izquierda se ponen flores de muselina con estambres de hilo de oro.

Número 13. Este cuello de guarnición, al tamboril, bordado, es muy elegante y se emplea para completar los cuellos de encaje, que se llevan con blusas ó con vestidos. La forma de fondo de este cuello, con esquinas sobre los hombros, á semejanza de cuello marinero, se hace de paño, cubierto con tiras de seda y orilladas con rosetas de encaje en forma de dientes.

Número 14. Este cuello fichú, que completa de una manera muy graciosa las blusas á que se aplica, se hace plegando dos veces una tira sesgada doble de muselina de seda, que se estrecha en las extremidades. Dos cuadrados de encaje, en forma de espátula, interrumpen los pliegues y se repiten á quince centímetros de distancia, desde el borde interior.

Número 15. Para la confección del vistoso y elegante encaje irlandés, se hace uso de pequeñas cintas de piqué, é hilo color crema ó amarillo. Primero se sujetan las cintas sobre el calicó uniéndolas, por medio de pequeñas puntadas, en los sitios de unión. Con este hilo se forman barretas envueltas dentro de los intervalos entre las líneas del borde. Se hacen después rosetas al crochet y adornando las hojas, se sobreponen rosetas más pequeñas. Magnífico es el efecto que produce esta mano de obra, la cual, por otra parte, es de poco costo y de mucha vista.

Número 17. Esta toca para teatro, guarnecida con flores, se hace con crema real que forma una combinación con paño de fieltro. Este queda libre en el borde y cubre el casco «á la Wagner;» el ala de forma de gasa, se apoya con alambre. Una corta ala doble de terciopelo, apoya el sombrero en el lado izquierdo.

Número 18. El bonito modelo del casco de este sombrero, va revestido de piel «gris pequeño,» que penetra en dos centímetros de profundidad hacia el interior. Aquí se juntan sesgos de tul estrechamente sobrepuestos. Una doble ala de terciopelo apoya el lado izquierdo, desde donde parten dos grandes plumas de avestruz que caen hacia la parte posterior. Una de las plumas pasa por encima del ala. La juntura hacia atrás, se cubre con un gran



Núm. 24.
Delantal para vestido reformado

Y, sin embargo, aquel niño que llama de «tú» á su padre, como á su mejor amigo, es probable que sea con él más tierno, amante y atento que el que le llama de «usted;» los padres han sido colocados por Dios mismo en un pedestal tan elevado, que sólo pueden descender de él por culpa suya. Si un padre comprende el sublime destino que le ha sido conferido; si le comprende y le estima lo bastante para guardar su propio decoro y no cometer nunca ninguna acción reprensible, sus hijos le respetarán siempre, aunque sólo sea por ese instinto que Dios mismo ha colocado en el corazón humano, por esa necesidad que todos tenemos de vivir sujetos á una naturaleza superior: la libertad absoluta es un don tan fatal, que no se hace amar de nadie.

Y no se crea que yo condeno el «usted« por la sola razón de la antipatía que me inspira; yo reconozco que ese tratamiento es el propio de la época prosaica y materializada en que vivimos; pero ya que en la sociedad se emplea, ya que es lenguaje usual entre personas indiferentes y aun enemigas, permítasenos no usarle con las personas que amamos.

II

El «usted» ha sido desterrado del seno de la amistad, porque coarta la confianza, y contiene, antes de que suban á los labios, las más dulces expansiones del corazón; ¿por qué, pues, se ha de condenar el que se vaya desterrando poco á poco también entre padres é hijos? ¿Hay acaso un amigo mejor y más sincero para un joven, que su propio padre? ¿Hay alguno que más se desvele por su bien? ¿Hay alguno á quien deba amar con más tierno exclusivismo?

Gentes hay cuyo tipo ha descrito con inimitable maestría el ilustre Fernán Caballero, en su bella «Gaviota.» El general Santa María, colocado allí á propósito para formar contraste con una dama romántica y sujeta á todos los caprichos de la moda, es un hombre enemigo acérrimo de esta inconstante deidad, que asienta como principio infalible que nada de lo que de ella proviene es bueno: en nuestros días existen aún algunas gentes así, sin querer comprender que hay algunas innovaciones útiles y saludables, y yo creo que de esta clase es el tratamiento de «tú» entre los padres y los hijos.

Jóvenes de ambos sexos he visto, de esos cuyos padres hacen alarde de ser «chapeados á la antigua», que, escudados con el «usted», contestan á los autores de sus días una desvergüenza de más volumen que las que algunos de los que les hablan de «tú» se atreverían á decir á sus criados; y esto no es extraño; esos padres no educan á sus hijos ni para el cariño ni para el respeto; los educan para el miedo, y el día que su carácter pierde algo de la fuerza que les prestaba la edad, sus hijos sacuden el yugo que les era tan pesado y abrumador.



Núm. 5 **Vista posterior para el grabado 33.**

Núm. 6. **Vista posterior para el grabado 27.**

Núm. 4 **Traje de reunión con falda de pliegues, para señoras de edad.**

Todo respeto, toda consideración en el mundo están basados en el valor del que los inspira: amamos á Dios, porque tenemos su imagen enclavada en una cruz y expirando entre tormentos sin ejemplo para redimirnos: le amamos, porque sabemos que á su bondad debemos la vida, el alimento y todos cuantos goces y placeres disfrutamos: le respetamos, porque nada reconocemos más grande, más poderoso que él: sean, pues, los padres, que son su imagen en la tierra, una imagen viva de su protección y de su amor; sean grandes, nobles, apasionados para sus hijos, mostrándoles, en cuantas ocasiones les sea posible, su nobleza y su amor, y estos hijos les pagarán su cariño con usura, porque la juventud es tierna; se confiarán á ellos, porque los reconocerán superiores; buscarán su consejo y les contarán sus dolores, seguros de que los han de comprender, consolar y guiar por la senda del bien.

Estos padres justos no son nunca débiles; sus castigos, aplicados con oportunidad y energía, son más temibles que por su rigor, porque privan de la amistad del que los impone por algún tiempo; un padre bueno, recto y cariñoso hace igualmente buenos á sus hijos, y éstos besan sumisos la mano fuerte y protectora que sujeta las riendas de su vida y les evita el hundirse en la sima sin fondo del mal.

III

—«Jamás olvidaré [me decía no hace mucho un hombre muy digno]; jamás olvidaré lo que sintió mi corazón una noche que, contando apenas catorce años, fuí al cuarto de mi padre para confiarle una falta, cuyo peso me abrumaba.

—«¿Qué tienes (me dijo) que estás pálido, hijo mío?

—«Padre [respondí yo bajando la cabeza], vengo á decirte que he levantado la mano á mi hermana.

«Mi padre se irguió, y sus grandes y poderosos ojos centellearon; pero bien pronto se apagó aquella luz fugitiva, desprendiéndose de ellos algunas lágrimas.

—«Si yo te diese ahora un golpe con toda mi fuerza, sería un cobarde, ¿no es verdad, Fernando? me preguntó.

—«No, padre mío; tienes el derecho de hacerlo.

—«El fuerte no tiene ningún derecho para maltratar al débil; un golpe mío te aplastaría, porque eres débil como una doncella; luego yo sería un cobarde, y además padre bárbaro y cruel.

«Yo guardé silencio.

—«Fernando (continuó mi padre); tú eres un cobarde; has pegado á tu hermana, que cuenta dos años menos que tú, y que es mujer.

«El orgullo herido vistió mi frente de una ardiente púrpura; pero devoré mi ultraje y callé.

—«Vas á pedir perdón á tu hermana [continuó mi padre]; y luego, hijo mío, para rehabilitarte á tus propios ojos, pasarás cuatro días en tu cuarto, sin salir ni aun para comer.

—«Yo, por mi parte [continuó abrazándome], te he perdonado ya, desde el momento en que depositaste en mí tu confianza; nunca llama en vano un buen hijo al corazón de su padre.

«El mío [prosiguió mi amigo], se anegó en ternura al sentirme acariciado por el que me podía castigar severamente; las lágrimas que veía correr por las mejillas de mi padre hicieron brotar dos raudales de mis ojos: aquel hombre cuyo valor era proverbial, cuya probidad acataban todos, y á quien yo veía cercado de tanto respeto, se convirtió desde aquel instante para mí en mi único amigo, y supo captarse mi confianza hasta el extremo de ir yo á revelarle todos mis proyectos de diversiones y amores, pudiendo confesar hoy con orgullo, que á la amistad de mi padre debo el haber evitado todos los precipicios de que la juventud está rodeada.»



Núm. 7. **Falda corta para tiempo de lluvia.**

Este hombre, que, como se puede suponer, sigue con sus hijos el ejemplo de su padre, no ha enseñado á éstos á llamarle de «usted», porque está convencido de que este tratamiento, que él rechaza con sus amigos, no debe colocarse como una barrera entre la amistad que él y sus hijos se profesan.

IV

Nada hay más grande, más sublime, más poderoso que Dios; y, sin embargo, El nos ha mandado lla-



Núm. 8. **Vista posterior para el grabado 30.**

Núm. 9. **Vista anterior para el grabado 29.**

marle de «tú» en las oraciones que ha hecho con sus ángeles, y que por boca de éstos y de sus Apóstoles nos ha transmitido para implorarle y darle gracias: «Padre nuestro que estás en los cielos,» dice el cristiano cada día: «llena eres de gracia,» pronuncia al saludar á María con el ángel; entre Dios y sus hijos no se conoce el «usted,» y sería una burla sacrílega é impía emplearle con el Criador y su divina y amantísima Madre.



Núm. 10
Vista anterior abierta, del vestido número 3.

¡Padres, que sois la imagen del Criador en la tierra! ¡Madres, que habéis recibido de la Madre común de nuestro sexo el ejemplo de la más santa y heroica ternura! Si sois buenos é irreprensibles, no necesitáis de nada más para inspirarles respeto, porque la tierna niñez, la pura adolescencia, aman la virtud y respetan la dignidad: mas si por desgracia hay entre ellos alguno cuya índole indómita necesite de rigor, usadlo á su tiempo, seguros de que, si es oportuno, os considerarán siempre uno de sus mejores amigos, y, revestidos además por Dios de un poder semejante al suyo, que os permite castigarles y premiarles en este mundo, que vuestro amor vaya acompañado de dignidad, y que hallen siempre vuestro seno preparado á recibir su cabeza culpable, y vuestra mano armada del castigo que ha de rehabilitarles; de este modo oiréis siempre en torno vuestro estas dulces y consoladoras palabras, que tanto bien hacen al corazón, que son la única ventura positiva de la tierra:



Núm. 11.
Cuerpo interior para los vestidos de reforma número 1.

—¡Padre mío! ¡Madre mía! ¡Qué buenos sois! ¡Yo os amo más que á todas las cosas del mundo!

Cuando se entierra el amor,
después que acaba el entierro,
en el corazón humano
queda otro sepulcro abierto.

Hay esperanzas que son
como una cárcel sombría,
donde el amor está preso
con centinela de vista!

Nunca le pidas á nadie
lo que no te pueda dar,
pues si te lo niega, sufre,
y sufre si te lo dá.

Núm. 12.
Traje de baile guarnecido con encajes y falda de pliegues.

LA AMISTAD.

I.

Con tanto asombro como pena he oído á algunas mujeres quejarse de que no existe la amistad, y de que han sufrido ya muchas decepciones, lo que dicho por bocas jóvenes y sonrosadas, me ha parecido increíble, ó por lo menos muy dudoso; creo más bien que estas mujeres comprenden mal la amistad, y la exigen más de lo que puede dar, queriendo que se eleve á la categoría del más sublime heroísmo.

Y es, por cierto, un error bien lamentable que, así en amistad como en amor, queramos siempre recibir y no dar; deseemos abnegación constante y no demos en cambio tolerancia y prudencia.

Si para comprender nuestra amistad esperamos encontrar una persona perfecta, jamás tendremos amigos. Ningún mortal está exento de defectos; sólo se debe, pues, procurar que los seres á quienes amemos tengan los menos posibles, y que sean de tal naturaleza, que podamos soportarlos sin menoscabo de nuestra dignidad.

Una señora me dió, no hace muchos días, al oírme hablar así, la siguiente lógica contestación:

No hay necesidad de soportar las faltas ajenas por amistad solamente: amigos que hagan padecer no son convenientes, y mejor se está uno solo en su casa, que sufrien do las impertinencias de los demás.

—Mas ¿qué nos queda (repuse), si despreciamos las simpatías del alma, si desairamos las bellas prendas que posee una persona, sólo porque se le reconoce algun defecto?

—Nos queda el estar tranquilos, y el pasar la vida con las menores penas posibles.

—¡Ah señora! (exclamé); nos queda sólo el egoísmo; y el egoísmo no ha hecho jamás la dicha de nadie; ¡no se queje usted de que no hay amistad en la tierra, puesto que nada quiere hacer por ella!

II.

La historia guarda en sus páginas la memoria de dos mujeres, que toda su vida estuvieron unidas por la amistad más tierna y más pura: Isabel Wolf y Agata Deken, fundadoras de la novela en Holanda: cultivaron juntas las letras, juntas escribieron, y vivieron juntas desde que la viudez de la primera la dejó sola en el mundo: esta unión fué tanto más admirable, cuanto que á las rivalidades femeniles podrían unirse las literarias, y la emulación que éstas llevan siempre consigo; pero, lejos de ser así, vivieron siempre unidas con la más cariñosa amistad, y la vida arreglada, piadosa, ejemplar que llevaban, les conquistaron el afecto universal, á la vez que una admiración verdadera por las obras de su ingenio.

El día 5 de noviembre de 1804 murió Isabel, y Agata no pudo sobrevivirla más que nueve días: anciana y aislada en la tierra, pues había perdido á su esposo y á sus hijos, Agata miró la muerte como el último de los beneficios que Dios podía enviarle, y dió, muriendo, á su amiga, la postrera y tierna prueba del dulce y profundo afecto que las había unido, tan raro entre dos mujeres, y quizá único entre dos mujeres escritoras.

Algún tiempo después la Sociedad de Ciencias y Artes de Amsterdam, queriendo tributar un homenaje público á sus virtudes y talentos, honró la memoria de las dos amigas, celebrando unos magníficos funerales, á los cuales asistieron cuantas personas distinguidas en todo género residían en aquella gran ciudad.

Es de suponer que entre estas dos señoras habría algunas desigualdades de carácter, algunas disidencias de gustos é inclinaciones; pero es de suponer también que una á otra se dispensarían, tolerándose mutuamente sus defectos, en gracia de sus buenas cualidades.

III.

Nunca se deben confiar á otra persona ni pensamientos, ni sentimientos, hasta estar bien segura de

Carta de verano.

Baños de la Fuente Sosa.
Mi querido director:
como apretaba el calor
de una manera espantosa,
salí de Madrid el doce,
y en un tren extraordinario
llegué el trece á este balneario
que usted quizá no conoce.
Aquí se pasa la vida
en una grata existencia:
y es tanta la concurrencia
y es toda tan distinguida,
que parece en realidad,
que por moda ó por sistema
se da aquí cita la crema
de la buena sociedad.
Los Duques de J. V.
el General H. A.
y los Condes de la K.
y los Marqueses de Q.
Banqueros y comerciantes
y hacendados y bolsistas,
y literatos y artistas,
y músicos y danzantes,
todos en dulce alegría
y como en familia unidos,
lo pasan tan divertidos
con cualquiera tontería.
La gravedad es corriente
que ha de dejarse á la puerta,
y aquí el que no se divierta....
se aburre seguramente.
Da gusto ver á un banquero,
un señor grave de veras,
cantando unas peteneras
con muchísimo salero,
y hasta el General, ayer
por dar gusto á unas ancianas,
nos bailó unas sevillanas
que es lo que había que ver.

Las bromas que aquí se inventan
á cualquiera vuelven loco,
y al que se descuida un poco,
de seguro lo revientan.
Como prueba, escuche usté:
Anoche, una señorita
nos echó, como bromita,
acíbar en el café.
Y riéndonos sin gana
por no parecer groseros,
pasamos los caballeros
una noche toledana.
Hay que armarse de paciencia
y no darse por sentido;
pero hoy—ya lo he decidido,—
en justa correspondencia
á la que logró reirse
con tamaño disparate,
le echaré en el chocolate....
lo que no puede decirse.

Las veladas musicales
animan el balneario;
y se organizan á diario
conciertos originales
Una muchacha muy joven
tocó con gran maestría
el tango de "La Gran Vía"
y no sé qué de Beethoven.
El señor B., con calor
y á instancia de unas señoras,
recitó ¡treinta doloras!
del ilustre Campoamor.
La política en el día
tiene aquí un representante:
el conocido é importante
senador don Blas García.
Y merced á sus favores,
hoy con él, y frente á frente
tuve, la "interview" siguiente
que transcribo á mis lectores:
—"¿Qué opina el señor García
del Gobierno que nos rige?
—Le diré á usted lo que dije
á un Ministro el otro día:
Necesita un ten con ten
esta situación actual;
y para no hacerlo mal
es preciso hacerlo bien.

—Cuando este poder concluya
¿quién vendrá aquí á ser poder?
—Esto es fácil de saber
Vendrá....el que le substituya.
—¿Durará esta situación
ó pronto crisis tendremos?
—Eso, amigo, lo veremos
cuando llegue la ocasión.
—¿Qué hay de Cuba?
—¡Es un asunto
gravísimo!
—Ya lo sé.
—Todavía no formé
mi opinión en ese punto.
Y dígame usted, ¿se sabe
si habrá, al fin, guerra europea?
—Aun no he formado mi idea,
pero la cuestión es grave.
Yo la creo de importancia
suma, para este país.
—¿Y qué sabe de París?
—Que es la capital de Francia."
Y ahí van, señor director,
en mal trazados renglones
las sabias revelaciones
del ilustre senador.
Como es la costumbre actual,
con esa "interview" concluyo.
Queda de usted siempre suyo
su amigo

EL CORRESPONSAL.



Núm. 33.
Vista posterior del vestido número 3. Vista anterior del vestido número 2. Vista posterior del vestido número 1.

San Luis Potosí, Noviembre 15. —El Dr. Miguel Otero no halla inconveniente alguno en certificar que ha obtenido excelentes resultados tanto en su práctica civil, como en los hospitales Militar é Infantil que fundó en esta ciudad, con la preparación llamada Emulsión de Scott, para los estados morbosos conocidos en clínica bajo el nombre de linfatismo y escrofulosis, así como para la tuberculosis pulmonar de formas subaguda y crónica, cuando las funciones digestivas se conservaban fieles aliados del médico. Y para constancia extiende el presente.

Salmonetes á la parrilla.

El salmonete, después de limpiado y escamado, debe secarse bien con un lienzo y, después de despojarle de sus aletas, debe echarse en una marinada con sal, pimienta y un poco de aceite ó manteca de vacas derretida; si está bien fresco, se reboza en ralladura de pan, y se pone en la parrilla sin temor de que se pegue á ella; pero si se teme que no lo esté enteramente, bátase una clara de huevo, rebócese en ella el salmonete, espolvoréese con ralladura de pan y póngase en las parrillas. También se puede usar en cajitas de papel con hierbas finas.

Langosta.

Para limpiar la langosta hay que meterle uno de sus cuernos por el orificio del ano, lo más hondo posible. Al sacarlo, este cuerno se trae consigo las tripas. Cuézase la langosta en agua hirviendo y en vino blanco, y se sazona como los cangrejos; cuando está cocida, se parte á lo largo, y se sirve con una salsa para la que se emplea lo negro que se le encuentra en el vientre, una escaluña y una anchoa, muy picado todo de antemano y aplastado con un poco de mostaza, el zumo de un limón y aceite; la salsa y la langosta se sirven aparte.

Cuézanse los cangrejos con agua ó vino blanco, ó con una y otro por mitad en una cacerola, sazónese con sal, una zanahoria, una cebolla, perejil en rama, dos clavos de comer y un poco de vinagre; hágase que hierva á fuego vivo durante diez minutos, después de los cuales se echan en un plato hondo, y se disponen en forma de pirámide, en un canastillo.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr Arzobispo Feehan

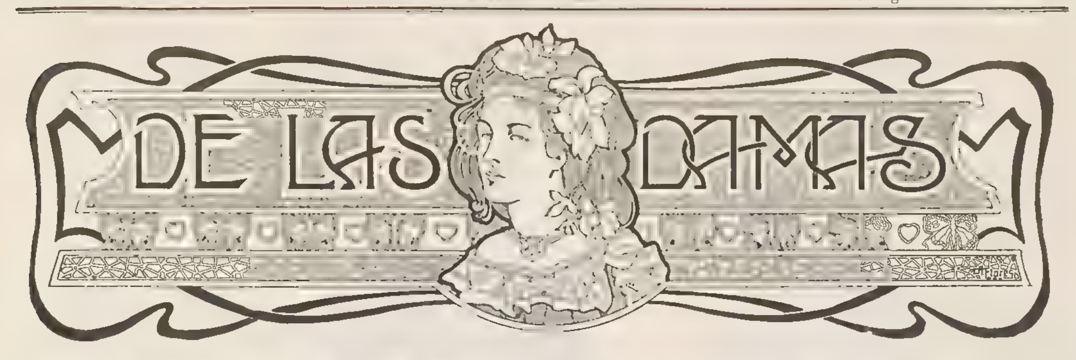
Los bienes fueron valuados en $125,000.
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano, y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean.	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo: á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Núm. 1.
Vestido de reunión, guarnecido con adornos de encaje.

Núm. 2.
Traje de soirée con cuerpo drapeado.

Núm. 3.
Vestido de reunión

Núm. 4.
Traje de baile, para señoritas

Explicación de nuestros grabados.

Número 1. Este grabado representa un traje de reunión guarnecido con galones y entredós de encaje. Es de paño lustre, color crema, con muselina de seda del mismo color que el paño. El galón se pone encima y debajo del entredós y en el cuerpo de forro se adapta hasta la mitad de la altura. La chaqueta, abrochada por delante, es corta bajo del brazo y se prolonga por delante en punta. Las hombreras alargadas son de galón de encaje y cubren por completo el cierre. El cinturón de cinta se ciñe dos veces y se hace terminar por un gracioso lazo.

Número 2. Traje drapeado para baile, propio para señoritas, que sienta muy bien á las jóvenes de talles esbeltos y que se confecciona con un material muy ligero, tal como la seda ó la gasa de seda. Las aplicaciones son de muselina con florecitas entretejidas que orillan el escote y delantero. Al cuerpo de forro, que se abrocha por delante, se adaptan las piezas del cuerpo, sin costura, por debajo de los brazos, y se drapean en pliegues oblícuos. En la manga corta de muselina se añade el volante inferior, el cual se cose debajo del superior. La falda termina en punta, tanto por delante como por la parte posterior, y por delante tiene hondos pliegues que se abren hacia abajo. El cinturón postizo es de cinta plegada y se cierra á un lado.

Número 3. El grabado representa un traje de reunión con cuerpo de pico muy apropiado y elegante para señoras de cierta edad y un poco robustas. En el modelo se encuentran agradablemente combinados el terciopelo, color de salmón, muselina de seda de color igual, guipur al bolillo y tiras de piel de

veso, un poco anchas. Las costuras en cruz pueden reemplazarse por calados. El cierre de la chaqueta es posterior. Al rededor se pone un calado de tiras de muselina de seda, fruncidas por delante en forma de volante. El escote, finalmente, se ribetea con piel. La manga lisa del forro se cubre con muselina de seda plegada, guarnecida con tiras de pequeños bullones. La falda se compone de siete tablas que se unen arriba por costuras y abajo por calados que se van ensanchando. Los pliegues de detrás, se fruncen á un lado. El forro es de tafetán y los bordes de piel.

Número 4. Este grabado representa otro vestido de baile para jóvenes, adornado con cinta intercalada. Este vaporoso traje es de muselina de seda, color verde té, sobre un fondo de muselina de seda blanca. El calado de cinta rodea una vez el talle y tres veces la falda. El escote se rodea con muselina de seda plegada, cubierta con encaje. El cinturón postizo es de raso, cortado en sesgos y bordado con lentejuelas de plata; se abrocha hacia la izquierda y se hace terminar por una pequeña banda.

Número 10. Este traje, con guarniciones de soutache y sombrero en forma de birrete con adornos colgantes de piel, es de lana, color azul obscuro y guarnecido con paño de color amarillo de cuero, raso negro y amarillo, soutache azul obscuro y encaje de tul, amarillo viejo. Las solapas se cubren con paño, lo mismo que el cuello, hombreras y parte de la falda. El cinturón postizo se forma con una tira sesgada de raso negro,

Número 11. Este grabado representa tres diferentes tapetes. El primero, comenzando por la izquierda, está bordado al punto plano. Se tiende el brocado en el bastidor y se transporta sobre él el dibujo del modelo. Las pequeñas ramas de flores en las esquinas y la flor suelta del centro, están compuestas de cuatro tonos de amarillos. El tapete del centro es de encaje irlandés con pequeñas cintas de piqué y medallones sobre tela de red, color crudo; el hilo que se emplea es de un color perlado. Una vez tendida la tela de red en el bastidor, se hace el zurcido en rayas verticales, y, por último se embastan encima las cintas, que se unen mediante anillos de festón hechos con hilo de lino. Finalmente, el último modelo representa un pequeño tapete de labor sobre red. El dibujo de este tapete se ejecuta en máquina de coser, en la que debe aflojarse el tornillo de tensión y apretar en igual proporción el tornillo de la lanzadera, poniendo después la tela de red en el bordador.

Números 12 y 13. Estos modelos de bordados para cojín, son muy elegantes y de buena vista. El dibujo se forma con lana de Persia sobre cañamazo de buena calidad. Se combinan los colores del estambre de manera de formar un vistoso conjunto, y antes de empezar el bordado es conveniente marcar el dibujo por medio de grandes puntadas. El bordado siempre va de izquierda á derecha.

Número 15. Esta chaqueta, ceñida con el cuello de hombreras, se puede confeccionar en armonía con todo el traje ó hacerse por separado con tela distinta y diversas guarniciones. También puede hacerse más corta, con ó sin cuello-hombreras y con cuello recto, abierto ó cerrado. El modelo va guarnecido con solapas, cuello recto y puños, y con terciopelo verde bordado con seda gris y oro. Además se le agregan pasamanerías de color gris y verde. La chaqueta se corta en delanteros y dorsos partidos. El cuello-hombrera queda sin forros y sin refuerzos, pues sólo se pespuntea tres veces en el borde.

Número 16. Este grabado representa un delantal de reforma con cuello-tirantes. Este delantal, por medio del cuello en forma de corta chaqueta, da un aspecto verdaderamente mujeril á las personas que lo usan. Se puede hacer de alpaca ó de seda, según el gusto. La pieza que forma el delantal, entra en la ropa doble del cuello.

Número 19. Traje de falda corta, guarnecido con sesgos. Puede ser de paño ó de lanilla; las guarniciones son de terciopelo de un color más obscuro al de la tela y de paño blanco para el peto. A esto se agregan algunos botones de pasamanería. La blusa, como se ve, es de forma torera y en la parte inferior se pone una tira sesgada de terciopelo. El pequeño escote se rodea por otro sesgo. La forma del codo, en la manga, se da por medio de pliegues transversales. La falda corta se compone de un delantero estrecho.

Número 20. Esta blusa de seda á cuadros con el cierre á un lado, puede llevarse sola ó formar parte del traje completo. Es muy vistosa y elegante y propia para trajes de casa. El cinturón es de seda y en el borde inferior de la falda se ponen dos sesgos de paño, pespunteados.

Número 21. Este peinador, con guarniciones de encaje y de cintas, es de paño blanco guarnecido con encaje y cinta moaré, verde clara, de once centímetros de anchura. Un trozo de cinta en forma de bullón, se aplica á la botonadura cubierta. Las mangas se hacen entrar en pequeños puños, con los cuales armoniza el cuello recto. En el cuello hay un lazo doble que termina en dos caídas. Este traje va perfectamente forrado.

Número 23. Pantalla para lámpara, bordada con oro y lentejuelas. Se hace una forma cónica de alambre y una vez forrada, se adorna con un bordado de oro y lentejuelas hecho sobre seda blanca de la India. Con un trozo de tela de 55 centímetros de largo por 13 de ancho, basta para completar la pantalla. Los tallos de las flores y demás líneas de adorno, se hacen con hilo de oro «frisé» que se sujeta con seda amarilla, color de oro viejo. Con esta misma seda se unen las lentejuelas en forma de escamas.

Núm. 5
Vestido guarnecido con trencilla y sesgos.

Núm. 6.
Traje de reunión con guarniciones de vivos y sesgos.

La Tolerancia.

—

I

Debo hablár de una cosa que he omitido hasta aquí, para dedicarle un capítulo aparte, pues es de gran importancia en la vida de la mujer.

Esta es la tolerancia, que algunos confunden con la indulgencia, y que es, en efecto, muy semejante á esta plácida y encantadora virtud.

No es tan bella, sin embargo; pero es, en cierto modo, más útil y más necesaria.

La tolerancia tiene límites más estrechos que la indulgencia, y rara vez degenera, como ésta, en una perjudicial debilidad.

La falta de tolerancia absoluta puede traer graves disgustos, aun grandes desastres; una mujer que se queja á su marido de la falta de respeto de otro hombre, le expone á un lance, desagradable siempre, terrible muchas veces.

¡Cuántos sinsabores evita en situaciones semejantes un poco de tolerancia!

II

En sociedad se puede dar á conocer de mil maneras corteses cuando alguna cosa nos desagrada, y esto sin que sea necesario para lograrlo el estar dotada una mujer de un talento sobresaliente, bastando tener buena educación. Una palabra dicha sin acritud, pero con entereza, un silencio digno, y á veces una sonrisa fría, bastan para cortar las franquezas imprudentes, las palabras atrevidas, las críticas descorteses.

Sin embargo, aun en el caso de que el resentimiento sea justo, la mujer debe evitar todo lo posible el descomponerse con la cólera.

En todas las ocasiones de la vida, —ha dicho Jules Janin, en uno de sus más bellos artículos,—la calma y la sangre fría es el medio mejor de dominar las dificultades, y esto debe entenderse lo mismo colectiva que individualmente; lo mismo tratándose de una que de muchas personas.

Hay muchas veces que es una prueba de talento y de dignidad el hacer como que no se ven los insultos que la mala voluntad y la envidia quieren hacernos, porque se da á conocer que nos hallamos demasiado altos para reparar en semejantes miserias, ó para darnos por enojados de ellas.

Si la malevolencia desea molestarnos ó hacernos sufrir, ¿qué mayor triunfo podemos concederle que el logro de sus deseos? ¿Ni qué mayor mortificación que el ver que no nos llegan sus tiros envenenados, sus injustos ataques, y á veces has-

ta las calumnias de la envidia, que siempre es el origen de todo insulto?

A propósito de esto, y para que el ejemplo siga á los preceptos, referiré un caso que presencié no hace mucho tiempo.

Una señora de mucho mérito por su juventud, su belleza y su elevada posición social, frecuentaba una casa que no debiera haber frecuentado, por la razón de que no se la estimaba en ella según se merecía.

Por una extraña obcecación de la persona que la ocupaba como dueña absuluta, ó tal vez por una envidia tan grande que no alcanzaba á ocultarse bajo el tupido velo de las conveniencias sociales, esta señora, lejos de profesar amistad á la que llamaba su amiga, la detestaba profundamente, y no era, por cierto, de extrañar, si se examinan los motivos que para ello tenía.

La señora de Z. era más joven, más bonita y més rica que su envidiosa amiga.

—¿Por qué iba, pues, á casa de ésta? se me preguntará.

El motivo era bien sencillo: amiga desde la infancia, aquella joven, hermosa y llena de mil bellas cualidades, amaba á la señora de T., que tenía muy malos instintos; pero como para que haya malos ha de haber buenos, ésta era, sin duda, la causa de que no se rompiesen los lazos de aquella amistad tan tierna y sincera por una parte, tan falsa y mentida por la otra.

—¿Cómo haré yo para echar de casa á esta insoportable mujer? preguntaba un día la señora de T. á uno de sus más asiduos visitantes.

—¡Insoportable! (repuso éste muy admirado); ¿llama V. insoportable á esa mujer angelical?

—Justamente; la llamo insoportable, porque para mí lo es.

—Pero ¿por qué causa? ¿en qué ha podido ofender á V.? ¡Ella es tan buena, tan dulce, tan amable!

—¡Por favor, caballero, basta de elogios! (exclamó la dama muy apurada); ya sé todo lo que es; pero aún sé mejor que no la quiero en mi casa, y para que no vuelva, estoy discurriendo un medio que no me es dado encontrar.

—Pues hay uno muy fácil, respondió él.

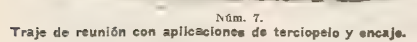
—¿Uno muy fácil? ¿Cuál es?

—Dentro de tres días es su santo de V.

—Es cierto.

—¿Y no suele usted tener algunos amigos de ambos sexos á comer?

—Sí: pero qué conexión tiene?..



Núm. 7.
Traje de reunión con aplicaciones de terciopelo y encaje.

Núm. 8.
Vestido de soirée, de paño y tela de encaje.

—¿No convida V. por esquelas?

—Sí.

—¡Pues bien; no envíe V. esquela de convite á la señora de Z.!

—¡Oh! ¡pero es una grosería espantosa! (exclamó con repugnancia la señora de T.); hace más de veinte años que ese día come en mi casa.

—Pero ¿no dice V. que desea li-[illegible]e de su amistad?

—Sí!

—Entonces, ¿á qué tener consideraciones con una persona á la cual se aborrece? Para romper para siempre unas relaciones, es lo mejor ese golpe; ¡no hay cuidado de que se puedan volver á reanudar!

—Lo pensaré (dijo la señora de T.); pero confieso! que ¡me cuesta trabajo.

Su consejero no se tomó la pena de responderle, y salió de allí maldiciendo á la envidia y á los envidiosos.

II.

¡Sin vacilar, encaminó sus pasos á casa de la mujer á quien había tratado, con sus consejos, de excluir del convite; porque hay personas en la sociedad que se nutren de chismes y miserias, como otras se nutren de obras buenas y elevadas.

Halló á la bella señora de Z. sola en su gabinete, y leyendo; sentóse, y después de algunas lisonjas vulgares, entró de lleno en la cuestión.

—He tenido un mal rato, dijo con aire triste.

—¿Un mal rato? [dijo la joven.] ¿Por qué, amigo mío?

Porque he oído hablar de V. con mucha injusticia.

—¿De mí?

—De V., sí, señora.

El buen amigo se calló, esperando esta pregunta tan natural:

—¿Y quién habla mal de mí?

Pero se engañó; su interlocutora se encogió de hombros y cambió de conversación.

—¡Cómo! (exclamó él.) ¿No le importa á usted que la critiquen, que la murmuren?

—No por cierto, amigo mío, porque lo hacen sin razón.

—¿Y eso qué importa, si lo hacen?

—Dejarlos; las calumnias caen por su base.

—¡Pero V. tiene enemigos!

—No lo creo; no puedo creerlo.

—¿Ni porque se lo digo yo?

—Creo más bien que V. se engaña.

—¡Pero si estoy seguro de ello! (exclamó el oficioso exasperado.) ¡V. verá cómo le hacen un desaire que no se espera!

—¡Un desaire! ¡A mí!

—¿Quiere V. que le diga cuál?

—No, amigo mío (respondió la señora de Z.); jamás me ha gustado sentir males anticipados; ellos vienen sin que se puedan evitar; así, pues, esperaré esa ofensa, que su extremado celo me anuncia, con calma, sin impaciencia ninguna por que llegue.

Y aquí la joven cambió de conversación con una perfecta suavidad en la apariencia, pero en realidad con una voluntad tan firme, que su visitante no pudo, por más esfuerzos que hizo, volverla á traer al terreno que deseaba.

La ofensa, sin embargo, no se hizo esperar.

Ajena la señora de Z. á lo qué pasaba en el corazón de su amiga y á los pérfidos consejos que le daban los envidiosos, preparó un traje conveniente para el día del santo de aquélla, y esperó, no sólo la invitación general, sino también la visita particular y amistosa de la señora de T.; pero fué en vano: no recibió ni invitación ni visita.

Este golpe la hirió profundamente, tanto por lo que tocaba á su corazón, cuanto por lo que tocaba á su amor propio; lloró mucho aquel día; pero á las nueve de la noche se vistió con su buen gusto acostumbrado, y se dirigió á casa de su amiga, á cuya tertulia iba todas las noches.

IV

Todos los que la vieron entrar tranquila, serena, risueña, se quedaron admirados, porque todos sabían la ofensa que había recibido, y casi todos se alegraban de ella.

Pero la que enrojeció de confusión fué su amiga: había pensado que el resentimiento alejaría para siempre de su lado á la que había ofendido, y que no tendría que soportar el tormento y la vergüenza después de su ofensa; porque habéis de saber, lectoras mías, que para una persona que aún conserva sentimientos de delicadeza y dignidad, no hay tormento comparable al de tener que soportar la presencia de una persona á quien voluntariamente ha ofendido.

La señora de Z. se fué derecha al sillón que ocupaba su amiga, le tomó cariñosamente la mano, y le preguntó «qué tal había pasado el día:» aquélla balbuceó algunas palabras desacordes, y luego empezó á excusarse con mucha confusión de no haberla convidado á comer.

—Y eso ¿que tiene de particular, querida mía? (respondió jovialmente y bastante alto para ser oída la joven.) Cada uno es dueño de tener á su mesa las personas que sean más de su gusto; yo tampoco hubiera podido venir, porque tenía hoy muchas ocupaciones.



Núm. 10.
Traje con elegantes y ricas guarniciones de soutache y sombrero birrete, con adornos colgantes de piel.

A la primera ocasión que se presentó, no faltó quien se fuera á sentar al lado de la señora de Z., y se lamentase traidoramente de la ingratitud de su amiga para con ella; pero aunque sufría cruelmente, tuvo bastante fortaleza en el alma para disculpar cariñosamente á su amiga y conservar la sonrisa en los labios.

Sin embargo, no era aquella mujer capaz de imponer su amistad á la fuerza, porque tenía el convencimiento de lo que valía; dos días después pretextó, para no asistir á la tertulia, una ligera indisposición; luego fué otra noche al teatro, después dijo que dedicaba una noche á la semana á arreglar ciertos papeles, sola en su casa, y que otra la destinaba para ir á la ópera: por fin, dejó de ir del todo, y rompió el hilo de aquel lazo que ella había ayudado á anudar con tanto amor, y que había querido ahogarla, en recompensa de sus sacrificios.

Todos conocieron y apreciaron la dignidad y el valor de aquella mujer, y la envidia comprendió que no se la podía herir impunemente; su ingrata amiga lamentó eternamente la pérdida de su amistad como una desgracia irremediable, conociendo que la herida que había abierto no tenía cura.

Si hubiera ido á casa de su amiga á llenarla de dicterios; si le hubiera escrito una carta insolente, ó bien si hubiera desaparecido de aquella casa sin volver mas, hubiera dejado al insulto y á la envidia triunfantes.

Su venganza fué digna y generosa, y elevó mucho más el pedestal de la consideración que se le profesaba.

V

La dureza es bastante común con los criados, y yo creo que es comprender muy poco sus intereses el regañar de continuo á las personas que están á nuestro servicio.

Una señora que reconviene á voces á sus criadas, se iguala con ellas, porque es sabido que esa clase de gentes sin educación hablan siempre en el diapasón más alto que pueden: además, los criados, cuando se ven ultrajados, ó lo están á su parecer, no escuchan en silencio las reconvenciones, altercan, olvidando todo respeto y toda consideración, y muchas veces se despiden por venganza y por el gusto de dejar al cuidado de la señora todos los pormenores del servicio doméstico.

Un poco de tolerancia en todas las cosas de la vida, un poco de paciencia y de abnegación, ó á lo menos de cortesía, nos evita muchas incomodidades, y aun á veces muy graves disgustos: la amistad, sobre todo, es un cambio recíproco de sacrificios de amor propio y de deferencias cariñosas.

Donde no hay tolerancia es imposible que haya amistad, y casi pudiera decirse lo mismo del amor: cada uno ha de disimular los defectos del otro para que á su vez le disimulen los suyos propios.

Muchas veces se ven reunidos en una misma persona grandes virtudes y grandes defectos; en estos casos, es lo más regular y positivo que las virtudes estén ocultas y los defectos en relieve; pero entonces es preciso buscar el grano de oro á través de la tosca tierra, y decir como el filósofo:

»El oro, aunque sea entre escombros, siempre es oro.»

Si se carece absolutamente de tolerancia, es preciso al menos aparentar que se tiene.

Nada ganaríamos con decir á nuestra mejor amiga:

—¡Que habladora es V.!... ó bien: ¡Cuánto me fastidian sus largas visitas! ¡Qué mal se peina! ¡Qué mal gusto tiene para vestir!

Estas imprudentes franquezas, esta expresión de la intolerancia, ofende siempre, hiere el amor propio del que antes es objeto de ella, y á veces convierte una amistad antigua y sincera en un odio mortal y eterno.



Núm. 9.
Vestido con cuerpo de blusa.

Fatalidad.

Despliega en mágico velo
la aurora el rubio cendal,
y, con el color del cielo,
va cruzando un arroyuelo
el campo primaveral.

El sol sus rayos dorados
filtra y deshace las brumas,
del agua, que en los sembrados
de la campiña y los prados,
rueda y tiende sus espumas!

Se baña en la luz del día,
y avanza hacia el horizonte
con rumorosa armonía,
y en las laderas del monte
lame la roca bravía!

En remansos tembladores
bulle, ríe, salta y besa
las corolas de las flores,
y la llanura atraviesa
sobre alfombras de colores.

Sin temor se precipita
de altivo peñón riscoso,
y encurva el dorso y se agita,
y, al rodar al cauce, grita
con estruendo fragoroso!

Salvada ya la pendiente,
entre breñas y junquillos
suelta su mansa corriente
lo mismo que una serpiente
que desata sus anillos!

Y canta al morir el día
y canta al sol que se hunde
con dulce melancolía,
hasta que la noche fría
todo lo esfuma y confunde!

Y prosigue su carrera
bajo del cielo sombrío
el agua lenta ó ligera....
y, cuando menos lo espera,
éntrase y muere en el río!



LA CASA.

I.

¡Dulce palabra, que consuela de todas las penas! Oasis de la vida, retiro santo de la mujer, albergue grato del hombre! ¡Cuánto debemos estimarte todos los que sabemos lo que es amar y sentir!

«¡Mi casa!» El que tiene siquiera con el pan diario, debe contar como la primera, como la más suave y grata de todas las felicidades, el poder pronunciar estas palabras.

La casa debe ser el santuario de la mujer y el sitio donde debe hallarse mejor que en otro alguno; y sin embargo, vemos mujeres que pasan su vida de fiesta en fiesta y que apenas entran en su hogar más que para comer y dormir.

Yo las compadezco profundamente, y siempre que las veo recuerdo una triste historia que voy á referir á mis lectoras.

II.

Una joven muy bonita y muy «á la moda», casó hará unos tres años con un hombre á quien amaba; era él inteligente, pero ambicioso, y conocía perfectamente la gran frivolidad de su mujer.

A los tres meses de haberse casado, la miraba como á uno de los hermosos cuadros que componen su soberbia galería de pinturas.

La esposa no disponía de los intereses de la casa, ni en la parte más pequeña; no salía casi nunca con su marido; cuando éste tenía «spleen», ó algún disgusto, se encerraba en su cuarto; cuando estaba alegre, se iba á comer con sus amigos; fuerza es decir que en cambio la dejaba salir siempre que quería, le daba la más amplia libertad, y no bien manifestaba deseo de poseer un traje nuevo, un aderezo, un rico encaje, lo tenía en su guardarropa ó en su joyero.

—¡Qué mujer tan feliz (decían sus amigas); en tanto que fué soltera se divirtió cuanto quiso: hizo un soberbio casamiento, y ahora vive como una reina!

Así juzga el mundo casi siempre.

La joven frívola y ligera, que sólo pensaba poco antes en teatros, bailes y paseos; la gentil amazona que recorría las alamedas de la fuente Castellana seguida de una nube de adoradores, había empezado á reflexionar en el aislamiento y soledad de su casa.

Su cabeza estaba vacía; pero su corazón, bueno y amante, comprendió que no ocupaba el sitio que era suyo, ni en su hogar, ni en el cariño y consideración de su marido.

No era su amiga ni su compañera; era «una cosa» bonita, á la que se cuidaba como á las porcelanas de sus consolas; era una figura mecánica, como el autómata jugador de ajedrez, que á gran precio había comprado su marido en Alemania.

III.

Un día, la pobre joven fué á buscar á su marido, y al ir á hablarle, prorrumpió en lágrimas.

-Qué tienes? (le preguntó aquél). Deseas un traje nuevo? Tendrás dos. Un nuevo carruaje? Lo estrenarás mañana.

—No, no deseo nada de eso! (exclamó la pobre esposa.) Lo que deseo es tu cariño!

—Qué motivos de queja tienes de mí?

—No soy tu amiga! Voy sola á todas partes! No me confías tus penas! No tengo en tu casa, en fin, el sitio que corresponde á tu esposa!

—Bah! (respondió el marido.) Guarda el sitio que tienes, pues no sabrías estar en otro.

—Pues qué! (exclamó ella exasperada); me niegas toda sensibilidad, toda inteligencia?

—Desde que te conocí te he visto bajo el aspecto más frívolo; no me casé contigo para que dividieses las penas y las fatigas de la vida, sino porque eras bonita y quería verte siempre.

—Ah! (exclamó la joven, levantando su rostro pálido de dolor y de cólera.) Yo soy una cosa bonita que compraste, pero tu amor y todo tu tiempo lo das á otra mujer! Sé tus indignos devaneos, y no he de callar más tiempo!

El silencio sucedió á estas palabras.

—No quiero negarte lo que ya sabes (repuso el marido, después de algunos instantes); pero consuélate: esa mujer es tan fea como bella eres tú, y además te lleva algunos años.

—Qué te cautiva entonces en ella?

—Su elevada inteligencia, su conversación encantadora, su profunda sensibilidad; cosas son éstas que jamás he pensado hallar en ti; la intimidad del alma, las simpatía de las ideas con otro ser, constituyen una necesidad irresistible para el hombre, y el que halla vacío y frío su hogar, va á sentarse en otro, donde encuentra lo que en el suyo le falta.

Desde aquel día la joven esposa quiso probar á su marido que podía partir con él el peso de la existencia. Dedicóse á embellecer su casa, y retirada en ella, cambió del todo su método de vida; leía, se perfeccionaba en la música, se acostumbraba á pensar, y fué, en fin, «un alma» que halló el camino de la de su marido, del cual prevenía todos los deseos.

La maternidad vino á estrechar sus lazos, porque Dios, todo bondad y misericordia, deja siempre un rayo de consuelo, aun en medio del mayor dolor.

Su marido ha llegado á entender que tiene en su casa algo más que un mueble como los otros; él también se ha aficionado á las tranquilas dulzuras del hogar desde que, en vez de hallarlo solitario, lo encuentra guardado por su bella esposa; y él, que con tan ruda franqueza le habló, encuentra ahora un placer infinito en alumbrar con los rayos de su propio talento esa inteligencia, ofuscada por las nieblas de la materialista y frívola sociedad.

Ya es la amiga, la compañera y el único amor del hombre á quien unió su destino, que es la mayor y quizá la única felicidad positiva de la mujer que ha nacido con un corazón bueno y sensible.

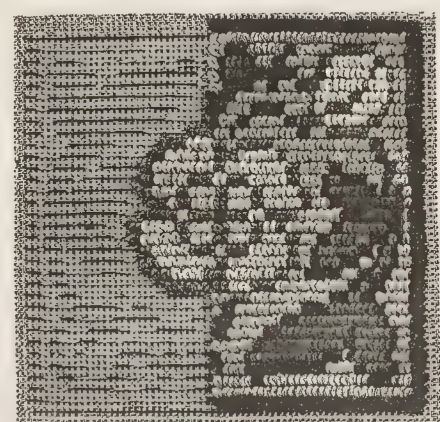
IV.

La casa! El hogar!

Dónde se descansa mejor, dónde se halla mayor satisfacción y un bienestar más dulce?

Id á las fiestas más espléndidas del mundo, y será raro el que no volváis á vuestra casa con el cuerpo y el espíritu igualmente fatigados; pero en la dulce tranquilidad de vuestra casa, jamás estaréis solos: los muebles, los libros, el piano, el periódico que os trae las más lindas novedades de la moda, el pajarito que canta en su jaula, el ramo que os da su perfume, todos estos objetos os parecen, y con razón, otros tantos amigos que os sonríen y os aman: allí no hay decepciones, allí no hay envidia ni maledicencia; allí todo es paz, calma, armonía y


Núm. 11.
Tres modelos para tapetes. Bordados al punto, labor de encaje irlandés y labor sobre red, respectivamente.


Núm. 12.
Modelo para cojín. (bordado del tamaño natural.)


Núm. 13.
Bordado "dschowa"


Núm. 14.
Bordado para cojín.



Núm. 15.
Chaqueta ceñida con cuello de hombreras.

reposo; allí, desde la sagrada imagen que escucha vuestros ruegos, hasta las macetas de vuestro balcón, todo os es querido, como queremos cuanto vive de nuestros cuidados.

La mujer que no se halla bien «en su casa», será en vano que busque la dicha en el ruido y las fiestas; porque en el mundo y entre su más espléndido bullicio, el alma huérfana está tan aislada como en las más vastas soledades, como en los más espantosos desiertos.

La Madre.

ARTICULO PRIMERO.

> Si deséis hallar en la tierra algo que dé idea de la perfección divina, buscadlo en la madre.
>
> [Ferriz Villeda.]

I.

Empiezo estos modestos estudios de los tipos femeninos por el que me parece más grande, el más sublime de todos, por el que creo es la base de la familia, así como la familia es la base de la sociedad.

La madre es á mis ojos la figura más grande, más noble y más hermosa de la creación; ella es la que anima, la que sostiene, la que consuela, la que sobre todo ama y perdona, que es la sublime misión de la mujer.

Puede el hombre atravesar por los huracanes de la vida: puede sufrir el choque de las pasiones y ser amargado por los desengaños; puede combatir cuerpo á cuerpo con los mayores peligros; puede ser extraviado por sus malas pasiones, y pervertido con el contacto del mundo; pero jamás se borrarán de su alma las primeras ideas, cuyo germen ha depositado en ella la mano piadosa de su buena madre.

De los pobres seres que no la tienen han salido siempre los grandes criminales y esos monstruos de maldad, horror de la naturaleza.

Y decimos de los hijos sin madre en absoluto, porque puede estarse sin madre, así moral como materialmente, pues hay mujeres que no merecen este nombre sagrado, aunque hayan dado á luz numerosos hijos.

Pero los ejemplos de madres desnaturalizadas son raros, y en cambio la historia nos los ofrece repetidísimos de heroísmo materno.

II

La primera figura que se ofrece á nuestras miradas al empezar á distinguir los objetos, es la de nuestra madre, que se apoya en nuestra cuna y espía nuestra primera sonrisa.

Crecemos, y nuestra inteligencia se va desenvolviendo, mirándola velar nuestro sueño, escuchando el dulce cantar con que le arrulla, sintiendo en nuestra frente el dulce calor de sus besos.

Feliz la que ha conocido joven aún y hermosa á su madre!

La imagen que guarda de ella en su corazón reúne la perfección física á la moral, y cualesquiera que sean las pruebas por que pase, halla su refugio en aquel recuerdo incomparable.

Pero cuándo puede una madre dejar de ser bella?

Jamás!

Ora la veamos con los cabellos blancos, ya estén vestidos con el matiz de oro ó de ébano de la juventud, la madre está siempre rodeada de una aureola de belleza y de poesía.

La amistad, el amor mismo, nos engañan muchas veces; el amor paternal es también capaz de flaqueza y de olvido; sólo el amor de la madre es infinito, como la clemencia celeste.

Una madre es la figura más notable y más poética que la humanidad nos presenta.

María, Madre de Dios, es la personificación del amor tierno y sublime, que llega hasta la heroicidad.

La Virgen de Judá no es más que madre desde el instante en que el ángel le anuncia que ha concebido; su pensamiento, su corazón, su alma entera está unida á su adorado Hijo: en él piensa á todas horas, y desde el día que le da á luz, se consagra única y exclusivamente al cuidado de su infancia: síguele en su vida errante y trabajosa; oye su divina palabra confundida entre las gentes del pueblo, y llora y siente, conmovida hondamente por el raudal de sabiduría que brota de los labios de aquel hombre, el más grande que ha nacido del seno de una mujer.

El suyo se enorgullece de haber abrigado á Jesús: su corazón palpita acelerado, sus mejillas se ponen encendidas, sus ojos están húmedos y brillantes: la Virgen divina deja el lugar á la Madre, que siente con su Hijo, que se arrebata al oirle de amor y de entusiasmo.

Síguele más tarde en todo el curso de su dolorosa pasión, y le acompaña durante su prolongado martirio.

Qué dolores son comparables á los que sufre aquella Madre, la más amorosa y tierna de cuantas han existido? Qué tormentos pueden igualarse á los suyos?

La muerte es mil veces más dulce que aquella agonía prolongada, amarga, lenta, fría, por decirlo así, pues no tenía ni podía hallar consuelo en lo humano!

Vedla después, sentada al pie de la cruz, sin lágrimas, y contraídas sus facciones por aquel mortal dolor, que despedaza su corazón. ¿Cómo aquella bella y delicada naturaleza supo soportar tan acerbo martirio? Sólo porque su mismo Hijo la impuso la vida, haciéndola la Madre de todos los hombres en la persona del discípulo amado.

—He aquí á tu Madre!—dijo al Apóstol.

—He aquí á tu Hijo! añadió dirigiéndose á María.

De esta suerte dió á la humanidad entera el santo escudo del amor maternal.



Núm. 16.
Delantal de reforma con cuello de tirantes.



Núm. 17.
Traje estilo sastre, con sesgos de vivos

Núm. 18.
Vestido con cuello-hombreras, para señoras de edad.

III

Cuán sublime es la misión de la madre!

Ella es la que lleva el peso de todos los cuidados de la casa; ella la que medita, la que se desvela para que cada uno de sus hijos halle el bienestar, según su carácter y sus aspiraciones.

Aunque se halle dotada del organismo más exquisito y más poético, toma para sí las mil pequeñeces materiales que fatigan su espíritu, y que la hacen vegetar en las heladas regiones del positivismo; y como descanso de sus continuas fatigas, se refugia en la religión, para orar, antes que por ella, por sus hijos, que son la parte más querida de sí misma.

No es al padre á quien se confían los sueños dolorosos, que á veces nos asombran, las ilusiones de un amor naciente, y las aspiraciones de gloria que, al dar los primeros pasos en la senda de la juventud, se agitan en nuestro cerebro; ¡es á la madre!; porque la madre, aún más que aconsejar, adivina, consuela, comparte nuestras esperanzas y llora nuestras decepciones.

Si por acaso la inteligencia de la madre no está al nivel de la de su hijo, siempre hay en ella bastante abnegación para comprenderlo así, y siempre halla recursos en su imaginación para analizar y dirigir el pensamiento de su hijo.

Y si la madre posee elevado talento, cuánto más grande es su sacrificio!

A la vez que madre, es mujer, es decir, un ser sujeto á sueños é ilusiones; un ser apasionado, sobre el cual ejercen una poderosa influencia los objetos exteriores, y que por lo mismo experimenta muchas veces una vaga tristeza, y cede con frecuencia á un profundo desaliento, que disimula heroicamente para animar y consolar á sus hijos.

Cuántas veces la madre tiene que combatir con su esposo, empeñado en contrariar la vocación de su hijo, acerca de la carrera que ha de seguir, ó la inclinación amorosa de una hija!

Cómo suplica entonces!

Cómo emplea la doble elocuencia de su corazón y de su talento!

Qué inagotable es el manantial de su llanto!

Qué irresistibles argumentos halla!

Feliz aquel que ha hallado una madre inteligente y tierna apoyada en su cuna!

Feliz quien se apoya en este amor, el más santo, el más sublime de todos!

Ginés.

I

Trovando trovas muy dulces,
al pie de la celosía
de un vetusto torreón
que un antiguo hidalgo habita,
y con él un escudero
y una hermosísima hija
que tiene á su rodrigón
y á una dueña, que la guían;
envuelta en su capa, negra
como su propia desdicha,
con un laúd que le asiste,
Ginés Quirós de la Prida
se pasa las horas altas
de la noche; azul y límpida
unas veces, y otras veces
húmeda, lóbrega y fría!

Y allí de Ginés muy cerca,
un río arrastra sus linfas,
ya mansas y transparentes,
ya revueltas y sombrías.

II

Siempre la letra es muy triste
y más triste y más sentida
la que del laúd se escapa
melancólica armonía!
Acaso de boca en boca,
ó en un pergamino escrita,
llegó de antaño á la fecha
una trova, en seguidillas!
Que el autor de este romance
en él incrusta y consigna,
para que, acaso, unos labios
de ardiente coral repitan:

«Abre, Regina, reina
de la hermosura,
tu reja al desamparo
de mi fortuna!
¡Fortuna ingrata
que de mi amor se roba
las esperanzas!

Cuatro palabras sólo
decirte ansío,
Cuatro palabras, dueño
de mis delirios....
Con doas bstaar,
si te parecen mucho
cuatro palabras!

—

Correr estoy mirando
la agua del río;
parece que me llama
con un gemido
que yo creería,
algunas veces, eco
de la otra vida!
¿Sabes? bajo esas hondas,
claras y puras,
puede también abrirse
la sepultura....
Oye: me llama
alguien, con un gemido,
bajo del agua!....»

III

Así cantaba Ginés,
y su canto parecía
como el ternísimo canto
de una eterna despedida....
Alguno, dicen, que vió
(pues siempre hay alguien que mira)
que una sombra se acercaba,
hasta la muda rejilla
de aquella inviolable y alta
misteriosa celosía,
aun más misteriosa que ella,
la gentil silueta erguida
de una dama.. ¡tal vez ella!
acaso su amor... ¡Regina!—
Pasó un instante, mortal;
eterno instante: una vida!
Sonó de nuevo el laúd,
muy más triste todavía...

También de nuevo se oyeron
unas trovas....armonías
que en el corazón vibraban
destrozándole sus fibras.

«No importa que á mi cuerpo
sepulte el agua,
antes ya sepultaron
mi amor las lágrimas..
No importa, si antes
mi pecho fué sepulcro
de otro cadáver!
Adiós, prenda adorada
del alma mía;
adiós....pues no me quieres,
sobre la vida!
Adiós.... ¡Me llama
con sus suspiros hondos,
gimiendo, el agua!

IV

«El agua» repite el eco
fugaz de la errante brisa......
¡y se oye un grito y se abre
crujiendo la celosía!
Un rayo de luna alumbra
la hermosa faz de Regina,
pálida como la imagen
de una virgen que agoniza!
Tras ella y tal como suele
el genio de la desdicha,
viejo rodrigón asoma
la cabeza calva y rígida.
—Corre, Mondragón, murmura
desesperada Regina:
corre que tras de la puente
donde las aguas bravías
van á estrellarse, flotando,
negro bulto se divisa!
¡Es él, es él..! Y la dama
siente que apenas palpita
el corazón desmayado
dentro de su cárcel fría!

V

¡La negra capa no más
y el roto laúd! La límpida
corriente, llevóse el resto
entre sus ondas sombrías!

J. P. y Contreras.

Núm. 19.
Traje de falda corta y guarniciones de piel.

Núm. 20
Blusa con cierre al ... necida con sesgos.

Núm. 21
... con guarniciones de cinta y ... encajes.



Núm. 22.

Flor tallada sobre piel

Don Jaime.

I

La lámpara de la noche
brilla en la celeste altura,
y la casa de Don Jaime
con su blanca luz alumbra.
Se abre un postigo, los pasos
de un galán lentos se escuchan,
y á poco al pie de la reja
dos almas amor se juran!

II

Don Jaime vive en su casa
encerrado y con él tiene
á Geroncio su escudero,
y á su joven hija Irene.
Don Jaime está paralítico
hace ya cuarenta meses,
y en una enorme poltrona
mal apenas se sostiene....
Don Juan, gallardo y gentil,
está de Don Jaime enfrente,
y el respeto y el temor
en estatua lo convierten.
—Os he mandado llamar
(dice Don Jaime con breve
acento que de hosca fiera
ronco rugido parece)
para deciros que en vano
pretendéis á Doña Irene,
y si es que insistís en ello,
tendré que daros la muerte!
—A mí....
—Por mi propia mano
aunque me véais sin moverme.
—Señor.
—Idos ¡y al infierno,
el mismo demonio os lleve!

III

Es Don Juan noble y sincero
y ni él ni la hermosa pueden
prescindir de aquel amor
que en sus llamas los envuelve.
Sólo de esperanzas viven
y de desengaños mueren,
que si los mima el destino,
la fatalidad los hiere.

IV

—Mató su padre á mi padre,
á la mala dióle muerte,
y una vil sangre y la tuya
jamás de mezclarse tienen!
-Padre, la calumnia....
—Calla!
que jamás mis labios mienten.
—Padre....
Y haré que los tuyos
con un candado se cierren!

La desdichada doncella
dobla en silencio la frente;
Geroncio calla y Don Jaime
trémulo sus labios mueve.
Así se están largo plazo;
de pronto suenan las nueve,
Doña Irene se levanta
y Don Jaime se estremece.
—Con vuestra venia, señor,
ella exclama y partir quiere...
pero Don Jaime le grita:
—Yo mando que aquí te quedes!
Geroncio! Aquí me la guardas,
que los dos aquí me esperen!»
Y buscó sitio Geroncio
al lado de Doña Irene.

Toma Don Jaime su espada,
la asegura entre los dientes,
y arrastrándose en la alfombra
como una herida serpiente,
se dirige hacia la alcoba
de su hija infeliz, que tiene
bañado en llanto copioso
ambas mejillas de nieve!

V

La lámpara de la noche
brilla en la celesta altura,
y la casa de Don Jaime
con su blanca luz alumbra.
Se abre un postigo, los pasos
de un galán, lentos se escuchan;
y á poco, por la ancha reja,
rápida asoma la punta
de un acero, y de Don Juan
en el pecho se sepulta!

San Luis Potosí, S. L. P., Mayo 15.—Espontáneamente declara el Dr. Luis L. Cordero lo siguiente:

«En mi práctica bastante larga como médico de cárceles, de hospitales y de operarios, además de práctica general, me he visto precisado á recurrir á medicinas que agregadas á su buena ..po con ..uede ser excción correspondie..á las pasi.. indicaciones del caso. Nada he encontrado mejor como la Emulsión de Scott para los convalecientes, raquitismo, estrumosos y personas débiles en general. Le doy la preferencia también á la Emulsión de Scott, porque conocidos sus componentes, se sabe de qué recursos nos valemos en circunstancias dadas. Felicito por su buen «modus faciente» á los fabricantes y agradezco á los inventores de la Emulsión de Scott el gran recurso que nos prestan con tan excelente medicina.

AL MAR

Otra vez aquí estoy, mar,
mirando en la playa á solas,
cómo tus soberbias olas
vienen mi planta á besar.

Largo tiempo, absorto y mudo
así te quisiera ver;
pero te vine á traer
nada más que mi saludo!

Ni aun vine sólo por mí,
á embelesarme en tus glorias;
traigo unas tristes memorias
y un recuerdo para tí.

Que ella, con esa intención,
me ha dado por un momento,
prestado su pensamiento,
prestado su corazón.

Porque te sueña y te llama,
cuando entre sueños te mira,
porque como yo te admira,
porque como yo te ama.

Yo te amo, mar, porque pienso
que son tus luchas perennes,
y un dique como el que tienes
tiene mi espíritu inmenso!

Porque te ví desde niño,
bregando con tus cadenas,
profundo como mis penas,
grande como mi cariño!

Porque guardas tu tesoro
de tu seno en lo más hondo,
como yo guardo en el fondo
de mi pecho lo que adoro!

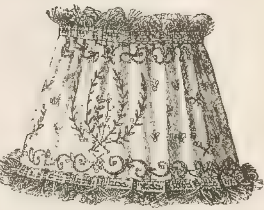
Porque tus esfuerzos vanos
por tener más libertades,
son como las tempestades
de los cerebros humanos.

Que iguales son si desmayas
ó vigor violento empleas,
en los cráneos las ideas
y las olas en las playas!

Largo tiempo, absorto y mudo
así te quisiera ver;
pero te vine á traer
nada más que mi saludo!

Adiós! Las horas ligeras
se van y el tiempo las gasta...
¡Con una mirada basta
cuando se quiere de veras!

J. PEÓN Y CONTRERAS.



Núm. 23.

Otra pantalla bordada con oro y lentejuelas.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. . . . .$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas 9,829 oro
Otra póliza de seguro. . . 14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos. . . . . 37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo: á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela ',Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



1.—Elegante traje de reunión con incrustaciones de encaje.
2.—Vestido para soirée, estilo "reforma."
3.—Otro traje de reunión con volantes de punta.

Explicación de nuestros grabados.

Si alguno de nuestros grabados no lleva explicación, se debe esto á que en números anteriores hemos publicado trajes semejantes, con explicaciones detalladas. Como lentamente cambian las modas de una á otra estación del año, sólo explicaremos, con todo género de detalles, los figurines modernos.

Una vez más recomendamos á nuestras lectoras la presente «Sección de Modas» publicada de acuerdo á los últimos adelantos europeos de la indumentaria femenina.

Número 4. Si este vestido con guarnición de vivos y falda corta se quiere que resulte muy elegante, debe escojerse una tela muy fina, pero al mismo tiempo de muy buen tejido, tales como paño ó cachemir. Al confeccionar los vivos hay que tener cuidado en que terminen en punta para que no se confundan con pliegues. El peto, cuello derecho y tiras de la manga, son en el modelo de paño gris azulado, en los que se bordan con bonitos dibujos, seda azul clara, fresa blanca y negra, con un poco de oro y de canutillo. La falda acampanada se guarnece por los grupos de vivos que suben y bajan. El cinturón que se lleva con este traje es muy estrecho y también lleva adornos de vivos.

Número 5. El modelo es de cheviot azul obscuro y las «bombas» son de muy buen efecto y fáciles de confeccionar. El cuello recto con cierre posterior es de guipur de red amarillenta, sobre tafetán blanco. Delante y encima, hasta la altura del pecho, hay una cinta y botoncitos de oro. La ropa del cuerpo va disperza en dos pliegues en el centro y en la derecha se cose al canesú. El cinturón que se lleva está formado de una cinta sesgada de terciopelo negro. Tres triángulos de bombas hay en el delantero, y en la parte posterior únicamente tres hileras.

Número 6. En el traje que representa este grabado, se reemplaza para la estación de verano, el ancho cuello de pieles por otro de seda ó de muselina de seda, con largas caídas. En el modelo, el sombrero y manguito son también de piel de Persia. Para el manguito de primavera se corta por separado cada una de las dos piezas que lo componen de gasa doble y forro de seda. El sombrero redondo y levantado á los lados, se confecciona con piel, cinta verde clara, se enlaza la guarnición y se cubre la juntura de las dos alas de ave. Por detrás, el sombrero está inclinado hacia abajo y lleva un gran lazo colgante de terciopelo.

Número 7. Este vestido, con guarniciones y banda, es de tela de Panamá azul obscura, y va adornado con galones de lana color azul rojizo y cachemir encarnado con franja azulada del mismo color. Un pliegue alto completa la tabla-campana posterior de la falda y un sesgo ancho cubre la costura. El cierre se puede colocar detrás bajo los pliegues planos, á un lado ó delante con botones de presión. La costura izquierda se cubre con galones. El delantero izquierdo queda liso y al derecho se cosen cuatro grupos de dobladillo. La botonadura de uno de los lados se cubre con guarnición de galones. El cinturón se reemplaza por la banda suelta, la cual se anuda hacia adelante y en la izquierda por medio de un gracioso lazo. Puede adornarse el traje y obtener con ello un lindo efecto, con cordoncillo de seda, encarnado.

Número 8. Este traje de paseo, con chaqueta ceñida y falda de pliegues, puede usarse como el modelo ó pueden hacerse la blusa y la falda de la misma tela ó de tela diferente. En el grabado se comprende que ambas cosas son de la misma tela por el cuello y mangas de la blusa hechos del mismo género que la falda, á cuadros azules y verdes. La chaqueta se cierra por medio de una doble hilera de botonadura. Todos los bordes se pespunteân muy cerca del principal y á un centímetro de distancia. El borde inferior de la manga se refuerza con lino. Aconsejamos á nuestras lectoras que se fijen en la moderna disposición que forman los grupos de pliegues, en la falda. Si el vestido se hace con tela fuerte, puede no forrarse, pero si es de tela ligera, es indispensable un fondo de forro con plegadillo añadido.

Número 9. El grabado representa una blusa con medallones de encaje hecha de seda color raso viejo y adornada con medallones de encaje amarillento, lentejuelas de plata, muselina de seda del mismo color y una angosta cinta de terciopelo negro. El cierre del talle se cubre con un peto formado de tiras asesgadas dobles de muselina de seda sobre un viso de tafetán blanco. Unos pequeños cuadros de terciopelo se colocan en el borde del talle y cuatro cintas de terciopelo acompañan la guarnición de sesgos. Un cinturóa de seda cubre las junturas de la blusa, y la falda y el cinturón se hace terminar por un gracioso lazo.

Número 10. Esta blusa con bordado de lentejuelas es de tul de seda blanca, y en las costuras del hombro se hace lucir un sembrado de lentejuelas de oro y plata, redondas y puntiagudas, entremezcladas con lentejuelas de nácar, redondeles de oro y piedras azules. Algunas perlas adornan los sesgos de terciopelo de color en el cuello, que es recto y en las tiras de la manga. Esta blusa se forra y se abotona por delante bajo los pliegues del cierre.

Número 11. Esta blusa de pliegues anchos se hace de una tela semejante á la franela, pero que tiene un lustre igual á la seda chiné. No lleva forros. El cuello recto y las tiras de las mangas son de cinta maravillosa color verde claro, que también se adorna con un pequeño galoncito. En la espalda se disponen dos pliegues encontrados que parten de los hombros. El cierre de la blusa se forma con botones de presión.

Número 12. Esta blusa con guarniciones de entredós se confecciona con seda blanca «Liberty» cortada al bolillo bajo los entredoses. El cuello recto y los puños son de muselina de seda cosida en dobladillos. Antes de cortar la blusa es conveniente marcar las líneas de los entredoses en un fondo de papel. En el dorso se disponen los entredoses de la misma manera que en el delantero. El cuello recto, con cierre posterior, se adorna también con entredoses.

Número 13. Este visillo para balcones bordado en punto se hace de manera que el dibujo se entreteja entre la tela «Aida» sobre la que está hecho el modelo. En el fondo se deja lucir el color crudo del lino. Las hojas, tallos y contornos de las flores, son verdes, y de diversos color es el fondo y dibujo de la cenefa.

Número 18. Este refajo es de damasco de seda y los volantes, tanto exterior, como interior, de tafetán con guarniciones de cinta de terciopelo. El volante se cose en forma de vivos, y la cinta de terciopelo que acompaña el borde inferior guarnece los intervalos entre los vivos y cubre la juntura de los dos volantes.

Número 24. Este abrigo escolar también puede usarse como capa de noche. Este abrigo se confecciona con paño fuerte de colores azul ó rojo, muy obscuros, con forro ó sin él, excepto la capucha, que siempre se forra con seda de diverso color al paño. Las líneas de pespuntes que llêvan los bordes, tienen entre sí un centímetro de distancia. La capucha se une al escote, el cual se rodea con un cuello vuelto de género doble, sobre bucarán.

Número 25. En el modelo del cofre las talladuras del dibujo representan hojas de encino y bellotas. En las paredes cortas y laterales sólo se tallan las cenefas y esquinas, pero no los ornatos del centro. La cenefa de la tapa principia á dos centímetros de distancia del borde. El centro de la tapa se cubre con paño alcochonado, sujeto por pequeñas tachuelas doradas. El dibujo se delinea primero en la madera, después se tallan los contornos, y, finalmente se ejecutan las ramificaciones de las hojas. Todos los bordes se redondean y al último se encera perfectamente la tabla.

La Madre.

Artículo segundo.

II

La historia de Roma nos presenta, en medio de sus escándalos, el más sublime ejemplo de amor maternal que puede encontrarse.



4.—Vestido con guarnición de vivos y falda corta.

5.—Vestido con "bombas" de seda.

Agripina «la Grande,» la esposa de Germánico, fué desterrada, después de su viudez, con sus hijos, á la isla Pandataria (hoy de Santa María), por su tío, el cruel emperador Tiberio.

Demasiado sabía la desgraciada princesa que no era á sus hijos á quien más odio profesaba el Emperador; era á ella á quien aborrecía; á ella, nieta del divino Augusto, esposa del Gran Germánico, y adorada del pueblo romano y de las legiones, que por sí misma había conducido tantas veces á la victoria, acompañando á su esposo para alentar al ejército.

Y no era su destierro, ni su desgracia, ni su pobreza, lo que deploraba, sino la suerte de sus hijos, condenados por ella á todos los dolores, á todas las humillaciones, y privados de su rango y de sus bienes; por esto desde el instante en que salió de Roma, en la obscuridad de una tempestuosa noche, sólo pudo emplear su pensamiento en combinar los medios de salvar á sus hijos de aquella inmensa desgracia.

Tristemente sentada en una pobre barquilla, atravesaba el Tíber, envuelta en su manto y rodeada de sus hijos, abrigando á unos contra su seno, cubriendo á otros con su velo, y sosteniendo en sus hombros las bellas cabezas de sus hijas Julia y Drusila, niñas aún, pero que ya prometían todas las gracias de una bella adolescencia.

¿Qué haré?—se preguntaba la infeliz princesa, con esa voz del alma que no sube á los labios, pero que es tan desolada, tan triste y tan profunda. ¿Qué haré para salvar á mis hijos?

Y la misma voz le respondía:

—¡Morir!

Repitiéndose sin cesar la terrible pregunta y la aterradora respuesta, llegaron al destierro, y entonces se apoderó más que nunca de Agripina el deseo de morir, para recomendar á sus hijos á la clemencia del Emperador.

Pronto pudo ponerlo por obra: empezó diciendo á sus hijos que quería comer sola, y arrojaba al río, que corría bajo su ventana, el alimento que sus esclavas le servían.

Bien hubiera querido ella precipitarse en aquel mismo río; mas pensaba en la dolorosa sorpresa de sus hijos cuando se hallara su cadáver arrojado á la orilla por las turbias ondas, y desistió de la idea de buscar una muerte pronta; la del veneno, la del puñal, tenían las mismas dificultades, y optó por la más dolorosa para ella, ansiando, ante todo, no herir con una funesta sorpresa á los seres que amaba con tanto delirio.

Optó, pues, por la muerte de «ham-



6.—Manguito y boa de pieles, con cuello-hombrera.

7.—Vestido con guarniciones y banda y sombrero con plumas de avestruz.

8.—Traje de paseo. Chaqueta ceñida y falda de pliegues.

bre,» la más lenta, la más dolorosa de las muertes; pero la única también que podía engañar á sus hijos.

¿Puede encontrarse un ejemplo más heroico de abnegación maternal?

Algunos días pasaron; la madre recibía siempre á sus hijos á media luz, y con la sonrisa en los labios.

Un día se la hallaron muerta en su lecho; á su lado había un pergamino, que contenía estas palabras, escritas con mano trémula:

«¡Hijos míos, no existiendo yo, volveréis á Roma y al lado del Emperador.... Adiós, y perdonadme si os dejo!»

El médico, llamado para que examinase el cadáver, declaró que Agripina se había dejado morir de hambre; y sobre los restos de aquella madre heroica hizo Calígula, el mayor de sus hijos, el juramento de aquella venganza que se cumplió, y que asombró á toda la tierra.

Aquel rasgo de amor maternal ha vivido como ejemplo sublime á través de los siglos; y, sin embargo, yo creo que en nuestros días hay muchas madres capaces de hacer lo mismo que la ilustre matrona romana.

II

Hay en la madre tal abnegación, tanta ternura, tan natural inclinación al sacrificio, que nada le cuesta exponer y aun dar la vida por sus hijos.

En mi concepto, el sacrificio moral de la madre es más meritorio y más sublime que el material que hizo Agripina; la influencia de aquélla en la familia es hoy de la más alta importancia, y crecerá aún cuando se eduque á la mujer con más esmero y cuidado del que se ha empleado hasta el día.

Una madre puede hacer de su hijo lo que quiera; y este axioma, que puede afirmarse como una verdad, le vemos comprobado en dos hombres eminentes, contemporáneo el uno, y el otro nacido en época no remota.

Alfonso de Lamartine debe á su madre, si no su talento, el rápido desarrollo del mismo, y el carácter noble y elevado que este mismo talento tomó; aquella madre bella, poética, entusiasta, tierna y melancólica, modeló á su imagen el alma de su hijo, ó más bien el alma del poeta; era, en las manos de su madre, un instrumento sonoro, del que sacaba celestiales melodías.

Ya en la ancianidad, el poeta se acuerda todavía con ternura de aquella madre, que, vástago de una de las más ilustres familias de Francia, se encerró con su esposo, sus hijos y su libro de oraciones en una pobre casa, antigua y desmantelada, donde todo su recreo consistía en mirar el cielo á través de los viejos árboles y enseñar á su Alfonso á pensar y á sentir.

Bien se conoce en los escritos del poeta que el talento de una mujer hizo brotar y dirigió sus primeras impresiones: de ahí proceden esa melancolía que resalta en ellos, esa dulzura en los giros, esa belleza en las imágenes, esa inquebrantable fe religiosa, esa exquisita elegancia, esa poesía inagotable, que se advierten en todas las obras de Lamartine; sus detractores dicen que su pluma es «un tanto femenina,» y tienen razón: ése es el más alto elogio que se puede hacer de su madre.

Cuando el poeta, hombre ya, deja, para ir en busca de la fortuna, el dulce abrigo del ala maternal, aquel cariño tierno é inteligente le sigue por todas partes; excusa sus errores, le socorre secretamente en sus locos gastos; y cuando llega la hora del amor para Alfonso de Lamartine, la dulce madre comparte con el corazón de su hijo, no sólo todas las penas, sino todas las punzantes emociones de una pasión, acaso culpable, pero verdadera y profunda.

III

En todos los escritos de Lamartine reside el alma grande, bella, piadosa, tierna y apasionada de su madre: si todos los hombres tuviesen una madre como aquélla, habría también más nombres gloriosos en el mundo, y las malas pasiones no tendrían tanto imperio.

Como se ve, no quiero hablar aquí del amor ciego é ininteligente de la madre, que sólo alcanza á desear una absoluta dominación sobre sus hijos, y que, más que abrirles el camino de la vida y de la inteligencia, se los obstruye todos. Hablo del amor á la vez inteligente y apasionado, como del bello ideal del cariño materno; pero aun aquél es á mis ojos respetable, pues si en sus manifestaciones es errado, en el fondo es grande y lleno de abnegación.

En el artículo siguiente hablaré de la triste influencia que su madre ha tenido en el destino de otro hombre ilustre, y á la vez muy desventurado.

Cuando digo «hasta mañana»
y me dicen: «si Dios quiere»
me voy muy triste pensando,
un largo rato, en la muerte!

Si en mis ojos no has leído
lo que te callan mis labios,
entonces estoy perdido!



9.—Blusa con guarniciones de encaje.

10.—Blusa de tul bordada con lentejuela.

11.—Blusa de anchos pliegues.

LA HIJA.

ARTICULO PRIMERO.

¿Qué es una hija? Cuando su educación y sus propias inclinaciones la hacen buena, es la alegría de la casa, el ángel consolador de sus padres, la aurora del cielo doméstico, el rayo de sol que todo lo ilumina, lo dora y embellece!

(De un libro inédito.)

I.

Con verdadero placer voy á tratar de describir este tipo, el más bello, el más poético, el más risueño, el más inocente. En la madre todo me parece grande, casi augusto, hasta sus mismos errores: en la hija todo lo veo dulce, suave, tierno y simpático.

«Madre» es, á mi entender, sinónimo de sacrificio, de abnegación, de virtud y de nobleza.

«Hija», es emblema de tierno afecto, de alegría, de encanto y de gracias.

Verdad es que para la que esto escribe, la infancia y la juventud tienen tal atracción y tanta poesía, que los niños le parecen siempre adorables, y las jóvenes le son siempre queridas.

Lo duro de la condición varonil choca acaso con su delicado y susceptible orgullo de mujer; pero las mujeres y los niños han obtenido siempre su más tierno afecto; las primeras, porque comprende las desdichas de su condición; los segundos, por su inocencia y debilidad.

Muchas veces, en el interior de una familia dividida por discordias, he admirado el poder y el prestigio de la hija de la casa; ella era la que mediaba entre su padre y un hermano inaplicado ó rebelde; ella la que consolaba á su madre, afligida por las diferencias entre el hijo y el esposo; ella la que hablaba y reía cuando guardaban todos un sombrío silencio; ella la que animaba, la que hacía olvidar, á lo menos por el momento. La hija era el rayo de blanca luna que corría el negro nublado del cielo doméstico.

Uno de los hermanos le pedía su intercesión para que le dejasen ir al teatro; otro la ponía de mediadora para que su madre le diese una corta cantidad de dinero; una hermanita pequeña le suplicaba le alcanzase la concesión de su sombrero de moda nueva, y hasta el que estaba en mantillas quería ir á sus brazos para que lo llevase á ver la luz del quinqué, hacia la que tendía sus manecitas con esa afición á todo lo que brilla, que ya se demuestra desde la cuna.

La hermana lograba todo para todos, y luego cada uno le pagaba su dulce intercesión con muchas caricias y besos.

II.

La casa sin hija es como huerto sin sol. Cuando en una familia se ha pasado ya del descontento á una guerra sorda y cruel; cuando han surgido entre el padre y la madre diferencias imposibles de vencer; cuando, en fin, arde en la casa la tea de la discordia, sólo la rosada é inocente boca de una hija la puede apagar.

Los hijos, por mucho talento que tengan, no lo conseguirán jamás, porque es preciso el delicado instinto, el fino tacto y toda la gracia y poesía de «la joven», para apagar la sangre humeante que brota de las llagas del corazón y del amor propio, cuando se creen ultrajados.

¡Feliz el matrimonio donde hay una hija dulce, sensible, afectuosa; una hija que piense, y sobre todo «que sienta»! ¡Jamás llegarán á envenenarse las querellas! ¡Jamás dividirá á los consortes el abismo!

Si la madre es la firme base y la fuerte columna en que descansa la familia, la hija es el ángel custodio que la cubre con sus alas.

Coronemos á la madre de mirto y de laurel, y á la hija de rosas y azucenas.

III.

Pocos días hace que una amiga mía, que acaba de casarse, me enseñaba una carta de sus padres.

Mira (me decía, en tanto que gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas); mira lo que me escriben.

La carta empezaba así, y era la madre la que hablaba por los dos:

«Desde que has salido de casa, hija mía, todo se halla mudo y sombrío para nosotros; en medio de los cuidados materiales que agobian á tu padre: en medio de los dolores de mi siempre débil salud, tu sola vista nos daba la felicidad.

»Cuando mirábamos tu cabecita rubia, nos creíamos en la primavera de la vida, porque los rayos de juventud que la alumbraban reanimaban nuestros corazones.

»Cuando veíamos tus dulces y límpidos ojos, la dicha nos sonreía en ellos, y pensábamos que nunca habíamos de perderte.

»¿Qué se ha hecho tu grata y armoniosa risa, que alegraba la casa? ¿Dónde está el melodioso canto que se escapaba de tus labios en tanto que te ocupabas en tus cotidianos quehaceres, y que era para nosotros como un eco de bendición y de alegría?

»Aquí, hija mía, nada «vive» desde que tú nos dejaste, y la existencia sin ti nos parece tan vacía, que no merece la pena de conservarse.

»Aún está tu cuarto embalsamado con el perfume que usabas siempre y que dejabas detrás de ti, como un dulce y eterno recuerdo tuyo: las flores últimas que pusiste en las copas de tu mesa de tocador han muerto allí, como la alegría en nuestros corazones; el espejo ya no refleja tu querida imagen; tu blanco lecho parece que te espera todavía; el crucifijo ante el cual orabas, sigue guardando tu alcoba virginal, y todo aquel aposento se halla envuelto en una sombría tristeza, como si lamentase tu ausencia.

»Y cuando alguno de nosotros llora, ya no hay quien le consuele, sino que todos los demás sufren con él.»

Los sollozos de mi amiga, que, con el rostro entre las manos, se entregaba al dolor que le causaba la lectura de aquella tierna y elocuente carta, me obligaron á detenerme. Entonces, separando con dulzura sus manos, le dije:

—¿Por qué esa aflicción? Cálmate, y espera del cielo una hija que sea para ti lo que tú has sido para tus padres; ésa es la ley de la naturaleza, y ¡feliz la que sólo puede esperar de ella recompensa!

Dejaré para mi artículo siguiente la demostración con ejemplos de lo que una hija puede y debe ser en la familia; la historia me prestará algunos, y en nuestros mismos días el amor filial ofrece acabados y ternísimos modelos de abnegación.

12.—Blusa con guarniciones de entredós.

MORRIÑA

Ya no quiero querer! quiero del (mundo
cruzar por el sendero, entre la gen- (te,
sin llevar ilusiones en la mente,
desconocido, torvo y errabundo.

Mirar lo mismo el lodazal inmun- (do
que el agua cristalina de la fuente.
y tener por iguales el presente
y el porvenir incógnito y profundo!

Quisiera no sufrir todos las días
ni por propias ni ajenas agonías;
extraño al goce, indiferente al duelo.

Y al pasar junto á mí tanta belle- (za,
llevar petrificada la cabeza,
de barro el alma, el corazón de hie- (lo!

A un Copo de Espuma.

Fué el manantial tu cuna trans- (parente;
naciste al despertar la primavera,
y en tu niñez, la agreste enredadera
con sus guirnaldas adornó tu frente.

Arrebatado por veloz corriente
dejaste, mustio, la natal ribera;
y, roto ya, llegaste á la pradera
cual blanca flor que deshojó el to- (rrente.

Y corriste.... corriste... y desga- (rrado
luchando aún, entre la densa bruma
despareciste, al fin, evaporado...!

¡Ay! tu recuerdo al corazón abru- (ma....!
Fuiste como mi amor: infortunado!
Mi amor fué como tú: copo de espu- (ma!

J. M. BUSTILLOS.



Orgullo, Vanidad y Dignidad.

I

La soberbia, el orgullo y la vanidad son tres manifestaciones distintas de un mismo vicio, que pretende encubrirse con el nombre de una virtud, la dignidad.
[L. V.]

Existe entre estos tres sentimientos una diferencia muy notable. El orgullo bien entendido y sentido-porque es un sentimiento más ó menos vehemente con moderación, es siempre laudable y conveniente. En este caso los nombres «orgullo, dignidad,» son sinónimos.

El orgullo es muchas veces el defensor de la virtud de la mujer, aun cuando ésta se halle combatida por una de esas pasiones terribles y exclusivas, que se ven algunas veces en la vida; y de más de una pudiera asegurarse que, encontrándose aislada en medio del mundo, sin padres, esposo, familia ni autoridad alguna que pudiese contenerla y pedirle cuenta de sus acciones, ha encontrado la salvación de su honor en el sentimiento noble y fuerte de su orgullo.

Nadie ha presentado el orgullo bajo formas más poéticas y bellas, y al mismo tiempo más verdaderas, que Eugenio Sué, en la lindísima novela que lleva por título «La Duquesa,» y que está basada en el primero de los pecados capitales. La hermosa y casta Herminia, aquella joven de diez y ocho años, por cuya alma purísima no han resbalado nunca más que nobles y virtuosos pensamientos, es la personificación de la dignidad de la mujer, ó, por mejor decir, de su bien entendido orgullo; porque este orgullo le hace sobrellevar la miseria y las privaciones con paciencia, y hasta con alegría. Este orgullo hace frente á todas las asechanzas de un hombre pervertido, que desea seducirla. Este orgullo le hace respetar el secreto de su madre, consintiendo en aparentar que ignora á quién debe la vida. Y este orgullo, en fin, le hace guardar su lugar tan admirablemente, que la altanera duquesa de Senneterre, una de las damas de la más antigua nobleza francesa, tiene que ir á su casa á pedirle que consienta en casarse con su hijo, el heredero de todos sus títulos y blasones.

Al que haya leído esta lindísima novela, nada puedo decirle ya en elogio del orgullo. En ella, como dije antes, está poetizado y embellecido de un modo tan sublime y con tal fundamento, que necesariamente debe convencerle de que es útil y hasta necesario. Casi pudiera decirse que el orgullo es el padre de la gentil y graciosa coquetería; porque una mujer orgullosa es aseada, ya que no puede ser elegante, y el aseo es el lujo y la coquetería de los pobres.



13.—Visillo para balcones, bordado en punto.

Una mujer digna lleva, con una elegancia sin igual, un vestido blanco, cuyo coste no pase de ochenta reales, y muy económico además, porque cada vez que se lava queda nuevo y fresco, y quizás desluce con él á otras que ostentan trajes de muy subido precio.

Una mujer digna y orgullosa, en la buena acepción de esta palabra, recibe, sin cortarse, en su modesta vivienda la visita más encumbrada. No descubre en su frente esa culpable vergüenza de «no ser rica,» que atormenta á tantas otras; hace con perfecto desembarazo los honores de su casa, porque su orgullo, tan exigente, por lo menos, como la más delicada conciencia, le grita sin cesar al oído:

«Tú eres noble, estimable y rica, porque eres buena.»

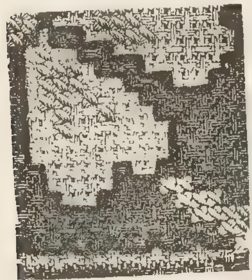
Además, la mujer que posee aquel sentimiento, escucha con altivo y generoso desdén todo aquello que puede ofenderla, por más que á sus solas pague un justo tributo al dolor que las injusticias del mundo le ocasionan.

II

El orgullo es también necesario en la vida doméstica. Aunque el destino, la condición y el deber de la mujer le aconsejan que sea amante y apacible; aunque la resignación es una de las virtudes que más la realzan, hay casos en que á todas estas consideraciones debe sobreponerse un noble y bien entendido orgullo.

No me entretendré yo, por cierto, en señalar cuáles deben ser estos casos. En ellos el único juez es la conciencia; pero sí aseguraré que la mujer buena y religiosa debe seguir los impulsos de su orgullo, cuando éste se levanta en su corazón herido, segura de que las decisiones dictadas por él serán siempre justas y razonables.

El orgullo impide á la mujer el ser perjudicialmente coqueta, el exagerar y el aventurar la más leve mentira. El orgullo imprime á sus modales un carácter digno y distinguido; sin que por esto dejen de ser dulces. El orgullo la hace solícita para sus hijos, amante de su marido, y buena y entendida ama de su casa.



14.—Bordado de puntillo en cruz.

La mujer orgullosa cuida mucho de que nadie tenga nada que reprocharle. Sus acciones son siempre buenas y leales, porque moriría de pena si tuviese que inclinar la frente delante de alguno. Quizás no comete faltas por no tener cómplices que pudieran un día echárselas en cara. No veréis nunca que una mujer orgullosa se case con una persona deforme; primero muere soltera, evitando el peligro de ser infiel á su marido, porque sólo se casa con un ser á quien puede amar.

Dedúcese de todo lo dicho, que una mujer puede ser buena con sólo tener orgullo. El temor de las reconvenciones de otro, le hace cumplir con todos sus deberes; y aunque sepa que por prudencia y por otras consideraciones han de callar acerca de sus acciones, su conciencia, en extremo intolerante y siempre alerta, no le permite el más leve desliz. Siempre y en todas ocasiones de su vida es mártir de su deber: ni causa á sus padres el más pequeño disgusto, ni da á sus hijos nunca un mal ejemplo.

III

El orgullo, sin embargo, puede degenerar en un sentimiento culpable y hasta odioso, si no va acompañado de mucha dulzura de carácter.

El orgullo inspira también un desmedido deseo de brillar. Pero entonces merece el nombre de orgullo mal entendido; es decir, destituído de dignidad y de generosa altivez.

Muchas personas confunden el orgullo con la vanidad. Nada hay, sin embargo, más opuesto. El orgullo, como ya he dicho, es conveniente, y hasta preciso, cuando va acompañado de buenos sentimientos y de buen carácter. Es culpable y odioso si invade el alma completamente, engrosado por las lisonjas del mundo, y ahoga en ella todos los sentimientos dulces y tiernos.

Pero la vanidad es demasiado raquítica para ser mala, y sobrado menguada para ser buena. Es menos buena que mala, es ridícula.

La vanidad no se replega como el orgullo digno, ni obra con energía como el orgullo ambicioso. Su afán es reducido á brillar, ó, mejor dicho, á llamar la atención en todas partes: las mujeres vanas eligen lo más «vistoso» con preferencia á lo más bonito, y se contentan con los triunfos más mezquinos, como es el despertar la envidia de las demás mujeres.

No hay cosa que más hiera que el ridículo. El mundo compadece quizá á un ser culpable, pero se encarniza con el que está marcado por aquél. Así, pues, creedme, lectoras mías, huid de él y precaveos de sus tiros. Para conseguirlo, no existe otro medio que arrojar lejos á la vanidad cuando se acerque á vosotras. No cometáis jamás el craso y lamentable error de confundir la vanidad con el orgullo digno y altivo, que es una de las más dignas dotes de la mujer, y la defensa más eficaz de su virtud, cuando está secundada por la sublime y hermosa religión.

Y para preservaros de la vanidad, huid siempre de deseos y caprichos dispendiosos. Cuando anheléis una cosa, un traje, una joya superior á vuestros haberes, desechad ese deseo como culpable é hijo de la vanidad, y como preludio de otros desordenados. La vanidad no cesa jamas en sus perversas sugestiones, y cada día os hará desear cosas nuevas y más arduas.

La vanidad enajena el cariño de los padres, del esposo y de los hijos, los cuales, por su parte, no pueden amar mucho al ser que les priva de su decencia y bienestar por satisfacer sus caprichos é inagotables exigencias. La vanidad os robará la consideración y el aprecio de la sociedad, que todo lo escudriña, y la envidia, que tanto dominio tiene en el mundo, buscará todos vuestros defectos, y aun os los prestará imaginarios, para vengarse de vuestra vanidad.

IV

La vanidad no tiene nada de común con la dignidad; aquélla es un grave defecto, ésta es una virtud bella y noble. La dignidad es puramente defensiva; la ignorancia, no obstante, la confunde con la vanidad, que es agresiva y que además se ejerce en una vía completamente opuesta.

Las almas vulgares, los espíritus poco cultivados, no conocen la dignidad, y, por consiguiente, no la reconocen en los otros; llaman orgullosas á las personas reservadas, y al expresar esta opinión errónea, les parece que expresan su desaprobación; incapaces de comprender ese sentimiento de delicadeza moral que impide á los que la poseen el exponer al público sus pensamientos, sus recuerdos y sus esperanzas, guardan una especie de rencor á las personas demasiado «orgullosas» para dar su alma por pasto á su vulgar curiosidad. ¡Y felices podemos llamarnos si su despecho se de-



15.—Tejido de lacitos para alfombras.

tiene en los límites de la desaprobación! Muchas veces va más allá, y si un espíritu limitado se alía á una alma vil para juzgar la dignidad, ésta se verá acusada de multiplicar los velos para ocultar las faltas, y su reserva se considerará como la manifestación de un disimulo prudente y necesario.

¿Pero qué importa el juicio erróneo de los que no saben comprender el mérito de la amable y serena virtud que se llama dignidad? Tanto peor para ellos; porque la dignidad es un gran bien que nos da la estimación ajena, y es una adorable compañera para la mujer.

CAMINO DEL SOTO.

Brilla el sol en la llanura
que borda espejeando el río.
En alto se ve el bohío
circundado de verdura.

Del bosque entre la espesura
se yergue la esbelta palma
y á veces rompe su calma
la veleidad de la brisa
como la dulce sonrisa
en la soledad del alma.

Hacia el vivo azul del cielo
la débil neblina asciende
y allá en los espacios tiende
un ave su raudo vuelo.

Esmaltan á trecho el suelo
las silvestres florecillas;
el arroyo en sus orillas
besa las piedras musgosas
y en guarnaldas pudorosas
florecen las campanillas.

Vibró en el monte cercano
de guardián ronco ladrido
y de una piara el bramido
vino á morir en el llano.

A lo lejos surca ufano
voceando á la tarda yunta
un gañán, lozana "punta"
que descuella en la labranza.
¡Tal vez la henchida esperanza
de un ensueño fiel trasunta!

Vago rumor se levanta
en el ámbito fulgente
como rapsodia vehemente
que á un ser invisible canta.

Bajo el peso de la llanta
deja rechinando el carro
de la vereda en el barro
las huellas de su camino
y da el boyero al Destino
el humo de su cigarro.

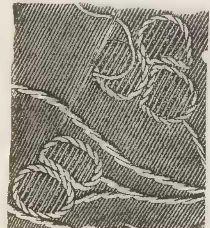
De perdidas ilusiones
y de amargos desengaños
miro desfilar los años
convertidos en girones.

Ni en íntimas vibraciones
surge visión redentora
que acaricie, seductora,
mi mente triste y sombría
anunciando un nuevo día
con languideces de aurora.

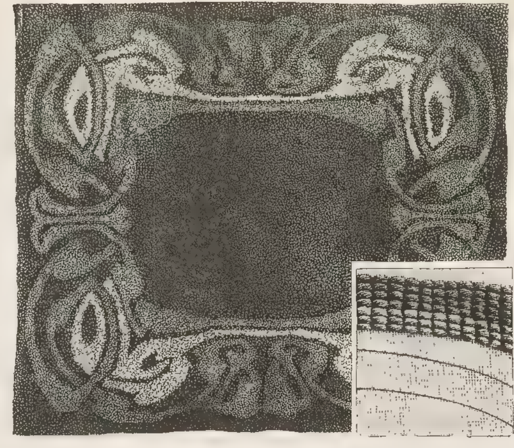
LUIS J. DE CARBALLO.

LOS ARBOLES.

Hay un misterioso enlace
De los pueblos y sus montes.
No basta el poder, no bastan
Los mármoles ni los bronces!



19.—Sencillo bordado de rama.



16.—Alfombra imitación de "Smirna".

17.—Detalle de labor para la alfombra.

Es preciso que haya huertos,
Es preciso que haya bosques.
Sin esos abrigos verdes
No hay salud en las naciones.
Ama y venera los árboles,
No los mates ni los cortes.

Su savia, que los antiguos
Consagraban á los dioses,
Es de nuestra roja sangre
Hermana pálida y noble.
Y cuando de un tronco herido
Algo que se escapa sienten
Los humanos corazones.
Ama y venera los árboles,
No los mates ni los cortes.

En la floresta, al amparo
De sus verdes pabellones,
Se siente la paz bendita
Que hacia el bien nos predispone.
Hábitos de fuerza nacen
De esas agrestes regiones,
Y cuando su influjo falta
¡Ay! degeneran los hombres.
Ama y venera los árboles,
No los mates ni los cortes.

Manuel Fernández Juncos

El Loco de la Muñeca.

Han tenido que intervenir las autoridades.

Todo lo que perturba el orden público cae bajo la férula de los guardias, y éstos, cumpliendo con su deber, detuvieron ayer al pobre viejo y le llevaron á la prevención.

—¿Qué ha hecho este hombre?—preguntó el delegado.

Uno de los guardias tomó la palabra:

—Verá usted, señor. Todas las tardes se sentaba en el balcón de su casa con esta muñeca en los brazos, y meciéndola como si fuese de carne y hueso, se pasaba las horas besa que te besa y canta que te canta. Esto no tiene nada de particular, porque en su casa cada uno hace lo que quiere; pero tanto abusó del canturreo, que los chiquillos de la calle la tomaron con él y hoy el escándalo ha sido tan grande, que mi compañero me dijo: ¿Le llevamos á la «delega?» Y yo le contesté:—Eso es lo mejor. Y aquí está.

El delegado se encaró con el detenido, un viejecito de setenta y seis años, y le preguntó con dulzura:

¿Cómo se llama usted?

Andrés Salazar y Vázquez.

¿Tiene usted familia?

—Sí, señor. ¡Esa muñeca!

Creyó el delegado que se las había con un loco. Los guardias sonrieron satisfechos, porque empezaba á descubrirse la importancia del servicio prestado.

—¡Esta muñeca! dijo el representante del Gobernador.

Sí, señor. Es mi única familia. Era de mi nietecita Mercedes, que murió el mes pasado de sarampión—gimió el viejo.—Usted no sabe lo que es esto, señor, ¡Quedarme yo aquí y morirse ella, á los cinco años! ¡Horrible! ¡Horrible!

—Siéntese y procure calmarse.

—Yo lo contaré todo, señor inspector; y si he cometido algún delito, que me maten. ¡Qué favor tan grande me harían ustedes!

Después de enjugarse las lágrimas, siguió hablando el viejo de la muñeca.

Mi hijo, Pedro Salazar, capitán de infantería, casó con Antonia Bueso, á la que quería con toda su alma. A poco nació mi Merceditas, que fué para mis hijos y para mí el mayor tesoro de la tierra. Un día de su santo, un 24 de Septiembre, su padre, que enloquecía por ella, la compró por veinte duros esta muñeca. Le reñimos su mujer y yo por tal despilfarro; pero él nos contestó que si no se gastaba en su niña lo que tenía, en quién se lo iba á gastar. Antonia y yo nos convencimos.

Vea usted, señor inspector, qué hermosísima es. Cierra y abre los ojos y dice «papá» y «mamá.»

Mi hijo sorteó y fué á Cuba. En la primera acción en que tomó parte le deshicieron la cabeza de un balazo. Tardó quince días en llegar la noticia á nosotros; pero «llegó bien,» porque su pobre mujer, que le adoraba, murió á los dos meses en espantosa locura.

Y nos quedamos solos mi nietecita, el ángel de la casa, yo y esta muñeca, que era el mayor encanto de mi nena.

Hace un mes murió Mercedes del sarampión, abrazada á la muñeca de los veinte duros, y cuando volví de enterrar á mi nietecita la cogí en brazos y dije:

—Ea, ahora sólo falta que te mueras tú. Y como en ella se condensa el cariño de mis hijos y la idolatría por mi nieta, por eso, señor, no la dejo un momento de mis brazos y la beso mucho, porque creo que así beso á mis pobres hijos y á mi pobrecita Mercedes.

El delegado cogió de la mesa la muñeca de los veinte duros, la besó en la frente y se la entregó al viejo, recomendando á los guardias que le condujesen á su domicilio y procurasen que los «golfos» no se metieran con él.

Al salir, un grupo de chiquillos comenzó á bailotar ante el viejo y los guardias, gritando á voz en cuello:

—Ahí va..... Ahí va..... el loco de la muñeca.

E. L.

18.—Elegante barrendero ó refajo.

DICHA FUGAZ.

Oh niña de mirada
Resplandeciente y pura
Sólo un instante pude
Tu mágica hermosura
De cerca contemplar.
El ave guarecida
Bajo la rama espesa,
Tiende su vuelo raudo,
Cuando la lluvia cesa,
Y así se fué mi dicha
Y ya no volverá.
Después.... ¿piensas, oh niña
Que encontraré consuelo?
Ausente el sol, la noche
Dilata por el cielo



20.—Cenefa de hojas para aplicaciones.

Su fúnebre capuz.
No juzgues mi existencia
Insubstancial y loca....
Si me viste gozoso,
Culpable fué tu boca.
¿Quién no se regocija,
Mi bien, cuando hablas tú?
Estás de mí tan lejos,
Tan lejos, niña pura
Que ni aun soñando quiero
Pensar en la ventura
Suprema de tu amor.
Desde aquí, desde el mundo
Te miro yo de hinojos;
Desde allá desde el cielo
Fijas en mí tus ojos
Y ese es el lazo único
Que existe entre los dos.
¡Olvídame!.... la nave
Que con afán invoca
El náufrago perdido
En solitaria roca
Surge al fin de la mar;
Sobre el mástil agita
Sus alas la esperanza.

. . . .

Pero cruza distante,
Se pierde en lontananza,
Y ni aun piensa en el triste
que la miró pasar....



RELIEVE TRISTE.

En la salita, pequeña y mugrienta, veíase tendido el pálido cuerpecito del ángel, en una cajita blanca, muy blanca, con lagrimones de metal ¡que brillaban tanto tanto...!

El perfume de las flores que alfombraban el piso, mustias y agostadas como aquella florecita que medio se ocultaba en la cajita blanca, uníase con el hedor molesto del ácido fénico y de las mil drogas y pócimas que de nada habían servido; las paredes, vírgenes de cuadros y adornos, mostraban su faz blanca, de una blancura sugestiva por lo tristes, y el techo, de vigas gruesas, resaltaba por lo negro, una negrura de hollín insoportablemente repulsiva....

Sobre aquel conjunto siniestro y macabro, derramaban su luz amarillenta los cuatro velones semigastados que rielaban trabajosamente, pugnando por vencer, sin lograrlo, á la luz paliducha que penetraba por la ventana entreabierta. Era la luz de un día nublado, brumoso, sin pizca de sol; un día entrecruzado por lloviznas finas como agujas y azotado por una brisa fría y crispante.

Algunas personas, unas sentadas, otras de pie, contemplaban en religioso silencio el tierno despojo, enjugando de cuando en cuando con las mangas de sus blusas manchadas y rotas, una lágrima piadosa que no supo ocultarse.

Todo callaba en torno, y la quietud solemne que reinaba, sólo era turbada por los conmovedores lamentos del pobre padre que, acurrucado en un rincón, lloraba, inconsolable, á la vista de su hijo muerto.

Todos tenían una mirada de compasión y de respeto hacia aquel campesino, curtido por el sol y madurado por el rudo trabajo; aquel atleta de tez morena y anchas espaldas, presa de un grande, de un inmenso dolor... tan inmenso y tan grande, que había podido más que todas las calamidades y miserias de su vida terrible, pues lo abrumaba, lo aplastaba, lo vencía.....

Su tierna compañera, una labriega del pueblo, había muerto hacía cinco años, al dar á luz á su hijito, aquel que ahora moría también, que se lo llevaba ese Dios que es á veces tan piadoso: pero que, á menudo no deja de ser implacable. Y él, con la resignación y la piedad de un santo, había cuidado de los dos huerfanitos, les había dado pan y caricias, cuerpo y alma....

Llegó por fin la hora del entierro: alguien se lo advirtió tímidamente, y él entonces notó que la pequeña salita estaba atestada de sus amigos, sus camaradas de trabajo, vestidos como en domingo, que venían á acompañarlo en aquella hora suprema. No dijo nada. Enjugó sus ojos algo húmedos todavía; repartió muchos apretones de mano entre sus íntimos, saludando triste y afectuosamente á los demás, y, en silencio, recogido en una unción que hizo derramar lágrimas á todos los presentes, contempló unos momentos la cara contraída y pálida de su hijo; bajóse lentamente hasta tocar con sus labios la frentecita querida; y un beso largo y muy tierno, rasgó el silencio de templo que reinaba en la estancia....

Luego, siempre silencioso y grave, tomó la tapa del pequeño ataúd; la colocó cuidadosamente; apretó los tornillos con prolijidad inaudita; apagó los velones, próximos á extinguirse; separó las flores que obstruían el paso, é hizo seña á tres amigos, que se acercaron lentamente, tomando cada uno por su lado, y el padre por el suyo, la cajita blanca.

Ya en su sitio, tomó cada cual su sombrero y marcharon, los que llevaban al querido muertecito por delante, y los otros, en fila, por detrás.

El día agonizaba majestuosamente mostrando su luz lívida y triste, mientras que las nubes—vestales piadosas—lloraban silenciosas sus lágrimas eternas sobre la cajita blanca, ¡tan blanca....!

RAMIRO HERNÁNDEZ PORTELA.



21.—Pequeño tapete bordado de punto.
22.—Otro pequeño tapete para platillos.
23.—Tapete con bordado sencillo de malla.

EL TROMPO Y LA PELOTA.

Un trompo y una pelota se encontraban reunidos dentro de una caja de juguetes.

—«¿Por qué no hemos de casarnos, dijo el trompo con languidez, ya que de todos mo los da la casualidad que hemos de vivir juntos?»

Pero la pelota era orgullosa, estaba forrada de riquísimo tafilete y se tenía por señorita de alto vuelo, por lo que ni siquiera se tomó la pena de contestarle.

Al día siguiente, al muchacho dueño de los juguetes se le ocurrió poner al trompo, que era rojo y amarillo, una punta nueva de cobre, de suerte que cuando bailaba, era una maravilla ver los destellos que producían sus magníficos colores.

—«Mírame, mírame, le decía á la pelota; ¿qué te parezco? Vaya, ¿nos casamos? Cree que hemos nacido el uno pa;a el otro; tú saltas y yo bailo, ¿puede darse una pareja más feliz que nosotros?»

«¿De veras? contestó la pelota con ironía. ¿Ignoras que mis padres fueron unas soberbias zapatillas de tafilete? ¿No sabes que tengo el cuerpo formado de corcho de España?»

—«Está bien, repuso el trompo; pero ten en cuenta que yo soy de caoba y que el autor de mis días es el burgomaestre en persona, quien en sus ratos de ocio se dedica á labrar toda suerte de objetos al torno, siendo yo, modestia aparte, una de sus obras maestras.»

—¿Es cierto lo que dices?» preguntó la pelota un tanto menos esquiva.

—«Que nunca más pueda bailar, si falto á la verdad,» exclamó el trompo.

—«Veo que sabes exponer tus méritos, pero así y todo, tu proyecto es imposible: yo estoy algo comprometida con una golondrina. Cada vez que me elevo al aire asoma una cabecita fuera del nido y me dirige una declaración muy tierna. Hace ya mucho tiempo que le he concedido el secreto propósito de entregarme á ella, y en este concepto me considero ligada por un irrevocable compromiso. Así, pues, ya ves que no puedo acceder á tus peticiones; estimo mucho tus sentimientos, y aun te prometo que no he de olvidarlos en toda mi vida.»

—«Algo es esto, sin duda, repuso el trompo lleno de tristeza; pero no basta á consolarme »

Tales fueron las últimas palabras que cambiaron el trompo y la pelota.

Al día siguiente, el muchacho poseedor de los juguetes tomó la pelota y la arrojó al aire. La pelota volaba rauda como un pájaro, y se remontó tanto, que el trompo llegó á perderla de vista; pero al poco rato caía al suelo para ser despedida nuevamente. Al caer daba un sorprendente bote, ya fuese porque intentara saltar hasta el nido de la golondrina, ó efecto sencillamente de la elasticidad y porosidad del corcho de España.

A las nueve veces de elevarse se quedó por el camino y desapareció. En vano el muchacho buscó y escudriñó por todas partes; no pudo descubrir la menor huella de su pelota y no tuvo más remedio que darla per perdida.

—«Bien sé yo por dónde anda la pícara, suspiraba el trompo; estará en el nido con la golondrina y ya se habrán casado.»

Y cuanto más pensaba en esto, más pesaroso se ponía. Es que nunca había sentido por la pelota una pasión tan grande, como desde que no podía verla. Lo que le atormentaba sobre todo, sin darle un instante de tregua, era la idea de que se hubiesa casado con otro.

Sin embargo, el trompo continuó dando vueltas y haciendo «ron-ron», si bien que, bailando y sin bailar, tenía fijo en su mente el recuerdo de la pelota, que en su imaginación se presentaba cada vez más bella y seductora. Este estado vino á ser en él lo que ha dado en llamarse una pasión inveterada.

El trompo había perdido la juventud y un día le doraron las rayas y costuras, cambiando de dueño. Jamás había sido tan hermoso: daba gusto verle dar vueltas y trazar espirales, brillante como un astro.

¡Con qué alegría zumbaba! ¡Ah, si la pelota hubiese podido verle en su nuevo estado!

En tan sabrosas reflexiones, tropezó con una piedra y fué despedido lejos. desvaneciéndose y eclipsándose. En vano lo buscaron por todos lados, incluso por la bodega en la cual hubiera podido deslizarse por un tragaluz: no supieron dar con él.

¿Sabéis dónde estaba? En el cajón de la basura, cubierto de polvo, mondaduras, desperdicios de col y otras inmundicias repugnantes.

—«¡Ay de mí! exclamaba, ¿qué será de mí hermoso dorado, en medio de la morralla, de la escoria que me rodea? Tendió la mirada á su alrededor y vió entre unas hojas de ensalada, una bola, que habría podido tomarse por una manzana podrida, y era una pelota medio consumida y saturada de humedad por haber pasado algunos años en un canalón.

—«Loado sea Dios, dijo al apercibirse del trompo dorado: por fin encuentro á un ser de mi misma especie con quien será posible conversar un rato. Tal como me ves, amigo trompo, yo tengo el cuerpo de corcho de España y estoy forrada de tafilete; por cierto que me cosieron las delicadas manos de una señorita. Esto es tan cierto, que nadie podrá ponerlo en duda por poco que se tome la molestia de examinarme. Has de saber, además, que estaba en víspera de casarme con una golondrida, cuando por una fatálidad de la suerte me arrojaron á un canalón, en donde he permanecido colgada durante cinco años. ¡Mira, ay de mí, cómo me ha puesto la lluvia! ¡Mira qué hinchada y fea me he vuelto! ¡Figúrate qué suplicio tan cruel no había de pasar durante ese tiempo y en tales condiciones una señorita hija de buena familia como yo......»

El trompo no respondía una palabra; estaba meditabundo, pensando en su antiguo amor y adivinando muy bien que aquella pelota era el objeto que había inflamado un tiempo sus deseos juveniles.

En esto se presentó la criada para ir á vaciar el cajón de la basura.

—«Toma! dijo, aquí está el trompo de los niños.»

Y corrió á llevárselos, recobrando el sufrido juguete su antigua gloria. En cuanto á la pelota, fué arrojada á la calle.

Inútil es decir que el trompo ya no volvió á hablar nunca más de su antigua pasión. Su repugnancia fué tan grande, que cuando vió á la pelota inyectada en lodo, pestilente, destripada y llena de arrugas, aparentó no haberla visto en su vida.

CRISTIAN ANDERSEN.

MIGNONETTE.

En una sala elegante,
sobre mullido diván
y envuelto en un chal joyante,
duerme diminuto can.

Es una perra mimada,
y disfruta el casto amor
de una niña delicada,
todo ternura y candor.

Viste con gracia exquisita
una ajustada "jaquette;"
es toda un señorita
la coqueta "Mignonette."

Si la invitan á paseo
en los brazos de Lili,
con un gracioso meneo
de orejitas, dice: sí.

Yo la quiero por traviesa,
parece una "marionnette....
Cuando su dueño la besa,
¡qué feliz es "Mignonette!"

S. GUTIERREZ NAJERA



24.—Abrigo escolar para niñas de 12 á 14 años.

ASUNTO VELASQUEZ

Perdonad señora mía,
que os bese la mano, y luego
hable en cláusulas de fuego
de vuestra cortesanía.
No en vano mi musa inquieta
soñó ver vuestro gran porte
en la castellana corte
y en tiempos del Rey poeta.
Vestida de negro os miro
ó imagino estaros viendo,
junto al gran Rey, presidiendo
las fiestas del Buen Retiro.
Sentada estáis entre el coro
de caballeros y damas,
mientras el Rey, que arde en llamas,
os compone versos de oro.
Entre la turba dispersa
que en los salones se espacia,
ya el enano os hace gracia,
ya el Conde-Duque os conversa.
Os veo así entre las gentes
reír con alegre afán:
¿de qué corona serán
las perlas de vuestros dientes?
¿Reís del bufón señora,
que á vuestros pies se fatiga,
de Olivares que os intriga
ó del Rey que os enamora?
Entre el vívido derroche,
negro tenéis el vestido;
sois un lucero dormido
en el fondo de una noche....



25.—Cofre de madera tallada.

En el negro resaltante,
vibran sus notas lucientes,
vuestros ojos, vuestros dientes
y vuestros claros diamantes;

Y forman contraste bello
con la negrura del traje
las espumas del encaje
en los puños y en el cuello.

Aunque el traje los rescata,
dejáis mirar, al acaso,
chapines de negro raso
con lentejuelas de plata.

Vuestra faz una corola
finje de encendida flor,
sin recurrir al primor
del soneto de Arjensola....

Hasta rodearos el cuello,
por el uno y otro lado,
cuelgan de vuestro peinado
bucles de fino cabello.

Vuestras manos, que de verlas
son cuando deshojan flores
tienen ebúrneos primores
en chapa de concheperlas.

En la diestra lucís bella
sortija, que es un tesoro:
¿tenéis incrustada en oro
la pupila de una estrella?

Al ver la sortija vuestra
dijérase que en un vuelo
el sol bajó desde el cielo
para besaros la diestra...

Producís más arrebato
con una vuestra mirada,
que la triufadora espada
de Spínola de Monferrato.

Felipe no ha en sus antojos
más temidos defensores,
que, cuando dicen amores,
vuestros pelinegros ojos....

En la galería que alta
domina el ancho verjel,
de la fiesta en el tropel,
vuestra hermosura resalta.

No en vano el rey cree justo,
ya que sois hecha de nieve,
el que en un bajo relieve
se eternice vuestro busto;

Y así manda que el cincel
cumpla su gusto real,
en el mismo pedestal
donde se alza en su corcel....

Tal vez acaba el telón
de caer en el proscenio,
donde luciera en ingenio,
de Lope ó de Calderón.

Y la nobleza que admira
el Arte, quiere después
moverse á compás los pies
cuál oyó á compás la lira.

Mientras finjen blandas olas
las flautas de dulces ecos,
van á anidarse en los huecos
los arrullos de las violas;

Y al halago de los sones
va la rítmica pavana,
majestuosa, grave, ufana,
paseando por los salones...

De pronto, un paje: hacia vos
tiende su cerrado pliego,
Con una mirada, luego
le decís al paje adiós.

Y sobre el pliego que ostenta
una albura inmaculada,
hay una oblea encarnada
como lágrima sangrienta.

El Rey las cejas enarca
como exigiendo merced.
—¿De quién es?
—Tomad, leed.
—¡De Calderón de la Barca!

Es en verso. Invoca á Dios,
y jura que os quiere bien;
pero que harto de desdén,
¡se ordena fraile por vos!...

El rey con altivo porte
el pliego rasga en pedazos:
y vos....caéis en los brazos
de las damas de la corte.

Bella aparecéis, señora;
pero como nunca bella:
tal se desmaya una estrella
sobre un girón de la aurora...

Como astro que en la mañana
brilla aun sobre el abismo,
¡sois un regio anacronismo
en la edad republicana!....

JOSE SANTOS CHOCANO.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano, y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean.	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro: á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo: á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina. $10,000 oro de la última póliza; á la escuela ',Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.

DE LAS DAMAS.



1.—Salida de baile, con caídas "écharpés".
2.—Traje con guarniciones de sesgos.
3.—Elegante traje para baile.
4.—Vestido de reunión. La blusa con encajes y la falda con canesú.
5.—Vestido de reunión, con pequeño escote.

Explicación de nuestros grabados.

Número 1. Este vaporoso traje para señoritas, es todo blanco. De gasa, con franela y raso, se confecciona el cuello, que es redondo hacia atrás, y por delante terminado en puntas. Se cubre con saga de seda aplegadillada.

Número 2. El elegante traje que representa este grabado, es de paño color de moda y de muselina de seda del mismo color. Esta se cose en pliegues longitudinales. En el dorso se adaptan tres sesgos de paño, ligeramente arqueados, con bordes pespunteados y tres en los delanteros para cubrir el cierre. La manga se hace terminar en puños de muselina de seda. El cinturón plegado es de cinta satín, y el cuello, recto, tiene el cierre posterior. Los botones de la blusa y mangas son de acero, grandes y pequeños.



6.—Traje de casa. 7.—Traje de reunión guarnecido con cinta maravillosa.

Número 3. La rica guarnición de este vestido de muselina de seda blanca, se compone de puntillas de blonda tejidas como galón y adornadas con pequeñas motitas de oro. El escote es cuadrado y se cierra hacia atrás con muselina de seda fruncida. A la manga, corta y ajustada, se adapta un bullón por encima del cual caen dos triángulos fruncidos. Al rededor de los hombros y del escote, también se adapta otro bullón, y, por delante, un volante de muselina.

Número 4. Es un vestido de reunión, propio para señoritas, hecho con crespón de la China y cuya explicación hemos dado para el grabado número 1.

Número 5. Este vestido de reunión, con pequeño escote, es de tafetán azul claro, cubierto con muselina de seda del mismo color. El canesú se forma con encaje de guipur irlandés y motivos de uva. La falda se compone de una pieza y un volante en forma, y en esta se pespuntean tres sesgos anchos de tafetán en el borde superior. En el dorso la muselina es lisa, y en el delantero se frunce arriba y abajo. El canesú, de encaje dentado, que se abrocha sobre el hombro, se borda con dos sesgos de tafetán en el escote y con tres sesgos anchos en la costura. Dos sesgos unidos forman el cinturón.

Número 10. Vestido de reforma con falda de plegadillo, de gusto muy artístico y hecho con foulard pardo amarillento, terciopelo y cinta de raso negro. En el cuello se emplea muselina de seda color crudo. Al cuello recto, con cierre á la derecha, se añade una tira de muselina que forma por delante el peto. Se forra la chaqueta suelta, sin refuerzo alguno, y se hace cruzar por dos grandes caídas de raso que se anudan en gracioso lazo arriba de la cintura. Los puños de las mangas son lisos, de terciopelo, guarnecidos con encajes de Irlanda.

Número 14. Para este bonito traje de máscara, «flor-campanilla,» se forma el corselete, las flores y los capullos con terciopelo color de



9.—Peinado para baile.



8.—Peinado á la "negligé" para señoras jóvenes.



10.—Vestido de reforma con falda de plegadillo.



11.—Traje de paseo, con ondas de cibelina.



12.—Traje de paseo, estilo reforma y pelerina y manguito de piel.



13.—Vestido de casa para señoritas.

rosa y las hojas con terciopelo verde, avivado todo esto con pinturas al óleo. En la falda se usa seda blanca cubierta con tul, y para la toca en la cabeza, seda blanca plegadillada. Los collarcitos y pendientes son de seda amarilla fijada en cordoncillo de oro. El corselete, que se forra con lino, está enlazado con la parte anterior de la camisa. Un cáliz de terciopelo, con pétalos, corona la toca.

Número 15. En este disfraz «Pierrot» se confecciona la capa y el pantalón, de fustán blanco, y el último se une á un corpiño de dril. La capa, en forma de serpentina, se ensancha hacia abajo en pliegues acampanados. Sobre cada hombro se pone una botonadura invisible y delante van algunos pompones encarnados. El cuello alechugado se compone de muselina y va hacia atrás, cerrado con un pequeño botón. El sombrero que se usa es marinero, blanco, con ala arqueada y pompón encarnado; por debajo lleva una gorrita lisa de terciopelo negro.

Números 16, 17, 18 y 19. Estos vestidos de fantasía son muy graciosos para niños de corta edad y actualmente se usan mucho en Europa para los bailes de figuras. El disfraz «reina de corazones,» es vistosísimo y de confección sencilla. Para la hechura de estos trajes hay que guiarse, poco más ó menos, de las explicaciones que dimos para el «flor-campanilla» y «Pierrot.»

Número 20. Las mangas que representan este grabado y los números 21, 22 y 23 se usan mucho en la presente estación, pues la moda es llevarlas medio largas, tanto en vestidos altos, como en escotados. Unas se usan con abofellado muy amplio, y otras con volantes de puntas. La confección es muy sencilla, según puede verse en los grabados, y en ella puede entrar algo de la inspiración natural de las modistas, pues las mangas son una de las partes del vestido que más se prestan á fantasías.

Números 25 y 30. Este redondel para lámpara y el detalle para escopladura, se hacen pasando el dibujo sobre el linoleo, color de cuero, por medio de papel grafita, y trazando después los contornos con taladro muy fino. Las libébulas que allí se ostentan, llevan las alas de color gris de plata, azulado en las extremidades. Se cubren las alas ligeramente con oro, trazando encima una red de líneas finas. Las antenas son blancas y las patas de color pardusco.

Número 27. Este traje de casa, con guarniciones de sesgos, se hace con tela de lana y se adorna con sesgos de terciopelo negro, reforzados con gasa. El peto se cose á la derecha y abrochado á la izquierda del forro, y se hace de terciopelo pespunteado en vivos. El delantero derecho se abrocha bajo dos series de botones y ojales simulados. La manga, que es demasiado original, se compone de dos piezas. El dobladillo y pliegues de la falda, forman una continuación de los del talle. El forro para el dobladillo, se corta junto con la primera tabla lateral y se pespuntea sobre la delantera.

Número 28. Vestido para paseo de hechura reforma, con saco-paletó. Este modelo decide indudablemente la manera de confeccionar un elegante vestido de reforma, sin que llame esto la atención. Se emplean vivos y guarnición de pieles para poner el borde de la falda en armonía con la guarnición del paletó-saco, ensanchando ligeramente hacia abajo, y con poco vuelo. Los delanteros abiertos se refuerzan con bucarán y el cuello se cubre con piel. Las mangas, pespunteadas en grupos de vivos, son lisas y se hacen terminar en su parte inferior con puños de piel.

Número 31. Vestido para reunión, con cuerpo de encaje, en cuya confección se emplean materiales muy finos: crespón de China, encaje y entredós de mano, muselina de seda, azul pálida, cinta «maravillosa» y una tira de piel de marta sublime. El crespón de la China, debe ser también de un color azul claro. El cuerpo se compone de canesú, pespunteado en pequeños pliegues. El cuello recto, con cierre atrás, es de muselina de seda doble, cubierta con encaje y orillada con una triple pestaña de muselina.

Número 35. El bonito modelo de crespón blanco, se guarnece con gasa de seda y tiras de pluma de cisne. El corte de la manteleta es sesgado, y tanto el forro como la tela, se orillan con pluma de cisne. El cuello recto en forma de serpentina, se dobla hacia afuera para que no llegue al peinado. Las caídas de la boa se pliegan, y en su parte inferior se dejan al barquillo.

Número 36. El grabado representa un traje para niño, con corpiño y pantalón bombacho, chaleco blusado y chaqueta, que se confecciona con paño color café. El chaleco es de cachemir blanco marfil, y el pantalón se cierra con satineta listada. En cada delantero de la chaqueta se abre un bolsillo y en la izquierda otro de pecho, todos con carteras forradas. Las mangas, con líneas de pespuntes, se forran con satineta.

La victoria no es una obligación, y solo el que nunca se bate está exceptuado de sufrir la derrota.

* * *

La adversidad abate á los débiles y engrandece á los fuertes.



TONTOS Y LISTOS

De unos datos estadísticos
que publican los periódicos,
resulta que en la Península
nueve millones de estólidos
trabajamos, como míseros,
para llenar el estómago,
y los otros nueve, prácticos,
sin trabajar, que es más cómodo,
beben los mejores líquidos,
y tragan manjares sólidos.
A éstos les dirán parásitos
que infringen el moral código,
habrá quien los llame pícaros,
ya en tono serio, ya en cómico,
vagos, holgazanes, zánganos,
mas, firmes en su propósito,
ellos dirán: Bueno, llámenme
con nombres hasta estrambóticos,
mas lo que es trabajar, ¡cáspita!
que trabaje San Crisóstomo.

La Consecuencia.

En polémicas ardientes,
que la pasión acalora,
los políticos ahora
se tachan de «inconsecuentes.»

Esta ruda acusación,
que como pelota va,
en distintos puntos da
del político frontón,

y en juego asaz importuno,
que á todos cansa y hastía,
el uno al otro la envía
y el otro la vuelve al uno,

que aquí, para hacerse el bu,
el tema siempre es igual.
El uno:—Tú eres un tal.
El otro: —Más eres tú.

—No debe un hombre de pro
ser inconsecuente así:
tú ayer has dicho que sí
y hoy nos has dicho que no.

—Yo de mi cambio me alegro,
pero tú sal del atranco,
cuando has dicho ayer que blanco
y hoy no sostienes que negro.

Y en esta inútil cuestión
el tiempo pasa y se pierde,
sin que ninguno recuerde
lo que importa á la nación,

que, viendo crecer sus males,
reniega de tal pendencia
y saca la «consecuencia»¦
de que todos son iguales.

¿Qué importa para ese afán
y ese desconcierto hostil,
que Blas se llame ahora Gil
y Gil se llame ahora Blas,

si al hacer tal variación,
sigue siendo el mismo hombre
y cambia sólo de nombre
sin cambiar de condición?

¿Quién ha de mostrar fiereza
por cosa que ya da risa,
si hay quien cambia de camisa
política.... por limpieza;

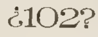
si los que eran dos amigos
que se amaban tiernamente,
hoy se colocan enfrente
como fieros enemigos,

y los que, con arrebato,
se denostaban ayer,
hoy se abrazan con placer
comiendo en el mismo plato?

Pero de estos alborotos,
lo más triste, en conclusión,
es que siempre es la nación
quien paga los vidrios rotos.

Por eso sí, con descoco,
ellos se injurian así:
—No hubo «consecuencia» en ti.
—Pues en ti no la hay tampoco.

El país, que está en un tris,
dice al ver tales pendencias:
—Si aquí no hay más «consecuencias»
que las que sufre el país!



¿102?

(HISTÓRICO)

Un gallego infortunado
de Lugo, á Madrid llegó,
y con dos «ratas» topó
apenas hubo llegado.

Y, es natural, del encuentro
resultó que el pobrecillo
se encontró limpio el bolsillo
de cuanto llevaba dentro.

Como esto suele pasar
á mucha gente que viene,
hasta aquí el caso no tiene
nada de particular,

porque hay muchísimos primos
y muchísimos bribones,
y se cuenta por millones
el número de los «timos;»

y ya raro el día es
que pasa sin que á un sujeto
den el timo del paleto
ó el timo del portugués.

Lo que á creer me resisto
por ser archi-extraordinario,
es lo que agrega el diario
donde la noticia he visto.



16.—Disfraz "Reina de corazones" para niñas de 14 á 15 años.
17.—Disfraz "Robinson", para niños de 10 á 12 años.

Al inocente gallego
que hoy llora su desventura,
y se aflige y se tortura
sin descanso ni sosiego,

y pasando mil apuros
demanda venganza á Dios....
¡le robaron CIENTO DOS
«monedas de cinco duros!»

¿En los tiempos que alcanzamos
hay quien tiene tal tesoro?
¡Ciento dos monedas de oro!
Eso es una broma.... ¡vamos!

Alguno echó mal la cuenta,
ó así de burlarse trata,
ó esa cifra es una errata,
esto es, un «horror» de imprenta,

O acaso esa «enormidad»
resulta porque alguien puso,
en guarismo, según uso,
la robada cantidad.

«El una ó dos escribió
en guarismo, el majadero:
y como aquí la o es cero,»
CIENTO DOS apareció.

Aunque el error es de marca
mayor, tiene fundamento
para quien recuerde el cuento
de Calderón de la Barca.

Yo así la noticia paso.
UNA ó DOS monedas.... ¡vaya!
Bien puede ser que las haya
y es verosímil el caso.

Pero ¿CIENTO DOS? Lo niego
y ninguno lo ha creído.
¡O es que Rostchild ha venido
disfrazado de gallego!



14.—Disfraz "flor-campanilla," para niñas.
15.—Disfraz "Pierrot" para niños.



18.—Disfraz "Pescadora holandesa."
19.—Disfraz "Pescador napolitano."

ESTÉTICA

Pedí su opinión al viejo maestro y él, haciendo que me sentase á su lado, me dijo:—Escucha:

Procura no elevarte demasiado, que las pasiones hoy vagan á flor de tierra.

Escribe; pero no para el público, sino para los Aristarcos.

No muestres amor á la verdad, porque pueden ser necios.

Ni profundidad, porque pueden ser superficiales.

Ni arte, porque pueden ser envidiosos.

Haz por ser ligero, superficial, vano, pequeño y estarás al nivel, si no de la época, al de muchos que pretenden ostentar su representación.

—¿Y el público que paga los libros?

—El público no existe; ya sólo hay escritores.

—¿Y el vulgo? ¿Y la masa común de las gentes?

—No sabe leer.

PARA EL HOGAR

LA HIJA.

Artículo segundo.

I

Jamás se borrará de nuestra memoria el grandioso ejemplo del amor filial que la ilustre pluma de la condesa de Genlis nos refiere, afirmando antes que es verdadero.

Para aquellas de nuestras lectoras que no le conozcan, vamos á referirlo, no sin advertirles que, por sublime que sea, nos parece muy natural y dentro completamente de las leyes del deber.

El marqués de Valmore, viudo y padre de un niño de siete años, iba á contraer un segundo enlace con una encantadora niña de diez y seis.

Clara, que éste era su nombre, era un modelo de todas las gracias propias de su edad, pero pobre; su padre era un emigrado español llamado Montalbán, y ambos habitaban en la aldea que se extiende al pie del opulento castillo de Valmore.

El marqués, joven de treinta años, vió á Clara, y la amó; era imposible defenderse del encanto de aquella niña, cuya plácida fisonomía retrataba la sensibilidad y el talento, unidos á la inocencia y á la más perfecta hermosura.

A pesar de todas las representaciones de la madre y de la hermana del marqués, éste declaró que su resolución de casarse con Clara era irrevocable, y todo se preparó para la boda.

La fortuna propia del marqués no era muy considerable; su gran riqueza provenía de la colosal que le había traído su primera esposa; esta fortuna la había heredado de su madre el niño Eduardo, el que, si moría, debía, á su vez, dejarla á su padre.

Clara amaba al niño, de quien iba á ser segunda madre, con una ternura sin límites: es verdad que el niño la merecía y se la pagaba con usura; sólo al lado de Clara se hallaba contento; todo lo bello que poseía era para Clara, y á Clara llamaba cada mañana al despertarse.

El marqués se pasaba largo rato alguna vesces contemplando el grupo encantador que formaban su prometida y su hijo, jugando como dos hermanos sobre el césped del parque.



25.—Rondel de piel para lámpara.



20.—Manga medio larga con volante de punta.
21.—Manga medio larga, con sobremanga hundida.
22.—Manga larga, con abofellado muy amplio.
23.—Manga larga, con aplicaciones de encaje.

24.—Tapete para teclado de piano.

II

Era la víspera del casamiento; Clara había madrugado, y venía de su casita de la aldea trayendo en la mano una canastilla llena de frutos y flores; reinaba el estío, y la naturaleza ofrecía sus más ricos dones: en un lecho de rosas y de claveles venían colocados los delicados frutos que más apetecía Eduardo, y que pocas veces le permitían probar, á causa de su débil salud.

Clara se parecía al ángel de la juventud y de la inocencia: llevaba un largo traje blanco, y sus cabellos caían en largas trenzas por su espalda, sin adorno ni sujeción alguna.

Sus ojos azules, grandes y limpios, reflejaban la serenidad de aquel día, y en su frente se veían reír todas las bellas ilusiones que traen en sus alas la juventud y la esperanza.

El aya de Eduardo salió á recibirla.

—¿Ya levantada, señorita?—le preguntó;—aquí duermen aún todos, menos Eduardo y yo.

—Tanto mejor—exclamó Clara alegremente;—mirad, mi querida señora: esta canastilla es para dar á Eduardo una sorpresa; voy á ponerla sobre la mesa que se halla en el templete de jazmines del jardín; ya sabéis que está cubierta con un gran tapete; yo me esconderé debajo; llamaréis al niño, verá la canastilla, y yo disfrutaré de su alegría, sin que sepa dónde estoy.

Y esto diciendo, la hermosa niña echó á correr al jardín, seguida del aya, que sonreía al pensar en el inocente complot.

Clara puso el lindo cestillo en la gran mesa que ocupaba el centro del templete; alzó el pesado tapiz que la cubría y llegaba hasta el suelo, y ocultó debajo su graciosa y poética figura.

El aya fué á llamar á Eduardo, que jugaba con su lebrel al fin del jardín.

Algunos instantes después se oyó al niño que llegaba corriendo y gritando alegremente; Clara le vió penetrar en el templete, y su inocente corazón latió presuroso; pero de súbito el gorjeo infantil de Eduardo se apagó en un largo gemido... Clara vió el tapete de la mesa alzarse por un lado...; vió asomarse por el hueco la enérgica cabeza de su padre, trastornada por una terrible expresión de gozo y de espanto á la vez, y vió caer sobre su blanco traje un cuchillo ensangrentado.

La desgraciada niña no pudo ni lanzar un suspiro, y quedó desmayada.

Cuando volvió en sí, se halló frente al cadáver de Eduardo, cuyo pecho infantil estaba abierto por una profunda herida; al lado de su hijo se hallaba el marqués, de pie, sombrío, lívido y con los brazos cruzados sobre el pecho; los representantes de la ley estaban allí también.

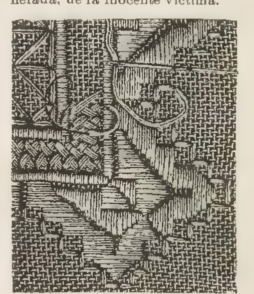
Detrás de ellos se hallaba Montalbán, que miraba á su hija con una ansiedad profunda.

Se os acusa de la muerte de este niño, señorita,—dijo á la joven el procurador del Rey.

—¡A mí!....—gritó Clara lanzándose sobre el cadáver. — ¡A mí! ¿Quién me acusa?

—Su propio padre: vos sabíais que, muriendo este niño, el señor marqués, que iba á ser mañana vuestro esposo, sería inmensamente rico, y sin duda la ambición os ha extraviado.

Clara sabía aquello por la primera vez, y apenas oyó lo que le decían, se dejó caer de rodillas ante el lecho donde estaba el cadáver, y puso los labios sobre la mano, ya helada, de la inocente víctima.



26.—Bordado al punto llano, para aplicaciones.



27.—Vestido para casa, con guarniciones de sesgos.

lo los ojos, como para ofrecerle su sacrificio:

—¡Yo he dado muerte á ese niño!

El español, al asesinar á la inocente criatura, quería conquistar para su hija una opulencia de que él mismo necesitaba; pero jamás pensó que su crimen recayese sobre Clara; cuando arrojó el puñal bajo la mesa del jardín, no la vió allí; pensaba, y con razón, que se culparía á algún ladrón que quería asaltar la casa y que se había visto molestado por la presencia del niño en el jardín.

III

Algunos días después, Clara subía al cadalso, tranquila y firme en el heroico propósito de salvar á su padre de la horrible suerte que ella iba á sufrir sin merecerla; pero el hombre que tanto la había adorado no pudo resolverse á dejarla morir, y un oficial del Rey llegó, agitando una orden en su mano, y gritando estas elocuentes palabras:

—¡Perdón! ¡Su Majestad indulta á la culpable!

Tres años más tarde, una religiosa hospitalaria recorría una sala del hospital de sangre de la Rochela, terminado ya su glorioso sitio, era Clara; al llegar á uno de los lechos ocupados aquel día, dejó escapar un grito; en él yacía herido el marqués de Valmore.

—¡Clara! — exclamó él, reconociéndola también.—¡Mi Clara, mi santa y adorable Clara! Te encuentro al fin.... Montalbán ha sido preso y condenado á muerte por robo y asesinato en París.... ¡Antes de morir ha confesado que él era el asesino de mi hijo, y que no era tu padre...., no! ¡Tú eres la hija del noble y desgraciado conde de Rosemberg, que te confió á sus cuidados, y luego murió en el destierro! Yo te he buscado por todas partes, y, no hallándote, he querido morir en la guerra. ¡Ahora ya puede Dios llamarme á sí!

El marqués curó, gracias á los cuidados de Clara, y ésta se llamó algunos meses después la marquesa de Valmore.

¿Por qué te empeñaste en morir?—le preguntaba tiernamente su esposo el día mismo de su unión.

—Mi padre me había dado la vida y yo debía salvar la suya—contestó sencillamente Clara; además, ¿qué me importaba vivir siendo criminal á tus ojos?

Este admirable rasgo de amor filial ha servido de argumento á una de las mejores óperas de un ilustre maestro; y la pura figura de Clara de Rosemberg vivirá tanto como los siglos, pues sólo la virtud es inmortal.



28.—Traje para paseo, de hechura-reforma, con saco paletó.

—¡Levantaos! ¡Miraos manchada con la sangre de mi hijo, y defendeos si podéis!—exclamó sordamente el marqués.

Clara tembló, é iba á gritar: «Soy inocente!»; pero la angustiosa mirada de su padre le cerró la boca; una palidez terrible cubrió su gracioso rostro, y dijo, alzando al cie-



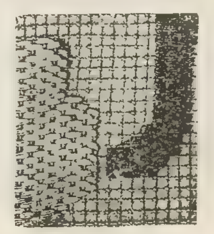
31.—Vestido para reunión. Cuerpo de encaje y falda con canesú.



32.—Almohadón sobre tela de red.

Cuando vuestros deberes filiales os parezcan penosos, acordaos, mis jóvenes lectoras, de la que todo lo sacrificó á estos deberes: su amor, su dicha y hasta su vida; cumplidlos con exactitud y ternura, y estad ciertas de que Dios vela siempre por los buenos hijos, y les recompensa con creces todos sus sacrificios.

Imposible parece que existan malas hijas; pero la que merece ese triste dictado, en el mismo lleva su castigo, pues nadie querrá para amiga ni profesará estimación á la que no sabe llenar el primero y el más santo de los deberes.



29.—Bordado para aplicaciones.

El Regalo de Reyes.

I

—¡Papá, papá! Aquí están los zapatos.

—Bueno, vengan. ¿Dónde queréis que los ponga, en el balcón ó en la chimenea?

—¡En el balcón!

—¡En la chimenea!

—¡En el patio!

—¡Eh! ¡Alto ahí! Fijémonos bien. Yo creo que será mejor ponerlos en la chimenea, porque mañana temprano hará frío y será muy peligroso asomarse al balcón ó salir al patio á buscar el regalo de los Reyes Magos; ¿no os parece que tengo razón?

—Como usted quiera.

—Conformes. Vamos á ver, vamos á ver. Es indudable que los Reyes no saben vuestros nombres y que van á repartir lo que traigan, á ciegas, «al buen tum tum,» como dice la criada, y como ha dicho un diputado el otro día en pleno Parlamento....

—¡Es verdad!

—Así es que yo quisiera que en cada zapato dejáramos un papel con el nombre del dueño. ¿Eh?

—Sí, señor, sí; voy por papel y pluma.

—¡Anda!

—Y diga usted, papá, ¿nos dejarán lo mismo que el año pasado?

—No me acuerdo qué fué.

—Al despertarnos y buscar los zapatos encontramos un caballo para Fernando, un tambor para Ernesto y una muñeca para Camila.

¿Y qué ha sido de las tres cosas?

—¡Uf! ¡Hace mucho tiempo que se rompieron!

—¿Sí, eh? Pues me temo que este año los Reyes, que lo saben todo..

—Pues si lo saben todo, ¿para qué vamos á poner el nombre de cada uno de nosotros....?

—Para que le dejen á cada uno lo que merezca.

—¡Ah, ya!

—¡Me temo que esta vez, enojados al saber que habéis destrozado los juguetes, pasen de largo!

—¡Ay, papá, no nos diga usted eso!

—Aquí traigo papel y pluma.

—¡Vengan! Trae tu zapato, Fernando.

—Tome usted.

—Bueno. Basta con que pongamos á la cabeza de esta hoja de papel tu inicial. ¿Ves? Así: F.

—Ahora la mía.

—Zapato de Ernesto. Una E.



34.—Tiestero de caoba.



33.—Elegante vestido de crespón de China.

—Tome usted el mío.

—Trae, hija mía. En vez de Camila, pondremos sencillamente C. Ea, ya está. Ahora á dormir y á esperar la mañana.

—¡Que nos llame usted muy temprano!

—¡Ya lo creo! A la cama, y dormirse pronto. Buenas noches.

—Buenas noches; hasta mañana.

II.

— Papá!

— Padre!

¡Papaíto!

—¿Qué ocurre? ¿Por qué lloráis? ¿Qué es eso?

—Levántese usted y verá. ¡No hay nada en los zapatos!

—¿Cómo que no hay nada? ¡Eso es imposible!

—¡Nada!

—Ea, ya estoy aquí. ¿Qué pasa?

—En mi zapato no hay más que el papel con la inicial.

—¿Y no dice nada debajo?

—¡Ay, es verdad!

—¡Lee!

Hay que creer. Los pueblos tienen religiones diversas, pero en todas hay la idea de un Dios, de un Ser superior que gobierna la vida. Nacemos en una religión, y hay que vivir y morir en ella. Lo que no puede ser es no tener ninguna.»

—¡Hola! No está eso mal. Y en tu papelito, Ernesto, ¿qué dice?

—Voy á ver. «La duda es la muerte. Hay que esperar siempre. Dudar es vivir en la desesperación. Dios aprieta, pero no ahoga. Suprimir la esperanza es entregarse á la desesperación. Las almas nobles no desesperan»

—Muy bien. A ver que le dicen á Camila; lee, hija mía.

—«El secreto de la felicidad y el afán de toda alma cristiana consisten en «vivir para los demás.» Vended lo que tenéis, «dadlo á los pobres,» y tendréis un tesoro en el cielo.»

—¿Y todavía decís que los Reyes no os han dejado nada? Vuestras iniciales son: F., E., C. Os llamáis «Fe, Esperanza y Caridad,» yo os lo digo. ¿Tienes fe en el regalo que esperas, Fernando?

—Sí, señor, sí.

—Ve á tu cuarto y busca en el cajón de tu escritorio.

—¡Papá, papá, está lleno de bombones!

—Tú, Ernesto, á pesar del chasco, ¿esperas lo que esperabas?

—¿Por qué no?

- Busca en tu armario.

—¡Está lleno de libros, estampas, cosas preciosas!

—Y tú, hija mía, ¿tendrás valor de renunciar á lo que te han dado? Busca debajo de la almohada.



30.—Detalle de escopladura.

¡Cuánto dinero! Cuartos, pesetas, duros...

—Pues hay que dárselos á los pobres... No los cuentes; sal á la calle y reparte á derecha é izquierda....

—¡Un beso, padre!

—¡Mil y mil besos!

EUSEBIO BLASCO.

Mandonnetta.

I

Del mudo claustro sombrío
en una pequeña estancia,
duerme tranquila y dichosa
mi virgencita de nácar.
Están cruzadas al pecho
sus manos puras y blancas,
en actitud de quien tiene
en el cielo su esperanza,
la envuelve en manto de seda
su cabellera dorada,
y sonríe á los ensueños
que regocijan su alma!

II

Del claustro austero y sombrío
ningún eco se levanta;
apenas si se percibe
un tenue rumor de alas,
cual si estuvieran llegando
los ángeles de la guarda....
Duerme, niña candorosa,
hecha de raso y de nácar
y teñida con los pétalos
de las rosas de Bengala;
descorre los anchos velos
de tu pupila azulada,
y disfruta de los sueños
que regocijan y encantan!

III

¡Mañana!....¿por qué temores
á la idea del mañana,
si con heroicos esfuerzos
aparté la copa amarga
de tu labio, porque nunca
la hiel del dolor probara;
si de tu dulce inocencia
la azucena inmaculada,
con mis manos temblorosas
hacia los cielos alzaba,
como el solo templo digno
de su virginal fragancia?....
¡Mañana!....¿por qué temores
á la idea del "mañana?"
Jamás, jamás se extinguieron
de amor, ofrenda temprana,
en mi mente tu recuerdo,
en mis labios, la plegaria
que fervorosa y doliente
brota á través de mis lágrimas
pidiendo al Dios de los buenos
tu ventura y mi esperanza.

IV

Duerme, virgencita hermosa,
que ya en ondas perfumadas
flota, rodeando tu frente
mi fervorosa plegaria.
y hasta los cielos se eleva
después, como nube blanca,
esa oración de las madres
que de Dios todo lo alcanza!

JULIA.



35.—Manteleta para baile, con caídas de banda.

Home Sick.

Cuando estés lejos de mí
y vuelvas á la ribera
de la tierra en que nací,
acuérdate que extranjera
todos me llaman á mí.

¡Extranjera!... ¡qué dolor
siente quien falto de hogar
no encuentra vida y calor,
y quiere el mundo ensanchar
para llenarlo de amor!

¿Será tan loco mi anhelo?
¿Será estéril mi ansiedad?
¿Por qué no tener, sin duelo,
la azul techumbre del cielo,
por patria, la humanidad?

¿Por qué los hombres se afanan
en lucha tan desigual,
y unos pierden y otros ganan...!
¿Por qué, por qué no se hermanan
soñando el mismo ideal?

La justicia y el amor
dan confianza y bienestar...
¿Cuándo podré descansar,
sin tristeza y sin dolor,
en mi patria y en mi hogar!

LOLA R. DE TIO.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano, y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. . . . .$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas 9,829 oro
Otra póliza de seguro. . . . 14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos. . . . . 37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo: á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.

Como en el abismo de luz que sigue al abismo del sepulcro, el mal se resuelve en tempestades y en serenos horizontes la virtud.

***

La virtud es la aurora siempre nueva, ofreciendo siempre días más brillantes que los que ya deslumbran.

FLOR DEL AVILA

Oh, la morena, lujo del Guaire,
Flor de la tierra venezolana,
La de la gracia, la del donaire,
La del donaire de sevillana.

Oh, la morena de labios rojos,
—Virgen que dulces sueños concibe,—
De negras cejas y verdes ojos
Como las aguas del mar Caribe:

Del mundo apenas levanta el velo,
Radiante aurora de un bello día
Y ya en sí lleva, cual dón del Cielo,
Toda la gracia de Andalucía.

Mira, y palpitan de amor las almas,
Y al contemplarla finje la mente
Visión soñada bajo las palmas
En las serenas noches de Oriente.

Habla, y su acento candente y suave
Tiene murmurios de espumas y ondas,
Arrulladores trinos de ave.
Y dulces quejas de aura en las frondas

Pasa, y al roce de su vestido,
Modula el viento plácidos sones,
Y todo es gloria, porque ha nacido
Para hacer suyos los corazones.

Oh, la morena, lujo del Guaire,
La de los labios de viva grana,
La de la gracia, la del donaire,
La del donaire de sevillana:

Sol que no tenga jamás ocaso
Vierta fulgores sobre su senda,
Lirios y rosas halle á su paso,
Y su alma, un alma que la comprenda;

Y esas dos almas formen un día,
Del mar del mundo sobre la ola,
Un solo aroma y una armonía,
Un Usolo astro y un alma sola.

Ismael Enrique Arciniegas.



1.—Vestido de baile para señoras jóvenes.

2.—Traje "golondrina" para baile de fantasía.

3.—Otro traje de fantasía "gramófono."

4.—Sombrero de fantasía para fiestas de carnaval.

Explicación de nuestros grabados.

Número 1. Para el vaporoso vestido de baile que representa nuestro grabado, se emplea tul «malines,» al que se le aplican galones y lentejuelas de plata y de nácar; por encima del fondo se hace caer una entrefalda de tul lío, ligeramente embastada. La sobrefalda se compone de una pieza-falda que se frunce hacia arriba y se cierra por detrás y de un volante. El escote del talle es cuadrado y cerrado en el dorso.

Número 2. El grabado representa un traje de fantasía «golondrina,» cuyo vestido inferior es de raso color azul pizarra sobre el que cae la sobrefalda de muselina de seda blanca, ligeramente plegada. El borde de la sobrefalda se acompaña de dobladillos. El cuerpo del forro se hace cubrir con muselina de seda azul y blanca en pliegues y con fruncidos al rededor del escote. La grande banda de seda «liberty» que rodea el talle, debe tener unos 20 centímetros de anchura. Las golondrinas se recortan primeramente y en tamaños graduados, sobre cartón, cubriéndolas después con papel crespón de la China. Las luces ó claros se marcan con lentejuelas de acero ó con legítimas plumas de golondrina. También se pueden comprar estos animalitos en cualquier almacén de confecciones. Las medias que se lleven con este traje, han de ser de seda azul y los zapatos negros y con golondrinas en vez de hebillas.

Número 3. Este traje original «gramófono,» se cubre con los aparatos necesarios de un fonógrafo, embudos de resonancia, cilindros, etc., como atributos. Lo más á propósito es emplear verdaderos embudos de resonancia que se llevan en las manos y se aplican constantemente al oído. Los embudos que van sobre el vestido, son de terciopelo gris de plata ó de tela de plata, y los cilindros, de terciopelo negro

con pinturas adecuadas. La corta falda de pliegues, es de raso amarillo, y el corpiño de terciopelo negro, completado por una camiseta de raso amarillo. El cierre se coloca bajo el peto de terciopelo, que en este caso particular tiene forma de embudo. La manga es de raso abullonado. Del cuello se hace pender un cordón de perlas negras.

Número 4. Este sombrero de fantasía, para fiestas de carnaval, es de paja amarilla, muy resistente, y el ala se forra con muselina de seda de color. El estilo de este sombrero es del año de 1830. Un exagerado ramo de flores descansa sobre la copa, y el armazón del sombrero se hace rodear por un ancho listón de seda que se anuda al lado izquierdo de la barba.

Número 9. Para conseguir la graciosa caída de los pliegues de este traje, se emplea tela muy fina y delgada, semejante á crespón que se combina con muselina de seda del mismo color. El forro del fondo se completa con dos volantes y la sobre-falda, ligeramente arqueada en los lados, es lisa por delante y se cose fruncida por detrás. El talle se cubre con piezas corselete, altas, compuestas de tafetán y muselina de seda, con dibujos de pana fijados al tamboril. El escote se cubre con un pañuelo de hombros, de muselina, cruzados por delante y detrás.

Número 10. La sobrefalda de encaje negro, se hace de entredós Chantilly, que se puede reemplazar por tela de encaje, que se une con puntilla de seda, al bolillo, y cinta de terciopelo. El forro también puede hacerse escotado ó con canesú transparente de muselina. Al canesú se juntan las tablas de la falda que son rectas por delante y ligeramente arqueadas por los lados. En la cinta de terciopelo que cubre la costura posterior, se hace un corte del largo de la abertura y se cierra después con ganchos y corchetes. La manga se compone de dos partes: una pieza superior de cinta, y otra abofellada que se hace terminar con encaje liso. El cuello recto se compone de tres entredoses y de una cinta de terciopelo algo plegada.

Números 11 y 12. La explicación de estos grabados la hemos dado ya en números anteriores y por esta razón no la repetimos en el presente. Según lo anunciamos hace días, omitiremos la explicación de los trajes que han sido explicados con anterioridad, pues con ligeras diferencias, fácilmente comprendidas por las señoras, la confección es semejante.

Número 18. Traje de baile, estilo «Imperio,» que se confecciona con seda «plongé» azul. Las mangas de fantasía se hacen con muselina de seda del mismo color. Para el vestido inferior se emplea satín; la confección es «princesa» con dos volantes plegados. Puede asegurarse que este traje para baile, es uno de los más elegantes de la moda actual. Su uso se ha hecho extensivo en toda Europa y creemos que pronto se generalice en México.

Número 21. Este ramo de flores sobre cuero, se hace con escopladura ó con pintura á la aguada. Los contornos de las flores son dorados y las hojas de un tono verde muy delicado. La pintura puede aprovecharse en diversas aplicaciones.

Número 22. El estuche de cuero, para el espejo que se halla también en el grabado, es de una sola pieza y está tallado con punzón. El espejo, según puede verse, se hace rodear por una franja de cuero que se sujeta por medio de pequeños ojillos de metal. Para imitar las flores del estuche, pueden emplearse los mismos procedimientos que indicamos en el grabado número 10.



5.—Elegante traje de paseo.

Número 27. Otro vestido de fantasía, «dominó automóvil,» que se hace de paño color de moda ó cobrizo, lo mismo que de alpaca, lino ó resistente tela de algodón. La capa es de hechura saco y presenta por delante y en la parte inferior, una costura ligeramente arqueada que sube desde el bolsillo hasta la enmangadura. Las mangas son amplias y á la última moda, y el cuello es muy ancho y de hombreras. En tamaños progresivos se esparcen las ruedas de «automóvil» sobre el vestido, las cuales deben ser sobrepuestas ó pintadas al óleo. Si se sobreponen, debe tenerse cuidado que la tela sea más clara que la del vestido; los rayos se marcan con sutache obscuro ó pequeñas puntadas de tallo. El pequeño escote se cubre con una camiseta de cuello recto y con una corbata. La media careta de seda se completa con un volante de muselina. En la mano se lleva una trompeta en señal del «sport.»

Número 28. El grabado representa un traje distraz «estrella» que es de seda ó de gasa negra con volante en forma de remangado hacia atrás. El sobre-traje cae sobre un vestido color de rosa y de pequeño escote redondo. La delantera del vestido se cubre con gasa de oro. El volante se forra con seda verde y la juntura de las fruncidas se cubre con galón de oro, acompañado de una tira plegada de cachemira. En medio de las estrellas que cubren el traje, y las cuales son de tamaños progresivos y se hacen con oropel engomado, se hallan dos pequeños agujeros por medio de los cuales se unen al vestido. El peinado es muy alto y sobre de él se coloca una gran estrella. El peinado se cubre por un sutil velo de gasa.

Número 29. Traje de fantasía del año de 1813, que se confecciona con crespón de la China, color gris de plata, combinado con muselina de seda rosa y galón de plata. La sobre-falda se compone de delantera y campana y es muy amplia dobladillada y cosida con puntadas invisibles. Para el talle, con escote agudo ó en forma de pico, se frunce el forro al rededor de las bocamangas. En los delanteros no se cose el borde superior del escote de manera que pueda intercalarse aquí una pequeña tira plegada de seda. Las mangas son de crespón de China y llevan una manga interior de muselina de seda. Para el adorno del peinado, hay que ondular el cabello y rizarlo por detrás en anchos bucles, de manera que formen un moño. La cabeza se cubre con un pañuelo de seda plegado. Los pliegues se recogen con una cinta y el peinado lleva un alto copete.

Número 30. La corbata que representa el grabado se hace de seda plegada, sobre la que se colocan pequeñas «moscas» de terciopelo negro. Un dobladillo de regular anchura rodea la corbata cuyos adornos, lo mismo que los del cuello, se hacen con estrecha cinta de pasamanería.

Número 31. Este pequeño delantal para vestidos de reforma, es de seda labrada y se adorna con cuatro moñas de listón, colocado en los tirantes y encima de cada uno de los hombros y en los lugares en que corresponden las pequeñas bolsas del delantal. Su confección es muy sencilla y vistosa; por detrás es cerrado hasta la cintura con pequeña botonadura de metal. Anchos pliegues forman las dos ondas que parten en el delantero y terminan en los hombros.

Con motivo de la proximidad del carnaval, en el presente número, lo mismo que en el anterior, hemos publicado varios figurines de trajes de fantasía que no dudamos serán del agrado de nuestras lectoras. Por lo que respecta á la «Sección del Hogar» ó de trabajos manuales, preparamos una verdadera sorpresa.

La Madre.

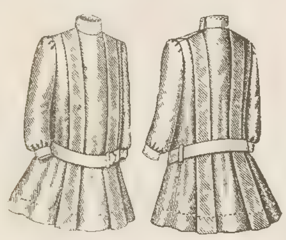
ARTICULO TERCERO.

I

Triste es el ejemplo que vamos á ofrecer á nuestros lectores, y, sin embargo, le elegimos entre muchos, como el más elocuente y como el más propio para manifestar hasta dónde llega la influencia de la madre sobre su hijo.

Ya hemos visto la saludable que ejerció Mad. de Lamartine en el suyo; hablemos de la funesta, de la tristísima, que Lady Byron tuvo en el carácter y en el destino del ilustre poeta que le debe la vida.

La orgullosa y severa Inglaterra se envanece y con justísima razón,



6.—Trajecitos franceses, tableados, para niños.





7.—Vestiditos para niño.





8. Trajecitos con cuello de fantasía.



9.—Traje de reunión, estilo "Imperio."

10.—Traje de reunión, hechura reforma

11.—Vestido reforma, con cuerpo de pliegues.

12.—Traje reforma, guarnecido con sesgos.

de contar entre sus hijos al poeta cuyo nombre ha llenado con su gloria al mundo entero; pero si esa nación, moral por excelencia y amante de la familia, separa sus ojos de madre de la entidad «poeta» de lord Byron, y los fija en la entidad «hombre» del mismo, es seguro que los cerrará avergonzada.

Lady Byron estaba dotada de una hermosura encantadora y de un talento tan grande, que no podía comprenderse sin asombro, ó más bien, que podían comprender muy pocas personas, pues sólo la inteligencia grande es la que sabe medir y apreciar la grande inteligencia.

Lady Byron no fué dichosa en su matrimonio: á pesar de sus sobresalientes dotes de talento y de hermosura, ó quizá á causa de estas mismas dotes, mal apreciadas de su marido, detestó el lazo eterno que á él le unía, y el nacimiento de su único hijo Jorge la causó más disgusto que placer.

La muerte desató su cadena conyugal, y, viuda ya, amó, ó creyó amar muchas veces, engañándose siempre y mirando caer á sus pies los ídolos que su propia imaginación había levantado y vestido con doradas galas.

En la perpetua tempestad de su vida, poco ó nada pensaba en su hijo, que desde su más tierna edad escandalizaba, con los arrebatos de su carácter, á los sesudos profesores y á los inocentes educandos de los colegios de nobles de Ha-

rrow y de Cambridge; si lady Byron hubiese modelado desde entonces el carácter de su hijo con el blando cincel del amor materno, seguramente no se hubiesen desencadenado más tarde las furiosas pasiones que sumergieron la gigantesca naturaleza de Jorge en el abismo de todos los excesos.

Aquella madre fatal reunía una razón débil á una imaginación ardiente y soñadora y á un corazón árido y frío; su salvaje orgullo le hacía negar todo cuanto no comprendía; sus creencias religiosas, débiles siempre, desaparecieron por completo cuando más falta le hacían, cuando la edad del amor había pasado, cuando su cabeza, rehusando abrigarse bajo la santa bandera de la fe cristiana, debía quedar expuesta á todas las tempestades de la vida.

II.

Jorge Byron fué á la casa maternal, expulsado del colegio por su desarreglada conducta, hija, sobre todo, del abandono en que su madre le dejaba; y en vez de hallar en aquella madre una amiga tierna y previsora, halló una mujer dura, fría, indiferente para él, y que en su helado y extraño escepticismo, se reía de las cosas más santas, y se burlaba de todo.

No se lanza á través de las selvas el caballo que ha roto el freno con más ardor y bravura en la carrera que el joven lord se lanzó en todos los excesos de la vida libertina; juzgó á todas las mujeres en su madre, y á todas las despreció, siendo para él juguetes que le divertían poco más ó menos tiempo; sus poemas «Childe Harold», «El Corsario», «Chiam», «La desposada de Abidos», «Lara» y «Don Juan», elevaron su fama al más alto grado de la gloria; pero ¡qué vida la del poeta! Viajando sin cesar para olvidar el vacío que ni la gloria podía llenar, cansado de honores y de riquezas, consumido de hastío, Jorge Byron era el hombre más desgraciado de la tierra.

Fatigado de su deplorable existencia, quiso ver si hallaba la calma en el puerto del matrimonio, y obtuvo la mano de miss Milblanc, joven encantadora, que le dió pronto una hija; pero los lazos de la familia se le hicieron insoportables al poco tiempo, y huyó á Ginebra, trasladándose después á Florencia.

Para que no existiese una desdicha que Jorge no apurese, le llegó la hora de amar verdadera y profundamente, cuando ya estaba unido á otra mujer; la condesa de G... fué la que le inspiró el único amor de su vida, y la condesa estaba casada como él.

No es de este lugar el referir los escándalos que estos amores produjeron: la condesa, cansada del carácter de Byron, agobiada con la esterilidad de aquel corazón que sólo por ella latía, pero que en todo lo demás era de piedra, tuvo, por fin, el noble valor de desprenderse de tan funestos lazos, y lord Byron, desesperado, recorrió la Grecia y se ocupó en conspirar, hasta que á los treinta y siete años murió de una fiebre inflamatoria, asistido y cuidado solamente por un fiel criado suyo.

III

Tal fué, considerada á grandes rasgos, la vida de este gran poeta, de quien una madre tierna y piadosa podía haber hecho un buen ciudadano, un buen esposo, un buen padre, y sobre todo un hombre feliz, y que fué el más desgraciado de los vivientes y uno de los hombres más bajamente viciosos.

Aquel que estudie el carácter y los escritos de lord Byron, hallará entre unos y otros las más extrañas contradiciones; escéptico en su vida, se lamenta amargamente de no haber nacido católico; aristócrata por la cuna y el carácter, hace alarde de despreciar las preocupaciones de su clase; abomina la disipación en sus obras, y su vida no es otra cosa que una disipación continuada; considera el matrimonio como una calamidad insoportable, huye de él, y escribe que el matrimonio es el estado más feliz de la vida.

¡Pobre y enferma cabeza! ¡Pobre corazón extraviado y solitario en los desiertos de la vida! ¡Pobre y gigantesco pensamiento, aspirando siempre á un «más allá» que no encontraba! ¡Si una madre tierna, piadosa é inteligente te hubiera prestado el calor amoroso de su seno; si te hubiera mostrado el cielo con la palabra y con el ejemplo de una virtud suave y sencilla; si te hubiera abierto en su corazón un refugio á todas las decepciones, á todos los dolores de la vida, hubieras sido feliz, aunque no hubiera sido de otro modo que agradeciendo á Dios tu propia grandeza!

IV.

El mundo, casi siempre justo, se ha encargado del castigo de lady Byron; en vez de rodear su memoria de la aureola de gloria eterna que de justicia se debía á la madre de tan grande hombre, sólo la representa cubierta con los negros velos del sombrío escepticismo y del helado orgullo.

Deploremos todas las mujeres que aquella mujer ilustre, que aquella madre no se haya elevado sobre su pedestal de palmas y de flores; deploremos que no adorne su frente la augusta corona del amor paterno; ciñéronla, es verdad, la de la hermosura y la del talento; pero ¿qué valen éstas, si no sostienen los suaves y perfumados velos del amor maternal y de la fe cristiana?

¡Nada! Todo perece en la tierra para aquella que, habiendo dado á luz hijos, no puede esperar que se grabe en su losa funeraria:

«¡Aquí reposa una buena madre!»



13.—Traje para niños de 5 á 7 años. 14.—Vestido de pliegues para niños.



15.—Traje "skating" con ribetes de piel.



Traje de casa, con cuello de fantasía.



LA HIJA.

ARTICULO TERCERO.

I.

No tan «éclatante», como dicen los franceses; no tan brillante, como nosotros decimos, como el ejemplo que acabo de ofrecer, llega otro á mi memoria, que me ha referido una antigua y respetable amiga; pero si el sacrificio de Clara de Rosemberg en aras del amor filial aparece rodeado de la aureola del heroísmo, por las circunstancias que le produjeron, pues el crimen es siempre ruidoso, el que voy á dar á conocer no es menos grande por ser más silencioso é ignorado, como lo es siempre la suave y modesta virtud.

En Francia, y en una pequeña ciudad de provincia, en una callejuela oscura y solitaria, habitaba un piso bajo, escasamente alumbrado por dos estrechas ventanas, un anciano matrimonio: la esposa era ciega; el marido se hallaba paralítico.

Toda su compañía era una hija, la mayor de dos que habían tenido. Marta, la más pequeña, había sido una bella flor nacida con la aurora y que fué á dejar su inocente aroma en los jardines del cielo. Dolores era el nombre de la que quedaba en la tierra.

Esta no había sido jamás hermosa; pero había en toda su persona la gracia exquisita de la castidad y del decoro, esa gracia inimitable, ese encanto supremo de la inocencia y del candor: sus grandes ojos, que ostentaban el sombrío azul de la pizarra, eran elocuentes por la dulzura y tristeza que expresaban: sus cabellos negros guarnecían su frente en espesas y hermosas trenzas; su talle delicado, era notable por su elegancia y distinción. Dolores era bella como el sueño de un poeta, bella como la belleza ideal que habla poco á los sentidos, pero cuya vista deja una huella en el alma.

Un paseante extraviado la vió un día bordando al lado de su ventana: en el antepecho había un vaso con flores, únicas amigas de la pobre joven, que pasaba su vida entregada á un asiduo trabajo y al cuidado de sus padres.

El paseante tenía una hermosa figura, y contaba la edad de Dolores, de veintiséis á veintiocho años; pero, qué diferencia entre los dos! La esperanza iluminaba con sus ardientes rayos la frente de aquél, y la alegría moraba en el fondo de sus brillantes ojos. Dolores era triste como el recuerdo del amor postrero.

El contraste trajo el amor, como sucede siempre. Mauricio adoró aquella noble y melancólica sombra: en cuanto á ella, era el primer hombre en quien había oído palabras de afecto: había vivido toda su vida en el retiro más absoluto,


17.—Traje de paseo, con talle jacquet.

18.—Traje de baile, estilo "Imperio."

y dedicada por completo al cuidado de los dos ancianos, sobre todo desde la muerte de Marta.

II.

Mauricio llevaba cada día á la solitaria un ramo de flores, y al día siguiente las veía prendidas á sus cabellos y en su cintura, como para aspirar hasta sus últimos perfumes.

Un día dijo Dolores:

—Entre usted.

La puerta se abrió, y los dos amantes se sentaron frente á frente: en el fondo de la estancia, oscura y triste, los dos ancianos dormitaban en sus sillones, ya casi entregados á un idiotismo completo.

—¿Qué le parezco á usted ahora? preguntó Dolores, mirándole con sus dulces y profundos ojos.

—Más bella que antes [respondió Mauricio]; y la amo á usted de tal suerte, que deseo que las primeras palabras que oiga usted de mis labios al llegar á su lado, sean para probarle mi afecto y mi lealtad; ¿quiere usted ser mi esposa?


19.—Colección de trajes para niños.

Dolores iba á responder «Sí!»; pero se volvió á mirar á sus padres: una nube pasó por su frente, y dijo con voz trémula:

—Mañana le responderé á usted.

Al día siguiente Mauricio volvió por la contestación. Dolores le abrió la puerta, y él se sorprendió dolorosamente al hallarla pálida como un cadáver, vestida de negro.

—Mauricio (le dijo): yo le amo á usted, pero no puedo ser su esposa ....Me debo á mis padres....

—Nada les faltará [repuso Mauricio]; no soy pobre, y tendrán medios para vivir, rodeados de comodidades.

—Les faltará mi amor y mis cuidados! [objetó la joven, meciendo la cabeza]. Mauricio, no puedo casarme!

—Piense usted que dentro de dos días salgo de aquí con mi regimiento, que renuncia usted á mí para siempre.... No me ama usted, Dolores?

—Con toda mi alma! Jamás he amado á nadie, ni de nadie he sido querida, que yo sepa...... Piense usted, pues, en lo que es usted para mí!

—Y así me rechaza usted? Así renuncia usted al amor, es decir, á la vida?

—Ese es mi deber.

—Amor que así está subyugado por un deber que no es una verdad, es amor muy débil [exclamó Mauricio con amargura; y cayendo así en la vulgar indignación del hombre que se ve rechazado, aunque sea por el más santo motivo]: Adiós, Dolores!

Un sollozo respondió á estas palabras.

—No espere usted ya al amor (di-



20.—Elegante corbata japonesa.

jo Mauricio, volviendo hacia ella). Desdichada! Piense en que el que yo le tengo es el último rayo de felicidad que se viene á posar en su frente.

—Lo sé—murmuró Dolores.

—Y no quiere usted ser mía?

—No puedo!

—Piensa usted que esos ancianos casi insensibles, le van á agradecer su sacrificio?

—No he pensado en eso, sino en cumplir con mi deber.

Mauricio lanzó una exclamación, en la que entraban por partes iguales la cólera y el dolor, y se lanzó fuera de la pobre casita.

—Adiós (murmuró Dolores), sombra adorada de mi primero y único amor; sueños de felicidad, para siempre adiós!

Y cayó sobre su asiento, cubriéndose el rostro con las manos y sollozando amarga y dolorosamente.

Cuando alzó la frente, todo rastro de belleza y de juventud había desaparecido en ella: sólo quedaba la grandiosa y triste poesía de un dolor eterno.

III

Dolores volvió á tomar su labor; las últimas flores que le había dado Mauricio se marchitaron en su ventana, y ella recogió cuidadosamente sus hojas secas, como recogió en su corazón los recuerdos de su desgraciado amor: después, inclinándose sobre su bordado, dijo con honda tristeza:

—Así pasaré ya el resto de mi vida.

Dos días después, y á la caída de una bella tarde de otoño, oyó los ecos de una música militar. Era el regimiento de Mauricio, que salía de la ciudad, según él mismo había dicho.

Dolores sintió que alguna cosa se rompía en el fondo de su corazón. Levantóse, y se fué á arrodillar delante del lecho de su madre, que se había acostado ya.

—Madre mía! [exclamó la desgraciada]: es verdad que me amas? Es verdad que te soy necesaria? Dímelo, por Dios!



24. Detalle de bordado para cinturones.

—Déjame dormir, respondió ásperamente la anciana, volviéndose del lado de la pared.

Dolores alzó al cielo sus ojos: nadie en la tierra agradecía su inmenso sacrificio...... La música se fué perdiendo lentamente á lo largo, y se apagó al fin en el vacío......

Algunos años después murieron los padres de Dolores; el anciano siguió de cerca á su esposa; la pobre huérfana quedó sola sobre la tierra.

IV.

Un día recibió esta carta:

«Dolores: usted, que es una santa, ruegue por mí; el recuerdo más dulce de mi vida se dirige á usted; he sido muy desgraciado, pues he perdido á mi esposa, á mis hijos, y etaba solo en el mundo, buscando el amor, he caído en el libertinaje, y en un duelo he sido herido de muerte...... Mi último suspiro es de usted, y lo envío como mi postrer adiós!

«MAURICIO.»

Dolores besó este billete y le puso junto á su corazón; para almas como la suya, aquel recuerdo era una recompensa; desde aquel día habló con Mauricio, enviándole al cielo el lenguaje de la oración.



21.—Ramo de flores tallado sobre cuero.

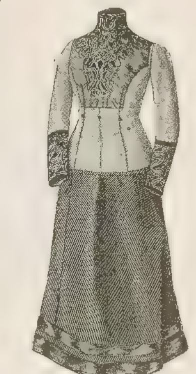
22.—Espejo de mano con estuche de cuero.

LA PESCA.

¡Qué hermosa cena! Refulge en los espejos y en los bronces la luz de las arañas y de los candelabros. En transparentes vasos se ostenta el espumoso vino, las bien olientes flores de estufa, las frutas tardías, los selectos manjares brindan con sensaciones ignoradas. Aparece, en vajillas de oro y plata, la estimulante salsa, el ave de gallarda figura, el blanco y delicioso pescado. Luego, á través del licor diáfano, podrá la imaginación exaltada mirar, como en una cámara obscura, todos los prodigios y aun todos los horrores de la naturaleza.

Fijaos bien: allí está la escarpada costa que azota el mar con soberano empuje; es de noche y, en pie sobre la roca cortada á pico, está el pueblo entero de los pescadores; las mujeres y los niños interrogan á las tinieblas. Baten las olas la agreste orilla con sordo y rudo golpeteo. Primero ningún otro rumor se escucha; luego la campana llama desesperada á los náufragos; brilla en la obscuridad la roja luz del faro como el ojo de un cíclope; brama el mar, gime el viento en el seno de la tormenta y trae, húmedo y frío, al principio ruidos confusos, luego gemidos lejanos.... Después nada.

¡No volverán!



25.—Vestido interior para uno orma.

Que se la "cuerten."

Con «lo de la coleta»
de Lagartijo,
aunque muchos se afligen
yo no me aflijo.
porque—aquí lo confieso
ruborizado—
no soy ni «inteligente»
ni aficionado.»
Y así á ninguno extrañe



23.—Corpiño reforma, con refajo abotonado.

si no me importa
saber si se la deja,
si se la corta,
y si no doy terribles
lamentos vanos,
como los entusiastas
zaragozanos,

que, según «Sobaquillo,»
con voces fuertes,
gritaban al «maestro»
No te la «cuertes.»
Como de tauromaquia
ni jota entiendo
y no sé qué es «retinto,»
ni qué es «berrendo,»
ni sé cuando los toros
son «de cuidado»
—para mí lo son siempre,
por de contado—
ni sé por qué se dice
que una estocada
está, según los sabios,
«atravesada,
cuando al toro le sale
por un costado
y es el toro el herido
y «atravesado,»
ni por qué á los de «aupa»
llaman «tumbones,»
si huyen de que los «tumben»
las ocasiones....
En fin, como no entiendo
ni aun una sola
palabra de esa fiesta
tan española,
y ya con rubor antes
lo he confesado,
yo diría al maestro
tan celebrado:
»Aunque lo siento mucho,
no me diviertes....
pero, en fin, pues lo piden..
¡No te la «cuertes!»

RETRETA.

Pasaban los soldados entre las apretadas filas de curiosos llevando gentilmente sus faroles y alegrando los ánimos con los acordes de sus brillantes bandas de cornetas, con las notas movidas y entusiastas de sus sonoras músicas.

El paso airoso y marcial de los soldados, el eco de los graciosos pasacalles, el marco mismo de la fiesta, esmaltado de luces y de flores, de hombres enamorados y mujeres hermosas, todo era entusiasta y nacional.

¡Ah! ¿Por qué recordaba en aquellos momentos con profunda amargura aquella otra retreta, que en medio de la sombra, y á los acordes graves de saxofones, presencié en noche triste dentro de las murallas de Gibraltar?

Ultima lección.

Ello es que hice una barrabasada al maestro. En el momento mismo en que inclinaba sobre el pupitre la cabeza calva y reluciente, escupí en ella.

Don Jacinto quedó desconcertado; en sus ojos brilló un relámpago de cólera.

—¿Quién ha sido el autor de esa infamia? interrogó balbuciente.

Dudé un momento, pero después, temiendo que pagase mi culpa algún compañero, dije:

—Yo he sido.

Entonces levantóse el anciano, desapareció de sus ojos la cólera, y acariciando mis rubias guedejas, me dijo dulcemente:

—Te perdono, porque no has comprendido el alcance de tu ofensa. Edúcate; sólo así serás digno de sufrir con paciencia las ofensas de los niños.

Salí avergonzado. Al día siguiente llegué jugando con otros niños hasta la puerta de la escuela. Allí había un gran grupo de gente que hablaba en voz baja. Del balcón entreabierto salía una siniestra claridad que me asustó.

—Retírate, niño;—me dijo tristemente una anciana—ha muerto Don Jacinto.

Quedé sobrecogido un instante; al fin entré resueltamente en la escuela.

26.—Corpiño reforma.



28.—Disfraz "estrella."

29.—Traje de fantasía del año de 1813.

27.—Dominó "automóvil.

Allí estaba el cadáver, imponente, severo, con la faz dulcemente contraída. Estaba entre sus libros y sus mapas. Sobre los pies del féretro y al lado de sus negros paños, se extendía la bandera amarilla y sangrienta de la patria.

En aquel punto, recordé la pobreza del pedagogo, sus virtudes, su labor incansable, su perdón hacia mí.

Y, subiendo al tablado, me incliné sobre aquel corazón que tanto había amado, sobre aquella cabeza, un tiempo pensadora, siempre ofendida; hice en ella estallar un beso.. y huí.

EL NIDO DEL HUERTO.

Al entrar en el huerto, tu mirada aleteaba con un aletear convulsivo, y en el cielo turquino de tus ojos cruzaba fatigosamente la alondra del Amor. Era la cita de nuestros corazones ingenuos, todavía no estrujados por la mano traidora de esa fada que llamamos Tristeza.

Los tilos perezosos se agitaban en un vaivén de somnolencia, y una luz enfermiza se filtraba á través de la fronda para dejar encajes níveos sobre tu trajecillo de color escarlata.

Dos gorriones pequeños asomaban su cabecita calva desde un nido colgado en la rama que nos prestaba sombra; y el pik, pik de sus gargantas nos tenía atormentados.

—Quiero que me bajes el nido.... fué tu primera súplica, y yo, entonces tan ágil y tan mozo, subí hasta aprisionarlo.

Los polluelos murieron bajo la caricia de tus manos, el nido rodó vacío á nuestros pies y así pagaron los pequeños gritones su pik, pik atormentador.

***

Mucho tiempo ha pasado, y hoy, cuando Pedrín, el menor de tus hijos, se trepa á los cerezos del vecino y hace destrozos en los nidos, yo recuerdo esa tarde en que se dieron cita nuestros corazones ingenuos, todavía no estrujados por la mano traidora de esa fada que llamamos Tristeza; mientras tú, inclinada sobre la máquina de coser, haces voltear sus ruedas oxidadas.

***

Mira, buena mujer, desde que el huerto pasó á poder de aquel archimillonario burgués, los gorriones se fueron á muy lejos y con ellos el pik, pik atormentador, sólo los tilos perezosos siguen en su vaivén de somnolencia, y en las noches de luna una luz enfermiza se filtra á través de la fronda para diseñar figuras carnavalescas sobre la hojarasca dormida.

Mira, buena mujer, si tú lo quieres volveremos al huerto; no lleves á Pedrín—déjalo en casa—y procura ponerte tu pañoloncito de escarlata en memoria de aquel traje de antaño.

El archimillonario me ha ofrecido la llave de la verja, pero con la maldita condición de no echar por tierra los nidos.

LIS VERA.



31.—Pequeño delantal para vestidos de reforma.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. . . . .$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas 9,829 oro
Otra póliza de seguro. . . 14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos. . . . . 37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo: á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela ',Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



30.—Cuello de pico con corbata.



DE LAS DAMAS.

Explicación de nuestros grabados.

Número 5. El modelo está hecho de tela á cuadros verdes y azules, y va guarnecido con sesgos de paño de color azul ó encarnado. El peto canesú es de pana color marfil, cerrado á un lado y con cuello recto. El delantero izquierdo del forro se hace llegar hasta la mitad, en dos pliegues encontrados.

Número 6. El traje de máscara que representa el grabado, se compone de una pequeña falda de lana encarnada, corpiño de terciopelo verde, blusa de muselina blanca con cintas de color, y delantal de muselina. El corpiño se abrocha en la mitad posterior y la blusa fruncida hacia arriba se cierra por detrás y se completa por pequeñas mangas abullonadas.

Números 7 y 4. Para este traje se emplea género de lana «Panamá» de color pardo, combinado con paño encarnado. El peto se forra con seda sobre gasa. Los dos volantes del cuello, de forma serpentina, se refuerzan, por separado cada uno de ellos, con lino, y se adornan con pestaña de terciopelo.

Número 8. Para hacer este peinado con cocas caídas, todo el pelo se divide por la mitad, se recoge hacia atrás y se forma con él una coca alta y dos caídas. El pelo delantero se ondea mucho hacia atrás sobre las orejas, dejando caer los extremos en pequeños rizos sueltos.

Número 9. Para este peinado de estilo «Imperio,» no debe ser la cara demasiado chica. El pelo se divide y se ondea ligeramente hacia atrás, cubriendo con él ambas orejas. Con presillas de perlas se divide el pelo en bullones. Los cabellos de la nuca se peinan de tal manera, que formen en corona de rizos sueltos.

Número 11. Este vestido de reunión, se hace con tul de «sprit» negro, terciopelo de lustre y encaje sobre red. La sobrefalda se compone de una pieza de tul, cosida en pliegues, y la segunda piezafalda se compone de tres tiras de tul. El escote, que es cuadrado, se cubre con muselina de seda blanca, y se guarnece con tiras lis.. lentejueladas. Sobre los hombros se colocan pr.. las de terciopelo de 3 centímetros de ancho.

Número 12. En el modelo de este traje juvenil y vaporoso, la muselina de seda, color de rosa, se adorna con entredós de bolillo y muselina de seda, verde mate. En el cinturón se emplea el tafetán rosa. El cinturón se forma con una tira sesgada y se abrocha en la espalda bajo dos rosetas de muselina de seda, con largas caídas anudadas.



2.—Vestido de reforma con chaqueta corta. 3.—Vestido de reforma con falda de pliegues

1.—Chaqueta para el vestido núm. 12

Número 13. Este talle sirve para completar faldas de paño fino ó de seda. Para confeccionarlo se usa muselina de seda negra, raso y una guarnición de cuello compuesta de galones de azabaches y medallones.

Números 17, 24 y 19. A los chalecos y corbatas bordadas para caballero, se puede agregar el cubrechaleco que resguarda la pechera y chaleco. El forro es de seda bengalina, verde, sobre la que se pasan las líneas del corte. Los bordados se hacen con seda verde de una sola hebra, y con seda de color bronce se hacen los pequeños motivos.

Números 21 y 23. En el modelo de esta sobremesa, se hace un derroche de colores vistosos con sedas finas. Las líneas principales son de color raso viejo, y las líneas laterales y hojas, de color verde amarillento. En las flores estrellas se hacen lucir estambres de color bronce hechos al punto plano. El dibujo también puede ejecutarse como labor de superposición.

Número 22. El fondo para el dibujo de este cojín, es de terciopelo color de plata. El dibujo puede ejecutarse sobre madera ó pintado. Todos los contornos y nervios que se trazan, se queman finalmente con bronce de oro. Las uvas son de color violado rojizo, las hojas verdes obscuras, y los zarcillos pardoamarillentos. El bronce pulverizado se mezcla con un poco de «medium» y se pone mediante un pincel muy fino.

Número 26. Estos modelos para ropa de niño, se sujetan en todo á las reformas que la indumentaria infantil está recibiendo de poco tiempo á esta parte. Los bordes superiores de

los pantaloncitos, entran con pliegues á cada lado, de estrella á cruz de ganchos, entre el forro y el paño de la pretina. Se ponen ojales en los puntos de unión del pantalón con el corpiño.

Números 27 y 28. El marco de estaño, de ornato moderno, está colocado sobre un marco de cartón revestido con paño verde, que se hace sobresalir en el perímetro. Se transporta el dibujo sobre ambos lados, anverso y reverso, y los contornos y líneas se ejecutan á golpes de punzón. En caso de que los golpes hayan sido demasiado fuertes, se pueden componer mediante el punzón de madera y el martillo, golpeándolos por el lado opuesto.

La Madre.

ARTICULO CUARTO.

I

—¡Dadme hijos, Dios mío, ó haced que muera!

Este era el grito que Raquel elelvaba al cielo cada día: éste era eé grito de las mujeres de la nación predestinada, donde todas aspiraban á ser la madre del Mesías.

Este es el grito que hoy también se escapa del seno de muchas mujeres, que se inclinan sobre una cuna aún vacía.

Desde que la mujer siente un hijo en su seno, sólo anhela la venida de este hijo: su corazón se llena de la ternura más fuerte, más pura, más desinteresada; de la ternura que «da siempre,» y que «no recibe casi nunca;» de una ternura que no agotan ni las fatigas, ni los sacrificios, ni aun la ingratitud, que es algunas veces su recompensa; de una ternura que no se asusta de las pruebas más duras, y que, cuando tiene su origen en la sagrada fuente de la religión cristiana, «nutre,» como dice San Agustín, «almas para el cielo.»

Séfora, madre de los Macabeos, supo exhortar á sus hijos á resistir al tirano Antíoco y á desafiar el horror de los tormentos, porque aquella valerosa madre amaba á sus hijos tanto «y tan bien,» que anhelaba conquistarles, aun á costa del martirio que su corazón sufría al verles martirizar, la felicidad eterna.

«Esta madre era, dice la Escritura, admirable y digna de vivir en la memoria de todos.»

Antíoco quiso conquistar por el prestigio de las riquezas y de los honores al más joven de los hijos, al Benjamín de esta heroica Raquel; mas ella, inclinándose hacia el niño, le exhortó con penetrante energía, y le rogó que fuese digno de sus hermanos y de sí mismo.



6.—Disfraz "viñadora" para niñas de 7 á 9 años.



4.—Traje de reforma, estilo "princesa"

5.—Vestido con falda de pliegues, para jovencitas.

«El Rey, inflamado en cólera, fué más cruel con este niño que con sus demás hermanos, y aquél murió confiado en el Señor: la madre sufrió la muerte después de todos sus hijos.»

II

Virgilio ha celebrado con su poesía encantadora á la madre de Euryalo, la única entre las mujeres troyanas que tuvo valor para seguir el destino de su hijo. Euryalo sucumbe en el combate, y su cabeza, colocada en la punta de una lanza, es paseada ante las tiendas.

La madre, atraída por los gritos de los vencedores, sale del campo de Eneas, á favor del cual combatía su hijo, y vuela al del enemigo, donde aquél ha sucumbido: ve la cabeza de Euryalo; los cabellos de la madre se erizan sobre su frente: su rostro se cubre de mortal palidez; su corazón se ha partido de dolor.....; tiembla un instante...., extiende los brazos, y cae con el rostro contra la tierra, para no levantarse jamás.

Santa Mónica, la dulce y amable madre de San Agustín, mostró su amor hacia su hijo llorando desconsoladamente los excesos de aquél, y ofreciéndose al cielo en holocausto de sus errores.

San Agustín lo dice en estas admirables palabras, dignas de su colosal talento: «Mi madre ha sufrido mucho más para engendrarme á la verdad y á la virtud, que para darme al mundo.»

Estas palabras encierran una elocuente lección para todas las madres, porque la «maternidad moral» es el complemento de la maternidad material, y no pueden las mujeres ser dignas del sagrado nombre de madres sino educando á sus hijos y haciéndoles amar la virtud.

Santa Mónica comprendía así su admirable misión: educó á su hijo con más tierno cuidado: le dió los profesores más distinguidos de su tiempo para que cultivasen su talento, y ella se reservó el cuidado de formar su corazón; siguióle á Cartago, á Roma, á Milán, hablándole siempre en lenguaje dulce y penetrante, y mostrándole á la vez el ejemplo de todas las virtudes.

Pero todo era inútil: el hijo rebelde, extraviado más bien por su imaginación ardiente que por su corazón, no escuchaba nada, y saltaba de abismo en abismo.

Un día el peligro en que se arrojó era tan grande, que el corazón maternal estalló en sollozos profundos y desgarradores.

Dios escuchó aquel grito supremo, y ablandó el corazón del hijo, que se volvió por entero hacia su madre.

Mónica lloró veinte años: pero obtuvo, no sólo la conversión, sino la santidad de su hijo; murió dichosa y tranquila, y aquel hijo, que fué obispo, lumbrera de la Iglesia y doctor de sabiduría consumada, no podía, ni aun en los días de su ancianidad, hablar de su madre sin que una gota de llanto subiese de su corazón á sus ojos.

La historia de San Agustín, de «ese hijo de tantas lágrimas,» es el triunfo del amor maternal y de la confianza en Dios.

III

San Juan Crisóstomo, ese genio admirable, debió á su madre la cultura de su espíritu y la de su corazón; era hijo de una viuda, y quiso separarse de su madre para irse á vivir entre los solitarios de Egipto; pero su madre le detuvo por el tierno discurso que la incomparable pluma del Santo ha legado á las edades futuras.

«No me hagas viuda segunda vez, le dijo la amorosa madre; no despiertes, hijo mío, un dolor que está sólo dormido; espera que yo muera; ¿no sabes que jamás he querido formar nuevos lazos, ni abrir á un nuevo esposo la casa de tu padre? Era muy joven cuando le perdí; pero Dios ha velado sobre mí; yo me dediqué por completo á mi hijo, y mi corazón estaba lleno de valor; ¡verte sin cesar, mirar en tus facciones un reflejo de las de tu padre, era mi placer de todos los instantes! Antes de que tu lengua pudiera articular el nombre de madre, tu vista sola me daba la vida; no me dejes ahora: cuando hayas acostado mi cadáver en el sitio donde reposan los huesos de tu padre, emprende largos viajes, cruza los mares, pues que serás dueño de tus acciones; pero en tanto que yo respire, hijo mío, sufre la compañía de tu madre, y teme el enojo de Dios, sumergiéndome en un dolor que no he merecido.»

Aún hablaba la amable y dulce madre, y Juan, con las dos manos entre las de aquélla, le prometía no afligir su vejez, vencido hasta en su deseo de santidad, por aquel lenguaje tan elocuente y tan tierno.

Aquella santa y noble mujer era admirada hásta por los mismos paganos, y el filósofo Libanius al verla en su juventud tan bella, tan casta, tan llena de abnegación, exclamaba:

—¡Qué mujeres hay entre estos cristianos!

San Basilio y San Gregorio Nacianceno debieron también á sus madres la perfección de sus virtudes; se puede asegurar que no hay en el cristianismo una grande alma ni un hermoso genio, que no haya tenido una buena y santa madre.

Blanca, la hermosa y adorable Blanca de Castilla, formó el alma de su hijo.

La Iglesia y la Francia deben su ilustre hijo San Bernardo á su madre Aletha; esta mujer distinguida inspiró á su hijo el gusto de las letras, y cuando Bernardo quiso llamar al camino de la virtud á su hermana Humbelina, le bastó evocar el recuerdo de su madre para que la joven cayese de rodillas á sus pies.

INSTANTANEAS.

VIUDEZ.

¿No habéis perdido á vuestra compañera? No habéis mirado entonces aturdidos el hogar apagado, el gran salón volviendo en eco sordo el rumor que levantan vuestros pasos, los muebles simulando, ya rígidos fantasmas, ya sombras indecisas; no habéis visto las perfumadas ropas olvidadas en los colgantes del ropero, el abanico de encaje esperando entreabierto las enguantadas manos de su dueña; no habéis sentido zumbar en los oídos la sangre que circula, avisándoos que os circunda el tétrico silencio; no os habéis recreado cruelmente en el dolor supremo de vuestra perdurable orfandad.

¡Oh porvenir que en tu seno escondes el misterio insondable de la vida, si he de mirar deslizarse los años y he de encorvarme á su peso inflexible, haz que encuentre la muerte tocando con mi mano los nevados cabellos, apoyando mi hela-



7.—Vista anterior del traje número 14



8.—Peinado con cocas caídas.
9.—Peinado para máscara, estilo imperio.
10.—Vestido para baile con escote redondo.
11.—Vestido de reunión, con guarniciones de encaje
12.—Traje de baile, guarnecido con galones de encaje.
13.—Talle para vestidos de reunión.

da frente en los temblorosos hombros de mi viejecita!...

EL HIJO DEL COCHERO.

Era algo así como el primer revuelo de la alondra. En aquel paso incierto y vacilante llevaba el niño el dejo del r[illegible]gazo materno, del vigoroso brazo paternal, de las temblorosas rodillas del abuelo. Andaba columpiándose gozoso, agitando [illegible]ar el blanco velo de las pri[illegible] [illegible]arecía llevar en s[illegible] [illegible] rosas, en sus c[illegible]nes todas las tersuras, en sus ojos todos los horizontes.

Un coche se acercaba y fué á su encuentro riendo y tropezando. [illegible] instinto tal vez decía al niño que aquel carruaje podía ser el de su padre que solía llevarle en el pescante cubriéndole de besos y de lágrimas mientras él arreaba á la «mulita.»



14.—Traje de concierto para señoritas.

15.—Elegante sombrero de teatro para señoras.

Apareció en el paseo un carruaje arrastrado por indómitas yeguas.

Y allí fué el chiquitín con su tierno y doliente balbuceo: «¡Papá, papá!» Arrollado, deshecho, cayó bajo las ruedas. Esa fuerza brutal, ciega é impía que todo lo destruye para crear de nuevo, había sofocado en el fango la voz del ángel. Luego la madre, que amante preparaba á la víctima el tibio estambre del primer abriguito de invierno, recibió desvanecida en sus brazos el destrozado cuerpo de la criatura.

ENTRE LOS TRAPOS.

La pobre mujer suplicó, lloró, arrodillóse ante el usurero: todo fué inútil.

Aquella misma tarde tendría que pagarle; de lo contrario, presentaría contra ella una denuncia por falsedad.

Había suscrito aquel pagaré con fecha que desmentía la del sello oficial. Es cierto que él la había ordenado que escribiera tal fecha, pero lo negaría ante el tribunal.

La infeliz comprendió que aquel hombre no se conmovería. Sin embargo, quiso intentarlo una vez más.

—¿Y mis hijos?—interrogó suplicante.

—Que se mueran—contestó fríamente el denunciador.

Y salió.

Pero volvió en seguida. Su perro se había quedado dentro de la obscura vivienda.

Buscóle y le encontró.

El perro había recorrido todo el tugurio y tropezado en un rincón con un montón de trapos, en que se debatía una criatura.

El niño tenía frío; estaba aterido y sin fuerzas, y el animal le lamía la cara.

SARASATE.

Con los ojos cerrados oía los acordes del instrumento mágico.

Contemplaba los esplendores del pasado, las brumas del presente y las nieblas del porvenir.

Y miraba la fantástica danza de los muertos recuerdos.

Surgía ante la absorta fantasía lo real y lo ideal, lo bello y lo deforme, lo concreto y lo abstracto.

Y el violín seguía, animado por las manos del genio, dando cuerpo y relieve á los vagos fantasmas de la pasión y de la gloria, de la melancolía y del amor á la patria.

Entonces recordé el violín humilde de mi padre, silencioso, empolvado, en su rincón obscuro, dentro de su prisión; en forma de ataúd.

ABANICOS.

La exposición de abanicos. ¡Qué hermosas acuarelas! Qué delicados encajes! Qué varillajes espléndidos!

Todo aquel arte es digno de las manos de una mujer.

Todo abanico es bello, porque siempre conserva huellas, perfumes, recuerdos de su dueña. Si el arte le hermosea, el abanico, entonces es el consorcio de la belleza material y moral.

A una mujer se la conoce por sus abanicos, á un pueblo por sus mujeres.

De uno de aquellos dije en los albores de la adolescencia:

«Abanico de nácar y raso leve
que te agitas á impulsos según es fama,
de unas manos tan blancas como la nieve
que hay en las altas cumbres del Guadarrama.»

—Cuando me muera, será para ti —me dijo su dueña con voz triste.

—Ah! Nunca, nunca me dejarás; bien mío! Si muriera, me faltaría la vida antes de sepultarle en el archivo de mis memorias!

Y allí le tengo.

ANTONIO ZOZAYA.

Nuestra Señora del Olvido

Corrían hacia la ermita
hombres, mujeres y niños,
cual desbordado torrente,
con espantoso bullicio.

Llenos tranvías y riperts,
sin llevar un solo sitio
desocupado, en asientos,
en plataformas y estribos;

penosamente las mulas
recorrían el camino,
á fuerza de latigazos,
golpes, blasmias y gritos.

Iban hacia la Pradera,
en medio del torbellino
de los que á pie caminaban,
sin reparar en peligros.

Reflejábanse en los rostros
de aquel inmenso gentío,
curiosidad extremada,
grande asombro y afán vivo,

y todos sin cesar, iban
diciendo en tonos distintos:
—Vamos á ver el milagro.
Vamos á ver el prodigio.

Era el caso, según supe,
que el bendito San Isidro,
patrón de esta villa y corte,
por ignorados motivos

presentó su dimisión
tan resuelto y decido,
que fué preciso aceptarla
sin retrasos ni distingos.

Averiguó, sin embargo,
un «repórter», hombre activo,
que es capaz de averiguar
hasta lo que no ha ocurrido,

que el Santo se lamentaba
de que sólo algunos chicos,
algunas pobres mujeres
ó algunos paletos míseros,

iban á beber el agua
de aquel manantial divino,
que quita la calentura
al que con fe la ha bebido.

«Así en Madrid no se quitan
—afirma que el Santo dijo—
«las fiebres que todos sufren
«en este menguado siglo.

«Fiebres de placer, de lujo,
«de ambición, de poderío;
«la fiebre de la política,
«la fiebre del agiotismo;

«la fiebre de las riquezas,
«la del juego, la del vicio,
«y otras cien mil que no tienen
«ya ni remedio ni alivio.

«Nadie beber quiere el agua
«milagrosa que le brindo,
«y ante tamaño desaire
«por el foro me retiro.»

Antes razones tan firmes
resignarse fué preciso,
y nombrar como patrona
á la Virgen del Olvido,

que era, según voz unánime,
de personajes conspicuos,
la más sabia y oportuna
solución de aquel conflicto.

Pretender curar las fiebres
de que habló el Santo bendito,
y que á gusto sufren todos,
es empeño y es delirio;

lo que necesitan muchos,
¿qué digo muchos? muchísimos,
es hacer que otros olviden
y aun olvidar ellos mismos.

Así al mudar de «patrón»
cambió de «virtud» el líquido,
y el manantial convirtióse
en la fuente del olvido.

Y era de ver cómo iban
á beber sendos cuartillos
los ingratos, los deudores,
los «improvisados» ricos,

los nobles «improvisados»,
los desleales amigos,
las viudas «inconsolables»
y los «tránsfugas» políticos.

Después de llenar sus buches
todos quedaban tranquilos,
olvidadas sus traiciones,
sus veleidades, sus «líos,»

pues perdida de memoria,
que antes era su castigo,
ya eran voces en desierto
de sus conciencias los gritos.

Y como ellos olvidaron
promesas y compromisos,
y del pasado terrible
todos sus hechos y dichos,

se figuraban ilusos,
que el pueblo olvidó lo mismo,
que era completo el milagro
y general el olvido.

Pero el pueblo, que adoraba
á su patrón San Isidro,
y no vió gustoso el cambio,
se alejó triste y sombrío.

Echó de menos el agua
de su manantial antiguo
y en la que tantos bebían
mojar sus labios no quiso.

Por eso el pueblo recuerda
á cada cual lo que hizo;
no olvida nada y se burla
de tantos olvidadizos.

¿Ha sido esto un sueño? Acaso.
¿Es realidad? no lo afirmo.
Pero realidad ó sueño,
como me ocurre lo escribo.

RIMA.

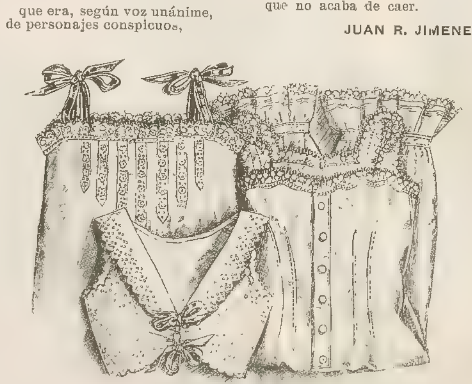
Esta noche hallé en mi sueño
lo que ayer tarde soñé;
pero el alba me ha besado,
el alba suave y cruel.

¡Qué dulcísimo crepúsculo
fué el crepúsculo de ayer!
llegó á verme en mi tristeza
un corazón dulce y fiel.

Venía de allá del mundo
y trajo á mi parecer
un perfume de ilusiones,
de esperanzas y de fe.

El corazón de que os hablo
es amigo, y sabe bien
que mi vida es una lágrima
que no acaba de caer.

JUAN R. JIMENEZ.



16.—Juego de ropa interior para baile

PARA EL HOGAR

LA HIJA.

(Artículo cuarto.

I

Los dos ejemplos que dejamos expuestos en nuestros anteriores artículos, prueban hasta dónde puede llegar la ternura filial en nuestro sexo.

El uno está rodeado de la aureola del heroísmo; el otro, de la suave y dulce luz de la virtudes privadas; pero uno y otro demuestran que todo debe posponerse á la gratitud y al amor que debemos á nuestros padres.

Se han visto malos hijos: pero de hijas malas y desnaturalizadas presenta la historia muy raros ejemplos.

Y esto no es extraño, á nuestro parecer; la condición de la mujer, blanda é impresionable, la inclina á venerar el ejemplo de su madre y á seguirle religiosamente; en tanto que los hijos abandonan el hogar y llevan lejos de él sus pasiones, sus penas y sus alegrías; se alejan de sus padres, y sólo en las grandes ocasiones pueden dar á éstos pruebas de su amor.



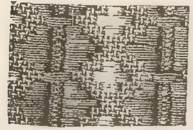
18.—Bordado al punto plano

Pero las hijas, en las que domina ante todo el sentimiento; las hijas, que por su condición viven y crecen al lado de los que les han dado el ser, pueden en todas las situaciones y en todos los instantes probarles su amor y gratitud.

II

Grande y noble es el ejemplo de amor filial que Isabel de Segura dió casándose con don Rodrigo de Azagra por conquistar unas cartas que éste poseía, y que encerraban la deshonra de su madre; y el poeta eminente que ha llevado al teatro la lastimera y tierna historia de «Los Amantes de Teruel,» ha dado el más grande interés á su obra, poniendo como base de la desdicha de Diego y de Isabel el santo sacrificio de la hija á su madre.

Pero si la hija puede y debe en circunstancias excepcionales sacrificarse moral y materialmente por sus padres, no es menos cierto que también puede en las naturales de la vida labrar su felicidad.



19.—Detalles de galón



20.—Blusa de seda, con guarniciones.

La mayor libertad que se nota cada día en las costumbres, y la fe que se obscurece con esta misma libertad, hace que en las familias más unidas, aun en los hijos más tiernos, se note cierto tono irrespetuoso y ligero, y cierta falta de atención que las niñas excusan con la franqueza familiar.

Esto me parece, no sólo anticristiano, sino antisocial, y los padres deben poner el más grande cuidado en evitar el que sus hijos les falten al respeto y consideración que les son debidos.

«¡No añadáis, dice Silvio Pellico en su libro «Deberes de los hombres,» no añadáis tristeza, con vuestro modo de obrar, á las tristezas que doblegan las cabezas que el tiempo ha blanqueado! ¡Que vuestra presencia reanime á vuestros padres! Cada sonrisa que llaméis sobre sus labios, cada movimiento de alegría que despertéis en sus corazones, será para ellos el más bello de los goces, y descenderá sobre vosotros como un rocío bienhechor: Dios confirma siempre las bendiciones de los padres.»

Esta bella exhortación debe dirigirse con preferencia á las hijas, pues ellas son las que viven más inmediatamente al lado de sus padres, y las que más pueden alegrar su corazón y distraerlos de sus pesares.

III

No esperéis, mis amables lectoras, á las ocasiones solemnes para probar á vuestros padres vuestro amor y respeto, porque éstas se presentan raras veces, y más de una existencia se pasa sin haber podido dar pruebas de abnegación, á no ser en las «pequeñas cosas» de cada día: no dejéis pasar esas ocasiones, y pagad vuestra deuda filial en pequeña moneda, por decirlo así, ya que no os sea dado hacerlo en gran des sumas, pues si no, correís peligro de morir insolventes.

A todas horas y de todos modos podéis dar á vuestros padres testimonios de afecto; la dulzura en el lenguaje, las atenciones en la mesa, en la calle y dentro de casa, son otros tantos homenajes que les debéis, y de los que no podéis excusaros sin falta notoria de respeto y cariño.

No es de buen gusto la familiaridad chocante que algunas jóvenes ostentan con sus madres; nosotros no aceptamos la familiaridad y desatenta llaneza, ni aun en la amistad más íntima, ni aun en el amor, ni aun en el matrimonio; la cortesía, los modales afectuosos y dulces, son el mejor sostén de los afectos, aun de los más santos y legítimos; y muchas veces nos ha lastimado profundamente el ver confundir el cariño con la desatención, que está muy cerca de la insolencia; hemos visto hijos que se presentaban ante sus padres mal vestidos y con un desaliño que se hubieran avergonzado de mostrar ante la persona más indiferente; los hemos visto tomar posturas contrarias á la buena educación, cantar, responder con negligencia y aspereza, murmurar del mandato maternal ó paterno, y obrar en la mesa como si estuviesen, no con sus iguales, sino con sus inferiores, sirviéndose, comiendo y levantándose con la más extraña libertad.

¿Por qué no se han de guardar con los autores de nuestros días todas las atenciones que la educación ordena y el decoro manda con los extraños? ¿Por qué una joven no ha de ser con sus padres lo que es para todos los demás?

Imposible le sería estimar, quien estas líneas escribe, á una joven que respondiese duramente á su madre, aunque ésta adoleciese de los más graves defectos; imposible concederle el más pequeño lugar en su corazón, aunque por otro lado aquella hija estuviera adornada de las más relevantes y bellas cualidades, porque nada se puede esperar de quien no guarda en el alma, como una flor inmaculada y pura, el tierno sentimiento del amor filial.

Jóvenes que aún vivís bajo el ala dulce del amor materno y paternal, á vosotras os toca ser la alegría del hogar y el consuelo de vuestros padres: dejad á vuestros hermanos seguir á cada uno el camino que la suerte le destine; vosotras sois los ángeles custodios de la casa, y las que debéis rodear á vuestros padres de cuidados y de alegría; vosotras las que debéis evitarles las penas y las fatigas, y las que debéis condenaros hasta á un asiduo y penoso trabajo, si es preciso, para pagarles así la inmensa deuda de gratitud que contraéis al nacer.

La Eterna Plebe.

El pueblo dormía.

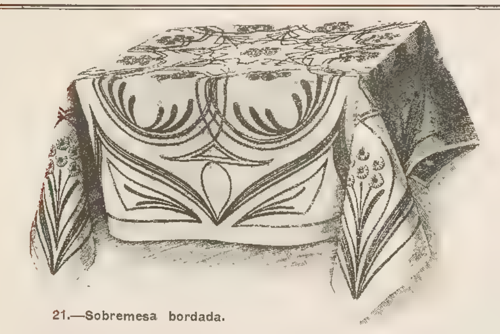
—¡Esclavicémosle! dijo el tirano; y cubrió su cuerpo de pesadas cadenas.

¡Fanaticémosle! exclamó el sacerdote: é inundó su cerebro de sombras.

—¡Oprimámosle! gritaron los pa-



17.—Chaleco y cubre-chaleco bordados



21.—Sobremesa bordada.

rásitos; é impusieron á su esfuerzo trabas.

Y los nobles, los guerreros, los sacerdotes, los mercaderes, los parásitos, después de martirizar y de explotar al pueblo, hicieron más: le maldijeron por los siglos de los siglos.

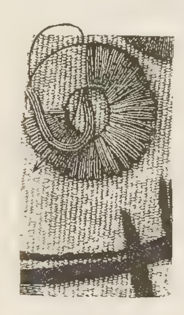
De pronto, sobre el valle, pasó desoladora y terrible la tempestad.

Y derribó los templos, y pulverizó los palacios, y anonadó las fábricas y sepultó en sus escombros al pueblo.

Después....

Después los magníficos, los poderosos, los soberbios, los indomables roturaban la tierra, trabajaban la madera y el hierro; cultivaban las artes.

Habían tenido que hacerse pueblo para vivir.



23.—Modelo de bordado para sobremesa.

LA PITONISA.

Adivina, adivinador....y ya que hasta la prensa ha tomado la cosa en serio, denunciándola por no dejar de denunciar, como de grave peligro, siquiera sea para el bolsillo de las gentes, á mí también me ocurrieron ganas de ir á verla, y héteme en busca de su trípode!

Puede ser tan útil una sibila bien adiestrada y mejor aplicada, que ya pensaba yo de cuántos males y aflicciones podría sacarnos ésta que nos ha caído aquí como tantas otras cosas aún más imprevistas!

Dicen que cuando sucede en París que algo lo valga, ya lo tenía previsto «madame de Thèbes,» la pitonisa de allá, y si eso sucede entre gentes de tanta espuela como la que se cría á la orilla del Sena, ¿qué de raro tiene que pase otro tanto ó mejor, con nuestra escasa espuela del Funza?

En vísperas de marcharse el marqués de Morés á sus exploraciones de Africa, cuenta Gómez Carrillo, leyóle su suerte la pitonisa en las líneas de la mano.

—¿Qué dicen? preguntó él.

—¿Puedo hablar con entera franqueza? replicó ella.

—Hable usted.

Entonces, rudamente le confesó que su «línea de vida,» indicaba que iba á precipitarse hacia la muerte violenta á la edad de cuarenta y dos años.

—¿Qué edad tiene usted?

—Justamente cuarenta y dos años, y sonreía tranquilo el audaz viajero.

Por la sala llena de gente un murmullo circuló, los ojos azules se humedecían al contemplar aquel gallardo explorador que sonreía ante la promesa sibílica de una cercana muerte.

—No vaya usted á Africa, murmuraron los más amables labios.

—Sí, iré. Y ya verán ustedes que no pasa nada. Aquí les contaré las aventuras de mi viaje......

Dos meses después, el telégrafo anunciaba que el explorador francés había sido asesinado por los tuaregos. y ahora que acaba de juzgarse á los árabes responsables de la muerte, todo París recuerda la fatal predicción de «madame de Thèbes,» que por lo menos es una gran embaucadora, ya que sibilas ni existen ni han existido jamás.

....

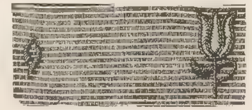
Con todo, y sin creer en la Thèbes, ni aun siquiera en el célebre sonámbulo Alexis, que le dijo á la Bashkirtseff cosas extraordinarias, ni mucho menos en pitonisas de la tierra, tomé el carro azul del tranvía y de rondón fuí á dar en casa de la nuestra. Entré, no sin sentirme ligeramente emocionado y curioso por el espectáculo que buscaba. En la antesala me hicieron esperar y quedé solo. En el cuarto vecino sentía suave murmullo de voces, comprendí que ahí era el templo de la nigromancia, y sin reparar en mi falta de discreción, levanté con cuidado una cortina y miré.

Mi decepción fué enorme. Aquello no tenía el aspecto que esperaba; ni colgaduras negras con calaveras y canillas amarilloass, ni trípode, ni luces verdes para iluminar el pavoroso conjunto, ni sibilisca mujer con túnica negra, estrellas de plata y oros de fuego, siquiera como la adivina del «Baile de máscaras»... Nada, era una salita sencilla, burguesa como ella sola, con abundante luz natural, y sin aparato alguno de nigromancia; en el fondo, tras una mesa común con juego de naipes en la carpeta, una respetable señora como las que ven ustedes cada día ni más ni menos, y delante un joven moreno, simpático, vestido todo de negro, que oía nervioso las palabras de su suerte. Puse el oído atento á una rendija, y escuché:

—Usted acaba de tener un luto... está muy triste....¿Su papá, seguramente?

—No pregunte usted nada, dijo él. Es inútil, no quiero darle ninguna luz.

—Bueno. Usted recibirá buena herencia.... Tendrá una carta que le interesa......Abrazará á un amigo que viene de la guerra.... Ha tenido penas y tendrá otras.... Hará un viaje.... veo agua, quizá pase el mar ó por lo menos un río...... Es amigo de la lectura.... A usted le encanta «Quo Vadis»?..... Tiene



24.—Dibujo para aplicaciones

mucha gente que lo quiera.... Ah! la sota á la izquierda del caballo.. ... Usted está enamorado.... unos ojos vivos y adorables lo persiguen, es muy gentil y elegante..... pero mire usted, hay otra sota debajo, su amor variará....ojos distintos lo mirarán con amor....Usted es celoso, defiende su bien como un tesoro....... y sin embargo, lo cambiará por otro.... Usted sufrirá mucho....La sota de más abajo dominará.... Usted será feliz, sí muy feliz! Y la pobre señora, que movía febrilmente sus manos de carta en carta y recitaba de coro predicciones ó noticias que á nada la comprometían, se calló..... Era la «buena ventura» más sencilla del mundo, así me la «echaban» de niño las criadas de casa.

—¿Eso es todo?

—Sí, señor; las cartas no dicen más.

—¿Qué debo á usted?

—Nada, esto lo hago sólo por complacer á los que me visitan, es un simple juego, nada de lo que digo es verdad....Usted nada me debe. Si quiere, puede dejar una limosna para mis pobres.



22.—Pintura sobre terciopelo, para cojín

Dióla el simpático joven y salió. Ni siquiera reparó en mí; iba serio y con desagrado, ya porque habían coincidido con su estado algunas frases de la sibila, ó ya por la tontería de haber ido á consultarla. Sin embargo, entré.

—¿Usted también desea....?

—Cartas, no. Ese juego de naipe lo conozco hace mucho; lea usted en mi «línea de vida» de la mano, y le extendí la derecha.

—Nada, señor, de eso sí no sé.

Sólo entiendo de echar las cartas, que nada pueden; es un juego como tantos otros, como el «sí» y «no» de las hojas de la Margarita. Lo hago porque hay mucha gente que se divierte con eso. Bien tonto el que crea que puede adivinarse el porvenir....

—¿Entonces?

—Pues si usted gusta, le «echo las cartas.»

—Echelas usted.

En ese instante golpearon; miró ella por la ventana y dijo, un tanto afanada:

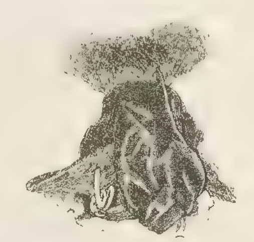
—Excúseme usted. Tengo dada esta hora para el caballero que acaba de golpear.... A usted poco le interesan las cartas y yo no puedo hacer esperar al Ministro de S. M. la Reina de Etruria.

·Ah!....De seguro le conoce usted y le sabe su vida....

—Por fortuna; así podré leer mejor lo que las cartas digan.

Me despedí y entró el diplomático. Joven todavía, moreno, muy moreno, facciones finas, delgado y elegante. De fijo creía en brujas, como todos los de su tierra, y como la pitonisa lo conocía bastante para darle respuestas precisas y verdaderas, saldría de allí como si hubiera estado en Delfos. Por mi parte hice como que me iba y volví paso, muy paso, á mi punto de observación. Ya estaba comenzando el acto, el elegante diplomático había fijado el as de oros para que lo representara en la buena ventura, y la dama, seria y estirada, acomodaba las cartas sobre la mesa.

—Qué feliz es usted, le dijo, la colocación general del naipe es de magnífico augurio....Usted ha viajado mucho, ha navegado, conoce muchas tierras y muchos mares, mire usted cómo lo denuncian las espadas invertidas.... Tiene muy cerca el tres de oros, de seguro su renta está en libras esterlinas. .. Ah! y las damas lo quieren, mire cómo la sota de su mismo palo le quedó á la derecha.... La mujer en quien piensa, lo ama ya....Eso sí, el caso es delicado, porque el as de bastos debajo del de oros, que es su carta de usted, está indicando que ha olvidado á otro hombre de la clase de usted, para corresponder al cariño suyo..... Es curioso, ha sido usted un sucesor afortunado.... y es bonita.... y así, de la misma raza suya..... y también ha viajado; está sobre el tres de espadas.... Mire, mire, el caballo de copas está al final; el idiota es el último que lo nota.... Usted recibe muchas cartas del extranjero...... Tiene familia lejos..... Le llegará un regalo.... En su casa tiene una invitación á comer y otra para un baile....Usted piensa en un amigo ....Tendrá pronto un luto, pero no muy cercano...... Es celoso..... y bravo.... y exigente.... En fin, todo le sonríe y muchos le envidian.



25.—Cuello redondo, con corbata

Dijo, y se quedó fresca, como si en realidad las cartas hubieran dicho cuanto ella sabía que debía decir para sorprender al visitante.

—Vea usted, agregó, todo es un simple juego, las cartas dicen las cosas y yo no hago sino leerlas: pero no debe creerse en eso; todo es tontería inocente y cuando sale cierta la respuesta, es pura casualidad, ¿quiere usted que ahora se las eche en montones?

Yo no lo supe ni me esperé á más noticias. Sabía de sobra que la pitonisa constituye una diversión inocente y que no vale la pena de que se la tome á lo serio como pue

26.—Modelos de camisitas, corpiños, refajos y pantalones para niños de 4, 6, 8 y 10 años de edad.

de sucederles á los que no la conocen. Vayan á verla, así sabrán á qué atenerse.

CARLOS DE SOUZA.

EL ULTIMO NUMERO.

Un periódico menos. ¿Y qué? Nada. Otro le substituye. La verdad es una doncella altiva, desdeñosa, cruel, vengativa á quien nunca le falta un paladín. ¡Cuánto no se la debe amar cuando así se la sirve sin esperanza de recompensa!

Pero el periodista.... ¡Ah, el periodista! Es un hombre que se queda tal vez sin comer, ni más ni menos que los cajistas y el mozo fornido que maneja el volante.

Y hay mujeres y hay niños...... ¡Bah! Siempre es un dolor más en el dolor de todos. Una arena en el simoun, una brizna en la cúspide de la gran pirámide.

El escritor contempla aquella «colección» de su periódico, que nadie guardará sino él. ¿Para qué? Cuando escribí este artículo, se dice, se me murió aquel niño tan rosado y tan tierno. Cuando hice esta revista, me despedí de mi mejor amigo para siempre. El día que compuse estos versos, gustaron mucho á mis chiquitines. ¡Qué triunfo! Hasta su madre sonreía al decirme: ¡Qué cosas tienes!

Y ahora..... nada. Un recuerdo que pasa; una ilusión que se evapora. Dejemos esos libros grandes, indigestos, que nos hablan de cosas pasadas: del triunfo que alcanzamos, de la persecución que sufrimos. Nadie de ellos se acordará. En ellos hemos puesto una parte de nuestra inteligencia, un trozo quizá de nuestro corazón. Son nuestros hijos. Dejémosles en aquel rinconcito de nuestro gabinete de trabajo. Allí envejecerán con nosotros y algún día, con la mirada fija de la fiebre, les veremos empolvados y mudos y pensaremos: También yo amé, luché y sufrí por la eterna verdad. Puede venir la muerte cuando quiera.



28.—Marco para retratos, tallado en cuero

LA MUJER-FLOR.

[CUENTO DE HADAS.]

Sentada en el tronco de un viejo roble que el huracán había derribado con furioso ímpetu, y que atravesaba un estrecho sendero del bosque, suspiraba con amarga pena la princesita Mari-Alba, rodeada de una nube de brillantes mariposas, á cuyas alas parecía haberse adherido el polvo de oro que flota en los rayos del sol al bañarse en su viva lumbre.

El vientecillo alado llevó al fondo de la espesura aquellos suspiros, y á su eco doliente despertó el hada de las flores.

¿Quién suspira con tanta pena? preguntó el hada, abriendo sus ojos llenos de luz.

—La princesita Mari-Alba—contestó el vientecillo plegando sus leves alas y deteniéndose un momento.

—¿La bella princesita? ¿está usted seguro, señor Favonio? pues á fe que no adivino cuál pueda ser la causa de su quebranto.

—Hace tiempo que la veo triste y pensativa; no bien me levanto con el día, vuelo al jardín de Mari-Alba á sacudir los rosales para despertar á las rosas, y allí me encuentro siempre con mi señora princesita, muy pálida y ojerosa y mirando con ojos de envidia á la flores. ¡Vaya! ¡Si á veces hasta creo que siente en el alma no haber nacido flor!......

—¡Es extraño!—pensó el hada.

Y dando las gra ias al vientecillo, que se levantó de pronto y echó á volar en pos de una brillante mariposa azul, se dirigió en busca de Mari-Alba.

La princesita seguía suspirando, sentada en el tronco del viejo roble derribado por el huracán, y vió llegar, indiferente, al hada de las flores, á quien no conocía.

—Buenos días, gentil princesa - dijo el hada, sentándose familiarmente al lado de Mari-Alba.

—Buenos días—contestó ésta maquinalmente y mirando con desconfianza á la desconocida.

Vamos á ver — continuó el hada, fijando su mirada luminosa en los verdes ojos de la blanca princesa:—¿por qué suspiras? ¿qué nube negra obscurece el radioso cielo de tu felicidad? dímelo y prometo buscar el remedio de tus males.

¿Vos? — exclamó Mari-Alba abriendo desmesuradamente los ojos con expresión de duda.

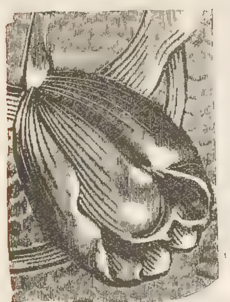
—Sí, yo, que tengo virtud y poder bastante para transformarte en flor, si tal es tu deseo.

—¿Luego sois....?

—Una de las hadas de este bosque.

—Pues bien, señora hada, vais á saber la causa de mi pena.... pero bajemos la voz, porque este vientecillo es muy charlatán, y luego se

Sombrero con guarniciones y terciopelo



—Modelo de tallado sobre cuero.

lo cuenta todo á las rosas, y yo no quiero que las rosas se burlen de mí.

—¡Bah! no temas.

¡¿Queréis saber por qué suspiro? pues suspiro porque me da pena que la mujer, siendo hermana de las flores, no tenga el perfume de que la naturaleza ha dotado á esas hijas del sol y de la tierra. ¡Ah! si soy bella como las rosas, ¿por qué mis carnes blancas y satinadas no han de tener el olor de las rosas? ¡Extraño capricho el de la naturaleza! ¡nos concede de las flores los colores brillantes, y nos niega sus perfumes! ¿Conocéis algún medio, señora hada, para reparar tan gran injusticia?

—Ciertamente —contestó el hada sonriendo— no es muy fácil lo que me pides, pero no desespero de poder complacerte.

Y se alejó Mari-Alba, perdiéndose entre las frondosidades del bosque, que sacudido por el vientecillo dejó caer sobre ella una lluvia de rayos de sol y de flores.....

Aquella noche la princesita Mari-Alba se presentó en los salones de palacio—que brillaban como ascuas de oro—con el rostro radiante de felicidad y dejando á su paso un suave perfume de rosas......

....

El hada había extraído de los jugos de las plantas regaladas esencias, de que hizo don á Mari-Alba, encerradas en primorosos pomos de cristal, y desde entonces las mujeres exhalan también delicados perfumes como las flores, esas amables hijas del sol y de la tierra....

CASIMIRO PRIETO.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano, y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de seguro	14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro, á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo: á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela ',Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.

Cotija, Mich., Febrero 21. — Hace algún tiempo, declara el Dr. Ambrosio Vargas, que vengo usando la Emulsión de Scott preparada por los Sres. Scott & Bowne, hallándome plenamente convencido de su grande eficacia en las enfermedades consuntivas. Ultimamente la he usado en los embarazos de mujeres de constitución endeble, y el resultado ha sido magnífico, pues tanto el hijo como la madre han adquirido buena constitución.



Explicación de nuestros grabados.

Número 1. La manteleta, ceñida al rededor de los hombros, es de paño cebellina, color de moda, y va guarnecida con un sesgo de paño del mismo color, pespunteado, que reemplaza el cuello recto. La manteleta y el cuellohombreras, quedan sin forro ni refuerzo. El borde exterior del cuello se adorna con pestaña de encaje. Varios ojales decorativos con botones, se ponen en las esquinas del cuello.

Número 2. El modelo, hecho de tela, parecida á género de estambre color negro, listado con blanco y blanco y rojo, se guarnece con sesgos de paño encarnados, adornados con soutache negro y fino. Las piezas del cuello quedan sin forro y se dobladillan en el borde. La falda se compone de una piezacampana con costura oblicua en el medio anterior.

Número 3. Este modelo presenta una novedad, pues el entredós de guipur que en él se emplea, es de un color semejante á la seda damasco del género, por lo que resulta un color uniforme muy elegante. El peto es de muselina de seda, abrochada hacia la izquierda. La sobremanga está guarnecida con cinco patas que se forran y se tuercen alternativamente hacia adentro y hacia afuera. El cuello recto se confecciona con pestaña de terciopelo y se abrocha por detrás. El cinturón se compone de una larga tira, asesgada, de terciopelo.

Número 4. Para la confección de este elegante traje, se emplea el precioso y suave crespón de la China, de que hemos hablado en otras ocasiones, color rosa mate, con crespón valenciano y cintas maravillosas. Al escote cuadrado se monta canesú, y más tarde la cinta de que hablamos. El fondo del canesú se forma con muselina de seda. La manga se compone de una pieza superior en armonía con el canesú y un abofellado con grupos de dobladillos.

Número 5. Es de muy bonito efecto la combinación de colores que hay en este elegante traje para baile. Se emplean en la confección muselina de seda amarilla mate, de color azul gris, y el cinturón de seda amarilla. Las junturas de los sesgos se cubren con galones de color crudo. El escote es cuadrado por delante y puntiagudo en la espalda. La entrefalda de muselina, con volante doble de la misma tela, se hace caer sobre el fondo del forro de tafetán.

Número 6. En el modelo de este traje se combina tela Panamá, color obscuro de moda, y tafetán del mismo color con terciopelo de tono más obscuro y encaje guipur al bolillo. Sobre el peto se cruzan piezaschaleco de encaje, abrochadas hacia abajo. El cuellohombreras de tafetán, se guarnece con puntilla de encaje. La falda de siete cuchillas se adorna con guarniciones de sesgos.

Número 7. Este traje, con chaquetasaco, se confecciona con tela de mezclilla azulverdenegra, y se guarnece con sesgos pespunteados en los bordes y con terciopelo azul obscuro en el cuello. Los delanteros se refuerzan con lino y la costura del dorso se acompaña de un sesgo. La falda es de siete cuchillas y las costuras también se hacen cubrir por medio de sesgos. La abertura, por delante y á la izquierda, se cierra con botones de presión.

1.—Manteleta de primavera, con cuello hombreras.

2.—Traje con falda campana y cuello hombreras.

Número 12. Esta blusacamisa se hace con franela listada color de moda y verde mate, con sesgos dobles de raso blanco. A todos los dobleces de pliegues, se añaden los sesgos. El cuello recto, cerrado hacia atrás, armoniza con uno de los sesgos superiores de la manga. El cinturón es de cinta y se le aplica un broche moderno.

Número 13. El bordado de esta blusa, hecho con tiras de paño unidas entre sí por costuras en cruz y adornadas con puntadas decorativas, forma en el modelo el canesú de la blusa. El paño de ésta es de color de olivo. La blusa se cierra en el medio anterior con botonadura cubierta, y se abrocha el delantero derecho por debajo del último pliegue de la izquierda.

Número 14. El peinador que representa este grabado, es muy elegante y sumamente cómodo para quien lo usa. La franela encarnada del modelo, se anima vistosamente con una tira de lino tamiz bordada al punto. El cuello y las solapas están unidas por cintas de terciopelo negro. La manga blusada se frunce por medio de una tira bordada.

Número 18 bis. En el sencillo modelo que representa este traje, se hacen notar la gracia y sencillez de la hechura, así como los triples tiran-



3.—Vestido de reunión, con guarniciones de encaje.

4.—Vestido con guarniciones de entredós y cinta intercalada.

5.—Traje de baile, guarnecido con sesgos.

tes que sostienen la faldacorselete. Cualquier blusa puede usarse con esta falda, pudiéndola usar por encima ó debajo de los tirantes. La falda se compone de cinco tablas y se recorta hacia arriba en pico, conforme á la forma del cinturón. El cinturón se cose á la falda y los sesgos se forran.

Número 18. El grabado representa un vestido para reunión guarnecido con encaje irlandés. Como se ve, la combinación de la tela en dobladillos es nueva, y de vistoso efecto. El vestido de debajo, ó inferior, cierra en el medio anterior, y el sobrevestido en el hombro y debajo del brazo. El encaje se embasta de la manera conocida sobre el calicó, y se rellenan los huecos con puntadas.

Número 20. Este traje juvenil se confecciona con etamina color de rosa y ligero encaje amarillento. El fichú y la falda de pliegues hasta el tobillo, dan á este traje un lindo aspecto. Para la falda se confecciona una forma de fondo de tafetán compuesta de cinco tablas, con volante añadido. La sobrefalda se compone de una piezafalda lisa. La manga, medio larga, entra en un puño de encaje, y el cinturón es de cinta de seis centímetros de anchura.

EL BANQUETE DEL AVARO

A pesar de tener 50,000 francos de renta, el barón Libert era un miserable avaro, que reducía de día en día sus gastos, se privaba de todo y negaba á su mujer lo estrictamente necesario.

No podían corregirle, ni las censuras de su esposa, ni las advertencias de sus parientes más próximos. El barón economizaba en todo: en el vestir, en la alimentación, en el alumbrado, en la calefacción, en los criados.

Vivía en Burdeos, donde su padre, hombre muy distinguido y popular, había dejado gratísimos recuerdos.

Se había casado, y, gracias al pasado de su padre y á las relaciones que le había creado la familia de su mujer, había sido solicitado en todas partes durante los primeros meses de su matrimonio.

No se daba un baile en Burdeos sin que los recién casados recibiesen la correspondiente invitación.

Desde el momento en que la fiesta no le costaba nada, el barón aceptaba siempre; pero no devolvía jamás el agasajo.

En Burdeos no tardó en notarse tan singular proceder.

El barón no convidaba nunca á nadie, y esta conducta le enajenó las simpatías de sus conciudadanos, hasta el punto de que todo el mundo dejó de invitarle.

Semejante aislamiento disgustaba extraordinariamente á la baronesa, que era muy amiga de divertirse. La buena señora había aportado al matrimonio una importante dote y quería disfrutar de ella, alternando con las familias de la aristocracia bordelesa. La avaricia de su marido la sacaba de quicio.

Censuraba continuamente al barón; pero éste permanecía siempre impasible.

Al fin un día le dijo:

—Esta situación no puede prolongarse. Yo no quiero vivir secuestrada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿No has notado que la gente ha dejado de visitarnos? No nos han convidado ni á la cena de los de Endolive, ni al baile del marqués de Cazac, ni á la comida de la condesa de Lifreville con motivo de la boda de su hija.

—No sé por qué. Habrá sido un olvido.

—¿No sabes por qué? Pues voy á decírtelo. La gente evita nuestra presencia porque eres un avaro que aceptas siempre y nada das en cambio.

—Me parece que exageras.

—No lo creas. En tu vida has ofrecido un vaso de agua á nadie, y por eso estamos en ridículo. Cuando se acepta un obsequio, hay que corresponder con otro análogo.

—¡Corresponder!—exclamó el barón.—¿Pretendes acaso dar un banquete?

—¿Por qué no? ¿Qué tendría eso de particular?

—Ese banquete me costaría un ojo de la cara.

—¿Para qué quieres el dinero? ¡No te lo has de llevar á la sepultura!

—No he muerto todavía y quieres arruinarme.

—Te advierto que esto no puede seguir así, y que no quiero vivir como una reclusa.

—¿Quién te impide salir á la calle?

—Deseo que no se me considere como una apestada.

—No te impacientes, mujer; ya verás cómo este invierno van á llover las invitaciones.

Pasó el invierno y los barones no asistieron á ninguna de las grandes fiestas que se celebraron en Burdeos.

—Tenías razón—dijo el avaro á su mujer.—Indudablemente, nuestros amigos huyen de nosotros.

—Tú tienes la culpa.

—No creas que me disgusta el trato social. Hay casas en las que se come muy bien, se bebe mejor y se fuman exquisitos cigarros, que no le cuestan á uno nada.

—No se parecen á los que tú gastas y que no hacen más que apestar las habitaciones.

—Pero ésos los pago yo.

—¡Qué poca vergüenza tienes!

—Después de la comida se pasa al salón, donde se toma el té, acompañado de deliciosos licores, procedentes de las casas más acreditadas.

—En lugar del maldito aguardiente que tú tomas.

—Luego se juega y se pasa el tiempo alegremente.

—Tienes una suerte escandalosa.

—Es que juego con prudencia.

—Te creo capaz de hacer trampas.

—¡Eso no! Lo que hay es que la fortuna me es siempre propicia.

Esta escena se repetía diariamente. La baronesa abrumaba á su marido con sus sarcasmos, hasta que

al fin logró que el barón se decidiese á dar un banquete, comprendiendo que era el único medio que podría emplearse para que volviesen á abrirse ante él las puertas de los salon

Las invitaciones provocaron en Burdeos una sorpresa indescriptible.

El barón no reparó en gastos y, yuda de la baronesa, cumplió admi blemente con su deber.

Casi todos los convidados respondieron á la invitación y convinieron en que la mesa estaba soberbiamente servida, y en que los platos y los vinos eran de superior calidad.

No faltó quien creyera que al acusar de avaro al barón, se le había inferido una infame calumnia.

A los postres se oyeron de pronto atronadores gritos que partían de la calle, y un criado se puso á hablar en voz baja con su amo.

El barón se levanta precipitadamente.

—Dispénseme ustedes—dijo.—No



6.—Traje de casa, con cuello-hombreras.

7.—Traje primaveral y sombrero de paja guarnecido con cintas.

8.—Traje de calle, con blusa torera.

9.—Saco-chaqueta, de forma serpentina.

tengo más remedio que ausentarme por breve tiempo.

La baronesa siguió haciendo los honores del festín.

Al cabo de veinte minutos presentóse el barón, visiblemente emocionado y con una mano ensangren- l

¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?—gritaron las señoras.

—Hable usted—dijeron los hombres. ¿Qué ha ocurrido?

Ante mi puerta—dijo el barón acabo de ser testigo de una espantosa desgracia. Un obrero ha sido atropellado por un automóvil.

—¡Corren esos vehículos con tanta velocidad!....—exclamó uno de los comensale

—Ese desgraciado repuso el barón—está gravemente herido. Yo le he ayudado á levantarse y he dispuesto que le llevaran al ho tal. Tiene una mujer y cinco h que van á encontrarse en la miseria.

—¡Qué horror! exclamó una de las señoras.

—¡Pobre gente!—dijo otra.

Dispénseme ustedes que haya entristecido la fiesta—dijo el barón. —Para socorrer á ese desdichado,

voy, si ustedes quieren, á hacer una colecta en su favor.

En aquel momento estalló un aplauso general.

El barón cogió un plato, en el cual vació el contenido de su portamonedas y después dió la vuelta á la mesa para que cada cual diera su óbolo.

El anfitrión llenó el plato de monedas de oro.

El resto de la velada transcurrió sin que ocurriera incidente alguno digno de ser relatado.

Al retirarse los invitados, salían muy satisfechos del noble proceder del barón.

Cuando todos hubieron partido, la baronesa dijo á su marido:

—¿Qué significa la farsa que has representado á los postres del banquete? Todo eso del automóvil es una solemne mentira.

El barón, por toda respuesta, se puso á contar las monedas que había en el plato, y lleno de satisfacción exclamó:

—¡Mil trescientos francos! ¡Ya estoy reembolsado, y aún me queda un piquillo de beneficio!

Y con gran asombro de la baronesa, el miserable avaro se metió el dinero en el bolsillo.

EUGENIO FOURRIER.

12.—Blusa con sesgos de raso. 13.—Blusa con bordados superpuestos.

14.—Peinador con cuello-hombreras.

La Plegaria.

I

No solamente tiene ángeles el cielo también hay un ángel en el corazón; el ángel del corazón es la plegaria.

II

Al caer de la tarde hay espumas que se quiebran en las olas; haynubes que se diafanizan en el éter, y rayos que se desvanecen en lo alto. Esas espumas y esas nubes y esos rayos! ¿qué otra cosa son, sino plegarias?

III

La luna, como hostia, se eleva en el Oriente; las estrellas como lágrimas, se asoman en el cielo; las olas, como quejas, sollozan en la playa. Y la luna que se eleva, y las estrellas que lloran, y las olas que plañen: ¿que otra cosa son sino plega[illegible]?

IV

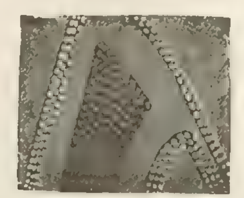
El efluvio de las flores, el murmullo de los bosques, el concento de la lira, las estrofas del poeta, el humo del incensario; todo lo que suspira, todo lo que es verdad, amor, y gloria: todo se eleva á Dios, todo es plegaria.

FELIPE TEJERA.

GOLONDRINAS.

¡Oh perpetua peregrina,
enamorada viajera
que buscas la primavera,
la primavera divina!

De antiguo templo en la ruina
tu dulce nido te espera
flores te da la pradera
luz el cielo, golondrina.



10.—Otro modelo de bordado para cortinajes.

Si yo á mi nativo suelo
volviera huyendo del frío,
buscando paz y consuelo,

Nada hallaría el pecho mío,
sino en un nido de hielo
el fantasma del hastío.

ANDRÉS ARROYO DE ANDA, jr.

LA GIRALDILLA.

Es preciso escucharla allí, en el valle sombrío, cercado de avellanos en flor, limitado por la verde montaña que conserva los ecos de los héroes astures, regado el claro arroyuelo de lecho pedregoso.

O más lejos, en las abruptas costas cantábricas, en donde las espumas de las aguas cubren á veces las corolas de las agrestes flores que abren sus encendidos pétalos al borde del abismo.

Y entonces aquel canto unas veces remeda grito valeroso de guerra que las generaciones se transmiten como símbolo de su independencia, y otras el arrullar dulcísimo que despierta en la naturaleza exuberante y lujuriosa el sentimiento del amor.

Luego viene la danza acompasada, la rítmica cadencia de la voz, que hace pausada revivir el lenguaje sonoro de las viejas edades.



11.—Bordado para almohadones.

El pasado se muestra, en sus dulces estrofas, grande y glorioso; el presente en las rías, en los bosques, en las montañas coronadas de jirones brumosos, en el mar, salpicado de rocas y rielado de luminosas ráfagas.

Y surge el porvenir anunciado por palabras de amor, por miradas ardientes, por ingeniosas frases, por los acompasados movimientos, por toda aquella fiesta misteriosa, en que al son y la remembranza de lo que fué, se entrevé la futura grandeza de la siempre fecunda y generosa tierra asturiana.





18.—Traje de reunión. Espalda y delantero.



15.—Cortinaje de felpa.

El Piano Pródigo.

—

I

—Vino, al fin, ese afinador?

—Sí, papá; vino. Antes vinieron los barnizadores. Entre uno y otros han dejado mi «Erard» como nuevo; parece talmente que acaban de sacarlo del almacén. ¡Y pensar que no volveré á tocarlo! Créalo, papá, créalo: esta despedida me ocasiona verdadero disgusto.

—Ya te he dicho, hija mía, que no te quedarás sin piano. Mañana se lo llevan y pasado mañana te traen otro.

Otro; pero no el mismo.

—¿Y qué más da?

—¿Qué más da? ¡Ya lo creo que da más! Figúrate que un día se llevasen de casa á mi hermano: ¿sería igual para tí que, en lugar de Juanito, nos trajeran á casa otro niño cualquiera?

—No digas sandeces. Es cosa muy distinta.

—No, papá, no; este piano, recuerdo de mi querida, de mi buena tía, que esté en gloria, era para mí un compañero, un amigo del alma; lo conozco tecla por tecla y hasta puedo jurar que clavija por clavija; estaba hecho á mis mañas y yo á las suyas. No te rías, papá; estoy hablando muy en serio; de seguro el piano que me traigas no será tan obediente, ni tan dócil como mi pobre Erard. En él toco lo que se me antoja; saco los efectos que me propongo; y verás cómo en el otro, por bueno que sea, no consigo hacer una escala.

—¡Bah! ¡bah! déjate de niñadas; esas son aprensiones tuyas. En el piano que voy á comprarte (me han prometido en el almacén enviarme uno excelente, que esperan de un momento á otro) tocarás lo mismo y aun mejor que en ése. En fin, y sea como fuere, no eres una chiquilla, y te haces cargo de las cosas; también deploro, por muchas razones, deshacerme de este recuerdo de mi hermana; pero de sobra comprendes que no es posible proceder de otro modo.

Sí, lo comprendo; y eso es precisamente lo que más me aflige. Pero, vamos á ver, ¿no podrías regalar á D. Acisclo ese piano tan hermoso que van á traernos?

—No, niña, no; no seas testaruda. Eso no puede hacerse. En primer lugar, porque el piano que D. Acisclo quiere es ése, y si yo le enviase otro, lo tomaría á ofensa, y luego..... luego que yo no estoy ahora en disposición de gastar cuatrocientos duros de un golpe. El piano que voy á regalarte, en cambio de éste, lo compro á plazos; para tí es exactamente lo mismo; tuyo es desde mañana; pero no puede salir de casa hasta que lo haya pagado por completo. ¿Estás enterada?

Sí, lo estoy; pero es triste cosa que por obsequiar á ese D. Acisclo, que así reventara......

—¿Estás loca? Pues ¿á quién sino á él debo lo que soy, la posición en que me hallo, el empleo de que disfruto, los ascensos obtenidos? Cinco mil pesetas de sueldo no son para echar coche; representan, sin embargo, un capital de veinte mil duros.... y me quedo corto.

Por influencia de D. Acisclo me lo dieron: de su buena amistad espero fundadamente mejora en mi carrera...... ¿te parece que todo eso está pagado con un par de faisanes ó unas botellas de Champagne, que le regalamos por Pascuas....? No hablemos una palabra más sobre esto: cuanto hablásemos sería inútil y para los dos enfadoso.

En la vida hay muchas ocasiones en que se impone el sacrificio.

¡Quiera Dios que en la tuya no te veas nunca precisada á realizar otros mayores!

II

—¿Sabes, Acisclo, que empieza á parecerme sospechosa la tardanza en recibir ese dichoso piano?

—Ya lo enviarán, mujer; no seas impaciente.

- Lo enviarán, lo enviarán; tú siempre lo mismo: con llamarme impaciente sales del paso. Pues si lo traen cuando haya pasado la oportunidad, hacemos un pan como unas hostias. Creo que no se perdería nada con que tú, tomando un pretexto cualquiera, volvieses....

- ¿A casa de....? No pienses en eso.... Demasiado hice - y aun no acierto á explicarme cómo tuve valor para ello—solicitando indirectamente un regalo que, bien lo eché de ver, representa en aquella casa un verdadero, un grave disgusto.

¡Bah! ¡bah! No me vengas con sentimentalismos trasnochados. A fe, á fe, que si ahora, según dices, les causamos un disgusto, en muchas otras ocasiones les has proporcionado alegrías, con que no contaban, y que nunca habrían logrado sin tí, conque váyase lo uno por lo otro. Esto es el mundo, Acisclo, esto es el mundo, y esto ha sido siempre. Hoy por tí y mañana por mí. Tú haz hecho hombre á ese señor, que era un don nadie, y que, ya lo recordarás, no tenía sobre qué caerse muerto. Hoy está en condiciones de ahorrarte, sacrificándose un poco, un gasto que nosotros no podríamos soportar; justo es que lo haga. Pues no faltaba más. El que no es agradecido no es bien nacido, y para las ocasiones ...

--Corriente, no me repitas lo que estás diciéndome hace quince días. Por tí, por no disgustarte, y, ¿á qué negarlo? y por no oirte, saqué fuerzas de flaqueza, y propuse á mi protegido comprarle su piano. Como yo presumía, él se negó á venderlo, pero prometió regalármelo, y yo, yo.... ¡si sólo el recordarlo enciende en rubor mi cara! después de mentida y débil resistencia, tuve la poca vergüenza de aceptarlo. Esto nos evita, es verdad, el gasto que habríamos de hacer para obsequiar á la Marquesa; pero, créelo, es.... una indignidad, una felonía. Traerán el piano, estoy seguro de ello



17.—Tapete de labor superpuesta.



18 bis.—Vestido de reforma.

conozco á nuestro ..... protegido. ¡Valientes protectores estamos, vendiendo nuestra protección! Pero si no viniera, de lo cual me alegraría, no esperes que repita yo aquella escena. ¡Oh! el pensar en ello, me asquea. No sirvo para estas cosas.

Ni para nada, hijo. Vaya unos escrúpulos de monja, por una cosa tan sencilla y tan natural y tan corriente. Bueno, pues iré yo......

—Tú no irás.

—¿Cómo?

—No será necesario. El piano vendrá. No quiero verlo en casa; con los mozos mismos lo envías á la Marquesa, y asunto terminado.

III

—Muy buenos días, señora Marquesa.

—Hola, Sebastiana. ¿Qué hay de nuevo?

—Pues nada; que ya tenemos comprador para el piano.

—Lo celebro mucho. No lo he recibido todavía; pero en cuanto lo traigan, sin desembalarlo siquiera, se lo envío á usted. ¿Para qué necesito ese armatoste en casa? Esta desdichada ocurrencia de D. Acisclito me ha contrariado mucho.

Ya lo creo. Vea usted si podía haber regalado alguna otra cosa de mayor valor y salida más fácil.

—Es lo que yo digo; figúrese usted que el hombre ha obtenido por casi nada un acta de diputado, que, sin los esfuerzos del Marqués, le habría costado algunos miles de duros.

Y porque oyó decir, no sé á quién, que era yo muy aficionado á la música, se descuelga regalándome un pianucho...... ¡á mí, que tengo un magnífico Pleyel en casa y nunca lo abro! El Marqués, siempre tan delicado y tan ....., no se atrevió á decir que preferiría cualquiera otra cosa; le dió muchas gracias... y menos mal que me autorizó para deshacerme del piano como se me antojara. ¿Cree usted que podremos sacar por el mueble algo que valga la pena, amiga Sebastiana?

—Sin que mi marido lo vea no me atrevo á decir; de esas cosas no entiendo; como él no entiende de alhajas......; es claro, cada uno á lo suyo, y gracias que trabajando el uno en su almacén y la otra en sus compras y ventas se saque para ir tirando. ¿Andan tan mal los negocios, señora Marquesa!

—¡Ay! ya lo sé.

—Todos lo sabemos; pero vamos, unos más, y otros menos. Y nunca peor y mejor lo que Dios quiera. Pues voy al tanto, como decíamos, de nuestro asunto: aquél me dijo que no siendo de los que ahora están en boga, si sacamos setecientas á ochocientas pesetas, será todo lo de Dios.

—¡Pche! Bien poco es; lo que el Marqués ha hecho por ese bobo de Coria, merecía mucho más; pero, en fin, nunca vendrán mal para tapar algún agujero. Nada, así que llegue se lo envío á usted.

Y yo envío en seguida las pesetas. ¿Se ofrece algo más á la señora Marquesa?

—Nada, por hoy, pero no deje usted de pasarse por aquí uno de estos días. Ando un poquito alcanzada; y quiero que vea usted de colocarme algunos lotes de cosas antiguas que estoy arreglándole.

Corriente, vendré pasado mañana.

—No, pasado mañana, no; estará aquí el Marqués y... ..

—Bien, bien, está comprendido, vendré al día siguiente.

EPILOGO.

—Papá, papá......¿Sabes lo que me ocurre? ¡No puedes figurarte lo contenta que estoy!

Me lo figuro. Te han traído el piano.

Sí, papá: ya nos lo han traído; pero .....

Me lo ofrecieron formalmente; y qué, ¿te gusta?

—¿Pues no ha de gustarme, si es el mío?

—¿Cómo? Eso no puede ser.

—Pues nada, es el mío. Míralo.

Además, los mismos mozos que se lo llevaron esta mañana, lo trajeron hace media hora. Es el mío, el mío, ¡óh, bien lo conozco! Mi pobre amigo ha salido á dar un paseo y vuelve á su casa.

—Bien venido sea; pero este paseo nos resulta un poquito caro. Es una correría que me ha costado «dos mil pesetas.»

A. Sánchez Pérez.

La mentira es rara vez indiferente: de ordinario es vil y baja; á veces es heroica y sublime.

20.—Traje de reunión, para señoritas.



19.—Cuello-hombreras, de encaje irlandés.

LA VIOLETA.

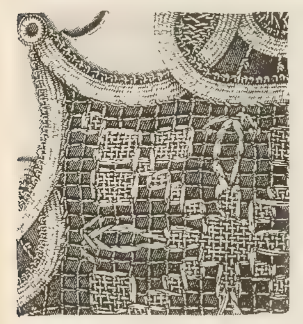
¡Oh violeta! Linda flor
Por tu forma y tu color:
Me siento enfermo de amores,
Y te escojo entre las flores
Como emblema de mi amor.

Mil veces cuando te vi
Te juzgué indigna de mí:
Pero adornaste á una bella,
Y un loco de amor por ella
Tiene que amarte algo á ti.

Serás por toda la vida
La flor por mí más querida,
Y te miraré envidioso
Cuando adornes el hermoso
Busto de mi preferida.

Quiero verte siempre en él,
Y en prueba de afecto fiel
Quiero también otra cosa:
Que adornen siempre mi fosa
La violeta y el laurel.

J. Lázaro y Goldiano.


21.—Labor de encaje para cuellos-hombreras.

La Madre.

ARTICULO QUINTO.

I

De la hermosa, amable é interesante Mad. de Sevigné es quien vamos á tratar en este artículo, como uno de los modelos de amor maternal que conocemos.

Infeliz en su enlace, no obstante que estuvo de acuerdo con su corazón, quedó viuda muy joven, y en vano fué que se viese rodeada de los más brillantes partidos; quedáronle dos hijos, y se dedicó sola y exclusivamente «á ser madre.»

La marquesa de Sevigné amaba mucho á sus dos hijos; pero el varón no alcanzó las infinitas pruebas de ternura que dió á su hija Margarita Francisca, que luego fué la condesa de Grignan.

A la ternura maternal que la Marquesa profesaba á su hija se debe esa obra maestra de naturalidad y de gracia, esas «Cartas,» que aún nos interesan tan vivamente: se admira en ellas el espíritu ingenioso de su autora, y su imaginación fresca y llena de brillantez; pero se admira más aún su corazón maternal, en el que habitan como en morada propia una ternura y una afección inagotables: hay en esas cartas expresiones mil veces repetidas, pero que parecen siempre interesantes y siempre nuevas: su elocuencia tierna y sublime es tan natural, tan delicada, tan persuasiva, tan amorosa, que admira profunda y tiernamente: se ve en las cartas de esa madre á su hija, pintada la verdadera manera de amar, que se olvida de sí misma y se ocupa sólo de la dicha del objeto amado.

La Marquesa, sin embargo, no era pagada por su hija con un amor igual al que le daba. Margarita era dura, altanera, fría de corazón, y frecuentemente necesitaba del perdón maternal: la hija era una mujer irreprensible, y la madre, que tenía todas las amables debilidades de su sexo, se veía juzgada duramente, y algunas ve es reprendida con severidad por la misma hija á quien adoraba.

Hemos dicho que Margarita, condesa de Grignan, tenía necesidad muchas veces del perdón de su madre, y en ninguna ocasión resplandecen mejor la delicadeza y el profundo amor de la Marquesa á su hija, que cuando tiene que perdonarla.

«Tú me amas, hija mía, le escribía, y me lo dices de un modo que trae á mis ojos abundantes lágrimas: te complaces pensando en mí, y en hablar de mí, y dices que nunca eres tan dichosa como cuando meexpresas tus sentimientos. Cuando estos sentimientos llegan á mí, son recibidos de un modo que sólo puede ser comprendido por los que saben amar como yo te amo: tú eres para mí el mundo entero, y sólo á ti conozco.»

Este sentimiento tan vivo no hizo la dicha de Mad. de Sevigné: vivió separada de su hija desde el casamiento de ésta, y no pensó en que cuanto más elevamos un ídolo, más le separamos de nosotros: en todos los amores de la tierra, la ceguedad, la idolatría sólo llevan á la desgracia.

En tanto que no salió del lado de su madre, la joven Margarita fué el objeto de los más tiernos cuidados de aquélla: la presentó en la corte, y la adornaba del modo más á propósito para hacer resaltar su belleza, que era perfecta; joven aún la madre, bella y más agrable que la hija, pues su hermosura era de un carácter infinitamente más dulce que la de Margarita, apenas pensaba en sí misma, reservando todos sus cuidados y desvelos para la hija que amaba más que á sí propia.

Luis XIV, prendado de la admirable hermosura de Margarita, cuando ésta fué presentada en la corte, la distinguió mucho, y hubo noche que bailó con ella cuatro veces seguidas. Margarita no era insensible á los homenajes de aquel monarca, hermoso joven, y al que se miraba como á un semidiós: á los diez y seis años no hay bastante fortaleza para reflexionar, y el alma de aquella niña, bien que oculta tras de un espeso velo de dureza y de egoísmo, era ardiente y ambiciosa.


23.—Detalle de bordado, para continajes.

Mad. de Sevigné tuvo mucho que sufrir para combatir las seducciones del Rey.

No se atrevía á dejar de ir á las recepciones de la corte con su hija, pues conocía el carácter del monarca, y temía que la misma privación de ver á Margarita le empujase á cometer violencias para llegar hasta ella.

Dióse, pues, prisa á casarla con el conde de Grignan, hombre de edad madura, sin que llegase á la vejez, padre de dos hijos, pero que amaba á Margarita con todo el entusiasmo del último amor.

Margarita fué dichosa en aquel enlace, pero no así su madre; había deseado ésta ante todo que su hija no se separase de ella, y así se lo prometió el conde de Grignan; pero en breve, órdenes superiores del gobierno, y que él no esperaba, le hicieron salir de París, al cual no volvió en muchos años.

De aquella separación nacieron las cartas de Mad. de Sevigné.

La amorosa madre no pudo resistir largo tiempo sin ir á ver á su hija, y pasó á su lado algunos meses; pero sus ocupaciones y su fortuna la llamaban de nuevo á París, y los dolores de la ausencia empezaron para ella con mayor y más profunda intensidad; para que su correspondencia fuese interesante y no fatigase la atención de Margarita, Mad. de Sevigné se informaba de todas las anécdotas de la corte, de todo lo que sucedía, y lo refería en sus cartas á su hija con una gracia y una viveza encantadoras, y teniéndola al corriente de todas las novedades.

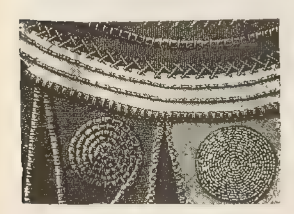
El amor de Mad. de Sevigné llegó para su hija hasta la idolatría: y nosotros creemos que son preferibles las madres cristianas como Santa Mónica y como Blanca de Castilla, á las que, como Mad. de Sevigné, convierte en una pasión desordenada y ciega el amor maternal, pues este amor, cuando no es débil, es grande, es poderoso, admirable: podría reformar el mundo si tuviera la conciencia de su misión, si comprendiera que no se trata solamente de amar al hijo, sino que es preciso educarle y salvarle de los peligros que le rodean.

Es facil y cómodo amar el cuerpo de un hijo, embellecerle y adularle; pero ¡cuánto más hermoso y más grande es pensar en su alma!

El grande honor, cuando una mujer es madre, no es el sacrificio por su hijo, porque el sacrificio es dulce para la que lo cumple; es el sacrificar en caso de necesidad la vida misma del nijo, y estimar en más que esta vida tan cara, la verdad, el honor y la virtud; es querer más verle muerto que ver marchitas en su alma esas santas y delicadas flores.

Reconvenían no hace mucho á una madre delante de nosotros, porque, en vez de reprimir la excesiva sensibilidad de su hijo, le excitaba con lecturas tiernas, y llevándole á socorrer á los pobres y á los enfermos, y le acusaban de que le hacía desgraciado.

—Amigo mío [respondió aquella madre]; prefiero el que mi hijo sea bueno a que sea feliz.


24.—Bordado oriental para aplicaciones de blusas.

NOCTURNO.

Mi patio es sólo un pozo; pero es un pozo grande, con su alegre emparrado, sus pequeños arbustos y su fuente de mármol. Por cima de las cuatro fachadas que le encuadran hay un hermoso jirón de firmamento salpicado de estrellas.

Por las noches, después de acostados los niños les doy un beso y me asomo al balcón.

De las cuatro paredes, dos más bajas están en la sombra, las mías; se proyectan focos cuadrangulares, y en ellos aparecen dibujadas las siluetas que aparecen en las ventanas fronteras. Ora es el busto inmóvil de una mujer triste; ora los contornos graciosos de un gigantesco gato que alisa cuidadoso su piel. Poco á poco se disipan los cuadros de luz, las ventanas se cierran y queda solamente iluminado un antepecho en un piso segundo de la izquierda, y un ventanillo en la lejana medianería de enfrente, tremendo murallón que recuerda con sus pequeñas troneras los edificios árabes.


25—Modelo de bordado para aplicaciones.

De la ventana surgen las melódicas notas de un piano; por fin apágase la luz con los últimos ecos de la tarantela de Gottchalk ó de los valses de «Fausto.» Apágase también el resplandor del ventanillo. Detrás, yace tal vez algún obrero enfermo.

Luego, cuando todo queda sumido en la obscuridad, empiezan á escucharse los rumores de la Naturaleza: la brisa que agita las ramas; el lejano chirrido de un grillo, y en el cielo, el centelleo de las constelaciones, la vaga claridad de la nebulosa y la fúlgida luz de la estrella errante.

Aspiro por última vez el humo del cigarro, cuya lumbre presta á los hierros del balcón un resplandor fantástico, y le arrojo al espacio, que surca descompuesto en luminosos haces de chispas. El débil resplandor de la noche agiganta las sombras, y parece que estoy en una balaustrada gótica, contemplando á mis pies un rumoroso bosque, escuchando la cadencia lejana del mar y mirando sobre mi cabeza el insondable cielo azul tachonado de piedras miliarias.


22.—Labor superpuesta para tapetes.

LOS ESCOBEROS.

¿No conocéis el cuento, tierno, sentido, humilde, de Fernán Caballero?

La noche era tempestuosa y helada; silbaba en la calle el cierzo y arrojaba á los cerrados vidrios los copos de nieve.

Era la nochebuena. En el bogar cantaban las viandas, en el salón los niños; las esperanzas en el corazón.

Y llamaron.

Eran los escoberos: un niño y una niña, ateridos, descalzos.

El poeta les tomó las escobas y les dió doce cuartos.

¡Doce cuartos, cuando erraban sin nido, sin abrigo y sin alimento! ¡Doce cuartos cuando era la fiesta de los pobres, cuando en las tiendas brillaban los juguetes y en los mostradores las viandas!

El poeta arrepintióse y lloró.

Calentad el hogar: disponed los alegres instrumentos, celebrad esa fiesta de la familia y del año nuevo. Recordad á los muertos. Sembrad un recuerdo en el corazón de vuestros hijos que apenas balbucean.

Y si llaman los escoberos, si os imploran los niños pobres, llevadlos de la mano á vuestra mesa y entre flores, juguetes y dulces preparadles la cuna.

RORRITO.

¡Y el niño es tan hermoso! Rubio como la calcinada espiga, con dos ojos inteligentes y enormes, con un cuerpecito blanco y robusto, que forma en piernecitas y brazos, roscas, aros y brazaletes de carne sonrosada.

Yo le cojo en mis brazos y olvido en el instante amarguras y penas. Le beso, le grito y le insulto: «¡Golfo.» Judas, rorrito, ven aquí!

Y el nene me sonríe y me tiende los brazos y salta en las mantillas, y acaba por abrir su boquita como un pájaro, aplicarla á mi cara y querer comerme.

¡Cómo recuerdo entonces al otro chiquitín, también rubio, rollizo, inteligente, que duerme en su cajita de zinc, apoyado en su diminuta almohada, circundado de flores! ¡A aquel otro pedazo de mi carne cuyos zapatitos minúsculos aún conserva su madre en el ropero enperfumada cajita de cartón!

¡Ay, todo pasará! Pero si algo

perdura, ¿qué puede ser sino un influjo bienhechor del amor paternal, esa cadena eterna de la vida que oxídase en el hombre y se esmalta en el niño, esa ansia de lo eterno que en la tumba se extingue y renace en la cuna?

CONOCERSE A SI MISMO.

ESPEJOS ENGAÑADORES.

Conocerse á sí mismo es una de las bases de la moral y es también una de las bases de la elegancia distinguida. Conocerse bien á sí mismo físicamente es tan difícil, y por tanto poco común, como conocerse moralmente. Pocas mujeres hay que no se hagan ilusiones engañosas sobre su persona, ilusiones que á veces me llenan de espanto. No hablo sólo bajo el punto de vista de la belleza, pues todas somos respecto á este particular completamente ciegas. Hasta añadiré, aun cuando se extrañen mucho nuestros amos y señores, que critican con tanto afán nuestra coquetería, que á su vez se hacen tantas ilusiones como nosotras, y tal vez más, respecto á sus seducciones.

Hay hombres que, afligidos por un abdomen imponente, se figuran tener sólo un torso de atleta, y algunos, completamente calvos, se creen provistos todavía de abundante cabellera.

La coquetería natural en las mujeres, las flores que se les dirigen, aumentan sin duda esta ceguedad natural, y he aquí cómo mujeres gordas se creen delgadas y esbeltas. Otras, en cambio, excesivamente delgadas, no tienen inconveniente en escotarse horriblemente, sin comprender que sólo pueden exhibir profundos saleros y brazos éticos.

Pero la ilusión más general es la relativa á la juventud.

Todas conocen su edad: han contado con gran amargura los años terribles que han hecho desaparecer poco á poco sus encantos, demacrado los rostros y apagado el brillo de los ojos. Y sin embargo, generalmente serías ante el espejo, no notan la espantosa pata de gallo que se extiende por las sienes y que cada sonrisa descubre.

Tampoco ven las líneas que cruzan los párpados, ni los surcos de los carrillos, ni las tiranteces angulosas de los contornos de la boca, tan bien modelada algunos años antes.

En una palabra, conozco mujeres que no notan siquiera que el esmalte de sus dientes se altera poco á poco, que la barba se pone arrugada, que la tez se vuelve áspera y toma esos tonos de ocre al rededor de los ojos y de los labios, que caracterizan uno de los síntomas más desagradables de la vejez. Así es que, vuelvo á repetirlo: si se quiere permanecer bella, si se quiere vestir con distinción y elegancia, la primera condición es conocerse á sí mismo; es decir, no hacerse ninguna ilusión sobre el estado de su rostro y las proporciones de su persona.

Cuando se mira una en el espejo, hay que tener presente que ese espejo, por muy bueno que sea, sólo refleja la mitad de los rayos luminosos. Además, hay espejos que agrandan y otros que adelgazan, y por fin, también los hay que alargan. Se puede, por tanto, decir con mucha justicia que los espejos son engañadores. Por ejemplo, un vestido cualquiera, visto en un espejo, parece que la engorda á una, y visto en otro espejo, sucede lo contrario, parece uno más delgada. De la misma manera se puede ser engañada sobre el valor de un fruncido, como sobre la forma más ó menos ventajosa de un cuerpo.

Ante todo hay que tener cuidado de que los espejos sean perfectos, que no sean ni azules, ni verdes, ni amarillos, que sean absolutamente incoloros y que reflejen exactamente las dimensiones del cuerpo. Hay un medio para comprobar la exactitud de esos reflejos: consiste en presentar en el espejo la mano á lo largo, al través, de perfil, sobre todo de perfil; se conoce la bondad de un espejo, cuando colocada la mano de perfil, no se alarga más de un lado que de otro; y como á simple vista se pueden comparar estas dimensiones haciendo esta prueba, se tiene la seguridad de la mayor ó menor exactitud del efecto producido.



16.—Almohadón bordado de oro y cintitas.

Para resumir, diré que la elegancia y la distinción se adquieren sin duda alguna, pero se necesita poner para ello mucho cuidado y no poca reflexión; y entonces el gusto, con el estudio y la comparación, puede afinarse, selectarse, para servirnos de una palabra á la orden del día.

El objeto de este artículo es demostrar que sin gravar desmesuradamente su presupuesto, por módico que éste sea, una señora puede llegar á la alta elegancia con el empleo del arte aplicado al tocado así como á la decoración de su casa; que se puede llegar á componer obras maestras, llenas de gracia y de belleza, lo mismo que un escultor con el barro ó un pintor con los colores de su paleta, si se poseen las nociones artísticas de la línea y del color.

JUEGOS DE INGENIO.

(DE JORGE POMBO)

Yo quiero que tú quieras
que yo te quiera
como querría quererte
si me quisieras:
y, aunque no quieras
te querré porque quiero
que tú me quieras.

Si piensas que yo pienso
que tú me piensas
me piensas al pensarlo.
¡me recompensas!
y si bien piensas,
quien piensa en no pensarme
sólo en mí piensa.

Al decir lo que dices
te contradices,
porque dices que dices
lo que no dices:
y si lo dices.
desdices lo que has dicho
con lo que dices.

—

En parte de los partes
que tú repartes,
vi que partes muy pronto
para otras partes;
yo quedo aparte,
más si partes, me partes
de parte á parte.

Coconí Bonafoux.

(POR RUBEN DARIO)

Coconí, nombre de flor
ó de pájaro ó de gema
de la Biblia. Es un poema
hecho de triunfo y frescor.

Coconí es el cocotal
y el picaflor, y la miel,
y el mirlo sobre el laurel
al lado del manantial.

Flor del sol, botón de aurora,
pequeñita soberana,
maravillosa «mañana»
que eres un divino «ahora»

Junto á la amable tormenta
que tienes por padre, sueña.
Tu almita, que está pequeña,
¡si vieras cuanto le alienta!

Quisiera ver, Coconí,
cuando tu seas mujer,
la cara que has de poner
al acordarte de mí.

Tu linda boca dirá,
«Bellos versos me escribió
aquel señor que pasó........
y que quería á papá»

La verdadera elegancia.

El «chic,» palabra que hemos empleado ya alguna vez, y que no se encuentra en el diccionario de la Academia ni en francés ni en español, es una locución esencialmente parisiense, palabra y cosa, artículo de París, podríamos decir, que sólo se encuentra en París.

El «chic» es lo pintoresco, lo coqueto, lo sutil. Es á la vez encantador y picaresco, pero siempre atractivo en sumo grado. La cara de parisienses se presta al «chic,» con sus rizos indomables, su sombrero ladeado, con un solo lazo para adornarlo, pero que es todo un poema. A falta de lazo, una flor ó una pluma coquetamente colocada atraen y provocan la mirada.

El «chic» significa además el buen gusto supremo. Al decir «chic,» se quiere decir que no hay cosa más bonita ni más elegante. Sin embargo, la primera acepción es la verdadera.

El «chic» se improvisa, pero no se enseña. Se nace con ese genio particular, esencialmente original.

Algunas mujeres, por mucho que hagan, no tendrán nunca «chic;» no solamente la naturaleza de su espíritu no se presta á esos hallazgos, sino que toda su persona es una antítesis del «chic,» que envuelve siempre la idea de lo imprevisto.

Se puede tener mucho «chic» y carecer en absoluto de distinción.

La distinción, en cambio, se puede aprender, y es lo que voy á tratar de enseñar á mis queridas lectoras.

No hay verdadera elegancia sin distinción, y todas las mujeres pueden llegar á la distinción, que es la elegancia de las bolsas modestas.



Explicación de nuestros grabados.

Número 2. Vestidoblusa con pliegues transversales, para primera comunión, confeccionado con velo ó «etamine» sobre satín, con peto de seda en dobladillos y bandacinturón de seda. Al forro, que tiene la cerradura por detrás, se cose por delante y á la derecha el petocanesú forrado sobre gasa. En los bordes del forro se adapta, con puntadas casi invisibles, un sesgo que se rodea con pestaña de seda, reforzado, cuyos extremos continúan como patas puntiagudas. El cuello recto se abrocha hacia atrás en dobladillos, con la esquina vuelta.

1.—Vestido para primera comunión.
2.—Vestido-blusa para primera comunión.

3.—Vestido blusa, guarnecido con sesgos, para primera comunión.

4.—Vestido reforma, para primera comunión.

La manga se guarnece con sesgos, se ajusta hacia arriba y se cose en pliegues al través. La falda, cerrada por delante, se compone de una delantera baja y de una campana con volante en forma, cuya juntura se tapa con un pliegue transversal.

Número 3. Vestidoblusa, guarnecido con sesgos, para primera comunión. Este vestido se guarnece con sesgos con pestaña de raso y pliegues sobrepuestos; la tela es de crespón de lana. Se cierra el forro en la mitad anterior y se cubre el dorso con forro liso. A cada delantero liso se le cosen tres pliegues, con puntadas invisibles, que llegan hasta catorce centímetros del escote. El pliegue de en medio, que ensancha el delantero derecho, tapa la botonadura. Los bordes inferiores se fruncen ligeramente adaptándolos después deblusados. En el dorso llega el pliegue del medio hasta once centímetros desde el escote. El borde superior se orilla con tres sesgos arqueados, reforzados con gasa y bordeados de pestaña. Se colocan botones decorativos en las puntas de los sesgos, en el cuello recto y en los pliegues de en medio. La manga de forro se cubre hasta arriba con un bullón adaptado al vuelo, que termina con un puño reforzado y guarnecido. La falda se forra y el cierre se pone por delante y hacia la izquierda. La juntura del volante se cubre con un sesgo.

Número 4. La guarnición de sesgos con pestaña de raso del vestido hecho de satín de lana, exige una confección muy cuidadosa. Las tablas de la falda se completan con un volante en forma, y la delantera se cierra con botones de presión en el lado izquierdo. El borde inferior y los dos sesgos se orillan con pestaña, y por debajo del inferior contra el volante forrado. Sobre una forma de fondo de gasa se confecciona el cuerpochaqueta, abrochado hacia la izquierda. Los cinco sesgos de abajo son puntiagudos, y los demás van cubiertos en los extremos por el cuello recto reforzado en el dorso. El pequeño escote se llena con muselina de seda plegada, y la manga se compone en la parte de arriba, con sesgos, y de un abofellado en la región del puño, que se forma por tres sesgos.

Número 6. El vestido, con cuerpo faldón tan favorable para caderas pronunciadas, de piezaschaquetas sueltas, se completa en el modelo por un moderno y ancho cuellohombreras, con caídas de estola. La longitud de éstas y del faldón, se debe determinar con cuidado en la prueba, según la estatura de la persona. El vestido es de paño color azul obscuro, ó de cachemir; de tafetán del mismo color son el cuello, pecherachaleco, cuello recto y las cuñas plegadas de la falda. Para el chaleco blusado se despuntea tafetán en grupos de tres vivos, cada uno, y después se cortan las piezas al sesgo, de tal modo, que los vivos formen puntas. Un pliegue de cierre liso cubre la botonadura en el medio anterior. Las piezas se forran con seda muy ligera, así como el cuello recto y liso. La falda exige un fondo de forro libre compuesto, como aquélla, de siete cuchillas con plegadillo adaptado encima. En las costuras de la sobrefalda se dispone el cierre.

Número 7. Los bordes de esta sencilla chaqueta semiceñida, hecha con tela de confección diagonal negra, se ribetean con trencilla de seda de tres centímetros de ancho. Los delanteros, con costura vienesa, se cubren por dentro con tiras de ropa sobre bucarán, ejecutando en la de la derecha los ojales para botonadura cubierta. Se retiene fuertemente el borde superior de la manga, y con buracán en varias capas, se refuerzan los puños de doble forro, así como el ancho cuello vuelto, de cuatro piezas.

Número 11. Vestido de reforma guarnecido con bordado de aplicaciones, hecho con género de lana flexible, azul obscuro, y combinado con terciopelo de lustre del mismo color y negro y con un poco de seda encarnada. El cuello se corta de pana azul, con borde inferior ligeramente arqueado hacia arriba y se le guarnece en forma de chaquetita y de canesú con motivos formados de tiras negras de pana,

cuyos bordes se acompañan con líneas al tamboril, de igual color y encarnadas. El cierre se dispone por delante y hacia la izquierda, á lo largo de la pieza del medio, en forma de peto ó en el medio posterior. El cuello recto y las piezas superiores de la manga, se adornan casi de una manera igual. La falda corselete se corta en lo alto un poco más amplia que de costumbre para fruncirla después de una manera conveniente. En el borde de la falda se adapta una cenefa de aplicaciones de diez centímetros de ancho.

Número 12. Este vestido es de homespún, color rosa fresca, y va animado con canesú y cuello recto de seda encarnada, en dobladillos. Se agrega, además, un cordoncillo de seda como guarnición. La falda-campana se dispone con dobladillo de cinco centímetros de ancho y se pespuntea sobre los dobleces de los pliegues. Encima de la abertura se abrocha el pliegue del medio con sesgo añadido, que se adapta sólo en la parte inferior á ambos bordes del pliegue.

Número 13. El trajecito es de cheviot azul obscuro, y va animado con pestaña de seda listada de blanco y azul fijada por líneas de pespuntes blancos y bordado con una ancla de los dos colores mencionados. El pantalón bombacho, que tiene costura por delante y pretina de botones por detrás, se une al corpiño de forro doble, abotonado en el dorso. Antes de cortar se dispone la ropa del casacón en tres pliegues planos y se corta el forro para la parte inferior hasta la cintura. Por delante sólo llega el pliegue del medio cortado á la derecha y hasta el escote; por debajo del pliegue se coloca la hendidura para la botonadura cubierta. El cuello vuelto se refuerza y forra; la manga blusada se pespuntea en pliegue-citos y el cinturón se sostiene con presillas.

PADRES DE SORPRESA.

El tenía seis años y ella cuatro.

Y quedaron solos.

Solos como todos esos arcángeles que caen en los braseros ó se desploman del balcón á la calle, ó arden entre las ropas de la cuna, ó contraen la difteria entre puertas.

Solos, como están al lado de sus padres que no saben cuidarlos y en un mundo que les prepara el envilecimiento ó el martirio.

El buscó en los cajones y encontró una pistola. ¡Qué bonito era aquello! Apuntó á la pequeña y con la boca imitó el estampido.

—¡Pum!

—¡Bonito!—dijo sencillamente la niña. Y después de una pausa añadió:

—¡Más pum!

Entonces salió el tiro, con estampido horrísono que hizo retumbar la casa entera.

La niña cayó al suelo bañada en sangre, con el proyectil en la sien.

El quedó anonadado, sin saber qué era aquello, contemplando á la niña muerta.

Y después, los vecinos que suben, el Juzgado que acude, la muchedumbre que se arremolina, y por último, los padres que llegan.

Lágrimas, alboroto. A los dos meses, nada.

Es decir, sí.

A los dos meses, treinta sucesos por el estilo y sesenta padres, ó lo que sean, que dicen contristados:

—¡Quién lo dijera! ¡Pícara casualidad!



5.—Adornos de pasamanería para aplicaciones.



6.—Traje para señoras de edad. 7.—Chaqueta semi-ceñida, para señoras de edad.

CONSUELO

El día está muy obscuro,
nostálgico y tedioso;
Llueve, y el triste viento
divaga perezoso....
Aun se mecen las vides
en el derruído muro,
Mas todo, de la muerte,
caerá al soplo seguro....
El día está muy triste,
nostálgico y tedioso.

También mi vida es triste,
nostálgica y tediosa,
Llueve y está soplando
la racha perezosa....
Aun viven mis recuerdos
en ruinas del pasado;
Pero caerá sobre ellos
también el frío helado.
Pasan mis tristes días,
cual racha perezosa.

¡Corazón! no te aflijas,
que ya vendrá el consuelo,
El sol tras de las nubes
aún brillará en el cielo,
Tu suerte es la de todos
los seres en el mundo:
En cada vida hay lluvias
de cruel dolor profundo,
Preciso es que haya días
de sombras y de duelo.

Traducido del inglés por
BOLIVIA MALDONADO.

La Peseta.

Inteligente y guapo, más hablador que un carnaval, y alegre cual mañana de Abril, era Paco, hijo de un modestísimo empleado que, imponiéndose superiores esfuerzos á sus menguados recursos, le costeaba la carrera de ingeniero, sobrellevando alegremente apuros y privaciones, porque el muchacho, descollando entre sus compañeros, veía ya próxima la época de terminar brillantemente los estudios.

La habitual estrechez de aquella casa llegaba á un punto que en miseria rayaba en inverosímil economía, indispensable para hacer frente á cargas superiores á los medios de levantarlas, reduciendo los gastos inevitables, y prescindiendo de todos los demás sin consentir ni el más ligero extraordinario: con la sola excepción de la peseteja de los sábados, para que el chico, después de una semana de incesante trabajo, echara una cana al aire é hiciera ¡una calaverada! según frase de su madre. El comía á la carrera en tales días, y, más alegre que unas pascuas, se escapaba al teatro.

Iba siempre al mismo: á uno en donde, por ser «moda» tales noches, se daban cita las madrileñas elegantes. Ni miraba el cartel, ni casi nunca subía al gallinero, sola localidad de él conocida, hasta muy avanzada la representación; ni, á veces, aguardaba el fin de ella para retirarse; ni se enteraba, sino á trozos, y mal, de lo que veía.

La explicación de estas rarezas era que Paco estaba enamorado de la luna: siendo aún más raro que la luna no le pusiera del todo mala cara.

¡La luna!.... Ustedes juzgarán: Amelia era hija única de un grande de España, ministro y por contera millonario.

Una vez sola se habían hablado: vivían en esferas tan diversas que no era fácil se encontraran, sino por extraordinario evento, cual el que los hizo conocerse en un baile dado por el Director á cuyas órdenes servía el padre de Paco en el Ministerio donde el pobre señor llevaba treinta años amarrando expedientes con balduque.

Era el chico lo bastante buen mozo para que las muchachas, al mirarle, no se fijaran demasiado en la raída trama ni en el corte de quince años atrás de su «frac de familia,» y tenía Amelia edad y genio que viendo aquello no se enteraban de esto. Bailaron dos ó tres veces, charlaron por los codos, se miraron mucho más de lo justo y lo correcto: y aquella noche fué la gran efeméride de la vida de él. Respecto á ella, sería en mí indiscreción imperdonable meterme á escudriñar

su corazón de quince años para sacar á plaza mis descubrimientos.

Desde entonces, por cuantos medios tuvo á su alcance procuró él verla con frecuencia, sin conseguirlo sino los domingos á la entrada y salida de misa. Cuando Amelia no se iba en coche, seguíala de lejos, sin pretender ser visto, pues el contraste del lujo de ella con la propia modestia deslumbraba y avergonzaba al pobre Paco. Andando el tiempo averiguó que los sábados, cuyas noches eran las únicas que él tenía disponibles, estaba Amelia abonada á un teatro, y desde entonces la taquilla de éste se tragó todas las pesetas del estudiante sin perdonar ni una.





8.—Traje para iglesia, guarnecido con cintas.



9.—Elegante traje para recepciones y banquetes.

Limitóse primero á situarse durante los entreactos en el rincón más escondido del patio, acechando la platea de Amelia, pues desde el paraíso, y estirando el pescuezo, casi hasta dislocarlo, sólo lograba verle la coronilla; pero como indudablemente hay algo que avisa á las mujeres cuando un hombre las mira, disimulo tan grande y tal reserva no evitaron que la muchacha se enterase de la contemplación, no pareciendo, á la verdad, desagradarle mucho, si de ello ha de juzgarse por las ojeadas, con que distraídamente y muy de tarde en tarde en un principio, correspondía á ella: apartando asustada sus azules ojos de los negros de Paco al tropezarse las miradas, pero tardando poco en volver á llevarlos dulcemente por el mismo camino, siendo menor el susto á cada nuevo encuentro.

Cuando se encaramaba él al gallinero por empezarse el acto, y una vez instalado, iba observando que cada día divisaba desde aquellas alturas algo más que el moño de la niña, quien tan pronto volvía la cabeza á un lado como á otro, ó levantábala hacia los pisos altos cual si buscara algo, dióse cuenta de que tales pesquisas se repetían en el «foyer» á la salida, hasta una noche que, al descubrirle escondido detrás de una columna, para ocultarse de papá y de mamá, ya supo la muy pícara dónde había de buscarle las demás, y adónde tenía que enviarle la última sonrisa, pues á tanto llegaban ya las cosas.

No cabe más inocente idilio; sin embargo, en él hallaba Paco felicidad para siete días. Y no se crea fuera ningún melenudo romántico; pero tenía veinte años, y sobre todo, aun teniendo cuarenta, estaba enamorado.

***

Acicalado y peripuesto cuanto daba de sí su pobre guardarropa; con la peseta en el bolsillo, y en él la mano, para evitar la pérdida del talismán que había de darle en tres horas de dicha un montón de felices recuerdos para llenar una semana entera; alegre como unas castañuelas, iba nuestro estudiante camino del teatro, tan preocupado con un solo pensamiento que ni advertía siquiera el horroroso frío de aquella clara noche de luna del mes de Enero, capaz de helar los mismos pensamientos en cabeza menos caliente que la suya. Corría viento suave del Guadarrama, un traidor y sutil cefirillo, muy propio de inviernos madrileños, donde á docenas venían envueltas pulmonías; y la gente, encogida y tiritona, arrebujada en capas, abrigos y mantones, apresuraba el paso para esquivar cuanto antes las caricias de aquella espantosa temperatura.

Al cruzar una bocacalle enfilada al Norte, le saludó una ráfaga helada que, colándose por bajo de la capa, le hizo sentir el frío por primera vez desde que salió de casa. En el mismo momento, una joven demacrada y andrajosa, con un niño en los brazos, le atajó el paso, diciéndole:

—¡Señorito, una limosna por amor de Dios!

—Perdone, hermana; no llevo suelto—contestó Paco.

—¡Que hoy no he comido, señorito!—insistió ella con plañidero tono.

Nuevamente se detuvo el muchacho para repetir á la mendiga que no podía socorrerla; y al mirarla cubierta con un leve vestido de percal, pues el pañuelo de lana, hecho jirones, de que por todo abrigo disponía, lo había plegado en varios dobleces para arropar al niño, sintió en el cuerpo la impresión de aquel frío aún con mayor intensidad que un momento antes; y reparando en que, casi desnuda, la infeliz soportaba los rigores de aquella glacial noche, le apretó el alma tan dolorosa compasión que degeneraba en sufrimiento.

—¿De veras no ha comido usted nada en todo el día?—le preguntó.

—¡Por mi hijo, se lo juro! Le juro que es verdad... Estoy helada; me muero de hambre y frío....; no podré darle el pecho; se moriría también el angelito de mi vida—contestó la pordiosera, dando diente con diente, sollozando y apretando á su hijo contra el seno.

Ante aquel infortunio se sintió Paco trastornado; los ojos se le inundaban de agua, el corazón se hinchaba hasta llenarle el pecho...

Se acordó de la peseta que en la mano tenía, y la apretó aún con mayor fuerza..... No, no.... Pensaba que gozoso daría su alimento de una semana entera antes que ella.... Pero no tenía más y aquella desgraciada madre se moría pensando en la muerte de su hijo.. Sintió un impulso irresistible que nacía de muy hondo, y no vaciló ya; sacó la mano, y al dar á la



10.—Peinado de quebraduras, para banquetes.

mendiga lo que ella guardaba, dijo:
—Sólo tengo eso, hermana.
—Dios se lo pagará y le dará tanta felicidad como bien me hace.
Cuando, repuesto de su enternecimiento, echó de nuevo á andar, se preguntó el muchacho adónde iría, si con su única peseta se le habían escapado las miradas y sonrisas de Amelia.



11.—Vista posterior del grabado número 14.

—¡Cómo ha de ser! Tendré que contentarme con verla al bajarse del coche y cuando suba á él á la salida.
Así lo hizo, pasándose la noche á la intemperie, pataleando, y soplándose los dedos para engañar el frío, y hacerse la ilusión de que así se calentaba pies y manos. Y todo ¿para qué?...... Para verla cruzar como una flecha, sin que ella se enterara de que él estaba allí, hecho un sorbete, desafiando pulmonías.

***

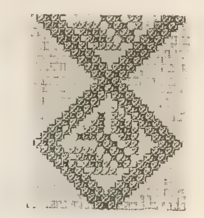
Tras de mucho luchar, derrochando energías que sostuvo el cariño, los amantes platónicos de antaño, convertidos en esposos hogaño, se sacudían los importunos más pegajosos entre los concurrentes á la gran ceremonia, y entraban por primera vez en «su casa,» juntos y solos. Una vez dentro, estrechando en sus brazos á Amelia, dijo Paco, cual recordando un sueño muy lejano:
—La mendiga tenía razón; Dios le ha hecho caso.
—¿De qué hablas? ¿Qué es eso?—preguntó Amelia.



12.—Vestiditos de pliegues para niñas. 13.—Trajecito para niños

—Que hace ya tiempo, una noche, yendo camino del teatro, di mi única peseta á una infeliz que se moría de hambre; y me quedé sin verte... Por cierto que tú recompensaste mi buena acción con unos monos de tres semanas, no mirándome en otros tantos sábados....¿Te acuerdas?.... Pues aquella mujer me hizo la profecía de que sería feliz. Ya ves, no hice mal cambio: di una peseta, y tú me diste tu corazón cuando yo aún no tenía dónde caerme muerto.
—Eso es mentira, que tú me lo robaste.

José de Elola.



14.—Modelo de bordado para aplicaciones.

ENERO

Como bruñida lámina de acero
el río lentamente se desata;
fulgura, como túnica de plata,
la nieve en el cercano ventisquero.

Triste y escaso el nítido venero,
no fecunda la extinta catarata;
y el viento frío, que á las aves mata,
zumbando dice por doquier: ¡Enero!

La golondrina, pájaro proscrito,
clamando ¡Enero! busca los calores
con el instinto innato que la guía...

Y sola, lejos del hogar bendito,
sin el dulce calor de sus mayores,
Clama ¡Enero! también el alma mía!

Miguel Bolaños Cacho.



12 bis.—Vestido reforma para baile, propio para señoritas.

13 bis.—Dos sencillos y vistosos trajes para paseo.

PARA EL HOGAR

La magia de los colores

SUS ARMONÍAS CON LA BELLEZA DE LA MUJER Y SUS SENTIMIENTOS.

Sentemos primeramente el principio de que el genio en el arte consiste ante todo en el sentimiento de las relaciones y de las diferencias, de las semejanzas y de los contrastes en las formas, en las proporciones como en los colores. Así, por ejemplo, un color no tiene valor absoluto: los matices que le rodean le dan su verdadero valor. Una tez bronceada, algo amarilla, parecerá de tono más claro, casi blanco, si se coloca á proximidad de una cosa más amarilla. Verbigracia: si los dientes de los negros y de los carboneros nos parecen de una blancura excepcional, es por el contraste con el color negro del rostro. La adaptación de los colores á nuestra tez es generalmente una cuestión de oposición. Todo el mundo sabe que á veces la armonía se consigue por la ley de los contrastes.

Nadie podrá negar tampoco que los colores tienen una expresión; que guardan con nuestros sentidos ciertas afinidades, y que ejercen una influencia sobre nuestras ideas, nuestras disposiciones morales y físicas. Hallamos alegría en un día hermoso ó en las claridades rosas de la aurora, melancolía en el crepúsculo, tristeza en la noche.

El amarillo claro, que es el color del sol, expresa la riqueza, la exuberancia, la suntuosidad. Pero si se le da un tono más subido y se le mezcla con el negro, en seguida adquiere una expresión sombría y violenta.

El amarillo gusta y sienta bien á las morenas meridionales; forma una armonía de carácter con su pelo y sus cejas negras, con sus sombrías y ardientes pestañas, expresando el amor violento y cruel mejor que la ternura, ha dicho un maestro en el arte del tocado.

Por el contrario, el azul, matiz discreto, ideal y celeste, expresa la pureza, la dulzura, el ensueño, las tranquilas felicidades. Parece imposible que este color pueda significar el valor, la exuberancia ó el placer. Es el emblema del amor puro.

En los tonos claros, el azul sienta bien á las vírgenes; pero el azul obscuro, tirando á negro, sentaría mejor á los temperamentos melancólicos que se complacen en misteriosos ensueños.



15.—Vestidito-casacón con bordado al punto en cruz.



16.—Traje de baile, para señoritas.

17.—Traje de concierto ó de banquete, para señoritas.

En cuanto á mí, debo confesar que no me gusta mucho el azul. Es un color frío. La escala suya es pobre. En los tonos obscuros, sólo es distinguido mezclándolo con el gris ó el verde. Hay tonos gris azul que, casados con el rojo rubí, componen tonos admirables. El azul verde pálido ó el azul botella, son igualmente tonos distinguidos y que sientan bastante bien.

En cuanto al rojo, es el color de las pompas y del fausto, es el color de la magnificencia. La púrpura, en casi todos los países, es el traje de los reyes y de los emperadores.

«Bernardino de Saint-Pierre dice que con el rojo la naturaleza realza las partes más brillantes de las flores. En las Indias reviste de ese color el plumaje de la mayor parte de los pájaros, especialmente durante la estación del celo. Pocos pájaros hay que no tengan algún matiz de este rico color. Unos lo tienen en la cabeza, como los cardenales; otros lo tienen en el pecho ó en el cuello; algunos en la parte posterior. Los hay que conservan enteramente el fondo gris azulado de sus plumas, pero que están satinados de rojo como si los hubieran envuelto en carmín. Otros parecen que les han soplado un polvo de grana.

A veces el rojo es imponente y terrible, como en la toga de los magistrados, y á veces da ideas de orgullo y de ambición. Color hipnotizador, atrae la mirada. La mujer que quiera ser vista, se pondrá con preferencia un traje encarnado.

Toda la escala del rojo, desde el grana y amapola basta el rosa subido, representan el ardor de la pasión. El rosa es el color de la juventud, principalmente; despierta siempre ideas de alegría, y sienta sobre todo por su frescura muy bien á las niñas. En el rosa hay tonos exquisitos, preciosos, así como también hay tonos muy vulgares. La mujer ó la joven que quieran usar este color, deben estudiar y hallar el tono preciso que siente bien á su tez.

El naranja, que es una mezcla de amarillo y rojo, desempeña también un papel principal en la naturaleza. Pero en la mujer sólo debe figurar en muy pequeñas dosis, y, sin embargo, recuerdo cierto traje de baile de piel de seda naranja, de tejido ligero y aterciopelado, guarnecido con piel de zorra negra, con un delantero ligero muy plegado, de muselina de seda blanca, y que me encantó por su riqueza y la distinción original y suntuosa del conjunto. Lo llevaba una mujer morena muy blanca de piel (blanco mate), de perfil imponente y serio y de expresión apasionada. Era un traje verdaderamente regio.

¿Y el verde? ¡No encuentro nada más bonito y que guste tanto á la vista! Así es que la naturaleza lo ha puesto en el fondo de todos sus cuadros. No hay color cuya escala sea más rica, más variada. ¡Qué tonos tan delicados en el verde musgo, el verde azul y el verde agua! Casa con todos lo demás colores y los hace valer en vez de apagarlos. A la vez tierno, modesto y soberamente distinguido, el verde con el blanco forman los más bonitos y los más elegantes tocados. Combinado con el negro es triste, pero conserva, sin embargo, un sello de alta distinción. Los árabes y los turcos tienen una predilección marcada por el verde, que era el color favorito de Mahoma.

Durante mucho tiempo la moda lo ha desdeñado. Desde hace muchos años, como siempre he sentido gran preferencia por este color alegre y tranquilo á la vez, me complacía en buscar en las telas esos matices deliciosos de verde entrevistos entre los musgos ó follajes del otoño, y no podía encontrar nada: el verde estaba completamente prohibido en la fabricación de sederías, terciopelos, panas ó cintas. Pero hoy día ya se empieza á comprender las bellezas del verde. Se encuentran casi todos los tonos, desde el verde nilo hasta el verde ruso; desde el verde reseda, de tono tan suave, hasta el verde oliva. Se casa admirablemente con el blanco, el negro, el malva, al azul pálido y sobre todo el rosa de coral.

El violeta, color compuesto de rojo y azul, es un color imponente: es el color episcopal. Cuando domina el azul, toma cierta expresión de melancolía y llega á ser un color de medio luto. Así es que la escabiosa es la flor de las viudas. Al violeta se parece algo el azul de la hierba doncella, que hacía estremecerse el corazón de Rousseau.

Dos colores muy en moda hoy día son el malva y el heliotropo, derivados del violeta y que en su escala ofrecen, como el verde, tonos preciosos. Estos tonos raros, eminentemente distinguidos, hay que descubrirlos, y sobre todo hay que hallar el que conviene exactamente á cada cual, según su fisonomía. El heliotropo es un color propio de día, pero el malva rosado es un



18.—Labor de encaje irlandés.

color propio de noche. Se pueden hacer trajes muy bonitos, y para la vista constituyen un encanto discreto y tierno. El color amatista, bordado en oro ó guarnecido de galones de oro fino o mezclado con el gris, constituye un color de una riqueza atenuada y muy elegante.

El malva bordado de perlas ó cubierto de encajes blancos o negros es de un efecto encantador y muy dulce.

Si hemos hablado á nuestras lectoras de la relación de los colores con los sentimientos, es que queremos que se penetren de esta verdad: que la belleza y la elegancia son, ante todo, una cuestión de armonía. Una mujer de talento ha dicho «que si se puede soñar con un sombrero azul, está prohibido llorar con un sombrero rosa.»

Pero el punto capital, no me cansaré de repetirlo, consiste en saber adaptar los colores del sombrero o del traje cón el color del pelo ó del rostro.

El hombre, al parecer, ha abandonado por completo el color á las mujeres; no sale del negro. A pesar de algunos ensayos mundanos para introducir de nuevo los fracs de color para la noche, no ha tenido éxito esta moda y se prefiere lo obscuro ó incoloro. En toda Europa, ó mejor dicho en todas la naciones civilizadas, el traje de etiqueta es el frac negro, con pantalón negro y sombrero de copa, también negro; no puede ser más feo ni más lúgubre. El sombrero, sobre todo, es contrario á todas las leyes de la estética, puesto que su forma alta y cilíndrica cambia por completo la forma de la cabeza. Desde hace más de un siglo las gentes sensatas, dotadas de algún sentimiento artístico, critican y ridiculizan la chistera, que á pesar de todo resiste á tanta sátira. Será preciso que sobrevenga una revolución para transformar una moda tan absurda como deforme y antihigiénica.

Los trajes del siglo pasado eran mucho más elegantes y de mayor riqueza.

Verdad es que en nuestra moderna sociedad, encontrándose la fortuna muy dividida con motivo del reparto de las herencias, no habría tal vez presupuesto que resistiera á los gastos ocasionados por los trajes de ambos esposos si fuera ésta la moda, pues los trajes de terciopelo, de brocado ó de satén son mucho más costosos que el espantoso frac moderno, y ésta es la razón á mi ver; por lo demás, los hombres tienen tanta coquetería como las mujeres, aunque no quieran confesarlo. Les gustaría usar las telas más hermosas y más ricas, y serían nuevos pretextos de discordia entre esposos y daría motivo á guerras intestinas. Más vale, por tanto, estoy conforme con ello, que sigan llevando esos trajes de enterradores, que pueden tener cierta elegancia si el sastre es bueno y hábil.

Felizmente las mujeres, guiadas por su instinto de coquetería, no han llegado todavía á ese grado de civilización, y conservan en sus vestidos el color que las embellece. A no ser así, pareceríamos una sociedad de cuáqueras y cuáqueros llevando un luto universal. Si el color negro se conserva todavía en el traje de las señoras españolas como una muestra de nobleza, es porque recuerda el traje del sacerdote, que es un privilegio digno de ser llevado por una casta devota.

Cada vez que se quiere producir cierto efecto sobre la imaginación femenina, hay que recurrir al color. Hay algunos teatros én que no se representan obras de frac, y otros en que se exige cierto lujo de trajes.



19.—Vestiditos para niños de corta edad.

Las mujeres, que son artistas cuando se trata de su belleza, tienen razón al no comprender que se puede ir bien vestida sin colores. Solamente hay que advertir que deben poner mucho tacto, mucha reflexión y mucho arte cuando escogen y mezclan esos colores si quieren ser distinguidas. Deben abstenerse por completo de las oposiciones y contrastes bruscos, de los tonos crudos, chillones, que dañan la vista y el buen gusto, es decir, el sentimiento de la armonía.

Ante todo, hay que prohibir absolutamente todos los colores que afean.

Muchas veces se oye decir á una persona: «Está usted muy guapa esta noche,» y este elogio, que generalmente es sincero, pero que denota poca observación, consiste en que el traje que se lleva sienta bien; á veces cualquier adorno, el menor detalle, puede influir: con una cinta bien colocada, con una alhaja cuyo color conviene á la fisonomía, parece una más guapa de lo que es en realidad.

Los tipos femeninos, aun cuando varios en lo infinito, pueden clasificarse, sin embargo, en cuatro tipos principales: morenas, castañas, rubias y rojas. Estos colores de pelo corresponden al temperamento y éste al clima. La tez depende á la vez del temperamento y del clima. Sin duda hay numerosas excepciones á estas reglas generales.

Las mujeres del Mediodía son morenas, y según los médicos, es debido á la influencia del calor sobre la circulación de la bilis, independientemente de la pigmentación.

Las del Norte, en las que predomina la linfa, son generalmente rubias, de tez rosa y blanca.

En las regiones templadas, las mujeres tienen la tez como el cabello, de color indeciso, mixto, es decir, entre los extremos.



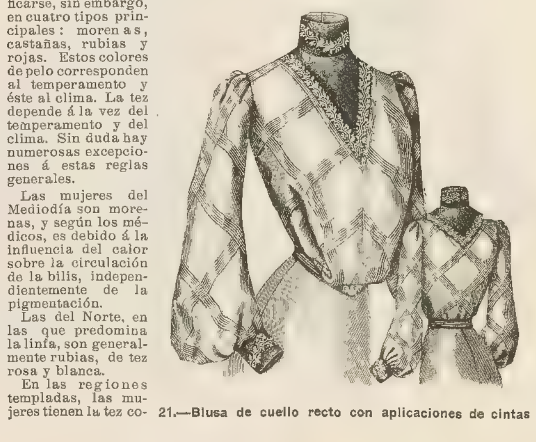
20.—Traje de paseo con guarniciones de cinta.

Además de estos tipos generales, algunos hay muy raros, como el «auburn,» por ejemplo, que es castaño con reflejos dorados, y se encuentra frecuentemente en Inglaterra, al cual corresponde una tez deslumbradora.

Los matices rojos, antiguamente despreciados, están hoy muy en boga: ciertos tonos tienen efectivamente una riqueza de colorido asombroso y hacen resaltar la blancura de la piel

Existen además otros colores rubios adorables y cabelleras leonadas que parecen oro en fusión. Estas rubias, en el hotel de Rambouillet, eran llamadas leonas. En cuanto al rubio veneciano, del cual nuestras coquetas abusan hoy día un poco demasiado, da al rostro, no se puede por menos de reconocer, un brillo extraordinario.

Las rubias tienen generalmente la piel rosa, fina, trausparente. El rubio ceniciento, tan fino, tan suave, sienta perfectamente con una tez suave, blanco mate, y un temperamento delicado, de carácter apacible. Cada temperamento tiene su armonía. La mujer, como el artista,



21.—Blusa de cuello recto con aplicaciones de cintas

deben completarla, hacerla ó más ideal, ó más picante, ó más apasionada, atenuando sus durezas, acentuando las indecisiones con algunos toques de luz, modificando, transformando, borrando, si es preciso, todo lo que puede desagradar.

Es indudable que todas las mujeres saben lo que les sienta bien, sin que haga falta que se lo enseñen: por ejemplo, que el encarnado ó el amarillo convienen á las morenas, y el verde y el azul á las rubias. Se dice, y con razón, que el encarnado es el colorete de las morenas y el verde el de las rubias.

Una morena de ojos brillantes, de pelo y cejas muy negros, sabrá colocar en su peinado el lazo ó la flor rojos, que acentuarán el carácter de su fisonomía. No tendrá reparo en ponerse un traje grana adornado con encajes negros ó guarnecido de azabache; y la rubia en cambio se pondrá las turquesas, la corona de azulejos ó el traje azul con oro.

El violeta y sus derivados, el malva y el heliotropo, sientan bien á las rojas.

Pero todas estas leyes generales tienen numerosas excepciones.

En nuestro clima templado, en donde dominan los intermediarios, hay una infinidad de matices en la escala de las morenas como en la de las rubias, y más todavía en la de las de pelo castaño. Y como la verdadera elegancia que nos proponemos enseñar á nuestras lectoras consiste principalmente en saber escoger con tacto los colores matizados hasta lo infinito, me declaro aquí defensora de los «matices.»

Así es que hay morenas pálidas que tienen la piel muy blanca y los ojos muy negros. No deberán usar nunca colores violentos y chillones, sino matices dulces, los matices que sientan bien á las rubias: el azul pálido, el verde y el malva les sentarán muy bien; el rosa coral pálido, sobre todo, blanqueará mucho la tez. Y si tienen las facciones cansadas ó el rostro algo ajado, estos matices suaves darán á la fisonomía juventud y vigor. Lo mismo les sucederá á las rubias, á las cuales convienen generalmente los tonos claros y dulces; sin embargo, cuando el rubio es demasiado delicado, necesitan usar colores más vivos. El rojo algarrobo ó de ladrillo y el rojo rubí, por ejemplo, realzarán la insignificancia de ese rubio demasiado tierno, dándole un acento, un toque de los más atractivos.

Por consiguiente, el rojo no es únicamente el colorete de las morenas. Y por tanto, el colorete de las rubias, el verde, se armoniza admirablemente con la tez de ciertas morenas. Este matiz, sobre todo casado con el negro, imprime á la fisonomía un sello de severidad extraño, eminentemente distinguido.

Una morena y una rubia pueden llevar con distinción un abrigo de paño verde fino, guarnecido de piel negra de Skunks ó de Astrakán, ó de zorra negra, según el presupuesto de cada cual; y como salida de baile, una larga pelliza de «peluche» verde claro ó verde botella. Se encuentran «peluches» de un color verde exquisito, y vestidos para la noche, de este color, guarnecidos de encajes, perfectamente blancos, que son de gran elegancia sin ser demasiado costosos, á no ser que se quiera comprar «peluche» de primera calidad. En cuanto á los encajes, se hacen hoy imitaciones muy bonitas á precios sumamente reducidos.

Las mujeres de pelo castaño y ceniciento, con las encarnaciones correspondientes, buscarán colores en armonía con todas las encarnaciones de las morenas ó de las rubias, pero advirtiendo que los tonos violentos y apasionados las aplastarían. Necesitan tonos medios que están hoy muy en moda y recuerdan los colores antiguos: oro viejo, azul antiguo, rojo antiguo, rosa viejo, fresa tamizada; en una palabra, todos los matices nuevos, los tonos mezclados, es decir, esos tonos cuya crudeza está atenuada por la mezcla de uno ó de varios otros colores.

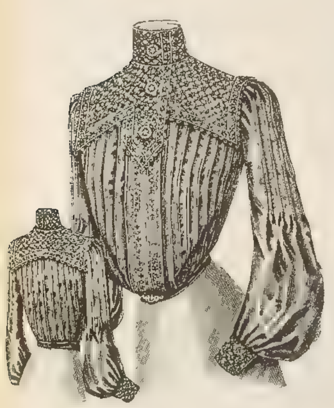
En cuanto á las de pelo castaño claro, con ojos grises ó negros ó de color de zafiro, que tienen los mismos reflejos que las piedras preciosas y recuerdan las profundidades de lo infinito, ó con los ojos de reflejos varios de una coquetería tan perversa, con la tez pálida, apenas sonrosada en las mejillas, y las venas azules al rededor de los párpados, todas éstas deben usar colores intermedios, como el gris rosado, el gris malva, el gris perla, que se realza con una nota viva, restringida y única; por ejemplo, con un clavel encarnado ó una rosa sin follaje, con un granate, un rubí ó un alfiler de oro, ó también con un lazo de terciopelo obscuro.

Sin embargo, no se crea que prohibimos el negro por completo, pues por el contrario, hay mujeres á quienes les sienta muy bien. La blancura de una rubia ó de una morena resaltará con más fuerza con el contraste de un traje de terciopelo negro.

Para una morena, en cuanto á negro, le aconsejaría más bien las sedas lustrosas, como los brocados, los surás ó los satenes. Los gros profundos de lana ó del terciopelo hacen que las morenas, resulten demasiado morenas, dándolas una expresión de tristeza que hay que evitar.

Ovidio ha dicho en su «Arte de querer»: «El negro sienta bien á las rubias, embellece á Briséis, que estaba vestida de negro cuando fué raptada. El blanco conviene á las morenas. Andrómedes, aumentabas tus encantos cuando, vestida de blanco, recorrías la isla de Serif.»

Ya se ve que desde aquella época se preocupaban en armonizar los colores, no sólo con el matiz de los cabellos, sino también con las situaciones y con los sentimientos.



22.—Blusa para señoras con cuello anclado.



23.—Elegante toilete de recepción para señoras de edad y vistoso traje infantil.

LA LINEA.

PAPEL QUE DESEMPEÑA LA NARIZ EN EL ARTE DEL TOCADO.

No nos detendremos para probar lo que toda mujer sabe tan bien como nosotras: todas las líneas verticales alargan, mientras que las líneas horizontales ensanchan, y por consiguiente achican.

Al hablar de línea, no nos referimos únicamente á las rayas, sino á todas las disposiciones y adornos. Por ejemplo, el chaleco alarga, pues divide el cuerpo en tres líneas verticales. Las rayas al través, ó las guarniciones, como los cordones, galones, etc., ensanchan y convienen á las mujeres delgadas y altas. La amplitud en el traje, á los tipos altos les da elegancia y magnificencia, con tal que no se lleve hasta la exageración. Esto constituye el abecedario de la costurera y de la mujer que tiene el sentimiento de las proporciones.

Pero aparte de estas observaciones, fundamentales por decirlo así, hay que estudiar la gracia de la línea. Una mujer deseosa de vestirse bien, seguirá primero un pequeño curso de estética; examinará con seria atención las más puras obras maestras de la estatuaria y del dibujo, y después, estudiándose ella misma, verá por dónde peca, y en su tocado tratará de arreglar la línea conforme á los grandes modelos, según que su belleza sea graciosa ó imponente. Según lo dicho, otro principio fundamental en el arte de vestirse y adornarse consiste, ante todo, en que el tocado de una mujer esté en armonía con su género de belleza. Una mujer de perfil altivo y majestuoso, no debe peinarse ni vestirse como una que tenga la cara pequeña, espiritual, provocativa, á no ser que quiera producir una discordancia, una disonancia que rebajaría su buen gusto.

Voy á sentar una verdad que tal vez parezca una enormidad: la primera cosa que se debe hacer, si se quiere vestir según las leyes del buen sentido, del buen gusto, de la verdadera elegancia, es estudiar con espejos combinados la forma del perfil, ó mejor dicho, de la nariz, pues la nariz es la que determina, por decirlo así, el tipo del perfil.

Si se tiene una nariz de línea pura y noble, si continúa la línea de la frente con ligera inflexión, si recuerda, en una palabra, las estatuas antiguas, habrá que ponerse un traje y hacerse un peinado en armonía con ese perfil, es decir, una cosa sencilla, de estilo noble y severo.

Pero si la nariz, aun cuando regular y recta, describe, por el contrario, una curva insensible, para levantarse á los dos tercios de su longitud hacia arriba, terminando en punta movible, vibrante, en ese caso se deben llevar cosas de fantasía que encanten por el contraste, lo picante mejor que la simetría, que no es propia de ese tipo, pues las líneas, en vez de ligarse con severa sencillez, se cortan, se contrarían, sin herir por eso la armonía.

Y por último, si la nariz presenta todavía una forma más irregular, si es más bien corta y vuelta hacia arriba, como las narices á la «Roxelana,» que imprimen á la fisonomía un aire decidido y provocante, entonces se pueden usar prendas de mayor fantasía y capricho.

Existen todavía otros tipos y son muy numerosos. Hay perfiles raros, extraños, inquietantes, que no son ni clásicos ni provocativos, pero que tienen gran carácter y aire distinguido. A éstos les conviene la elegancia con pompa y no las improvisaciones de la moda. Los recuerdos históricos inspirarán su tocado, así como todo lo que usen, pero cuidando que tenga cierto carácter.

Así es que imponente ó graciosa, la línea general del tocado debe estar en armonía con la línea del perfil, corrigiendo la forma del cuerpo si es defectuoso, y acercarse cuanto sea posible á los grandes modelos.

¿Hay acaso nada más adorable que esa línea magnífica que parte de la cadera y va afilándose hasta la punta de los pies? Pocas veces se ve en la naturaleza esta línea per-

fecta. Por tanto, es necesario corregirla por medio de las enaguas, de una manera sabia y artística, si se me permite la expresión. Sin embargo, cuando la falda amolda esta forma elíptica de las caderas, uno de los mayores encantos de la mujer, creo que si esa línea no es absolutamente perfecta, ó si el vientre es demasiado prominente, se la debe quebrar por medio de un recogido algo vago ó un adorno elegante, pero sin apelar á los volantes plegados, complicados y pretenciosos, que han sido de moda durante tanto tiempo y que hoy nos parecen horribles.

La hechura del cuerpo necesita todavía mayor arte; pero esto será objeto de un capítulo aparte.

En resumen, saber dar al conjunto de un traje un movimiento bonito, coqueto ó majestuoso, gracioso ó severo, sin apartarse de la línea escultural, de la forma que sienta bien á cada tipo, he aquí en qué consiste en gran parte el arte del modisto ó de la modista.

Voy á tomarme la libertad, hermosas lectoras, de repetir aquí lo que he escrito ya á este propósito en «Para ser Amada»:

«¿Tiene usted un tipo gracioso? Necesitará usted vestidos ligeros, en los cuales predomine la fantasía. ¿Un tipo noble? Un traje de hermosas líneas sencillas. ¿Un tipo apasionado? Trajes de líneas cortadas y de colores claros. ¿Un tipo de artista? Necesitará usted vestidos que se distingan por su originalidad, no chocante, como sucede demasiado á menudo cuando se quiere ser original á toda costa, sino una originalidad de buen gusto que atraiga la mirada sin ofuscarla.»

Sin embargo, aun más que la línea, el color nos da los medios de llegar á la alta elegancia si se saben aplicar los contrastes y las armonías.

CANCIÓN DE HEINE

Me hacen mudar de colores,
me atormentan sin cesar,
con sus rencores los unos
y con su amor los demás.

Me han envenenado el agua,
me han emponzoñado el pan,
con sus rencores los unos,
y con su amor los demás.

Pero ¡ay! la que más tormentos
y más angustias me da
ni rencor me tuvo nunca,
ni amor me tuvo jamás.¡

E. FLORENTINO SANZ.

El genio de la elegancia.

La elegancia es un arte que se parece á la escultura por la belleza, la pureza y la gracia de las líneas, y á la pintura por la armonía de los colores, la gradación sabia de las tintas y medias tintas, por la composición más ó menos original ó graciosa de un atavío, de un adorno, por lo picante de un detalle, por la feliz concepción del conjunto.

¿Hoy día, el arte de la pintura y el arte teatral, es decir, el arte de atraer y de agradar al público, no consiste acaso en la magnificencia de los accesorios? No hay más que ver con qué minuciosidad un pintor se ocupa en la colocación de un fondo, en la disposición del colorido de las figuras. El fondo en los cuadros tiene hoy gran importancia: están estudiados y arreglados con verdadero cuidado de sabio ó arqueólogo. Los más hábiles pintores coloristas poseen en sus estudios colecciones magníficas de telas antiguas ú orientales en las cuales se inspiran. En el teatro, el movimiento artístico de la forma y del color se sostienen por la originalidad ó propiedad de sus decoraciones y la magnificencia de sus trajes.

Como en todas las artes, la elegancia tiene sus artistas de genio; lo he dicho en mi primer libro y lo repito aquí con la convicción cada vez más profunda: algunos tapiceros, algunos modistos ó modistas, algunas señoras —éstas son más numerosas de lo que se cree— son verdaderos artistas por el gusto exquisito que muestran, sea en la composición de un vestido, sea en la decoración interior de una casa.



24.—Colección de trajes infantiles.

Hay muchísimas señoras, parisienses sobre todo, que sólo con los recursos de su buen gusto, sin tener ni belleza ni fortuna, se pueden contar entre las más hermosas y las más irresistibles sirenas, siendo las verdaderas reinas de la moda. A estas últimas nada tengo que enseñar: tienen la elegancia innata. Basta que sus delicados dedos cojan cualquier cintajo para que en seguida ese pedazo de tela insignificante se transforme en adorno maravilloso. Todos los días estamos viendo muchachas modestas vestirse y peinarse con un arte que parece increíble. ¡Cuántas señoras hay que no se creen rebajadas por dirigir ellas mismas su costurera ó su tapicero! Pero, sin embargo, hay muchas señoras que necesitan un guía y buenos consejos. Cuando son ricas, tienen el recurso de recurrir á esos grandes artistas de París que son los primeros del mundo en el arte de componer á la belleza femenina marcos maravillosos.

En la clase media, las mujeres se ocupan, por regla general, personalmente del arreglo de su casa. Así es que vemos á cada paso las mayores vulgaridades, á veces monstruosidades, sobre todo desde que la manía del «bibelot» chinesco ú oriental nos ha invadido. Cuántas habitaciones se ven decoradas de este modo y que están horribles, haciendo rechinar los dientes de las personas de gusto delicado!

En los trajes no sucede lo mismo, es verdad; las formas tienden cada día más hacia la verdadera elegancia, pero, á pesar de todo, se siguen viendo algunos ejemplares chillones, y charros y de gusto exótico. También hay algunas mujeres cuya óptica es de tal modo refractaria á la distinción y á la verdadera elegancia, que no escribo para ellas, pues sería perder el tiempo lastimosamente.

Tanto es así, que por grandes que sean mi elocuencia y la lógica de mis demostraciones, nunca conseguiría que salieran, por ejemplo, de su sala cuadrada, regular, solemne, de estilo Luis IV ó Luis XV: un sofá, seis butacas, seis sillas, todo cubierto de la misma tela, terciopelo de Utrecht ó de Génova, brocado ó damasco de lana, según la fortuna de cada cual. Tampoco disuadiríamos á alguna pretenciosa ó fantástica de esos «bibelots» antiguos y carcomidos que no tienen valor alguno, y que son generalmente malas imitaciones, aun cuando se figuran tener un hallazgo inesperado.

El buen gusto es el buen sentido, ha escrito la Maintenón; y hasta me atrevería á decir plagiando á un célebre escritor: si el ingenio corre por las calles, nada hay tan escaso como el buen sentido. Así es que la originalidad en el vestir, lo picante, el «chic,» si quieren ustedes, lo encontramos á cada paso, pero la originalidad de buen gusto es de lo más raro que puede haber.

LA ROCA.

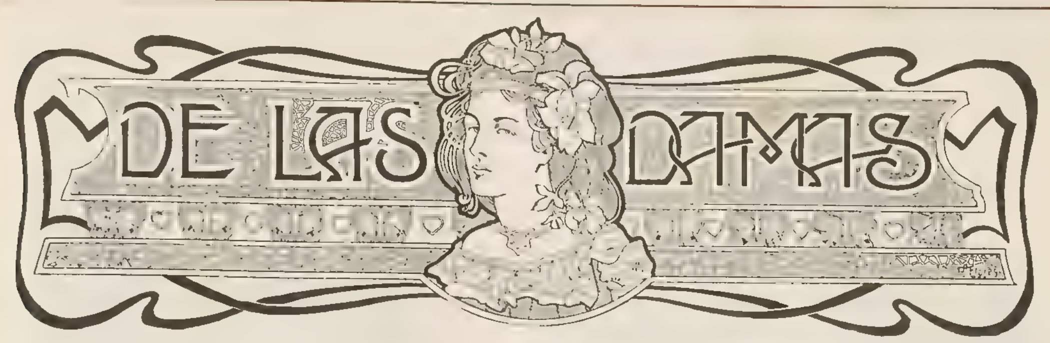
Furiosa la ola del mar,
contra la roca al chocar,
decía á la roca así:
—¿Por qué, cuando vengo á ti,
siempre en ti me he de estrellar?
Y dijo la roca:—A fe
que no te maltrataré,
si vienes mansa á ceñirme;
mas si vienes á escupirme,
siempre te rechazaré.
Así es la verdad. Si ante ella,
como ante la roca aquella,
la torpe razón avanza;
si llega humilde, la alcanza;
si llega altiva, se estrella.

RAM DE VIU.

En el genio del artista no existe solamente el sentimiento de lo bello, sino también en el de aquel que admira sus obras.

*

Es la conciencia misterioso tribunal que falla aun antes de cometer un crimen.



Explicación de nuestros grabados.

Número 1. El vestido que representa este grabado se confecciona con género de lana gris y se compone de cuello vuelto, piezachaleco, y pestaña de puños de cinta de terciopelo, con borde negro. El peto y el cuello recto son de tafetán blanco cosido en vivos, y el último se adorna con un bordado en forma de broche.

Número 8. La forma de saco suelta del abrigo, hecha de tela Marengo, se completa con un cuellohombreras liso y un estrecho cuello vuelto de paño gris, con bordado al tamboril. Con éste se armonizan las tiras de las mangas y se guárnece el abrigo por dentro con paño adornado al tamboril y puede llevarse también abierto. Los forros son de seda.

Número 7. Para la sobrefalda de este traje, se juntan pliegues asesgados. Para el cuerpo escotado se planchan los forros en forma de abanico; únicamente por delante se drapean los forros. A la manga de muselina de seda se adapta una pieza lisa de la misma tela. El cinturón es de muselina de seda, con hebilla y por detrás del traje se dejan largas caídas de sesenta centímetros de anchura.

Número 11. Los bordes anteriores de la chaqueta se cubren por dentro con pana pespunteada en vivos. Un sesgo de forro, con galón de seda negra, orilla la guarnición interior. La exterior se compone de dos galones que rodean el escote y van hasta el borde inferior. Corchetes de cordón en el borde derecho forman el cierre con los botones. La falda es de siete cuchillas, ligeramente abarquilladas y se guarnece en cada costura con galoncito de treinta centímetros. El cierre se coloca por delante y hacia la izquierda, por medio de botones de presión.

Número 21. Esta camisa de día se hace con canesú redondo de labor de cintitas y volante añadido. Por medio de guarniciones de dos dobladillos se añade por encima el volante.

Nùmeros 12 y 23. Este elegante traje con blusa torera, es de velutina negra, cuyo canesú termina con caídas estolas y falda fruncida, tres veces dividida al través y estrecha delantera hasta abajo. Debajo de la delantera se pespuntean los bordes longitudinales. Una piezacuello bordea el escote alrededor del cual se cose trencilla de seda que pende hacia abajo con adornos colgantes y borlas de pasamanería.

Número 14. En el modelo de esta toca se combinan muselina de seda blanca con tul negro, plisé de muselina negra, un copete de pluma de garza y una hebilla. La muselina de seda se pliega sobre la forma de alambre y se drapea por encima el tul, que pende por detrás en gracioso tocado. En el lado izquierdo pasa el tul por la hebilla y por encima el plisé.

Números 25 y 4. El obscuro tejido granita del vestido va animado con bordado al punto en cruz de distintos colores y con grelots de seda. Para los pliegues planos que continúan sobre la falda, se corta la tabla anterior, muy ancha. El cinturón que se emplea en este traje, es de seis centímetros de anchura.



1.—Traje con guarniciones de trencilla. 2.—Peinador con cuello esclavina.

Número 30. Este sombrero marinero, de forma muy conocida, tiene el ala de catorce centímetros de ancho y el casco redondo de cinco centímetros de altura, rodeado de cinta estrecha.

Número 33. En el modelo de este sombrero se combinan galón de paja negrablanca, galón negro estrecho, cinta satín y una pluma de avestruz blanca y negra. Para la guarnición interior se sobreponen en dirección oblicua, tiras de galón alternadas. Entre los pliegues se adapta una roseta de siete cocas y dos caídas.

¿De dónde viene la Moda?

El adorno es la poesía del cuerpo, ha dicho un autor célebre de principios de este siglo.

Verdad es que hoy día la mujer no busca como entonces la poesía. Busca el brío, el «chic,» dicen los más al corriente de estas cosas. Yo tengo que confesar que no soy tan decidida como esta generación de fin de siglo. Confieso también que, sin ser retrógrada y sin ser amiga de la afectación de mal gusto y algo «cursi,» creo que la última moda carece en absoluto de gracia y de distinción. La soltura de nuestras

mujeres jóvenes, y hasta de las muchachas, no les dan ninguna clase de seducción. Algunas hay á quienes el traje semimasculino sienta

3.—Pantalon reforma.

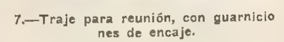
bastante bien, y casi me atrevo á decir que los trajes vaporosos no son á propósito para ellas.

El arte del tocado es un arte verdadero, sometido como todos los demás á las dulces condiciones esenciales de lo bello: la proporción y la armonía. Algunos autores antiguos añaden una tercera condición: la simetría. Pero hoy día la simetría está relegada al olvido casi por completo: sólo se estila en los trajes de gran ceremonia. Por el contrario, ahora predomina el capricho: una garzota, una flor, una pluma que se coloca de lado, un adorno, una cinta, cualquier cosa, en una palabra, dan al tocado un picante, un atractivo y una originalidad asombrosos.

Pero la ley principal que rige, por más que se diga y se haga, es la moda, soberana esencialmente caprichosa y fantástica, que se burla de las leyes de la armonía, de las proporciones del buen sentido sobre todo, y que, sin embargo, todo el mundo acata como reina y soberana universal.

¡La moda! palabra que significa mucho y no significa nada; que no descansa sobre nada y que á pesar de todo se aplica sobre todo: adornos, trajes, mobiliario, coches. ¿Cómo explicar la influencia despótica de la moda? Todo el mundo ha querrido protesta contra sus caprichos absurdos, ridículos, bufos

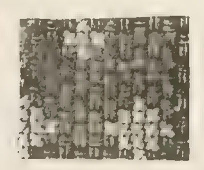




7.—Traje para reunión, con guarniciones de encaje.

é incómodos á la vez que tiránicos, y sin embargo, todo el mundo la obedece ciegamente.

Jamás, se dice al ver aparecer una de esas modas extravagantes, jamás he de llevar un sombrero de forma tan horrible, ó un traje de este color tan feo y de mal gusto, ó esas mangas tan pegadas que no dejan los movimientos libres, ó esos cuellos tan al-



4.—Bordado para el traje número 9.



5.— Vestido de reforma con cuello fichú.

6.—Vestido reforma con aplicaciones bordadas.



8.—Paletó medio largo y toca guarnecida con "bavolets."

9.—Traje con chaqueta blusa y falda volante.

10.—Vestido sastre con cuello chal.

11.—Vestido con chaqueta-saco, sin cuello.

tos que no la dejan á una respirar. ¿Y qué sucede?

Al cabo de un mes, qué digo, quince días á lo sumo, de haber tomado esa enérgica resolución, se pone una el sombrero, el traje ó las mangas que no gustaban, exagerando tal vez más el color que al principio parecía ridículo. Y lo más sorprendente, lo más chusco, es que esa moda que se rechazaba hace poco con tanto ahinco, parece después preciosa y elegante, sumamente distinguida. Las personas que no han querido seguirla, parecen ridículas si llevan los trajes según la moda anterior, y todo el mundo las llama entonces cursis.

Y en una palabra, lo que es más incomprensible todavía, esa moda nueva, que generalmente es incómoda y no sienta bien al rostro, gusta muchísimo, y al desaparecer para dejar paso á otra, parece entonces grotesca y de mal gusto

Muchas veces he querido buscar la explicación de ese fenómeno tan raro. No he podido hallarla y no la busco; hago como los demás, me someto á los decretos de la moda soberana.

Montaigne, en su tiempo, protestaba ya contra las locuras de esa [illegible] vola. «En cuanto [illegible] entido, ¿quién será el que se atreva á traerlo á su verdadero objeto, que es la comodidad del cuerpo, de la cual depende la gracia y el bienestar necesarios?»

Sin embargo, Montaigne no tenía del todo razón: la comodidad no es el único elemento de la belleza, de la gracia y de la elegancia.

[illegible], pues, luchar contra [illegible] istible de la moda, ni substraers á sus exigencias realmente imprescindibles; únicamente se puede aconsejar la moderación de sus extravagancias. Así, por ejemplo, cuando viene la moda antiartística de los polisones fenomenales, donde puede una sentarse si se quiere, sin llevar faldas compl[illegible] tamente ajustadas, se puede perfectamente corregir el ridículo con cierta moderación y elegancia de buen gusto. Y cuando la moda cae en el exceso contrario, llegando al achatamiento general, que tampoco es bonito y que no sienta bien no teniendo formas esculturales, y por lo tanto es antiartístico, se puede arreglar y compaginar la moda an-

12.—Traje con piezas fruncidas.

13.—Traje con chaqueta-saco.

14.—Toca con guarniciones de plissé.

tinatural sabiendo hacer la falda menos ajustada para que no se vean los defectos físicos y no parecer ridícula.

Lo mismo sucede con el peinado: hay que adoptar la clase de peinado que siente bien á la cara, y no el que esté de moda porque sí. Sería un absurdo ó una falta de gusto imperdonable. Las líneas, así como la expresión del rostro, tienen exigencias absolutas, de las cuales no puede una salirse bajo pena de parecer fea. ¡Se necesita tan poca cosa para cambiar y modificar las proporciones y la expresión del rostro! El moño más ó menos alto, un rizo en la frente, un bucle en las sienes, según que la frente sea más ó menos ancha y los pómulos más ó menos salientes, transforman por completo la fisonomía.

En cuanto á los colores de moda, sería una insensatez adoptarlos si no sientan perfectamente bien, pues el color tiene sobre la belleza la influencia más indiscutible y más directa.

Hay, por último, leyes generales de las cuales no se puede una apartar sin producir efectos desastrosos ó disonancias chocantes, y no puede haber moda que obligue á afearse con sentimiento propio. Por tanto, en vista de la belleza y del marco que debe realzarla, se deben prohibir en absoluto las formas y los colores que falsean la armonía y chocan al buen gusto.

Es verdad que la moda tiende á despojarse algo de su exclusivismo, de su despotismo. Hace poco tiempo, cuando se veía en la calle á las mujeres vestidas de la misma manera, parecía que un edicto las había condenado á llevar un uniforme. Hoy día la moda es tan diversa, que puede una, sin parecer ridícula, vestirse y peinarse según su cara.

LA MULA DE LA TAHONA.

«A la una.. anda la mula.»
(Juego de niños.)

La acción junto á una casa
de las afueras.
Un corro de vecinas
y de porteras
comenta, á gran distancia,
muy «sotto voche»
que se oyen golpes secos
toda la noche,
y que en la casa aquella
pasa algo malo
ó hacen preparativos
para un escalo.
Una legión de guardias
y otra de agentes,
de los más decididos
y más valientes,
unos con sus revólvers
y otros con sables,
de valor dando pruebas
inapreciables,
y sin mostrar señales
de sobresalto,
se aprestan y disponen
para el asalto.
Ha llegado el momento....
¡mucha prudencia!
Serenidad y arrojo
si hay resistencia ...
Que el valor y la calma
son necesarios
y que el número «horrible»
de los contrarios
á ninguno intimide
y á nadie asombre,
porque hay quien asegura
¡que allí hay..UN hombre!

. . .

¡Qué lástima de arrojo
tan mal gastado;
de empresa temeraria....
sin resultado!
Se aclaró, finalmente,
todo el misterio,
y lo que parecía
trágico y serio,
fué, según las personas
bien informadas,
parodia del juguete
«Las Campanadas.»
Quien daba aquellos golpes
no era persona;
era.... ¡cielos!.... ¡la mula
de una tahona!

ÍNTIMA.

Cuando detrás de los montes
su luz ocultaba el sol,
huérfano, de árbol en árbol,
cantaba aquel ruiseñor.

Sólo el eco repetía
sus estrofas de pasión
y en vano á su hembra llamaba
aquel pájaro cantor.

Yo también canto y suspiro,
te llama en vano mi voz,
y en el espacio se pierde
mi cantinela de amor.

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.

Para conocer al hombre basta estudiarse á sí mismo; para conocer á los hombres es necesario tratarlos.

*

Las mujeres no tienen más que una enfermedad el fastidio; y un sólo remedio, el amor.



15.—Sombrero con guarniciones de plumas.

16.—Sombrero con guarniciones de cinta y muselina.

PARA EL HOGAR

MEDIO PARA PERFECCIONAR EL CUERPO.

El éxito, cada vez más creciente, de los periódicos de moda, algunos de los cuales están dirigidos con gran habilidad, es debido á los suplicios variados que nos infligen las modistas con sus precios exorbitantes, y al deseo que tiene toda mujer ordenada y de gusto de vestir bien sin gravar su presupuesto.

En todas estas interesantes publicaciones se hallan patrones que indican las formas que están de moda. Pero se necesita saber adaptar ese patrón al talle de cada cual, saber tomar las medidas y saber probar, lo cual es muy difícil, aun cuando se haga con ayuda de una doncella competente, si no se ha aprendido ó si no se tiene costumbre de hacerlo.

A mi entender, el único medio para llegar á la perfección absoluta, consiste en copiar con rigurosa exactitud el cuerpo que sienta mejor entre los que pueda una tener, sin ocuparse para nada de las guarniciones.

Ya veo que la mayor parte de mis amables lectoras han de protestar, porque acaso no tengan ningún cuerpo de vestido que les siente bien.

En este caso se debe hacer un sacrificio: hay que encargar en casa de una modista de nombradía, la que tenga fama de cortar de manera admirable, un vestido sencillo de lana.

Una vez provista de ese cuerpo tipo, se descose exactamente la mitad, dejando intacta la otra, que servirá de modelo para construir el que se debe hacer. Si no se quiere descoserlo por entero, se puede hacerlo solamente bajo los brazos y sobre los hombros, de manera que se pueda colocarlo de plano y al revés sobre una mesa, pues se trata de coger la impresión exacta de todas las partes que lo componen.

Se coloca sobre el cuerpo una hoja de papel que tenga resistencia y sea transparente, y con un lápiz delgado se dibujan con gran exactitud todas las costuras, como si se tratara de reproducir un dibujo calcándolo.

Una vez el cuerpo estrictamente dibujado, hay que cortar las líneas y colocar ese calco sobre papel más grueso. Se dibuja de nuevo con un lápiz las distintas piezas del cuerpo, añadiendo á esta línea el ancho de la costura, ó sea un centímetro y medio, cuidando que la costura sea perfectamente regular en todo su recorrido.

De esta exactitud depende el éxito de la operación. Se corta el patrón según esta segunda línea, y aplicándolo sobre la tela, se corta el cuerpo. Se reúne con un cuidado minucioso, teniendo exacta cuenta del espesor de las costuras.

Si se descose por completo la mitad del cuerpo, hay que asegurarse que la anchura de las costuras es igual por todas partes, pues ya se sabe lo que puede resultar, en la dimensión de un cuerpo: el espesor de una sola línea repetida en todas las piezas que lo componen. Hay generalmente de once á quince costuras; así es que esta línea repetida dos veces por costura, puede dar, sobre el conjunto del cuerpo, una diferencia de dos á tres centímetros. Con esta diferencia de más ó de menos, el cuerpo no sentaría bien de ninguna manera.

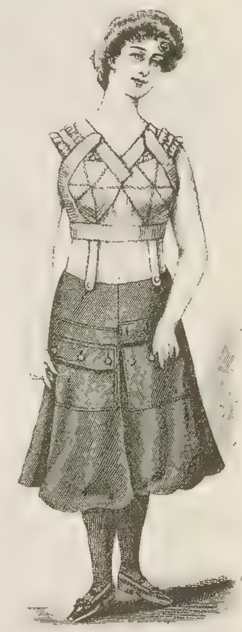
No se puede conseguir una buena copia sino á condición de que cada una de las piezas sea perfectamente igual á la del modelo.

A pesar del gran esmero que se pone para llevar á cabo esta operación, hay que comprobar para tener absoluta certeza de que no se ha cometido ningún error; y si se trata de una tela cara, lo mejor es ensayar antes con el forro.

Una recomendación muy importante: si se quiere una rectitud absoluta en los cuerpos; si se quiere, sobre todo, que no se deformen, hay que emplear para los forros, no esas telillas de algodón que tiran por todos lados, sino una tela cruzada, seda y algodón, á la vez flexible y fuerte, de tonos claros.



19.—Colección de trajes para primera comunión.



17.—Corpiño reforma.

Es además, mucho más elegante y más sólido, y tiene una la certeza de que el cuerpo sentará mejor.

Las costuras tendrán mayor aplomo, más rectitud y no se desharán. La perfección en la costura, su aplomo perfecto, he aquí sobre todo, después del corte, lo que revela una mano experta, una modista artista.

Hay que hacer las costuras á máquina, y una vez hechas se las debe planchar con una plancha de sastre, colocando la costura sobre



18.—Combinación para la ropa de reforma.



22.—Chaqueta-saco para primera comunión.

20.—Vista posterior del vestido número 13.

25.—Elegante vestido de casa.

una tabla lisa, cubierta con una tela de hilo fino. Si la tela es de paño ó lana gruesa, hay que mojar antes con el dedo la costura por el revés, nunca por el derecho: el derecho de la tela sólo debe ser mojado por el vapor que se desprende del revés. Las costuras deben estar muy bien hechas, y en lo liso apenas se deben ver.

Hay además otra recomendación que hacer, que tiene también gran importancia: á menudo se ven, en el satín principalmente, ó en las sedas fuertes, costuras que teniéndolas en la mano parecen perfectas, y que puestas encima hacen pliegues horribles.

No se comprende la causa por más que se busque, y sin embargo, la razón es sencilla. Consiste en que hay algunas piezas, sobre todo los delanteros, que están cortadas al sesgo, y á que el forro, en general, presta menos que la tela. En este caso no hay más remedio que sostener el forro sobre la tela, no en el sentido del largo, sino en el sentido de la costura.

Sucede también con frecuencia, cuando el sesgo del cuerpo está demasiado pronunciado, que los dobladillos hacen arrugas feas, sobre todo en la parte alta. La modista se figura arreglarlo dando mayor tensión á la ballena, pero el efecto es casi siempre desastroso, pues la ballena despunta en lo alto con poca gracia. El defecto proviene de que el sesgo tira demasiado sobre la tela opuesta, y hay, por consiguiente, que tener gran cuidado para colocar este segundo dobladillo.

Pero todos estos defectos se evitan fácilmente si se tiene el cuerpo modelo y si se consigue copiarlo con exactitud, lo cual no es tan difícil como se cree, puesto que esta operación delicada sólo exige una gran minuciosidad.



23.—Vista posterior del traje número 12.
24.—Vista posterior de un traje de paseo.

Una de las precauciones que hay que tomar es colocar la cinta en que debe entrar la ballena haciéndola embeber un poco, por la razón de que las costuras tienen más ó menos sesgo y dan más de sí que la cinta, que está á hilo recto.

Si el cuerpo está cortado en forma de chaqueta abierta, sólo hará falta un dobladillo; y si la persona es gruesa, este dobladillo, en vez de descubrir el pecho, oblicuará en sentido contrario, es decir, del lado de la cadera. A este dobladillo se le llama dobladillo de sastre.

Este nuevo corte debe ser meditado, experimentado por todas las personas que tengan demasiado pecho. Los corsés, así como los cuerpos, deben seguir este movimiento. Así es que las ballenas ó resortes de los corsés, en vez de estar colocados de manera que abran en su parte alta para seguir de este modo la forma del pecho, deben más bien inclinarse hacia adelante para abrirse en su parte baja. En los cuerpos, y me refiero á las personas gruesas, los dobladillos deben estar muy cerca de la línea mediana y más bien rectos que oblicuos. El lado que parte del hombro, y que se coloca hoy al sesgo, lo que da efectivamente mayor elegancia al talle, será relativamente estrecho y sostenido bajo el brazo por un pequeño lado bastante ancho, que sirve para encoger la parte alta del brazo: hay que evitar las redondeces bajo los brazos, que ensanchan y engordan atrozmente.

Las delgadas, para remediar la insuficiencia del pecho, tendrían por consiguiente, que seguir las inclinaciones opuestas, ensanchar los dobladillos y forzar el sesgo que parte del hombro y echa el busto hacia adelante.

Es muy curioso y muy raro ver los efectos producidos con distintos cortes. La misma mujer, en un cuerpo, le parecerá á usted falta de gracia, con un talle corto y vulgar, y en otro cuerpo distinto le parecerá esbelta, distinguida y elegante.

Si trato con detenimiento este punto, es porque conozco la desesperación de las mujeres cuando al llegar á los treinta años empiezan á notar que su talle va ensanchándose; pero hasta que el tratamiento haya producido su efecto, debemos tratar de corregir por medio del corte esta precoz y desconsoladora gordura.

Hay en costura una rutina que debe desaparecer por completo.

Algunas modistas, y es el mayor número, bajo el pretexto de hacer bien un cuerpo, lo cortan y lo prenden con alfileres sobre la misma persona, amoldándolo por decirlo así, sobre el busto. Esto no se debe consentir, y voy á dar la razón.

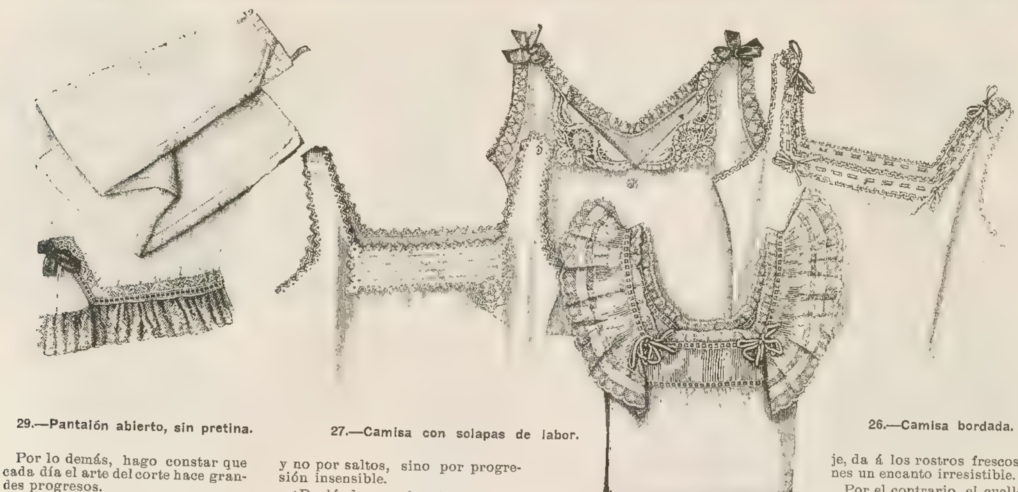
Supongamos que el busto no sea escultural, lo cual sucede noventa veces sobre ciento, que tenga éste ó aquel defecto, que la espalda sea demasiado redondeada ó tenga una pequeña chepa, que el pecho esté colocado demasiado alto ó demasiado bajo, que el bajo de los brazos sea demasiado saliente, los hombros demasiado altos ó puntiagudos, ¿qué ventaja puede haber en que el busto sea reproducido con toda exactitud? Un modisto ó una modista verdaderamente artista debe, al primer golpe de vista, notar estos defectos, y tratar de corregirlos, lo cual se puede y debe hacer con la tijera bien manejada.

Es preciso, por consiguiente, que este artista ejecute sobre las medidas generales un cuerpo tal y como lo comprende, y según un corte de líneas elegantes. Si hay algunos defectos, él es quien debe modificar su obra sin destruir por eso el conjunto. ¡Pero desgraciadamente es bastante difícil!

Una costurera ordinaria no lo consigue fácilmente; si á la primera prueba no sienta bien, lo deshace por completo y lo vuelve á armar sobre el busto con alfileres, construyendo de este modo alguna monstruosidad que á la segunda prueba llega á desesperar.



21.—Camisa de día con canesú.



29.—Pantalón abierto, sin pretina.

27.—Camisa con solapas de labor.

26.—Camisa bordada.

28.—Camisa con volante-hombreras.

Por lo demás, hago constar que cada día el arte del corte hace grandes progresos.

Veo con frecuencia en la calle cuerpos ó chaquetas ajustadas que no están muy lejos de la perfección. ¿Pero no se debe acaso desear que todas las mujeres, sobre todo las que aspiran á la verdadera elegancia, puedan llegar á estas deliciosas proporciones que dan al busto más ingrato un cuerpo bien entendido y sabiamente ejecutado?

LA MANGA

Las mangas, en la actualidad, desempeñan un papel importantísimo en el tocado femenino.

Sin duda copiamos un poco las antiguas [«nihil nóvum sub sole]: las mangas Enrique III, Luis XIII, las mangas Médicis. Bajo el punto de vista del arte, existe un progreso sobre las mangas afaroladas de 1830. Las de ahora tienen un carácter de elasticidad por lo múltiple de sus pliegues, por su vuelo, por las cintas y encajes que se les ponen.

Hoy día es en la manga y en los delanteros de los cuerpos donde el capricho se desarrolla en sus mil variedades, de las cuales algunas son muy graciosas y muy elegantes. Pero en el desarrollo algo excesivo de la manga, que deja de ceñir el brazo á partir del codo, es donde vemos aparecer la tendencia esencialmente femenina en ganar por un lado en importancia lo que pierde por el otro; á medida que la falda se recoge, la manga aumenta de volumen. Por último hay que notar que la moda, hace varios siglos, sigue esta propensión regular, de ir á veces en aumento, á veces en disminución, desde el globo hasta la funda de paraguas y viceversa, y no por saltos, sino por progresión insensible.

¿De dónde procede esta tendencia que se manifiesta con bastante regularidad? ¿por medio de qué leyes fisiológicas ó psicológicas explicarlo? Ya lo hemos dicho: no se puede explicar nada en la moda.

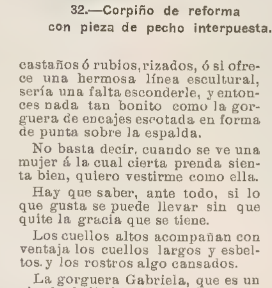
Sin duda alguna, una mujer muy delgada es la que ha sacado la moda de las mangas anchas; pero las mujeres gordas, habiendo notado que, por la ley de las comparaciones, estas mangas voluminosas achican el busto, las han adoptado en seguida; dando á los hombros un juego fácil, permiten, efectivamente, que se achique la espalda considerablemente.

Una de las mangas más bonitas, que siempre gustará, aun cuando cambie la moda, es la manga Luis XV, de zueco. Nada impide hacerla algo ahuecada en la parte alta. El zueco, cuando está hecho con gracia, encajando algo en el codo, del cual disimula el ángulo, frecuentemente demasiado puntiado, hace resaltar el antebrazo y la finura de la muñeca.

CUELLO Y GORGUERA.

Hay también en la forma del cuello y de la gorguera variedades infinitas. El cuello Médicis, alto, abierto, rígido, da al conjunto del aspecto femenino nobleza y altivez. Es un marco agradable para el rostro, haciendo valer el óvalo cuando éste es puro y gracioso. Sienta bien á las mujeres algo altas y gordas; pero hay que cuidar que no se coma la cara ni achique el cuello, si éste es algo corto.

Cuando se tiene la nuca bonita, fresca, muy blanca, con los cabellos



32.—Corpiño de reforma con pieza de pecho interpuesta.

castaños ó rubios, rizados, ó si ofrece una hermosa línea escultural, sería una falta esconderle, y entonces nada tan bonito como la gorguera de encajes escotada en forma de punta sobre la espalda.

No basta decir, cuando se ve una mujer á la cual cierta prenda sienta bien, quiero vestirme como ella.

Hay que saber, ante todo, si lo que gusta se puede llevar sin que quite la gracia que se tiene.

Los cuellos altos acompañan con ventaja los cuellos largos y esbeltos, y los rostros algo cansados.

La gorguera Gabriela, que es un rizado de linón, de gasa ó de encaje, da á los rostros frescos y jóvenes un encanto irresistible.

Por el contrario, el cuello, como lo llevan los muchachos, sienta bien en una fisonomía franca algo masculina, y si se agrega una corbata con lazo marinero, dará al conjunto, así como á la cara de la mujer, un aire decidido, picante y lleno de gracia.

Pero estoy segura de que todas las mujeres saben perfectamente escoger el cuello y la gorguera que les conviene.

Los Encantos de la Falda.

Aun cuando bajo el punto de vista del arte concedimos el primer lugar al cuerpo, tenemos que reconocer que la falda, bajo el punto de vista de la elegancia, tiene tal vez mayor importancia; efectivamente, la falda es la que da al andar de la mujer esa gracia serpentina, vaporosa, que ejerce tan potente sugestión sobre los cerebros masculinos, sobre todo las faldas con cola, en las cuales se puede desplegar la riqueza de los tejidos, así como la variedad y belleza de los adornos.

La cola puede ser, según la naturaleza de la tela ó según la manera como está dispuesta, imponente ó seductora; pero con la condición que esté bien puesta, que gire á compás, que no se achate en el medio para hincharse en los lados, que esté sostenida por sabio recogido ó buen acolchado.

Las colas completamente lisas tienen su encanto, con tal que la tela sea muy hermosa.

Las telas algo flojas á veces producen efectos más graciosos, sobre todo si el borde está guarnecido de un volante ó rizo gracioso. No quiere esto decir que yo sea partidaria



30.—Sombrero marino y cuello de batista.



33.—Sombrero con tiras de galón.



31.—Toca fantasía.



34.—Refajo-corselete.

de los volantes recargados. Lo repito, tengo horror á la demasiada abundancia de adornos, y creo que uno de los preceptos capitales de la verdadera elegancia consiste en que los adornos tengan cierta sencillez, para que no deshagan la línea, que debe permanecer siempre pura.

Lo importante en una falda consiste en saber imprimirle un movimiento bonito, noble ó coqueto, en el cual se sienta, tapándolo bien, la forma real del cuerpo, la carne, la vida.

Se necesita que en sus más bonitos trajes la mujer sea mujer y no una muñeca.

Nuestros pintores, nuestros escultores, se alaban de reconstituir, en medio de todos nuestros adornos, la forma exacta del cuerpo femenino. ¡Cuántos se engañan por completo! Pero hay que engañarlos, es preciso que crean en la belleza perfecta, á pesar de sus defectos.

Como la moda está hecha para la generalidad y no para las excepciones, no nos es posible aprobar las faldas rectas, lisas y muy estrechas, que ciñen exactamente el cuerpo.

Cuando la mujer es hermosa, perfectamente, lo encuentro admirable



36.—Vestido para paseo.

y lo aplaudo; pero las mujeres muy delgadas ó muy gordas, cuyas caderas son demasiado pronunciadas ó demasiado encogidas, ó cuyo abdomen empieza á ser prominente, sólo pueden perder de su gracia siguiendo esta moda, que hace resaltar todos los defectos que la falda debe por su naturaleza disimular.

La vuelta á la moda de los tontillos, de los pequeños se entiende, de gracia tan especial, me parece que está cercana. A mi entender, es un progreso que las mujeres elegantes deben adoptar sin demora. Los hay tan bonitos, tan finos, tan espirituales, tan coquetos en sus pliegues menudos, en sus ahuecadores, que acentúan las formas tapándolas al mismo tiempo. Pero es preciso que estos tontillos estén bien entendidos y artísticamente ejecutados. Tienen doble ventaja: así como las mangas ahuecadas, adelgazan á las mujeres gruesas y engordan á las demasiado delgadas.

¿Pero el tontillo vivirá mucho tiempo sin el polisón ó el miriñaque? Constituyen juntos un conjunto verdaderamente elegante. Pero hay que poner mucho gusto y gran medida.

El abultamiento exagerado de estas armaduras es pretencioso, verdaderamente feo y, sobre todo, incómodo; pero si no exceden de las dimensiones graciosas, si sólo acentúan la línea escultural sin abogarla, entonces producen un efecto encantador.

Una de las principales leyes de la elegancia consiste en saber escoger los vestidos según las horas y los lugares.

Así es que nunca se debe usar en un traje de mañana los tontillos ó las colas. Estas complicaciones se deben dejar para los vestidos de etiqueta, visita, «five o'clock» ó saraos.

La mujer á quien le gusta la caza, se pone trajes propios de este ejercicio, y la que anda á pie, debe llevar un vestido cómodo para andar. En la calle, la mujer está mezclada á la actividad de los negocios, es un andarín.

Para salir por la mañana, habrá que tener un vestido sencillo, bastante largo por delante y algo recogido por detrás. Esta forma, que estaba de moda hace algunos años, imprimía al conjunto del tocado un movimiento muy gracioso.

Para salir se debe prohibir por completo el uso de la cola, que es muy incómoda y sobre todo muy sucia. No hay que olvidar que, respecto á elegancia, el buen gusto es también el buen sentido. Séame, pues, permitido resumir las palabras de un sabio, Mr. Gauthier, á propósito de los inconvenientes de usar vestidos de cola en la calle.

LA DISTINCIÓN.

La distinción es la medida perfecta, la gracia noble, el color atenuado y que sienta bien. Nuestras modas actuales, de líneas sencillas, sobrias de adornos, se prestan admirablemente á esa distinción, pero para que haya elegancia, no es preciso que esa sencillez se lleve hasta la sequedad y la insignificancia. Si me causan horror esa multitud de volantes, plegados ó guarnecidos, que llevaban nuestros antiguos trajes hace algunos años, no me gusta tampoco el vestido absolutamente liso. El traje que dibuja con demasiada exactitud las formas, á veces poco esculturales, y que lleva por detrás esos largos pliegues rectos, sin ninguna ondulacion, sin ningún adorno, no realiza á mi ver el ideal de la gracia. Ese aplanamiento exagerado en el sitio en que hace poco reinaba el polisón, aunque sin ninguna gracia, no sienta bien, pues modifica desagradablemente la obra de la naturaleza.

Una mujer que al mostrarse desnuda estuviera hecha de este modo, no daría el tipo de la belleza perfecta: sería deforme. Así es que la exageración, sobre todo cuando las modas son feas, es absolutamente contraria á la distinción.

Ante todo, sentaremos las siguientes premisas:

La primera ley de la verdadera elegancia es no apartarse jamás de la armonía, que es la condición absoluta de la belleza, así en la línea como en la forma y en los colores, y por consiguiente hay que seguir todo lo posible en el traje las líneas naturales del cuerpo.

Ejemplos:

Hoy día la moda de las mangas de farol es una cosa de poca gracia, y la mujer que exagere esa moda más de lo debido no podrá ir vestida de manera distinguida.

El peinado tampoco debe ser exagerado: ni demasiado alto ni demasiado ancho; conservará aproximadamente la forma de la cabeza, ó por lo menos es preciso que se pueda sentir, adivinar.

PENSAMIENTOS.

Cuando el orgullo y la presunción marchan delante, la vergüenza y el daño les sigue de cerca.

*

El amor propio es el único adulador de la pobreza.

*

Cuántas veces nos avergonzaríamos de nuestras más bellas acciones, si el público viese los motivos que nos han decidido á practicarlas!

*

La adversidad y los peligros unen á los hombres, la prosperidad y la fortuna loca los divide y los dispersa.

*

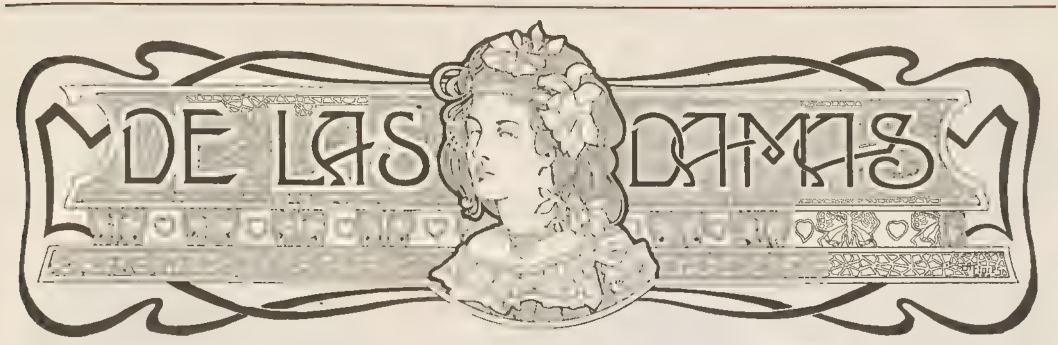
Los hombres son como los vinos, la edad agria los malos y mejora los buenos.

*

Llevad cada día al mismo punto un cesto de tierra y conseguiréis hacer una montaña.



35.—Matiné con cuello-hombreras.



Explicación de nuestros grabados.

Número 21. El modelo luce un ornato moderno de flores, interrumpido por costuras caladas transversales. Se refuerzan los festones de borde por medio de una cintita de lino, fuerte y ancha, que se embasta por debajo y se sujeta al festoneal. Por los ojillos se pasan cintitas. Se puede completar fácilmente la forma del canesú, abajo arqueada en punta, según las líneas del borde. Se guarnecen con festones los bordes exteriores de la pieza canesú y de las enmangaduras.

Número 27. Sobre la superficie de un cartapacio de cartón, se pega con cola una placa de linoleo de igual tamaño, adornado con escopladura de la cual se ha recortado antes un trozo para introducir después hojas de papel secante. Se pasa el dibujo sobre el linoleo, macerado de color verde musgo, por medio de papel grafita, y se secan los contornos con cincel ó con barreno. Después se modela el fondo en tiras rectas y regulares con cincel hueco y se le macera de color rojo pompeyano, de modo que resalte claramente el dibujo. Se cubre con maceración verde obscuro el borde exterior, ligeramente inclinado, y los bordes del recorte.

Números 28 y 32. El modelo se adorna con un dibujo moderno de hojas y bayas de delicados colores, de rápida ejecución. Sobre el fondo de lino inglés crudo se colocan las superposiciones de las hojas, de seda de la India, y se borda con cordoncillo de seda y filoflosa de seda de dos hebras. Para el tapete de mesa se hacen las superposiciones recortadas, con goma arábiga. Se cubren los contornos con filoflosa de seda, color azul mate, al punto plano oblicuo, y se bordan con el mismo hilo los nervios, al punto de tallo. Las líneas sueltas se forman con puntadas planas oblicuas, y los zarcillos con puntadas de tallo.

Números 31 y 34. Se distingue el dibujo por sus graciosas curvas y delicados colores, obtenidos en el modelo por batista blanca y amarilla de oro, sobrepuestas. Se transporta el dibujo sobre la batista, calcándolo con lápiz. Después se embastan las dos telas, al hilo recto, sobre calicó. Se trazan en seguida todas las líneas del dibujo con puntadas largas, hechas con filoflosa de seda blanca de dos hebras, que se cubren después con puntadas de festón ejecutadas con seda de una libra sobre un hilo perlado. Hay que poner atención en que los festones en las frutas y los tallos vayan dirigidos hacia adentro y en las líneas de borde hacia afuera. Por último, se aparta la batista amarilla dentro de las frutas, dejando borde para las costuras y se dobladillan los cantos cortados con puntadas invisibles contra las líneas en contorno.



1.—Vestido para casa con guarnición de trencilla.
2.—Vestido con cuello-hombreras.

DOLORA.

Nací en noche obscura y fría,
Noche de luna velada,
Noche en que la madre mía
Sola y de dolor gemía
Por el mundo abandonada.

Noche obscura que en su manto
Me envolvió compadecida,
Y ahogando mi débil llanto,
Tan sólo para el quebranto
Quiso conservar mi vida.

Y así en la noche crecí
De mi eterno sufrimiento....
A mi madre la perdí
Y entonces ¡ay! más sentí
La noche de mi aislamiento.

Como aquella noche obscura
También fué obscura mi suerte,
Pues todo penar me augura;
Ni esperanza hay de ventura
Hasta tocar con la muerte.

Yo vivo sin venturanza
Sin amor, sin ilusión,
Porque mi dolor no alcanza
A creer en la esperanza
Que forjara el corazón.

No me avergüenza el pasado
Ni me inquieta el porvenir,
Porque al vivir desgraciado,
Siento un corazón honrado
Dentro del pecho latir.

No me halagan las orgías
Ni me entristece el quebranto,
Indiferentes los días
Trascurren, entre alegrías,
Ilusión y desencanto.

Sólo una flor blanca y pura
Embalsama con su aroma
El valle de mi amargura,
Es un ángel de ternura
Con el alma de paloma.

Es monumento de amores,
Que ni el tiempo le derrumba
Y al que pardos ruiseñores
Le cantan entre las flores
Que se alzan sobre su tumba.

Es el tierno amor de un hijo
Que en silencio y sin dolor,
Lejos del penar prolijo
Tiene su cariño fijo
De la madre en el amor.

Ese es mi único consuelo
En mi dolor sin segundo;
Por eso en mi eterno duelo,
Vive mi amor en el cielo
Y mi penar en el mundo.

L. GONZAGA.

Á UNA NIÑA.

Cual en sus giros
La mariposa,
Busca la rosa,
Pasa el clavel,

Se para, vuela,
Retorna inquieta,
Va á la violeta,
Vuelve al laurel;

Así tú, niña,
Corres ufana,
Bella y galana
Por el pensil;

Deshojas flores,
El agua riegas,
Y alegre juegas,
Niña gentil.

Saltas ligera
Cual conejillo
Que entre el tomillo
Saltando está.

Y huyes cual huye
Limpio arroyuelo
Que por el suelo
Corriendo va.

Festiva brincas,
Risueña cantas,
Y al mundo encantas
Con tu candor;

O entre las flores
Vas caminando,
Siempre gozando,
Púdica flor.

Aún no nubla
Tu pura frente,
Fiero, inclemente,
El aquilón;

Y las pasiones
Que el alma agitan
Aún no marchitan
Tu corazón.

Que siempre vivas
En primavera,
Niña hechicera,
Célica flor.

Que siempre goces,
Oh, niña pura,
Paz y ventura,
Virtud y amor.

I. PRIETO.



4.—Saco-abrigo y elegante blusa para reunión.

Inconvenientes de la cola.

El hombre, y por tanto la mujer, no tienen enemigos más terribles que el polvo que llena la atmósfera en cantidad fabulosa. El polvo es efectivamente el vehículo por excelencia de la enfermedad, de la epidemia y de la muerte.

Esas partículas tenues de polvo que vemos bailotear alegremente en los días claros del estío, en medio de los rayos cálidos del sol, no están sólo formadas de partículas inorgánicas.

Hay que advertir que siendo así, no sería tampoco inofensivo ni desagradable. Algunos granos metálicos de plomo, de hierro, de sílice; de vidrio triturado, pueden, por medio de su acción mecánica, operar grandes males en la respiración.... Pero el aire más puro encierra también miasmas de materias vegetales, materias orgánicas en descomposición, venenos, gérmenes purulentos, fermentos; en una palabra, todo el mundo imponderable de los infinitamente pequeños, los microbios de que Mr. Pasteur quiere ir destruyendo sus terribles efectos.

Según recientes experimentos, el número de partículas sólidas, inertes ó animadas que se encuentran en un centímetro cúbico de aire, varía entre treinta y dos mil y cinco millones. ¿En qué proporción los gérmenes orgánicos entran en esa cifra aterradora?

Un sabio italiano asegura que el número de microbios encontrados en las calles de Nápoles es de setecientos sesenta millones por gramo, próximamente; y los cochinos de Indias que sirvieron á Luigi Manfredi para hacer experiencias de inoculación, murieron todos.

Otro ejemplo: se calcula que cada tísico esputa de doscientos cincuenta mil á cuatro mil millones; pongamos como término medio mil millones de bacilos por cada veinticuatro horas.

En París, sólo el número de tísicos es de cincuenta mil; y como el vacilo de la tuberculosis resiste durante varios meses á la desecación, no pierde nada de su virulencia galopante; se deduce de aquí que el aire que respiramos encierra escondida en la hipócrita transparencia de las mañanas gris perla y de las noches serenas, cincuenta mil veces trescientos setenta y cinco mil millones de microbios, exasperados por el ayuno y el aislamiento, buscando á todo trance una caverna de pulmones vivos.

Cuando este polvo se halla en reposo, sea bajo los adoquines de las calles ó entre las rendijas de las baldosas de las aceras, son relativamente inofensivos; pero cuando se empieza á barrer, entonces es por millares como los gérmenes de muerte, súbitamente movilizados, toman su vuelo y se precipitan en nuestras gargantas cual un torrente corrosivo y devastador.

La higiene y la estética están conformes en pedir que se acorten los vestidos, esos barrenderos de los microbios que exhalan á la vez la voluptuosidad y la muerte.

¡Y hay que considerar que esos microbios se traen á casa y que los respiran en el aire los hijos queridos!

No habrá quien al leer este espantoso cuadro, se atreva á pasear por las calles esas colas homicidas, contra las cuales protestan la higiene, la limpieza, la comodidad y el buen sentido.

La Unión Sanitaria de Budapest ha dirigido al presidente del Consejo de Ministros una exposición de motivos enérgica y documentada contra las colas, como siendo uno de los vehículos más temibles de la tuberculosis y de la fiebre tifoidea, y reclamando la prohibición absoluta de dicha moda. Los austriacos habían incoado un expediente de información administrativa sobre los inconvenientes de los vestidos de cola; pero á nosotras, parisienses, que damos la moda al mundo entero, es á quien nos toca tomar la iniciativa de esta medida, absteniéndonos lisa y llanamente de llevar en la calle colas, que son, como he dicho, zorros y barrenderos de focos infecciosos.



6.—Falda interior para niñas

Vestidos que debe tener una mujer elegante y económica.

La moda, hoy día, es tan inconstante y veleidosa, que no aconsejo que se tengan muchos vestidos á un tiempo.

Dejemos á un lado las batas, que variarán en número y en elegancia según la fortuna de cada cual. Sólo me quiero ocupar aquí de los trajes indispensables para una mujer de sociedad, que ocupa en ella un puesto señalado.

1º Uno ó dos vestidos para casa, á los cuales puede dar toda la elegancia que su fantasía le dicte.

2º Un vestido para las recepciones ordinarias, de color obscuro y bastante sobrio de adornos.

3º Un traje para visitas, elegante, en el cual debe dominar una severa distinción.

4º Uno ó dos vestidos para paseo, igualmente serio: uno para cuando hace buen tiempo y otro para cuando llueve. Para estos trajes de calle se podrán aprovechar los vestidos del año anterior, teniendo cuidado de quitar los adornos demasiado brillantes, puesto que una señora distinguida no debe nunca llamar la atención en la calle. Sin embargo, estos vestidos llevarán el sello de la distinción, pues con mucha facilidad se encuentra gente conocida, y en ningún caso debe exponer su reputación de mujer de buen gusto.

5º Un vestido para comidas y reuniones.

6º Uno de baile.

7º Si se tiene que viajar, hace falta un traje á propósito.

Lo que da una cifra respetable de siete ú ocho trajes.

Me refiero aquí á las señoras que tienen alguna fortuna; este lujo, á pesar de la economía con que se puede llevar á cabo, exige, sin embargo, gastos bastante considerables.

Las que sólo tienen una modesta fortuna, y desgraciadamente constituyen el mayor número, deberán contentarse con tres ó cuatro trajes; y si ellas mismas los confeccionan, como así lo aconsejo, no se arruinarán, gracias al bajo precio verdaderamente increíble de los tejidos.



5.—Pañolón, hecho al crochet.

Las personas cuidadosas, que al volver á casa dejan el traje de calle para ponerse el de casa, usan muy poco la ropa, sobre todo si antes de guardarla la hacen cepillar y deshacen las arrugas.

A las señoras que por gusto ó á causa de la posición que ocupan, frecuentan mucho la sociedad, les aconsejo que renueven cada año los trajes de etiqueta, pues les será imposible presentarse dos años seguidos en las mismas casas con los mismos vestidos sin comprometer su reputación de elegancia.



3.—Paletó-saco medio largo.

Sin duda alguna se puede perfectamente renovar los trajes, pero es muy difícil y hace falta mucho gusto para que no se conozca en seguida el arreglo. Más vale destinarlos á otro uso: es preferible hacer de un traje de visita un traje de paseo, por ejemplo, y de un traje de baile un traje para casa, sobre todo hoy, en que es de moda usar telas vistosas con combinaciones de colores disparatados en los trajes de interior.

Algunas señoras, al hacerse los trajes de casa, imitan los de época, y hasta algunas los hacen parecidos á los de disfraz.

Así es que un vestido de baile de color claro puede muy bien arreglarse con aditamentos y modificaciones y convertirse en traje de casa.

Y puesto que queremos ser elegantes y gastar poco, aconsejaré en ciertos casos á mis lectoras, teniendo en cuenta una trasformación posible, que prefieran las telas sólidas, es decir, poco susceptibles de arrugarse, aun cuando cuesten algo más, puesto que así y todo, tendrán gran ventaja.

Por el contrario, si tienen pocas visitas y frecuentan la sociedad, deben escoger telas ligeras.

No hay nada tan feo como los vestidos que de en año en año se modifican hasta su conclusión definitiva.

A estas últimas, sobre todo si se trata de señoras de más de treinta



7.—Traje reforma para señoritas de 16 años. 9.—Traje de visita para jovencitas.

años que empiezan á engordar, les aconsejo el vestido negro, el satín maravilloso, de pliegues ligeros, muy sedoso, ó un rico pequín, un hermoso terciopelo negro ó de color obscuro. Con esto se hacen trajes muy bonitos, que constituyen siempre la base del guardarropa, y que se pueden llevar mucho tiempo. Están siempre de moda y denotan una persona sensata y de buen gusto.

Un vestido de tela negra lisa, que se ha llevado con cola en las comidas ó recepciones, puede convertirse perfectamente, acortándolo, en un traje de mañana ó de visita, sobre todo si se le añade un cuerpo alto con mangas y una franja de encaje negro, ó también unos tirantes ó un cinturón, que trasforman por completo el género. Aun cuando lo vean personas que reparan en todo, puede perfectamente pasar como completamente nuevo.

También hay vestidos para dos y tres fines. Uno de encaje negro, por ejemplo, forrado de tafetán brillante, podrá servir con un cuerpo alto, de mangas largas y una falda corta, como traje de visita. Si se le añade un pliegue Watteau con cola, se convierte en traje de recepción: y si se le cambia el cuerpo alto por un cuerpo escotado, se tiene un traje de baile, que puede ser muy elegante con algunas cintas de color, ó plumas, ó ramitos de flores escogidos según la expresión del rostro.

EL CINTURÓN.

Uno de los adornos más graciosos del vestido es sin duda alguna el cinturón, que es como el anillo del cuerpo que marca la transición entre las formas que se enseñan y las que se esconden; anillo gracioso que dibuja el contorno del talle, da flexibilidad al cuerpo, rompe la línea demasiado larga y uniforme del vestido, recoge los pliegues muy ahuecados, adorna, termina la parte baja del cuerpo, da vuelo y gracia á la falda, según la moda actual.

En el cinturón, una mujer puede poner seriedad ó alegría, modestia



8.—Dos trajes de blusa para niños.

ó riqueza, regularidad, orden ó negligencia; á veces por instinto, imprime, sin apercibirse de ello, la expresión de su carácter.

Desde el cinturón de cuero del «touriste,» con la hebilla de acero que ciñe y sostiene el talle, hasta el exquisito cinturón de la odalisca, de seda ó gasa apenas prendido; desde el fantástico galón hasta el cinturón de seda cabujoneado y cierre de plata esmaltada con hebilla de diamantes, todas las sencilleces y todas las riquezas pueden adornar la cintura, según los caprichos de la moda.

Holgada, caída, la prefiero á la que aprieta tanto el talle que ya no lo ciñe, sino que estrecha la columna vertebral, lo que es espantoso, sobre todo para las que presumen tener un talle de palmera. Es nocivo para la salud, y sobre todo para la belleza de un cuerpo encantador.

Así es que, teniendo que someterse á los decretos absurdos de la moda, esa inflexible y estúpida soberana, sentaremos como un principio que como adorno del cuerpo, así como de la falda, el cinturón es uno de los accesorios más elegantes, y hasta se puede decir más sugestivos.

ELECCIÓN DE TELAS.

Hoy día la mayor parte de las modistas quieren suministrar por sí mismas las telas. Para ellas es una ventaja, por la sencilla razón de que al cortar el vestido, teniendo algún cuidado, pueden hacer grandes economías.

Hay que escoger, por lo tanto, valiéndose de antemano de muestras. Aun cuando se ofrecen á someter las telas á nuestro gusto, cuando se quiere hacer un vestido de dos colores, no es posible decidir los tonos exactos que convendrían por las muestras ó algunos trozos solamente. Se ve una obligada, por lo tanto, á dejarlo al buen gusto de la modista, que no es igual al nuestro en muchas ocasiones, y creo preferible, si se quiere economizar, escoger por sí misma la tela y dársela á la modista.

Pero esto excita su mal humor, y entonces pone menos cuidado en su trabajo, haciendo pagar la mano de obra más caro. Por consiguiente, lo mejor es seguir mi consejo y ser una misma su propia costurera.

Según el modo con que reflejan la luz, los tejidos toman un carácter de lujo deslumbrador ó discreto. La lana absorbe los rayos luminosos; la seda, y sobre todo el satén, los reflejan vivamente; el paño los apaga; el terciopelo los atenúa.

La opulencia del terciopelo de seda proviene de sus bonitos reflejos, vivos y sin embargo atenuados por la sombra.

Las sedas mezcladas con lana ó algodón, que mitigan el brillo, tienen un lujo serio de burgués que no aconsejo, á no ser á medio vestir. Todo depende, por consiguiente, del uso para que están destinados los trajes.

Efectivamente, es preciso que cada tejido esté apropiado al uso que se quiere hacer de él, como á la estación y el clima. Las variedades de fabricación son hoy día infinitas, y las hay para todas las necesidades, todos los caprichos, todos los matices del sentimiento y del gusto.

Si hay, en efecto, tejidos imponentes, majestuosos, los hay también discretos, modestos, juiciosos: son las telas de algodón, como la muselina, la santa muselina; y también los barés, las granadinas que no brillan, mientras que los tejidos vistosos, las sedas delgadas y brillantes, acusan á lo largo de sus pliegues aristas de luz.

Hay otro tejido no muy brillante ó lustroso, aterciopelado, lleno de encanto por su mullido, su flexibilidad y suavidad, dulce al tacto, bonito á la vista, que no se arruga nunca: es el crespón de China, con el cual se componen los más artísticos trajes, en el sentido de que ciñe el cuerpo, envolviéndolo en pliegues finos y nobles.



11.—Juego de delantales reforma.

Antiguamente, el verdadero crespón de China costaba muy caro. Hoy lo hay muy hermoso, muy suave y á precios muy módicos relativamente.

Vamos á ver ahora las formas que mejor sientan. Deben variar, según que sea una pequeña ó alta, gruesa ó delgada. Las líneas ó rayas verticales ú horizontales cambian inmediatamente las proporciones, la manera de ser individual, ó mejor dicho, las rayas á lo largo agrandan ó adelgazan; al través achican y engordan siempre, según la ley que hemos expuesto más arriba.

Oblicuas, estas rayas imprimen



12.—Otro pañolón, hecho al crochet.

un carácter particular de libertad: «de sans façon,» y ese carácter de libertad se acusa más si las rayas son de larguras desiguales ó de colores diferentes.

En cuanto á las telas listadas á cuadros, no aconsejo su uso. Estas telas engruesan y achican, pero carecen de distinción, excepto algunas telas escocesas de matices poco disparatados. Es preferible, sin embargo, poner los cuadros al sesgo.

Cualesquiera que sean el dibujo y el color de la tela escocesa, la extrema variedad de los tonos y la complicación de las líneas hacen de ella una tela caprichosa, cuyo carácter repugna á la dignidad. Así es que sólo aconsejo estas telas para los niños que llevan vestiditos cortos.

Los tonos lisos, por el contrario, á no ser que sean de una crudeza ó de una vulgaridad chocantes, tienen siempre un carácter distinguido.

Un traje de estilo será siempre de tela lisa, y todos los tejidos que se acercan al liso tienen también esta apariencia de nobleza: por ejemplo, el remado tono sobre tono será más severo, más distinguido que el recamado granate ó verde sobre fondo negro. Un muaré dará más dignidad al traje femenino que una tela lisa con ligeros dibujos.

Pero existen otras consideraciones que hay que tener en cuenta para escoger bien las telas. Una mujer verdaderamente elegante, ó que quiera parecerlo, se hará el menor número posible de vestidos de lana, á no ser que estén guarnecidos con satín, ó terciopelo, ó peluche, ó ricos bordados. En este caso, el contraste entre el mate de la lana y del paño y el lustre de la seda son siempre de muy buen efecto.

Yo creo que los tejidos de seda son los únicos verdaderamente elegantes, no sólo por la suavidad del tejido, sino por la preciosidad de los tonos; y hoy día las sedas están á precios tan bajos, que sabiendo arreglarse, se puede una hacer vestidos muy bonitos sin gastar mucho más que en un vestido de lana.

Antes no sucedía así: he oído decir á mi abuela que una joven no se ponía nunca un vestido de seda, pues costaba mucho dinero. Era preciso estar casada para permitirse tales lujos.

Aun más, una mujer del gran mundo, que no ha tenido una posición muy elevada en la política, me confesaba hace poco que hasta llegar á esa posición, tenía más de treinta años, jamás había tenido un vestido de seda.

No hablaré de las telas de algodón, que tanto se arrugan. Sin embargo, hay ciertos tipos; ciertos géneros de belleza á quienes sienta muy bien esta gran sencillez. En este caso, no es el trapo quien viste la mujer, sino la mujer quien adorna el traje.

En resumen: el arte del tocado ha dado un paso inmenso, no porque nuestros vestidos de hoy sean más ricos ó mejor ejecutados que en los siglos anteriores, pero gracias á los perfeccionamientos introducidos en la fabricación de tejidos, cuyos precios bajan cada día, la elegancia se vulgariza, se democratiza y se extiende á todas las clases de la sociedad. En ningún tiempo se ha visto tal profusión y difusión de tejidos ricos; sea porque se imitan ahora los tonos degradados de las telas antiguas, de una elegancia llena de distinción, sea que se inspiren en los coloristas de Oriente, sobre todo en las telas para mobiliarios, el caso es que las mujeres se hacen artistas.

Cuando no lo son naturalmente, deben aplicarse para adquirir este arte soberano de la elegancia, del cual depende la belleza, pues la mujer debe ser bella.

Recordemos aquí lo que dijo Dumás:

«Rica, si puedes;
Sabia, si quieres;
Bella, debes serlo.»

A MI MADRE.

Tu no fuiste mujer, fuiste una santa,
pues brotó de tu espíritu elevado
todo lo grande, noble y delicado,
como brotan las flores de la planta.

Por eso si tu imagen se adelanta
al evocar recuerdos del pasado
y comprendo que me has abandonado,
los sollozos oprimen mi garganta.





13.—Colección de trajes, estilo reforma.

Como quedan de ti sólo despojos,
aunque habites tal vez mundos mejores,
sin ti mi corazón se encuentra yerto.

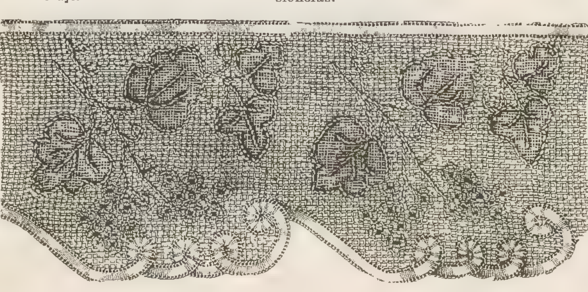
Y sólo tienen lágrimas mis ojos,
y existen sólo para mí dolores,
porque yo sólo miro que tú has muerto.

Elena Mateos de López.

Las ciencias son cerrajes, y el estudio sus llaves.

*

La memoria es el estuche de las ciencias.



14.—Bordado al punto, en malla.

CREPUSCULO.

Dulcemente
El doliente
Sol se esfuma
Tras la bruma
De áurea espuma
Del Poniente.

10.—Gorritos para niños de corta edad.

De los cielos
Cuelgan velos
Y brocados
Mordorados
Y violados
Terciopelos.

Rostros bellos,
Finos cuellos,
Dulces ojos,
Labios rojos,
Nudos flojos
De cabellos;

Cuántos dones
E ilusiones
Cuando hay viudos,
Cuando hay mudos
Y desnudos
Corazones.

El santuario
Solitario
Lanza al viento
El lamento
De su lento
Campanario.

Y en la bruna
Noche, entre una
Nube errante,
Surge avante
El octante
de la luna.

El matemático es el verdadero poeta de la ciencia en su acepción etimológica.

PARA EL HOGAR



15.—Almohadones cubrepies y sobre cama de seda.

Las guarniciones ó adornos.

Lo que imprime al tocado aspectos infinitamente varios, de gran elegancia y de alta distinción, son los adornos cuando están bien comprendidos, ejecutados con esmero, rectitud y aplomo perfectos. Nada hay más feo, más pretencioso ni de peor gusto que los adornos, volantes, sesgados ó cualquiera otra guarnición, cuando no encierran á la vez la gracia de su disposición unida á la minuciosidad de la ejecución.

El volante, al cual se vuelve hoy, ofrece un carácter marcado de elegancia. Da al tocado aire, movimiento, luz y sombras. Le da amplitud, y si se me permite la expresión, una fisonomía que cambia según que el volante está fruncido, plegado, rizado ó cortado con sacabocados.

Un volante alto plegado es serio, mientras que el volante pequeño cortado es ligero y eminentemente elegante.

El volante fruncido indica cierta libertad de maneras que el volante plegado ó rizado parece restringir. Pero siempre son encantadores.

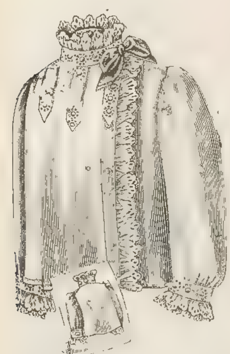
El abullonado es más pesado; tiene un carácter de elegancia algo anticuado.

La guarnición acanalada á la vieja ó la «ruche» marquesa son igualmente unos adornos á los cuales volveremos antes de poco tiempo; dan al traje un carácter ordenado y metódico que conviene á ciertas personas.

La «ruche» ó «achicoria» de tafetán, sienta bien á causa de lo holgado que es y del brillo que tiene, y siempre estará bien si se adorna con ella el bajo de una falda.

El volante forma Imperio sólo se puede aceptar siendo de encaje. Tiene que estar colocado ó muy bajo ó muy alto; á no ser así, corta la falda de manera poco graciosa y además hace muy pretencioso.

En cuanto á los sesgados, adorno mucho más sencillo, pueden tener, según el tejido y el color, cierto valor bajo el punto de vista de la elegancia sobria. Así como los anteriores adornos, deben aplicarse á las distintas partes del traje ó vestido variando las tintas. Los bies deben ser colocados en rectitud absoluta, pues no hay cosa más vulgar ni que revele una costurera de última categoría como ver sesgados que festonean ó están mal ajustados.



18.—Otra camisa de noche.

Pero el adorno más rico, más elegante y que sienta mejor, es sin duda alguna el encaje. Ya comprendo, bella lectora, que exclamará usted con cierto aire aristocrático y desdeñoso: ¡Oh! ¡imitaciones! ¡Son tan baratas! Yo le contestaré á usted: mejor que mejor. Lo que es bonito se vulgariza siempre; ésa es su tendencia. Por alto que sea su precio, si el encaje es fino y bonito, será el adorno más precioso que se pueda llevar. Y eso no impide que utilice usted sus encajes antiguos. Toda mujer tiene hoy recuerdos de familia; y así como de los chales cachemires se han hecho abrigos á la moderna, se pueden y deben hacer con los encajes antiguos vestidos llenos de elegancia y á la moda actual. Siempre se distingue lo malo de lo bueno. Claro está que es muy difícil; hoy se hacen imitaciones casi perfectas, y yo, que tengo la pretensión de conocerlas bien, me he equivocado varias veces. Esta es la razón por la cual muchas señoras dejan sus encajes finos en el armario y adornan sus vestidos con imitaciones.



17.—Juego de pechera, corbata y cuellos.

¡Oh prodigio de la mecánica! He oído decir que hoy día el tul se fabrica con inmensas máquinas que hacen hasta sesenta mil mallas por minuto, mientras que la pobre encajera sólo puede hacer en un minuto cinco ó seis. Se puede decir, por consiguiente, que la máquina reemplaza el trabajo de doce mil obreras. A pesar de mis gustos aristocráticos, que no disimulo, me alegro de este progreso que rebaja el precio del encaje, y deseo con ansia que todas las mujeres, hasta las más humildes, se vistan con elegancia.



16.—Velos para butaca.

Cada género de encaje tiene su carácter especial.

Así es que los encajes de Valenciennes se adaptan sobre todo á la ropa blanca y trajes de mañana.

Los encajes «torchón» y los «craponnes» á los vestidos de primavera y al decorado de los tocadores ó cuartos de baño.

¿Quién no ha de reconocer la expresión de un encaje?

El punto de Alençón es el más rico; tiene sobre todo un aspecto estofado. Bajo el reinado de Luis XV, el punto de Alençón y el de Argentán se usaban como encajes de invierno; es muy difícil poder imitar su suntuosidad, así como su elegancia y finura.

Esos encajes de Brujas y de Bruselas tienen un aspecto más armónico y más ligero. En cuanto á los de Malinas, por su aire flexible y suave, convienen á las mujeres y á los adornos que deben atemperar ó mitigar un vestido de color vivo ó adornar una falda ligera.

El encaje Cluny, el punto grueso Venecia, con su imponente majestad, sientan bien á las viudas.

Los trajes de visita, de carreras, de paseo ó de baile, exigen encajes de géneros distintos. Es preciso, por tanto, distinguir lo que es serio ó ligero, grueso ó delgado.

Debo confesar que siento por las bellas blondas españolas una predilección especial. Tienen un brillo de perla tan suave, que la tez se dulcifica con esa blancura.

La blonda negra es como una densa nube que parece envolver el rostro en misterioso recato; y bajo la mantilla, los ardientes ojos de las hermosas españolas parecen estrellas que brillan durante la noche en el firmamento, según ha dicho un maestro en elegancia.

Se encuentran blondas de imitación de todo precio. Pero la verdadera blonda no es muy cara; es preferible emplear de ésta, que dura mucho más y no cambia de color, y que no se puede comparar á la imitada ni como riqueza ni como efecto.

Me parece superfluo recomendar á mis lectoras los encajes claros para los vestidos claros y los encajes negros para los trajes obscuros.

El azabache se casa maravillosa mente con los encajes negros.

Un traje de terciopelo amaranto, adornado con hermosos encajes negros, mezclado con azabache, tiene un carácter de pasión fascinadora; es un vestido de noche que sienta perfectamente á ciertas morenas de pelo muy negro y de ojos profundos.



20.—Juego de camisas bordadas.

En ninguna época se ha llevado más allá, según creo, el lujo en los adornos. He hablado de los adornos de tela y de los encajes; sólo me resta hablar de los bordados, de las pasamanerías, de los abalorios de colores, de los galones de oro con cabujones, cuyo efecto es tan rico y tan seductor cuando los colores son bien elegidos, pues importa mucho que esas perlas de color ó esos cabujones no parezcan cristales de tonos chillones y vulgares. Deben tener el color fino de las piedras preciosas. Deben imitar perfectamente los topacios amarillo pálido, los topacios rosas del Brasil, las amatistas, rodeadas de granates ó de esmeraldas verde vivo. El rosa y el verde de reflejos pálidos, artísticamente casados, producen efectos encantadores. Las piedras más coloreadas ocuparán siempre un espacio más restringido; sólo deben estar aquí como realce, siendo una nota viva, aunque breve.

En la guarnición á veces se busca la precisión del trabajo, á veces es preferible la ligereza, los dibujos vagos.

Los encajes, los flecos, las plumas responden al deseo de atenuar la seriedad de las líneas.

Los galones, los alamares, acentúan, al contrario, los contornos.

Las mujeres algo hombrunas deben gastar los galones á lo húsar, que imprimen cierto carácter masculino.

Todos los bordados, todas las pasamanerías de relieve, están destinadas, generalmente, á compensar la uniformidad de las telas lisas: lanas, paños ó terciopelos.

Un paño rojo viejo ó azul antiguo, ó verde con pintas negras, producirá un efecto original y distinguido; y se puede hacer un traje de esta forma y que siente bien, por un precio muy módico, sobre todo si usted misma ó su doncella colocan las pintas.

Y siempre bajo los mismos principios, varias veces formulados, de que toda línea vertical adelgaza y toda línea horizontal engruesa, me parece inútil indicarle cómo se deben indicar las guarniciones, según sea usted gruesa ó delgada. Un busto algo grueso, por ejemplo, se alargará si está adornado con tirantes que continúan formando punta por detrás y por delante, ó con una disposición que por detrás corte la espalda verticalmente por medio de una punta de otro color ó de una pasamanería de azabache, y delante con un chaleco estrecho, con adornos de cada lado.

22.—Elegantes refajos bordados y con encajes.

Por otro estilo, una pelerina redonda, un escote cuadrado, una berta, un terciopelo, una «ruche» ó cualquier otro adorno al través, corregirán la esbeltez exagerada del talle.

Lo mismo sucederá con los adornos y disposiciones de las faldas. Las mujeres gruesas cortarán la falda por medio de un delantal ó faldones ó quillas. Evitarán las líneas horizontales, así como los volantes ó adornos sesgados: los galones forma mosquetero, por ejemplo. Los faldones del cuerpo, en vez de estar cosidos, tendrán aberturas; estarán dentados.

Por último, los adornos tienen también una expresión que revela el carácter de las personas que los llevan.

Una mujer modesta, de gustos tranquilos, escogerá adornos de igual clase, como los sesgados, los galones, los terciopelos ó las cintas, completamente pegados a la falda ó cuerpo.

Une mujer alegre, de modales vivos, preferirá los volantes, las cintas que vuelan y la ligereza de los encajes.

Las señoras imponentes, de nobles ademanes, darán la preferencia á los adornos sencillos y distinguidos, como, por ejemplo, los hermosos bordados mates, las pasamanerías severas y ricas.

Y las que tienen un gusto pomposo, los azabaches, las lentejuelas, los galones con cabujones de todos colores.

Así es que, en sus menores detalles, el tocado es una revelación del carácter, y ciertos filósofos añaden que es un indicio de las costumbres de un país.

Arte de arreglar y componer los vestidos usados

Con un cuerpo nuevo se puede llevar una falda ya usada ó viceversa. Añadiendo un adorno en la parte baja de la falda, se tiene un traje completamente nuevo.

Muchos vestidos, hasta los de lana, muy modestos, pueden ser transformados por medio de bonitos accesorios, como por ejemplo:

Cinturón Gretchen y collar de terciopelo negro ó de color en consonancia con el vestido, lleno de azabache; una hermosa franja de azabache terminada con abalorios desde la cintura hasta el cuello. Es de uso muy práctico; se transforma el aspecto del traje; parece mucho más rico y de más etiqueta.

Lo mismo se hace con el corselete sultana de buena pasamanería de oro ó de azabache, que termina en punta sobre sobre el cuello recto y cae en el lado izquierdo en dos largos faldones terminados por una franja de rica pasamanería, en forma de punta por delante y haciendo el efecto de un chaleco de pasamanería.

Del mismo modo, el cinturón Cleopatra, de rica pasamanería, en forma de punta por delante y haciendo el efecto de un chaleco de pasamanería.

El fígaro de terciopelo, lleno de bordados de oro ó cabujones con cascabelitos dorados.

Por fin, hoy sobre todo, en que la chaquetilla abierta está de moda, se usan todas las variedades de petos: las camisetas de muselina de seda plegada, recogida con lazos, ó los chalecos Luis XV con sus ricos bordados, ó las pasamanerías galoneadas de todos matices, pueden, con el mismo cuerpo de paño ó de terciopelo, ó de sarga de seda negra, componer diez, veinte vestidos de aspecto diferente y dispensar la molestia de acumular en el armario un sinfín de trajes que habría que renovar cada año al no ser así.

El Abrigo.

Todo cuanto acabo de decir del vestido, puede aplicarse perfectamente al abrigo.

No haré más que indicar ligeramente las más elegantes disposiciones, ocupándome sólo de la disposición de los colores:

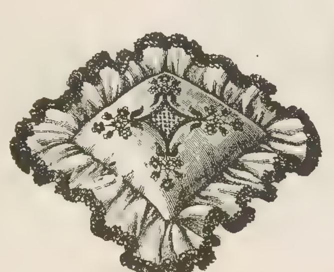
1º Gabán medio largo de terciopelo esmeralda obscuro, forrado de surá crema, y cuello Médicis, también forrado de surá. Del cuello parten las solapas, que dejan ver el forro y terminan con motivos de esmeraldas. El gabán abierto sobre una camiseta de surá crema está recogido por un cinturón de terciopelo. Mangas largas de terciopelo con hombreras abiertas á partir del codo, cayendo rectas y dejando ver el forro.

2º Abrigo largo de paño pensamiento ó berenjena, con delanteros rectos, recogidos por un cordón de seda; pelerina de terciopelo del mismo color.

3º Abrigo eslavo de paño verde océano, con motivos de pasamanería adornados con perlas multicolores.



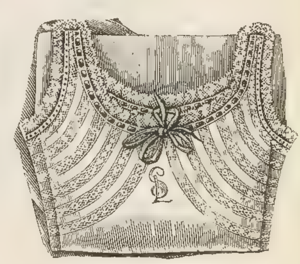
23.—Corpiño con pantalón-corselete y refajo corselete.



24.—Cojín bordado de seda



21—Canesú de camisa.



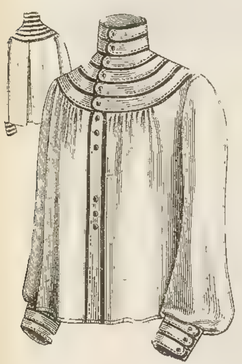
25.—Camisa de día para señora.



19.—Ramo bordado para aplicaciones.

4º Sobretodo largo de paño azul ruso, guarnecido con Astrakán ó Skunk.

5º Chaqueta de paño cabellos de la Reina, con faldones largos, guarnecida en el cuello y puños con terciopelo del mismo color, algo más obscuro.



29.—Peinador con canesú de cintas y pespuntes.

6º Levita de terciopelo ó piel de seda zafiro, forrada de satín maravilloso turquesa, con solapas bordadas de azabache zafiro, cruzándose en la cintura.

7º Abrigo de nutria ó peluche de nutria. Es ya un poco antiguo, pero siempre está de moda y es muy elegante.

Todo lo negro, para ser elegante y distinguido, debe ser de buena tela, ricamente adornada, sea con pasamanerías de azabache, sea con franjas de azabache, cuyo sombrío destello realza la tristeza del negro.

Abrigos y Salidas de Baile.

Así como los trajes de casa, estos abrigos admiten los colores más claros y las formas más caprichosas y más elegantes.

He visto últimamente:

1º Una pelliza de paño cielo con adornos de plumas del mismo tono. Estaba guarnecida de pasamanería negra y oro, que le daba cierto realce. Se pueden reemplazar los adornos de plumas, algo costosos, por Mongolia.

2º Visita de peluche verde agua, guarnecida con encajes blancos, si se quiere tener algo barato, ó de piel de zorra plateado, si se quiere algo rico, aun cuando costoso.

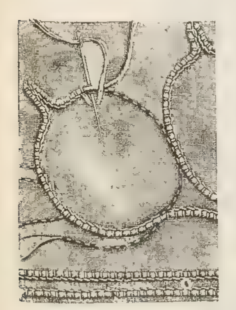
3º Una esclavina larga de terciopelo coral bordado de cebellina, con aplicaciones de bordados de oro; pero estos bordados, muy costosos, pueden ser reemplazados por galones, colocados de arriba abajo, siguiendo los pliegues y formando abanico.

4º Para salir de la Opera, una gran museta recogida en la cintura, de velutina blanca forrada de chinchilla. Un manto de abad de blonda veneciana, se ata bajo el cuello de chinchilla y se recoge por delante con una pasamanería de perlas.

Sin duda alguna, lo más cómodo es la pelerina, que no arruga nunca los vestidos. Todos los colores se llevan, así como todas las telas elegantes, terciopelo, peluche, satín, paño, y todos los adornos ricos, pieles, encajes, plumas.

Hay salidas muy bonitas que da lástima tener que dejarlas en el guardarropa, donde se arrugan ó se manchan. Creo inútil por esta causa hacer salidas demasiado costosas; sin embargo, estimo que esta prenda debe ser siempre elegante, como todo lo que concierne al tocado de toda mujer de sociedad.

Por cien francos próximamente, con la ayuda de una doncella ó de una costurera casera, se puede tener una salida de baile muy linda. El forro debe ser siempre de seda acolchada, surá ligero ó marcelina. Por ejemplo: cinco metros de tela, á ocho francos el metro, poco más ó menos; la misma cantidad de forro, á dos cincuenta ó tres francos, lo cual forma un total de sesenta francos para los adornos. Es lo suficiente. También se puede gastar, si se quiere, en una salida quinientos ó mil francos. Esto depende de la belleza y cualidad del terciopelo, ó de la del peluche, del largo de la prenda, y sobre todo de la riqueza de los adornos.



31.—Bordado al punto de festón.

TROVA.

Eres cual noche en sosiego,
Tienes, cual la noche, grata
Poesía,
Como el día tienes fuego,
Y tu presencia arrebata
Como el día.

Prófuga huye la amargura,
De tus ligeras pisadas
Al rumor:
Nace el sol de la ventura,
De tus celestes miradas
Al fulgor.

Las criaturas te adoran
Y de respeto enmudecen
Si las miras:
Tiernos los ángeles lloran
Y contigo se entristecen,
Si suspiras.

Al instante que naciste,
Fraternal besó tu frente
La virtud,
Y su beso recibiste
Su perfecta y eminente
Plenitud.

Candor te dejó la infancia,
Las gracias dieron sonrisas
A tu boca,
Y se empapa de fragancia
El aliento de las brisas,
Si te toca.

Con cadena indisoluble
A ti uniendo corazones
Siempre vas;
Que es problema irresoluble,
Cual de tus mil perfecciones
Brilla más.

La natura á tu influencia
Aumentando su hermosura,
Más admira;
Pues, llena de complacencia,
A obsequiarte la natura
Siempre aspira.

La flor da olores más suaves,
Por doblar de tus placeres
El caudal,
Y te celebran las aves
Olvidándose que tú eres
Su rival.

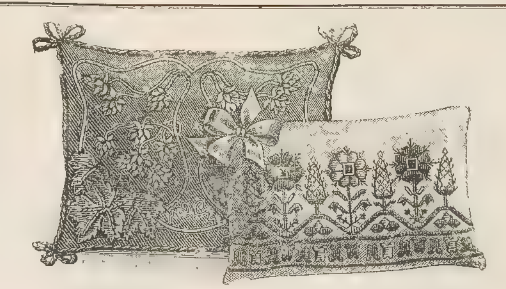
Modelo de hijas y hermanas,
Para enseñar, el ejemplo
Siempre acudes:
Tu casa honras y engalanas,
Y haces doméstico templo
De virtudes.

Y todos los desgraciados
Que á tí se acercan llorosos
En su afán,
Con tu acento consolados,
Con tu mirada dichosos
De allí van.

Tú del fanatismo huyes,
Mas eres sagrario vivo
De piedades:
Si á tus hermanas instruyes,
Su estudio hacen atractivo
Tus bondades.

Y esto al ver todo se arroben
Viendo en ti, por tu indulgencia
No común,
A la religión ya joven
Enseñando á la inocencia,
Niña aún.

¡Astro de la paz hermosa,
Las borrascas inclementes
Siempre calmas:
De tu atracción misteriosa
Satélites obedientes
Son las almas.



26.—Dos almohadones bordados



28.—Bordado al punto en cruz.

Yo, bardo, te ensalzo humilde
Pues de virtud un portento
Miro en ti:
Y eres, amable Matilde,
Del cielo presentimiento
Para mí.

Eres luna con luz propia.
Sultana en la galanura
De las flores,
Raro original sin copia,
Porque para tal pintura
No hay pintores.

Sí, sólo uno hay, y diría
Si acaso existido hubieras
Cuando él,
Que de tí copiado había
Sus vírgenes hechiceras,
Rafael.

J. VALLE.

El hombre dirige la inteligencia, es la mujer quien cultiva los sentimientos.

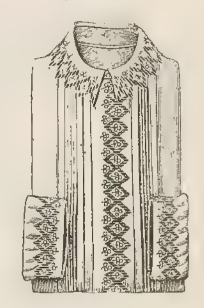
***

Una buena madre vale por cien maestros de escuela. En el hogar es un imán para todos los corazones, una estrella para todos los ojos.

COCINA DÓMESTICA.

CALDO.—SOPA

Sabido es que el primero y más indispensable elemento para confeccionar toda clase de sopa es el buen caldo; y que no es posible tampoco obtener buen caldo sin tener los necesarios elementos para ello. Así, pues, para obtener buen caldo para la sopa, es necesario que la carne esté fresca y en su verdadero punto;



30.—Peinador con entredoses bordados.

que se ponga la cantidad de carne correspondiente al número de individuos que hayan de comer, y que la cantidad de agua que se eche en el puchero para cocerla esté en relación de la cantidad de carne que haya de cocerse.

Las carnes de carnero, de vaca y de ternera que hayan de servir para confeccionar el puchero, conviene que estén muertas al menos con un día ó dos de antelación al en que hayan de guisarse, porque dichas carnes cuanto más tiempo están muertas sin llegar á la putrefacción, tanto más tiernas se hacen.

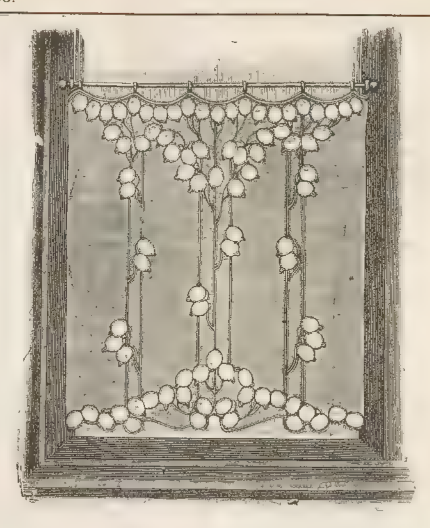
Así, pues, téngase mucho cuidado en la elección de las carnes, y procúrese con esmero cocerlas más bien



27.—Carpeta para escritorio.



32.—Sobrecama bordada al punto.



34.—Cortina para vidrieras.

á fuego lento que á fuego vivo, teniendo especial cuidado de no separar el puchero del fuego mientras no esté suficientemente cocido lo que el puchero contenga, porque si se interrumpe la cocción, ora separando el puchero del hornillo ó bien dejando apagar el fuego, se perjudica completamente lo que se está cociendo, pues se queda sin cocer y en condiciones poco favorables á la nutrición.

Hechas estas observaciones tan necesarias para el buen condimento del caldo, pasemos á ocuparnos de la confección del puchero español.

El caldo que se usa en la cocina francesa se compone simplemente de la carne, agua y sal correspondiente, sin más aditamentos. Pero el puchero español es más complicado y mucho más sabroso, por la variedad de elementos que entran en su composición, pues se compone, no sólo de la carne, agua y sal, que son los elementos del caldo de la cocina francesa, sino que contiene también jamón, tocino, chorizo, gallina, morcilla y las verduras, como el indispensable garbanzo, la patata, col, los nabos, las chirivías y todas cuantas verduras son del gusto del consumidor, como la calabaza, los cardillos, las judías verdes y otras, puestas en cantidad proporcional á la carne y demás elementos de grasa que contenga el puchero.

Cuando todo esto está perfectamente cocido y bien condimentado, se saca el caldo por decantación y se pone en una cacerola á propósito, ó en una cazuela; se coloca sobre el fuego y se hace la sopa que se quiera, teniendo cuidado de que, si la sopa es de arroz, de fideos ó de cualquiera clase de pastas, ha de hervir lo suficiente hasta que el arroz ó las pastas estén bien cocidas, en cuyo estado se retira la cacerola ó cazuela del fuego, se deja reposar por espacio de unos cuantos minutos, y después se sirve sacando á la mesa los platos ya hechos.

Después de la sopa se sirve el cocido; y la carne y los demás elementos de grasa que contiene el puchero, se sirven por separado después del cocido.

MEDICINA DÓMESTICA.

INDIGESTIÓN

Cuando proviene de un exceso en la comida ó de la mala calidad de los alimentos, se tomará una taza de té, y si continuase la pesadez del estómago, se beberá un poco de agua tibia para provocar el vómito; guárdese dieta por un par de días. El untar el pecho con aceite de linaza es un buen remedio para curar los males de estómago é indigestiones.

RESFRIADO

Para desterrar este mal basta promover la transpiración, hacer uso de sudoríficos y de la dieta. Algunas veces son conducentes los baños de pies y piernas en agua tibia, como igualmente los sinapismos.

Para obtener un copioso sudor, se pelan y quebrantan cinco ó seis gramos de cacao en crudo, poniéndolos á hervir en taza y media de agua como de tomar café, hasta que quede en una; después se le pone un poquito de manteca de cacao, tomándolo con azúcar todo lo más caliente que se pueda, dentro de la cama.

TOS

Hágase un cocimiento de cebada, malvavisco y salvado; cuando esté hecho, se añade un puñado de flor de saúco, y se hace que dé otro hervor. Al tiempo de tomarse se echa en la taza una yema de huevo y cantidad suficiente de azúcar candi. Debe tomarse tibio.

DOLOR DE CABEZA, JAQUECA

El dolor de cabeza, en su principio, se disipa con sólo mojarse el cráneo con agua sedante y un paño de la misma al cuello.

DOLOR DE MUELAS

Inútil es describir lo insufrible de este dolor; sólo debemos advertir que cuando va acompañado de fluxión en el carrillo, es señal de que la caries está en la encía y ha penetrado hasta la raíz; lo más seguro es sacarla para que no dañe á las demás. A fin de aliviar el dolor, es bueno todo lo que promueva la salivación, como mascar genciana, cálamo aromático, raíz de pelitre, tabaco y semillas de mostaza. Si la muela está horadada, ha de taparse con almáciga, cera ó plomo para que no entre el aire.

Para las inflamaciones de la boca se debe hacer uso de buches, compuestos de un cocimiento de malvas, adormideras y malvavisco; si no cede la inflamación, se pondrán en el carrillo unas cataplasmas compuestas de los mismos simples y harina de linaza.

DOLOR DE ESTÓMAGO

Si este procede de un vicio en la digestión, lo que puede sospecharse si es muy violento después de comer, se aliviará ó desterrará con el ejercicio, especialmente embarcándose ó haciendo largas jornadas á caballo ó en carruaje. Si procede de flato, es fuerza abstenerse de alimentos ventosos, como raíces, legumbres, etc., y suele ser utilísimo un trabajo activo corporal. Si el estómago está muy relajado y no se hace bien la digestión, sera muy útil el elegir ácido de vitriolo, tomando quince ó veinte gotas en un vaso de vino ó de agua dos ó tres veces á día.

EL TESTAMENTO.
Del Ilmo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $ 125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mútua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna dl distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de ''La Mutua,'' Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. . . .	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas. .	9,829 oro
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela ''Santa María'' de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.

LA RAZÓN Y EL DINERO.

A un pobre le tocó la lotería
y perdió la razón el mismo día,
y al leer la noticia en un diario
un sesudo señor sexagenario,
dijo muy gravemente:—Me lo explico
y yo no encuentro el caso extraordinario,
ni juzgo que es desgracia si ya es rico,
porque es axioma antiguo y verdadero
que en litigio, polémica ó cuestión
basta, para triunfar, tener dinero,
y no sirve jamás tener razón.



1.—Trajes de paseo y para automóvil. Este, con vuelos de pelerina.

EL VESTIDO.

LA MODISTA, NUESTRA PESADILLA.

Si en «Para ser amada» he tratado esta grave y capital cuestión del vestido para las mujeres cuyo presupuesto es ilimitado y que tienen banca abierta, aquí, por el contrario, voy á ocuparme del tocado de las mujeres que tienen que calcular lo que pueden gastar, y tengo la pretensión de hacerles ver que gastando poco, es posible, sin embargo, llegar á ser elegante, con menos riqueza sin duda, como primeras materias, pero con la misma perfección.

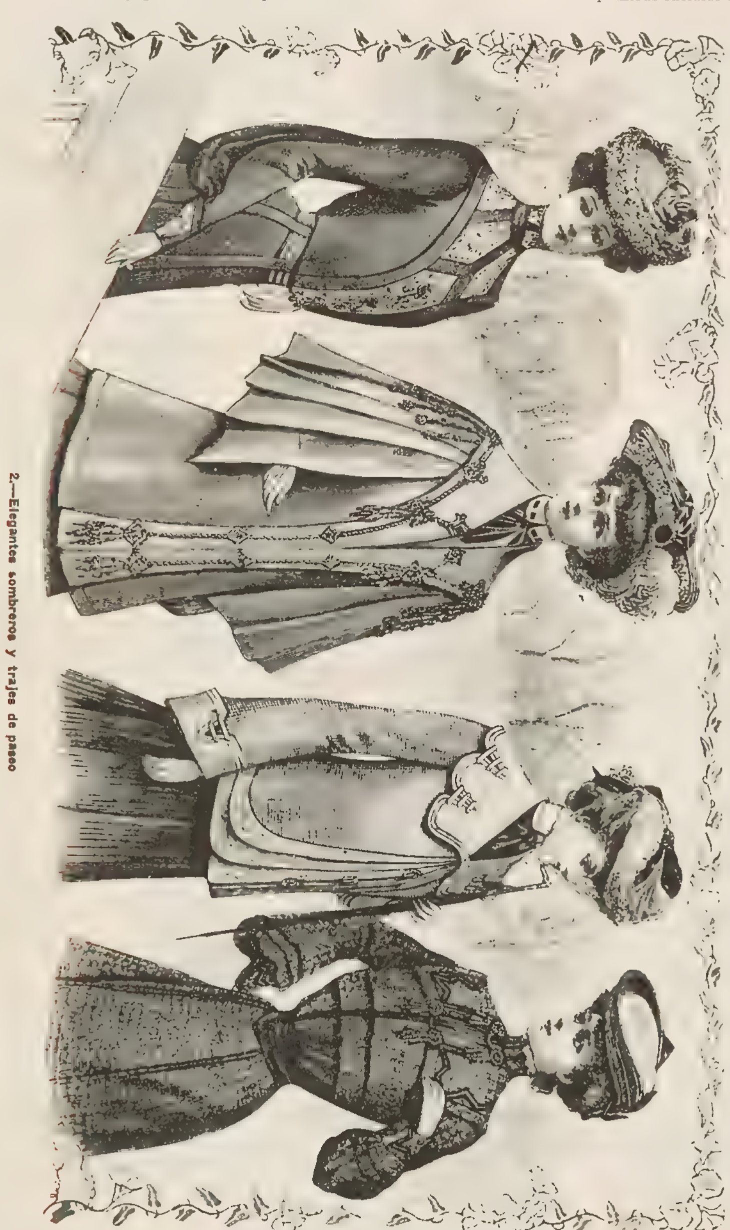
El vestido, ¡preocupación y pesadilla de todas las mujeres! En realidad, el vestido es el punto capital del tocado femenino. El peinado, el sombrero, á pesar de su influencia más directa, más estrecha sobre la belleza del rostro, sólo se considera, sin embargo, como un accesorio del tocado, puesto que sólo se lleva durante algunas horas, mientras que el vestido es de todos los momentos, y algunas mujeres hay que se ponen varios vestidos al día. En fin, el sombrero es el que se debe armonizar con el vestido, su color y su carácter.

Para hacer un vestido, generalmente se llama á una modista; ¿y quién es la que no ha conocido las impaciencias, los sinsabores, y diré hasta las angustias y tormentos físicos y morales que nos hacen padecer las modistas? Cuántos cargos he oído hacer sobre ese particular! Cuántas veces me han pedido las señas de un modisto ó modista quienes no tenían inconveniente en pagar un precio exorbitante con tal de que las vistieran siquiera una vez de manera elegante!

Hay en París un número incalculable de modistas. Todas dicen que proceden de una casa acreditada, pero no hay que hacerles caso. Unas se dan como cortadoras, y hasta como primeras oficialas ó directoras. Pero qué desencanto cuando al verlas trabajar, se descubre que la mayor parte no conocen siquiera los principios elementales de la línea y del buen gusto! Todas sin duda, han hecho un aprendizaje; pero qué aprendizaje!

En una palabra, la pesadilla de la mujer elegante hoy día es la modista.

Entre el número incalculable de costureras que hacen nuestra desesperación, cuán pocas saben verdaderamente componer, ejecutar ese verdadero objeto de arte, el vestido, pedazo de tela que arreglado con habilidad, sirve para embellecernos! ¿Dónde hallar esa perla rara, ese fénix, esa artista, que á primera vista, conozca el carácter de nuestra persona, vea los defectos que hay que disimular y las gracias que hay que hacer resaltar?



2.—Elegantes sombreros y trajes de paseo

Otra de las dificultades para la modista es saber probar los trajes, y sobre todo cortar bien los cuerpos.

Tengo amigas que tienen accesos de fiebre y ataques de bilis debidos á las impaciencias que les causa la modista, tardando en ensayar, ó al mal humor que muestra cuando se le hace una pequeña observacion, ó á la indiferencia que pone en la obra, y sobre todo á los malos resultados obtenidos.

Todas las modistas tienen defectos. Las hay que cuidan y hacen bien las guarniciones, saben armonizar los colores, pero no saben componer un conjunto de modo satisfactorio. Efectivamente, la mayor parte de las veces el conjunto carece ó de aplomo, ó de gracia ó de armonía.

Se ve, por ejemplo, un vestido que al primer golpe de vista parece muy bonito, pero que en cuanto se mira con detenimiento, empieza una á descubrir defectos, porque los detalles no han sido ejecutados con cuidado ó esmero: una costura que hace un pliegue en la espalda ó un lado del cuerpo que forma arrugas en la cadera, ó á veces los repulgos mal disimulados, ó demasiado tirantes, ó demasiado flojos.

Oh el cuerpo! he aquí el gran escollo para la modista! Se ve á menudo que las más hábiles cometen faltas garrafales; no es de extrañar que las otras, con menos experiencia en el arte de la costura, agobiadas de trabajo, mal secundadas por obreras, verdaderas cabezas de chorlito que siguen sin ninguna aplicación las indicaciones recibidas, cometan faltas imperdonables que echen á perder por completo el cuerpo de un traje.

Así es que un vestido que parecía bonito al probarlo, cuando está concluído no sienta bien, pues el cuerpo entonces está ladeado, ó demasiado estrecho, ó demasiado ancho, ó el recogido no produce el efecto deseado. Y traen el traje justo en el momento en que hace falta para salir, cuando no llega demasiado tarde, como también acontece algunas veces.

Quería una tener el traje en cuestión para tal baile ó tal comida, se ha estado esperando á la modista con verdadera impaciencia llena de ira, y cuando al fin llega, imposible de ponerlo: está mal. La impaciencia ha hecho subir la sangre á la cabeza, está una roja como un pimiento, fea, enervada.

He conocido señoras que por una contrariedad, parecida, lloraban de rabia y renunciaban á salir antes que ponerse un vestido que se ha llevado otras veces y que todo el mundo conoce.

Hay señoras que se ponen enfermas cada vez que tienen que ir á probarse un vestido, pues hoy casi todas las modistas se niegan á ir á probarlo á domicilio.

Hay que esperar durante mucho tiempo por regla general en las salas de espera de las modistas de quinto ó sexto orden, y antes de hacer la entrega definitiva le hacen á una volver para hacer la última prueba; segundo suplicio, pues casi siempre hay que hacer algún arreglo.

Si después de sufrir todos esos sinsabores tuviera una la seguridad de ir bien vestida, menos mal; pero generalmente hay que devolver el vestido, y por consiguiente tercera espera; y se puede una dar por contenta si no hay que ir por cuarta vez á probarlo, á no ser que cansada se resuelva una á retocar el traje con la ayuda de su doncella.

Oh las modistas! oh los criados! éstas son las exclamaciones é improperios que sin cesar estoy oyendo constantemente. Comprendo

perfectamente, por todo lo que veo, que es muy difícil ser bien servida ó vestirse á su gusto.

Pero por lo que á mí me toca, he hallado el remedio contra esas dos plagas de la existencia femenina; y quiero, queridas lectoras, que aprovechen ustedes mi experiencia.

¡Calabazas han de ser!

—¡O este año la apruebo, ó pierdo el nombre que tengo!

Y el pobre Fernando arrojó la infamante papeleta sobre la desvencijada mesa, único mueble que, con la cama y dos sillas, formaba el ajuar de su habitación de siete reales con principio.

Lo que á él le pasaba ya iba picando en historia. Alumno aventajado en toda la carrera, se había «plantado» en la última asignatura de la licenciatura, y no había forma de salir adelante. ¿Era porque no la estudiaba? Ya se la sabía de coro, pero el profesor le había tomado «tirria.»

Esta, por lo general, suele ser la disculpa de todo mal estudiante, pero en la presente ocasión era verdad; y era verdad por lo siguiente:

El catedrático de la asignatura, D. Francisco de la Roca, era un señor de esos chapados á la antigua, solterón empedernido; gran levitón-carrik; chistera de tres pisos con entresuelo y sotabanco y gruesas gafas de cristales perfectamente circulares, que cuando recibían luz directa daban á su amo el aspecto de la cara de un buho. De carácter agrio y rudo, más parecía que gruñía cuando hablaba, y esto lo hizo siempre mezclando dicterios ignominiosos para el pobre alumno que, ó largo de vagancia, no se sabía la lección, ó corto de genio, se aturrullaba siempre que oía aquellas preguntas hechas con tono agresivo.

Tales condiciones le valieron el sobrenombre que, por su desgracia, le aplicó un día Fernando: D. Francisco se convirtió en «Don Ruquesco,» y desde entonces no se le conoció en la Universidad por otro nombre que, naturalmente, llegó en brevísimo tiempo á oídos del interesado, el cual, según se decía, juró vengarse con el único medio de que disponía: los exámenes.

En efecto, tres veces consecutivas halló pretexto el bilioso catedrático para suspender á Fernando, siendo la última la en que presentamos á éste en escena.

Comunicar á sus padres el nuevo descalabro era terrible, pero no había más remedio, y si mucho lo sentía el joven por ellos, no lo era menos por su Rosa, por su lindísima prima Rosa, que le esperaba aquel año con la carrera concluída, para arrojarse inmediatamente en brazos de Himeneo.

Los padres de Fernando eran unos labradores acomodados, que viendo en su hijo, según el señor Cura, disposición bastante para el estudio, prefirieron gastarse unas cuantas onzas y verle con la borla encarnada, á mandarle al campo en compañía de un arado, á destripar terrones, en «dulce» contacto con mulas, vacas y gañanes.

Desde pequeños se notó cierta inclinación entre Rosa y Fernando: los progenitores de aquélla, también en buena posición, no vieron inconveniente en favorecer la mutua simpatía: primero, por tratarse de parientes cercanos: segundo, por la felicidad de los muchachos: y tercero, porque tal alianza aumentaba las tierras, ganados y capital. Me parece que he invertido el orden de importancia de las razones, pero allá el lector malicioso, si es que lo es, las colocará con arreglo á sus conocimientos psicológico-metalúrgico-sociales.

Estas mismas causas fueron las que motivaron que los padres de Fernando estuviesen en un todo conformes con los de Rosa. En consejo de familia se acordó que el muchacho viniese á estudiar á la corte, y en la misma sesión quedó aprobada la boda de los chicos para cinco ó seis años después, es decir, para cuando el Licurgo novel regresase á sus lares con la cédula personal en que, después del nombre y naturaleza, se leyese «edad,» veinticinco años, y «profesión» ABOGADO.

No hay para qué decir que no hubo un solo voto en contra.

El año anterior, como ya dijimos, debió haber terminado, si el atribiliario «Don Ruquesco» no lo hubiese dispuesto de otra manera.

Todas estas cosas que apuntadas quedan, y otras muchas más, pasaban y repasaban por la imaginación del mísero estudiante, cuando, harto de darle vueltas al caletre, debió de concebir alguna salvadora idea, porque se levantó de un salto, exclamando:

—¡Sí, diablo, buena idea; superior, archisuperior! ...Total, unos cuantos malos ratos......, quizá la irrisión de los compañeros...., de la vecindad...., del mundo entero .....; pero ¡bah! ¿qué importa? El grado, primero, y mi Rosa, después. Soy un Séneca, un Licurgo, un Chámberlain, un....

¡Animal!—gritó una voz por la parte exterior de la puerta.—¿Qué nueva locura te ha entrado, que parece que estás en las Cortes?

—Entra, Felipe, entra.

—¡Vaya unas voces!

Y entró Felipe, un muchacho poco más joven que Fernando, estudiante no muy aprovechado de cuarto año de Derecho.

—¡Poco alegre que estás! ¿Qué te pasa?

—Que me han suspendido....

—¿Y por eso estás alegre? Pues no lo entiendo.

—Pero no me volverán á suspender, porque he ideado un medio....

—No sigas, ya lo he adivinado; no volverte á presentar.

—Hombre.... no es eso!

—Sí, hombre, sí; es probado. Gedeón te mirará con envidia, Califnez te estrechará la mano, y Piave se honrará con tu compañía.

—Si no me dejas hablar.... He hallado un medio para presentarme y salir aprobado. Perdona que no te lo diga, porque es un secreto.

—Pues mira, yo no estoy para secretos, porque la alegría me rebosa por todo el cuerpo.

—¿Por....?

—Me han suspendido.

—»Tu quoque?»

—Pero Luisa me ha dicho que sí.

—Vamos la ley de las compensaciones. Te felicito.

—No tiene nada de particular; ya me lo esperaba: me lo habían predicho.

—A ti, ¿quién?

—Mad. Escroc, la adivinadora de moda.

—¿Has ido á verla?

—Claro, hace una semana. Verás: la interrogué, me miró la cabeza, me reconoció la mano, escribió en un papelito, lo metió bajo un sobre que pegó, y me lo dió, diciéndome: «No lo abra usted hasta dentro de ocho días,» y me marché.... es decir, me marché después de abonar dos duros por su trabajo.

—¿Y abriste el sobre hoy?

—¡Ca! En cuanto salí de allí; cualquiera tenía paciencia para esperar.

—¿Y qué decía?

—Sí y no: no y sí: nada más.

—¡Hombre, te ha tomado el pelo!

—¿Que me ha tomado el pelo? No seas idiota, hombre; si está más claro que el agua. Mira: yo le pregunté si aprobaría, y si me querría Luisa. Me presentó ayer á examen, y á la segunda pregunta me dice el tribunal: «Puede usted retirarse;» total, calabazas: veo hoy á Luisa, y, naturalmente, me dice que sí. Corresponde, pues, el resultado á la segunda contestación. ¡Oh, es una mujer muy hábil!

—Chico, ¿sabes que me estáu dando ganas de ir á verla?

—Pues mira, para luego es tarde: te acompaño.

Y, en efecto, media hora después estaban ambos en el domicilio de la émula de Mad. Thebes. No sabemos lo que allí pasó, pero sí que á las nueve de la noche, abierto el misterioso pliego ante una taza de café, una botella de agua y una copa con gotas, como testigos, en Fornos, leyeron los dos amigos esta profética frase:

—¡CALABAZAS HAN DE SER!





3.—Vestidos de paseo y traje infantil de cuello angular.



***

«Don Ruquesco» vivía en un entresuelo de la calle de la Flor, con una sobrina llamada Gorgonia, cuyas faldas fueron las únicas que vieron aquellas paredes desde treinta y cinco años, lo menos, hasta la fecha.

Justo es que la presentemos.

De estatura, más baja que alta; de cuerpo, más grueso que delgado; de pelo, más rojo que rubio; cutis emblanquecido á fuerza de albayalde y otras materias «ejúsdem fúrfuris;» ojos ribeteados como los conejos, y un sí es no es agobiada de espaldas, era la pobre Gorgonia un viviente mentís á la frase vulgar de que todo lo creado por Dios es perfecto. Malas lenguas afirmaban que ni todos los dientes ni todo el pelo que lucía eran suyos, más que por

Haberle costado su dinero,

y aún no faltaba quien atribuyese su incierto y vacilante paso á alguna pequeña desviación de la recta en la tibia, el peroné y el fémur.

Sea de ello que quiera, que no nos hemos de meter en interioridades, el caso es que la doncella estaba hambrienta de novio, que su tío estaba harto de ella, y que por la reja.... no pasaba una alma, ni aun por ganas de «matar el tiempo.»

Pero un día (muy pocos después del comienzo de esta historia) PASÓ.

Pasó y repasó y retepasó un alma, encerrada en un cuerpo cubierto por un terno gris, coronado por un simpático rostro, de negro bigote y lánguida mirada. No hay para qué decir que era Fernando el que se lanzaba á tal empresa, ni que el corazón de la ardiente doncellita de cuarenta abriles se encontrara preso á las primeras de cambio en la trama de aquel terno.

A escondites primero, y más á las claras después, siguieron aquellos amores, hasta el punto de que se enterara «Don Ruquesco,» quien, al principio, cogió el cielo con las manos (sobre todo al conocer el pretendiente), y después cogió..... la ocasión por los cabellos, no ignorando que la fortuna del estudiante no era mala, y que la mercancía era de difícil salida.

Ello es que «Don Requesco» depuso su ira al ver el sesgo que las cosas tomaban; que Fernando persuadió á Gorgonia, y ésta dominó á su tío hasta el extremo de que en Septiembre pudo el joven leer, con la natural satisfacción, un «notable» como una casa, en su papeleta de examen.

¡Se ha «chichado» la sibila!—decía Fernando, corriendo hacia el telégrafo, para comunicar lo más pronto la alegría que le dominaba á su familia, y sobre todo á su Rosa.—¡Cómo que me iba á mí á fallar la combinación! Mañana ó pasado tomo el tren, y..... ¡que averigüen!

***

Al día siguiente le despertó de la siesta la patrona, entregándole dos cartas. ¡Bien conocía las letras! De sus padres y de Rosa.

¡No sé qué tienen las cartas de la novia, que se suelen abrir antes que las de los padres! Esto hizo Fernando. Sabía que sus padres se habían de alegrar; quería ver qué decía Rosa.

Y esto era lo que decía:

«Querido primo Fernando: Te felicito por tu triunfo, aunque algo tardío, y te felicito doblemente porque, sin perder tus estudios, sé que estás muy distraído por ahí. Conserva la proporción, porque creo que es muy buena, según me escribe Nati, que vive muy cerca de tu «adorado tormento» y te ve muy á menudo, aunque tú no la veas á ella. Antonio ha regresado con el empleo de capitán; me ha pedido á mis padres, y éstos, enterados de tu proceder, le han dicho que sí. Al buen entendedor, salud. -Tu prima, Rosa.»

No hay para qué decir cómo se quedaría Fernando. Entre maldiciones á Nati, «Don Ruquesco» y Gorgonia, se le oía repetir:

—¡Y yo que me burlaba de la sibila! ¡Qué razón tenía!

¡¡CALABAZAS HABÍAN DE SER!!

MANUEL J. GARCÍA.

ADIOS!

Noche serena y plácida
En cuyo hermoso cielo
Viajera sola y lánguida
La luna triste va;
Hacia la bella patria
Do se meció mi cuna
Haz que tu brisa llévese
Mi triste suspirar.
De esta ciudad espléndida
Me agobia la grandeza;
Y las memorias férvidas
De mi niñez fugaz,
Hacen brotar las lágrimas
De mis opacos ojos
Y entre ellas aún diviso
Mi humilde y dulce hogar.
Allá todo inocencia,
Dichas y amores cándidos;
Aquí todo mentira,
Dolor y deslealtad.
Durango, pueblo humilde,
La tierra de mis padres,
¿Cuándo tus campos fértiles
Podré otra vez pisar?
Allá mis dulces risas,
Aquí mi eterno llanto;
Allá un amor del alma,
Aquí un mentido amor.
Allá la paz bendita,
Aquí los desencantos;
Allá las flores cándidas,
Aquí las del dolor......
Presto veré tus campos;
¡Mas que cambiada torna
A su paterno nido
El ave que voló!
Torna con la alma herida,
Las alas destrozadas,
Las ilusiones muertas,
Ya sin arrullo y voz.
Prepárele tu suelo
Lugar para el reposo,
Para el postrero sueño
Que anhela mi dolor.
Mas ¡ay! ¿por qué llorosa
Dejo y con pena mísera
La ciudad que burlara
Mi pobre corazón?
¿Por qué?... calla, mi labio,
«Su nombre» te quemara....
Adiós, suelo del alma,
Ingrato suelo, adiós....

DOLORES GUERRERO.



4.—Trajes de ciclista y de paseo. El primero de falda corta y chaqueta "sport."



MATINÉES.

He aquí ahora algunas ideas que pueden servir para hacer las matinées, que podrán ustedes modificar según sus gustos y sus recursos:

1º Matinée muy elegante: el cuerpo es de terciopelo capuchino, con faldones dentados cayendo sobre un volante de encajes blancos. Un encaje igual, formando ropaje, acompaña el delantero de seda amarilla ó azul pálido; los manguitos, formando pelerina, también dentados, caen sobre las mangas de seda amarilla ó azul pálido, muy rizadas. Puños de terciopelo capuchino. En la garganta, por bajo del cuello de terciopelo capuchino, la chorrera de abad.

2º Cuerpo de crespón rosa amarilla de una sola pieza, ceñido al talle por medio de un ancho cinturón de galón dorado bordado con turquesas. Pequeña taleguilla torera de terciopelo ó satín azul marino.

Este mismo cuerpo, muy fácil de ejecutar, puede componerse de cualquier color que case bien con otro, ó con cualquier tela que siente bien, según el rostro de cada cual.

3º Espalda sencilla, fruncida en el talle, con delanteros rectos de bengalina azul Labrador; los delanteros abiertos sobre una camiseta de muselina blanca, fruncida en el cuello, y un cinturón muy ceñido; volante de encajes fruncido en el hombro, y por detrás en el cuello, cayendo en forma de abertura. Mangas anchas de bengalina con un alto volante de encaje, abullonado á la altura del codo. Adorno de plumas negras.

4º Como mucho más sencillo para levantarse de la cama, el Perezoso de surá rojo, guarnecido con franela. Adorno de encajes negros. Es muy caliente y elegante. Se puede hacer de cualquier otro color, por ejemplo, de surá heliotropo, botón de oro, quisquilia, azul pálido, guarnecido con encajes negros ó blancos.

VESTIDOS PARA RECEPCIONES Y FIVE O'CLOCK.

1º Falda de terciopelo verde de mimbre, con un gran delantal de seda blanca ó rosa y aplicaciones de terciopelo. El cuerpo de terciopelo verde se abre sobre una camiseta de muselina de seda blanca. Mangas iguales con puntillas de rosas. Sólo hacen falta para este vestido muy sencillo, de cola regular, seis metros de terciopelo y seis de satín de seda lustrada.

2º Vestido de tafetán de la India color de cáscara de almendra, adornado con un galón de cabujones multicolores, abierto sobre una camiseta de seda blanca. Galones iguales en los puños, en el cuello y en la cintura.

3º Vestido de lana amapola guarnecido con terciopelo negro, muy bien para una mujer que sea rubia; su precio es módico.

4º Vestido de paño ó lana verde Nilo, falda guarnecida con terciopelo del mismo color, cuerpo con faldones largos, de lana ó terciopelo.

5º Vestido de lana gris y terciopelo gobelino. Falda de lana, cuerpo de terciopelo abierto sobre una camiseta de seda del mismo color que la lana, cinturón de seda con un lazo muy ancho de lado.

6º Vestido muy elegante de paño blanco muy fino, guarnecido con terciopelo tornasol, cinturón de plata, jockey de terciopelo negro con galones de oro y volante de encajes.

7º De lana mordoré, ó sea castaño dorado y terciopelo igual.

8º Vestido ligero de bengalina amatista guarnecido con encajes finos. Cuello, puños y cinturón de terciopelo blanco.

Estos trajes de recepción pueden servir, por lo menos los oscuros, como trajes de visita y matinées.

He aquí, para visitas solamente, unos cuantos vestidos más oscuros:

VESTIDOS PARA VISITAS.

1.º Faya parisiense, verde tallo, guarnecida con galones de azabache negro, abiertos en el cuello, puños y bajo de la falda.

2º Vestido de lana verde guarnecido con terciopelo más oscuro. Gran visita con chaleco de terciopelo abierto sobre un delantero de piqué blanco. Puños altos de terciopelo formando solapa en la bocamanga.

3º Vestido de siciliana verde marino, adornos de crespón recogidos con lazos de satín blanco de plata.

4º Vestido de piel de seda vino de Burdeos y terciopelo igual color, un poco más oscuro. Cuerpo de terciopelo con solapas de seda blanca y cinturón ancho de la misma seda.

5º Vestido de terciopelo de lana verde almendra, y terciopelo negro, guarniciones de pasamanería crema y oro y botones negros.

6º Un vestido de gran estilo: cuerpo princesa de piel de seda, ó terciopelo, ó paño, ó lana fina, pan tostado, con solapas de paño blanco, abiertas sobre una camiseta de seda gruesa azul celeste, recogida en la cintura con un fruncido de terciopelo con cascabeles dorados. El azul y el blanco tal vez parezcan algo fríos pero revelan una alta distinción.

7º De mucha etiqueta: vestido de piel de seda gris, con galones de acero en el chaleco y en la falda. Cuerpo abierto sobre fruncido fino de seda rosa pálido.

8º Vestido vellón claro y corselete de terciopelo azul, abierto sobre una camiseta azufre.

9º Brocado malva y terciopelo color de pensamiento.

10º Gasa negra, guarnecida con encajes, adornada con lazos de satín oro pálido, cinturón de crespón de seda del mismo color.


5.—Vestidos de visita y de casa. El primero de blusa ajustada y mangas japonesas.



6.—Dos elegantes trajes de paseo campestre, propios para señoritas

separa ambos tonos. Gran cinturón de muselina desedablanca, terminando en bellotas de perlas.

3º Muaré rojo legión de honor, con guarniciones Chantilly, ó rojo completamente, sin adornos.

4º Terciopelo aurora satinado. Mangas afaroladas con las puntas de encaje y delantal de lampas quisquilia claro y plata. En el bajo de la falda y al rededor del cuerpo, guarniciones de plumas; rosa quisquilia ó encajes.

5º Terciopelo negro y muaré ó crespón de China maíz subido, el terciopelo realzado con lazos maíz. Plumas negras ó amarillas con motivos de diamantes: el bajo de la falda, guarnecido con plumas negras.

6º Vestido de tul ó gasa negros con transparentes de seda amarilla, rosa ó verde. Adornos del cuerpo combinados.

7º Pequín verde agua, faya ó satín y muaré, adornado con lazos malva y rosa, con graciosos tontillos de encaje verdadero.

8º Vestido de encaje de Venecia sobre transparente rosa ó azul pálido. Cuerpo de terciopelo turquesa bordado en oro.

En fin, todos los trajes blancos son muy bonitos y sientan siempre bien. El blanco es el color de las muchachas y de las mujeres jóvenes.

Y tambéin los vestidos rosas. Es tan suave, tan dulce á la luz el color rosa!

En cuanto al azul y al verde, no se deben emplear sin haber estudiado antes el efecto que producen con las luces.

Cuando se tienen hermosos encajes ó bonitas joyas, se pueden ejecutar verdaderas obras de arte con pocos recursos.

No se deben gastar las colas largas en los salones en que cuesta gran trabajo poder andar. No conozco nada más feo é impropio para una gran señora como tener que recoger la cola en el salón.

Cuando los bailes se dan en hoteles espaciosos, en donde se pueden dejar arrastrar las grandes colas, entonces se deben usar; es muy elegante y distinguido, pero como lo que abunda son las casas pequeñas, resultan incómodas para el vecino, y hay que meterlas bajo las sillas. Se deben usar las grandes colas majestuosas solamente en las comidas, recepciones ó grandes ceremonias.

Existen una multitud de telas de capricho poco costosas para trajes ligeros: gasa tul, surá.

Con unos cien francos próximamente se pueden ejecutar deliciosos vestidos, sobre todo si se saben combinar con arte los colores según el color del rostro ó el matiz del pelo.

CUERPOS PARA TEATRO.

En el teatro, en donde generalmente está una apretada en los palcos demasiado estrechos, y mal sentada por añadidura, se arrugan las faldas, y, por consiguiente, los vestidos con cola estarían fuera de propósito.

Puesto que no se ve la falda, aconsejo que se lleve una muy sencilla, usada, de color obscuro, y con preferencia negra, que case bien con los cuerpos elegantes.

He aquí algunos modelos:

1º Cuerpo de terciopelo fucsia y encajes negros: ora que el cuerpo sea de encaje negro fruncido á la virgen, con cinturón de terciopelo, la punta hacia abajo y tirantes de terciopelo, y en el codo puños de terciopelo fucsia, de donde se escapa un volante de encaje; ora que el cuerpo se haga de terciopelo fucsia muy abierto sobre una camiseta de encaje. Cuello ancho de encaje cayendo sobre los hombros.

2º De terciopelo verde esmeralda claro y blonda blanca.

3º Cuerpo flotante de encaje blanco, recogido por un cinturón liso de terciopelo color de pensamiento.

4º De terciopelo azul zafiro y encajes negros ó blancos.

5º Chaqueta Luis XV, de buena seda negra ó azul marino, adornada con un galón bordado, abierta sobre un plegado de muselina azufre. Mangas con puños altos bordados. Cuello recto, bordado.

Me es imposible dar para las formas de los trajes ó de los cuerpos otra cosa que vagas indicaciones, pues las formas ó adornos dependen de los caprichos de la moda. Sólo indico los colores y las telas que se armonizan entre sí y producen siempre efectos seductores.

11º Falda de paño ó lana azul claro. Casaca de terciopelo satinado sobre peto azul, con encajes antiguos. Mangas de terciopelo con adornos azules.

12.º Por último, un vestido de pequín de seda rosa con rayas crema. Mangas Enrique II y pliegue Watteau.

No hay nada más lindo, y no tenemos nada que envidiar á nuestras abuelas, que pagaban tan caro estos deliciosos tocados, mientras que nosotras en este siglo del vapor, los podemos adquirir con poco estipendio.

TRAJES DE BAILE.

El traje de baile debe estar siempre hecho en colores claros. Los vestidos negros ú obscuros no son de etiqueta: son tristes; en todo caso, como la luz no los refleja, producen una nota desagradable, si se me permite la expresión.

El rosa pálido, el verde agua, el malva rosa, el amarillo claro, con la luz de las bujías, producen un efecto dulce y encantador. La luz ficticia de los bailes, como ninguna de mis hermosas lectoras dejará de reconocerlo, no produce en los colores el mismo efecto que la luz del día. Muchas han tenido que sufrir por ignorancia ó por descuido. En todos los almacenes de sedas hay gabinetes alumbrados con luz artificial para escoger las telas; pero esta luz generalmente es mucho más viva que la de los salones de baile, y hay que tener cuidado para no exponerse á sufrir amargas decepciones.

Cuando se va con frecuencia á los bailes, no me cansaré de repetir que se deben escoger siempre telas hermosas y fuertes, que no se arruguen fácilmente, pues hay que prever que es necesario ir en coche, y generalmente no sola; ademas, los salones son generalmente pequeños; donde sólo caben cincuenta personas holgadamente, á veces hay más de trescientas.

Como trajes de estilo y resistencia recomiendo las bellas fayas, los terciopelos de seda los hermosos satenes, los terciopelos de Génova, con los cuales más tarde se pueden tapizar los muebles, pues no se usan nunca. Es muy costoso en verdad, pero hace muy rico.

Se pueden llevar estas telas durante muchos años seguidos sin que pasen de moda ó parezcan ridículas; y como lo he indicado antes, al siguiente pueden servir para hacerse trajes de casa. En vista de esta transformación, al comprar esas telas ricas hay que comprar siempre un poco más de lo necesario.

He aquí algunas combinaciones para estos trajes:

1º Terciopelo rubí y azul muy pálido tirando hacia gris perla. Punto de Venecia aplicado en el borde del terciopelo y atenuando la dureza del contraste. En el cuerpo, gran berta ó gorguera de punto de Venecia.

2º Peluche fino, azul antiguo, tirando hacia verde y satín botón de oro: exquisito con una Malinas que

EL CORDERILLO.

Oye al pobre corderillo
Cómo bala tristemente:
Ven á acariciar su frente
Con tus labios de coral.

Ven á hacerle un tierno halago...
¿Sabes, hijo, por qué llora?
Le arrancó mano traidora
Del regazo maternal.

Mira, sus lánguidos ojos
Te contemplan con tristeza,
Cuando tu rubia cabeza
Tierno apoyas sobre mí;

Es, tal vez, que el inocente
Recuerda el dichoso día
En que una madre tenía,
Que le amaba cual yo á ti.

Toma el pan en tu manita
Y dáselo sin recelo;
Míralo, es tan pequeñuelo....
Acércate sin temor.

Parece que te lo pide
Su suplicante mirada....
No temas, no temas nada,
Querubín encantador.

¿Imaginas un instante
Que tu madre permitiera,
Si hacerte algún mal pudiera,
Que te acercaras á él?

Hijo, tal vez algún día
Te enseñe el destino fiero
Que puede ser un cordero
¡Ay! el amigo más fiel.

Este pobre animalillo,
Que hoy temeroso te mira,
Cual por su madre suspira
Por ti suspira tal vez;

Y más que de un ser humano
Puedes fiar ciegamente
En su cariño inocente
Sin engaño y sin doblez.

Ven, alisa con tu mano
Su suave lana sedosa,
Y un lazo color de rosa
En su blanco cuello pon;

Llévalo á jugar contigo
Sobre la yerba del prado,
Para que olvide á tu lado
Que sufre su corazón.

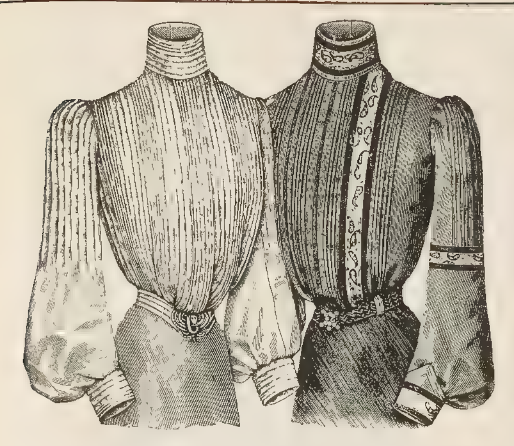
Llámalo, que de tu acento
La deliciosa armonía
Es más dulce, vida mía,
Que el canto de un serafín;

Y á tu madre le parece
Que esa voz de encanto llena,
Puede, en su magia, á la pena
Más amarga poner fin.

¿No quiere ir? Es que teme
Que en tu indolencia de niño,
Pagues su tierno cariño
Con desdén ó crueldad,

Teme que un día llevado
De la humana ligereza,
Con desdeñosa esquiveza
Respondas á su amistad.

¡Pobrecillo! ¿No consigues
Mitigar su pena fiera?



¿Quieres hallar la manera
De hacer su llanto cesar?

Ven conmigo y buscaremos
A su madre.... ¡Qué! ¿No quieres?
¿No quieres, hijo; prefieres
Verle sufrir y llorar?

¿Qué hicieras, ángel querido,
Si á tu madre te arrancaran,
Si de ella te separaran
Para no volverla á ver?

¿Qué hicieras sin sus caricias,
Sin su armonioso cuidado,
Sin su cariño acendrado,
Dulce parte de mi ser?

¿Qué hicieras si al despertarte,
Cual las aves, con la aurora,
A tu madre que te adora
No hallaras cerca de ti?

¿Si no sintieras sus labios,
Con maternal embeleso,
Deslizar un casto beso
En tus labios de rubí?

¿Quién tu pacífico sueño
Arrullara con su canto?
¿Quién secaría tu llanto
Con sus sonrisas de amor?

¿Quién en tus juegos de niño
Tomara parte gozosa,
Volviendo á esa edad dichosa
De inocencia y de candor?

¿Quién te diría esa historia
Del niño obediente y bueno,
Que de la ira el veneno
No encierra en su corazón;

Para quién su ángel custodio,
Que entre sus sueños divisa,
Tiene siempre una sonrisa
Y una tierna bendición?

¿Comprendes ya cuán amarga
Fuera para ti la vida,
Si de tu madre querida
Te alejaran por tu mal?

Hijo, la dicha más pura
E infinita de la tierra,
Tanta dulzura no encierra
Como un beso maternal.

Lleva, pues, el corderillo
A su madre, que lo espera......
¡Cuál corre por la pradera!
Ya mira á su madre allí.

Ella le llama gozosa
Con balidos cariñosos...
Míralos ¡son tan dichosos!
¿No es mejor verlos así?

No es mejor darle esa dicha
Que le aleja de tu lado,
Que haciéndole desgraciado,
De su presencia gozar?

El placer más delicioso
No es placer, hijo querido,
Si puede un solo gemido
A otro corazón costar.

Ven...¿No respondes?¿Qué tienes?
¿Estás llorando, mi vida? ....
¡Es ya una ilusión perdida
Y aún no empiezas á vivir!

¡Prenda del alma adorada,
Plegue á Dios que siempre ignores
Que del mundo en los dolores
Van los sueños á morir!

Seca tu llanto, inocente;
Me está el alma lastimando...
Si sigues así llorando,
Voy á llorar yo también....

¡Te sonríes y rodeas
Tus bracitos á mi cuello!....
¡Hijo, es á veces más bello
Este mundo que el Edén!

EL PEINADO

El célebre peluquero Lefebvre, literato por añadidura, decía en 1775 en un discurso pronunciado ante numerosa concurrencia:

«El peinado es un arte.... Modificar por medio de formas agradables los largos cabellos, con los cuales la naturaleza ha querido hacer un velo más bien que un adorno, dar á esas formas una consistencia de que no parece susceptible la materia que se sujeta, dar á la abundancia una disposición regular que haga desaparecer la confusión, y suplir la carencia con una abundancia que engañe á la vista, combinar los accesorios con la frente que deben dulcificar ó entonar, sostener un rostro delicado con trenzas ligeras, acompañar uno majestuoso con rizos elegantes, salvar la rudeza de los rasgos de la cara ó de los ojos por medio del contraste, y á veces por medio de una armonía reflexiva, operar todos estos prodigios sin más recursos que un peine y algunos polvos de color, esto constituye sin duda y caracteriza esencialmente un arte.

«Es preciso que el peluquero, al ver una fisonomía, adivine instantáneamente el género de peinado que le conviene.

Es necesario que una mujer, al parecer peinada como las demás, lo esté según el carácter de su rostro; por consiguiente. no hay tocado en que el artista no renueve el más difícil de los prodigios de la naturaleza, el de ser, en su producción, siempre uniforme y siempre variado....»

Este peluquero hablaba tal vez mejor que peinaba; pero en todo caso, es imposible comprender mejor el arte del peluquero, y añadiré, el arte de la modista: pues la modista que al primer golpe de vista comprende la forma y el color del sombrero que conviene á cada fisonomía, como á cada tez, que sabe adelgazar las figuras demasiado redondas, y por el contrario dar importancia á los rostros demasiado ovalados; que por la oposición de los colores blanquea los cutis morenos, da realce á teces ingratas, palidece las mejillas demasiado coloradas, ésa es un artista, tanto por su sentimiento exacto de las relaciones de las líneas entre sí y de la armonía de los colores, como por la elegancia, el estilo, la distinción y la gracia que sabrá imprimir á sus composiciones.

He hablado incidentalmente en «Para ser amada« de nuestras modistas, y aconsejaba á mis bellas coquetas, á las que aspiran á la grande y suprema elegancia, que confiesan á una de esas artistas el cuidado de hallar el peinado que siente perfectamente á cada género de belleza, pues la mujer que aspira á tener un puesto entre las reinas de la elegancia, debe ser engalanada con arte profundo.

No hay nada tan difícil como hacer un sombrero bonito y según este axioma muy conocido:

«Construir con sus cabellos el edificio elegante.»

Sin embargo, existen excepciones. Muchas señoras consiguen peinarse por sí mismas mucho mejor que si lo hiciera un peluquero afamado. Si quieren ustedes figurar entre estas excepciones, permítanme, queridas lectoras, que les dé algunos consejos, fruto de mis estudios sobre este particular.

Lo que hay que examinar ante todo, son las proporciones generales de la cabeza, con respecto á las proporciones del cuerpo.

Si se tiene la cabeza relativamente pequeña y corta—siempre es corta cuando el rostro no es ovalado, —se debe dar importancia al peinado, haciéndolo alto.

No hay nada más feo ni más vulgar como ver una mujer algo gruesa con poco cuello y con la cabeza aplastada por añadidura.

El arte consiste en restablecer la armonía de las proporciones é imprimir un sello de distinción á este conjunto vulgar.

Si se quiere obtener este resultado, no hay que preocuparse de la moda. Por consiguiente, á pesar de la moda actual, una mujer hecha de ese modo debe tratar de levantar la cabeza, y por lo tanto alargar y adelgazar toda su persona. Dejará la frente al descubierto, con sólo algunos ligeros rizos á los lados.

Si los peinados altos por delante y algo adelantados no le sientan bien—hay muchos rostros á quienes estos peinados afean de modo singular,—será preciso echar el peinado hacia atrás, haciendo un gran moño, ó ligeros risos si hay poco pelo.

Para los peinados de noche, si hace falta, hay que usar algunos postizos suplementarios, sin tratar, sin embargo, de aparentar que se tiene más pelo que el que la naturaleza puede conceder, exagerando su volumen. No hay nada tan feo como las profundidades de perfil y la nuca demasiado anchas.



Entendiendo así el peinado, no solamente modifica una fisonomía, sino también el aspecto del cuerpo.

Si, por el contrario, la cabeza es demasiado ovalada, todas las líneas horizontales la achicarán; los cabellos rizados deben avanzar sobre la frente y llenarán las sienes; el moño debe llevarse muy bajo, sobre el cuello.

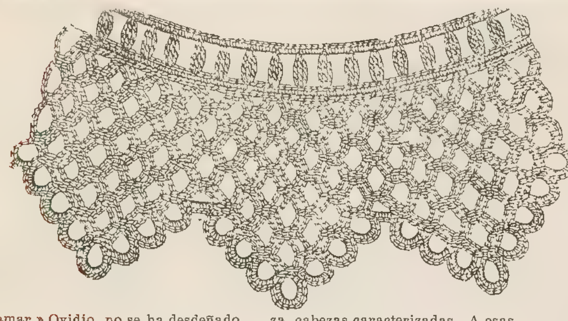
Croisat, maestro en su arte, hace observar con razón que casi todos los peinados convienen á los rostros cuyo óvalo es perfecto.

Estos son, á no dudar, principios elementales, pero la mayor parte de las señoras los ignoran. Lo que no desconocen nuestras hermosas coquetas, es lo que les sienta bien; y sin embargo, ¡cuántas mujeres, por seguir la moda, adoptan peinados completamente en desacuerdo con su género de belleza!

Un poeta latino, muy amoroso y gran admirador de la belleza femenina, que ha escrito el «Arte de



7.—Colección de blusas, vestiditos, sacos abrigos y camisas de día.



amar,» Ovidio, no se ha desdeñado de consagrar al peinado unos versos encantadores, y sobre todo muy juiciosos; lo cual prueba que, desde los tiempos más remotos, la forma del peinado era uno de los medios más poderosos de seducción para la mujer.

«Que vuestros cabellos no estén nunca desordenados, la limpieza es lo que más nos agrada. Vuestras gracias dependen de vuestras manos; pero existen varias maneras de variar la disposición de vuestra cabellera; que cada cual consulte ante todo su espejo!

«Un rostro alargado exige que se separen los cabellos sencillamente sobre la frente: tal era el peinado de Laodamia. Un moño ligero en lo alto de la cabeza, que deje las orejas al descubierto, sienta muy bien á las caras redondas. Esta dejará caer sus cabellos sebre ambos hombros, como Apolo cuando lleva su lira; esta otra recogerá las trenzas á la manera de Diana cuando persigue los animales salvajes. La una encanta por los bucles flotantes de su cabellera; la otra, por el peinado apretado y liso en las sienes. La una se complace en adornar sus cabellos con una concha brillante; la otra, en dar á las sienes las ondulaciones de las olas.

«Mejor se contarían las bellotas de una encina gigante, las abejas del Hibla ó las fieras que habitan en los Alpes, que los adornos ó las modas nuevas que cada día aparecen.

«Hay muchas mujeres á quienes sienta muy bien un peinado poco cuidado en apariencia: parece hecho de la víspera, y sin embargo, hace un rato que está concluído.

«El arte debe imitar lo imprevisto ó espontáneo. Este era el amable desorden de Eola cuando Hércules la vió por primera vez en una ciudad tomada por asalto, y exclamó: «¡La quiero!»

«Así era la princesa que fué abandonada sobre las orillas de Naxos, cuando Baco la raptó enmedio de las aclamaciones de los sátiros, que gritaban: «¡Evohé!...:.»

Esta cita es curiosa por la íntima relación que establece entre las coquetas romanas de aquel tiempo y nuestras coquetas de hoy. Ovidio sabía tanto sobre este particular, como hoy los Lefevre y los Croisat.

La moda siempre es igual en su eterna renovación.

Aun menos que los trajes, el peinado debe acatar servilmente los decretos de la moda. Ante todo, debe una peinarse según el carácter de su fisonomía, y sobre todo, de su perfil.

Repetiré aquí, por lo tanto, casi exactamente lo que he dicho respecto al traje.

El perfil recto, tranquilo, severo, exige necesariamente un peinado serio, simétrico. Los contrastes, los rizos, el capricho, serían una nota discordante.

Por el contrario, un perfil decidido, cuya bonita nariz es movible y sensual, no estaría bien con un peinado grave y majestuoso.

La nariz chata, á la Roxelana, exige todavía más imprevisión: un lazo de cinta muy alto, unas plumas ó una flor puesta de lado, unos rizos caprichosos, darán á ese rostro un aspecto encantador y delicioso.

Existen fisonomías que se salen or completo de lo vulgar y que llaan la atención: fisonomías de raza, cabezas caracterizadas. A esas cabezas convienen preferentemente los peinados algo serios, majestuosos, ó peinados completamente peculiares. Hay que ser realmente artista, improvisador, para descubrir el peinado que conviene en absoluto á esos tipos de bellezas.

Claro está que para hallar y ejecutar tales obras de arte, mucho más importantes para nosotras que un cuadro de mérito, hace falta recurrir, como ya lo he aconsejado tratándose del cuerpo, á una artista afamado, indicándole lo que se desea, es decir, un peinado original, si puede ser, que no se aparte demasiado de la moda, que oculte los defectos del rostro y que haga resaltar sus bellezas.

Después, sólo habrá que copiar.

Será preciso algún tiempo de práctica para llegar á la perfección; pero con la ayuda de la doncella, si es mañosa é inteligente, se puede conseguir fácilmente.

Además, resulta de gran economía si se frecuenta la sociedad, pues esos grandes artistas piden por lo menos veinte francos ó á veces más por cada sesión.

Los grandes peluqueros tienen oficiales que peinen su numerosa clientela.

Conozco uno que á las cinco de la tarde próximamente manda enganchar—tiene coche propio—y pasa revista de cinco á once á unas cuantos señoras que no consentirían jamás presentarse ante gente sin que el maestro haya dado el último toque, echado la última ojeada, impreso su sello en la fugitiva obra edificada para unas cuantas horas.

ILUSIÓN FUGAZ.

La que arruya
Cuando canta,
La que encanta
Con mirar,

En la tierra,
La azucena,
La sirena
De la mar,

La garbosa,
La galana,
La sultana
del verjel,

La que brinda
En copa de oro
El tesoro
Del placer,

Abre á mi alma
Tu ternura,
Visión pura
Del Edén;

Que mi acento
Ser te aclama
De la llama
De mi ser....

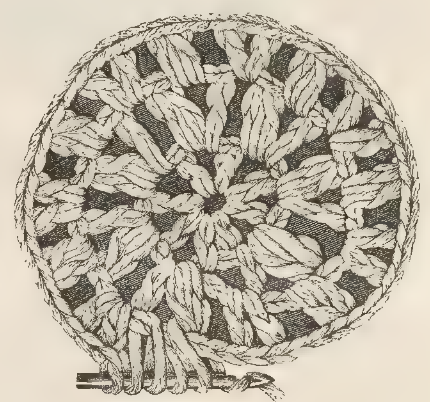
Huyó, y el surco de la luz querida
Se perdió de la noche en el capuz:
Palpé las sombras, la alma atormentada,
Huérfana, busca la fugace luz.

Al descender fosfórica alumbrando,
Mi ser tornóse de delicias mar:
Al postrarme, ay de mí! se fué borrando,
Y en mí dejó tristeza y soledad!

Su talle ví como flotando al viento,
Y en su contorno estrellas y zafir:
Llanto sentí cuando vibró su acento:
En ella, de ella, y con su ser viví.

Fugaz placer, encantadora estrella
Que en nube tempestuosa se envolvió,
Ten tumba en mi recuerdo, ilusión bella,
Mi última luz, misterio de dolor!

GUILLERMO PRIETO.



8.—Tejidos para aplicaciones.



1.—Traje de paseo—Sombrero cala ñés. 2.—Traje de paseo.—Sombrero con guarniciones de seda. 3.—Vestido con cuello hombreras.—Sombrero con encaje.

Explicación de nuestros grabados.

1. Traje guarnecido con soutache. —Actualmente no sólo se disponen las faldas en pliegues, sino también algunas chaquetas sacos En el modelo van combinados el paño obscuro, blanco para canesú y puños. Lleva además soutache, «grelots» y cordoncillo de raso.

2. Traje para paseo con chaqueta ceñida.—Este elegante modelo de homespun, color marengo, se guarnece con un cuello de terciopelo negro, trencilla y botones decorativos. La falda, cerrada hacia atrás, se compone de piezas campana y de un volante en forma, adornada con tres sesgos anchos, pespunteados.

3. Vestido con cuellohombreras. El vestido es de paño cebellina, listado, guarnecido con terciopelo negro en forma de cinta, con borde blanconegro de pestana y de pequeñas bombas orilladas con festones de cordoncillo blanco de seda. En el cuello, de forma recta, se aplica guipur espatular. Las piezas del forro se completan con una pieza canesú, en gracioso cuellohombreras.

4. Vestido con guarniciones de guipur.—El modelo es de paño, color champaña, y se guarnece con soutache de seda del mismo color, tafetán obscuro, guipur espatular y motivos de uva, sueltos. El delantero y el dorso, se disponen con piezas charreteras. El puño alto y el cuello recto se ármonizan con el canesú. Sobre la falda de cinco tablas se coloca una guarnición transversal, y á lo largo, arqueada ligeramente hacia arriba.

5. Vestido para casa, con guarniciones de trencilla. -Este sencillo y elegante vestido de paño negro, se adorna con trencilla de seda en combinación con tiras de galón. La trencilla más ancha adorna en tres rayas la falda en forma, que se forra completamente. La abertura se coloca por delante y hacia la izquierda. Una pechera de seda blanca se coloca sobre el talle cruzando por encima de la abrochadura. Este vestido es muy elegante y su uso se extiende más y más cada día.

6. Chaqueta de primavera. –Los sesgos de paño gris que luce esta chaqueta, se armonizan con la tela cebellina. Los delanteros, cerrados para cruzarse á un lado, se cubren con forros sobre lino, cuyo borde, prendido en cinta, queda suelto. Los bolsillos de cartera se colocan

á los lados y se pespuntean en bordes. Al cuellobombreras, adornado con sesgos, se pespuntea en la parte superior un sesgo hechurado y se adapta el cuello á la chaqueta con puntadas invisibles. La chaqueta se cierra con corchetes, y las mangas, guarnecidas con sesgo, se cubren con forro sobre bucarán.

7. Falda para tiempo de lluvia. —El modelo, de homespun marengo, sin forro, y con bolsillo pespunteado por encima, se compone de una piezafalda de tres tablas y de un volante en forma. La falda sólo debe llegar hasta el tobillo y acortarse mucho por detrás cuando se arremanga. La abertura se coloca por delante y hacia la izquierda; y para apoyar el borde inferior, se pespuntea varias veces sobre lino. Para recoger esta falda, se pegan botones y corchetes festonados á un lado y encima de la costura posterior.

El modelo de este cuello se hace notar por su elegante dibujo, moderno y característico. Se calca el dibujo sobre batista, y al retirarla en el bastidor, se embasta por debajo tul de Bruselas. Primeramente se trazan los contornos, tallos y nervios. Terminada la labor del bastidor, se recorta la batista entre los motivos del dibujo, á lo largo de los contornos.

11. Cubierta para almohadón. En el modelo se reúnen dos técnicas distintas para formar un gracioso conjunto. Un cuadro de seda se borda con puntilla de encaje irlandés y se remata en esquinas, anchas y redondas. El fondo de red se puede reemplazar por tela de la misma clase. El cuadrado de red se embasta sobre el calicó y se fijan luego las cintas de encaje, de un color amarillo crema. El borde exterior se orilla también con una cinta de encaje.

Las Armonías del Calzado.

El calzado de hoy día: la media y el zapato han adquirido gran importancia en la elegancia femenina.

No me atrevo á decir que jamás ha habido mayor lujo, pues bajo el reinado de Luis XII y Luis XIV, y sobre todo, el de Luis XV, había mucho lujo en este ramo del vestir, lo mismo para los hombres que para las mujeres.

En realidad, el calzado es el que completa la corrección del tocado.

Al escribir estas líneas, no me dirijo á nuestras coquetas parisienses, que, en todo tiempo, han comprendido la importancia de un calzado atractivo como medio de seducción. Me dirijo á las señoras de provincias, menos refinadas, menos coquetas en general. Pero, sin embargo, hay que confesar que, gracias á la facilidad de los viajes, poco á poco se van haciendo parisienses en todo.

En mi primer libro «Para ser amada,» decía: «No reside en el bordado ó riqueza del material—es tan escaso—el verdadero lujo del calzado. Consiste en lo bien acabado, en la perfecta ejecución. Se ven zapatos que comunican gracia y distinción al pie más ingrato y más vulgar, pues el pie tiene su expresión como el resto del cuerpo. Algunos pies tienen ingenio, coquetería; expresan, ó el capricho, ó la constancia, ó la viveza. Hay pies nerviosos y pies calmosos, pies anchos y cortos, largos y delgados; hay el pie árabe, con mucho empeine; el pie inglés, generalmente plano; el pie andaluz, muy nervioso; el pie francés, que es como la síntesis de las más hermosas formas de pies.»

El arte del zapatero consiste, por medio de la forma y de la disposición del empeine, en achicar un pie demasiado largo, ó estrechar un pie demasiado ancho, no quitándole su soltura, y sobre todo, sin causarle molestia, formando callos. No hay nada más doloroso que un calzado que oprime el pie, y, por consiguiente, produce un andar poco gracioso é incómodo si los zapatos son demasiado pequeños ó demasiado estrechos. La medida justa es la perfección: éste es un axioma que puede aplicarse á todas las cosas, pero especialmente al calzado. Saber tomar exactamente la forma del pie, reformar los defectos sin herirlo: ésta debe ser la regla de conducta de un zapatero consumado, verdadero artista. Lo llamo artista y no obrero, pues creo que es un arte y no un oficio, en atención á que todo oficio se convierte en arte cuando se llega al último grado de perfección.

Hay en París cierto número de estos artistas: su calzado tendrá igual número de centímetros que el que procede de otra casa; sin embargo, por sus proporciones perfectas, parece mucho más pequeño. Claro está que el precio es alto; pero como este calzado no se deforma nunca, gracias á la solidez del material empleado, dura por consiguiente el doble de tiempo, encontrando todavía en ello cierta economía.

Creo necesario combatir aquí un parecer absurdo respecto al pie femenino: se dice que la pequeñez exagerada del pie es una belleza.

No hay nada más horrible como los pies de la señoras chinas pertenecientes á la alta sociedad: un pie, ó mejor dicho un átomo de pie, que no puede sostenerlas.

Sin duda alguna, un pie pequeño bien conformado es un signo de belleza, porque indica la finura de la raza; pero si es tan pequeño que resulta desproporcionado con el resto del cuerpo, constituye una anomalía que puede ser curiosa, divertida, picante si se quiere, pero nunca bella.

Recordaré otra vez el axioma ya mencionado: el buen gusto es el buen sentido. No conozco nada tan contrario al buen sentido y al buen gusto como tratar de hacerse un pie inverosímil, es decir, desproporcionado con el resto del cuerpo que debe sostener.

Ciertamente, la vanidad que se tiene al exhibir un pie pequeño proviene de que las extremidades vulgares indican generalmente naturalezas comunes; pero no es esto una razón para caer en un exceso ridículo, torturándose y deformándose el pie. He visto algunos, hasta de muchachas jóvenes, que estaban completamente desfigurados por el uso de zapatos demasiado estrechos. Los dedos, no habiendo podido desarrollarse de una manera normal, hacían como un rodete, entrando hacia dentro. Y los callos y ojos de gallo, que causan tantos dolores, presentan un aspecto horrible en unos pies blancos y delicados.

Por lo tanto, á pesar de opiniones preconcebidas, diré siempre que, según las leyes de la plástica, un pie debe ser, en la mujer, la séptima parte de su altura, es decir, que siendo la altura media de la mujer de un metro setenta, el pie debe tener veinticuatro ó veinticinco centímetros. Fuera de esta proporción, no hay armonía, no hay belleza perfecta.

Claro está que no soy admiradora de los pies grandes y gruesos; pero cuando son así, debemos tratar de hacerlos parecer más pequeños, por medio de un calzado fino, y no apretándolos, pues un pie comprimido ó martirizado se pone horrible. ¿Qué cosa tan fea es un pie grueso en un zapato ó botina demasiado ajustado? Y por último, la soltura en el andar compensa en mucho la pequeñez de una extremidad que apenas se ve.

No tengo inconveniente, vuelvo á repetirlo, en admitir que, para agradar á su marido, se quiera tener un pie pequeño, bien sentado; es una cosa bonita, y que debemos tratar de embellecer como las demás partes del cuerpo. Conviene, por tanto, para que un pie parezca más pequeño, inclinarlo un poco hacia el suelo, por medio de un tacón que lo levante, y que al mismo tiempo haga resaltar el empeine. El tacón hace crecer, pero protesto enérgicamente contra la altura exagerada de ciertos tacones Luis XV, que son esencialmente antihigiénicos, antirracionales, contrarios á la elegancia y á la plástica.

El tacón Luis XV, que avanza demasiado bajo la planta del pie, debe ser evitado, pues cambia el eje del cuerpo y produce sobre los centros nerviosos una influencia nociva á la salud de la mujer. Además, cuando el tacón es demasiado alto, hace que el busto se eche hacia adelante, lo cual es poco gracioso, pues el porte natural de la mujer consiste en sacar el pecho dibujando las caderas.

Consulten ustedes con su médico y tengo la seguridad de que me dará la razón, prohibiéndoles el uso de esa moda ridícula por su exageración.

Por tanto, si desgraciadamente tienen ustedes un pie demasiado grande y poco gracioso, no hay otro medio que reformarlo recurriendo al arte de un zapatero experimentado.

Saber escoger el zapatero es un punto de gran importancia. Aun cuando recomiendo para todo la economía, aconsejo antes que se priven ustedes de una joya ó de una prenda cualquiera y que se encarguen calzado elegante en vez de comprar en cualquier bazar calzado de pacotilla. Pero antes de dirigirse á un zapatero, hay que tener la certeza de que posee una forma que hará resaltar la finura del pie ó que le hará parecer fino sin herirlo. Hay que conocer la calidad de los cueros y telas que emplea generalmente. Existen grandes diferencias en la calidad de los cueros. Los cue-



4.—Vestido con guarniciones de Soutache. 5.—Traje de casa con guarnición de trencilla.



6.—Chaqueta de primavera.—(7)



7.—Falda para tiempo de lluvia.

ros endurecidos por la desecación del tiempo son impermeables, no se deforman jamás y se desgastan muy poco.

Aconsejo que se encarguen siempre varios pares de una vez, puesto que si se sale lloviendo, es de gran importancia dejar que se seque completamente el calzado antes de volvérselo á poner.

De este modo, cuidándolos bien, duran mucho más.

No hay duda que la moda también cambia para el calzado: á veces las puntas se hacen cuadradas, á veces puntiagudas, á veces redondas; pero estas variaciones no son muy frecuentes, por la razón de que los cambios de forma ocasionan gastos considerables para los grandes fabricantes de calzado. Se puede tener algún surtido sin temor á un cambio demasiado repentino de la moda.

Por último, sucede en el calzado lo que en las demás prendas de vestir: no debe producir disonancia.

En este momento, para de día, se gastan botinas de cabritilla muy finas, ó de tela negra con puntas de charol, que están muy de moda. Sólo en verano, para los baños de mar, se suelen gastar zapatos claros, y tienen que ser de color neutro, no blancos del todo.

Una botina negra daría un tono duro y triste con un vestido de faya gris; pero hoy que se llevan encantadores y elegantes zapatos de todas formas, que descubren la media, se deben gastar éstas según el color del vestido, para que haya concordancia y armonía.

Para los trajes de casa, así como para los de baile ó ceremonia, los zapatos se hacen generalmente de la misma tela que el traje. Las previsoras saben hacerse reservar un trozo para los zapatos ó las cintas, que también se llevan mucho.

A pesar de todo, los zapatitos dorados, de charol ó cabritilla mate, pueden llevarse con toda clase de trajes, sin ser tan elegante como el zapato de tela igual al traje. Convienen á las señoras que, no teniendo coche propio, prefieren volverse á casa andando por razón de economía.

Para éstas, un consejo muy práctico para garantizarse de la humedad ó de los hielos. Es un calzado que viene de América, poco elegante ciertamente, pero que reúne la ventaja del calor y de la impermeabilidad: se llaman «snow-boots;» son de lana, con chanclo de caucho.

En resumen, toda mujer elegante cuidará de una manera especial su calzado y sus guantes. En el cuidado que aporta á estos accesorios es donde se reconoce la distinción. Efectivamente, por grande que sea el lujo del tocado, si se está mal calzada ó mal enguantada, no se puede llegar á ser jamás una mujer elegante, perfectamente «select.»

CUQUESA LAUREANA.

LOS GUANTES.

Los guantes tienen, á pesar del poco sitio que ocupan en el tocado, una verdadera importancia para la mujer elegante.

Es muy raro que los guantes hechos vayan perfectamente bien. Así es que recomiendo á las coquetas, aun bajo el punto de vista de la economía, encarguen los guantes á la medida en casa de un buen guantero.

Como hay tantas formas de mano y como las proporciones son tan variables como las del pie, que tienen igualmente su expresión personal, el guante común, confeccionado por puntos, no puede dar ni esta expresión ni estas proporciones.

No hay nada más feo, iba á decir más deforme, como los guantes demasiado apretados. Y al quitarlos, como han interrumpido momentáneamente la circulación, la reacción se produce: la sangre afluye á las manos, que se ponen rojas é hinchadas.

Y además, nada hay más antiartístico. Consulten ustedes, si no, los retratos de los pintores más afamados, Ingres, Van Dyck, Rubens, etc., y verán ustedes cómo en sus cuadros los guantes de hombre ó de mujer no están nunca muy ajustados.

Estos artistas tuvieron mucho cuidado de no pintar los guantes en forma de chorizos, como los representan algunos malos grabados antiguos. Además, estos guantes son generalmente de medio tono, como para hacer resaltar los tonos claros del rostro.

La moda lo ha comprendido perfectamente: los guantes de Suecia, de colores apagados, son los más elegantes, por lo menos para de día.

Claro está que de noche, con los trajes muy claros, se pueden llevar guantes muy claros y hasta blancos; sin embargo, se llevan de noche con mucha frecuencia, con trajes claros, guantes negros muy largos. Es un contraste picante que adoptan las mujeres que quieren parecer originales, y que, según el color del vestido, son generalmente de muy buen efecto.

Un guante obscuro hace la mano más pequeña, por la razón de que toda forma clara parece aumentar el volumen, mientras que la obscuridad disminuye su importancia.

Por consiguiente, si tienen ustedes la mano grande, deben llevar de día guantes obscuros ó de matices templados. Y de noche, no usen nunca guantes claros más que cuando el traje así lo exija.

Tengan ustedes sobre todo, lo vuelvo á repetir, un buen guantero que sepa ceñir bien la mano si es perfecta, ó que sepa, dado el caso, atenuar los defectos, pero sin dañar la soltura de las articulaciones.

Por último, para la belleza y blancura de la mano, un detalle que tiene su importancia: al encargar guantes de piel de Suecia, exijan ustedes que la piel esté satinada por dentro. No pueden figurarse hasta qué punto este ligero detalle blanquea, dulcifica y satina la piel de las manos.

Prueben ustedes, si no lo han hecho ya, encargando los guantes á la medida: no los pagarán más caros que en los almacenes de novedades y durarán seguramente el doble. La alta elegancia se encuentra aquí combinada con una economía real y verdadera.

Da madera y el niño.

Duerme, hijo mío, tranquilo,
En mi seno reclinado,
Por mis besos arrullado,
Defendido por mi amor;

Duerme al abrigo del puerto,
Ignorando en tu inocencia
La irresistible violencia
Del huracán del dolor.

Esta serena mañana
Es la imagen de tu vida,
Fresca, risueña, teñida
De púrpura y de coral.

Duerme; el sol de tu existencia,
Tan sosegada y tan pura,
Es hoy mi inmensa ternura,
Mi cariño maternal.

Otro amor vendrá algún día
A agitar tu inquieta mente,
Pero será el rayo ardiente
Del sol que al zenit llegó;

No tendrá el encanto dulce
De esa luz que blanca asoma,
Ni el casto y divino aroma
Del amor que te doy yo.

¡Hijo! absorta te contemplo
En tu sereno reposo,



8.—Elegante vestido de calle.

Y te encuentro más hermoso
Que esta mañana de abril.

Menos bella es la sonrisa
De la aurora nacarada,
Que tu límpida mirada
Y tu sonrisa gentil.

¿Despiertas? Me miran
Tus ojos de cielo
Con grata sorpresa,
Con tierna expresión.

Ocultas jugando
Tu rostro en mi seno,
Que late agitado
De viva emoción.

Tus labios balbucen
Tan dulces acentos,
Que el alma me llenan
De goce sin fin.

Enlazan mi cuello
Tus brazos de nieve .....
¡Mi vida, mi encanto!
¡Querub, serafín!

Traviesa tu mano
Mis párpados cierra
Con dulce malicia,
Con gracia infantil;

Se apoya en mi labio
Tu labio de rosa.
En él imprimiendo
Mil besos y mil.

¿Adónde diriges
Tus trémulos pasos?
¿Por qué vacilante
Te alejas de mí?

Y vuelves; te arrojas
Riendo en mis brazos....
Más bello que un ángel
Pareces así.

Ya de nuevo fatigado
Por tu alegría inocente,
Reclinas tu pura frente
En mi regazo de amor;

De nuevo baña tus ojos
Blando, apacible beleño,
De nuevo te envuelve el sueño
En su manto bienhechor.

¿Qué sueñas que así sonríes
Con esa expresión radiosa?
¿Qué visión fresca y graciosa
Cruza tu mente infantil?

¿Es quizá un hada esplendente,
Que de perlas y topacios
Te forma bellos palacios
Con su mano de marfil?

¿O acaso ves en tu sueño
Un ángel de paz divina,
Que tu sendero ilumina
Con la luz de su mirar;

Y tejiéndote guirnaldas
De claveles y de rosas,
Te ofrecen las mariposas
Que anhelas aprisionar?

Duerme; tu sueño guardando
Callan las aves canoras,
Las brisas murmuradoras
Y el cristalino raudal.

Duerme, encanto de mi vida;
Duerme, mi dulce embeleso;
No despiertes á este beso,
Prenda de amor maternal.

ISABEL PRIETO.

Manera de confeccionar un vestido sin ayuda de la Modista.

El que sabe vestir una mujer según el aire de su rostro, es un verdadero artista; el que comprende al primer golpe de vista la fisonomía de toda la persona; el que posee en el más alto grado el sentimiento de la armonía de los colores; el que tiene un corte correcto, elegante é inédito á la vez; el que tiene el genio de las guarniciones y las ejecu-



9.—Trajecito infantil.



10.—Trajes de casa y paseo para señoritas y niños.

ta con cuidado irreprochable sin dejar nada por hacer, y sobre todo, el que comprende bien el cuerpo, es el artista de genio, el fénix de la costura. Un cuerpo sin defectos es tal vez más difícil que «un soneto sin tacha, que vale más que un largo poema.»

Y según mi parecer, si el cuerpo de un vestido no sienta perfectamente bien, por bonita que sea la falda, se irá siempre mal vestida.

Los artistas de la costura que llegan á la perfección son muy raros: es sumamente difícil unir la pureza y la sencillez noble de la línea á todas las elegantes combinaciones producidas por las guarniciones, sabiendo imprimir un sello de elegancia, como los pintores imprimen su manera de ser en sus cuadros. Tenemos, por consiguiente, que estudiar mucho y reflexionar bastantante si queremos prescindir de ellos, si queremos vestirnos, no solamente según el color del pelo, de la tez, sino según la estructura, según el modelado ó giro particular de nuestro espíritu, y hasta cabe añadir de nuestro corazón.

Ante todo, hay que saber si es una alta ó baja, esbelta ó gruesa. Las pequeñas y delgadas tienen que agrandarse, llenando un poco el vestido y no mucho porque si no, se parece más pequeña.

Las que son demasiado altas deben achicarse, y las demasiado gruesas, aunque sea con pena, tienen que parecer más delgadas á toda costa y sin apretarse, pues apretándose mucho, se parece todavía más gorda. Esto se consigue por el corte del cuerpo del vestido y la disposición de las guarniciones.

Todo en el tocado de una mujer, el cuerpo, las mangas, la cintura, los faldones, el cuello ó gorguera, la esclavina ó «pelliza,» la casaca ó corpiño, los volantes, los recogidos, los bordados, todo, según la manera de arreglar estas diferentes partes, disponerlas y llevarlas, determina su carácter.

Como se comprenderá, no sentaremos aquí más que principios generales, pues es imposible entrar en las especialidades ó los pormenores tan variables de la moda

Recordemos los principios fundamentales sentados ya en el capítulo de la línea:

Todas las líneas verticales alargan.

Todas las líneas horizontales encogen.

Los colores lisos y obscuros adelgazan.

Los colores claros ó con dibujos aparentes engordan.

Todas las disposiciones que cortan, sea á lo largo, sea á lo ancho, producen el mismo efecto de alargar ó encoger.

Las telas listadas á cuadros engordan y encogen.

En el cuerpo, sobre todo, estas disposiciones son de una importancia capital, pues por el cuerpo del traje se revela la forma real del cuerpo de la persona hasta la cintura, puesto que, dada la anchura de la falda, se puede disimular el resto.

ACCESORIOS BONITOS.

Una mujer guapa, ó la que aspira á serlo, sólo debe llevar cosas finas y distinguidas. Así es que todos los accesorios del tocado femenino, como el abanico, la sombrilla, las joyas, deben ser objeto de meditación y de atención especial. Acentúan el gusto, si se me permite la expresión.

Un vestido, un sombrero perfecto, pueden ser obra de la costurera ó de la modista, mientras que la elección de estos objetos menudos revela una elegancia completamente personal.

SOMBRILLAS Y PARAGUAS

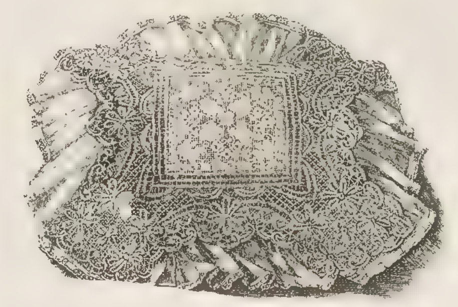
La sombrilla tiene, en la elegancia femenina, por lo menos tanta ó más importancia que el abanico, por sus reflejos sobre el rostro y el vestido, que no debe herir, sino al contrario completar, por decirlo así.

Todo cuanto la mujer lleva sobre sí ó tiene en la mano debe, no me cansaré de repetirlo, revelar sus gustos de elegancia y su sentido artístico.

La sombrilla, siendo un complemento de esta obra de arte, que constituye el tocado de una mujer, debe llevar el sello de su distinción.

La moda, desde hace algún tiempo, está por las sombrillas grandes, y con razón. ¡Cuán lejos estamos de aquellas sombrillitas marquesas, un poco mayores que la mano, que sólo tapaban la cara! Es verdad que eran verdaderas alhajas con sus puños de marfil verde artísticamente cincelados y sus encajes de gran precio, punto de Inglaterra ó verdadero Chantilly, extendido sobre sedas de color parecido al del vestido.

Sin duda, tenían su coquetería; pero jamás han tenido, de fijo, la gracia oriental de las sombrillas grandes, guarnecidas de encajes ó de volantes, cuyo movimiento sigue el del coche y rodea á la bella indolente de un claro obscuro tan seductor, media tinta luminosa que



11.—Cubierta para almohadón.

Generalmente debe ser parecida al color del traje; sin embargo, se llevan hoy sombrillas que producen deliciosos efectos de contraste: la sombrilla encarnada, por ejemplo, comunica al rostro un matiz luminoso, encantador; produce una nota viva entre lo verde, si se pasea una por el bosque; se armoniza con un sinnúmero de trajes, principalmente con los de color negro, blanco ó verde.

Hay muchas señoras que son coloristas innatas. Jamás han estudiado la teoría de los colores, y, sin embargo, queda uno asombrado, á veces, al ver las armonías que saben inventar, improvisar y combinar. El gusto las inspira mejor que los estudios más profundos que pudieran haber hecho sobre la materia. Recuerdo haber visto, en un coche descubierto, una mujer vestida de blanco completamente, de lana crema, vaporosa, de pliegues sueltos, con una gran sombrilla verde, de un verde inolvidable, sin ninguna clase de adornos. Parecía una hoja extendida de un árbol desconocido.

Era delicioso, y, sin embargo, no podía ser más sencillo.

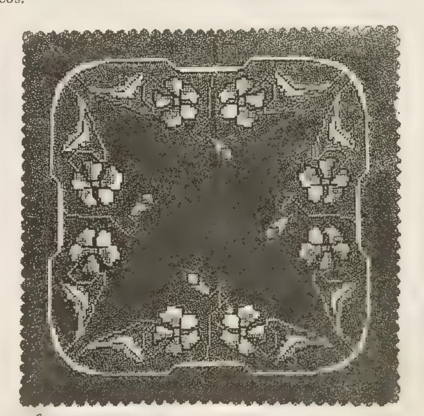
No pude ver el mango de la sombrilla, pero esa alta elegancia no había debido costar arriba de veinte francos.

atenúa y funde las crudezas y las sombras del rostro.

El mango de la sombrilla, como el del paraguas, debe salirse de lo ordinario, y síganme ustedes bien en mi raciocinio: si tienen un mango bonito, no lo abandonarán cuando la sombrilla ó el paraguas estén usados: lo harán ustedes mismas ó su doncella. No hace falta gran habilidad para conseguir un resultado perfecto. Es muy sencillo, muy fácil: quitan ustedes la tela que está usada ó pasada y la colocan sobre la tela nueva entrecortándola. Se asombrarán de la poca tela que hace falta: cada sombrilla ó paraguas sólo tiene ocho varillas, y únicamente hace falta una cantidad de tela de la anchura de cuatro varillas en su base. La economía es de poca importancia, es verdad; pero habrán ustedes conseguido procurarse una tela excelente, que vaya en absoluto con el traje, y esa sombrilla tan bonita les servirá para doble uso.

DUQUESA LAUREANA.

Durante la infancia la vida se presenta como una decoración de teatro vista de lejos; durante la vejez, como la misma decoración vista de cerca.



12.—Tapete bordado al punto en cruz.



Algunos modelos de vestidos.

Jamás, en verdad, la moda ha sido más conciliadora: en este momento reina el eclecticismo más tolerante; admite cuanto las modas antiguas y contemporáneas tienen de elegante, verdaderamente gracioso, perfectamente bello.

Así es que, aun cuando hoy priva el vestido ceñido, admite, sin embargo, las ondulaciones por delante, los pequeños tontillos y por detrás el pliegue Watteau; las guarniciones, prohibidas durante cierto tiempo, se vuelven á usar ahora.

Si el corte correcto de los grandes modistos, adoptado por las mujeres de gusto que buscan el verdadero tipo de la sencillez elegante, es preferible para los vestidos de día, vemos, sin embargo, con singular placer, que se vuelve á admitir para los trajes de noche la moda á la «froufrou,» cuyas ligeras telas transparentes sientan tan bien á las muchachas jóvenes.

No conozco nada más gracioso para una rubia algo pálida como esas lentejuelas color de luna sobre telas transparentes, recogidas en pequeños tontillos con lazos Luis XV. Para el baile, la falda completamente recta, de tela ligera, fruncida en el talle, como la llevan las jóvenes, carece en absoluto de picante, de coquetería; y las señoras de cierta edad, cuya cintura y caderas son demasiado pronunciadas, parecen muy ridículas con esas faldas completamente lisas.

No por eso deseo que volvamos al vestido de forma Imperio ó á la monstruosa crinolina, y menos aún á esos tontillos monumentales, tales como se llevaban en el siglo pasado, que se llamaron «tonterías,» «saltos,» «reclamos.»

***

El estilo Luis XV, que tal vez va á suceder á la línea recta, como lo indica el pliegue Watteau, es muy gracioso y lleno de coquetería. Este pliegue Watteau sienta bien á las mujeres altas. Las pequeñas parecen más altas con él, pero las que tienden á engordar no deben usarlo, pues hace más gruesa la cintura. Tiene su gracia: recuerda á las reales pastoras representadas con el cayado en la mano, en sus trajes de espaldas ahuecadas, que tomaron su nombre del célebre pintor Watteau.

En ningún tiempo la fabricación de las sedas ha sido más artística en cuanto á colorido y composición como en la actualidad.

Los colores nuevos son de una delicadeza, de una finura, de una suavidad, de una riqueza de tonos infinita.

Jamás ha llegado á más alto grado el refinamiento del gusto.

***

Bajo el reinado de María Antonieta se admitían con preferencia los colores pálidos, los tonos degradados, á los cuales se les ponían los nombres más extravagantes: como vientre de pulga, suspiros ahogados, lágrimas indiscretas, barro de París, entrañas de procurador.

Hoy día, los colores se modulan á lo infinito. Por ejemplo, sólo en la escala del verde tenemos: verde Nilo, verde almendra, verde de alga, verde aceituna, verde oliva, verde tallo, verde reseda, verde mimbre, verde lagarto, verde papagayo, etc., etc.

Los rosas son tan numerosos si cabe, desde el rosa tamizado, hasta el rosa Ofelia.

Los grises son también innumerables, desde el gris perla hasta el gris de luna y el gris ceniza de rosas.

¿Y las infinitas variedades del azul, desde el azul pálido hasta el azul de infierno?

Tenemos, pues, un inmenso surtido por la variedad de colores para componer los vestidos.

No me detendré sobre las formas y las disposiciones, que son igualmente muy variables, y que podemos variar nosotras mismas, apartándonos algo de la moda, sin miedo de parecer ridículas, si sabemos conservar las leyes del arte y del buen gusto.

Apruebo en absoluto á la coqueta independiente, que no se somete á ciegas á las decisiones de la moda, y que tiene la audacia necesaria para innovar antes que copiar servilmente las formas en uso, las cuales generalmente están desprovistas de sentido común, de distinción y de gracia.

Una manera de innovar, la que emplean las grandes modistas al hacer sus modelos, consiste en procurarse un pequeño maniquí, parecido á una muñeca, y ajustar sobre este maniquí las disposiciones que se han pensado ó que sugiere la inspiración del momento; de este modo es como nacen las más felices combinaciones: plegados del cuerpo, ondulaciones de la falda, disposiciones de las guarniciones.

Una mujer que tiene el genio de la elegancia, ó que posee solamente un poco de ingenio, puede, con una modista sencilla que venga á coser á su casa á tanto por día, componer bonitos vestidos, absolutamente inéditos y muy baratos.

He aquí algunas ideas que desarrollar ó apropiar.

VESTIDOS PARA CASA

Para estos vestidos, en particular, aconsejo á mis encantadoras lectoras que ensayen su genio inventivo, consultando los recursos de que pueden disponer, pues debo repetirlo, en estos trajes es donde pueden dar libre curso á su imaginación:

1º Vestido de lanilla ó velutina blanca, con solapas de seda blanca bordada en oro y perlas multicolores, delantal de tul bordado sobre transparente de seda naranja y alto cinturón czarina.

2º La misma combinación de colores, pero más sencillo: lana blanca, con cuello, delantal, puños de peluche naranja tirando á cobre, acompañado de una guarnición de Malinas de imitación.

3º Vestido de lana azul pálido, falda lisa y alto cinturón griego muy ceñido, de seda de China azul, dando dos vueltas al talle, y nudo poco apretado de lado, mangas de terciopelo dalia, puños y cuello del mismo terciopelo.

4º Vestido de forma princesa de peluche encarnada, el encarnado que siente á vuestro rostro, con delantero de satín blanco ó de satín gris azul, si escogéis el rojo rubí, cuello grande de punto de Venecia é imitación.

5º Vestido espalda princesa con delanteros cayendo rectos, de peluche gris verde reseda, ó verde aceituna ó con delanteros rosa quisquilia muy pálida. O también verde esmeralda, con delanteros de blondas blancas, galones de perlas para los puños, cinturón y cuello Médicis bordados con perlas.

6º Vestido de peluche amatista y delanteros de satín maravilloso gris plata, galones de oro ó plata salpicados de amatistas; ó viceversa, cachemir ó paño gris con delantero de peluche ó terciopelo amatista. Es un traje de casa de tonos dulces que lleva el sello de la mayor distinción.

7º Igual peluche violeta ó satín, ó crespón de China con delanteros maíz cubiertos de tul Malinas; galones de oro con cabujones multicolores.

8º De terciopelo heliotropo bordado en oro, con delanteros de crespón, de China color azufre.

9º De terciopelo musgo bon crespón gris plata ó rosa quisquilia muy pálido.

Pero estoy segura que me objetarán ustedes que estos vestidos, sobre todo los últimos, deben ser muy costosos. Seguramente, no cabe duda, si emplean ustedes peluche ó terciopelo del más alto precio; pero



13.—Traje de casa con guarniciones de cinta.



14.—Saco abrigo y sombrero de paseo.



15.—Corbata de primavera.

para estos trajes de casa, los cuales no deben ver nunca la luz de la calle, no es indispensable servirse de telas ricas y caras.

Para estar en casa, basta con comprar peluches que se encuentran hoy muy sedosos y de gran apariencia á precios sumamente módicos.

El delantal, casi siempre tapado, sea por un velo, sea por un recogido de encajes, no se necesita que sea de buena seda; basta con una muy ligera de inferior calidad, y por tanto podrán ustedes hacerse estos trajes ó el que más les guste según los recursos de que dispongan.

EL SOMBRERO.

Hoy día el sombrero pequeño es el que priva. Los hay tan pequeños, que sólo son una elegante ironía, según ha dicho una persona inteligente.

Es una de las muchas monomalías á las cuales la moda nos ha acostumbrado: en verano llevamos sombreros grandes, que nos tapan la frente, nos preservan de la humedad y de las intemperies, mientras que en el invierno usamos un sombrero muy pequeñito que sólo cubre lo alto de la cabeza, dejando absolutamente al descubierto la frente, la nuca y las orejas.

A algunos rostros sienta muy bien este sombrero minúsculo, que sólo sirve de pretexto para lucir una pluma, unas flores, una diadema de azabache, una garzota. Su gran utilidad consiste en embellecer el rostro; pero, sin embargo, hay que ver si realmente sucede así.

Sin duda hay señoras muy mañosas que tienen verdadero gusto para fruncir con gracia una gasa, plegar un satín ó colocar una cinta sin que parezca que se han dado mucha pena. Estas pueden tratar de hacer por sí mismas sus sombreros, ó por lo menos algunos sombreros, los de mañana por ejemplo.

Pero por mucho que hagan, no tendrán nunca la habilidad de una modista de profesión. Ese sombrero se resentirá siempre de inexperiencia, será pesado, los adornos, los lazos sobre todo, no tendrán la gracia ligera de los que están hechos por una artista; y digo artista, porque todos los pequeños detalles son los que constituyen la verdadera obra de arte en estos sombreros.



17.—Traje de calle con falda ceñida.

El arte del sombrero no se parece en nada al del vestido, y sobre todo al del cuerpo. La forma de un cuerpo que sienta bien puede copiarse indefinidamente, pero no se debe hacer dos veces el mismo sombrero. Son poco elegantes y bastante cursis esos sombreros caseros que se reconocen al primer golpe de vista.

En los grandes talleres de moda, para los lazos únicamente, hay obreras especiales que tienen verdadero talento, y á veces hasta genio. Recordaré toda la vida un sombrero de tul negro, adornado con un sencillo lazo de terciopelo naranja colocado en lo alto.



19.—Enaguita de ajuste.

A lo sumo habría unos ocho francos de terciopelo y de tul; sin embargo, el sombrero había costado noventa en casa de una sombrerera de fama, pero los valía. El lazo muy sencillo, era un poema completo, un hallazgo de originalidad, de gracia, de distinción y de elegancia. Por lo tanto, por grande que sea su habilidad, señoras mías, no cuenten urtedes con llegar á la perfección.

En resumen, lo más difícil de aprender es la colocación de las plumas. Es preciso que las plumas estén bien sujetas para que no giren con el viento, y sin embargo, no se debe conocer por dónde están prendidas. Además, deben estar colocadas en el sentido que convenga al rostro, y, añadiré, á toda la persona. En esto consiste el «chic» supremo, la verdadera elegancia.

Por lo tanto, puesto que generalmente los sombreros no son caros, por lo menos comprándolos en casas de segundo orden, en donde se encuentran á veces cosas muy bonitas, yo aconsejo á mis bellas lectoras que vean, busquen y se prueben muchos sombreros, y no compren ninguno antes de haber encontrado el que convenga completamente al carácter de la fisonomía.

Una señora seria llevará con preferencia el sombrero con cintas, salvo durante el verano, ó en los baños ó en la playa, en donde llevará el sombrero redondo, si esta forma le sienta bien. Solamente, si su belleza es grave, sabrá imprimirle el sello de la seriedad.

Por lo tanto, observará, en los adornos del sombrero, el efecto de la línea horizontal ó vertical, según la forma de su cara; pero se abstendrá de las líneas oblicuas y de los contrastes, que siempre tienen un carácter de libertad y de franqueza. Por el contrario, si se tiene un tipo gracioso, coqueto, ligero, se deben adoptar, sin temor de producir una disonancia, las formas ligeras.

Si se tiene el aspecto vivo y decidido en la fisonomía, los sombreros masculinos sentaran perfectamente. El tono masculino, formando contraste con la pequeñez de la mano y del pie, la finura y soltura del talle, darán al conjunto de la persona una expresión encantadora. Un aire marcial comunica siempre cierto picante á la gracia de un ser débil.

Es muy importante también que el sombrero esté en armonía con el resto del tocado. Desde hace tiempo, las señoras elegantes escogen los sombreros que recuerden, sea por el fondo, sea por sus adornos, el color y género del vestido; claro está que esto origina mayores gastos si se tienen variados trajes, pues por lo general cada vestido exige un sombrero diferente. Por ejemplo. un pequeño fieltro viril sienta muy bien con la levita ó chaqueta á la francesa.

Un traje claro ligero vaporoso, requiere un sombrero ligero, de matiz pálido. Durante largo tiempo, la moda exigía que las señoras elegantes tuvieran un sombrero para cada vestido, generalmente de la misma tela. Hoy ya no, pues como se admiten todos los disparates, no hace falta, aun cuando yo aconsejo que, como lo he dicho antes, haya cierta armonía entre el sombrero y el traje. La moda, dentro de poco, dictará otros decretos.

En resumen, todos los principios que hemos sentado para el arreglo del cabello deben ser seguidos para todas las demás partes del tocado: la simetría, la unidad de color tienen un carácter de seriedad y de severidad muy distinguidos. Las líneas, cortadas, oblicuas, los contrastes, las irregularidades, son siempre acentos de independencia, de juventud, de capricho.

Conformándose con estos principios generales, así como con las leyes que rigen el color, tendrán ustedes la certeza de ir vestidas con elegancia y distinción.

Permítaseme, para concluir, una cita del ilustre Chevreul, tan renombrado por su descubrimiento de la ley de los colores, y que se ha ocupado de la cuestión de los sombreros femeninos:

16.—Elegante vestido y sombrero de paseo.

«Un sombrero negro con plumas, con flores blancas, rosas ó encarnadas, sienta bien á las rubias. No sienta mal á las morenas, pero no es de buen efecto. Estas pueden añadir flores ó plumas anaranjadas ó amarillas.

»El sombrero blanco mate sólo conviene á las personas de tez blanca y sonrosada, trátese de rubias ó morenas. Sucede todo lo contrario con los sombreros de gasa, crespón ó tul: sientan bien á todas.

»Para las rubias, el sombrero blanco puede tener flores blancas ó rosas, ó sobre todo azules! Las morenas deben evitar el azul, preferir el encarnado, el amarillo y el naranja.

»El sombrero azul pálido conviene especialmente á los tipos rubios; puede estar guarnecido á veces con flores amarillas ó anaranjadas, pero nunca con rosas ó violetas. La morena que se atreva á llevar un sombrero azul, no puede prescindir de adornos anaranjados ó amarillos.

»El sombrepo verde hace resaltar los cutis blancos ó dulcemente sonrosados. Puede recibir flores encarnadas ó blancas, y especialmente rosas.

»El sombrero rosa no debe acercarse á la piel; debe estar separado por los cabellos ó por un adorno blanco ó verde, y sentará mucho mejor. El sombrero rojo más ó menos oscuro, sienta bien á los rostros muy colorados.

»Hay que evitar los sombreros amarillos ó anaranjados.

»Mostrarse muy reservada en el uso del sombrero violeta, que favorece muy poco, á no ser que esté separado por el pelo y por accesorios amarillos ó azules y violetas, si es morena la persona que los lleva».

La moda, tan caprichosa, ha desbaratado este orden. El negro ó los tonos oscuros dominan en los sombreros, sobre todo en invierno, y sólo se ve el color en forma de plumas, cintas ó flores.

DUQUESA LAUREANA.

SECRETOS ÚTILES.

MODO DE HACER EL ARBOL DE DIANA.

Se hará disolver separadamente una onza y media de plata y una de mercurio con espíritu de nitro. Se mezclan ambas disoluciones con doce onzas de agua común muy clara y muy trasparente, y se pone todo junto en una olla nueva, que se colocará encima de ceniza caliente por espacio de una hora: luego se saca, se le añaden tres onzas de espíritu de sal amoníaco, se mezcla todo y se echa en una vasija proporcionada de cristal, que se tapa, y poco á poco se verá crecer el árbol.



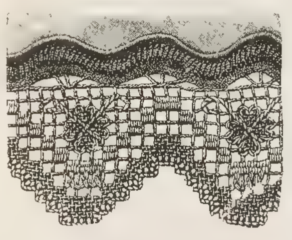
20.—Traje de recepción.—Las dos vistas.

TINTA LIQUIDA HECHA CON EL BRASIL.

Se toma aun libra de palo Brasil del más subido, quitadas las partes negras; se machaca menudo y se pone en infusión en dos cuartillos de vinagre; se hará cocer esta infusión hasta que mengüe la mitad, y así caliente se pasará por un lienzo fino; se le añadirá media onza de alumbre en polvo; se volverá á poner la tintura al fuego hasta que el alumbre se disuelva, y entonces se colocará y se guardará en botellas.

POMADAS DE OLOR PARA EL PELO.

Tómense por cada ocho onzas de sebo de carnero, cuatro onzas de manteca de tocino sin sal y una onza de tuétano de buey; se corta el sebo á pedazos menudos y se pone todo junto á derretir á la lumbre en una cazuela de barro vidriado; cuando lo esté;se echará en un barreño, en el cual habrá agua fría, y con una cuchara grande de madera se removerá tres ó cuatro veces al día por nueve segundos; pasados éstos, se pone en el sebo bien escurrido del agua dentro de la misma cazuela, y se coloca encima de una vasija con agua hirviendo, puesta á la lumbre, hasta que el sebo se haya derretido; luego se saca y se le añade un poco de goma guta bien molida pasada por tamiz fino;luego se colará todo por un lienzo claro,



y estando un poco tibio se pondrá esencia del olor que se quiera hacer la pomada, removiéndolo bien por espacio de diez minutos; en seguida se va echando en botes de loza ó de vidrio, que se pondrán á secar al aire y no al sol, y cuando lo esté se tapa con papel.

En el verano no serían ni más ni menos las cantidades que las aplicadas; pero en invierno serán las siguientes:

Seis onzas de sebo de carnero, seis de manteca de tocino sin sal, y una y media de tuétano de buey.

Este es un método muy sencillo, por el cual se pueden hacer todas las pomadas que se quiera variando las esencias.

MODO DE HACER EL VINAGRE AROMÁTICO.

Cogollos secos de ajenjo mayor y menor, romero, sauce, yerbabuena, ruda, de cada cosa onza y media: flor de espliego, bayas de enebro, alcanfor, raíz de angélica, de cada cosa dos onzas: goma asafétida, mitridato, de cada cosa una onza; ajos secos, media onza; un puñado de sal común, raíz de cálamo aromático, canela fina, nuez moscada, de cada cosa un cuarto de onza.

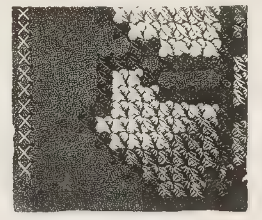
Se pone todo dentro de una vasija barnizada en dos azumbres de vinagre muy fuerte, se deja estar todo en infusión por quince días, teniendo cuidado de removerlo cada dos ó tres días; pasado dicho tiempo, se filtra, embotella y se guarda para el uso.

Este vinagre es propio para las enfermedades pestilenciales y contagiosas, frotándose con él las manos y la cara.

MODO DE HACER UNA EXCELENTE TINTA PARA ESCRIBIR.

Son muchas las recetas publicadas para hacer tinta de escribir, y por esta razón no son todas igualmente buenas; la presente tiene las cualidades que se puedan desear, y se hace en la forma siguiente:

Se tomará media libra de madera de índigo ó añil, hecha virutas ó desmenuzada en otra forma; se hace hervir en un azumbre de vino hasta consumir la mitad; después se saca la madera y se añaden cua-



22.—Tejido para aplicaciones.

tro onzas de agallas quebrantadas; se pone todo en una botella de vidrio fuerte para exponerla al sol por tres ó cuatro días, removiéndola dos ó tres veces al día; después se le añade lo disolución de dos onzas de caparrosa verde y consecutivamente disolución de dos onzas y media de goma arábiga, hecha en medio cuartillo de agua ó vinagre, todo lo cual se volverá á poner por ocho días al sol, meneando la redoma muchas veces al día, y pasados éstos, se colará el líquido.

Para que la referida tinta tenga algún lustre, convendrá disolver el vitriolo y la goma arábiga en la decocción del índigo hecha como se ha referido, y añadir un puñado de cortezas de granadas á la botella con las agallas.

Si en vez de exponer esta tinta al sol se hiciera hervir, estará finalizada en un cuarto de hora su operación; pero no es tan buena, porque se llena de nata blanca.

SOLDADURA PARA VASOS DE LOZA Y CHINA.

Se toma una porción de claras de huevo, se baten muy bien, luego se añade un poco de queso blando y cal viva, y el todo se vuelve á batir muy bien: esta soldadura resiste al fuego y al agua, y con ella se pueden pegar platos, jícaras, vasos de vidrio y cualquiera otra pieza.

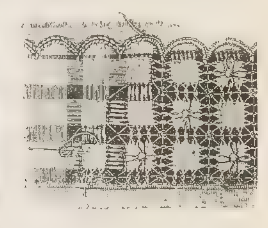
MODO DE HACER AGUAS DE OLOR.

Póngase espíritu de vino en una vasija de vidrio muy limpia; en seguida se pone esencia del olor que se quiera: luego que esté bien mezclada se filtra por papel de estraza y se pone en botellitas de cristal, que se taparán herméticamente para que no se evapore.

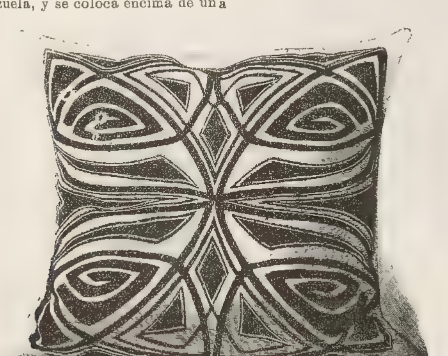
Este es un medio tan fácil y sencillo, que sin necesidad de aparatos se pueden hacer toda clase de aguas de olor.

PARA QUITAR LAS PECAS.

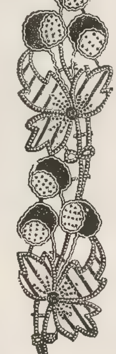
Exprímanse unos limones y póngase en una botella, añadiéndole después azúcar y bórax, media cucharada de cada cosa para el jugo de diez limones. Embotellado guárdese por unos días, al cabo de los



cuales se humedecerán las pecas con la mezcla citada, y se frotarán suavemente con un lienzo de lino, varias veces al día.



23.—Cojín bordado al punto de tallo.



18.—Bordado para aplicaciones.



21.—Cuello de encaje.

Modo de planchar camisas sacándolas lustre.

Preparación.–En una vasija nueva se pone sobre medio cuartillo de agua, se calienta al fuego y se disuelve en ella un pedacito de piedra borrás como una nuez regular, una media onza de raspaduras de bujía de esperma bien blanca y media cucharada de esperma de ballena: se menea todo esto con una cuchara de madera, y al tiempo de hervir, se retira la vasija del fuego sin cesar de agitar su contenido.

Si levantare el hervor, se añade un poco de agua fría para que cese. Cuando está frío, se vierte en una jofaina y se añaden tres onzas de almidón de superior calidad, mezclándolo lentamente, y cuando esté bien deshecho, se añade agua clara hasta que quede á gusto de la planchadora; se cuela en un lienzo blanco meneando constantemente el preparado para que pase todo porel tamiz.

Cuando se meten en esta preparación las piezas que han de plancharse, es preciso agitarla para que el almidón no quede en el fondo de la vasija.

Los puños y los cuellos han de frotarse bien dentro de dicha preparación como si se lavasen, y al sacarlos han de escurrirse y frotarse bien para que dicha preparación se introduzca en la ropas que hayan de plancharse.

Modo de planchar. — Almidonadas ya las piezas en la forma que queda dicha si son puños ó cuellos, se colocan sobre un lienzo unos junto á otros, bien estirados y sin arrugas; después se arrollan como tiras de papel apretándolos bien, y cuando estén en disposición de planchar, que será como una hora después de estar arrollados, se van sacando uno á uno para plancharlos sin que pierdan la humedad.

Las camisas y demás piezas grandes han de mojarse la noche antes de plancharlas: los vestidos y enaguas conviene envolverlos en un lienzo limpio, así como los cuellos y puños.

La mesa para planchar ha de tener una superficie plana, cubierta con una manta ó sábana bien estirada: un pedazo de franela blanca y limpia en tres dobleces se tendrá sobre la mesa para el planchado de las pecheras de las camisas. Para ello se coloca la franela entre el pecho y la espalda de la camisa bien estirada; si alguna parte de la pieza se ha secado, se vuelve á mojar ligeramente con la misma preparación antes expresada, la que se tendrá sobre la mesa para este efecto, y con una muñequita de lienzo se humedece la parte seca, así como ha de pasarse un lienzo seco por encima de la parte demasiado húmeda.



Hecha la primera pasada de plancha, se vuelve á humedecer ligeramente con agua clara; en seguida se coloca la tabla de pecheras entre la espalda y el pecho de la camisa con la franela sencilla y se va sacando el brillo con la plancha bien templada, pasando el filo de ella despacito y bruñendo hasta sacar el brillo que se desea.

Para dar brillo al planchado es necesario apretar mucho la plancha, porque cuanto más fuerza se le da, mejor brillo se saca.

Si apareciese alguna sombra en el planchado, procede de la esperma, y se quita pasando por encima la muñequita húmeda antes expresada, se rasca ligeramente con la uña, se limpia bien y se pasa la plancha de nuevo para secarla, y conseguido, se le da el brillo en la forma antedicha.

Cuando la pieza tenga bordados, se procede de la misma manera que si fuera lisa, se vuelve del revés y con la punta de la plancha ó con un hierro á propósito se saca el bordado apretando para que salga el realce, y así queda la pechera con lustre, y el bordado con realce y mate.

Del mismo modo se plancha la primera media pechera que la segunda.

Los puños y cuellos se planchan del mismo modo, pero primeramente han de plancharse al revés, y después por el derecho se les ha de sacar el brillo.

Del mismo modo se procede para planchar las camisas de color.

Polvos para hacer limonada artificial.

Azúcar blanco, una libra; sal de acederas, media onza; esencia de limón, ocho gotas; se mezcla todo junto, y se pone en papeles que contengan una onza cada uno, y se guardan para el uso.

Cuando se quiera usar, se pondrá un papel en un vaso de medio cuartillo, se llena de agua, y queda hecha la limonada.

Modo de hacer polvos para limpiar la dentadura.

Piedra pómez, tierra sellada, coral encarnado, de cada cosa una onza; sangre de drago, media onza; crémor tártaro, onza y media; canela, un cuarto de onza; clavillos, un adarme; se molerá todo, se pasará por un tamiz fino y se guardará para el uso, que se verificará fregándose los dientes con un cepillo muy fino.

León, Guanajuato, Mayo 30.

Por ser de justicia y aun obligatorio decir siempre la verdad, declaro que hace tiempo que empleo con buen éxito, sobre todo en los enfermos afectados de diversas manifestaciones escrofulosas, la muy perfecta preparación conocida con el nombre de Emulsión de Scott, y puedo asegurar que es un magnífico ayudante del tratamiento que exige cada una de aquellas manifestaciones de la escrofulosis, pues mejora notablemente la constitución delicada de los enfermos, y aun me parece tener acción directa sobre las repetidas manifestaciones escrofulosas, ya radiquen en la piel, ya en las mucosas ó ya en órganos delicados (impetigo catarro nasal, quiratitis, etc.)

DR. JOSÉ DE JESUS GONZÁLEZ.

EL TESTAMENTO.

Del Ilmo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $ 125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mútua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna dl distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. . . .	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas. .	9,829 oro
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Vestido Princesa guarnecido con rico bordado de seda.

Adornos Florales.

De los grandes secretos de la mujer, uno de los más importantes es saber adornarse. Cuando la moda exige que los adornos consistan en flores, muchas señoras están sujetas al gusto ó al capricho de la modista, por ignorar ellas mismas lo que necesitan.

[illegible] los colores, he aquí el gran secreto, el que pocas damas conocen, y, sin embargo, no constituye en sí ninguna ciencia.

Ciertos matices se llevan y otros parece que se arañan cuando se les acerca el uno al otro.

Con un vestido blanco, van bien las violetas y las rosas de varias clases: á una tela color de lila, la acompañan las violetas y las rosas blancas; para el negro, las rosas encarnadas; con el verde nilo, flores blancas cuya corola tire á verde, y para las telas de colores obscuros, las rosas amarillas.

Las telas amarillas requieren flores amarillas de diferente tono ó de color blanco aperlado. Para el pálido sale bien el color de rosa, y los crisántemos, rojos armonizan con el color castaño. El color de púrpura armoniza con el blanco, pero el rojo chillante le cae muy mal.

Para adornos de mesa, lo más apropiado es escoger de las flores silvestres las de tallo largo y arreglarlas en fuentes y vasos grandes bien provistos de follaje.

Los cardos silvestres constituyen un bonito adorno.

CRISÁNTEMOS

Estamos en la estación en que estas preciosas flores despliegan toda



Vestido para compañera de desposada, guarnecido con entredoses.

Vestido de desposada, guarnecido con dobladillos y bulloncitos.

Traje para boda, con cuerpo drapeado para señoras



Vestido para paseo con cuerpo torera

Vestido con cuello doble y cinturón

Paletó de tafetán guarnecido con labor de encaje inglés.

la gala de su belleza; y, aunque escasas entre nosotros, [illegible]a se nota cierta predil[illegible] cultivo. [illegible]opiado al crecimiento [illegible]osos crisántemos, y proporcionaría su cuidado una ocupación muy agradable para las señoritas, cuya refinada educación y exquisito gusto las acercan á sus poéticas hermanas las flores.

Largo tiempo antes que las plantas del género «chrysánthemum» fuesen conocidas en Europa y en América, los jardineros de China y el Japón se dedicaron con tal entusiasmo á las ya mencionadas plantas, que lograron añadir renombre á sus respectivos países, dándolos á conocer del resto del mundo por el nombre ideal de «Tierra de las Flores».

Los matices de los crisántemos son variadísimos, y múltiples los tonos de cada color. Algunos ejemplares presentan un conjunto simétrico, semejando la flor una cabeza perfectamente peinada; pero en otros, los pétalos son desiguales en longitud, representando el conjunto una cabeza de Medusa.

Al género «chrysánthemum» pertenecen las margaritas de París muy estimadas por durar el período de su floración todo el otoño y parte del invierno; producen, además, muchos capullos y requiere poca labor su cultivo. Las hay de numerosas variedades, bastantes á formar un departamento atractivo en una exposición.

El corte de los crisántemos comienza en noviembre y dura hasta enero. Las plantas no han menester de calor artificial; basta una pieza abrigada para resguardarlas del hielo; y cuando los acodos ó «pies» se plantan, es necesario también protegerlos del viento hasta que echan la raíz, para lo cual se cubren con un [illegible]mos, debe ser rico en barro [illegible]nado con estiércol, en la propo[illegible]ción de una tercera parte de éste por dos de aquél. Los acodos ó «pies» se siembran durante los meses de noviembre, diciembre y enero, debiendo permanecer encerrados, como hemos indicado arriba hasta mayo, época en que ya no corren riesgo las plantas afuera, y, por el contrario, la luz y el calor solar les son benéficos.

Los colores más hermosos y generales de los crisántemos, son: dorado, blanco, violado, lila, morado obscuro, fre[illegible]o y color de vi[illegible]flores, una vez cor[illegible], pueden durar hasta [illegible] semanas sin marchi[illegible] con tal que se les [illegible] el agua diariamente. Córtense los tallos á media vara distante de la flor, y colocados sueltos y con arte en una vasija honda, se tendrá un adorno floral de muy buen gusto.

La conciencia.

Era el padre Jerónimo un hombre alto, fornido, de mirada penetrante y fría, de facciones proporcionadas; aunque joven, tenía completamente blancos sus cabellos y su luenga barba; en su rostro, demacrado y pálido, se advertían las huellas de horribles sufrimientos.

Haría más de [illegible]inco años que había pro[illegible] desde entonces los [illegible] no hablaban nada más que [illegible]r retraído y [illegible]ioso: también solían hablar de los sollozos que en su celda se oían durante la noche y cuando los demás descansaban en las su[illegible] Varias veces le habían preguntado cuál era la causa de su habitual silencio y de las lágrimas que solía derramar cuando por las noches á su celda se retiraba. El contestaba con evasivas, y solamente decía que algún día lo sabrían, quizás aquel en que se viera á las puertas del sepulcro, el cual no veía muy lejano, pues con tantos sufrimientos como le torturaban no podría durar mucho su existencia.

Como de costumbre, un día al amanecer, la campana del vetusto convento tocó á maitines, y todos los monjes se reunieron en la capilla. Entre todos se notó una falta, la del padre Jerónimo. Una vez que hubieron terminado sus rezos, el padre prior y otros monjes se dirigieron á su celda, la cual estaba en el lugar más apartado. Al llegar á ella y después de abrir la puerta, un horrible cuadro, imposible de

describir en todos sus detalles, se descubrió á sus ojos.

Estaba el padre Jerónimo acostado en el duro jergón, con la vista clavada en el techo y rezando; contra su pecho y con las dos manos fuertemente apretaba un Crucifijo; por sus amoratadas mejillas á raudales las lágrimas se deslizaban; en su rostro, cadavérico, fácilmente se advertían las huellas de titánica lucha con la conciencia.

Cuando oyó abrir la puerta, volvió á ella su tétrica mirada, y viendo á sus visitantes, separó del Crucifijo una de sus descarnadas manos, y con ella les indicó que se acercasen; ellos le obedecieron, y una vez que los tuvo junto á él, con una voz entrecortada por los sollozos y apenas perceptible, comenzó diciendo:

«Hermanos: siento que mi vida por momentos se extingue, y creo no me quedan los suficientes para contaros un secreto que no quiero llevarme á la tumba, y el cual es la causa de mi muerte; la conciencia me mata; oíd, pues:

«Hoy hace cinco años conocí en la aldea á una hermosa campesina, de la que mi corazón se quedó prendado; desde que la vi la amé, pero no con amor vulgar, sino con una pasión ciega, avasalladora. Varias veces la ofrecí mi amor, que ella nunca quiso aceptar, mostrándose conmigo esquiva y desdeñosa. Así transcurrió algún tiempo. Como yo no podía contener en mi pecho aquel amor que me devoraba y la inmensa tristeza proporcionada por los desdenes de la mujer á quien con loco frenesí quería, buscaba en la hermosa soledad del campo algún alivio para mi ciega desesperación.

«Al caer de una de esas tardes estivales, en que el sol, al ocultarse en su ocaso, tiñe el cielo con rojos matices, volvía yo á mi aldea, después de haber dado en el bosque expansión á mi amargura. Por una senda que blanca serpentea entre los verdes prados, vi hacia mí venir una enamorada pareja; ella era la mujer á quien yo adoraba; él era uno de mis hermanos, al que yo más quería.... ¡pobrecillo!....»



Chaqueta para Primavera, para niñas de 5 á 7 años.

Al llegar aquí no pudo continuar; rompió á llorar como un niño. El padre Prior, viendo que el final de su existencia se aproximaba con pasos agigantados, procuró calmarlo con dulces palabras de caritativo consuelo y le mandó siguiese. El padre Jerónimo continuó diciendo:

«Al pronto vi que era mi hermano; mas después, los rugientes celos que en mi pecho se agitaban nublaron mi vista, y sólo sentí una insaciable sed de sangre y de venganza. Saqué de mi faja un ancho y agudo puñal; me abalancé sobre él...., y en su pecho lo clavé hasta el mango....; cayó herido en tierra....; y al caer, pronunció estas palabras, que no he olvidado y que en todas partes escucho: «¡Miserable'. .....
«¡Caín!......: me has matado.....;
«pero te perdono.» Entonces, en el momento de verle caer, volví mi vista hacia ella y la vi con sus ojazos penetrantes clavados en mí; aquella mirada me dió miedo y eché á correr á través de los campos, creyéndome siempre perseguido por la sombra de mi hermano, que incesantemente me gritaba: «¡Misera-
«ble!...., ¡Caín!....: me has mata-
«do....; pero te perdono.» Más que de estas palabras, que ya empezaban á morderme la conciencia, huía de aquella penetrante mirada que tanto miedo me causó.

«Largo tiempo corrí, siempre huyendo, siempre creyéndome perseguido. Ya de noche llegué aquí; llegué á esta sagrada mansión; y no atreviéndome á llamar, creyéndome que la profanaría si entrase en ella para ocultar mi crimen, caí rendido en la puerta, y escondiendo mi cabeza entre mis manos, lloré; sí, largo tiempo lloré: mas escuché lejano el galopar de unos caballos que hacia aquí venían; supuse que era la justicia que me buscaba como al asesino, y poseído del terrible miedo que invade el alma de todo criminal después de haber saciado sus instintos de hambrienta fiera, llamé, me abristeis, y como un nuevo fraile profesé.

«Desde entonces, desde que maté á mi hermano, no he tenido un momento de reposo; desde entonces mi conciencia cruelmente muerde mis entrañas, y poco á poco ha ido minando mi vida, hasta que ya hoy se terminará y con ella los sufrimientos que la torturaban......»

Terminadas estas palabras, con efusión y entusiasmo besó el Crucifijo; dió un tenue suspiro, y después de pronunciar dos nombres, expiró.

El padre Prior, volviéndose á los demás monjes, les dijo: «Ha cometido un horrible crimen, mas no era un criminal: tenía un alma hermosa y un corazón muy noble; su conciencia bastante le ha castigado; Dios le acogerá en su seno.

«Marchemos todos á la capilla á rezar por un mártir del amor y de su propia conciencia.»

La campana del convento lanzaba al aire los tristes y agonizantes tañidos que á los muertos se dedican, y al mismo tiempo, todos los monjes, pensativos y silenciosos, como sombras que del mundo huían, se encaminaban al templo por un largo y obscuro claustro......

ALBERTO DE MARTOS.

Madrid.



Vestido con blusa de debajo cambiable para niñas de 5 á 7 años
Traje marinero para niños de 8 á 10 años.

Vestidito casacón, para niños de 1 á 2 años.
Vstidito campana aplegadillado, para niñas de 2 á 4 años.

FUNERARIA.

Cava, buen sepulturero,
al golpe del azadón,
una fosa. Anda ligero,
porque en ella enterrar quiero
una pálida ilusión.

¿Te asombra que se haya muerto,
si ayer hermosa la viste?
Pues ve su despojo yerto....
¡Ay! sólo el dolor es cierto
porque la vida es muy triste.

El llanto de mis pesares
cubra ese negro cajón:
lluevan rosas á mil ares
y gardenias y azahares...
¡era virgen mi ilusión!

Ya se fué mi soñadora,
tendió el ala mi quimera,
y hoy, en la tierra que mora
echa, amigo, en buena hora
la paletada postrera.

Mas oye, sepulturero,
toma otra vez tu azadón,
abre la fosa ligero,
porque en ella también quiero
sepultar mi corazón.

SALVADOR GUTIERREZ NÁJERA.

PARA EL HOGAR

La Casita Alegre.

De su agujero, muy obscuro, salió un día la Muerte.—¿A dónde irá la implacable?, dijo, al verla pasar frente á su mansión de luz, la noble Piedad.—Y con la inquietud que se apodera del bueno ante el presentimiento de que algo malo se va á realizar, la Piedad se fué detrás de la siniestra aparición.—¡Qué contraste ofrecían la vieja negra, envuelta en sombras, y la dulce deidad, cruzada de brillantes rayos!

Cuando la hubo alcanzado, díjole: Muerte, ¿á quién vas á matar ahora? [illegible] vidas al capricho, sino que elijo cuidadosamente gente buena.

La Piedad se estremeció. ¿Qué entendería la Muerte por gente buena?

Dicho esto, continuaron las dos su marcha invisible por el mundo. A cada momento la muerte dirigía miradas oblicuas á la Piedad, como burlándose de ella y de su impotencia para consolar á los hombres en su miseria irreparable.

De súbito, un vasto edificio surgió ante las dos. Era un manicomio.

—Muerte—dijo la Piedad.—ahí tienes centenares de infelices, en plena inconciencia. Ya no son racionales. De esta triste mansión no salen sonidos articulados, sino gritos espantosos. Los unos son locos de atar, los otros idiotas incurables.

La Muerte meneó la cabeza:

—Esta gente no es buena, exclamó. Sigamos.

Llegaron á un hospital de leprosos.

—¡Desventurados!—dijo la Piedad. ¡Qué horrible situación la de estos enfermos! Se van pudriendo en vida. No están muertos y, para ellos, ha empezado ya la descomposición orgánica, la putrefacción. Están infestados y envenenan el aire que los demás respiran.

Esa gente no es buena -repitió la muerte.— Continuemos nuestra marcha.

Llegaron á un edificio, construído todo de piedra y hierro. Era un presidio.

—Ahí tienes -exclamó la Piedad todas las variantes del crimen, hecho carne y hueso. En esos presos se ha encarnado la maldad humana. No hay infracción que no tenga representantes dentro de esa penitenciaría. Asesinos, ladrones, violadores, incendiarios, falsificadores. Esa es la escoria social. Si se desbordara, todo lo ahogaría bajo su ola de cieno.

Por tercera vez dijo la Muerte:

—Esta gente no es buena. Yo no gozo matando locos, leprosos ni bandidos.

—¿A quién quieres matar, pues? —preguntó ansiosamente la Piedad.

—Yo quiero matar á gente que ame y sea amada, porque son los únicos dichosos. ¿No dijo el Cristo, en el más admirable de sus sermones, que son bienaventurados los que aman? ¡Adelante!

La Piedad se estremeció por segunda vez.

Siguieron la ruta y en un punto se detuvo la Muerte. Puso su mano rígida sobre la Piedad, y le señaló una casita que había en el camino. Era un albergue muy modesto. La embellecían dos criaturas; una niña muy blanca, de ojos color de cielo, de cabellos de color de oro. Ella estaba sentada en las piernas de una joven, casi niña, morena, de ojos brillantes, de cabellos negros. ¡Qué contentas estaban las dos!

La niña reía á carcajadas. La joven no cesaba de sonreír. Las dos vestían siempre del mismo color. Preferían el blanco y el rosado. Sus trajes eran sencillos y bonitos. La familia de ambas niñas se recreaba en ellas, y las cuidaba y contemplaba con ternura indecible. Ellas eran el encanto de los suyos.



Vestido con pliegues cosidos y cuello de encaje. — Vestido con cuello-hombreras.

Ellas embellecían todo aquel lugar. Regaban sus arbolitos. Echaban agua y alpiste á los dos pajaritos que tenían: un mirlo, regalo de una amiga, y un canario, regalo de un amigo.



Vestido con alto cinturón y guarnic ón de sesgos.



Vestido con blusa de distinto color.

¡Qué tranquila, cuán apacible la casita aquella! ¡Qué atmósfera de paz y de contento se respiraba allí! Ni ambición de honores, ni ambición de riquezas, ni ambición de placeres. ¡Cuán alegre la casita!

La Muerte miró fijamente aquel cuadro pacífico y bello. De pronto se volvió hacia la Piedad, que lo contemplaba con amor, y le dijo:

—¡Voy á concluir con tanta felicidad! Aquí encuentro lo que buscaba. Esta es la gente buena que me gusta.

En vano suplicó la Piedad, en vano lloró, en vano deploró su impotencia para desarmar el odio de la incansable destructora. Como el rayo, cayó la Muerte sobre la casita alegre, y se llevó á la niña, desolando á los que la amaban. La ausencia de la niña entristeció la casita, pero todavía había en ella sonrisas placenteras. Pasó algún tiempo, muy poco. Un día apareció inesperadamente la Muerte y se llevó á la joven, acabando con la casita alegre.

Y como la Piedad tuviese la visión de más serenas regiones do moraban contentas, muy unidas y abrazadas, el alma de la niña y el alma de la joven, la Muerte le dijo con su palabra de hielo:

—Bueno, que sean felices allá arriba, ¡qué me importa! ¡Mi reino es de este mundo! He destruído la casita alegre. He desolado corazones que amaban y que siempre recordarán con dolor, con melancolía profunda, á la niña blanca de cabellos de oro y á la joven morena de cabellos negros.

Arturo Mora.

LA LLUVIA.

Rompe sus collares
De aceradas cuentas
La lluvia tediosa,
Y en tristes cantares
Y baladas lentas
Mi fastidio glosa.

Sus finos cabellos
Cuelgan en manojos
De alambres sutiles,
Y el dolor tras ellos,
Húmedos los ojos,
Muestra sus perfiles.

Lúgubre, doliente,
Mi fastidio lloras,
Lluvia, lluvia vana,
Y tediosamente
Las triviales horas
Tu rueca devana.

Finges con tus notas
Querellas extrañas,
Rezos conventuales,
Y corren tus gotas
Cual grises arañas
Sobre los cristales.

Echado en la alfombra
De obscuros florones
El lebrel bosteza,
Y su larga sombra
En los corazones
Tiende la tristeza.

Porfiado, porfiado,
En la calle suena
Tu repique lento,
Y su son cansado
Traduce mi pena
Y mi aburrimiento.

Efren Rebolledo.

Sapos y Mariposas.

—Hija, ¿va usted al baile?— dijo un sapo á una mariposa blanca, de alas de raso, que se había detenido un instante, como fatigada de su vuelo, en un arbusto en flor.

—¿Por qaé lo dice usted?—preguntó la mariposa, juntando las alas y dejándose mecer por el céfiro en una de las más flexibles ramas del arbusto.

—Pues lo digo por ese traje hermoso que luce usted y que le habrá costado un dineral.

—¡Bah! así he venido al mundo...

—¿Vienen ustedes las mariposas al mundo en traje de baile? ¡es claro! su vida es una perpetua fiesta. En cuanto amanece Dios, empiezan las músicas en los nidos; y en cuanto abren sus párpados las estrellas, comienzan los grillos á afinar sus stradivarius...... ¡Y todo para que dancen ustedes en giros caprichosos por el aire ó para arrullar su sueño! No, lo que es para mí y mis congéneres, no se tomarían á buen seguro este trabajo. ¡Ah! ¡qué felices son ustedes las mariposas! ¡siempre de jolgorio! ¡Y cuidado si se regalan con mieles y perfumes!

—Y usted, ¿no es dichoso?

—¿Cree usted que puede ser dichoso un sapo? ¡El ser más desgraciado de toda la fauna! Para nosotros no hay más conciertos que los charcos, ni más diversión que los ejercicios acrobáticos de las ranas. Mientras ustedes lucen brillantes trajes de raso, nosotros andamos... ¡ya lo ve usted! ¡en cueros vivos! En el banquete de la vida no tenemos cubierto; ¿ni cómo habían de admitirnos en un estado tan poco... presentable? ¡Ay! en nuestro «menú» no figurau las rosas....

—Pues al alcance de ustedes están......

—¿Y qué sacamos con eso, si carecemos del arte necesario para extraer su dulce néctar? ¿Quiere usted desdicha mayor que la nuestra? Si yo hubiese nacido mariposa, sus nectarios no tendrían secretos para mí, y después de una orgía de mieles en el cáliz de una rosa, me bañaría en las ondas luminosas del espacio, lejos de este negro lodo don-

Paletó-saço, medio largo.

de ando á salto.... de mata. ¡Ah! confiese usted que mi suerte es mucho más triste. Yo no sé dónde nacen ustedes las mariposas; he oído á un naturalista muy sabio y muy majadero, que viene aquí todas las tardes á estudiar la naturaleza, no sé qué cuentos de larvas y crisálidas; pero á mí nadie me quita de la cabeza que ustedes no nacen en la tierra, sino que bajan del cielo.... ¡y por eso son tan felices! He notado que después de las tormentas de verano aparecen ustedes muy numerosas en el aire azul ..... y es, sin duda, que el arco iris se deshace en mariposas......

—Veo que tiene usted una imaginación de poeta.

—¡Como que ando en cueros!

¡Iba á proseguir el sapo lamentando su triste suerte y ponderando la felicidad de los seres que nacen



Vestidos de paseo, vista posterior.



Chaqueta-saco sin cuello, guarnecida con soutache.

bellos, como las mariposas, cuando vió acercarse cautelosamente un niño al brillante insecto......

Quiso advertirle del peligro que corría; pero aquel pequeño verdugo no le dió tiempo, y, rápido como el pensamiento, asió de las blancas alas á la mariposa y la clavó con un alfiler en el arbusto en flor.

CASIMIRO PRIETO.

Buenos Aires.

EL ÁNGEL DE LA TRISTEZA.

Yo he visto entre los sauces
Del negro bosque umbrío,
Cruzar como ligera
Y blanca aparición,
Un ángel que humedece
Sus alas en el río,
Y al compás de las ondas
Levanta su canción.

Inclínanse á su paso
Las tímidas violetas,
Los nardos y los lirios
Su blando aroma dan;
Detiénense las brisas
Balsámicas é inquietas,
Detiénese en las rocas
La voz del huracán.

Y ó la hora en que enmudecen
Los ecos de la selva,
Cuando en ocaso vierte
Su luz postrera el sol,
Antes que en negro llanto
La noche al mundo envuelva,
Del ángel misterioso
Se oye vibrar la voz.

¿Sabéis mi nombre? dice:
Llamáronme.... tristeza!
Mi frente coronaron
De flores sin olor:
Cuanto hay en este mundo
De gracia y de belleza,
Se abate, se marchita
Cuándo lo toco yo!

Yo he visto hermosas niñas
De frentes virginales,
De lánguidas miradas,
De voz angelical,
Doblarse al soplo mío
Cual pálidos rosales
Cuyo verdor secara
Siniestro vendaval.

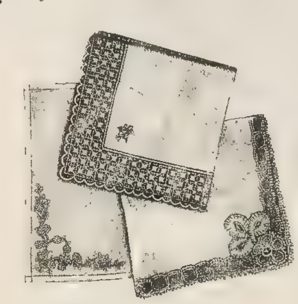
Yo apago las antorchas
De la brillante orgía.
Yo en sus licores vierto
Mi emponzoñada hiel;
Yo los tiernos amores,
Llego á romper un día;
Yo descanso en el fondo
Del cáliz del placer.

El rayo de la luna
Que sobre el mar riela,
Alumbra suavemente
Mi blanca aparición;
Yo velo en los sepulcros
Donde ninguno vela,
Y lloro, donde nadie
Para llorar llegó.

Descanso junto al lecho
Del pobre desterrado;
Junto á la humilde cuna
Del huérfano infeliz;
Después de una derrota
Contémplame el soldado
Entre escombros y muertos
Errante discurrir.

Constante compañero
Del hombre que padece,
Del que se aturde y goza
Tenaz perseguidor,
Ante mi frío rostro
Su rostro palidece,
Lo mismo en el palacio
Que en lóbrega prisión.

Cuando el vuelo levanto,
¡Qué negro es mi cortejo!
Formado de memorias
E imágenes de amor,
Helados corazones,
Miradas sin reflejo,
Risueñas esperanzas
Que la verdad mató. ...



Pañuelos de bolsillo.

Delirios que encantaron
Del hombre la existencia,
Proyectos que mostraban
Hermoso el porvenir;
Labios do se aspiraba
De amor la grata esencia,
Y hoy se contempla negra
La huella del sufrir.

Cuando en las tardes vago,
Todo esto me acompaña,
Todo esto asedia al hombre
Que me encontró al pasar.
En lágrimas ardientes
Mi corazón se baña,
Y el ser que me dé abrigo
Debe tambien llorar!....

Y pasa....y á su paso
Las flores se estremecen,
Las tórtolas suspiran
Y llora el manantial:
En sus ligeros tallos
Las rosas palidecen,
Temiendo de su seno
El hálito glacial.

Y pasa.... Ay! á mi frente
Sus labios han tocado,
Su voz á mis entrañas
Cual dardo penetró.
Las noches y los días
Ligeros han pasado;
Mas la tristeza horrible
Dentro de mí quedó.

El hielo de sus alas
Por siempre heló mi frente,
Lo amargo de su acento
Impregna mi canción.
Si entre brindis y risas
Me aturdo locamente,
La tristeza me avisa
Que yo su esclavo soy.

Por eso entre la arena,
Sin brillo y sin esencia,
Mis versos van cual flores
Que el huracán tronchó,
Creciendo en los abrojos
De una árida existencia,
Brotando de una frente
Que la tristeza heló.

LUIS PONCE.

DECEPCIONES.

Llora, pobre corazón,
La inclemencia de tu suerte;
Llora al ver que se convierte
El cielo de tu ilusión
En un abismo de muerte.

Llora tu error, pero aprende,
Al cicatrizar tu herida,
Que entre el fango de la vida,
Lo que el alma no comprende,
Pronto..... muy pronto se olvida.

Fuiste torpe al esperar,
Forjándote una quimera,
Que quien nunca supo amar,
Ni comprenderte, pudiera
Morir antes que olvidar.

En tus locos devaneos
Un paraíso forjabas
De amor: más ¿por qué olvidabas
Corazón, que tus deseos
sobre el agua dibujabas?

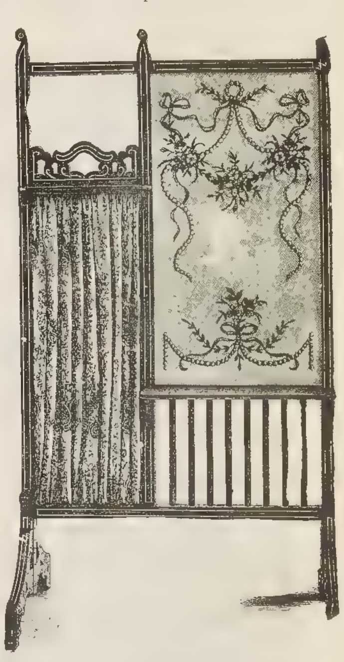
¿No pensaste que en la vida
Se recibe año tras año,
Por cada ilusión perdida,
Un amargo desengaño
Que abre en el alma una herida?

¿Ignorabas cómo hay flores
Que el alma guarda entre abrojos,
Trocando nuestros amores
En un siglo de dolores
Por un momento de antojos?

¿Por qué tu sueño, que fuera
La causa de tu contento,
Tornóse luego en tormento?
Porque tu ideal sólo era
Sombra de tu pensamiento.

Cuando en nuestro amor, soñando,
Tras tus placeres corremos,
Siempre, corazón, tenemos
Que retroceder llorando
Un bien que pronto perdemos.

Si nada de esto pensaste
Cuando en el Edén florido
De tus amores soñaste,
Llora tu tiempo perdido,
Llora el bien que no alcanzaste.



Pequeño biombo con bordado al punto plano.

Pues no adivino tu anhelo,
Que en el realismo del mundo
Un herror convierte el cielo
De la dicha, en un profundo
Abismo de desconsuelo.

Llora ese error, pero aprende
Al sentir sangrar tu herida,
Que en el fango de esta vida
Nunca el amor se comprende.....
Por eso pronto se olvida.

MANUEL M. DE CASTRO.



Bordado al punto de talla

ELECCIÓN DE CASA.

Uno de los factores más importantes para la salud, cuando se escoge habitación, es la atinada elección de sitio en que aquélla está colocada.

El clima, el rumbo á que cae su fachada, la altura de los pisos, la altitud en que está colocada (si en valle, ladera ó cima), las porciones de agua que existen á sus alrededores, y su calidad de lagos, ríos, pantanos, charcas ó estanques, etc., y la naturaleza de su suelo, todo debe ser considerado.

Sabido es que varían en las localidades la severidad de los rayos del sol, la dirección del viento, la temperatura y la humedad atmosférica, y de ahí dependen las cualidades ó inconvenientes de una residencia.

Conviene saber que los cuartos con vista al sur son más calientes que los que caen al norte, pero que mientras en éstos la temperatura es constante, en aquéllos varía sin cesar.

Las casas situadas en los bosques ó rodeadas de arbolados espesos y altos son mál sanas á causa de la humedad; mas si el bosque está situado á un lado y á corta distancia de la finca, aquél le proporciona abundante oxígeno, la defiende de los vientos fuertes, sin privarla del beneficio de los rayos solares.

Debe evitarse cuidadosamente escoger habitación junto de fábricas, hospitales, minas y grandes almacenes, pues en ellos se desarrollan gases y partículas muy pequeñas de polvo, muy nocivas para la salud.

Los pantanos, charcas y estanques de aguas muertas son malos vecinos porque el aire húmedo, viciado á menudo por las emanaciones de materias vegetales y animales en descomposición, acarrean consigo el paludismo, la malaria y toda suerte de fiebres por lo general mortíferas. En las tierras tropicales y subtropicales, donde los vientos reinantes ni provienen del norte ni son fríos, tales depósitos de aguas estancadas pueden llegar á hacer inofensivos los pantanos, plantando en su vecindad árboles de eucaliptos; y en las zonas templadas se puede obtener el mismo resultado, hasta cierto punto, por medio de las plantas llamadas vulgarmente «flores del sol.»

El aire húmedo, cuando es frío al mismo tiempo, es más dañoso que el húmedo caliente; y el aire muy seco en las habitaciones, es también nocivo. Esta circunstancia se nota claramente en los cuartos de las casas de clima frío, que por el rigor del tiempo es necesario calentar, bien á vapor, por medio de agua caliente ó por estufas caloríferas ú hornillos.

El aire calentado por medio de hornillos debe pasar por un depósito de agua antes de entrar en las habitaciones, siendo lo mejor tener en cada una de éstas una gran vasija con agua. Lo mejor de todo es mantener las habitaciones frías y bien aireadas, pero en los climas rigorosos eso es imposible. El que abrigándose puede resguardarse del frío, sin necesidad de calor artificial goza de excelente salud.





Bordado para aplicaciones.

Letrilla

No siempre amor prepara
De rosas sus cadenas,
Ni están de fruto llenas
Las ramas del placer.

De ti ya me separa
Crudo deber tirano;
Tu rostro soberano
No he visto desde ayer.

En vigilancia activa,
Junto al arnés y espada,
Sólo el pensar me agrada
Que atiendo al común pro;

Y mientras que festiva
Pasas la noche ufana,
Velando por Rosana
Paso la noche yo.

Mi pecho apesadumbra
Del sitio la aspereza
Si alivian mi tristeza
Los brazos de esa cruz.

La negra estancia alumbra,
Del que rendido te ama,
La vacilante llama
De moribunda luz.

Sitial de tablas duras
Y capas protectoras
Confortan pocas horas
Del día que ayer vi;

Y entre armas y armaduras,
Caballos y guerreros,
Dos fieles compañeros
Descansan junto á mí.

¡Descansan!.. ¡Ah! Su pecho
Está de amor vacío,
Y yo siento en el mío
Abrasador volcán.

¡Descansan, y en mi lecho
Yo agito mi quebranto,
Y turbo con mi llanto
Los sueños que tendrán!

Si cedo al sueño, un eco
De pronto me despierta
Y del cansado ¡alerta!....
Escucho el largo son;

O el relinchido hueco
Del alazán brioso,
Que aumenta estrepitoso
El cóncavo artesón.

Al que apartado gime
De tus divinos ojos
La vida es toda enojos
Y á aborrecerla voy,

Si tu beldad no imprime
En mi ánimo la calma;
Si, como teme el alma,
No vuelvo á verte hoy.

Mas ya á mi lecho duro
Su rayo el sol envía;
Ya dora el nuevo día
Mi lóbrega prisión:

Y del recinto obscuro,
Donde penando mora,
A ti vuela, señora,
Mi amante corazón.

JUAN DE LA PEZUELA.
(Conde de Cheste.)

RECETA DE COCINA.

BUDIN EMPLUMADO.

Para hacer este rico budín, que es uno de los mejores postres en las mesas europeas, se mezclan una taza de mantequilla derretida y dos de polvos de azúcar, tamizados.

Después de bien batidos, se agregan á una taza, no muy llena, de almidón de trigo, otra de leche y dos de harina flor, á la cual se hayan echado con anticipación dos cucharaditas cafeteras de «Báking Pówder.» Incorpórese todo y añádase una cucharadita de extracto de naranja; acomódese la mezcla en una tortera honda untada de mantequilla, y déjese cocer por media hora en el horno templado.

Una vez cocido el budín, se le hace una corona con siete claras de huevo batidas y polvo de azúcar al gusto; volviendo á ponerse en el horno por diez minutos.

SOPA Á LA JULIANA

Se toma igual cantidad de zanahorias, apio, lechuga, acederas, guisantes y habas tiernas, se rehogan en manteca con unas rodajas de cebolla, se echa después caldo del puchero y se cuece á fuego lento, y después viértese sobre rebanadas de pan muy delgadas.

EL TESTAMENTO.

Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $ 125,000
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mútua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna dl distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. . . .	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas. .	9,829 oro
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



1.—Elegantísimos vestidos de paseo, propios para señoritas.

Explicación de nuestros grabados.

Número 1. De verdadero buen gusto y airosísimos por su modernista y elegante confección, son los cuatro vestidos que representa este grabado. Todos son apropiados para señoritas de talle esbelto y deben llevarse en paseos vespertinos. Aunque á primera vista parece complicada la confección de estos trajes, no lo es en realidad, pues para ella sólo se requiere un buen gusto en la elección de las aplicaciones, que son de encaje irlandés, seda rameada, gasa vaporosa y cintas de terciopelo. También contribuye en gran manera la elección de la tela, que deberá ser sutil, propia para la estación primaveral. De preferencia deben adquirirse colores claros, que son los más apropiados para rostros agraciados y talles gentiles.

Nuestras simpáticas lectoras deben también fijarse muy detenidamente en los graciosos y elegantes sombreros de estos figurines. La moda actual es muy estricta en lo que se refiere á los sombreros femeninos, pues éstos no deben cubrir el peinado, sino antes bien, ayudar al lucimiento de éste. En la mayor parte de los tocados femeninos, y sobre todo, cuando el cabello no es muy abundante, es preciso llevar «crepés» que abulten el peinado y contribuyan á hacerlo de gran vista. El cabello debe llevarse lo más suelto posible, excepto en tocados especiales en que es preciso sujetarlo y restringirlo. Esto último viene á constituir una estética especial adecuada solamente para cierta clase de rostros.

Número 2. Para paseos campestres son apropiados los vestidos que representa este grabado. Los laterales son de paño color claro, encubridores del polvo y de sencilla y vistosa confección. El del centro es para amazonas y se confecciona con cheviot color obscuro.

La falda de este vestido es enteramente lisa, y el talle, después de ajustar perfectamente en la cintura, lo cual es indispensable para dar una vista airosa al cuerpo de la amazona, cuelga algunos centímetros bajo el ajuste. Al sombrero de copa, se [illegible] una ancha cinta de gasa, ribeteada en la parte superior, con adornos más ó menos vistosos y elegantes. El cuello y la corbata de este traje, enteramente varoniles, son de todo punto indispensables para una perfecta amazona.

Número 3. Este elegante vestido, de estilo enteramente moderno y cu[illegible] á los más estrictos principios de la moda, puede construirse con cheviot, paño cebellina ó paño de damas, de colores claros. El de estilo «Princesa» y cuello esclavinado, debe ser de paño obscuro, y propio para señoras de cierta edad. El hermoso vestido tableado que se halla en primer término, lleva en parte de la espalda y sobre los hombros, graciosas aplicaciones de encaje irlandés, que hacen sumamente original la confección de este traje. Un cinturón de seda, tableado, ajusta el talle y por la espalda se pliega en dos grandes rosas y se hace [illegible] bandas. Las aplicaciones de cinta del traje «Princesa,» le dan á éste un elegante aspecto. Los otros dos vestidos, de estilo sastre, son también sumamente originales y vistosos por lo modernísimo de su confección.

Número 4. La colección de simpáticos y graciosos trajes infantiles que hoy presentamos en este grabado á las madres de familia, debe dejarlas complacidas en extremo, pues en ella podrán encontrar diversidad de estilos y de gustos. Todos estos trajecitos, de confec-



14.—Vista posterior del grabado número 2.

2.—Trajes de paseo y de Amazona.

ción enteramente moderna, como los [illegible]is que hemos presentado, son propios para paseo y de telas no [illegible] que llevan estos [illegible] unos y otros de [illegible]

muy sencillas y vistosas, pues precisamente la elegancia de los trajes de niños, debe consistir en una cuidadosa sencillez.

Recomendamos á las madres de familia que todos los trajes para sus hijos, deben ser confeccionados con telas y adornos poco exagerados, pues nada cuadra mejor en un niño que la sencillez de su traje en consonancia con la inocencia de su alma.

Como en la hechura de todos estos trajes infantiles juega un papel importante el gusto y talento especial de las madres, sólo nos limitamos á presentar modelos para que en vista de ellos se ejecuten las confecciones, más ó menos alteradas, según la estética especial. De antemano debemos manifestar que todos los trajecitos de nuestro grabado són sencillos y elegantes.

Número 5.—Habiendo dado ya en nuestros números pasados detallada explicación de labores semejantes á la que representa este grabado, nos limitamos por hoy á decir que esta clase de bordados es de suma utilidad para aplicaciones de forros y cubiertas de cojines, almohadones, etc. Deben combinarse los colores del tejido de tal manera, que se aproximen lo más que sea posible á la realidad. Los colores tornasolados y una artística combinación de claro obscuro deben ser la base de esta clase de labores.

Número 6.—Muy seria es la confección de este sencillo traje. Debe huirse en él de toda clase de adornos y limitarse únicamente á un sencillo tableado y un cuello de en[illegible] ribeteado con cinta maravillo[illegible] Además de este cuello, debe llevarse otro doblado de lino, corbata de plastrón de una tela igual ó semejante á la del vestido. El sombrero, de paja y flores, debe estar en consonancia, por la sencillez de su confección, con el vestido. Por lo demás, sólo debemos añadir que en la parte inferior y posterior de la falda se coloca una doble cenefa de cintas, que constituye todo el adorno en esa parte del traje.

Número 7.—El tarjetero de seda



3.—Elegante traje de paseo, estilo Renacimiento y Princesa.

que representa este grabado, es de suma elegancia y buen gusto. El raso deberá ser de color verde Nilo y las pinturas han de ostentar una policromía verdaderamente artística. Restírase primeramente la tela sobre el bastidor y se traza en seguida el dibujo con lápiz suave y líneas muy delgadas. Puede emplearse también la tinta de china, la cual podría servir para dar una ligerísima sombra á los contornos del dibujo. La pintura, hechas ya estas operaciones preliminares, se ejecuta de la manera que ya hemos indicado varias veces.

4.—Colección de trajes infantiles para niños y niñas de 3 á 10 años.

Número 9. —(Ver la explicación del número 5.)

Número 12. La pintura y confección de esta cubierta para cojines ó almohadones se ajusta en todo á la explicación que hemos dado para el grabado del núm. 7. Con excepción de la forma un poco más alargada de esta funda y de los motivos del dibujo, el procedimiento es igual. Las tintas deben ser un poco más obscuras para el almohadón.

PÁGINAS DE UN LIBRO.

LAS ENCANTADORAS.

La belleza moderna es superior á la belleza antigua, que residía únicamente en la perfección de la forma, en la armonía de las proporciones, en la pureza de la línea, en la amplitud de los modelados y en la nobleza del porte.

Hoy día, la belleza reside sobre todo en la expresión, la gracia, el sentimiento, la inteligencia, la intensidad de vida.

Además, hay la belleza natural y la belleza adquirida. «Hay dos clases de belleza, «escribió Mme. Girardín:»la que se recibe y la que se adquiere.»

La belleza natural consiste en ese conjunto de líneas que solicita, encanta y cautiva la mirada.

La belleza adquirida es la que proviene del arte de peinarse, de vestirse, de reformar ó modificar los defectos de la naturaleza. Esa belleza, cualquier mujer de gusto puede adquirirla.

Diremos más: la que sabe vestirse, calzarse, amueblarse, la que tiene el gusto de las cosas exquisitas, la que imprime á su manera de ser, á sus gestos, á su andar, á su interior un sello de distinción y de elegancia, será reputada como mujer hermosa mejor que la que, siendo realmente bella, no sabe hallar el marco á propósito para su belleza, dándole relieve, ó no cuida su persona y comete faltas de gusto. En una palabra, la que no tiene conciencia de su poder y de su valor.

Por consiguiente, para ser hermosa basta con querer, y toda mujer que comprenda su verdadera misión debe querer.

Pero existen aún otras distintas maneras de ser bonita ó hermosa. Gracias á los recursos del tocado y de la coquetería, se pueden modificar y amoldar á voluntad el carácter y la expresión de la belleza.

Una encantadora, la que hace del arte de agradar la primera ocupación de su vida, el fin de su existencia, sabrá hallar, sin que se lo enseñen, ciertas modificaciones y modulaciones. A esas mujeres de genio nada hay que enseñar; pero hay otras que necesitan tener un guía.

Así es que la mujer encantadora podrá ser embriagadora ó melancólica, sugestiva ó sentimental, interesante ó sencillamente arrebatadora.

Para llegar á esos efectos múltiples y complicados, la expresión de la mirada, de la sonrisa, de los modales, no es suficiente; tiene que saber preparar su marco y modificar, según el fin que quiere alcanzar, su peinado ó su vestido. El color ambiente y los efectos de luz desempeñan un papel importantísimo en estas transformaciones.

MINIATURA.

Estancia angosta y sombría
donde un débil nimbo vaga,
entre un candil que se apaga
y un primer albor del día.

En un lecho un moribundo:
junto al lecho una mujer,
y allí, entre ser y no ser,
todo el abismo de un mundo.

De criaturas un enjambre
cerca á un hogar no encendido,
y allí, entre harapos tendido,
mudo el fantasma del hambre.....!

MIGUEL ULLOA.

Las buenas intenciones de una alma honrada pero débil, hace pensar en esos arbustos siempre en flor que no dan fruto.

*

Hay una cosa más triste que cesar de vivir, y es la de sentir que no se ha sabido vivir.

Fernando

La «toillette» es el prefacio de una mujer y á veces el libro entero; pero un libro puede estar bien encuadernado, dorado por los cantos y perfectamente insignificante.

PARA EL HOGAR

EL CUARTO DE TOCADOR.

Hay tocadores de todos géneros, muy elegantes, suntuosos; algunos son verdaderos saloncillos, en los cuales las señoras pertenecientes á la más alta sociedad reciben constantemente á sus amigas íntimas.

En el siglo XVIII, el cuarto de tocador, pintado por los más afamados artistas de la época, Watteau, Boucher, Fragonard, era una habitación abierta hasta para los «amigos,» mientras peinaban, empolvaban y mosqueaban á las coquetas marquesas.

Es verdad que entonces se lavaban muy someramente, un poco más sin embargo que durante el siglo anterior, en el cual ignoraban, aun entre la clase más elevada, el uso de los baños. «¡Mil años sin baño!» exclama en no sé qué escrito Michelet.

Por consiguiente, como se lavaban muy poco, los tocadores eran más bien gabinetes, en los cuales oían galantes conversaciones.

Pero hoy día, en que las modas inglesas se han introducido entre nosotros, ese lavatorio se hace con mucha agua: se usa cada día el «tub» para el baño con esponja, cuando no se puede tomar un baño completo.

Nuestro sig o es realmente el siglo del agua.

El lavado ocupa un lugar preeminente en el tocado de las mujeres, y generalmente se reemplaza el tocador duquesa por una ancha mesa de mármol, muy larga, donde están colocados todos los bonitos instrumentos de acero, los frascos de cristal, las cajas de polvos de porcelana de China antigua y las finas esponjas, todo lo cual es indispensable para una señora.

Los jarros, cubos, etc., se esconden en un armario á propósito, ó se llevan á un gabinete contiguo de menos importancia. A pesar de todo, en la clase media, á la cual me dirijo, es muy raro que se tengan dos cuartos tocadores; gracias si se tiene uno solo. Sin embargo, en todas las casas nuevamente construídas, se encuentra un cuarto tocador.

¿De qué manera hay que decorar ese cuarto? Cuando sirve al mismo tiempo de cuarto de baño, las paredes están generalmente cubiertas de azulejos; los hay encantador. Sin duda alguna, no hay nada más bonito, más apropiado para el uso, y sobre todo más limpio y tal vez más barato; pues si el tocador está tapizado, por ejemplo, con tela de Jouy ó con andrinopla, será necesario de cuando en cuando descolgar las telas para limpiarlas, y la limpieza, así como la mano de obra, serán necesariamente muy costosas á no ser que se haga personalmente con la doncella.

Las que no puedan procurarse un tocador elegante ó una de esas grandes mesas de mármol, tan de moda hoy día, podrán fácilmente confeccionarse un tocador. Una mesa cualquiera, de tamaño apropiado á la extensión del cuarto, de roble ó de pino en último caso, será bastante si se sabe cubrir y adornar con grandes volantes de tela igual á la de los cortinones. Sobre esta mesa se coloca un paño fino de hilo guarnecido de encajes. En un marco de pino se coloca un espejo, y se cubre el marco con un plegado de tela y muselina transparente. Sin duda es una cosa sencilla, pero suficientemente elegante, sobre todo si no se permite la entrada á nadie para visitar.

En este cuarto de tocador es donde se debe colocar, si es bastante



5.—Sencilla y vistosa labor para aplicaciones.

capaz, el armario de la ropa blanca, mejor que en el cuarto de dormir, y también el armario ropero, para guardar los vestidos.

En el caso en que no haya sitio para estos armarios, se colocan, á una altura conveniente, unas planchas de madera, y debajo se clavan varias perchas. Se hacen largas cortinas que lleguen al suelo, y sobre una barra de hierro colocada debajo de la plancha se las ata con anillas para poder correrlas y descorrerlas á voluntad, cuidando que no haya intersticios por donde el polvo pueda penetrar. Pero á pesar de esto, los buenos vestidos deben encerrarse en sacos grandes y largos para preservarlos mejor del polvo. Más adelante enseñaré á mis bellas lectoras la manera de servirse de ellos.

En estos tocadores, menos lujosos, todo será menos rico, pero, sin embargo, hay que cuidar estén muy limpios.

La aljofaina, en vez de ser de plata ó de porcelana de Sajonia ó de Sevres, será de porcelana clara, con dibujos originales.

Antes de abandonar el cuarto de tocador, no dejaré de insistir sobre la necesidad de entretener vuestra graciosa persona en la más minuciosa limpieza, limpieza que es por sí sola una coquetería, una elegancia y una distinción.

La piel humana es un verdadero aparato respiratorio y espiratorio. Por los mil agujeros de esa fina red tan complicada es por donde nuestro cuerpo elimina las impurezas, de las cuales debe deshacerse diariamente, á cada minuto, bajo pena de reabsorción malsana sobre nuestros órganos interiores. ¡Cuántas fiebres, cuantas enfermedades contagiosas puede conjurar una limpieza exquisita! Si no se pueden tomar grandes baños, por lo menos se debe usar siempre el «tub,» inmensa palangana de zinc, en medio de la cual se coloca una para echarse agua por todo el cuerpo por medio de una esponja.

Algunas personas hacen este lavatorio general y cotidiano con agua fría. Seguramente esta hidroterapia, para los que pueden soportarla, es excesivamente higiénica y tónica; fortifica el sistema nervioso y preserva de los constipados, en invierno tan temibles. Pero precisamente durante el invierno es cuando esas lociones frías se hacen más penosas. Algunos organismos son completamente refractarios á estos lavatorios helados: se corta la respiración y el corazón deja de latir. En este caso son nocivos y hasta peligrosos. Se les reemplaza con agua tibia, de veinte á veinticinco grados: el efecto es igualmente tónico y bienhechor.

Hay que secarse inmediatamente después con toallas rusas muy secas, y si se quiere, se puede hacer una fricción con agua de Colonia.

En todo caso, el cuarto de tocador, durante el invierno, en el momento en que se hace el lavatorio, debe estar templado. Para las epidermis impresionables, es mejor volverse á acostar durante unos instantes hasta que sobrevenga la reacción.

DUQUESA LAUREANA.

8.—Colección de cuellos y corbatas de encajes.



El orgullo de las flores.

Mientras reclinaba mi cabeza en el áspero tronco de una encina, cerré mis ojos para hundirme en el regio marasmo del ensueño.

Y soñé mucho! En el carro vaporoso de mi fantasía viajé desde el horizonte del futuro hasta las viejas fronteras del recuerdo.

De pronto una voz tenue, suspirada apenas, desgranó en mi oído su blanda melodía.

Era una gardenia, cuya blancura inmaculada se había teñido de un sonrosado leve.

—Oye, me dijo, yo soy orgullosa y cifro mi orgullo en mi blancura regia. Fíjate en mi corola y en ella encontrarás el matiz escarlata de la vergüenza. ¿Sabes tú la causa?......

Es que aquí, muy cerca, casi rozándome, he visto pasar algo más blanco que yo. Y sintiéndome humillada, maldigo esa blancura superior á la mía!

—Y tienes razón! Interrumpió un mirto, que inclinado en su tallo, cerraba sus pétalos al peso de la vergüenza.

Tienes razón de expresarte así! porque aquí entre el follaje que me envuelve, ha venido á hacer gala de su triunfante superioridad algo más rojo que mi corola avergonzada, y al verme humillado, siento que la envidia despierta en lo más hondo de mis estambres.

—Sólo yo, murmuró una pasionaria, estoy acostumbrada á padecer.

Vosotras sabéis mi nombre, me llaman Pasionaria y basta él solo para expresar el inmenso martirio de mi vida.

Yo he ascendido al calvario doloroso de la humillación y mis hojas, amoratadas por el dolor, han sido enclavadas en la cruz odiosa de un seno exuberante! Y allí he sufrido la humillación, la vergüenza y el escarnio.

Ah! Pero á pesar de mi dolor eterno, de mi hábito al martirio, nunca me había atormentado la herida punzadora de los celos.

Y hoy siento abrasada mi corola por la lumbre de esa pasión, más cruel que todas las que he sufrido.

Y es que aquí, en mi dominio, usurpando mi reinado, he visto brillar algo más negro que mi negrura, resaltando entre sombras más moradas que mi color violáceo.

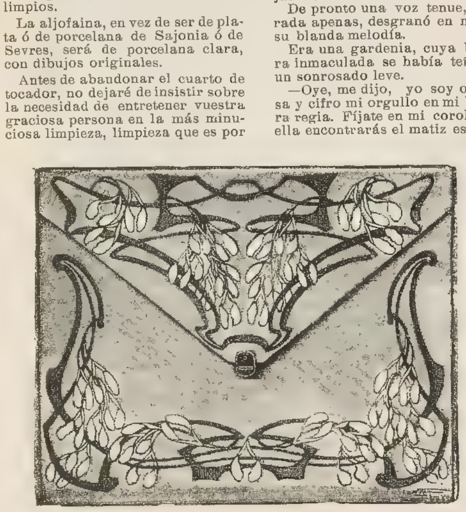
Y también, como vosotras, maldigo á mi rival!

Pobrecitas! las dije, con razón os sentís avergonzadas. Mi sultana ha pasado por aquí y el color de sus mejillas es más blanco que la gardenia, sus labios más rojos que el mirto, y sus ojos más negros que un cáliz funeral de pasionaria.

JOSÉ F. ELIZONDO.



6.—Vestido de iglesia, para señoras jóvenes.

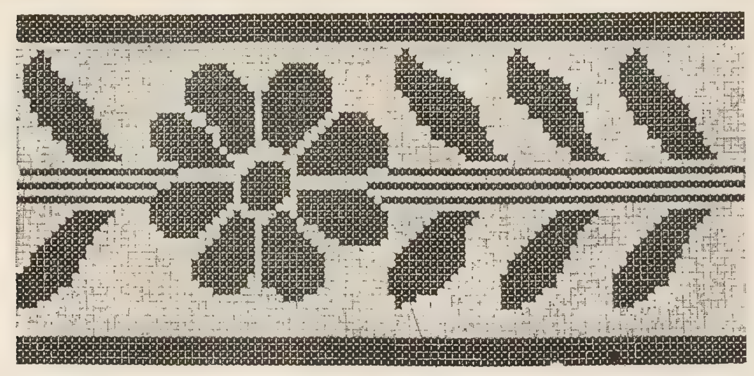


7.—Tarjetero de seda, con pinturas.

Economía Doméstica.

CONSERVACIÓN DE LAS SUBSTANCIAS ANIMALES POR EL ACEITE.

Las carnes, aves y pescados se conservan por largo tiempo sumergidas en aceite, aunque no se hayan cocido; pero si reúnen estas circunstancias, el buen éxito es seguro. De cualquier modo que sea, se procede como sigue: se preparan las carnes, aves ó pescados en cuartos ó en tajadas regulares; si son crudas, se enjugan bien; si se les ha dado una tercera parte de su cocimiento, será

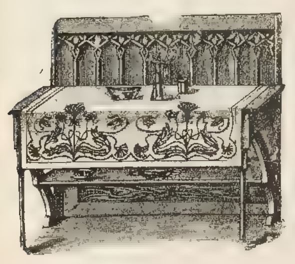


9.—Otra labor para aplicaciones.

por el asado y frito. Preparadas así, se van colocando en buen orden en un puchero nuevo ú orza de barro, ó bien en un bote de vidrio. A medida que el vaso se va llenando, se comprimen un poco las tajadas y se echa el aceite de buena calidad hasta que el líquido las supere á lo menos dos dedos. Se tapan después los vasos herméticamente con tapones de corcho y betún, y se colocan en lugar fresco y al abrigo del aire.

El quedar los vasos bien cerrados es una circunstancia esencial para el buen éxito de la operación, en particular si las substancias deben conservarse por algún tiempo.

Cuando se quiere emplear una substancia conservada por este medio, se pone en agua fría, se lava y



13.—Pequeña mesa-estante para niños.

se exprime bien para separar todo el aceite de que se halla impregnada y luego se adereza. El aceite empleado para este medio de conservación no se altera por el contacto con las carnes; así, después de haber servido para conservarlas, puede emplearse para condimentar las mismas substancias conservadas, ó cualesquiera otras.

ADOBO PARA CARNES

Cocidas las carnes, ó mejor asadas, se las frota con sal y un poco de pimienta, yerbas aromáticas, como orégano, laurel y otras, y si gustasen, ajos machacados; se ponen en orzas, bañándolas bien con vinagre y vino blanco licoroso, por mitad, ó poniendo mayor cantidad de vinagre, si no es muy fuerte; se tapan bien y se colocan en lugar fresco, y para emplearlas, se condimentan con el guiso que les es propio.

Cuando se quiera una conservación más prolongada como de seis meses ó más, el adobo de vinagre y aceite es el más seguro.

PERDICES EN ESCABECHE

Se da á estas aves un principio de acción por el asado en cazuela; se colocan en orzas vidriadas entre algunas hojas de laurel, de modo que queden bien ajustadas, con algunos pedacitos de sarmiento; se procura que no toquen al fondo ni las paredes del vaso. Se ponen al fuego en una cazuela dos partes de aceite y una de vinagre con su correspondiente sal, un poco de pimentón dulce, si se quiere, ó pimienta negra ú otra especie, unas hojas de laurel orégano y algunas cabezas de ajos enteras; se da un hervor á la salsa, y aún caliente se echa en la orza en que están las perdices, de modo que queden bien cubiertas; se cierra el vaso y se guarda en lugar fresco; este escabeche sirve también para otras aves, como codornices, becadas, etc.

Cuando se quiera comer, se preparan con el guiso ó salsa que acomode, ó frías como la misma salsa de adobo. Y si su conservación no ha de ser por mucho tiempo, puede substituir vino blanco cocido al aceite.

ACEITUNAS QUEBRANTADAS

Las aceitunas son la única fruta que se conserva por la sal; para poderla comer, aun por este medio, es preciso quitarles el gusto acre y amargo que les es propio; el agua sola basta para ello; pero no se consigue sino al cabo de mucho tiempo, particularmente si se adoban enteras.

Los mejores modos de preparación son los siguientes:

Se escogen verdes, y al punto que van á madurar, se las quebranta sobre una piedra y se las va echando en un barreño lleno de agua clara, que se muda cada día, hasta que no sale amarga; estando en este punto, se ponen en orzas de tierra barnizada, ó mejor en botes de vidrio, con agua suficiente para cubrirlas; se les echa bastante sal, pimentón, orégano, hinojo, ajos machacados y unas rodajas de naranjas agrias; á los dos ó tres días de estar en el adobo, pueden principiarse á comer.

Así preparadas, duran poco tiempo; lo más un mes.

Si se quiere que desamarguen más pronto, se escaldan luego de partidas, pero pierden un tanto su buen gusto.

ACEITUNAS RAJADAS

Se cogen en el mismo estado que las anteriores; se les hacen á cada una dos ó tres rajaduras de arriba abajo con la punta de un cuchillo y se ejecuta lo mismo que para las anteriores; pero el adobo se hace sólo con sal y plantas aromáticas, como tomillo salsero, ajedrea, hinojo, hojas de laurel y orégano; adviértase que estas dos últimas plantas las ponen de un verde desagradable y por ello algunos las omiten, aunque las den buen gusto. Estas aceitunas se conservan por tres ó cuatro meses, se les pone naranja agria y ajos, y se pasan más pronto.

ACEITUNAS ENTERAS

Como éstas se guardan todo el año, se cogen en el mismo estado que las anteriores, pero se eligen las mejores y más sanas; se tienen en agua nueve días, mudándola dos veces cada día; puestas en una salmuera á prueba, esto es, que se mantenga flotante en ella un huevo, se adoban con las yerbas aromáticas que se han dicho para el antecedente método: preparadas de este modo, no pueden comerse hasta después de seis ó siete meses; pero se conservan de un año para otro y son mejores.

Para adobar las aceitunas enteras de modo que puedan comerse luego de su preparación, el único medio es el de desmargarlas en lejía, siendo buenas para esta preparación todas las especies de aceitunas; pero las mejores son las pequeñitas ó de cornezuelo.

Para un celemín de aceitunas, se emplea un celemín de ceniza de sarmientos y un terrón de cal viva del tamaño de una manzana regular; se pone todo junto en una tinaja con agua suficiente y que lo cubra todo, la cual se habrá apagado antes para reducirla á polvo; se tienen las aceitunas por espacio de veinte y cuatro horas, revolviéndolas tres ó cuatro veces; se prueban y se dejan aún en ella, si no han perdido el amargo; si lo han perdido, se lavan y se dejan en agua clara por tres ó cuatro días; entonces se ponen en el adobo compuesto de agua, bastante sal, unas hojas de laurel, cilantro, corteza de limón ó naranja, hinojo, ajedrea ó tomillo salsero, que se hace hervir todo junto, y se echa frío sobre las aceitunas hasta cubrirlas bien del todo en la vasija, que se tapa lo mejor que se pueda y se guarda en lugar fresco.

Esta es la mejor preparación para las aceitunas verdes.

ACEITUNAS CONFITADAS

Para esta preparación se emplean las aceitunas ya adobadas por el método anterior; se cortan como á orejones, quitándoles el hueso y metiendo en su lugar una alcaparra ó un pedacito de anchoa, ó ambas cosas; así compuestas, se ponen en botellas, que se llenan de buen aceite; para esta preparación deben ser las aceitunas gordales ó sevillanas.

ACEITUNAS SECAS

Se escogen bien maduras y del todo negras, se secan al aire ó al sol ó se escaldan como las ciruelas, y se guardan en lugar seco.

Cuando quieran prepararse para comerlas, se pone una porción de ellas en una olla, se les echa sal, algunas rodajas de naranja agria

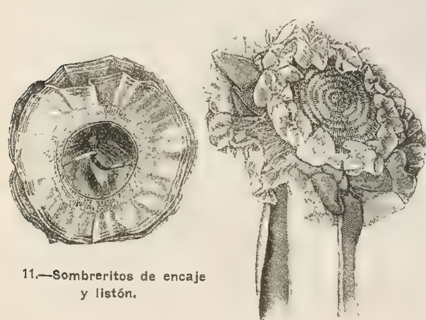


16.—Falda de 7 cuchillas. para "Skating".

y una porción de aceite, se sacude nuevamente la olla para que el aceite se extienda igualmente y unte todas las aceitunas; por ocho días se repite, cada uno lo mismo, y entonces estarán adobadas y podrán comerse; esta preparación no dura mucho tiempo; así, conviene guardar las aceitunas secas para irlas preparando á medida que se consuman las adobadas.

FRUTAS ROJAS Y DE HUESO

Las primeras, como son grose-



11.—Sombreritos de encaje y listón.



12.—Cubierta en seda, para almohadones.

llas, cerezas, guindas, fresas, frambuesas, y las segundas, como albaricoques y melocotones, se escogen maduras, pero que no lo estén demasiado; se desgranan las grosellas, se quitan los palitos á las cerezas y los huesos á los albaricoques y melocotones; puestas con separación estas frutas en las botellas, se las deja dar un hervor en el baño de María.

Para las frutas rojas no deben emplearse vasos de hojalata, porque el hierro y el estaño las altera el color.

Las fresas pierden un tanto su perfume; pero esto no sucede, si estrujándolas se las mezcla como la mitad de su peso de azúcar y un poco de ácido de limón.



15.—Valioso y elegante cuello de encaje de la India para sobreponerse sobre fondos obscuros.

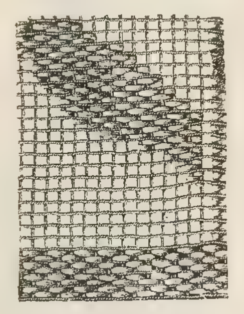
RECETAS DE COCINA.

SOPA DE PAN Á LA JARDINERA

Se coloca sobre el fuego una cazuela con aceite ó manteca y se fríen en él tomate cortado en pequeños pedazos, cebolla menuda, ajos, perejil y un poco de pimiento; cuando esté todo á medio freir, se echa el pan cortado en pedazos muy delgados, y se fríe todo junto hasta que esté dorado; luego se echa el caldo del cocido, dejándolo reposar un poco, y se sirve.

OTRA SOPA DE PAN

En una sopera proporcionada se cortan cortezas de pan secas ó tos-



17.—Detalle de labor para aplicaciones.

tadas, pero no quemadas, y se les echa por encima el caldo que baste para remojarlas, y al tiempo de servirla se les echa otro poco de caldo bien caliente, cubriéndola de algunas legumbres. Observad que nunca se debe hacer cocer el pan en el caldo, pues esta mala costumbre le quita el gusto.

SOPA DE CEBOLLA CON LECHE

Se prepara y rehoga como la precedente, y cuando haya tomado color la cebolla, se añade la leche y un poco de sal; hágase cocer un cuarto de hora y mójese el pan.

SOPA DE CEBOLLAS.

Se limpian unas cebollas; después de bien lavadas, se rebanan y fríen en manteca hasta que estén bien escaldadas, sin llegar á dorarse; échese después un poco de harina en la misma cazuela hasta que dore, y añádanse unas cucharadas de caldo desgrasado, ó agua, si no se tiene á mano aquél. Se deja hervir por media hora, y cuando vaya á servirse en la mesa, se le añaden unos coscorroncitos de pan fritos en mantequilla. El resultado es una sopa sabrosísima y muy alimenticia.

GAZNATES DE CAMOTE.

Se ponen á asar en el horno los camotes hasta que estén tiernos; entonces se sacan de la cáscara, á punta de cuchara, y se muelen. A dos tazas llenas de camotes molidos se mezclan una cucharada copeteada de mantequilla, una cucharadita cafetera rasada de sal, y la mitad de esta cantidad de pimienta. Fórmese con la pasta unos cilindros de las dimensiones de un chorizo; envuélvanse en huevo cortado y pan rallado después, y finalmente, fríanse en bastante manteca hirviendo como para buñuelos.

EL ABANICO.

«¡Qué gracia da el abanico á una mujer que sabe manejarlo! escribía madame de Staël. ¡Serpentea, vuela, se cierra, se abre, se levanta, se baja, según las circunstancias! ¡Oh! apuesto que en todo el tocado de la mujer más coqueta y mejor engalanada no hay ningún adorno del cual pueda sacar más partido.»

En España, principalmente, el abanico desempeña un papel importante en cuestión de amores. ¡Cuántas citas se dan, cuántas confesiones se hacen, según la manera de abrir ó cerrar el abanico! ¡Cuántas cosas tapa este velo elegante y caprichoso: las miradas apasionadas, los besos tímidos, los hipócritas pudores!

Nuestras abuelas poseían uno ú dos abanicos. Hoy día, el tono de la moda exige que se tenga un abanico para cada vestido. No encuentro en esto ningún inconveniente, si la fortuna permite tener tantos abanicos preciosos como trajes.

Pero á no ser así, aconsejo, como en todo, que se tenga poco, pero bueno y bello.

Bello, no en el sentido que generalmente se da á esta palabra, que para la mayoría significa riqueza; yo entiendo por bello lo que es artístico y distinguido. Dos ó tres abanicos, y si no, uno solo que vaya con todos los trajes; pero entonces una verdadera obra de arte, un abanico antiguo, por ejemplo, ó un asunto moderno hecho por un pintor de fama, ó también un hermoso abanico de plumas de avestruz montado sobre varillas de concha ó carey.

Se hacen ahora, en estos distintos géneros, cosas muy bonitas; pero hay que saber encontrarlas, y no es recorriendo los almacenes ó bazares como se encuentra la obra maestra que conviene á la fina belleza de cada cual.

EL TESTAMENTO.

Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $ 125,000

La mayor parte de lo testado consistia en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mútua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna dl distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

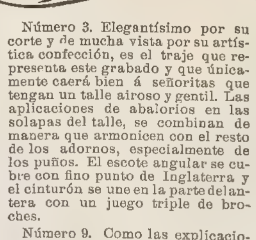
Dos pólizas de ''La Mutua,'' Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. . . .	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas. .	9,829 oro
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela ''Santa María'' de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.







Explicación de nuestros grabados.

Número 1. Traje de paseo, con cuello de esclavina y aplicaciones de cintas, de elegantísima confección y graciosa vista. El cuello, que como ven nuestras lectoras es de mucho efecto por las airosas y abultadas hombreras, encaja perfectamente con la índole general del traje y lo complementa. El pequeño y cuadrado escote, cubierto con fina gasa, va rodeado de encaje inglés igual al que llevan los puños. Las aplicaciones de abalorio en las dos cenefas del peto, cuelgan junto á la cintura, que va rodeada de un listón no muy ancho y terminado por la parte posterior en vistosa moña. Por lo que respecta á los sombreros del grabado, debemos manifestar que constituyen los últimos modelos de primavera, y que su elegante y airosa forma será, indudablemente, del agrado de nuestras lectoras. Los principales adornos de estos sombreros son florales y uno de ellos lleva una pequena guarnición ó cuerpo de terciopelo.

Número 2. Completamos en el presente número la colección de trajes infantiles que dimos á conocer en el número pasado. Como se puede ver, la diversidad de estilos y formas de estos trajecitos, constituye una verdadera novedad, pues la evolución de la indumentaria infantil ha sido verdaderamente notable en estos últimos tiempos. Las madres de familia podrán, a su antojo, alterar los detalles de estos trajecitos, pero les aconsejamos no los alteren con reformas de mal gusto.

1.—Traje de paseo y elegantes sombreros de primavera.

Número 3. Elegantísimo por su corte y de mucha vista por su artística confección, es el traje que representa este grabado y que únicamente caerá bien á señoritas que tengan un talle airoso y gentil. Las aplicaciones de abalorios en las solapas del talle, se combinan de manera que armonicen con el resto de los adornos, especialmente de los puños. El escote angular se cubre con fino punto de Inglaterra y el cinturón se une en la parte delantera con un juego triple de broches.

Número 9. Como las explicaciones de estos trajes se amoldan perfectamente á la de trajes análogos que hemos publicado en números anteriores, sólo manifestaremos á nuestras lectoras que el que se encuentra en primer término es de confección que pudiéramos llamar modernista. El talle, en su parte inferior, lleva un pequeño y elegante blusado de gasa, que es lo que constituye la nota verdaderamente original de este vestido. A pequeña altura del hombro y siguiendo esa dirección hasta la mitad anterior del corpiño, se lleva un tejido de ancha cinta, rematado con pequeños botones metálicos. Este adorno se repite en la parte inferior y lateral de la falda, en cuyo centro y á la misma altura se colocan tres grupos de cordoncillos triples. El cuello se hace rematar por tres pequeños picos de encaje.



PÁGINAS DE UN LIBRO.

La poética.—Es un capricho de la naturaleza, generalmente sin saberlo, pues es muy raro hoy día ver una mujer poética. Es un género completamente pasado de moda. Nuestras abuelas, amantes de la literatura de su juventud, eran mujeres poéticas.

El lirismo se revelaba en sus miradas, en sus ademanes, en sus trajes: mangas afaroladas, especie de alas que parecían modelarse sobre el énfasis del romanticismo, moño alto y cinturones con las puntas caídas, que se balanceaban con los movimientos ondulosos del andar.

Sin embargo, existen todavía algunas señoras y algunas muchachas que, sin querer entrar por el aro que hoy priva, desean conservar la gracia poética que la naturaleza les ha dispensado.

La mujer ó muchacha poética tendrá una manera sencilla, graciosa de vestirse, de hablar, de andar, de mirar.

Claro está que estamos lejos del traje de muselina blanca de nuestras abuelas; pero hay vestidos muy sencillos, poco costosos, de lana, velo ó cachemira de las Indias, sedas blancas, ligeras, surá, satín maravilloso de color blanco dorado, rubio, que permiten hacer trajes á la vez deliciosos y baratos.

Faldas completamente plegadas, cuyos pliegues ondulan y producen reflejos deliciosos á cada movimiento; un cinturón con un lazo flojo, de color pálido; una berta ó pelerina de encaje, una flor en el pelo ó en el pecho, componen un conjunto joven, gracioso, esencialmente poético, y, sobre todo, al alcance de todas las fortunas.

Su habitación tiene la misma sencillez exquisita; pero gracias al encanto radiante de su belleza, de



2.—Variada colección de trajes infantiles.



3.—Traje "Renacimiento" para paseo campestre.

su mirada bañada de un fluido luminoso, alumbra y embellece todo lo que la rodea: no es su tocado, no es su marco la que le da realce; ella es la que embellece su tocado, es su distinción verdadera la que da valor á todo lo que la rodea.

LA SENTIMENTAL.—La mujer naturalmente sentimental es seria y algo indolente. Su mirada se reconcentra habitualmente, como la de las personas que tienen la costumbre de mirar con más frecuencia en su corazón que en la vida. Tiene la actitud algo lánguida de la melancólica y la indolencia graciosa de la poética, pues tiene mucho de ambas; es una reconcentrada, y no una exuberante.

Su infinita necesidad de cariño se lee en su sonrisa enternecida, en su mirada profunda, de órbitas bien señaladas, la pupila cambiante, casi siempre azul ó de un color gris parecido á la amatista.

Sus delicados párpados tienen una manera especial para abrirse y cerrarse, indicando las ternuras desconocidas que le oprimen el corazón. Adorables rayas azuladas obscurecen y marcan las sienes y forman ojeras.

Para sus trajes de casa usará un abandono gracioso. Sus faldas tendrán ondulaciones fugitivas; se vestirá de preferencia de azul muy pálido, tirando á gris, con una nota restringida de encarnado vivo: sea un chaleco muy estrecho, sea una flor, sea un rubí en el dedo, ese rojo dejará, por decirlo así, transparentar la llama interior y profunda que la devora: el azul, símbolo de amor puro; el encarnado, de pasión ardiente.

Hay en los azules y encarnados, matices que se armonizan admirablemente y producen un efecto muy atractivo; el blanco igualmente, si se le añade un lazo que vaya bien con el color del pelo y del rostro. El malva, el heliotropo, todas esas medias tintas, le convendrán mucho mejor que los tonos bruscos ó chillones.

Su interior estará decorado de manera sobria y elegante; las colgaduras serán de colores obscuros, y aquí y allá algunos toques vivos de color, indicando, como en el tocado, el fuego que cubren las cenizas.

Su perfume será penetrante y dulce, personal; no lo cambiará. Su naturaleza, en la que predominan el cariño y la constancia, rechaza todos los movimientos caprichosos ó fantásticos.

LA ARREBATADORA.—La mujer alegre, movible, es también una encantadora, á veces muy tentadora á causa de la multiplicidad de sus aspectos y de sus expresiones. Verdadero calidoscopio viviente, divierte á lo primero, luego interesa y por último cautiva.

Sus trajes deslumbradores están en armonía con su carácter: varían según el capricho del momento, sin que puedan explicar el motivo. Se las ve pasar de los trajes obscuros á los más claros, de los más serios á los más provocativos, según su humor, cambiadizo cual las ondas.

La encantadora y arrebatadora, ó la que quiere serlo, varía también de peinado á cada instante. Como es coqueta, sabe darle una gracia, un «chic,» que la hace picante, original. Hay que confesarlo, esos cambios, para ciertos espíritus masculinos que aman la variedad, bastan para atraerlos y subyugarlos.

Lo mismo debe ser para el mobiliario. Debe variar á cada paso su instalación, cambiar los muebles de sitio y cambiar el plegado de los cortinones. Debe ser muy aficionada á los bibelots; debe haber en su casa una multitud de bibelots raros, disparatados, pues su espíritu, su gusto caprichoso se complace con las originalidades, llegando á veces hasta la excentricidad.

La despreocupación es el fondo de esa naturaleza movediza, fácil de distraer. Pero si, á pesar de todo, quiere conquistar el afecto duradero de su marido, importa en extremo que consiga, haciendo un esfuerzo, recogerse de cuando en cuando; que la mujer, por momentos, pueda más que el niño; que sepa mostrarse seria y cuide de su casa, de donde depende el bienestar de los suyos; que sepa también hacer el sacrificio de algunos caprichos demasiado costosos, que podrían desequilibrar el presupuesto del matrimonio, pues de este equilibrio bien entendido depende, no solamente la propia felicidad, sino también la de los seres que nos son más queridos: nuestro esposo y nuestros hijos; nuestros hijos, sobre todo, cuyo porvenir entero podría verse comprometido por la frivolidad ó la imprevisión.

Tengan, pués, la seguridad las caprichosas, las más arrebatadoras de todas, que entre las variedades de humor, la que mejor atraerá á su marido será la que sepa mostrarse seria algunas veces y económica cuando haga falta.

LA VERDADERA ENCANTADORA.—Hay algunas mujeres, más de las que se figuran algunos, mujeres de talento y de buen sentido, que saben ordenar su vida con juicio, conservando á la par la apariencia de elegantes fútiles enteramente preocupadas de sus placeres y de su coquetería.

A éstas nada hay que enseñarles, pero se trata de convertir á los principios de orden y de economía las cabezas jóvenes mal equilibradas, que entran en el mundo con todo género de aspiraciones más ó menos vanidosas, que creen que todo les es debido, que no admiten que se resista á uno de sus deseos, que para obtener una alhaja deseada ó para igualar á sus rivales en elegancia, se condenan á sufrir verdaderas privaciones que comparten con sus hijos.

La coquetería, llevada hasta tal punto, es un vicio verdadero, contra el cual toda mujer debe protestar, si no quiere exponerse á mil



4.—Traje de paseo.



7.—Trajecito bata con cuello esclavina para niñas de 3 á 4 años.



5.—Trajecito para niñas de 7 á 8 años.



.—Otro traje infantil para niñas de 6 á 7 años.

sinsabores, que podrían alterar, no sólo la paz de su interior, sino tambión su belleza.

Efectivamente, para conservar la belleza hace falta, ante todo, la paz del alma, la serenidad del corazón, una vida exenta de cuidados, que producen el insomnio, arrugan la frente, contraen la boca y adelantan por tanto la edad de las arrugas.

A la frívola, graciosa, en'oquecedora y encantadora va dirigido especialmente este sermón, pues con su graciosa cabeza de chorlito, que gira cual las veletas, se puede temer que, loca de su cuerpo encantador, mimada por su marido, mimada por todo el mundo, riendo, bailando y jugando, se deje, sin embargo, arrastrar hacia una catástrofe irremediable.

Son muy numerosas estas divinas seductoras, á quienes no se puede rehusar nada.

Sin embargo, á propósito de esas catástrofes, tan frecuentes hoy día, ¡cuántos maridos hay tan culpables ó más que sus esposas! Soberanos, dueños de la fortuna, por ministerio de la ley, á veces no quieren revelar á sus esposas, eternos menores de edad, la situación exacta de sus negocios. ¡Hablar seriamente con una niña! es preferible que desconozca una verdad que la inquietaría tal vez.

—¿Pero vamos á ver—decía un día una mujer á su marido, que veía á veces preocupado,—cuáles son nuestros recursos verdaderos?

—¡Qué te importa!—le contestó con impaciencia;—haz cuantas economías puedas, lo demás es cuenta mía.

La mujer no hizo caso de esta vaga contestación y continuó gastando sin ton ni son, viendo además que su marido no se privaba de satisfacer sus propios caprichos. Pocos años después sobrevino la ruina completa. Hoy día han desaparecido y expían en la miseria su falta de orden, de previsión, y, sobre todo, de unidad en la administración de su fortuna, que en el momento de casarse ascendía á algunos millones.

Cuando un marido hace conocer á su mujer el estado de sus negocios, da pruebas de que no la trata como á una niña irresponsable. La mujer entonces, sintiéndose elevada por esta confianza, querrá mostrarse digna de ella y pondrá atención, cuidando de la administración de su casa.

La verdadera encantadora, la que quiere serlo á cada instante de su vida en sus mil detalles, es la mujer que al mismo tiempo cuida su belleza y su reputación de alta elegancia, ocupando en el mundo la posición que le dan su fortuna y su clase, y sabe dirigir y llevar su casa con sabia economía. Ahí es donde se despliegan los recursos del genio femenino: el orden, un orden elegante en su interior, en su «home» como dicen los ingleses.

Empleamos esta palabra á propósito, porque el «home» en Inglaterra es verdaderamente el santuario de la mujer.

Todo está ordenado y coordinado en armonía con la felicidad del esposo, del porvenir de los hijos, del confort de todos.

Esta encantadora tiene casi la seguridad de adquirir un gran ascendiente sobre el espíritu de su marido y de conservar su cariño.

DUQUESA LAUREANA.

EL HASTIO.

De este país que ve en sueños
todo el que los ojos cierra,
dicen que muere de hastío
«Mari-posa,» que es la reina.

Es su constante manía
tener en lindas macetas
cuantas flores delicadas
contiene la primavera,
porque quiere á cada aurora
estrenar, hecho por ella,
un vestido de claveles
que cubra su estatua regia.

Apenas despunta el día,
va recorriendo ligera
con sus damas los jardines
del palacio que la encierra,
y hasta él regresan trayendo,
sobre sus trajes de seda,
llenas las faldas de flores
de tinta y forma diversas.

En salón de fresco mármol,
de una blancura que ciega,
dan los cálices brillantes
como una lluvia risueña,
y así el mármol salpicado,
dirige la misma reina
los tejidos de su traje
hechos en mágicas ruecas.

Pone á una dama á que rice
volantes color de crema,
á otra encajes de escarlata,
á otra tules de violeta.

Otras damas se entretienen
en labrar la fina tela
del manto real que cobije
desde el pie hasta la cabeza.

Tijeras de oro y de plata
los sabios dedos manejan
en el obrador luciente
del palacio de la reina,
hasta que al cabo del día,
sobre el blancor de la piedra,
terminada y primorosa
da la vestidura espléndida.

¡Qué orla de claveles blancos
forma la linda gorguera!
¡qué de claveles de oro
en los volantes se mezclan!
¡cuántos claveles de sangre
entre la falda se enredan!
¡cuántos claveles de púrpura
en torno del pecho juegan!

De claveles «de corona»
está la corona hecha,
y de grandes clavelones
el manto que arrastra y cuelga.
Está en capullos el traje
y no en corolas abiertas,
que abiertas se desharían
solamente con tejerlas.

Al dar la siguiente aurora
al cielo su luz primera,
para entretener su hastío
viste su traje la reina,
y por que el día entreabra
su vestidura soberbia,
en su jardín se reclina
junto á una fuente de perlas;
y á medida que la luz
va dorando cielo y tierra,
los capullos de su traje
se hacen corolas risueñas.

Pero la reina suspira
entre tanta pompa bella,
y es porque la flor del alma
la tiene cerrada y muerta.

¡Reina infeliz que te vistes
de frescas flores por fuera:
abre por dentro esas flores
y serás feliz, oh reina!

SALVADOR RUEDA



6.—Trajecito con saco paletó para niñas de 8 á 9 años.

MANERA DE LIMPIAR GUANTES

El método más sencillo y más barato, consiste en calzarse el guante que se va á limpiar y frotarlo suavemente con un pedazo de franela humedecido con agua de jabón. Una vez limpio, se frota con otro pedazo de franela seco hasta que toda la humedad haya desaparecido.

Téngase cuidado de no descalzarse el guante hasta que haya secado perfectamente para que no se frunza ó encoja.

ALCACHOFAS RELLENAS.

Se despojan de las hojas exteriores y se les hace dar un hervor en agua y sal, se ponen en un tablero á que escurran bien, se tiene manteca en una cazuela, y después de rellenar las alcachofas con un picado de ajo crudo, perejil, aceite y pan rallado ó con carne muy picadita, se les pone en ellas á fuego dulce, cubriendo la cazuela con una tapadera de hierro con rescoldo hasta que se tuesten. Si se quiere con salsa, se pasan por un batido de yemas y se echa una salsa de avellanas.

PARA EL HOGAR

El Loco de los Relojes.

Con este nombre designaban en uno «de nuestros primeros manicomios» á un pobre demente, que antes de serlo se llamaba D. Isidoro Valterra.

Fué hombre de talento, sin duda para que no fallase el refrán que dice que «ningún tonto se vuelve loco.»

Era rico, y gozó de la vida ampliamente: la moral no me permite el uso de otro adverbio.

Pero á los cuarenta y cinco años empezó á tener manías; fueron creciendo, fueron acentuándose y llegaron á ser peligrosas.

Al fin y al cabo, hubo necesidad de encerrar á D. Isidoro.

En sus últimos días de libertad le dió por los relojes, y los paraba todos. Cuando veía un reloj andando (naturalmente, en la forma que andan los relojes), se ponía furioso. Quiso matar á su criado porque había dado cuerda al reloj del gabinete, llamando al fámulo á voz en grito asesino, traidor, endemoniado. Intervino el juez; intervinieron los médicos; le formaron causa por heridas; se dieron informes periciales, y, es claro, la ciencia jurídica y la medicina legal llevaron á D. Isidoro al manicomio. No podía resultar otra cosa de tal conjunción.

En tal estado vivió muchos años, no muchos, y sus únicas ocupaciones en este período final de su existencia consistían en escribir «su historia,» según luego se vió, y en romper las cuerdas de cuantos relojes encontraba ó se hacía llevar; porque, como era rico, los parientes que habían de heredarle satisfacían de cuando en cuando los caprichos de D. Isidoro sin excesiva tacañería: no se puede hacer menos por quien nos va á dejar unos cuantos millones. Pero en fin, á fuerza de romper las cuerdas de todos los relojes que caían en su poder, rompió la cuerda de su propia máquina.

Después de morir el pobre señor, se recogieron muchos papelotes que contenían «sus recuerdos,» y entresacando los menos desatinados, y dándoles forma semirracional, se han escrito los siguientes apuntes.

Claro es que en ellos se habla de cuenta de D. Isidoro, y que se escriben las cosas, no como fueron, sino como él, en su imaginación calenturienta, creyó verlas.

Y aquí empieza la vida de nuestro héroe.

***

Hasta los cuarenta años, D. Isidoro gozó de perfecta salud. Pero al cumplir «la cuarentena» le asaltaron como por sorpresa varias enfermedades, todas ellas provistas de nombres formidables. D. Isidoro empeñóse en que se moría, y, sobre todo, se le metió en la cabeza que había de morir en el mes de enero ó en el mes de diciembre.

«Al acabar un año, acabaré yo,» decía con profundo convencimiento. Así es que el 31 de diciembre era en estos últimos tiempos para el pobre señor un día tristísimo, un día de crisis y de angustia.

¡Morir en un San Silvestre! ¡Qué crueldad del destino y qué falta de respeto para con una persona de tan altas cualidades!

En uno de estos días nefastos volvía D. Isidoro en su coche de ver al médico, y había adquirido en aquella consulta la evidencia de que no le quedaban ni veinticuatro horas de vida.



9.—Trajes de paseo. Uno de chaqueta corta y el otro de tela escocesa.

Subió, ó lo subieron, la escalera. Entró en su gabinete. Echó á todo el mundo fuera, y se entregó á la más negra desesperación.

¡Morir! ¿Por qué? ¿Para qué? ¿A quién estorbaba en el universo? ¿Qué mal hacía á nadie? ¿Qué iba ganando el Cosmos con que él muriese?

El no era una mala persona, ni era un imbécil. Admiraba la naturaleza, admiraba las artes. Así es que por amor á la naturaleza viajaba mucho, visitaba los Alpes, los Pirineos, Suiza y Andalucía. Así es, repetimos, que, á fin de proteger las artes, compraba cuadros y asistía á los conciertos y á los estrenos de los dramas.

¡Qué más se le puede pedir á un hombre honrado!

El daba limosnas, muchas limosnas; siempre llevaba los bolsillos llenos de perros chicos y grandes y volvía á casa con los bolsillos vacíos.

Luego amaba al prójimo. ¿Qué más se le puede pedir al ser humano?

No era muy seguro que creyese en Dios; pero, por si acaso, procuraba no ofenderle, y de todas maneras casi creía en el diablo. Y esto es ya un principio de religiosidad.

Digámoslo de una vez, aunque D. Isidoro no lo confiesa: siempre fué «supersticioso,» muy supersticioso.

Dados estos antecedentes, se comprende que el hombre se diera á todos los diablos.

Y, en efecto, resolvió darse al diablo.

D. Isidoro había llamado al cielo, como Don Juan Tenorio; pero el cielo no le había oído, sin duda porque no lo merecía. Se había hecho devoto, había rezado, siempre pidiendo á Dios que le devolviese la salud, pero en vano; le parecía, en sus delirios, que bajaba de lo alto una voz, diciéndole en tono burlón: «¡La salud! ¿Conque la salud? Ya sé para lo que quieres tú la salud; espera un poco.»

Acaso era la propia conciencia de D. Isidoro la que así hablaba.

¡Darse al diablo! Esto era su úni-

co recurso y su única esperanza.

¡Mire usted que pedir esperanzas al diablo, al único ser que nada espera! Pero el que está perdido se agarra á un clavo ardiendo, y D. Isidoro se agarró al enrojecido cuerno de Satanás.

Estaba resuelto: llamaría al demonio. Verdad es que de algún tiempo acá el demonio no acude, al menos en persona, á tales llamamientos; pero esto debe consistir en que como la fe está tan decaída, no se le llama de corazón y en serio. Se llama pensando: «Te llamo, pero ya sé que no vendrás.»

No; nuestro hombre se propuso llamarle de veras, con todas las voces de su cuerpo y todos los infernales alientos de su espíritu.

Le llamó y no vino.

«Debe consistir, pensó él, en que aún es de día (eran las once y media de la mañana), y al diablo no le gusta la luz del sol.»

Entonces D. Isidoro cerró el balcón; corrió las cortinas; mandó encender un gran fuego en la chimenea, porque el diablo debe de ser muy friolero, según lo que abusa de las ascuas y del agua hirviendo; no encendió la luz eléctrica, porque estos modernismos de la ciencia no son del gusto de Satanás. Satanás es clásico, eminentemente clásico; pero encendió una vela á Dios y otra al diablo.« El estaba resuelto á entenderse de solo á solo con el Señor de las Tinieblas.

Después se acercó á la chimenea, sobre ella había un magnífico reloj, de que cuidaba mucho D. Isidoro, y al cual él sólo daba cuerda en días señalados del mes; á un lado y otro del reloj lucían figuras de bronce representando á Fausto y á Mefistófeles.

Cogió con gran trabajo al Mefistófeles y le colocó en una butaca; en la de enfrente se sentó y empezó su evocación casi á gritos y casi entre convulsiones:

—¡Satanás, ven á mí! ¡Yo te llamo, Satanás, Lucifer, Belcebú, Mefistófeles; yo te llamo con todos los nombres que tengas! Ven á mí, noble ser de las tinieblas, del dolor, del mal y del pecado! Don Isidoro Valterra te llama; y sin esperar á que fabriquen el «contrato de trabajo,» está dispuesto á contratar contigo franca y lealmente! ¡Acude á mi voz, que te ofrezco mi alma, y mi alma vale la pena de que te tomes esta molestia. Ser infame, ruin y maldito, ven pronto que no puedo más!

Y D. Isidoro se quedó echado en la butaca y casi sin sentido.

Pasó un rato; se fué recobrando poco á poco, y fijó la vista con ansia en el sitio en que había colocado la figura de Mefistófeles.

La figura había crecido, se había hecho flexible y ya estaba arrellanada cómodamente en la butaca.

«Esto es un diablo de veras,» pensó D. Isidoro, entre alegre y aterrado.

Luego oyó una vocecilla de viejo que le decía:

—Aquí me tienes; ¿para qué me llamas?

—Para lo que te llaman todos: para venderte mi alma.

—Hace mucho que nadie me llama para venderme su alma: me la dan de balde.

—Sí; pero yo no soy tan tonto.

—Pues explícate.

—Según me ha dicho el médico, me quedan pocos días de vida.

—El médico atrasa; te quedan horas: al dar las doce de la noche en ese reloj, y al acabar el año, acabarás tú. Son las once y cuarto, conque ajusta la cuenta.

A D. Isiuoro se le acabó, ó poco menos, de helar la sangre; pero repuso:

—Pensé tener más vida.

—Tenías mucha más; estaba resuelto que llegases á los ochenta y nueve años; pero yo presenté un memorial á la Potestad suprema, pidiendo que me permitiese encargarme de tu vida; y tales méritos habías hecho, que la Superioridad accedió á mi solicitud. Conque yo resolví que murieses al dar ese reloj las doce de la noche.

—Está bien—dijo D. Isidoro, con algo así como un chispazo de luz en los ojos.—Hay que resignarse. ¡Pues aquí del contrato!



11.— Vestidos de viaje para señoritas jóvenes.

—Como quieras; aunque no vale la pena.

—Sí vale; porque tú sabes por experiencia que una alma no siempre está segura. ¿Y si á última hora me da por arrepentirme?

—Es verdad—dijo el diablo con noble franqueza.—Mejor es el contrato.

—Pues siéntate á mi mesa y escribe; yo dictaré. Pero antes dame por anticipado un poco de vida; las horas que me restan han de ser de perfecta salud.

—Es que todavía no hemos firmado el contrato.

—Es un anticipo.

—Sea—dijo el diablo bondadosamente; porque en no tratándose de la salvación, el diablo es bondadoso.—Se inclinó algo hacia adelante: extendió un brazo: prolongó un dedo, que fué creciendo á modo de florete, y le dió á D. Isidoro entre ceja y ceja la célebre estocada de Nevers.

D. Isidoro se sintió otro; ni más ni menos que á los veinticinco años.

—¡Admirable!—exclamó con júbilo.—Ya estoy á gusto; escribe.

El diablo se puso á escribir.

—Dicta.

Y dictó:

—«Ante las invisibles potencias celestiales comparecen....»

El diablo le interrumpió:

—Espera: tengo un escrúpulo literario. Si las potencias son «invisibles,» ¿cómo podemos «comparecer» nosotros?

—Para nosotros ellas son invisibles; mas no lo somos nosotros para ellas. Sigue.

—«......comparecen Don Isidoro Valterra....» Me pongo yo delante porque yo soy «Gran cruz» y tú no tienes ninguna.

—Una tengo, y me sobra. Pero continúa, que yo no soy vanidoso.

—«... Don Isidoro Valterra por una parte, y por otra Satanás, señor de los profundos; y lealmente estipulan el convenio siguiente:

«Artículo primero. Don Isidoro vende á Satanás su alma entera, con todos sus accesorios; en las condiciones que marcan las demás cláusulas.

«Artículo segundo. Don Isidoro vivirá.... hasta que den en el reloj aquí presente las doce.»

El diablo quiso interrumpirle, pero D. Isidoro se anticipó:

—Son tus palabras: tú lo has dicho: «Morirás cuando den las doce en ese reloj.» No quiero que me anticipes la muerte: francamente, no eres de fiar.

—Pero, ¿y si me haces trampa?

—No hago trampa; ahora verás. Sigue escribiendo.

—«Pero ninguna de las dos partes contratantes podrán tocar el reloj, ni adelantarlo, ni atrasarlo, ni pararlo tampoco. De lo contrario, este convenio se anula en perjuicio de la parte que á él falte. ¿Estás satisfecho?

—Lo estoy. Acaba.

—Acabo: «Artículo tercero. Mientras viva D. Isidoro, es decir, hasta que den las doce en el reloj citado, Satanás le concederá cuanto le pida: salud, oro, posiciones elevadas, deseos ambiciosos; en suma, le ayudará con todo su poder en cuantas empresas buenas ó malas emprenda.»

—Oye: en las empresas buenas no puedo ayudarte.

—Si tú me ayudas, dejarán de ser buenas.

—Lo procuraré—dijo el diablo con angelical sonrisa.—¿Y qué más?

—Basta con lo dicho. A firmar.

Y firmaron: D. Isidoro con su pluma; Satanás con la uña del dedo del corazón, dejando en el papel un rastro de fuego: «Satanás,» y la rúbrica, que parecía un rabo enroscado. Después sacaron una copia.

—¿Quieres más?

—No, puedes marcharte; pero antes.... ¿ves ese hermoso bargueño? Abrelo, no tiene nada; llénamelo de oro acuñado.

—¿No serían mejor billetes?

—No; hay que «sanear la moneda,» como ahora se dice, y empiezo por sanear la mía.

—Como quieras, me es igual.

Se acercó al bargueño, lo abrió,

tendió hacia el hueco los diez dedos, que se convirtieron en diez caños de moneditas de cinco duros, y bien pronto rebosaba el noble metal.

D. Isidoro miró las doradas piezas con satisfacción y regocijo, y aun hizo observar al diablo que la masa había quedado floja; «si le dieras unos cuantos zarandeos para que se asentasen las monedas, aún cabrían más.»

Así lo hizo el diablo con suma complacencia, y pronto el bargueño quedó repleto y macizo.

Don Isidoro volvió á su gabinete restregándose las manos. Miró al reloj con sonrisa burlona y dió unos cuantos paseos por la habitación.

Así estuvo dos horas. Al acercarse al reloj por última vez, respiró á sus anchas. Ya no se oía la péndola y las agujas estaban fijas.

D. Isidoro se vistió, salió de casa y pasó el día y pasó la noche en grande.

Volvió á las once y media y se tendió en la butaca tranquilamente.

Poco después, en la otra butaca,

El diablo dió un «bote de carnero,« y D. Isidoro lanzó una carcajada.

—¿Qué dices?

—Mira el reloj.

Se acercó el diablo á la chimenea y se «quedó pálido,» porque también el diablo tiene sus palideces.

—¡Está parado!....¡Lo has parado tú!..... ¡Trampa!..... ¡Trampa evidente y probada!

—No. Es que no tenía cuerda bastante.

—¿Tú lo sabías?

—Naturalmente. ¡Tenía seguridad

tes históricos de D. Isidoro, lo pasó en grande. Pero ¡qué desdicha! Tomó un criado que resultó admirable; ¡qué honrado! ¡qué inteligente! ¡qué leal! ¡qué trabajador!... y ¡qué funesto!

Volvió una noche D. Isidoro, y al entrar en su gabinete le llamó la atención un tictac que le puso el cabello de punta. Se precipitó á la chimenea y el «reloj estaba andando.»

¡No fué grito, no fué alarido, no fué rugido el que lanzó D. Isidoro!



10.—Colección de trajes de paseo y visita.

—¿Quieres más?—preguntó Satanás?

—Por ahora, no.

—Pues me retiro. «Hasta luego.»

—Como gustes.

Don Isidoro le acompañó hasta la antesala, y al despedirle le dijo, extremando la cortesía:

—Ya sabes que has tomado posesión de tu casa.

—Hace tiempo.

flotaba una neblina, que no tardó en cuajarse en forma de diablo.

—Ya estoy aquí—dijo el «espíritu malo.»

—Ya lo veo.

—Vengo á buscarte.

—Me parece que es pronto. Pero no importa, «esperarás sentado.»

—Falta un cuarto de hora.

—Falta más, bastante más que un cuarto de siglo.

absoluta de que á «las dos» se acababa la cuerda.

—¿Y no me lo dijiste?

—Ni tú lo preguntaste. Conque adiós..... es decir, al diablo....., hasta dentro de algunos años.

El diablo rugió colérico; pero al fin se fué con el rabo entre los cuernos, que no siempre lo ha de llevar entre las piernas.

Pasaron años, y, según los apun-

Fué algo sin nombre que rasgó el aire y bamboleó la casa.

Acudió el criado.

—¿Quién ha entrado aquí?

—Nadie. El reloj estaba parado y le he dado cuerda.

Entonces fué cuando D. Isidoro se lanzó sobre el fámulo y quiso matarlo.

***

En la muerte de D. Isidoro hubo

dos circunstancias muy notables.

Por disposición suya le llevaron en aquel día el reloj de su gabinete y los adornos de la chimenea. Pero sólo le llevaron una figura de bronce, la de Fausto.

Del Mefistófeles nada se supo.

D. Isidoro tampoco preguntó por él. Dió cuerda al reloj; se sentó enfrente, y al dar las doce, dió su alma á.... ¿á quién? A la justicia eterna.

Algunas horas después no vinieron precisamente los diablos á llevárselo; pero vinieron los herederos con las caras tristes, los dedos engarabitados y vestidos de luto.

JOSÉ ECHEGARAY.

RECETAS DE COCINA.

PATATAS Á LA ALEMANA.

Pélense y pártanse en rebanadas las patatas cosidas en estofado, córtense pedacitos de pan delgados y cuadrados, fríase todo con manteca de vacas, póngase en un plato hondo y riéguese con un cocido de harina de patatas. Antes de servirlas se puede dar color el guiso rociándolo co azúcar y poniéndolo en el horno de campaña. También se puede bañar con pala hecha ascua.

PATATAS Á LA POLACA.

Pónganse á coser patatas bien lavadas en agua con un poco de manteca de vacas, dos cebollas grandes en cuatro pedazos, tomillo, laurel, basilica, clavo, sal, y pimienta en grano; déjese coser hasta que se pueda hundir un dedo dentro; póngase en una criba á que escurran; se pelan, se parten en dos ó tres partes y por encima se cubren con salsa blanca ó con alcaparras.

PATATAS Á LA DUQUESA.

Pélense y córtense en pedazos, que se deberán haber cocido en agua de sal con un manojo de ajedrea; pónganse en una cacerola con algunas cucharadas de salsa cortada, espesa; deslíense en ella yemas de huevo y sala ligeramente, se añade un buen pedazo de manteca de vacas y se liga todo meneándolo con rapidez.

PATATAS EN SARTEN.

Se pelan y cortan en rebanadas delgadas después de cocidas, se ponen en un sartén con muy poca manteca de vacas ó de cerdo, y se vuelven hasta que tomen un color subido; se sirven las salsas. Para guarnecerlas se pueden emplear las espinacas, relleno de carne ó de ropa vieja, en lugar de las cortezas de pan fritas.

PASTEL DE PATATAS.

Se asan las patatas sobre la ceniza, se pelan y reducen á masa. Se deslíe ésta en seis yemas de huevo por libra de masa y cuatro onzas de azúcar en polvo. Se amasa todo junto. Se echa en seguida la cáscara de de limón rallada, su zumo y claras de huevo; hecho esto, se ponen en una tartera ligeramente untada de manteca de vacas, se le hace formar la corteza y tomar color bajo el horno de campaña.

PATATAS Á LA CREMA.

Después de cocidas, peladas y cortadas, se pone en una cacerola un pedazo de manteca de vacas amasado con harina, se deslíe con nata, se sazona con sal y pimienta, se mezcla esta salsa; cuando esté próxima á cocer, se echan las patatas, se saltean y sirven bien calientes.

PATATAS Á LA HOLANDESA.

Hágase una masa de las patatas como las precedentes; rehóguese, sazonándola con sal, pimienta y yerba finas picadas; se moja con un poco de jugo de vaca, se forman bolas, se rebozan en yemas de huevo batidas, se fríen y se sirven guarnecidas de perejil frito.

ALCACHOFAS Á LA PEBRE.

Se escogen las más pequeñas, se parten en cuatro pedazos, se les quitan las primeras hojas, se corta la parte superior de las otras y el tronco, se cuecen en agua, y se sirven en agua fría con las vinagreras, sal y pimienta.

ALCACHOFAS Á LA SALSA BLANCA

Se limpian, cuecen y ponen en agua fría como las anteriores. Se vuelven á calentar al tiempo de servirlas, metiéndolas en agua hirviendo después de quitada la parte inferior. Se ponen en un plato echádolas salsa blanca en el hueco del cogollo. Se puede también servir la salsa aparte en una salsera.



Traje de visita y casa.

EL TESTAMENTO.
Del Ilmo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $ 125,000
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mútua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna di distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. . . .	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas. .	9,829 oro
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10.000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Explicación de nuestros grabados.

Número 1. Estos elegantísimos trajes de casa y paseo, requieren un verdadero gusto para su confección. El corpiño del primero lleva un elegantísimo cuellohombreras de traje inglés, y en los puños colócase el fino encaje de igual manera. Deben fijarse nuestras lectoras en que la parte superior y anterior del sombrero luce un adorno de encaje idéntico al del vestido. En la falda de éste y hasta un poco después de la mitad, se hacen aparecer las aplicaciones de cordoncillo de seda que parten desde el talle. Por lo que respecta al segundo modelo, nuestras simpáticas lectoras deben fijarse en lo graciosa que es la ancha cinta que cae á lo largo de la falda, sirviendo como de cenefa al elegante adorno de encaje inglés.

Número 11. De una tela muy fina y propia para la presente estación de calores, se confecciona el traje que representa este figurín. Lo que contribuye esencialmente para darle la bonita y elegante vista que ostenta, es el peto de tela diversa, de cruzadillo, y la ancha y fina gasa de encaje que de allí pende hasta la parte inferior de la falda. Por lo demás, el traje es de sencillísima confección, y ya nuestras lectoras, por explicaciones que hemos hecho anteriormente, conocen los procedimientos que deben emple

Número 13. De exquisita forma y confección es el sombrero de este grabado. A una forma de paja, resistente y de buen tamaño, se la hace cubrir con gasa de seda, y sobre ésta y rodeando á la forma, se colocan cuatro hileras de pequeños pliegues. En uno de los lados, como puede verse en la figura, locan dos plumas de avestru de ellas cayendo sobre el tocado, y la otra, en pequeña forma de plandor, levantándose sobre la primera. Un ancho botón forrado de seda, completa el sencillo adorno de este sombrero, que en todo se ha sujetado á la forma de bolero.

Número 14. Sobre una armazón de paja, cuya forma puede va acuerdo á los gustos personal coloca, con gracia y buen gusto, un ancho plegado de gasa de seda, cuyo color ha de semejarse un poco al de la forma de paja. Sobre este plegado de gasa, y en la parte posterior del sombrero, se hace pasar una guía de flores. Como se ve, no puede ser más sencilla la confe de este sombrero, y, sin embargo, el resultado que aquélla produce, es de muy buen efecto. Mientras más claro sea el color de este sombrero, es más elegante. Aconsejamos un fino azul pálido.



1.—Traje de etamina con guarnición renacimiento.

Número 16. Propio para señoritas es el sencillo y vistoso traje que representa nuestro grabado. La tela, de color claro y muy poca resistencia, propia para la estación primaveral, contribuye también en gran manera para el buen efecto del vestido. El ancho cuellohombreras es de muy bonita vista, y, partiendo de él á lo largo del talle, una vistosa aplicación de cintilla y borlas. La falda no lleva más adornos que los pliegues representados en el figurín.

Número 20. No nos cansaremos de recomendar á nuestras lectoras este elegante figurín, que representa un traje muy serio y muy valioso. A la buena calidad de la tela, debe agregarse también la buena calidad del adorno, pues aun cuando este último no se encuentra muy recargado, sin embargo, su calidad deberá ser de lo mejor. El doble cuello, uno sencillo y el otro de hombreras, produce una hermosa vista; el primero de estos cuellos se hace cubrir con terciopelo, interrumpido con pequeñas aplicaciones de cintas. Las mangas, dobles en su parte inferior, así como el cuellohombreras, se hacen ribetear por cinta terciopelada de color obscuro.

EL MISTERIO.

Vestida con las galas nupciales, flotando sobre sus hombros el amplio y sutil velo de desposada, sujeto á su gentil cabeza por un aro de oro cuajado de pedrería, bajó Elena de Agramont á la cripta del castillo, donde en labrados sepulcros de mármol, adosados de dos en dos á los muros, dormían el sueño eterno sus poderosos antepasados.

En perpetuo testimonio de fidelidad conyugal, al lado del sarcófago que contenía los restos de uno de los varones de Agramont veíase la tumba de su esposa, ostentando aquél y ésta las estatuas yacentes de los en ellos sepultados. Escudos é inscripciones esculpidos en el mármol de las tumbas parejas, pregonaban linajes y apellidos de ambos esposos, fechas de su fallecimiento, empresas por él realizadas y virtu-

2.—Saco-pañolón para paseo.

des que ella practicó en vida y que merecieron loa de las gentes. Contemplando sus tumbas, parecía que no habían muerto, sino que descansaban, unidos en el largo reposo como en la efímera existencia, y en aquella amplia cripta creyérase aspirar el aliento tibio de las tranquilas dichas conyugales, no el acre y frío vaho de la muerte.

Elena fué deteniéndose delante de los sarcófagos gemelos, dedicando una oración á la común felicidad de los que en ellos dormían. Conocíales como si en vida les hubiera contemplado, y por los manuscritos del castillo, por las poesías de los trovadores y por las leyendas de las dueñas, podía reconstruir año tras año la accidentada existencia del esposo, la doméstica virtud, la piadosa devoción de su compañera. Títulos, honores, dignidades, riquezas, cuanto compartieron en vida y de lo que daban sucinta idea las inscripciones sepulcrales, hallábase en la memoria de la poderosa doncella de Agramont, única heredera de tanto poderío, huérfana desde los primeros años de su vida, desposada sin amor y enamorada de un misterio que en vano intentaba descifrar acudiendo con terca porfía á los empolvados pergaminos ó á la vaga memoria de las leyendas.

Allí, en un ángulo de la cripta, como rechazado por los invencibles guerreros y las virtuosas dueñas, cuyos sepulcros aparejados perpetuaban las dichas conyugales de la familia de Agramont, veíase en humilde sarcófago sin escudos heráldicos y sin inscripción alguna la estatua yacente de un joven caballero, vestido en efigie con sencilla armadura y mostrando en su rostro, debido á habilísimo cincel, un sello de melancolía que contrastaba rudamente con el aspecto augusto y tranquilo de las demás cabezas sepulcrales.

La soledad de aquella tumba, su carencia de adornos é inscripciones y el no sé qué de tristeza que el escultor había comunicado á la marmórea figura, inspiraban á todos los que la veían un sentimiento de piedad. Elena, mujer al fin, tras de compadecerse un día y otro día del ignorado caballero, tan solo y tan triste en aquella cripta de tumbas gemelas que con su aparejamiento pregonaban más allá de la muerte la ventura de amar y ser amado, fué insensiblemente cayendo en la misma melancolía que reflejaba el rostro de mármol del desconocido caballero, y al fin, en el silencio del subterráneo enterramiento, se confesó á sí misma la locura de amar á aquel muerto anónimo con la honda é intensa ansiedad con que se ama al misterio.

En vano revolvió febrilmente los manuscritos del castillo, buscando en ellos por lo menos su nombre; en vano suplicó á los trovadores que la refiriesen todas las leyendas de su familia, aun aquellas ennegrecidas por el crimen; en vano apeló á la memoria de los más viejos servidores y vasallos de los Agramont; nadie supo decirle quién fué aquel muerto adorado, ni por qué extraña circunstancia se le enterró en la cripta familiar donde los antepasados de la enamorada doncella dormían su eterno sueño.

Oculto en el fondo de su pecho este desesperado amor, Elena, por instigación de sus parientes y aun por súplicas de sus propios vasallos para que salvara haciendas y vidas de las codicias de poderosos vecinos, dió palabra de esposa á su primo el conde de Servet, y á punto de celebrar con él sus bodas en el castillo de Agramont, bajó á la cripta vestida con las galas nupciales. Detúvose delante de la tumba solitaria y contempló una vez más la estatua yacente del caballero, murmurando al mirarla: «¡Qué dichosa hubiese sido al lado suyo!» Inclinóse, después de recorrer con rápida ojeada todo el recinto de la cripta, lo mismo que si fuera á cometer un crimen, y acercó sus labios de púrpura á la blancura del mármol. El beso depositado en aquella faz sepulcral fué largo y silencioso, pero en la quietud de la muerte le respondió un crujido. Un crujido como de brote que se rompe; uno de esos chasquidos que suenan en primavera pregonando la expansión violenta de la vida que nace. Elena de Agramont, aterrada y cubriéndose el rostro con el velo nupcial, cruzó la cripta, ganó la puerta y subió por tortuosa escalera á los salones del castillo. Su esposo y sus parientes, ostentando magníficos trajes y ricas preseas, la esperaban en ellos. La comitiva nupcial se dirigió á la capilla, y la enamorada del misterio pronunció un «sí» tembloroso y mentido delante de los altares.

....

La última de los Agramont fué tan feliz en su matrimonio como todas aquellas sus abuelas ilustres que descansaban en la cripta al amparo, «post mórtem,» de los famosos guerreros cuyos títulos y preeminencias compartieron en vida. El conde de Servet, ganoso siempre de gloria y fortuna, abandonaba continuamente el castillo para lograr una y otra, ya en la corte de los reyes, ya en los campos de batalla. Marido sin ternura, alcanzó, si no el afecto, la fidelidad material de su esposa, y ésta, durante sus largas ausencias, bajaba un día y otro día á la cripta familiar.

Elena de Agramont pensó al fin que la felicidad amorosa pregonada por los sarcófagos gemelos era mentira, y que la única tumba entre cuyos mármoles descansaban restos que habían amado era tal vez la solitaria, la del misterio....

Mas cuando los poderosos condes de Servet murieron, el mismo escultor labró sus magníficas tumbas gemelas con estatuas, escudos é inscripciones, y allí, en un ángulo de la cripta, quedó tan humilde y tan solitaria como siempre la del desconocido caballero, único acaso que en vida había amado mucho, único que después de la muerte había sido intensamente amado.

JOSÉ DE ROTRE.

3.—Traje de visita con falda de volante.

4.—Sencillos trajes de paseo.

La Flor del Granado.

Un doncel enamorado,
para tributo de amor,
iba á arrancar una flor,
la roja flor del granado.

En su cáliz coronado
suspiró una voz arcana;
—Coge la rosa galana,
coge el clavel encendido,
mas no la flor que ha nacido
para ser fruto mañana.



5.—Bordado de aplicaciones.

***

Pensemos, al sonreír
el abril de nuestra vida,
que en flores de abril anida
el fruto del porvenir.

J. ALCOVER.

Para un Album.

Ana, tu esposo te dice
en sus bien sentidos versos,
lo que él sólo decir debe,
lo que yo decir no puedo.

Como la fuente que riega
la palmera en el desierto,
la voz de tu amante esposa
vivificará tu pecho.

Que es el amor conyugal
el solo amor verdadero;
el fuego de las pasiones
no es amor, es sólo fuego.

Y fuego que abrasa y mata
entre espantosos tormentos,
que allí no viven la paz,
ni la risa, ni el consuelo.

Consuelo que el hombre encuentra
en los brazos de Himeneo;
fuera d'el es un arbusto
en un campo estéril, yermo.

De las aguas combatido,
combatido de los vientos
que á su desjugado tronco
amontonan cardos secos.

Si hay placeres en la vida
es, Ana, el placer primero,
ser esposa y ser amada,
y amar á su esposo á un tiempo.

Así felices vosotros
veréis con rostro sereno
las tempestades que rugen
y que estremecen el suelo.

Cuando recordéis alegres
vuestros amigos sinceros,
de vosotros, como amigo,
también exijo un recuerdo.

LA BARQUILLA.

De un árbol al tronco atada
y por las olas mecida,
en la ribera del mar
flotaba leve barquilla.

Barquilla de un pescador
y su esperanza y delicia,
de los mares vencedora,
de cien barqueros envidia.

¡Cuántas veces viento en popa,
toda la vela tendida,
mar adentro fué el orgullo
del piloto que la guía!

Como el arado á la tierra
cortaba el agua su quilla,



8.—Traje de casa.



6.—Vestido de calle y paseo.

cual ave que cruza el viento
las olas cruzaba altiva.

De cien tormentas se vió
rudamente combatida,
y las ondas alteradas
en su proa se rompían.

Que era diestro el pescador
y velera su barquilla,
de los mares vencedora,
de cien barqueros envidia.

En la ribera arenosa
las redes al sol tendidas,
el pescador recostado
tranquilamente dormía.

Y de las glorias recientes
orgullosa la barquilla,
así discurre insensata
hablando consigo misma:

«Si yo de los mares
las tormentas venzo
domando las aguas,
domando los vientos;

Si yo soy la envidia
de tantos barqueros,
y á todas las barcas
atrás me las dejo;

¿Por qué en esta orilla,
mi fama perdiendo,
del tronco de un árbol
atada me veo?

No más sujeciones:
yo libre ser quiero,
no quiero más guía,
no quiero más dueño.

Yo sola cruzando
los mares soberbios,
eterna mi gloria,
mi nombre haré eterno.»

Por negra nube agitada
arrecia entonces la brisa,
y del tronco que la guarda
desamarra la barquilla;

De los vientos y las olas
furiosamente impelida,
pierde de vista á su dueño,
pierde la tierra de vista.

Débil juguete del agua,
sin rumbo cierto ni guía,

7.—Saco-paletó con adornos de encaje.

contra un peñasco se estrella
en él haciéndose astillas.

Cuando ese golfo del mundo
quisieres surcar, Sofía,
acuérdate del naufragio
de la orgullosa barquilla.

PÁGINAS DE UN LIBRO

LA EMBRIAGADORA. —¿Nuestra encantadora, ó la que aspira á serlo, es rubia? ¿Tiene la expresión del rostro viva y provocativa, con las mejillas pálidas, los labios rojos, reflejos dorados en la cabellera, la nuca redonda y firme, matizada de ámbar?

Hará palidecer todavía más sus mejillas, enrojecerá sus labios, sea humedeciéndolos, sea poniéndoles carmín; dará á su cabellera una coloración más ardiente, y sobre su nuca, que enseñará, colocará, con un desorden á propósito, pequeños bucles, á los cuales dará un aspecto indomable.

Si es de noche, colocará en sus cabellos rizados un lazo ó una flor encarnada; el vestido de tul rojo, con un escote muy abierto, dejará ver sus hombros nacarados; largas mangas de tul, flotantes, dejarán al descubierto sus brazos muy blancos; un cinturón de muaré rojo, ceñirá su talle flexible, no muy apretado.

Si la línea del cuello es pura y los brazos son hermosos, no se pondrá ninguna alhaja.

Y esa rubia que, vestida de azul ó de gris, de malva ó aun de rosa, parecería sosa, con ese traje de color vivo toma un aspecto apasionado.

Y de todos los cuerpos, el más sencillo es el que mejor sienta con ese traje; es decir, el cuerpo fruncido en forma de abanico por delante y por detrás. Las hombreras están formadas por un lazo gracioso de muaré ó satín encarnado.

La morena de ojos negros, de mirada intensa, si tiene la tez pálida, podrá ponerse este mismo traje con igual éxito. Sin embargo, hay algunas á quienes no sienta bien. Parece que el cutis se pone amarillo ó rojo de color de ladrillo. En este caso, habría que reemplazarlo por el amarillo pálido ó el botón de oro.



9.—Vestido de amazona con talle jaquet.

11.—Traje reforma para casa.

En los cabellos, dos plumas negras, colocadas á la Mefistófeles, recogidas por una peineta de oro bien cincelada, ó también por alfileres de oro ó broches guarnecidos de topacios, si no se tienen brillantes.

Son unos trajes preciosos dentro de su sencillez y hasta ricos por su colorido. Todas las mujeres pueden gastarlos y hasta hacerlos ellas mismas.

Estos trajes son esencialmente embriagadores.

LA SUGESTIVA.—¿Qué se entiende por sugestivo, palabra que se aplica hoy á cada paso?

La palabra sugestión tenía antiguamente mala significación: sugerir malos propósitos.

Desde las experiencias del hipnotismo, en las cuales un médium ejecuta un movimiento determinado por causa de la sugestión, esta palabra, que está de moda, se aplica, en la literatura actual, para todo efecto que somete ó aniquila la voluntad.

La belleza sugestiva es, por consiguiente, la que atrae la atención sin quererlo, la que sugiere pensamientos amorosos ó cualquiera otro atractivo imperioso al cual es imposible substraerse. Es la obsesión del espíritu y del corazón, por un género de belleza particularmente atractiva ó penetrante: por ejemplo, una mirada repercute en el corazón y se incrusta.

El recuerdo de esa mirada nos persigue, nos acompaña á todas partes.

Tal sonido de voz, de repente, hace vibrar en nosotros ciertas cuerdas, nos causa una impresión que desconocíamos antes y que no podemos definir: permanece en nuestro oído, en nuestra memoria. Pensar en ella es seguir oyéndola, y el recuerdo nos causa la misma emoción.

A no dudar, hay bellezas naturalmente sugestivas y conmovedoras; pero tal tocado, tal efecto de color ó de luz, pueden dar á un rostro que hasta entonces había pasado inadvertido ese atractivo singularmente sugestivo y conmovedor.

A veces, un solo detalle en el tocado basta para producir ese efecto.

Ejemplo: Una mujer morena de tez de color de ámbar, con un cuerpo escotado de terciopelo amaranto, bordado de azabache y guarnecido con encajes negros, es decir, la chaquetilla española ó Fígaro, adquirirá, sólo por el color del corpiño, un aspecto meridional, algo exótico, que llamará la atención.

Una mujer rubia, con traje de satín maravilloso color crema, muy vaporoso, con franjas de hierbas verdes, mezcladas con nenúfar, y un peinado en armonía con el traje, tomará el aspecto sugestivo de una Ofelia en traje de baile; ó si no, el vestido blanco y sencillo de la Margarita de Fausto, ó cualquiera otro vestido que recuerde trajes históricos ó románticos, en armonía con la naturaleza y el estilo de la belleza de la que lo lleva.

A veces, basta para producir un gran atractivo, para llamar y retener la atención, un pequeño detalle en el tocado: una pluma, un ramo de flores, una cinta, un mechón de pelo dispuesto con arte, ó mejor dicho, con cierto «chic.»

LA MELANCÓLICA.—Ciertas mujeres gustan por la expresión melancólica del rostro. Una joven melancólica despierta la curiosidad de los corazones tiernos. Y entre los hombres hay muchos que son susceptibles de ser conmovidos profundamente por esta clase de sensibilidad.

El hombre tiene afición á proteger, teme sobremanera la dominación femenina; ve en ello, y es un absurdo, un ataque á su virilidad, como si en resumen no fuera él siempre el dominado. A pesar de todo, la mujer algo triste, enfermiza, si cabe, que parece implorar protección y apoyo, le gustará más que una mujer fuerte y alegre.

Es una de sus debilidades: sentir su corazón tiranizado por un ser débil, sin pensar que no hay nada más peligroso para su independencia que esas déspotas débiles y encantadoras.

Esa tristeza, esa melancolía, empiezan por despertar su curiosidad. ¿Cuál será el motivo de su tristeza? ¿Qué decepción amorosa causa esa melancolía? En todo caso, necesita que se la consuele, está pidiéndolo. ¡Cuántas mujeres saben perfectamente hacer vibrar en el hombre, que la mayor parte del tiempo sólo es un niño grande, la cuerda del enternecimiento!

Las hay muy hábiles, que saben maravillosamente parecer melancólicas con aires de desengañadas. No decimos que sea pura comedia de su parte; pero las hermosas desengañadas, tienen una propensión á la tristeza, ó independientemente de su manera de ser, tienen en su rostro ciertas líneas, ciertos gestos en los labios que expresan la melancolía, como otras expresan la alegría.

Además, hay adornos ó trajes que acentúan estas expresiones ó estas actitudes: las telas de colores matizados, el malva, el heliotropo pálido, el verde tierno, el azul obscuro.

Si es de día, una claridad dulce, tamizada por cortinas triples, en un gabinete en que reina un silencio de iglesia, y en grandes jarrones, especie de vasos místicos, flores exhalando el último suspiro con un perfume de ensueño exquisito.

Si es de noche, una claridad discreta, atenuada por las pantallas de encajes.

Por último, vestidos de seda rubia, con lazos malva ó azul muy pálido ó de color gris; hay en el gris tintes de una delicadeza muy asombrosa. Todo lo que rodea á la bella y triste melancólica debe ser de una elegancia dulce, particularmente distinguida; distinguida en su peinado sencillo y no rizado, en sus meneos de cabeza algo inclinados, en sus posturas llenas de seriedad, en su sonrisa, que nunca debe estallar, en sus maneras llenas de cansancio, como si no pudiera sufrir el peso de la vida. Habla con gesto pausado, con voz doliente, muy dulce, como oprimida, entrecortada por los suspiros, con reticencias, que son como misterios añadidos á los misterios de su tristeza, al misterio de sus ojos de esfinge cansada.

La encantadora melancólica, con su mirada vaga, que parece implorar la piedad y el amor, es una mujer adorable, á la cual un hombre que tiene en el corazón cierta ternura no sabe cómo resistir.

INTROITO.

Musa: roza con tu ala
las cuerdas del guitarrillo,
y sopla en el caramillo
las quejas que Pan exhala.

Flexiblemente resbala
por estas rimas sin brillo
y en su ropaje sencillo
prende siquiera una gala.

El surco aguarda tu grano:
Ruth—con hoz de plata—siega
la ortiga del ripio vano;

y, como niña que juega,
junta el ritmo castellano
á la bucólica griega.

JUAN B. DELGADO.

Despreciar la vida no es prueba de indiferencia ante la muerte.

*

En verdad el presente no es más que un instante mostrado científicamente por el cronómetro.



10.—Saco-paletó con cuello hombreras.

PARA EL HOGAR



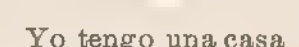
13.—Sombrero en forma de bolero.



14.—Sombrero de primavera.

La Casita Triste.

Yo tengo una casa
en medio del campo,
con las ventanitas pintadas de verde
y en las ventanitas macetas de nardos,
y tras las macetas,
alegres cantando,
prisioneros en jaulas de alambre
están los canarios.
¡Qué tiernas y dulces son las carceleras
que cantan mis pájaros!



Yo tengo una casa
en medio del campo,
con un huertecillo sembrado de rosas,
lleno de claveles granates y blancos,
y una fuentezuela
al pie de un peñasco,
donde el agua sale tan fresca y tan limpia
con rumor tan blando,
que parece un murmullo de besos
que viene lejano.
¡Ay qué fresca y que limpia es el agua
de la fuentezuela del pie del peñasco!

—

Yo tengo una casa
en medio del campo,
donde hay una parra muy vieja que entolda
con sus pámpanos verdes el patio.
El patio risueño
donde el sol de Agosto detiene sus rayos.
El patio risueño,
con su pozo al lado,
y las uvas que penden del techo
en racimos que apiñan los granos,
y aquel airecillo
que viene del campo
y refresca al llegar á la sombra,
su aliento balsámico.
¡Qué sombra más rica que presta la parra
que entolda mi patio!

—

Yo tengo una casa
en medio del campo,
y en ella una moza como el agua limpia,
más blanca que un nardo,
y es rubio su pelo como las mazorcas,
como las mazorcas del maizar cercano.
Su cuerpo es de junco,
son rojos sus labios,
sus labios son rojos, como las cerezas
que penden del árbol.
Y tiene los dientes,
los dientes tan blancos,
que parecen flores del jazmín frondoso
que crece gallardo
muy cerca del agua de la fuentezuela,
de la fuentezuela del pie del peñasco.
¡Qué linda es la moza de aquella casita
que tengo en el campo,
con su tez de nieve,
con sus ojos garzos!....

—

....

Yo tengo una casa
en medio del campo
con sus ventanitas que la lluvia azota;
secas las macetas que tuvieron nardos;
sin rosas el huerto:
sin pámpanos verdes que entolden el patio;
y en la fuentezuela,
en la fuentezuela del pie del peñasco
ya no se oyen nunca rumores de besos
sino de sollozos que vienen lejanos.

—

En aquella casa
en medio del campo,
ni crecen las flores
ni cantan los pájaros.
Al caer una tarde de invierno,
dentro de una caja forrada de blanco,
con la cara de un ángel dormido,
las manos cruzadas, marchitos los labios,
salió de la casa la moza tan linda,
del pelo colgando,
de la tez de nieve,
de los ojos garzos......

—

Yo tengo una casa
muy triste en el campo!

ALFREDO CAZABAN.



15.—Saco-paletó con doble cuello-hombreras.



12.—Traje de paseo con falda de volante en forma.

La Mujer de Emilio.

I

—Ah!—exclamó Andrés Geslín.—No es eso, hija mía, no es eso.

—Sí—interrumpió madame Geslín.—Ya sé que la mujer de Emilio no haría lo que yo hago.

—No te enfades, Elena, puesto que no he querido ofenderte. Sea como quiera, perdóname si te he faltado en algo.

Andrés se inclinó ante su esposa y le dió un beso.

—Siempre te obedezco en todo—dijo Elena,—como la mujer de Emilio á su marido.

—Así me gusta.

—¡Si supieras cuánto la odio sin conocerla!

—Pues haces mal, porque es el verdadero tipo de la esposa modelo.

—¿Y por qué no te casaste con ella?

—Porque cuando la conocí, ya estaba en relaciones con Emilio, y porque tú me gustabas mucho más.

—Lo que siento es que no tengamos su retrato.

—Se lo he pedido á Emilio en mi última carta, y no tardará en enviármelo.

Elena se levantó de la mesa, y para calmar sus nervios, se dirigió al piano y se puso á tocar un vals.

II

Emilio era el amigo más íntimo de Andrés, el cual deploraba que dos años antes no hubiese podido ser su testigo de boda.

Pero Emilio había partido para tomar posesión del encargo de cónsul en una de las repúblicas de América del Sur, donde debía permanecer largo tiempo.

—En el fondo del alma, Andrés no deseaba su regreso, porque en realidad Emilio le había servido para urdir una piadosa mentira.

A fin de someter á Elena á sus aficiones caseras y hacerla renunciar al propósito de frecuentar los teatros y asistir á los banquetes á que el matrimonio era invitado, había concebido la idea de crear el tipo de la mujer de Emilio como un modelo de perfecciones y venturas.

Pero el tal tipo no existía. Emilio era un solterón empedernido, enemigo irreconciliable del matrimonio, según constaba al propio Andrés, el cual, sin embargo, no cesaba de prodigar todo género de elogios á la supuesta esposa de su amigo.

Dieron las dos, y ya era hora de que Andrés se consagrara á sus negocios. Nuestro hombre se levantó, pesaroso de tener que abandonar las comodidades del hogar, dió un beso á Elena y salió á la calle.

—

III

Andrés se entretuvo aquel día más de lo regular, y regresó á su casa muy tarde.

Apenas le abrieron la puerta, corrió Elena hacia él y le dijo:

—¿No sabes quién está ahí?

—No.

—¡Tu amigo Emilio!

—¡Emilio!

—¡Sí, con su mujer! Han querido darte una sorpresa y por eso no te han dicho nada previamente. Han llegado esta mañana á París. Les he convidado á comer y están esperándote en la sala.

Andrés estaba aterrado. ¡Emilio casado sin que él lo supiese! ¡La mujer de Emilio, personaje fabuloso, convertido en una realidad!

Por gran trabajo que le costara disimular, trató de serenarse y le dijo á Elena:

—¿Qué tal la encuentras?

—¡Ya la verás!

Andrés entró en la sala y se arrojó en los brazos de su amigo. Este le presentó una criatura extraña, muy morena y vestida del modo más raro del mundo.

—No te he dado parte de mi casamiento—dijo Emilio á su amigo—porque pensaba venir á Francia en uso de licencia. Purita no conoce el trato social, y cuento con tu mujer para que la eduque con arreglo á nuestras costumbres.

Emilio asió del brazo á Andrés, y llamándole aparte, añadió:

—He cometido una barbaridad, obligado por las circunstancias. Esa mujer es sobrina de mi jefe y me he visto obligado á casarme con ella para no comprometer mi carrera. ¡Soy el más desdichado de los hombres!

—¡Demonio!—exclamó Andrés.

—Ni á ti mismo—repuso Emilio—me he atrevido á anunciarte semejante aberración. Es una criatura comprometedora é insoportable, según has de ver de un momento á otro.

Purita había guardado hasta entonces el más absoluto silencio.

Los dos matrimonios se sentaron á la mesa, y la paraguaya se fué animando poco á poco. Se puso á hablar sin ton ni son, y Emilio procuró en vano contener aquella charla inconveniente y estúpida. Al fin se decidió á llamarla al orden, y entonces ella, poseída de la mayor indignación, cogió un plato y lo arrojó á la cabeza de su marido. Después tuvo un ataque de nervios y hubo necesidad de suspender la comida.

—Lo mismo pasa todos los días—dijo Emilio con melancólico acento.—Dispense usted, señora, el escándalo que acaba de ocurrir y tenga lástima de mí.



18.—Detalle de tejido y bordado.



16.—Sencillo y elegante traje para paseo.

17.—Traje de visita y de casa.



19.—Juego de aplicaciones.



20.—Elejante traje de paseo.



21.— Traje de paseo con triple cuello-hombreras.

A los pocos momentos, Purita y Emilio se retiraron al hotel donde se alojaban.

IV

Elena Geslín mantuvo hasta el día siguiente una reserva preñada de amenazas. No aludió en lo más mínimo á la decepción que había sufrido, reconociendo que había sido engañada por el hombre en quien tenía tanta fe.

Mostróse extraordinariamente tranquila y no dirigió á su marido ni una sola palabra dura y destemplada.

Andrés estaba desconcertado ante la nueva actitud de su esposa. Echaba pestes contra la inesperada aparición de Emilio, contra el monstruo que su amigo le había presentado y contra sí mismo, por su peligroso exceso de imaginación.

Elena permanecía siempre imperturbable.

Pero al día siguiente, al sentarse á almorzar, sin que en su rostro se dibujase la menor alteración, cogió un plato y se lo tiró á Andrés á la cabeza.

Y después, revelando el secreto de su nueva actitud, dijo con voz firme y resuelta:

—¡Como la mujer de Emilio!

PAUL GINISTY.

En la muerte de una joven.

Murió la virgen cándida:
Sobre su frente lívida
El beso de la Parca
Su hielo derramó.
Sólo en la boca angélica
Helar no pudo lánguida
La célica sonrisa
del angel que voló.

¡Qué bella está la atmósfera,
Qué claro el sol espléndido,
Qué azules las montañas,
Qué plácido el vergel!
¡Cómo en olor balsámico
El bosque y prado inúndanse,
Con las abiertas flores,
Y el cedro y el laurel!

Mas ¿cómo las alígeras
Aves entonan cánticos,
Cuando en dolor deshechos
Y en llanto de pesar,
Lloran los padres míseros
En cuyo mal no hay bálsamo,
Que pueda de sus almas
La angustia consolar?

Padres! ¿qué voz benéfica
Si una voz seráfica,
Pudiera dar consuelo
Al triste corazón?
Lloráis? llorad sin término,
Llorad al ángel cándido,
Ay! pobres, pobres padres
Que mata la aflicción!
....

¿Qué celestiales músicas
Por el empíreo escúchanse?
¿Qué luz radiante y pura
La atmósfera alumbró?
Grupos de blancos ángeles,
Entre celajes fúlgidos,
Al eco del salterio
Cantan:
— "Amor, amor."

"Ya llega pura y cándida
"Como la rosa nívea,
"Una alma inmaculada
"Liberta del dolor.
"Dejó en el mundo mísero
"La vestidura sérica,
"Buscando las regiones
"Del sacrosanto amor.

"Salve, inocente espíritu!
"Ya del dolor terrífico
"Libre, podrás al suelo
"Amante descender,
"A consolar benéfica
"Con celestiales ósculos,
"A los amantes padres
"Que abandonaste ayer.

"Y tus hermanos, pálidos,
"Y con los ojos cárdenos,
"Por el copioso llanto
"Que su alma derramó,
"Y á los que amaste férvida,
"Al ver tu faz seráfica,
"Dirán: Bendita sea
La mano del Señor"

Cesó el canto: las célicas
Regiones de los ángeles,
Se abrieron, y los padres
Alzaron su alma á Dios,
Y sobre el lecho fúnebre
Donde la virgen duérmese,
La Fe santa y divina
Su blanca cruz plantó.

CALMA APARENTE.

A la fresca sombra
que dan las acacias,
reposar me place
cuando el sol abrasa.
Hoy el viento duerme,
la mar está en calma,
y es el raudo vuelo
de tendidas alas
el único ruido
que suena en las ramas.
Alguna vez siento
rozando mi calva
el hilo invisible
que teje la araña,
ó atrevida mosca
su aguijón me clava
sin que yo consiga
castigar su audacia.
Cuanto miro en torno
mis ojos encanta:
el pueblo escondido
del monte á la falda,
la gótica torre
de iglesia lejana,
el claro arroyuelo,
la obscura enramada:
todo es bello, todo
convida á la holganza,
y enerva y seduce
cual música grata.
Natura en reposo,
y en reposo el alma,
¡qué dulce armonía
si no la turbaran
la verdad que llega
y el tiempo que pasa!
Mas ¡ay, el anciano
que la busca y ama,
en ella descubre
la muerte: su hermana!
Y como años hace
que por mi desgracia
murió en mí el deseo,
murió la esperanza,
y en mi triste ruta
sólo me acompañan
de seres queridos
los mudos fantasmas,
al par que la dicha,
encuentro en la calma
el temido anuncio
de quietud más alta.

MANUEL DEL PALACIO.

El perro del Mendigo.

Nuestro carruaje rodaba por el camino de Dieppe. Sintiéndose fatigada mi hermana, se había apoyado en mí, y los grandes rizos de sus negros cabellos, que el viento de la mañana hacía ondear, venían á acariciar mi frente.

Un pobre viejo y su perro se acercaron, levantaron la cabeza con aire suplicante é inquieto, teniendo uno su sombrero, y el otro, su taza de hoja de lata.

Mi hermana se me anticipó, pues poniendo el pulgar y el índice en una bolsita de seda, sacó una moneda, que echó en el sombrero del pobre viejo, acompañando su limosna con una de esas sonrisas que parecen decir á los desgraciados: "Perdonadme el bien que os hago."

El pobre la comprendió, y su mirada reconocida decía: "¡Bendita seas tú, hermosa joven; qué tu felicidad se prolongue; que tus goces duren largos años!".....Ella comprendió la mirada del anciano, pues su suave mano estrechó la mía.

El pobre y su perro fueron á sentarse en un banco de piedra, al lado de un soldado que tenía también un perro, pero no viejo como el del otro, sino, joven, altivo, que miraba con seguridad á los transeúntes. El soldado, extenuado de fatiga, se había descargado de sus armas y compartía su frugal desayuno con su compañero de viaje. Un ruido sordo, lejano al principio, se hizo perceptible; vimos llegar un lujoso carruaje, precedido por un correo que pedía á gritos caballos para monseñor.

No había caballos; monseñor esperó, como nosotros.

Eché una mirada á este elegante carruaje. Contenía á un hombre joven todavía, y á una mujer hermosísima; pero en sus facciones contrariadas, en la expresión de sus semblantes, vi que disputaban con acritud y arrebato. Muy luego monseñor, volviendo la espalda á su compañera, sacó la cabeza por la portezuela.

El pobre y su perro se aproximaron entonces, con temor y desconfianza, implorando la piedad de monseñor, y no recibieron sino una respuesta brutal y humillante, pues una lágrima brilló en los ojos del



22.—Bordado para cojines.



23.—Blusa suelta con adornos de encaje.

anciano, que lentamente volvió á sentarse en su banco de piedra.

Se cambiaron caballos; los sirvientes del gran señor habían arrojado debajo del carruaje algunos restos de su espléndido desayuno: los perros del pobre y del soldado se precipitaron encima; los caballos partieron......uno de los perros fué aplastado....era el del pobre. Lanzó un grito, y su última mirada fué para su amo, que arrodillado cerca de él, no podía hallar una lágrima.

—Tomad, buen hombre le dijo mi hermana, y dos monedas rodaron á un lado; no les prestó atención, contemplaba á su perro.

El soldado lloraba y parecía indeciso; en fin, pareciendo hacer un esfuerzo sobre sí mismo, se acercó bruscamente al anciano, poniéndole en la mano la cuerda que ataba á su perro, y le dijo:

—Tomad, buen viejo, luego voy á llegar á la choza de mi padre.....os dejo á mi fiel Medoro. Adiós.

Y enjugando sus ojos con el revés de su mano mutilada, tomó su saco y se fué precipitadamente.

El pobre acariciaba á su nuevo compañero; pero sus miradas estaban siempre fijas en el cuerpo de su pobre y viejo perro.

Mi hermana me dijo:

—Ese soldado es más afortunado que nosotros: ha dado un amigo al infeliz.....nosotros no hemos podido ofrecerle más que dinero.

E. SUE.

ARMAS FEMENINAS.

Tranquilizaos, queridas lectoras; no pienso hablar de ninguna de las máquinas de destrucción antiguas ó modernas, que por mucho que se presenten en formas delicadas y encantadoras, yo no consideraré nunca como armas de la mujer.

La mujer no tiene más armas que las naturales; la gracia, la belleza y la coquetería, que se traduce por el deseo de agradar; ésas son nuestras armas.

El divino Sófocles pone en los labios de Antígona el verdadero concepto de mujer, cuando exclama: «Yo para amar nací, no para odiar;» y el inspirado Espronceda, al que se le ha atribuído tanto de lo que no escribió, hace decir á un héroe de «El Diablo Mundo,» dirigiéndose á un salvaje amante:

«Llevar un ramo de flores,
mejor que un puñal te cae.»

Pero dejando digresiones nacidas del título de este artículo, vamos á ocuparnos de las «armas» de que pienso tratar.

La «toilette» femenina es un arte verdadero; combinar los colores para que la figura alcance el máximun de intensidad sin destruir la armonía, y hacer que los matices de las telas y adornos se combinen con la tonalidad del cutis, de los ojos y del cuello, requiere condiciones de verdadera artista.

Pero aún más que las líneas generales, tienen importancia los que hemos dado en llamar «pequeños detalles.»

En el zapato, el pañuelo, el manguito, el quitasol y el abanico, se encuentra siempre la distinción completa entre la dama verdadera y la que aspira á imitarla.

Hoy que las brisas primaverales llegan hasta nosotras, voy á ocuparme de los abanicos y de las sombrillas.

Unos y otras son verdaderas armas femeninas que aumentan la gracia y belleza del conjunto de la «toilette» y revelan el gusto delicado de su dueña.

La industria moderna ha creado preciosos y ricos modelos en abanicos y sombrillas.

Los bellos abanicos «imperio,» con sus vitelas sombreadas de lentejuelas de plata; los preciosos abanicos de gusto moderno, en los que domina el brillante bordado de cuentas de acero; los delicados bordados de encaje, y los que ostentan elegantes pinturas, lucen sus primores al lado de los sencillos japoneses.

Los varillajes de nácar, metal, madera y marfil son preciosos, y lo más notable son los precios, que ponen las más lindas imitaciones al alcance de todas las fortunas, atestiguando así las ventajas que nos reporta la moderna industria.

Las sombrillas bordadas á mano constituyen el «clou» de la novedad, y las hay de los colores y matices más delicados.

Siguen también disfrutando el favor de la moda las sombrillas lisas y con adornos de encajes calados, representando formas de pájaros, lazos y mariposas transparentes.

Para las señoras de cierta edad, nada más á propósito que los «entout-cas,» de riquísimas sedas y suaves colores.

Otra novedad modernista presentan este año los quitasoles, los puños de plata, metal y esmalte, de un trabajo primoroso.

El puño de acero de Eibar con sus lindos adamasquinados de oro, verdaderos é imitados, gozan del favor de las damas; cuyas delicadas manos resaltan con suma blancura sobre el obscuro y bruñido metal.

Estas son las armas de que hoy pensaba hablar á las señoras, y segura de no infundirles miedo, creo que padres y esposos se apresurarán á proporcionárselas.

¡Oh pretendida debilidad de la mujer, que eres fuerte con el trozo de nácar entre las manos!

LA VIZCONDESA
DE CHATEAU D'EAU.

A UNA ROSA.

Vagando en el prado un día
En que la multitud de flores
Sus diferentes colores
Ostentaban á porfía.

Una rosa allí encontré,
Cuya belleza y encanto
Cautivó mi atención tanto,
Que á contemplarla llegué.

Me pareció de las flores
Que perfumaban el prado
La de olor más delicado
Y de más lindos colores.

Su aroma intenté aspirar,
Y le aspiré delicioso,
Y luego quise afanoso
Sus frescas hojas besar.

Lleno de loca alegría
La acerqué á mis labios presto,
Mas un gusano funesto
En su corola escondía.

Y cuando encontrar soñé
En su cáliz ambrosía,
Del insecto que tenía
La ponzoña sólo hallé.

La apariencia me engañaba:
¿Quién dijera de esa rosa,
Al mirarla tan preciosa,
Que un vil gusano guardaba?

Así hay mujeres que son
A la faz del mundo hermosas,
Y que ocultan cual las rosas
Veneno en el corazón.

G. CARBÓ.



EL AGUILA Y EL LOBO.

Por el verdoso repecho de una montaña llena de reductos, abundante en escarpaduras, temible por sus faldas majestuosas que se pierden en valles hermosísimos, subía dispersado un centenar de borregos que en su prisa por regalarse con los tiernos tallos, apenas si se preocupaban de dejar oír algún ligero balido.

En cambio, la voz sonora del pastor resonaba de vez en cuando por las cuencas, ya para encarrilar una res que se alejaba, bien para dar una orden á los perros que, celosos del deber nunca olvidado, la ejecutaban con admirable precisión.

Así, el pastor, sus canes y sus reses llegaron á dominar la altura, de donde partían rápidos desfiladeros. Unas voces de mando, unos ladridos de perros, arremolinaron el ganado en una meseta de la montaña; y en tanto que los mastines se tendían á lo largo sobre un espeso tapiz de verdura, el hombre tomó asiento entre un grupo de rocas, por entre cuyos intersticios se derramaba cristalina el agua que desbordaba de los senos del monte.

José, el pastor, después de un momento de reposo, colocó la escopeta entre dos rocas, sacó de entre el ancho cinturón de cuero la enorme cayada que llevaba á guisa de tisona y colocóla al lado de la escopeta, descargóse el peludo morral, é hincando una rodilla en tierra, sacó la bota, el pan y el queso, requirió la faca y se dispuso á empezar la merienda.

De pronto, los perros se irguieron, husmearon el espacio, levatáronse, y partieron veloces entre las rocas.

El rostro de José se iluminó de satisfacción, y mirando hacia el sitio por donde los perros desaparecieron en tropel, dijo:

—Ahí viene....

Una linda zagala, escoltada por los mastines, surgió de entre las rocas. Rosada la mejilla, jadeante el pecho, inquieta la mirada, se acercó al pastor.

—Buenas tardes, padre— le dijo con cariño.

—¿Por qué has corrido tanto?

—Temí llegar tarde á la merienda.

—¿Por qué saliste tarde?

—No....; si no salí tarde! Encontré á la Paca en la vereda, y fuimos por flores hasta la presa...

—¿Y madre?

—Madre no quería dejarme venir pero yo le dije que deseaba merendar contigo y que tú te alegrabas de que viniera....

—Pero no de que vayas á correr con la Paca... No contraríes á tu madre!... Dónde están las flores que has cogido?...

—Pues.... se las llevó todas la Paca!... Dame pan, padre.

José cortó contra su pecho cinco rebanadas de pan: dió una á su hija, tiró una á cada perro y guardó para sí la última.

—¿Qué te ha dicho la Paca?

—La Paca!.... Ah... sí!..... Pues nada!....

—Padre... Te gustaría que yo me casara?...

—No pienses en eso, rapaza!..... Cada cosa á su tiempo... y luego... por qué me hablas de eso?... Sobre todo, nada de amoríos tempranos, ni de mentiras ni de secretos.... Tu madre y yo estudiaremos eso... á tiempo...«y con el novio»... Alguien te ronda?...

—No, padre... Bajarás pronto?...

—No te quedas?

—No...; dije á madre que bajaría.

—Pues si te espera tu madre, vete..... Llévate á «Morico,» que te acompañe.

—No, que es muy malo y muerde á todos los perros que encontramos.

—Toma por el atajo..... Adiós, hija!

—Hasta luego, padre!...

La zagala partió con paso ligero; José colgóse el morral, pasó la cayada por entre el cuerpo y el cinto, cogió bajo el brazo la escopeta, voceó á los perros y puso el ganado en marcha costeando la cumbre.

La tarde declinaba; lejanos balidos y ecos de voces de otros pastores resonaban en las cuencas, una suave brisa esparcía los perfumes de las flores por los campos, espléndidos de luz; los pájaros se despedían del día, los grillos anunciaban la proximidad de la noche; del soto partía el seco chasquido del cazador, allá al final del bosque, se veían las chimeneas de la aldea humear perezosas, enviando diáfanas blanquecinas nubecillas, que iban á perderse entre las azuladas sábanas de los cielos.

De pronto el rebaño se revolvió en ademán de huída; el pastor, saliendo de su ensimismamiento, azuzó los perros para contener el ganado; éste apiñóse tembloroso, mirando con pavor hacia la altura, y José, siguiendo las miradas de sus borregos, divisó un águila real que se cernía arrogante por encima del hato.

El pastor se metió entre sus reses como para imponerles confianza, y ayudado por los mastines, empezó á guiar el tropel hacia las vertientes del valle; pero el terror aumentaba entre el ganado, porque el águila acortaba el radio de su vuelo y estrechaba las distancias, mostrándose decidida á levantar presa.



1.—Tres elegantes vestidos de casa y de visita.



2.—Trajes de campo para señoritas jóvenes.

José, inquieto, preparó la escopeta y echó una bala en el cañón. El águila, como aceptando el desafío, remontóse un momento y, con una rapidez de furia, dejóse caer sobre un corderillo rezagado y lo elevó entre sus garras dejando el desorden del espanto entre los pobres borregos de la manada.

José, lívido, tiróse la escopeta á la cara, afinó la puntería y disparó. El ave pareció sentirse realzada por una fuerza irresistible, quedó como en suspenso un instante y, en fin, desplomóse en rápido torbellino, yendo á precipitarse entre los árboles de un bosquecillo de la falda del monte.

El ganado corría en todas direcciones condesorden extraordinario; los perros, con aullidos furiosos, se revolvían de un lado para otro; José, en el paroxismo de su furor, gritaba y corría, con la cayada en la diestra y la escopeta en la otra mano, arrogante, magnífico en su desconcierto, y encauzando con prisa aquel tropel de reses hacia el valle, corrió al bosquecillo entre cuyos árboles había caído el águila con su presa.

Los perros, excitados por José, guiados por el olfato, precedieron al pastor. Apenas se internaron como saetas en el bosquecillo, resonaron unos gritos de horror mezclados á ladridos terribles:

—Socorro! Socorro!...

José llegó: en el centro de una glorieta yacía la gentil zagala hija del pastor; á su lado el águila muerta, teniendo aún en sus garras el corderillo ensangrentado, pero vivo; y afianzándose al tronco de un árbol, con el terror en el rostro y contraído el cuerpo, un hombre acosado, mordisqueado por los perros.

—Mi hija, mi hija!...

José levantó, con ansias de espanto, el cuerpo de la zagala, cuyo pemblante parecía de mármol.

—Hija, hija de mi alma!...

La joven volvió en sí, miró á su padre, se afianzó á su cuello y prorrumpió en abundante llanto.

—Padre!....Padre!.... Perdón... No!....No!....Tu honra está salvada!....

Infame!.... —rugió el pastor dirigiéndose al hombre. – Tú.... tú Lobo dañino!....

—Padre... padre mío!... Mi madre nos espera!...

Y la muchacha, conteniendo al padre para que no se lanzara contra el hombre, aceptando las caricias de los perros que habían abandonado su presa, desasió de entre las garras del águila al cuitado corderillo, y arrastró al padre hacia el valle, donde el rebaño apiñado esperaba la voz del pastor.

Cuando al ocultarse el sol por detrás de las colinas, José entró en su morada, después de dejar en el aprisco las reses y los perros, dijo á su esposa, que le salió al encuentro, inquieta ante el aspecto del padre y de la hija:

—Ahí están la rapaza salvada y el cordero vivo!... Al de Arriba plugo enviar el águila á tiempo de sorprender al lobo!..... Las dos fieras perdieron de una vez sus presas!... Bendito y loado sea Dios!......

A. MAR.



CONTRASTES.

Era una noche
primaveral,
de esas que sólo
se ven en tierra
meridional.

La luna riela
sobre las olas,
que cantan dulces
y misteriosas
sus barcarolas.

Susurra el viento
quejas de amor,
que se parecen
á los cantares
del trovador.

Frágil barquilla
surca la mar;
sobre la borda
un hombre grita:
¡bogar! ¡bogar!

Súbito el cielo
se encapotó,
y entre las nubes
la blanca luna
despareció.

Lanza gemidos
que dan horror,
el mismo viento
que antes lanzaba
quejas de amor.

Vuela la nave;
rugen las olas,
que se embravecen
y ya no cantan
sus barcarolas.

El hombre grita;
nadie le oyó,
y la barquilla
que zozobraba,
se sumergió.

C. J. de Velasco.

Á LA NOCHE.

¡Noche callada y triste,
Mudo testigo de la pena mía!
Ven, y el cielo reviste
Con la tiniebla fría;
Que si pavor profundo
Inspiras siempre al bullicioso mundo,
Mi corazón en su mortal desvelo
Halla en tus negras horas
El que siempre le das triste consuelo.

Ven, noche, ven ligera,
Tú sola de mis penas compañera;
No temas que me espante
Tu silencio solemne y pavoroso;
Que cuando se levante
Mañana esplendoroso
Para traer el sol un nuevo día,
Me hallará, noche umbría,
Como siempre llorando,
Mas tus amigas sombras esperando.

Porque sólo en tus brazos,
Sólo ó favor de la tiniebla obscura
Puede mi corazón hecho pedazos
Derramar el raudal de su amargura;
Porque ese mundo aleve
Sorprender en mis párpados no debe
Mi lastimoso llanto;
Por eso con tu manto
Mis lágrimas encubro, noche umbría,
Mudo testigo de la pena mía.

¡Ay del triste que vaga
Por el mar de la vida
Como nave perdida,
El empuje siguiendo de cada ola,
Sin estrella ni guía, errante y sola!
Y en su bogar incierto
Ni aun llega á divisar lejano el puerto....

¡Ay del alma que gime
Lejos del bien perdido
Sofocando en el pecho su gemido!
¡Ay de aquel corazón á quien oprime
De un oculto dolor la férrea mano,
Que lucha, sufre y calla
Por que el mundo tirano
Sus lágrimas no vea,
Y lastimados sus derechos crea!

Porque hay dolores mudos,
Hay heridas que vierten gota á gota
Sangre del corazón despedazado;
Y esa sangre que brota
Hay que ocultarla al mundo despiadado
Que al contemplar nuestros pesares ríe,
Porque sólo comprende
El amor que se compra y que se vende.

Por eso busco, ¡oh noche!
Tu fría obscuridad, tu negra calma,
Porque en ti deposito
Los secretos de mi alma;
Y de mi amor proscrito



3.—Blusa de talle para reuniones familiares.

La historia lastimera
A ti no más la cuento ¡oh compañera
Constante del que llora,
Lejos, muy lejos ¡ay! del bien que adora.

Tú no me venderás, noche sombría,
Y cuando se despierte
A continuar su bacanal orgía
Ese mundo mañana,
No le dirás que hiel y sangre vierte
Mi corazón herido ya de muerte,
Ni tu sombra liviana
Descubrirá el secreto
Que va matando el corazón inquieto.

Mas si á tu sombra amiga
Mis pesares confío,
Si nada más á tu silencio fío
Mis ayes doloridos,
Llévale mis gemidos
Al ángel de mi amor que perdí triste,
Dila que voy muriendo
Presa infeliz del infortunio horrendo.

Ella también cual yo sin esperanza,
Amargo el cáliz del dolor apura,
Ella también serena, indiferente,
Presenta al mundo la marchita frente,
Mientras que la amargura
De sus eternos días
Encubre con fingidas alegrías.

Llévale, ¡oh noche! en las veloces alas
De tu callada brisa mis suspiros,
Y encubre con tu velo
Las lágrimas de amargo desconsuelo
Que la infeliz derrama;
Y si acaso me llama
En su honda soledad, si á su memoria
Viene la triste historia
De nuestro ayer perdido,
Lleva á su alma el olvido
Con el tranquilo sueño
Que en las almas derrama tu beleño.

MANUEL PEREDO.

EN ESTE RINCÓN.

En este rincón soñado,
Por las gentes olvidado,
Con la dicha me embriagué....
Aquí, gustando la gloria,
Corrió triunfante mi historia...
¡Aquí me amaron y amé!

A él vuelvo. La edad perdida
Surge, alegrando mi vida,
Remozando el corazón....
¡Quién el tiempo detuviera!
¡Quién eternamente oyera
La misma dulce canción!

¡Horas jamás olvidadas!
¡Venturas ambicionadas!
¡Promesas de algo ideal!
Parece que aún os contemplo...
¡En pie se conserva el templo
Y todo en él está igual!

Misterio... Noble reposo....
Sol discreto, temeroso
De auyentar esta quietud....
El aire que dulcemente
Mueve las flores.... ¡Ambiente
De amor y de juventud!

En la ventana querida
La enredadera atrevida
Llama y se asoma al cristal....
Los tiestos, de flor granados,
Por manos santas cuidados
Parecen.... ¡Todo está igual!

¿Me esperan?...Tras la persiana
Linda mano, nieve y grana,
Breve pañuelo agitó....
¡Esta es la señal bendita
Que la suspirada cita
Tantas veces me anunció!

¡Silencio!... Ya la paloma
Tímidamente se asoma,
Su dulce arrullo sentí..
¡Oh tiempos de amor distantes!
¡Esos ojos titilantes
Ya no me miran á mí!

ANTONIO PALOMERO.



5.—Moderno traje de paseo, con guarniciones de cintas.



4.—Vestido campestre, estilo reforma.

LA VIDA.

No fíes, Laura hermosa,
la del sensible pecho,
en dichas que te finja
frenético el deseo.

Sin esperanzas vanas,
sin agitar recuerdos,
ni más gozar ansíes
que lo que veas cierto.

En ilusiones gratas
adormecido un tiempo,
placeres inefables
reíanme á lo lejos.

Arrepentido y triste
mi desengaño veo
llorando aquellos días
de mentirosos sueños.

La vida, nuestra vida,
es sólo este momento,
que agora por nosotros
dezlísase ligero.

Ya lo pasado es sombra,
y el porvenir incierto
quizá pesar y llanto
nos guarde allá funesto.

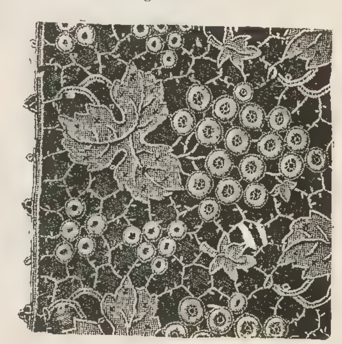
El curso de los ríos
la espuma va siguiendo,
llevada de las aguas
al ímpetu soberbio.

Espuma es nuestra vida,
el mundo un río inmenso,
llevar de su corriente
tranquilos nos dejemos.

Si de tu amado agora
te ríe el rostro bello,
agora de tu amado
embriágante los besos.

No trueques insensata
los goces más pequeños
por glorias que te finja
frenético el deseo.

Que nuestra vida, Laura,
es sólo este momento,
que agora por nosotros
deslízase ligero.



11.—Detalle de labor para cojines.

El Duelo de los Gorriones.

Ya se va sintiendo el fresco ambiente precursor del invierno, los árboles amarillean, alfombrándose los campos y los paseos de hojas secas; vuelve la vida á reconcentrarse en el hogar doméstico, ó en esos otros ficticios hogares creados por la moderna civilización, que se llaman el café ó el casino.

Hay frente á mi casa otra, construída á la inglesa, con su jardincito delante de los muros, separado de la calle por una verja. Es una casa conocida en todo Madrid, porque fué de las primeras que tuvieron esa especie de pulmones de la arquitectura ciudadana, porque ha albergado inquilinos ilustres y porque está situada en cierta calle que lleva un nombre famoso en las letras.

Pocos años ha vivían allí dos ancianos, marido y mujer.

Habitaban en un piso calificado por el arquitecto ó el dueño de la casa de «tercero,» cuando en realidad es «quinto;» modo inocente de halagar la vanidad de los inquilinos, muy semejante al que resulta de pintarse las canas del cabello ó de la barba: el que lo emplea no engaña á nadie, ni siquiera á sí mismo; pero se hace la ilusión de que la gente toma por juventud la obscura huella del nitrato de plata.

Mis vecinos de enfrente tenían convertidos los balcones en otros tantos pensiles ó jardines colgantes, y diariamente asomábanse á ellos para arrojar por el aire puñados de migas de pan, limosna destinada á un sinnúmero de gorriones que anidan en las entrelazadas copas de dos hermosos árboles que adornan el jardín contiguo.

Muchas generaciones de estos pajarillos han debido el sustento á las caritativas manos de mis vecinos, que durante años y años, sin faltar un solo día, mostraban su longanimidad con los volátiles mendigos, á quienes un amigo mío califica de «plebe del aire.»

Pero cierta ocasión llegaron, como de costumbre, los gorriones á la casa de enfrente, revoloteando al rededor de los cerrados balcones, y acercándose primero los más audaces y luego los otros, sin que aparecieran las pródigas manos de sus bienhechores.

—¿Qué les habrá sucedido?—se decían entre sí unos á otros los pájaros.—¿Se habrán mudado de casa? No es posible. Esta les pertenece sin duda, como á nosotros el árbol aquel. ¿Se habrán olvidado de nosotros? Mucho menos—exclamó un gorrión viejo;—toda mi vida y la de mi padre, y si no recuerdo mal, hasta la de mi abuelo, nos han dado sin falta el pan de cada día.

Y después de mucho esperar, de rozar con el ala los cristales, como las golondrinas de Bécquer, el hambre los hizo ir á buscar sustento por otro lado.

Al día siguiente sucedió lo propio: nadie se asomaba á los balcones, que permanecían cerrados, y los asombrados hambrientos tuvieron que matar el apetito con lo que por acaso hallaban en la calle.

Algunos se quedaron sin comer; algún otro se proporcionó un opíparo banquete metiendo el pico por entre los alambres de la jaula de un canario de la vecindad, y por ello fué objeto de mil consideraciones entre sus compatricios del árbol. Los que se quedaron sin comer adquirieron fama de honrados, pero se les calificó unánimemente de tontos. ¡Ni que hubieran sido hombres!

Pasados algunos días, uno de los balcones de la casa amaneció abierto.

Acercáronse precipitadamente los gorriones, y vieron á su bienhechor que yacía en una cama grande muy colgada de negro; tenía cerrados los ojos, el rostro blanco y afilado, y á pesar de acercarse al balcón sus protegidos, á pesar de que hubo quien se arriesgó á pararse un momento en la fría balaustrada, el anciano amigo de los gorriones permaneció inmóvil.

Dentro de la casa oyeron los pajarillos lamentos y llantos, ruido triste hasta para las mismas aves.

Y por la noche, algún gorrioncillo, desvelado por el hambre, vió que el balcón seguía abierto y que salía por él, rompiendo la masa negra de la obscuridad, un torrente de amarillenta luz.

Y el día después, el amigo, el bienhechor cariñoso de los pajarillos fué sacado y puesto en un negro coche, tirado por caballos negros, que le llevaron lejos, muy lejos de la casa que fué providencia de los gorriones.

Y éstos piaron dolientemente por el que les cuidaba: no volvieron á verle en el balcón, ni recibieron de sus manos las migajas de pan con que antes les daba el cotidiano sustento.

Muchos amigos lloraron al difunto; los periódicos dieron cuenta de su muerte dedicándole frases de elogio y de cariño, porque le conocía, le trataba y le estimaba en Madrid mucha gente. Pero nadie le echó de menos tanto como los inquilinos del árbol próximo, y «el duelo de los gorriones» acompañó también á la tumba al que cuidaba de alimentarlos.

A. Avilés.



7.—Vestiditos marineros para niños de corta edad.



6.—Vistosa colección de trajes infantiles.



Explicación de nuestros grabados.

Número 1.—Estos vestidos para casa y para reunión, son elegantes desde el punto de vista de su sencilla y fácil confección. En números anteriores hemos detallado claramente la explicación de trajes semejantes, y en el presente sólo mencionaremos el vestido del centro, ricamente guarnecido con un bonito cuello de encaje inglés, que, acuchillado en sus extremidades, baja hasta la cintura. Además, el pequeño escote cuadrado de este vestido, se cubre también con encaje de la misma calidad, y se hace rodear por una pequeña cenefa de fina piel. Del centro del escote, se hacen partir, hacia la cintura, pequeñas aplicaciones de pelerina que rematan, en su parte inferior, por tres cintas caídas de terciopelo.

Número 2.—El grabado representa dos trajes campestres, de bonito aspecto y de sencilla confección á la vez, pues la indumentaria femenina moderna, tiene como base indispensable para el éxito la sencillez y la elegancia. La blusa suelta del primer figurín, es una especie de pequeña torera, con cuello semiovalado de encaje inglés y con un segundo cuello blanco al que debe ajustarse la corbata. La falda es sencillísima, de volante en forma y siete cuchillas.

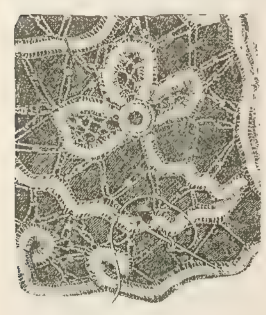
Por lo que hace al segundo vestido, la enagua es idéntica á la del primero, y la sola diferencia de los trajes consiste en la blusa ó talle que en dicho segundo figurín afecta la forma de saco-paletó, con botonadura metálica y ancho cuello-hombreras. El sombrero es de lo menos complicado que puede encontrarse, pues á la débil forma de paja se le hace pasar, en el centro, una guía de flores.

Número 4.—Traje reforma para señoritas jóvenes. Como se ve en el figurín, el traje todo, que es de la misma tela, se encuentra cortado en las bocamangas y parte superior del talle, para dar cabida á una tela de diferente naturaleza. La confección de los trajes «reforma» es muy semejante; y por esto es que la gran familia, llamémosla así, de vestidos princesa ó reforma, puede ajustarse á iguales moldes en los que perfectamente caben las variaciones que por gusto y buen discernimiento quieran darles las damas.

Sí les aconsejaríamos que fuesen lo más parcas posible en todo aquello que implica innovación ó desfiguro de los moldes, pues á veces, creyendo descifrar el enigma, se tropieza al final con que han perdido toda ó parte de la tela. Las mangas y peto de este traje, son de tela Vichy, engalana con angosta cinta negra.

Número 5. La elegancia de este vestido de paseo, debe estar en consonancia con la esbeltez del talle, pues advertimos que únicamente á señoras de delicadas formas sienta bien un traje semejante. Como se ve en el grabado, la falda no lleva más adorno que las sencillas guarniciones de cinta terminadas en la parte inferior. El talle, estilo escocés, como lo es el del vestido todo, imita, por lo que á la parte delantera se refiere, á las blusas jacquets. Así, pues, confecciónese de igual manera á estas blusas, con la única diferencia de que el cuello de la chaqueta deberá ser de seda rameada. El sombrero es también muy vistoso y elegante, y en él debe procurarse que no estén muy exageradas las blondas de seda que cuelgan por su parte posterior.

Número 6. Colección de trajes infantiles en la que hay vestidos para niñas desde dos años hasta señoritas de doce. A semejanza de la explicación que hemos hecho anteriormente, en estos trajes infantiles caben igualmente las innovaciones de las madres de familia. El trajecito de cuarto término es un graciosísimo abrigo con ancho cuello esclavina, bordado y ataviado con anchos listones. La fallita es de plissé, color azul pálido, para que se encuentre en consonancia con el resto del vestido, que igualmente es del mismo color.


12.—Detalle de labor para aplicaciones.


8.—Bata de capa y trajecito infantil.

UN LAPSUS LINGÜE.

Aburrido de mi estado
y de la vida azarosa,
que hasta hace poco he llevado,
un día, mal de mi grado,
resolví tomar esposa.

Mujer busqué lo primero;
mas hoy lo tengo advertido:
encuentra cualquier soltero
más de mil que digan «quiero,»
antes de que él diga «envido.»

Chico, dado el primer paso,
no hay más que dar el segundo:
y aunque temía un fracaso,
con sentimiento profundo
le dije al mundo: me caso.

Del dicho al hecho hay gran trecho;
mas el refrán susodicho
por mentiroso desecho,
que no bien dije lo dicho,
se convirtió el dicho en hecho.

Cuando el cura nos casó,
yo no sé lo que sentí
ni lo que por mí pasó;
ello es que dije que sí,
debiendo decir que no.

Y hoy que estoy arrepentido
de ser de Lola marido,
aunque llevo un lote pingüe,
aquel sí, me he convencido,
no fué más que un «lapsus lingüe.»

EDUARDO LUSTONO.

El Arte dr Perfumarse.

El uso de los perfumes es muy antiguo. Durante mucho tiempo los perfumistas han trabajado con fórmulas empíricas, y los progresos de este arte han sido muy lentos durante varios siglos. Hoy día la perfumería es una ciencia que exige, no sólo una gran experiencia práctica, sino además conocimientos especiales de varias clases.

Sin embargo, se debe recomendar mucha prudencia á las que tengan un gusto inmoderado por los perfumes, y por tanto abusen de ellos.

Muy á menudo ocurre que los perfumes preferidos son los más nocivos á la salud. Gretry, por ejemplo, adoraba el perfume de la rosa, que le producía jaquecas, y la Emperatriz Josefina amaba con pasión el almizcle, que la emborrachaba.

Un gran número de flores muy perfumadas ejercen una influencia penosa sobre el cerebro y sobre los nervios, como son el jazmín, la magnolia, la tuberosa y la vainilla.

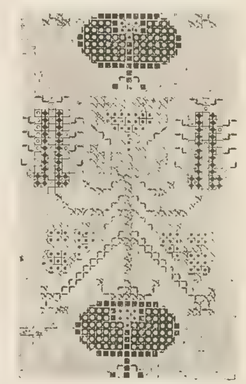
Pero, por el contrario, se reconocen los excelentes efectos saludables y tónicos del espliego, de la menta, de la verbena, del tomillo, de la canela, de la cidra y del benjuí en particular. La mayor parte son antisépticos excelentes.

Así es que para sanear una habitación conviene quemar unos cuantos terrones de azúcar y benjuí y fumigar por la habitación. Una fumigación de benjuí es suficiente á veces para curar un constipado, una ronquera y sobre todo la influenza. La esencia de cidra sanea la atmósfera de la habitación de un enfermo.

Sucede con los perfumes lo que con las alhajas: abusar de ellos es carecer de elegancia y de distinción.

Las romanas perfumaban de manera distinta cada una de sus prendas de vestir; pero hoy día, la mujer elegante, distinguida, sólo debe tener un perfume, que cambiará lo menos posible.

En general, los extractos me parecen preferibles á los polvos. Algunos saquitos ó almohadillas en los armarios, el iris particularmente para la ropa blanca, pueden servir para hacer desaparecer el olor que cogen las cosas encerradas. También se deben emplear para el papel de cartas, los guantes y los abanicos, á los cuales la piel de España, sobre todo, comunica un olor suave, agradable y persis-


13.—Modelo de tejido al bolillo.

tente. Para los trajes, los pañuelos y los encajes, se deben usar los extractos, de preferencia.

Hay que saber escoger. Una muchacha joven no puede llevar el mismo perfume que su madre. El baile autoriza un olor un poco más acentuado que la comida. En esto entra el gusto personal; depende de las circunstancias, según la buena educación de cada cual. Una regla absoluta, de la cual no debe una apartarse jamás, es la siguiente: No se debe nunca molestar al vecino.

Desgraciadamente, hay muchas personas que infringen esta regla elemental de cortesía. No siempre son culpables. Fiándose de un bonito rótulo, adquieren un perfume mal preparado, que dentro del frasco tiene un olor muy agradable, pero que al contacto del aire se desnaturaliza y al cabo de cierto tiempo se hace absolutamente insoportable, sobre todo para los vecinos, pues la persona que lleva el perfume lo siente mucho menos que la que está á su lado.

Hay un medio para no ofuscar el olfato de los vecinos, que tal vez no tengan el mismo gusto que nosotros: póngase el perfume por debajo cosiendo unos saquitos pequeños en el interior de los cuerpos ó en la parte baja de las faldas ó enaguas, ó si no, antes de vestirse, se perfumarán los vestidos por el revés con un vaporizador.

De este modo sólo llegará al olfato de los que les rodeen un perfume velado y discreto.

AURORALES.

EL NIDO. Hay bajo el follaje
rumores de alas:
son dos aves divinas que ríen,
dos aves que cantan.
El nido oscilante
sostienen las ramas;
allí llegan los himnos del cielo,
los besos del aura!
Allí se adormece
la dulce esperanza,
sin oír de las hojas que caen
la voz funeraria.
Allí las delicias
de todas las gracias,
sin que nunca se mire la inquieta
sombra de una lágrima!
De las lejanías
azules y vastas,
vienen ecos tan dulces que suenan
como una plegaria.
No tienen aquella
dulzura tan santa,
ni la luz de la aurora naciente
ni el ruido del agua....
Salve á esas delicias!
Salve á esa alborada!
A los besos de amor de los cielos
se juntan las ramas!
Las ramas se juntan!
Arrullan las alas!
Y se eleva á los cielos radiantes
la dulce esperanza!

LA CUNA.—Tiemblan en la alas cortinas blancas, (coba
hay rumores de besos que ríen,
de risas que cantan!
Los ensueños cruzan
en la sombra vaga,
como esas visiones azules
que llegan y pasan.
Hay un inefable
misterio en la estancia:
el misterio que flota en las frentes,
que flota en las almas!
La cuna está alegre
como una alborada;
también tiene canciones y arrullos,
gorjeos y alas!
También tiene aromas
de flores sagradas,
que es la cuna un pedazo del cielo,
perdido en la estancia.
La cuna está hecha
de amor y esperanza,
y los besos que en ella se encienden
trasportan y embriagan.
El niño que ríe
es ave que canta,
las manitas que al cielo se elevan
son lirios, son alas!
Allí se confunden
en una, dos ansias.
Allí reina el amor y florecen
los lirios del alma!

JORGE GONZÁLEZ B.

Manera de cuidar los trajes y demás prendas de vestir.

Es de la mayor importancia para una mujer á la vez elegante y económica, cuidar debidamente todas sus prendas de vestir, para conservar en perfecto estado y prolongar considerablemente su duración.

Cada vez que se quita una un traje, antes de guardarlo, hay que hacerlo cepillar, limpiar y sacudir al aire libre si es posible, y hacer desaparecer, según la tela, sea con la mano, sea con la plancha, todos los falsos pliegues ó arrugas que haya podido contraer.

9.—Vestidos reforma de calle y de casa.

Después de esto, se debe colgar en el armario de los vestidos.

Las faldas deben estar provistas de tres cintas de quince centímetros de largo, poco más ó menos colocadas de plano, en el interior de la cintura, una delante y dos de cada lado, un poco atrás. Reunidas en la misma percha, el traje se halla colgado absolutamente á plomo, y la amplitud de la falda no puede tomar ninguna de esas arrugas feas que el aire no borra siempre inmediatamente.

En los cuerpos, una cinta del mismo tamaño debe estar cosida debajo del cuello, fijada á las dos costuras de los hombros; de este modo no hay necesidad de colgar el cuerpo por una manga ó por el cordón de la cintura.

Los trajes que no se ponen habitualmente, como son los vestidos de baile, y, sobre todo, cuando ha pasado la época de las recepciones, deben ser guardados en sacos del mismo tamaño que la cola, para que ésta quepa perfectamente sin arrugarse.

Estos sacos deben estar hechos de percal blanco, suficientemente tupido y satinado para que el polvo resbale sin penetrar en ellos.

Las prendas, algo complicadas, deben estar colgadas y no plegadas.

Si se tienen muchas pieles, su conservación en casa del peletero resulta un gasto verdadero. Es cosa muy sencilla, y muy económica sobre todo, el conservar una misma sus pieles y sus lanas.

Para este uso se destina un cofre ó baúl de varios compartimientos, y bastante largo para que las faldas y demás prendas puedan estar extendidas del todo sin arrugarse en lo más mínimo.

En cuanto vienen los calores, es decir, en el mes de junio, hay que echar en ese cofre un kilo de pimienta en grano y un kilo de alcanfor en pedazos, así como algunos otros polvos insecticidas perfumados, que se encuentran en gran cantidad en el comercio.

Se sacuden, se cepillan y airean las lanas y las pieles y se colocan por orden en el cofre. Sería preferible, para substraerlas del contacto de los polvos que podrían mancharlas, envolverlas en paños blancos.

Después se colocan por capas los distintos ingredientes y se cierra herméticamente el cofre ó baúl. Con estas precauciones, se puede tener

la seguridad de hallar todas las prendas perfectamente intactas al llegar el invierno.

Este cofre, en cuyo fondo se dejan los polvos insecticidas, sólo debe servir para este uso, añadiendo cada año una nueva dosis de insecticidas, pero cada vez en menor cantidad. El gasto que ocasione la conservación será, pues, insignificante, estando ya el recipiente saturado de esos olores saludables y preservadores.

Creemos ser útiles á nuestras lectoras indicándoles algunos procedimientos para limpiar las sedas, las lanas, los encajes y las alhajas, etc., etc.

Las manchas de lodo sobre la seda se quitan ordinariamente con mucha facilidad frotándolas sencillamente durante algún tiempo con un pedazo de franela.

Si la mancha fuere difícil de quitar, á causa de la naturaleza del lodo, se frotan las manchas con un trapo mojado en alcohol ó espíritu de vino.

Las manchas de pintura ó de grasa de carruaje se quitan rápidamente con la esencia de trementina, si se tiene cuidado de no esperar á que estén secas. Cuando lo estén, hay que empapar la mancha de manteca ó de aceite de olivas antes de emplear la esencia.

El vinagre ó el ácido oxálico hacen desaparecer generalmente las manchas de tinta, sobre todo si la tela no es de color muy tierno.

Las manchas de grasa se quitan admirablemente con todas las bencinas. Si no se tiene á proximidad, se pueden quitar con amoníaco ó éter mezclado con agua, ó si no, sencillamente con esencia de petróleo, pero el olor es muy desagradable.

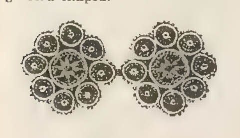
La creta pulverizada quita muy bien las manchas de grasa sobre la seda. Se salpica la mancha con creta, se la cubre de papel secante y sobre este papel se coloca una plancha muy caliente. No hay que pasar la plancha; colocarla sencillamente. Se procede por el revés de la tela, que se extiende sobre una tabla de madera cubierta de franela.

Se hace desaparecer una mancha de fruta con espíritu de vino ó amoníaco, y sobre la ropa blanca con agua de Javel, que es agua de hipoclorito de cal. Pero si se emplea el agua de Javel, hay que mojar en seguida la ropa en agua fresca y pura y frotar con cuidado todas las partes tocadas por el agua de Javel.

En cuanto á las manchas de azúcar, se quitan fácilmente sobre la lana con un cepillo mojado en agua, y sobre la seda con un poco de espíritu de vino.

Para hacer desaparecer las manchas de esperma, se quita primero la esperma, sea con la uña, sea con un cuchillo. Se echa despues un poco de espíritu de vino sobre la mancha, y si no es profunda, un poco de agua solamente. Se frota de nuevo ligeramente y la mancha desaparece.

Para limpiar á fondo un vestido de lana negra ó de color obscuro, azul marino ó castaño, por ejemplo, después de desarmarlo en la cintura y descoser el hilván, se sumerge la tela en agua, en la cual se habrá hecho hervir palo de jabón. Se lava la tela en esta agua, y luego otra limpia.





15.—Figuras de bordados al tamaño natural.



10.—Nuevos trajes reforma de paseo y de visita.

Se la dejará escurrir y secar un poco y se planchará por el revés cuando esté todavía húmeda. Recobrará su flexibilidad y casi la apariencia de lo nuevo. Hoy día se emplea mucho el palo de jabón.

La limpieza de las telas de lana blanca, vestidos, pañoletas, franelas, mantas, se hará en una tinaja llena de agua fría adicionada de amoníaco ó de esencia de trementina: seis cucharadas de las de sopa próximamente por cada diez litros. Se le añade jabón raspado. Se deja una hora ó dos en el agua, y después se cepilla la tela sobre una plancha para no echar á perder la lana al frotarla. Se cambia el agua y se sumerge de nuevo, se vuelve á sacar y sin más se cuelga para dejar escurrir el agua. Cuando se quiere secar de prisa, se prensa con un paño y se deja evaporar luego el resto de la humedad. Se plancha antes que la tela esté del todo seca.

Se obtiene también un resultado excelente, cuando las lanas son de dimensiones pequeñas, frotándolas con harina de trigo y sacudiéndolas después. Para los trajes de niños, ¡por ejemplo, este método resulta bastante práctico.

Los fieltros blancos ó los gorros de lana blanca se ponen como nuevos frotándolos con algodón en rama cubierto de polvos de almidón ó de harina ordinaria.

He aquí un procedimiento excelente para limpiar perfectamente las sedas: se empieza por desdoblar la seda y deshacer las costuras. En una vasija se hacen disolver 250 gramos de miel, 200 gramos de jabón negro, se le añade un litro de aguardiente y se agita para que la mezcla se haga bien.

Se extiende el trozo de tela sobre una mesa muy limpia, y se frotan con cuidado todas las partes de la tela con un cepillo mojado en la preparación, que se deja durante ese tiempo sobre un fuego suave.

Otra persona coge cada trozo á medida que está listo y lo moja inmediatamente y varias veces en agua fría, sin frotar. Hay que hacerlo con otras dos aguas sucesivas.

Después se extien de la tela sobre una cuerda cualquiera y se deja escurrir, teniendo cuidado de no torcerla con las manos.

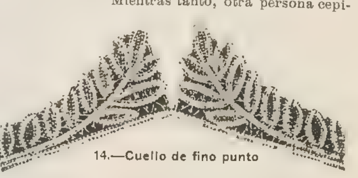
Antes de estar completamente seca, se debe planchar cada trozo al revés sobre una manta de lana. La plancha no debe estar demasiado caliente. Se plancha lentamente sin hacer arrugas. Una tela de seda limpiada de esta manera parece completamente nueva.

Los terciopelos se limpian muy bien con las bencinas. Algunas personas, sin embargo, quitan las manchas de grasa colocando encima una rodaja de pan tostado muy caliente. Claro está que no se debe frotar.

El terciopelo mojado no debe nunca ser secado ni cepillado. Se sacude bien y se deja secar naturalmente. El pelo se arregla por sí mismo.

El terciopelo arrugado se pone como nuevo planchándolo al revés mientras que otra persona lo tiene extendido para tenerlo en el aire.

Otro procedimiento que da un resultado todavía más satisfactorio, consiste en colocar el revés del terciopelo sobre una placa de zinc ó sobre una plancha muy caliente recubierta de un lienzo mojado. No se debe pasar el hierro por la tela; se debe pasar la tela por el hierro. Mientras tanto, otra persona cepilla ligeramente el terciopelo, que recobra el aspecto de lo nuevo.



14.—Cuello de fino punto

Los encajes negros recobran su hermoso color negro después de sumergirlos en cerveza ó en agua profusamente adicionada de vinagre. Hay que coserlos primeramente en paquetitos para que no se estiren y se rompan. Se planchan por el revés sobre una muselina cuando todavía están húmedos, para evitar el brillo que da el planchado.

En cuanto á los encajes blancos,

también se cosen para limpiarlos, con el fin de no deteriorarlos. No se deben ni frotar ni lavar, únicamente se dejan hervir en agua de jabón. Se planchan cuando todavía están húmedos, por el revés igualmente; y si se les quiere dar un color amarillento, se echan en agua mezclada con té, café ó paja.

Hay personas que usan otro procedimiento para los encajes muy hermosos; helo aquí: durante veinticuatro horas los dejan en remojo en aceite de olivas, y luego los encierran en un saquito de tela que sumergen durante veinte minutos en una solución muy espesa de agua de jabón hirviendo.

Se limpia el saquito con agua clara templada y después en agua de almidón. Se quitan del saco los encajes para extenderlos sobre una plancha cubierta con un lienzo limpio.

Para evitar que encojan, se prenden con alfileres y se planchan estando todavía húmedos.

Hay algunas pequeñas reparaciones que se pueden hacer personalmente con gran felicidad y sin miedo de estropear el trabajo.

Por ejemplo, los sombreros de paja negra, que se han vuelto de color gris sucio, quedarán mejor que antes si se pintan con betún negro, el mismo que se usa para el calzado.

Un sombrero viejo de paja amarilla ó blanca podrá ser utilizado, y en muy buen estado, con una ó dos manos de betún amarillo igual al que se usa para los zapatos del mismo color.

Los zapatos de baile de satín ó de piel clara quedarán nuevos completamente quitando las manchas con bencina ó con éter.

RECETAS DE COCINA.

PASTELES DE CREMA.

Ocho onzas de manteca de cerdo fresca; cuatro onzas de azúcar tamizado y cuatro puñados de harina candeal.

Se amasa todo, hasta que se deshaga como si fuera salvado; luego se añade á esta mezcla una poca de agua tibia, hasta conseguir una pasta manejable: se hace una torta del grosor de dos decímetros, aplanándose antes con el rodillo para que quede bien lisa; luego se cortan rodajas con un molde de hoja de lata, sirviendo estas rodajas para hacer las paredes de los pasteles, colocándolas en los moldes de hoja de lata y apretando un poco para que quede estampada la muestra que tiene dicho molde. Estos son los mismos que sirven para las magdalenas. De la pasta se conserva una poca para hacer las tiras ó sean las tapas de los pasteles.

De antemano se tendrá la crema prevenida con un cuartillo de buena leche, cuatro yemas de huevo y dos onzas de harina candeal ó de la flor, y al punto de rellenar, los



Juego de biombo y sillería para comedor.

pastelillos, se añade á dicha crema un huevo sin quitarle la clara, incorporándolo perfectamente en una cuchara.

Así que queden rellenos, procúrese que la yema no supere al molde, porque se saldría haciéndose inservible, y con la pasta sobrante, esto es, la que se conserva, como ya dijo, se hace una torta, alisándola con el rodillo y cortando después las tiritas ó cintas de un dedo de anchas, tejiendo con ellas la superficie del pastel de modo que quede un dibujo como el de una celosía.

Terminado esto, se bate un huevo en un plato y con la brocha se da por la cara de esta albúmina, cociéndose inmediatamente con el horno entrefuerte.

ESTRELLAS, ALMENDRAS Y CORAZONES.

Una docena de huevos; nueve onzas de aceite; doce onzas de azúcar tamizado, y harina candeal la que sea necesaria.

Primeramente en un barreño se ponen los doce huevos, batiéndolos perfectamente con la mano; luego se les añade el aceite y el azúcar tamizado ó garbillado, y así como se va trabajando, se incorpora la harina en pequeñas porciones, y cuando esté bien amasado y quede una masa manejable, se tiende en la mesa sobre un polvo de harina para que no se agarre.

Hágase de esto una torta, alisándola con el rodillo, quedando de un grueso de dos centímetros, cortándose las piezas con los moldes de hoja de lata. Cuando esté hecho, se van ordenando uno por uno sobre papel blanco con un cabezal debajo, y se cuecen en el horno entrefuerte.

Estando cocidas, antes que enfríen del todo, se despegan con facilidad del papel.

TORTA DE MIGA DE PAN.

Se toma la miga de pan fresco, se echa en nata hirviendo, se menea mientras hierve, añadiendo á la nata un trozo de manteca de vaca, corteza de limón, azúcar y, si se quiere, pasas de Corinto: se concluye en los mismos términos que la torta de arroz.

EL TESTAMENTO.
Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan.

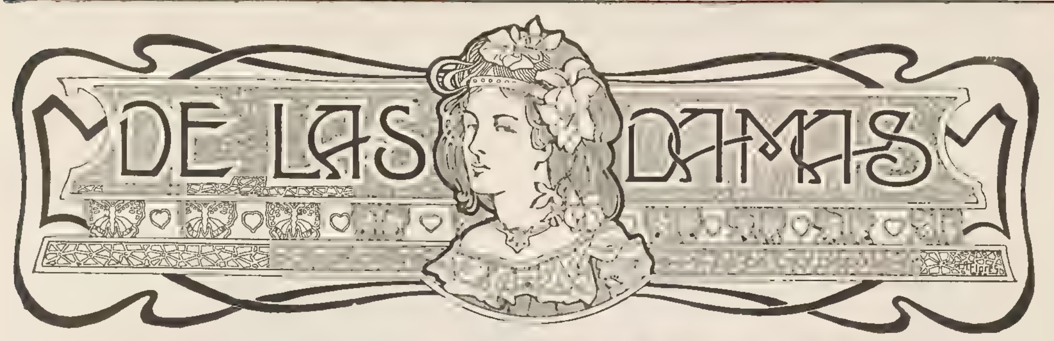
Los bienes fueron valuados en $ 125,000
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mútua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. . . .	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas. .	9,829 oro
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Explicación de nuestros grabados.

Número 1. Los elegantes trajes de casa y de visita que representa este grabado, son de sencilla y vistosa confección. El primero, de falda lisa y con guarniciones de cintas en su parte inferior, no lleva más adornos en la blusa que un ligero tableado en la parte delantera, y botonadura de metal en las mangas. Una corbata de seda negra con gasa blanca en las extremidades, completa el adorno de este elegante vestido. Por lo que respecta á los otros dos, de paseo, debemos manifestar á nuestras lectoras que las telas de estos vestidos son de poca resistencia y lo más ligeros posible, en consonancia con la actual estación primaveral. Uno de los trajes es sumamente original y vistoso, lo cual se logra haciendo rematar en picos el sobretalle, que ha de ser de un color más obscuro al resto del vestido. En la falda se sigue disposición análoga á la de la blusa. El último de estos trajes lleva como único adorno un elegante cuello de encajes de guipur, y cuello, puños y cinturón formados con cintas de terciopelo negro.

Número 2. Vistosos y ricos trajes de paseo propios para señoritas de talle esbelto, y cuya confección tiene que ser muy cuidadosa para que produzca el efecto que se desea. El primero de estos trajes, de blusa torera, lleva un magnífico cuello de punto de Inglaterra rematado con cinta maravillosa y fleco de seda. El peto, de gasa de seda blanca, tiene en su parte inferior un rosetón, también de cinta maravillosa, terminado con fleco. Un ancho cinturón de seda rodea el talle, y los puños tienen un pequeño adorno de punto de Inglaterra, igual al del cuello. El segundo grabado representa un traje de gasa de seda, color crema, con ancho cuellohombreras y canesú de encaje, rematado en su parte inferior con dos aplicaciones de seda y cordoncillo. La parte inferior de las mangas, se hace rodear con angostas cintas de encaje igual al de los puños. La falda es enteramente lisa.

Número 3. El grabado representa un elegante saco paletó con botonadura de concha nácar, mangas de campana y bolsas cruzadas. El cuello debe ser muy ajustado para dar á esta pieza de ropa el aspecto de elegancia que la caracteriza. La tela de este saco paletó, es de paño color gris.



1.—Colección de vestidos de casa y visita.

Número 4. Corpiño y blusa para niños de corta edad. El primero lleva un triple cuellohombreras y cintas de seda adornadas con grupos de botonaduras de metal. Un cinturón de la misma tela del vestido, ribeteado con la misma cinta de seda, rodea el talle; los puños se confeccionan de manera de hacer juego con el triple cuellohombreras. La blusa, para niños de 7 á 8 años, se tablea en la parte anterior de modo de formar una angosta pechera. El cuello doblado es de la misma tela, y una pequeña corbata de color obscuro complementa la blusa.

Número 5. Para este traje de paseo, semejante á otros que hemos publicado en números anteriores, deben observarse las explicaciones que con toda oportunidad hemos dado á conocer á nuestras lectoras. Un ancho cuello de encaje inglés cubre la parte superior del talle, y el cinturón, de ancho listón de seda, se hace terminar por un moño, con dos grandes bandas colgantes, en la parte posterior del vestido.

Número 6. Sombreros de flores y plumas, adecuados á la actual estación calurosa. El que ostenta la ancha pluma, debe llevar al principio de ésta un vistoso broche de metal. Aparte de estos adornos, sólo se hace rodear la forma de paja con gasa de seda, que se pliega con gusto y elegancia. El segundo de los sombreros lleva tan sólo adornos florales y de listones de seda. Ambos sombreros son elegantísimos y producen un efecto sorprendente.

Número 8. Trajecito infantil para niñas de 6 á 8 años, confeccionado con tela de poco cuerpo y arreglado á los últimos figurines infantiles. En la parte inferior del pequeño traje se adhiere un lienzo de la misma tela, que se pliega y se adorna con cintas angostas. Al cuello, con pequeños adornos de encaje, se le hace tomar cierto vuelo en sus dos extremidades, de manera de cubrir los hombros. En la parte inferior y delantera de este cuello, se ponen, como único adorno, dos listones de color semejante al del trajecito. Por lo demás, el vestido no requiere minuciosidades de ninguna especie, y las niñas deben de llevarlo únicamente en juegos y paseos campestres.

El Grano de Arena.

En la playa dilatada
que baña la mar serena
ó rugiendo alborotada,
un tenue grano de arena
nada significa, nada.

Mas, si se llega á observar
cómo marca en un reló

el tiempo que va á llegar
y el tiempo que ya pasó
para nunca más tornar....

Exclama el alma con pena:
—¡No ruedes, grano de arena,
detente! que, en tu caída,
quizás rompas la cadena
que une á la tierra mi vida!

Si al lado del Oceano
no es nada ese tenue grano,
también indica, en verdad,
dónde acaba el ser humano
y empieza la eternidad!

EL MARQUÉS DE VIVEL.

SED DE GLORIA.

Entre la bruma del monte
nace á lo lejos la nube,
á impulsos del viento sube
y atraviesa el horizonte;
y va marcando su vuelo,
en lluvia siempre fecundo,
con un arroyo en el mundo,
con una estrella en el cielo.

En las brumas del misterio
nace el hombre, y peregrino
marcha á impulsos del destino
á parar al cementerio.
¡Oh, quién pudiera su nombre
grabar con llanto en la historia,
y con un rayo de gloria
en la memoria del hombre!

IGNACIO MENDIZÁBAL.

La Locura del Campanario.

Como acostumbraba á ejecutar durante las funciones religiosas, desde que antaño le acontecieron no se sabe qué lances con un muchacho, cerró el tío Esquilón la puerta del campanario para que no se colasen los chicos, guardóse la llave en la chaqueta dentro del bolsillo externo del pecho, bolsillo que estaría repleto sin duda, pues se quedaron las guardas asomando, y luego de encender una colilla de puro y de quitarse dos ó tres veces la gorra, para rascarse la enmarañada pelambre, requirió el recio cáñamo, y talán, tolón, comenzó á sonar en lo alto de la torre el doble de difuntos, mientras en las espaciosas naves de la iglesia repercutían, como contestándole, los sonoros acordes del órgano y las lúgubres salmodias de los sacerdotes.

Había funeral para rato, pues era el muerto de arraigo en el pueblo y de posibles. Otras veces aprovechaba el tío Esquilón el tiempo que duraban las misas de cuerpo presente, en repasar en su memoria los repiques extraordinarios, los sepelios probables y las fiestas de primera que acontecerían en el mes, listín mental que siempre estaba estudiando el buen hombre por virtud de los tres importantes cargos de campanero, sepulturero y sacristán menor que en la parroquia desempeñaba. Y el tío Esquilón se entregaba á reflexiones tales sin descuidar por eso el doble, en fuerza de la costumbre; aunque calmoso por naturaleza y seguro de que lo mismo le valdría campanada más ó menos, allá tiraba de la cuerda del badajo, sólo cada cinco minutos.

Aquella mañana mostrábase el pobre tío Esquilón ceñudo y sombrío, con el rostro lleno de sombras. A no dudarlo, la tormenta se desencadenaba deshecha en el alma de aquel hombre, teniendo el vértice en su cerebro, pues su frente aparecía surcada de profundas arrugas, caíanle los párpados como si fuesen de plomo é inclinaba su cabeza; abrumada tal vez por la cerrazón de sus pensamientos. Varias veces se olvidó, en su éxtasis, de darle al bronce, y cuando salía de su distracción, vacilaba en tocar la grande ó la chica, como si hubiese perdido la cuenta. A lo mejor se oía, entre toque y toque, como el rumor de un suspiro ahogado por la vibración de las campanadas; y aferrado á las cuerdas, de pie, derecho, con la rigidez de una estatua, de cara al mechinal de la torre, que le circundaba á manera de una hornacina, tendiendo la vista por el paisaje sin detenerla en ningún punto, sin fijarla en ninguna parte, sin ver acaso, con la mente extraviada por la borrasca de sus ideas, y el pecho oprimido por el huracán de sus sentimientos, fué aflojando en el doble el campanero hasta soltar las cuerdas; cayéronsele los brazos, y dos lágrimas silenciosas le resbalaron por las mejillas, lluvia tardía é ineficaz que no disminuyó en nada el fluido de aquella tempestad solitaria presenciada sólo por las grandes cigüeñas de la torre del reloj, que apoyadas sobre una zanca, se preguntaban para su buche, qué diantres acontecería al vecino de al lado, para haber así enmudecido tan de repente las campanas?



2.—Elegantes trajes de paseo.

¡Ah! ¡Mentira!...... ¡Imposible! aquella revelación era una infame calumnia, un repugnante salivajo que la envidia escupía sobre el buen nombre de su hija, más pura que el aire que allí en el campanario se respiraba. ¡Imposible! ¡Cómo ella, tan cándida, tan pudorosa, tan formal, había sido capaz de enlodar las canas de su padre, de amargar su vejez para siempre! Las palabras mentidas del hijo del alcalde, de aquel libertino sin conciencia, habían tenido fuerza para vencer la virtud de la débil muchacha, sin que hubiera sido capaz de detenerla en la pendiente el recuerdo del pobre viejo, para el que ella era el rayo de sol que animaba el invierno de su vida!.... No se podía creer eso; ¡nunca! Pero el veneno de la duda intoxicaba ya el corazón del infeliz campanero, y á pesar de su lucha ciclópea con la voluntad rebelde, sentíase impotente para alejar de su pecho la horrible levadura de las sospechas.

Y en éstas, sus miradas errantes se fijaron maquinalmente en uno de los patinillos de la iglesia, por el que se entraba á las covachas que de habitación le servían. Allí, junto á la añosa parra, recostada sobre la pila de piedra del lavadero, en la que descansaba un montón de retorcida ropa blanca, con las manos recogidas sobre el codo y la cabeza baja, hallábase la muchacha, escuchando á un hombre que la hablaba con impetuoso fuego, á juzgar por sus ademanes violentos

El tío Esquilón se puso verde, acometióle un temblor convulsivo, abrió inmensamente los ojos, se los restregó luego como temiendo ver visiones, le castañetearon los dientes, y arrancándose de pronto á su ensimismamiento, se abalanzó al mechinal del campanario, como si fuera á arrojarse al espacio, y trémulo, sin voz, sin alientos, sujeto por los dos brazos abiertos en cruz, y apoyadas las manos en el marco de la mechina, con medio cuerpo inclinado hacia fuera, sobre el abismo, se asomó cuanto pudo para distinguir bien á la incauta pareja.

La opinión pública no mentía, las sospechas del infeliz no eran infundadas; ya no le quedaba el recurso de atribuir las afrentosas especies á calumnias de la envidia, ni le restaba el amargo consuelo de la duda; la certeza brutal se le imponía bruscamente. Pero el cáliz no estaba lleno, la horrible realidad no le había aún descargado el último golpe. Súbito el hombre que charlaba con la moza, se aproximó á ella hasta pegar rostro con rostro, abrió los brazos, y el tío Esquilón no pudo resistir más, no tuvo valor para convencerse hasta la evidencia de la deslealtad de su hija.

Con los ojos inyectados de sangre, con la expresión salvaje de la locura, se echó hacia atrás el pobre padre, y tan brusco fué su retroceso, que la llave que guardaba en el pecho y que al inclinarse sobre el espacio, habíase ido escurriendo del bolsillo poco á poco, salió de estampida con la rapidez de una bala, y dando vueltas por el aire, cayó en un tejadillo de la iglesia.

El tío Esquilón adivinó más que vió la caída de la llave, y comprendiendo que estaba encerrado sin escape posible, quiso cogerla al vuelo; á pique de estrellarse, se abalanzó á detenerla y la siguió con estúpida mirada en su descenso. Después, rápido, veloz, anhelante, angustiado, corrió á la puerta del campanario, la golpeó con todas sus fuerzas, la molió á patadas, intentó arrancarla de cuajo. Todo en vano; la cerradura resistió al tremendo empuje, y fallida su esperanza de violentarla, rugiendo de ira comenzó á gritar el pobre hombre para que le abriesen, pero sus voces se perdieron en aquella altura, y entonces, jadeante, fatigoso, destrozadas sus ropas y llenas de polvo y telarañas, con las manos acardenadas y rotas las uñas, se quedó ante la puerta anonadado, incapaz de coordinar sus ideas, con un espantoso alud bajo el cráneo, medio imbécil.

Su misma situación le inspiró al tío Esquilón un pensamiento salvador; plantóse de un salto entre las dos campanas; blasfemando como un condenado y más con garfas de fiera que con mano de persona, se agarró á las cuerdas de los badajos; las sacudió con furia apretando bien los puños hasta señalarse la trenzadura del cáñamo en las palmas, y...... tan, tan, tan, tañ, tan, impetuoso, violento, acelerado, atropellándose los sonidos, ensordeció los aires de repente el toque de arrebato, que allá desde las alturas de la torre lanzaba sus ecos atronadores y alarmantes.

Todo el pueblo corrió á la plaza lleno de espanto al oír aquel incesante tocar á fuego que sustituía de improviso al doble de Difuntos; nadie se explicaba lo que acontecía. La iglesia fué invadida, la escalerilla de la torre tomada al asalto; arriba continuaba aturdiendo el bronce echado á vuelo. Pero no se podía seguir; la puerta estaba atrancada. Veinte puños cayeron sobre sus cuarterones, llamando con un aporreo estruendoso; no respondieron de adentro; gritósele al campanero que abriese; todo inútil, y mientras, no paraba el tan, tan, tan, cada vez más precipitado y angustioso; el campanario se había vuelto loco. Echóse por fin la puerta abajo, invadió la gente el piso de las campanas, y abandonando entonces las cuerdas el tío Esquilón, al comprender que estaba libre, apartando á unos y á otros con furia, se precipitó en busca de la salida, y sintiendo de pronto en el cerebro el martillazo de apoplejía, cayó el pobre hombre sin sentido en el primer peldaño de la escalera, como una masa abandonada á su peso.



La Ultima Hoja.

Hoja, de tantas en pos
dad á un triste que os escoja,
y comprenderán por vos
que es triste como un adiós
la última hoja.

Ay! cuando el chopo aterido
rudo el aquilón despoja
con monótono ruido,
siempre le arranca un gemido
la última hoja.

Pobre de gala y encanto
tal vez un libro se arroja,
tal vez interesa tanto
que se humedece de llanto
la última hoja.

Si hojas de fecunda palma
son en placer y en congoja
las ilusiones del alma,
guarda en tempestad y en calma,
la última hoja.

EULOGIO SANZ.



4.—Corpiño y blusa, para niños de corta edad.

La Hija de la Ventera.

A orilla del Rin caminan
tres mozos de bravo humor,
y á una venta se encaminan,
que otra vez les albergó.

Ventera: vino y cerveza
de lo bueno, traiga acá:
mas nos miran con tristeza
su linda hijita, dó está?

Mi cerveza hierve clara,
buen vino hallaréis aquí;
á mi hijita, ay! prenda cara,
sobre el féretro tendí.

De la pieza en que reposa
traspasaron el umbral,
y allí vieron á la hermosa
sobre el lecho funeral.

Y el uno con mano osada
de su rostro el velo alzó;
fijó en ella su mirada,
y entristecido exclamó:

«Si vivieras todavía,
bella niña, de alba tez,
juro que desde este día
te amara con honda fe.»

El segundo cogió el manto
y la yerta faz veló:
y vertiendo amargo llanto,
de ella la vista apartó.

«¿Y he de verte, ay! desdichado
en el fúnebre ataúd,
yo que tan constante he amado
tu belleza y tu virtud?»

Y el otro con pasión loca
nuevamente el velo alzó,
y en su mustia y fría boca,
frenético la besó.

Antes te amaba, hoy te quiero
con igual ó mayor fe,
y á pesar del hado fiero,
viva ó muerta te amaré.

L. UHLAND.

3.—Saco paletó, con bolsas cruzadas.

La Vieja y la Lámpara.

Al triste amparo del techo
de una casa derruída,
y en un aposento estrecho,
está una vieja en un lecho,
y una lámpara encendida.

La anciana, débil, se queja,
suspira y besa una cruz;
y haciendo mortal pareja
se está muriendo la vieja
y apagándose la luz.

De la anciana con dolor
el pecho agitado ruge,
y al compás de su estertor,
con pavoroso rumor
la llama en el vaso cruje.

La moribunda aún respira,
aún la luz alumbra vaga,
se inflama, aquélla suspira,
la anciana lánguida expira,
la lúgubre luz se apaga.

A un sepulcro se asemeja
la estancia en fúnebre calma;
murió la luz con la vieja;
la luz un fanal que deja,
un cuerpo que deja el alma.......

ACACIO CÁCERES.

EN UN ALBUM.

Es la música el acento
que el mundo arrobado lanza
cuando á dar forma no alcanza
á su mejor pensamiento;
de la flor del sentimiento
es el aroma lozano;
es del bien más soberano
presentimiento suave,
y es todo lo que no cabe
dentro del lenguaje humano.

Dichosa tú que su palma
has llegado á merecer,
conmoviendo á tu placer
la mejor parte del alma!
Tú infundes sublime calma
y tristeza bienhechora!
Ay de mí!.... tu seductora
y celestial armonía
cuántas veces calmaría
este afán que me devora.

A. LÓPEZ DE AYALA.

ANACREONTICA

Hoy mi Dorisa
se va á la aldea,
pues se recrea
viendo trillar.
Sígola aprisa·
cuantos placeres,
Mantua tuvieres,
voy á olvidar.

Que ya no quiero
más dignidades:
las vanidades
me quitó amor.
Ni fama espero
ni anhelo á nada;
sólo me agrada
ser labrador.

Voy amoroso
para servirla,
quiero seguirla
por donde va.
Verá el hermoso
trigo amarillo,
luego en el trillo
se sentará.

Yo iré con ella,
y el diestro brazo
en su regazo
reclinaré.
La ninfa bella
me dará vida
agradecida,
viendo mi fe.

De esotros trillos
que están más lejos,
los zagalejos
me envidiarán.
Mil cupidillos,
viendo á la bella,
en torno de ella
revolarán.

Yo alborozado
con dulces sones,
tiernas canciones
la cantaré.
Ni habrá cuidado,
ni habrá fatiga,



5.—Vista posterior para traje de paseo.

que con mi amiga
no aliviaré.
N. F. de Moratín.

SOLEDAD.

I

Declina el día......

Es la hora melancólica en que se perciben esos vagos rumores salidos del seno de la tierra y que parecen el estertor de agonía de las cosas creadas......

¡Todo muere!

Hasta el astro rey, hundiéndose tras las montañas y difundiendo sus últimos rayos, parece la cara de un muerto....

¡Oh tarde majestuosa! Al contemplarte, siento que se dulcifica mi ser y que mi alma se recoge y vuela por un instante en alas de ensueños extrahumanos.



8.—Trajecito infantil para niña de 6 á 8 años.

II

Vese á lo lejos una humilde y solitaria casita, medio oculta por corpulentos árboles. Como en los cementerios, simétricas hileras de cipreses cuadran el patio, y una trepadora yedra cubre parte de la galería.

Los pálidos reflejos del sol poniente bañan la casita, dándole un aspecto fantástico.

Un soplo de aire levísimo, al mecer la yedra, hace que la vista se aparte con horror de aquel sitio, porque aquella yedra, cubierta de una negra capa de polvo, semeja multitud de enormes arañas entrelazadas, moviéndose simultáneamente, como si se entregaran á una danza macabra.

Más allá, dos grandes árboles, secos y de color ceniciento, parecen dos gigantes petrificados, abriendo los brazos en actitud amenazadora.

Todo yace en calma. Sólo de vez en cuando turban el sepulcral silencio que reina en la misteriosa casita los acompasados pasos de un venerable anciano, que extasiado en la contemplación de las maravillas celestes, acaba por caer de rodillas sobre la tierra.

Gruesas lágrimas ruedan por sus pálidas y hundidas mejillas. ¡Pobre anciano!; una pena inmensa, profunda, lacera su alma.

En esa actitud hierática, parece la bella y triste personificación de la Naturaleza elevando el último himno de gratitud á su omnipotente Hacedor.

Sus labios murmuran una plegaria. Después, obsesionado por una idea dolorosa, se levanta suspirando:

—¡Ay de mí!, ¡cuán dulce resuena aún en las profundidades de mi alma su adorada voz! ¿Por qué, Dios mío, me privaste de mi única felicidad sobre la tierra?

Llorando siempre, llorando lágrimas acerbas, dirígese á una habitación herméticamente cerrada. Con mano insegura abre la puerta y penetra en la estancia con el respeto con que se entra en un santuario.

Un olor capitoso de flores frescas y secas satura la atmósfera del pequeño cuarto, parecido á una tumba por el silencio y la lobreguez que reina en él. Este mismo pensamiento debe asaltar, sin duda, la mente del anciano; porque, estremeciéndose de pies á cabeza, corre á abrir una ventana. Los últimos resplandores de la tarde penetran por ella súbitamente, produciendo una maravillosa combinación de matices.

Pero ¡ah!, lo más digno de admiración es el retrato de una hermosa joven, cuya fisonomía parece animada en aquel instante por la refracción de la luz. Los ojos del anciano se clavan ansiosos en ella, y los de ella, hermosos y tristes, parecen fijarse también en él con expresión inefable.

III

Ha anochecido.

El anciano seguía contemplando el retrato, y Dios sabe cuánto tiempo habría permanecido en esa actitud, si la voz de una vieja y fiel criada no le hubiera sacado de su ensimismamiento, recordándole que era hora de recogerse.

—Adiós, Olga mía—murmuró;—no sabes cuán amarga es para mí esta vida transitoria, no viéndote á mi lado. ¡Cuántas veces he deseado la muerte en medio de esta espantosa soledad! Para mí la felicidad no existe, hija mía......

Y agregó, exhalando un ronco gemido:

—¿Ni cómo ha de existir para mí la felicidad, si fué enterrada contigo en la misma fosa?

Y salió de la estancia con inseguro paso, cerrando tras sí la puerta.

Juana López Carrillo.

6.—Elegantes sombreros de primavera.

PRIMAVERA.

Nacarado crepúsculo amanece,
amanece pomposa primavera;
dora el sol en su rápida carrera
el ambiente y el suelo que enriquece;

y dora el cauce que sus aguas mece,
las espigas tupidas de la era;
de luz inunda la creación entera;
grato calor Apolo nos ofrece.

Y fulge la radiante luz del día,
que invade hasta la bóveda sombría
del antro que está obscuro cual averno;

pronto cede, no obstante, su osadía:
cual la vejez, y con escarcha fría,
ha de llegar el aterido invierno.

Candamo.



9.—Barrendero con guarniciones de cordoncillo.

CONSEJOS.

Quieres casarte, buen Juan,
y pides con impaciencia
consejos á mi experiencia:
no es así? pues allá van.

Oye: tiene mil azares
eso de tomar mujer:
por el pronto, suelen ser
malos los preliminares.

Estos son, ansias, desvelos,
temores, citas, desvíos,
trasnochadas, desafíos
y peloteras y celos.

Amanece con el día
y vela; no hay más recurso;
yo, de novio, estudié un curso
completo de astronomía.

Decídeste á ser esposo;
y sufres, que es la más negra,
de la veterana suegra
el examen codicioso.

Entra el gasto, es cosa obvia:
y te exprimen sin piedad,
cuando no la vanidad,
los caprichos de la novia.

Llegamos al desposorio:
das el suspirado sí.
Gracias á Dios! hasta aquí
has pasado el purgatorio.

Mas preso en el lazo tierno
tu amoroso afán reposa.
Ay! Juan, esto es otra cosa:
como que empieza el infierno.

A. G. Gutiérez.



7.—Trajes de la estación, para paseo.

PARA EL HOGAR

El Hijo Bueno y el Hijo Malo.

I

Había una vez dos hermanos: el bueno y el malo. El primero era uno de esos imbéciles que figuran entre los mejores alumnos de su clase. Sin ninguna idea personal, é incapaz de reflexión, hacía con indiferencia todo cuanto le mandaban hacer y era en extremo aplicado. Como carecía de imaginación, se había llenado el cerebro de fórmulas hechas, que no siempre comprendía, pero que en momentos dados le prestaban un grandísimo servicio.

Sus padres estaban orgullosos de él y decían:

—¡Es una criatura excelente!

El segundo era la desesperación de sus profesores. Su inteligencia, siempre despierta, no podía fijarse en los adocenados programas del colegio y había materias que le inspiraban una repugnancia invencible. Otras le gustaban; pero las comentaba de tal modo, que desconcertaba con sus palabras á sus rutinarios maestros. Siempre soñador y corriendo en pos de alguna quimera, no hacía caso de las explicaciones que se daban en clase, por cuyo motivo era castigado con frecuencia.

Sus padres estaban disgustadísimos con él y decían con amargura:

—¡Demonio de muchacho! ¡Qué malo es!

Cuando los dos hermanos estuvieron en edad de elegir carrera, sus padres trataron de hacerles ingresar en la Administración pública.

El hermano bueno aceptó con entusiasmo la proposición, sin duda para evitarse el trabajo de meditar. Y como temía la lucha por la existencia, se dejó tentar por la perspectiva de una vida tranquila, sin brillo, pero sin sufrimientos; sin grandes provechos, pero sin peligros de ningún género.

El otro, que no trataba de evitar ninguna clasede responsabilidades, prefirió emplear de un modo distinto su actividad. Sus aficiones le arrastraban al estudio de la pintura. En vano sus padres le manifestaron que aquello era un capricho pasajero, y que se forjaba ilusiones engañosas acerca del porvenir.



12.—Colección de trajes para "sport."

El hijo malo no quería que nadie se ocupase en labrar su felicidad. Para ello era condición indispensable que se respetase su vocación. Y, fuesen las que fuesen las dificultades que se le presentasen, prefería arrostrarlas todas á renunciar á su ideal.

El hijo bueno llevaba una vida en extremo regular y metódica. Diariamente partía á la misma hora para su oficina. Al llegar á su despaho, se sentaba con el mismo monótono movimiento, y comenzaba á esperar pacíficamente la hora de salida.

Durante el curso de aquella vida neutra logró disfrutar de lo que pudiera llamarse una felicidad perfecta. Y hasta llegó á interesarse por una serie de pequeños detalles que le proporcionaron un placer no sospechado al ingresar en la carrera administrativa. No había día en que no arrancara con verdadera delicia la hoja del calendario. Antes de tirarla al suelo, leía el contenido del dorso y luego se permitía echar una mirada á la página siguiente.

Este ejercicio le proporcionó infinidad de conocimientos de indiscutible utilidad: los aniversarios históricos, las fases de la luna, número de días transcurridos desde el comienzo del año y de los que faltaban hasta el 31 de diciembre, las fiestas religiosas y el nombre y las señas del impresor.

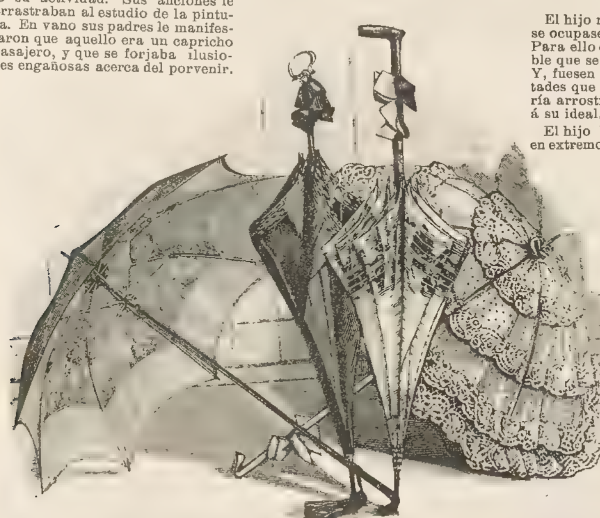
Su sitio se distinguía por una colección de reglas, de cortaplumas, de lápices y de gomas, alineados, según su tamaño, con una corrección absoluta.

Indudablemente se había aficionado de un modo especial á los objetos de escritorio.

Conocía hasta diez y siete maneras de cortar lápices, y hacía mil combinaciones ingeniosas para convertir un periódico en varios objetos de aspecto decorativo: pajaritas, barquitos, saleros, abanicos y acordeones. Sus uñas se perfilaban en puntas maravillosas.

Los padres estaban encantados ante aquella vida tan ordenada. En la mesa hacían á su hijo muchas preguntas acerca de su trabajo y de su jefe, y á fin de mes se regocijaban ante la idea del dinero que el chico había ganado con el sudor de su rostro.

Así es que el padre decía con frecuencia, lleno de orgullo:



11.—Colección de sombrillas para primavera.

—¡Ese muchacho hace honor á la familia!

Y la madre añadía:

—¡Estoy segura de que hará una gran carrera!

El hijo malo llevaba una vida en extremo desarreglada. Como no tenía ninguna obligación que le llamara fuera de casa, solía quedarse en ella por espacio de mucho tiempo. Muellemente tendido en un sofá, tomaba notas acerca de lo que había observado en la sociedad, ó leía excelentes libros, deseoso de utilizar con gran provecho su inteligencia. Pero como no ofrecía la impresión material de una actividad visible, sus padres creían que pasaba el tiempo sin hacer nada.

Decían de él que no tenía el fuego sagrado propio de los hombres de provecho.

Cuando durante el día pensaban en su hijo, no podían imaginárselo inclinado sobre una mesa trabajando. No habían logrado que se ocupara en algo, y semejante situación les tenía el alma llena de terribles angustias.

A veces, para ver si abandonaba su conducta y se corregía de un modo definitivo, le citaban el buen ejemplo de su hermano.

—¡Ya ves—le decían—cómo sabe ganar dinero!

Pero el hijo malo se limitaba á sonreírse desdeñosamente.

El interés de su vida le parecía mil veces más importante que la fortuna.

Quería pertenecerse á sí mismo, ó no ser nada, y las privaciones que se le imponían no lograron aminorar sus entusiasmos juveniles.

Sus padres vertían en secreto abundantes lágrimas.

El padre repetía con tristeza:

—Ese muchacho es un haragán que no sirve para nada. ¡Qué desdicha tan grande la de tener un hijo así!

Y la madre añadía:

—¡Esa criatura nos hará morir de pena!

II

Al cabo de diez años, el hijo bueno ganaba trabajosamente tres mil francos anuales.

Descubierto, alentado y protegido por un aficionado muy rico, el hijo malo marchaba rápidamente por el camino de la fortuna y de la gloria.

Pero sus padres habían muerto, sin sospechar jamás el maravilloso cambio que en su hijo se había de operar con el tiempo.

Dejaron de existir, teniéndolo siempre por un hombre incapaz de sacramentos.

E. Osmont.



13.—**Monogramas para bordados.**

EL VELO.

Los que vivimos continuamente y de largo tiempo en ciudades muy populosas, conocemos caras que no sabemos á quién pertenecen; sostenemos asiduo trato de vista con desconocidos, verdaderas amistades de los ojos, las cuales no han ascendido nunca al saludo.

Nos codeamos á diario con ellos en los grandes círculos, en teatros y paseos; seguimos paso á paso su vida: vemos hacerse mujer á la que conocimos niña, y hacerse vieja á la que conocimos mujer; podríamos ir contando las canas que aparecen y progresan en la que fué abundante cabellera; desfilan á nuestro lado, unas veces con los atildamientos de una rica elegancia, otras veces con el traje mal traído de descuidada decadencia; ayer á pie; luego en coche. La que vimos soltera, se nos reaparece un día rodeada de juguetones chiquillos, ó quizá se nos presenta soltera la que creíamos casada. Gentes, en fin, juntas siempre con nosotros en la peregrinación de la vida, y separadas por la barrera de la etiqueta social. No de otra suerte los árboles que bordean el camino se están viendo siempre sin tocarse jamás.

Ramoncito Sánchez, que Ramoncito le llamaban todavía sus coetáneas, aunque ya le podrían llamar don Ramón por su madurez, tuvo una amiga de la clase de esas íntimas desconocidas. Habíala visto nacer al mundo social siendo él estudiante y ella una chicuela recién vestida de largo. Era una hermosa criatura, esbelta, de porte distinguido, de grandes ojos azules, rizoso pelo rubio, facciones de escultura griega, tez límpida, suave, inmaculada. Esa tersura de su piel rosada constituía su principal y más notable belleza. ¡Lástima que medio la encubriera el velo de tul que envolvía perpetuamente su cara!

Acompañábala á toda hora su madre, que tal debía ser aquella buena señora, por el parecido de las figuras y la diferencia de las edades.

Pasaban los inviernos, llegaban los veranos, se iban los veranos, volvían los inviernos, y la niña cambiaba de traje, pero no cambiaba de hermosura ni pasaba de soltera. Siempre la misma; siempre con su madre; siempre con su velo de tul prendido del sombrero por las tardes y las noches, en paseos ó teatros; caído de la mantilla por las mañanas, en las misas de las Calatravas. Y así anduvieron, iguales, monótonos, muchos otoños y muchas primaveras, y la niña, siempre, siempre con su madre y con su velo.

A fuerza de hallarse Ramoncito y la desconocida, se miraron, y á fuerza de mirarse entraron en gana de conocerse. No diremos que aquel deseo fuera amor, aunque pudiera ser su semilla. Por entonces era sólo conveniencia de romper aquel grande y larguísimo silencio, ya embarazoso, como el de dos personas que hacen juntas un viaje circular, encontrándose en todas las estaciones y en todas las ciudades.

Pero nunca hubo una mano tercera que pusiera en contacto las corrientes paralelas de aquellas dos vidas que iban pasándose.

Una casualidad —no importa cuál fuera— trajo la ocasión, y Ramón y Teresa se trataron. Pero todavía en público, en los paseos y en los teatros. Aquella amistad, aquel afecto, aquello que luego fué amor, parecía destinado á luz permanente; había nacido en la calle y tenía que vivir en la calle.

Pero aquello ¿fué amor? Lo fué á la manera que lo es en el otoño de las existencias: pálido, como el sol que se pone; seco, como las hojas que se caen.

Ramón y Teresa no eran ya jóvenes cuando se amaron; habían gastado la juventud mirándose. Y como antes habían andado el mismo camino, á compás igual, guardaban entre sí la proporción debida. Podían mirarse sin orgullo ni humillación, sin echarse en cara una arruga de más ni de menos. Tal para cual. Además, la costumbre de verse atenúa la vejez y desarruga el cutis. De modo que ellos se sentían tan frescos y rozagantes como se conocieron.

No dejaba de extrañar á Ramón que ni madre ni hija le ofrecieran la casa, á pesar de las relaciones formales que los ligaban. ¿Qué razón lo impedía? ¿Habría algo que ocultar? Picado por el misterio, Ramón quiso aclararlo.

—Mamá—respondió Teresa—no permite que éntre en casa hombre alguno si no es para llevarme á la iglesia. Dice que la antesala es la vicaría y la tarjeta de anuncio el expediente matrimonial.

—Pero esa severidad tendrá su causa. Tal vez algún novio arrepentido, informal....

—No he tenido más novio que tú. Son manías de señora del antiguo régimen.

Ramón, que era hombre formal, gustó de aquellos escrúpulos de honestidad exagerada, y pidió la mano de Teresa, empezando el arreglo de papeles para casarse.

Y entró á la casa de su futura. ¡Qué desencanto! El velo, aquel eterno velo de tul muy moteado no tapaba entonces el rostro de Teresa; seguía siendo correctísimo, de hermosas líneas; mas aquel cutis aterciopelado, que era su principal hechizo, apareció manchado de grandes pecas, basto, tosco y como cribado por abundantísimos hoyos, reliquias de la viruela.

Ramoncito se explicó ya el uso constante del velo y la resistencia de dejarse ver en la desnudez casera mientras el novio no tuviese, para anular el mal efecto, ese otro velo que el amor pone en los ojos del enamorado, como venda que oculta las imperfecciones del ser querido. El novio no hizo demostración externa de su desencanto.

Teresa atacó valientemente la cuestión antes que la cuestión se le viniera encima.

—Te desagrada la verdad—dijo; —te desencanta el verme como soy. Aunque lo ocultes por cortesía, lo conozco; y aunque no lo conociera, me explicó el desengaño y lo encuentro natural. Pues has de saber que llevo todavía otro velo más tupido. No debo reservar nada al que va á ser mi marido; si lo hiciera, sería una mala mujer. Oye mi historia, y no te asustes, que no afecta mi decoro. A los quince años contraje esta horrible enfermedad que dejó para siempre señalado mi rostro con la marca de las desdichadas. Cuando me miré al espejo, sentí la desesperación de los condenados. No me volví loca, no sé por qué; pero me volví mala, bien puede verse por qué. Allí acababan todos los sueños, todas las esperanzas de la vida. Las viruelas curadas en el cuerpo se me retiraron al corazón. Me hice otra de un golpe: envidiosa, vengativa, iracunda. Aquella niña dulce y angelical, rubia de alma como de pelo, llevó durante algunos años una fiera dentro. Todos huían de mí: no tuve amigas, nadie me trataba, era insufrible, y habría sido definitivamente desgraciada sin un día de lucidez que interrumpió aquella locura frenética: advirtiendo que con el velo podía pasar mi cara, comprendí que necesitaba velar también mi espíritu con otro velo que disimulara sus defectos, hoyos y manchas. Ese velo no es otro sino el de la educación; emprendí, pues, la educación del alma con tal constancia y la corregí con tal firmeza, que nadie ve hoy la tosquedad y asperezas del semblante moral de aquella niña en esta mujer suave de palabras y de sentimientos, rubia de alma como de cabellera. Temía que me vieras sin el velo de la cara; por eso la he escondido siempre á tus miradas. No temo que me veas sin el del espíritu, por que ese velo va ya tan pegado á él, que aun queriendo quitármelo no lo conseguiría. La costumbre de vencerme á mí misma me ha vencido. La educación ha formado en mí otra naturaleza. Y ahora escoge entre mis dos caras, y dime qué te parece mejor: ¿tener que ocultarte la del cuerpo, ó tener que encubrir los verrugones, arrugas y lacerías de la del espíritu?

Ramón escogió sin vacilar. Se casaron y fueron felices, porque Teresa era realmente como se había descrito. Aparecía encantadora bajo sus dos velos: el de tul, que favorece la tez, y el de la educación social, que enmienda las fealdades groseras de la naturaleza humana.

EUGENIO SELLÉS.



14.—Talles de Primavera, para señoritas.

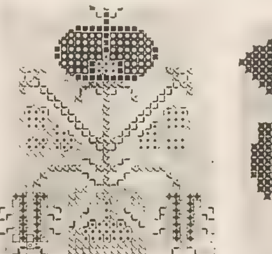
El Ruido de las Campanas

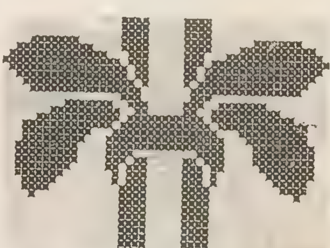
De la campana el din-don
O, si queréis, el din-dan,
A los que en la torre están
Los aturde con su son:
Si en aquella confusión
Se hablan dos.... ¡mal haya amén!
Por muchos gritos que den,
No logran verse entendidos:
Mas tápanse los oídos
Y entonces se entienden bien.

*

De modo análogo el mundo
Mata con su ruido atroz
De la conciencia la voz,
Del pecho en lo más profundo.
Mal es éste sin segundo,
Que exige igual experiencia:
Sólo el sordo en su presencia
Es el que llega á entender
Los avisos del deber,
Y el grito de la conciencia.

M. PRÍNCIPE.





15.—Detalles de tejido para aplicaciones.



Elegante bata de casa.

Á UNA FUENTE

Ved sus soberbios caudales:
como plateadas centellas
los impetuosos raudales,
en guirnaldas de cristales
van á bordar las estrellas

O brotando confundidos
entre lirios y abedules,
van por las auras mecidos,
arcos de perlas,perdidos,
en los espacios azules.

Y apenas á orlar se atreve
con su planta el firmamento,
menudos diamantes llueve
con sus penachos de nieve
engalanándose el viento.

Ya su raudal espumante
la luz del sol centellante
baña en coral y topacios,
queriendo atar los espacios
con sus cintas de diamante.

Y matizando las flores
caen sus gotas, que al verterlas
tornasolan los albores;
pintan iris de colores
en la lluvia de sus perlas.

Ya inquieta rielando mueve
en caprichosos reflejos
las blondas de gasa leve,
ó ya con rizada nieve
orla quebrados espejos.

Ya coronas argentinas
dibujan sus manantiales;
cóncavos caen sus cristales
sobre gayas clavellinas
tornasolados fanales.

Ya sus hilos enlazando
los teje en trenza rizada;
ya su corriente quebrada
quejosa va murmurando
en sonorosa cascada.

O ya con nudos de perlas
redes tiende al firmamento,
y el viento ayuda á tejerlas
y luego por no romperlas
se queda parado el viento.

Y á las luces matinales,
entre albores de corales,
por el espacio, esplendentes,
van sus rizados cristales
en enroscadas serpientes.

Ya giran veloz, surcando
cual cisne de nívea pluma
columpios del aire blando,
los espacios argentando
globos de rizada espuma.

Ya ensortija entre crespones
su melena vagarosa;
ya de sus mismos florones
en soberbios borbotones
va murmurando envidiosa.

Ya en rizos abrillantados
nublando la luz del día,
se elevan ó caen lanzados
del cielo en aljofarados
diluvios de argentería.

Mas ay! que presto agotando
tus tesoros transparentes,
breves gotas destilando,
por tus perdidas corrientes
te quedas como llorando.

Como el viento, de pasada
nada tu huella perdida
deja en la esfera azulada;
la corriente de la vida
¿qué deja en el mundo? Nada.

Que así cual rápidamente
se eleva, cae tu torrente,
y de la vida trasunto
vas á gozar solamente
de vida en el aire un punto.

Viendo esa fuente serena
pensó olvidar sus enojos
el alma de angustias llena;
del manantial de su pena
fuente le sobra á mis ojos!

Y adiós! que en celos ardiendo
el volcán que mi alma abrasa
en vano apagar pretendo:
también mi vida se pasa
como tus ondas: gimiendo!

De sesenta minutos
consta la hora,
y unas veces es larga
y otras es corta.
Quien no lo crea,
tenga un día de goces.
y otro de penas.

EL TESTAMENTO.

Del Ilmo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $ 125,000
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mútua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna dl distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. . .	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas. .	9,829 oro
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



1.—Colección de trajes para casa y visita.

Explicación de nuestros grabados.

Número 2. El traje que representa este grabado, es propio para paseos campestres, no sólo por su color claro y el adorno floral del sombrero, sino también por su sencilla confección. Aun cuando ésta, á primera vista, aparece un poco complicada, no lo es, pues basta un doble cuellohombreras de campana, ribeteado en la parte anterior, con cintillas maravillosas. El escote, en pico, se cubre con encaje de Alençón, y un pequeño broche de pasamanería, de cuatro puntos, da nacimiento á una pequeña corbata de encaje rematada en pequeñas borlas. El corpiño se tablea en el frente y blusea en los lados. Un cinturón de seda negra, rematado en su parte delantera y en el centro por un broche metálico, rodea el talle. Las mangas se hacen llegar un poco más abajo del codo, y desde este punto principia el puño, de finísimo encaje, que casi cubre por completo las manos y que lleva en el centro una aplicación de seda igual á la del cinturón. La falda se tablea en dos en la parte delantera solamente, y el resto es liso, llevando únicamente en su parte inferior dos superposiciones, á manera de cenefas, de la misma tela.

Número 3. El hermoso saco de punto y seda que representa nuestro grabado, se corta según los mismos moldes de matinée y se arregla de modo que el ancho cuellohombreras caiga en forma de esclavina, tanto en la parte anterior como posterior del cuerpo. Una corbata formada con cintas de terciopelo, cae desde la parte superior del cuellohombreras, y una gasa de seda cubre la parte superior del cuello. Las mangas debe procurarse que sean lo más anchas posibles en su parte terminal.



2.—Traje de paseo.

Por lo que hace al hermoso traje de calle que representa el otro grado, debemos manifestar que el corpiño, enteramente liso, lleva un alto cuello redondo de encaje y grandes aplicaciones de este mismo encaje á los lados del talle, de manera de imitar torera. Las mangas, también enteramente lisas, llevan puños estrechos de encaje. De la misma tela del corpiño y falda, se forma un ancho cinturón que rodea el talle y que se hace terminar con largo pico en la parte delantera. Cerca de la cintura rodea á la falda una cinta de encaje que, más angosta, parte del centro y sigue á lo largo de la falda para no terminar sino en la parte inferior. El resto de la enagua es liso enteramente y sólo se plisea lo más menudo posible.

Número 4. Todos los vestidos representados en este grabado, se ajustan á los más estrictos principios de la moda y son de vistosa á la vez que sencilla confección. La fantasía fecunda de las reinas de la moda, hace que los figurines difieran unos de los otros á voluntad y capricho de las cortadoras, pero esto no obstante, todas persiguen un mismo fin, como son la lenta transformación de los corpiños y el marcado impulso hacia el estilo reforma. Como puede verse en los vestidos de este grabado, los talles son de fantasía y constan de multitud de tableados y pasamanerías de cinta.

Número 8. Variados trajecitos para niños y niñas representa el grabado á que nos referimos. El traje para niña de 10 á 13 años, es de muy bonita vista; tanto el corpiño como la falda se tablean estrechamente, y de la misma tela se forma un angosto cinturón para el talle. Por lo demás, sólo un ancho cuello de encaje forma el adorno de este vestido. Los trajecitos infantiles varían en su confección, pero todos llevan anchos cuelloshombreras y adornitos de encaje.

Dióle á un mulo cebada
El buen Zíbulo,
Y una coz como un templo
Largóle el mulo:
La gente innoble,
Por el bien que recibe
Devuelve coces.

La Chispa Eléctrica.

—Nada, que no me acuerdo ni una jota de lo que repasé anoche.... Está visto; como no traslade á otra Universidad la matrícula, no voy á aprobar la Física en la vida. ¡Luego esos catedráticos son unas fieras en los exámenes!.... ¡Vaya un modo de preguntar!.. ¿Dónde he guardado la petaca?...... ¡A que me la dejé sobre la mesa de noche!..¡Vamos, no: por fortuna la tengo en el bolsillo!... Anda, anda, qué jaleo traen los grillos entre la yerba!.... Si tuvieran que estudiar, no cantarían tanto!..... ¡Ya les daría yo el preparatorio de Medicina para que se divirtieran!... ¡Valientes bolgazanes!.... ¡Pues señor, encenderemos un cigarro y á trabajar! ... ¡Buenos domingos los del mes de mayo!....

Y el mozo sacó un pitillo, le mudó el papel con ágiles dedos, le prendió fuego después en la llama de una cerilla, chupó con deleite, y arrojando humo por boca y narices, abrió el barrigudo volumen, forrado en un periódico, y clavando los ojos en las páginas del libro, se dispuso á hundir su entendimiento en los abismos de la ciencia. Todas las mañanas entre cinco y seis, llevando un tomo bajo el brazo, entraba aquel joven en el Retiro, dejábase atrás el estanque grande, tomaba por el paseo de coches, y apartándose de la monumental estufa, tiraba por la parte opuesta y se sentaba sobre el musgo del terreno enmarañado y casi virgen que se empina sobre el antiguo olivar de Atocha; allí se pasaba entre distraído y estudiando tres ó cuatro horas; almorzaba después un trozo de carne fiambre ó una tortilla fría, y se iba luego á clase á punto que sonaban las diez en el reloj del Ministerio de la Guerra.

La lección que le tocaba repasar aquel día era tremenda: la electricidad. ¡Qué disparate de lección! Y la tenía en blanco. Sólo sabía en el asunto que el rayo cae cuando hay tormenta y que los truenos meten mucho ruido. ¡Pero las causas!... ¡Dios nos dé que dar respecto á las causas!..... ¡no había más remedio que aprenderlas!..... ¡Esa definición!...... al diablo no se le ocurriría perjeñar definiciones tan enrevesadas!...... ¡La chispa eléctrica es.... la chispa eléctrica es.. es... Nada, no sabía lo que era. Y el estudiante abría el libro, leía dos ó tres líneas á escape, lo volvía á cerrar y trataba de decirlas de memoria mirando al cielo. Pero ni por ésas.

Aquella mañana se distraía el mozo con harta frecuencia; su sangre le hormigueaba en las venas pidiéndole un paseo y como protestando de semejante inobservancia del domingo, cualquier cosita tiraba de sus miradas hacia el espacio.

El agudo silbo con que se despedían de la cercana estación del Mediodía los trenes en marcha, hacíale levantar la cabeza, apartaba los ojos del libro y se quedaba atisbando por entre los jirones de ramaje; primero veía un burbujeo de humo blanco, después una culebra parduzca que se alejaba rastreando en la lontananza: el tren.

Las orugas subiendo y bajando por sus hebras de luz, tirándose al suelo desde las ramas fingiéndose las muertas cuando el joven las hurgaba los nidos con su bastón, le arrancaban á cada instante del estudio, filtrándole en el ánimo con su andar remiso una invencible pereza.

No parecía sino que las mariposas se habían dado cita en tal paraje, y locas, inquietas, en un revuelo continuo, como espantadas, cabrilleándoles el polvillo luminoso de las alas al batir el aire, pasaban y repasaban por junto al mozo; por fin, una se posó un momento en el tomo donde el estudiante leía y se alzó en seguida perdiéndose en la altura. El estudiante apartó los ojos del volumen, los enfiló por entre los desgarros de la arboleda de lilas y se quedó contemplando con fijeza, con algo de triste en

las pupilas, la campiña que se descubría por la rotura del ramaje, verde, bordada en primer término con algunas cenefas de vegetación, amarillenta á lo lejos y coronada al fondo por el azuloso cerrillo de los Angeles vecino á Getafe. La mañana era espléndida y el brutazo del sol doraba el paisaje con un inmenso y deslumbrador reflejo de fragua.

De pronto sacóle al mozo de su éxtasis cierta repentina explosión de risas juveniles saturadas de regocijo y alegría. Incorporóse sobre la yerba y miró; á pocos pasos, al pie de un árbol, descansando en el musgo, había una pareja deliciosa. Ella era una rubia fresquísima, delgada, turbulenta, apenas frontera en los veinte años; vestía un airoso traje de percal azul celeste y por bajo de la falda enseñaba los menudos pies calzados con zapatitos rojos y dos preciosos arranques de pierna blandamente contorneados por lisa media pizarra. Junto á la niña, con el chaleco desabrochado y la corbata suelta, mirando á hurtadillas á su compañera, se hallaba un mozo barbilampiño en actitud de tigre acechando la presa sobre la que ha de lanzarse; ella trascendía á la legua á costurera; él olía sin género de duda á estudiantillo, y ambos jóvenes y llenos de vida formaban un todo radioso, sonriente y adorable. Concluían de almorzar; aún se veían por allí pellejos de salchichón y papeles con manchas de grasa y de postre; de sobremesa, satisfechos y felices retozaban sin levantarse del suelo; ella le apedreaba con un chaparreo de lilas que acoplaba del montón que en la falda tenía; él se defendía de la lluvia de lilazos esquivando el cuerpo y poniendo el brazo para libertar la cara, y en medio del combate se reían como descosidos.

El estudiante de la física no pudo más, se alzó con brusco arranque como despedido por la tierra, envió el libro á dos metros, de un puntapié, y pegando una patada en el suelo y estirándose con delicia para dominar la galbana, exclamó á media voz:

- ¡Váyase la ciencia á la mismísima y que estudie el cernícalo del Preste Juan!... ¡La chispa eléctrica es eso, el amor!...... ¡Me voy á buscar á mis amigos á ver si quieren que nos vayamos de bureo con las de la tienda de modas

Y echó á andar muy decidido sin acordarse del volumen; pero al llegar junto al tomo terrible, lo vió; avínole la reacción; antojósele que en vez de su nombre decía en el periódico del forro: «suspenso,» en garabatosas letras azules; la descarnada realidad se le impuso: él podría ser desaplicado, pero tenía pundonor y conciencia; junio estaba ya á la puerta y apenas si se sabía dos letras.

Entonces se detuvo, se agachó, soltó un juramento espantoso, cogió la física, exhaló un profundo suspiro, tornó á sentarse y volviendo á abrir el libro, murmuró haciendo un mohín elocuente:

—¡No jeringuemos....y no jeringuemos, que también la chispa eléctrica son las calabazas!



3.—Confección de punto bordado y seda y traje de paseo para señoras jóvenes.

EL REY Y EL SABIO.

Por los tiempos en que César
daba que hacer á Pompeyo,
tuvo lugar esta historia
que hoy relataros pretendo;
pues si es que la escucháis
lo mismo que yo deseo,
tal vez os enseñe algo
de lo que saquéis provecho.
Escuchad, que ya comienza
la narración de mi cuento:
De las tierras del Oriente
en un apartado extremo
murió un rey, dejando un hijo
muy joven por heredero
de sus inmensos Estados,
sus tesoros y pecheros.
El nuevo rey, al mirarse
en tan elevado puesto,
pensó eternizar su nombre
con tan magníficos hechos,
que otro rey con igual fama
no conocieran los tiempos,
Mucho pensaba el monarca
buscando seguros medios
para en un plazo muy corto
ver realizados sus sueños.
Al cabo un día decidió
poner guerra al mundo entero,
y hacer sus viles esclavos
del mundo todos los pueblos.
Mas una tarde en que estaba
presidiendo su consejo,
al que pedía parecer
sobre su bélico intento,
vió que cuando lo aprobaban
sus más nombrados guerreros
y casi todos sus sabios,
uno de éstos, ya muy viejo,
en apartado rincón
guardaba él solo silencio.
Él rey á él se dirigió
de esta manera diciendo:
—¿Qué piensas de mi ambición
y qué piensas de mi intento
de usar la sangrienta guerra
para realizar mis sueños?
A lo cual el sabio dijo:
—Señor, ha mucho que vengo
estudiando de este mundo
el admirable concierto:
por eso á deciros voy
lo que observo hace ya tiempo.
Siendo este valle de lágrimas
de orgullo y ambición centro,
Dios concedió á cada ser,
probando así su talento,
medios para que pudieran
mediante un prudente esfuerzo,
el hacerse superior;
y de esta manera vemos
que al león le dió las garras
con que reina en los desiertos,
al águila el corvo pico
con que domina en los vientos,
y al hombre dió la razón,
que reina en el universo.
Si queréis, rey y señor,
alcanzar renombre eterno,
no os confundáis con las fieras,
sangre de hermanos vertiendo;
que las conquistas de sangre,
conforme lo que yo entiendo,
«son tan sólo caña seca,
que puede tronchar el viento.»
Haced que el más ilustrado
de todos sea vuestro pueblo,
y con la razón que manda
seréis rey del universo.

*

Que el hombre que usa de manos,
razón y lengua teniendo,
dejando de ser un hombre,
casi se iguala al jumento.

Hizo comprar don Andrés
Tres libras de carne, á Inés;
Y como faltaran dos,
Exclamó: «bueno, por Dios!
Dos libras de sisa en tres?
Ella echó la culpa al gato;
Y él, por ver si era comedia,
De una balanza en el plato
Puso al gato...... y el ingrato
Sólo pesó libra y media!!

*

Un tuerto se reía
A un bizco viendo,
Y el bizco se chungaba
Al ver al tuerto.
Al estribillo:
La Humanidad es toda
Tuertos y bizcos,



4.—Variada colección de trajes para casa, visita y paseo.

Unos versos te ofrecí,
pues no me pedistes más,
y yo no falto jamás
á la palabra que dí.

Otros genios cantarán
de tu rostro la belleza,
de tu alma la pureza,
y aplausos mil te darán.

Mas ¡ay! que yo solamente
puedo ofrecerte en mi anhelo,
pues genio no me dió el cielo,
pobre flor para tu frente.

Acéptala, y, cariñosa,
no arrojes mi pensamiento
cual los suspiros al viento,
Ajándolo desdeñosa.

Que él, aunque modesta flor,
simboliza mi cariño,
que es tan puro como el niño
y grande como el dolor.

PARA EL HOGAR

LOS CRIADOS.

Cómo debe dirigirse el servicio cuando sólo se tiene una criada.

En todas las casas de familias modestas, una de las cuestiones más importantes es la de los criados; no habrá señora formal y reflexiva á quien no preocupe mucho la elección de sirvienta, puesto que en mil ocasiones es preciso confiarla el cuidado del hogar, aun á cambio de recibir mil desengaños por su incuria, su desorden y su despilfarro.

Se dice generalmente que los buenos amos hacen los buenos criados, pero el axioma no es siempre verdad; hay infinidad de amos que poco á poco se van haciendo excesivamente severos con sus criados, porque habiéndose mostrado indulgentes durante algún tiempo no han recibido más que ingratitudes; claro está que, de una y otra parte, muchas veces pagan justos por pecadores.

Entremos en materia, suponiendo que una muchachita llega directamente de su pueblo á México ú otra ciudad, sin haber servido aún en ninguna parte.

Supongamos igualmente que la futura sirvienta, sin estar dotada de inteligencia superior, posee la dosis necesaria de comprensión, buena voluntad y buen ánimo, sin lo cual es imposible llegar á un estado satisfactorio. Pues bien, hay que tener presente muchas consideraciones.

1º Para hacerse obedecer hay que saber mandar: esto, que parece muy sencillo á primera vista, no es tanto como se cree.

Desde luego se comprende que las señoras de cierta edad son mucho más expertas en esta materia que las amas de casa muy jóvenes: á éstas les falta la práctica, y por esta razón suelen ser exigentes é intransigentes; veían en casa de sus padres algunos abusos, pero como allí no hacían más que un papel pasivo, se callaban, prometiéndose que cuando estuvieran en «su casa» no lo consentirían, y queriendo hacerlo mejor, caerán en el extremo opuesto, comprobándose una vez más que lo mejor es el enemigo de lo bueno.

2º El ama de casa debe tener el carácter dulce y paciente. Nadie puede imaginar las reyertas domésticas, la animosidad y el resentimiento que provocan en la persona colocada en condición inferior, el recibir las órdenes imperiosas dictadas con impaciencia. Inmediatamente la tendréis presa del desaliento, y por su despecho no comprenderá lo que se la manda y se imaginará que no lo comprende nunca, y en lugar de concentrar sus esfuerzos hacia el bien, se encerrará en su torpeza y obstinación.

3º No hay que exigir á ninguna sirvienta una suma de trabajo desproporcionado á sus fuerzas y á su edad: ésta es una cuestión de humanidad, que muchos amos descartan á sabiendas.

Desde la llegada de la recién venida (á la que llamaremos Catalina) debe ponérsela en posesión de su cuarto; suele ser éste un cuarto pequeño, muy caluroso en verano y muy frío en invierno, pero esto es secundario (por lo menos para el plan que nos preocupa); sería de desear que fuese una habitación de buenas condiciones, pero las exigencias de la vida son tales que las mejores intenciones se encuentran paralizadas por tiranías independientes de nuestra voluntad.

Sin perjuicio de que la habitación sea mejor ó peor, debe estar siempre muy limpia y tener una cama decente. Hay casas en que las ropas de cama destinadas á los criados no se pueden mirar; bajo pretexto de que era nueva y los criados precedentes la han destrozado, aprovechan las señoras toda la vieja, porque dicen que el cuarto de la criada nadie lo ve: es un cálculo falto de lógica, porque como la criada que entra en la casa ve la ropa en mal estado, no la toma afición, no la cuida, y por lo tanto dura menos.

Doy por supuesto que vosotras no sois de ese sistema.

Diréis á vuestra Catalina: «Aquí tiene usted su cuarto, está muy bien arreglado y yo deseo que lo conserve siempre en este buen orden; advierto á usted que vendré de cuando en cuando á visitarlo.» Es un detalle muy importante y para el cual nunca se tendrá excesiva tolerancia. La criada, aunque sea muy madrugadora, nunca debe ponerse á los quehaceres sin lavarse y peinarse. Su vestido, para los trabajos más rudos de la mañana, puede ser más modesto que el que se ponga por la tarde; pero de ninguna manera debe permitírsela que se pasee por toda la casa en enaguas, por reservar su vestido, con un delantal sucio y desgreñada.

Nada produce peor impresión en una casa como la vista de una muchacha desaseada y que arrastra los zapatos, produciendo una sinfonía muy desagradable. Catalina debe dirigirse desde su cuarto á la cocina, y su primer cuidado será encender lumbre para hacer el desayuno; mientras se calienta la leche, el agua, el café, etc., se limpia el comedor, principiando por levantar las cortinas en los alzapaños, doblar los tapetillos sueltos, cerrar los cajones de los aparadores y las puertas que estén entreabiertas. En seguida abrir de par en par los balcones; claro es que consigo ha debido llevar escoba, zorros, plumeros, paños, en una palabra, todos los utensilios necesarios para la limpieza. En invierno, antes de barrer, debe quitar la ceniza á la chimenea y preparar el fuego.

Si la habitación es grande, la barrerá en dos ó más partes; la basura que se traslada de un punto á otro, se disminuye en los traslados porque se aloja en las hendiduras del piso.

A primera vista conoceréis si Catalina es torpe ó lista; en el primer caso la corregiréis en seguida sus torpezas, á fin de no dejarla adquirir malas mañas; la diréis que la escoba debe manejarse suavemente sin lanzarla adelante con rapidez, porque se aumenta mucho el polvo. Conviene barrer en el mismo sentido en que esté entarimado, para que las ranuras más ó menos grandes queden bien limpias, y la obligaréis á reunir las basuras para echarlas en la lata ó espuerta destinada á ellas, y no meterlas bajo la trampilla de la chimenea.

Terminado el barrido, se frotará el suelo con una rodilla de lana envuelta en una escoba vieja; bajo los muebles poco elevados del suelo se pasará el paño con ayuda de la escoba, cogiéndola por el mango para que llegue bien á los rincones, y esta precaución hay que tenerla todos los días, para que no se haga tamo bajo los aparadores y en los rincones; el trapo debe sacudirse muy á menudo.

Antes de limpiar los muebles conviene esperar un rato para dejar caer el polvo, y es el momento oportuno de recorrer con el plumero las galerías de las cortinas y todas las molduras donde alcance la mano.

La limpieza de una habitación requiere método, cuidado y minuciosidad; ésta es la piedra de toque de la limpieza: en la manera de manejar los muebles y limpiarlos se conoce en seguida si una muchacha es cuidadosa.

5.—Sencillos vestidos de campo.

¡CASTIGADO!

Aquel día se levantó Casildita con un dolor de cabeza terrible; las sienes le tableteaban y le ardían como si le pasasen un ascua por la frente. ¡Qué noche tan atroz!...... En cuanto se acostó comenzó á soñar y no le dejó hasta muy entrada la mañana la pesadilla. Sin embargo, la muchacha sentía el despertarse, y lo primero que hizo al abrir los párpados fué echar una tierna mirada á la estampa de San Antonio, colgada en el tabique á la cabecera del lecho, y sonreír á la imagen: diríase que le daba las gracias de algo, con los ojos

¡Y vaya si se las daba!..... ¡Así que el santo no se había portado con ella poco bien!.... ¡Qué locura son los sueños!.... Todo fué una



6.—Elegante traje de paseo.

ficción y cuidado que visos tenía de realidad!.... . Nada, que acabó de rezar el último Padre Nuestro, metióse en la cama pidiendo como siempre á San Antonio que fundiera el alma de hielo del alférez y le moviese á confiarla su pasión silenciosa, y al breve rato, antes de dormirse.... ¡qué susto tan grande!.... surgió de pronto en la pared un resplandor vivísimo, la estampa del santo se iluminó toda y la efigie, la propia efigie del seráfico varón, entreabrió los labios y atisbándola con ojos cariñosos, le dijo á la muchacha en dulce tono: ¡ten paciencia! ¡hijita, ten paciencia, que sólo los mansos triunfan! Mira, yo influiré sobre ese chico y haré que te se declare esta noche en la verbena. Ella pensó morirse de gusto al oír esto y á pique estuvo de replicar: ¡le cojo á usted la palabra, señor santo!....... Después se borró la resplandeciente figura y tornó á quedar en tinieblas la alcoba, y después todo se la volvieron á la mocita oficiales de caballería y jolgorios verbeneros, sin saber cómo se halló en las alamedas de la Florida, de charla con su anhelado novio y al fin....... al fin, como el santo lo había prometido, el diantre del hombre vomitaba por aquella su boca de esfinge cuanto le hervía en las hoyadas del pecho. ¡Dios mío, qué felicidad la suya tan codiciosa y tan esperada!...... Luego, cuando iba á responder á las instancias del amante, se despertó; el sol entraba ya por las rendijas de los cerrados balcones y su dicha era todavía nada más que una promesa.

Pero la esperanza, en vez de orear las venas de Casildita, le encendió la sangre con el fuego de una impaciencia devoradora y su comezón no le dejó hora tranquila en todo el día. De ordinario echaba veinte ó treinta minutos en pergeñarse; aquella mañana empleó el doble; tenía el pelo más enredado que nunca y casi había olvidado de pronto el arte de peinar. Al cabo se arregló como pudo; muy acicalada y muy linda con su blusa á tablas, de casa, requirió la aguja de ganchete y se sentó á hacer labor junto á la vidriera y sobre una silla alta para dominar la calle. Cuidando poco de la colcha y mirando mucho hacia fuera, se le marchó á la muchacha el tiempo; en éstas dió las doce un reloj de torre cercano, y entonces, nerviosa, desasosegada, anhelante, se olvidó del hilo y del ovillo y clavó los ojos en la esquina. ¡Ya no tardaría Eduardo en pasar de vuelta del cuartel!...... Era su hora de costumbre. ¡Sin embargo, se retrasaba!...... Algún servicio imprevisto, alguna orden extemporánea...... ¡La maldita malicia!.... ¡Por fin!...... ¡Ahí está!...... Casildita entreabrió sin ruido su balconcito bajo, de entresuelo, y el mozo apareció por la acera de enfrente, mesándose las diminutas guías del naciente bigote, con la mano izquierda en la empuñadura de la espada y bailando mejor que andando de puro jácaro y presuntuoso. Sin dejar de contonearse enfiló la vista con énfasis á los balcones de la chiquilla y la saludó sonriendo, siguiendo luego de largo. Casildita le contestó y le devoró con hambrientas pupilas contemplando cómo se alejaba, guapísimo con su entallada guerrera celeste y sonando los clavillos de las espuelas con un rim rim, que le repercutía á ella en el corazón al par que en los oídos. Y como todo se cumple, se largó el sol á dormir, la libertina de la luna, despreciando el descanso del honrado lecho, salió de bureo por el horizonte y Casildita, muy peripuesta de traje de percal de florecillas y prendido el velo á la cabeza, se fué con su madre y con las del entresuelo de al lado á la verbena.

¡Qué decepción!....... El alférez no estaba en la puerta. ¡Y ella que se le imaginaba aguardándola trocado en una estatua!...... A la verdad era muy chocante semejante falta, porque saberlo sabía él de sobra que ella bajaba á la verbena, por el hermano de las del otro segundo; así que no era picotero el chico. En fin, no había más remedio que resignarse; tal vez esperase el oficial más abajo ó les saliese al encuentro. Esta contrariedad amargó el humor de la muchacha y le echó la llave á sus labios. ¡Qué callada vas!—le dijo una de sus amigotas del entresuelo. Casildita, abrumada por atroz angustia, no replicó; llegaban á la cuesta de San Vicente y la gallarda figura del alférez no había aún saltado de la penumbra; de allí á un rato se internarían en la fiesta y entonces sería punto menos que imposible toparse con el oficial entre la muchedumbre. La zozobra de no ver á Eduardo en la verbena comenzó á invadir el ánimo de Casildita, pero aún había tiempo y rechazó la sospecha con todas sus fuerzas, haciéndose á sí misma reflexiones engañosas y procurando apagar el brillo de semejante idea que fulguraba á su pesar en su cerebro.

En éstas y las otras la verbena hervía en la obscuridad con una bullanga atronadora como si el monstruo de las tinieblas rugiese en la sombra, de júbilo. A trechos olía á hoja nueva y á trechos á aceite frito, y por entre las copas de los árboles subía en un vaho espeso y compacto el polvo del piso levantado por el andar de la multitud, la negra tufadera de los candiles de petróleo de los puestos, y el zigzag de picante humazo de las buñolerías. Dos hileras de tenduchos se erguían á los lados del camino desde la puerta de San Vicente á la ermita, como una procesión de negras siluetas, y el tropel de luces que temblaba en la ronda hacía sospechar que las constelaciones habían mandado una comisión de estrellas á la verbena. De allá, del río, veníase de cuando en cuando una racha de frescura, y en los lavaderos iluminados con farolillos de colores, estallaba una alegre algarabía de acordes de guitarra, compases de acordeón, palmas y cantares, mientras del paseo, trocado en un macizo de gente, salía un rumor inmenso y mareante de muchedumbre cortado por el campaneo de la modesta iglesita de la Florida y por el pitar de la locomotora de la vecina estación del Norte.

Las amiguitas de Casildita se divirtieron mucho en la verbena gracias á unos conocidos que les deparó la buena fortuna, gente joven, estudiantil y charlatana, que habló por los codos con las del segundo. La muchacha, en cambio, apenas dió señales de tener lengua; devorada por el despecho y entristecida por el desengaño, se desojó inútilmente queriendo desgarrar las tinieblas en busca del esquivo amante, y al fin, persuadida de que nada podía esperar ya de la noche, pica-



7.—Vestido plisado para reuniones.



8.— Colección de trajes infantiles.

da por el aguijón de los celos, cargada de rosas, con el bolsillo lleno de avellanas, indiferente y extraña á la alegría general, regresó Casildita á su casa á punto de las doce.

La muchacha se retiró á su cuarto en seguida: ansiaba estar sola para abrir la válvula á su pena. Recogióse, pues, al poco rato, y antes de acostarse, congojosa y abstraída en sus melancólicos pensamientos, toparon sus ojos con el cuadrito de San Antonio colgado en el tabique. La vista de la imagen trájole á la moza á la mente el recuerdo de su ensueño; sintió honda amargura al considerar que no se había cumplido su hermosa pesadilla henchida de promesas de felicidad, y de pronto, con un arranque infantil, enojada y llorosa, exclamó resuelta volviendo la estampa de San Antonio de cara á la pared:

¡Castigado!

DE VIAJE.

—Estoy que no me llega la camisa al cuerpo. La hora de partir se aproxima, y aún no ha parecido por aquí ninguno de los santos de junio que me prometieron, en principio, acompañarme en el viaje. Pues como me llamo Verano, yo no voy solo á la tierra para que me reciban como á un cualquiera. Cuidado que mi Gaceta oficial, el almanaque, anuncia con tiempo mi arribo al globo, y ni una mala música envían los mortales á la estación para hacerme los honores que me corresponden. Es muy ingrata la humanidad; por el más mínimo pretexto endilgan un día de fiesta, y para mí todo son maldiciones y denuestos, y diatribas. Yo animo la savia, doy vigor á las semillas, soleo los surcos de los campos, sazono los frutos, doro los granos, llevo conmigo la vida, y ni los poetas me cantan, ni los humanos me quieren, mientras todo son odas y alabanzas para el Otoño, que les inunda, para el Invierno que les hiela, y para esa coquetilla de Primavera que da á sus amantes el calor de sus amores para luego matarlos con sus fríos repentinos. ¡Mala tormenta, qué enanos y miserables son los hombres vistos desde la altura!.... En fin, nada gano con desesperarme; llamaremos á mi secretario, á ver si los santos se hallan visibles!.... ¡Bochorno! Hágame el favor de anunciar á San Juan mi visita.

Ya se conocía en el horizonte el humor de perros que padecía el Verano. Eslabones de plomizas nubes íbanse soldando en el espacio en interminable cadena, y como una gasa impalpable de calíginoso polvo descendía á la tierra, agobiando á las oleadas de espigas de los sembrados, que doblaban sus cabecitas cargadas de granos, sin poder levantarlas por la jaqueca. No se movía ni la más ligera racha de viento; las hojas de los árboles se doblaban mustias, buscando en vano un poco de agua donde refrescarse; la Naturaleza, amenazada de congestión, sudaba vapor por todos sus poros: las aves batían sus alas, sin encontrar alivio ni aun en las umbrías, y sólo las cigarras egoístas se despepitaban cantando á voz en cuello: ¡guirrí, guirrí, guirrí, el Verano está aquí!

—¿Conque San Juan recibe, Bochorno?... ¡Pues vamos á verl·!... Servidor de usía, señor santo.....

—¡Hola! ... ¿Usted por aquí, mi amigo Verano?.... ¿Y va bien?

—Vamos tirando...... ¿Y el borrego?

—Está á que lo esquilen. Pero le veo á usted ya en traje de camino.

—Sí, señor, y á eso vengo. ¡Ya usía recordará que me prometió acompañarme!

—Si podía, pero me es imposible: y crea usted que lo siento. Hasta el 24 no me desocuparé de los asuntos urgentes que me abruman. Mire usted: todos los años le prometo á San Antonio ir con él á la tierra, y todos los años hace el viaje solo. Es mucho cuento: las peritas de mi nombre, que yo he de llevar, todavía no han acabado de madurarse ni de cogerse; aún no han llegado más que tres instancias de muchachas no favorecidas por la belleza, y que desean lavarse con el agua de mi madrugada, y hasta pasado mañana vendrán muchísimas, porque la declaración espontánea de fealdad cuesta trabajo hacerla, y no se hace hasta última hora.... En fin, amigo Verano, yo lo siento mucho, pero.. .

—Pero no puede usía venir ¡Y yo que había dispuesto el viaje á maravilla!

—Entonces vaya usted de mi parte á San Pedro; acaso él esté ya preparado....

—Así lo haré, pero.... usía, usía es el santo de mi devoción, el que yo quisiera para compañía de viaje... Vaya pues, no le molesto más, ¡cómo ha de ser!

—No hay que apurarse, Verano; con San Pedro no va usted mal tampoco.... Es un apóstol....

De pronto saltó el aire de cuadrante, alzóse como una tromba de polvo y un viento de fuego se llevó en sus alas tejas y hojas en imprevista acometida. El Verano siguió echando tacos y ternos en busca de San Pedro, cayeron algunas gotas como pesetas, brilló un relámpago entre dos nubes de plomo, y ¡bum... buurrum!.... estalló un trueno seco como un disparo, á la vez que lanzaba el Verano un juramento.

¿El señor San Pedro?

—Sí, señor, ahí en la portería; pase usted.

¡Tanto bueno por estas alturas!... Ya se me antojaba que andaba usted cerca.

—Y á mí, que sentía un calorcillo muy pegajoso.

—Pues aquí me tienen usías, y á la verdad que me alegro de encontrarlos juntos, señores San Pedro y San Pablo.... ¡Vengo de parte de San Juan!....

—No necesitaba usted recomendaciones. ¿Y qué desea el Bautista?

—Pues nada..... que él se había comprometido á acompañarme á la tierra, pero sus negocios le impiden que hagamos el viaje juntos y entonces me dijo, dice. acaso San Pedro y San Pablo puedan servirle y adelantar la partida .. hábleles de mi parte

—¡En qué mala ocasión viene usted, Verano! Es de todo punto imposible precipitar mi marcha; casualmente ayer he mandado la cerradura de la puerta del Cielo á que la pongan llave inglesa, y no estará lista hasta el 27.... ¡Cómo abandono la portería!..... ¡Así que no haya tunos en la tierra en acecho de mis descuidos!.... Pero tal vez San Pablo......

—Yo no; he de llevar á la tierra mi epístola, y la tengo en casa del encuadernador.... De lo contrario, ya á usted le consta que le complacería con mucho gusto.

—No, no; por mí no quiero que se moleste nadie......

—¡Vea usted si Santiago!....

—Está en campaña......

—¡Qué contrariedad, Verano....!

—¡Qué le vamos á hacer....! paciencia.... vaya, señores santos; no quiero molestar más.

—Usted no molesta nunca.

¡Parezco un apestado! ¡Nadie quiere venir conmigo!..

¡Exhalaciones!....... Pues me iré solo á la tierra, y como me pongan mala cara, les voy á sacudir una tormenta que no va á quedar títere sano.

Y el Verano se puso en marcha jurando como un demonio, y el temporal arreció trocándose el chaparrón en una lluvia deshecha. Sopló el huracán con furia doblando veletas y tronchando árboles; las nubes se atropellaban pegándose de jironazos; unos tras otros los relámpagos empeñáronse en fundir los pararrayos; en un terremoto continuo pugnaban los truenos por ensordecer el rugir del viento; huían los pájaros asustados sin saber dónde esconderse, y mientras, un grupo de segadores refugiados junto á las tapias de una casucha, decía tristemente contemplando los mojados trigos.

—¡Vaya un humor que trae este año el Verano!



9.—Barrendero de seda con aplicaciones de cinta y encaje.

EL REGALO DE S. PABLO

—Dios os bendiga!....

—El señor San Pablo.... Bien haya su merced!....

—Cuánto me alegro de veros, hijitas!....

—Pues bien creímos nosotras que habíamos hecho el viaje en balde y que nos teníamos que volver sin poderle besar la orla del sayo!....

—Qué, si no me dejan en paz desde amanecida!....A las cinco vinieron á cantar diana los pájaros nuevos y, es claro!....hubo que obsequiarles con cañamones y alpiste... Luego bajé á mi ermita, y ver si estaba á punto y colgada, y en cuanto me atisbó la pobeda, comenzó á murmurar con su follaje: eel saaanto!....eel saaunto!.... Para qué quisieron más las rosas....Arrojáronse en tropel de capullos sobre mí, pidiéndome por favor un sitio entre los candeleros del altar; enteráronse de mi presencia los pollos y los perdigones y me rodearon en pelotón gritándome á píos y golpes: trigo.... trigo.... Un cohete subió á contarle al sol que estaba yo allí, y el sol se empeñó en romper la techumbre del alamillo para saludarme, la campana se lanzó á vuelo, se alborotó toda la romería y.... salí escapado.... Si no, me paso el día en la hoyada!

—Pues á eso venimos nosotras las hermanas de la archicofradía, señor San Pablo. Hemos concluído la novena de su merced, y mientras se rifaban en el atrio las tortas de nuégados, nos hemos acercado en una correndita á felicitarle....

—Muchas gracias, hijitas, muchas gracias!... Y qué tal os va en vuestro nuevo estado?....Qué tal el nido?....

—Muy bien, señor! No hay nada en el mundo como el matrimonio!.. Qué bueno es... Mejor que la primavera!....

—Vaya, vaya, me alegro!....Veo que habláis de la institución con verdadero entusiasmo!....

—Mire, señor San Pablo, todo es cuestión de maña! A los maridos debe ponérseles como los pichones caseros: á medio vuelo, sin que nuestros amados esposos tengan necesidad de advertir las plumas que les faltan....

—Qué?....Qué decís?....Ese repiqueteo de esquila que sube alborotando de la pobeda, no me ha dejado oír vuestras últimas frases!....

—Que la felicidad de la mujer se funda en que sepa mandar aparentando obedecer!....

—Ji.... ji.... ji.... Por ahí, por ahí os come el demonio, por el afán de poneros los pantalones!.... Las mujeres sois muy codornices!....

—Pues los hombres tienen la culpa, señor santo!.... Nada estimula á la libertad como la prisión!.... De solteros la meten á una en un fanal para que no se la pegue la más ligera mota, y de casados nos encierran en una jaula... Díganos su merced si eso es vivir!....

—Pero cuánto sabéis para recién casadas, hijitas!....

Bah, señor!.... Cómo se ve que su merced es la bondad pura y no anda al tanto de lo que sucede abajo!.... Las mujeres y las rosas saben para qué nacen desde niñas.

—Eso quiere decir que estáis pesarosas de pertenecer á la hermandad de mi amigo san Marcos....

—Cá, no señor!.... Nosotras hemos sido muy afortunadas y en prueba de ello que acordamos venir á darle los días concluída la novena....y á la vez.... si su merced no se incomoda!....

—Qué me dais aquí?....

—Nada, señor San Pablo, no vale nada, pero tenga su merced en cuenta, más que el obsequio la intención y el fervor con que se lo ofrecemos!....

—Pero, hijitas, por qué os habéis incomodado?.... Vamos, yo siento mucho lo que habéis hecho, y no os lo rechazo, porque no lo toméis á desaire....

—Pues no faltaba otra cosa, señor santo!.... Conque traíamos los cinco sentidos puestos en el regalillo!.... Así se acordará su merced más de nosotras!!..Chiss..pum!.... Ea, la pólvora comienza y su merced no puede dejar de asistir á los fuegos de la romería!.... Echenos su bendición y que el año que viene le volvamos á felicitar....

—Así sea, hijas mías!....Idos con Dios....

Y de que las mujeres se alejaron perdiéndose en lontananza, muerto de curiosidad y sin vislumbrar lo que aquello sería, abrió el señor San Pablo la preciosa caja de roja felpa que le habían dejado sus devotas, y sacó del estuche un volumen en folio, ricamente empastado en tafilete y cerrado con broches de plata. El apóstol se sonrió con plácida dulzura, el suave resplandor de una intensa alegría le iluminó el semblante; abrió con febriles manos el tomo y en la primera página, descollando los garabatos negros de los renglones sobre el fondo pajizo de la vitela, leyó la dedicatoria del libro, que decía á la letra:

«Al señor San Pablo, consagran este ejemplar de su Epístola en recuerdo de la que oyeron en la sacristía de su parroquia el día de la boda.—Varias casadas.»

San Pablo se sonrió con expresión beatífica, y murmuró complacido: Qué buenas son!.... y guardando el tomo en el estuche, se lo echó bajo el brazo y se fué en busca de San Pedro para irse á la romería que le llamaba con el bullanguero acento del repiqueteo de la campana.

EL TESTAMENTO.

Del Ilmo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $ 125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mútua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de ''La Mutua,'' Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. . . .	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas. .	9,829 oro
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela ''Santa María'' de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



1.—Elegantes sombreros de primavera.



2.—Colección de trajes de casa y paseo.

Explicación de nuestros grabados.

Número 1. Seis elegantes y vistosos sombreros de verano representa nuestro grabado. Todos son de última moda y se estilan mucho en los principales centros de reunión europeos. Tocas, sombreros á la pastora, de paja y velo, de jardinera, etc., etc., se encuentran aquí. Para su confección, que es muy sencilla, basta solamente tener materiales de buena calidad y sujetarse en todo al modelo, aun cuando sea permitido hacer las innovaciones que las señoras juzguen oportuno. El grabado del centro representa, además de un elegantísimo sombrero, un exquisito y costoso cuello de encaje á la esclavina, y que rodea el busto hasta una altura próximamente de la tercera parte del talle. A la forma de paja de este sombrero se orla con fino plissé de seda y listones también de seda y de un ancho regular. Flores de diversas clases y policromatizadas completan el adorno. En la parte posterior del bonito sombrero se hace colgar, con gracia, un pequeña guía de flores y listones. Los demás sombreros son más sencillos en su hechura y la sola vista de los grabados lo manifiesta así. Esta colección de modelos es indispensable que aparezca en todos los hogares, pues como hemos dicho ya, hay aquí sombreros para todos los gustos y condiciones.

Número 2. Variada colección de trajes de visita y de casa, todos apropiados para la actual estación de primavera. Nuestras lectoras harán bien en fijarse detenidamente en estos figurines que sirven para marcar la transición lenta del vestuario femenino, de acuerdo á los más estrictos principios de la moda moderna. Si los vestidos «reforma» y «princesa» estuvieron en uso durante algún tiempo con mucho éxito, vienen ahora las modificaciones de esos trajes, ó metamorfosis lentas, como se les ha dado en llamar. Al talle ajustado y formando una sola pieza con la falda, se substituye hoy por un corpiño elegante y que forme juego con la enagua. Poco se usan las blusas sueltas, ó sea de distinta tela á la de la falda, pero aseguramos que pronto volverá esa moda que tan en auge estuvo por algún tiempo. El traje obscuro, uno de los que aparecen en el centro de nuestro grabado, tiene varias y hermo-

sas aplicaciones que imitan moti[illegible]s de uva y que constituyen el [illegible]lo de encaje sobrepuesto. Con[illegible]ión de igual naturaleza se en[illegible]a en los puños, cayendo con [illegible] y delicadeza sobre la parte [illegible]rior de las mangas campaña. Por lo demás, un estrecho cinturón, de cordoncillo de seda, rodea el talle, dándole un aspecto de esbeltez. La falda, tableada en la parte dela[illegible]ra, es lisa en el resto, con excepción de la parte inferior, que ostenta un angosto tableado que la agracia. El otro de los vestidos que se encuentran al centro del grabado, es también de preciosa confección y fácil hechura. Uno de los elementos de [illegible] gracia con que cuenta este traje, es el cuello esclavina que cubre parte del corpiño y los hombros. Las mangas se adornan con tres botones de metal colocados á igual distancia unos de otros y teniendo en medio pequeñas aplicaciones de cinta. Una corbata de gasa de seda, que rodea por entero el cuello, completa el adorno de este elegante vestido.

Número 3. Presentamos aquí á



3.—Colección de trajes de visita y casa.



4.—Traje de bata suelta, para hogar.

5.—Vestido de calle, para señoritas.

nuestras lectoras una colección completa de trajes de casa, visita y paseo. También ajustados á las últimas reglas del vestuario femenino, son de corte elegante y hermoso aspecto. El que aparece en primer término, es quizás uno de los mejores. Las graciosas culebrillas de cinta que se hacen aparecer, tanto en el talle como en la falda, son un poderoso elemento de distinción y de buen gusto. El tableado de la enagua da principio desde la culebrilla superior y termina en la parte inferior del vestido. El resto de la falda debe ser enteramente liso, para lograr con eso que resalte más el bonito adorno. En la blusa se sigue disposición análoga á la de la enagua, con excepción del peto, que luce unas guías de pequeñas aplicaciones. La tela deberá ser de un color obscuro, y debe procurarse que el encrespado del sombrero haga juego con el vestido. Otro de los grabados inferiores representa un sacopaletó de esbelta forma y sencilla hechura. La gracia principal de este saco consiste en los dos anchos ribetes y cintilla maravillosa que se colocan á los lados de las solapas y en la parte inferior de las mangas. Por lo demás, basta abrocharlo con tres grandes botones metálicos ó de concha. El paletó, aunque á primera vista parece suelto, no lo está en realidad, pues debe llevar su pequeño entalle, para que siente con gracia.



El Coche de las Cabritas.

Una tarde, mientras fumábamos y bebíamos alegremente, decíanos el poeta Chantepleure:

—He tenido en mi vida grandes triunfos; amores venturosos que me han hecho llorar, y amores desgraciados que después de ocasionarme mil torturas, me han hecho reír; grandes éxitos teatrales y grandes éxitos oratorios, porque también he mojado mis labios en el vaso de agua azucarada del conferenciante; he recibido profundas cartas de mis adoradoras, y todo esto, amores, aplausos, honores y distinciones, constituiría lo que comunmente se llama una existencia feliz, es decir, menos desgraciada que la del prójimo, si en otro tiempo hubiese yo realizado una aspiración y gustado un placer que he deseado toda mi vida; si hubiese podido, se van ustedes á reír de mí, pero no hay que burlarse de ningún ideal, si hubiese podido subir......

—¿Al Capitolio?

—No, á un coche tirado por dos cabritas.

Y al oírnos reír, añadió Chantepleure:

—Sí, señores; me refiero á ese coche de dos cabritas que ven ustedes en las Tullerías y en los Campos Elíseos, transladando de un árbol á otro un cargamento de niños. ¡El coche de las cabritas! Esa ha constituído toda la ambición de mi vida y no he podido verla realizada jamás.

Desde mi infancia, hasta la edad de cincuenta años, no he cesado de decir para mis adentros: ¡Qué dichosos son los niños que pueden pasearse en el coche de las cabritas!

Un día que mi madre, hace ya de esto mucho tiempo, me trajo desde el pueblo á París, donde la llamaban asuntos de familia, vi por primera vez el coche de las cabritas en el jardín de Luxemburgo. Le vi con sus bridas de cuero rojo, con sus cascabeles y con un muchacho que, vestido de terciopelo, guiaba el vehículo desde el pescante con su látigo en la mano:

—Quisiera, dije á mi madre, subir al coche de las cabritas.

—No, hijo, hoy no es posible. ¡Mañana!

Y durante toda la noche no hice más que pensar en la promesa de mi madre y se me aparecía en sueños el coche de las cabritas, los cascabeles, las bridas, el látigo y el muchacho vestido de terciopelo. También iba yo á sentarme como él en el carruaje y á estimular con mis voces el paso de aquellos animalitos.

Amaneció al fin el deseado día, y llegó esa mañana que el hombre está condenado á esperar eternamente.

Pero ¡oh desdicha! Llovía á mares en París y no había coche alguno de cabritas en los senderos y avenidas de Luxemburgo.

Siguió lloviendo en los días sucesivos, y no los hubo tampoco mientras mi madre y yo permanecimos en la capital.

Partimos para el pueblo, y llevé á mi país el amargo sentimiento de no haber podido lograr mi deseo y la vaga esperanza de realizarlo algún día.

Con tal motivo me decía: Volveré á París, y en París satisfaré mi ardiente anhelo; subiré al coche de las cabritas y realizaré mi secreta ambición de pasearme en él por uno de los jardines de la gran ciudad.

Cuando fuí á la capital á proseguir mis estudios, era ya demasiado grande para tomar asiento en el coche de mis ensueños.

Mis compañeros de paseo se habrían burlado de mí, y por lo pronto no tuve más remedio que renunciar á mi tenaz propósito.

Crecí y he envejecido sin subir al coche de las cabritas. Y ha sido por culpa mía, porque si bien me arrastraba el deseo, conteníame la vergüenza. Un hombre -decía yo para mí,—un hombre á quien han representado obras en el Odeón, un candidato al Instituto, un individuo que pasa por persona seria y formal, ¿puede pasearse en un coche tirado por un par de cabras? Y no me resolvía á subir, y veía pasar y pasar ante mis ojos, como una visión irónica, el eterno, el encantador, el glorioso coche con sus cascabeles, sus bridas y una multitud de niños en el interior.

Han transcurrido los años. He perdido todas las ilusiones, y no tengo más que recuerdos; y en honor de la verdad, bendeciría al destino si, á todos los goces de que me ha permitido disfrutar, hubiese añadido la dicha de hacerme pasear en el coche de las cabritas. ¡Y pensar que he de morir sin haber realizado el sueño de mi niñez y de mi juventud! Lo cierto es que mientras vivimos, deploramos alguna decepción sufrida, pues todos tenemos nuestro coche de las cabritas, al que no hemos conseguido subir jamás.......

—¡Dame otra copa de Kummel, Julio!

....

No hay que desconfiar nunca de la realización de nuestras aspiraciones.

En los primeros días del último otoño, encontré á Chantepleure en el parque de Monceau. El célebre poeta estaba muy cambiado. Tenía la cabeza cana, el rostro macilento y la mirada triste.

Víctima de una parálisis iba, sentado en un cochecillo mecánico y conducido por un criado, que le acompañaba como á un niño.

Al verme se sonrió é indicó al criado que se detuviera.

El pobre paralítico me alargó la mano y me dijo:

—¡Ya ve usted cómo al fin se han cumplido mis deseos! Antes de morir me ha deparado el destino lo único que me faltaba. Ahí tiene usted el cochecito de mis ensueños.

Julio Claretie.



6.—Blusa de cuello hombreras.



7.—Traje y saco de viaje y sombrero de verano.

LEJOS DE LA TIERRA

De los diez ó doce compinches que dormían hacinados en la nauseabunda alcoba, sólo quedaban Joan y Antucho, los amigos inseparables, paisanos por dos veces como nacidos en la misma provincia y en la misma aldea; los demás aguadores habían ya dejado la vecindad de Manzanares, unos para siempre, apretando en el bolso de estambre, de hechura de culebra, los pesos duros con que contaban para redondear la hortiña, comprándole al vecino el terreno colindante, y otros, que aún no podían traspasar su plaza, de temporada tan sólo, para ver qué tal iban la mujer, la vaca y el maíz.

Aquella mañana despertóle á Joan el sonoro campaneo con que la iglesia próxima saludaba al sol naciente; el adormilado mozo se incorporó en su jergón de paja, se restregó los ojos al moverse perezosamente, bostezó dejando escapar un aullido y murmurando: ¡Mira la torre qué buen humor le tiene! y de pronto, avínole al hombre la memoria, recordó la fecha del día, y abotargado aún por el sueño, exclamó poniéndose en pie de un respingo:

¡Lléveme el demonio si esas badajadas no son las de la grande de la catedral!. .

Creyóse en la tierra, junto al Sar, vereda adelante en derechura á la ciudad del apóstol, bajando el Pedroso, y hasta le pareció oler el perfume acre y salvaje de las misteriosas corredoiras de sus campiños nativos. Pero poco á poco fué despabilándose y volviendo á la realidad; su lucidez arrambló con la hermosa ilusión á la manera que el viento arranca los vilanos de las sementeras, y dejando escapar un suspiro de las hoyadas del pecho, murmuró con pena: ¡Maña, que lástima que no le fuera verdad! y agarrando por un pie á su amigote, le gritó sacudiéndole: ¡Arriba!...... ¡no seas tardón!.... como si el pobre Joan temiera estar solo con su tristeza.

Antucho cesó de roncar, se levantó y se quedó sentado en la cama; no despegó los labios. Luego pensó en el día que era, y tendiendo su mente las alas al valle de Ulla, le dijo el mozo á su amigo: ¿Qué harán ahora en casa?.... ¡Hablaron del país!.... ¡Toma!.... Sus nenas estarían vistiéndose el mantelo de lujo, el de broches de plata, para ir á la Santa Catedral á misa mayor y adorar la pértiga del Señor Santiago!...... ¡Buena mañana para el buey marelo que andaría á sus anchas pastando orzagas y trébol por las praderas!.... Por supuesto que la gaita habría empezado por la mañanita á tocar la alborada en los pinares y en el robledal!...... ¿Te acuerdas de Manoelino el gaitero?. .. —¡Sí que me acuerdo! ... ¡Partióse á Buenos Aires!...... La nostalgia les agobiaba: un buen rato permanecieron callados y al fin Antucho levantó la cabeza y exclamó: ¡Vaya que ser, hombre!...... ¡Pues si nos dejamos, que nos pueda la morriña! .. ..

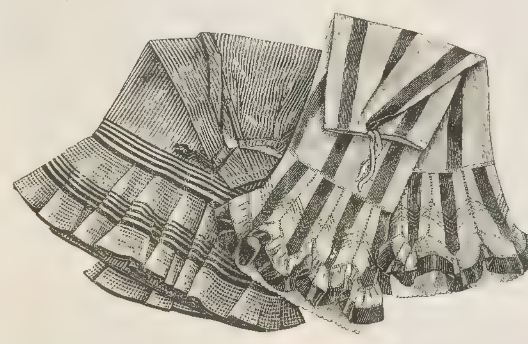
Ea, fuera penas y á divertirse. Pusiéronse ambos camaradas sus chalecos de raído veludillo, única prenda que conservaban del campesino traje, y abriendo Joan el arcón de la ropa, sacó la gaita querida; la abrazó con cariño; metióse el punteiro en la boca; sopló inflando los carrillazos; el fuelle, vestido de azul, se hinchó hasta estallar de esponjoso; cubrió y descubrió con los dedos los agujeritos del embudete, haciendo las notas; el fleco de torzal de seda grana, que guarnecía en un cairel colgante

el roncón del instrumento, cayó sobre el hombro de Joan como acariciándole; y la gaita, agasajada y requerida por su dueño, lanzó de su vientre de pellejo una sarta de notas dulcísimas, con vibraciones de burbujas de agua, infiltradas del ritmo melancólico y grave del canto llano. Y Antucho, requiriendo del cofre unas castañuelas, y repiqueteando sus medias hojas de boj, y Joan tocando á todo moflete la muiñeira, enderezaron sus pasos hacia las arboledas y merenderos de junto al río.

Pronto hicieron alto en el primer tabernáculo que hallaron á mano en la cuesta de San Vicente. Entraron, remojáronse las fauces con unas copas de lo añejo, bailotearon ensordeciendo con el taconear de los borceguíes en el piso de madera, y entre las risotadas del tabernero y el cuchichear de los chicos que habían acudido á la puerta al oír la tocata, se embucharon unas tablas de bacalao y unos pimientos fritos con tomate: después se largaron como una tromba. La segunda estación fué en el paseo de la Florida; dieron fondo en un figón y se echaron al cuerpo otros dos medios vasos de tintillo, soplándole antes la espuma á estilo de veterano. Desde allí marcháronse al lavadero de Perucho, el paisano de las rías bajas; era imposible dejar de visitarle en un día tan señalado como el del Apóstol. Atravesaron la portada de picuda crestería, embadurnada con tizne celeste, voceando con ímpetu ¡viva Carril!.... y en seguida bajaron la escalerilla del lavadero, tallada en tierra, ensordeciendo con la lluvia de armonías de una alborada. El Perucho salió á recibirles en mangas de camisa, rebosándole el contento por los poros de la cara y gritando con cierto dejillo flamenco que se pegaba de cachetes con la acentuación nativa. ¡Olé lus salerosos!.... Allí



8.—Blusa de talle para casa.





9.—Barrendero de seda.

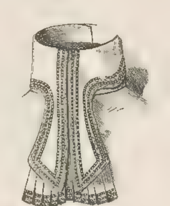
se acabó el reinado de las copas y dió principio el del jarro. Había en el lavadero gente del país, y en un santiamén se formó corro y se bailó en rueda entre la red de tomizas de los colgaderos, sazonándose el jolgorio con dos ó tres rondas que dejaron chupada la panza de la bota. Continuaron luego su ruta jadeantes y sudorosos, tan inseguros y tardos ya de cabeza como de pies, viendo dos estrellitas que les seguían á la altura de sus miradas y que no era sino el encandilamiento de las propias pupilas; aún se detuvieron á enjuagarse en otros merenderos del camino, y en éstas, había el tiempo volado, y á punto en que daban las seis en el lejano reloj de torre de Palacio, llenando de campanadas las umbrías del campo del Moro, fritos y ahogados por el bochorno, desembocaron ambos amigotes en la alameda de la Virgen del Puerto.

Era aquella tarde de bulla para la pobeda costera al río. El sol íbase despaciosamente á dormir por los pinares de la Casa de Campo. Entre los árboles blanquecinos por el polvo y mustios por la sequía, hormigueaba una muchedumbre inmensa de criadas de poco pelo, horteras de comestibles y soldados de la última quinta, echándolas de veteranos y corridos, que en grupos y por parejas bailaban sin descanso al soniquete de los guitarrillos de los ciegos, moviendo un rumor de oleaje, roto por los chillidos de los que se llamaban y por el vocear de los vendedores ambulantes de cascajo.

La llegada á la alameda de los dos compinches, fué acogida con gran bullicio, y el resonar de la gaita suspirando en un arpegio continuo, reunió en torno de Joan un enjambre de paisanos y paisanas ávidos de dar gusto á las piernas. Por fin Joan puso en movimiento los dedos, cesó el calderón eterno y ¡anden las penas!.... vibró en el «fol» de la gaita la muiñeira, comenzando el baile, que después de sus variadas figuras, concluyó con el clásico «aturuxo,» mezcla de vocerío y de lamento. Y una danza detrás de otra, se le pasó el tiempo á Antucho repiqueteando sus castañuelas y á Joan sopla que sopla, y entusiasmados, sin poderse apenas tener en pie, con un volcán en la cabeza y un ruido de tormenta en los oídos, recordando con más fuerza que nunca en aquel hervir de horno, los cánticos de las majadoras del país y los castaños de la tierra, con un buen golpe de lágrimas en el pecho que se le escapaba á Joan por el roncón de la gaita y que Antucho tenía que tragarse, se les echó encima la noche.

Pero después, uno con las castañuelas en el bolso y otro con la gaita desinflada y muda, más tuertos que derechos, medio dormidos por el peleón que llevaban en la andorga y sirviéndose de mutuo apoyo, subían por la cuesta de San Vicente, diciendo Antucho con voz soñolienta:

—Paréceme que el Señor Santiago le estará contento de nosotros, que bien le hemos festejado desde aquí......



11.—Corbata suelta para blusa.

El Pájaro Raro.

A una ciudad populosa
de nuestra patria muy lejos,
en ocasión que unas fiestas
celebraba alegre el pueblo,
un cazador de la Arabia,
ó de más lejanos reinos,
se presentó con un pájaro
que, según los que lo vieron,
ni en la mente de un poeta,
ni de un loco en los ensueños,
igual plumaje se ha visto
ni más bellos movimientos.
El cazador lo mostraba
(pues deseaba venderlo)
á todo el que pretendía
admirar aquel portento;
mas á pesar de que fué
á admirarlo el pueblo entero,
no hubo ni uno siquiera
que preguntara su precio;
y era porque el pajarito
de aquel plumaje tan bello,
aunque ninguno otro dón
le había concedido el cielo,
se alimentaba con polvos
de oro y de brillantes hechos,
por lo cual todos decían:
«Pues señor, no lo queremos;
pues teniéndolo pintado,
nos ahorramos todo esto.»

*

Padres que sin gran fortuna
y bellas hijas teniendo,
las enseñáis á que gasten,
no olvidéis aqueste cuento;
que mujer que en ostentar
gran lujo cifre su anhelo,
sin que atesore otras prendas
que puedan compensar esto,
es como el pájaro aquel
que nadie quiso en el pueblo,
y condenáis vuestras hijas
á celibato perpetuo.



CONFIANZAS.

Vamos, siéntate á mi lado,
niña de rubios cabellos,
desechando tus temores,
pues quiero que aquí en secreto
hablemos los dos un rato,
quedo, quedito, muy quedo.

Me han dicho, y quiero saber
si lo que me han dicho es cierto,
que cruel en demasía
con los hombres estás siendo.

Me han dicho que á Rafael
desechaste por moreno,
y que á su primo Luís
por estar un poco grueso,
y por iguales razones,
que á la verdad no comprendo,
sé que desechas mil hombres
que otras los juzgaran buenos;
Dime ¿es ésta la verdad?
Dime ¿es aquesto lo cierto?
Me miras, y silenciosa
bajas tus ojos al suelo;
¡ay! niña, torpe anduvistes
para escoger el sendero
que esta miserable vida
torna en edén de los cielos.

Ten presente, bella niña,
la de los rubios cabellos,
que tu tiranía de ahora
has de pagar con el tiempo.

O mudas de parecer
(es lo que yo te aconsejo),
ó has de ser gran solterona,
ó carga contigo un memo.

Estos tres caminos hay,
yo te lo digo en secreto,
y para que no se enteren,
quedo, quedito, muy quedo.

EL JUEZ Y EL DIABLO.

Cuento Germano.

En cierta ciudad de Alemania vivía un hombre llamado Schwarz, poseedor de muchos cofres llenos de oro y plata, pero era tan duro con los pobres, tan vicioso, tan malo, que la gente se admiraba de que la tierra no se hubiera abierto para tragarlo. Este hombre ejercía las nobles funciones de juez, y en este noble cargo cometía toda especie de iniquidades.

Una mañana salió para ver sus viñas, y en el camino se encontró con el diablo, vestido como un señor. Schwarz le hizo un gran saludo y preguntóle políticamente quién era y de dónde venía.

—Mejor sería—respondió el elegante desconocido—que no contestara á vuestra pregunta.

—Pero yo quiero que respondáis —replicó el juez—y es necesario que os decidáis á hacerlo. Soy todopoderoso y nadie se atreve á resistir-



10.—Vista posterior del grabado número 7.

12.—Trajes de "sptort" para ciclistas.

me. Puedo al instante, si me conviene, hacer que vayáis á prisión y que os impongan un castigo.

—Si es así -respondió el desconocido,—cedo á vuestra|curiosida l. ¿Me preguntáis quién soy? pues sabedlo: el Diablo.

—Hum—dijo el Juez—¿qué vienes á hacer aquí?

—Hoy es día de mercado en vuestra ciudad. Vengo á tomar lo que seriamente me den.

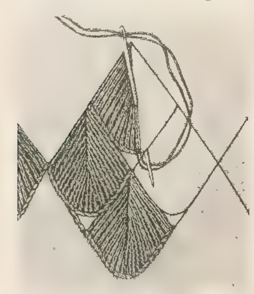
—Bien -dijo el juez,—haz tu negocio. No tengo ningún deseo de impedírtelo. Pero quiero acompañarte para ver lo que te darán.

Mejor sería que no asistieras á este espectáculo.

—Quiero ver cómo tomas lo que te dan. Lo quiero, aunque me costase la vida.

—¡Y bien! vamos.

Los dos se dirigieron á la plaza



14.—Modelo de tejido para aplicaciones.

del Mercado, donde había mucha gente que compraba ó vendía. Todos se inclinaban humildemente ante el temido juez y su compañero.

Schwarz se hizo traer dos vasos de vino y presento uno al Diablo, diciéndole:

—Toma, te lo doy.

El Diablo rebusó, sabiendo que no se lo daba francamente.

Cerca de ellos pasó una paisana conduciendo una vaca que, tirando del cordel, corría de derecha á izquierda, y fatigaba de tal manera á la pobre mujer, que en un acceso de cólera exclamó:

—Pícaro animal, que el diablo te lleve!

—¿Oyes?—dijo el juez á su infernal compañero, toma esa vaca. Es tuya.

—No—dijo el Diablo— No es dada seriamente. Si la tomo, esta mujer lo sentiría por mucho tiempo.

Un poco más lejos, una madre reprimía á su hijo, y viéndolo rebelde á la lección, exclamó con acento de desesperación:

—¡Que el Diablo te lleve!

—Este—dijo el juez—es un niño que te lo dan. Tómalo.

—No—respondió el Diablo,—no me lo dan seriamente. Si lo tomara, esta desgraciada madre no cesaría de llorar.

Schwarz y su compañero continuaron caminando en medio de la multitud. Encontraron á dos obreros que disputaban con furor. Uno de ellos, después de haber colmado de injurias á su antagonista, le dijo: «Lo único que deseo es que el Diablo te lleve.»

—Toma ese robusto mozo—dijo el juez,—ya ves cómo te lo da.

—¡Ah!—dijo el Diablo—el que parece dármelo lo estima mucho. En este momento la cólera y la embriaguez lo ciegan. Si llegara á perderlo, tendría un profundo pesar.

En este momento una pobre vieja, cuyos vestidos anunciaban la pobreza y cuya cara pálida y flaca anunciaba un profundo dolor, se detuvo ante el juez y le dijo:

—¡Que te vengan todas las desgracias! Tú eres rico y yo soy pobre y me has quitado la única vaca que era mi único recurso. No te había hecho ningún mal y me has reducido sin piedad al último grado de miseria. Invoco la justicia del cielo. Le pido que castigue tus iniquidades. Le pido que el Diablo te lleve en cuerpo y alma á los profundos infiernos.

—¡Ah! esta vez—dijo el Diablo dirigiéndose al juez—se ha dicho una palabra sincera, se ha manifestado un deseo que parte del corazón. Tomo lo que con tan buena gana se me ha dado.

Y al decir estas palabras, tomó del pescuezo con sus garras al juez y desapareció con su presa.

JAVIER MAMIER.

Los que busquen con empeño la verdad llegarán á encontrarla.

—

Crear el hogar es crear la familia; el alma del hogar es dulce y benéfica para aquellos que le tributan el amor y el respeto.



RECETAS ÚTILES.

MODO DE TEÑIR EL HILO ENCARNADO.

Tómanse para cada ocho libras de agua, una onza de nueces de agallas machacadas, se dejan en infusión veinticuatro horas; pasadas éstas, se pone al fuego y se hace hervir por algunos minutos, añadiéndole para cada libra de agua seis granos de sal común.

Después de haber pasado dos veces por el baño sobredicho, se pasa á darle el alumbre, cuyo baño se compone del modo siguiente:

Se hace hervir el hilo, guardando la proporción; por cada catorce onzas de agua, tres granos de alumbre de Civitavechia, por algunos minutos; se saca, se seca y se repite esta operación tres veces; sería mucho mejor valerse de orines en lugar de agua.

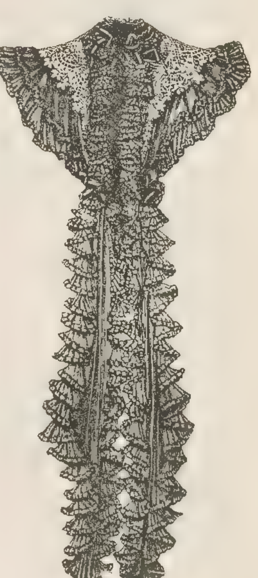
Luego se le da otro baño compuesto de potasa, un poco de arsénico blanco en polvo y un poco de alumbre, se pasa el hilo por él y se seca.

Después de seco se le da el tinte pasándolo dos veces por la rubia, guardando la proporción para cada seis cuartillos de agua, dos onzas de rubia ó sean dieciséis onzas para cada cuatro libras de agua, hasta quedar bien teñido y lavado.

MODO DE HACER EL ENCARNADO LÍQUIDO MEJOR QUE EL CARMÍN.

Se toma una onza de carmín del mejor, se pone á cocer en una olla de barro ó de loza nueva con medio cuartillo de agua muy clarificada, se deja cocer por cuatro ó cinco minutos, se echa poco á poco en ella la octava parte de medio cuartillo de espíritu de sal amoniaco, se deja cocer el todo por espacio de dos minutos, se pone después á enfriar y se deja en reposo veinticuatro horas en la misma vasija; pasado este tiempo, se vacía el licor por inclinación, ó sea decantación, en una botella limpia, hasta que se descubra el sedimento que ha hecho el color.

Si después de sacado el primer color, se vuelve á cocer el sedimento que quedó en la olla y se emplea la misma cantidad de agua de espíritu de sal amoníaco, resultará un encarnado fino de color de rosa bueno y natural.



13.—Elegante esclavina de gasa y listones.

EL AVARO.

En lo más abrupto y solitario de enmarañado bosque, un andrajoso y escuálido anciano tanteaba el terreno con un bastón y dirigía inquietas miradas en torno suyo, reconociendo minuciosamente el terreno y el hueco de algún añoso árbol.

Buscaba sitio seguro donde esconder un gran bolsón de monedas de oro, que llevaba á cuestas con gran trabajo.

El pavimento de su buhardilla estaba literalmente repleto de dinero; ya no cabía más; era preciso guardarlo en otra parte.

Samuel, que así se llamaba este viejo judío, hubiera vendido su alma al diablo, á ser éste tan tonto que quisiera comprar lo que ya era suyo.

Pues, señor, cuando más atareado estaba Samuel buscando un escondrijo, se le apareció, sin saber cómo ni por dónde, una hermosísima hada, envuelta en una gasa color de rosa, que apenas velaba sus mórbidas y esculturales formas.

Otro se hubiera animado al ver tan seductora aparición y seguramente no se satisface con menos de declararse esclavo de sus ojos dominadores y brillantes, intentando, por vía de prueba, darle un abrazo.

Pero el avaro creyó que le iba á arrebatar su tesoro, y abrazando el saco del dinero, cual si fuera un hijo de sus entrañas, se puso á llorar como un Jeremías, rogando por Jehová á aquella señora que le hiciera el honor de retirarse.

—¡Necio!—le dijo ella.—¿Qué me importa tu oro si á mí me sobra? Yo quiero hacerte una merced; acabas de desencantarme tocando con un bastón la roca que me aprisionaba......

—¿Y me vais á dar dinero? preguntó Samuel con ojos chispeantes de codicia.

—No tal; algo mejor que eso.

—¡Dios poderoso! ¿Hay algo mejor que eso, acaso?

—Tú juzgarás: toma este frasco que contiene el «agua de la vida;» cada gota de esta agua que bebas, alargará un año tu existencia, aun cuando estés ya en la agonía; el frasco contiene trescientas gotas, por lo tanto te doy tres siglos de vida.

Samuel tomó con mano trémula el precioso donativo, y la hermosa hada desapareció.

Apresuróse entonces el viejo á enterrar el oro que llevaba y regresó á la ciudad, anunciando inmediatamente que vendía una agua maravillosa que alargaba la vida; el precio de cada gota era de cien monedas de oro.

Apenas los ancianos más pudientes se enteraron del suceso, acudieron, más numerosos que las abejas de una colmena, á casa de Samuel, que despachó bien pronto casi toda el «agua de la vida.»

La casa del avaro estaba llena de dinero; Samuel se revolcaba en él frenético de alegría deseando cada vez más, más......

Pero su salud se resintió; como era muy anciano, no tenía ya ni vista para reconocer las monedas, ni inteligencia para contar tantos caudales; sin embargo, no se atrevió á tomar ni una sola gota del precioso líquido, porque las vendía ya al precio de un millón; sólo los príncipes se las compraban.

Por fin; no le quedaba más que una gota; Samuel agonizaba sobre montones de oro.... podía alargar un año su vida...... pero ¿cómo, si aquella última gota valía un imperio?

Cuando ya casi daba las últimas boqueadas se decidió á beber..... pero entonces llegó á su casa un rey muy anciano, le ofreció su reino por la gota del «agua de la vida,« el avaro se la dió, y apenas terminado el trato, exhaló el último suspiro.

RAMIRO BLANCO.



15.—Detalle de bordadura.

EN UNA TUMBA

Abre tu sepulcro obscuro,
oye los ecos mortales
de mi queja.
Abre ese fúnebre muro,
como un tiempo los cristales
de tu reja.
Deja que arranque á mi lira
todo lo que siente el alma
que te adora;
oye que por ti suspira
en esta lúgubre calma
como llora.
Rompe los eternos lazos
de la muerte que te oprime,
seca flor,
y ven, hermosa, á mis brazos,
que no es para Dios un crimen
nuestro amor.

Entre estas pálidas flores,
de un ciprés bajo las ramas
aún te velo;
ven á escuchar mis amores,
ven á decir que me amas
desde el cielo.
Despierta á mi voz y dime,
si viviendo en esta calma
vuelvo á verte,
¿Por qué el cuerpo al alma oprime
si vive después el alma
de la muerte?
Sal; ¿no sales? ven; ¿no vienes?
cual de mi lira al acorde
te lo imploro;
¿no ves qué triste me tienes?
¿no ves de la tumba al borde,
cómo lloro?
No abres tu sepulcro obscuro
ni oyes los ecos mortales
de mi queja;
no abres el fúnebre muro
como un tiempo los cristales
de tu reja?

A. PRAT.

Toluca, Méx., Marzo 21.

La presidencia del Consejo Superior de Salubridad de Toluca, Estado de México, ocupada por el Dr. Juan N. Campos, revistió sin duda, de peso, autorización é interés á las siguientes palabras firmadas por ese facultativo:

"Con buen éxito y en gran escala he venido haciendo uso durante muchos años de la Emulsión de Scott, notando que en muchas enfermedades, como en la tuberculosis, escrófula, etc., y sobre todo en la infancia, da resultados superiores á los que se obtendrían con cualquiera otra preparación de su género.

EL TESTAMENTO.

Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $ 125,000

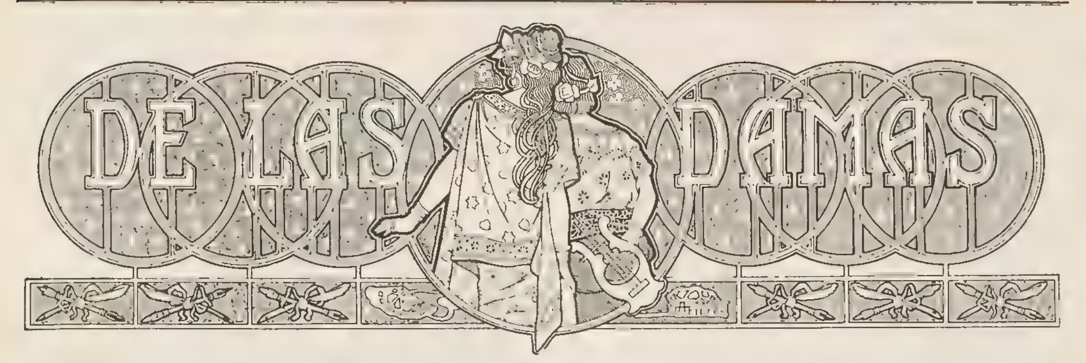
La mayor parte de lo testado c-sistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mútua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna dl distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. . . .	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas. .	9,829 oro
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Explicación de nuestros grabados.

Número 1.—Trajes de paseo. El primero, de blusa corpiño, es de elegante forma, como puede observarse en el grabado. Córtase el talle á semejanza de torera, y el fondo se confecciona con fina gasa de seda bluseada en pequeñísimos pliegues. Parte de los hombros y las extremidades de las mangas y solapas, se cubren con anchas cintas de una tela que no presente gran desacuerdo con la del vestido. Un cinturón de seda ajusta la falda, que es lisa y de siete cuchillas. Por lo que hace al segundo figurín que representa nuestro grabado, puede verse desde luego la sencillez y corrección de su corte. No lleva el talle otro adorno que seis pequeñas pasamanerías en el frente y dos iguales en las mangas. Un estrecho cuello de encaje remata la parte superior de la blusa y la inferior de las mangas, formando los puños. La falda es enteramente lisa y sólo lleva en su parte inferior pequeños adornos de pasamanería, colocados de trecho en trecho.

Número 2. Elegantes trajes de primavera propios para señoritas de esbeltos talles. El primero lleva un ancho cuellohombreras de encaje inglés, rematado en la parte anterior por dos medallones, de los que cuelgan cordoncillos de seda terminados en pequeñas borlas. Un angosto peto de plissé luce en el centro del talle, que termina en dos grandes solapas angulares, de encaje también. Las mangas van cortadas en ángulo en su parte inferior, llevando un ahuecado de encaje y puños estrechos de la misma naturaleza. Estos son los únicos adornos del corpiño, pues por lo que hace á la falda, ésta sólo lleva pequeñas guías formadas con tiras de punto y que partiendo de la cintura, terminan en la parte inferior de la enagua.

El segundo traje es de gasa de seda pliseada, en el que tanto el corpiño como la falda son enteramente lisos. Lleva el primero por únicos adornos un ancho cuellohombreras, rematado en picos, y cerca del hombro izquierdo un gran moño de listón de seda. Las mangas son lisas y solamente los puños son de punto, imitando al cuellohombreras en su forma y disposición. Llevan también los puños pequeñas rosetas de listón de seda, á semejanza de la que luce el corpiño.

Grabado A. Vestido reforma para paseo campestre. Los trajes de reforma no han sido aún muy generalizados en nuestro país, debiéndose esto, indudablemente, á la poca propaganda que de ellos se ha hecho. Nuestras damas harían bien en lucir estos vestidos. El que representa nuestro grabado, es de una tela ligera y propia de la actual estación. Armado el fondo, cúbrese con la tela dándole las disposiciones del modelo. Se imita una sobrefalda bordeando las extremidades de éste con cordoncillo de seda, y con éste mismo se dibujan los diferentes detalles del vestido. Una aplicación de tela á cuadros imita el cuellohombreras, y en la parte inferior de las mangas, en pliegues volados, otra porción de tela á cuadros. El conjunto del vestido resulta vistoso y elegante.

1.—Trajes de paseo.

Grabado B. Elegante traje reforma para paseo. Nuestras lectoras harán bien en fijarse detalladamente en este figurín, que es uno de los más hermosos en cuestión de vestidos reforma. El ancho cuellohombreras esclavina, la imitación de un saco paletó mediante cinta obscura de seda, las hermosas mangas campanuladas y el sencillo y elegante plegadillo de la falda, son factores de armonía y de buen gusto. Sencillísimo en su hechura, este traje representa una labor doblemente difícil de lo que en realidad es. En el centro del cuello se anuda una corbata rematada en dos pequeñas bandas que terminan con borlas metálicas.—MARÍA ANTONIETA.



Los Fósforos del Burro.

Sosteniéndose por instinto, haciendo esfuerzos heroicos para no soltar el ronzal que se le escapaba de entre los flojos dedos, sintiendo que dos manazas de plomo le tiraban de los párpados y le cerraban los ojos, adelantaba por el sendero el tío Agallas, dejándose conducir por el macilento pollino, que, abrumado por el calor de aquella tarde, caminaba con las orejas gachas y la cabeza caída, entregado al sueño y sin acortar por eso el trotecillo. Los mozos del lugar que trillaban en las eras, acertaron á distinguir, alejándose hacia la trocha, la figura del labriego moviéndose con un extraño balanceo sobre el rucio, y exclamaron, entre cantar y cantar: ¡buena la lleva hoy el tío Agallas!..... celebrando la aparición de su convecino con recias risas.

Y buena la llevaba. No había más que ver sus mejillas arreboladas, sus sienes llenas de sangre, su frente encendida con ese calor ardiente de la hierba quemada por el sol, sus ojos veteados y sus pupilas sin luz, para conocer que aquel cerebro hallábase enteramente nublado por el vaho mortífero de la borrachera.

En éstas se le ocurrió al buen hombre un deseo muy natural, echar un cigarro. Ató como pudo el ramal á la albarda, metió los pesados dedos en el bolsillo, sacó el petacón, con tembloroso pulso volcó en la palma de la mano un puñado de picadura, derramando gran cantidad de tabaco, molió bien la hebra, requirió luego papel y con la falta de tino que su embriaguez le producía, endilgó un pitillazo enorme y acachiporrado, que lo menos tenía un cuarterón de lastre dentro de su envoltura de hilo.

Después buscó en el mismo bolsillo de la chaqueta la caja de cerillas, pero en vano: no la encontró; habríala guardado en otro: tampoco; investigó en el pantalón: lo mismo; otra vez registró minuciosamente los bolsillos, sacando cuanto en ellos llevaba, palpando despacio, volviendo los forros, nada; no cabía duda; había perdido la caja.

Entonces, con la irritabilidad de la borrachera, le entró una ira terrible, cogió de nuevo el ronzal, pegó al burro un varazo tremendo, que obligó al pobre animal á seguir á escape, y allá se metió al galope por la trocha, precisamente cuando debía caminar más despacio por aquel piso dificultoso, cortado á trechos por grandes peñas empotradas en tierra y que apenas levantaban del suelo, prometiendo una buena caída al que no anduviese con pies de plomo.

Y así sucedió. En cuanto el asno puso sus herradas patas en la trocha, se le fueron hacia adelante, perdió al escurrirse el equilibrio, dió un resbalón tan espantoso, que al caer arrancó de la piedra con las manos dos manojos de chispas y fué rodando, con su amo á cuestas, quedándose echado un instante en mitad del camino y levantándose luego en seguida sano y salvo. El golpe fué terrible, y gracias á que el tío Agallas dió con su cuerpo en un espacio de tierra tapizado de hierba, no se dejó allí tres ó cuatro costillas; no le hizo despejarse, sin embargo, la conmoción ni apenas se dió cuenta de la costalada, aunque el dolor le dejó sentado en el suelo; á través de su modorra, por uno de esos extraños movimientos de la razón dormida, chocóle solo, produciendo irresistible admiración, el haz de chispas arrancado por el burro á la roca, y dominado por su deseo sin satisfacer, teniendo únicamente luz para aquella idea del cigarro que le pedía el insaciable cuerpo, exclamó balbuciente barboteando y encarándose con el borrico:

—¡Ya podías haberme dicho que tenías fósforos!....



EL CLAVEL ROJO.

En ese sitio el río separa á sus orillas con gran distancia, se expande de golpe. Sus aguas, que roncas de rumores han escarbado sin tregua entre arenas, peñascos y troncos caídos, llegan cansadas, ¡vienen de tan lejos!.... El imprevisto ensanche las contenta, y se dejan resbalar tranquilas, haciéndole al Sol un cristal inmenso en que macabrean sus rayos: la superficie disimula temblores en sonrisas.... es que la corriente no descansa, y desde el fondo marca sus musculaciones.

Los sauces hacen militarmente la línea compacta y umbrosa; con la mirada hipnotizada en las ondas: filósofos llorones del verde secular, creen en el fin de todas las cosas con fatalismo de doctrina pobre, y allí están desde que nacen, esperando la última onda.

—

Haciéndole carrera al río, va constalándolo una franja de tierra blancuzca, muy tenue y muy amiga del aire, con el cual juguetea levantándose á él al menor cosquilleo de cualquier vientito transeunte.

Es el camino: Pasó una vez un hombre, después otro, y otro y muchos; sus cabalgaduras dejaron miles de huellas sobrepuestas que mataron los gérmenes de la vegetación más atrevida; las carretas pesadas, de poderosas ruedas chirriantes, concluyeron el croquis con líneas profundas. La tierra triturada, amasada, vencida en su afán celoso de maternidad, se hace ahora fangal con las lluvias y polvo sofocante con los soles: es su venganza. El hombre cruza por ella impasible, acarreando la vida, para eso se hace caminos, con la mensura infalible del rumbo ó la fuerza incontrarrestable de la costumbre.

—

Al trotecito y bien sentado en un ruano nervioso de linda pinta, viene un paisano joven y simpático.

El chambergo levanta el ala sobre la frente, dejando completo el óvalo de una cara donde la alegría va haciendo dulces rozamientos.

En el cuello está anudado con coquetería campera, un pañuelo de seda negra, y en el nudo va apretado por el cabo un soberbio clavel rojo, que en el plegado lujoso de sus pétalos ha de llevar signos ó palabras legibles para el joven, porque lo contempla á cada rato y pasan por sus ojos brillazones de gozo.

Viene de verla y ella se lo ha dado. Viene de allá, y no se explica cómo viene pareciéndole que allá se le ha quedado alguna cosa.

Ella es una linda criolla, morocha rosácea; tiene la epidermis del rostro tostada por la resolana ardedora de los campos, pero en el seno hacen su color de vida los glóbulos sanguíneos: es un clavel regio que da aromas en tibieces enervantes.

El fuellazo de un viento vagabundo barre el camino bajo las patas del ruano, y le levanta por delante grandes espirales de polvo que se retuercen pesadas en el espacio, como vestiduras perdidas de hadas de poetas románticos. En las dislocaciones indolentes de una que va á esconderse entre los sauces de la orilla, ha visto el joven algo como figura de mujer, y atajando el resuello detiene al ruano....

Después, se sonríe con gusto: ha visto fantasma de enamorados.... Su prenda palpita en su imaginación ardiente, por eso los ojos en todas partes le dan formas. Entona una décima muy sentida mientras el caballo vuelve á su trote.

Llegan á una sendita que se escapa del camino y baja á meterse en el río: allí está el paso.

El ruano tantea el terreno bajo las aguas, se asegura que es el de otras veces, y entra. Aún no ha llegado á la mitad del vado cuando se siente detenido con la sorpresa de una sofrenada imprevista: el joven ha hecho cierta exclamación un poco dura y se ha quedado con la vista ansiosa persiguiendo un objeto que la corriente se lleva en su apuro: es el clavel que se ha escapado del nudo en un descuido de su dueño. Cosa perdida. Infinita tristeza hace en el paisano la suplencia de su reciente regocijo.

Ya no ve más la flor por mucho que alargue la vista por la superficie inquieta de las aguas.

Sigue pasando.

La imaginación, artista pícara que malabarea á su capricho con todos los acontecimientos de la vida en que las preocupaciones le ayuden, esta vez se asocia á la superstición de los amores sencillos, y le hace pensar al joven que, así como al clavel, puede llevarle su prenda la corriente de algún otro amor más impetuoso.

La broma del polvo del camino, se renueva en su mente con seriedades de persecución intencionada.

—

Ha vadeado el río.

Esa otra ribera es una cuesta, porque el nivel de la tierra se levanta por sobre los sauces; resultado de los trabajos prehistóricos del agua cuando se abrió camino.

El joven, siempre pensativo, sube la cuesta y se detiene arriba: su vista abarca buena parte del río. Las aguas siguen corriendo y conversando incansables: ¿por dónde andará el clavel?

En cada burbuja, en cada remolinito espumoso, el enamorado paisano ve un punto rojo...... En las orillas, donde los raigones detienen para su adorno algas y yuyos arrancados y les hacen formar guirnaldas de tallos y filamentos, hay grandes manchas rojas, como ramos de claveles.... En las alisaduras que hace la correntada donde pasa con más fuerza, huyen infinidad de claveles rojos....... En los giros circulares de las aguas de los remansos, se persiguen unos á otros muchos claveles rojos...... Y en el ensanche, sobre las aguas lisas, hay una flotación uniforme y como dormida de claveles rojos!.... los rayos del Sol chicotean en la superficie como víboras rojizas perseguidas!

El paisano abre los ojos con espanto, aprieta el chambergo sobre la frente, arrima un bárbaro lonjazo al ruano y desaparece.

¡Ha visto el río todo color de sangre!

VICENTE ROSSI.



2.—Trajes de primavera, para paseos campestres.

Las Noches del Hogar.

Tienen las auras rumores
que el arte no osa imitar,
tienen las campiñas flores
y los tiernos ruiseñores
melancólico cantar.

Tiene el cielo mil estrellas,
de las noches alegría,
el mar tiene perlas bellas
que sienten tristes querellas
de aquellas que el alba envía.

El humano corazón
tiene continuos pesares
que endulza nuestra ilusión;
y tienen muy dulce son,
si es que se aduermen, los mares.

Que todo lo que en el mundo
puede atraer nuestra vista,
desde el cielo á lo profundo,
lo hizo en bellezas fecundo
el incomparable Artista.

El que, cual prueba de amor,
nos dió una joya sin par
de inapreciable valor,
lenitivo del dolor,
en las noches del hogar.

Noches del hogar benditas,
terror del rey del Averno,
vosotras sois florecitas
que nunca os miráis marchitas
por decreto del Eterno.

Vosotras sois, á mi ver,
para el hombre, noble escuela
en donde aprende el deber;
sois un mundo de placer
donde alegre el alma vuela;

sois una fuente serena
donde al beber el sediento
y descansar en su arena,
deja que su triste pena
lejos se la lleve el viento.

En la sociedad humana,
noches del hogar, sois luz,
dando prueba que no es vana
esa doctrina cristiana
cuya enseña es una cruz.

En vuestro tranquilo seno
sólo se halla la verdad,
sois la perla, sois lo bueno,
del mar del mundo, y el cieno
lo que llaman sociedad.

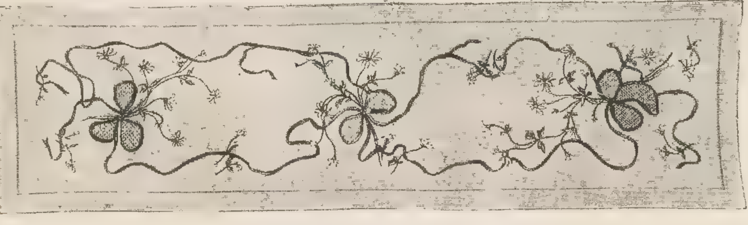
Por experiencia lo sé,
que en el mundo lo aprendí,
pues sufriendo averigüé
que amistad, amor y fe
el hogar tiene tras sí.

Mientras que aquese bullicio
al que llaman sociedad,
es el imperio del vicio,
es el infame ejercicio
de mentir sin dignidad.

Noches del hogar benditas,
sed vosotras, noches mías,
las que consuelen mis cuitas;
huyan de mí las malditas
noches de impuras orgías.

Huyan, sí, como el vapor
que muy lejos lleva el viento
con su soplo volador;
huyan como el resplandor
del relámpago violento.

Y tú, ven, no huyas de mí,
noche del hogar sagrada,
pues que en el mundo aprendí
que bueno no existe nada
si es que no se funda en ti.



3.—Sendero de seda para mesa.

UNA CONFESIÓN.

I

El enfermo se incorporó penosamente en el lecho. Al caer la tarde, aumentósele la fiebre, inundándole de sudor y haciéndole presentir una noche horrible.

Hacía dos meses que la enfermedad le tenía postrado en cama y, á pesar de su antigua robustez y de sus cuarenta años, había agotado casi todas sus fuerzas.

Además, le atormentaba la idea de un secreto que no se atrevía á confiar á nadie. Su mujer era una santa, y no osaba decirle lo que tanto le torturaba.

Enrique Louvier manifestó que deseaba quedarse solo con el doctor Depas, que aquel día le hacía la tercera visita.

—Doctor—dijo el enfermo—tengo que tomar importantes determina-

ciones y quiero que hable usted con toda franqueza. ¿Estoy en verdadero peligro de muerte? ¿No hay salvación posible para mí?

El doctor vaciló un momento y al fin exclamó:

—¡Mientras hay vida hay esperanza!

—No me oculte usted la verdad, porque se trata de un caso de conciencia que deseo resolver cuanto antes.

—Pues bien; ya que usted me lo exige, debo manifestarleque no hay tiempo que perder.

II

Llegó la noche, cesó en absoluto el ruido de la calle, y el enfermo, convencido de que su muerte era inevitable, resolvió abrir su corazón á su esposa.

Catalina Louvier, que no había podido dormir más que una hora, había entrado para sustituir á la enfermera que velaba á su marido.

El paciente rechazó la medicina que su mujer le daba, y dijo:

—¿Para qué? ¡Todo es inútil, Catalina!... ¡No hay remedio para mí!

—Estás en un error.

—Siéntate y hablemos....., por última vez. Creo que moriré esta noche, y por tanto, es preciso que nos despidamos.

Grabado B.

4.—Variada colección de trajes de visita, paseo y reunión.

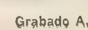
Catalina, que no podía contener sus lágrimas, dijo á su marido:

—No te desesperes y ten confianza en Dios.

Louvier miró á su esposa y le murmuró al oído:

—No he dejado de quererte nunca y siempre te he admirado por tus virtudes. ¿Serás capaz de tener ahora un rasgo sublime de caridad y de perdonar á un moribundo? Muy dolorosa me es la confesión que voy á hacerte: pero sería un miserable si no hablara en estos críticos momentos. La vida es una serie de contradicciones. ¡Perdóname, por Dios!... Tengo una amiga y una hija.... Una pobre niña de nueve años.... No me eches en cara mi mal proceder, porque no tendría fuerzas para soportar tu justa indignación. ¡Qué va á ser de esas dos infelices!.... Viviendo como he vivido de mi trabajo, no me ha sido posible asegurar su porvenir. No sé cómo se mantienen desde que estoy enfermo. Tu dote está intacto .....Con lo que me pertenece, procura que no se mueran de hambre. ¿Lo harás así? ¿Me permites morir tranquilo? ¡No me condenes, y ten lástima de tu desgraciado esposo!...... Bajo mi almohada encontrarás un sobre con el nombre de esa mujer. ¡Ya lo sabes todo!

Catalina estaba anonadada al pensar que su marido la había estado engañando por espacio de diez años.


Grabado A.

Sin embargo, á pesar de su humillación y de su enojo, mostróse compasiva con aquel hombre que momentos antes de morir se entregaba en cuerpo y alma á su generosidad.

—Te juro—exclamó la santa mujer—que no carecerán de nada!

III

La naturaleza dispone de recursos superiores á la previsión humana. Enrique Louvier tuvo al día siguiente una crisis terrible, á la cual nadie creía que pudiese resistir. Al amanecer durmió tranquilamente, y el doctor Depas no volvía de su asombro al ver el cambio que en el enfermo se había operado.

—¡Es un caso extraordinario, un caso nunca visto!—decía el insigne médico.

Louvier recobró la salud y su convalecencia fué muy rápida. Aunque muy débil, levantóse al cabo de pocos días, completamente fuera de cuidado. Sin embargo, en su rostro se reflejaba la viva inquietud de que se hallaba poseído. No se atrevía á mirar á Catalina, que siempre amorosa y compasiva, no dejaba de prodigarle todo género de atenciones y cuidados. ¿Qué fatalidad le había obligado á martirizar el corazón de aquella santa con una confesión completamente inútil? El recuerdo de aquella escena íntima ante el umbral de la muerte, le causaba verdadero espanto.

Aunque Catalina Louvier procuraba estar siempre de buen humor para animar al convaleciente, notábanse en su rostro las huellas de la traición de que había sido víctima.

Su marido sufría con los pesares de su esposa, comprendiendo que ésta los ocultaba piadosamente para respetar la debilidad de un enfermo vuelto por milagro á la vida.

Pero, sin duda alguna, habría de llegar el momento de una explicación, en que Catalina le reprendiera por su conducta, y en su dignidad de esposa ultrajada, le indujera á elegir entre su propio domicilio y el otro hogar cuya existencia había confesado. ¡Qué cruel era todo aquello!

La muerte borra muchas faltas, pero son pocas las que la vida perdona. Una vez salvado Enrique, no era posible que Catalina olvidase la grave ofensa que su esposo le había inferido.

Louvier veía venir el castigo y hasta el momento de una separación.

Un día en que le pareció que Catalina estaba triste y pensativa, trató de abordar de frente el asunto.... ¡Ah! Si hubiera podido inventar una medida salvadora......

—Hija mía—dijo el convaleciente,—ya sabesqué esfuerzo tan grande me costó la confesión que te hice cuando creí que iba á morir....

Catalina se estremeció convulsivamente. Los celos que procuraba ocultar le destrozaban el corazón. No obstante, sintió inmensa piedad por aquel hombre que en tan apurado trance le había confiado su secreto. Además, aquella confesión la había hecho «in extremis,» y, por tanto, la magnánima esposa se consideraba como un sacerdote que, después de haber absuelto al penitente, no tiene derecho á recordar sus pecados. Tal vez entre las ruinas de su amor nacía en ella algo maternal en favor de su marido.

—¡Ah! — exclamó Catalina con un acento de angelical bondad, en que se revelaba un esfuerzo heroico, sublime. —¡No sé de qué me hablas! No recuerdo nada de lo que me dices. Tenías una fiebre altísima aquella noche y no hice caso de tus palabras. ¡Qué modo de delirar!... ¿Cómo quieres que me acuerde de los disparates de un enfermo durante su delirio?

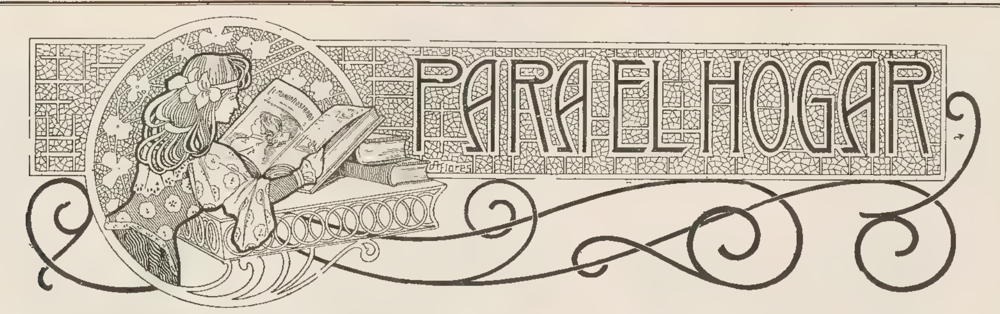
P. GINISTY.



5.—Tres elegantes vestidos de teatro y concierto.

Hay personas muy honradas que suponen haber hecho buena compra, cuando creen haber robado al comerciante.

El infortunio y la lucha hacen á los hombres generosos y les dan un temple de alma de granito; la fortuna y el poder los hacen suspicaces, ingratos y tiranos.



CUENTO.

Voy á contarte una historia
que me contaron dos flores,
y que es historia de amores
que siempre va en mi memoria.

Fíjate en mi narración
porque así que la comprendas,
es muy fácil que algo aprendas
útil á tu corazón.

En una hermosa mañana
del hermoso mes de abril,
en un bético pensil
brotó una rosa temprana,

de aroma tan delicado
que todo el pensil llenaba,
y que aquel que lo aspiraba
de ella quedaba prendado.

Era, en fin, entre las flores,
lo que eres tú entre las bellas,
la envidia de todas ellas,
la reina de los amores.

Un clavel enfrente había
que con frenesí la amaba,
y que con ella soñaba
y que por ella moría.

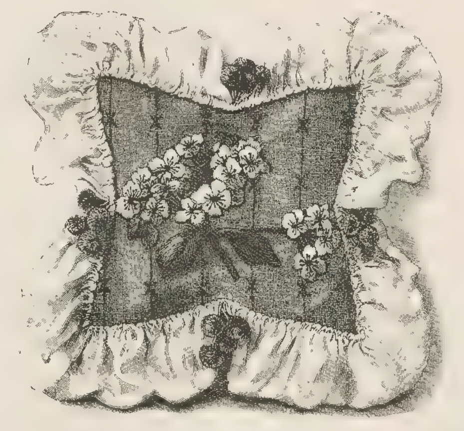
Mas la purpurina rosa,
viendo lo bella que era,
no reparaba siquiera
en tal pasión amorosa.

Pues que sólo daba oído
por halagar á su orgullo,
al placentero murmullo
de un arroyuelo escondido.

¡Ay! del mísero clavel
que por la rosa moría;
que ella insensata no oía
su desventura cruel.

¡Ay de la galana rosa
que en el arroyo fiaba!
sin ver que éste idolatraba
á una fuente rumorosa!

....
....
....
....



7.—Cojín de seda y pintura.

Una tarde, al resplandor
último del sol poniente,
alzó la rosa la frente
y pudo ver, con dolor,

que el arroyo murmurante
á quien oído prestaba,
dichoso y feliz se hallaba
en los brazos de su amante......

Entonces miró al clavel,
pero marchito lo halló,
y sin amor se encontró
en el seno del verjel.

Y como si no es amada
la flor, no vive ni un día,
allí empezó la agonía
de la rosa delicada.

Y.... todo su mal ¿cuál fué?
el confundir por orgullo
de la lisonja el arrullo,
de amor con la pura fe.

F. SÁNCHEZ A.



8.—Delantales de punto y seda

¿QUÉ ¡SERA?

¿Será una mujer hermosa
que al mismo sol cause enojos
con el brillo de sus ojos?
¿O será acaso una diosa?

No lo sé, jamás la vi,
que de mí se halla muy lejos,
de sus ojos los espejos
no me retratan á mí.

Mas....en la noche callada,
cuando la argentada luna
se refleja en la laguna
de sí misma enamorada,

Cuando triste el ruiseñor,
eleva al cielo su canto,
canto que parece el llanto
de uno que muere de amor,

Allá en el cielo estrellado,
pienso que miro su rostro,
y al contemplarlo me postro
de su belleza prendado.

Buscándola sin cesar
voy vagando por el mundo,
sin que á mi dolor profundo
un término llegue á hallar.

Y por eso en mi angustiosa
situación, por donde voy,
siempre preguntando estoy:
¿Es mujer? ¿O es una diosa?

F. SÁNCHEZ ARJONA.

LA CALUMNIA.

Por hacer injusta guerra
á una paloma inocente,
desplomóse una serpiente
de las cumbres de la sierra.

Dió una vuelta y luego mil,
y, por la ladera, en breve
rodó una bola de nieve
cuyo núcleo era el reptil.

Tanto el alud aumentaba,
con tal estruendo caía,
que en el valle se creía
que el monte se desplomaba.

Al ver la masa glacial
decía el vulgo admirado:
«¿Qué gigante habrá lanzado
proyectil tan colosal?»

¿Qué ser todopoderoso
le impulsó con tanto brío?
....Pero al fin llegó el Estío;
fueron á ver al coloso,

que espantando al más sereno,
descendió por la vertiente,
y hallaron.... á la serpiente
revolcándose en el cieno.

No me importa, ni me extraña
que, haciendo lo ínfimo enorme,
la opinión pública forme
el alud de la patraña.

A impulsos del ser más vil,
la indiferencia se mueve,
pero se funde la nieve,
y sólo queda el reptil.

LEOPOLDO CANO

Si alguno te dijere, bella niña,
que no te quiero yo,
pregúntale si odiar pueden los hombres
á la lumbre del sol.
Si alguno te dijere que inconstante
busco de otra el amor,
pregunta si es posible que en el mundo
exista más de un Dios.
Y en fin, si algún infame te asegura
que ingrato te olvidé,
¡pregúntate á ti misma si es posible
y responde después!

F. LÓPEZ.



6.—Silla de comedor, estilo "Renacimiento."

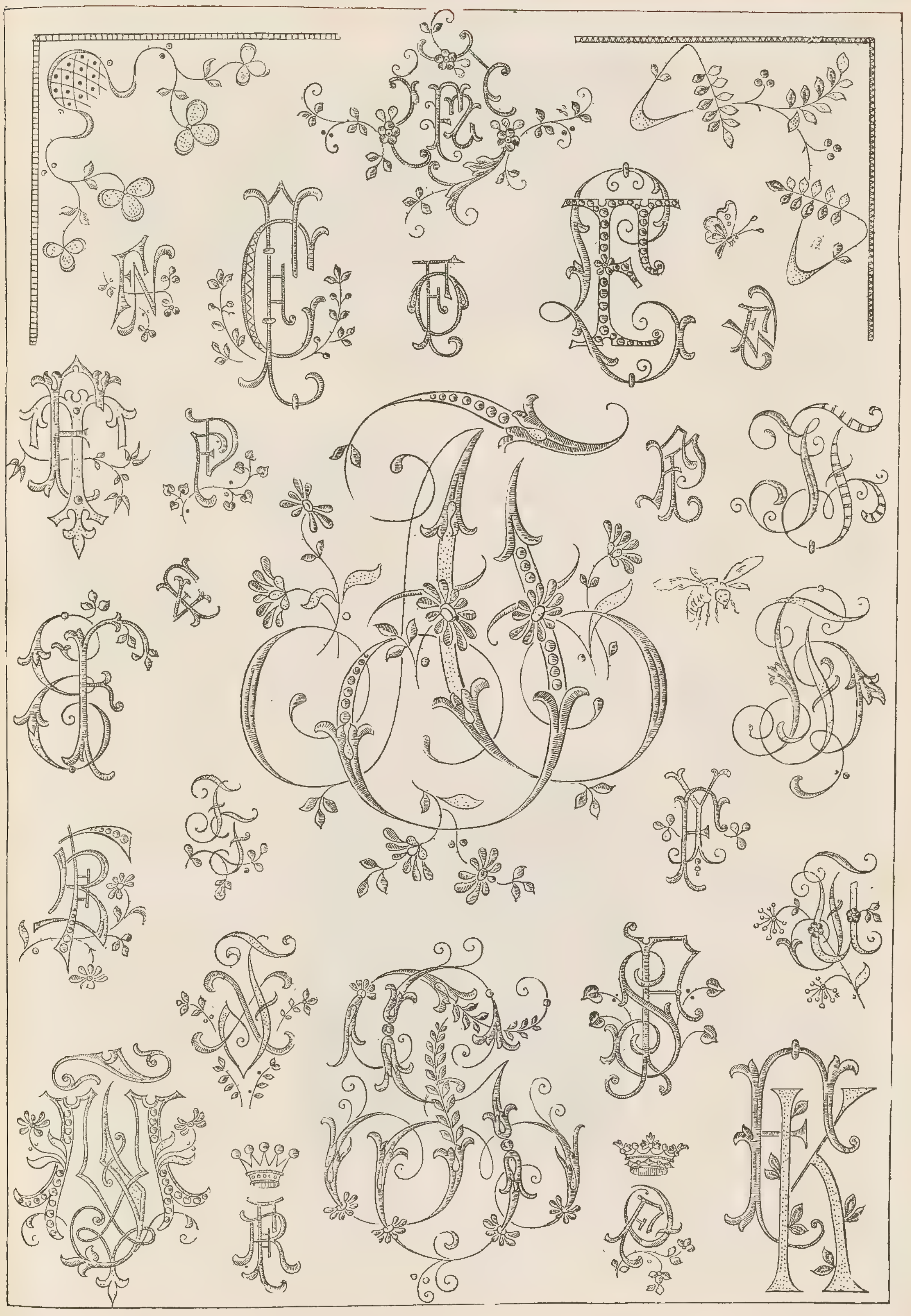


9.—Ricos trajes de verano, para paseo y soirées.

Modo de hacer colores liquidos para pintar en miniatura.

ENCARNADO

Tómese una libra de palo Brasil en pedacitos menudos, se echa por capas en una redoma de vidrio de cuello largo y ancho, de cabida cuatro azumbres; echada la primera, como de tres á cuatro dedos de altura, se echa encima una onza de alumbre hecho polvo muy fino y bien tamizado; se prosigue del mismo modo hasta formar cuatro capas de alumbre y cuatro de palo Brasil, cuidando que la última sea de alumbre, sin que entren de éste en la composición más que cuatro onzas; llénese después la redoma con orines de hombre, que se tendrán prevenidos; pero sin echar el poso que forman regularmente, porque enturbiaría el color; póngase después la redoma bien cerrada y no muy llena en un sitio en que el sol tenga toda su fuerza posible, por un mes, y pasado dicho



10.—Variada colección de monogramas, para marcas.

tiempo queda hecho el color y sirve para pintar en miniatura.

MORADO.

Este se hace del mismo modo que el anterior, con la sola diferencia que ha de ponerse campeche en lugar de Brasil.

VERDE.

Se disolverá cardenillo en vinagre destilado, y después de filtrada la disolución por un papel de estraza, se pone á evaporar hasta que pierda la humedad, y queda concluído.

AMARILLO DE LIMÓN.

Se toma una redoma semejante á la que queda indicada; se echa dentro grana de Avignón quebrantada; se llenará de orines clarificados, en los cuales se haya disuelto media libra de alumbre de roca pulverizado; se tapa bien y se expondrá al sol ó encima de un horno en que se cueza pan, por espacio de un mes, y al cabo de este tiempo ya se hallará hecho el color.

COLOR DE ORO.

Tómese una libra de achiote en pasta, se disolverá en seis azumbres de orines, se cocerá esta disolución en un caldero de cobre por una hora, se echa después media libra de cenizas graveladas, se tiene cuidado al echar dichas cenizas á fin de que no suba el licor, porque se irá todo por la boca del caldero, si éste no es muy grande; se deja que cueza todo por media hora; se separa del fuego y se deja reposar; se saca lo claro de él y se guarda en botellas.

RECETAS DE COCINA.

TORTA DE ALMENDRAS.

Aproximadamente se toman de harina cuatro onzas, otras cuatro de manteca fresca é igual cantidad de azúcar en polvo; se machacan tres onzas de almendras dulces, se añade corteza de limón ó una ó dos cucharadas de flor de naranja, se echan cuatro ó seis huevos bien batidos, y se mezcla todo en el mortero para hacer una pasta; se toma una tartera, se unta el fondo con manteca y se hace cocer á fuego lento con lumbre debajo y encima, y se forma la torta, que se puede servir fría ó caliente, pero echándole siempre azúcar en polvo por encima.

TORTA DE ARROZ.

Se pone una media libra de arroz á cocer y se le va echando poco á poco un cuartillo de nata de leche y un trozo de manteca, la segunda corteza de limón y sal; cuando el arroz está bien espeso, se quita el limón y se deja enfriar en otra vasija, añadiendo seis yemas de huevos batidas con azúcar y cuatro claras batidas con una ó dos cucharadas de flor de naranja; se unta con manteca una cazuela ó el molde de la figura que se quiera dar á la torta, polvoreándola con miga de pan; en ella se echa el arroz y se pone al hornillo con mucho fuego en la cubierta. Cuando la torta haya tomado color suficiente, se le da vuelta sobre un plato. De este mismo modo se hacen las tortas de fideos, de sémolas, etc.

MARRONS GLACÉS

Se escogen castañas muy gordas y se ponen á cocer para que se ablanden un poco; en cuanto se ponen harinosas, se retiran, y entonces se les quita la cáscara y la piel, haciendo esta operación con mucho cuidado para que no se desmenucen entre los dedos; se van echando en agua fría, para que se consoliden un poco, en un recipiente cualquiera de cristal ó loza; después se hace jarabe de azúcar á punto de almíbar, y allí se meten las castañas una á una y con gran cuidado para que no se rompan.



Bordado para cojines.

Al día siguiente se sacan las castañas, escurriéndolas bien, y se hace que el almíbar cueza un poco, pero un poco nada más; entonces se echa sobre las castañas, y esta operación se repite cada veinticuatro horas por espacio de cuatro días, teniendo cuidado de que en la última cocción llegue el almíbar al punto de caramelo (34°). Las castañas se han convertido en dulces; ahora, para que sean «glacés,» hay que sumergirlas en un almíbar al punto de caramelo, se las escurre y se las seca ligeramente. El «marrón glacé» no se conserva mucho tiempo bien; se ponen las castañas duras y correosas.

PASTEL DE CASTAÑAS

Se toman 150 castañas y se las quita la cáscara; se las pone á cocer en agua hirviendo y se las quita la piel; se majan luego hasta que queden perfectamente molidas, y se las echa una media libra de azúcar en polvo, la cáscara molida de un limón, un poco de vainilla en polvo y un vaso de leche. Esta pasta se bate fuertemente con una cuchara de madera y se pone en un molde untado de manteca; se pone á un fuego moderado y se tiene cociendo una media hora. Cuando el pastel se ha cocido, se saca del molde y se hace con un poco de agua, azúcar y el jugo de medio limón, un almíbar muy espeso y muy dorado, á un punto muy fuerte, que se vierte sobre el pastel para hacerle «glacé». También podéis emplear para el pastel un molde en forma de corona y poner en el centro, al mismo tiempo de servirle, una exquisita crema blanca batida.

Si queréis hacer un «Monte Blanco,» se pone la pasta en un molde liso de forma redonda; al sacarle de dicho molde se le adorna y cubre por completo con crema batida, echada á cucharadas grandes figurando las rocas, se espolvorea sobre esto azúcar cristalizada y se pone uno ó dos minutos en el horno, que debe estar muy fuerte.

Es tan fácil engañarse uno á sí mismo sin advertirlo, como difícil engañar á los demás sin que lo noten.

*

El secreto que dejáis escapar, es como un enemigo á quien dais libertad. Al momento se volverá contra vosotros mismos.

*

La vanidad vive de la lisonja y el orgullo se nutre de sí mismo.



Explicación de nuestros grabados.

Número 1. Este grabado representa dos trajecitos infantiles y un vestido primaveral para señoritas y jóvenes; los dos primeros, de sencilla confección, tienen un elegante corte, ajustado en todo á la moda actual. Los anchos cuelloshombreras y los pliegues de las pequeñas faldas constituyen el único adorno de estos trajes infantiles. El traje para señoritas hecho con tela de un dibujo muy fino, consta de una falda lisa que por único adorno lleva un ligero plegadillo en la parte inferior; á lo largo de la falda y en la parte delantera, únicamente corren paralelas dos aplicaciones de cintas.

El corpiño lleva en el busto, además de menudos pliegues transversales, tres anchas aplicaciones de tela rameadas. Las mangas, de forma campanular, terminan en ajustados puños de gasa y encaje.

Número 2. Traje de casa, para señoras recién casadas. La tela es de buena consistencia, y en la confección del vestido no se emplean más adornos que un elegante cuello de encaje en el corpiño y dos listones de seda en la parte inferior de la falda. Esta se corta de manera de darle un vuelo de diez pliegues. Los listones de seda se rematan en la parte delantera del traje en dos rocetones. El ancho cuellohombreras de encaje es de los llamados de esclavina. La blusa se tablea haciendo juego con la falda y se ajusta en la cintura con un angosto cinturón de seda.

Número 5. Representa nuestro grabado dos trajes de visita y uno de casa. Los primeros reúnen á su vistosa confección la sencilla y original elegancia del adorno. Aplicaciones de encaje y cintas se aplican á los corpiños, que, en su parte delantera, imitan solapas. Los anchos cuelloshombreras de estos trajes cubren parte de las mangas y caen por debajo del adorno delantero de la blusa. Los puños son menos ajustados de lo que generalmente se acostumbra, pues en este sentido se va iniciando una ligera reforma en la indumentaria femenina. Nuestras lectoras pueden separarse un poco de los modelos iniciando en sus trajes las reformas que creyeren convenientes; pero les aconsejamos que no se aparten mucho de las reglas generales. Si el vestuario femenino tiene á veces grandes dificultades y aun extravagancias, no podemos á nuestro antojo enmendarlo, ni mucho menos innovarlo. Los grandes centros de cultura y los grandes talleres de vestuario dirigidos por hábil mano y concienzudo criterio, son los únicos autorizados para marcar las épocas de evolución en el traje femenino.

Número 6. Elegante saco de viaje, confeccionado con tela de color, labrado y de medio tono, á fin de ocultar en lo posible la caída del polvo. El corte es el de un paletó. Lleva este abrigo dos hileras de botonaduras, y en los puños doblados de las mangas se hacen lucir igualmente cuatro botones metálicos. El cuello esclavina es cuádruplo y en la parte delantera queda abierto en forma angular; dos bolsas de cartera completan la hechura de este abrigo. Este no va entallado, sino antes bien se le deja que forme pliegues naturales; ha de ser demasiado largo, de manera que sólo quede visible una pequeña parte de la falda. El sombrero que representa nuestro grabado, también es de viaje y no debe usarse sin un velo tupido y vasto que cubra la cara de las viajeras.


1.—Trajecitos infantiles y vestido de casa

EL ANDAR DE LA DICHA.

I

Los días en que á Petra tocaba recibir carta de su novio, eran de un martirio punto menos que inquisitorial para el manojo de nervios de la muchacha, bien que nada desasosiega é impacienta tanto como las proximidades de la ventura que se aguarda con ansia. El correo debía llegar al pueblo al anochecido, pero eso hubiera significado puntualidad en el servicio, y no se estilan ya antiguallas semejantes. No pecaba, sin embargo, el retraso por lo exagerado, que á lo sumo, y estirando mucho, alcanzaría media hora larga; pero los tales treinta minutos se le antojaban treinta siglos á la moza, y no era sarta de pestes que digamos, la que soltaba de su preciosa boca contra todo bicho viviente, nacido y por nacer.

Si no podía suceder otra cosa! Si


2.—Vestido de casa

la correspondencia no se perdía cien veces por milagro divino, por una casualidad repetida hasta el infinito, qué sé yo por qué! Era cosa que no cabía en cabeza medianamente acondicionada, cómo el tío Juan, el conductor, un pobre hombre que se caía de viejo, tardo por el peso de los años, y según los maliciosos, por otros pesos que nada atañían á la edad, y sí al fruto último de las viñas del término, sin otro medio de locomoción que el calmoso burro que le servía de cabalgadura, flaco y débil en fuerza


4.—Elegante sombrero de campo.

de una penitencia continua, y allá, allá coetáneo de su amo, cómo iba á cumplir su importante cometido según mandan Dios y las ordenanzas del cuerpo! Imposible! El más leve soplo de viento era capaz de llevarse en sus alas cartero y rucio, sin contar con que en el invierno se interceptaba el camino por la nieve, sin tener en cuenta que el campo todo se inundaba con frecuencia en la estación de las lluvias, merced á los arrebatos del río vecino; pues hasta ahora no se sabe que comprenda al agua lo de guardar á un funcionario público, siquiera se tratase del tío Juan, los fueros y preeminencias que le corresponden y que rezan los títulos administrativos. Eso sin hacer mención de que el cartero echaba sus sueños en el tránsito de la estación del ferrocarril al pueblo, y de que más de una vez se había dado el caso de perderse pliegos con valores y aun la propia valija repleta de correspondencia.

Pero si tarde, y en ocasiones con veinticuatro horas de retraso, no le faltaba á Petra nunca su carta dos días á la semana. El tío Juan llegaba á la aldea entre dos luces, cuando la claridad huía monte arriba acosada por las sombras, y la muchacha solía esperarle afanosa á la puerta de su casa. Por fin, tras de mucho impacientarse y tras de mucho ir hasta un esquinazo próximo desde donde se divisaba la lejanía, asomaba á la entrada de la calle la silueta del conductor, y anocheciendo entonces, de tal modo la alegría le llenaba á Petra el alma de resplandores, que se le antojaba el tío Juan el mismísimo Apolo, dándole suelta á la explosión de rayos de sol de la amanecida.

Aquellas cartas periódicas eran para Petra las rosadas auroras de la ausencia, radiosas claridades fugaces como relámpagos, que despejaban de cuando en cuando la eterna noche de su forzosa separación, por obra y gracia de la malhadada carrera de medicina que el novio estudiaba. Y por otra parte, semejantes epístolas, jamás interrumpidas, probaban bien á las claras lo firme del cariño del estudiante, que es la ausencia la piedra de toque del amor donde se depuran y aquilatan las pasiones, y acusaba ser de muy buena ley la del que con tan constante conducta atestiguaba dónde tenía puestos sus pensamientos.

Dos, tres, cuatro veces, de la cruz á la fecha, renglón por renglón, párrafo á párrafo, se leía la muchacha todas las cartas. Estudiaba el sentido de cada frase, la intención de cada inciso, el valor de cada coma, el enigma de cada hilera de puntos suspensivos, y con el alma refrescada por el blando rocío de los recuerdos y la vista anublada por las dulces lágrimas de la esperanza, aprendíase cada epístola punto menos que de memoria, y no abandonaba una hasta que otra venía á reemplazarla tres días después, tres eternos días que no acababan nunca, como si Josué anduviera en el ajo para alargarlos.

Y si al menos, ya que era la ausencia inevitable, hubiese podido recibir la muchacha más á menudo noticias del novio!.... Todos los días.... por una carta diaria habría dado ella media vida! Pero ah! que el deseo tocaba en los lindes de lo absurdo mientras fuera el tío Juan el rápido conductor del correo, y mientras el silbido de la locomotora no ensordeciese con sus ecos aquellos valles. Entonces, entonces sí que sería completa la felicidad de la moza, cuando el vapor, salvando las distancias, la trajese todas las tardes la epístola codiciada. Bendito de Dios el progreso!

II

Pronto iba á cumplirse un año que los rieles de la vía férrea, cruzando montes y vegas en interminable y doble línea que formaba elocuente dibujo sobre la tierra, tocaban en el pueblecito de Petra. No muy lejos de su casa alzábase la esbelta estación, y todas las mañanas despertábale á la muchacha el pitar de la máquina que llenaba de silbidos alegres aquellos parajes. Ea, ya podía llamarse contenta, ya el influjo de la civilización se extendía hasta tan apartados sitios, y el estrépito de los trenes en marcha ensordecía allí el espacio con sus broncos rumores de terremotos: ya la pujante locomotora, rugiendo de impaciencia, venía todos los días al lugar á decir á la anamorada Petra, con el feroz silabeo del vapor: fu....fu....fu....chas...chas... fu....fu....fu.... vuii.... En el vagón del correo traigo tu carta!.... fu...fu....fu.... vuuii.. Entonces no había ya temor de que se desbor-


3.—Traje de alpinista

dase el río, ni la nieve importaba un bledo, ni era cosa de preocuparse por los sueños del tío Juan, porque aquel tío Juan de hierro, de encendido vientre y potentes pulmones, no se dormía jamás en el ejercicio de su cometido.

La moza creyó volverse loca de júbilo cuando se enteró del proyecto de hacer tocar la línea férrea en el pueblo, y no quiso creer que fueran los hombres los encargados de realizarlo. A su juicio sólo ángeles podían acometer la empresa, porque á la muchacha no le cabía duda de que la idea de enlazar el lugar con la capital en que su novio estudiaba, procedía directamente del cielo. Iba por fin á tener la anhelada carta diaria!

Pero ay! que el monstruo de hierro fuerte y arrogante vino á hacer bueno al pobre tío Juan, tan débil y machucho. Al principio llegaron al pueblo las cartas del ausente como Petra deseaba; ella misma las recogía en la estación. Con qué gusto le hubiera dado entonces un beso á aquella complaciente máquina que le traía la felicidad en su seno! Después el novio descuidó algo su correspondencia; las enfermedades, los quehaceres, los estudios.... Qué triste le sonaba esos días á la muchacha el pitar de la locomotora! Luego se pasaron algunos turnos sin recibir Petra la epístola que le correspondía por mutuo acuerdo con su amante. La primera vez que esto aconteció, echóle al tren la culpa. Bien podía haberse esperado para recoger la amatoria misiva!.. Qué se le iba á hacer!.... Llegaría á la siguiente mañana. La falta se repitió, la muchacha escribió en seguida furiosa, amenguaron sus entusiasmos por el ferrocarril, y ocurriósele que si el achacoso tío Juan no la traía carta diaria, en cambio no dejaba de entregársela siempre que ella salía á la puerta á esperarle.

Volaron unos tras de los otros los meses, cruzáronse entre Petra y su novio cartas explicatorias, los celos metieron baza en el asunto, se sucedieron como consecuencia pliegos enteros de acusaciones recíprocas, y el ausente concluyó por no volver á coger la pluma para escribirla y por darle un adiós definitivo al pueblo.

En vano se gastó ella un dineral en sellos, inútilmente le envió epístola tras epístola hablándole al alma: sólo obtuvo el más desdeñoso silencio por respuesta, y entonces la muchacha, herida por modo tan brusco en su dignidad de mujer, mustias sus ilusiones, agobiada por honda pena, tornó los ojos del espíritu á aquellos tiempos dichosos en que tantas rabietas la producía la calma de la cabalgadura del tío Juan, y al considerar las mucho más amarguras que el tren le había ocasionado, maldijo con todo su corazón al vapor y maldijo al progreso, sin caer en la cuenta la pobre despreciada que la felicidad ha tenido siempre andares de burro, mientras el desengaño vuela con alas de locomotora.



5.—Colección de trajes de visita y casa


6.—Saco-abrigo de viaje

UNA HISTORIA.

Escucha, amigo, el rumor
de las ondas cristalinas;
parece un canto de amor
que alzan las bellas ondinas
al poder de su Hacedor.

¡Ay amigo! si entendieras
como yo su dulce canto,
tan sereno no lo oyeras,
y tal vez, cual yo, vertieras,
al escucharlo, tu llanto.

Que en su vago murmurar
cuentan hoy, aunque te asombre,
las olas del ronco mar,
la amarga historia de un hombre
que murió de tanto amar.

De un hombre cuya pasión
tan pura y tan firme era,
que no había en la Creación
un ser que cual él sintiera
amor en su corazón.

Adoraba á una mujer,
y en su célica hermosura
admiraba con placer
todo un mundo de ternura,
sin mezcla de padecer.

Mas ¡ay! en noche callada
pudo escuchar con dolor
que aquella mujer amada
á otro hombre juraba amor
en la sombría enramada.

Al oír tal juramento,
un breve instante dudó:
mas volvió á escuchar su acento,
anduvo, y la contempló
en amante arrobamiento.

Ya, no pudiendo dudar
de lo que estaba dudando,
se dirigió al ronco mar,
que llega fiero bramando
la dura roca á besar.

Paróse un punto, y sereno,
del rudo oleaje al són,
dijo así con voz de trueno:
«Acoge ¡oh mar! en tu seno
mi deshecho corazón.»

Y desde una altiva peña
que al mar domina potente,
el infeliz se despeña,
como bramador torrente
que baja de breña en breña.

....
....

¡En su seno el ronco mar
aquel cadáver guardó,
y en su eterno murmurar,
por doquiera repitió
que murió de tanto amar!

Y el céfiro volador
murmuro en sus dulces sones,
de la selva en el rumor:
«¡Mal hayan los corazones
que juegan con el amor!»

PÁGINA DE ÁLBUM.

Hermosa, arrogante, erguida
Cual sacerdotisa druida
De las pasadas edades,
Tienes, amiga, el derecho
De agitar las tempestades
Si no en el mar, en el pecho.

Pareces la mensajera
De la esperanza primera;
Mensajera soberana
Que anuncia á los corazones
Las supremas emociones
De toda la vida humana!

CALIXTO VELADO.

OJOS NEGROS.

Con fijeza no es posible
ni aun mirarlos un segundo;
ojos que van por el mundo,
de una luz irresistible.

El espíritu vacila
ante esos ojos tan bellos;
siendo negros, sus destellos
rojos son en su pupila.

Cuando la mirada encoge,
la luz con más brillo arde;
luz en mitad de la tarde
que todo el fuego recoge.

Y son tantas las hazañas
que al alma esa luz provoca,
que aún la cantidad es poca
al sumarse sus pestañas.

Pestañas que en negros rizos
forman cortina de encaje,
y da sombra ese ropaje
á la luz de sus hechizos.

Sin esa sombra sería
la luz de sus ojos tanta,
que el mismo rayo se espanta
del volcán que traería.

Si brotan rayos tan rojos
del alma que los alienta,
¡bien haya quien se alimenta
con la lumbre de esos ojos.

OJOS PARDOS.

Pardos son y soñadores!
que cantan todos los bardos;
porque son sus ojos pardos
ojos que inspiran amores.

Roban al arte el tamaño
y dan belleza al semblante;
aunque de lumbre radiante
al mirar no causan daño.

Velan pestañas rizadas
irradiaciones tan bellas,
que servir pueden de estrellas
en las cumbres azuladas.

De su nacarado fondo
la parda pupila salta;
es luz que sube muy alta
porque sale de muy hondo.

Y en medio á tanto idealismo
que en su pupila rebosa,
no hay en su mirada hermosa
ni una sombra ni un abismo.

Ni la inquietud ni el desvelo,
en su retina se encierra;
¡así se sueña en la tierra
con los ángeles del cielo!

OJOS CLAROS.

Desde que sus ojos vi,
los miré con tal fijeza,
que en su mirada advertí
lo raro de su belleza.

Son ojos raros, muy raros,
que alumbran, mas sin destellos;
porque son ojos tan claros
que la luz se pierde en ellos.

No tienen la irradiación
del rayo, que hiere ó mata;
si hay volcán, no hay irrupción,
si huracán, no se desata.

¿Son verdes?—Yo no lo sé.
¿Son azules? No adivino.
Aunque tanto los miré,
con sus matices no atino.

Tanta luz allí se encierra,
que el pintor, de tonos falto,
tintes no hallando en la tierra,
tiene que buscar más alto.

Algo que en los aires vive,
algo que baja del cielo,
algo que su luz recibe
al descender á este suelo.

Al pincel todo resiste;
no hay tintes á su beldad,
pues su belleza consiste
en su inmensa claridad.

Y es que no guardan enojos,
ni pierden nunca la calma,
porque brota de esos ojos
la claridad de su alma.

OJOS AZULES.

Ojos bellos, apacibles,
del color del mismo cielo;
color de las ilusiones
que forja tu pensamiento.

Marejaditas que ondulan
teniendo por lindo cerco
las rizaditas pestañas
que orillan mar tan sereno.

Pupilas tiernas en donde
la luz se escapa en destellos,
en diáfanas claridades
de hermosísimos reflejos.

Divina lumbre del alma,
nido de amorosos sueños,
azules, y siempre azules,
á tempestades ajenos.

Qué feliz el que se mire
en ese luciente espejo,
que refleja la ternura,
los ideales más bellos.

Cuando á la beldad un día
se levante hermoso templo,
serás tú la blonda diosa,
la de los ojitos tiernos.

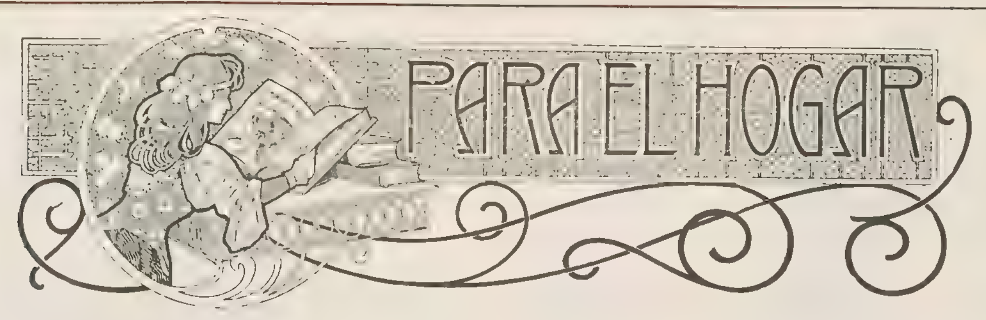
La de pupilas tan dulces,
á quien adoren los buenos,
al mirarse en esos ojos,
ojos de color de cielo.

B. TÍO SEGARRA.

LA CAMPANA.

Repica, alegre campana,
No dejes de repicar,
Que cada vez que repicas,
Cada vez que al viento das
Tus metálicos acordes,
Que el aire lleva fugaz,
Nos dices: «¡otro ha nacido!
¡En el mundo hay un ser más!»
Repica, alegre campana;
No des tu doble jamás;
Que cuando doblas, tu acento
Es tan grave y sepulcral,
Que á todo aquel que lo escucha,
Profunda tristeza da;
¡Que es tu doble, de la muerte
el triste canto triunfal!
Repica, alegre campana,
No dejes de repicar;
¿Para qué infundir tristezas,
Pudiendo alegrías dar?
Mas... ¿qué digo? aunque quisieras
Solamente repicar,
Dando á la tierra alegrías,
Ofreciendo al hombre paz,
Como voz del alto cielo
Que eres, campana, tendrás
También que tocar á muerto,
Diciendo á la humanidad:
«¡Mirad que es corta la vida
«Y pronto se pasará!
«Mirad que viene la muerte
«Sin que se sienta llegar!»
¡Ay! dobla, dobla, campana,
Con tu lengua de metal,
Que si tu doble á las almas,
Al pronto, tristeza da,
Es alegre, pues nos dice:
«¡Un hombre va á descansar!»
En cambio... tu són alegre
Tristeza nos debe dar,
Puesto que dice á los hombres:
«¡Un hombre viene á penar!»


7.—Trajecitos de "sport" para niños.



RAFAEL.

I

Luz clarísima resplandecía en los grandes ojos, que grandes y hermosos eran, de Rafael; aquel esplendor, señal de otras claridades que iluminaban su vigoroso entendimiento, denotaba la alteza de su alma así naturalmente ingenua cuanto además por mucho enriquecida ya con los acopios del estudio, y llena de fortaleza lograda en los severos y laboriosos ejercicios mentales de la meditación.

—Tengo orgullo puesto en mihijo -decía Andrea, —que aquí en el campo se ha hecho robusto y de muy segura salud, y allá en el seminario ha sabido hacerse sabio con toda prudencia y bueno como un ángel.

Si iluminados tenía los ojos, trasluciéndose en ellos el brillo del pensamiento, la frente era de amplio plano, despejada y tersa. La nariz, ni pequeña ni grande, recta y de noble forma, no demasiadamente saliente, ni aplastada; la boca, de labios carnosos y bien hechos; blanca la dentadura y firme y pequeña, todo ello en la proporción determinada para que las palabras resultasen bien pronunciadas por el fácil juego de las llaves aquellas del habla, tanto como la voz se producía con fuerza y sonoridad en los robustísimos pulmones, y se afinaba en ancha y flexible garganta. El cuerpo, de regular estatura y así en armónicos contornos. Musculoso y ágil; y era el más vistoso adorno natural del mancebo un cabello de suyo rizado y de suave color castaño, sin la feminidad del rubio ni la demasiada braveza varonil del negro.

Hecho estaba aquel joven con toda armonía de miembros, facultades de expresión, potencias del discurso y dones sobresalientes del alma para el peregrino arte de la elocuencia.

Suspensos todos los sentidos de Andrea, atenta escuchaba hablar á Rafael.... bien como si oyendo estuviese á un enviado del cielo, y sentía entonces esa incomparable recreación, delicia celestial cuasi divina de contemplar la propia obra y reconocerla como bien hecha.

—Yo, yo le tuve en mis entrañas, sintiendo en mí que mi vida se partía en su vida; yo le acuné en las palmas de mis manos para acercar su carita á mis labios y darle el primer beso, y luego le acuné en mis brazos para darle mi pecho; yo le crié, yo le tuve á mi lado, yo le enseñé á rezar, yo le sostuve en sus primeros pasos; yo le guié con el índice de mi mano, siguiendo letra por letra, cuando aprendió á leer...; yo le he hecho un hombre.... ¡Qué fuerte, qué sencillo, qué ilustrado, qué justo, qué magnánimo, qué inocente, qué grande! ¡Cómo siente, cómo imagina y razona!.... ¡Cómo habla!

Por lo serio parecía ya un sabio; por lo sereno, correcto y digno, un gran señor; por lo candoroso, un niño; por austero, un santo....

La gracia de Dios difundida con todas las bandas prismáticas, con todos sus rayos, con los bienes todos, estaba en su alma; los dones del Espíritu Santo, la prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza; el dón de sabiduría, el dón de entendimiento, el dón de ciencia, el dón de consejo.

—¡Se ha levantado ya!.... Iría como siempre á la misa del alba... Pero ¿por qué no ha vuelto?...

Andrea empujó suavemente la puerta del cuartito, asomó su ya encanecida cabeza por el vano de la puerta, y miró al fondo curiosa y temerosa á la vez. No se oía ruido alguno en toda la casa; mas de tiempo en tiempo, el campaneo de las cencerras de las vacas que estaban en el establo y el chaschás del hacha del mozo que partía leños en el corral, se producían, siendo inadvertidos por la costumbre de oirlos.

La cama, la mesita de noche, el santo crucifijo colgado en la pared, el estante cargado de libros, el baúl y la mesa de estudio, todo lo recorrió con sus ojos.

¡Ah!... ¡una jarra con un ramo de rosas frescas sobre la mesa!....¿Qué era aquello? ¿Quién había puesto allí aquellas rosas?

9.—Colección de trajes infantiles

Andrea tuvo un estremecimiento de terror... Juanita, la casquivana, la traviesa, la alborotadora, la peligrosamente hermosa Juanita, había estado allí y había puesto aquel ramo.... para «el santito.»

Cumplía su promesa, mejor dicho su amenaza, su temible amenaza. No había olvidado Andrea las palabras de la chicuela.

—Sí, ¿eh? ¡Con que te gustan las rosas, y tú en casa no tienes jardín, y en el mío no te atreverías á cor-



10.—Cojín doble para costura

tarlas.... pues cuando menos lo esperes, te regalo un ramillete, Rafael!

Fué tema de muy detenido y grave examen para Andrea aquel suceso. ¿Cómo habría entrado allí Juanilla sin que nadie la sintiera, y cuándo...... si aún era tan temprano...., y por qué había hecho aquello y para qué? «¡Pero qué loca es esta muchacha!... Ella se figura que Rafael es todavía un chiquillo con el cual va á ponerse á jugar como hacían hace cuatro años.»

—¡Oh Santísima Virgen del Cubillo, madre de toda pureza, reina de la castidad inmaculada, muestra infalible de todas las virtudes: no abandones el alma de mi Rafael....; que nada anuble la mucha luz de su entendimiento, que nada mancille la suma limpieza de su corazón... Sosténle tú para que mantenga su vuelo allá en las alturas de las águilas, mirando sin deslumbramiento de sus fuertes ojos el sol y las estrellas; que no caiga á la tierra, se ciegue en su lodo y se hunda en sus abismos!— decía Andrea desde lo íntimo de su alma, cruzadas las manos, angustiosos los ojos, exaltado el pensamiento, en profundas y vivas emociones el corazón.

—¡Madre.... está usted mirando, mirando, mi ramo de rosas!.. Bien las he pagado, que no menos de dos reales di al cabrerizo que del valle las trajo, de un huerto de Brascoeles....; son mejores que las del jardín de Juanillón.... Voy á llevárselas ahora mismo á la Virgen.

—¿Vas al Cubillo?—exclamó suspirando llena de gozosísima satisfacción la señora Andrea.

—No estudio hoy....; me es necesario andar...., andar mucho..... Tomaré por el camino más largo y el más áspero...... Me voy por la sierra....

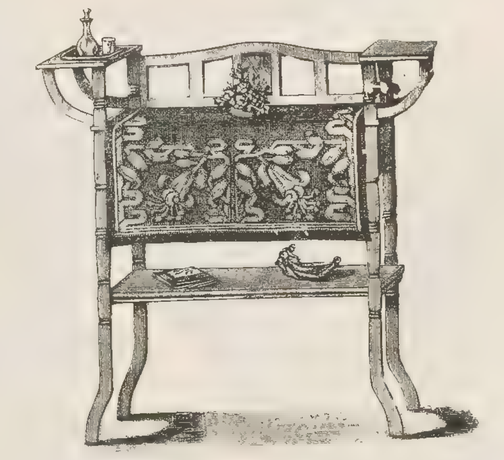
—Pero estarás aquí al mediodía.. Ven, que vamos á regalarte....Comen hoy con nosotros todos los criados.... Baltasar el del monte, el mayoral y los mozos de labor; en fin, hasta la vieja Alejandra.

—Vuelvo antes del toque de medio día.

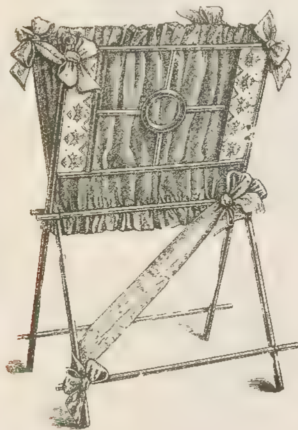
Salió Rafael, y quedóse asomada á la ventana Andrea viéndole marchar y como enamorada deaquella apostura gentil, de aquel donaire, de aquel paso firme y aventajado en marcha, de aquel naturalísimo y gracioso movimiento de brazos, de aquella esbeltez tan gallarda.

—Qué santo más resalao hace el hijo de mis entrañas! — exclamó embelesada, boquiabierta, absorta, maternalmente entontecida.

Y cuando la corpulencia de Rafael fué amenguándose según se alejaba, y así la figura afilándose y empequeñeciendo, hasta que allá á lo lejos fué sólo un puntito en la senda, entre los trigales muy espesos moteados de encarnadas amapolas, quedóse aún mirando Andrea para ver si luego podía distinguir á su hijo ya en la falda del cerro, masa lejana, bulto obscuro de contorno picudo y colores difusos.



12.—Costurero con carpeta bordada, de seda.



11.—Cesto de seda para periódicos

«¿Sa marchao» el amo, «señá» ama?—preguntó desde abajo uno de los mozos dirigiéndose á Andrea, que estaba aún en la ventana.

—Sí; ha ido al Cubillo.

—¿Y no ha «pedío» el caballo?

—Va á pie.

—Le llevaré el caballo á la huerta de la Cruz.

—¿A la huerta de la Cruz? ¿Para qué?

—Pues porque le habrá «convidao» tío Esteban. Ha salido toda la familia á pasar el día de campo. Vinieron aquí por la mula de su merced para la Juana.

—¿Y á quién has pedido tú la mula, que así la prestas?

—Pensé que su merced lo sabía. La puse la sillajineta de su merced y la manta encarnada para mullido.

—Siempre hacéis vosotros las cosas por vuestra cuenta y razón; figúrate tú que yo hubiera querido ir hoy á Avila: ¿cómo te hubieras tú arreglado para servirme?

Andrea reprimió su enfado, y el mozo, cabizbajo, sufrió la reprensión resignadamente, no sin confesar refunfuñando su torpeza.

—¡Vaya qué idea ahora de irse á pasar tío Esteban y su hija el día en el huerto! ¡No quiera Dios que Rafael vuelva por el camino grande, salgan á su encuentro y le hagan quedarse allí!... Pero no; él no se quedará. ¡Gente más loca!

II

Al salir de la ermita, Rafael ni tornó por la sierra ni por la carretera, sino que siguió por la senda de los robledales, y se detuvo un momento á descansar en el bosque de Peñalona.

¡Oh floridísima primavera, que esto es la juventud del alma, que en ésta brotan los ensueños de la imaginación profusamente, y así se bordan y resaltan las esperanzas más hermosas, que podrán verse agostadas, incoloras, infructíferas, secas y vanas cuando el ardor estival las queme, pero resistir podrán y trocarse en sustancioso, sabrosísimo y abundante fruto!

Sentado, para momentáneos refresco y descanso, en una roca, bajo los grandes árboles en la apretada espesura, y entreviendo el azul del cielo por los enredosos entrelaces de los ramos y hojas, soñaba el joven, pronunciando en sí mismo una grande oración, en un inmenso templo, ante un populoso concurso, un asombrado auditorio.

¡Ah! que es la paz la que él allí proclamaba á los hombres.... Que así como apacible conjunto, amistosa alianza, fraternal conjunción de brazos, juntura amistosa de manos, armonía de existencia semejaban los árboles en aquel bosque...; y tal vez allá en lo profundo de la tierra se perseguían y estrechaban en sórdida lucha, por robarse la substancia de la vida, las ocultas raíces; así, de igual modo en la apariencia hermanados, parecían los hombres de aquel pueblo, que luego ocultamente, por la codicia, por la soberbia, por la tenaz porfía de las pasiones, se destrozaban, se difamaban, se herían, se causaban la muerte....

No sólo la paz aparente, la paz verdadera, la paz íntima de los corazones.... ¡No la convención para ajustar los egoísmos...., sino el amor para extinguirlos!

La educación misma conoce dos grados: el arte que domestica, y la enseñanza que instruye.... ¡No la edificación!..... ¡No la gracia!.... ¡No la imagen, el modelo amado, que por amor en el modelo mismo nos transforma!..... ¡Esta sublime ciencia, esta divina perfección se da sólo por el magisterio del sacerdote, que predica con la inspiración del Espíritu Santo!



9.—Modelo de bordado en punto

¡Qué misión habrá más alta! ¡Qué empresa más sublime! ¡Qué gloria más luminosa!...... ¡Qué vida más envidiable!.... Allí, allí, en aquella soledad modulaba sus no hablados, pero ya inspiradísimos discursos.... Luego ya no habla al pueblo, ni ya con voz resonante y elocuencia sonorísima hablaba al hombre; le hablaba sigilosamente, después de haberle escuchado.. Tenía Rafael ante sí una conciencia expresando su confesión....

Y los pajarillos del bosque, los más cantarines, los más parleros, piaban y gorjeaban á la vez ó luego sucesivamente.... Muchedumbre de verderones, jilguerillos, cerrojillos...., gentecilla regocijada y alborotadora.... entre la que á veces se veía á algunos piar como en secreto y con dulce melancolía....

Pocos se acercaban al punto en que Rafael se hallaba....; oíaseles cantar á lo lejos......, pero de vez en cuando alguno, ó más aturdido ó más audaz, venía al árbol mismo junto al que estaba tendido el joven.. y piaba temeroso y gorjeaba, y de un vuelo huía, y así otro y otros que de pronto asustadizos... escapaban á esconderse en lo más marañoso de la selva.

¡Parece que vienen á confesarse! —se dijo Rafael.—Sus codiciosos encuentros......, sus coléricos enojos, sus luchas...., sus amores....; sí, sus amores. .... y tal vez sus traiciones......, su fiereza...., que ellos, aunque lindos.., la tienen...: son bestezuelas; en ellos no hay la razón....,como en muchos hombres no existe la luz de la gracia.

Absueltos estáis, penitentes míos ....,por Dios, según vuestra naturaleza.... En esa innumerable reunión de criaturas humanas.... que allá, lejos de aquí, me parece oír.. en bullicio incesante......., tal vez existan las que vendrán á hacerme.. la penosa confesión de sus culpas.. ¡Ellos vendrán....., me mostrarán sus almas y huirán de mi lado!

¡Veré el odio y sus extremos...., el amor y sus locuras!....

Predicar, ¡qué grandeza.... Confesar, ¡qué caridad!

Cuando volvió Rafael á su casa, dijo á su madre:

—Y pensar que dentro de tres años ya seré sacerdote, madre mía, y con todas las licencias necesarias para todas las facultades de tan alta misión...., me llena de regocijo.

III

—Sí, sí, con Rafael......—decía con agónica voz Juanilla.

—Bien, hija; con él ha de ser....; el señor párroco no está en la aldea....

Y así fué llamado para confesar Rafael....,y era la primera vez que á ejercer iba tan alto servicio en nombre de Dios para una humana criatura.

—¡Cómo!...... ¿Es Juanita?—exclamó con profunda sorpresa.





—Va á confesarse.... ¡ah! y por última vez......

Palideció el joven......; pero no perdió ni en lo más mínimo la inmensa energía acumulada en su gran corazón.

Tampoco su grave entendimiento, su alma llena de fortaleza, se distrajeron por recuerdos de alegrías pasadas, de juventud, de hermosura...., de gracias..... y tal vez de amor presentido....

Juanita era una penitente. Nada más.

La vió allí, enflaquecida, palidísima, afanosa y desalentada por el fuego de una fiebre que irremediablemente la consumía..... ¡Oh, qué espanto!.... ¡aquella tierna juventud, aquella dulcísima y hermosa criatura.... muriendo!

Sereno, valeroso, acercóse al lecho virginal.., y cerrando los ojos para ponerse reconcentradamente ante la imagen de Dios que llevaba grabada en su alma, Rafael oyó la voz debilísima y entrecortada de la enferma.

Una vocecita que penetraba en Rafael...., refiriendo culpas levísimas que el arrepentimiento abultaba.... y haciendo.. la confesión... de un amor....,un amor desgraciado...., un amor sin correspondencia.... ¡Ella, Juanita, había amado...., amaba!.... No, no amaba, no...., á un hombre....Se acusaba de esto como de un pecado espantoso . ...

¡Qué momento aquel!.... Lejos de todos los ruidos de la vida, de las voces de los hombres......, el alma de la niña confiaba sus pensamientos y sus sentimientos al ministro de Dios!....

Terminada la confesión, recibió la pobre niña los consuelos religiosos y fué absuelta.

....

Cuando Rafael llegó á su casa y se halló solo con su madre en el cuarto de ésta, abrazóse á ella y rompió á llorar.

—Se muere Juanita. ¡Es un ángel del cielo!..... Oír su confesión es como oír el canto de un pajarillo.. ¡Pobre, pobre Juanita! ...

Andrea frunció ligeramente el entrecejo, como si un repentino temor hubiera asaltado á su alma.

—Pero qué, ¿tanto te afliges?.... ¿Te desesperas?

—Me ha encargado dijese á usted...., éste es su empeño, que ella ha querido á un hombre..... y que éste es su único pecado.

—¡A un hombre! ¿y no te ha dicho á quién?

—Eso qué importa. Lo ignoro—respondió Rafael.

Pero esto lo dijo tranquila, reposada y fríamente, y luego añadió:

—Huirá al cielo......; ya habrá abierto sus alas y estará con eterna juventud, con perpetua alegría, con gozo inefable...., poseyendo el amor verdadero, el amor inmutable, el amor único, el amor eterno...: la presencia de Dios.

Andrea respiró; habíasele quitado un peso de la conciencia.

Rafael refugióse en el bosquecillo....,oyendo el canto de un pájaro....., lenguaje indescifrable que pertenece al misterio en que sienten, hablan ..., viven las almas.

JOSÉ ZAHONERO.

La Mujer es la Fuerza.

En hermoso jardín, de calles enarenadas, de flores que perfuman, árboles umbrosos, fuentes que murmuran, brisas que besan, pájaros que cantan, mariposas que deleitan, colibríes que zumban, sol que calienta y tierra humedecida, persigue el niño, jugando, á las palomas. Su santa madre quita á la rosa las espinas, para que aspire sus aromas.

Más tarde, á la luz cambiante de las ciencias, que marchitan la fe, enalteciendo la duda, en aras del progreso, cruza el hombre la selva obscura de la vida.

Y allí, sangran sus pies con los guijarros del sendero abrupto, enrédase en las lianas, equivoca muchas veces el camino, lo hieren las espinas, pícanle los insectos, estremécese á su pesar con las tempestades, destrózale el hombro la rama que se cae y lo circunda á las veces la tiniebla, abátele la decepción y lo angustian los pesares, en tanto que en su derredor ládranle los perros, las fieras rugen y silban las serpientes.

A pesar de todo, allá va.—Tropezando y cayendo, sigue su camino.—¿Qué fuerza le impulsa, la de las ideas, ó la de los sentimientos ó la de los ideales?

No son las ideas las fuerzas, en mi pobre concepto, en contra de la tesis del gran pensador Fouillèe.

Las ideas son el conductor.—Nos llevan por el sendero posible, transitable, en cada época.—El motor, son los sentimientos educados.

Y el combustible, el ideal.

Sin tregua consumido.—Y sin cesar renaciente. Siembra nuestra madre en el corazón el ideal.

Y riégalo la hermana.

Al andar de los tiempos, reverdece luego con los afectos de la esposa, que lo hacen florecer.

Y cuando se le cree seco, llega á fructificar entre las manos delicadas, que os ofrecen su sabroso fruto, las de la hija á quien se adora.

¡Bendita sea la mujer!— Ideal,—Poesía, —Consuelo.

¡Fuerza de la existencia!

GILBERTO CRESPO Y MARTINEZ.





13.—Colección de trajes para paseo



BESOS.

Te acuerdas, mi tesoro?
Tu faz resplandecía
Con luz deslumbradora
De esa eterna alegría
Que vive cual Señora
Dentro tu corazón.
Temblabas, indecisa,
De miedo, de emoción,
Y en esa tu boquita,
Rojo nido de amor,
Un beso palpitaba
Inquieto, tentador.
Te acuerdas, mi tesoro?
Se unieron nuestros labios,
Y al contacto divino,
Un solo aliento fueron
Tu aliento con mi aliento;
Una sola alma fueron
Las almas de los dos.
Después, enajenado,
Casi loco de amor,
Cautivo para siempre
Del beso virginal,
Te dije, contemplando
Esos negros abismos
De tus hermosos ojos:
—¿Te acordarás, mi vida,
De este beso? Oh, sí—
Me respondiste,
—Jamás olvido yo

*. *.

Marzo de 1903.

A la Soñadora.

Bien le sé: no disimules
los noctívagos empeños
mientras pasan tus ensueños
como parvadas azules....

Bajo estas hondas lunares
muestre, una carcajada loca,
la granada de tu boca
doble collar de azahares.....

Sé que tus labios cerezos
á menudo se comprimen
y así parece que exprímen
como un racimo de besos....

Y que tienes sed de arcanos,
porque cruzas por la vida
con la mirada perdida
en horizontes lejanos....

Tal vez si nube de efluvios
te dibujan los antojos,
y miras reír los ojos
de muchos príncipes rubios....

Deja ya las obsesiones
y escucha calladamente
cómo se puebla el ambiente
de extrañas resurrecciones....

Mojada en tonos sedeños,
alza tu voz de cisueza....
y al cáliz de mi tristeza
vacía el licor de los sueños!....

Armonías estivales
se sacuden en el piano....
óyeme: soy castellano
rico de versos ducales....

Y allá en las noches de estrellas,
cuando á los jardines bajes,
mis versos serán tus pajes,
mis estrofas tus doncellas....

ERNESTO A. GUZMÁN.



14.—Trajecito para niño de dos años

EL ORGANILLO.

Los dos viejos esperaban la muerte. Serenos y tranquilos, aguardaban el fin de aquella existencia llena de pesares y de amarguras, y dulcemente se dejaban resbalar por la pendiente que conduce al mundo de la nada.

El inventor ya no buscaba, se declara vencido. Solamente y en virtud de una postrera aplicación de su espíritu inventivo, había construído con piezas inservibles de otras máquinas y con pedazos de madera recogidos aquí y allá, una especie de órgano de barbarie informe, encerrado en una caja de madera groseramente tallada.

De aquella caja salían sones raros, armonías dulces, plañideras, tristes, llorosas....

Este trabajo le había llevado al inventor tres años de desvelos, y los dos viejos sentían por el informe artificio, resumen de su existencia miserable y consagrada á invenciones que nunca tuvieron un resultado práctico, un cariño exagerado, una afección que no acertaban á explicarse.

Todas las tardes la pobre vieja arrancaba de la miserable máquina sonidos que la hacían soñar y quedar aletargada.

Un día, de repente, la vieja murió como una luz que se extingue.

El hombre quedó solo sobre la tierra con su organillo.

....

No le quedaba más que su extraño amor por el organillo, y por este producto de la industria vivía, en él depositaba todo el cariño y todo el cuidado que puso en sus antiguas invenciones.

Poco á poco el pobre viejo se iba quedando sordo. Cada día veía menos. Los ruidos de la calle le eran indiferentes.

El corro que le rodeaba, en cuanta tocaba, se disminuía siempre y las entradas eran cada vez más escasas.

Caso extraño! la caridad pública iba cesando á medida que sus necesidades aumentaban.

Veía pasar indiferentes á sus protectores antiguos. Entonces, inquieto, volvía con más ardor á mover el manubrio del organillo, hasta que agotaba sus débiles fuerzas.

Pero el miserable instrumento, estropeado por el uso, había quedado silencioso. De aquella caja no salía más que un ruido á herraje, resultado de la cadena de transmisión.

Las demás piezas, gastadas por el roce, habían quedado mudas. Si por casualidad los transeúntes se paraban á escucharle, en vez de apiadarse del viejo, rompían á reír al oír el ruido cascado del organillo.

El no comprendía quellas risas y proseguía ayunando y moviendo el manubrio. Se había quedado flaquísimo, diáfano, se le contaban los huesos, y así andaba por las calles pensando siempre en la causa de su desgracia, que no acertaba á explicarse.

Un día, un tendero, un protector que no le había adandonado, le dijo:

—Dígame, abuelo, usted se figura que toca algo?

El mendigo no comprendió y el otro añadió alzando la voz:

—Ese organillo no suena.

—Qué?

—Que no suena, que no se oye nada.

—Que no suena?...Nada? respondió el viejo, y echó á andar estupefacto.

Pensó que sería una broma; pero preocupado por la idea, quiso probar lo que había de verdad, y en efecto, en cuanto vió un muchacho, se llegó á él con mucho cuidado, se puso detrás de él y rompió á tocar bruscamente.

El chico no se dió por entendido.

Entonces el viejecillo se quedó atónito; los ojos espantados, como si se hubiera abierto un abismo ante sus plantas. Desde aquel día fué víctima de una angustia horrible, resumen de todos los sufrimientos pasados.

Las gentes le veían pasar pasmadas, y él maquinalmente movía el manubrio del organillo mudo.

Durante días y días, meses y meses, el viejo continuó aquella pantomima; las gentes, estupefactas, le veían en los rincones más apartados, con una persistencia de idiota, dar al manubrio de aquella caja de donde salía un extraño ruido de cadenas removidas....

H. ALIS.

EL TESTAMENTO.

Del Ilmo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua." Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron stas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.

La mujer, por fea que sea, si tiene talento, siempre sabrá aparejar su fealdad á la belleza de algún adolescente.



Explicación de nuestros grabados.

Número 2. Representa nuestro grabado un traje de turista de falda corta y de poco vuelo. La blusa, rematada por un ancho cuellohombreras, es enteramente lisa y no lleva más adornos que tres aplicaciones de pasamanería, repartidas simétricamente á lo largo de la parte delantera del busto. Un angosto cinturón, terminado en pico, rodea el talle y sostiene la falda. Las mangas, de forma campanular, se rematan en angostos puños, y próximos á su parte superior llevan dos angostos pliegues. La enagua, de siete cuchillas, es muy ajustada, de poco vuelo y llega únicamente hasta la parte media del pie. Complementa el traje un ligero sombrero de paja con sencillos adornos de pluma y gasa.

Número 4. Dos trajes para bañista representa nuestro grabado. El primero, de blusa y faldilla, se confecciona con tela de «Vichy,» así como los pantalones, que deben llegar únicamente hasta la rodilla. El segundo, aunque su confección es muy semejante á la del primero, difiere sólo en la calidad de la tela, en el adorno de la blusa, que lleva solapas al estilo jacquet, y en las cenefas de la faldilla y pantalones. La sábanacapota de este traje de bañista no debe tener un gran vuelo, á fin de que ajuste perfectamente en el cuerpo. Son estos trajes de bañista los que más alteración sufren en su forma, pues la moda europea intrudece continuas reformas en estos trajes, durante las anuales épocas balnearias.

Número 7. Elegantísimo traje de visita, confeccionado de acuerdo á los más exigentes figurines de la moda, es el que representa nuestro grabado. La tela de foulard finísima, se atavía con plisé de seda, punto de Inglaterra, aplicaciones, etc. Para proceder con orden, manifestaremos que el talle lleva un rico cuello de encaje inglés terminado en una ráfaga de borlas de seda. El peto es de plisé de seda, y las mangas, á estilo enteramente moderno,constan de cuatro grandes pliegues; los pequeños puños son muy ajustados y se componen de encaje y gasa. Rodea el talle un ancho listón de seda, que se hace rematar por dos grandes bandas terminadas con adornos de pasamanería y ráfagas de borlas. La falda, de corto cuello, lleva en su parte superior tres hileras de angosto plegadillo, y en su parte inferior una ancha cenefa de plisé de seda. El foulard de la parte inferior, se pliega ligeramente y se hace terminar por una pequeña cola. El sombrero, ricamente ataviado con plumas y sedas, es un precioso complemento para el rico traje.


1—Elegantes trajes de paseo.

EL PÁJARO AZUL.

Cuento.

Había una vez en el fondo de un bosque encantado un pobre pajarito, un pájaro azul, que, aún muy niño, causaba con su plumaje ridículo la desesperación de su familia y la risa de sus camaradas.

¡Azul! ¡azul! ¡un pájaro azul! ¡No se había visto jamás en el mundo aéreo monstruosidad parecida! ¿Podría permitirse eso de nacer vestido de azul? Encarnado, bueno. Un plumaje encarnado siempre está bien visto. Es emblema de alegría y de prosperidades sin fin. El encarnado, en el ardor de los días calurosos, brilla al sol con un resplandor triunfante. Gris, podía pasar. Es un hermoso color, es el color de moda. El gris tiene matices delicados, y da al que lo posee un relieve envidiable. El negro es, como todo el mundo sabe, el color distinguido por antonomasia. Es un color amado por los pájaros serios. El blanco es símbolo de una alma muy bella. El verde nada tiene de extraño á la vista, pues se confunde con el brote de las hojas en primavera y con la pompa de los bosques. Hasta el amarillo, ¡mentira parece!, puede pasar como color agradable. ¡Pero azul!..... ¡Dios mío!.... Todavía si estuviese matizado de manchas blancas ó negras, sombreado con reflejos varios que atenuasen su crudeza, ¡si este azul fuese obscuro, argentado, dorado, irisado!.... ¡Pero todo azul!...... ¡suciamente, estúpidamente azul!...

¡El azul! ¡El color del tiempo, del cielo, del horizonte infinito!....... ¡Puf!.... ¡Habríase visto nunca semejante porquería!.... Con un plumaje azul es indudable que no se puede ser pájaro honrado. Y en tanto que bajo un rayo de sol los demás pajaritos marchaban alegremente por el bosque á corretear ó á volar hostigándose á picotazos y batiendo ruidosamente sus alas, el pobre pájaro azul, desdeñado, burlado, quedaba melancólico en el rincón de un árbol á gemir su infortunada suerte.

Y quedando solo, pensando en su desolación, oía en torno suyo, dulcemente, bajo la brisa que las agitaba, á las ramas, los arroyuelos y las flores hablarse y murmurarse al oído fantásticas y dulces historias con lenguaje misterioso.

Y los arroyuelos, las ramas y las flores, arrullándose con sus mur-



2.—Traje de turista.

semejantes desatinos? ¡Cantar! Preferible es que mate el tiempo viendo pasar las nubes.

Y la pobre madre, desconcertada por estas burlas, llegó á su nido indignada contra su hijo por la vergüenza que sus absurdos proyectos le habían hecho pasar, y contra el necio arte del canto, que desacreditaba á su niño, el pájaro azul.

Sin embargo, el pajarito, abandonando el nido paterno, como conviene á volátiles de cierta edad, puso manos á la obra de uno que había de edificar al lado del de sus padres, y, según el uso corriente, quiso buscarse compañera.

Vió una jovencita gentil y galana, que al borde de un riachuelo, en una espesura de ogiacantos florecidos, lucía sus plumas al sol, sonriendo alegremente. ¡Qué encantadora era! ¡Qué bella! El corazoncito de nuestro pobre pájaro palpitó fuertemente, y en honor de la pajarita dió á los aires las magnificencias de su canto.

A lo lejos la joven pajarita parecía mostrarse reconocida, y entusiasmado en su lenguaje armonioso, el pájaro azul le dió á entender la dulce esperanza que alimentaba su pequeño corazón. Después se acercó volando á su amada, á quien acarició con el pico y las patitas. Pero ella, no bien hubo notado el azul plumaje de su amante, acometida de una risa loca, voló con ligereza, y de un vuelo llegó donde estaba un grupo de pájaros más caprichosamente vestidos, y riendo, riendo, les contó la audacia de aquel pájaro indecente.

Marchó el pobre pájaro azul dolorido y lastimado hacia el árbol que le servía de asilo, donde estuvo mucho tiempo llorando su soledad.

A lo lejos, en el grupo de alegres pájaros, su amada se burlaba de él, y todos reían estrepitosamente con el cómico relato de sus infelices amores.

El pájaro azul, entretanto, gemía y gemía desolado. Un viejo roble, un roble de experiencia á quien respetaban los demás árboles, tuvo compasión de él, y adormeciéndole al murmurio de sus ramas, le mostró en sueños el azul del cielo en el fondo de las profundidades infinitas, los goces serenos y desconocidos que estaban destinados para que algún día los disfrutasen los pájaros azules.

Y el pájaro azul, al despertarse, renunció á las embriagueces estúpidas en que gozaba la turba inmensa de pájaros, y, fijando los ojos en el cielo, prometió no amar en adelante sino el azul ideal, el azul celeste, el azul profundo é inmaculado del firmamento infinito.

Alejóse de los suyos y fué á vivir en las espesas ramas de una encina, que le prestó gustosísima su sombra. Y allí, embriagándose con la música y con los aromas primaverales, cantaba día y noche.

Y al melodioso ruido de su canto, el arroyuelo alegre, deslizándose por su lecho de arena y de musgos verdes, resplandecía más en la limpidez de su linfa; la verdura se animaba con los más vivos colores; las flores rojas, balanceándose en sus cálices olorosos, exhalaban en los aires embalsamados los suspiros más ardientes, los aromas más exquisitos; las mariposas, en luminosos enjambres, venían tumultuo-

murios, sin despreciar al pobre pajarito, lo pusieron al tanto de sus secretos. Viéndole solo y entristecido, se apiadaron de él, le hicieron su hijo adoptivo; le enseñaron los inefables cantos del amor, las modulaciones extrañas y vagas, todos los secretos melodiosos que en los días de primavera veían ellos flotar en el aire, y que, enlazando las almas con una dulzura infinita, esparcían por toda la tierra un amoroso encanto.

En aquella escuela el pájaro no tardó en instruirse, y después de poco tiempo intentaba él por sí mismo encontrar melodías suaves que incesantemente aplaudían las mariposas de la vecindad.

Pero cuando saliendo de su aislamiento, quiso hacer oír á los demás pájaros estas hermosas canciones, estos aires que tan dulcemente sonaban en el silencio de los nidos, sus padres, enojados, le hicieron callar. Los viejos, meneando la cabeza, parecían demostrar su disgusto por semejantes expansiones laríngeas; los jóvenes reían á «pico lleno» la audacia del pajarito azul.

Cuando llegó á la edad en que podía aletear por los aires, su madre, invitándole á salir del nido paterno, le preguntó á qué quería dedicarse. «Porque, decía ella, ya es tiempo de pensar en establecerse y edificar una morada; ya es tiempo de emplearse en algo serio que te proporcione un modo de vivir decente y te permita tener un nido, como los demás. Hacer lo que los demás, ésa es nuestra vida.» Entre sus hermanos los pájaros, unos aprendían á coger insectos por el aire; éstos con su cola y sus patitas recogían arena y cal para construir sólidos hogares; aquéllos sobresalían en la lucha, é intrépidos ante los picotazos, arrebataban á las especies más débiles la presa lastimosamente conquistada ó el nido pacientemente hecho. En fin, todos llegaban á gozar de una posición honrada, todos se ocupaban en algún oficio útil ó distinguido. Pero él ¿qué sabía? ¿qué podía hacer?

—Sé cantar—repuso el pájaro azul;—quiero cantar.

La pobre madre, horrorizada ante la proposición de su hijo para dedicarse á un arte hacia el que no le reconocía aficiones positivas, fué saltando de rama en rama, en busca de sus amigas y convecinas. Y gorjeando les contó la conversación que acababa de tener con su hijo, el pájaro azul, y les preguntó si podía tener esperanza de que algún día cantase bien.

Pero aún no había acabado de hablar, cuando las buenas comadres exclamaron, riendo á carcajadas:

—¡Cantar! ¡Oh Dios mío! ¡El pobre pájaro! Ese infeliz jamás podrá llegar ni siquiera á edificar su nido. ¡Si al menos cantase como los demás! ¡Pero lo que canta es una cosa chistosísima! ¡Ay hermana! ¿cómo usted, una persona tan discreta, puede venir á contarnos seriamente



3.—Traje de paseo estilo sastre.



4.—Trajes para bañistas.

samente á saludar al pájaro azul; las libélulas de alas diáfanas, de colores irisados ó azules, encendían en los rayos del sol sus matices dorados, sus encantadores prismas, sus diamantes de mil facetas, y la Naturaleza toda cantaba en su honor el himno de la luz, de la alegría y del amor.

En vano algunos pájaros perversos le perseguían con sus burlas: él olvidábase de todo cantando su fealdad.

Además, la Naturaleza, agradecida, proveía á sus necesidades. Para él vegetaban los granos más sabrosos en el seno de las espigas; las zarzas y los arbustos le alargaban sus humedecidas hojas; y para perfumar sus banquetes, las flores reservábanle en el fondo de sus cálices algunas gotas de su sangre purísima.

¡Felices aquellas donde venía á posarse el pájaro azul, aquel pájaro que era el orgullo del bosque!

Así pasó el estío para el solitario pájaro; el estío, más corto que un día de otoño, en perpetuo encanto.

Pero pronto las hojas comenzaron á caer; las flores perecieron, las mariposas huyeron, el sol quedó velado por las nubes, y los arroyuelos quejáronse monótona é interminablemente.

Solo en el árbol deshojado, el pobre pájaro azul, dando al aire canciones tristes, temblaba de frío, y la lluvia azotaba su plumaje azul, aquel plumaje azul tan despreciado.

Inútilmente las zarzas tomaban para él vedijas á las ovejas que pasaban. Sin sol, sin abrigo, llorando su primavera extinguida, el pobre pájaro, abandonado de los suyos, se dejó morir.

Cuando murió el pájaro, hubo un gran duelo en el bosque. Los árboles, agitando sus ramas, exhalaron hondos gemidos; los arroyuelos se lamentaron tristemente, y un escalofrío de dolor corrió por toda la Naturaleza.

Mas los otros pájaros, indiferentes y egoístas, arrebujados en sus nidos, continuaron gorjeando y riendo tan burlonamente como en los días en que le perseguían con su risa malvada......

Cuando la primavera vistió al bosque de nuevas y verdes hojas, las ramas, agitándose, sacudían el aire con sonidos extraños, con canciones cuya tristeza armoniosa encantaba al bosque.

Eran las queridas melodías que el pobre pajarito infiltrara en las hojas, y que, penetrando en los árboles, habíanse dormido aletargadas como ellas, y como ellas despertaban ahora adquiriendo nueva vida con la primavera amorosa.

La noticia se esparció por los alrededores, y en los bosques, en los melodiosos follajes, jóvenes y viejos se agrupaban para oír las aladas canciones; las jovencitas soñaban oyendo aquellos cantos, como si un dios clemente les sonriera; y todos bendecían al bosque encantado, y los árboles que en otro tiempo habían prestado asilo al pobre pájaro abandonado, florecían cargados de años y promesas. Entonces, también, los otros pájaros, aquellos que persiguieran perversamente al pajarito azul, acordándose de que no podía resucitar, se enorgullecían con su memoria....

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO.

La Novia y la Pipa.

Todos los días, al ir á la Universidad, pasaba por delante de aquella tienda y siempre me detenía para contemplar el escaparate.

Había en él muchas pipas, una colección completa. Desde la modestísima de cerezo hasta la más lujosa de ámbar y oro. Pero ninguna tan bonita como aquélla. ¡Qué sencilla! ¡Qué elegante! ¡Cómo resaltaba la espuma de mar, blanca y brillante, en aquel estuche de terciopelo rojo!

Hubiera dado cualquier cosa por poseerla. Pero nunca tenía dinero bastante para comprarla. Debía costar mucho.

Llegó fin de curso, me examiné y obtuve buenas notas en todas las asignaturas. La satisfacción de mis padres se tradujo en algunas monedas de plata; y, ya con dinero en el bolsillo, sólo pensé en realizar mi sueño dorado.

Por última vez me detuve á contemplar el escaparate: á saborear mi triunfo. Luego entré resueltamente en la tienda.

Aquélla, sí: la segunda de la izquierda.

Guardé la pipa en el bolsillo y pagué lo que me pidieron. Costaba mucho menos de lo que yo había creído y esto me hizo pensar en que pude comprarla antes.

El caso es que ya tenía la deseada pipa y esto me satisfacía extraordinariamente. La cuidaba con cariño, la limpiaba todos los días, la contemplaba cada cinco minutos.

Como era en tiempo de vacaciones, no tenía que estudiar y paseaba mucho.

Un día, al pasar por una calle, vi, asomada al balcón, una muchacha, blanca, rubia, con dos ojos hermosísimos. La miré y desapareció del balcón. Yo seguí mi camino volviendo la cabeza atrás y pensando: ¡qué bonita es!

Al día siguiente volví á pasar por la misma calle, y pude ver otra vez á la niña del balcón, como yo la llamaba, y al otro día también, y al siguiente. Hasta que se convirtió en costumbre imprescindible la de ver la rubia.

Por aquel tiempo, cuidaba mucho menos de la pipa. Preocupado con aquellos ojos azules objeto de mis sueños y mis ilusiones, hubo vez que pasé ocho días sin limpiarla, y todo se reducía á pensar en la niña del balcón.

¿Tendrá novio? ¡Bah! Aunque no lo tuviese, no me haría caso. ¿Quién soy yo? ¿Qué méritos tengo para ello?....

Al fin me atreví. Una noche, después de buscar frases durante cuatro horas, escribí una carta... como todas las que se han escrito, se escriben y se escribirán en casos semejantes. Sin fecha, lacónica, con el obligado principio de «Señorita,» dos puntos y media hora de reflexionar antes de seguir escribiendo.

Cinco, seis ó siete.... no sé cuántos pliegos de papel emborroné para poner en limpio la carta dichosa.

Y al día siguiente llegué, me detuve frente al balconcito y.... allá fué la carta por el aire hasta llegar arriba. Luego, como si hubiese hecho algo malo, seguí mi camino sin atreverme á mirar hacia atrás.

Aquella noche dormí poco, pero fumé mucho. Quería suponer cuál fuera la respuesta, y tantos argumentos como imaginaba en mi favor, quedaban destruídos por razones en contra. Por fin, me dormí.

Esperando que llegase la hora de ir «allá,» estuve toda la mañana paseando como un loco.

Cuando llegué frente á su casa, «ella» estaba ya en el balcón; me enseñó un papelito, lo dejó caer y, como yo el día anterior, desapareció sin aguardar á que lo cogiera.

Al inclinarme para recogerle, tropecé con una vieja que pasaba y la pipa se me cayó de la boca y se hizo añicos contra las piedras. Yo no hice caso, y marché apresuradamente en busca de sitio donde leer con tranquilidad la deseada respuesta. Me dijo «que sí.» Empezó una temporada de chifladura y nos quisimos «eternamente».... dos meses.

Luego vino el cansancio; y, por un motivo que no lo era, reñimos «para siempre.» Esta vez de veras.

Y ahora que ha transcurrido mucho tiempo desde entonces, reflexiono que me ha pasado con muchas cosas lo mismo que con la novia y



5.—Vestido de calle, chaqueta torera.

con la pipa. Mucho deseo de tenerlas primero; un poquito de indiferencia después; el hastío más tarde, y por fin, ¡á la fosa común! «¡al olvido!»

Y así tiene que ser, porque es ley de la vida. Siglos y siglos hace que los hombres viven de esta manera y nadie conseguirá cambiar la marcha de las sensaciones. En la escala gradual están, primero las ilusiones, luego el hastío, más tarde el desengaño, después.... nada.

JOSÉ CAMPA-MORENO.

La Muerte del Cruzado.

Tranquila la noche,
La luna brillaba,
El ave en el bosque
Cantaba su amor,
Y allá en la espesura,
Oculta entre flores,
Alzaba la fuente
Su grato rumor.

En gótica reja
De altivo castillo,
Se hallaba una niña
De pálida faz;
Amante esperaba
Con dulce impaciencia,
Al hombre que un día
Robóle la paz.

Mas ¡ah! que era inútil,
Que lejos se hallaba,
Del sol de la Libia
Sufriendo el ardor,
Acaso ya muerto,
Acaso luchando,
Mas siempre teniendo
Presente su amor.

La niña esperaba
Su vuelta anhelante,
Y al cielo elevando
Sentida oración,
Rogaba ferviente
Al Dios poderoso
Que al fin bendijera
Su pura pasión.

Mas ¡ah! que una noche
Tranquila y hermosa,
Al pie de sus rejas
Un bardo llegó,
Y en voz alterada,
Tal vez por el llanto,
De aquesta manera
Su canto elevó:

«No esperes, hermosa,
«Al ser que idolatras;
«No esperes ya nunca
«Gozar de su amor;
«No esperes que un día
«Su amor te repita....
«Murió de un combate
«Al duro rigor.

«Murió, y de sus labios,
«Que en blancos tornara
«La pálida muerte,
«Yo pude escuchar:
«—Ve, y dile á la bella
«Que férvido adoro,
«Que al pobre cruzado
«No llegue á olvidar.

«Por eso me acerco
«Al pie de tus rejas
«Y elevo en la noche
«Mi canto fugaz;
«Por eso te digo,
«Oh niña hechicera:
«¡No olvides al héroe
«Que ya duerme en paz!»

Calló el triste bardo,
Y fuése ligero;
La niña quedóse
Llorando su amor,
Y en tanto la brisa,
Meciendo las flores,
Lanzaba en el bosque
Su tenue rumor.

Y todas las noches
La pálida niña,
Oyendo del ave
El dulce cantar,
Al fúlgido brillo
De estrella querida,
Se ve en su ventana
Gemir y llorar.

T. S. ARJONA.



6.—Vistosa colección de trajes de casa y paseo.



El Peral de mi Pueblo.

I

Recuerdo que á la salida de mi pueblo había un hermosísimo peral que daba gusto verle, particularmente á la entrada de la primavera. No lejos hallábase situada la casa del arrendador, el cual vivía con su hija Consuelo, novia mía.

II

Contaba mi novia diez y seis años apenas y era un portento de hermosura; en sus mejillas aparecían tantas rosas como flores en el peral por la primavera, y allí, bajo aquel árbol, fué donde yo la dije:

—Consuelo, Consuelo mía, ¿cuándo celebramos nuestras bodas?

III

Todo en ella sonreía: sus hermosos cabellos que jugaban con el viento, su talle de diosa, su pie desnudo aprisionado en pequeños zapatos, sus lindas manecitas que agachaban la colgante rama atrayéndola para respirar las flores de oxiacanta, su pura frente, los blancos dientes que aparecían entre sus carmíneos labios, todo en ella era bello y encantador.

Ah! y cuánto la amaba yo!

A mi pregunta contestó con un rubor que la hacía más encantadora todavía.

—Cuando empiece la próxima cosecha nos casaremos, si es que no me toca ir al servicio del rey.

IV

Llegó la época de las quintas y fuí incluído en el sorteo; á la sola idea de alejarme de ella, temblaba como un azogado; llegó mi turno y, loado sea Dios! saqué el número más alto.... pero Vicente, mi hermano de leche, cayó soldado.

Yo le hallé llorando y diciendo:

—Madre mía! mi pobre madre!

V

—Consuélate, Vicente, yo soy huérfano y tu haces falta á tu madre; en lugar tuyo me marcharé yo .....

Cuando fuí á buscar á Consuelo bajo el peral, encontréla con los ojos humedecidos por las lágrimas; yo nunca habíala visto llorar, y aquellas lágrimas me parecieron mucho más bellas que su adorable sonrisa.

Ella me dijo:

—Has hecho muy bien; tienes un corazón de oro; vete, Jaime de mi alma, que yo esperaré tu regreso.

VI

Paso redoblado! adelante! marchen!.... y de un tirón nos metimos casi en las puertas del enemigo....

Jaime, manténte firme en tu puesto y no seas cobarde....

Entre densas capas de negro humo que me oprimían el pecho, descubrí las relucientes bocas de los cañones enemigos, que clamaban á la vez produciendo grandes destrozos en nuestras filas; por doquier pasaba, deslizaba mis pies en sangre aún caliente...... Tuve miedo, y miré tras de mí......

VII

Detrás estaba mi patria, y el pueblo y el peral cuyas flores habíanse convertido en sazonadas frutas: cerré los ojos y vi á Consuelo que rogaba á Dios por mí; y entonces no tuve miedo.





7.—Traje de visita.

8.—Traje de paseo.

Heme aquí ya valiente!... adelante.... fuego! á la bayoneta!....

—Bravo, valiente soldado! cómo te llamas, muchacho?

—Mi general, me llamo Jaime, para servir á vuestra señoría.

—Jaime, desde este momento eres capitán.

VIII

Consuelo, oh Consuelo mía!... yo capitán!... viva la guerra!... pero no nos descuidemos.... adelante! fuego! á la bayoneta!

—Muy bien, Jaime, eres un valiente; pero cuidado, muchacho, que el enemigo se echa encima.... fuego en toda la línea!...... mil bombas! siguen los contrarios ganando terreno, quién atrinchera el primer pontón?

—Yo, mi general.

—Tú, capitán?

Y me dió su cruz de caballero en nombre del rey.

IX

Consuelo, Consuelo querida, vas á estar orgullosa de mí. Ha terminado la campaña victoriosa para nosotros y pido mi licencia.

Henchido el pecho de gratas ilusiones, emprendo mi viaje, y aunque el trayecto es largo, la esperanza va muy de prisa.... Ya casi he llegado; allá abajo, tras de ese monte, está mi país natal; el pensamiento de que pronto repicarán las campanas por nuestra boda, me hace desvanecer de placer.

Ya descubro el campanario de la iglesia y me parece oír voltear las campanas.

X

En efecto, no me engaño, pero ya estoy en el pueblo y no veo el peral; me fijo mejor y veo que ha sido cortado, según parece, recientemente, pues por el suelo y en el sitio que antes se levantaba, aparecen algunas ramas y flores esparcidas acá y acullá.... qué lástima! tenía tan hermosas flores! he pasado momentos tan felices cobijado bajo su sombra!......

XI

—Por quién tocas, Mateo?

—Por una boda, señor capitán. Mateo ya no me conocía sin duda.

Una boda? y decía la verdad; los novios entran en aquel momento en la iglesia. La prometida es...... Consuelo, mi Consuelo querida, más risueña y encantadora que nunca; Vicente, mi hermano de leche, aquel por quien me sacrifiqué, es el esposo afortunado......

A mi alrededor oía decir:

—Serán felices, porque se aman.

—Pero y Jaime? preguntaba yo.

—Qué Jaime? contestaban.

Todos me habían olvidado ya!...

XII

Entré en la iglesia, me arrodillé en el sitio más apartado y obscuro y rogué á Dios me diera fuerzas para no olvidarme de que era cristiano... hasta pude orar por «ellos.» Terminada la misa, me levanté, y dirigiéndome al lugar donde había estado el peral, recogí una de las

9.—Colección de trajes de viaje y paseo.

flores que por el suelo hallé.....flor ya marchita!.... entonces emprendí mi camino sin volver la cabeza atrás.

—Ellos se aman, que sean muy dichosos, pude aún decir.

XIII

Ya estás de vuelta, Jaime?

Sí, mi general.

Oye, Jaime, tú tienes veintidós años: eres capitán y caballero; si quieres, te casaré con una condesa.

Jaime sacó de su pecho la marchita flor del peral, recogida del suelo y contestó:

Mi general, mi corazón está como esta flor; lo único que deseo es un puesto en el sitio de más peligro para morir como soldado cristiano.

Concedióseie lo que solicitó.....

. . . .

A la salida del pueblo X. se levanta la tumba de un coronel muerto á los veintidós años en un día de batalla.

X.

¡POBRE LOCO!

La noche era fría y serena como noche del mes de enero.

En el obscuro cielo brillaban con intensa luz esos mudos viajeros, estrellas que parecen vigilar, como los mitológicos ojos de Argos, la marcha de la luna tranquila, majestuosa, solemne.

Las calles de Lorca estaban desiertas; las puertas cerradas.

No se oía el paso firme del hombre malo que trosnocha, ni la monótona voz del sereno que vigila.

No había en las aceras rondadores, ni acechaban detrás de las celosías las mujeres comprometidas.

En los balcones ni un bulto blanco; ni un bulto negro en las esquinas.

Dormía toda la ciudad con el perezoso sueño meridional.

Si alguien era feliz lo era en silencio; si alguien era criminal, lo era en la sombra.

El cierzo agitaba las ramas de los corpulentos árboles de la Alameda como si agitara las cuerdas de un laúd, y producía un sonido estridente, agudo, constante.

En aquella «espantosa soledad,» como ha dicho Ayala, había algo que llegaba á mi alma; en aquella noche el corazón, agitado por las eternas luchas de la vida, parecía comunicarse al exterior y se dilataba en placenteras y dulces expansiones.

Cierta misteriosa delectación en el silencio retrasaba mi vuelta al hogar y contenía mi marcha, cada momento más pesada, porque sin darme cuenta de ello, había recorrido casi todas las calles de la ciudad del Sol.

De pronto llegó hasta mí algo que era como lamento y música: cantar y queja; nota de armonía vibrante, incomparable, sentida.

Y escuché:

«Ni me tienes que pedir,
Ni te tengo que pagar,
Si yo te enseñé á querer,
Tú me enseñas á olvidar.»

Pocos momentos después una pareja de guardias municipales salió de una estrecha y miserable calleja llevando una camilla al Hospital; en ella iba un hombre sin sentido; quizá desmayado, tal vez muerto, quizá muerto de hambre.

Todo tiene fin en este mundo, hasta la curiosidad. En la sala de beneficencia vi al hombre sobre un lecho.

Tenía la faz demacrada, los labios pálidos y secos, la frente más pálida todavía y llena de tempranas arrugas, los cabellos desordenados, negros, sin brillo y adornados con algunas canas, flores del cementerio, que dijo el poeta; los pies heridos y desnudos; las manos hinchadas; la ropa que cubría el cuerpo del infeliz estaba gastada, raída, harapienta.

Llamado el médico, se dispuso á despertar la vida de aquel organismo inerte: todo fué inútil, había muerto y su muerte fué ocasionada por un aneurisma.

Vea usted á este infeliz, me decía el doctor al abandonar el hospital; el amor le lanzó á la indigencia, el amor le volvió loco, el amor le ha costado la vida. Y dicen que amar es estar atacado de la fiebre de la inmortalidad!

—Cómo! usted sabe....?

—Sí; es la historia eterna! la historia de ese desgraciado. Amores contrariados, que hicieron en su alma virgen más estragos que una tormenta intertropical. Amó á una ingrata y pérfida mujer, hasta el punto de perder el juicio y posición social por ella; después, su eterna manía era la siguiente copla, que repetía á todas horas:

«Ni me tienes que pedir,
Ni te tengo que pagar;
Si yo te enseñé á querer,
Tú me enseñas á olvidar.»

—Ah! sí; recuerdo haber oído esta misma noche esa sentida copla.

—Pues no hay duda, amigo mío, era la eterna canción del pobre loco y con ella en los labios ha fallecido.

Abandonamos el hospital y, ya en la calle, al dirigirme á mi casa, me dije.

Estar enamorado es una torpeza.

Estarlo de una mujer ingrata, una desdicha.

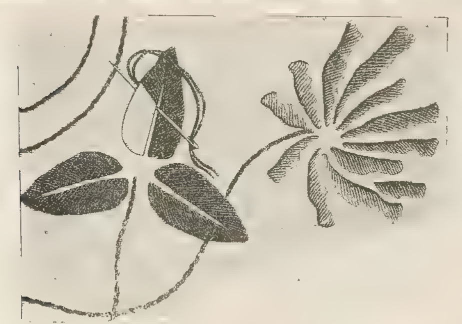
Estar enamorado de una mujer ingrata y perder juicio y vida por ella, un crimen.

Un crimen en que jamás se castiga á la criminal!!!

Pobre loco!

JUAN PEDRO BELTRÁN.





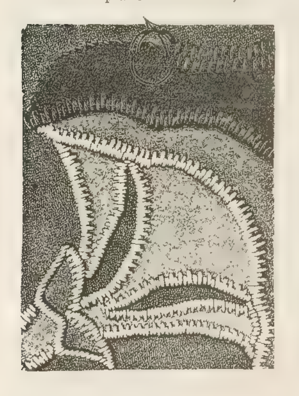
El Clavel de la Virgen.

El anciano padre Justo, cura de la ciudad de Rubio, pedía limosna un día para cierta obra de su iglesia en honor de la Virgen. Quién no ha oído hablar entre nosotros de la caridad y mansedumbre del Presbítero Justo Pastor Arias? El pueblo le respeta y le ama como á un varón justo, como á un pastor angélico. Cuando salía á hacer alguna colecta piadosa entre sus feligreses, nadie le hacía mala cara ni se excusaba de contribuir, aunque fuese un hereje ó renegado.

Al pedirle la limosna á una hermosa zagala de Capacho, que se hallaba en el mercado, ésta se encoge, se ruboriza y no halla qué contestarle, por la sencilla razón de que no tenía la pobre en aquel momento ni un céntimo partido por la mitad.

—No te apenes, hija, que otro día me darás, le dice el padre Justo.

Pero la piadosa muchacha, vuelta



en sí de su sonrojo, se llevó la mano á la cabeza, y arrancándose del sencillo tocado un clavel hermosísimo, que era su mayor gala, le dijo con religioso respeto:

—Ya que no tengo dinero, lléveme esta flor á la Virgen en prueba de mi buena voluntad.

El padre Justo aceptó el encargo con su genial benevolencia. El clavel era realmente extraordinario por su hermosura, lo que le sugirió un pensamiento que en el acto puso en práctica. Abandonó el mercado, se fué directamente á la casa de una señora respetable y de proporciones.

—Vengo de parte de la Virgen á proponerle un negocio, le dijo mostrándole el clavel de la capachera.

—Oh, con mucho gusto! Pero qué clavel tan hermoso, padre!

—Es una maravilla en realidad, y el negocio es que usted se lo compre á la Virgen, á quien pertenece.

—Y cuánto vale?

—Pues la Virgen está ahora muy necesitada....... conque póngale usted el precio que crea conveniente.

Comprendiendo al punto la señora la mente del padre Justo, tomó el clavel con amable sonrisa y le dió en pago una moneda de cinco bolívares. El rostro del noble anciano se llenó de alegría, díole el «Dios se lo pague» á la compradora y, ya para despedirse, le propuso otro negocio:

—Bueno, ya el clavel es suyo, ahora de mi parte le voy á hacer una exigencia.

—Con mucho gusto, padre.

—La exigencia no es otra sino que me regale la flor para llevársela otra vez á la Virgen. Qué mejor destino puede dársele?

Rióse la piadosa dama de los negocios del padre Justo, y le devolvió con agrado la simpática flor, que estuvo aquel día en manos de muchas matronas y señoritas pudientes, que la compraban y la devolvían, por exigencia del padre Justo, quien regresó á su casa rendido de cansancio; pero trasportado de gozo con más de cien bolívares en efectivo que le había producido á la Virgen el bello presente de la zagala de Capacho.

Cuando en la tarde del mismo día, las voces del órgano, las nubes de incienso y los cánticos sagrados llenaban el templo en honor de la Reina del Cielo, porque era el mes de la primavera, el mes de Mayo, el mes de María, entre las muchas flores que adornaban el altar, descollaba fragante y gentil el precioso clavel de la capachera, crecido allá en el suelo húmedo de ignorado cortijo y destinado á ser joya de gran valor y ofrenda de gran mérito ante el ara de la piedad cristiana.

TULIO FEBRES CORDERO.
Colombia

LA PENITENCIA.

Fué á confesarse un cuitado
que, por miedo ó repugnancia,
desde su más tierna infancia
no se había confesado.

—Padre, exclamó con fervor,
mis culpas voy á contar,
porque me voy á casar
y soy un gran pecador.

Y á no ser porque me caso,
pienso que no confesara,
de miedo que me causara
dar este cristiano paso.

—¿Pues tanto, hermano, pecó?
Dijo el cura con espanto.
Y él respondió:—Ha sido tanto,
que casi se me olvidó.

—¿A Dios ofendiste?—Sí.
¿Blasfemaste?—Sí.—¡Qué escucho!
¿Faltaste á tus padres?—Mucho.
¿Mataste?—No; pero herí.

—¿Y robaste?.... Su dinero
le robé al grande y al chico,
como industrial, como rico,
como hombre y como usurero.

—¿Y mentiras?—¡Infinitas!
—¿Y deseaste mujer
ajena? ¿Pues qué iba á hacer,
si suelen ser tan bonitas?

¿También los bienes ajenos
codiciaste?—Sin reposo;
he sido tan codicioso
como el que más y el que menos.

En fin, padre, mis pecados
han sido tantos y tales,
que no habrá muchos mortales
más dignos de condenados;

Pero mi arrepentimiento
es grande y extraordinario
y al pie del confesionario
en este grave momento,

Vengo á pedirle perdón
y absolución de mis daños....
El cura, tras mil regaños,
entre cristiano y hurón,



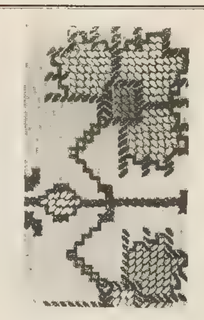
Dijo:—En el día del juicio,
hijo, te vas á hacer polvo;
pero en fin, «ego te absolvo,»
por mí no sufras perjuicio....

El penitente, que en ascuas
estuvo mientras oyó,
de la iglesia se marchó
más contento que unas pascuas;

Pero al salir por la puerta,
antes de doblar la esquina,
una duda repentina
en su mente se despierta,

Y es que, por tanto pecado,
el cura que los oyó,
penitencia no le echó,
como es uso acostumbrado;

Y por si tanta bondad
fué un olvido involuntario,
tórnase al confesionario,
y allí con nueva humildad,



Dice:—Padre, á mi conciencia
repugna engañar á usted.
¿Se le olvidó á su merced
echarme la penitencia?

Y el cura: -¡Oh, qué bruto eres!
Dime, pecador vulgar,
«Si ya te vas á casar......
«¿qué más penitencia quieres?»

E. BLASCO.

NUESTRAS ALMAS.

Virgencita, ¿tú no sabes
lo que son tu alma y mi alma?
Pues son como dos alondras
que se besan y se cantan;
como dos olas que llegan
jugueteando á la playa,
y al chocar contra una roca,
se separan.... Se separan!....

Son nuestras almas cadencias
que juntas brotan de una arpa,
y en el espacio se pierden
y se mezclan con la nada;
son dos suspiros que al viento
van á morir; son miradas
que se confunden, se cruzan
y se enlazan.... y se inflaman...!

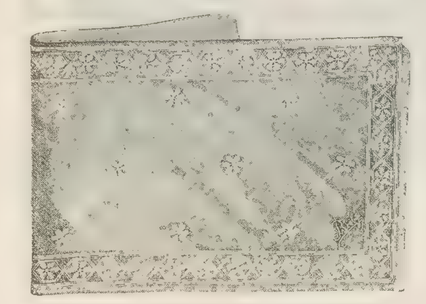
Son átomos que se unen,
son avecillas que viajan,
son esperanzas que mueren....
Así son tu alma y mi alma.

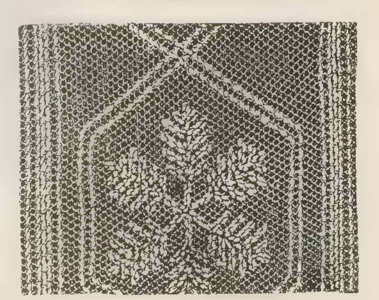
ADOLFO A. MÉNDEZ.

*

Decirte que eres guapa,
No es cosa nueva,
Y no quiero decirte
Cosas añejas.
Es un capricho,
Yo las cosas sabidas
No las repito.

Mas, como algo, amiga,
He de escribirte.
Una cosa al oído
Quiero decirte:
«Bella es tu cara;
¡Pero es más hermosa,
Niña, tu alma!»





10.—Detalles de tejido, bordado y pinturas para aplicaciones.

EL ESPEJO.

La invención del espejo es de las más antiguas, quizá la más antigua de todas las invenciones. El espejo vino al mundo con la primera mujer. Milton nos presenta en el Paraíso á Eva mirándose en el cristal de una fuente. ¡Y eso que todavía no había conocido á otro hombre que Adán!

Esta clase de espejos era barata. No tenía más inconveniente sino que había que inclinarse para verse, y la postura resultaba molesta. Es posible que lanzada del Paraíso, Eva le exigiese á Adán que llevara consigo una fuente para que ella pudiera mirarse siempre que se le antojara.

Lo cierto es que entre los pueblos de la más remota antigüedad se conocía el espejo. Sólo que éste no era de cristal. Los espejos de cristal pertenecen á una época relativamente moderna.

En los sepulcros egipcios han sido hallados objetos de metal que por su forma indicaban haber servido de espejos. Probablemente los egipcios creerían que la momia de mujer no podía estar tranquila si no tenía un espejo al lado.

Entre los judíos se usaban espejos de igual clase. La Biblia dice que el mar de bronce del Tabernáculo fué fabricado con los espejos de las mujeres. Esta debió de ser la prueba más fuerte á que sometió Moisés al pueblo elegido. ¡Dejar á las mujeres sin espejo! Verdad que no las dejaría á todas. Esto habría provocado una sedición.

Los griegos y romanos usaban espejos de una mezcla de cobre, antimonio y plomo, á la cual sabían dar una superficie muy pulida que reflejaba muy bien las imágenes. Las personas ricas dadas al lujo los usaban de plata. Algunos dicen que también de oro; pero éstos tomaban sin duda la parte por el todo, es decir, el marco por todo el espejo.

Aquellos pueblos consideraban el espejo como inseparable de la mujer hermosa. Por eso los pintores y escultores solían representar á Venus con el espejo en la mano.

Estos espejos servían en un principio únicamente para el tocador. Eran pequeños, de forma elíptica y con un mango para que los tuviese en su mano una esclava mientras que la señora arreglaba su cabellera y ponía el carmín en sus labios.

Los espejos de gran tamaño fueron también usados en Roma, y á veces servían para el adorno de las habitaciones. Estaban clavados en la pared, y todos los días había que limpiarlos cuidadosamente; por lo cual al lado de cada uno había un pedazo de piedra pómez y una esponja.

Cuando el lujo de la Ciudad Eterna llegó á un grado insuperable, había en los tocadores de aquellas orgullosas matronas espejos de plata de cuerpo entero.

Así, decía un escritor de aquel período que valía más el espejo de una dama entonces, que el dote de la hija de un cónsul en la buena época de la república.

En la Edad Media, para que todo fuese característico de aquella edad de hierro, los espejos eran de acero, por ser este metal el que se trabajaba mejor.

Pero ¿es que no habían observado los antiguos que el vidrio sobre una placa metálica reflejaba bien las imágenes? Sin duda alguna habíanlo observado y hasta lo habían puesto por obra; mas por la clase de vidrio que fabricaban, las imágenes no resultaban con nitidez ó resultaban desfiguradas.

Hasta que en Venecia y Murano se estableció la fabricación de cristal, allá por el siglo XV, y se llevó á un alto grado de perfección esta industria, los espejos de este género no prevalecieron.



11.—Trajecito infantil.

RECETAS DE COCINA.

PASTEL DE GANSO

Escoged dos hígados de ganso muy frescos y de un bonito blanco marfil; se cortan por medio y se mechan con trufas cortadas en forma de clavos. Se ponen en una cacerola con 150 gramos de trufas frescas bien limpias y cortadas en trocitos; se sazonan con sal, pimienta, cuatro cabecillas de clavo y se tapa la cacerola. En un mortero se majan 500 gramos de tocino y 500 de hígado de ganso fresco, sazonándolo con sal y pimienta, y ya que esté bien majado, se pasa por un colador fino.

Se reserva esta especie de masa en una cazuela y se prepara otra picando muy menuditas dos hermosas trufas con 250 gramos de jamón cocido; cuando están bien majadas, se deslíen con un vasito de ron de Jamaica y se pasa por un tamiz muy finito; en seguida se une esta masa con la anterior y se echan trozos de «foie gras,» dándoles antes una vuelta en manteca á fuego lento. Se puede poner entonces, si se quiere, algo de picante.

Terminado todo esto, se coge un molde de los llamados forma Estrasburgo, se unta bien de manteca y se le pone en el fondo y todo alrededor una capa de pasta de un centímetro de espesor. De la masa que se ha hecho se pone otra capa todo alrededor de la pasta, y entonces se ponen trozos de hígado y trufas; se pone otra capa de masa y otra de hígado, alternando, terminando con la masa un poco elevada, de manera que el pastel quede en forma de cúpula; sobre el todo se ponen lonjas de tocino muy delgaditas, y se hace con la pasta una cobertera; después, con un cuchillo, pueden hacerse algunos dibujos en la pasta.

Pero aún no os he dicho cómo se prepara esta pasta especial. A 250 gramos de manteca se unen 500 gramos de harina tamizada, y se echa en la tabla de pastelería; después, en dos vasos de agua, se deslíen 5 gramos de sal; se une todo y se trabaja, dejándolo luego reposar una ó dos horas.

Cuando el pastel se ha terminado y se le ha puesto la cobertera, se puede dorar la pasta con un huevo batido; entonces se mete en el horno, cuidando que no esté muy fuerte, y se le tiene dos horas; se saca bastante antes de la hora de comer, porque debe servirse completamente frío.

CREMA BATIDA

Se pone en una tartera un litro de nata muy espesa y se coloca en una cueva muy fría, sobre hielo molido ó nieve, teniéndola allí dos horas; luego se coloca este hielo ó agua muy fría en una cacerola mayor, y se añade una tercera parte de su peso de sal gorda, metiendo en ella la cacerola que contiene la crema; añadid á ésta como una media cucharada de las de café de goma tragacanto, ó, en su defecto, una clara de huevo batida y 100 gramos de azúcar en polvo; en seguida se bate con un batidor hasta que haga espuma, teniendo mucho cuidado de que no se corte, para lo que podéis añadir un poco de manteca. Ponéis esta crema en un sitio muy fresco, y no dejéis pasar largo rato sin servirla. También se puede añadir á esta crema, para darle más consistencia y antes de batirla, pero cuando esté muy fría, 20 gramos de gelatina derretida á la lumbre en un poquito de agua.

La crema batida puede aromatizarse con esencia de almendras, vainilla, café, chocolate, fresa, etcétera.

EL TESTAMENTO
Del Ilmo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua." Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron stas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro, á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Explicación de nuestros grabados.

Número 1. Trajes de baño y paseo son los que representa nuestro grabado. Los primeros, confeccionados con telas delgadas, son de bonita forma y actualmente están muy en boga en todos los establecimientos balnearios. El segundo, hechura sastre, es un sencillo traje de playa, adecuado para señoritas jóvenes.

Número 2. Traje de viaje, paseo y visita, representa nuestro grabado. El primero, de talle suelto, se confecciona generalmente con telas de color gris, á fin de evitar la presencia del polvo; es muy sencillo en su hechura y solamente debe procurarse que la blusa asiente bien al cuerpo, no obstante la soltura que representa. El segundo traje, de paseo, es muy semejante en su hechura al representado en el grabado número 1. Sólo una pequeña diferencia en el tableado de la blusa, es el que constituye la variedad. El tercer traje, de visita, es verdaderamente elegante y moderno. Lleva la blusa un ancho cuellohombreras y una angosta corbata de color obscuro. La falda lleva al frente una ancha cuchilla de lienzo.

Número 4. Graciosos vestidos primaverales de sedalina y foulard, propios para señoritas de talle esbelto. Los dos, aunque aparentemente con recargo de adornos y de difícil confección, son muy sencillos, pues los pliegues y plisés, sobre todo, son los que dan á estos trajes la apariencia graciosa que tienen.

El primero se hace cruzar en la blusa por dos filas triples de angostos pliegues ribeteados con cinta negra. En las mangas se pliega también triplemente el género hasta darle la forma del grabado. No llevan puños. La falda, enteramente lisa, sólo lleva cuatro pliegues semejantes á los del talle y mangas. Un listón ancho de seda, que se hace caer en blondas, rodea el talle formando el cinturón.

El segundo traje es más difícil en su hechura: el talle se hace cubrir con un ancho cuellohombreras de encaje, y con este mismo encaje se cubre la parte superior de la falda, rodeando la cintura. La falda se plisea finamente, y cerca de su parte inferior se pliega transversalmente. Una aplicación de encaje se coloca al rededor de la parte inferior de la enagua.

Número 6. Elegante traje de visita, propio únicamente para señoras jóvenes. Un gracioso tul de gasa de seda y recamado con aplicaciones de encaje de Alençon, cubre por completo la tela del talle y de la enagua. En esto precisamente estriba la riqueza del traje, cuyos adornos pueden variar á elección de las damas. Lo que sí recomendamos es que la forma de las mangas no se altere en lo más mínimo, pues se trastornaría con ello la simetría y elegancia del traje. El sombrero, con adorno de gasa, colabora eficazmente á la hermosa presencia del traje.

Número 11. Graciosa colección de trajecitos infantiles propios para «sport,» especialmente para el de la pesca. En nuestro grabado pueden verse vestiditos para niños desde dos años de edad hasta niños de catorce. La variedad de estos trajecitos se presta para elegir modelos con facilidad. En todos ellos debe huirse del entalle estrecho ó exagerado, pues en los trajes de las niños debe procurarse, sobre todo, la soltura para no viciar ni entorpecer los libres movimientos.

Número 12. Elegante traje de reforma, confeccionado con tela un poco resistente, de color obscuro. Estos vestidos reformas. que en Europa se han generalizado sobre manera, apenas si se usan en México; aconsejamos á nuestras lectoras el empleo de estos trajes, que son sumamente fáciles de hacer y llevar. Las mangas de este vestido son campanulares. En la falda se colocan cuatro guías longitudinales de cintas.


1.—Trajes de baño y paseo.

EL MENDIGO.

Es ésta una historieta tan ligera y delicada, que al escribirla, temo quitarle su frágil gracia y su tenue sabor. ¿Luego por qué, cuando nos fué relatada una tarde, entre la lujosa decoración complicada de las mesas modernas, por la misma heroína, una encantadora mujer, por qué hizo en nosotros impresión tan profunda como para devenir, en este rincón de mundo parisiense, en una de esas clásicas historias, patrimonio de cada grupo de sociedad, en las cuales la alusión está siempre comprendida felizmente? Quizá porque ella resalta luminosamente entre las crónicas mundanas, entre las banalidades de la política y de la literatura. Quizá porque, á veces, muy pocas palabras sinceras, dichas por una mujer, son suficientes para mostrarnos la desnudez de su alma.

Se había hablado de solicitaciones misteriosas hoy clasificadas y nombradas por la ciencia, de las cuales son pocos los exentos, y que llevan invenciblemente á unos á contar las flores del papel de un muro, los volúmenes de una biblioteca, todo lo que es adicionable á sus ojos; á otros á darse la tarea, caminando en la calle á lo largo de una acera, de llegar á un farol antes de ser alcanzado por un coche que viniese detrás de ellos ó la campana de un reloj diese su último sonido; á otros, por último, imponerse cada noche antes de acostarse, prácticas extrañas de disposiciones de objetos, de revisiones de escritos y de cofres; todas las ligeras enfermedades de nuestro cerebro contemporáneo, restos de monomanía y de locura, trasmitidos de herencia en herencia, y finalmente dispersados por todas partes en la vieja humanidad.

Y todas nuestras confesiones, nuestras debilidades, nuestras ridiculeces de maniáticos, recobraban confianza con las confesiones de los otros, admirándose de encontrarlas



2.—Trajes de viaje, paseo y visita.

semejantes ó peores que las nuestras.

Una joven guardaba silencio: nos escuchaba. Llevaba el cabello al estilo antiguo, y bajo el negro marco de sus pronunciadas ondas aparecía su bello rostro apacible un poco sorprendido.

Le preguntaron:

«Y vos, señora, estáis exenta de nuestras manías modernas? No tenéis la más pequeña miseria nerviosa que confesar?»

Ella pareció buscar sinceramente en sus recuerdos y dijo: «no...... no......» con la cabeza.

Nosotros comprendimos que decía la verdad, por lo que sabíamos y veíamos de ella, por su porte reposado; su renombre de esposa digna la colocaba fuera de esas muñecas mundanas que acababan de confesar sus locuras.

Sin duda, su modestia se admiraba de ostentar una indemnidad tan completa, cuando todo el mundo á su rededor, había confesado sus miserias. Entonces dijo:

«Oh!..yo no puedo decir que sumo habitualmente los números de los coches ó que hago en mi interior la relación completa de todos mis armarios, antes de acostarme.... Pero, sin embargo, un día, yo experimenté algo que se parece á lo que vos habláis, si es que os he comprendido bien... una especie de impulsión interior, una fuerza que obliga á ejecutar inmediatamente un acto indiferente, como si fuese de la vida......»

Se exigió la historia, que ella contó gustosa, excusándose ocupar la atención de otros con tan nimia aventura.

He aquí lo que me sucedió, en dos palabras.... Hace de eso cinco ó seis días.... yo había salido con Susana mi pequeña de ocho años, que ustedes conocen. La conducía á sus clases, pues han de saber que esta gran persona sigue ya clases. Como el día era bello, decidimos ir á pie por los Campos Elíseos y los bulevares, de nuestra casa á la calle Laffitte. Caminábamos alegremente, charlando juntas, cuando en lo alto de la plazoleta, un mendigo, bastante joven, se arrastró delante de nosotras y nos tendió la mano, sin decir nada. Yo llevaba en la mano derecha mi sombrilla y con la izquierda recogía mi falda, y sinceramente confieso que no tuve la paciencia de detenerme, de buscar mi portamonedas.... Y seguí, sin dar nada al mendigo.

Juntas continuábamos descendiendo por los Campos Elíseos. La pequeña había dejado instantáneamente de hablar; yo misma, sin saber por qué, no decía nada. Llegamos á la plaza de la Concordia sin cambiarnos una palabra después de nuestro encuentro con el mendigo. Y poco á poco, yo sentía nacer, crecer en mí, una especie de inquietud, de disgusto, la sensación de haber ejecutado un acto irreparable, de estar amenazada, á causa de eso mismo, de un vago peligro en el porvenir.

Frecuentemente, yo me esfuerzo en ver lo más claro que puedo en mi interior, y caminando yo, examinaba mi conciencia. Veamos, me decía, yo no he cometido una falta tan grave contra la caridad no dando nada á ese mendigo.... Jamás he tenido la pretensión de dar á todos los que encuentre. Yo seré más generosa con el próximo, eso es todo.... Pero todos mis razonamientos no me convencían y mi descontento interior aumentaba, devenía en una especie de angustia, tan grande, que diez veces tuve deseos de volverme hacia atrás y llegar hasta el sitio donde habíamos encontrado al mendigo. Lo creeréis? Pero un mal respeto humano me detenía de hacerlo en presencia de mi hija. Nosotros no valemos absolutamente nada desde el momento en que obramos en vista del juicio de otro.

Estábamos al final de nuestro paseo é íbamos á cruzar en la esquina de la calle Laffitte, cuando Susana me cogió dulcemente por el vestido para detenerme.

—«Mamá! dijo.

—Qué quieres, preciosa?»

Ella fijó sobre mí sus grandes pupilas azules y me dijo gravemente: «Mamá, por qué no le diste nada á ese mendigo de los Campos Elíseos?» Como yo, ella no había pensado en otra cosa, después de nuestro encuentro; su corazón estaba oprimido como el mío; solamente, mejor que su madre y más sincera, ella había confesado sencillamente su inquietud.

Yo no titubeé un momento.

—Tienes razón, querida, le dije.

Habíamos caminado más ligero que de costumbre, bajo la tenacidad de nuestra común idea. Como veinte minutos nos faltaban para la hora de las clases.

Llamé un coche, subí con Susana, y el cochero partió precipitadamente hacia los Campos Elíseos, halagado por la promesa de una generosa propina.

Ya en camino, las manos de Susana buscaron las mías y, podéis

3.—Detalle de pintura para aplicaciones.

creerlo, no estábamos serenas. Si el mendigo se hubiese ido? Si no pudiésemos encontrarle?

Tan pronto como llegamos á la plazoleta, saltamos á tierra é inspeccionamos la avenida: ni un solo mendigo. Entonces me dirigí á una alquiladora de sillas, quien me informó haberlo visto, como que era uno de los mendigos habituados de ahí, pero no sabía por dónde se había ido. La hora nos apuraba y ya nos íbamos, desoladas, cuando Susana alcanzó á ver el hombre recostado contra del tronco de un árbol. Dormía á la sombra, con el sombrero sobre las rodillas.

Susana fué, de puntillas, y deslizó una pieza de oro dentro del sombrero vacío; después regresamos por la calle Laffitte. Era un absurdo, bien lo comprendo, pero nosotras nos abrazamos fuertemente como si viniésemos de escapar de un gran peligro....»

La joven se calló, sonrosada por haber hablado largo tiempo de sí misma, en medio de un completo silencio. A nosotros, que la habíamos escuchado religiosamente, nos parecía haber respirado un aire muy puro ó haber bebido de una agua muy fresca, en la propia fuente.

MARCEL PREVOST.

El León Vencido.

Asunto tomado de un poema de Victor Hugo.

Es una historia muy vieja,
de puro vieja olvidada.
Eran, dice la conseja,
león de crespa guedeja
y un niño de tez rosada.

Era el niño hijo de un rey
terror de propios y extraños;
era el león, en su grey,
tan temido por sus daños
como el otro por su ley.

Cierta mañana en la arena
del abrasado desierto,
bramido espantoso suena:
en el cubil entreabierto
lloraba el león su pena.

¿Por qué secreto motivo
marchaba la augusta fiera,
con aspecto vengativo,
cautelosa y altanera,
grave el paso, el pecho erguido?

¿Por qué al alcázar llegó
donde el rey de hombres moraba,
sus ámbitos recorrió
y al príncipe, que jugaba
en los jardines, robó?

¿Por qué á carrera tendida
sobre las rocas ardientes
busca ansioso su guarida?
¿Por qué respeta la vida
del que desmaya en sus dientes?

Ya el sol apagado había
el rojo hogar de su lumbre,
y ya la luna ascendía
por la azulada techumbre
que la noche obscurecía,

cuando el silencio medroso
de aquel desierto africano
rompió un grito cavernoso:
era el aviso á un tirano
que daba un rey rencoroso:

—«¡Ay de ti, viejo maldito,
que heriste á la madre mía!
á fiesta regia te invito,
que al romper el nuevo día
he de vengar tu delito-»

«De tu palacio en las gradas,
antes que brille la aurora,
has de ver ensangrentadas
del hijo que tu alma adora
las carnes despedazadas.»

Dijo, y en calma de muerte
el desierto se quedó;
sólo el príncipe, á su suerte
ajeno, feliz durmió,
que el que ignora es el más fuerte.

Antes de que el sol saliera,
en el alcázar se oía
gritar la gente guerrera,
y en la puerta se veía
del rey la guardia primera.

Grave, solemne, pausado,
por el jardín adelante,
con el niño desmayado
en la boca, jadeante,
avanza el león osado.

Terror en la guardia fiel
infundió; del puesto huyeron
en espantado tropel
los guardias, cuando al rey vieron
temblar pálido ante él.

Ni en las anchas galerías,
ni en los largos corredores
ni en las angostas crujías
detienen sus osadías
ni soldados ni señores.

Llegó á un lejano paraje
que oculta una puerta obscura,
rasgó un rico cortinaje
y halló.... débil criatura
tendida en lecho de encaje.

Era una tierna princesa
que apenas cuenta dos años,
de labios como la fresa,
ojos dulces, aunque huraños,
melena blonda y espesa.

Miraba con desconsuelo
juguetes de gran valía
esparcidos por el suelo:
que el campo de terciopelo
de joyas sembrado había.

Lanzó un rugido el león
que hizo temblar el palacio,
y entró en la áurea habitación.
La niña miró despacio
la terrible aparición,

y hacia la terrible fiera
tendió inocente la mano,
y cándida y hechicera,
al verdugo de su hermano
amenazóle severa.

....

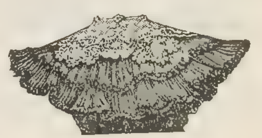
Termina la tradición,
dulce y tierna cual ninguna,
que conmovido el león,
al niño dejó en la cuna
con maternal atención.

MANUEL F. VILLEGAS.

4.—Vestidos primaverales de sedalina y foulard.



5.—Sombrero de estación para señorita.





6.—Traje de visita para señora joven

JUNIO.

Obscuros nubarrones
bajo del cielo
se apiñan y parecen
tocas de duelo,
que ronco viento
flagela despiadado,
rudo y violento.

De pronto el viento calma,
crece el nublado,
se entenebra, se hincha;
el trueno airado
silba y aterra,
y cae la lluvia entonces
sobre la tierra.

La lluvia en los cristales
de mi ventana
bate repiqueteando
vibrante diana,
trémula y loca,
y argentina es la alegre
diana que toca.

En las verdes alfombras
de la pradera,
cual si continuo golpe
lo sacudiera,
limpio y reidero
derrama sus torrentes
el aguacero.

Sobre la superficie
de las paredes
finge la blanca lluvia
nítidas redes,
y en los tejados,
proyectiles por muchas
manos lanzados.

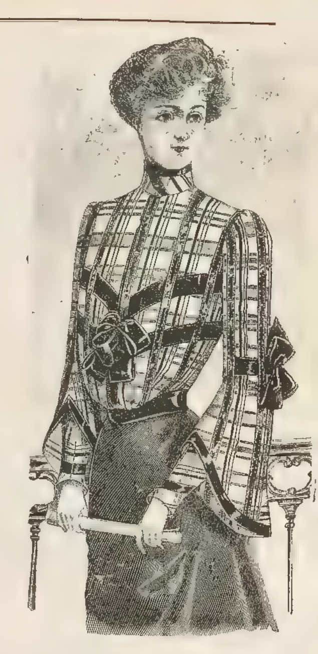
Y entretanto que llueve,
mi alma se arroba,
pues la escucho angustioso
desde mi alcoba
triste y sombría,
con mis pesares sólo
por compañía.

MAESE VENTURA.

EL CUERVO.

(Proverbio Ruso.)

Era un cuervo secular,
Un cuervo de negra pluma
Que quiso el nido labrar
En un islote que el mar
Bate y corona de espuma.
Pasó el tiempo lentamente,
Y el pájaro graznador
Soñó intrépido y valiente
Con llevar al continente
A los hijos de su amor.
Tomó á su primer hijuelo
Y, con ansias de luchar,
Remontóse en raudo vuelo
Hasta las cumbres del cielo
Que se copian en el mar.
—Si necesito de ti—
El cuervo graznando dijo,—
¿Me transportarás así?....—
Y graznó temblando el hijo:
—Te llevaré cual tú á mí!
Pero el padre, grave y fiero,
Mirando al hijo temblar
Y juzgándolo embustero,
Impasible y altanero
Le dió sepulcro en el mar.



7.—Blusa de casa, á cuadros.

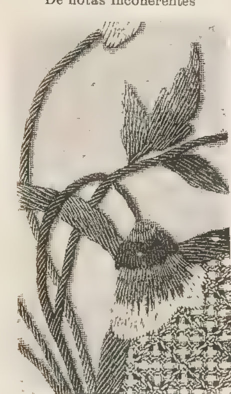
De su acción arrepentido
El pájaro graznador,
Tornó al solitario nido,
Y al otro hijuelo querido
Quiso probarle en su amor.
Volando con raudo vuelo,
Dijo, subiendo hasta el cielo:
¿Me transportarás así?....
Y le contestó el polluelo:
—Nunca lo esperes de mí....
Porque cuando el tiempo venga
En que no puedas volar,
Es muy fácil que yo tenga
Un hijo á quien me convenga
Antes que á ti transportar.
—Hablaste como prudente,
Tu franqueza te salvó
Dijo el padre tristemente.
Y á su polluelo llevó
Al remoto continente.
Luego, el cuervo secular,
El cuervo de negra pluma,
Graznó con ronco graznar;
Buscó sudario de espuma
Y halló la muerte en el mar.

M. R. Blanco-Belmonte.

BESOS.

Te acuerdas, amor mío?
Era una noche tibia,
Tranquila, sin rumor;
Había débiles ecos
De una música extraña
De notas incoherentes
Arrancadas sin tino
De la acerada cuerda....
Perdíase tu semblante
En la vaga penumbra
Que rodeaba á los dos;
Y en medio de las sombras,
Las sombras aun más negras
De tus lindas pestañas;
Debajo tus pupilas,
Y en ellas mucha luz.
¡Oh luz de tus pupilas
Que ha envuelto para siempre
En densas amarguras
Las noches y los días
De mi triste existir!
Yo no puedo olvidarlo:
Tu cabeza en mi pecho,
Tus ojos entornados
Y vueltos hacia mí,
El aliento sin ritmo,
Los labios que se encuentran,
Se oprimen y se estrechan,
Y un beso que no estalla....
Un íntimo secreto
Apenas rumoroso
De mi infinito amor.
....
....
Hoy sé que tu alma ignora
Lo que entonces pasó.
Tú cantas y te ríes....!
Mas yo por siempre llevo
Con mi dolor eterno,
En el alma tu olvido,
En la mente tu imagen
Y en los labios callados
El amargo resabio
De la miel de tu boca.

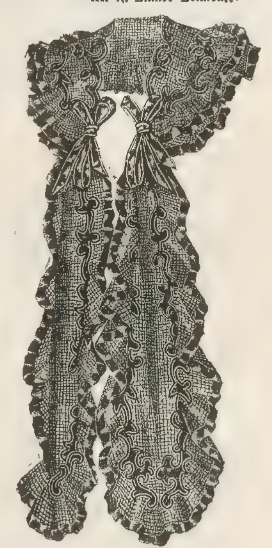
**



10.—Detalle de bordados.



9.—Corbata de seda, color obscuro.



8.—Esclavina de seda y encaje.



Diputado y Pescador.

I

Había terminado la legislatura y los senadores y diputados disfrutaban de las vacaciones parlamentarias, alegres como colegiales cuando regresan al seno de sus familias.

Mientras unos preparaban sus escopetas esperando la apertura de la caza, otros padres de la patria, de aficiones menos belicosas, buscaban placeres más tranquilos y menos expuestos á percances. Entre éstos figuraba el diputado Riquois, hombre de excelente carácter, que se volvía loco por la pesca, y todos los veranos se pasaba las horas muertas junto al río.

Al día siguiente de su salida de París, levantóse muy temprano M. Riquois, el cual, con su amplio sombrero de paja en la cabeza y vestido con un traje de dril blanco, corrió presuroso á entregarse á su placer favorito, provisto de todos los aparatos que el caso requería.

Había un sitio de preferencia, del que todos los años tomaba posesión

11.—Colección de trajecitos infantiles.



13.—Traje de campo y sombrero de estación.



12.—Traje de reforma, para paseo.

el diputado, un sitio excelente, abrigado por un enorme sauce. En aquel paraje formaba el río un remanso, en el que era abundantísima la pesca.

Cuando llegó M. Riquois á dicho punto, vió con extraordinaria sorpresa que el sitio estaba ocupado por un joven, al cual dijo:

—Dispense usted, caballerito, pero ese sitio me pertenece.

El joven le miró con asombro y le contestó:

—Hace tres meses que lo ocupo diariamente.

—Yo lo ocupaba el año pasado, y hace diez años que me siento ahí durante mis vacaciones.

—¿Por qué no ponía usted un letrero?—replicó el joven en tono de mofa.—Estos sitios pertenecen al primer ocupante.

En vista de tan justa observación, M. Riquois no tuvo más remedio que resignarse y elegir otro punto.

El diputado pescador preparó sus aparatos, lanzó un anzuelo al río y esperó tranquilamente el resultado de su primera tentativa.

Transcurrió una hora sin que M. Riquois viese logrados sus deseos.

En cambio, vió con profundo dolor que su vecino no cesaba de llenar su cesta.

M. Riquois cambió de sitio y mudó el cebo y el anzuelo; pero todo fué inútil.

Los peces iban y venían, indiferentes á los esfuerzos del diputado, del cual parecía que se burlaban descaradamente.

Llegó la noche y era preciso retirarse; M. Riquois miró con envidia la colmada cesta de su vecino y regresó á su casa de un humor de mil demonios, resuelto á tomar pronto desquite y á indemnizarse del mal resultado de su primera jornada.

II

Al día siguiente se levantó al rayar el alba, seguro de adelantarse á su rival y de ocupar el sitio que, según él, le pertenecía.

Pero cuando llegó al río, estaba ya ocupado por el joven.

Mr. Riquois tuvo que colocarse á alguna distancia.

Como el día anterior, no pescó nada, mientras que su vecino llenaba nuevamente su cesta.

El diputado estaba furioso y maldijo mil veces su mala estrella al dirigirse á su domicilio.

Al día siguiente se levantó á las cuatro de la mañana, esperando llegar á tiempo.

¡Era demasiado tarde!

Su rival había llegado ya.

—¿En qué se ocupará ese animal?—dijo para sí monsieur Riquois.

Y ocurrió lo de siempre. El diputado no logró pescar más que un pececillo insignificante, al paso que el joven no hacía más que meter y sacar á cada instante el anzuelo.

—Según veo—dijo monsieur Riquois á su vecino,—es usted muy aficionado á la pesca.

—Hay que hacer algo en este mundo.

—¿Le permite á usted su profesión muchos ratos de ocio?

—¡Ya lo creo!

—¿Vive usted de sus rentas?

—No, señor, ni disfruto de ningún empleo. Por eso me dedico á la pesca.

—¿No tiene usted ningún empleo? dijo M. Riquois, entreviendo el medio de librarse de su rival.—Pues nada tan fácil como proporcionarle á usted uno. Tengo yo mucha influencia y desde luego estoy dispuesto á ejercerla en su obsequio.

—Pues me prestará usted un grandísimo servicio.

—¿Qué sabe usted?

—Nada; soy bachiller.

—Con eso me basta.

III

Al día siguiente partió M. Riquois para París y se dirigió al Ministerio de Obras Públicas, donde conocía al jefe del personal, al cual preguntó si había algún cargo disponible para su protegido.

—En este momento—le contestó el funcionario—hay una vacante de cuatro mil francos.

—Eso es lo que yo necesito. ¿Y qué hay que hacer en ese cargo?

—Recibir las solicitudes referentes á obras públicas y clasificarlas debidamente. Pero le advierto á usted que hay más de cuatro mil pretendientes á esa plaza, en su mayor parte recomendados por senadores, diputados y personas influyentes. No es posible contentar á todo el mundo.

—Dé usted la plaza á mi protegido, pues estoy resuelto á obtenerla á toda costa.

—No me corresponde á mí el nombramiento, sino al Ministro. Yo no hago más que proponer.

Pues proponga usted á mi candidato con el número uno. Lo demás corre de mi cuenta.

—Lo haré así—contestó el jefe del personal.

—Eso sí—añadió el diputado,—deseo que á ese joven no se le dé nunca licencia durante las vacaciones.

M. Riquois fué á visitar al ministro y le arrancó el nombramiento que deseaba.

Acto continuo regresó á su casa de campo.

IV

Al día siguiente cogió sus aparatos de pesca, se dirigió al río, y apenas vió al joven, le dijo:

—¡Ya le he encontrado á usted un empleo!

—¿De veras?

—Sí, señor; un cargo en el Ministerio de Obras Públicas, con cuatro mil francos de sueldo.

—¡Eso es mi fortuna!

—Pero es preciso ir á tomar posesión en seguida.

—No deseo otra cosa...... ¿Y qué hay qué hacer en la oficina?

—Muy poca cosa. Entrará usted en el Ministerio á las once de la mañana.

—Me parece bien.

—Y saldrá á las cuatro de la tarde.

—¿Habrá que escribir mucho?

—No, señor. Su trabajo consistirá en recibir solicitudes y clasificarlas ordenadamente para presentárselas luego al jefe del negociado.

—Creo que desempeñaré muy bien ese cargo. Es usted mi bienbechor, y nunca sabré



14—Colección de trajes de calle y visita.

cómo pagarle lo que ha hecho usted por mí.

—Le advierto á usted que no se le podrá conceder licencia alguna durante las vacaciones, y que, por tanto, se han acabado ya para siempre las partidas de pesca.

—¿Y eso qué importa? El pescar es cosa que me aburre soberanamente. Si me dedicaba á ella, era tan sólo por matar el tiempo.

El joven retiró sus aparatos y el diputado ocupó su puesto, loco de satisfacción.

Al sentarse dirigió una mirada á su protegido y le dijo:

—Confiese usted que no es malo el empleíllo que acaba usted de conseguir. ¡Eso sí que bien puede llamarse una buena pesca!

E. FOURRIER.

ÍNTIMA.

Me ves, y á medir no aciertas
el júbilo en que me enciendo
cuando á solas con las plantas
que florecen en mi huerto,
se hunde mi espíritu en lampos
de esperanzas y de ensueños,
se mitigan mis cansancios,
mi numen se empina á un cielo
que en luz de auroras ignotas
empapa mis pensamientos.
Te sorprende que una vida
fructifique en el misterio
que ofrecen en su amalgama
la soledad y el silencio,
y dudas que me iluminen
rosadas nieblas de ensueños
y relámpagos de ideas
que encumbran mis pensamientos
en mis horas de coloquio
con las plantas de mi huerto.
Con candidez que bendigo
supones, presa de un yerro,
que á vida tal me confinan
caprichos que engendra el tedio.
Mas no es así. Ya tú sabes
que la vida en el concierto
de los hombres, tiene abismos
por cuyos agrios senderos
oscilan ocultas hachas
y rugen notos acerbos
para las almas que arrojan
más alto sus pensamientos.
¿Qué mucho que en el conjunto
vislumbre espíritus buenos
y frentes que como faros
proyecten rayos excelsos,
si defraudando noblezas
y ensayando torpes vuelos,
miro rostros que se empinan
como nublos desde el cieno
y esconden tras sus sonrisas
pasiones que causan duelos?
En cambio, bajo las sombras
apacibles de mi huerto,
ni hay odios que muerdan honras
ni risas que oculten gestos.
Allí mi espíritu encuentra
campo florido y sereno
donde riman sus preludios
los pájaros de mis sueños;
y allí, mientras doy al surco
chorros de savia en el riego,
alivian mis desengaños
y flordelisan mi cielo
las auras con su frescura,
la calma con sus misterios,
mis siembras con sus aromas
y mis hijos con sus besos.

BENITO FENTANES.



15.—Trajes reforma para niñas de 13 á 16 años.

Son sus labios dos rosas
que guardan perlas,
y sus dulces miradas
de amor son flechas.
Flechas que matan,
porque derechas siempre
llegan al alma.

LUIS DE CASO.

EN UN ALBUM.

Luz de aurora que vestida
de diáfanos róseos tules,
bajas de cielos azules
á esparcir en todo vida;
ya que en cármenes y alcores
te ofrece naturaleza
primores de la belleza
en aves, fuentes y flores,
á ti acudo al arduo empeño
de alfombras tender de rosas,
á la que reina entre hermosas
y de este libro es el dueño.

El verso, aun haciendo alarde
de ingenio, donaire y galas,
se siente, al tender las alas,
ante su beldad cobarde;
porque aunque mucha es su audacia
jamás celebrar pudiera
ni su beldad hechicera,
ni su candor ni su gracia.

Si su cabellera rubia
sobre su cuello desciende,
es como manto que tiende
en nieve, dorada lluvia.

Si son azules sus ojos
y nácares sus mejillas,
son divinas maravillas
frente, seno y labios rojos.

Así siendo un ser real,
es tan gentil y tan bella
que el numen encuentra en ella
trasunto de su ideal.

Y á cantar ya no se atreve
mi musa, beldad, ni amores;
pues muy pobres son las flores
que nacen sobre la nieve.

HERACLIO M. DE LA GUARDIA.

SU RETRATO.

Morenito es su rostro,
que así lo ha puesto
el calor de su alma,
que es toda un fuego;
breve es su talle,
y sus ojos tan negros
cual mis pesares.

EL TESTAMENTO
Del Ilmo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua." Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron estas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro: á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.

